



UNIVERSIDAD DE MURCIA

FACULTAD DE LETRAS
Departamento de Literatura Española,
Teoría de la Literatura y Literatura Comparada

TESIS DOCTORAL

LOS HIJOS SIN NOMBRE: EL SILENCIO DEL OLVIDO

SÁBATO Y EL CLAROSCURO GNÓSTICO ARGENTINO

Presentada por

Alejandro Hermosilla Sánchez

Dirigida por

Dr. Vicente Cervera Salinas
Catedrático de Literatura Hispanoamericana
Universidad de Murcia

2006

Aunque este libro, en realidad, vaya dedicado a otras personas, creo que es inexcusable dejar constancia, al menos en esta versión, que el mismo se ha visto beneficiado de una manera decisiva por el esfuerzo, interés y absoluta confianza que depositaron sobre mí, en todo momento, tanto mi director de investigación, Vicente Cervera Salinas, como las personas que me recibieron en Francia y Argentina, Fernando Moreno y María Rosa Lojo.

Estamos tan fatigados de darnos de bruces contra el cinismo del mundo contemporáneo, estamos tan acostumbrados a leer dedicatorias y agradecimientos que más parecen loas de cortesía institucional que verdaderos sentimientos de gratitud que supongo que mis palabras tampoco podrán ayudar a otorgar una visión justa y real del trabajo moral y anímico que, cada uno de los tres en lo que le correspondía, ha efectuado conmigo. Sobre todo, y desde el rincón más puro de su ancho corazón, por supuesto, Vicente.

En verdad, decir que este libro no existiría si no fuera gracias a ellos no es algo justo ni verdadero ni para ellos ni para mí. Creo que este libro lo hubiera realizado antes o después porque estaba escrito en las líneas del tiempo y de mi vida que debía ver la luz. Pero, también es cierto que sin ellos, seguramente, habría sido un libro peor de lo que es y que, acaso hubiera visto peligrar su fin o me hubiera visto tentado a considerarlo un mero proyecto.

Vayan entonces dirigidas a ellos estas breves palabras con las que intento agradecerles todo el interés que se tomaron en mí y sus constantes esfuerzos y ayudas por que este libro fuera realidad.

Como asimismo, espero que mis queridos amigos argentinos, Julio y Felipe, reciban el abrazo que se merecen desde las páginas del mismo, confiando en que, si alguna vez lo leen, puedan sentirse reconocidos entre sus páginas y observen que ni una sola de nuestras conversaciones e inciertos recorridos por las calles de Buenos Aires han quedado elididos del mismo. Y que nada ni nadie podrá ya robarnos el porvenir. O, al menos, aquellas risas y bailes. La magia del liberarte. Del tango, por una vez, festivo. A pesar y, sobre todo, gracias a esos temibles agujeros, los túneles, que, de cuando en cuando, encontramos en nuestro camino.

A mi madre y mi tía: la casa eterna y segura.

A Argentina: la casa prometida y jamás negada.

A mi padre que me enseñó a no tener miedo de traspasar los límites.

Por una tierra y un hogar que habitar.

PRÓLOGO

“No se tiene a nadie por un Dios si no se espera engañarlo, o cuando tolera determinadas cosas, o bien nos cede tanto de su carácter absoluto que uno mismo puede campar a sus anchas, como alguien también absoluto”. (...) El Dios que no puede tolerar junto a sí a Dioses extraños sólo los hace porque él quiere ser el único Dios”.

Goethe.

“El Diablo no es ateo, todo lo contrario... Podría decirse en cambio que Dios es ateo... Sólo a Dios, precisamente porque es Dios, le está permitido ser ateo”.

Giovanni Papini.

“El hombre ha sido creado único para que él no diga: hay muchos dioses...”

El hombre ha sido creado único para que cada uno pueda decir: es para mí que el mundo ha sido creado”.

Talmud.

YHVH Elohim llama a Adán y le dice:

¿Dónde estás tú?

Génesis, 3, 9.

Decía el padre Ulloa en el transcurso de ese clarividente retrato del país argentino que es **La pérdida del reino** de José Bianco: “Yo he escrito algunos libros sobre mi país. No me arrepiento de haberlos publicado. Pero si las cosas se hicieran dos veces, en lugar de estudiar la historia de mi país hubiera debido estudiar mejor, profundizar las Escrituras”.¹

Sin duda, esta visión le hubiera sido de mucha ayuda al personaje de la novela, Rufino, para comprender los mecanismos internos de su comportamiento, los últimos motivos y significaciones de su errancia que sólo podrá alcanzar a vislumbrar cuando regrese, medio ciego y entre bastones como un viejo Edipo a su país, Argentina, desde Europa dando por terminado, concluído, su ciclo de viajes y exilio interminables.

No sólo a él, pensamos, sino a muchos ciudadanos de su patria que, vistas las circunstancias producidas en el, aún cercano, aún doloroso 20 de diciembre del 2001 en la Argentina, se vieron obligados, contra su voluntad y, en tantas ocasiones, por una suerte de resorte inconsciente, a peregrinar a los países europeos, Italia y España, en su mayoría e Israel u otros destinos, en última instancia, para encontrar un aposento, un sentido a su malestar.

En verdad, si el año que, para muchos, da comienzo al siglo XXI, el 2001, ha quedado ya fijado en la memoria de la humanidad, no es precisamente por un bello motivo. Todo lo contrario. Pues, aún hoy -finalizando el año 2005- cuando los ecos de los atentados en Madrid, en Londres o de la triste guerra de Irak, resuenan cercanos en nuestros tímpanos a punto de estallar por los gritos impotentes de las víctimas, todavía muchos ciudadanos de este siglo recién iniciado no han podido superponerlos al famoso ataque y posterior derrumbe sufrido por las torres gemelas de Nueva York en septiembre del año 2001. En parte, por ser su consecuencia; de otra parte, por la sensación de estar viviendo un momento único e irrepetible en la historia de la humanidad: acaso, el primer eslabón, la primera piedra que fundara la inevitable caída y decadencia del Imperio norteamericano en nuestro mundo, el nuevo retorno del tiempo del mito que se complace de narrarnos, siempre de manera diferente pero exacta, la derrota de Goliath a manos de David.

Formular que entre los hechos acaecidos en la Argentina a finales de ese mismo año y los sucedidos en aquel cruento septiembre en Nueva York haya alguna conexión más allá del hecho trágico en sí, es una hipótesis que, además de ser arriesgada y acaso falsa aunque, en verdad, sugerente, no nos incumbe en este trabajo.²

¹ Bianco, José. **La pérdida del reino**. Ediciones Siglo XXI S.A. Buenos Aires. Primera edición, 1972, pág., 100.

² Aunque bien es cierto que puede que de no ser por los sucesos acaecidos en Nueva York en septiembre de 2001, la visita que Fernando De la Rúa realizara a la Casa Blanca antes del default económico de la Argentina podía haber recibido un premio mayor que la indiferencia.

Pero sí es cierto que de la llamada -en esto caso por Huntington- guerra de civilizaciones entre el mundo occidental y el musulmán, siempre se ha visto perjudicado, de una u otra manera, el continente sudamericano.

De hecho, del inusitado interés que suscita tanto en España como en Argentina –hasta extremos que rozan lo patológico teniendo en cuenta las, desafortunadamente, innumerables guerras que se extienden todavía a lo largo y ancho de este mundo– el actual conflicto israeli–palestino, podemos extraer una consecuencia exacta: los ciudadanos de uno y otro país todavía se encuentran llamados a reflexionar, aún sienten la necesidad de formular una respuesta al porqué de los monoteísmos, el porqué del nacimiento de un reino de lo único que desea imponer su visión al resto de habitantes del planeta.

No vamos a insistir en las características de los tres monoteísmos conocidos aunque ineludiblemente deberemos referirnos a ellos –sobre todo al judío y al cristiano- en la medida en que hay excelentes libros no muy lejanos en el tiempo como el dedicado a este tema por Daniel Sibony, **Les trois monothéismes. Juifs, Chrétiens, Musulmans entre leurs sources et leurs destins**,³ que explican con claridad las diferencias y semejanzas entre los mismos y que tampoco es el objeto de nuestro trabajo. Pero si hemos hecho referencia al ineludible poder de fascinación que la lucha entre los monoteísmos judío y musulmán poseen en España y Argentina, es en la medida en que, teniendo en cuenta la actual conformación del mapa de países modernos tras la reunificación alemana o la independencia de muchas de las provincias eslavas, podríamos aventurarnos a decir que ambos países destacan todavía como las dos naciones donde la influencia del otro monoteísmo opuesto al musulmán y al judío, el cristiano, es más evidente. Lo cual no deja de ser lógico, si se entiende que las dos naciones –y en el caso argentino, sobre todo, por la escasa influencia de la cultura aborígen en sus confines en comparación con otros países como el Perú o Bolivia– todavía se encuentran marcadas en su conformación, como casi todo el Occidente, el mundo moderno, por el decisivo momento en que los españoles

³ Sibony, Daniel. **Les tríos monothéismes. Juifs, Chrétiens, Musulmans entre leurs sources et leurs destins**. Éditions du Seuil. Paris. mars 1992

decidieron expulsar a los judíos y musulmanes de su territorio, imponiendo el cristianismo como única religión y culto válido.

En este sentido, y una vez que la vida americana fuera concebida como una suerte de exilio del antiguo reino único, vientre maternal y fuente del monoteísmo cristiano por los ciudadanos argentinos, no resulta extraño que tantos ciudadanos de este país vuelvan la mirada constantemente a las circunstancias que engendraron una lucha dura y agria sostenida en el tiempo entre judíos, musulmanes y cristianos para encontrar motivos a su desamparo. Como asimismo se entenderá, desde este punto de vista, que sea lógico que entre los hechos del 11 de septiembre de 2001 ocurridos en Nueva York, la obstinación del gobierno de Aznar por seguir adelante y apoyar la cruzada anglosajona en Irak y la actitud beligerante del actual estado israelí en Palestina, se pueda trazar una larga y difusa línea que intenta buscar las causas, el origen del viaje que tantos ciudadanos argentinos realizaran -acosados por la angustia que motivaron la caída de su presidente, De la Rúa, en diciembre de 2001- en, por supuesto, las razones que motivaron el primer viaje de Colón y la mentada expulsión de judíos y musulmanes del territorio español.

Pues si entendemos la construcción del país argentino como causa y consecuencia de la mentalidad occidental, es inevitable que, aun más que en las razones que propician que el continente sudamericano siga siendo una tierra de nadie y proclive a su explotación, la errancia de tantos ciudadanos argentinos los llevara al territorio europeo, muchas veces no sólo para encontrar el antiguo origen perdido o un techo firme en el que cobijarse sino, ante todo encontrar un sentido a su nomadismo, a su desesperación. Una manera como otra de enfrentarse a una terrible realidad. Aquella que había provocado que medio mundo pudiera observar los rugidos de violencia, los cánticos de liberación y los gritos de tantos ciudadanos argentinos que, sorteando su propia impotencia, se dirigían hacia la Plaza de Mayo para protestar airadamente y en muchas ocasiones sólo encontrar el rastro de sangre o la nada de la indiferencia, por el mal uso y desgaste que de sus ahorros había realizado el gobierno del Dr Menem y que su sucesor, De la Rúa, lejos de frenar había ayudado a agrandar.

Se comprenderán mejor, por tanto, las razones que motivaron este trabajo si entendemos que durante los meses posteriores al Default económico de la Argentina, cientos, miles de argentinos comenzaron a transitar nuestro país buscando un trabajo, apoyo o un acomodo acaso imposible en aquellos días en su patria y que este éxodo que, en principio, nos pareció anecdótico, pretendía ser perenne.

Más aún, teniendo en cuenta que el desencanto era la constante más inequívoca del carácter de tantos de aquellos argentinos llegados a Europa con el terror todavía inscrito en sus rostros. Y que este desencanto –irremisible pérdida, vacío contenido en la espiral, en la columna vertebral de la persona que lo irradia y del país que permite que riegue con su agua estancada, sucia, el espíritu de sus ciudadanos– parecía grabado al rostro de tantos de sus ciudadanos desde antaño. Como una herencia marchita y vacía que les hubiera legado el tiempo. Un rastro espurio del zizagueo continuo y el nomadismo que había caracterizado a Martín Fierro y que, como el hambre que se extendiera por el vientre del personaje de Hernández, pareciera sellar para siempre una condena eterna a sus hijos, los hijos de Fierro, castigados ahora a errar por el mundo sin encontrar aposento ni heredad para sus penas, sollozos, tristezas.

Por ello es que, entendiendo, como lo hace el judaísmo, que la errancia de tantos ciudadanos argentinos había de encontrar un sentido y que podía ser sentida, entendida, no como un castigo ni una penalización sino una manera a través de la que el hombre que la sufre podía enraizarse, hacerse uno con Dios a través de su recorrido por el mundo, decidimos acometer esta investigación. Pues el nomadismo, tal y como lo entendiera aquel errante viajero –que dedicara, precisamente, un polémico libro a la Patagonia argentina⁴- que fuera Bruce Chatwin en aquel hermoso libro inacabado, **Los trazos de la canción**, en realidad es la condición verdadera del hombre, obligado a buscarse y encontrarse perpetuamente en los caminos recorridos

⁴ Nos referimos a Chatwin, Bruce. **En la Patagonia**. Traducción de Eduardo Goligorsky. Ediciones Península. Barcelona. 2000.

y los demás si quiere llegar a Dios; esto es, a conocerse, a interrogarse o poner en cuestión su identidad para intentar trascenderla, trascenderse.

En este sentido -y volviendo ahora al tema de los monoteísmos y del nacimiento del Occidente moderno con el advenimiento del Renacimiento y la posibilidad abierta para el cristianismo, gracias al desarrollo técnico implicado en el mismo, de establecer el culto de lo único en todos aquellos parajes donde decidiera asentarse- como el padre Ulloa de la novela de Bianco, también consideramos esencial para explicar los motivos últimos de la errancia argentina, el estudio de la Biblia. Pues, en realidad, y teniendo en cuenta que es la Biblia la fuente que dio lugar a los tres más famosos monoteísmos conocidos, fundamentar un estudio de la Argentina que utilice con más o menos profusión los textos de las Sagradas Escrituras para adentrarse en su composición como país y las razones que le llevaron a una situación vivida en los últimos años, parecía esencial. No sólo porque a través de este estudio podríamos llegar a tener una idea más ajustada del porqué del movimiento indiscriminado de, sí, el personaje de la obra de Bianco, Rufino, el lúcido pesimismo de aquel rufián melancólico retratado por Arlt o los recorridos siempre inciertos, sorprendidos de los personajes de Bioy Casares sino, sobre todo, del porqué del indiscriminado movimiento de tantos ciudadanos reales del país argentino.

Desde este punto de vista, si hay muchos escritores -y baste citar los nombres de Borges o Lugones- que permitían un acceso a su escritura y al conocimiento de la historia argentina a través de la estructura bíblica, en verdad, creemos que pocas obras como la de Ernesto Sábato permitían este recorrido. Tanto por la constante presencia de nombres o motivos ocultos que podríamos identificar sin problemas con los contenidos en la escritura bíblica, como, ante todo, por el hincapié que la obra de Sábato hacía de una manera, muchas veces oculta y velada, sobre el mito gnóstico para ofrecernos una salida real a la tragedia de su país a través de la relectura de los textos bíblicos y de los textos canónicos de la historia y la ficción argentinas.

Además, un primer acercamiento a la obra de Sábato, ya permitía preluar que su obra, de una manera más o menos descubierta y sutil, consentía escarbar,

ahondar en la trama histórica de los hechos que habían permitido que Argentina llegara a su estado actual como, a su vez, el talante mítico de sus ficciones siempre ambivalentes admitía unificar el plano histórico y el ficcional sin excesivas contradicciones. Al mismo tiempo, la polémica que su figura hubiera desatado y, en ocasiones, el inusitado desprecio que algunos de sus compatriotas guardaban hacia él y que, por ejemplo, generaran la producción de aquel ácido y riguroso libro –a la hora de enjuiciar no sólo a Sábato sino a sus mismo hacedores- **Sábato o la moral de los argentinos**,⁵ nos hacían sospechar que muchos de ellos encontraban en las páginas de sus libros el rostro real de una Argentina que, en aquellos días, se mostraba sin ambigüedad, discursos o palabras cortantes que pudieran disimularlo, al mundo. Como, asimismo, nos hacían pensar que, a partir de los lamentos, crímenes y auténticos caminos de espinas cruzados para sobrevivir de los personajes compuestos por Sábato, de sus novelas, se podían trazar las coordenadas de un discurso, un hilo lógico que enlazara el futuro y el pasado de su patria, para comprender, finalmente, su turbulento presente.

Por estas razones, decidimos intentar caminar de nuevo una ruta ya trazada en gran parte por muchos de los exégetas de la obra sabatiana pero acaso no completada en su totalidad. Puesto que en el mapa trazado de la investigación importaban ante todo, las consecuencias, los resultados y las conclusiones que podíamos extraer de la obra de Sábato y sus personajes con la finalidad de conseguir forjar, a partir de una mirada ubicada en Occidente, una visión más precisa y aguda de la asfixiante situación existencial que vivía, continúa viviendo en parte y, puede que vuelva a repetir si no aprende de su propia historia, el país argentino.

Debido a esto, y teniendo en cuenta que la primera obra reconocida por su autor, **El túnel** (1948), está fechada cuando la zona vaciada, elidida de sentido, del discurso de la construcción de la nación argentina ya estaba forjada, consideramos necesario el estudio de la historia argentina que precede a la obra de Sábato con el fin

⁵ Nos referimos al libro de Pía López, María y Korn, Guillermo, **Sábato o la moral de los argentinos**. Editorial Arma libre. Colección Armas de la Crítica. Buenos Aires.1997.

de que la misma pudiera establecer una relación dialógica, plural, que agrandase sus significado en relación simbiótica con la obra del escritor argentino. Porque comprobar cómo el pasado de la Argentina había influido sobre la obra de Sábato y, a la vez, cómo la obra de Sábato se nutría de este pasado para dar su propia interpretación sobre su país y los textos míticos e históricos que lo forjaron, nos permitiría ofrecer una visión de la nación argentina, no exenta de polémica, pero en la medida de lo posible, viva, con el objeto de que el lector de nuestro trabajo, pudiera, al mismo tiempo, dialogar con ella. Sin importar tanto los acuerdos o los desacuerdos del mismo con nuestra visión sino la posibilidad de establecer, volvemos a repetirlo, un debate abierto y siempre a reiniciar sobre el estatuto real de la nación argentina que pueda interrogar tanto al lector como al hacedor de esta tesis hasta permitir que, progresivamente, y a medida que se avanza en la lectura del trabajo, ni uno ni otro guarden o conserven su opinión previa sobre aquel país o, confiemos, asimismo, sobre la obra de Sábato.

Ya lo señalaba Ignacio Gómez Liaño, siguiendo la bella doctrina y ejemplo que nos regalaban los diálogos platónicos. Es la dialéctica “la manera más eficaz de volver la atención y la facultad de entender hacia lo que posee más ser y verdad”.⁶ Y la misma Hannah Arendt, preocupada por el funesto repliegue del hombre sobre sí mismo, engullido en las grietas de su propio habitáculo que prometía devorarlo como la ballena a Jonás o como Moby Dick al capitán Ahab por su miedo a enfrentar las consecuencias del discurso del otro, aceptar la posibilidad del mal, lo señalaba con precisión: “Ser visto y oído por otros deriva su significado del hecho de que todos ven y oyen desde una posición diferente. (...)Sólo donde las cosas pueden verse por muchos en una variedad de aspectos y sin cambiar su identidad, de manera que quienes se agrupan a su alrededor sepan que ven lo mismo en total diversidad, sólo allí aparece auténtica y verdaderamente la realidad mundana”.⁷

⁶Gómez de Liaño, Ignacio. **Filósofos griegos, videntes judíos**. Ediciones Siruela.S.A. Madrid. 2000, pág., 99.

⁷ Arendt, Hannah. **La condición humana**. Traducción de Ramón Gil Novales. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona. 1993, págs., 66 y 67.

Y ésta es en suma la finalidad de esta tesis. Ahondar en la pluralidad, obstruir las vísceras muertas del ser humano que forjan los silencios culpabilizadores y estériles, intentar abrir vías de diálogo, de comunicación. Volver, a través de lo que nos han dicho muchos de sus exégetas, a repensarla. Sí. Repensarla. Atraparla viva y devolverla sana y salva en los pliegues de una investigación que se pretende flexible, abierta y dispuesta a establecer un diálogo con su pasado –el nuestro, en definitiva, el español, el occidental– su presente y sus posibles futuros que, acaso ya están escritos en el tiempo, pero que puede comenzar a reescribir. En este caso, a través, ya lo hemos dicho, de la obra de Sábato en ensamblaje mixto con la de su país y muchas de las causas que ayudaron a forjarlo como es hoy en día. Revuelto, rebelde y vivo pero encadenado a una suerte o destino fatal ante el que no parece encontrar respuestas, ayudas o certeras reacciones, fundadas en una raíz que no sea maldita o que preconice su pronta derrota, su próxima desaparición ante el carro de desgracias que siempre parece que las Moiras le tienen preparado a la vuelta de la esquina.

Por ello, la primera parte de esta tesis, **La torre de la soledad**, es más bien un recorrido mítico-histórico pero, y esto es claro, personal por la historia de la Argentina y la visión que poseemos de su construcción hasta comienzos del siglo XX que debe llevarnos a comprender mejor los motivos que, poco a poco, engendraron la obra de Sábato y, al mismo tiempo, fueron generando los motivos de su actual desazón.

La segunda parte, **La ruta de Caín**, que estudiará aquella primera obra incompleta y desconocida de Sábato, **La fuente muda**, intentará, como su propio nombre indica, trazar un mapa que, desde la noción del exilio judía representada por Caín nos conduzca al personaje de Sábato, Carlos, enfrentado ante Yahvé y su hermano Abel, de quien, a la vez, intentamos seguir su visible rastro por la historia argentina del siglo XX.

La tercera parte, **La voz de Yahvé**, se centrará, tras un estudio del carácter simbólico de las figuras de Eva y Perón en trazar las coordenadas del pecado original americano que dijera Héctor Murena, y, en este caso, pecado original argentino, a

través del recorrido incierto, opresivo, oclusivo de Castel y su asesinato de María en **El túnel**.

La cuarta parte, **Los buscadores de oro**, estará enteramente dedicada al estudio de **Sobre héroes y tumbas**, que con constantes referencias a la historia argentina, ha de permitirnos entender el porqué del camino emprendido por Martín, Lavalle, la metáfora de la ceguera y, donde profundizaremos aún más en los complejos mecanismos del mito gnóstico para comprender a la familia Olmos.

Y, por último, en la quinta parte **El hombre nuevo: el Caín creativo**, centrada lógicamente en **Abbadón el exterminador**, intentaremos extraer una conclusión de la lectura que del mito de Caín, del mito gnóstico y de las consecuencias de la interpolación del mismo Sábato en la realidad de su obra podemos alcanzar, para, finalmente, poseer una visión clara, a partir de los textos bíblicos y de la obra de Sábato, de la Argentina.

En verdad, poco más que señalar. Si acaso, resaltar que, a pesar de todo lo expresado con anterioridad, la decisión de realizar esta tesis surgió apresuradamente, en el transcurso de una conversación, y dejó a medias una investigación que, con más o menos fortuna, estaba realizando sobre la figura del héroe que sirvió de ayuda, por otra parte, para comenzar a profundizar en los rasgos de los personajes sabatianos. Y si bien la decisión de abandonar la antigua investigación y acometer la nueva, fue tomada en escasos momentos, este hecho no podría ni debería ser considerado casual. Menos aún, cuando este proyecto se fundamenta en una obra como la de Sábato que, en el recorrido central de su desarrollo, en el seno de esa todavía intrigante y emocionante obra, **El informe sobre ciegos**, lega un mensaje claro para todos aquellos que quieran acercarse a la misma: no hay causalidades. Exactamente así, también lo ha entendido ese buen lector de Borges que es Paul Auster: las decisiones importantes de la vida, los caminos y momentos decisivos que transformarán nuestra vida no son fruto, en muchos casos, de largas reflexiones sino, más bien, de una suerte librada durante unos instantes aparentemente eternos pero fugaces.

Y es por ello que, siendo una teís que intenta encontrar y buscar un resguardo, un hogar a la errancia, dotar de un rostro y sentido a la casa de todos los argentinos, su país, resulta totalmente causal, vista su mitología y el tema del que se ocupa, que el mayor problema que hayamos encontrado en el momento de su redacción haya sido el del espacio, el lugar desde donde poder escribirla. Como, a su vez, no resulta nada ilógico que un camino de errancia, nomadismo perpetuo haya precedido a su escritura. O, que por ejemplo, su definitiva redacción e impulso final, fuera acometido en Francia.

Al fin y al cabo, fue en el país francés donde Sábato comenzó a enraizarse seriamente en su idea de escribir, y donde las contradicciones de toda revuelta, de todo crimen –uno de los temas fundamentales de la obra de Sábato y todavía por resolver en Argentina, en Hispanoamérica– se pueden observar con más claridad, dado que, como todos sabemos, fue allí donde se produjo la primera revolución moderna en 1789 que, querámoslo o no, hiciera, muchas veces para mejor y otras para peor, cambiar el rostro de las sociedades occidentales y americanas para siempre.

Es ése, el eterno tema de la rebelión, en el fondo, lo que da pie a la lucha y a la construcción de los monoteísmos y el oculto trasfondo –más allá de los intereses económicos siempre omnipresentes– de toda guerra. En la medida en que aún hoy todavía estemos en situación de tomar conciencia de este hecho, en la medida en que nuestra rebelión contra las injusticias no degenera, posteriormente, en intransigencia por nuestra parte, todavía tendremos tiempo de repensar y reconstruir nuestro mundo. Pero siempre y cuando sigamos respondiendo al horror con más horror o a la violencia con más violencia, estaremos ayudando a que un único Dios –sombra tentadora que se esconde detrás de todos los monoteísmos, totalitarismos y rebeliones– se imponga sobre nuestro mundo: el diablo. Y que las siete plagas apocalípticas que acompañan toda guerra se extiendan y puedan propagarse por nuestro planeta. Exactamente, ya lo formulara Gandhi: a la violencia se le vence desde la no-violencia. En suma, ésta es la única manera de asegurarse un mundo de

paz y que, el estado de confusión, incertidumbre y miedo que reina en nuestro mundo, afecte únicamente a aquellos que lo generen.

Más allá de las teorías de Baudrillard y sus interesantes reflexiones sobre la actual era del vacío vivida en Occidente, del exilio y éxodo en que, según Eduardo Trías, el ciudadano de nuestro mundo se encuentra abocado a vivir, alejado de todo referente y sentido anterior o futuro, es decir, de su pre-existencia y post-existencia, se encuentra todavía presente, como siempre, el mito. Y, aunque parezca ingenuo decirlo, repetirlo o insistir en ello, es en la medida en que el hombre elija por sí mismo los mitos que han de formar parte, integrarse en su vida y no ceda ni se pliegue ante aquellos que los distintos poderes fácticos deseen imponerle, podrá encontrar y dotar de un sentido a su vida. Si es cierto que la religión -todos lo sabemos- ha podido degenerar en un pozo de intolerancia tal que la actual rebelión contra ella puede ser justificada sin excesivas discusiones, también lo es que una vida, un mundo alejado de toda espiritualidad, no puede, no ha de tener sentido alguno.

Por ello, el problema de nuestro tiempo, bien enunciado por Foucault y que, en buena parte ocupa la temática central de la obra de Sábato, es la necesidad de distinguir, de una vez y para siempre, quién es la figura que se oculta detrás del nombre concedido a las cosas. ¿Quién es el dador de nombres? Pues es en la medida en que podamos averiguarlo, realizar esta operación que Derrida, en afortunado y acaso incomprendido término, quisiera llamar deconstrucción, podremos abrir una vía, sí, de incertidumbre pero, a la vez, de misterio y trascendencia que nos permita ir por nosotros mismos en busca del nombre original, de la primera sílaba que nombra y que dota de vida a aquello que somos: es decir, podremos ligarnos con la trascendencia sin necesidad de nombrarla. Descubrir o estar en el Aleph. O, lo que es lo mismo, descubrir el verdadero estatuto divino que todos portamos escondidos en nuestro seno, sin necesidad de tener que asistirnos debajo de los dictados que toda religión, hombre, país o partido político desee imponer con el fin de subyugar las voluntades de los hombres para su interés.

Acaso, todavía no ha llegado el momento de que el Corán (“llamada”) –al fin la exégesis y palabra viva de los profetas bíblicos– se enseñe en Occidente, y lejano está el día en que un rabino judío se anime a considerar la posibilidad de que Cristo pudiera ser hijo de Dios como el momento en que los cristianos se olviden de su constante y repetitivo odio y desprecio por los judíos, pero sería absurdo que los hombres de hoy –dados los medios que disponemos– no quisiéramos transitar por cada uno de los textos fundadores y apócrifos de estas culturas. En ellos, en verdad, está escrito todo aquello que somos. Lo peor y lo mejor. Y condenándolos a nuestro desprecio, en realidad, estamos condenándonos nosotros mismos.

En los textos bíblicos, en la Torah, El Corán, los evangelios apócrifos o los evangelios de los apóstoles, hay muchas ideas que se repiten, se bifurcan, se cierran y luego se abren como alas de mariposa para retomarse, renovadas, en distintos pasajes. Pero hay una idea básica en ellos, en los textos de toda religión o filosofía que aspire a ser universal como el budismo: el respeto al otro, al ajeno, al diferente, la necesaria hospitalidad que se debe guardar hacia el emigrante pues, en última instancia, todos lo somos para algún otro. Y, porque en definitiva, el hombre, como ya subrayara el platonismo, no es solamente un cuerpo sino, ante todo, un alma en constante migración. Es por ello que lo hemos de repetir otra vez. Al principio era la errancia. La búsqueda. Y sólo serán condenados al infierno, aquellos que no permitan que esta búsqueda prosiga, fluya. Pero no a un infierno irreal, situado más allá de esta vida. Sino al infierno de esta vida, una vida sin sentido y sometida a la repetición constante, a la esclerosis.

Parece imposible no observar en los sucesos que rodean nuestro mundo de hoy en día, en aquel renovado enfrentamiento entre judíos y musulmanes cerca de Jerusalén, la guerra santa promovida por las hordas musulmanas, el fervor del catolicismo y el protestantismo aliado a la técnica y su idea de colonización dispuesto a invadir Irak, que el hombre está en proceso de releer su historia y aprender de ella, pero todavía no ha fijado su vista ni desea hacerlo, para su comodidad, en el punto central de la misma.

Precisamente, porque esto supone dialogar, supone realizar un esfuerzo del que, acaso, no podremos extraer más conclusión verdadera que la del propio hacerse de nuestro diálogo, de nuestra palabra con otro, con un extranjero para intentar encontrar una verdad siempre inasible. Lo que, en un mundo construido, a partir de la noción de utilidad y de valor, ha de ser considerado, exactamente, estéril.

Y, sin embargo, como pudiera decir Maurice Blanchot, ¿no es en esa posibilidad infinita de un diálogo con otro que no termina jamás y del que no podemos extraer ninguna certeza donde deberíamos encontrar el rasgo sagrado, emocionante y, sí, en efecto, aún por definir, siempre volátil y en movimiento del hombre?, ¿no es la prueba máxima de la posible existencia de otro mundo el mero hecho de una conversación, de unas palabras dirigidas a otro sin más utilidad que la del contacto con el alma de nuestro hermano?

Exactamente decía Hannah Arendt que, para Doris Lessing, esa diatriba, ese diálogo infinito y esa incapacidad de encontrar una verdad que enfurecía a los filósofos de todos los tiempos y que hacía latir de rabia al ser humano, en realidad, a ella, únicamente, le hacían reír de felicidad, pues a través del distinto trasvase de opiniones de los distintos seres humanos, aunque no se llegara a consolidar un acuerdo, se ponía de manifiesto la mayor y más bella condición de la humanidad: la libertad, la pluralidad.

En este sentido, confiamos que este trabajo, a pesar y gracias a las opiniones contrarias que pueda suscitar, sea un refugio espiritual para aquellos emigrantes argentinos, para aquellos hombres que buscaron hace unos años en nuestra patria española, un respiro, un sentido a su desconsuelo. Pues, en verdad, creo que ya es tiempo de que la Madre Patria España, como a ellos les gusta llamarla, comience a pedirles perdón. Ellos son las víctimas, en muchos casos, de la historia de España, de la historia de Occidente. Y si puede que Argentina o los países hispanoamericanos, como hijos de España, estén deseando, de una vez, recibir su reconocimiento, recibir de una vez un abrazo cariñoso de ese padre tantas veces vetusto e intolerante que ha sido el estado español, lo cierto es que, en mi opinión, es ya el tiempo de que España

comience a hacer aquello que está mucho más que ellos necesitado de hacer: pedir perdón. Exactamente. Pedirles perdón por, de nuevo, traicionar sus sueños y, lejos, en muchos casos, de ampararles, retrotraerse a los viejos fantasmas del pasado y arrojar sobre ellos el fantasma de una nueva expulsión. Por el pecado de soberbia que supuso que, mientras miles de descarriados hombres venidos de Argentina llegasen a España reclamando únicamente comprensión y ayuda, la misma no sólo les fuera muchas veces negada sino que, al tiempo que esta realidad se producía, el país hispánico volviera a gastar sus fuerzas, sus ahora saneadas arcas en combatir al arcaico y eterno enemigo musulmán.

Es, por eso, que esta tesis va dedicado a ellos. Contra el olvido y contra el silencio que los puntos oclusivos de la historia y la actual vida mass-mediática de nuestro mundo contemporáneo ha volcado, degenerado contra su tragedia. Y si es cierto que en el mismo se pueden, se han de encontrar errores, no debemos olvidar que se ha construido a través de la palabra. Y la palabra del hombre todavía no es, no puede, ni podrá ser nunca, afortunadamente, perfecta. Ni pretenderlo. Pues ésta es una aspiración que sólo corresponde al diablo. Y, en este sentido, y a pesar de lo dicho anteriormente, acaso esta investigación no sea sino un arma de combate más que lucha por golpear y herir a un enemigo con las mismas armas de éste. Lo que aún sin ser mi intención, no debería extrañarme. No debería extrañarnos. Al fin y al cabo, es el signo de los tiempos. Es lo que enseña toda revolución. El signo de Marat. Y de Caín. Del hombre de todos los tiempos todavía escindido entre esos dos eternos contrarios que son Abel y Caín. Su verdadera condición. El fracaso. Lo dijeron, en el pasado siglo, Celine, Camus o Blanchot. Lo sabe todo aquel que se ha dejado seducir aunque sólo sea un instante por el vertigo de la obra de arte. Lo señalaba mismamente, de manera sutil, Pier Paolo Pasolini en las palabras que cerraban su **Decamerón**. ¿No es mejor soñar una obra que realizarla? Y lo sugería don Quijote, lo quiso dar a entender Dante o el mismo Borges en su inolvidable poema dedicado a Matilde Urbach. ¿No es mejor soñar con la amada que poseerla? Y, sin embargo, ¿no es esa la locura de todo arte?, ¿no es ese el misterio que engendra todo ensayo o investigación? Hacerse en el tiempo y desde el mundo de las sombras para atraer un foco de luz sobre una idea parece ser el destino del arte. Parece ser, asimismo, el

destino del hombre. Pero no saber porqué creamos no debería ser desilusionante. Todo lo contrario. Debería ser un estímulo. Fracasar, fracasar y volver a fracasar. Es ahí donde radica el misterio del hombre que lo vuelve a intentar una y otra vez sabiendo que está condenado al error y a bajar la cuesta del mundo como ya lo hiciera Sísifo. Es ahí donde radica el verdadero sentido de todo arte. De toda búsqueda. En el no-saber. Pues es en lo absurdo de este intento donde el hombre viene a decirnos la última verdad que se niega a aceptar y que, por muchas veces que tropiece, volverá a negar pero que su misma existencia ya pone de manifiesto. Somos amor. Y, aun a pesar del error, el odio y la violencia, estamos obligados, queramoslo o no, a cumplir nuestro sagrado destino. Está escrito. Estamos escribiéndolo. Viajamos todos en el mismo barco, queramos aceptarlo o no.

PRIMERA

PARTE

LA

TORRE

DE LA SOLEDAD

I.1. EL REINO ÚNICO: EL CRISTIANO ERRANTE.

“Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición”.

Génesis 12, 1-2.

“Yahvé es un guerrero, -Yahvé es su nombre”.

Éxodo 15, 3.

“...La sed de un paraíso de la indulgencia construido sobre una sonrisa de depravaciones celestiales...”

E.M.Cioran.

Toda la historia de la conquista americana por parte de Occidente cabe entenderla como una teodicea espiritual. La imposición por parte de una cultura endogámica, maniquea, partidista (aliada a un único Dios concebido como único principio regente de todas las cosas), de su unilateral concepción del mundo, deviniendo en exterminio, saqueo y desacralización de la tierra invadida. Es toda ella un reflejo de un pueblo, de una cosmogonía incapaz de separarse de su propia categorización, percepción espacial¹ y temporal para penetrar en la esencia, en el flujo heracliteano, “abierto” de lo americano, como lo supieran ver muchos de los intelectuales crecidos en su seno.

En la aventura americana, Occidente realizará un viaje atrás en el tiempo que, finalmente, perpetuará las condiciones del primer destierro con que la caída en el tiempo había encadenado a los hombres a las condiciones de la vida en este mundo, simbolizando el desvanecimiento de toda ilusión de repensar el mundo bajo otro prisma que no sea el occidental y la definitiva eclosión y el fracaso del modelo cartesiano-racional, impuesto como modelo regente y fundador de toda sociedad.

¹ Es necesario volver a subrayar la importancia de los tratados de Vitruvio y Alberdi y su influencia superlativa a la hora de construir las ciudades en América al imponer la línea recta como punto de vista que cobija y separa, al mismo tiempo, al hombre de la naturaleza, al igual que recordar las nociones de tiempo lineal y progresivo occidental que terminarán por desterrar las nociones de tiempo “total” o “no- tiempo” de las culturas aborígenes.

Nos sugerirán, por ejemplo, entre otros pensadores de similar talante, Héctor A. Murena y Arturo Uslar Pietri: “Con América se da el escandaloso caso de que –salvo frustrados intentos– ha sido y es interpretada, inclusive por los americanos, según una clave puramente europea”², “América fue una invención intelectual del Renacimiento. La increíble novedad fue conocida y vista a través de la mentalidad y las concepciones de los hombres de aquella época tan peculiar. Humanistas, sabios y poetas se apoderaron de aquella insólita revelación y de un modo espontáneo la acomodaron a sus conceptos y creencias”.³

En este sentido, y teniendo en cuenta las motivaciones a través de las que se realiza la conquista de las tierras que más tarde formarán parte de la nación argentina, la ocupación fue un fracaso. La más severa manifestación de un imposible renacimiento espiritual así como un castigo virulento para los futuros colonizadores de aquellas tierras, exiliados, aislados febrilmente por un territorio que habían despojado de su concepción inaugural, dioses y lenguaje que la conformaban.

Los errores fueron varios, pero entre los más significativos ha de figurar el cometido por el cristianismo al desfigurar y transformar el mensaje de amor de Cristo en un tiránico mensaje que obligaba a comulgar con el mismo sin permitir una mínima libertad a la hora de elegirlo.

Es en esta dictatorial manera de implantar su fe y condiciones religiosas, por medio del aura con el que el cristianismo abraza a Cristo como paladín y bastión de su cultura a la vez que único Dios permitido y digno de adoración, donde Occidente y sobre todo la concepción católica hispánica mostrará estar encadenada a la cultura judía, a pesar de los rasgos con que condene a la misma encomendándola a la herejía. Recibiendo, por tanto, en su acervo cultural tanto las promesas como los castigos inherentes al legado del pueblo hebraico como nos indicara Américo Castro: “Lo

² Murena, Héctor A., **Visiones de Babel**. Fondo de Cultura Económica. México. Primera edición, 2002. pág, 224.

esencial de la religión de Israel seguía viviendo dentro del cristianismo, que había de aceptar la palabra revelada en el Antiguo Testamento. (...) Los cristianos no podían negar que el Dios de Moisés y sus mandamientos eran también los suyos; el judaísmo se hallaba a la vez dentro y fuera del cristianismo.”⁴

Si nos remontamos atrás en la historia, recordaremos que la cultura hebrea no era sino inicialmente parte de un conjunto multiforme de creencias, sectas, ritos y distintos grupos religiosos que encontraban en la antigua Jerusalén (“ciudad de los dioses de la paz”) un espacio común donde habitar la polis respetuosamente sin perjuicio del culto o creencia que se practicase. Jerusalén era, por tanto, una ciudad respetuosa para con sus habitantes y para con los extranjeros que quisieran internarse en ella, recomenzar una vida, visitarla temporalmente o realizar un trámite legal en la misma. De esta manera, la ciudad que observara entre sus muros el mítico reinado de Melquisedec era un ejemplo de pluralismo y de sabio gobierno en donde la convivencia y respeto entre las diversas concepciones ontológicas de la existencia, la llevarían a encarnarse como auténtica y verdadera ciudad del amor.

Como sabemos, el conjuro de la secta judaica, disminuida ante el poder de otros cultos, transcurriendo el tiempo, intentará amoldar los hechos de una cultura poliforme y politeica como la que bañaba en riqueza a Jerusalén, a los actos y querencias del Dios bajo el que se refugian y se tornan dominadores de la ciudad: Yahvé.

Será Yahvé entonces único Dios que pretenda regir los destinos de las tierras que desembocan en el Jordán. Este Dios monovalente, déspota que sojuzga a los desobedientes y herejes a su culto, y que establece bajo los mandamientos de la palabra escrita (“la ley mosaica”) contraria a la oralidad su pacto con el pueblo de

³ Uslar Pietri, Arturo. **Godos, insurgentes y visionarios**. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona. Segunda edición. Mayo 1986, pág., 12.

⁴ Castro, Américo. **Aspectos del vivir hispánico**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 1970, pág., 84.

Israel, intentará imponer su yugo sobre las distintas culturas que no se adhieran a la voz de hierro con que sella el pacto con su pueblo elegido.⁵

Sin embargo, la necesidad de imponer a Yahvé como único Dios de Dioses, la impostura de este intento y la confrontación con las distintas culturas que rodeaban a la hebrea, degenerará inevitablemente en su temprana expulsión de Jerusalén, su continuado éxodo y destierro. Estos hechos ayudarán, consecuentemente, a validar la noción del pueblo judío como un pueblo enraizado en la emigración, pueblo maldito que no supo respetar su propio territorio merced a su arquetípica noción de exclusión, siendo castigado por esto a errar por el mundo sin poder fundarse jamás en la eterna tierra prometida por Yahvé a sus fieles. Maldecido dos veces por su atrevimiento que doblemente le arroja de su querida, ambicionada e idealizada Jerusalén así como fue ya primer expulsado del jardín de Edén por el atrevimiento de Adán y Eva, artífices de un error que conforma todo el legado a través del que las Sagradas Escrituras son testigos del siempre incierto recorrido del pueblo de Israel.

⁵ Es interesante rescatar la importancia decisiva que Sigmund Freud concede a Moisés y a la transmisión que de los mandamientos de la ley realiza el Dios judío a su profeta. Sin introducimos ahora en los motivos que llevan a Freud a elucidar la ascendencia egipcia de Moisés, sí que creemos conveniente abrir una vía que rescate las palabras del psicoanalista vienés con el fin de permitir que otra voz se una dialógicamente a la del discurso principal de este capítulo y la pueda complementar. Para Freud: “ El dios Jahvé, (...) probablemente no fuera en modo alguno un ente extraordinario. Era un dios local, violento y mezquino, brutal y sanguinario; había prometido a sus prosélitos la “tierra que mana leche y miel”, y los incitó a exterminar “con el filo de la espada” a quienes la habitaban a la sazón”. (...) Ni siquiera es seguro que su religión fuese un verdadero monoteísmo, que negase categoría divina a las deidades de otros pueblos. Probablemente se limitara a afirmar que el propio dios era más poderoso que todos los Dioses extranjeros. Si, pese a esto, todo siguió más tarde un curso distinto del que permitían suponer tales comienzos, ello sólo pudo obedecer a un hecho: Moisés, el egipcio, había dado a una parte del pueblo una representación divina más espiritualizada y elevada, la noción de una deidad única y universal, tan dotada de infinita bondad como de omnipotencia, adversa a toda ceremonial y a toda magia: una deidad que impusiera al hombre el fin supremo de una vida dedicada a la verdad y a la justicia. (...) El dios Jahvé adquirió honores inmerecidos cuando, a partir de Kadesh, se le atribuyó la hazaña libertadora de Moisés, pero tuvo que pagar muy cara esta usurpación. La sombra del dios cuyo lugar había ocupado se tornó más fuerte que él: al término de la evolución histórica volvió a aparecer, tras su naturaleza, el olvidado dios mosaico. Nadie duda de que sólo la idea de ese otro dios permitió al pueblo de Israel soportar todos los golpes del destino y sobrevivir hasta nuestros días”, en Freud, Sigmund, **Moisés y la religión monoteísta**, en **Obras Completas**. Tomo IX. (1934-1950). Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Editorial Biblioteca Nueva. S. A. España. Madrid. 1975. pág. 3269.

Será esta tentación monoteísta en torno a la cual se recluye el pueblo hebreo la que heredará el cristianismo cuando, en torno a la figura de Cristo, comience lentamente a labrar su dominio sobre Occidente. La fortaleza que el ejemplo de la vida de Cristo va a ofrendar permitirá que toda una serie de pueblos se liberen del poderoso Imperio Romano gracias al advenimiento de la Buena Nueva de un Mesías que promete el poder a los débiles, liberar a éstos de la esclavitud real y simbólica a la que se encuentran sometidos.

Es gracias a la llegada de Cristo como Occidente encontrará un signo de identidad, un símbolo a través del cual reunirse, fortificarse y convertirse a través del cristianismo en el culto imperante en Occidente durante los siguientes siglos, con un poder inimaginable en sus primeras conformaciones. La síntesis que el cristianismo realizará de distintos conceptos heredados de la cultura greco-latina no será excusa para superponerse a las mismas, gracias a la facilidad con que asimilará algunos de los rasgos fundamentales de la cultura hebraica, imponiendo un monoteísmo que demonizará a los distintos dioses de otras culturas, una vez terminado con el reino politeísta que había configurado a Grecia y Roma. A su vez, las voces con las que San Pablo recibirá la Buena Nueva de la llegada del Reino de Cristo al Mundo anunciarán todo un futuro programa evangélico que crecerá hasta imponerse como ley única, nueva escritura que sigue marginando al pueblo judío a su destierro, incapaz siempre de reconocer otro nuevo y verdadero Dios distinto de Yahvé.

Así, por ejemplo, conforme el éxodo judío siga extendiéndose por Occidente durante siglos, el mito del judío errante, (aquel que no quiso conceder la bendición del agua a Jesucristo en su Via Crucis hacia el Monte Calvario), vendrá a ser impuesto por el cristianismo como justificación de su nuevo estatuto de pueblo elegido, mostrando el fracaso de la empresa concedida por el ángel a Jacob y a su pueblo: llegar a ser dueños de su propio destino.

Los cimientos que fortalezcan esta nueva ley escrita que serán los Evangelios Cristianos tendrá así que reinterpretar la formación de los míticos hebraicos, apropiándose los para conformarse a las dimensiones que establecen al hombre desde

la llegada de Cristo en forjador de su propio destino⁶, realizador de la obra de Dios en el tiempo lineal y progresivo de la historia al haberse encarnado su espíritu en él.⁷

Confrontado desde sus orígenes con la cultura judía, el cristianismo occidental se niega, por tanto, a fundarse en el destierro, en el éxodo. Su unión con Dios no ha de depararle una futura desterritorialización.⁸ Al contrario, el cristianismo forjará una

⁶ Del origen de esta fe en el destino que caracterizará a la cultura cristiana nacida y forjada en el Renacimiento, nos otorgará una válida explicación, concibiéndola como signo y consecuencia de las lecturas que se llevaron a cabo del pecado original, Edmundo O’Gorman: “Tal, pues, el profundo significado del viejo mito bíblico: el hombre, mientras persevera en su estado de inocencia original, no es ni responsable de su mundo, ni tiene conciencia de sí mismo. Pero al cobrar esa conciencia, patente por vez primera en la vergüenza de su desnudez, se sabe mortal, es decir, se transfigura en un ente histórico y, como tal, recae en él la tremenda tarea de labrar su mundo al ir transformando la Tierra y en el límite, al universo entero, de suyo ajeno al hombre en cuanto creado por Dios y sólo para Dios. Fue así cómo el Cristianismo introdujo en el ámbito de la cultura grecorromana superviviente la noción fundamental del hombre como responsable e inventor de su mundo o, si se prefiere, de su propia vida y destino”, en O’Gorman, Edmundo, **La invención de América**. Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica. Méjico. Octava reimpresión. 2002, pág., 71.

⁷ Como lo observará un Hegel, aliado al destino superior del espíritu europeo, que no dudará en despreciar al continente americano en unas famosas frases que todavía resuenan en la conciencia de Occidente: “América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. (...) Estos pueblos de débil cultura perecen cuando entran en contacto con pueblos de cultura superior y más intensa. (...) los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados”, en Hegel, G.W.F. **Lecciones sobre la filosofía de la historia universal**. Traducción de José Gaos. Alianza Editorial. S.A. Madrid. Primera reimpresión., 2001. págs., 171 y 172.

⁸ Si el judío Saulo de Tarso –que recibe su nombre Pablo de su ciudadanía romana–, en un principio reconozca la tremenda culpa de su pueblo por el asesinato cometido contra el hijo de Dios, no será sino cuando abrace con una fuerza inconmensurable el mensaje de Cristo que se libere de esta culpa, de esta maldición: “estamos redimidos de toda culpa desde que uno de los nuestros rindió su vida para expiar nuestros pecados”. En este abrazo delirante a una nueva realidad que le permite fundarse en la tierra en que desarrolla su labor, que le permite además el intento de colonización de diversos pueblos con su mensaje, es donde, entre otros motivos, Friedrich Nietzsche formulará su odio a la hipocresía de Pablo, donde comprenderá el inmenso temor y la debilidad radical de su misión. Pablo es el enmascarador de las palabras y quien se abraza a ellas para que nadie pueda contemplar su rostro, alzar la vista sobre él y llamarle judío. En la medida en que transmitir el mensaje de Cristo es, aun exponiéndose al peligro del Imperio Romano, salvar la vida para quien lo hace, el mensaje está pervertido, instrumentalizado, convertido en medio de dominación y no en un fin en sí mismo. Señalará Nietzsche: “El “Evangelio” murió en la cruz. Lo que desde entonces se ha llamado “Evangelio”, era ya lo contrario de lo que él. Cristo vivió una “mala nueva”, un dysangelium. Es falso hasta el absurdo ver en una “fe”, por ejemplo, la fe en la salvación por Cristo, el signo distintivo del cristiano: la práctica cristiana, una vida tal cual la vivió el que murió en la cruz, es lo único cristiano”, en Nietzsche, Friedrich. **El Anticristo**. Traducción de Percy Lemos. Quadrata Editor. Buenos Aires. 2002, pág., 64.

cosmovisión no muy distinta a la de la civilización romana en lo que se refiere a la colonización y reterritorialización de los distintos pueblos que conquiste. Sin embargo, su misión será mesiánica y obrará la revelación del mandato divino de Cristo allá donde decida arraigarse, pues si bien el Dios que venera lo castigó como al pueblo judío por su pecado de soberbia en el paraíso, la encarnación de su hijo entre los hombres refrendará la absolución de este pecado.

De esta forma, todo el aparato técnico-científico de Occidente auspiciará la expansión de este mensaje que irá degenerando en la expulsión y aniquilación en su propio territorio de unas culturas forzadas a una Evangelización airada, construida en torno a una idea maquiavélica de un poder que emparejará la realidad a su propia visión de la misma, que sorteando el eterno abismo abierto entre las palabras y las cosas les impondrá un nombre a través del cual apropiarse de ellas en un instinto rapaz de apresar el flujo de lo viviente que pervertirá el original mensaje de Cristo a sus fieles en Jerusalén.

Es en esta síntesis que sabrá mezclar el legado del mensaje de amor de Cristo cuyo ejemplo obliga al cristianismo a huir de la relación endogámica que el pueblo judío mantenía con su Dios con el sustrato que el rastro del antiguo Dios hebraico todavía sostiene en la misma, de donde la cristiandad extraerá su más temible poder, permitiéndole ser reverenciada por los distintos pueblos ante los que se enfrenta, fortalecida a la vez por su cada vez más preclaro dominio técnico y científico. Pero es esta paradójica unión de contrarios, a la vez, la que terminará por derrumbar los sueños de Renacimiento espiritual que los más preclaros intelectuales de Occidente quisieron advertir en la afortunada y azarosa llegada a esa tierra sin nombre que era América.

En este sentido, España como emergente potencia de Occidente, conducirá los dictados de la política univalente hasta el extremo, y después de expulsar al pueblo árabe de la Península Ibérica, realizará la misma operación con el hebreo, cometiendo el mayor error que una cultura con ansias de trascendencia puede realizar: el

desprecio de la “otredad” y de lo “ajeno”, elementos sin los cuales la pluralidad inscrita en el mensaje de amor divino no puede reencarnarse en esta tierra.⁹

Y será justo cuando los judíos que pueblan la Península Ibérica han sido convertidos al cristianismo o expulsados, el momento en que España descubra azarosamente América y comience a forjar en sus costas lo que será un auténtico éxodo o huida sin retorno a los orígenes de la humanidad, un verdadero genocidio de consecuencias incalculables no sólo para los habitantes de la nueva tierra descubierta por Occidente sino también para aquellos que, desacralizándola, comenzarán a vagar, a errar por la misma pagando con su desconsuelo la falta cometida.¹⁰

⁹ En esta línea de pensamiento que adscribimos a las revelaciones por parte de los espíritus libres de nuestra cultura, de las mentiras de la fe ocultas en el judaísmo cerrado por los sacerdotes de las leyes, considero que es necesario acercarse al excelente **Carta a un religioso** de Simone Weil, si se quiere comprender con exactitud, desde la irredenta libertad de su lenguaje, el tema planteado. Entre otras matizaciones y sentencias escritas a ritmo de un lenguaje puramente libérrimo y azotador de todas las trampas y trucos usados por los hombres para intentar seguir encubriendo el crimen y el cisma que produjo la iglesia católica entre el hombre y el universo, que pudiera decir Sábato, podemos encontrar sentencias desnudas y tajantes: “Como en Occidente la palabra Dios, en el sentido usual, designa una Persona, hombres cuya atención, fe y amor se dirigen casi exclusivamente al aspecto impersonal de Dios pueden creerse y decirse ateos, aunque el amor sobrenatural habite en su alma. Se salvarán seguramente. Se reconocen por su actitud ante las cosas de aquí abajo. Todos aquellos que poseen en estado puro el amor al prójimo y la aceptación del orden del mundo, incluyendo el sufrimiento, todos ellos, aun si viven y mueren ateos en apariencia, se salvarán seguramente. Los que poseen perfectamente esas dos virtudes, aun si viven y mueren ateos en apariencia, se salvarán seguramente”, en Weil, Simone, **Carta a un religioso**, Traducción de María Eugenia Valentié. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Segunda edición, agosto 2000, pág., 33, o revelaciones iluminadas únicamente por la perpetua búsqueda de la verdad como “Siempre que un hombre invocó con el corazón puro a Osiris, Dionisio, Krhisna, Buda, el Tao, etc., el Hijo de Dios respondió enviándole el Espíritu Santo. Y el Espíritu obró sobre su alma, no obligándolo a abandonar su tradición religiosa, sino dándole la luz -y en el mejor de los casos la plenitud de la luz- en el interior de esa tradición”, *Ibíd*, pág., 27.

¹⁰ Como han comprendido Deleuze y Guattari, el devenir (que es tránsito y errancia, acontecimiento que sufren las culturas e individuos cuando se desterritorializan), de ciertos grupos sociales enfrentados a una característica que los diferencia del resto, arrastra no sólo a este conjunto de hombres sino al resto de individuos a recomponer su propio estado ontológico en torno a las características del grupo que ha de ser reterritorializado. Como señalan estos autores, al igual que el devenir –mujer afecta necesariamente tanto a los hombres como a las mujeres, las características particulares de la cultura judía “afectan necesariamente tanto al no judío como al judío...”, (...) “es el no judío el que deviene judío, el que es atrapado, arrastrado por ese devenir, cuando es arrancado de su patrón tipo”, “el judío y el no- judío entran en un devenir judío”, en Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. **Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia**. Traducción de José Vázquez Pérez. Editorial Pre-Textos. Valencia. Tercera edición: julio 1997, págs., 291 y 292

En este sentido, el rechazo violento que acometiera España a finales del siglo XV frente a su concepción monoteísta del mundo, a su conciencia de pueblo elegido, nos habla asimismo de una vinculación transversal a través de la catarsis exterminadora, violenta en la que, en efecto,

De esta manera, en un principio América se forjará bajo los signos de un imaginario utópico que en lo que se refiere a la canalización de los sueños de la cultura hebraica aposentados sobre el cristianismo occidental la asemejarán a la tierra prometida y eternamente añorada por el pueblo judío, mítico Edén, símbolo amigo de toda utopía, gracias al cual lavar la hiriente culpa con que los descendientes de Jehová sufrían las cargas del primer pecado de Adán. Sin embargo, el paso del tiempo borrará esta primera imagen engañosa para crear otra más real: un desarraigado y lejano purgatorio, laberinto de exilio y tristeza, cuya existencia contrautópica denegará todas las proyecciones simbólicas que Occidente realizara en ella: América “es un país de nostalgia”, “no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida”¹¹, dirá de ella Hegel.

No será extraño, por tanto, el que a Cristóbal Colón se le haya querido rastrear un origen judaico que permita explicar su gesto descubridor como el estandarte del inicio de la errancia cristiana, la progresiva paganización de sus valores y el signo ineludible a través del cual toda la cristiandad cargando a sus espaldas el castigo del éxodo judío, se vea obligada a reconocer el fracaso de su proyecto espiritual.

A fuerza de despreciar los valores que regían las vidas de esos “otros” que eran los judíos, capaces de establecer una convivencia de mutuo interés con el enemigo musulmán que se necesitaba expulsar, de negar la similitud de la cultura cristiana con la judaica, los españoles heredaban sus más preclaros errores. En este sentido, la cultura occidental (representada por el pueblo español), se vio tentada en un rigor absolutista a reconstruir un mundo pre-babélico en América en el que el castellano se auspiciara como única lengua, en un inconsciente intento de

se produce una asimilación con el enemigo odiado que transmite al agresor sus características aparentemente malditas. Una simbiosis a través de la que España se sume en una dinámica similar a su víctima, compone una imago de pueblo elegido y se aferra a la idea de reino único y monovalente como manera de ser y estar en el mundo, encadenándose al mismo tiempo al proceso de errancia, de diáspora del pueblo judío. Esquema este, a través del cual también se puede realizar una sucinta interpretación de las nociones de pueblo elegido y la matanza racial realizada por Alemania durante la segunda guerra mundial en la gigantesca depuración totalitaria que significará la Shoah judía.

¹¹ Hegel, G. W.F., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. op.cit., pág., 177.

reconstrucción y formación en el terreno americano de aquel lenguaje común que permitió el desafío, el intento de igualación con Dios de los hombres gracias a la construcción de la torre.

Y al tiempo que los judíos contruidos en torno a la idea del éxodo debían ir abriendo su ser al mundo debido a unas circunstancias que le obligaban a constituirse para poder pervivir como pueblo, en el tránsito y la huida constantes, debiendo, por tanto, trascender la tentación de lo único¹² que motivara su destierro y conformara un incipiente odio jamás extinguido en todos aquellos pueblos a los que intentaron subyugar, la cultura occidental se veía sometida a un pacto fáustico de poder con la idea de lo absoluto, intentando igualar su voz a la de Dios.

Justamente, Occidente mostrará en la vertiente de los hechos acaecidos en América, en la negación de la “otredad”¹³ de la diversas culturas que va a ir

¹² Sugiere de manera aguda Maurice Blanchot: “El pueblo judío se hace pueblo por el éxodo. (...) un lugar que no es un lugar y donde no es posible residir. (...) Hay una verdad del destierro, hay una vocación del destierro, y ser judío consiste en estar condenado a la dispersión, porque la dispersión, lo mismo que incita a una residencia sin lugar, lo mismo que arruina toda relación fija entre el poder y un individuo, un grupo o un Estado, revela también, frente a la exigencia del Todo, otra exigencia, y finalmente impide la tentación de la Unidad-Identidad”, en Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. Traducción Pierre de Place. Monte Ávila Editores. Caracas. Segunda edición, 1996, pág., 214

¹³ Como ha apuntado Jean Duvignaud: “Todas las especulaciones sobre el “hombre salvaje”, el homo sylvestris, la pulla campanica, el orangután o el gorila, hasta las investigaciones de Goethe que se refieren al hueso intermaxilar inferior común al hombre y al animal, están dominadas por la imposibilidad de pensar al hombre distinto del hombre europeo dominado por la razón. Fuera del hombre fundamental, dotado de lenguaje y espíritu, no puede haber nada, y los ensueños donde aparecen los sátiros, los faunos, las ninfas, las sirenas, pertenecen a la fantasía de los poetas. Los monstruos pueblan el mundo y el hombre reina solo en el universo cristiano enriquecido de cultura antigua”, en Duvignaud, Jean. **El lenguaje perdido. Ensayo sobre la diferencia antropológica**. Traducción Hugo Azcurra. Siglo Veintiuno Editores, S.A. México. 1977, pág., 37.

Esta rigidez absoluta del reino de lo único, la instigación absolutista de sus categorías conceptuales, como subrayase Tzvetan Todorov, llevarán a Colón, desconocedor de la diversidad plural de los lenguajes que componen el mundo, a negar la lengua particular indígena, su esencia, que será mutilada bajo los prismas de la totalitaria cultura a la que responden sus dictados. Este posicionamiento frente a una lengua extranjera, como ha explicado Todorov, sólo le permite dos posibilidades de comportamiento complementarias: “reconocer que es una lengua pero negarse a creer que sea diferente, o reconocer su diferencia pero negarse a admitir que se trate de una lengua. Esta última reacción es la que le provocan los indios que se encuentra muy al principio, el 12 de octubre de 1492; al verlos, se promete: “Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V.A. para que aprendan hablar”,¹³ en Todorov, Tzvetan, **La conquista de América. El problema del otro**. Traducción de Flora Botton Burlá. Siglo XXI Editores. Argentina S.A. Primera reimpresión. 2003, pág., 38

encontrando, un impulso diabólico de funestas consecuencias que le llevará a desafiar sus propios límites realizando un vuelo de similares características al realizado por Dédalo que, finalmente, vendrá a aprisionarle en la nueva tierra que se quería someter.¹⁴

Precisamente, el que la única persona políglota de la tripulación que componga el primer viaje de Colón, sea un judío converso, aún acentuará más el carácter espurio del Descubrimiento,¹⁵ poniendo de manifiesto el destino que podría esperar a todos aquellos que como la raza judía anteriormente no hubiesen sabido aceptar los distintos rostros de la alteridad a la hora de fundar su cosmogonía particular: el lazo desatado y cortante de la errancia o el purgatorio del exilio. Así, por ejemplo, lo sugería Germán Arciniegas haciéndose partícipe del huérfano destino de los occidentales caídos en América: “Nuestro destino es emigrar. El destino de América: recibir nuestros emigrantes. Colón señaló el camino”.¹⁶

En una frase de su **Diario de a bordo**, Cristóbal Colón parece prefigurar ya este hecho, asimilando azarosa pero significativamente su viaje con una huida del reino esclavizante natal y la búsqueda de la tierra foránea como la promesa de libertad conferida a su pueblo por Yahvé para siempre liberado de las cadenas del deber, del trabajo, ajenas siempre al goce, al placer: “Así que muy necesario me fue la mar alta, que no pareció salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moisés, que los sacava del captiverio”.¹⁷

¹⁴ Tentación absolutista a la que le ayudará los continuos avances científico-técnicos a través de los que tenderá no sólo a querer probar su superioridad frente a las culturas aborígenes americanas sino asimismo, una vez que vea frustradas las expectativas con las que llegó a América, desafiar a su propio Dios en una suerte de reto prometeico de tan funestas consecuencias como el vuelo realizado por Dédalo, como ha podido destacar Murena: “Cuando el hombre cree autonomizarse y borrar el Cielo, es la Tierra la que se autonomiza a costa del hombre y, trasformada en imagen invertida del Cielo, resulta ser el inferus privador, emblema de las potencias plutónicas, infernales, a las que el mediador queda sometido”, en Murena, Héctor A. **Visiones de Babel**. op. cit, pág., 412.

¹⁵ Este hombre, judío converso y conocedor de lenguas orientales, árabe y hebreo, no será otro que Luis de Torres.

¹⁶ De Arciniegas, Germán. **En medio del camino de la vida**. Editorial La Oveja Negra. Bogotá. 1985, pág., 38.

¹⁷ Colón, Cristóbal. **Los cuatro viajes. Testamento**. Edición de Consuelo Varela. Alianza Editorial, S.A. Madrid. Primera edición en “Área de conocimiento: Humanidades”. 2000, pág., 51.

La primera rebelión americana fechada en 1499, protagonizada por Francisco Roldán vendrá a confirmar este hecho: el reino del que se quiere huir es el propio. Un reino que sustentado en el código abrumador de ley mosaica, regentada ahora por los poderes reales del Estado español, estrangulaba todo pensamiento diverso, disponiendo de las fuerzas sobrantes que lo componían (marineros, guerreros, expresidarios) a su antojo, sin que esto implicase un posterior abrazo misericordioso, semejante al recibido por el hijo descarriado en la parábola del hijo pródigo por su parte para los que pudieran retornar confundidos y desarraigados después de vivir los más variados vericuetos en la experiencia americana.¹⁸

América, entonces, será testimonio vivo de cómo la cristiandad, absorbida por sus deseos expansionistas, su necesidad de dominar, comienza a desprenderse de sí misma fundándose en tierra ajena, propiciando una enajenación, una “extrañificación” en su orden categorial de valores que propiciaría un Apocalipsis de la fe en las concepciones teológico-filosóficas regentadas por Occidente, su clero y su reino supuestamente inmortal. Porque si algo pone de manifiesto el viaje americano desde sus comienzos es que las relaciones categoriales y conceptuales que configuraban la cultura judeocristiana van a conocer una inversión total, absoluta, semejante a la que sufrirán las agujas de las brújulas de esa primera embarcación al surcar la zona del meridiano magnético 0^o¹⁹, y que toda resistencia a este cambio será en vano.

¹⁸ No en vano, lejos de pasar los últimos días de su vida aposentado en una mansión o con un buena renta que le hiciera disfrutar de sus hazañas y continuos viajes pasados, Colón, como la mayoría de aquellos aguerridos marineros que lo acompañaron en su viaje, morirá, reclamando un mínimo de atención que nunca le será concedida, recibiendo el castigo mítico y perpetuo, que desde los albores de la humanidad, reciben todos aquellos que se han atrevido a transgredir los límites impuestos por la naturaleza y han franqueado una nueva barrera del conocimiento. El castigo de la indiferencia será, entonces, superior en eficiencia al rito de la cruz cristiana o la degollación de Prometeo por parte de los buitres, pues condenará a Colón (y con él, a todos los que prosigan su camino), a no ser aceptado ni en un mundo ni en otro. Ni odiado ni amado. Conciliando así en su destino, el castigo que espera a todos aquellos que traspasan las puertas de lo infranqueable: el castigo de Orfeo, condenado a estar separado y unido de aquello que más ama, sin encontrar la felicidad completa ni la conjunción completa entre su persona y su deseo jamás.

De este modo, en Europa se iniciará un apartamiento de las leyes naturales que regían las vidas de los hombres desde sus más arcaicas raíces y obviando los consejos heredados del tronco greco-latino que impulsarían la canonización de las obras de Virgilio o Hesíodo, se comienza a vivir el éxodo a América como un signo evanescente y nostálgico que revela una expatriación, una huida más que un encuentro. El viaje se comprende entonces, como un signo de decadencia que anuncia el destierro de los más venerados sueños de la cristiandad, como proféticamente vislumbrará en pleno Renacimiento Leonardo da Vinci: “Veremos a los árboles de las grandes selvas del Tauro, del Sinaí, de los Apeninos y del Atlas ir apresuradamente por el aire, transportando en el aire ingentes multitudes humanas. ¡Cuántos lamentos, cuántas muertes, cuántas separaciones entre amigos y familiares! ¡Cuántos no volverán a ver más el cielo que los vio nacer y morirán sin recibir sepultura, dispersándose sus huesos por los diversos confines del mundo!”.²⁰ Sentencia, a través de la que aquel hombre ambiguo, que quienes tenían acceso a él catalogaban como una extraña mixtura entre ángel y demonio, comprendía, lo que siglos más tarde va a ser uno de los más citados y recurrentes pensamientos de la **Carta sobre el humanismo** de Martin Heidegger, hermoso intento de comprensión del porqué de la decadencia del hombre occidental, la pérdida de su “ser” íntimo: “El desterramiento deviene un destino universal”.²¹

¹⁹ “En este día, al comienzo de la noche, las agujas noruesteaban y a la mañana nordesteaban algún tanto”, Colón, Cristóbal. **Los cuatro viajes. Testamento**. op. cit, pág., 47.

²⁰ Da Vinci, Leonardo. **Cuaderno de notas**. Traducción de José Luis Velaz. M.E. Editores.S.L. Madrid. 1995, pág., 152.

²¹ Heidegger, Martin. **Carta sobre el humanismo**. Traducción de Helena Cortés y Arturo Leite. Alianza Editorial.S.A. Madrid. Segunda reimpresión: 2001, pág., 53. Pensamiento éste de Heidegger del que, más tarde, se hará eco Peter Sloterdijk –acaso continuando una idea ya prefigurada en el romanticismo alemán y que ocupará un lugar central en el drama religioso de Achim von Arnim, Halle y Jerusalén (1811)- para profundizar en su visión del hombre contemporáneo teniendo en cuenta que el héroe que lo representa ya no es Odiseo sino el judío errante y que heredar el castigo de aquel judío no significa, para Sloterdijk, sino ahondar en la conciencia moderna del desterramiento (Heimatlosigkeit) a través de la que con tanta lucidez Heidegger profiriese un diagnóstico sobre nuestro tiempo. Ahondando en esta cuestión, hemos de destacar, siguiendo las reflexiones de Edgar Knecht en **El mito del judío errante**, que sea, precisamente, durante el siglo XX cuando menos testimonios míticos o literarios tenemos de esta figura. Lo que no deja de ser curioso y ha de advertirnos de una realidad que no habría de escapar a la atención de Sloterdijk: el siglo que más seres humanos afines a la figura del judío errante nos ha concedido hasta el punto de que todos nos encontramos preocupados por su destino ha intentado elidir, borrar del primer plano de la conciencia mítica de la humanidad una historia donde habría de reconocerse de tal manera que aquellos viajes idílicos y continuos desplazamientos que embargan a tantos hombres de

Sin embargo, los fastos que recubrieron a América con los trazos de la ansiada tierra prometida y que la imaginaron vestida en mantos de oro, los cantos de sirenas procedentes del otro rincón del mundo, se impusieron a las posibles dificultades, a los férreos avisos con los que, hemos de suponer, el mar revuelto advertía a los tripulantes del barco occidental, sin que éstos quisieran escuchar su lenguaje amarrados como Ulises a la proa de sus embarcaciones y prestos únicamente al tiempo codicioso del oro que podría sufragar la corona de espinas que llevaban incrustadas en lo más hondo de sus corazones, aquello que el poeta florentino inscribiese con letras sagradas en el principio de uno de sus cantos infernales: “por mí se va a la ciudad del llanto;/ por mí se va al eterno dolor;/ por mí se va hasta la raza condenada. (...)/ oh, vosotros lo que entráis, abandonad toda esperanza”.²²

Es en esa sordera, (característica que Albert Camus apuntaría como “la cumbre de todas las tragedias”)²³ de aquellos primeros conquistadores a todo sonido que no fuera el tintineo del oro que les permitiría hermanarse con la más baja pasión de la que tradicionalmente se acusase a la cultura hebrea, y que al escritor francés le

nuestro tiempo no podrían menos que ser considerados, desde este punto de vista, como viajes de despersonalización, de manipulación, de anonimato y olvido. Es decir, hay un interés en la posmodernidad por superar los límites que penalizan todo viaje desde la antigüedad y, en este sentido, la elisión de la historia del judío errante advierte que la misma ha dejado de ser mito para ser realidad. Y, en verdad, el olvido en el que ha caído actualmente el mito ha permitido que la ideología positivista, neoliberal actual -interesada en conjugar ficción y realidad en una mezcla sin par que deje al individuo indefenso ante los distintos mensajes que recibe- no haya permitido entrever, más allá de la posibilidad de hermosa convivencia entre pueblos, el peligro real que existe detrás de esa necesidad actual casi frenética que caracteriza a nuestra época por borrar los límites y fronteras entre los países y pueblos, sus distintos tiempos, creando, por tanto, una historia global, mítica –la llamada globalización– que remite peligrosamente a una fuerza motora que no ha de respetar ningún límite para imponerse pues no los reconoce. Desde este punto de vista, son los viajeros del adinerado mundo occidental los secretos agentes de un poder ideológico interesado ahora en controlar el mundo entero a través de los fastos de un comercio incesante que no distingue entre distintas culturas, razas o países que, en última instancia, sólo puede referir a un encadenamiento del hombre a su propia libertad de cuyo ejercicio responsable no conoce ejemplo alguno como asimismo tampoco puede vislumbrar penalidad alguna a su continuo movimiento sin límite por el mundo que, en última instancia, como enseña el mito del judío errante pudiera ser más maldición, exilio real en el no-tiempo del viaje moderno que la utópica bendición a través de la que las fuerzas neoliberales lo han encumbrado.

²² Alighieri, Dante. **La divina comedia**. Traducción de Ángel Crespo. Colección Austral. Espasa Calpe. S.A. Madrid. Decimoséptima edición. 1994, pág., 102.

²³ Camus, Albert. **El hombre rebelde**. Traducción de Josep Escué. Alianza Editorial. S.A. Madrid. Primera edición en “Biblioteca de autor”. 2001, pág., 330.

haría sostener la primacía del diálogo platónico frente al discurso dictado y monológico de Moisés, donde esta teodicea comenzaría a fraguarse.

Extraño a los múltiples sonidos de la naturaleza, a la fecunda oralidad de las culturas que se presentaban ante él, acaso considerándolas “los judíos de la lengua”²⁴ como sugiriera Adorno de la representación que Occidente se hace de las lenguas distintas a las habladas en sus reinos, cerró sus oídos a toda influencia foránea, terminando de completar el círculo de un viaje en el que el punto de llegada fue el mismo que el de partida: la negación de la “otredad”.

Esta negación de funestas consecuencias que no le permitió objetivar los atributos del yo se volvió con radical negatividad hacia el propio Occidente al mostrar con claridad el fracaso de la revolución espiritual iniciada por la iglesia de Cristo, vislumbrando en ella los mismos defectos de la hebrea, como denunciara un airado Nietzsche de los sacerdotes que la representaban: “seres terribles, que llevan dentro de sí el animal de presa y no pueden elegir más que o placeres o autolaceración. E incluso sus placeres continúan siendo autolaceración. (...) pues sólo están refutados ellos, y sus ojos, que no ven más que un solo rostro en la existencia”.²⁵

De esta manera, todo el continente se vio obligado a replantearse los códigos a través de los que había conseguido forjar su cosmogonía que, sometiéndose a un replanteamiento de los mismos a través de la crítica de la razón, irán sumergiéndose a Europa en los fastos del pensamiento nihilista. El fracaso de la emanación espiritual del mensaje de Cristo había hecho a Occidente tomar conciencia de lo ilusorio, del sentido metafísico de la religión y había impuesto ahora la razón como Dogma a través del que instituir una fe y cimentar la civilización. Al comprobar que “Jesús frustrado no era sino un inocente más, que los representantes del Dios de Abraham

²⁴ Wohlfarth, Irving, *Sobre algunos motivos judíos en Benjamin*. Traducción de Esther Cohen en Bloom, Harold, Scholem, Gershom, Idel, Moshe y otros. **Cábala y deconstrucción**. Azul Editorial. Barcelona. Primera edición: diciembre de 1999, pág., 130.

²⁵ Nietzsche, Friedrich. **Así habló Zaratrusta**. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial.S.A. Madrid. Sexta reimpresión en Biblioteca de Autor. 2003, págs., 80 y 81.

habían ajusticiado de modo espectacular”,²⁶ supieron entonces que ellos mismos se habían convertido en aquello que más querían evitar y que, al mismo tiempo, habían creado un monstruo de dimensiones gigantescas que no tenían capacidad de explicar, Frankenstein solitario y desconsolado que retrataba fielmente a su creador.

América, entonces, sería el continente donde purgar esa culpa y resucitar los andares de aquel judío que, blasfemando contra Cristo, se condenaba a fundarse en el exilio, en el destierro: “América es el alma europea expulsada del antiquísimo recinto de la historia, desterrada, contemplando su remoto asilo, embargada por una secreta, incesante pregunta sobre las causas de la presunta culpa que motivó el destierro, cayendo, tras la máscara de la vida próspera y saludable, en el pozo de una nostalgia que elige la propia destrucción como medio para redimir la culpa y golpear al mismo tiempo vindicativamente los cimientos de la cerrada casa natal”,²⁷ diría Murena.²⁸

²⁶ Camus, Albert. **El hombre rebelde**. op. cit, pág., 48.

²⁷ Murena, Héctor A., **Visiones de Babel**. op. cit., pág., 227.

²⁸ Pocas obras han mostrado con más claridad cómo el cristianismo heredó desde su asalto al continente americano la condena del judío errante que la famosa novela de Daniel Defoe, **Robinson Crusoe**, y sería necesario un estudio detenido de la misma para resaltar con claridad todas las consecuencias que del desembarco del solitario héroe de Defoe en la isla chilena de Juan Fernández se pueden extraer con el fin de ilustrar una teoría acerca del devenir del ser del cristianismo en América. Bástenos, por el momento, recordar que Crusoe, como el mismo autor señalara, es un nombre que procede de la palabra cruzada, (“crosade” en inglés) y que su solitario asentamiento en la isla (isola) prefigura y adelanta el imaginario de soledad con el que se adornará en tantas ocasiones al héroe americano, hijo de padres europeos y que lejos de poder establecer una relación amistosa y de convivencia con los habitantes americanos (Viernes, en la novela de Defoe) ha de condenarse a un perenne exilio. Asimismo, sería de mucha utilidad para el lector interesado, visitar los monólogos a través de los que Crusoe declarándose señor de la isla y, por tanto, encumbrándose, deviniendo nuevo Adán americano, nos entronca con dos ideas básicas a la hora de estudiar la conquista americana: la necesidad de reconstruir el paraíso perdido, negar la caída y vengarse del Dios que desterrara a la primera pareja del paraíso y, a su vez, debido a la imposibilidad de estos hechos, cómo la estancia en esta tierra va a pasar a ser concebida desde el estadio primero en el que se encuentra Robinson al principio de su viaje -el peregrinaje, el viaje necesario que ha de recorrer el hombre o el alma antes de retornar a su lugar original- como exilio, como cárcel que no permite al hombre religarse con su casa natal. Y a la vez, el hecho de que durante su estancia en América la fortuna de Crusoe en su país natal no haya hecho más que incrementarse, ha de remitirnos desde el principio a los flujos silenciosos, invisibles del capital que serán la base a través de la que el colonialismo inglés asido a su particular visión del prostentatismo, vaya extendiendo poco a poco su brazo sobre los terrenos sudamericanos en una suerte de misterioso pacto faústico no escrito que le llevará a poseer, por ejemplo, buena parte de terrenos del continente sudamericano, sin necesidad de tener que vivir la suerte de exilio o aprendizaje moral de Robinson Crusoe. Pues, en efecto, ya la obra de Defoe lo indica: asentar a los hijos de las cruzadas en América y mostrarles su destino americano significa, en primera instancia, tener la posibilidad de desheredarlos tanto de las nuevas tierras habitadas como de las fortunas heredadas en sus países natales.

La faz de América sería, por tanto, violada y alterada en un desesperado intento de borrar las corrientes que conducían al olvido del destierro a sus nuevos habitantes occidentales. América terminaría por metamorfosearse en un espacio mortuorio, velorio de lamentos y foso de recuerdos donde ni el hombre occidental ni el americano podrían conjugar una existencia absolutamente plena y en la que las dificultades para amalgamarse y condensarse a través de los símbolos patrióticos se revelaría sumamente estéril.

La sangre, el real alma de América apenas será lamentada en los solitarios cantos de sus poetas que, alzando sus voces para narrar sus lágrimas, a veces en el anonimato más feroz, no podrán derrotar el mal, olvidar el error cometido en la primera llegada. Sin quererlo, ellos también serían partícipes, al fundar sus textos con los matices de la lengua impuesta al nuevo continente descubierto, de este error. Como a su vez, las posteriores teleologías negativas²⁹ que procedentes de Occidente intentarán lavar la culpa del genocidio cometido en el nuevo continente, intentando resucitar su nunca respetada “otredad”, el afluyente de distintas lenguas que un día fueron habladas en ella, mostrando su desgracia, su carácter de víctima y usándola como coartada para seguir justificando la potestad de sus políticas basadas ahora en el absoluto de la razón no podrán borrar el recuerdo de su nombre real jamás pronunciado.

Pues toda mirada procedente de Occidente hacia el continente americano no podrá evitar estar viciada, cegada por el frustrado desengaño que su presencia muestra a aquellos hombres que, habiendo podido reconstruir y edificar los sagrados telares de la Antigua Jerusalén en sus costas, fundando un espacio de respeto y amor

²⁹ Teleologías analizadas, por ejemplo, por Jean Baudrillard, al denunciar la creación por parte de Occidente de “La sociedad victimaria como la forma más fácil y más trivial de la alteridad”,²⁹ en Baudrillard, Jean. **El crimen perfecto**. Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama..S.A. Tercera edición: abril 2000, pág., 186.

para todos los cultos y seres que se agrupasen en ella, hubieron de renunciar a enfrentarse con la verdadera realidad: ser los nuevos judíos de una tierra cuyos Dioses habían debido rendirse ante el celoso y colérico empuje de Yahvé.

I.2. LAS RAÍCES HAMBRIENTAS.

“Y los hijos de Israel también volvieron a llorar y dijeron: ¡Quién nos diera a comer carne!

Entonces Jehová dijo a Moisés:

Al pueblo dirás: Santificaos para mañana y comeréis carne; porque habéis llorado en oídos de Jehová, diciendo: ¡Quién nos diera a comer carne! ¡Ciertamente mejor nos iba en Egipto! Jehová, pues, os dará carne y comeréis. No comeréis un día, dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días sino hasta un mes entero, hasta que la aborrezcáis, por cuanto menospreciasteis a Jehová que está en medio de vosotros y llorasteis delante de él diciendo: ¿Para qué salimos acá de Egipto?”.

Números 11. 12-20.

En la expropiación que progresivamente se hará de la cultura indígena en América, los textos a través de los que la cultura escrita de Occidente transforma y refunda la historia de este continente apropiándose, justificando su conquista, funcionan como un legado testamentario y profético que anuncia y prefigura el posterior Apocalipsis vivido en el así llamado Nuevo Continente. En este sentido, la manera en que son trazadas las historias recogidas por Centenera en su **Argentina y conquista del Río de la Plata**, permitirán vislumbrar con claridad en el repaso que hace a los primeros años en que Occidente transitase el Río de la Plata, los motivos básicos a través de los cuales se va formando la nación argentina, los tejidos míticos y reales que van desangrando sus estrías hasta su posterior desfiguración.

Centenera se apoyará en el referente judaico, en el texto sagrado y escrito bíblico¹ para trazar, convalidar un antecedente histórico, mítico que auspicie los

¹ En este sentido, es necesario insistir en la importancia de la transmisión de las tablas de la piedra escritas de la ley que Yahvé dona a Moisés y que instituyen definitivamente la noción del libro y la escritura como texto sagrado, que sustituye la palabra y el rostro del Dios que no es velado observar a ningún ser humano. Como nos indican Deleuze y Guattari, en **Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia**.op.cit, pág., 131: “la monomanía (...) ha encontrado un elemento fundamental de su agenciamiento en el monoteísmo y en el Libro. (...) El es el que sustituye al rostro (...) Dios se manifiesta por las trompetas y por la voz; pero en el sonido se oye el no-rostro, de la misma manera que en el libro se ven las palabras. El libro ha devenido el cuerpo de la pasión, de la misma manera que el rostro era el cuerpo del significante. Ahora el libro es el (...) que fija los territorios y las genealogías”. Es precisamente en la creencia confesa de la normatividad de la regla sacra de la palabra escrita, donde el Occidente cristiano, perpetuando la raíz y herencia judaica, va a entronizar su superioridad cultural. En

derechos legítimos de Occidente sobre ellas. Para ello, trazará un mapa que habrá de situar el origen de la querrela entre occidentales y americanos en la inmundicia de estos últimos y, ayudado por el carácter canónico de las Sagradas Escrituras, situará el origen de la diatriba en la primera ocupación ilegal que los aborígenes realizaran siglos antes de las tierras concedidas a los españoles por derecho divino.

Según nos refiere Centenera, Tubal,² hijo de Iaphet y nieto de Noé, fue el primero que poblara la tierra de España. Tubal, recibiendo la bendición de la tierra desierta después del diluvio, poblará con diversos compañeros esta tierra, pero pronto se encontrará un problema: la presencia de una tribu de hombres que “por costumbre muy tirana, tomaron a comer de carne humana”:³ los carybes⁴ (“sepultura de carne”). Comienza así una guerra de tribus ancestral por la lucha del territorio que debía pertenecer a la raza de Tubal, que finalizará con la “gente de bestial designo y suerte perra” que son los carybes, para Martín del Barco Centenera, expulsados de la tierra santa concedida a los legítimos herederos de Noé en la Península Ibérica.

En su herético éxodo, los carybes, diestros en el arte de navegación, que los había conducido al infame propósito de apoderarse con su impura simiente de la

la palabra recogida por los evangelistas y en los textos canónicos del Occidente modernos habita no sólo el alma del escritor sino también un espíritu legislador, ánima divina, que obliga a convalidar y ratificar, otorgar veracidad a la historia narrada por éstos. La invisibilidad de la historia jamás narrada de América deviene inexistente y las fórmulas de su realidad, como lúcidamente supiera entenderlo Jorge Luis Borges, convergen hacia el destino inexorable que es instituido por el libro.

² Según la historia narrada por Centenera, por influencia de Tubal, el primer poblador de la Península Ibérica, la cultura portuguesa toma el homónimo Setúbal como denominación de origen. Desde este punto de vista, se comprende asimismo el destino errante de los marineros portugueses, sin los cuales no se entiende la Conquista americana, auspiciados también en la poderosa idea de ser la raza elegida por Yahvé para imponer su reino y encontrar la mítica Tierra Prometida. Como nos refiere Juan José Saer, esta atribución de los valores hebraicos, provocará que, más tarde, a los pocos portugueses que formaban parte de Buenos Aires en 1647, se les aísle “por sospechar que eran judíos”, en Saer, Juan José, **El río sin orillas. Tratado imaginario**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. Segunda edición. 1994, pág., 67.

³ Centenera, Martín del Barco. **Argentina y conquista del Río de la Plata**. Emecé Editores. S.A. Buenos Aires. Primera edición. 1998., pág., 67.

⁴ Como nos refiere Pedro Henríquez Ureña, el nombre de caribe era natural para definir al tipo de indio que luchaba contra el hombre blanco: “En los primeros años de la conquista, se clasificó a los indios en dos grupos: los caribes, que ofrecieron resistencia y lucharon contra los europeos, y los gautiaos, que los recibieron con amistad”, en Henríquez Ureña, Pedro, **Las**

tierra concedida al pueblo judío (que, hábilmente, Centenera enmarca dentro del fecundo hermanaje judeo-cristiano) llegarán, tras previo paso por las Islas Afortunadas, a la tierra del Brasil y de allá marcharán al río de la Plata y al estrecho de Magallanes, donde se aposentarán.

Entre los terribles carybes, se distinguen dos hermanos, Tupí y Guaraní, de cuya rivalidad nacerá la disolución de la lengua original de los salvajes, diseminados por todo el territorio americano deseando vengarse de aquellos hombres que con tanto afán los expulsarán de la Península Ibérica, comer y masticar la sangre y la carne de su cuerpo y, a partir de ese sacrilegio, alcanzar la compostura divina que su raza no elegida por los designios de Yahvé, envidiaba.

Según lo que sugiere la parcial visión mítica de la historia relatada por Centenera, por tanto, América, tierra prometida anhelada por el pueblo fundado en las escrituras divinas, había sido penetrada azarosamente por una raza impura debido a un error del destino. Y si la cristiandad había podido recobrar al fin el conjunto de tierras que le habían sido legadas a los descendientes de Noé del sacrílego poder musulmán, la llegada de Occidente a América debía estar sustentada en un plan divino que les permitiese vengar los fastos de aquella primera ocupación, enmendar el fortuito azar que había llevado a los carybes a establecerse en un Continente que, cual nuevo Edén, debía ser poblado por los herederos de Adán y Eva.⁵ Así nos describe, por ejemplo, Martínez Estrada la actitud de los conquistadores: “era el Conquistador un héroe sobre un país vencido, donde sólo tenía que pedir a su

Corrientes literarias en la América Hispánica. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. Fondo de Cultura Económica de México. Segunda edición en español. 1954, pág., 20.

⁵ Como ha indicado Vicente Risco, en interesantes reflexiones que ayudan a comprender aún más el carácter diabólico y maligno que del aborigen se configurará, salvo honrosas excepciones, en Occidente: “Después del Diluvio, en las familias primitivas del tronco de Noé antes de la Dispersión, y después en las que quedaron adheridas a los primeros núcleos humanos, la Revelación Primitiva fue conservada por la tradición, y con ella el culto del verdadero Dios. Mas en las que se fueron alejando de aquellos núcleos fue más fácil al diablo hacer que la Revelación se fuese olvidando y pudo infundirles errores nuevos”, en Risco, Vicente. **Satanás. Historia del diablo.** Editorial Nigratea, S.L. Colección Libros da Brétema.Vigo.2002. pág., 126.

capricho. No había venido a poblar, ni a quedarse, ni a esperar; vino a exigir, a llevar, a que lo obedecieran”.⁶

De esta manera, los calificativos con los cuales nos son descritos los aborígenes por Centenera no pueden evitar poner de manifiesto su afán por mostrar la depravación de los mismos al subrayar, ubicar el acento en la ingestión que éstos realizarán de carne humana. Operación que, además de facilitarle un preludeo a las escenas de canibalismo más tarde descritas con la llegada de Solís al Río de la Plata, facultarán asimismo la escritura de una historia secreta que desbroza la impureza original de las tierras americanas.⁷

Precisamente, en su estudio sobre los mitos hebreos, Robert Graves y Raphael Patai, nos van a referir una historia, extraída de las **Homilías clementinas**⁸, donde se

⁶ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. Editorial Losada. Buenos Aires. Novena edición. 1983., pág., 14.

⁷ Una historia que, por ejemplo, Germán Arciniegas en muchas de sus inteligentes reflexiones se ha encargado de desbrozar hasta trazar una auténtica radiografía real de la ideología occidental, portadora de aquel cuchillo que, en afortunada expresión de Eduardo Galeano, abriera las venas del continente americano. Así, por ejemplo, nos refiere el pensador americano otra de las múltiples historias que remiten a la animalización de los indios y que remitimos aquí por el poder de su carga simbólica, al venir a establecer una comparación de carga negativa que une al pueblo judío y al indo-americano : “Entre quienes hablan de la bestialidad de los indios figura otro fraile, el Herodoto de la historia del Nuevo Reino de Granada, Pedro Simón, de la orden de San Franciso. Fray Pedro Simón discurre en la primera de sus noticias historiales acerca del posible origen de los indios, hasta llegar a esta hipótesis que trae por muy verosímil: que los indios son descendientes de Israel. De la tribu de Isachar, porque en los indios parece cumplirse la profecía del patriarca Jacob cuando dijo: “Isachar será un asno fuerte que ha de estar echado entre términos; vio la holganza que sería buena, y la tierra bonísima; puso un hombro para llevar la carga, y sirvió para pagar tributos”. Es admirable - dice el cronista- que en tan pocas palabras hubiera podido encerrar tanto el patriarca Jacob. Lo primero que de ellas salta a la vista, esto es, que los indios son asnos, no se discute. Decir, además, que Isachar y su descendencia han de ser como asnos parece el fundamento que ha tenido el obispo de Santa Marta, cuando refiriendo las condiciones de los indios los llama asnos. Y “no está mal que así sea -agrega- por lo que experimentamos de ellos; según Berchoreo, asno se dice y deriva de esta palabra: sinos, que quiere decir sin sentido, y los indios están sin él, según son de obedientes a la carga; pues son tan sumisos a todos los que se quieren servir de ellos que parecen insensibles”. En Arciniegas, Germán. **Páginas Escogidas (1932-1973)**. Editorial Gredos, S.A. Madrid. 1975, págs., 51 y 52.

⁸ Como ha estudiado Serge Hutin, la misteriosa comunidad a la que se debe este relato, (cuya autoría por parte de Clemente el Romano jamás ha sido demostrada), debía ponerse en relación con distintas sectas judeo-cristianas, entre las que destacarían los ebionitas (del hebreo Ebionim, “los pobres”) y los elceseos o elcasaítas, acusados por San Epifanio de herejía por su inusual mezcla de cristianismo y judaísmo. Destaca Hutin que, al contrario que la gnosis cristiana clásica: “Todos estos grupos cristianos judaizantes exigían el mantenimiento de las prescripciones de la Ley Mosaica, que Cristo había venido a cumplir, y no a suprimir”, en

nos va a sugerir, que en una época anterior al Diluvio Universal, un grupo de ángeles pidieron a Yahvé que les permitiese mudar su conformación y habitar el mundo que los hombres estaban, poco a poco, corrompiendo. Y una vez que este deseo fue concedido, “esa asunción de la carne humana les hizo someterse a los apetitos humanos: (...) se encontraron encadenados a la Tierra y fueron incapaces de recuperar sus formas espirituales”.⁹

Como sabemos, uno de los siete preceptos universales que fueron ofrendados por Noe si se quería llevar una vida pura, de acuerdo con las reglas donadas por Jehová al pueblo judío, era no comer carne de ningún animal mientras éste estuviera vivo. En estas leyes por las que la divinidad establecía un pacto renovado con el pueblo judío tras los hechos que le llevaron a sumergir las aguas de la tierra en el Diluvio Universal, el Dios hebreo no sólo establecía unas leyes de convivencia entre los seres humanos sino que, a su vez, se resguardaba de las posibles rebeliones de los distintos ángeles que le acompañaban en su mandato divino. Permitía reconocer el rastro impuro de Luzbel sobre la tierra, ofreciendo una serie de preceptos cuya fractura anunciaba el pecado, mostraba los signos y elementos discordantes de la rebeldía en la tierra y señalaba los motivos que hacían del hombre un caído, un irredento esclavo de su propia naturaleza incapaz, por tanto, de ganarse un gesto de caridad por parte de Jehová.

La asimilación entre aquellos ángeles que quisieron separarse de Yahvé, olvidando su origen y nombre, propiciando un culto al horror y al vicio en las ciudades de Sodoma y Gomorra, con los aborígenes del nuevo continente americano cuyos nombres y lenguajes impronunciables sugerían una secreta conjuración demoníaca hostil a las leyes de las Sagradas Escrituras, era una consecuencia natural.

Hutin, Serge, **Los gnósticos**. Traducción de Thomas Moro Simpson. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1964, pág., 44.

⁹ Graves, Robert y Patai, Raphael, **Los mitos hebreos**. Traducción de Javier Sánchez García-Gutiérrez. Alianza Editorial. S.A. Madrid. Primera reimpresión en “Área de conocimiento: Humanidades”. 2001, pág., 124.

Sería el aborigen (voraz roedor de carne, degustador y caníbal harapiento de sangre humana), al no respetar el supuesto dominio natural que sobre esas tierras le había sido legado a Occidente, el chivo expiatorio, extranjero en su propia tierra, que pagará con su vida su recorrido vital ajeno a los mensajes de la iglesia católica.

Son ellos, una vez que la zona del Río de la Plata queda grabada con los sucesos que recogerán los primeros y terribles contactos de los conquistadores con los habitantes americanos, los restos impuros del diluvio, las salvajes semillas que el agua bendita no pudo purificar. Desde el principio, este estigma maldito que se les atribuye a los aborígenes, servirá para que los conquistadores encuentren una justificación al fracaso, la tremenda congoja e inusual ferocidad con la que se va ir construyendo la historia sangrienta del país argentino. Serán ellos, por tanto, los culpables de que el maná fecundo, floreciente que anunciaba esa Tierra Prometida con resuellos de la Edad de Oro que era América no les sea concedido a sus nuevos visitantes. Los que virtualmente, con su comportamiento rebelde para toda norma desde su huida de los brazos de Yahvé, sean los responsables de los desacatos a la ley mosaica que, desde el principio, se darán en Argentina, quienes, con su “supuesto” desprecio hacia los preceptos de Noé, serán acusados del desangramiento y luchas continuas de tantos occidentales, hambrientos y desesperanzados de no encontrar el maná prometido a su pueblo por Moisés en la huida a Egipto.

Significativamente, uno de los primeros actos que realizarán los conquistadores al llegar a la zona del Río de la Plata fue un entierro; el ofrendado por los restos del marinero Martín García, que permitirá que la primera cruz depositada en aquella tierra sea mortuoria. Como un signo previo del “pathos” de fracaso que va a ir configurando a la nación argentina,¹⁰ del desengaño que imposibilitará que los sueños de grandeza de un pueblo venido a tomar posesión de una tierra que le pertenecía por decreto divino, a transformar a sus habitantes gracias al mensaje de transformación espiritual de Cristo, sufrirían. Un indicio de cuál sería el destino de los embelesados espejismos, sueños de oro que fueron los que, en realidad,

propiciaron la constante migración hacia América.¹¹ Un funeral y el más atroz anonimato parecen predecir su futuro.

Sugerirá María Esther Díaz en su lúcido ensayo sobre el espíritu que conformó a su pueblo: “No deja de ser paradójico que el primer ritual europeo en la zona del Plata no fuera la implantación de un árbol de justicia, que era lo primero que hacían los españoles cuando decidían instalarse en un lugar, sino un funeral. (...) La cruz señala un final; el simbólico árbol, un principio”.¹² Paradoja que enmarca, en el fondo, un forzado deseo de que esta peregrinación haya terminado que, al fin, el Edén haya vuelto a manos de sus originales propietarios, mostrando que el sacrificio de Cristo por redimir a los hombres de su culpa no fue en vano.

Contradiendo estos deseos, Solís y sus marineros van a ser atacados por una tribu de indios con que, azarosamente, se encuentren para finalmente, según parece, ser devorados en un festín carnívoro e impensable ante el insólito espanto de los pocos supervivientes. Es esta escena radical, inverosímil a ojos de los que la observan¹³ horrorizados ante la ingestión de la carne o la imposibilidad de enterrar a sus compañeros la que señala que, lejos de haber acabado con el opresor destierro paradisiaco con la llegada al Río de la Plata, en verdad comienza a inaugurarse un camino sin retorno hacia las vías mortuorias de lo que sería la futura nación argentina

¹⁰ “Transcurrimos entre muertos y sumergidos en las turbulencias de las crisis cotidianas, bajo tierra”, vendrá a constatar Graciela Scheines en **Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?**. Ediciones Casa de las Américas. La Habana. 1991, pág., 180.

¹¹ Señalará Félix Luna, subrayando la poca importancia que a estas tierras se les concedió en un principio, que “los españoles (...) tenían una idea muy indefinida de la geografía de esta parte de América. Las inmensas llanuras, a veces cortadas por cadenas de montañas (...) y los enormes ríos, que venían del corazón de América y desembocaban en el Río de la Plata y luego en el Atlántico, mostraban una geografía inasible, difícil de establecer a partir de puntos de referencia. Tanto, que hasta muy entrado el siglo XVIII para andar por la pampa había que llevar una brújula, porque era casi imposible saber a simple vista dónde se estaba”, en Luna, Félix. **Breve historia de los argentinos**. Editorial Planeta. S.A. Buenos Aires. Novena edición en Planeta Bolsillo: abril de 2002, págs., 15 y 16

¹² Díaz, María Esther. **Buenos Aires. Una mirada filosófica.**, Editorial Biblos. Buenos Aires. Primera edición. Mayo de 2001, pág., 20.

¹³ Escribe Juan José Saer: “Es la desproporción entre lo que Solís y sus hombres pensaban de sí mismos y la función que les atribuyeron los indios al comérselos crudos en la playa misma en que los mataron –la escena primitiva del río de la Plata-, caricatura del relativismo cultural, lo que vuelve al hecho impensable en su desmesura”, en Saer, Juan José, **El río sin orillas. Tratado imaginario**. op.cit, pág., 56.

y se empieza a iluminar la llama original de la violencia que nunca acaba, la necesidad de vengar la afrenta inicial.

Argentina, por tanto, nace con una matanza¹⁴ y se pronuncia desde este azaroso primer suceso, bajo la voz de un verdadero matadero. La futura Argentina daba sus primeros pasos azotado por los vientos más revueltos, el más insólito desgarró, la despersonalización que fundía en un mismo pasaje el rostro del occidental ensangrentado con el del aborígen hambriento de carne. Por tanto, instalaba la perenne crisis que para René Girard se caracterizase por arrojar “a los hombres a un enfrentamiento perpetuo que les priva de cualquier carácter distintivo, de cualquier “identidad”,¹⁵ en la que tan difícil sería concebir el catártico descanso que permitiera, tras los fastos de la tragedia, fundar los pactos sociales necesarios que asegurasen a las distintas facciones de su sociedad no devorarse entre sí.

Las tierras que más tarde formarían parte de Argentina empezaban a entrar en el túnel violento del absurdo que cuestionaría su inalterable identidad occidental, según la quisiera formular Centenera, hasta ese momento. Comenzaban a purgar y vivenciar las penas y culpas producidas por haber cometido ese primer pecado original americano que sugiriese Murena y a partir del cual puede ser leída la obra de muchos de los escritores que quisieron (unos a través de sus gestos discordantes y rebeldes y otros a través de la deconstrucción de los focos del “logos” occidental), vincularse espiritualmente a su país: Ernesto Sábato, Leopoldo Marechal, Roberto Arlt, Eduardo Mallea, etc...

¹⁴ Sugeriré agudamente Héctor A. Murena: “Si se observa con cierto candor una sociedad americana cualquiera, simple o compleja, próspera o mísera, se descubrirá un código negativo total, que desde el principio ha regido las vidas imponiéndoles mutilaciones y deformaciones, como si ello constituyera la única alternativa respecto a la extinción. Encubierto por mil disfraces variables de sociedad en sociedad, irreconocible en muchas de sus transformaciones, a veces incluso con apariencia positiva en algunos de sus aspectos: delata su incapacidad de tales hombres para afrontar en forma veraz la cruda realidad que los circunda. (...) Lo que surge allí es un sistema cuyo objeto consiste en encubrir la realidad que se vive, en disimularla, en procurar olvidarla mediante la desmedida apología o el desprecio suicida respecto a lo dado”, en Murena, Héctor A. **Visiones de Babel**. op.cit, pág., 245.

¹⁵ Girard, René., **La violencia y lo sagrado**. Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama.S.A. Barcelona. Tercera edición. Septiembre de 1998, pág., 58.

Una sociedad siempre en conflicto con un “otro” indiferenciado que puede aparecer en cualquier momento, en riesgo constante de enfrentar esa “otredad” “próxim(a) a la muerte, próxim(a) a la noche y, sin duda, tan repelente como todo lo que me viene de estas regiones sin horizonte”,¹⁶ que Maurice Blanchot catalogaba como máximo exponente de la disfuncionalidad del yo. Disgregada sociedad que ya, desde el afán lujurioso de oro en el que el conquistador concebía a su compañero como otro enemigo del que resguardarse además de los peligros de la naturaleza o del indio, establece en su seno una radical inseguridad, una especie de manía persecutoria que convalidaría cualquier disposición sobre el uso de la violencia previniendo un siempre imprevisto ataque.

Son estos muertos con los que se comenzará a construir el ignoto panteón de los futuros héroes argentinos, en tantos hombres condenados a perecer en el olvido sin una tumba que dignificase en su muerte la estatura, la honra de sus vidas, de su humanidad por más errado que hubiera sido el vagar de su alma en este mundo.¹⁷ Quienes muestran con meridiana claridad las raíces que fueron sembrando a la nación, a través de las que se va construyendo una historia que la explica, que la significa, que muestra su desengañado presente y futuro, como explicaría Ruy Díaz de Guzmán en su prólogo a **La Argentina**: “en diversas armadas pasaron más de cuatro mil españoles, y entre ellos muchos nobles y personas de buena calidad, todos los cuales acabaron sus vidas en aquellas tierras, con las mayores miserias, hambres y guerras, de cuantas se han padecido en las Indias; no quedando de ellos más memoria que una fama común y confusa de su lamentable tradición”.¹⁸

Esa primera anónima masa de cadáveres es preludio que comienza a narrar la historia de tantos hombres que derrumbarán sus bucólicos sueños en las tierras

¹⁶ Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. op.cit, pág., 129.

¹⁷ Precisamente, será de estos hombres, perdidos en el tiempo y el espacio de la nada, antihéroes abatidos por su propia espada, de donde Ernesto Sábato extraiga clarividentemente en la potencia de su aciago recorrido, todo el desnudo simbolismo y la harapienta armadura necesaria para dotar de heroísmo a la quijotesca cabalgada de Lavalle por el norte argentino y entender el vacío simbólico y metafórico a través del cual se construyó la incierta leyenda legendaria y heroica de su país.

¹⁸ Guzmán, Ruy Díaz de. **La Argentina**. Emecé Editores S. A. Buenos Aires. Julio de 1998, pág., 23

argentinas, introducción a una bestialización de las formas, a la monstruosidad en la que aparecerán encarnados los rostros del poder humano en Argentina que, desde la cultura occidental, ha sido interpretada como contagio ominoso por parte de los aborígenes de la pureza de los rasgos espirituales que caracterizaban a esos primeros cristianos agarrados al rezo de sus compañeros muertos. Dirá Edgar Morin: “El horror deja de existir ante la carroña animal, o la del enemigo, del traidor, al que se le priva de la sepultura, al que se deja que “reviente” y se “pudra” “como un perro”, ya que no se le reconoce como hombre. El horror no lo produce la carroña, sino la carroña del semejante, y es la impureza de ese cadáver la que resulta contagiosa”.¹⁹

Debido a esto, esas muertes permitirán justificar una violencia contra el indígena, consentirán desenterrar la espada, justificarán la violencia y ratificarán la visión criminal y salvaje de aquellos aborígenes que parecían burlarse de Dios negando la caída del paraíso con sus cuerpos descubiertos, preludiando con su carnívoro acento el circular retorno a las antiguas Sodoma y Gomorra que ya parecían haber desaparecido para siempre de las memorias de los hombres.

En este sentido, el haber sido ingeridos, masticados en la animalidad de ese “otro” que eran los aborígenes, significa volver a ser arrojados en el tiempo, representaba una abolición, una negación de los arquetipos espirituales que habían recubierto a la cristiandad en el Medievo, volver a ser domesticados por las potencias bestiales, demónicas de la tierra, haber caído en las garras de Baal, realizar de nuevo el viaje a través del vientre de la ballena con el que Javhé quiso comprobar la resistencia, el grado de amor que poseía Jonás hacia él.

Estos hechos obligaban a volver a repensar la caída. Exactamente, cuáles eran los fundamentos teológicos, bajo qué nociones y en nombre de quién, el cristianismo se atribuía el canon de raza elegida, cómo podía concebir que cuando Jehová vertió un soplo de su ser a una masa de barro, el atributo de la vida concedido por el divino espíritu le fuera concedido únicamente a una estirpe de hombres. Exigían redescubrir

¹⁹ Morin, Edgar. **El hombre y la muerte**. Editorial Kairós. S.A. Barcelona. Cuarta edición: septiembre 2003, pág., 31.

el mensaje de Cristo señalando que el maná que brotaba de sus manos no había sido concedido tan sólo al pueblo elegido sino que su cuerpo mutado en la hostia divina que alimentaba a los creyentes era sobre y ante todo amor. Amor que debía ser repartido entre todos los seres diversos que fueron alumbrados en el día de la creación. Obligaban a cuestionar a una cultura aposentada en la ley escrita pues si el Dios que se escondía bajo el nombre de Yahvé había creado el mundo a partir de la oralidad, el verso de la palabra, quien atentase contra cualquiera de los seres de la existencia en base a un código de signos escrito era, en realidad, el verdadero hereje de la única religión posible: la vida.

Lejos de esto, aquellos marineros que huían de España como los judíos lo hiciesen de la esclavitud en Egipto, se abrazaron al amparo de su estirpe divina y pidieron a América que se conformara a sus deseos, al tiempo que miraban sus antiguas vidas en España como un castigo.

Los nuevos antihéroes americanos justificarán sus tropelías y buscarán refugio en el injusto destierro del Cid debido a su tiránico señor más que en la indómita fuerza que el héroe castellano extraerá de sí para conseguir, venciendo a sí mismo, reconquistar el amor de su pueblo. Y, enfrentados a aquellos utensilios, martillo del herrero y tenazas de forja que aquel ángel enviado por Yahvé concediera a Adán tras su expulsión del paraíso, prefirieron usarlos como armas contra el aborigen que invocasen la entrada de América en la edad de hierro, que a la labranza o al arado de sus tierras de origen o de aquellas que únicamente estaban interesados en expoliar, despatriándose para siempre en la siniestra perturbación del oro.

Y frente a la realidad que no cedía a los dictados de los dioses que creían ser, tuvieron que confabular una serie de leyendas que, envueltas en el color del dorado metal, irían dotando a la realidad de la tierra argentina de una corporeidad fabulesca, de un misterioso y siempre desvanecido encanto que pudiera conciliar la aspiración que debía serles concedida por el simple hecho de llegar a América (el maná del descanso eterno, la holganza y el abandono de los rigores del trabajo) y sus

verdaderos deseos: que Yahvé en vez del maná les arrojase ahora el añorado oro con el que se podía igualar el poder de un Dios en la tierra.

De esta manera, cuando el navegante veneciano Gaboto en una incursión en el río de la Plata se encuentre a un marinero de la antigua expedición de Solís que le refiera la leyenda de la Sierra de la Plata,²⁰ los conquistadores no dudarán en creerla, haciendo cierta la afirmación de Georges Bataille: “No existe el ser ni la nada si mi objeto me afecta hasta el éxtasis y no hay ninguna afirmación, ninguna negación que entonces me parezca insensata”.²¹ Es decir, que como nos refiere Martínez Estrada, para el conquistador hispánico “lo natural era (...) la ciudad en que los Césares Indígenas almacenaban metales y piedras preciosas, elixires de eterna juventud, mujeres hermosas, (...) no lo que se mostraba a los ojos del buscador de irrealidades (...) iba así cerrando los ojos a la realidad”.²²

De entre todas las mujeres y distintas tentaciones que encontraron en sus maravillosos viajes, ellos eligieron la de ser los amantes eternos del oro al que como aquel pueblo israelí confinado en el desierto de su destierro se avalanzaron en cuanto las leyes del padre, del estado al que se debían como Israel a Moisés se encontraron lejanas, ciegas para el control de los gestos, obstruidas para seguir los rastros del deseo, el rostro del nuevo y espurio dios adorado. En el oro mistificaron la necesidad de olvidar su desgracia de caídos, sus similitudes con los aborígenes que despreciaban y con él firmaron un pacto secreto en el que lo imaginaron con las formas de los labios de Calypso, aquella mujer que prometiera en respuesta al amor

²⁰ La mítica ciudad de los Césares vino a configurarse como nuevo sueño deleitoso para el conquistador español justo cuando tras la búsqueda imposible que, durante dos años realizase Gaboto en pos de la senda perdida de la Sierra de la Plata, éste se encuentre con una expedición comandada por Diego García, quien, al parecer, según nos cuentan Carlos Alberto Floria y César A. García Belsunce, enviará al “capitán César por tierra, con el mismo fin”, y volviéndose a España con las manos vacías, varios “de los hombres de César (...) volviendo sobre sus pasos, se internaron hasta la Cordillera, la cruzaron y marcharon por Chile hasta el Perú donde encontraron a los hombres de Pizarro, quienes habían entrado en 1532 en tierra de los Incas. Así nació la leyenda de los Césares”, en Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos I**. Ediciones Larousse. Argentina. Buenos Aires. 1992, pág., 58.

²¹ Bataille, Georges, **La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1944-1961**. Traducción de Silvio Mattoni. Adriana Hidalgo editora S.A. Buenos Aires. 2001, pág., 67.

²² Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, pág., 14.

de Ulises dotarle con la envergadura de un Dios, borrar el recuerdo de la patria que había dejado atrás a causa de sus viajes. Y cuando los descendientes de Gaboto, Irala y demás marineros lleguen a las tierras donde se encuentren el antiguo héroe griego y su amada, no dudarán en elegir a uno u otro. Importaría Calypso. No Ulises. Telémaco estaba ansioso de probar el ansiado néctar concedido a su padre. Jamás de rescatarlo.

El oro, por tanto, significó la posibilidad de huir de este infierno. El objeto en el que habitar el delirio del olvido. Y si de algo se nutre y se conforma el olvido es de lo incierto. De todo aquello que no puede ser sostenido. De lo que fluye pero, al mismo tiempo, se aparta sibilinamente, reptando como una serpiente, hacia un lugar donde una vez que pensamos que la vamos a capturar, despliega su lengua para decirnos que es imposible. No es extraño entonces que la realidad de aquella ciudad mítica y dorada terminase en leyenda, que de aquel río embadurnado en plata que descubriera Solís bautizándolo como río Dulce, jamás se pudiera extraer ningún metal y que la nación fuera llamada en honor a una delirante invención: Argentina (“de argentum,i: plata”).

Como subrayase el conde de Keysserling, este objeto que invariable y desmesuradamente buscaban los españoles no era sino una soga en la que quienes quedaban mutilados era ellos mismos y en donde las entrañas autófagas y eternamente hambrientas del ser argentino ya quedaban arraigadas sobre su piel: “Cuando el oro, que significa sol líquido y simboliza así el espíritu, es adorado como un hecho, arrastra al hombre que a él se esclaviza al más insondable mundo abisal. (...) La voluntad de seguridad se petrifica en su forma más primordial, que es la insensibilidad absoluta. El hambre primordial se sacia en la más acabada autofagia. Y en la impotencia del hombre vivo ante el oro, la debilidad primordial de la vida experimenta un espantoso renacimiento”.²³

²³ Keyserling, Conde de, **Meditaciones Suramericanas**. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Espasa-Calpe, S.A. Madrid. Primera edición. 1933, pág., 63.

Sí. Pues en su afán sin cautela por el dorado metal, no sólo se deshumanizaban, sino que se desanimalizaban, en expresión de Keyserling, al adaptarse cada vez más a la ley de la cantidad muerta; ley de la codicia que sustenta los códigos del terrible corte a través del que lo espantoso aparece ante los hombres y les muestra que, como gritara Sófocles siglos atrás: “nada (...) sobrepasa al hombre en pavor”.²⁴ Porque, de esta manera –confiados más en la materia aurífera que según la alquimia promete la inmortalidad que en el mensaje de Cristo para quien la manera de disfrutar el presente en compañía del otro era el verdadero oro y la promesa segura de inmortalidad- sin haber aprendido la lección de Judas ni la de Midas corrían hacia una segura muerte empantanados como Narciso entre las aguas de aquellos ríos en cuyas profundidades fueran a buscar una promesa de felicidad falsa, irreal.

El oro, en fin, fue el utensilio a través del que la falta cometida por segunda vez, el no haber podido ni sabido reintegrar el mensaje de Cristo en América, se transmutó en un objeto a través del que los conquistadores pudieron liberar su angustia. A través de él pudieron asirse a un gesto aunque fuera invisible para no quedar desprendidos de sí mismos al penetrar en un territorio ajeno que jamás podrían llamar hogar y que cuanto más transitaban más les hacía inexorablemente penetrar en los infiernos de su conciencia.

La trágica historia de Lucía Miranda y su enamorado el capitán Sebastián Hurtado es un ejemplo de esto.²⁵ Reseña a esa secreta historia de expropiación de los

²⁴ Recogemos aquí el sentido y la traducción que Angela Ackerman Pilari concede a los primeros versos que inauguran el primer canto del coro de Antígona de Sófocles, en Heidegger, Martin, **Introducción a la Metafísica**. Editorial Gedisa. Barcelona. 1993, pág., 136.

²⁵ La historia que recogemos del libro de Ruy Díaz de Guzmán es la siguiente. Cuenta Ruy Díaz que habiendo buenas relaciones entre las tropas comandadas por D. Nuño y la tribu de los timbús, uno de los caciques de la misma, Mangoré, se va a enamorar de la esposa del capitán Sebastián Hurtado, Lucía Miranda. Saliendo Hurtado a realizar una expedición y dejando el campamento desierto de muchos de sus hombres, los timbús, espoleados por su cacique atacarán a los españoles y después de muchas bajas que acabarán con la vida de Mangoré, van a conseguir hacerse con Lucía Miranda. El hermano de Mangoré, Tiripo, será ahora el que se enamore de ella y la retenga. Cuando vuelva Sebastián Hurtado de su expedición y al serle referidos los hechos sucedidos se entregará a la tribu de los timbús con el fin de estar más cerca de su amada. Tiripo le permitirá residir en la misma, siempre y cuando desista del amor de Lucía. Finalmente, el amor de Sebastián y Lucía podrá más que el miedo a la prohibición de Tiripo y, comprobándose que estos seguían persistiendo en verse y mantener su amor, se

valores cristianos que, aun sin mostrar un punto de vista sobre la pertenencia de las tierras, sugiere una futura venganza al tiempo que otorga una advertencia. La capciosa mano de la “otredad” aborigen resbalando traicioneramente por la pareja de enamorados en la impenetrable oscuridad de la selva americana, las sugerencias a la violación de la pureza de Lucía, el animalesco trasfondo de sombras que impide concebir el amor y a través del que sólo se vislumbran los matices de la barbarie y el final del idilio que los consagra mártires de alguna religión indómita y perdida, refieren ineludiblemente a los litorales de lo absurdo. De lo inconcebible. Sella para siempre la puerta de Perséfone en el infierno. Sin vuelta. E insinúa que la única manera de rescatarla será fortalecerse en el rugido de las bestias a través del que entablar una lucha a muerte, sin vencedores ni vencidos, con el guardián de la puerta del infierno: Cerbero. El gesto de Sebastián Hurtado muriendo empalado por las flechas aborígenes lo pone de manifiesto: al mal no se le vence a través del amor. El sacrificio es estéril. No hay ningún Dios que lamente los gritos de Miranda en el fuego. A la barbarie se le ha de ganar con barbarie. No hay espacio para Penélope donde no hay ni podrá haber nunca un lugar al que llamar hogar. Y menos cuando se habita en la huida.

Sin ley alguna en la que conformar los estatutos de una sociedad nueva, fundar una alianza con los dioses americanos a los que su sola presencia amenazaba de muerte, sin un héroe o proyecto ético que pudiera guiarlo en su camino sin rumbo, el conquistador se dedicó a buscar una imagen, un reflejo. Hubo de perderse, narcisístamente, en el recuerdo de la imagen que poseía de sí que, al no poder ser concretada, le obligó a lanzarse sobre la misma, ahogándose en sus bordes. Apoyado en toda una logística intelectual y militar que le había hecho creerse Jano, capaz de recorrer con su mirada y además dictar a su antojo los hechos venideros, tuvo que conformarse con habitar en el deseo. Un deseo que, cada vez más hambriento e imposible de ser saciado,²⁶ le llevaba a errar por los distintos lugares de América

les va a condenar a muerte. Lucía morirá en los pastos del fuego y Sebastián atado a un árbol cosido a flechazos.

²⁶ El Conde de Keyserling, haciendo referencia a la insaciabilidad de este deseo, apuntaría que si “el hambre original es insaciable, (...) al quedar inscrita en la ley propia de la vida encuentra su límite normal. En cambio, el hambre de oro es esencialmente insaciable”, Keyserling, Conde de, **Meditaciones Suramericanas**. op.cit., pág., 62

como aquella raza judía a la que quisiera superponerse, buscando un intangible oro que nunca podría reemplazar lo que realmente había perdido: su hogar. El lugar a través del que y por qué fundarse en el mundo. Donde hubiera debido residir su alma de no iniciar su éxodo.

Conforme se iba adentrando en la naturaleza de signos asilvestrados que era América iba cegándose más y más para no asistir a la realidad de su sino, al tiempo que su cultura le cubría el rostro y le enraizaba, similar al rastro adiposo de la cabellera de Medusa, aún más a su patria. Comprobaba que su salida de la patria no había sido una liberación sino una verdadera condena, sufrir el mayor de los castigos que esconde el reino del purgatorio. Pues encerrado en un círculo sin salida asistirá a la imposibilidad de mirar hacia atrás a fuerza de morir en el peligro de la naturaleza americana sin poder tampoco adentrarse con confianza en su aventura en el nuevo continente para recluirse en el destierro, en el exilio. Y quien no habita en ningún pasado ni puede conducirse hacia un futuro, pues el menor movimiento en la exploración continua del peligro de lo nuevo puede asesinarle, ha de olvidar necesariamente la realidad.²⁷ Fundar un mundo sin centro. Y habitar el continuo descentramiento como medio de subsistencia. Ha de confundirse irracionalmente con el minotauro en el laberinto, y encerrado en su osamenta no poder distinguir ya quién es. Y como quisiera Sófocles del hombre occidental, ha de habitar el oscuro territorio de la nada como único premio a su errancia: “por todas partes viajar sin cesar, desprovisto de experiencias y sin salidas, llega a la nada”.²⁸

Argentina, por tanto, iba configurándose como un ser sin una identidad definida. O al menos, cuya identidad está cuestionada. Siempre amenazada por la disgregación. Simbolizada por esos “mitos sin otra profundidad que la del dolor, y como éste inagotable”, de los que nos hablase Albert Camus, que para el escritor

²⁷ Pues apartarse de la comunión con la “otredad” y abrazarse al narcisismo del ego no es para un cristiano sino habitar aquel purgatorio en el que se desgajan todos los tiempos que nos rechazan, nos alejan del misterio de la transustanciación, reactualizada por la comunión en la eucaristía, de la venida de Cristo, principio y origen de vida y “todo en uno, pasado, presente y futuro”, como destaca George Steiner en **Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción**. Traducción de Adolfo Castañón y de Aurelio Major. Fondo de Cultura Económica de España, S. L., primera reimpresión en España, 2001, pág., 165.

francés condenaban a los pueblos y los habitantes que se aliaban a su trágica leyenda a contemplar “el rostro, el gesto y el drama terrenales” enfrentándoles a “una pasión sin mañana”,²⁹ a un futuro absurdo y siempre cuestionado.

Porque ya desde sus aciagos comienzos, aquellas tierras atribuidas a la corona española de la que más tarde se separarán, llevaban inscritas el sello ritual de la violencia y de un hambre real que se correspondía con el hambre espiritual, la flacidez anímica de los primeros occidentales que se las atribuyeron,³⁰ y continuando con una metáfora afín a los postulados existencialistas de Albert Camus, comenzaban a vivir un verdadero castigo de Sísifo al revés.

Pues si el filósofo francés destacase de su Sísifo, hijo del derrumbe de los sueños racionales de Occidente, que aun a pesar de su situación terrible habríamos de imaginárnoslo feliz, pues “su destino le pertenece. Su roca está en casa” y en el esfuerzo que le requiere cargar la roca a sus espaldas entiende que “es dueño de sus días”,³¹ muy distinta situación vivirían muchos de los futuros habitantes del país argentino.

Exactamente. Imaginarse a Sísifo comenzando a caminar por las tierras que rodeaban al río de la Plata, es contemplarlo circulando sobre su propio eje sin peso a sus espaldas. Sin roca. Caminando rápido pero sin saber hacia dónde dirigirse. Comprendiendo atónito que su ser nada tiene que ver con el mundo que camina ahora, ligero de la carga que dejó en el lugar del que procedía. Aprendiendo que su misión es ahora era encontrar un nuevo sentido a su vida. Encontrar qué hacer con ella. Un destino para sí en este nuevo mundo, sabiendo que únicamente él podría

²⁸ En Heidegger, Martin, **Introducción a la Metafísica**. op.cit, pág., 136.

²⁹ Camus, Albert. **El mito de Sísifo**. Traducción de Esther Benítez. Alianza Editorial S.A. Madrid. Cuarta reimpresión. 2003, pág., 151.

³⁰ Lo que es fundamental para comprender la composición, la psique primigenia que aún pervive no sólo en la nación argentina sino en América en su conjunto, pues como quisiera destacar Carlos Alberto Erro: “América (...) vive inclinada sobre sus orígenes. En realidad no tiene otra historia (...) carece de hazañas, de ensanchamiento”, en Erro, Carlos Alberto. **Medida del Criollismo**. Buenos Aires: s.n., 1929., págs., 27 y 28.

³¹ Camus, Albert. **El mito de Sísifo**. op.cit., pág., 159.

controlar este destino. Sólo él podría dominar esta misión. Y en su legendaria soledad, desorientado como aquel Juan Pablo Castel que bucease en las tinieblas de su vida sin encontrar una mano a la que asirse además de la suya, ha de buscar y desesperar por encontrar la desaparecida roca.

Porque Sísifo necesita agarrarse a algo. No puede tener las manos abrazadas al aire. Necesita sentir que con sus gestos, podría estar formando parte de los destinos de una colectividad que dependiese de su esfuerzo para seguir girando sobre un eje seguro y hábil. Que su caminar, por muy absurdo que pueda ser, está inscrito en las líneas de la historia. Y que su deambular por América forma parte de un texto sagrado y secreto que, entroncándolo con sus más venerados ancestros, es capaz de abrir los recovecos de los confines de la nada a su recorrido circular.

En el mundo indistinto e indiferenciado que luego será Argentina donde la muerte reina desde su nacimiento, el cuerpo de los hombres es masticado y la convivencia entre razas diferentes se revela imposible, Sísifo habrá de encontrar su misión: olvidarse de buscar la roca pesada que no encuentra sobre sus hombros y rodar por los territorios del nuevo continente, buscando un Dios o un hombre que le conceda un nuevo nombre, un trabajo y un destino. Su ansiado destino: seguir rodando el círculo del mundo que no ha de detenerse jamás. Pues la liberación de la carga de Sísifo es el trabajo de los hombres en Hispanoamérica: buscar un nombre secreto que permita concebir una misión a un continente sin una historia bajo la que sostenerse.

Cuando Pedro de Mendoza y una serie de marineros occidentales de todas las nacionalidades lleguen a Buenos Aires, el círculo se cerrará y comenzará a asistir asustado a las razones de su desamparo, la dificultad que tendrá de vincularse a un destino.

El hambre que asole a las primeras fundaciones de las ciudades argentinas despejará sus dudas. Aunque quiera negarlo, comprenderá que si los enviados a propagar el mensaje de Cristo en América fueron capaces de desangrar sus manos y

devorar con ansia las entrañas del cuerpo de sus compañeros, entre un salvaje y un cristiano no debe haber demasiadas diferencias. Que el hambre real puede ser sinónimo de vacío espiritual y la comunión puede ser negada a cualquier hombre, sea cual sea la religión bajo la que se ampare, que atente contra los mandamientos de la ley divina. Que no hay un ser oculto que le transmita al oído cuál ha de ser su recorrido: su incierto y secreto girar sin roca. Que su misión es huir y volver a la tierra de la que nunca debió salir antes de que llegara el fin.

Si, como sabemos, aun y a pesar de declararse Dios del pueblo judío, Yahvé solamente rescató a Noé de entre todos aquellos que iban a ser llamados su pueblo elegido (cuando enfurecido ante las incontinencias del vicio y el pecado que asolaban Sodoma y Gomorra decidió regar de agua aquel mundo que había construido, el día del diluvio universal), nada indicaba que el Occidente, adherido a la religión de Cristo, no pudiera edificar nuevos templos del vicio en el desconocido continente descubierto y que tuviera que pagar las causas de su desacato a las leyes divinas concedidas por su redentor. Como había querido demostrar Centenera, al fin y al cabo los cristianos eran hijos de Noé. Y Noé, como nos sugiere la Biblia, era un ser excepcional. Pero no hay ninguna regla que asegure que sus hijos también lo sean y que Yahvé, observando que la corrupción de la carne se había instalado sobre la tierra, volviera a arrepentirse de nuevo de haber creado a los hombres. Según reza una de las sentencias del **Apocalipsis** de San Juan, testamento último del Dios de la cultura judeo-cristiana: “yo entrego a la sinagoga de Satanás a los que se dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten”.³²

³² **La Santa Biblia**. Traducción del Antiguo Testamento, y Notas, a cargo del Rvdo. P. Sebastián Bartina. Traducción del Nuevo Testamento y Notas, a cargo del Rvdo. Dr. Ramón Roquer. Editorial Ahr. Barcelona. Primera edición. 1967, *Apocalipsis de San Juan* 3. Vers 9.

I.3. LAS FUNDACIONES HEREJES.

“Atiende a la plegaria de tu siervo y a su petición, Yahveh Dios mío, que tus ojos estén abiertos día y noche sobre esta Casa, sobre este lugar del que dijiste: “En él estará mi nombre”. Escucha tú desde los cielos y obra; juzga a tus siervos, declarando culpable al malo, para hacer recaer su conducta sobre su cabeza y declarando inocente al justo para darle según justicia.

1 Reyes 8, 28-29.

“He escuchado la plegaria y la súplica que has dirigido delante de mí. He santificado esta Casa que me has construido para poner en ella mi Nombre para siempre; mis ojos y mi corazón estarán en ella siempre”.

1 Reyes 9, 3.

“Hizo el rey que la plata fuera tan abundante en Jerusalén como las piedras”

2 Crónicas. 1, 15.

“Por la ira de Jehová de los ejércitos se oscureció la tierra, y será el pueblo como pasto del fuego; el hombre no tendrá piedad de su hermano.

Cada uno hurtará a la mano derecha, y tendrá hambre, y comerá a la izquierda, y no se saciará; cada cual comerá la carne de su brazo”.

Isaías 9, 19-20.

Otra de las asimilaciones a través de las que Occidente reinterpreta la historia del judaísmo para dotar un sentido y un destino a su presencia en América nos ha de referir, si nos situamos en las tierras argentinas, a la metonimia que se pudo establecer entre la región de Tarsis, cercana al Edén que se nos refiere en las tradiciones bíblica y fenicia como el “País de las piedras preciosas”, “el país de los metales” y la zona que bordea al río de la Plata. Era ésta una región no muy lejana a la nueva Jerusalén fundada por Salomón donde la plata no sólo era prolífica sino que su abundancia llegó a devaluar su valor en beneficio del oro y fue allí, como sabemos, donde Jonás decidió huir, quiso partir, olvidando el mandato de Yahvé de predicar contra la procelosa ciudad de Nínive.

Occidente concibió entonces un retorno a aquellos tiempos del mítico reinado de Salomón, una nueva oportunidad de reconstruir la ciudad de Jerusalén y la seguridad con la que la Ciudad de los Césares volvería como la antigua Tarsis a enriquecer a los descendientes del legado judaico que, gracias a la Providencia divina con la que Jesucristo permite el retorno del reino de Dios a la vida del hombre, consiente concebir una nueva Jerusalén bañada y enriquecida en el abundante oro y plata que debe haber en las tierras argentinas.

En este sentido, a pesar de que la zona donde se fundará Buenos Aires estaba muy lejos del Nuevo Perú en donde realmente se libraban las batallas importantes de la conquista y en cual la ciudad de Potosí y sus minas hacían soñar con fortunas, estas sí reales, a sus explotadores, es lógico considerar que habría un cierto barniz de la historia bíblica en el inconsciente del conquistador a la hora de decidir, aunque fuera por motivos estratégicos, realizar las primeras fundaciones de la ciudad.

Es entendible, desde este punto de vista, que cuando España expulsa a los árabes y judíos de su territorio, embelesada con el recuerdo de la región de Tarsis, disponga sus nuevos emplazamientos en Argentina ayudada por el brazo pagano de sus armas para refrendar la fundación de una nueva Jerusalén.¹ La alianza del germen cristiano y pagano tiene uno de sus mejores ejemplos en la manera en que se realizarán estas fundaciones,² en la invasión que de la considerada nueva tierra hereje va a realizar España que, como si se tratara de las tropas imperiales y cristianizadas

¹ Recordemos que la ciudad de Jerusalén fue invadida por Tito el Romano en el año 70 después de Jesucristo. Esta invasión que fue ya precedida por Cristo en el Evangelio de San Lucas, permitirá que los cristianos huidos al monte puedan sobrevivir a la matanza de judíos que va a llevar a cabo el Imperio Romano con su llegada a la ciudad santa.

² Validando el poder que les concediese el ser consortes de una tradición que obtuviesen del legado griego y romano, y que fuera una prioridad en la planificación que de la conquista y colonización americana va a realizar el Imperialismo cristiano.: “En la historia conocida puede decirse que la fundación de ciudades, como acto formal, en general se ha producido como consecuencia de un proceso de colonización, luego de la conquista, por un imperio, de nuevas tierras. Así sucedió, (...) con las ciudades griegas fundadas por otros, en Grecia, y con las establecidas como colonias fuera de Grecia; y así sucedió con las ciudades romanas establecidas también como colonias del Imperio, generalmente fuera de Roma”, en Brewer-Carías, Allan. **La ciudad ordenada**. Coedición de Universidad Carlos III de Madrid. Instituto Pascual Madoz. Boletín Oficial del Estado. 1997, pág., 88.

de Tito, fundará estas ciudades expulsando a las tribus que viven en estas tierras consideradas como sacrílegas. Tal y como si fueran un irracional culto judaico que hubiera querido sobre la base de doctrinas impuras hacerse con todo aquello que pertenecía por decreto divino al Reino católico, apostólico y romano español.

Sin embargo estos nuevos emplazamientos están ya constreñidos por un hecho oneroso. Dios mismo rasgó el velo de la antigua Jerusalén al ser su hijo crucificado en la cruz. Cristo lo dejó claro entonces. No hay lugar sagrado más que el del corazón del hombre dispuesto a convivir fraternalmente con los demás hombres. Allá donde un hombre se encuentre en paz con sus semejantes habita Jerusalén, la ciudad prometida y concedida a los hombres por Dios. Las distintas ciudades, Constantinopla, Alejandría o Roma con el mero manejo litúrgico, farisaico, de las doctrinas de Cristo lo ponen aún más de manifiesto. En el corazón del hombre es donde hay que buscar Jerusalén. Pretender construir una nueva Jerusalén a partir de las armas y el legado testamentario, bíblico, que la historia quería conceder al conquistador era volver a repetir los hechos que propiciaron las desgracias de esta ciudad durante siglos.

En su conocido ensayo **El nombre secreto** Héctor A. Murena, al relatar el fracaso posterior de estas fundaciones y el error fundamental a través del que están construidas estas primeras fortificaciones, nos va a referir la actitud del conquistador poscolombino apartado para siempre de las fuerzas sacras de la religión que lo unían a su tierra y al olvido del tronco espiritual que uniendo la construcción de estas ciudades a uno de los nombres secretos de Dios, les permitían poseer un poder simbólico a través del que fundarse como signos de la sacralidad, capaces por tanto de ser morada y refugio de la ciudadanía por encima de las circunstancias azarosas de la vida.³

³ Como sabemos, por los manuscritos que han pervivido a civilizaciones anteriores a la griega, como la mesopotámica o la egipcia, o por el códice de la cultura maya, **Popol Vuh**, en el caos u orden posterior a la primigenia creación del mundo, la nominalización fue el cónclave decisivo a partir del cual fundar una existencia. Ni lo animado ni lo inanimado podían existir si se carecía de nombre. El nombre, a la vez, podía transferir los poderes del ser al que pertenecía. Es así que todos los Dioses tenían múltiples nombres de los que algunos de ellos no eran conocidos. Y de entre todos los nombres jamás pronunciados y los nombres vulgares a través de los que se le nombraba, existía uno que representaba la fuente del poder del Dios y

Para ejemplificar su teoría Murena nos referirá los distintos nombres de Roma⁴ como consortes que sostienen, protegen y aseguran la ciudad más allá de las distintas razas de hombres que la gobiernen. La ubicación del nombre secreto va a ser igualmente una cuestión que otorgue su misión de perdurabilidad y trascendencia a Jerusalén.

Sin embargo, ya en la ascensión judía de la nueva Jerusalén hay una serie de rasgos espurios que van a condicionar de una manera u otra no sólo su futuro destino que la verá asolada por el pasto de las llamas y que eliminará la presencia de la cultura hebraica en ella, sino también una serie de condicionamientos y de leyes que en la alianza entre los hombres y Dios, éste último les vuelve a recordar para asegurarse su perduración en la ciudad. Entre ellas vuelve a resonar la necesidad de que únicamente le sirvan a él si no quieren verse expatriados y vueltos a la patria que hasta entonces les configuraba que no era otra que el destierro: “si vosotros y

era desconocido por todos los hombres y Dioses. Su nombre secreto: el secreto de su vida. El lado oculto que le permitía seguir latiendo, brillando frente a los demás hombres que lo nombraban sin poder desvelar el secreto, el poder o la fuerza que latía en la interioridad del ser. Que no le permitían terminar de apresar al ser. Descifrar su misterio, su originalidad, su esencia. Descifrar el porqué de la creación.

Sabemos también que al nombrar el mundo, Adán lo hace suyo, como Jehová ha encadenado al hombre a su yugo por el gesto de su bautizo. Y gracias al nombre, Adán se conforma poseedor de esta cualidad divina, pero, a la vez, ajeno a la posibilidad de restituirse al primer paraíso habitado, donde silencio y palabra eran uno. No había separación y la secreta revelación del silencio ya formaba las palabras necesarias para coaligar una existencia plena, en sí, en los ocultos vientres del ser, sin necesidad de su pronunciación. Sin embargo, con la caída el hombre se encuentra obligado para penetrar en el misterio de su propia existencia y la de todo lo que le rodea en extraer un nombre que pueda atrapar a Dios y hacerlo suyo, para no verse sometido a las terribles fuerzas de la naturaleza que amenazan con sesgar su rastro de la faz de la tierra en cualquier mínimo desliz. Como sugiriera Walter Benjamín, “El nombre, como patrimonio del lenguaje humano, asegura entonces que el lenguaje es la *entidad espiritual por excelencia* del hombre. Sólo por ello la entidad espiritual de los hombres es la única íntegramente comunicable de entre todas las formas espirituales del ser. Esto fundamenta asimismo, la distinción entre el lenguaje humano y el de las cosas”,³ Benjamin, Walter. **Para una crítica de la violencia y otros ensayos**. Traducción de Roberto Blatt. Editorial Taurus. Madrid. 1998, pág., 63.

⁴ A este respecto, nos indica Murena: “Roma era el nombre público de una ciudad cuyo nombre sacerdotal era Flor o Florens, por lo que el día de su fundación coincidía con el de las festividades de Floralia. Tenía un tercer nombre, que era secreto. (...) El nombre secreto es el fundamento de los otros dos: del sacerdotal porque, como lo indica su carácter de secreto, es la raíz esotérica, mística, de lo religioso; del público, porque así lo confirma el hecho de que se vea a Roma como anagrama de amor”,⁴ en Murena, Héctor.A. **Visiones de Babel**. cit, págs., 374 y 375

vuestros hijos después guardáis los decretos que os he dado, y os vais a servir a otros dioses postrándoos ante ellos, yo arrancaré a Israel de la superficie de la tierra que les he dado; arrojaré de mi presencia esta casa e Israel quedará como proverbio y escarnio de todos los pueblos”.⁵

Es por este celo en su mandato que en ese libro esencial de la teoría gnóstica que es el **Libro Sagrado de Juan**, a Yahvé se va a asimilar con Yaldabaot.⁶ Este sería un Dios que, ansioso de ser considerado como único señor, deseando ser adorado y desafiando a las fuerzas reales de la creación, Barbelo,⁷ construiría un primer Adán a través del que sentirse amo y señor de este mundo. Precisamente se nos comenta en el texto que la fuerza y celo, el empecinamiento con el que Yaldabaot declara a sus súbditos ser el único Dios verdadero negando la existencia de otros posibles dioses, mostraba la existencia de éstos y lo alevoso de su confabulación.

Esencialmente, en la conjura a través de la que la cultura judía se mostrará tan celosa de su Dios como éste de su pueblo, habrá de ser necesaria una operación fundamental a través de la que constituir la promesa de su reinado sobre la tierra que luego la cristiandad en su deseo de mostrarse como elegida para llevar los valores del reino universal de Jesucristo al mundo no podrá evitar, cayendo en los errores del judaísmo, como denunciarían los gnósticos.⁸ El hecho consistirá en cómo el judaísmo

⁵ **La Santa Biblia**. cit, *1 Reyes*, Capítulo 9. vers, 6,7.

⁶ Nos indica Hans Blumentberg, recogiendo el texto del libro gnóstico de Juan, que “Yaldabaot es un Dios celoso. A los que ha creado y sometido a su dominio no les quiere participar nada de aquella luz y fuerza que Él mismo ha recibido por su origen: “De ahí que se dejara llamar “el Dios”, apoyado en la Sustancia de la que había surgido (...). Y miró la creación que estaba a sus pies, y la multitud de ángeles que le estaban sometidos, surgidos de Él mismo, y les dijo: “Yo soy un Dios celoso; fuera de mí, no hay ningún Otro”, con lo que mostraba ya, a sus ángeles, que hay otro Dios: pues si no hubiera ningún Otro, ¿de quien iba a estar celoso?”, en Blumentberg, Hans. **Trabajo sobre el mito.**, traducción de Pedro Madrigal. Editorial Paidós Ibérica. Barcelona. 2003., pág., 225.

⁷ Barbelo sería la santa y perfecta Madre-Padre, (El Dios Primero). Sería un dios andrógino en sus orígenes, que presta su imagen para que de él se haga Adán y se le revele a Yaldabaot que él no es el único dios de este mundo.

⁸ Nos indica Ignacio Gómez de Liaño en **El círculo de la sabiduría. Diagramas del conocimiento en el mitraísmo, el gnosticismo, el cristianismo y el maniqueísmo**. Ediciones Siruela. Barcelona. 1998, págs., 339 y 340: “Como es frecuente en la historia de las religiones, cuando triunfa un determinado grupo humano sobre otro (ya por conquista ya por otros medios), los Dioses del pueblo derrotado no tardan en convertirse en genios inferiores, cuando no en

querrá apropiarse del nombre secreto de Dios al ubicar en las cuatro consonantes impronunciables que aparecían inscritas en el Arca de la Alianza (YHVH) tres vocales procedentes del término Aidonai (“señor”) del cual surgió Jaihovah que es el nombre que se corresponderá con su traducción castellana en Jehová o Yahvé.

Es así que la cultura judía fundará su “conspiración” monoteísta y dará visos a su culto de verdadera religión frente al politeísmo característico de otros cultos que ahora serán llamado paganos, y que nunca llegaron a cometer esa osadía, intentando a través de los distintos nombres divinos que ilustraban sus creencias concretar en variadas figuras la pluralidad de su único nombre jamás revelado y descifrado. Nombre que debía mantenerse oculto para permitir a los hombres fundar una vida múltiple y diversa enraizada en la sacralidad de sus existencias, que podían y debían ser exterminadas en el momento en que se atrevieran a desvelar el nombre imposible, intentando saber aquello que Dios conocía.⁹

demonios malvados y tenebrosos, frente al luminoso poder de los vencedores. Eso fue lo que le ocurrió a Yahvé en el pensamiento de los aliados de Roma. (...) Cuando, en el Cuarto Evangelio, Jesús dice a los judíos: “Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí (...) (Pero) vosotros sois hijos de vuestro padre, que es el Diablo” (...) diríase que el Yahvé al que rinden culto los judíos adopta, de pronto, los rasgos del Diablo. Por eso, los cristianos se dividirán, antes de acabar el siglo I, en dos corrientes. La primera –apostólica- no contrapuso Yahvé al Dios-Padre, porque creyó que el Padre al que invocaba Jesús era Yahvé, lo que, sin embargo, implicaba en cierto modo que el Yahvé al que invocaban los judíos era en realidad el Diablo (dada la oposición que hicieron los judíos a Jesús). La segunda –gnóstica- contrapuso el Dios-Padre invocado por Jesús a Yahvé, dios inferior y diabólico, al que seguían paegados los judíos y los propios cristianos apostólicos. Así, mientras que los cristianos se consideraron a sí mismos el Nuevo Israel (un Israel abierto a todas las naciones), los gnósticos pensaron que para llegar a todas las naciones había que superar la idea de Israel, por estar demasiado contaminada con la inferior religiosidad yahveíta”.

⁹ Asimismo, esa búsqueda interminable del verdadero nombre de Dios que, al parecer, había encontrado la cultura judaica y de cuya revelación no pudo dudar San Pablo al enfrentarse a la ascensión milagrosa que el espíritu santo y la buena nueva del amor había transformado en su corazón, declarándose acaso la búsqueda por finalizada, tiene precisamente, en otro de los referentes clásicos de la cultura judaica moderna, el rabino Lów y la figura del Golem, otra de las referencias más inexcusables para comprobar que la cultura hebrea jamás pudo encontrar en su ansiado deseo por perpetuarse, esa misteriosa combinación de sílabas que hubieran permitido exactamente, parafraseando a Jorge Luis Borges, saber lo que Dios sabe. A la vez, en otra de las pistas que conducen al monoteísmo inaugural del pueblo judaico, borrado inicialmente por los sacerdotes de su fe, debemos atestiguar que cuando se lee la data de las bibilias de hoy en día, en el lugar donde aparece Dios Altísimo en el hebreo original aparece El Elyon (uno de los Dioses paganos de la religión del pueblo cananeo) y no el tetragramatón (Jehová), quien jamás ha sido asociado a una religión monoteísta. Quien debía de ser otra de las divinidades originarias a través de las que el pueblo judío intentaba encontrar en infinita búsqueda el nombre real de Dios, sin que ésta fructificara, a no ser por la tegiversación que de la misma se va a hacer, poniendo hincapié en la ascensión real y verdadera de Yahvé, como único Dios verdadero de la religión monoteísta judía.

Precisamente, cuando Yahvé permite al pueblo judío, gobernado ahora por Salomón, realizar la construcción del Nuevo Templo en Jerusalén y da por cumplida la promesa realizada al rey David, no sólo va a conceder unas leyes y reglas que podrían asegurar la temporalidad a la edificación sino que también decide aposentar su nombre siempre oculto en la misma.

Es el hecho de haber creído descubrir el nombre secreto de Dios o el haber sabido concebir y convencer al resto de culturas que este podría ser Yavhé, anulando, por tanto, la rica polimorfia divina, lo que confiere a la cultura judía, entre otros aspectos, su carácter de raza elegida. Sin duda es también lo que urde su fracaso. Haber querido doblegar el nombre de Dios gracias a la presunción de haber descubierto un nombre secreto, que sus más altos jerarcas nunca llegarán a desvelar, no podrá inevitablemente sino llevarle al destierro.

Es esta presunción de haber averiguado el secreto más celosamente guardado por Dios, que, por tanto, confiere a la cultura hebrea la capacidad de adivinar un rostro que el Dios judío ni siquiera se dignó a mostrar a su hijo predilecto Jacob la que, unida al advenimiento de Jesucristo, habrá de dotar y empujar al cristianismo, una vez unificado el legado judeo-cristiano gracias a la reforma de Constantino, a realizar su misión imperial y episcopal.

De esta manera, el conquistador poscolombino al llegar a las tierras americanas pensaba que simplemente debía nombrar un territorio y clavar la espada de la cruz sobre él para que éste le perteneciera. Si el hombre había sido merecedor de que incluso el hijo de Dios hubiera descendido a la Tierra para redimirlo del pecado, la culpa ya estaba lavada, el pecado de Adán y Eva abolido, y había llegado el tiempo de disfrutar sin vergüenza de los frutos del paraíso terrestre sin que la brutal sombra del trabajo o el deber tuviera que ceñirse sobre los rostros de los nuevos dioses de América.

El conquistador podía, debía ser el nuevo Dios de este nuevo mundo, del paraíso. Y nombrarlo a su antojo como ya antes Yahvé lo hubiera hecho con los distintos seres y cosas que componían el jardín del Edén. Podía volver a vivir la bendición de la vida adánica y que cada una de sus palabras fuera obedecida transformando el nuevo mundo según sus deseos.

Él era un salvador pues, al tiempo que bautizaba a ese mundo perdido y sin conciencia de sí mismo que era América, le concedía un ser y le redimía de uno de sus más temibles pecados: no tener memoria de sí misma, estar la mayor parte de ella, fundada en el más insólito presente, removida en las lejanas olas del olvido que no les permitía concebir la distante caída en el tiempo de la humanidad, recordar el secreto nombre de Dios y la muerte que su hijo había sufrido por redimir del primer pecado adánico a toda la humanidad.

Por tanto, en los actos de fundación de las nuevas ciudades, no era necesario conjurar, como se hiciera antiguamente, un nombre secreto, para fortalecer, para santificar celadamente con este nombre, el idilio y respeto mutuo entre las fuerzas divinas y terrenas, como sugiriera Murena: “Las ciudades poscolombinas (...) no tuvieron nombre secreto. (...) El nombre secreto, era por entonces algo que el hombre soi-disant cristiano había dejado de considerar y entender”.¹⁰

Para aquellos que habían asumido aun inconscientemente ese subrepticio engaño a través del que el culto judío se había hecho acreedor a conocer el nombre del Creador, el significante utilizado para erigir la nueva construcción, para nombrar a los componentes de la nueva tribu desconocida era entonces reflejo de la divinidad, raíz a través de la que todas las cosas y hombres del mundo se sometían al dictado de las palabras.

La asunción que de este hecho había realizado la cultura católica en su alianza con la burguesía y los estatutos científico-técnicos que comenzarían a desarrollarse en el Renacimiento, sin embargo, no podría tener consecuencias peores para

Occidente y, en este caso, para América, justificando por tanto una sumisión al olvido de las raíces a través de las que los seres se enraízan en el mundo, en el tiempo.¹¹

Pues si, como subrayara Murena, el nombre secreto era la dimensión espiritual de la nueva fortificación, “símbolo del renovado matrimonio de la tierra y el cielo gracias a la mediación de los hombres, es el ser del vivir en común, lo que la comunidad posee en común y la comunica. (...) El creador real del fenómeno que constituye la ciudad rectamente habitable y habitada por los hombres”,¹² relegarlo, por el contrario, suponía fundar una ciudad edificada a mayor gloria del olvido. Arriesgarse en un pulso infame con Dios a ser atrapados en el furibundo huracán de la desaparición, pues sin alianza entre lo divino y lo humano no existe freno que pueda separar el yugo despótico de la mano del hombre abrazando la vara de la justicia sin riendas y desatando el poder de las Moiras enfurecidas ante la osadía de no haber seguido un ritual consensuado para abrir la caja de Pandora y encontrar el secreto nombre que respondiese y resguardase a los futuros habitantes de esa ciudad, esa sociedad.

En este sentido, don Pedro de Mendoza y su ejército no van a vacilar en conceder un nombre, que permita adherir esa nueva tierra a los dominios divinos de los reyes de España. Un nombre sacerdotal (siempre concedido en memoria de un santo o de la deidad mayor de la cosmogonía cristiana), que en este caso será Santa María del Buen Ayre,¹³ y el nombre público a partir del cual el nombre se asociará al

¹⁰ Murena, Héctor.A. **Visiones de Babel**. op.cit., pág., 380.

¹¹ Nos señala Murena que “la religión prohibía el abandono de una tierra en la que se había fijado el hogar enterrado a los antepasados. Porque la religión religaba no sólo con los Dioses sino también con la tierra, poblada por miríadas de númenes, para quien esté despierto para percibirlos. Al arrojar tierra del antiguo lugar en el nuevo, se declaraba que éste era también terra patrum, se purgaba la impiedad del abandono.”. *Ibíd*, pág., 375.

¹² *Ibíd*em.

¹³ Nos concede una prolija descripción sobre el origen de esta Virgen, el Padre Carlos M. Buela en su artículo **El nombre de Buenos Aires** en www.padrebuela.com.ar: “La imagen original de la advocación epónima, Nuestra Señora de los Buenos Aires, se encuentra en Cagliari (Cerdeña), que era posesión española en la época de descubrimiento de América, en el convento de la Merced.

latir de la comunidad y se hará valor de transacción en el tráfico y comercio con las otras ciudades que será Buenos Aires.¹⁴

Ulrico Schmidel refiere este hecho lejos de toda majestuosidad y con una simplicidad ecuánime con la pérdida de la referencia sagrada que del hábito de la existencia, realizará el conquistador renacentista: “construimos una ciudad que se llama Buenos Aires”.¹⁵ Sin dudar y sin cuestionar. Como si se tratara de un páramo perdido de Castilla que aun se encontrase, hasta ahora, sin rescatar del dominio árabe y judío, que yaciese, yermo y sin arar, como un maldito despojo, en algún perdido confín del reino español. Pero, simbólicamente, por fuerza de las circunstancias que los llevarán a guerrear con los aborígenes, esta fundación no podrá pasar apenas del primer paso, que conforme a la costumbre romana, no era sino establecer un castrum, campamento militar y de la ceremonia de la inauguratio, de la que en Buenos Aires

En 1370, una nave que se dirigía de España a Italia debido a una tempestad tuvo que arrojar al mar cantidad de bultos. Uno de ellos no se hundió sino que flotando delante de la nave y a la que parecía guiar, llegó a la costa de Cagliari, al abrir la caja se encuentran con una hermosa imagen de la Virgen María, de madera, con un Niño Jesús sonriente y rozagante que sostiene un globo representando el mundo en el brazo izquierdo, y en la mano derecha portaba un cirio encendido. Luego, se le colocó—debido a un hecho portentoso—una nave o carabela, cuyo palo mayor es el cirio. Este está encendido porque así lo encontraron cuando abrieron la caja. (...)

A esta imagen, según opinión de algunos, se la bautizó con el nombre de Bonaria (Buen aire) porque Fray Carlos Catalán, mercedario, fundador del convento, había profetizado que con la llegada de una imagen de la Virgen se limpiaría la ciudad de malaria (repárese en la palabra) y «buenos aires soplarán en esta tierra»; según otros, se la bautizó con el nombre de Bonaria porque así se llamaba la colina sobre la cual se levanta el convento mercedario.

Pronto se constituyó en Protectora y Patrona de los navegantes”.

¹⁴ Martín Cagliari nos concede diversas versiones que pudieron promover el nombre de Buenos Aires y ayudan a complementar la teoría visitada con anterioridad: “El nombre de nuestra ciudad, para algunos, se debe al culto a la Virgen del Buen Aires, basados en el poema La Argentina, que escribió Ruy Díaz de Guzmán en 1612. Según esta escuela el nombre provendría del día de su fundación y de la devoción de Mendoza hacia la Virgen del Buen Aire. El dos de febrero es efectivamente el día de nuestra señora del Buen Aire. Otra teoría, o leyenda, dice que el nombre vendría de la exclamación que hace Sancho del Campo al desembarcar: "Que buenos aires son los de este suelo". El historiador Armando Alonso Piñeiro habla de la existencia de "un documento anterior en un cuarto de siglo al gran poema hispano-criollo". Es una memoria escrita por el portugués Lope Vázquez Pestaña, el primer viajero que visitó Buenos Aires, en 1587, y quien dejó dicho que el nombre se dio "por la frescura del aire y la excelente salud de que gozaron sus hombres durante la estadía en el lugar", en Cagliari, Martín. *Primera fundación de Buenos Aires. Sus verdades y mentiras*. En www.webs.sinectis.com.ar.

¹⁵ Schmidel, Ulrico. **Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554**. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 1986, pág., 31.

apenas tenemos noticias.¹⁶ No. El hambre y la desolación serán los principales componentes de la primera fundación de Buenos Aires, fechada en el año de 1536: “Ninguna otra capital de América tuvo comienzo tan desastroso, tan mísero. (...) De nada le valió (..) el agüero del nombre”,¹⁷ nos señalará Enrique Larreta.

En efecto, el nombre de María, la maternidad anhelada y ansiada por aquellos cristianos que como la compañera de don Pedro de Mendoza, Elvira, dibujada por Larreta, exclamase, estaban condenados a estar “noche y día errando, errando”,¹⁸ poco cobijo podría conceder a estos hombres cuando la impostura nominal a la que se aferraban, les enfrentase con la verdadera realidad:¹⁹ haber transgredido los límites de un territorio extranjero en donde las diosas que fecundan y hacen germinar la tierra eran muy distintas a la casta madre de Cristo. Resguardarse tras el nombre de María, mujer libre de toda culpa, luminosa llama que aleja todo pecado del cuerpo y cierra las compuertas del deseo corporal a los ángeles caídos, suponía denegar la realidad más que afrontarla. Significaba envolver a la realidad en un telúrico sueño de utópica pureza gracias al que el conquistador enfrentaba la ilusión de olvidarse de la nueva tierra donde había caído. Comenzar a exigir al proteico nuevo mundo que le rodeaba que se conformara a sus intereses, denegándole la posibilidad de su propia libertad, de su propio hacerse y configurarse libérrimamente ante sus ojos necesitados de encontrar un rincón familiar en el que albergarse, de encomendarse a los iconos y símbolos que lo hubieran protegido en el seno materno de la antigua tierra occidental

¹⁶ La cual hemos de suponer que no debió celebrarse a través del ritual simbólico de codificación con el que sí se dispondrían en los futuros años, muchas de las más importantes ciudades que fundase el Imperio Hispánico en América. Asimismo, tampoco es muy probable que ninguno de los componentes de la tripulación solicitase el augurio, (como sí se hacía en las nuevas ciudades creadas por el imperio romano), de los presagios que se cernían sobre la nueva ciudad, cuando la oculta realidad de la plata y el oro que debía encontrarse en la cuenca del río de la Plata, era más verdadera en las mentes de los recién llegados que el yermo paisaje donde se decidió fundar Buenos Aires.

¹⁷ Larreta, Enrique. **Tenía que suceder. Las dos fundaciones de Buenos Aires.** Espasa Calpe. S.A. Colección Austral. Buenos Aires. Cuarta edición. 1960, pág., 127.

¹⁸ Larreta, Enrique. **Santa María del Buen Aire. Tiempos iluminados.** Espasa Calpe, S.A. Buenos Aires. 1941, pág., 59.

¹⁹ Exclamará asimismo en medio del fragor de la incertidumbre, uno de los marineros de la obra de Larreta: “no es que esté cansado de vivir; por el contrario, es el deseo de vivir de verdad, de vivir tranquilo en nuestra querida tierra, que en mal hora dejamos, lo que me hace hablar del regreso”, *Ibíd*, pág., 83.

de la que procedían. Suponía una afrenta al nuevo territorio que se descubría, reconocía por primera vez, en cuanto imponer el modelo mariano, asexuado e incorporeo a la nueva tierra descubierta llevaba implícito la negación de los miembros del cuerpo, las vías vitales por las que la sangre americana había latido antes de la llegada del conquistador hispánico. En suma, era una retirada más que un avance, una manera de volcarse inconscientemente en el desconocimiento, en la total ceguera hacia el nuevo continente descubierto más que una manera o recurso para profundizar en él. Así lo entendería Germán Arciniegas, resaltando la actitud cegada de los conquistadores de América, su negación del alma americana y la herencia cainita que los mismos recibieran a la hora de entender la construcción de las ciudades en el nuevo territorio más como escondites, madrigueras o refugios en los que protegerse a la vez de la naturaleza americana y del padre hispánico que como entidades comunales destinadas a perdurar: “No es posible considerar como descubridores a quienes (...) se afanaron por esconder, por callar, por velar, por cubrir todo lo que pudiera ser una expresión del hombre americano”.²⁰

Es curioso que, como nos relata Ulrico Schmidel, fuera la tribu de los querandíes, una raza errante, nómada, la primera con que la tripulación de Mendoza estableciera contacto, en el momento de la fundación: “Estos querandíes no tienen morada fija, sino que van vagando por el país, como entre nosotros los gitanos”.²¹ Como tampoco deja de llamar la atención que los mismos, ante la escasez de agua y alimentos, tuvieran por costumbre beber sangre ante el temor de la muerte provocada por desnutrición, en un hecho que aun horrorizando a los cristianos, pronto repetirán miméticamente.

Buenos Aires se negaba a existir, a levantarse, puede que como signo inconsciente de lo que su fundación poseía de gesto “desacralizador”, de usurpación, quién sabe si mostrando ya el signo indeleble, jamás estable, duradero, conciliador,

²⁰ En Arciniegas, Germán. **América, tierra firme**. Editorial Losada. Buenos Aires. 1944. págs., 54 y 55.

²¹ Schmidel, Ulrico. **Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554**. cit, pág., 31.

fijo, que la va a caracterizar: “lo que se levantaba hoy, se derrumbaba mañana”,²² dirá de ella Ulrico Schmidel. Aunque, en realidad, puede que esta primera imposibilidad de sostenerse en pie no fuera sino una simbólica advertencia que comunicara a todos aquellos hombres herederos del destino inherente a la figura del judío errante de la prohibición de establecerse en tierra alguna a no ser que quisieran convocar las sagradas fuerzas, los flujos de su propia perdición. Que ellos debían, siendo fieles a la herencia comercial judaica, sumirse en los recorridos y las costas del oro pero jamás aposentarse sobre una ciudad recién fundada, pues este insólito hecho les haría ser ahora herederos del signo de Caín: el fundador, según la Biblia, de la primera ciudad, Henoc, nacida de la pena, la tristeza y la errancia de signo negativo que vive Caín tras haber cometido su crimen contra Abel. Y que atreverse a construir una nueva ciudad, nombrar la nueva tierra como si les perteneciera por rango divino a partir de su nueva configuración de hombres adánicos que pretendían negar la caída, era, como lo enseña el gnosticismo, sobrepasar el límite infranqueable entre hombres y dioses y, como el primer hombre, arriesgarse a penetrar en los parajes de la animalidad que fue configurando al país argentino desde sus primeros balbucesos.²³

Era, en definitiva, hacerla partícipe del pecado original con el que el cristianismo la condenaba para siempre a su anónima conciencia de culpa que el nombre mariano intentaba desesperadamente negar y que harían proclamar a Murena siglos más tarde de su fundación, sus famosas palabras: “nacer o vivir en América significa estar gravado por un segundo pecado original”²⁴ y que, por ejemplo, asimismo, llevarían a exclamar a Larreta: “Ahí estaría la primera manzana, la manzana original. Ciudad, pecado”.²⁵

²² *Ibíd*, pág., 33.

²³ Nos indica H.P.Blavatsky en su polémico, discutido y monumental libro, **La doctrina secreta**: “La alegoría de Adán, considerada aparte del Árbol de la Vida, significa (...) que la raza que acababa de separarse abusó del misterio de la Vida y lo hundió en la región de la animalidad y bestialidad”. Blavatsky, H.P, **La doctrina secreta. Síntesis de la ciencia, la religión y la filosofía**. Volumen IV. *El simbolismo Arcaico de las Religiones del Mundo y de la Ciencia*. Quinta edición argentina. Editorial Kier S.A., Buenos Aires, 1975, pág., 214.

²⁴ Murena, H.A. **El pecado original de América**. Editorial Sur. Buenos Aires. 1954, pág., 164.

²⁵ Larreta, Enrique. **Tenía que suceder. Las dos fundaciones de Buenos Aires**. op.cit, pág., 129.

En nombre de la cultura y el humanismo, los valores de la civilización recorrida por el espíritu de la razón, se quería imponer un rostro llagado por las costras del dolor a la naturaleza y el hombre americano. Pero esto ya suponía la falta mayor. E invocaba un futuro destierro de los territorios del espíritu asaltado ahora por la animalidad y bestialidad que dotarán con sus rasgos asalvajados y bárbaros un cariz inequívoco a esta primera fundación.

Justamente, tras una batalla entre los querandíes y las tropas hispanas, cuyo rastro sangriento debilitará las ya escasas fuerzas de los conquistadores, éstos se encontrarán en una insostenible situación, provocada por una escasez absoluta de víveres, de medios de alimentación, que engendrará toda clase de muertes, penurias y áridas escenas.

Sin duda, la más conocida, al parecer acaecida el mismo día del Corpus Christi cristiano,²⁶ cuyo sello indeleble ha dejado un rastro y una influencia rastreable en la conformación civil de la futura sociedad argentina, inspirando uno de las más intensas narraciones de Múica Laínez,²⁷ va a ser aquella a través de la que un soldado español, de nombre Baistos, ante el insufrible hambre va a acabar devorando el cuerpo de su hermano muerto. Centenera la describirá así: “estaban dos hermanos,/ de hambre el uno muere y el rabioso/ que vivo está, le saca los livianos/ y bofes y asadura, y muy gozoso/ los cuece en una olla por sus manos/ y cómelos, y cuerpo se comiera,/ si la muerte del muerto se encubriera./”²⁸

La importancia real y simbólica de esta historia fundadora será definitiva, decisiva, en cuanto la misma mezcla en ella ya, los dos pares antitéticos y contradictorios, civilización y barbarie, que conformarán el desarrollo de la historia argentina a lo largo del tiempo. Sugiere ya las luchas fraternales sin piedad que se

²⁶ Acaso por un irónico gesto del azar objetivo, como agudamente refiere Juan José Saer en **El río sin orillas. Tratado imaginario**. cit, pág 73.

²⁷ Nos referimos, obviamente, a **El hambre**, la indómita narración a través de la que se inaugura esa ejemplar colección de cuentos que es su **Misteriosa Buenos Aires**. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona. Segunda edición en Biblioteca de Bolsillo: octubre 1988.

²⁸ Centenera, Martín del Barco. **Argentina y Conquista del Río de la Plata**. op.cit, pág., 105.

van a producir en el futuro entre unitarios y federales (dos distintos rasgos del mismo rostro desesperado), herederos de las tropas de compañeros que no vacilarán en cortar la yugular a su mismo hermano, si con ello consiguen asegurarse un alimento que, como a Tántalo, nunca les será suficiente para someter la ambición de sus estómagos. Ambición que se encuentra enraizada en esta penuria inicial, reflejo y producto rapaz del carácter desacralizado con el que se realiza la fundación de la sociedad porteña, que sólo puede conducir según René Girard a “un desencadenamiento fatal”. Pues como indica el teórico francés, en el momento en que “lo sagrado se aleja demasiado se corre el riesgo de descuidar o incluso olvidar las reglas que, en su benevolencia, ha enseñado a los hombres para permitirles protegerse de sí mismos”,²⁹ permitiendo que el flujo de fuerzas animalescas y la violencia escondida tras los pactos sociales de no agresión entre los individuos, surjan furiosa, irremediablemente, envolviendo a los hombres en el tiempo de la autodestrucción.

Definitivamente, la historia de Baistos y su hermano nos lleva a enfrentar la construcción de la ciudad en torno a una raíz sangrienta y obliga a que la lectura tradicional realizada en torno a la historia de Caín y Abel haya de ser modificada en cuanto la confusión entre los rostros de los dos hermanos y la ausencia de una ley que rija sus actos empareja de tal manera al asesino y al asesinado, a la supuesta víctima y al culpable que va a resultar imposible de sostener la visión maniquea de esta historia de origen occidental.

Si comprendemos que tanto Baistos como su hermano eran dos forasteros en tierra extraña cuya motivación principal era apoderarse de las riquezas del nuevo paisaje visitado, se observará, en primer lugar que, desde el principio, la posibilidad de una ley que ajuste sus actos al ágora social que pensaban fundar, en el que deseaban desenvolverse, estaba abolida desde el momento en que responde más a un codicioso deseo de oro que a una necesidad real de fundar una sociedad igualitaria. Al mismo tiempo, al ser marineros que viven una suerte de exilio en América, los dos son herederos del destino congénito a Caín. Su lucha desesperada por huir del hambre y de las penurias de la expulsión de Occidente nos habla de la necesidad de

²⁹ Girard, René. **La violencia y lo sagrado**. op.cit, pág., 278

fundar la ciudad a partir de la noción de destierro y como un escondite del que huir de una falta cometida o a cometer. Porque el destierro lleva implícito una penalidad, el pago de un pecado ulterior cometido en Occidente y a repetir en América que encuentra a los dos hermanos huérfanos del padre hispánico, el portador de la ley, y por tanto, permite un espacio abierto, de transgresión aun sin ocupar por nadie, en el que las fuerzas que pugnan por aposentarse en el nuevo territorio aparecerán desorbitadas, fuera de sí, sin control alguno que pueda retenerlas, instaurando, por tanto, la violencia o el crimen como referente ineludible a partir del que comenzar a construir, edificar. O mejor aún, a partir del que negarse a ser, a vivir. Pues en la medida en que la construcción de la nueva edificación lleva implícita la noción de pecado, y es observada como ámbito de refugio o destierro más que futuro entorno habitable, el escondido deseo de los ciudadanos, hermanos de culto y religión que la fundan, es huir de su construcción, su levantamiento. Exactamente, el silencio divino, de la naturaleza, el anonimato, el territorio de sombras a través del que aparece esta historia, así lo ratifica: la ciudad que se desea fundar es un caduco refugio del que huir en cuanto su construcción muestra la verdad última de la que se quiere escapar y que no es otra que la realidad del exilio.

A su vez, el gesto de Baistos comiendo el cuerpo de su hermano empalado sobre un poste como un Cristo abatido establece una simbología radical a través de la que el mensaje del Dios de la cristiandad que se pretendía traer a la nueva tierra es negado. El amor entre los hermanos de un mismo culto, el sacrificio por y para el otro es extirpado de raíz desde el momento en que se decide fundar una ciudad sin respetar los códigos del nuevo territorio invadido y son los jirones del cuerpo del hermano muerto introduciéndose en el estómago de Baistos -un ángel caído sometido a los extravíos de la vida terrenal- su mayor constatación.

Y al mismo tiempo, en la medida en que el hermano muerto ya purga la culpa de haber invadido el nuevo territorio sin piedad con su inmisericorde muerte, no hay una motivación última que lo separe en principio de Baistos. Y en este sentido, -al ser los dos invasores desleales por igual de la tierra descubierta- se produce una asimilación entre ambos que sólo podrá separarse por el gesto asesino que llevará a

Baistos a la necesidad de comerse, de hacer desaparecer el cuerpo de su hermano para poder sobrevivir. Porque, en última instancia, tanto Baistos como su hermano (como tantos ciudadanos argentinos que les continuarán) se encuentran igualados en el destierro y sólo aquél que sea capaz de devorar el cuerpo del otro, de no dejar ratro de su hermano en el exilio, podrá hacerse con la nueva tierra y sobrevivir en ella.

En este sentido, el ejemplo de Baistos servirá para validar en el país argentino, desde un principio, la ley de la supervivencia, la ley darwinista del más fuerte como necesario recurso para separarse del hambre espiritual y real que tantas veces corroerá a los ciudadanos argentinos. Y servirá de modelo inaugural para distintos gobiernos que inconsciente, fatalmente, por una suerte de mimetismo de funestos resultados, deseen alcanzar el poder sin ley de esa tierra de destierro que será Argentina, sin temor a ejecutar, hacer desaparecer el cuerpo de sus hermanos en el destierro. Como, a la vez, y en el momento en que los distintos gobiernos y partidos políticos de la Argentina realicen su particular e interesada versión de esta historia en la que tanto la víctima como el culpable son realmente imposibles de diferenciar,³⁰ (situándose del lado de la supuesta víctima, hermano de Baistos, Abel, al que hay que vengar para acogerse, paradójicamente, a la actitud rapaz de Baistos, Caín, con el fin de justificar la eliminación del partido opositor o de los elementos alógenos que se desea extirpar de la sociedad) se convalidará necesariamente la violencia civil con la que tras un inconfeso mesianismo se camuflarán prometiendo a la ciudadanía redimirles de esta culpa y falta original que anuncia la historia fundadora.

Del mismo modo, es interesante destacar, siguiendo las directrices que para Alban Bensa³¹ permitían que en las tribus cananeas de la antigüedad, un extranjero llegara a ser jefe, guía de un grupo diferente al suyo, que la historia de Baistos impone a éste como un espectro fortuito que devendrá en símbolo del nuevo territorio

³⁰ En cuanto Baistos y su hermano son culpables –Dioses sin falta que vienen a ocupar a la fuerza un nuevo territorio- y víctimas a la vez -descarriados hijos llevados al exilio por el ánimo expansionista, dictatorial, del reino único español-, y lo único que, realmente, los diferencia es la azarosa, temprana muerte de uno de los dos que permite al uno arrancar a bocados las partes del cuerpo de su hermano para poder sobrevivir.

³¹ Una teoría en la que nos introduce Jacques Hassoun en su artículo *Nous sommes tous issus d'une longue lignée d'assasins* dentro de Hassoun, Jacques, *Caïn*. Éditions Autrement. Paris, 1997.

de manera sorpresiva precisamente gracias a su acto de canibalismo. Pues, como ha señalado este autor, para que un inmigrante, un extranjero, consiguiera imponer su ley sobre el nuevo territorio y tribu invadida, para que su estirpe fuera aceptada en el nuevo territorio, era necesario que ingiriera el cuerpo de hombres descendientes de su clan de adopción. De esta manera, sólo podía ocupar el puesto del jefe muerto cuyo espectro progresivamente iría apareciendo en cada una de las distintas etapas que configurarían a la comunidad, aquel hombre que, asimismo, estuviera dispuesto a comer el cuerpo de sus hermanos, a devorarlos y que, viniendo de otro lugar no temiera hacerlo para ser, finalmente, rey portador de los destinos del nuevo grupo y territorio al que se integraba.

Por tanto, la historia de Baistos y su hermano apunta a que el nacimiento de la Argentina y gran parte de su futuro se realiza, desde este punto de vista mítico, según la leyes arcaicas, aún no evolucionadas del Antiguo Testamento y nos remite al fracaso de la novedosa y libre construcción trazada por Cristo en el Nuevo Testamento. Esto es, nos refiere a la imposibilidad futura del trazado de una ley firme en el país argentino, la implantación de una noción ética que pueda permitir augurar un mínimo consenso en la jauría de horror inhumano que lo configura desde sus inicios, vincular un mínimo atisbo de cordura en el ámbito de la incesable violencia original. Al mismo tiempo, esta historia fundadora permite preceder el tiempo sin arraigo que fundará el expolio y el robo, como referente cíclico al que volver, cuando se quieren comprender los porqués de los distintos momentos de la nación argentina, las manos que silenciosamente se arrastran entre el suelo y no dudan en abrazar cualquier ardid para la supervivencia, con tal de no repetir la historia inaugural: “comienzan a morir todos rabiando,/ los rostros y los ojos consumidos,/ a los niños que mueren sollozando/ las madres les responden con gemidos,/ el pueblo sin ventura, lamentando,/ a Dios envía suspiros doloridos,/ gritan viejos y mozos, damas bellas/ perturban con clamores las estrellas”,³² nos refiere Centenera en precisos versos que exponen las angustiosas condiciones de esta fundación.

³² Centenera, Martín del Barco. **Argentina y Conquista del Río de la Plata**. op.cit, pág., 105.

Y a la vez, acierta a presagiar los contornos de una ciudad que ya nace ciega, sin elegido, sin rostro, sin guía ni héroe al que poder asirse para conformar un destino que no sea el del asesinato o la autodestrucción. Una ciudad, por tanto, sellada por el estigma de Caín. Sin un cónclave que no sea la mentira del oro, a la que dedicará Mujica Láinez unos ejemplares versos, para vincularse a la energía poderosa que asegure su futura trascendencia:³³ “Mi ciudad, que tenías por adorno y decoro/ Un marchito pendón, con un escudo de oro, /Del oro siempre ausente, gran señuelo amarillo”.³⁴

Definitivamente, el primer poema que inaugura la narrativa del Río de la Plata, y que recoge lo que los espeluznados ojos de Fray Luis de Miranda contemplaron estremecidos, desde su mismo nombre, **Romance elegíaco**, refiere la “contradictio in terminis” que se ampara bajo su nacimiento. El primer canto dirigido a Buenos Aires es un réquiem, una elegía. Se erige a partir del llanto. A partir de la constatación de un fracaso. Lejos de ser una salve o una gozosa melodía en honor al nuevo recién nacido remite a un final: un funeral de hombres ancianos, exhaustos, agotados de sí mismos, viejos adanes cansados de burlar a Dios.³⁵

Finalmente, ese sombrío rastro de ciudad que es la primera Buenos Aires perecerá asaltada bajo el pasto de las llamas en un incendio, suerte de símbolo purificador provocado por los querandíes, que acabará con la totalidad de una ciudad jamás levantada, monstruo de pies de barro que se niega a levantarse sobre unas

³³ Si recordamos, la historia de Rómulo y Remo permitiría que el primero de los gemelos, (dentro del caos violento que sostiene la vida de los hombres en un delgado tejido), tomase el cariz del héroe y subiera a los altares divinos aun habiendo matado a su hermano. Si esto era así, a diferencia de la historia que nos remite Centenera, es porque esta muerte no sólo estaba ratificada y justificada por la conducta de su hermano sino por los presagios y oráculos y Dioses que vinculaban a Rómulo con una misión y destino ineludibles para su pueblo. Al contrario, el vacío, el silencio, el más olvidado recuerdo de un mundo constituido antiheroicamente serán las únicas semillas que el paso del tiempo conceda a los descendientes de esta primera fundación de Buenos Aires.

³⁴ Mujica Láinez, Manuel, **Canto a Buenos Aires**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Tercera edición. 1975, pág., 13.

³⁵ Comienza a afianzar “el lamento, la queja y la lágrima”, elementos estériles y desterradotes de toda risa u alegría, como “formas de la resignación, maneras de afirmar y afianzar un statu quo” que consigue hacer irreversible e irreparable un imperfecto estado de cosas”, a través del cual

raíces que no le pertenecen.³⁶ Como si esa Babilonia futura que se predice en ella comenzara con su final. Con su destrucción. En un camino siempre recorrido hacia atrás en el tiempo que la soñará futura Babel de pueblos que, unificados bajo un mismo lenguaje, intentarán vengarse de Dios por el ultraje humillante cometido a su dignidad en la misma, las penurias pasadas para construirla. Más Sodoma y Gomorra que nueva Jerusalén: “Santa María del Buen Aire; ¡tierra puerca!”³⁷ dirá, mientras escupe al suelo, un anónimo integrante de la tripulación de Mendoza, Julepe, en la ya mentada obra de Larreta.

Una Jerusalén imposible de resucitar aquí, pues ya el error cometido por el pueblo judío estaba adherido a los hechos que dieron a luz esta primera fundación. El nombre de Yahvé no era un nombre secreto sino un atributo recubierto de santidad a través del que el pueblo judío se ratificaba a sí mismo y se resguardaba para conseguir hacerse con los mandos de la ciudad añorada. El futuro desalojo de los descendientes de Salomón de la misma ya estaba escrito desde el momento de la construcción del templo así como las futuras atrocidades cometidas en ella. No en vano, Yahvé había dicho a Salomón durante la construcción del templo que éste sería derruido y el ejército de Israel sería vencido mientras no se respetase al prójimo, pues atentar contra éste era hacerlo contra las leyes de Dios y de los hombres, y que el desconocimiento del nombre secreto de Dios era el reflejo más evidente de la impureza de su pueblo.

visualiza Graciela Scheines al país argentino. En Scheines, Graciela. **Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?**. op.cit, pág., 192.

³⁶ Significativamente y volviendo a insistir en la parcelación de la historia narrada por Occidente, queremos reflejar en las reflexiones de Carlos Sanz sobre los hechos sucedidos en la primera fundación de Buenos Aires, que despejan toda duda acerca del maniqueísmo con que se observaron las raíces reales de Argentina: “Cuando ya don Pedro, moribundo, corría a sepultarse en las aguas del océano, otros hombres llegaron que te amaban menos y acordaron arrasar tu población, incendiaron tus viviendas, destrozaron tus muros y esparcieron tus cenizas a todos los vientos. Y hasta el dulce nombre tuyo quisieron relegar para siempre al abandono y al olvido. Pero habías de resucitar, Santa María del Buen Aire, porque albergas en tu seno el germen de lo perenne y guardas en tus entrañas la sangre heroica de los Mendoza y sus caballeros”, en Sanz, Carlos. **La fundación de Buenos Aires por El Adelantado Don Pedro de Mendoza y de Luján. Hijo Insigne de Guadix**. Madrid. S.n. 1958, pág., 45.

³⁷ Larreta, Enrique. **Santa María del Buen Aire**. cit, pág., 55.

El Misterio de la epifanía, cuya llegada envuelta en el velo blanco de una paloma anunciaba la posibilidad de una paz global que acabase por frenar las continuas revanchas ancestrales, no fue posible entonces. El maná protegido (fruta lozana de la edad de oro) que prometiera Yahvé a su pueblo nunca llegaría mientras la avaricia prendiera en los corazones de los hombres, como dijera Cristo. Las raíces del hambre que asolaría a Buenos Aires no estaban en la naturaleza del suelo sino en los corazones de los hombres que llegaron. Éstos, putrefactos por la llama del odio y un rencor pagano hacia cualquier atisbo de trascendencia, se removían en la más diligente animalidad, conjura de ángeles caídos bajo los cimientos de su propia carnalidad. Alimentaban un culto pagano de héroes irredentos forzados únicamente al triunfo que denegaba cualquier sacrificio y surgían como demonios abrazados a sus espadas de fuego para imponer su propia y única ley, olvidados de que adorar como fuente única de la existencia al oro y levantar sus armas en torno a un Dios cuyo rostro oculto decían conocer había facilitado, permitido el derrumbe, la caída de Jerusalén, de Roma.

Luis de Miranda escribirá atónito los más famosos versos dedicados a esta primera Buenos Aires fundada por y a través del espanto: “Fue el hambre más extraña/ Que se vio;/ (...) Las viandas más usadas/ Eran cardos y raíces/ Y á hallarlos no eran felices/ Todas veces./ El estiércol y las heces/ Que algunos no digerían/ Muchos tristes lo comían/ Que era espantoso;/ Allegó la cosa a tanto/ Que, como en Jerusalén/ La carne de hombre también/ la comieron./ Las cosas que allí se vieron/ no se han visto en escritura,/ Comer la propia asadura/ De su hermano”.³⁸

Como nos refiere Ulrico Schmidel, finalmente Pedro de Mendoza morirá en el mar, jinete de dos mundos a los que ha extirpado de su configuración sacra con su gesto, acaso lavando en la inmensidad del océano de agua que permite a los hombres renacer y dormirse en las corrientes del olvido una vez que han sido purificados por su roce, la culpa que ha de configurar a los hombres que no supieron traspasar la frontera, límite de fuego, de su propio lenguaje, impidiéndoles recordar quiénes eran.

Sin embargo, estos hechos no permitirán desfallecer del todo el empuje del Reino Español por trazar en sus terrenos un emplazamiento definitivo. Buenos Aires es ciudad que ha de ser construida y cristianizada a la fuerza, pues representa un cónclave ineludible para el rescate de ese oro nunca hallado que se cree que habita cercana a ella. La expulsión forzada de los cristianos después del incendio que asoló la Roma de Nerón no degenerará más que en futuros y definitivos intentos por arraigarse en ella. Roma debía ser ciudad emblema del imperio de la cristiandad. La hermandad entre el pagano y el cristiano debe forjar los mimbres de una nueva civilización. Y efectivamente, Buenos Aires será fundada por segunda vez. A la región de Tarsis se va desde Jerusalén. La mejor y más sólida manera de controlarla.

Significativamente, antes de su despedida, Mendoza designará gobernador a Juan de Ayalas, quien no dudará, al conocer las noticias de la famosa Sierra de la Plata, en partir en busca de ella, olvidando a Buenos Aires y su decrepita fundación, en pos del verdadero sueño: el oro. Es allí donde el conquistador encuentra su verdadera pasión. Sin dudar. En el vuelo migratorio sin cesar que permite al judío errante contar las distintas monedas que guarda en sus bolsillos. En el movimiento continuo que le libra de construir una ciudad en la que guarecerse de su desgracia y vivir la vida de lamentos que conduce a Caín a maldecir su desventura. El destino de los hombres está escrito en líneas de fuego.

³⁸ Citado por Díaz, María Esther en **Buenos Aires. Una mirada filosófica**. op.cit, pág., 47.

I.4. LAS ALARGADAS GARRAS DEL PADRE: LOS HIJOS DE SATURNO.

“El padre es más que yo”
Evangelio de San Juan 14, 28.

“Sean perfectos como lo es su Padre Celestial”
Evangelio de San Mateo. 5, 48.

“El señor me lo dio, el señor me lo quitó, bendito sea”
Job. 1, 6

“Porque Jehová al que ama castiga,
Como el padre al hijo que quiere”.
Proverbios 3, 12.

El mandato y gobierno de la ley mosaica fue abandonado en los hechos que precedieron y continuaron a la primera fundación de Buenos Aires. A Moisés se le había prometido una tierra donde reinaría Dios y la libertad de su espíritu: la tierra de Dios y de la Gracia por él concedida a todos los hombres. Sin embargo, los conquistadores, enfrentándose a esta nueva tierra que era América, se olvidaron de toda ley, pensando en habitarla a través de su presencia, confundiendo la libertad a través del amor al prójimo con el libertinaje. Ellos mismos fueron sus mayores enemigos. Los vacíos tripulantes de la navegación del olvido. La Tierra Prometida no estaba fundada en el desacato a la ley sino en la superación de esta misma ley a través del reconocimiento al mundo y del prójimo como entes sagrados, lo que permitía abandonar la esclavitud de las leyes gracias al don concedido por el amor que podía llegar a trascenderlas componiendo un mundo nuevo..

El conquistador, por tanto, se estaba esclavizando en vez de liberándose de sí mismo. Estaba construyendo un secreto y misterioso reino egipcio que lo sometería con otras armas que aquel del que pensaba huir. Y en su nuevo recorrido por disfrutar del sueño de la libertad anhelada estaba apuntando más a la maldición que vibraría

eternamente en los muros de Jericó que a la bendición que un día pudiera latir en las calles desprovistas de miedo, festivas y alegres de la antigua Jerusalén.

Olvidando todo designio bíblico volvía a fundar Buenos Aires desoyendo las palabras sagradas que el texto judío había legado como simientes sin las cuales únicamente se podían construir ciudades malditas. Y así como Josué, habiendo recogido el testigo de Moisés, no pudo entrar en la ciudad de Jericó más que cuando todo el pueblo que lo acompañaba tras la huida de Egipto se había circuncidado por segunda vez -permitiendo transfigurar la realidad bestial de la ciudad en vivencia espiritual-, el conquistador se había adherido a su nombre y a las palabras sin poder separarse de las mismas para finalmente esclavizarse a ellas. Y si Acán, desobedeciendo las palabras de Josué, había decidido reedificar de nuevo Jericó y por tanto aliarse a la maldición de volver a reabrir el círculo violento de muerte, guerras y sangre que se albergaban en ella, con la llegada de Juan de Garay en 1580 a los territorios donde para siempre quedará establecida Buenos Aires, la condenación de su nacimiento queda establecida para siempre. El sello de su Apocalipsis de odio y rabia queda cosido a sus murallas como un turbio ángel que esperase la llegada del último de los días de la humanidad para volver a caminar libremente y recibir de nuevo la paz ansiada y acaso eternamente perdida.

En efecto, el padre hispánico cuyo rostro ya no se observaba y era velado por la distancia pero cuya voz acudía a través de las diferentes normas que sus enviados obligan a imponer en la nueva tierra debía reconquistar los lugares que le pertenecían y sus súbditos habían de aprender a vivir incrementando su grandeza. Su imagen, propiciando una alegoría con la de Yahvé, enfrentaba a los nuevos habitantes que conformarán Buenos Aires a vivir aliados en una contradicción: los obligaba a vivir y consolidarse en el destierro a la vez que estar agradecidos a él por haberles permitido habitar aquella nueva tierra en la que Juan Garay realizaría funciones proféticas.

Habitar Buenos Aires, por tanto, suponía vivir en la contradicción infecunda de ser héroe y proscrito a la vez. Héroe anónimo, hijo de un abstruso deber que -alejado de la sombra del padre hispánico- reedificaba una ciudad que había de servir

a éste para cumplir sus deseos, y furtivo individuo -apartado de la sombra de cualquier Dios- bendecido únicamente por el abrazo de la noche, que levantaba una ciudad “maldita”, si tenemos en cuenta los hechos que habían precedido a su fundación. Significaba olvidar para siempre la promesa de la Tierra Prometida, habitar en el recuerdo inmarchitable de la lejana patria y habitar una nueva vida con el estigma de la expulsión, de Caín, como signo de destierro e imposible arraigo e identificación con la nueva vida.

De esta manera, la Buenos Aires de Garay cuyo eje, dirá Martínez Estrada, es apuntado por la estatua del capitán español, “con su gesto despótico, señalando con todo el brazo hasta el índice la tierra en que debemos residir (...) que nos prohíbe alejarnos (...) e indica dónde está el ancla”,¹ es más castigo recibido por haber querido levantar de nuevo Jericó que premio por haber conseguido finalmente adherir un nuevo territorio a la corona española. Es huella y reflejo a la vez de cómo el Reino Español ha desacralizado el mensaje de Cristo y, en el terreno que debía conducirlo a la Tierra Prometida, ha fundado una semilla de ciudades malditas lastradas por el peso esclavizante del oro. Buenos Aires como Jericó es donada al pueblo de Yahvé que, en última instancia, como el reino español encerrado en sí mismo y sus afanes leviatánicos de dominio, olvida convalidarse en la diferencia, en la convivencia y en la pluralidad y conforme intenta imponer su idea de cristiandad más se separa de la “exterioridad” de la vida para sembrar las semillas de su futura decadencia.

En efecto, la Buenos Aires nacida del proyecto imperial de Felipe II es una ciudad ajena a toda “hybris”, receptora de los destinos de Occidente, cuya necesidad de perdurar responde más a una necesidad estratégica y económica que a un deseo de trascendencia.

Exactamente, la Buenos Aires nacida del proyecto imperial de Felipe II es una ciudad ajena a toda “hybris”, receptora de los destinos de Occidente, cuya necesidad de perdurar responde más a una necesidad estratégica y económica que a un deseo de

¹ Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliat**. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. 1983, pág., 18.

trascendencia. Y como la estatua de Juan de Garay señala, para Martínez Estrada, la nueva ciudad se forja a partir de una cruel metonimia que refiere a la cosificación de los deseos del conquistador y los habitantes atrapados en su seno por su ambición. En ella están mostrados los deslices de la sinrazón. Toda una comunidad condenada por la fuerza de esa mano a buscar un oro que debía brotar sin el menor esfuerzo del contacto con la tierra. Condenada a perseguir la nada y ser perseguida por ésta para no conseguir fundar ontológicamente el ser jamás. Señala, por ejemplo, Juan José Saer –advirtiendo del absurdo tiránico a partir del que se erige esta fundación-: “El solipsismo administrativo de la Corona española le imponía a Buenos Aires el monopolio comercial desde 1594, a pesar de que, la mayor parte del tiempo, España no tenía nada que vender ni que comprar”.²

Pero los hijos del insaciable padre hambriento de gloria que era la España de Felipe II habían de aprender a vivir por sí mismos, habían de comenzar a caminar bajo la atenta mirada de un padre (Estado Español) que no admitía desobediencia y de una madre (la tierra de la patria original) que, vaciada de su presencia en su hogar, los reclamaba con voces lejanas que no podían escuchar. Vivir entonces con Calypso no había de ser un placer. Respondía ahora a una orden. Yahvé necesitaba una raza de expatriados para conferirles la esperanza de un lugar en el que poder asirse para que su voz fuera escuchada con más temor y cautela.

Por eso, el dedo con el que señala la tierra la estatua de Juan Garay es, según Martínez Estrada, una atadura, “imperativa, avasalladora, que nos tiene atados con cadenas invisibles”.³ Sienta, por tanto, las bases de un destierro más que los fastos de una promesa. Obliga a caminar. A errar. A fundarse en desconocida tierra. A urdir y levantar la torre de Babel por muchas veces que ésta pueda derribarse. Sugiere que nunca más se volverá a mirar a Penélope y que, por tanto, hay que buscar la inmortalidad que otorga Calypso en y a través del oro, que vivir con Calypso no será ya una elección o una circunstancia sino sueño imposible en el que se está obligado a creer, a vivir, si no se quiere morir de inanición, de hambre espiritual y nostalgia.

² Saer, Juan José. **El río sin orillas. Tratado imaginario.** op.cit, pág.,86.

³ Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliath.** op.cit, pág., 18.

Invalida, por tanto, una decisión y origina una situación lógica de esclavitud para quienes –heredando los poderes de Israel como pueblo elegido– habían de someterse a los dictados de su Dios, aunque este Dios pudiera estar equivocado.

Es, por tanto, el rito de fundación de una prisión. Un acto de denegación. De ceguera casi divina. El ritual de lamentos de un preso, un desterrado que acaso sin saberlo está construyendo la casa que será su futura prisión. Está fortificando una muralla en la que será encadenado, siendo anónimo constructor de un muro sin ventanas que no invoca ni fugacidad ni trascendencia y que que no mira hacia ninguna parte sino al recuerdo. A la libertad añorada que fuera antes esclavitud de normas.

No será extraño, por tanto, concebir que “los habitantes de Buenos Aires (vivan) sus primeras décadas mirando hacia el río como naufragos, esperando que de allí llegara la salvación”,⁴ y que aun y a pesar que Juan de Garay decida nombrar en esta ocasión a la ciudad como Santísima Trinidad, reservando para el puerto el nombre de la Virgen María de Buenos Aires, al fin, sólo prospere el segundo y antiguo nombre: el recuerdo de la patria ahora idealizada y pura que se deja, de la madre nunca jamás prostituida y que pudo resistir a toda influencia ajena (extranjera), es más real y fecundo que la nueva tierra, mujer proscrita a la que se llega y se desprecia por su condición de impostora.

Por ello, la segunda fundación de Buenos Aires, como la de tantas ciudades americanas, es más un exorcismo de las mismas que un bautizo.⁵ Una repetición de un nombre. Más una falsificación de una estructura ya hecha, ya recibida, ya concedida, que una natividad verdadera. Más un injerto que una concavidad natural. Un gesto de postración. Tal un herrumbroso altar bendecido a las hazañas de Hagen y

⁴ Luna, Félix. **Buenos Aires y el país**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Primera edición pocket. Marzo de 2000, pág., 13.

⁵ Así lo entiende también, Germán Arciniegas: “la ciudad hoy es y mañana no lo es; la funda un conquistador levantando unos bohíos de paja y bahareque, y la destruyen los indios de una rociada de flechas. Un día tiene el cuerpo y entidad de veinte casuchas y al siguiente es mantel de cenizas. El fuego y el viento lo acaban todo en un abrir y cerrar de ojos. Los

que preludiase la muerte de Sigfrido. El abandono por parte de unos padres inclementes de un niño que estuviera condenado a gritar sin saber si alguien pudiera escucharlo.

Exactamente, el segundo fundador de Buenos Aires no va a tener una muerte más afortunada que el primero. Como si la expropiación de la tierra, el robo cometido a la poesía mítica, ontológica, del ser americano, no tuviese más remedio que cobrarse un castigo. Otro más. Cercenar a la víctima propiciatoria del sacrilegio. En medida de una justicia poética. De un maleficio que persigue a cualquier profanador del templo natural entregado a los hombres para su consagración. Pues justa y paradójicamente, Juan de Garay morirá cerca de las ruinas del fuerte donde se asentara Gaboto, conocido exactamente con el nombre de *Sancti Espiritu*, a manos de los indígenas.

Efectivamente, la muerte de aquel hombre, atado a su vez a los dictados del padre hispánico, que trajera en un simbolismo hueco, vacío, retórico, aperos de labranza y semillas para fundar la nueva colonia, se producirá justo cuando se decida a seguir el impulso real que lo sostenía en América, su ansiado deseo: el encuentro de la mítica Ciudad de los Césares. El exacto lugar en el que el cristiano y el pagano no tenían dudas en establecer el culto a su verdadero Dios.

De hecho, es el camino que llevaba a los minerales preciosos de Potosí, que conduce al espejismo de la ciudad bañada en oro del Inca, lo que va originando la formación de ciudades, pueblos, (más bien fuertes, campamentos),⁶ instituidas con los mismos componentes que Buenos Aires.

dramas a que dan lugar el hambre, la codicia y los celos ocurren en este escenario infeliz”, en Arciniegas, Germán. **Páginas Escogidas (1932-1973)**. op.cit, pág., 47.

⁶ Como comprendiera Martínez Estrada: “Vino a poblarnos un pueblo de llanura, andariego; de caballeros, de peregrinos, de mendigos; venían solos y de paso. En ningún lugar dejaron huellas de su voluntad de quedarse. La estructura que dieron a las instituciones, a la población, a la orientación de la vida es lineal y superficial, amplia y transitoria. Habría que levantarlas y hacerlas de nuevo”, “al establecer un fortín, al acampar, no tenían en cuenta que ese punto quedara como eslabón de una cadena, para servir de nudo a una red, (...) todo ello era una construcción casual, en que no habían colaborado los accidentes geográficos ni la fertilidad del suelo. (...) Según estos lugares fueran luego más o menos aptos para la ganadería y la agricultura, formaría sectores de relativa prosperidad, pero aislados. (...)”

Todas ellas, fundadas con anterioridad o posterioridad a la ciudad porteña, (Santiago del Estero, 1553; Mendoza 1559; Tucumán 1565; Córdoba 1573; Salta 1582; La Rioja 1591; Jujuy 1593), emplazan su ubicación en el “topos” americano como proyecciones fantasmagóricas del ánimo castellana: “El alma de todas ellas es idéntica; España permanece dentro, como enseres que abandonan en la mudanza. (...) Les falta su alma y su expresión auténtica”,⁷ dirá Eduardo Mallea. Y ahondando en la provisionalidad de las mismas, señalará Germán Arciniegas: “A veces la ciudad es algo accesorio del hombre como la camisa. Él carga con ella para donde le da la gana”.⁸

Es así, como un hijo bastardo, fruto del deseo lascivo del padre, como nacen las ciudades de la futura Argentina. Como proyección real degradante que corroe esa hipotética y utópica América que concibiese Felipe II. Nacidas únicamente para serles extraído todo rédito. Hijas del abandono y la codicia a partes iguales. Demonios sin rostro ni nombre arrojados a un purgatorio en el que ni siquiera se les va a permitir maniobrar, obligadas a cumplir con sus obligaciones económicas para con el padre hispánico, sacrificio necesario para honrar el nombre del Dios que las conforma, las nombra, por el que existen y en nombre del que son levantadas en tierra ajena. Lo que explica su ausencia de alma, el fondo prohibido que las recorre y destierra al ser en sus costas, su conciencia culpable, agujero de todo pecado, según Mallea: “lo que hacemos, aun siendo fuerte y tal vez equiparable a lo mejor que se hace en el mundo en cuanto a la apariencia, revela el pecado original de haber sido hecho sin el empeño total del ser, y así se reviste de una debilidad que a la postre lo disminuye”.⁹

Verdaderos oasis de ubicación caprichosa”, “Las ciudades nacieron de los fuertes y los pueblos de los fortines” en Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, págs 66 y 67.

⁷ Mallea, Eduardo. **Historia de una pasión argentina**. Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. febrero de 2001, pág., 117.

⁸ Arciniegas, Germán. **Páginas Escogidas (1932-1973)**. op.cit, pág., 48

⁹ Mallea, Eduardo. **La vida blanca**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1983, pág., 159.

De esta manera, el padre hispánico, suerte de celoso Yalbadaoth empeñado en imponer su única voz a lo existente y arrojado a una cruzada que le lleva a enfrentar toda clase de guerras con los restantes países europeos, irá promoviendo toda una serie de organismos como audiencias, cabildos, etc, a través de los cuales se irá asegurando el vasallaje de sus hijos, manteniéndolos mediante distintos edictos y sentencias, apresados, agarrados como una bestia monstruosa que succionase su alimento para no permitirles crecer.

Señalará Ricardo Rojas en su **Eurindia**: “Las escrituras, los papas, los concilios, los consejos, las leyes, los doctores de Europa, establecían los fundamentos de toda verdad. Ellos acomodaban a su fe o a su rey nuestra concepción de Dios y de las cosas, del hombre y de las sociedades. El gobierno de los pueblos y la conducta de los individuos, caían como las letras y el arte, bajo la férula de ese despotismo venido de afuera. Lo que se apartaba de ese dogma era considerado herejía o desacato bajo severas penas. (...)La concepción del universo reducíase a una simple arquitectura verbal, en que la realidad del mundo y la libertad de la vida se desvanecían como fantasmas. La Iglesia y la Monarquía velaban, como dos arcángeles de espada flamígera, a la puerta de estos paraísos americanos, vedados para el hombre libre”.¹⁰

Para sobrevivir al asfixiante cerco con el que los profetas de la religión única apresan a sus hijos con el puñal de la ley a la que deben honrar y al violento Dios que les obliga a fundarse bajo la delicuescente maldición de Jericó para que éste pueda abrazar los fastos de la Tierra Prometida del oro, la mayoría de las ciudades de la futura Argentina deberán buscar la manera de subsistir desacomodando la ley, huyendo de ella, forjando una serie de costumbres que aún engrandecerán más su vocación cainita.

¹⁰ Rojas, Ricardo. **Eurindia**. Editorial Losada. S.A. Buenos Aires. 1951, págs., 118 y 11

Así, por ejemplo, Buenos Aires sostendrá su empuje gracias al contrabando (etimológicamente: “contra la ley”) y a las vaquerías¹¹ en las cuales la dilapidación de carne, las animalescas y grotescas escenas van a ser norma a través de la que sus expatriados habitantes, sometidos a su degradante situación, sigan configurando un culto sangriento como manera de supervivencia, de resistencia al hambre que asolará la ciudad durante décadas. Irán configurando un culto pagano como maneras de imponerse a la sacralidad opresiva que, lejos de liberar, esclaviza y destierra como tributo por disfrutar de los beneficios consecuentes a ser partícipe de su religión.

Un culto que se justificará siempre a través de la necesidad de supervivencia y el comportamiento dictatorial y airado del padre hispano y que llevará poco a poco a las colonias españolas en América a negar con fortaleza las actitudes del reino español para con ellas, clamando en su soledad que nadie escucha para decirles al Dios judeo-cristiano que abusivamente las expolia y las condena que si no hay buen señor tampoco habrá buen vasallo. Que frente al reino del espíritu irá entronizando el voraz reino de la materia pues sin ésta, sin los recursos materiales de la carne, nunca hubieran podido establecer el contrabando del que se extraían las mercancías necesarias para sobrevivir.

Será entonces la carne el fetiche simbólico y el objeto ritual que fortalezca los vasos sangrantes de la nación argentina. El objeto a través del que, tras su depredación, los ángeles caídos y animalizados puedan seguir subsistiendo en el destierro, abalanzándose sobre los indios en la iniciática y carnívora sangría que se hará de ellos y a través del cual puedan obtener el alimento necesario para abalanzarse sobre el monstruoso Saturno (país y padre hispánico) que aspira a

¹¹ Como señala Félix Luna: “Las primeras fortunas porteñas no son fruto del trabajo ni del ahorro, sino del delito. Especialmente el contrabando con Gran Bretaña”. El mismo autor nos refiere una apreciación muy válida para valorar en qué consistían las vaquerías: “Dilapidación: esto eran las vaquerías. Una depredación irracional de recursos que a fines del siglo XVIII había aparejado una alarmante disminución del ganado vacuno”, en Luna, Félix. **Buenos Aires y el país**. op.cit, pág., 17.

devorarlos y no dejarlos crecer jamás, siempre celoso y temeroso de aquello que pueda escapar a su ojo totalitario.¹²

La raza de hombres que siembran las ciudades que van construyendo la Argentina, por tanto, deberán conformarse en torno a dos tentaciones disímiles. La rabia hacia ese padre desleal a sus deberes para con sus hijos y el recuerdo amoroso que la lejanía de la madre patria les suscita en el territorio extranjero en el que se instituyen, impotentes y frustrados para formular con rasgos propios las nuevas edificaciones: “De ahí que los argentinos verdaderos sean en nuestras ciudades seres de alma nostálgica. Porque no tienen para su alma residencia, porque sus almas van de recinto en recinto buscando tierra original sin hallar más que las apariencias”,¹³ señalará Eduardo Mallea.

Las ciudades se mostrarán erráticas, árboles sin sombra en un páramo de desoladas fortalezas, solitarios castillos desprendidos de toda fe, espejo futuro de las características de la patria argentina y reflejos de aquel conquistador que, según Carlos Alberto Erro: “sobre una tierra hospitalaria de la esperanza” edificase “la confesión de su descreimiento”, “no” hiciese “una sola tentativa de construcción en un medio abierto a todas las tentativas”, y “se entristeciese en la añoranza creciente del pasado”, traicionando “la fe que lo reclamaba”.¹⁴

¹² “La pobreza de España se originó en el descubrimiento de América”, se dirá en la **Restauración política** de Sancho Moncada, especie de apotegma simbólico de la España de Felipe III, en cuyo discurso se sigue alentando todo tipo de rencores y odio hacia lo extranjero (se llega a pedir la pena de muerte para los gitanos), que hilvana la figura de un estado dormido en su propio cielo. Fatigado en una suerte de escisión bipolar que, al tiempo que alienta a sus hijos a arraigarse en otra tierra para disfrutar de los alimentos que éstos le concedan en el sacrificio de su destierro, a la vez le lleva a despreciarlos por el continuo desangre que de las arcas del tesoro debe hacer para que los réditos de la tierra americana no se pierdan bajo la sombra del cabotaje pirata inglés o los peligrosos navíos portugueses.

Estado que cuando intente despertar de su letargo anticipando la caída profunda en el túnel del fracaso gracias a la acción de los espíritus de sus reformadores, (Campomanes, Jovellanos, el reinado de Carlos III), no pueda evitar desvanecerse en una muerte pausada y lenta, largo y terrible suicidio, encadenado a su destino de Judas encanecido por haber traicionado como éste el lenguaje de amor de Jesucristo por el sabor de los doblones de oro de América. Kossok, Manfred. **El virreinato del Río de la Plata**. Editorial La Pléyade. Buenos Aires. 1972, pág., 37

¹³ Mallea, Eduardo. **La vida blanca**. op.cit, pág., 125.

¹⁴ Erro, Carlos Alberto. **Medida del criollismo**. op.cit., pág., 17.

Nacerán y se desarrollarán bajo el matiz tembloroso del miedo.¹⁵ Miedo al padre que desde las distancia las mira y vigila para que traigan el oro a las compuertas de su casa natal. Miedo a cualquier vibración y sonidos que procedan de la naturaleza, probable indicio de la llegada de la tribu indígena, la amenaza torrencial de la barbarie: “La ciudad era un reducto fuera del cual estaba el mundo salvaje, la vasta región de los bárbaros. (...) El que ya tiene algo que perder se guarece en las ciudades, (...) sin peligros indígenas, sin la muerte violenta y el despojo a boca jarro”¹⁶ referirá Martínez Estrada.

En este terror que invade a las ciudades y se guarece dentro de sus plazas, en el soplo violento del viento que late en su exterior ya se está esbozando la simiente perdida del Facundo Quiroga, descrito por Sarmiento, conociendo los recelos ocultos en la psique profunda de la ciudadanía argentina. Se está incubando, asimismo, el rencoroso encierro de Juan Pablo Castel en su propio habitáculo, temeroso y, a la vez, colérico de la presencia de los “otros” yoes amenazantes y vanidosos en los que refleja su propio perfil.

Porque, a su vez, en el terreno desolado que las distancia de las otras adúlteras hermanas de sangre que son el resto de las ciudades, crece y se alimenta el rencor, la envidia entre las mismas que es el más estéril signo que pone de manifiesto su desesperación. Pues acaso los sedientos hermanos que componen los otros fuertes sí hayan llegado a disfrutar de la meta de oro ansiado¹⁷ o, en caso contrario, si se ven

¹⁵ Miedo primigenio en el que insistirá Rodolfo Kusch para focalizar las raíces de la neurosis, del complejo de culpa o pecado original de Argentina: “Detrás de nuestra apariencia encubrimos el siniestro planteo de un miedo primario. (...) Está en el plano del afán neurótico de estar haciendo un país y fingirnos ciudadanos, cuando en verdad tenemos conciencia de la falsedad de este quehacer y de nuestra profunda inmadurez”, en Kusch, Rodolfo. **América profunda** en **Obras Completas. Tomo II**. Editorial Fundación Ross. Rosarios. 2000, pág., 192.

¹⁶ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, págs., 287,88 y 89.

¹⁷ En una lúcida entrevista, Ernesto Sábato nos ofrece una enjundiosa explicación, basada toda ella en palabras de Menéndez Pidal, del carácter y origen de esta envidia recelosa que ahondará aún más en la manifiesta incapacidad de edificar una sociedad argentina integrada en un conjunto armonioso de fuerzas pares, que convalidará la soledad de los individuos que la componen y su tendencia a la disgregación: “Esta tendencia (...) que se da mucho en la raza italiana, raza realista y escéptica, se conjuga con una vieja tendencia española hacia cierta incapacidad para la obra comunal. No lo digo yo, lo dice un español ciento por ciento como es Menéndez

necesitados como Baistos, sin temor a ser castigados por la vara de la ley, no duden en asaltar como rumiantes animales a sus heréticos familiares hasta digerir la carne de los mismos.

Las ciudades protagonizan una sorda lucha y sin esperanza para ser albergadas por algún destino, por alguna clase de favoritismo que les permita ser auspiciadas por el padre hispánico, que les refiera algún gesto de afecto que nunca llegará y que les permita concebir que su existencia está amparada en el abrazo de la divinidad y no son mera escarcha, semillas arrojadas al viento de la vida cuyo destino es volátil, ajeno a toda trascendencia.

De esta manera, se forjará una visión de las mismas que las mostrará más como separados reinos medievales siempre prestos a rivalizar que como consortes y agrupaciones con vocación colectiva que se sientan formando parte de un proyecto común: “cada ciudad constituía, (...) una unidad semicerrada, apenas abierta hacia sus vecinas, y este espíritu de vecindad estaba contrabalanceado por rivalides

Pidal: “La invidencia”, escribió, “vicio eminentemente hispano, entorpeció tenaz la obra del Cid, sin tener en cuenta al daño colectivo que en la guerra antiislámica se seguía al destierro del guerrero superior; defecto típicamente español, acusado bajo forma idéntica en el siglo XV por el autor de la Crónica de don Alvaro de Luna y por don Pedro Vélez de Guevara, que ven cómo la guerra de Granada se entorpece y paraliza por la “invidia” que enemista a los unos con los otros, que debieran llevar la Reconquista adelante. Los reyes de Aragón y los condes de Barcelona fueron por mucho tiempo encarnizados rivales del Campeador; Castilla, la Castilla oficial, ciega para las dotes prodigiosas de su héroe, lo desterró, lo estorbó cuanto pudo, le quiso anular toda su obra bélica y política: “Ésta es Castilla, que face los omes e los gasta”.

Más adelante, Menéndez Pidal insiste: “una desorganización semejante se produce más a menudo en España que en otros países, por abundar en los pueblos peninsulares la escasa comprensión de la solidaridad, con la envidia del que se siente inferior y la tumefacción del que se cree superior. Ya Estrabón caracterizaba a los iberos como orgullosos, torpes para la confederación, más insociables que los mismos helenos... En este caso la envidia, como disolvente social, obró poderosísima. Envidiaron al Cid muchos de sus iguales, hasta sus parientes; lo envidiaron los mayores de la Corte y hasta el mismo Emperador. Con resentido despecho lo rechazaron de sí, aun a costa del propio daño, patentizado en graves derrotas. Claro es que la palabra envidia, tan repetida por el historiador latino, incluye toda incomprensión de valores: “castellani invidentes”. Cualquiera que no tiene discernimiento o abnegación para abrir paso al mejor por delante del bueno o del mediocre, es un invidente que ve con malos ojos, un envidioso que estorba la irradiación de energía”, en *Defectos y virtudes de los argentinos*, dentro de *Medio siglo con Sábado. Entrevistas*. Prólogo, recopilación y notas de Julia Constenla. Ediciones B Argentina S.A. 2000, págs., 146 y 147.

lugareñas. Cada ciudad tenía plena conciencia de su necesidad de sobrevivir”,¹⁸ nos señalan Floria y Belsunce en su **Historia de los argentinos**.

Unidas en su vocación codiciosa y su rabia a lo americano, signo de su destierro, únicamente se ayudarán la una a la otra cuando se trate de eliminar a la amenaza indígena a través de la que intentarán huir de su conciencia de culpabilidad cainita.

Exactamente, gracias a la matanza progresiva de indios y el uso de los mismos y de la raza negra para el cultivo de las haciendas, los individuos expatriados que asolaban la actual Argentina irán tomando propiedad de las tierras, e irán forjando una ilusión cada vez más acuciante: enraizarse en el destierro, ser los dueños de sus propias vidas, ser Abel observando cómo el nuevo expulsado y maldito en su propia tierra, el aborígen, es quien pena ahora por su condición de desterrados.¹⁹ Irán, por tanto, adhiriéndose y encadenándose a una tierra cuya riqueza al no venir

¹⁸ Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, César A. **Historia de los argentinos. I.** cit., pág., 131.

¹⁹ No es vano, recordar, como hecho crucial, punto de inflexión simbólica de esta conquista, los sucesos acaecidos a no más de 200 kilómetros de la actual ciudad de Tucumán. El suicidio masivo de los indios de Quilmes. Aquellos indios que, lejos de dejarse apoderar por el enemigo externo que jamás pensó en respetar sus derechos, en el diálogo o en el mutuo conocimiento, únicamente pensó en su exterminio, decidieron realizar el rito más difícil pero más heroico para un pueblo, que es el del suicidio colectivo. Por el que, acaso, demostraban que estas tierras podían pasar a formar parte del legado colonial español, a fundirse en los papiros de sus escrituras, pero jamás podría exterminarse su espíritu, su alma que, como una maldición iría tomando cuerpo, de una u otra manera, como el fantasmal espectro del padre de Hamlet, sobre aquellos que se atrevieron a usurpar a los verdaderos reyes legítimos de aquellas tierras. Señalará Martínez Estrada: “El elemento aborígen era muy poderoso en Hispanoamérica (estaba arraigado); y no pudiendo prevalecer físicamente sobre el invasor, lo contaminó infiltrándole su espíritu. Se dio la ley casi sin excepción, expuesta en verso por Horacio, de que el pueblo que vence por las armas es vencido por el espíritu. (...) La herencia del indio desaparecido (...) representaba una deuda sin pagar”.¹⁹ Martínez Estrada, Ezequiel. **Sarmiento. Meditaciones sarmientinas. Las invariantes históricas en el Facundo.** Beatriz Viterbo Editora. Rosario. Argentina. Noviembre 2001, pág., 87. Nos expresará, abundando en esta idea, Germán Arciniegas en una hermosa sentencia: “La inteligencia del hombre difícilmente podrá inventar una explicación más satisfactoria para ciertos fenómenos humanos, como la de dividir al individuo en cuerpo y alma. Los indios supieron de esto tanto como nosotros. Cuando la voracidad europea torturaba al último de los zaques para arrancarle el secreto de dónde se hallaban escondidos sus tesoros, el zaque dijo estas palabras cuya elocuencia todavía penetra las entrañas de nuestro tiempo: “Podéis hacer de mi cuerpo lo que queráis, pero en mi voluntad nadie manda”. Ahí están los indios labrando las tierras ajenas, pagando los tributos, cargando como bestias, en una entrega del cuerpo total que les hace escépticos en el más desolado sentido filosófico. Pero ¿quién ha metido entre su puño el alma de los indios? ¿Quién ha conquistado ese reducto inasible de su vida recóndita?, en Arciniegas, Germán. **Páginas Escogidas (1932-1973)**, op.cit., pág., 28.

conforme a un orden natural de las cosas (ou kata cosmos), como nos advirtieran Hesiodo o Solón, atrae irremediablemente al infortunio (ate). Y al mismo tiempo, concebirán -partiendo de la insatisfacción que procede de disfrutar una tierra que no es propia- la posibilidad de devolver el golpe certero al padre hispánico, despreocupado y ajeno de la realidad americana, únicamente centrado en martillar sobre sus oídos la necesidad que tienen de devolverle el rédito económico por disfrutar unas tierras que, en realidad, le pertenecen a él.

Así, una de las acciones más alabadas y sobre la que se levantó toda una polémica que todavía hoy sigue brillando como la de la implantación jesuita en la tierra americana debía finalmente finalizar en fracaso, tal vez por la impostura misma de esta erradicación en tierra ajena, como supiera ver, entre otros Leopoldo Lugones: “los jesuitas realizaron con sus reducciones una teocracia perfecta. Siendo ésta el ideal político de la monarquía española (...) Aquel socialismo de Estado, más despótico que un imperio oriental, permitía la igualdad, pero la igualdad de la miseria, como que todo existía por la providencia del Padre director”.²⁰

Imponer a la “otredad” el rostro de Cristo, disponiéndose bajo los auspicios de un humanismo nacido en aquel Estado monovalente que desterraba, esclavizaba y exterminaba a los indígenas en su propia tierra no dejaba de parecer sino un farisaico lavado de conciencia que, en el fondo, convalidaba los mecanismos que la máquina de guerra occidental había implantado en América, como advertiría Blaise Pascal en sus **Cartas provinciales**. El bautizo de los indios debía persistir como gesto vacuo por aquellos hombres que no habían ubicado a la vez, un nuevo nombre en sus frentes al entrar en América, incapaces de borrar el gesto de dolor y castración, por tanto, que no permitía a su cultura fundar un nuevo destino a las distintas bifurcaciones del espíritu.²¹

²⁰ Lugones, Leopoldo. **El Imperio Jesuítico**. Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., Buenos Aires, 1985, págs., 228 y 231.

²¹ Sin embargo, Sábato en su famoso artículo *Ni leyenda negra ni leyenda blanca* sí que apuntará una vía absolutamente contraria a la manifestada por los partidarios de la leyenda negra –por otra parte, como él se encargara de destacar la mayoría de ellos procedentes de otros países que no tuvieron comportamiento mejor con los indígenas o habitantes de las tierras que colonizaron-: “Es una injusticia histórica olvidar a los hombres que lucharon por los indígenas y por la

El advenimiento del Virreinato del Río de la Plata a finales del siglo XVIII será la constatación de este fracaso a partir del reconocimiento que se hace de Buenos Aires como capital del mismo.

Instituir a Buenos Aires como capital significará reconocer ya definitivamente el fracaso del proyecto de renovación espiritual de América y enfrentar la auténtica dependencia que se tiene de la zona portuaria para el desarrollo económico del país, partido ahora en dos mitades aparentemente irreconciliables que se mirarán con recelo y desconfianza desde la necesidad que ambas partes tendrán la una de la otra para encontrar una identidad siempre cuestionada.

El país irá tejiendo desde Buenos Aires al interior una tela proscrita, labrada por el vicio y el miedo, que comenzará a fortificar una dicotomía que será esencial para comprender los motivos que darán lugar a la Argentina moderna.²²

conservación de sus valores individuales como fray Bernardino de sahún, de la escuela de Salamanca, con su “derecho de gentes”, y el nobilísimo dominico Bartolomé de las Casas, que defendió encarnizadamente a los indios y que, lejos de propiciar la trata de negros, como afirma una de las tantas falsedades de la Leyenda, luchó por ellos en nombre de una religión que considera sagrada la condición humana”, en *Ni leyenda negra ni leyenda blanca* dentro de Sábato, Ernesto. **Ensayos. Obra Completa**. Ed. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral. Buenos Aires. Tercera edición: febrero de 1998, pág. 746. Ahondando más específicamente en la cuestión jesuita, nos dirá Felix Luna: “Creo que debemos rendir un homenaje a la intención de estos sacerdotes que fueron heroicos. Lograron una identificación tan grande con los guaraníes que hasta adoptaron su idioma en sustitución del español, los rescataron de su destino trashumante, los urbanizaron, les enseñaron oficios, unificaron su lengua y llegaron a convertirlos en autores de una gran cantidad de expresiones de tipo cultural que siguen teniendo importancia, que siguen siendo bellas y útiles. A veces he pensado que parecería que hacia mediados del siglo XVII los jesuitas se hubieran dicho: “En Europa ya no tenemos más nada que hacer; esta civilización está corrompida por el lucro, la codicia, la crueldad. Busquemos un lugar donde ensayar una civilización totalmente distinta, donde no exista el espíritu de lucro, donde la gente trabaje solidariamente, donde nadie tenga dinero porque no lo necesita, donde se viva como hermanos”, en Luna, Félix. **Breve historia de los argentinos**. op.cit, pág., 38.

²² Dicotomía que, partiendo de la diferencia entre una ciudad exportadora e importadora de materias primas como Buenos Aires y el resto de regiones del país como productores de bienes de consumo interno, queda bien definida y establecida, en Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, César A. **Historia de los argentinos I**. op.cit, págs 202 y 203: “Buenos Aires, ciudad puerto, punto de recepción y paso, dominio de los comerciantes, era una ciudad abierta a las innovaciones, a los cambios (...) el prestigio derivaba del potencial económico en una medida desconocida en otras partes de la América española. (...) Los propios comerciantes eran poseedores de una parte del poder político a través del gobierno municipal. Así, Buenos Aires presentaba ante las ciudades del interior la fisonomía de una ciudad cosmopolita, menos sensible a los prestigios de la tradición. (...) Por el contrario, las ciudades mediterráneas con

El hombre encerrado en las estepas tucumanas, en la árida Jujuy o el silencio asesino de la Pampa, siempre atento al asesinato del indio y proclive a continuar la tradición hispánica, postergando un arraigado feudalismo, se especializará en la acumulación de más y más piezas de ganado y tierras que acrecienten su hacienda, riendo codiciosamente sin nadie que lo escuche de ese omnipotente reinado de Yahvé al que sin saberlo sirve, abrazado a la misma profesión que a Abel le deparó ser elegido por éste como su favorito frente al díscolo Caín.

Y Buenos Aires fortalecerá aún más su mitología cainita, su leyenda de sangre y oro forjada a través del robo, engrandeciéndose gracias al comercio. Al olor de los nuevos negocios y dineros que su capitalidad permitirá, atrayendo una gama de distintos comerciantes, negociantes y desheredados, ampliar sus raíces malévolas aumentando su leyenda de ciudad maldita, la Babilonia americana. Irá conformando lentamente una raza de hombres airados y entregados a los objetos comerciales, esa “minoría “divina” que creó una civilización”²³ en la Argentina, según Rodolfo Kusch, que, conforme vaya creciendo, sentirá la necesidad de desbrozar los hilos que la unen con el interior y con el padre hispánico: “Comerciantes y sus dependientes, burócratas, hacendados, clerecía menor, constituyen una ancha franja de la población urbana y le imprimen carácter a la ciudad portuaria. (...) La clase media será el vehículo natural de un cambio como el que apareja el movimiento de Mayo (...) fue el medio lógico de aceleración del proceso revolucionario”,²⁴ nos sugiere Félix Luna.

Levantada como una ciudad de marfil en medio de un desierto, será el lugar donde el ganado del interior y sus extensas tierras sean libradas al valor del comercio y donde el oro contenga una fórmula divina que permita la salvación en esta vida sin necesidad de religión alguna. Forjará una leyenda de hereje manzana y fruto

menor aporte de nuevas oleadas de españoles europeos, donde la condición de encomendero y luego de terrateniente constituían el primer título de la escala social, donde el relativo aislamiento en que se desarrollaban hacían más valiosas las tradiciones, más reservada la gente, más celosos de sus posiciones a los poseedores del prestigio social (...) eran vistas desde Buenos Aires como núcleos cerrados, vanidosos de sus anteriores glorias, tradicionalistas”.

²³ Kusch, Rodolfo. **América Profunda. Obras Completas. Tomo I.** Editorial Fundación Ross. Rosario. 2000, pág.,176.

²⁴ Luna, Félix. **Buenos Aires y el país.** op.cit, pág., 48.

prohibido en cuya sombra se permitirá acunar la posible rebelión contra el padre hispánico y donde el sueño definitivo de la emancipación del lacerante yugo económico que la ciudad “venía incubando sordamente”,²⁵ utilizando las palabras de Martínez Estrada, se haga real.

Será la ciudad, reflejo de esa Europa a la que se teme y añora a la vez, a la que vayan llegando todos los occidentales atormentados por el celoso yugo con el que sus estados, corrompidos por la vanidad de imponer sus dictados, se han ido enfrentando a guerras que los han debilitado. Tabla de salvación de cientos españoles que contemplando el naufragio de su reino acudirán a sus costas, enfrentándose a la posibilidad de construir un nuevo reino de lo único en la lejana Sudamérica.

La ciudad será prostituta tentadora sobre la que nadie podrá arrojar la primera piedra, pues no sólo será reflejo de aquellos que la habiten sino del padre que las mire intentando ocultamente gozar de ellas a través del comercio. Por tanto, será cómplice pero a la vez testigo sin cargos de los hechos que suceden en ella, capa protectora a través de la que los hijos de Caín sueñan con abolir la todopoderosa mirada del padre hispano, el enorme y voraz Saturno que no permite un solo descuido, forzando la ley al antojo de su exagerado poder. Edificará un oasis de cemento que ilusione a los errantes verdugos y víctimas de su propio celo, con un reino donde la visión de sus correspondientes pecados sea perdonado sin necesidad de redimirse. Donde el errante judío pueda beber abrazado a una ramera el néctar del vino mientras Judas acrecienta la bolsa donde guarda sus denarios con el tráfico del cuero, de cualquier materia que pueda revender a un excesivo precio a las demás ciudades del país o al padre hispano al que únicamente ya se piensa en abolir: “En Buenos Aires podemos ser de todo: inteligentes o estúpidos, burgueses afanosos o bohemios, ricos o pobres, creyentes o ateos, dulces o ásperos, (...) Evidentemente somos libres”,²⁶ dirá de la misma Rodolfo Kusch refrendando su vocación proteica y multiforme, volcada sobre la voluptuosidad de sus formas y habitantes.

²⁵ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, pág., 40.

²⁶ Kusch, Rodolfo. **Indios, porteños y Dioses en Obras Completas. Tomo I**. Editorial Fundación Ross. Rosario. 2000, pág., 298.

Buenos Aires, en definitiva, se formará como hija proscrita y sin aliento espiritual, llama desacralizada que revele el verdadero rostro tiránico del padre hispánico, sus deseos más escondidos y el inconfesado mal que latía detrás de toda su concepción monovalente y absolutista imperial: “Buenos Aires no es una ciudad cristiana. (...) Por una ley inevitable, la energía religiosa liberada se ha ido por canales naturales. Buenos Aires (...) es pagana”,²⁷ observará con agudeza Waldo Frank a principios de siglo XX.

Dormida por el mar y sumiendo en la tentación del olvido de sus raíces a todos los que se dormían en su sombra, la ciudad iba forjando una cosmogonía pagana que disfrazaba la culpabilidad de la ocupación hispana en una tierra ajena, pero que al mismo tiempo vinculaba a sus habitantes con una tradición imborrable que, procedente de España, les mostraba el camino que debían seguir para establecer un dominio perecedero sobre una tierra de incalculables potencias y posibilidades.

Potencialidades que van a comenzar a desarrollar en el mismo momento en que el padre muestra su mayor debilidad y es herido de muerte en su conciencia omnipotente, al sufrir la mayor humillación que aquel Estado, auspiciado en el monovalente sueño único que había querido implanta, pudiera imaginar.

Efectivamente, a principios del siglo XIX, mientras Buenos Aires consigue expulsar de sus costas una invasión extranjera, la británica, y los sentimientos de cohesión nacional comienzan a extenderse y ser cada vez más amplios, aquel Imperio Hispánico, regentador de una idea absoluta de sí mismo, necesitado de establecer la hegemonía de sus ideas y que había consolidado su poder a partir de la expulsión de los moriscos y judíos de sus tierras, se veía invadido y gobernado por un foráneo, José de Bonaparte, mostrando signos de debilidad y decadencia que ya no podían ser aceptados por sus hijos y continuadores.

²⁷ Frank, Waldo. **América Hispana. Un retrato y una perspectiva**. Traducción de León Felipe. Editorial Losada. Buenos Aires. 1950, págs., 116 y 117.

La presencia francesa en España mostraba ineludiblemente que el padre hispánico estaba herido de muerte en su autoestima y que su abatimiento sería únicamente cuestión de años. En el momento en que muchos ciudadanos españoles comienzan a salir ilegalmente de su país y se dirijan a Buenos Aires en busca de una seguridad que ya no les ofrece su país, se comprenderá que el hambre que alumbró a la ciudad durante años comenzará a vislumbrar su extinción. Se observará que el momento de independizarse del padre y forjar o continuar el sueño único que él no había conseguido trazar ni llevar a cabo hasta sus últimas consecuencias, había llegado. Todo el país podía pertenecer al fin a los que lo habitaban. Si el celoso Yaldabaot había sido atacado y vencido en el territorio que con tanto celo guardase, su absoluto poder quedaba desacreditado, su impotencia era un hecho manifiesto y, por tanto, había que matarlo. No se puede estar sujeto a un Dios débil y tiránico a la vez. La decadencia de su mandato era la oportunidad requerida para que sus hijos pudieran, al fin, emanciparse y vengarse por años de tiranía y destierro injustificados. Al fin Caín podía devolver el golpe más deseado a su padre.

Pero de entre los cánticos revolucionarios, heredados de las nuevas ideas de libertad que latían en Europa a partir de la Revolución Francesa, más allá de los triunfales gritos que recorren medio mundo obligado a pensar ahora la nacionalidad como fruto del espíritu de los pueblos aliado a su razón y del resentimiento de Caín, un silencioso llanto parecía elevarse. Los cimientos y raíces de la América aborígen iban quedando marginados y olvidados en la feroz lucha que los nuevos sacerdotes de Yahvé establecían entre sí por el poder de la tierra.

Jericó siempre fue la ciudad que se negó a mirar atrás y rescatar las víctimas a través de las que había construido su legendaria fortaleza. Hija de una matanza racial en honor de Yahvé y reedificada de nuevo por aquellos que la hundieron, sus raíces estaban fundadas en el odio. Comiéndose la inocencia de los niños con una de sus órdenes, Herodes había sido uno de sus gobernantes. En todo el país argentino se percibía ahora con claridad que las luchas por el control y el dominio de las tierras debían de comenzar.

I.5. LA MUERTE DE LOS PADRES VIVIENTES.

“Dos pueblos hay en tu vientre, dos naciones que, a salir de tus entrañas, se dividirán. La una oprimirá a la otra; el mayor servirá al pequeño”.

Génesis 25, 23.

“Has de saber que tus descendientes serán forasteros en tierra extraña. Los esclavizarán y oprimirán durante cuatrocientos años. Pero yo a mi vez juzgaré a la nación a quien sirvan; y luego saldrán con gran hacienda”.

Génesis 25,13.

“Cantad a Jehová, load a Jehová; porque ha librado el alma del pobre de mano de los malignos”.

Jeremías 20, 13.

A través de esos magníficos relatos, sembrados de episodios goyescos que son los **Episodios Nacionales**, gracias a los cuales Benito Pérez Galdós consigue retratar los matices, el carisma y fervor de las clases populares hispanas, así como la radical separación de los distintos reyes y gobernantes que se van a suceder con el sentir de este mismo pueblo, podemos asomarnos al revés profundo, a la pesadilla real que amenazaba a aquel reino de lo único que fuese el reino español, señor de Occidente y rey del nuevo paraíso terrestre americano, que se aprestaba como la Tebas del antiguo Edipo a vivir su particular ola de peste, que no era sino ser invadido por un país extranjero: la Francia del ingobernable e invencible Napoleón.

Desde la quijotesca, frustrante derrota sufrida en la batalla de Trafalgar, las recónditas veleidades y estériles sinuosidades que cercan a la corte de Carlos IV, el sentir real de una población que se tiñe de humilde orgullo para vencer en ese último canto del cisne de la hispanidad que es Bailén¹ o la vergüenza ante el caótico

¹ Batalla que, narrada por Galdós, nos depara diálogos a través de los cuales podemos comprobar todo aquello que significó la invasión extranjera en España. No sólo eso, sino cómo las fuerzas maternas, sacrales que configuran el pueblo, el lazo de las raíces hispánicas, se conjuran para vencer en la batalla frente a Francia, pues no está en juego el simple honor de una batalla, sino el residuo simbólico, potencial, metafórico que concede su fuerza a todo un pueblo, que le permite repensarse como tal y acometer la existencia cotidiana: “- Hijo mío,

insentido de contemplarse enajenados por la gobernación de un rey extranjero de *El equipaje del rey José*, el padre, señor y rey de los territorios americanos se muestra como un león dormido, acurrucado, acobardado en el rincón de sus propios bostezos y únicamente presto a una reacción siempre tardía al contemplarse manejado por aquellos ejércitos descendientes del inmarchito poder de Roldán. Lejos, muy lejos, del poder y valentía de un Mío Cid, capaz de doblegar a dos leones con la infatigable valentía de su fe, entregada a defender los valores del pueblo en que había nacido.

Efectivamente, el antiguo territorio único había sido violentado y amenazado por la más mordaz herida que el mismo hubiera podido imaginar: ser ahora un objetivo colonial de los expansivos, fáusticos deseos de la Francia Napoleónica, recibiendo, por tanto, el mismo castigo que él mismo profiriese al territorio americano, a través de cuyas vías se había desangrado en un desgaste energético sin par, que lo había dejado exhausto, escéptico, indeciso, incapaz de sostener una mirada poderosa, plena de fortaleza hacia sí mismo, de la que solamente tres siglos antes hubiera presumido ante el mundo.

De esta manera, cuando la decadencia hispánica obliga a este país a compartir con Napoleón su indiosincrasia trabajada con inmarchitable esfuerzo durante la Edad Media, su perspectiva categorial comienza a quedar atrofiada e incapacitada para detener el flujo constante de ideas que, desde la toma de la Bastilla, recorren todo el continente europeo, imponiendo la necesidad del federalismo y concibiendo la idea de los varios reinos de lo único. Los variados reinos de Occidente que, a partir de su pluralidad, han de responder a las nociones aristocrático-democráticas, que Napoleón (cual un general romano que otorgase el don preclaro de su mandato sobre las distintas provincias que dependen de su Imperio), intenta imponer, en esa arriesgada síntesis que intenta rescatar los derechos de los pueblos (una vez que estos han

mucho te quiero. Tu muerte no sólo nos mataría de pena, sino que aniquilaría nuestra casa y linaje. Eres mi único varón, eres el alma de esta casa, y, sin embargo, es preciso que vayas a la guerra. (...) Todos los jóvenes se deben a su rey y a su patria en estos terribles días en que un miserable extranjero se atreve a conquistar España. Hijo mío, mucho te amo; pero prefiero verte muerto en los campos de batalla y pisoteado por los caballos franceses, a que se diga que el hijo del conde de Rumblar no disparó un tiro en defensa de su patria”, en Pérez Galdós, Benito. **Obras Completas. Tomo I. Episodios Nacionales.** Ediciones Aguilar. S.A. Madrid, 1950, pág., 495.

querido, por la fuerza o no, doblegarse ante las enciclopédicas ideas francesas), y el auspicio de un reino totalitario, casi divino y enamorado de la visión categorial de la realidad que ha conseguido formular.

De esta manera, una vez que las ideas revolucionarias han envuelto al viejo Mundo en un nuevo cambio de rumbo que augura una novedosa época y que, poco a poco, las mismas van llegando a América, que en el Virreinato de la Plata se conoce y se reconoce la impotencia hispana para frenar el ímpetu de las hordas napoleónicas, y que Buenos Aires ha sido capaz de resistir una embestida de ese ejército inglés (que anuncia con su poder cada vez más intenso el futuro dominio del mundo que ejercerá a finales de este mismo siglo), tan sólo dos años después que el mismo humillara a la armada española en Trafalgar, la Independencia argentina será inevitable.

Consiguientemente, el reino español, en cuanto que padre amado y temido, majestuoso y reverenciado, el padre que encarnaba el lugar de la Ley, de la Prohibición y del derecho a demandar a su hijo el cumplimiento de su voluntad, ya no aparecía más como una fortaleza viva y sesgada de intenciones vitales, sino como un espectro, una pura función simbólica, alejada del continuo flujo vital de la vida, con la que era necesario acabar, para construir e identificar el verdadero y auténtico espíritu de los pueblos americanos.

Señalará Murena: “América es la hija de Europa, y necesita asesinarla históricamente para comenzar a vivir. Sólo practicando el parricidio histórico-cultural podrá el alma europea desterrada en América casarse con la nueva tierra, para asegurarse con el casamiento el nacimiento de su propio espíritu, de su propia inmortalidad”.²

Esta Independencia, nacimiento del pueblo americano al tiempo de la historia, ocurrirá en las tierras argentinas en la fecha del día 10 de mayo de 1810. Aunque no

² Murena, Héctor. A., **Visiones de Babel**. op. cit., pág., 252.

fuera hasta el Congreso celebrado en Tucumán en el año de 1816, que es asumida y constatada por todo el pueblo.³

Sin embargo, pronto, los hechos de la independencia del país argentino desprestigiarán la ideas de un posible renacimiento espiritual soñado en aquella tierra, pues en realidad esconderán en su interior un deseo inconsciente y predador por hacerse con los usufructos de la tierra más que una vinculación a un proyecto renovador que pueda abrir las compuertas a los sonidos de la voz real de América:⁴

³ La misma sería impensable sin tener en cuenta las fuerzas disgregadas del absolutismo hispano que heroicamente impulsan a América a forjar su independencia y sueñan con retomar el sueño de una utopía americana totalmente desvanecido, como ha destacado Arturo Uslar Pietri: “El proceso que dio nacimiento al movimiento liberal en la Península es el mismo que anima y justifica la insurrección americana. Entre liberales y libertadores no había diferencia de causa, ni de ideales. La causa que los movía era fundamentalmente la misma. (...) No luchaban contra España, luchaban contra el régimen injusto y contra el absolutismo que lo personificaba”, en Uslar Pietri, Arturo. **Godos, insurgentes y visionarios**, op. cit, pág., 57. Martínez Estrada incide en esta tesis: “Las guerras de independencia son episodios de la historia de España; a nosotros nos pertenece lo biográfico y lo pasional. Lo que juzgamos el prólogo es el epílogo de una serie de maniobras concluidas que cierra el capítulo de la dominación española en América”, en Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, pág., 102.

⁴ Nos dice Octavio Paz en una necesaria reflexión para seguir forjando el hilo del discurso contradictorio de la Independencia y sus consecuencias planteadas lúcidamente por Sábato en **Sobre héroes y tumbas**: “La Independencia hispanoamericana, como la historia de nuestros pueblos, es un hecho ambiguo y de difícil interpretación porque, una vez más, las ideas enmascaran a la realidad en lugar de desnudarla o expresarla. Los grupos y clases que realizan la Independencia en Sudamérica pertenecían a la aristocracia feudal nativa; eran los descendientes de los colonos españoles, colocados en situación de inferioridad frente a los peninsulares. La Metrópoli, empeñada en una política proteccionista, por una parte impedía el libre comercio de las colonias y obstruía su desarrollo económico y social por medio de trabas administrativas y políticas; por la otra, cerraba el paso a los “criollos” que con toda justicia deseaban ingresar a los altos empleos y a la dirección del Estado. Así pues, la lucha por la Independencia tendía a liberar a los “criollos” de la momificada burocracia peninsular aunque, en realidad, no se proponía cambiar la estructura social de las colonias. (...) Entre nosotros (...) una vez consumada la Independencia las clases dirigentes se consolidan como las herederas del viejo orden español. Rompen con España pero se muestran incapaces de crear una sociedad moderna. No podía ser de otro modo, ya que los grupos que encabezaron el movimiento de Independencia no constituían nuevas fuerzas sociales, sino la prolongación del sistema feudal. La novedad de las nuevas naciones hispanoamericanas es esngañosa; en verdad se trata de sociedades en decadencia o en forzada inmovilidad, supervivencias y fragmentos de un todo deshecho. El Imperio español se dividió en una multitud de Repúblicas por obra de las oligarquías nativas, que en todos los casos favorecieron o impulsaron el proceso de desintegración. No debe olvidarse, además, la influencia determinante de muchos de los caudillos revolucionarios. Algunos, más afortunados en esto que los conquistadores, su contrafigura histórica, lograron “alzarse con los reinos”, como si se tratase de un botón medieval. La imagen del “dictador hispanoamericano” aparece ya, en embrión, en la del “libertador”. En Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad**. Fondo de Cultura Económica. México. Tercera edición. Segunda Reimpresión. 2002, págs., 131-133.

“Los traficantes clandestinos, los filibusteros de tierra, izaron su bandera bajo pretexto de nacionalismo. Vieron la rehabilitación moral y la libertad de comercio, y no la política que no les interesaba ni comprendían. (...) Lo que interesaba no era la revolución de principios, la emancipación que se adoptaba como nuevo régimen sino el conflicto que se planteaba al partirse ese mundo sostenido por una unidad ficticia”,⁵ refiere Martínez Estrada.

En efecto, para los hijos de la errancia amparados en las murallas abiertas de Buenos Aires, para los mercaderes cosidos a la sombra del capital y el rastro del oro que barajaban con avaricia sus cartas a la hora de planear sacar rédito al país, mostrando con meridiana claridad las tesis expuestas por Karl Marx a mediados del siglo XIX,⁶ no existía más interés que poder aprovechar, apresar lo que hasta entonces el Padre les había negado, aquello que los profetas de la religión católica les habían prohibido disfrutar. El topónimo que designa finalmente al país no deja dudas acerca de cuál es el valor, la auténtica idea y en nombre de qué y por qué se lucha: Argentina.⁷

Desde esa perspectiva, el recorrido heroico y acusado de San Martín⁸ había de ser contemplado como la cabalgata quijotesca de un héroe anónimo impulsado por aquellos que deseaban su éxito e interesados en engrandecer su leyenda para

⁵ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. cit, págs 40 y 42.

⁶ Señalará con precisión Karl Marx en **La cuestión judía**: “Sólo en apariencia el cristianismo había vencido al judaísmo real (...) El dinero es el celoso dios de Israel, ante el cual ningún otro dios puede subsistir. (...) El dios de la necesidad práctica y del egoísmo es el dinero” en Marx, Karl. **La cuestión judía**. Traducción de H.B.Delio. Quadrata Editor. Buenos Aires. Argentina. 2003, págs 60 y 62.

⁷ Que extraído de la obra de Centenera, pues, al parecer, fue el primero que nos legó el nombre tal y como lo conocemos, permitía sacralizar aún más el internamiento occidental en el país argentino y su posterior saqueo. De todas maneras, no será hasta que Rosas bautice al país con el nombre de Confederación Argentina cuando el término venga a designar exactamente al país.

⁸ Dirá San Martín desde su retiro en Europa: “El foco de las revoluciones, no sólo en Buenos Aires, sino de las provincias, ha salido de esa capital: en ella se encuentra la crema de la anarquía, de los hombres inquietos y viciosos, de los que no viven más que de trastornos, porque no teniendo nada que perder todo lo esperan ganar en el desorden; porque el lujo excesivo multiplicando las necesidades se procura satisfacer sin reparar en los medios; ahí es donde un gran número de individuos quiere vivir a costa del Estado y no trabaja”, en O’Donnel, Pacho,

finalmente poder acceder al mayor territorio posible, poder disponer y poseer ya por fin la tierra que debería enriquecerles, a partir de la que reírse del resto del mundo que los había humillado con laberínticas normas y leyes, impuestos sin sentido y los había desterrado para siempre de su seno, Europa: “Nunca se comprenderá bien la psicología del (...) alma de las multitudes anárquicas argentinas, si no se piensa en la psicología del hijo humillado, en lo que un complejo de inferioridad puede llegar a producir en un medio propicio a la violencia y al capricho”, señala Martínez Estrada.

Porque, como bien señalara Alberdi, el país, verdaderamente, no estaba interesado en forjar una obra utópica, fundamentada en los argumentos de la revolución (lo que explicaría el fracaso final del proyecto de Rivadavia), sino más bien en alcanzar por fin la riqueza ansiada y siempre denegada desde el momento de los primeros contactos occidentales con las tierras del Río de la Plata, para lo que no era un obstáculo, sino todo lo contrario, el modelo tradicional hispano: “La revolución de Mayo de 1810, el nuevo régimen republicano, lejos de alterar, confirmó y robusteció ese antecedente más de lo que convenía a las necesidades del país”.⁹

Y al mismo tiempo, el esfuerzo codicioso de su gesto, apartado de cualquier proyecto común, ayudaba a que la brecha entre el interior y Buenos Aires se ahondara aún más: “Mi ánimo se abatió y conocí que nada se haría a favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común”,¹⁰ diría aquel Manuel Belgrano, sufrido y sufrido guerrero que intentó concebir el sueño de una Argentina unida aunque sólo fuera por sus andanadas contra las tropas realistas hispánicas. “He aquí la aristocracia, la más terrible, porque es la aristocracia del dinero (...) ¿Es posible esto en un país republicano”,¹¹ clamará

Los héroes malditos. La historia argentina que no nos contaron. Editorial Sudamericana.S.A. Buenos Aires. Primera edición. 2004, pág., 186.

⁹ Alberdi, Juan Bautista. **Bases.** Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. Novena edición. 1997, pág., 143.

¹⁰ Extraído de la página web www.argiropolis.com.ar

¹¹ O'Donnell, Pacho. **Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial.** Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. Primera edición. Buenos Aires. Pocket. 2003, pág., 31.

Dorrego concibiendo perdido para siempre su sueño de una Argentina unida e integrada.

Efectivamente, tras la sombra del martirio de su destierro cainita, el resentimiento latía en Argentina, la necesidad de apoderarse de una tierra donde el padre había hecho recluirse a su hijo más odiado y nada podía evitar que, al fin, la codicia y el deseo de apacentar una tierra, un dinero totalmente suyo al fin se viera hecho realidad. Que el grupo de caínes y ángeles caídos abrazados al misterio sangrante de la carne como única realidad no dudarán ahora en anteponer sus egos, sus ambiciones ante quien fuera, pues no existía la noción de patria en aquel trozo de tierra en que el espíritu se había suprimido. Lo único que, realmente, vibraba en el ambiente era, por fin, abrazarse a la tierra, en pos de la noción que fuera y regentar la misma y sus ganados con la soltura que lo hiciera Abel en el mito bíblico, sin ensuciarse las manos ni pelearse con la tierra como hubiera hecho Caín, el agricultor.

Y si, desde el instinto del resentimiento, de la inferioridad o de la supervivencia era necesario demonizar al contrario y aliarse con el maniqueo juicio bíblico que confiriese las nociones y características de la bondad a Abel, para comenzar a emitir una ley partidista que pudiese admitir la total dominación sobre la tierra, se haría. Miles de caínes perdidos se aliarían con aquel de los bandos que mejor supiera defender sus intereses o lanzarle las migajas de la carne y la tierra necesarias para sobrevivir sin trabajar y enfrentados al ritmo de la guerra y olvidados, por tanto, de sí mismos, ahondar en una historia y mitología cruentas en las que, mientras se les necesitase, podrían seguir forjando la ilusión de la riqueza de la estancia, soñada ínsula que don Quijote prometiese a Sancho Panza en un tiempo no demasiado lejano.

Es en este sentido, desde el rencoroso sentimiento que conduce a los hombres a luchar por la posesión de la tierra, como hay que interpretar las distintas batallas que fraguarán los actuales límites de la nación argentina que, una vez consolidados, darán lugar a las llamadas guerras civiles entre unitarios y federales, más que como una batalla de distintas concepciones sobre la política que debía regir los destinos del

país:¹² “En nombre de la posesión del ganado, del parcelamiento de la tierra y del libre tráfico, entablaban guerra definitiva el litoral y el interior. Pudo más tarde verse un ideal democrático, republicano y federal en lo que era sólo consecuencia de un viejo rencor que se parapetó en dos máscaras: política y librecambio; por lo que llamamos guerras civiles a las guerras sociales”,¹³ dirá Martínez Estrada. Y asimismo lo entenderá Manuela Gorriti, lamentando que la generosa idea que podía alumbrar el nuevo espíritu argentino a través de la independencia degenerase en una lucha en la que los dos bandos “divididos por ruines intereses, volviéronse odio por odio, exterminio por exterminio. (...) Pusieron muchas veces en sus manos el arma de Caín, que ellos ensangrentaron sin remordimiento, oscureciendo con días luctuosos la hermosa alborada de la libertad”.¹⁴

Integrando las guerras que separarán a Argentina en dos bandos prácticamente indiferenciados en cuanto al móvil real por el que luchaban, Alberdi las señalará como un factor esencial a todas las guerras protagonizadas en el nuevo continente liberado ahora a las fuerzas paganas de los guerreros cristianos clamando por el poder: “Por lo general, en Sud-América la guerra no tiene más que un objeto y un fin, aunque lo cubran mil pretextos: es el interés de ocupar y poseer el poder. (...) El que pelea por límites, pelea por la mayor o menor extensión de su poder. El que pelea por la independencia nacional o provincial, pelea por ser poseedor del poder que retiene el extranjero. El que pelea por el establecimiento de un gobierno mejor que el que existe, pelea por tener parte en el nuevo gobierno. El que pelea por derechos y libertades, pelea por la extensión de su poder personal, porque el derecho es la facultad o poder de disponer de algún bien”.¹⁵ Y el mismo San Martín señalará la necesidad de golpear con la espada de la autoridad para intentar conformar un orden en el caos del país americano: “Desengañémonos, nuestros países no pueden, al

¹² Díaz Velez en una carta de respuesta a San Martín, le señalará: “Aquí no hay dos partidos, si no se quiere ennoblecer con este nombre a la chusma y las hordas salvajes”, en *Ibíd.*, pág., 55.

¹³ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, pág., 41.

¹⁴ Extraído de Masiello, Francine. **Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna**. Traducción de Martha Eguía. Beatriz Viterbo Editora. Rosario. Primera edición: julio 1997, pág., 65.

¹⁵ Alberdi, Juan Bautista. **El crimen de la guerra**. Librería Histórica. Buenos Aires. Primera edición. 2003, pág., 33.

menos por muchos años, regirse de otro modo que por gobiernos vigorosos, más claro: despóticos”.¹⁶

Ciertamente, a través de las ideas federales se está pugnando por entronizar la hacienda y el dominio de los distintos terratenientes que la gobernaban más que por formular una federación de estados que puedan reproducir el impulso norteamericano¹⁷ o que puedan conducir las ideas napoleónicas a constituirse sólidamente en América. Y en la idea unitaria latía más el interés económico despertado para todos aquellos que tienen masas de poder adquiridas en la capital, muchas veces por el contrabando o la negociación con capitales británicos que la creación de una nueva París o Roma que pudiera unificar los destinos del país en torno a una idea común religiosa o social.

Por ello, no es de extrañar que las distintas constituciones o reformas que cada uno de los dos bandos propusiera durante todo el siglo XIX fueran contradiciéndose la una o la otra, negándose, siempre buscando afirmar los valores éticos y políticos que se correspondieran con las necesidades económicas de cada uno de los instauradores de las mismas. Que su tránsito fuera imperdurable y que jamás pudieran llegar a mostrar un mínimo de las potencialidades que en cada una de ellas se escondía -semillas arrojadas al mar sin suelo en el que aposentarse-¹⁸ llevando a la

¹⁶ O'Donnell, Pacho. **Los héroes malditos**. op.cit, pág., 208.

¹⁷ Nos señala, a este respecto, Arturo Uslar Pietri: “Lo que ocurrió en Norteamérica mucho más que una revolución fue una ruptura. No hubo innovación social sino un corte de la dependencia superior de la corona británica, para continuar dentro de las mismas instituciones representativas y democráticas que habían existido por largo tiempo entre ellos”. En Uslar Pietri, Arturo. **Godos, insurgentes y visionarios**. op.cit, pág., 32.

¹⁸ Fenómeno este en el que la nación argentina no se diferenció del resto de Hispanoamérica, ahondando en la fosa que la separaría de Norteamérica y Europa, como pone de manifiesto Octavio Paz: “Cada una de las nuevas naciones tuvo, al otro día de la Independencia, una constitución más o menos (casi siempre menos que más) liberal y democrática. En Europa y los Estados Unidos esas leyes correspondían a una realidad histórica: eran la expresión del ascenso de la burguesía, la consecuencia de la Revolución industrial y de la destrucción del antiguo régimen. En Hispanoamérica sólo servían para vestir a la moderna las supervivencias del sistema colonial. La ideología liberal y democrática, lejos de expresar nuestra situación histórica concreta, la ocultaba. La mentira política se instaló en nuestros pueblos casi constitucionalmente. El daño moral ha sido incalculable y alcanza a zonas muy profundas de nuestro ser. Nos movemos en la mentira con naturalidad. Durante más de cien años hemos sufrido regímenes feudales, pero que utilizan el lenguaje de la libertad. Esta situación se ha

nación argentina a vivir sometida por estos vertiginosos cambios una suerte de “damnatio memoriae”¹⁹ eterna de funestas consecuencias futuras.

Cada una de los dos bandos tendrá sus símbolos absolutamente opuestos que deberán refundirse asimismo con la cosmogonía de los mitos hebreos para conformar a los nuevos sacerdotes de la ley de Yahvé, mesías mosaicos que llevarán a su pueblo a pelear en torno a una idea de cómo disfrutar la Tierra Prometida y a quien de ellos, unitarios o federales, les pertenece por designio divino. A su vez, sus formas y estrategias de situarse en torno a las ideas recibidas por el reino español le permitirán convalidarse en la matanza fraternal, utilizando su ejemplo.

Los dos demonios que se enfrentaron, unitarios y federales, que irían reencarnándose en futuros proyectos antitéticos²⁰ a través de los que se canalizaría la intensa lucha por prevalecer en el centro del poder político y económico e intentar conciliar un justo rostro que pudiera tolerar un cetro tolerante y ecuánime siempre desguarnecido en Argentina desde aquella fundadora historia de Baistos y su hermano, debieron, por tanto, situarse en torno a la herencia dejada por el padre hispánico, para intentar imponer por la fuerza su idea de país.

Porque es ese intento rapaz el que terminará por apartar al hombre español de su territorio en lo que supone un auténtico asesinato edípico pues, en el momento de

prolongado hasta nuestros días”, en Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad.** op.cit, págs., 133 y 134.

¹⁹ Respecto al concepto de “damnatio memoriae” que es esencial para comprobar cómo la nación argentina fue edificándose en torno al olvido y, por tanto, desprotegiendo, ya desde el principio, los vínculos sociales y políticos que podrían posibilitar la buena integración de los ciudadanos que la habitaran y de los diversos afluentes procedentes de Europa o América que intentaban y pudieron configurarla, nos dice Harald Weinrich en **Leteo. Arte y crítica del olvido.** Traducción de Carlos Fortea. Ediciones Siruela. S.A. Madrid. 1999, pág., 68: “Condenación de la memoria” (damnatio memoriae) es un concepto jurídico que ha representado un papel importante en la historia de la cultura del recuerdo y el olvido. Procede, en su forma habitual, del Derecho público y penal romano. En Roma, la condena de la damnatio memoriae afectaba sobre todo a emperadores y otros poderosos, que en un cambio político, a su muerte, por ejemplo, o tras una revolución, eran declarados “enemigos del Estado”. Entonces se destruían sus imágenes, se derribaban sus estatuas, de las inscripciones. Muchos de sus decretos dejaban de tener vigencia de un día para otro, de forma que ni siquiera esos testimonios recordaran ya a la “no persona”.

²⁰ Ya sea, como a finales del siglo XIX o en el siglo XX, radicales vs peronistas.

la independencia, la mayoría de los individuos que la componían tenían ascendente español o se atribuían los rasgos de su nacionalidad, en donde nace y se engendra un sentimiento contradictorio de orfandad²¹ que únicamente podrá ser coagulado exactamente, intentando negar la obra del padre hispánico o llevándola hasta sus últimas consecuencias, resaltando la exacta lozanía y juventud del hijo.

Así, Rosas, quien saldrá reforzado del primer enfrentamiento entre unitarios y federales y gobernará Buenos Aires hasta 1852,²² tras la batalla de Caseros que le obligará a exiliarse del país y morir en el extranjero en un destino que será el mismo que el de los primeros visitantes de la nación argentina y el de muchos de sus próceres,²³ optará por negar al padre para continuar su legado. Para esto, se ayudará de toda una iconografía marcial a través de la que intenta desesperadamente

²¹ Orfandad necesaria y buscada que, al mismo tiempo, degenerará en una ausencia de referentes ante la exclusión del punto de vista americano por parte de los jefes argentinos, que unido al latente estado indefinido de la identidad del país argentino, degenerará en una ávida mirada hacia distintos estados y modelos europeos con la que no se podrá convalidar, exactamente, un perfil exacto o una radiografía certera de la verdadera realidad a la que se encontraba sometido el país argentino. Señalará Ricardo Rojas en su **Eurindia**: “Removido el obstáculo de España, se buscaron otros modelos; Echeverría dijo; “Francia”; Alberdi dijo “Inglaterra”, Sarmiento dijo “Estados Unidos”; otros dijeron: “Grecia”, “Rusia”, “Alemania”,²¹ en Rojas, Ricardo. **Eurindia**.op.cit, pág., 120.

²² Aquí se da la circunstancia que al derrocar José María Paz al caudillo federalista Bustos en las provincias del interior y rechazar al otro caudillo federalista, Facundo Quiroga, durante más de una década Buenos Aires, bastión del centralismo unitario, será gobernada por un federal y el interior federal fue dominado por el unitario Paz, sin que ninguno de estos hechos afectasen al desarrollo real del país, quedando de manifiesto que la lucha es cainita y por el poder. Con lo que se ponía de manifiesto que no había una idea en juego. Lo que realmente importaba era el poder. Esto es, el control sobre las tierras del interior y el monopolio económico trazado en torno a Buenos Aires y su privilegiada situación portuaria.

²³ Sólo debemos recordar aquí los hechos acaecidos con Solís, Pedro de Mendoza, San Martín, Sarmiento, Rivadavia, Rosas, el destino de tantos gobernadores de Buenos Aires. Tomás Eloy Martínez dentro de **Réquiem por un país perdido**. Editorial Aguilar, S.A. Buenos Aires. Primera edición. abril de 2003, págs., 57 y 58, en una jugosa reflexión sigue abriendo surcos sobre esta idea: “Los argentinos hemos cultivado el hábito del exilio desde nuestros orígenes como nación. Vivimos saltando hacia fuera, yéndonos, lo cual significa que el adentro es inhóspito, hostil, o por lo menos que el adentro es algo que nos repele. Una de las pocas señales de identidad que tenemos en común es, precisamente, esa incomodidad ante la patria, el perpetuo regresar y marcharse que nos desordena las vidas”. “Moreno, Echeverría, Sarmiento, Rosas y el propio Alberdi, figuras tutelares del siglo XIX, murieron en ese afuera hacia el cual saltaron por compulsiones que no se debían al azar sino a la oscura inclemencia de una patria que los rechazaba. En el siglo XX, los ejemplos son más cantados. Ahí está Borges que eligió Ginebra como el paisaje de su muerte, lo cual puede entenderse como una recriminación retrospectiva al paisaje de su vida. O está Juan Perón, que durante los dieciocho años de su exilio manifestó una y otra vez la voluntad de “ir a tirar mis huesos en la

convencer al país y a Europa de la filiación napoleónica²⁴ de su proyecto federal que no podrá ocultar su objetivo de perpetuar el estigma del padre sobre estas tierras, ser su continuador y valedor: “Él es la ley, como durante la conquista. O peor aún, como será después”, nos indica de él Marcos Aguinis.²⁵ Y añadirá Martínez Estrada: “Él hace de la vieja barbarie una nueva civilización”, resaltando que con Rosas “el Estado adquiere el rostro de una divinidad primitiva que, en fin, da y quita fortuna, gloria, saber y decencia, por merced paternal”.²⁶

Continuando con estas ideas, José Mármol nos referirá asimismo: “Rosas, (...) nos recuerda y nos hace maldecir, a un tiempo, la torpe cuna en que nuestros abuelos se mecieron. La cuna de ignorancia que les tiró España, para quitarles el consuelo de legar a sus descendientes libres un pensamiento que les ahorrara divagar entre tinieblas”.²⁷ Porque Rosas niega a España para continuar su herencia, no para superarla, permitiéndose, así, obrar como un caudillo que materialmente (como el hijo privado del alimento del placer y el juego durante un tiempo), necesita acaparar todos los alimentos, terrenos que esta tierra concede para, al fin, huir de la maldición de Baistos y su hermano, rellenar el cuerpo con la carne sólida que imponga al comensal más ambicioso como egregio emperador romano de los nuevos tiempos paganos en un reino, cuyos tribunos no deben ya desembolsar sus impuestos a otro

pampa” y que luego, al regresar, dijo que “no se hallaba”, que no sabía dónde poner el cuerpo”.

²⁴ Asunto, el de su retórica icónica de gestos, similar a la napoleónica, que él toma en sus dos acepciones, la de enviado del destino, para suplir con su gesto poderoso y férreo, la ausencia de un auténtico poder terrestre y divino sobre el nuevo país, como asimismo, la voluntad de pactar con las distintas provincias que construyen la Argentina, para conciliar el sueño de un país diverso pero unido en su futuro destino de gloria.

²⁵ Continúa sugiriendo Marcos Aguinis: “La Federación restaura muchos aspectos del orden colonial. Pretende reparar el nacimiento prematuro o el nacimiento mal dirigido”, en Aguinis, Marcos. **Un país de novela. Viaje a la mentalidad de los argentinos**. Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. Segunda edición pocket. Julio de 2001, pág., 92.

²⁶ Martínez Estrada, Ezequiel. **Las invariaciones históricas en el Facundo**. Casa Paidós. S.A. Buenos Aires. 1974. págs., 48 y 60.

²⁷ Mármol, José. **Manuela Rosas y otros escritos políticos del exilio**. Editorial Taurus. S.A. Buenos Aires. Primera edición: diciembre 2001, pág., 68.

país. Donde nadie, a su vez, ha de volver a pasar hambre. De Buenos Aires a Tucumán. De Córdoba y Rosario a Entreríos.²⁸

En esto basó Rosas su influencia y poder que tanto enojara a Sarmiento.²⁹ En comprender que era la necesidad de la carne, la práctica de la política y no la teoría, el código del regio poder de los generales y no el mensaje retórico del nuevo Mesías que prometía la salvación de la civilización, lo que se necesitaba en un país de ángeles caídos sometidos al terror del hambre desde su nacimiento tras siglos de sometimiento imperativo y legal de España. Después de siglos de moral cristiana encubriendo a una política rapaz, años de crudezas y miserias provocados por la conquista, lo que menos necesitaba el pueblo eran discursos retóricos sobre los valores espirituales del humanismo cristiano.

Frente a Rosas, la presidencia de Bartolomé Mitre (1862-1868) y sobre todo la de Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874) se propondrán superar al padre hispánico. Hacer realidad el sueño inveterado y totalitario del país hispánico y al mismo tiempo, ignorar el influjo que el empuje del padre concedió para realizar este objetivo, serán las estrategias, a través de las que Sarmiento esgrimirá su irredento furor y estigma civilizador,³⁰ propenso a desterrar cualquier “otredad” que pueda cuestionar el impulso autoritario con que impone sus ideas, su manera de concebir el reino de lo único.

²⁸ Abundando en estas ideas, nos indica José Mármol: “Rosas comprendió por instinto, (...) que para realizar la idea de su engrandecimiento (...) eran necesario sujetar a un sistema perfecto todas las formas de la administración, como para fundar su poder le había servido su sistema perfecto de tiranía. (...) Y examinando desde la parte ritual de los acontecimientos oficiales, hasta su acto de ser entregados o de darles curso; desde su estilo hasta su fondo; examinando desde el modo de entenderse entre sí sus subalternos, hasta el acto de ejercer sus funciones separadamente; (...) preguntaremos entonces, si no está todo sujeto a un plan, a un sistema, a un arreglo, en que si falta la majestad no falta el rey”.²⁸ *Ibíd*, pág., 162.

²⁹ Y a algunos de los partidarios del mismo, como a Mármol: “Rosas no es más que un efecto del estado moral e inteligente del pueblo que domina. (...) Los tiranos no se mantienen en el poder mucho tiempo (...) si el pueblo no tiene hábitos de esclavo y una moral poco escrupulosa”. *Ibíd*, pág., 83.

³⁰ “Sarmiento, con su antihispanismo y su admiración por los Estados Unidos, ilustra desafortunadamente esta necesidad. Su vehemencia parricida, su presunción de inmortalidad, era tal que no sólo

Y para superar a España y conseguir poblar la gigantesca extensión del nuevo país,³¹ simbólica tierra prometida de Israel heredada por el cristianismo, únicamente sobraba aquel ser a medias, contemplado a través de los ojos europeos, que era el indio y terminar por demonizar a las fuerzas del ejército federal, hacerles formar parte y responsabilizarles de toda la leyenda negra que asistía a Argentina. Y el profeta que, bajo “la conmoción que Yahvé causaba al apoderarse, como un vendaval, del espíritu de los (...) que se le consagraban, (siendo) (...) Yahvé el dios de la guerra santa, ordenara el exterminio total de los enemigos”.³²

De esta manera, Sarmiento ocultaría sus ambiciones bajo una imagen de profeta encolerizado que, encumbrándose gracias a los valores sostenidos por la ley de la civilización y formulando un rostro angélico a la misma, se adjudicaría el papel de Jacob enfrentado al mezquino Esaú despojado de toda humanidad que será Rosas y su heraldo despiadado, Facundo (reencarnación, regreso viperino del despiadado rostro de Baistos cerniéndose sobre sus hermanos en el destierro). Se vestirá con los rastros ideales de pureza que asisten a quienes Dios ha convocado para implantar la justicia en un mundo desolado y cercado por las fuerzas del mal, atribuyéndose los valores positivos del bien y forjando una iconografía de rasgos diabólicos para el opositor. Actitud esta, que más tarde sería una constante en el país argentino, y que como nos indica Graciela Scheines “consiste en identificar una persona, o partido o tendencia ideológica con el Mal absoluto o con la encarnación de Lucifer, actualiza los racismos y las intolerancias que generaron las guerras santas, la Inquisición, la quema de judíos en la Alemania nazi y todos los fascismos de diversos colores. Estas

quería liquidar toda vigencia de España en la Argentina, sino que aspiraba a conformar el país según otro país americano”, nos dirá Murena en **Visiones de Babel**. op.cit, pág., 235.

³¹ Frase esta, “El mal que aqueja a la Argentina es la extensión”, que siendo una de las más famosas del repertorio de Sarmiento, permitirá a Arturo Jauretche realizar una de sus más enjundiosas reflexiones sobre la, en su opinión, errónea concepción de Sarmiento: “En ningún país ha regido como principio que la extensión en sí se considere un mal: por el contrario, el principio ha sido el inverso, pues el mal consiste en la falta extensión. (...) Lo importante (para Sarmiento) no era constituir un país según las leyes de la naturaleza y la historia, sino realizar la civilización. Realizar la civilización era hacer Europa en América, empresa tanto más fácil cuanto más Europa y menos América fuera el espacio. Así, disminuir la extensión resultaba desamericanizarse, fin perseguido, para reducirse al espacio apto para una rápida civilización europea”, en Jauretche, Arturo. **Manual de zoncetas argentinas. Obras Completas. Volumen 2**. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. Argentina. Primera edición. Tercera reimpresión. 2002, págs 33 y 35.

actitudes reeditan el “cainismo” que San Martín acusó como el mal sudamericano”.³³ De esta manera, Sarmiento no sólo conseguirá romper la tradicional dicotomía maniquea de bien y mal que en Argentina desde la historia fundadora de Baistos siempre habían estado confundidas sino, a la vez, señalará el camino a seguir -demonización del contrario, instauración del nuevo proyecto político por fuerza de las armas siempre legitimadas en el contrato divino con la ley de Dios- para los futuros gobiernos que quieran implantarse como consortes del país argentino.

Sarmiento asumirá los rasgos de Jacob, el profeta elegido por Yahvé para salvar a su pueblo de la bestialidad, del pecado y el estado carnívoro y caído en que se encuentra. Él vendrá, con el desierto del destierro al fondo y el mar de la esclavitud a la espalda, a señalar los fastos de la nueva congregación del espíritu. Será el Mesías que -una vez que los héroes de la independencia han podido abrazar la vara de su libertad y abolir la eterna esclavitud de siglos en Egipto- señale con su dedo alzado que ha llegado el tiempo deseado, anhelado del goce erótico, místico con la nueva tierra. Será el hombre que, como Jacob habiendo querido ver el rostro inexpugnable de Dios, se declare servidor de la patria, enmascarando con una dulce faz los valores que realmente quiere imponer. Esconderá bajo el manto profético y sus ideas aparentemente progresistas el verdadero rostro totalitario, codicioso, que vela bajo su disfraz de anciano patriarca que conduce a Argentina hacia su purificación y su triunfo. Y Rosas (simbolizado en el soldado sangriento, cuchillo sangriento y rostro sin sutilezas de la barbarie a partir del cual actúa, que no es otro que Facundo),³⁴ será el hermano espurio y traidor de Jacob, aquel Esaú que,

³² Gómez de Liaño, Ignacio. **Filósofos griegos. Videntes judíos.** op.cit, pág., 200.

³³ Scheines, Graciela. **Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?.** op.cit, págs., 60 y 61.

³⁴ Así se ha querido estudiar y visualizar una oposición teñida de un maniqueísmo simplificador que, en ocasiones, no permite concebir los contornos realmente inasibles y desligados de toda moral que fundaron ya desde su nacimiento la violencia original de la raíz argentina y que resuenan como un eco en el enfrentamiento complementariamente antitético, dos caras en realidad del mismo rostro, que vinculase a Sarmiento y a Facundo Quiroga como enemigos irreconciliables, siendo uno gerente del bien y el otro del mal, como ponen de manifiesto interpretaciones como la de David Peña: “En la misma cuna nacieron Abel y Caín y en la misma comarca y en los mismos años aparece Quiroga y aparece Sarmiento, tesis y antítesis de una terrible época de anarquía y caos”, en Peña, David, **Juan Facundo Quiroga.** Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1968, pág., 14.

dividiéndose el mundo del espíritu y la carne con su hermano, optó por este último, cometiendo todo tipo de felonías durante el transcurso de su vida: “Porque él ha hecho del crimen, del asesinato, de la castración y del degüello, un sistema de gobierno, porque él ha desenvuelto todos los malos instintos de la naturaleza humana (...) porque él ha profanado los altares (...) porque él ha degollado sacerdotes o hécholes abandonar su patria”,³⁵ dirá de Facundo Quiroga Sarmiento.

Rosas, por tanto, en su papel de Caín-Esaú será el culpable del matadero que fue constituyendo a Argentina. El chivo expiatorio a través del que toda una generación cainita de ilustrados, ahora escondidos tras las benévolas dimensiones del semblante de Abel-Jacob deberán volcarse para no advertir las dimensiones de su propio rostro.³⁶ Para permitirse devorar la otra parte del país que su hermano no les permite agarrar y que desangra al país en ese matadero que Esteban Echeverría propone ser consecuencia únicamente de uno de los dos hermanos a los que Yahvé concediera la tierra prometida: el díscolo y pérfido Caín, padre de todo crimen, sangriento asesino sin entrañas, arcaico ascendiente de aquel roedor carnívoro del que la Biblia nos legara testimonio, Esaú. O lo que es lo mismo, Rosas, el monstruo federal. Cualquier oposición, amenaza real que se encuentre el partido político que desea seguir gobernando o alzarse con el poder en la Argentina.

Pero con esta actitud, como pone de manifiesto Ernesto Sábato, tanto Sarmiento como las ideas civilizadas a las que se acoge, no podrán evitar mostrar su verdadero parecido y similitudes con aquella desmedida barbarie que quisieran abolir, a la que pretendían denegar el acceso para siempre de Argentina con su retórico gesto de salvadores: “Sarmiento llevaba a Quiroga bien dentro de sí: es al

³⁵ Sarmiento, Domingo F. **Facundo**. Grupo Editorial Altamira. Ediciones Clásicas. Buenos Aires, 2002, pág., 240.

³⁶ Lo que llevará a Sarmiento a no vacilar por ejemplo en justificar el gesto asesino del federal general Lavalle, como una consecuencia inequívoca del latir de los tiempos: “no obstante, la responsabilidad puramente personal que del acto se atribuye a Lavalle, la muerte de Dorrego era una consecuencia de las ideas dominantes entonces, y que, dando cima a esta empresa, el soldado, intrépido hasta desafiar el fallo de la Historia, no hacía más que realizar el voto confesado y proclamado del ciudadano”, en *Ibíd.*, págs., 126 y 127. Acto fundamental que finalizó con las primeras guerras entre unitarios y federales y que Sábato fundamentará como el acto de ceguera que invalida el buen andar de la nación tras los actos de su independencia.

caudillo lo que el superyó al inconsciente. Lo insulta, lo escarnece, lo ridiculiza, ¡pero cuánto lo admira, qué secretamente lo comprende y lo siente!”.³⁷ Y es que, en realidad, como destacara Martínez Estrada, el gran logro de Sarmiento fue identificar en un individuo salvaje, cainita, sin control ni ley que pudiera doblegarlo, el rostro verdadero de la nación, de los gobiernos argentinos, incluido el protagonizado por él mismo, más allá de las distintas máscaras proféticas, divinas a las que quisieran encomendarse: “El hallazgo clave de Sarmiento consiste en identificar a Facundo con un conglomerado de cualidades étnico-psicológicas, sociales, ambientales, políticas. Es un mito, en efecto; un mito negativo de las fuerzas bárbaras. Pero esto mismo lo hace temible a cien años de distancia, pues todo mito es el afloramiento a los umbrales de la razón de las fuerzas irracionales más arcaicas. (...) La perennidad de lo facúndico (...) está en el funcionamiento de las instituciones, en los poderes del Estado, en la conducta de los gobernantes. Y en verdad hay que comparar a Facundo con la Nación y no con el pueblo ni con la civilización de las ciudades, según el consejo de Sarmiento”.³⁸

Porque, si un gesto determinó la definitiva desacralización de la tierra argentina y mostró el verdadero cariz del proyecto de país y modernización que se quería, no fue sino la Conquista del Desierto y la consiguiente matanza indígena, en la cual las verdaderas nociones a través de las que se fabrica la patria argentina quedan perfectamente explicitadas. Sin recurrir a maniqueísmos.³⁹ Donde los regentadores de la bondad ponen de manifiesto sin recovecos su rostro bárbaro a través de la matanza sin misericordia, tan alejada de aquella “pietas” romana a través de la que el ejército pagano de Roma labrase su fama de conquistador en el mundo entero: “Se les debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que ya tiene el

³⁷ Sábato, Ernesto. **Heterodoxia** en **Ensayos. Obra Completa**. op.cit, pág., 185.

³⁸ Martínez Estrada, Ezequiel. **Las invariantes históricas en el Facundo**. op.cit., pág., 23.

³⁹ “Los indios de la Pampa, guerreando por su territorio, mostraron un patriotismo elemental, pues sólo defendían el suelo que les sustentaba y las hembras en que perpetuaban su raza; en suma, los instintos radicales de la conservación personal y de la conservación específica. (...) En todo caso, ese no era su núcleo”,³⁹ señalará Ricardo Rojas convalidando las nociones patrióticas en torno a la idea de la civitas y su proyecto: la civilización. Rojas, Ricardo. **La restauración nacionalista**. Editores Librería “La Facultad” de Juan Roldán Y C. Buenos Aires. Segunda edición. 1922, pág., 57.

odio instintivo al hombre civilizado”,⁴⁰ llegará a escribir en la prensa de la época sobre los indígenas Sarmiento. Y, por ejemplo, Roca, una vez que el proyecto de Alsina –continuista del de Sarmiento- de exterminio no ha tenido el completo éxito esperado y que su asunción de la presidencia argentina le exige completarlo, no dudaría en señalar por fuerza de un maquiavélico pensamiento darvinista que era por efecto de una ley de la naturaleza que el indio sucumbía ante la invasión del hombre civilizado. Y es que, en verdad, como Walter Benjamín pusiera de manifiesto, la civilización tal y como fue entendida por Occidente no era sino un cónclave salvaje que antes o después acababa mostrando sus tintes tenebrosos: “Jamás se da un documento de cultura sin que lo sea a la vez de barbarie”.⁴¹

De este modo, las nociones de raza superior y pueblo elegido que dan lugar a las matanzas raciales a través de las que los soldados de Yahvé pelean por ser sus auténticos hijos y conseguir el maná prometido, instauran para siempre la ira del hombre blanco sobre Argentina, cuya verdadera voz para siempre exterminada, afásica, sólo podrá resurgir escondida a través del discurso vencedor que la desterró, cuando éste progresivamente vaya vislumbrando la dificultad e imposibilidad de trazar un proyecto de patria común en un país donde las raíces han sido cercenadas. Tal vez, por aspirar, como lúcidamente advirtiese Murena a “que en la Argentina se cumpliera el imposible de que América fuese la madre de América, de que un hijo no tuviese que reconocer a otro padre que a sí mismo, de que la vida irrumpiera divinamente, sin origen”.⁴² Porque el lenguaje del progreso al que la Argentina de Mitre, Sarmiento, Alsina o Roca quisiera adherirse no podría, por más intentos que realizase, silenciar a los muertos que sus mecanismos de poder habían producido en el momento en el que el lenguaje de los textos educativos y los símbolos más preclaros del progreso anunciaban la llegada a la Argentina de finales del siglo XIX a la modernidad, intentando ocultar el genocidio cometido.

⁴⁰ De O'Donnell, Pacho. **Los héroes malditos. La historia argentina que no nos contaron.** cit., pág., 235.

⁴¹ Benjamin, Walter. **Discursos interrumpidos I.** Traducción de Jesús Aguirre. Editorial Taurus. Madrid. 1987, pág., 182.

⁴² Murena, Héctor A. **Visiones de Babel.** cit, pág., 235.

La Tierra Prometida había de pertenecer a uno solo de los indistintos hijos de Yahvé. Una vez apartado de la lucha Esaú, sin tener que combatir con el temporal egipcio por volver a reconquistar el sentimiento de su pueblo, una vez que el antiguo padre desfallecía agónicamente en su antiguo terruño, la profecía que reestablecía a la cultura judeo-cristiana con su antigua posesión, con la promesa siempre retardada ya era un hecho. El cielo se teñía de rojo y los carneros rumiaban su próxima muerte, mientras los sacerdotes judeo-cristianos -Sarmiento y sus continuadores aliados ya para siempre en un pacto faústico de con la clase latifundista, el poder agropecuario argentino y el ejército- olvidados del mensaje tolerante de Cristo, podían ver un extenso pedazo de tierra sometido a sus deseos, únicamente destinado y concedido a ellos. Al fin podían disfrutar de la abundante frugalidad de la nueva tierra. Ellos habían conseguido doblar esa vara de la ley divina que Kierkegaard nos dijera que produjera temor y temblor en su pueblo y que obligara a sacrificios inanes al pueblo de Israel, a heroísmos indecibles y pasiones sin recompensa. Su voraz hambre tantálica podía ser saciada sin tener que sufrir los castigos que acometieron a éste. Los sacrificados habían de ser los “otros”, los herejes. Cristo ya estaba vengado. Tanto él como su padre debían estar orgullosos de sus hijos. El imperio de la cristiandad había llegado a su cénit. Toda la tierra pertenecía a Yaldabaot y sus hijos eran sus dueños.

Y, sin embargo, lejos de asistir a gritos y salmos que congregasen su éxito, los nuevos reyes de la tierra únicamente escuchaban el silencio. Un silencio estruendoso que no les permitía prestar atención a la celebración presumible ante el éxito conseguido.

Si, efectivamente, los próceres argentinos creían haber conseguido apartar para siempre mediante su acto de independencia la sombra del padre de sí y haber retirado la amenaza extranjerizante del indio de un territorio que siempre debió pertenecerles por rango y decreto divino, significaba que no habían comprendido la lección que hizo engeguer de furia a Edipo contra sí mismo y su condición: eran ellos los verdaderos huéspedes de esta tierra, la causa de sus más terribles males desde que quisieron situarse en ella.

Y no reconocer este hecho era, en el fondo, sumir al país en un destino y espiral de odio y ceguera que jamás le permitiría mirarse al rostro con sobriedad. Depositarlo sobre una tentación perversa similar a la que condenó a Edipo a errar y olvidarse de su nombre para siempre con el fin de poder escapar del recuerdo oneroso de su imagen. Repetir los gestos que llevaron al pueblo judío a conformarse como pueblo en el destierro, habitado por una violencia transversal que no permitiera el desarrollo pacífico de su culto y tradiciones.

Comprobar cómo, definitivamente, el culto de hombres expatriados que hubieran compuesto la Argentina cerró los ojos de su condición no reconocida de huérfano y posibilitó esta misma serie de errores, significa asistir a la metafórica reconstrucción que realizaran de la Torre Babelica, el poder simbólico-mítico que concedieron a la posesión de la tierra y a la expulsión indígena y observar el recorrido de aquella sombra errante que les mostrase su verdadera conformación. Significa comenzar a observar al gaucho cabalgar.

I.6. LA CONSTRUCCIÓN DE LA TORRE.

“Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tiene un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir de lo que han pensado hacer”.

Génesis 11, 6.

Si algo ayudó a implantar en el inconsciente colectivo de los hombres la memoria de aquella Babilonia que edificase Nabucodonosor II, seis siglos antes del nacimiento de Cristo, más allá del esplendor y el comercio que revitalizaba a la ciudad y la hacía florecer, esto no fue sino la construcción de la, así llamada, Torre de Babel.

Según parece, la construcción de torres era un hecho normal en la zona mesopotámica pues no existían allí colinas en las que poder colocar los santuarios de las divinidades y era necesario ubicar los templos sobre grandes infraestructuras: torres que emergían con un tamaño sobrehumano construidas para honrar a las deidades celestes.

El mito comenzó a forjarse consecuentemente cuando el pueblo israelí se encontraba cautivo en Babilonia sugiriendo que los herejes esclavizadores no habían recibido visita alguna de su Dios, Maduk, sino de Yahvé que había condenado su intento de igualarse a él y reverenciar a otros dioses, condenando a toda la humanidad a disgregarse en la pluralidad lingüística con el fin de que jamás osaran intentar igualarse a él y asumieran su caída condición.

Si realizamos una rápida lectura del mito bíblico, se comprenderá que en todo nacionalismo habita en su seno una intención recóndita pero clara en sus últimas intenciones: volver a restituir el estado original de lengua única al que fue condenada la humanidad, según el mito hebreo, por el reino babilónico. O, al menos, esta es la lectura propensa a ser realizada por los pueblos que se consideran elegidos por Dios para llevar a cabo su misión y mensaje. Si el pueblo argentino había de hacer realidad

los legados testamentarios escritos que lo erigían como pueblo elegido que pudiera fundarse en la tierra prometida americana, debía, por tanto, eliminar todo rastro de lengua extranjera que pudiera escucharse en sus territorios.

Este deseo que ya había sido emprendido por España y en el que había fracasado, debía entonces de habitar perennemente unido a la sangre de su hijo. Si como sugiere Murena, una vez producido el parricidio, el hijo siempre "intenta justificar, lavar, encubrir su parricidio",¹ el país argentino no pudo encontrar mejor manera de lavar su culpa que realizar en su territorio definitivamente aquel proyecto de reino único que el padre nunca llegó a concluir.

Realizar este proyecto, a su vez, significaba terminar de imponer la soberanía de la estirpe de hombres blancos sobre su territorio y, al mismo tiempo, enfrentar su recién estrenada independencia, consiguiendo llegar a ser dueños únicamente de sí mismos y desterrar todo signo débil que pudiera mostrar su orfandad, su herencia desterrada.

En este sentido, la construcción intelectual de Argentina durante todo el siglo XIX, compuesta como un reflejo deformado y deformante de Europa, al adherirse a los rasgos del proyecto cartesiano-racional europeo y abstraerlos al continente americano, sin tener en cuenta las características reales del mismo,² sobredimensionaba los rasgos de este sistema y aceleraba sus motivaciones negativas

¹ Murena, Héctor A. **Visiones de Babel**. op.cit., pág., 234.

² Justamente, hubo una necesidad de autogobernarse y al mismo tiempo un impulso coercitivo que se lleva inscrito desde el nacimiento, por periclitarse y continuar las políticas europeas. Hubo una brusca necesidad de negar América y una corriente que se llevaba inscrita en la sangre occidental que construyó Europa, que no se podía negar, más allá de la ínfula ambiciosa o cabal de romper el tejido de hilos que unían con el origen: "Lo único que era específicamente europeo, sin antecedentes en América, era la idea de progreso y ésta sólo podía tener vigencia en América si se negaba el pasado y el presente. El futuro era Europa: progresar era salir de América para entrar en Europa. (...) Esta pauta histórica provocó un método que luego se hizo norma. Se sustituyó la realidad por la abstracción", dirá Julio Mafud, en Jauretche, Arturo. **Manual de zoncetas argentinas. Obras Completas. Volumen 2**. op.cit., pág., 30 Y esa indefinición (fruto de los primeros balbuceos del bebé desamparado ante la falta de la sombra paterna), imposibilitaría un primer paso firme, que aglutinase -ya fuese en el mestizaje, o en la decidida postura por fundar un modelo político y autóctono, enfrentándose a la realidad que se habitase- a la masa de los ciudadanos en torno a una idea cabal de nación.

que conducirían a Europa a abrazarse al nihilismo o habían hecho sumirse a España en una suprema decadencia.

Efectivamente, el hombre americano, el guerrero de la razón y de la espada argentino debían finalmente, al fundar su desarrollo y ser en el recorrido intelectual y vital europeos, conformarse según los rasgos que habían caracterizado al hombre u héroe occidental. Aquel héroe que, como pusiera de manifiesto Rafael Argullol, se enfrentaba a un estado de “guerra perpetua” consigo mismo o con el medio, “atendiéndose a las mezquinas reglas de la rapacidad”, al concebirse a sí mismo “como a una sombra errante en la tiniebla, expulsado para siempre del cielo de la plenitud”, intentando imponer por su intensa conciencia desterrada la idea de aquel “Uno primordial que ha entrevisto en su gran sueño de totalidad”.³

Este Uno primordial y totalitario, hijo de la acelerada y partidista visión del mito babélico, alejado del Uno plural que pudiera nombrar la secreta primera palabra que otorgaría el don universal de la vida a los hombres y los conformaría en el ejercicio milagroso de la diversidad⁴ sería, por tanto, el que se impusiera en Argentina, lo que, por otra parte, era lógico. Como nos señala Murena, el error cometido al levantar la torre de Babel fue intentar un regreso a la unificación previa a la caída paradisiaca de una manera tal que los hombres intentarían borrar la “Falta originaria en el erróneo modo que lo(s) conduciría a repetir la Falta originaria”. Los seres humanos intentarían “volver a desmentir y borrar la concupiscencia inicial”,⁵ mediante la artificial instalación de un lenguaje único cuya necesidad, en realidad, ya

³ Argullol, Rafael. **El héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo**. Grupo Santillana de Ediciones. S.A. Madrid. 1999, pág., 226.

⁴ Nos dice Murena sobre la experiencia de Babel en palabras que resuenan como látigos que golpean las entrañas del país argentino, una vez que las mismas nos permiten referirnos simbólicamente a los procesos sufridos por esta nación en el siglo XIX y que ayudaron a configurarla como una tierra solitaria proclive a atraer la fatalidad en su seno: “La unidad de la lengua de la que gozaban los hombres de Babel constituía en cierto modo un espejismo. (...) La dispersión por la Tierra, la confusión de la lengua tienen por fin indicar otra vez al hombre cuál es su naturaleza, cuál es su destino: la diversidad, el reino de las diferencias. El gesto de Yahvé libera al hombre de la locura del discurso único, de la obsesión del regreso: le indica que el camino del retorno está para él sólo a través de la aceptación de la diversidad”, en Murena, **Visiones de Babel**. op.cit, pág.,454.

⁵ *Ibidem*.

ponía de manifiesto la imposibilidad de borrar la falta, la caída que desesperadamente se intentaba negar intentando imponer el lenguaje humano al divino. Y en este sentido, el país argentino, conformado por hombres caídos en el tiempo americano, asolados por la experiencia continua del exilio, necesitados de negar su angustia y ansiosos de demostrar al padre hispánico –como los hombres del mito babélico intentarán realizar con la divinidad– su poderío, no dudarán en imponer tan furiosamente como el reino hispánico realizara anteriormente una lengua, visión y perspectiva únivoca de la existencia.⁶ Lo cual, sin dejar de ser un mecanismo de defensa lógico que permitía a los forzados emigrantes que componían la Argentina a asistir a una visión de su país lo más cercano posible al antiguo paraíso, acaso ya perdido para siempre del que la gran mayoría habían partido (Occidente), en realidad, sembraba de fatalidad la enorme extensión de los territorios argentinos, anticipando una futura condena, el futuro advenimiento de un “karma” fatal para la nación. Pues gracias a este hecho, no sólo se pretendía negar el pecado cometido contra la tierra americana, su ilegítima ocupación, sino que a la vez se comenzaban a cometer, a repetir peligrosamente los mismos errores que el padre hispánico, contra el que no

⁶ Es interesante resaltar que esta visión llegaría a extenderse de tal modo, sin disimulo alguno, que daría nombre a la fórmula de gobierno que implantara en la década de los 90, Juárez Celmán, el Unicato, haciendo hincapié en desterrar de su gobierno cualquier perspectiva de pluralidad que pudiera ensombrecer el mandato de la voz única del jefe, caudillo o presidente, en este caso, de la nación. Así, en este texto extraído de la página web www.historiadelpais.com.ar se nos indica, que para Juárez Celmán: “El Presidente es el único que toma decisiones. Su opinión es lo único que cuenta. Es (...) el Unicato. Exige que se deje gobernar solo al gobierno, sin poner obstáculos (...) el Unicato excluye la pluralidad” pues “el *Unico* no podía ser más que el Presidente” (...) Reúne todos los hilos políticos en sus manos y constituye en poco tiempo un juarismo”. Fórmula esta, que venía ya prefigurada y constituida por su sucesor en el cargo, Roca. Un presidente cuya influencia a la hora de persistir en el modelo paternalista patentado por Rosas, continuado por Sarmiento, contra su voluntad, y de implantar definitivamente la figura del caudillo en el inconsciente argentino en un sentido que prefigura al futuro Irigoyen y hace intuir las futuras dictaduras, es descrito de esta manera en la página web www.comunidad.ciudad.com.ar: “El presidente Roca era un caudillo pragmático, político hábil, conservador inteligente y conecedor de las debilidades ajenas. La gente se acostumbró a llamarlo el zorro, pero en el inventario de los adjetivos de la política argentina, habría de ser zorro y león a un tiempo como quería Maquiavelo. El partido Autonomista Nacional el (P.A.N.) le sirvió como plataforma y canal de comunicación política. “La liga de gobernadores”, alianza táctica de las oligarquías provinciales que sirvió como despegue político primero y a la victoria de Roca después, fue parte integrante de la estructura del poder. El ejército de línea que Roca conocía bien y en el que había ganado justo prestigio, sería otra de las bases del sistema. El liderazgo de Roca para llegar a la presidencia de asentó principalmente en el reparto arbitrario, faccioso y latifundista de las tierras que su exitosa expedición arrebató a los Mapuches. Así se abrió paso al *unicato* (predominio personalista del presidente de la República como distribuidor de los favores personales que constituían la médula del estado faccioso).

hacía demasiado tiempo se había luchado edípicamente por independizarse de su lacerante influjo.

Se produjo así un alejamiento de la diversidad de las formas y del continente americano cada vez más acusado. Y este distanciamiento, enfrentando a Argentina con la herencia castellana y la influencia cultural del Medievo europeo, con sus iglesias, catedrales góticas y castillos elevados como torres babélicas a la gloria de un único Dios por unos sacerdotes y regentados de la fe –Sarmiento, Avellaneda y su sempiterno ministro de guerra, Alsina, Roca, Pellegrini o Juárez Celman- cada vez más alejados de la vida, va a ir sesgándola y apartándola cada vez más de la vida real, auténtica del continente americano.

Argentina, rodeada de todo un continente, cuya lengua dominante era el castellano excepto en Brasil,⁷ aposentada en la reclusión mortal de la vida interna que dio lugar al racionalismo espiritual hegeliano y recorrida por la raíz trágica de su nacimiento, debía entonces abrazarse sin rencor y fervorosamente a la guerra étnica que generaría la matanza indígena e iría conformando en su territorio, aquella vida blanca de monótonas consecuencias y rostro único que nombrase a un libro de Mallea y que haría a Juan Batista Alberdi o a Ezequiel Martínez Estrada, atentos al error que este hecho significase, proferir: “No temáis, pues, la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos saldrá algún día brillante y nítida la nacionalidad sudamericana”, “Estamos dominados por la manía de la unificación, y, faltos de calma para encomendar esta obra al tiempo, nos apresuramos a construir unidades

⁷ Con quien a principios de siglo se comienza una guerra que, independientemente de sus condicionamientos económicos, también puede ser leída en clave simbólica babélica, o desde la necesidad de volver a la imposición de una única lengua. Como a su vez se pueden rastrear los orígenes de la misma en otra clave similar a la babélica pero, tal vez más precisa. En el conflicto que a raíz de la conversión y aceptación de los judíos en el reino portugués y la llegada del duque de Braganza al reino lusitano, precipitará el odio con el país vecino por parte del reino hispánico y, más tarde, se encontrará detrás de los tribunales de la Inquisición surgidos en Córdoba y Buenos Aires en busca de judíos conversos. De hecho, hemos de resaltar que el topónimo portugués era metonímico de judío. Nos indicará Juan José Saer en **El río sin orillas. Tratado Imaginario**. op.cit., pág., 67: “en 1647, sesenta y siete años después de la segunda fundación, Buenos Aires contaba con 1500 habitantes, de los que, se mantenía aislados por sospechar que eran judíos. De más está decir que portugueses y españoles, salvo en los momentos en que ambas coronas se unificaban, estaban permanentemente en conflicto, y que la acusación de judíos, como se ha visto tantas veces, era también una manera cómoda de neutralizarlos y tenerlos bajo vigilancia”.

aparentes, contando con la ceguera real o fingida de los que presencian nuestras manipulaciones”.⁸

Para la construcción esencial de ese Uno Total que pudiera convalidar la gloria deseada de la que estaba hambrienta la nación argentina, deseando al fin borrar y olvidar las desamparada historia de muertes y sinsabores que habían fundado sus primeros antihéroes, Solís, Gaboto, Pedro de Mendoza, etc, era necesaria por tanto la matanza racial. De esta manera, y una vez que el ejército unitario había conseguido demonizar al federal, el aborigen, como subrayamos con anterioridad, aquel monstruoso caníbal que hubiera matado a tantos conquistadores desde su llegada a América, fue el siguiente ser eliminable.

Operando con todas las nociones categoriales que estuvieran al alcance para demonizarlo y justificar su eliminación, el proyecto unitario argentino no dudó en encubrir su matanza bajo los cimientos de un cismático pensamiento legado por su tradición vital, cultural.

Por ejemplo, en esa obra troncal de la cultura argentina que es **La cautiva**, retomando las primeras narraciones de la fundación argentina, la estela de Solís amenazado por los inclementes aborígenes o el rapto de Lucía Miranda en trance de ser despojada de su pureza por los infamantes diablos oscuros de la selva, Esteban Echeverría los mostraba capaces de cometer los pérfidos crímenes de Herodes: “hasta los tiernos infantes osaron despedazar, arrancándolos del seno de sus madres”.⁹

⁸ Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliath. Microscopia de Buenos Aires.** op.cit., pág., 157.

⁹ Y a la vez, mostraba la radiografía de un desierto hostil, oclusivo, desesperanzado, lascivo, que no abrigaba salvación alguna para una María, a la que significativamente se le regalaban todo tipo de halagos, una vez que en este personaje, unido a su virginal nombre, Echeverría simboliza toda la grandeza del sueño cristiano y la maternidad perdida a causa del caníbal aborigen: “Pero, no triunfa el olvido,/ de amor, ¡oh bella María!/ que la virgen poseía/ (...) y que admiren y veneren/ tu nombre y su nombre hará”.

Un desierto, (tierra maldita de América para Echeverría al estar sumido bajo la influencia aborigen, de la “otredad” y, por tanto, de lo desconocido), que vendrá a unirse a la historia proscrita, hereje, adjudicada al pueblo judío o el romano en la historia que precede a la pasión y muerte de Cristo, en cuanto a que tanto María como Brian, su compañero, realizarán un recorrido inicático por el mismo en el cual son presentados prácticamente como padres de un Cristo imposibilitado de nacer en pesebre alguno, condenado a morir por la amenaza indígena sin posibilidad de haber podido nacer. De esta manera, se ratificará la necesidad de vengarse del

Con esta adjudicación al indio de los valores del mal¹⁰ se justificaba su matanza en pos del rescate de esos hombres robados a Dios en el desierto por las impuras criaturas. Y sin concebir lo ominoso de este hecho, los regentadores de la nación argentina, adheridos a sus progresistas ideas en torno a su contrucción del país, en realidad, estaban ayudando a edificar lo que para Sábato sería el principio del Apocalipsis, el comienzo del fin, pozo sin agua dialogante que recoger en su fondo, de lo que hubiera podido ser el país argentino. Estaban decretando la extinción de aquella vida, alma auténtica y real americana que hubiera podido integrarse en la vida cotidiana de la sociedad argentina evitando su tendencia a la autodestrucción.¹¹

indígena, se justificará el porqué de su demonización y la conquista de su ámbito afectado de maldición, el desierto, como justa venganza por los crímenes cometidos impunemente contra la cristiandad. Crímenes que, inteligentemente Echevarría entroncará con la lejana historia de Martín Gándía pues, exactamente, una cruz en medio del feroz anonimato de una tierra hostil ante la que los errantes viajeros occidentales se postrarán, será el único resto que perdure del cuerpo de María, del contacto de Occidente con los carnívoros aborígenes americanos, subrayando implícitamente que ha llegado, al fin, el tiempo de acabar con este horror que condena a los elegidos por el mismo hijo de Dios a llevar su mensaje al mundo a ser cautivos de unas desperdigadas tribus de salvajes herejes: “Cuando el cautivo cristiano/ se acerca a aquellos lugares,/ recordando sus hogares,/ se postra a hacer oración/ Fama es que la tribu errante,/ si hasta allí llega embebida/ suelta al potro la carrera/ gritando: -allí está la cruz”, en Echeverría, Esteban. **El matadero. La cautiva**. Editorial Cátedra. S.A. Madrid. Tercera edición. 1993, pág., 152.

¹⁰ Frente a la mirada límpida y bella del pacífico cristiano, hijo de Abel y Jacob, quien como un iluminado llevaba en su rostro destellos innegables de la inteligencia divina, el indio no tenía ojos, no tenía mirada, apenas un rasgo bestial y una lanza y bocas amenazadoras, huía de toda concepción humana de la existencia y su olvidado nombre no era más reflejo que de su encarnadura diabólica: “Cuando el rostro se desdibuja, cuando los rasgos de rostridad desaparecen, podemos estar más seguros de que hemos entrado en otro régimen, en otras zonas infinitamente más silenciosas e imperceptibles en las que se producen devenires-animales, devenires-moleculares subterráneos, desterritorializaciones nocturnas que desbordan los límites del sistema significante”, apuntarán Delleuze y Guattari intentando vislumbrar las maneras a través de las que la cultura occidental va desposeyendo de sus rasgos y demonizando a sus distintos chivos expiatorios. A modo de ejemplo novelado para comprobar la animalización de los rasgos del indio, basta este diálogo entre Brun y Gorbea, dos de los personajes de la novela de David Viñas, **Los dueños de la tierra**, en que comparan la caza del indio con la del guamaco: “- ¿Como si fueran guanacos? – Como si fueran guanacos o cualquier cosa –había asegurado Brun-. Lo importante es amontonarlos”, en Viñas, David. **Los dueños de la tierra**. Editorial Galerna. Buenos Aires. Séptima edición. Julio de 1970, pág., 11.

¹¹ A este respecto, pocos ejemplos tan aleccionadores como la construcción de la famosa zanja de Alsina. Ante el absurdo de esta terrible zanja –pensada para defenderse de las invasiones de los indios- construida por el ingeniero francés Alfred Ebelot, y que, de todas maneras, como tantos edificios arquitectónicos programados en la Argentina, no llegó a levantarse del todo, Saer nos dice: “La zanja de Alsina no sólo previó **De la construcción de la muralla china**, sino incluso **El castillo** y **El proceso**. El nepotismo, la burocracia y la especulación retardaron varias veces sus comienzos y, semejante en eso al universo en expansión (del país

Así también lo entendería Masilla en ese íntegro viaje que realizara a las raíces de la semilla americana del que nos quisiera dejar sincero testimonio novelado, **Una excursión a los indios arauqueños**, advirtiéndolo a sus contemporáneos que con el asesinato de los aborígenes comenzaba a alejarse, en realidad, la última esperanza de construir un puente, diálogo plural y fecundo entre variadas y diversas culturas que pudiera hacer surgir en las estepas calcinadas por el odio de la Argentina, la luz reverdescente de la antigua Jerusalén. Pues, tal y como indicara el autor argentino, en verdad, aquellos indios mostraban con sus actos la verdad de la ley del amor de Cristo tantas veces predicada y, salvo excepciones, muy pocas veces realizada por la cultura occidental en América. Y el ejemplo de su vida en sociedad, amparada en el reino del espíritu, en su inmersión intuitiva con el espacio americano que habían habitado durante siglos, representaba la antítesis, el freno, la parálisis ideal a la canibalesca, autodestructiva historia de Baistos y su hermano, siempre situada en el centro mismo de la historia civil de la sociedad argentina:¹² “Estos bárbaros (...) han establecido la

argentino) su conclusión queda relegada a un futuro hipotético”, en Saer, Juan José. **El río sin orillas. Tratado imaginario**. op.cit, pág., 147.

¹² Sin embargo, como ha destacado David Viñas en **Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar**. Ediciones siglo veinte. Buenos Aires. 1971, págs., 30 y 31, este pretendido viaje a la semilla original americana de Mansilla, en realidad, debido a las fechas en que se produjera (la década del 70), pudiera ser considerado como un rasgo de snobismo, proselitismo intelectual de parte del autor, necesitado de diferenciarse de sus contemporáneos en un gesto estéril que no oculta que el camino de regreso a la civilización está para Mansilla ya marcado: “Se presiente que el descenso a los infiernos tenía el camino de regreso marcado: nadie se perdía en el desierto de 1870, la cartografía ya era mucho más experta que la epopeya. Su “campana” realmente no es más que una flexión de su viaje general consumidor, una “excursión” de ida y vuelta que le permite instaurar su universalismo como participación de “marqués en París y guamarí en el Paraguay”, “Se trata del mecanismo de la gloria que en lugar de operar con el tiempo utiliza la distancia para ser vistos brumosa, mítica, idealmente por los ojos de la ciudad que ya no es futura, sino distante”. Pues Mansilla no puede evitar, para Viñas, seguir calibrando la experiencia aborigen en torno a las preconceptualizaciones occidentales sobre el aborigen –en este caso procedentes del tronco ilustrado cuyo mayor exponente sería **El buen salvaje** de Rousseau– que, en muchas ocasiones, ayudan a seguir perpetuando un rancio humanismo, operan como un lavado de conciencia de la cultura occidental que, en definitiva, únicamente desacelera o produce la ilusión de frenar durante unos momentos (que, por ejemplo, en el caso de la experiencia jesuita abarcarían más de un siglo) su instinto depredador. Por eso, nos dice Viñas, en realidad, el viaje de Mansilla parece “un salto en el vacío”: una andadura anecdótica y sintáctica, breve, dura y jadeante; una literatura de hombre a caballo. “Llegamos”, “salimos”, “avanzamos”, “tropezamos”, “cruzamos”, “efectuamos”. Es decir, se conforma como la errante literatura de un caballero de la cristiandad asido a su caballo buscando un nombre que ha perdido para siempre intentando encontrar un paraje en el que detenerse sin poder conseguirlo, con la creencia inhóspita –que le lleva a buscar la amistad indígena –que en aquellos otros hijos sin nombres

ley del Evangelio: hoy por ti, mañana por mí, sin incurrir en las utopías del socialismo; la solidaridad, el valor en cambio para las transacciones, el crédito para las necesidades imperiosas de la vida y el jurado civil; (...) Es lo contrario de lo que sucede entre los cristianos. El que no tiene hambre no come si no tiene con qué”.¹³

Pero, para conseguir imponer sus dictados, los coléricos profetas de la fe judeo-cristiana, tuvieron, a su vez, que abolir a otro ser fundamental para concebir hasta entonces la verdadera fisonomía del país. Aquel hombre que rondaba por el desierto y cuyo nombre poseía los atributos que deseaban desterrar. Sin el cual no podían realmente concebir una tranquilidad y alzar las torres abstractas de su fe concebida a partir de la fuerza de su espada.

Sugieren Delleuze y Guattari que en el ritual catártico por el que se intenta purificar a las sociedades monovalentes de sus elementos alógenos y se cometen los asesinatos expiatorios que purgan los males de la sociedad, al sacrificio del primer chivo expiatorio le sigue la expulsión del tronco social de la “civitas” de un segundo¹⁴: “El rito, el devenir -animal del chivo expiatorio lo muestra perfectamente: un primer chivo expiatorio es sacrificado, pero un segundo chivo es expulsado, enviado al árido desierto”.¹⁵

Si es cierto que, en un principio, podría pensarse llevando la reflexión de Delleuze y Guattari al ejemplo histórico del país argentino (una vez que el primer chivo expiatorio expulsado de la “civitas” argentina ha de ser considerado el

que fueran los indios podría encontrarlo. Pues, en suma, Mansilla era hijo de la cultura que había violado y robado su verdadero nombre ancestral a los indios araqueles.

¹³ Mansilla, Lucio V. **Una excursión a los indios araqueles**. Tomo II. Centro Editor de América Latina.S.A. Buenos Aires. 1967, pág., 145.

¹⁴ Para los teóricos franceses, este chivo expiatorio estaría compuesto de “todo lo que ha resistido a los signos significantes, todo lo que ha escapado a las constantes referencias del signo a través de los diferentes círculos”, y encarnaría “todo lo que desborda el círculo más exterior” siendo finalmente “la línea de fuga que el régimen signifiante no puede soportar, es decir, una desterritorialización absoluta que ese régimen debe bloquear o que sólo puede determinar de manera negativa, precisamente porque excede el grado de desterritorialización, por muy elevado que éste sea ya, del signo signifiante”, En Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. **Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia**. op. cit., págs, 121 y 122.

¹⁵ *Ibíd*, pág., 121.

derrotado ejército federal), que este segundo chivo expiatorio expulsado al desierto podría ser identificado con el indio, en realidad, esta aserción no debería ser considerada como válida. Pues ese espacio desértico como muchos otros ámbitos naturales (las escarpadas montañas del norte argentino, la exuberante vegetación patagónica) en vez de ser un refugio en el que camuflarse de una supuesta expulsión de las ciudades argentinas eran su hábitat, espacio y hogares naturales. Y, en realidad, la demonización y despersonalización que del aborigen realizara la cultura occidental había insistido en negarlo, en dotarle de unas “nociones extranjerizantes” tan acusadas y ajenas al sistema, al orden categorial de signos occidental, que las sociedades construídas por gran parte de los europeos establecidos en América nunca llegaron a considerarlo, en verdad, un miembro de las mismas. Todo lo contrario. El indio, el reflejo de sus costumbres fueron elididos de estas sociedades y ciudades con tal exasperación que, en el momento en que se decide vaciar al desierto de su alógena presencia, las mismas, en realidad, no sufren ningún cambio esencial en su constitución. Es decir, el indio no muere en ellas en el momento en que se decreta su extinción porque, en verdad, ya estaba muerto. Su presencia en las mismas estaba denegada desde la llegada de los conquistadores asidos a la montura de sus caballos y sus armas de fuego. Y únicamente había que esperar el momento exacto en que la sociedad argentina se sintiera mínimamente fortalecida y unida en sus intereses, para desatar la cacería real sobre él, que, exactamente, no significaba sino terminar de concretar la cacería imaginaria que ya lo había exterminado mentalmente algunos siglos atrás. Acaso desde el primer paso que diera Solís en los territorios argentinos o la escritura mito-poética de la historia argentina que construyera Centenera.

Por tanto, a quien realmente se ha ido recluyendo en el desierto es a aquel componente del propio sistema de signos que en un momento dado, al unir su recorrido tangencialmente a la del primer y verdadero chivo expiatorio que hay que abolir de la ciudad (el monstruo cainita federal), rebasó la legitimidad y la normatividad del partido político que habría de imponerse (el rostro sereno del Abel unitario) y poseyendo muchas de las características de los dos regímenes, finalmente, ha de ser arrojado al desierto hasta su posterior exterminio si los rasgos que

prevalecen en él son partícipes, afines de los del primer chivo expiatorio o pueden cuestionar el esfuerzo del autoritario sistema de signos recientemente implantado.

Y en una Argentina centrada en esconder las heridas de su exilio y fortalecer sus estrías gracias a la dictadura poderosa de sus nuevos gobernantes que, como profetas pretendían dotar de un estatuto paterno, poderoso, temible y deseable a la patria, el gaucho debía ser el siguiente chivo expiatorio.¹⁶ Más aún, si se entiende que su poder se fortalecía sobre todo en el control de la tierra y en los réditos que de las actividades agropecuarias, de la ganadería y las rentas que de su comercio exterior podían obtener y que el gaucho y su actividad trashumante, como supiera entender Jorge Luis Borges, pudiera cuestionar, poner en entredicho su pretendido dominio absoluto sobre estos parajes: “El rasgo diferencial del gaucho está en el ejercicio cabal de un tipo primitivo de ganadería” y “basta repasar el **Martín Fierro** para saber que es el poema, no de la Pampa, sino del hombre desterrado a la Pampa, del hombre

¹⁶ Una sencilla y necesaria explicación, necesaria para comprender históricamente cómo se desarrolla la progresiva enajenación de gaucho, podemos encontrar en la página web www.patagoniachallenge.com: “La forma de vida de los gauchos experimentó un profundo cambio a medida que una parte cada vez más extensa de la pampa pasó a manos privadas. A partir de finales del siglo XVIII, se concedieron grandes extensiones de tierra a hombres poderosos de Buenos Aires, a menudo como una forma de conseguir su apoyo político. Por sus costumbres anárquicas y demasiado independientes, los gauchos aparecieron como un obstáculo para el desarrollo de la tierra. Se fueron imponiendo cada vez más restricciones en su vida, con el fin de someterlos a la autoridad y ponerlos al servicio de los nuevos terratenientes.

Pero la tierra no fue lo único que pasó a manos privadas, sino también las reses y los caballos que se encontraban en ella, con lo cual resultaban inaccesibles para estos jinetes solitarios. De pronto, se colocó a los gauchos en la posición de intrusos y cuatros al mismo tiempo. Así, se equiparó su situación con la de las tribus de indígenas que quedaban. Su reputación empeoró.

Ante un conflicto de intereses tan evidente, se tomó una resolución que, como era previsible, resultó favorable a los terratenientes, se vallaron los campos y, como los gauchos no tenían a nadie que los representara, se los puso a trabajar al servicio de los estancieros. Sus habilidades se aprovecharon para rodear el ganado, marcarlo y mantener las manadas, a cambio percibían un sueldo miserable. Sin embargo, los gauchos conservaron su orgullo. Se negaron a trabajar si no era a caballo, ya que ir a pie se consideraba la máxima degradación. Las tareas cotidianas, como cavar zanjas, reparar vallas y plantar árboles, solían hacerlas los inmigrantes que llegaban de Europa cada vez en mayor número. A medida que se abrían nuevas oportunidades de exportación a los mercados europeos, aumentaban las extensiones de tierra que se destinaban a la agricultura. La actitud rebelde de los gauchos dejó las plantaciones y las cosechas en manos de los inmigrantes.

No obstante, cuando se instalaron alambradas ya no hacían falta tantas personas para guardar las manadas, esto, unido al incremento de la agricultura, aumentó las dificultades de los gauchos”.

rechazado por la civilización pastoril centrada en las estancias como pueblos y en el pago sociable”.¹⁷

Es por ello que el gaucho (vocablo procedente de la expresión quechua “huachu”, que quiere decir huérfano o vagabundo) cuyo nombre ya indica una orfandad y por tanto una invalidez primera que no se quiere asumir y que es denegada inconscientemente y con radical ceguera en los primeros años de nacimiento de la nación argentina, era otro de los rasgos cruzados e impuros que los nuevos sacerdotes de Yahvé debían anular, dominar y domesticar para conseguir conformar el rostro bello y marcial que se quería conseguir para la nueva nación. Porque el gaucho, inevitablemente, con su vida dedicada a la matanza, comercio de reses y a la preparación de cueros, su condición nómada y desordenada y su actitud de vagabundo, reflejaba ante éstos la verdad de aquel monstruo que habían conformado y en el que no querían ni debían reconocerse: “el salvaje mata a su prisionero, no respeta convenio alguno siempre que haya ventaja en violarlo; ¿qué freno contendrá al salvaje argentino, que no conoce ese derecho de gentes de las ciudades cultas? ¿Dónde habrá adquirido la conciencia del derecho? ¿En la pampa?”¹⁸ dirá de él Sarmiento antes de, precisamente, decretar su exterminio.

En este sentido, la matanza del segundo chivo expiatorio, recluido en el encierro en el desierto, refleja que aquella sociedad no sólo ha condenado al diferente sino a sí misma, al no aceptar los rasgos que comparte y que podrían Hermanarla con la víctima propiciatoria, madera desmadejada del centro simbólico de fuego que el poder impone.

Exactamente, el gaucho con su recorrido solitario, hambriento, en círculo y en zigzag continuo sin verdadero hogar ni granja a la que asirse más que a su galopada continua, le mostraba al judío hambriento de poseer una heredad que era el conquistador cristiano una vez que había salido de su patria sin poder volver a ella, el

¹⁷ Borges, Jorge Luis. **Evaristo Carriego**. Emecé Editores, S.A. Buenos Aires. Quinta impresión. diciembre de 1969, págs. 75 y 78.

¹⁸ **Facundo**. Sarmiento. op.cit, pág., 156.

destino maldito de los que abandonan para siempre su hogar y vienen a implantarse en otro por la fuerza de las armas: estar unidos para siempre aunque fuese en indefinidos círculos sobre sí mismos a la vagancia continua, aquella “indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo”,¹⁹ que encarnase don Segundo Sombra y que como un gesto profético e invocativo reza la más famosa sentencia de la obra que nos legara Güiraldes: “Llegar no es para un resero, más que un pretexto para partir”.²⁰

Porque, efectivamente, el gaucho en su peregrinaje por el desierto de la Pampa era una manifestación de un alma que no podía encontrarse a sí misma, que se recluía en el desierto no intentando buscarse a sí misma sino confrontarse con el espíritu diabólico que conformaba a la sociedad de la que formaba parte, sintiendo el fluir de la sangre que corría por sus venas, su materialidad, como aquello que verdaderamente lo autentificaba y lo hacía argentino, americano realmente. Aquello que lo mostraba heredero, pesadilla de vigilia de aquellos hombres que jamás consiguieron el oro sino la nada y la soledad. Y por ello, en su aislamiento y reclusión en el desierto, apenas puede eludir en las conversaciones iluminadas al fuego de la noche, referirse a una civilización cuyo rostro es mucho más mentiroso que el frío de las noches del desierto, como el **Fausto** de Estalísnao del Campo pusiera de manifiesto: “-Hace como una semana/ que he bajao a la ciudad/ pues tengo necesidad/ de ver si cobro una lana;/ pero me andan con *mañana*,/ y *no hay plata*, y *venga luego*”.²¹

El gaucho ejemplificaba a la perfección el fraccionamiento indeleble de esa conciencia occidental confiada en su capacidad de discernir por medio de la razón cualquier tipo de verdad y enfrentada como el sabio don Quijote a la sinrazón de su viaje hacia ninguna parte. Quien mejor reflejaba el camino sin retorno al que puede conducir una cultura monovalente, cíclope indomable incapaz de observar con

¹⁹ Güiraldes, Ricardo. **Don Segundo Sombra**. Editorial Planeta DeAgostini S.A. 2000., pág., 230.

²⁰ *Ibíd*, pág., 243.

²¹ Del Campo, Estalísnao. **Fausto**. Emecé Editores S.A., Buenos Aires. Argentina. Primera edición. 2000, pág., 29.

claridad las consecuencias de sus actos, empeñada en mirar la realidad siempre desde su único ojo, desde un único punto de vista. Sin padre, amo o creador alguno más que el silencio del desierto permitía visualizar cómo el hombre occidental, queriéndolo o no, se había esclavizado a la tierra conforme la conquistaba o creía que se hacía poseedora de ella. Llevaba en su seno la semilla de aquel Lázaro de Tormes, desamparado por el padre hispánico hambriento de gloria y ciego para sus hijos a los que condenaba a un recorrido por un vaivén continuo e inexplicable de senderos y sentidos que no le consentirían recoger en sus manos un significativo compacto con el que labrar su vida. Y al ser un hombre sin nombre cuyo retiro en el desierto es desesperado y siempre fracasado -intento por recordar el nombre que tuvo en el reino original, en su perdida patria-, señala el destino transitorio del nuevo país, su real composición y problemática que la torre babilónica que se intenta implantar necesita enmudecer.²²

Y es esta cualidad de ser reflejo, zigzag continuo que quiebra el espejo de Narciso a través del que se lo observa rompiendo toda ilusión, lo que decreta la muerte del gaucho y obliga a matarlo. Porque es el hombre en tránsito total, encadenado a su viaje nunca deseado y que sufriendo su castigo mortuorio, refleja la exacta reencarnación de Caín que el modelo agropecuario exportador que los nuevos regentadores del territorio (clamando ahora de júbilo por volver a poseer la tierra como Abel), debe matar antes de que se vuelva como el Caín primigenio hacia ellos y les devuelva con el filo de su puñal una estocada irrevocable.

Porque el gaucho es la sombra que le señala al nuevo Abel que la tierra que dice ser suya es usurpada, que lo quiera o no le reconviene a alejarse de la fundación del nuevo aposento y es quien, descarnadamente, le muestra sin sutilezas al retirarle la máscara de palabras y fuego con la que ha construido su personaje, que él no es sino otro Caín más. Que el prócer y el gaucho son la misma persona. Y que mientras

²² Nos dice, por ejemplo, ese aprendiz de gaucho, errante hombre de la estepa argentina, construido por Guiraldes, refiriéndose con precisión a la impostura de esta actitud occidental en América, el trazado monótono de sus ciudades que apartan de la constitución y vida real americana, antes de partir a su aventura: "Imaginé las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas, divididas monótonamente por calles trazadas a escuadra, siempre paralelas o perpendiculares entre sí".²² Guiraldes, Ricardo. **Don Segundo Sombra**. op. cit, pág., 21

él siga viviendo y dejando un reguero de polvo en el camino del desierto, nunca jamás podrá estar seguro de no ser descubierto, libre de volver a tener que vagar por una tierra desconocida lamentando su condena, asimilado al profético destino de aquel Fierro²³ que dibujase José Hernández: “Él anda siempre huyendo/ Siempre pobre y perseguido/ no tiene cueva ni nido,/ como si fuera maldito;/ porque el ser gaucho... ¡barajo!./ el ser gaucho es un delito”.²⁴

El gaucho, en definitiva, fue un rebelde. Otro de aquellos hombres que se configuraron a partir de un no. No a la hereje fundación de una civilización que, elevando a rango imperial los valores del discurso judeocristiano, no permitía más opción que enfrentarse a la misma, ya sea vencéndola en la lucha armada, o en la más sutil venganza que significaba ser víctima de la misma sin oponerle resistencia.

En suma, el gaucho deseaba que la estepa le dorase con la vida del sol y la luz de una vida auténtica alejada de toda ley y norma, viviendo -aunque fuera de manera degradante- el sueño que no pudieron realizar los antiguos conquistadores. Poder decidir su propia vida y culto antes de que ese nuevo Moisés en forma de civilización argentina viniera a castigarle por su culto panteísta a los dioses de la nada. Cuestionar con su constante cabalgar que imposibilita abarcarlo en una sola mirada y su faz

²³ Un Martín Fierro que, como la etimología de su apellido indica, (hierro), aparece como un Caín perdido, unido a su daga, al filón de hierro con la que ésta ha sido construída en el recorrido sigiloso que realiza por la Pampa, huyendo siempre de los distintos rostros de la ley (Abel), empeñados en reclutarlo para el ejército, demonizarlo o extirpar su simiente, mostrando, por tanto, con extrema sobriedad la composición torcida, esquiva, falsa de la ley en Argentina. Es curioso contemplar que, asimismo, sean el caballo y el cuchillo de hierro, prácticamente, las únicas armas que tendrá para defenderse de estas amenazas. Porque tanto el cuchillo de hierro -que fue el metal entregado por Yahvé a Adán y Eva y más tarde utilizado por Caín para arar la tierra y matar a Abel- como el caballo, fueron dos de los instrumentos más importantes para realizar la conquista americana y exterminar a sus aborígenes. Lo que ahonda aún más en la idea del gaucho, tal y como lo concibieron Hernández y sus seguidores, como contrafigura opuesta al conquistador pero, a la vez, surgida a partir del mismo para mostrarle la verdad que el recorrido gauchesco de Fierro indica: el conquistador era en realidad un hijo de Caín que, conforme unido a su cuchillo y caballo despejaba toda simiente americana a su paso, en realidad, se estaba encadenando a un terrible destino. Esto es, se estaba quedando solo, errante, apartado de toda raíz, girando en torno a una tierra solitaria en la que nunca podría aposentarse y donde las fuerzas extirpadas gracias al dominio de la técnica, a su gobierno sustentado en base a su razón sobre la naturaleza, el mundo animal, habrían de, antes o después, volverse contra él, aniquilando sus ampulosos deseos de construir un nuevo Occidente en América.

²⁴ Hernández, José. **Martín Fierro**. Ediciones Cátedra.S.A. Madrid. Séptima edición. 1991, pág., 157.

doblada, vertical, confín de surcos violentos y la rapidez con que desplegaba su puñal -siempre esquivo para la batalla frontal, homérica- los atributos a través de los que la inteligencia argentina quiso ir construyendo su idílico e irreal santoral de héroes, adalides de la “areté” homérica bella y valerosa en la tierra impura de los salvajes.²⁵

Por esto, su delgadez, su flacidez es venganza y victoria al mismo tiempo. Necesidad de devolver al rostro carnívoro, sediento de carne y comida de la cultura occidental, el antiguo rostro de Baistos que no es sino la verdad de la hereje fundación de esas tierras. Mostrar en la negación que del suministro de alimento hace y su ansia masoquista por negarse a sí mismo, el dolor que genera ver la cena en la que los, así llamados, apóstoles de Cristo devoran la tierra argentina. Dónde y en qué ha acabado el sueño espiritual de los nuevos evangelistas. Refleja el inmisericorde destino que espera a las razas de hombres que han decidido gobernarse a sí mismos y fundar en la palabra que los encadena a este mundo, un mundo sin memoria, olvidado de sí, condenado a vagar por las costas de la memoria para atisbar el origen de una falta incomprensible. Y engendrándose y reproduciéndose a partir de su errancia maldita sin una estancia en la que albergarse, una tumba en la que santificar sus huesos calcinados por el polvo y el sol desértico y desprendido de toda cultura, se forja, aparece como la antítesis de don Quijote, su más temida pesadilla. Pues, si por un lado su recorrido ahistórico y aventurado hace realidad el sueño más ansiado por el Caballero de la triste figura, a quien el peso de la cultura, la historia occidental, de las palabras y las cosas que diría Michel Foucault, no le permite hacer realidad su sueño aventurero más escondido -partir hacia América como tantos de sus compatriotas para enfrentarse a la realidad de los gigantes de los desconocido-, en verdad, la muerte tantas veces anónima del gaucho en el árido suelo del desierto, pone de manifiesto, sin vacilaciones, cuál es el verdadero final de esta aventura: el

²⁵ Sugeriré sin vacilar Sarmiento, atento siempre a su obsesiva idea de implantar el romántico culto heroico occidental en América y a descalificar la figura del gaucho, sin poder percibir el ritual lúdico-animal, casi dionisiaco, que existía en los encuentros gauchescos -hijos sin nombre que se reunían a pelear únicamente para constatar su propia supervivencia, celebrarla- antes de volver a reintegrarse a su destino anónimo, señalando claramente con este gesto la verdad, las raíces profundas a través de las que se había construido la nación argentina: “El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente”.²⁵ En Sarmiento, Domingo F. **Facundo**. op. cit, pág., 51.

exilio, el anonimato, la muerte extranjera en un desconocido lugar para el que somos ajenos y donde nuestros huesos no reposarán jamás bendecidos por la mirada del cura, el barbero, nuestros familiares, de las haciendas labradas durante siglos permitiendo al alma de los caballeros de lo único descansar, al fin, en paz.²⁶ Y, de esta manera, desnuda con radicalidad cuáles son las esquivas, mortuorias y animalescas huellas, raíces en torno a cuáles se ha fundado esa nación argentina que sus gobernantes intentan borrar, extirpar con el fin de imponer a la ciudadanía y al resto del mundo el mensaje que necesitan para imponer su poder sobre las inmensa extensión de tierra situada ante ellos.

Es, por tanto, el gaucho el último canto del cisne a través del que el espíritu cristiano intenta fundir y confundirse aunque sea vagamente con la espiritualidad de América, siendo así la muestra inequívoca de que, aun intentando evitar la repetición de la historia del pueblo judío, finalmente se ha terminado por repetirla. Aunque fuera a través de un camino inverso que acaba en el mismo sendero sin rumbo: la nostalgia, la melancolía y la incapacidad de aceptar las bondades y las oportunidades que la caída en América trajo consigo a los occidentales. Como, por ejemplo, lo entendiera Manuel Baigorria en ese viaje casi apocalíptico que lo encontrara perdido entre los restos de las últimas tribus que quedarán en Argentina en el siglo XIX, huyendo de la opaca construcción de la nación argentina en busca de la americanidad para, finalmente, encontrarse frente a frente con el melancólico destino que su viaje invocaba, la incapacidad, la imposibilidad de volver a recuperar la patria original, la triste fatalidad de su pérdida: “cuántos pensamientos asaltaban su tierno y dolido pecho vagando de conjetura en conjetura, como le sucede a todo errante. (...) en estos tiempos y algunos días en particular al desaparecer la luz del día, su espíritu

²⁶ Aspecto este último al que volveremos a referirnos para una mejor comprensión del sentido que a la epopeya de Lavalle concede Sábato en **Sobre héroes y tumbas**, y que será esencial para comprender el porqué del heroico esfuerzo realizada por los anónimos soldados del ejército de Lavalle, empeñados en que su cuerpo descansa en paz bajo los cimientos de una tumba que ha de ser respetada y que funde los primeros parámetros reales de convivencia en la sociedad argentina, más allá de los distintos puntos de vista y posturas que puedan sostener sobre un determinado hecho una figura sus ciudadanos.

se abatía, recordaba de su país; recordaba de quien había sido y quien era en la actualidad, triste”.²⁷

De esta manera, el exterminio del gaucho pone de manifiesto una omisión que subyace en toda cultura monovalente y, por tanto asida al acto suicida de Narciso: olvidar que en el gesto de Narciso hay no sólo una aprensión de amar un reflejo ideal. Existe también una necesidad de ser nombrado por éste. De ser compartido. Amado. Que cuando Jesucristo quiso asumir su destino, buscó otro hombre que pudiera concederle un nombre con el que poderse ligar a la comunidad social a la que pretendía pertenecer, pues el gesto supremo de la revolución que proponía no era sino el de edificar la vida centrada en el compromiso hacia el resto de la humanidad y ésta no podía cumplirse sin participar de un nombre común a ésta, gracias al cual volver a fundar la palabra renovada y siempre en verso del amor. Porque el imponente silencio de la pampa descomunal que alberga al gaucho, santifica a los perdedores aún más que a los vencedores. Desubica la posible santidad de la hipotética Tierra Prometida. Y la muestra extraña y desconocida, expropiada de sus auténticos frutos y vacía por el extorsionante robo cometido a las entrañas de la tierra.

Es precisamente por estos rasgos que sostiene el gaucho en su cabalgar y que lo forjan emigrante perpetuo en los confines extranjeros de la vida, al ser un símbolo aglutinador de los rasgos de la argentinidad en su conciencia pasajera y desaforada, su rasgo y estirpe cainita, que asesinarlo supone negar la esencia real de quienes finalmente se hicieron con el país, la capacidad de regeneración de la nueva tierra prometida y preparar los torreones afilados en los que se decretará la asfixia y la postración de los futuros habitantes de Argentina, auténtica realidad, verdad y raíz de aquel país, una vez negada desde sus comienzos su esencia indígena: los emigrantes.

Como nos sugiere María Rosa Lojo, el gaucho únicamente comenzará a recibir honores de símbolo nacional llegando a ser objeto de apropiación de aquellos

²⁷ Baigorria, Manuel. **Memorias**. Ediciones Solar S.A. Venezuela y Librería Hachete S.A. Buenos Aires. 1975, pág., 12

que lo exterminaron, figura inofensiva, atributiva del carácter autóctono del país²⁸ a finales del siglo XIX, cuando el nuevo chivo expiatorio sobre el que los patriarcas de Argentina fomenten su dominio sobre el país esté introduciéndose en hornadas masivas, en entristecidas y masivas embarcaciones procedente de Occidente, pretendiendo aposentarse aunque sea en un pequeño terruño que pueda considerar suyo: “el inmigrante es un intruso. Viene a robarle su lugar al gaucho. O por lo menos, a cuestionar su modo de vida. Suele quedar en ridículo”,²⁹ nos dirá de los frustrados intentos de los nuevos emigrantes por arraigarse en la nueva tierra y huir de su condición nómada, Pedro Orgambide.

Y es en este desprecio al nuevo emigrante que viene, reflejo descentrado del gaucho que fue, donde asistimos, finalmente, a observar otro de los recónditos sentidos del mito babélico, a través del que se construye la torre babélica del aislamiento argentino, edificada con los ladrillos del resentimiento, la avaricia y la necesidad de aquellos que fueron antiguos emigrantes en otros siglos de vengarse de su propia reclusión en tierra extranjera; la necesidad y el deseo de imponer sus deseos sobre esta nueva Tierra Prometida que había de pertenecerles a ellos y en el que todo aquel hombre nuevo que quisiera implantarse en ella debería someterse a los dictados

²⁸ Nos indica María Rosa Lojo: “Al cerrarse el siglo XIX (...) el “bárbaro” gauchesco, cuya matriz está en **Facundo**, es promovido a fundador de la nacionalidad, a “genio de la tierra”. Determinados clichés, idealizaciones elegíacas, gracias de payador, pilcas de paisano paquete en día de yerra, transformarán al desdichado marginal hernandiano, a los fugitivos de Mansilla, en cuasi decorativos “padres de la tierra”, custodios de las tradiciones rurales que, aderezadas for export, identificarán cierto lugar argentino en el planeta” Lojo, María Rosa. **La “barbarie” en la narrativa argentina. Siglo XIX**. Ediciones Corregidor, Buenos Aires. 1994, pág., 182. A este respecto, nos refiere Roberto Arlt de la manipulación y domesticación que de la figura del gaucho harán los distintos gobiernos argentinos en sus **Aguafuertes porteñas**, Editorial Losada.S.A. Segunda edición: septiembre 2003, pág., 102. “Cuanto todos creíamos que el gaucho estaba enterrado y embalsamado por “secula seculorum”, he aquí que nos lo resucita el ambiente moderno ¡y con qué intensidad!. Le dejaré la palabra a mi amigo el poeta Novillo Quiroga, de quien es lo que va a continuación: Se está incurriendo en un lamentable abuso del calificativo “gaucho”. Se le aplica con ligereza y arbitrariedad desconcertantes. Así, gaucho es cualquiera en nuestra peregrina Babel, aunque su apellido, su físico o su actividad trasciendan a cosa absolutamente inversa”. (...)Y nos vuelve a decir Roberto Arlt: “La única explicación que tiene el calificativo de lo gauchesco se explica en este afán de nacionalismo al cuete, fomentado en las actividades que menos tienen que ver con el gauchaje o con lo gaucho. Sería buena hora de que se terminara con el gaucho”. *Ibíd.*, pág., 103.

²⁹ Orgambide, Pedro. **Ser argentino**. Temas Grupo Editorial. Buenos Aires. noviembre de 1996, pág., 55.

que ellos decidieran, pues para ello habían sido elegidos para dominar el país tras siglos de opresión.³⁰

Porque si atendemos a la perspectiva desde la que nos es contada el mito que no es otra que la hebrea, pareciera que la bendición de la pluralidad y heterogeneidad de los lenguajes hubiera de ser tomada como un castigo que refrendase la necesidad de seguir invocando a Israel como aquel único pueblo elegido al que únicamente le es concedido buscarse y encontrarse en el lenguaje secreto que, finalmente, podrá nombrar a Dios y hacerle uno con Este, igual a su poder y fuerza. Pero si comprendemos que el mito babélico es narrado en un momento en que Israel está condenado a la esclavitud en Babilonia, se encuentra oprimido y vejado fuera de su patria en un exilio sin nombre y lamentado en infinitos llantos, sentiremos, podremos encontrar una interpretación más ajustada y exacta al texto bíblico. Pues que Yahvé condene a aquellos hombres que sojuzgaban al pueblo de Israel obligándolos a hablar lenguajes distintos a través de los que los obliga a la incomunicación, supone dejar espacio libre al pueblo de Israel para que, desde su lenguaje intransferible y el resentimiento de su errancia que no le permite poseer tierra alguna, unifique sus esfuerzos y luche contra todos aquellos que se opongan a la matriz divina de su lenguaje y cultos, desterrándolos para siempre de la Tierra Prometida. O la entrada y

³⁰ Comenzando a trazar un pensamiento que, aunque desarrollaremos ampliamente en la segunda parte de este libro, sí que parece importante comenzar desde ya, a mostrar las motivaciones objetivas que degeneraron en el comportamiento despectivo de la dirigencia argentina a los nuevos emigrantes y que generaron el gran conflicto que partirá en dos a la Argentina del siglo XX y del que surgirá y se forjará, en gran parte, la apocalíptica obra de Sábato: "Las clases altas tradicionales y criollos actuaron en oportunidades como una suerte de alianza objetiva frente a la amenaza del inmigrante, quien venía a la conquista de un espacio social-económico y en menor medida político. Esa conciencia de clase, o aun de casta, no es más que un aspecto manifiesto de la distribución del poder social. Para sus miembros, la oligarquía Argentina se caracteriza por su perfecta e indiscutible legitimidad. Los otros grupos sociales, particularmente los de origen inmigratorio comparten generalmente esta opinión. Nadie se le puede disputar la preeminencia a los descendientes de los fundadores de la Argentina moderna. Ella es la elite única y natural" que condujo al país a la prosperidad y que lo reveló al mundo. Herederos de los padres fundadores, los "patricios argentinos" –como gustaban hacerse llamar– consideraban que tenían derecho de manejar el destino del país. En efecto, el inmigrante sólo era un visitante, debía saber conservar su lugar y aceptar la suerte que tuviera. (...) Los recién llegados descubrieron un país que poseía una cultura, una organización política, antiguas estructuras sociales u sobre todo un grupo dirigente emprendedor que apelaba a la inmigración para servir a sus propios intereses. La yuxtaposición de rasgos culturales criollos y extranjeros constituyó la principal característica de esta "sociedad en transición". La sociedad argentina pronto quedó dividida en dos: los

ocupación de cualquier territorio que se piensa que deba pertenecer al único pueblo que, finalmente, ha sido vengado por la aparición de Yahvé, condenando al resto a la disgregación y permitiéndole enraizarse a él en cualquier espacio donde la colérica y celosa voz de su Dios pueda ser adorada. Aunque esto suponga el derramamiento de sangre de quienes antiguamente eran sus propietarios, auténticos herejes incapaces de arrodillarse ante él y sumidos en la locura de levantar aquella torre de Babel cuya destrucción ante todo convalidaba que el rencor del expatriado judío pudiera verse recompensado permitiendo auspiciar el sueño de su futura dominación sobre una tierra prometida, alejada de todo contacto y religiones herejes o extranjeras.

patricios por un lado y los inmigrantes por el otro”, en la página web www.comunidad.com.ar.

I.7. LOS GAUCHOS JUDÍOS

¡Cantad judíos a la Pampa!
Mocetones de ruda estampa
Dulces Rebecas de ojos francos
Rubenes de largas guedejas.
Patriarcas de cabellos blancos
Y espesos como hípicas crines.
Cantad, cantad Saras viejas
Y adolescentes Benjamines
Con voz de nuestro corazón
¡Hemos encontrado a Sión!

Rubén Darío. **Canto a la Argentina.**

“Judíos errantes, desgarrados por viejas torturas, cautivos redimidos,
arrodillémonos, y bajo sus pliegues enormes, junto con los coros
enjoyados de luz digamos el cántico de los cánticos, que comienza así:

Oíd, mortales”.

Buenos Aires, año del primer Centenario Argentino.

Antes de trazar las características esenciales de la emigración argentina que comienza a invadir el país a partir de 1860 y que será fundamental para comprender las raíces en donde se arraiga la obra de Ernesto Sábato para diagnosticar su particular radiografía del hombre contemporáneo, es sugerente seguir el curso simbólico de una historia que aparece como un epílogo justo con el fin de permitir concebir circularmente la construcción de la torre solitaria de su fe por parte de la oligarquía, la clase dominante argentina.

Para ello es interesante revisitar esa interesante obra a través de los que se vierte una honda declaración de amor a esa Argentina que pudo ser (promesa utópica de nación constructora de un “ara” propio), que es **Los gauchos judíos** (1910) de Alberto Gernunchoff, basada en el excepcional caso de la comunidad judía (que formaba parte de un contingente mayor que consiguió asentarse igualmente en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe) que vino a enraizarse en la provincia de Entreríos, desarrollando una vida agrícola que permitió la evolución de la vida de la región. No sólo porque en la misma podemos asistir a una diabólica mirada especular que lleva a confrontar amistosamente a estos judíos laboriosos y pacíficamente

asentados al fin en la hipotética Tierra Prometida argentina, con esos antiguos y egregios caballeros hispánicos que son los errantes gauchos argentinos, en trance de ser domesticados, dibujados por Gernunchoff, en una metáfora real de insondables resonancias cruentas, míticas, paradójales. También nos interesa porque teniendo en cuenta la profesión que vendrán a ejercer estos judíos en Argentina, la agricultura y el trato que a muchos de los integrantes de su pueblo se les otorgará por parte de las clases burguesas de este país a finales de siglo, podremos comenzar a trazar las coordenadas de la lucha que delimitará a los dos personajes principales, símbolos esenciales que, a nuestro juicio, componen la columna vertebral de la lucha de clases establecida en el país argentino en el siglo XX: Caín y Abel.

Si observamos las fechas en las que se produjo esta emigración, (entre el final de la década de 1880 y mediados de la siguiente)¹ comprenderemos que la misma se produce en un momento en que la nación argentina se siente fuerte, poderosa, moderna, bajo el exterminio de presencias alógenas que gracias a las presidencias de Roca y, más tarde las de Pellegrini o Juárez Celman, ha permitido que las clases terratenientes del país -descendientes la mayoría de ellas del antiguo sistema de orden colonial- puedan ahora gozar y conformar el país a su gusto. De este modo, el país se encuentra asistido por el proyecto real de una línea de ferrocarril que unirá el país de norte a sur y una prolija maquinaria agrícola que supuestamente sembraría, al fin, el maná concedido a la blanca raza de los justos. Asimismo, ha acabado con casi cualquier signo de la amenaza aborígen (el saldo, por ejemplo, de la primera campaña de Roca fue de 15.000 indios tomados prisioneros, 1.313 muertos y 15.000 leguas cuadradas incorporadas al territorio argentino). Y además ha terminado de domesticar

¹ Se nos indican en la página web www.comunida.ciudad.com.ar en **Historia argentina del siglo XIX. La era liberal**, algunas causas que puedan ayudar a despejar las dudas en lector del porqué se produjo esta emigración: “1) La necesidad de Argentina de integrarse al Mercado Europeo. 2) La situación inversa con respecto a las necesidades Argentinas y Europeas. 3) Argentina necesitaba mano de obra, como consecuencia del proyecto de expansión del sector agropecuario; y Europa liberaba mano de obra, como consecuencia de la tecnificación del agro y la Segunda Revolución Industrial. Se contaba con una zona muy apta para la explotación agropecuaria: La Pampa húmeda, cuya explotación requería mano de obra y capitales, escasos en nuestro país. 4) La política de la generación de los '80 de transformar el país a la imagen Norteamericana, por la política industrial del anglosajón, y Europea, por sus ciudades modernas y bien estructuradas”.

a la figura del gaucho y (a diferencia del resto de Hispanoamérica) no se encuentran prácticamente individuos de raza negra en sus territorios, lo que permite validar la orgullosa imagen de un país conformado según el modelo europeo formado únicamente por individuos de la supuesta “raza superior”.² De esta manera, Argentina se presentaba ante el mundo como una nueva Christiania, dispuesta a acoger a todo tipo de personas que quisieran incrementar la gloria de la nación, nueva Tierra Prometida que bendeciría en sus tierras a todos aquellos huérfanos procedentes de Occidente que desearan encomendar un nuevo rumbo a sus vidas.

No es extraño que, ante estas perspectivas, muchos judíos añorando el recuerdo de la siempre negada y ya tan lejana promesa de la tierra prometida, observaran Argentina como una oportunidad de salir de su eterno exilio: “-Ya veréis, ya veréis! Es una tierra donde todos trabajan y donde el cristiano no nos odiará, porque allí el cielo es distinto, y en su alma habitan la piedad y la justicia”.³ Así lo muestra Gernunchoff, observando la ilusión que tendrían aquellos judíos por

² Lo que no deja de ser otro de los grandes mitos falsos contruidos en la Argentina, gracias al interés y los beneficios que este hecho podrían reportar a las clases dirigentes del país. De hecho, como se nos indica en una aseveración realizada por en la página web www.lavision.com.ar basada en los estudios de la genetista argentina Laura Fegelman, ratificados por Eugenio Zaffaroni, titular del Inadi (Instituto contra la discriminación, la xenofobia y el racismo): “ En realidad, se calcula que hoy, los afrodescendientes en Argentina son entre 1.500.000 y 1.800.000, casi el 5 por ciento de la población total del país (si a esas cifras se les sumasen mestizos y amerindios, el porcentaje ascendería al 15 por ciento).”

Ciertamente, la muerte de un gran porcentaje de las personas de raza negra utilizadas como esclavos en la conquista y luego como chivos expiatorios en la guerras de la independencia o las que enfrentarían a unitarios y federales, no pudo exterminar esta raíz mucho más extendida en el resto de países de Hispanoamérica. No podía ser así, cuando se entiende que los africanos usados como esclavos para la realización de la Conquista también habían sido desterritorializados de su hábitat natural y que al haber perdido también su nombre, su sangre haría de mezclarse, aunque fuera gracias a los procedimientos de un parto impuro, con los de muchos de los hijos del exilio procedentes de Occidente, produciendo el caso singular del mestizo argentino.

Únicamente, que una gran mayoría de los pocos que pudieron subsistir a las duras experiencias a las que tuvieron que sobrevivir en el siglo XIX, fueron confinándose en los lugares más alejados del extrarradio bonaerense, los barrios de Matanza, Moreno o Merlo, como si nunca hubieran existido, y aquellos pocos que llegaron en la primera parte del siglo XX habitarían alrededor de los puertos de Dock Sud, Ensenada, Rosario o Campana, viviendo una suerte de destino anónimo como trabajadores de carga cuya influencia sobre la “aparentemente” reluciente sociedad argentina fue mínima, además de socabada por parte de los distintos gobiernos y mandos de las localidades.

³ Gerchunoff, Alberto. **Los gauchos judíos**. Centro Editor de América Latina. S.A. Buenos Aires. 1968, pág., 8.

desterrar su congénita maldición desterrada y conseguir ubicarse en un lugar en el que, al fin, ser respetados: “cuando(...) (se) me anunció la emigración a la Argentina, olvidé en mi regocijo la vuelta a Jerusalén, y vino a mi memoria el pasaje de Jehuda Halevi: Sión está allí donde reina la alegría y la paz. A la Argentina iremos todos y volveremos a trabajar la tierra. (...) Si volvemos a esa vida retornaremos a nuestra existencia anterior.”,⁴ nos dice uno de los personajes de su novela antes de partir con rumbo hacia el país sudamericano.

Efectivamente, Argentina aparecía como un lugar privilegiado con sus inmensos terrenos sin poblar y con su conciencia victoriosa de ser una nación joven que además había vencido sobre su padre hispánico y ahora miraba desde una posición privilegiada el hundimiento sin fin de éste, enfrentado a la pérdida de una de sus últimas colonias en América, Cuba, asistida ahora únicamente por la conciencia desengañada con que sus intelectuales intentaban rescatar los últimos mástiles de su desastre.

Enfrentados a esta ilusoria realidad, los judíos soñaban con el placer y venganza de hacer suya una tierra que un día hubiera pertenecido a España y por la que en parte podían volver a recuperar, aunque fuera metafóricamente gran parte del territorio del que un día se les expulsó, y del que ellos eran legítimos propietarios desde que el nieto de Noé, como quisiera indicar Centenera, llegara por primera vez a la Península Ibérica: “Yo jamás he podido recordar (...) el nombre de España sin que la ira me llene los ojos de sangre y el alma de odio. Quiera Dios, en sus justos castigos, convertirla en una hoguera sin fin, por haber torturado a nuestros hermanos y quemado a nuestros sacerdotes. Fue en España donde los judíos dejaron de cultivar la tierra y cuidar sus ganados”.⁵

Y si en un principio y durante unos años pudieron concebir que este sueño fuera realidad se debió a que los verdaderos deseos que conformaba la dirigencia argentina acerca de la emigración deseada, integrada por los más depurados

⁴ *Ibíd.*, pág., 9.

⁵ *Ibíd.*, pág., 8.

segmentos de la raza blanca que validarían la idea de un país formado por hombres de casta superior,⁶ fracasaron. Este fracaso, unido a la necesidad imperiosa de poblar el país para fortalecerlo y las grandes sumas de capital que podría presuponerse que vendrían al país acompañando a un pueblo siempre acusado de estar arraigado al dinero, al comercio y a sus posesiones son, en el fondo, los que habían permitido que aquellas vasta población judía pudiera finalmente arraigarse en el país.

Pero, al mismo tiempo, serían las razones que permitirían que el sueño de aquellos judíos que fantasearon con habitar al fin la utopía de una vida sedentaria, trabajar en el arraigo en el amor a una tierra extraña (a la que Occidente únicamente se había dedicado a expoliar) que pudieran llamar suya con sus herramientas de labranza, pudiera finalmente desfigurarse en forma de incierta pesadilla.

En efecto, Argentina no había denegado los valores excluyentes y absolutistas que habían formado parte del reino hispánico, los cuales estaban alojados en la raíz del tronco de su formación como país. Al contrario, pues en muchas ocasiones, aun queriendo apartarse de ellos con radicalidad, lo que había hecho en realidad era exaltarlos. Los dirigentes del país necesitaban entonces una emigración fácilmente manipulable y a la que poder explotar de cara a sus intereses económicos y al tiempo que se veía que la pretendida bonanza económica por momentos se diluía, se necesitaba alguien a quien culpar de los atrasos en los esperados beneficios.

Y aquellos judíos, como tantos y tantos de los nuevos emigrantes que venían en las peores condiciones al país aun con un legendario telar de sueños e ilusiones

⁶ En este sentido se manifestaron muchas de las más elevadas voces intelectuales y de rango político de la época. En este caso, destacamos dos sentencias de Otamendi y y I.Ruiz Moreno extraídas de la página web www.revistapersona.com.ar: "Superioridad de la civilización europea sobre otras grandes razas humanas. Por los hábitos democráticos, de asociación, de empresa..., la que proviene de Suiza, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suecia y Noruega" "sin desconocer las grandes condiciones de la raza latina, (...) considero especialmente deseables atraer anglosajones, escandinavos, finlandeses, holandeses, belgas, suizos, alemanes, austro-húngaros, y las provincias francesas y españolas vascongadas... En nuestro país necesitamos más espíritu práctico y disciplina, y dadas las características psicológicas de esas naciones, pienso que el aporte de fuertes contingentes de esas nacionalidades, significará la incorporación de apreciables elementos que actuaran con eficacia sobre nuestra modalidad...".

adheridos a su corazón, no sabían que, en realidad, venían a formar parte de los designios voraces de los nuevos profetas del odio que, habiendo querido vender su llegada con fastos bienaventurados, en realidad se estaba preparando, primero para demonizarlos, y luego gracias a la sensaciones de desprecio que hacían exclamar a las clases aposentadas en la Argentina, usarlos como nuevas piezas de ganado, animales con sombra de personas que los estancieros se dividirían en trabajos malparados y los comerciantes porteños necesitarían para encomendarles los más duros trabajos.

Justamente, el hecho de haber sido acogidos en una tierra nueva donde no tuvieran ningún ascendente antiguo, les endeudaba con la tierra, reforzaba su culpabilidad y les esclavizaba aún más, pues el recién llegado, siempre puesto bajo sospecha, se veía obligado a trabajar a perpetuidad en esa tierra que no era suya, para poder labrarse un sueño a veces imposible de vuelta al origen y pagar con sus esfuerzos la acogida malévola de aquellos cristianos judaizantes que poseían ahora un país de dimensiones exageradas a sus pies.

El pecado cometido por Occidente -pensarse único señor y rey del mundo- les había vuelto a traer a Egipto. Les había conducido a la babilónica Buenos Aires. Un territorio donde habitar un destierro y olvidar su lengua original en beneficio de la lengua única necesaria para construir ese inmenso fortín solitario, castillo de la soledad y torre unitaria que pertenecía únicamente a unas escasas familias aliadas al poder militar. Unas familias que, rodeadas de un simbolismo aristocrático en el interior del país y burgués en Buenos Aires, primaban su propia subsistencia, la fagocitación y explotación de los recursos humanos y económicos de la agricultura o la ganadería, antes que cualquier otra consideración de índole espiritual, humana.

Exactamente, haber repetido el mismo error que la cultura judía -querer imponer su culto a todos los demás excluyendo al resto del cobijo de sus templos- había permitido que el cristianismo occidental hubiera sufrido un castigo en gran parte similar al de este pueblo. Había terminado por depositar como troncos perdidos de un tormentoso naufragio a millares de occidentales en una tierra extraña,

sometidos ahora al escarnio, a la burla y a una esclavitud de carácter moral por aquellos hermanos de sangre que habiendo encallado antes en las costas americanas, ahora presumían de su poderío sin cesar de contar avaramente la enorme cantidad de terrenos que poseían. Lo que permitiría que ya, desde la primera llegada a las tierras americanas, muchos de estos emigrantes que quisieran imaginar a Argentina como la definitiva tierra de libertad –en una actitud que se extenderá de padres a hijos y continuará durante generaciones- soñaran con desvincularse para siempre de la misma, volver a arraigarse en aquellos parajes de los que habían huido sometidos, a la vez, en muchos casos, a unas condiciones de vida inhumanas.

Incapaces de integrarse coherentemente en una sociedad cuyo grado de identidad y raíz disímiles y violentas se sustentaba en la “imago” de una falsa Europa construida bajo la simiente del odio en territorio americano, sin poder llegar a construir un imaginario propio que les proporcionara un sustento espiritual y les ayudara a resistir coherentemente en el día a día, solamente el lenguaje único hispano permitía asistirles coherentemente al observar horrorizados la verdad de su destino: ser un ladrillo, un instrumento más, un signo utilizable por el que los nuevos sacerdotes de Yahvé, auspiciados bajo el angélico rostro de Abel o los distintos rostros de los profetas bíblicos, los utilizaban y manipulaban, más allá de sus más diversos orígenes y lenguajes, para construir una nueva Torre que fuera la envidia de Dios y del Mundo y en el que únicamente ellos impusieran la ley.⁷

⁷ Exactamente, aquel polémico y discutido pensador que fuera José Ingenieros, dentro de sus muchas veces –en una actitud asimilable a la de tantos ensayistas y teóricos argentinos- contradictorias posturas en torno a la sociedad civil argentina supo ver este hecho con claridad, intentando trazar en muchos de sus libros una posible línea de escape que pudiera trazar los cónclaves que permitieran concebir a Argentina como una verdadera nación. Así, en **Las fuerzas morales**, ubicando su mirada en los países europeos para intentar comprender los nuevos procesos y desafíos ante los que se enfrentaba la nación argentina e intentando huir de la línea autoritaria que pudiera provocar en el futuro una matanza en la Argentina y ampliar más la descomposición de sus heterogéneos vasos sociales, señalará: “Cuando pueblos heterogéneos se encuentran reunidos en un mismo Estado, los vínculos morales pueden faltar y la unidad es ficticia mientras hay un subyugamiento. No existen ideales comunes a los opresores y a los oprimidos, a los parásitos y a los explotados. La autoridad no basta para imponer sentimientos a millones e hombres que cambian de nacionalidad”⁷ Ingenieros, José. **Las fuerzas morales**. Ediciones Fausto. S.A. Buenos Aires. Junio de 1998, pág., 115.

Ley que siempre sería la de la ganancia fácil, la del dinero, que va a conducir, cuando se produzca el desplome de la bolsa de Buenos Aires en la última década de este siglo, a culpar finalmente de la misma -por mor de un irracional y mimético comportamiento antisemita heredado del padre hispánico, de los países europeos-⁸ a los judíos que se habían establecido en Argentina como causantes de la misma. Todo ello quedará expuesto por varios de los personajes de **La Bolsa** de Julián Martel: “La pobreza es un mito, un verdadero mito entre nosotros. (...) me inspiran recelo (...) los judíos, que empiezan a invadirnos sordamente, y que si nos descuidamos acabarán por monopolizarlo todo”,⁹ “la América, y especialmente la República Argentina, está amenazada del mismo peligro... ¡Es preciso precaverse! (...) La prensa no se preocupa de los judíos, ni sabe que la suba del oro se debe a sus maquinaciones endiabladas (...) ¿qué me dices del prestamista judío, de ese pájaro negro del comerciante honrado?”¹⁰

Actitud esta que, a finales del siglo XIX, terminaría de cerrar el círculo que mostraría, sin ambages, el cariz bárbaro, cegado que había caracterizado a la nación argentina desde sus inicios y con el que Ernesto Sábato habría de enfrentarse desde su nacimiento. Ya lo diría Jean Paul Sartre, décadas más tarde, en palabras que Sábato habría de suscribir para su país natal y que con tanta precisión se ajustan a la

⁸ Nos señala Hannah Arendt en **Les origines du totalitarisme. Sur l'antisémitisme**. Traduit de l'anglais par Micheline Pouteau. Éditions Callmann-Lévy. Paris. France. 1973, págs., 31 y 32, (la traducción al español es mía) que –a partir de un pensamiento maquiavélico y equivocado que trataría de evitar profundizar en la causa real, el porqué de la extensión y la prolongación del antisemitismo- el odio hacia el pueblo judío por parte de los miembros de los estados modernos occidentales en cuyo reflejo se miró el país argentino para levantarse como nación, se construyó, en muchos casos, miméticamente y sin justificación real alguna, como parte de un vieja costumbre, tradición irracional que hubiera que mantener: “Las explosiones de antisemitismo no tienen necesidad de explicación especial, una vez que las mismas no son sino consecuencias de un problema eterno; es el mejor de los alivios por todos los horrores. Si es verdad que durante más de dos mil años, la humanidad ha matado a los judíos, entonces la muerte de judíos es una ocupación normal, y el odio a los judíos se justifica sin necesidad de alguna explicación”.Exactamente, Martínez Estrada tenía, por ejemplo, claras las causas y motivos de esta crisis: “La extinción del indio con el despojo liso y llano de sus tierras y haciendas que se reparten como botín de guerra, y la capitalización de la ciudad de Buenos Aires. La crisis que se configura a raíz de esos acontecimientos se manifiesta en el derrumbamiento moral y económico de 1890”, en Martínez Estrada, Ezequiel. **Las invariaciones históricas en el Facundo**. op.cit., pág., 59.

⁹ Martel, Julián. **La bolsa**. Editorial de Belgrano. Buenos Aires. 1981, pág., 44.

¹⁰ *Ibíd*, pág., 129.

faz real de la recién construida nación argentina: “el antisemitismo es la expresión de una sociedad primitiva, ciega y difusa que subsiste en estado latente dentro de la administración legal”.¹¹ O lo que es lo mismo, el antisemitismo -aun y cuando quisiera reivindicarse, justificarse en un odio antiguo promovido contra los judíos por haber sido responsables de romper la convivencia ejemplar entre cultos y razas que un día hubo en la sagrada Jerusalén, o por haber sido motivadores, testigos ejemplares de la muerte de Cristo- en realidad, lejos de poder borrar la antigua falta de la que se acusa al pueblo judío, muestra que se está en camino de repetirla. Y que la nación que condena al pueblo hebreo y su deseo de ser considerado el pueblo elegido, en realidad, desearía ocupar su lugar ante Dios, expansionarse e implantar su culto allá donde fuera sin restricción alguna. Muestra (y siguiendo en esta reflexión a René Girard y su famoso **El chivo expiatorio**)¹² que los cimientos que sustentan la civilización que ha fundado no están contruidos en torno al sentido sacrificial que como un pan sagrado ha de ser reverenciado, vivenciado en la nueva sociedad construida y que responden al más preclaro mandamiento, ya expresado en el Levítico (19,18), que Cristo quisiera añadir a los concedidos por Yahvé a Moisés en el monte Sinaí: amarás al prójimo como a ti mismo. Mandamiento que quisiera legar en un acto cuyo simbolismo no debería escapara a nadie -siendo Cristo hebreo- a su particular pueblo elegido: toda la humanidad.

Lo que se ajustaría sin dudar, como pudimos comprobar anteriormente, a las raíces sangrientas, espurias y alejadas de toda compasión o sentimiento de hermandad que fueran forjando, en un terreno en que lo mítico y lo histórico se confunden a la nación argentina. Llevándola a convertirse, como anteriormente el reino hispánico y, más tarde el país alemán -mirándose reflejado en el ritual de asesinatos, muertes y sangre que prosigue al rastro de Hagen y sus desmedidos ansias por ser el único poseedor del anillo de los Nibelungos- en un carnal monstruo cegado, diabólico, incapaz de respetar o comprender a los diferentes a él.

¹¹ Sartre, Jean Paul. **Réflexions sur la question juive**. Editorial Gallimard. Paris. Collection Folio Essais. Abril., 2005. pág., 84. La traducción al español es mía.

Efectivamente, como nos narrase Gerchunoff en su novela, los judíos, que habían sido ahora de las pocas razas de hombres que intentaron asentarse en el suelo que habían venido a poblar, intentando abolir su destierro para siempre construyendo pacíficamente un “ara” comunal y propio, eran otra vez amenazados de muerte por ese país cada vez más cercano en sus errores y política a aquel reino español que hubiera decretado su definitiva expulsión o conversión al cristianismo cuatro siglos antes. Ellos debían pagar ahora la culpa de que ni siquiera el dominio completo de una tierra permitiera a los guardianes de Yahvé (la clase terrateniente que los gobiernos de Roca, Pellegrini o Celman encumbrasen definitivamente en el escalón más alto del poder político-económico del país argentino) engrandecer aún más su leyenda con el tan ansiado oro.¹³ Cinco siglos después de la referida expulsión de los judíos de la España de los Reyes Católicos, la historia había girado en círculo y parecía haberse vuelto a colocar en su punto de partida.¹⁴

¹² Girard, René. **El chivo expiatorio**. Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama S.A. Barcelona. Segunda edición. febrero 2002.

¹³ Precisamente, cuando se consiguió, finalmente, desubicar de su tierra original al indio y se pudo poseer al fin el territorio deseado, las nuevas tierras incorporadas al patrimonio nacional no pudieron ser destinadas a la colonización, pues habían sido vendidas, en parte por adelantado, para cubrir los gastos de la expedición del general Roca. Esta venta de los territorios del país argentino a las potencias económicas extranjeras ya preludian el desmantelamiento de la nación que se va a ir produciendo en todo el siglo XX, produciendo la paradoja real consistente en que gran parte de las tierras del país no pertenezca a los propios argentinos. A su vez, es de suponer que en esta conquista definitiva del desierto que fuera sufragada con préstamos pudieran actuar agentes judíos, lo que, aunque no hubiera sido así, hubiera acentuado, provocado este odio insistente a este pueblo sustentado en su tradicional costumbre mercantil. En esa avaricia primordial que heredarían tantos de los próceres argentinos que llevaría a decir a Sábato en un, no muchas veces mencionado artículo dentro de

Al mismo tiempo, hay que destacar el que, precisamente cuando el territorio pertenezca por entero a los gobernantes de Argentina, haciendo realidad un sueño largamente añorado, éstos comiencen a endeudar las arcas del estado en una situación que comienza a prefigurar la impresionante deuda actual que corroe al estado argentino. Como este hecho puede permitir otro paralelismo curioso entre el estado al que llegaron tanto Argentina como España cuando quisieron haberse convertido en reinos únicos y haber expulsado de sus territorios toda amenaza alógena, si recordamos que fue exactamente en ese instante, en el momento en que el reino hispánico dirige su mirada a América, cuando las arcas de la corona española, bastante maltrechas ya por causa de la Reconquista, comenzaron a escasear, teniendo que sustentar sus expediciones en gran parte con capital extranjero pedido a crédito y, muchas veces, pagado con territorios conquistados en América o gran parte de los beneficios extraídos de los mismos.

¹⁴ Con la salvedad de que ahora Argentina no miraba ya hacia España, consumida en su ceguera primigenia que no pudo ubicar una auténtica mirada plural en su territorio. No. El horizonte era ahora Europa y Argentina como un reflejo deformante que recogía las ideas imperantes del Nuevo Continente y los desechos, los restos, las vidas desalojadas de toda esperanza que el orden categorial de Occidente desterraba, venía a amplificar proféticamente aun de manera

Si en un justo y famoso apotegma, señalara Cicerón: “Ignorar lo que ha sucedido antes de nacer tú, es ser siempre un niño. Porque, ¿qué es la vida de un hombre, a menos que el recuerdo de acontecimientos pasados se entrelace con los de su niñez?”, la nueva nación argentina, sin prácticamente historia, no habiendo todavía celebrado el primer centenario de su nacimiento, gateando como la nación recién nacida que era, parecía querer experimentar por sí misma aquellos hechos que habían degenerado en aquella decadencia occidental a la que Splenger dedicara un monumental y polémico libro.

Enroscándose en las costas del olvido, parecía querer desterrar de su fe aquella antigua historia que hubiera decretado la muerte de Cristo en soledad clamando por el injusto abandono de su padre, de su pueblo. Parecía querer olvidar que Jesucristo era también hebreo y que condenar a este pueblo, aunque el mismo no hubiera podido aceptar jamás el gesto divino que el sacrificio de Cristo en la cruz encarnaba, significaba condenarse, abatirse en su propia pena y huyendo de la vitalidad con la que el perdón regenera los vasos ensangrentados de las sociedades, edificar una violenta torre solitaria donde recluirse para no escuchar los renovados gritos de Cristo lapidado ahora por aquellos que se jactaban de ser afines a su religión y culto.

Aunque si es cierto que la historia de América puede ser considerada como una historia occidental al revés, no es menos exacto que si algo separa los fastos de la construcción de la torre occidental de la americana no es sino la búsqueda que estos últimos realizaron de culpables que pudieran sustentar y justificar su olvido.

En verdad, si el gesto de Edipo es obsceno porque atenta contra su propia personalidad, degenerada por su incapacidad de observar desde su perspectiva que

lejana, por su especial configuración, aquellos hechos que condujeran a Francia a enfrentarse al renombrado y polémico caso Dreyfuss, o que, más tarde, degenerarían en la soah vivida por el pueblo judío bajo el empuje totalitario del régimen nazi, anunciándose, de esta manera, como futura tierra embrionaria y salvadora de aquellas ideas y hombres que ayudaron a implantar el horror en Occidente durante los años de las guerras mundiales.

aquellos a los que se enfrentó, eliminó, eran, en realidad, sus afluentes de vitales, sólo el culpable silencio de la tierra, la naturaleza, la risa maliciosa y vengativa de un mundo aparentemente vencido podía continuar a la construcción de la grandiosa torre solitaria que unos desarraigados hombres (creyendo ser legítimos monarcas de un reino desconocido) habían edificado en los perdidos parajes del continente americano. Y únicamente entonces las palabras incesantes, el lenguaje sin fin, incapaz de significar, transmitir referente alguno, acosado por el miedo, de aquellos presuntos reyes de la nueva Tebas podría servir de escudo o arma ante el silencio mortal de la naturaleza americana señalando un hecho puntual e inobjetable. No hay misericordia, no puede haber piedad para aquella raza de hombres que, sin aprender las lecciones de una historia de la que formaban parte y olvidando las consecuencias de este acto, claman ciegos ante la cólera de los vientos suspirando por encontrar al infame enemigo que les ha arrancado los ojos de cuajo, dejándoles solos en una tierra ingrata, sin asistir a que el silencio de sus manos ensagrentadas delata el verdadero culpable de su propia ceguera.

SEGUNDA

PARTE

LA

RUTA

DE CAÍN

II.1. ERNESTO SÁBATO: LOS HIJOS DE NADIE.

“Escucha mi súplica, Yahvé, presta oído a mi grito, no te hagas sordo a mis lágrimas. Pues soy un emigrante junto a ti, un huésped como todos mis padres”.

Salmos 39,13.

Una vez comprendidos los trasfondos a través de los que se conforma la Argentina que llega a principios del siglo XX, segura al fin de alcanzar el destino que le pertenecía por el rango y calidad de hombres que la componían (98 % de personas de raza blanca), por extensión, su torrente de energía juvenil y su tremenda potencialidad,¹ es necesario formular definitivamente el esbozo y la semilla cainita del país, si se quiere comprender en qué circunstancias exactas surge el contradictorio héroe sabatiano.

Para ello es necesario visitar la historia del último chivo expiatorio del país, el emigrante, y comprobar cómo de su particular ubicación en el país, y del uso y abuso que las clases dirigentes de país hacen de él, podemos comenzar a configurar sólidamente una radiografía del hombre medio, solitario, del país al que Sábato ha dedicado toda su obra. Es asimismo ineludible pues este recorrido ya está unido a las circunstancias biográficas del escritor y nos ha de ser útil para verificar desde dónde y el porqué, la persona y el escritor comienzan a otorgarnos las claves del hundimiento presente de un país (como pudimos comprobar, totalmente enraizadas en su pasado) y el germen de su lectura profética, apocalíptica sobre el futuro de su patria.

¹ Que aún destacaba más, cuando se veía el desastre de España perdiendo su última colonia en Cuba o la situación de crisis extrema de Italia y se comprobaba que el crecimiento argentino, más vertiginoso y abundante que el de los demás países latinoamericanos, únicamente podía compararse con la de los países jóvenes o determinadas zonas de Estados Unidos y Japón, como nos refiere Ezequiel Gallo: “Desde 1880 hasta 1914, la Argentina registra la tasa de crecimiento más alta de su historia, alcanzando niveles no superados en su tiempo. Registros similares sólo se alcanzaron en los otros países jóvenes (Austria, Canadá, Nueva Zelanda), en algunas regiones del oeste norteamericano y en ciertos períodos de la Rusia zarista o el Japón de la dinastía Meilji”, en Gallo, Ezequiel, *El roquismo en Lo mejor de Todo es Historia*. 3.

Para realizar este intento es esencial que comprendamos que Ernesto Sábato (cuyo apellido advierte de un pasado origen y adscripción hebraica de su familia)² desde su nacimiento en 1911 en la población de Rojas,³ provincia de Buenos Aires, va a vivir en carne propia el conflicto y la reproducción que de la lucha metafórica entre Caín y Abel se producirá en su país con la llegada masiva de emigrantes desde 1860. No en vano, sus padres -de origen italiano y albanés-⁴ no encontrarían otra manera de arraigarse a la nueva tierra y fusionar su vieja identidad con la misma, que gracias a la profesión de agricultores.⁵ Y si bien, Sábato ya puede ser considerado oriundo de Argentina (arraigado a esta nueva tierra a la que llegaron sus padres en circunstancias lamentables) pues su nacimiento se produjo en aquel país marcado por la promesa, el signo de la esperanza, ya desde su niñez aprendió a familiararse con las funestas consecuencias que para sus padres supuso el trauma migratorio: “Crecimos

Los grandes cambios Dirección de Félix Luna. Editorial Taurus. Primera edición: abril 2002, pág., 281.

² Destaca Julia Constenla que “La memoria familiar no ha registrado con claridad el componente hebreo de los Sábato que, indudablemente, existe”. Sin ir más lejos, nos señala Constenla que: “El apellido Sábato figuraba entre los apellidos denunciados como judíos en un libro publicado por decisión de Mussolini (...) cuyo título, según cree recordar Ernesto, era Difusa della razza”. En Constenla, Julia. **Sábato, el hombre. Una biografía**. Editorial Espasa Calpe Argentina S.A. Buenos Aires. 1997, pág., 75. Precisamente, Constela destaca la ubicación en la costa de Calabria hace ya muchos siglos de “judíos como los Sábato, cuyo origen hebraico se pierde en el tiempo, aunque podrían ser parte de los pobladores que emigraron de Palestina durante el Imperio Romano”, en *Ibíd*, pág., 65.

Debo hacer notar aquí solamente que sobre el tema del apellido de Sábato, sus connotaciones y significaciones volveremos a prestar atención en la última parte de este trabajo para comprobar -una vez que Sábato decide inscribirse a sí mismo en la realidad novelada que narra en sus obras- cuáles son las últimas significaciones de este hecho, de una importancia absoluta para comprender en su últimos recovecos el sentido total, absoluto de las mismas.

³ Será, precisamente, en el descubrimiento de los valores progresivos de la vida rural, de la tierra (madre y amante a la vez con la que establecerá para siempre una relación de respeto y cariño) que Ernesto Sábato descubrirá en su niñez en Rojas, donde además de encontrar su arraigo perpetuo a la patria argentina, se observarán los motivos por los cuales el ámbito de la ciudad provocará en él una tremenda repulsión no exenta de una morbosa atracción por rastrear los contenidos y continentes que elevan estos monstruos de cemento sobre el fondo de la naturaleza, encerrando al hombre sin piedad en los mismos.

⁴ Nos dice de sus padres Ernesto Sábato: “Mi padre descendía de montañeses italianos, acostumbrados a las asperezas de la vida, en cambio mi madre, que pertenecía a una antigua familia albanesa, debió soportar las carencias con dignidad. Juntos se instalaron en Rojas que, como gran parte de los viejos pueblos de la pampa, fue uno de los tantos fortines que levantaron los españoles y que marcaba la frontera de la civilización cristiana”. en Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona, primera edición en Colección Booket: febrero de 2002, pág., 29.

⁵ Que, como veremos más tarde, era la ocupación primera de Caín en su lugar de nacimiento.

bebiendo la nostalgia europea de nuestros padres, oyendo de la tierra lejana, de sus mitos y cuentos, viendo casi sus montañas y sus mares...”.⁶

Muy al contrario de aquellos primeros hombres que añoraban llegar a Argentina aliados a la técnica de los barcos y confiados en la suerte del oro para volver a su hogar, una gran parte de las personas que se acercaban ahora al país, lo hacían dejando familias, recuerdos, acaso una tradición de siglos en sus terruños,⁷ enfrentándose al terrible destino de acometer una nueva vida en una tierra extraña de la que tal vez nunca regresarían, llorando desconsoladas y maldiciendo por la terrible suerte que podía esperarles: “Cuántos de esos inmigrantes seguirían viendo sus montañas y sus ríos, separados por la pena y por los años, desde esta inmensa factoría caótica, esta ciudad levantada sobre el puerto, y ahora convertida en un desierto de anónimas soledades”,⁸ nos dirá Sábato en aquel testamento autobiográfico que es **Antes del fin**.

Libro en el que volveré a precisar, “mis padres llegaron a estas playas con la esperanza de fecundar esta “Tierra de promisión”, que se extendía más allá de sus lágrimas”,⁹ haciéndose eco de aquel drama, de aquella traumática llegada a Argentina por parte de cientos de emigrantes que harían decir de su país a Manuel Gálvez: “esta patria (...) exige (...) el olvido de todas las patrias”.¹⁰ Y es que, en la medida en que el viaje de Occidente a América ratificaba una expulsión del antiguo territorio amado y habitado durante siglos, poblar Argentina significaba para los emigrantes variopintos que de los más variados lugares aterrizaban en su territorio, olvidar sus

⁶ En **El escritor y sus fantasmas** dentro de Sábato, Ernesto. **Obras Completas. Ensayos**. op.cit, pág., 298.

⁷ Nos dirá Sábato, por ejemplo, de su madre: “Mi madre descendía de familias importantes (los Cavalcanti, los Gabrielli) y hubo de adaptarse a una realidad a la que no estaba acostumbrada. Alguna vez la oímos rebelarse a pesar de un estoicismo que era tan grande como el de mi padre, mencionando algunos de sus familiares eminentes (...) cuando la humillación que recibía como inmigrante en una tierra que no tenía por qué saber de esas sutilezas, la hería demasiado”, en Neyra, Joaquín. **Ernesto Sábato**. Ediciones Culturales Argentinas. Buenos Aires. Argentina. 1973, págs., 16 y 17.

⁸ Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. op.cit, pág., 25.

⁹ *Ibíd*, pág., 29.

distintos orígenes. Prepararse para habitar una realidad distinta que les obligaría a adaptarse a unas nuevas circunstancias y donde la memoria de quiénes fueron, quiénes habían sido en los diversos países de origen habría de disolverse ante el paraje novedoso.

Así, por ejemplo, lo entendía Ruben Tizziani en su novela **Mar de olvido**, centrada en reconstruir la historia perdida de aquellos viajeros antes de que, definitivamente, perdieran la memoria, el nombre de quienes fueran y habitasen en el tiempo del olvido, el tiempo ausente en que “las palabras dej(a)n de evocar la vida y se conviert(e)n en un murmullo vano: es decir, en olvido”.¹¹ Y el mismo Sábato, a su vez, en la escritura fúnebre, telúrica de su último testimonio escrito, **España en los diarios de mi vejez**, no podrá evitar volcar su mirada de nuevo al exacto, terrible momento en que tantos emigrantes –incluido sus padres- debieron tomar conciencia de que su identidad conformada por siglos de tradición, vida en una misma tierra o país habría de perderse para siempre. No podrá evitar dejar testimonio del momento traumático en que muchas de “las últimas imágenes, los aromas definitivos, las costumbres y tradiciones que aquellos inmigrantes trataban de mantener vivos (...) amparadas en algún rincón de la memoria”, hubieron de mudarse, modificarse y perderse para siempre al introducirse en aquella torre solitaria levantada por los nuevos sacerdotes de Yahvé en uno de los confines del continente sudamericano. Al enfrentar aquella realidad “desconocida y aterradora”,¹² en sus propias palabras, bajo la cual el olvido voluntario de quienes fueron, la pérdida de su identidad anterior, había de ser la única, mayor y eficaz arma, instrumento de supervivencia.

Por ello, para comprender el secreto recorrido que sus novelas componen de la senda perdida trazada por el extranjero, el ajeno o el hombre sin nombre que encontramos en su obra, es necesario asomarse de nuevo a la cultura hebrea y verificar cómo entiende la misma dos tipos muy bien diferenciados de emigración.

¹⁰ Gálvez, Manuel. **El solar de la raza**. Ediciones Dictio. Buenos Aires. Séptima edición. 1980, pág., 43.

¹¹ Tizziani, Rubén. **Mar de olvido**. Emecé Editores. S.A. Buenos Aires. Argentina. 1992. pág. 15.

¹² Sábato, Ernesto. **España en los diarios de mi vejez**. Seix Barral. S.A. Buenos Aires. Primera edición. 2004, págs., 54 y 55.

Puede que así entendamos mejor la raíz trágica que recorre la obra del escritor y del hombre Sábato, unida a su país, y finalmente comprendamos las circunstancias últimas que lo llevarán a insistir en no separarse jamás de su patria: “Pienso que mi deber es estar al lado de mis compatriotas para bien o para mal. (...) Quedarme aquí, en mi país, sufriendo la situación de mi país”.¹³

Deber este en el que se ratificará, aun asumiendo la condena implícita que habitar su patria pudiera conllevar para un hijo de extranjeros, la mayoría de sus habitantes: asistir sin poder explicarlo y con el dolor suturando y rompiendo las distintas capas del ser a que, finalmente, como hubiera sugerido Murena, se es hijo de nadie y el primer pecado original cometido por Occidente en tierras americanas condenará a los hijos de Fierro a seguir devorándose en una orgía sangrienta en la que no se atisba ningún futuro.

No en vano, el primer gran emigrante de la literatura occidental, Ulises, había reconocido en el transcurso de su hermoso viaje por regresar a los verdes pastos de su patria original, incapacitado para reconocerse en un rostro familiar, atrapado por el libidinoso cerco del olvido y al tiempo que se consumía en el amor incandescente a Calypso o superaba pruebas sin fin, no tener nombre, ser, en verdad, Nadie a quien quisiera escucharlo. Y si bien es cierto que su carácter, destino heroico que lo lleva a ser auxiliado en tantas ocasiones por los dioses, le permitieron volver a escuchar su anhelado nombre pronunciado por los labios de Penélope, renovar su pacto de sangre nunca escrito con la patria original, fundando una historia que concede carácter sagrado a la tierra griega, la cuestión a través de la que se forja la obra de Sábato, el destino sudamericano ha de ser entendido inversamente.¹⁴

¹³ *Conversación con Sábato* en *Medio siglo con Sábato. Entrevistas*. op.cit, pág., 236.

¹⁴ Es de resaltar que, desde diversas teorías gnósticas, de las que Gómez Liaño realiza un valioso resumen en **El círculo de la sabiduría**, el viaje de Ulises, del alma occidental, se ha querido observar como el trasunto del recorrido del alma a través de la carnalidad, los peligros del mundo terrestre para volver a su emplazamiento original celeste. Es de destacar, a su vez, y para diferenciarlo del que realizan los inmigrantes americanos que, desde este punto de vista, el viaje de Ulises, una vez entroncado con el alma divina haciéndose realidad en el mundo terrestre, experimentándose a sí mismo a través de los distintos misterios y peligros de la vida terrena gracias al movimiento, al flujo migratorio continuo del espíritu, sería un viaje diaspórico. Por tanto, una manera y forma de trazar un camino que religue al hombre con su ser en cuanto este viaje tiene un fin que es la vuelta definitiva al origen, a la tierra natal del

Pues, precisamente, la obra de Sábato enraizada en la historia de Argentina, el drama de sus emigrantes, se forja desde la imposibilidad del retorno a la patria original. Y, por tanto, en el desafío que implica construir una verdadera civilización cuando se sabe que no hay una nueva Penélope esperándonos en el hogar abandonado y que, exactamente, aquellas palabras tamizadas de dolor que expresase Ulises en el comienzo de su viaje se ciernen como aguilas ensangrentadas sobre los hijos de Fierro, señalándoles que, justamente, la llegada a la tierra incognita de la Argentina no es el comienzo de ningún viaje sino el final y destino preclaro del mismo: “¡Ay de mí! ¿Qué mortales tendrán esta tierra a que llego? ¿Insolentes serán y crueles e injustos o al huésped tratarán con amor y habrá en ellos temor de los dioses? (...) ¿qué aguardo?”.¹⁵

O lo que es peor, la obra del escritor argentino se construye a partir del destino sangriento que ha de constituir transversalmente una sociedad en la que este

espíritu, tras haber recorrido los diferentes territorios -cada uno con sus diversos simbolismos- de una parte del mundo creado. Sin embargo, el viaje de los emigrantes americanos al no anunciar vuelta alguna al origen implica destierro eterno, condenación perpetua a habitar la tierra, el mundo carnal, acaso por haber transgredido algunas de las leyes que, como pudimos anticipar anteriormente, ya se encontraban fijadas en los testimonios de Hesiodo u otros patriarcas de la Grecia Antigua.

Por ello, dentro de los testimonios sagrados dejados como legado a Occidente por la cultura griega, ninguno como **La Odisea** para comenzar a otear cuál es el destino de los héroes u hombres que deciden separarse de la tierra natal, de los pueblos que deciden expansionarse, agrandar sus territorios con los ajenos. Sí. Sin necesidad de volver a citar el caso del país hispánico, el destino mismo de Grecia desde su gloriosa época inicial hasta nuestros días, así parece invocarlo. Y el futuro destino de esa Europa Imperial, colonial y expansionista, consumida en dos guerras mundiales y de cuyos territorios pretendían huir muchos de los emigrantes que poblaran América o Argentina, así parece también indicarlo: una vez que el hombre, el alma de Dios hecho carne, sale de su territorio (país de origen, celeste mundo original), ha de estar concienciado que su vida ha de hacerse en este mundo desde el entendimiento, el confrontamiento con el “otro” para hacer de todo este mundo, sin territorios ni fronteras, su morada, o ha de volver a sumergirse en el horror de las guerras, ha de morir en la mitad de su viaje sin poder encontrar una tierra original que quiera acogerlo para volver a religarse con las corrientes uterinas de la tierras y su promesa de retorno al origen. Y es desde este punto de vista que Sábato, (entendiendo la llegada de los hijos de la emigración como otro de los caminos a través de los que se puede cumplir el destino divino) ha persistido en seguir escribiendo una obra que, aun construida a partir del lamento de los emigrantes, intente dotar una esperanza a los mismos, sugiriéndoles que la oportunidad que a todos ellos se les plantea en Argentina, a cada ser humano en cualquier lugar del mundo, es única para construir esa paz ansiada.

¹⁵ Homero. **Odisea**. Traducción de José Manuel Pabón. Editorial Planeta-DeAgostini, S.A. Madrid, 1995. págs., 102 y 103.

viaje ha sido emprendido a causa de una injusta expulsión de la que nadie se hace responsable, atando el alma de quienes sufren este castigo a los confines voraces de la memoria o el olvido infinitos. Cuando el alma errante de Ulises se pierde para siempre en los territorios visitados en donde ningún ardid o astucia puede auxiliarle, confundiéndose con los mismos como un anónimo vagabundo cuyo rostro cada vez más deshumanizado invoca la necesidad de responder a un interrogante, una búsqueda, que la obra de Sábato intentará realizar: ¿quién es el mísero Dios que se esconde tras la secreta historia de mi triste destino y que no me permite ni siquiera saber cuál es mi nombre real, quién soy, a fuerza de tener que asistir a mi propia aniquilación y a la de mis hermanos en el destierro si quiero desentrañar este misterio que nunca jamás habría de haberme sido negado descifrar?

II.2. LOS LAMENTOS DE CAÍN.

“Y dijo Yahvé: Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra. Y dijo Caín a Jehová: Grande es mi castigo para ser soportado. He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará”.

Génesis 4, 12-14.

Como pudimos comprobar anteriormente, una de las metáforas a través de las que el cristianismo había prendido la llama contra la cultura judía y al mismo tiempo se había adherido a su mismo castigo era la del judío errante. Figura ésta que acompañó como una invisible pero imborrable imagen el recorrido de los primeros marineros que llegaron a América. Sin embargo, el emigrante, el ajeno, el tantas veces hombre sin rostro y sin nombre que recorrerá las provincias del interior de la Argentina o las fragorosas calles de Buenos Aires se encontraría sellado, como a su vez pudimos anticipar, al estigma de Caín.

En efecto, el judío errante según las nociones a través de las que entiende la cultura hebrea la relación con su Dios, era más una figura heroica y emblemática, símbolo de la diáspora de su pueblo que una figura de rasgos negativos

La cultura judaica creía en la carnalidad divina, en la capacidad para fecundar y la necesidad de manifestarse sexualmente de Yahvé y, por tanto, no podía concebir que el espíritu divino pudiera engendrar puramente sin hombre a otra persona en el cuerpo de la madre: “los judíos no podían matar al hijo del Dios porque no creían que el espíritu divino engendre puramente, sin hombre, a un hombre en el cuerpo de la madre (...) no podían declararse realmente culpables de un crimen que de imaginario fue convertido por los cristianos en un crimen real”.¹ De esta manera, no podía sentir la negación de aquel zapatero, Ahasverus, de agua y asiento hacia Jesucristo como un castigo por perjurio sagrado pues su tradición no les permitía creer que aquel fuese el

hijo de un Dios que no se había hecho carne para fecundar a María. Y es por ello que la metáfora del Espíritu Santo con la que el cristianismo intenta conceptualizar este parto milagroso entre la divinidad y una mortal y el nacimiento correspondiente de su hijo, había de resultar ajeno, extraño a la cultura judía que, lejos de desfallecer ante las circunstancias del destierro de su tierra original, se había fortalecido a través de sus constantes migraciones y gracias a un legado cultural, celoso y cuidadosamente mantenido, guardado durante siglos.

Al contrario, el judío errante es signo del orgullo de su pueblo porque es castigado inmerecidamente por la nueva cultura emergente que pretende desplazar a Israel como pueblo elegido. Por esta razón, su nombre original, Ahasverus, se oculta y confunde con su anonimato y los múltiples hombres con los que se cruza pero se sabe que no lo ha perdido² y que su mayor secreto consiste en no decírselo jamás a nadie pues únicamente ha de ser revelado cuando el pueblo de Israel vuelva a su emplazamiento original y el sueño de la tierra prometida que permita volver a la tierra materna al pueblo judío y honrar a su Dios y a la madre tierra que lo engendró haya sido concedido. En este sentido, la diáspora habría de ser entendida positivamente y como el origen de su nombre hebreo (galut) indica, al poseer la misma raíz semántica que la palabra Itgalut (revelación), encomendaría al pueblo judío a dejarse guiar y hacerse en el éxodo como un cuerpo que, siendo espacio transitorio habitado por un alma errante, ha de enfrentar su recorrido por el mundo como un espacio abierto a los signos de la divinidad que deviene humana en el eterno

¹ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. Editorial Losada S.A. Buenos Aires. Segunda edición: abril 2001. pág, 137.

² Se nos dice en la página web de la Fundación Pardes, www.pardes.org.ar: “Un judío errante va de un lado para otro porque ningún lugar es su lugar, carece de patria pero no de nombre; porque en la Diáspora el pueblo judío se volvió Atzum ve Rav (propio, singular y sabio)”. A su vez, se nos señala, redundando en la idea de Diáspora y la necesidad divina de de encarnarse corporalmente para realizar su último mandato espiritual en una noción que resulta familiar a la cultura occidental gracias a la obra platónica: “La Cabalá nos explica que el alma humana emana de lo más alto del KISE HA_KAVOD del misterioso trono divino. Se desprende de la perfección superior y desciende a los mundos inferiores, pero al encarnarse es cuando queda completa. Así es que, cuando finalmente parte de este mundo dejando el cuerpo, es que ha alcanzado la total perfección. Entonces; al principio antes de descender a este mundo el alma era imperfecta, algo le faltaba. Descendiendo a este mundo puede alcanzar la perfección en todas las dimensiones”.

caminar de su pueblo.³ Como señala José Cervantes Gabarrón: “La autodesignación de emigrantes lleva a los israelitas bajo la protección directa de Dios y les permite poner en Dios la esperanza que otrora tenían puesta en la tierra. Esta absoluta dependencia de Dios los capacita para sobreponerse a las incertidumbres y al sentido de extranjería creado por la posesión de su país por extranjeros”.⁴

Es, por tanto, el cristianismo quien utiliza la metáfora o historia del judío errante como signo de la herejía judía hacia el mensaje de amor que aquel que consideraban hijo de Dios había traído al mundo y quien le confiere un matiz peyorativo que, en última instancia, va a insistir en la propia reclusión sobre sí mismo que la cultura católica desarrollará, el absolutismo y desmedida violencia con que esta religión intentará implantar sus dogmas de fe al resto de hombres. De hecho, como nos indica Edgar Knecht “el encuentro entre Cristo y Ahasvérus marca el punto preciso donde dos culturas se separan y una de ellas es juzgada (...). A partir del momento en que el anatema le golpea, Ahasvérus no representa solamente el pueblo deicida, él es como su alter ego Judas, el uno ciego e infiel y el otro malicioso y codicioso”.⁵ Es decir, que gracias a ese mito de incierto origen y la utilización que hace del mismo, el cristianismo comienza a diferenciarse del judaísmo y a penalizar su incierto recorrido por el mundo. Así, nos vuelve a indicar Edgar Knecht que la existencia, la creación del mito del judío errante por parte del cristianismo al englobar en el mismo a todo el pueblo hebreo, “no tiene más que un sentido: revelar la omnipresencia de una fuerza espiritual y divina, materializada y condensada en su propia persona, conducir al cristiano a la contemplación del misterio de su fe y al no creyente al arrepentimiento y a la conversión”.⁶

³ Sugiere Maurice Blanchot: “¿Esta errancia no significaría una relación nueva con lo “verdadero”? (...) ¿no se afirmarían este movimiento nómada (donde se inscribe la idea de partición y separación) no como la eterna privación de una morada, sino como una manera auténtica de residir, como una residencia que no nos liga a la determinación de un lugar ni al asentamiento junto a una realidad desde ya fundada, segura, permanente?”, en Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. cit, pág., 276.

⁴ En su artículo *El emigrante en la Biblia*, recogido de la página web www.iglesiaviva.org.

⁵ Knecht, Edgar. **Le mythe du juif errant. Essai de mythologie littéraire et de sociologie religieuse**. Presses Universitaires de Grenoble. Grenoble. 1977, pág., 11. La traducción al español es mía.

⁶ *Ibíd*, pág., 7.

De este modo, el cristianismo otorga un valor positivo al sentido de sus viajes justificado en la necesidad de convertir al resto de hombres a la verdad que su religión profiere. Así, desde las epístolas de San Pablo –a diferencia del recorrido del pueblo judío que está unido a la maldición– el viaje de la cristiandad se entiende como justo y necesario para transmitir el mensaje de Cristo y los valores subyacentes arraigados en los reinos occidentales. Y en la medida en que la cultura occidental aliada con la técnica establece un pacto fáustico con la misma que genera su expansión y desarrollo, la emigración, el viaje habría de ser expoleado hasta sus últimos límites justificándose, en principio, por unos valores humanistas, religiosos que, aunque pronto quedarían desacreditados, serían la justificación necesaria que Occidente necesitaría para expansionarse definitivamente e implantar su idea y concepción de la existencia al mundo. Por esta razón, los componentes de este tipo de emigración que comienza a extenderse y a generalizarse a partir de la época renacentista de una manera hasta entonces nunca vista -gracias al extraordinario desarrollo de las ciencias, el creciente apogeo de la burguesía y el consabido Descubrimiento de América- no sentirán en principio, por tanto, la partida de la patria como frustración sino como desafío.⁷ Pues, en efecto, no sólo el viaje de los reinos hispánicos y occidentales, en principio, va a ser concebido como de ida y vuelta

⁷ Este desafío que a partir del Renacimiento muestra sin ambages la obsesión del hombre por buscar un camino que una este mundo con el del más allá, propiciará que la tierra americana haga nacer todo tipo de mitos y conjeturas en Occidente. No sólo esto, sino que, al mismo tiempo, permitirá que en esa furia irredenta que caracterizará la relación del hombre occidental con la ciencia y la técnica desde el Renacimiento se entienda, como ocurriera con la historia genésica, como un deseo de desafiar las leyes divinas, imponerse a Éste y genere todo tipo de historias y leyendas de las que acaso la más famosa sea la del mito de Fausto, que nos incitan a descubrir la figura del diablo tras la huella de los muchos adelantos técnicos producidos en Europa. En este sentido, y siguiendo con la historia del judío errante mencionada en este capítulo, pocos ejemplos más claros de cómo este mito hebreo va a confundirse entre las sombras de muchas de las leyendas más preclaras del Occidente moderno, aliado a la ciencia y a la técnica, que la famosa historia de El buque fantasma (**El holandés errante**), aquel hombre que caminara eternamente sin descanso navegando y surcando los mares y al que dedicara Richard Wagner una ópera en 1843. Según se nos narra en una leyenda que simboliza sin ambigüedad alguna, evanescentemente, el precio a pagar por la cultura occidental en su intento de transgredir los límites, las fronteras del tiempo y el espacio y su deseo de igualarse a Dios, la visión de este buque fantasma ha de suponer un destino fatal para todo hombre que divise la nave. Este buque intentó en fallidas ocasiones y realizando un gran esfuerzo doblar el cabo de Buena Esperanza (1497). El capitán Van Der Decken hizo un blasfemo juramento de pasarlo aunque le costara toda la eternidad y es por ello que anda errante por los mares surcando el Atlántico sur entre el cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, pero sin poder atracar en ningún puerto.

permitiendo a los marineros, aventureros que lo inician, concebir el regreso al hogar natal como una posibilidad real y necesaria antes de emprender el viaje sino que, a la vez, este mismo viaje es bendecido, y auspiciado por la iglesia católica en cuanto supone una extensión de su mandato en la tierra. Lo que supone, en definitiva, que el desembarco en América por parte de estos primeros emigrantes y los distintos sacrificios que realicen estén imbuidos de una mentalidad positiva o positivista, como será entendida posteriormente, en la medida en que suponen un esfuerzo realizado no sólo para ampliar los territorios y riquezas del reino hispánico o los diversos reinos europeos sino, a la vez, por establecer e implantar el legado cristiano “allende” los benditos parajes de Occidente.⁸

Por otra parte, al contrario que el judío errante o el emigrante voluntario que busca en el viaje su autorrealización personal, ya sea en la prédica del mensaje de Cristo o en la aventura y ganancias personales que el viaje le ofrece,⁹ la figura de Caín va a tener otras connotaciones que reflejan una emigración de signo negativo, lo que harán que esta figura sea esencial para realizar una lectura de la obra de Sábato como una apología de la redención. Pues la errancia de Caín, jamás deseada por éste, su desgracia y humillación que avergüenzan igualmente a los componentes del pueblo judío, reflejan la imposibilidad ya no sólo de volver al paraíso original sino al abrazo de la madre tierra que lo engendró, al haber sido decretada, sancionada por Yahvé, el mismo Dios que lo concibió, como castigo a la posesión egocéntrica de la tierra que lo condujo a la codicia y a la fantasía de la apropiación. En este sentido, el

⁸ Afirma de nuevo Cervantes Gabarrón: “la realidad social de los emigrantes de la diáspora y el talante espiritual correspondientes a la fe en Cristo hacen de la condición emigrante un paradigma de la vida cristiana y, al mismo tiempo, una estrategia marcada por el espíritu de resistencia y de aguante en el sufrimiento por la justicia, con la valentía propia de las personas libres y haciendo siempre el bien”, en Gabarrón, José Cervantes. *El inmigrante en la Biblia*. op.cit.

⁹ Errancia judía que en su bifurcación en las distintas culturas admite una interpretación en lo que se refiere a Argentina, que permite vislumbrar la sombra perdida de aquel judío inmortal bajo las fórmulas con las que el capital extranjero, sobre todo anglosajón, fue arraigándose y formulando una serie de negocios que en la medida en que se efectuaban, permitían que buenas partes del país fueran quedando bajo propiedad de anónimos comerciantes o que buena parte de su rédito se alejase, errase hacia otros senderos, otros países. Y bajo el cariz de este dinero en constante movimiento, aparentemente anónimo y sin patria alguna que no sea la ganancia fácil que propagaba en muchos comerciantes de Buenos Aires, se han querido visualizar los matices de esa emigración sin culpa centrada en el enriquecimiento y en la desaparición factual de quien lo hace, bajo la cual resuenan los ecos del pacto entre el dinero y la inmortalidad del judío errante, del protestantismo anglosajón.

exilio de Cain es un ejemplo de Diáspora no Diáspora, una Diáspora de signo opuesto. Es la Diáspora de Elisha ben Abuia, Ajer, el extraño (no el extranjero). Aquel cuyo nombre no es ningún nombre, que se va al exilio. Por tanto, es la historia de un vagabundo que, a diferencia del hombre errante, no puede conectar, dotar de sentido a su constante caminar al haber transgredido la ley de Dios, Yahvé, y de los hombres, como muestra su asesinato de Abel.

En la interpretación que de este mito realiza León Rozitchner,¹⁰ se nos sugiere que la errancia de Caín es una condena producida a causa de su profesión, agricultor, que le conduce a apropiarse de los frutos de la madre tierra, a poseer a la mujer de Yahvé (Eva) y afrontar una incestuosa relación que desatará la ira del Dios judío y provocará el gesto de aprecio con el que premia a Abel, cuya profesión de ganadero no le hace entrar en competencia con su padre:¹¹ “Sobre el hijo, Caín, cosa de la madre, que trabaja como agricultor sobre la tierra que prolonga su cuerpo, Jehová (...) hace caer el desprecio y el odio que siente el padre frente al primogénito. No quiere las ofrendas de ese hijo que lo suplanta en el corazón de la mujer que ama, porque en los bienes de la tierra que Caín extrae al surcarla es el cuerpo amado de la mujer que él hizo madre lo que recibe de su hijo”.¹²

Por esta razón, el todopoderoso Yahvé permite que Caín siga con vida tras el asesinato de su hermano. Porque el mayor castigo para Caín no es otro que separarle

¹⁰ Será esta una interpretación muy similar a la de Gilles Deleuze, quien nos señalará “Caín también es el agricultor, el preferido de la madre. Eva saludó su nacimiento con gritos de alegría, pero no sintió lo mismo por Abel, el pastor, ubicado del lado del padre. El preferido de la madre llegó hasta el crimen para romper la alianza del padre con el otro hijo: mató la semejanza del padre e hizo de Eva la diosa-madre” en Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. Traducción de María Teresa Poyrazián. Editorial Universitaria de Córdoba. 1969. pág., 85.

¹¹ Nos indica entonces León Rozitchner que “el odio de Caín contra su hermano Abel es un odio transitivo; odio puesto por el padre sobre el primogénito amado de la madre. Ese odio de muerte lo ejecuta Caín, inocente, sobre el hermano preferido en el amor del padre que lo dejaba solo a merced de ella. (...) Este es el círculo infernal del patriarcado. Dios-Hombre sabe que cargó una muerte indebida sobre el hijo. En realidad Caín, el hijo primogénito, con el que la madre desplazó al marido, mata al hermano por no matar al Padre (que es Jehová para el caso)”, en Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op. cit, págs., 127 y 128.

¹² *Ibíd*, pág., 127.

de los frutos de la tierra,¹³ madre de Caín y esposa de Jehová, a la que con tanto amor se apegaba: “Dios pone sobre él su signo: Caín, el condenado por Dios-padre a errar en la tierra lejos de la tierra-madre. El primer infierno: errar eternamente sobre el cuerpo femenino de la madre sin poder asentarse. Convierte en infinito y circular al cuerpo materno, lo que más anhela, y que al mismo tiempo debe abandonar, paso a paso, al recorrerlo”.¹⁴ Vaya a donde vaya se encontrará marginado de aquella primera dicha que tuvo, y el hecho de no poder regresar a abrazar el lecho materno y crecer a partir de él, le significará tener que aposentarse en otras tierras, rentarlas y por tanto disfrutar de aquéllas como se goza de una anónima mujer, la prostituta, sin rostro ni nombre sagrado (pues no ha sido bendecido por Dios), que no puede conceder el ansiado amor : “Por eso Caín, amado de su madre, es el antepasado, entre otras profesiones, de “Las mujeres alegres, que proporcionaban el regalo y los placeres de la vida urbana” Es decir, de las mujeres placenteras”.¹⁵

¹³ Otros de los castigos que, según Graves y Patai, le son adjudicados a Caín por su Dios, serían: “un hambre voraz que nunca se saciaba, la decepción en todos sus deseos, una perpetua falta de sueño y la orden de que ningún hombre debía ofrecerle amistad ni matarle”, en Graves, Robert, Patai, Ráphael. **Los mitos hebreos**. op.cit, pág., 114.

¹⁴ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág., 128.

¹⁵ *Ibidem*. Y, por ello, el cristianismo se encargó de propagar lentamente, de recordar de tiempo en tiempo –en la medida en que el pueblo judío se obstinaba milagrosamente en sobrevivir hasta el punto de ir progresivamente ocupando posiciones desahogadas en las sociedades en que se encontraba- la historia del judío errante. Porque la misma, al culpabilizar al pueblo judío de una falta contra su Dios, hacía que igualaran su destino al de Caín, intentaba obligarles a aceptar el olvido como única tradición e intentaba que la diáspora al ser sentida como castigo degenerase en una separación y división absoluta, suicidio masivo del pueblo judío; un pueblo cuya sola presencia amenaza, cuestiona los métodos que Occidente utilizó para convertirse su ideología en la dominadora del mundo. Así Edgar Knecht señala, por ejemplo, distintas características del judío errante concedidas por la cristiandad que han de situarlo, desde este punto de vista, muy cercano no sólo a Judas sino sobre todo a Caín: “El dolor del judío errante es inmenso porque nace de un sentimiento de estar inexorablemente enfermo en una existencia vacía e insignificante en ella misma. (...) La eternidad del judío en los tiempos es la contrapartida exacta de la otra eternidad que significa plenitud y salud. Al contrario de la mayoría de los otros héroes míticos que intentan cumplir plenamente su destino, el judío errante es conducido incesantemente a escapar de sí mismo, a negarse, a no ser él mismo”. (...) Él asiste a todos los sucesos y cambios sin participar en ellos. El anatema de Cristo lo ha excluido para siempre de todo orden social y político. (...) Le es imposible salir del rol que se le ha asignado : condenado a pasar por todo sin poder descansar en ninguna parte, no puede creer que le pueda ser conferida una individualidad humana real. Tan eterno como insaciable, tan inmortal com fugitivo, él se distigue, de este modo, de todos los héroes míticos que le son cercanos por ciertos rasgos distintivos”. En Knecht, Edgar. **Le mythe du juif errant. Essai de Mythologie litteraire et de sociologie religieuse**. op.cit, págs., 9 y 329. En la misma línea que Knecht, nos dirá, por jemplo, Edith Wolf. **Les figures de l'ambigüité en Caïn**. cit, pág., 41:“Los judíos han sido durante mucho tiempo considerados como los testigos de la muerte de Cristo, a la cual habían asistido. Siendo la garantía de que este hecho había tenido lugar,

Caín se desliga de la tierra y profundiza más en la caída del hombre que entonces comienza a ser exilio, anonimato. Pierde su nombre, pues donde acude nadie lo reconoce, y sus descendientes incapaces ahora de religarse a la tierra por medio de un vínculo sagrado, al haber sido expulsados para siempre de aquélla que fue concedida a su progenitor, vagan animalizados por el mundo –tal y como quisiera retratarlos Fernand Common en 1880-¹⁶ sin encontrar un lugar que puedan llamar

ellos debían, por lo tanto, permancer fuera de la historia. (...) residir como eternos contemporáneos de la Pasión. Teniendo en cuenta esto, la supervivencia y la permanencia de sus creencias y de sus instituciones eran esenciales. La historia del judío errante es una creación del imaginario suscitada por esta imagen de los judíos que les ata a este punto esencial de la religión cristiana. Caín, deviene uno de ellos, se encuentra (...) maldito y cargado de un rol sagrado.

¹⁶ Resulta muy interesante visitar el cuadro de Fernando Common para comenzar a establecer puentes necesarios y aún por escrutar en su totalidad que puedan entroncar el interés que en el simbolismo va a comenzar a despertar la mitología, el tema del Edipo, el Caín o el hombre sin nombre y el destino que van a sufrir todos aquellos que, a diferencia del famoso protagonista de la novela de Huysmans, **A rebours**, Des Esseintes, no encuentran finalmente un templo, un recinto a través del que poder canalizar esa necesidad de unión y desaparición a la vez que inscribe la modernidad en el seno de los estados occidentales a finales del siglo XIX. Necesidad que llevará -véase la obra de Gustave Moreau- al simbolismo a buscar en el tiempo circular del mito un colchón maternal que pueda proteger al individuo de las fuerzas demoníacas que iban poco a poco incrustándose en la sociedad conduciendo a tantos hombres -como con tanta habilidad observase Common- a continuar el destino de Caín. A este respecto, resulta de mucha utilidad volver a visitar el particular retrato que del mito del judío errante nos ofrece Moreau para poder hacerse una idea de cómo a finales del siglo XIX, las fuerzas de la historia, el mito y las divinas o sobrenaturales entraron en lucha y en colisión de tal manera que, como muestra Moreau, -en un cuadro cuya idea ya prefigura el advenimiento de la obra kafkiana- el errante judío, ese ciudadano sin nombre, hijo de Caín, que poblaba las ciudades europeas antes de su expulsión y que con tanto esmero retratase Baudelaire, se vio abocado a la paranoia, al temor, al perpetuo terror de poder ser asaltado en cualquier momento por cualquier organismo o guerra enmascarada tras el rostro ahora furioso de Cristo. Siguiendo con el tema del mito cainita y el simbolismo, resulta esencial visitar la obra de Baudelaire y su poema “Caín y Abel” para comprender cómo, poco a poco, la lectura maniquea que el cristianismo hiciera del mito y a la que, entre otros escritores, contribuyese de una manera indirecta Víctor Hugo, va a ir disolviéndose poco a poco hasta llegar a forjar ese nuevo Caín que construirá el conde de Lautreamont, Maldoror, que no tendrá ya ninguna duda en equiparar al demonio con el que lucha con Yahvé. A esto, sin duda, contribuye Baudelaire quien, dotando de libertad a Caín, nos otorga una visión de él como indica Jean-Jacques Marie en su artículo *Le père des arts, des armes et des lois* en **Caïn**, cit., pág 69 que se corresponde con “la primera imagen del hombre que se juzga a sí mismo (en lugar de ser juzgado por la fuerza exterior a él que es la divinidad)”. (La traducción es mía). Lo que significa que es en Caín y no en Abel donde, según Baudelaire ha de buscarse el hombre, donde ha de profundizar para conocer los entresijos últimos de la decadente pero hermosa letanía nupcial que entre el mitos y el logos se había establecido en el vértigo que prefiguraría la modernidad tal y como la quisieran visualizar el poeta francés, Walter Benjamin o aquel joven cisne que escribiera versos con el mismo ansia que un asesino se entrega a la suerte fatal de su acto que fuera Rimbaud.

Es inevitable y ya que hablamos de precursores y, al mismo tiempo, continuadores del tema cainita, destacar, incluso antes que la figura de Sade, -para comenzar a trazar el rescate oculto, sesgado pero valioso que en el seno de la modernidad se va a realizar de esta figura opacada- la del varón de Holbach. Pues Holbach, nos ha dejado textos y diálogos valiosísimos para

suyo y germinar, pues cada posesión que hacen de la nueva tierra en la que se aposentán únicamente puede abrir el flujo de sangre de la herida que no cicatriza jamás. Por esto, su diáspora es esclavitud (*advut-galut*) y le conduce al exilio físico (*galut ha-guf*) y como consecuencia de éste, al destierro de su alma (*galut ha-nefesh*), que únicamente puede ser disimulado, aunque nunca borrado, en las costas de cemento que son las ciudades que lo separan de la naturaleza terrestre y, de las cuales, él es forzosamente el primer fundador: “Caín fue (...) el primer hombre que rodeó los campos con mojones y construyó ciudades amuralladas en las que obligó a establecerse a los suyos”,¹⁷ nos indicarán Graves y Patai.

En este sentido, según nos refiere la cultura hebraica, el exilio (al contrario que la redención, fundada en un silencio que invoca la multitud de lenguajes que referirían a la letra única e impronunciable entendida por todos, el verdadero nombre de Dios y el advenimiento del amor), sería el reino de la palabra. La palabra que individualiza a los hombres y ahonda en su caída y sufrimiento de tal manera que no podrían comprenderse unos a otros, no podrían fundar una verdadera comunidad aunque hablaran el mismo idioma,¹⁸ pues -según María Zambrano- la voz del

valorar cómo a partir del emparejamiento entre Dios y Yahvé que realiza el judaísmo y el cristianismo no niega, el hombre identificado con el destino de Caín ha de devenir irremediamente ateo. Ha de constituirse en asesino de aquel Dios terrible si quiere encontrar el agua real, verdadera de la vida plena. En este sentido, citamos aquí un texto de **Le Christianisme dévoilé**, en el que podemos asistir claramente a una de las más sinceras, bellas y, a la vez, terribles diatribas contra aquel Dios que premiara a Abel y castigara a Caín: “En vano (el cristiano) se vanagloriará de conciliar la tolerancia con el Dios terrible que él ha recibido de los hebreos. (...) ¿El Dios que pide el sacrificio de su hijo único a Abraham que honra su Alianza no es un Dios cruel? ¿El Dios que no quiso tranquilizarse sino con la muerte de su propio hijo, no es el más implacable de todos los Dioses? (...) El Dios que se dice Dios de las armas y de las venganzas, que ordena exterminar las naciones y sus divinidades, que hace nadar las ciudades de los Cananeos con la sangre, que quiere que se masacre a los reyes, que ordena por sus profetas que las mujeres, los ancianos y los niños pasen por el filo de la espada, es, por tanto, un Dios lleno de bondad? En fin, el Dios que quiso que sus adoradores rezaran, gimieran, se mortificaran y que destina a las llamas eternas a la mayor parte de sus hijos, es un padre tierno, un Dios favorable? No, el Dios de los cristianos es un Dios de sangre, es por la sangre que él quiere ser tranquilizado (...) es por el frenesí que se le debe probar la sumisión”. Recogido en Natanson, Jacques-J. **La mort de Dieu. Essai sur l’athéisme moderne**. Publications de L’Université de Rouen. Presses Universitaires de Fance. 1975, pág., 68. La traducción al español es mía.

¹⁷ Graves, Robert, Patai, Raphaël. **Los mitos hebreos**. cit, pág., 116.

¹⁸ Nos señala la cultura hebrea que el exilio se correspondería con el lugar en el que la Gola señala que las letras del nombre sagrado de Dios se separan. Y quedando la última letra del tetragrama aislada, ésta es seducida por Lilith para engendrar el mal y el sufrimiento que conduce a los

exiliado es “inaudible”, condenada a decir “las palabras concebidas, diáfananamente, es decir, sin carga de pasión alguna”, que “nadie o casi nadie entiende”.¹⁹ Y, por este hecho, las ciudades cainitas, “un exilio con apariencia de patria”²⁰ según las define María Esther Díaz, o “el lugar sin nombre donde han estado siempre todos los dejados, por siglos a veces, para que alguien los recoja”²¹ para María Zambrano, serían un mar turbio de soledad donde la incompreensión y la injusticia reinarían a su antojo. Porque a través del muro incontenible de palabras, los hombres que las fundan intentarían olvidar el origen de la falta cometida²² sin comprender que, únicamente siendo conscientes de la misma y dejando al ser del mundo hacerse a través de su silencio, podrían fortificar y aunar su fortaleza con la naturaleza del nuevo lugar, poniendo de manifiesto lo arbitrario de la conducta de aquel Dios que quisiera expulsarles un día de sus parajes originales. Y como ha dicho Pascale Hassoun: Caín únicamente “se vencerá a sí mismo si es capaz de dominarse”, de encontrar la paz en medio del caótico recorrido y devastador mundo al que ha de enfrentarse y que, como una prueba tentadora para que tropiece, caiga y vuelva a caer en su pecado, en su crimen, ha sido engendrado, según el mito gnóstico, por la partogénesis de un impuro Dios -el diablo, Yaldabaot-: el verdadero enemigo de Caín.

Por tanto, el recorrido de Caín está unido a la memoria traumática de una expulsión y el único rincón donde puede encontrar un alivio a su lamento sin fin, si no quiere prescindir de la palabra, es en el canto, en el poema, en el arte, que es su bálsamo redentor a través del cual intenta reconstruir aquel rincón espiritual del que

hombres a individualizarse de tal manera que no pueden comprenderse unos a otros aunque se hable el mismo idioma.

¹⁹ Zambrano, María. **La razón en la sombra. Antología del Pensamiento de María Zambrano.** Ediciones Siruela. S.A. Madrid. 1993, págs., 384 y 385.

²⁰ Esther Díaz, María. **Buenos Aires. Una mirada filosófica.** op.cit., pág., 71.

²¹ Zambrano, María. **La razón en la sombra. Antología del Pensamiento de María Zambrano.** op.cit., pág., 384.

²² Nos sugiere María Esther Díaz: “El nomadismo heredado de Caín es por demás extraño. Se trata, paradójicamente, de un nomadismo sedentario. Es alentado por la urticante necesidad de encontrar una línea de fuga de la culpa, pero escondiéndose, más que huyendo. La ciudad, para Caín, es escondite. (...) El morar, en sus resonancias simbólicas, responde a la vergüenza de una culpa nunca superada. En la ciudad habita la memoria de un origen vergonzante, una especie de desarraigo que interactúa con la ilusión de seguridad. Se trata de un juego tensional, no se resuelve dialécticamente. No hay superación. Sólo tensión”, en Esther Díaz, María. **Buenos Aires. Una mirada filosófica.** op.cit., pág., 70.

fue arrojado. Exactamente, en la medida en que Caín deja volar y perder su espíritu en el arte de sus cánticos, en la medida en que gracias al arte evade su condición individual volcada en el tiempo y renueva el anciano matrimonio que toda su estirpe tenía con la antigua tierra en un tiempo ya perdido, puede ser libre aún, y a pesar de su condición actual. Y en la medida en que intenta huir de su dolor y de su pena, y busque un falso sustituto a la antigua madre en la nueva tierra donde se aposenta, está condenado a olvidarse de sí mismo, perder su identidad y humanidad, ser dominado interna y externamente por los regentados de los nuevos territorios que visita que, sin piedad, le obligan una y otra vez a agacharse y cultivar una tierra que Caín no puede amar. Donde la “desesperanza, himno contra el tiempo, se reviste de un halo sangriento” que lleva al sujeto a sumergirse en “una inmortal melancolía”,²³ desde donde únicamente se puede esperar a que, definitivamente, comparezca de una vez el creador y artífice de la expulsión para terminar de decretar el fin de los vencidos, que dijera Ciorán.

Efectivamente, si revisitamos la etimología de la palabra patria (de pater: padre),²⁴ comprenderemos que los emigrantes cainitas llegados a Argentina en las primeras décadas del siglo XX y las finales del siglo anterior, sufrían un doble trauma. El primero de ellos y que depositaba sobre sus frentes la marca indeleble de Caín, la pérdida del verdadero padre, la patria de origen, precisamente por el mal uso y gobierno que los dirigentes de sus diversos países de origen habían efectuado de la función paternal. Y el segundo de ellos, entregarse a los dominios de una nueva patria, una nueva tierra y mujer, donde los adalides del trono paterno, aliados con la justicia y el poder económico podían, efectivamente, realizar con ellos aquello que deseasen. Más aún, cuando se les consideraba hijos proscritos, sin nombre y sin destino, mero ganado, mano de obra sin alma, sombras errantes y muertas antes y después de su llegada con cuyo trabajo sobre la nueva tierra odiada -ya no amada y querida como la que los albergase en su suelo original- los estancieros pudieran

²³ Cioran, E.M. **Breviario de los vencidos**. Traducción de Joaquín Garrigós., Tusquets Editores. S.A. Barcelona. Segunda edición: marzo 2001, pág., 124.

²⁴ Recogiendo una categorización de Unamuno, Sábato distinguirá entre la patria, como “lo biológico: la tradición, el terruño, el hogar, la familia” y la patria “lo político, la abstracción, el poder, la idea”, dentro de su ensayo **Heterodoxia**, op.cit., pág.,252.

seguir aumentando sus frondosas fortunas. Ya lo anunciaba Octavio Paz en lúcidas palabras que entroncaban la soledad del hombre americano con las leyendas y rituales de los grupos arcaicos ²⁵ -de donde se sospecha que procedería la leyenda cainita más tarde refundida, elaborada y trazada con matices y perfiles distintos en la escritura bíblica- :“dispersión y muerte son términos equivalentes. Aquel que se aleja de la tierra natal “cesa de pertenecer al grupo. Muere y recibe los honores fúnebres asociados”. El destierro perpetuo equivale a una sentencia de muerte”.²⁶

Por ello, una vez que los emigrantes cainitas habían perdido gran parte de su identidad²⁷ para adaptarse a las circunstancias de su estancia en la nueva tierra y entendiendo que (ante la nueva y lacerante situación que lo conduce sin piedad a estos nuevos parajes), Caín necesita olvidar de dónde procede para poder sobrevivir y habitar el espacio con esperanza sin caer en las redes de la locura, se comprenderán mejor los mecanismos utilizados por los distintos gobiernos argentinos para ejercer su seguro dominio sobre este hombre muerto, vencido de antemano: exaltación de los valores de la patria argentina, uso indiscriminado de la vara de la justicia y el poder casi omnímodo del presidente o gobernante de la nación sobre sus súbditos. Y al mismo tiempo, la necesidad de despojar a cada uno de los individuos de sus diferencias con el objeto de configurar la ciudadanía como una masa manipulable, dócil y que, gracias al rencor y la desdicha de la desgracia sufrida, su impotencia, se encuentre incapacitada para forjar un espacio público o colectivo de unión en cada uno de sus distintos estratos sociales.

Como, a su vez, ha de comprenderse con más exactitud, la indagación e investigación que lleva a cabo la obra de Sábato (hijo de emigrantes que, a su vez, llevaban grabados en su rostro el estigma de su antigua ascendencia hebrea), y la

²⁵ Entre los que siempre habría de encontrarse la expulsión justa o injusta de la primera tierra original y del grupo y comunidad de hombres a las que hasta entonces se pertenecía, del hombre que por decisión voluntaria o ajena tuvo que partir hacia otro confín, un nuevo paraje

²⁶ Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad.** cit, págs., 223 y 224.

²⁷ Como sugiere Graciela Scheines: “Saber quién es el padre significa tener (...) una identidad clara, saber quién soy y de dónde vengo”. ²⁷ Scheines, Graciela. **Las metáforas del fracaso.** op.cit., pág., 25.

interrogación y enigma existencial que su obra intenta resolver a partir de la condición exiliada de un país compuesto en su mayoría por hombres cainitas expulsados de su patria²⁸ e incapaces de reconocerse por entero en los nuevos territorios: “Acaso el problema psicológico y espiritualmente más complejo es el descendiente de extranjeros, extraña criatura cuya sangre viene de Génova o de Toledo, pero cuya vida ha transcurrido en las pampas argentinas o en las calles de esta ciudad babilónica. ¿Cuál es la patria de esta criatura? ¿Cuál es mi patria?”.²⁹

Una obra que intentará izar el corazón de tantos ciudadanos de la nación argentina, arrojados en contra de su voluntad y una vez que habían recibido en heredad de los distintos gobernantes de sus países el pago de la culpa que sus ominosos mandatos habían generado, a vivir la terrible experiencia del exilio;³⁰ “esa

²⁸ Es, precisamente, esa sensación de exilio que arrastra el emigrante y que llevaría a entender a tantos futuros miembros de la sociedad argentina el viaje como castigo lo que que no le permitiría comprender al argentino medio, como dijera Ortega y Gasset, el paseo placentero o curioso de los, por otra parte, no demasiados viajeros que se aventuraron en aquellas tierras extrañas en las que ahora se encontraba y que todavía no se atrevían, acaso, a nombrar como patria: “Otra consecuencia acarreada por la falta de viajeros es que el argentino no sabría recibirlos; de tal modo está habituado a su ausencia”, en Ortega y Gasset, José. **Meditaciones del pueblo joven y otros ensayos sobre América**. Revista de Occidente, S.A., Madrid, Primera edición en “Obras de José Ortega y Gasset”.1981, pág., 115.

²⁹ En **El escritor y sus fantasmas**. op.cit., pág., 298.

³⁰ En este sentido, pocas obras dentro de la novelística argentina del siglo XX, han podido concedernos una descripción más cabal del abrazo rencoroso que la nueva tierra -en este caso el pueblo de Rancho White, cercano a Bahía Blanca- ofrece al hombre solitario, cainita y a su forzada compañera que vienen a formar parte de la nación argentina y arrastrados contra su voluntad al ejercicio estéril, casi una condena, de la agricultura. Veamos, por ejemplo, estas descripciones secas, áridas pero exactas de este territorio y experiencia que podemos encontrar en la novela de Mallea -un escritor cuya amplia influencia sobre la obra de Sábato aún está por trazar con la exactitud deseada y que también consiguió construir una obra en la que los signos hambrientos, salvajes y harapientos que dotaron de su espíritu fatal a la tierra argentina en sus inicios pudiera sentirse en cada uno de los frescos que sobre este país compusiera en el siglo XX, como veremos en esta descripción -: “Aquella tierra no podía tener para nadie sino rencor. (...) Los campos mostraban su cara espectral y hambrienta, su boca árida, su escuálida garra extendida sin fuerza por millares de kilómetros. Abajo, hendidido entre yuyos en la mitad del valle como una grieta serpenteante, el cauce del arroyo no coenténía más que piedras y un hilo exhausto de agua clara, pálido como el resto de las cosas. De tiempo en tiempo un animal errante y flaco se acercaba a beber; luego caminaba vencido por entre las matas espinosas. En aquella zona e desolación y sequía ya casi no quedaba ganado; alguna vez aparecía en lo alto de la sierra, más arriba de la casa solitaria, un jinete emigrante. (...) todo lo demás era campo desierto, sierras pétrea”. En Mallea, Eduardo. **Todo verdor perecerá**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. séptima edición. 1969, págs., 13 y 58. A su vez, pocas descripciones tan desgarradoras de la pasión del hombre cainita a la nueva tierra, de su necesidad de que el nuevo paraje sustituya a la vieja madre (Eva) que abandonó un día siempre presente pero del que ya no puede acordarse, que aquella en la que el narrador

cuesta que sube siempre y, por ancho que sea el espacio a la vista, es siempre estrecha”, como dijera en hermosas palabras María Zambrano y que Julio Cortázar, siempre atento al vacío recorrido de lamentos y vergüenza de tantos ciudadanos de su patria o del mundo sometidos a sus siniestras condiciones durante todo el siglo XX, desde su afortunado exilio voluntario, libérrimo y febril en Europa de la Argentina, atendiera a definir de la siguiente manera: “es la cesación del contacto de un follaje y de una raigambre con el aire y la tierra connaturales; es como el brusco final de un amor, es como una muerte inconcebiblemente horrible porque es una muerte que se sigue viviendo conscientemente”.³¹

Pues, en definitiva, este gesto para Sábato supone realizar un acto de justicia poética, vital, con la tragedia sufrida por sus propios padres, comenzar a tejer un manto acogedor que pueda comenzar a suturar las muchas heridas y desdichas de ese gran incomprendido –no sólo por los demás sino también por sí mismo– que es Caín, y levantar un velo de esperanza, de confianza en el individuo solitario –sin nadie que lo ampare ni que quiera detenerse a escuchar su triste historia– que recorre, compone su país. Comprendiendo, en última instancia, que en los esfuerzos realizados a través de sus creaciones para que el anónimo Caín que las puebla “no se hunda, para que no se nos vaya”, significa en definitiva ayudar a no ir “uno mismo, haciéndose pedazos”,³² y con él, la nueva patria habitada, aun y a pesar de lo inhóspitas que puedan ser las circunstancias. Aunque, en principio, parezca que todo intento por

omnisciente de la novela, introduciéndose en la mente de Agata, nos ofrece una perspectiva cruda, veraz de Nicanor Cruz-Caín: “A su lado, el hombre a caballo –cerril, pensativo– no levantaba los ojos de esa circunstancia inmediata, detestaba toda liberación de aquel yugo, no quería desatar su alma sino atarla cada vez más a la tierra. Tal era su ley; tierra, tierra, tierra”, *Ibíd*, pág., 75. Como, al mismo tiempo, pocas líneas pueden mostrar con más claridad la relación entre Caín y la mujer que le sigue al destierro o a la que encuentra perdida también en el exilio que este retrato psicológico de Ágato y Nicanor Cruz, tras el cual no se puede evitar vislumbrar una sibilina deconstrucción de la obra de Echeverría, **La cautiva**, por parte de Mallea: “Ella, herida; ella portando en el vientre desierto y en el alma desierto y en el corazón desierto y en la mente desierto, tratada por aquel hombre como un objeto al que se arrastra sin más ni más en los recintos de la tiniebla y la taciturnidad. Él resentido; ella herida. Y los dos lanzados a la vida como apestados del tiempo, mutuamente desnudados de caridad”. *Ibíd*, pág., 23.

³¹ Cortázar, Julio. **Argentina: años de alambradas culturales**. Muchnik Editores, S.A. Barcelona. 1984, pág., 18.

³² Cita de María Zambrano en Sábato, Ernesto. **España en los diarios de mi vejez**. op.cit, págs., 54 y 55.

evitar los continuos comportamientos, rituales autodestructivos de, en este caso, el pueblo argentino, está condenado a perderse en ese tiempo anónimo que pertenece a los países aparentemente inexistentes y compuestos únicamente por hijos, ciudadanos sin nombre sin un destino un padre o una identidad segura en la que refugiarse.

II.3. EL HIJO PREDILECTO DE YAHVÉ.

“Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda”.

Génesis 4,4.

“No oprimirás ni vejarás al emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en el país de Egipto”.

Éxodo 22,20.

Frente a Caín, Abel (cuyo nombre según nos dice el Eclesiastés vendría a significar vanidad, el soplo inocuo de la vanidad), es el favorito de Yahvé, es el hombre que puede disponer de la tierra al no ararla, consiguiendo que su Dios descansa tranquilo al confiarle su recaudo: “El padre (...) prefiere a Abel –pastor de ovejas- cuyos bienes animales aprecia, porque no vienen del surco hendido en la tierra madre”,¹ nos dice Leo Rozitchner. Además, como nos refiere el mito bíblico, Abel no duda en matar al mejor ternero del que dispone –el infante, el recién nacido- para honrar a Yahvé. Es decir, como indica Frédéric Boyer, se da la paradójica circunstancia de que “Abel el inocente, es el primero en tener las manos llenas de sangre. El asesina a todos los pequeños, a todos los recién nacidos. Abel es presentado como el primer hombre en haber ofrecido víctimas naturales que gustaron a Dios”. Y, por ello, Abel se gana el favor de Yahvé y se erige en el primer simbólico portador de la ley. Una ley inamovible que, sin embargo, se caracterizará por su duplicidad ya “que legitima la efusión de sangre para que sea posible el sacrificio”.² Y es su fidelidad a la ley, sea ésta más o menos justa de Yahvé, lo que le permitirá ser el primer elegido para convalidar simbólicamente su dominio en el mundo y sobre el sexo de la madre tierra (Eva) lo que, en este caso, significa que se le concede la posibilidad de ser el guardián de los territorios a los que su mirada omnipotente -pues está regida por el rostro invisible de Yahvé- pueda llegar y de los hombres que

¹ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág., 127.

² En el artículo Boyer, Frédéric. **De Caïn à Dieu. “au bout d’un certain temps”**, en **Caïn**. op.cit, pág., 108. La traducción es mía.

encuentre ya sea desperdigados sobre la misma o trabajándola y que podrían desatar, por tanto, de nuevo la cólera del Dios.

De esta manera, Abel que “posee la obediencia natural de los cadetes, la obediencia natural de todos los pequeños”, ha de ser ahora el guardián de su peligroso hermano, capaz de asesinarlo al menor descuido y es el encargado de destilar la vara, el látigo de la justicia divina promulgada por el Dios judío frente a su hermano siempre proclive al vicio, a la mentira, capaz de remover de nuevo la ira de Yahvé contra toda la humanidad, si se le permite vivir libremente. De hecho, Abel tiene un ejemplo preclaro en el que apoyarse y justificarse en el texto bíblico cuando se le pregunta y se le interroga por su desmedido odio a su hermano y la necesidad de castigarlo hasta, en ocasiones, hacerlo desaparecer, matarlo, y que no responde a la necesidad de vengarse del infame acto asesino realizado por Caín contra él. Este hecho histórico en el que dice basar y justificar su odio y las continuas prevenciones que tiene hacia su hermano no es otro que la construcción, la fundación de esas ciudades infectadas por el vicio que fueran Sodoma y Gomorra por Caín y su raza de hombres viles que habrían de condenar bajo el dictado, otra vez, del juicio colérico de Yahvé a toda la humanidad excepto a Noé y su familia a perecer en aquel Diluvio Universal que sepultase a toda la humanidad bajo el lecho de las aguas.

Este acto, por tanto, insistiría en recordar a los hombres cainitas apegados al vicio y que pensaban que no debían trabajar para vivir de los frutos de la tierra, que su castigo no puede ser negado y que ellos deben de arrastrarse y plegarse como animales frente a los nuevos parajes habitados, aunque la nueva mujer-madre tierra y, para ellos, prostituta que se les ofrece no les sea de su agrado. Vuelve a exhortar la necesidad de doblegarse a la vara de la ley, a la del deber, la imposibilidad de huír del ojo vengativo de Yahvé allí donde quieran o puedan esconderse y, a la vez, en aceptar de manera definitiva, en nombre del Dios único y por el bien del conjunto de la sociedad, que ha de ser Abel quien mande, ejecute y decida el gobierno de sus vidas y se haga con el control de las tierras. Como, a su vez, ratifica que es su hijo primogénito, Abel, quien ha de promulgar las leyes y edictos de las ciudades, pudiendo condenar a muerte o encerrar en prisión a aquellos que se rebelen a sus

dictados. O, al menos, esta explicación podemos extraer de la interpretación que realiza, otra vez, Leo Rozitchner del mito del diluvio, en la que se nos sugiere que este castigo tiene como objetivo, “hacer perecer a todo viviente que se nutre de ella”.³ Y, por lo tanto, volver a recordar al olvidadizo Caín que la madre tierra únicamente le pertenece a él y a aquel de sus hijos que él decida. A aquella raza de hombres o pueblo que él considere bastiones de su omnipotente voz. Y por ello Frédéric Boyer insiste en recordarnos que, en realidad Abel no es “esa víctima inocente que se cree”, sino que siendo “en principio el hombre de la ley, el hombre religioso, el hombre piadoso”, es más víctima de (...) (aquel) don imposible que repetería Dios a Noé (Yo os concedo todo)”,⁴ de los dictados secretos de Yahvé por imponer su reino único que de su hermano Caín, imposibilitado para frenar su furia ante un Dios de cuya omnipotencia sospecha.

Es por esto que el arma de Abel es el silencio. Y por lo que, sospechosamente, el mito hebraico no nos relata la conversación entre Caín y Abel antes del acto fratricida, no escuchamos una sola palabra surgida de la boca de Abel durante el transcurso del relato mítico. Porque, en realidad, lo que se nos vela y lo que guarda Abel con sus labios sellados es la voz terrible de un Dios que lo tienta, le promete la posesión del mundo, la tierra entera a costa del sufrimiento de su hermano, de la separación definitiva de Caín de la madre que obliga al hombre, en contra de su voluntad, a entrar definitivamente en el tiempo de la historia. Pues Abel es el hombre que dice que sí frente a su hermano que es el hombre del no, un no afirmativo y punitivo que le conduce a la lucha por la verdad y que sólo encontrará su verdadero sentido, siglos después, gracias a la llegada de Cristo y su altruista rechazo a las tentaciones de Satanás en el desierto. Y, por ello, todo hombre, todo poder está sin duda sustancialmente enraizado con un silencio, un silencio primero que es en realidad una ausencia, una no-existencia, pues a través del mismo se intenta ocultar, negar la presencia de la divinidad en el mundo, fortalecer el pacto fáustico con la voz tentadora que inquiere al hombre, como enseña el mito gnóstico, a que él mismo sea

³ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op. cit, pág., 127.

⁴ Frédéric Boyer. **De Caïn à Dieu. “au bout d’un certain temps”**, en **Caïn**, op.cit, pág., 112.

el rey del mundo, imponiendo, por tanto el reinado de Yaldabaot cuya voz omnipotente ya se encarga de decir todo aquello que Abel, el poder, el dictador y su mudez callan. Y es así que, como nos indica Pascale Hassoun,⁵ Abel sabe que ha de dar, en el momento definitivo, lo mejor, lo primero, “el primer nacido de sus ovinos” para ganarse el favor del Dios y calla cobardemente cuando Caín ofrece a Yahvé únicamente lo que le sobra, lo que le resta, “los frutos de la tierra (adama)”. Pues el silencio de Abel, siguiendo de nuevo a Hassoun, es, en realidad, “falta (hefsed)”, rígidos labios que sabiendo lo que exige Yahvé a sus hijos, no lo dice y conduce a su hermano, Caín, a “la existencia (havaya)” a la que únicamente se puede llegar a través del crimen, si entendemos como nos sugiere el mito gnóstico que la misma no es más que una ilusión, una falsificación a través de la que se pretende atentar contra la realidad y el primer creador original.

Remitiendo esta situación a la Argentina y continuando un ruta mítico-histórica que nos permita comprender desde donde se fundamenta la obra narrativa de Sábato, hemos de recordar que -siguiendo el camino ya trazado en el tiempo histórico del mito por Abel- Noé sería, por tanto, el primer ascendente de los distintos patriarcas que van a sucederse en el gobierno del pueblo de Israel. Noé sería el siguiente precursor de una ley que, más tarde, será entregada a Moisés en el monte Sinaí y que certificará la necesaria alianza entre el pueblo hebreo y su Dios gracias al cumplimiento del estatuto sagrado otorgado ahora a la palabra escrita de Yahvé. Y si recordamos, tal y como transcribiera Centenera, fue Tubal, el nieto de Noé, quien con su primera llegada a la Península Ibérica y el conocimiento de América gracias a la impura tribu de los carybes, sería el encargado de devolver a este continente a los pobladores que por derecho divino debían dominarla, poseerla -el conquistador judeo-cristiano- certificando, al fin, que la misma volvía a pertenecer a los hijos predilectos de Yahvé. Por lo que se comprenderá que, en definitiva, Sarmiento, Roca o Mitre, por tanto, en sus distintos papeles de patriarcas y profetas clamando por la matanza del indio o el gaucho, únicamente estaban refrendando el mandato divino y

⁵ En el artículo de Hassoun, Pascal. *Au commencement était l'envie*, Ibíd., pág., 82.

volviendo a entregar la inmensa tierra de la que podían disponer al más querido de los hijos de Yahvé: Abel.

Pero Abel, la nueva aristocracia y jerarquía de semi-dioses bíblicos que gobernaba el país argentino, necesitaba de la presencia de hombres que pudieran trabajar la tierra por ellos, que se fundieran con la misma y gracia a sus trabajos despreciables ayudasen a levantar las fortunas que, por decreto divino, les estaban destinadas. En este sentido, y continuando con el tema bíblico, los dirigentes argentinos, descendientes de Abel, debido a su miedo inveterado a Caín, intentaron diseñar el programa de la emigración que habría de llegar a su país solicitando que la misma procediera de los países de más alto rango europeo. Y con el fin de atraer este tipo de emigración, se construirá un mensaje metafórico y retórico que vendría a propiciar al fin la verdadera ubicación de la Tierra Prometida en Argentina, tierra libre y liberada, comunidad de hermanos de alma unidos en comunión, destinada únicamente a los justos hijos de la ley de Yahvé, el burgués adinerado, el trabajador liberal, el gran empresario o el rico comerciante, a poder ser pertenecientes a los países nórdicos u anglosajones: en definitiva, el hombre superior occidental de raza blanca, como quisieran entenderlo Maquiavelo, Hobbes, Spencer, Darwin o Malthus, tan leídos y queridos por la clase dirigente de los gobiernos argentinos entre 1880 y 1940 (años de la llegada masiva de la emigración a Argentina).

Sin embargo, estas expectativas eran en muchos casos creadas por el propio gobierno⁶ como un cebo para atraer la mano de obra del viejo enemigo al que, en realidad, aunque quisieran mantener alejado de ellos, necesitaban: Caín. De este modo, esta irreal planificación quedará desestructurada, desbordada por la llegada de inmigrantes ansiosos por encontrar una salida a su inhóspita realidad, vida occidental que procederán de los países latinos (España e Italia), o los llamados bárbaros o de menor rango de Europa (polacos, armenios, yugoslavos). Y los dirigentes argentinos

⁶ Señala Fernando Vidal Buzzi: “El gobierno argentino (...) asumió la promoción de nuestra tierra como “tierra prometida”, exagerando a veces, lo que provocó serias desilusiones en muchos hombres y mujeres que habían afrontado un viaje oceánico en condiciones hartamente precarias (...) huyendo de la miseria, el hambre, las persecuciones políticas, religiosas o sociales, la falta de trabajo, de horizontes”, en Vidal Buzzi, Fernando, *De pizzas y ravioles*, en **Lo mejor de Todo es Historia. 3. Los grandes cambios**. op.cit, pág., 370.

no tardarán en manifestar la necesidad de que la profesión dominante que componga esta emigración sea la de agricultor con el fin de extraer todo el beneficio y rédito posible a la amplia extensión y tierras del país.

Pero como nos indica Lilia Bertoni, estas expectativas tampoco serían cumplidas: “En lugar de los laboriosos agricultores que prometía la inmigración espontánea, la nueva política atraía “elementos indeseables”: exóticos judíos y turcos, chulos españoles, gitanos del Mediterráneo, malvivientes, enfermos y niños de todos los puertos”.⁷ Por lo tanto, los gobiernos argentinos, sus clases dirigentes comenzaron a observar que su sueño del reino único se iba desmoronando poco a poco. La extensa maraña migratoria compuesta de personas llegadas de los más diversos orígenes hacía resonar en las murallas de su castillo solitario el impuro sabor de las más distintas lenguas y planeaba desmoronar la torre babélica que habían construido. A su vez, aquellas ciudades que debían temblar ante cada uno de sus mandatos, ser ejemplo de orden y racionalidad cartesiano-occidental recibían ahora todo tipo de individuos de procedencia sospechosa que amenazaban volver a reedificar, hacer renacer la leyenda de Sodoma y Gomorra dentro del país que con tanto trabajo habían construido, habían conseguido limpiar de la mancha de todo pecado.⁸ El hermano odiado, Caín, volvía a estar cerca de ellos.

De esta manera, se iba componiendo un doble desencanto y una fractura social de incalculables consecuencias para la sociedad civil argentina del siglo XX y es en este hecho donde debemos comenzar a cifrar la aplastante sucesión de gobiernos dictatoriales en la Argentina durante este siglo como, a su vez, donde nace el germen violento que dará pie a la creación de Los Montoneros y el ERP –Ejército

⁷ Bertoni, Lilia Ana. **Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX.** Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Primera edición. 2001, pág., 22.

⁸ Señala Marcos Aguinis: “Los inmigrantes provienen de las porciones miserables de Europa y están destinados a la zona rural. Pero el campo argentino –mal repartido por los latifundios y mal aprovechado por la elite proletaria- no deja florecer una colonización sistemática. No hay tradición de aldeas organizadas, sino de caseríos dispersos. En pocos años los inmigrantes se desplazan hacia las ciudades. Es tan intenso este fenómeno que en 1938 el 74 % de la población ya es urbana”, en Aguinis, Marcos, **Un país de novela. Viaje hacia la mentalidad de los argentinos.** op.cit, pág., 119.

Revolucionario del Pueblo-. En suma, es en estas circunstancias donde se comienza a forjar la tan discutida y polémica teoría de los dos demonios sabatiana –que, como pudimos comprobar ya tenía sus raíces instaladas en la historia argentina desde la historia fundadora de Baistos, las luchas entre unitarios y federales o las guerras civiles que dan lugar al asesinato del general Urquiza– que volverá a dividir a la sociedad argentina una vez recién conquistada la democracia tras la desastrosa experiencia de la guerra de las Malvinas. Como, a su vez, es en estas circunstancias donde se empieza a forjar definitivamente y como un proceso lógico vista la historia argentina -compuesta como un tejido auxiliar, hilo delgado del que se fuera desprendiendo progresivamente aborígenes, negros utilizados como carnazas en las guerras civiles, gauchos y diferentes víctimas de las guerras entre unitarios y federales– la ideología que, finalmente, permitirá que la dictadura del general Videla atente contra el propio pueblo sin miramientos, dando lugar al tristemente fenómeno conocido con el nombre de los “desaparecidos”. Pues los futuros sacerdotes de Yahvé instalados en la Argentina (Videla, Viola, Galtieri), aplicarían, intentarían llevar al extremo una lógica cruel que los antiguos gobiernos de la Argentina, necesitados de la emigración, todavía no habían llevado a su extremo. Esto es, y siguiendo una explicación donada por Bernard Sergent,⁹ que si bien en un principio, el emigrante (Caín) fue considerado huésped (hostes) y enemigo a la vez (hostis) pues como ya indica la raíz indoeuropea de la que proceden estas dos palabras *hosti*, sólo aquel que es invitado a la casa que se gobierna, el alojado en el país que se domina puede ser considerado como enemigo, después el emigrante pasó a ser considerado inexistente, a negársele su presencia en el país argentino. Porque este odio al huésped-enemigo fue depurándose de tal manera que, al tiempo que se vendían gran parte de los territorios de la Patagonia a capitales extranjeros y se realizaban otras operaciones que enriquecieron a gran parte de la clase dirigente argentina y una vez que el hijo de emigrantes era considerado testigo ingrato que podía denunciar este hecho y que su presencia y progreso en la sociedad (recordemos que el acceso a la Universidad en Argentina es gratuito) podía generar un movimiento que frenase este ánimo de enriquecimiento, se llegó a concebir el plan definitivo para instaurar el asesinato

⁹ Una explicación que podemos encontrar en el artículo de Edith Wolf, *Les figures de l'ambiguïté*, en *Caïn*. op.cit, pág., 48-49.

consentido, la falta sin precio alguno que pagar. Esto es, hacer como si el hombre cainita jamás hubiera poblado el país argentino. Pues, en verdad, y siguiendo la teoría nominalista de Bernard Sergent, como explican las dos bifurcaciones de la palabra *hosti-*, si no se es huésped no se puede ser enemigo y así el asesinato cometido no será tal pues, en realidad, sólo puede morir un enemigo, sólo puede ser nombrada como muerte la muerte de nuestro rival y huésped a la vez, como indica el mito de Caín y Abel. Y así, la muerte de un hombre que no existiera, al que se negara la presencia en la patria no sería muerte, en realidad, sino algo cercano a una desaparición. Una ausencia que, en verdad, ya viene cifrada por esa necesidad de cegarse a ver al huésped que ha heredado por méritos propios la casa que le prestamos y al que desalojamos a través de la muerte de su presencia en el hogar que se regenta dando lugar a una especie de matanza que jamás hubiera tenido lugar. En la que no hay pistas ni huellas de los cuerpos muertos y donde las que se encuentran, podrían considerarse como signos de hombres que todavía ni siquiera habían llegado todavía a instalarse en el país y, por tanto, no habrían sido asesinados, sino desalojados del espacio que habitaban en cualquier lugar del mundo. Lo que explica el porqué tantos restos de los desaparecidos se arrojaron al mar y no hay una fosa común donde –al revés que en la historia del nazismo que se enorgullece de matar a esos eternos invitados, enemigos en las distintas mansiones de los estados occidentales que son los judíos y, por tanto, deja rastros por doquier del genocidio– puedan encontrarse sus cuerpos.

Porque, y volviendo ahora a los comienzos del siglo XX, la clase dirigente argentina, aferrada al dominio de sus territorios y continuando con el error cometido anteriormente por los conquistadores hispánicos, se encontraba cegada para comprender la tragedia del “otro”, para observar, asimismo, que tampoco los emigrantes llegados a Argentina encontraron el país que le habían prometido¹⁰ y se

¹⁰ Nos indica Luis Rubio: “Para los emigrantes que huían de las guerras y los pogroms europeos, la Argentina era el país de la paz perpetua. La oligarquía liberal se encargó de dar forma a esta imagen y difundirla. Este beneficio de excepcionalidad sirvió para caracterizar todo conflicto interno protagonizado por los trabajadores o el pueblo como resultado de ideas foráneas, ajenas a la indiosincrasia nacional. Esta presunta indiosincrasia suponía el orgulloso aislamiento de una sociedad regida por un patriarcado liberal, justo y benevolente, y donde la contradicción era remitida al exterior para resultar negada. (...) Las burocracias militares internalizan el peligro exterior, insertando el desdoblamiento en el seno mismo de la

veían condenados, en muchas ocasiones, a la servidumbre, la exclusión, el trabajo mal pagado y tortuoso en las estancias o el anónimo y humillante empleo en el sector de servicios de la ciudad. No. Todo lo contrario. Se encontraba aliada con el pretérito temor que ya hubiera paralizado y sesgado la mirada del antiguo conquistador hispánico. Pero este miedo había de desplazarse ahora del indio o la naturaleza americana al emigrante: es decir, Caín. Y ante el terror que les produjera el sentir que Caín, de nuevo condenado a la miseria y a la humillación, se hiciera fuerte en su destierro y lanzase su brazo asesino hacia ellos, fueron poco a poco estrechando su contacto con las fuerzas militares al tiempo que las distintas familias de estancieros y ganaderos se unieron aún más.

Así estaba predicho en el mito bíblico y así se realizó en Argentina. Pues, para evitar la nueva tentativa vengativa por parte de Caín, Yahvé debió advertir a Abel de la necesidad de buscar un medio de asegurarse sus pertenencias, ganados y rebaños a través de los que conseguir las rentas necesarias para mantener su imperio de lo único en pie, evitando, por consiguiente, ser sustraídos por la envidia, el rencor y la ira de aquellos que se vieron obligados a ganarse el pan con la fuerza de las manos, trabajando una tierra ajena y sintiendo sobre sí el escarnio de haber sido separados del afecto divino. Y, como nos sugiere Deleuze, en la mayoría de los casos, Abel encontraría en las armas y los pactos de poder con otros ganaderos y comerciantes que han hecho fortuna, la manera de fortificar sus propiedades y proteger sus heredades, infinitas y siempre multiplicadas de aquel que “trata de arrebatársela”: Caín.¹¹

sociedad”, en Rubio, Luis, *Argentina: la promesa incumplida*, en Tiempos conservadores, América Latina en la derechización de occidente, Agustín Cueva y otros, Quito. El Conejo. 1987, pág., 154.

¹¹ Como ha indicado el teórico francés, en una idea que sirve de sustento a la teoría de los dos demonios sabatiana y que, a la vez, permite comprender la lucha sin fronteras tantas veces establecidas entre gobierno y pueblo argentino, la lucha entre Caín y Abel es una lucha entre sordos, dos egos apegados a su propia experiencia incapaces –debido a que su vida, la tierra a la que aman está en juego- de poder visualizar al otro en su totalidad. Es, por tanto, la lucha de dos hombres ciegos. Dos hombres cegados para todo aquello que no sean los límites fronterizos, libidinosos, los tesoros ocultos del fondo de la tierra. Conclusiones como ésta son extraíbles del libre monólogo que en boca de Caín ubica Deleuze en su ya clásico ensayo sobre la obra de Sacher Masoch: “a partir del momento en que el ego no acoge la presencia de lo otro en el otro” y cesa, por tanto, la experiencia del diálogo, del habla, también “cesa la tierra de ser lo bastante ancha como para poder contener, a la vez, al otro y a mí, y uno de los

Exactamente, de esta manera -y ahondando en el referente bíblico que permite que la voz autoritaria de Yahvé imponga sus preferencias sin medir las posibles consecuencias de este acto- observaría Rodolfo Kusch esta situación instalada en Argentina desde comienzos del siglo XX, y que obligaría a Caín, al emigrante argentino, una vez que los campos se ven incapacitados para recibir la cantidad de mano de obra llegada para trabajar en los mismos a refugiarse en las ciudades:¹² “El poderoso por su parte, que pertenecía según Alfredo Weber, a antiguas tribus ganaderas, se dedicaba a crear el imperio y gozar de él, mientras que el esclavo y el pobre debían quedarse en la ciudad”.¹³ Más aún, si tenemos en cuenta que como sugiere Jauretche: “La riqueza territorial era aquí un regalo de los dioses y no el producto del esfuerzo y la aptitud capitalista de esa clase”.¹⁴ Lo que llevaría a Juan José Sebrelí en su aguda obra **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**, a preguntarse el porqué en su país la razón “le es otorgada a unos pocos y negada a

dos tiene que echar al otro por completo”, en Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. cit, pág., 73.

¹² Efectivamente, este esquema habría de repetirse en la Argentina, una vez que el vasto territorio que la componía y la posesión de la tierra que este hecho permitía, había caído bajo el dominio de una minoría de la población establecida en el poder que, habiendo abolido la legendaria mitología cainita que perseguía a sus antecesores, se sentía satisfecha y gozosa, al fin, de haber desembarcado perennemente en tierra extranjera, mostrando sus exuberantes riquezas al resto del mundo como prueba auténtica de que, finalmente, el sueño de los auténticos conquistadores se había hecho realidad. A esta clase dominante y su espíritu netamente aristocrático que le lleva a depreciar al emigrante la describe de la siguiente manera Juan José Sebrelí: “La “aristocracia del espíritu” en un país invadido por permanentes oleadas inmigratorias, es aquella que está fuertemente enraizada en el país, a través de varias generaciones de criollos descendientes de los Padres de la Patria, herederos de virtudes ancestrales, elaboradas en un largo proceso como un vino añejo, y de las que carecen la inmensa mayoría, los hijos de inmigrantes incapaces de remontarse hasta las raíces de un árbol genealógico. El “espíritu de la aristocracia” es pues una propiedad heredada e intransferible, una relación mágica de posesión en la cual el objeto poseído y el poseedor están unidos por un lazo de participación mística. De este modo se establece una oposición entre los viejos criollos y los hombres nuevos, los inmigrantes”. Sebrelí, Juan José. **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires. Décima edición: diciembre de 1966, pág., 41.

¹³ Kusch, Rodolfo, **La seducción de la barbarie** en **Obras Completas. Tomo II**. op.cit, pág., 127.

¹⁴ Nos continúa señalando Jauretche que en Argentina: “aun la misma modernización de las razas ganaderas, donde la clase territorial cumplió una tarea efectiva, careció de los fines típicos del capitalismo y correspondió más a la preocupación estética de reproducir el estilo de la clase territorial europea en cabañas y estancias paralelas a los modelos propuestos, con parques y cascos que rivalizaban con los castillos y “manos”, en Jauretche, Arturo. **El medio pelo en la sociedad argentina. Obras Completas. Volumen 3**. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 2002, pág., 83.

otros, (al) resto de la sociedad, (a) los no iniciados, (..) la masa indiferenciada, el “rebaño”. Llegando a la conclusión de que esta situación sólo podía proceder “de leyes fatales dictadas por un inflexible dios maniqueo, cuyos secretos designios permanecen en el misterio”,¹⁵ que provocaban en el país argentino el desprecio de “la burguesía ganadera” no sólo a “toda actividad industrial” sino “a la propia agricultura, considerada cosa de “gringos”;¹⁶ es decir de extanjeros, ajenos, extraños.

Se comprenderá entonces que, enmascaradas bajo distintos rostros gracias a los que se identificaban con un mesianismo de rasgos abélicos a través del que justificaban toda ideología afín a sus intereses económicos, aquellas “familias argentinas asentadas de antiguo en (aquel) país” que llamase Larreta “Tierra de pastores”¹⁷ y que “forma(ban) verdaderas tribus, semejantes a las de los hijos de Israel”, según las definiera el Conde de Keysserling, mantuvieran “no sólo exteriormente, sino también interiormente, una inaudita unión”,¹⁸ fruto de la necesidad de mantener sus rentas y ganancias a salvo de los nuevos visitantes del país. Como a su vez, se entenderá las motivaciones últimas que les llevarían a ofrendar el látigo del desprecio y a ofrecer una mísera orfandad a todos aquellos fantasmagóricos emigrantes, hijos del destierro de Caín, que fueran poco a poco componiendo la masa social de la Argentina en el momento en que su actuación no respondiera necesariamente a sus intereses. Lo que permitiría que Mallea pudiera compararlas con la oligarquía racista del Sur de los Estados Unidos, creadora del Ku-Klux-Klan, por insistir en aquella característica “no social, sino espiritualmente aristocrática, señoral, criolla” de la misma que, para el escritor argentino, se mantenía “viva en los estratos profundos de casi todas las regiones netamente argentinas de nuestro país”.¹⁹

¹⁵ Sebrelli, Juan José. **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**. op.cit., pág., 39.

¹⁶ *Ibíd*, pág., 26.

¹⁷ Larreta, Enrique. **Tenía que suceder. Las dos fundaciones de Buenos Aires**. op.cit., pág., 146.

¹⁸ Keyserling, Conde de. **Meditaciones Suramericanas**. op.cit., pág., 94.

¹⁹ Mallea, Eduardo. **La bahía del silencio**. Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. Cuarta edición. 1987, pág., 155.

Al mismo tiempo, ha de percibirse con más claridad el porqué de los sistemas educativos implantados por los distintos gobiernos de la Argentina desde comienzos del siglo XX. Pues todos ellos se encontrarán sujetos a la necesidad de glorificar el panteón de héroes muertos de la Argentina y estarán imbuidos de un mesianismo encubridor de las lacras de la historia de la nación. Un mesianismo que falseará u obviará los hechos necesarios que pudieran aportar una mirada crítica a la historia argentina para hacer de lo que fue saqueo indiscriminado al aborigen y de otros sucesos fatales un mito heroico que permita revestir de santidad la manera en que la clase terrateniente llegó a hacerse con su amplio capital de territorios. Y, de la misma manera, tendrán como objetivo (según la receta que se aplicará en los regímenes totalitarios de la Europa Occidental) el crear una raza de hombres iguales e indiferenciados, miedosos a levantar su voz ante la vara del poder que los vigila. Es decir, intentarán que el nuevo emigrante llegado al país, Caín, olvide su desdicha y su origen incitándolo a olvidar la lengua del nuevo país y desterrar la de sus ancestros para seguir sosteniendo la torre babilónica de soledad construida con tanto esfuerzo durante todo el siglo XIX, ensayarán la manera de mantenerlo pasivo y solitario e incapacitado para cualquier rebeldía o cualquier orden que no responda a los designios del imperial país argentino.²⁰ Y, por tanto, irán creando lo que luego denominaría Mallea, el antipaís, una contrautopía “cruel que falta el respeto a los tesoros heredados por cada grupo étnico y plural”, y cuyo objetivo era “arrojar” las ricas diferencias que sostenían en pie la identidad de cada uno de los nuevos emigrantes llegados a la Argentina, en “una olla común y someterlos al fuego de la depuración que brindará, finalmente, el milagroso guisado de nuestra identidad común”,²¹ como dijera Marcos Aguinis.

²⁰ Ratifica María Esther Díaz: “A partir de 1910 se comenzaron a exaltar también las fiestas y los símbolos patrios, así como el culto de los héroes. Hubo una verdadera construcción consciente de imaginario. (...) La educación patriótica incluía también el homenaje diario a la bandera, la costumbre de que los niños se pusieran de pie cuando se mencionaba a José de San Martín y el recitado catequístico de fórmulas tales como la siguiente: - ¿Cómo se considera usted con relación a sus compatriotas? - Me considero vinculado por un sentimiento que nos une. - ¿Y qué es eso? - El sentimiento de que la República Argentina es el mejor país del mundo. - ¿Cuáles son sus deberes como buen ciudadano? - Primero de todo amar a mi país. - ¿Aún antes que a sus padres? - Antes que a todo”., en Díaz, María Esther. **Buenos Aires. Una mirada filosófica.** op.cit, pág., 139.

²¹ Aguinis, Marcos. **Un país de novela. Viaje hacia la mentalidad de los argentinos.** op.cit, pág., 120.

De este modo, la educación en las escuelas realizaría una santificación de San Martín y otros políticos de la Independencia argentina que sobredimensionaría sus rasgos humanos y los ubicará en una especie de panteón divino, al tiempo que se formularía una política que ha de escarbar en los rasgos y fetiches que puedan ser considerados autóctonos (la mayoría, derivación de objetos originalmente introducidos por la emigración europea) para su magnificación y máxima promoción: “Se erigía así un nacionalismo un tanto xenófobo, o descaradamente xenófobo”, señala María Esther Díaz. Pues, en realidad, este sistema educativo procedía del modelo positivista del siglo XIX, el cual, según Hannah Arendt, había introducido la idea de que los hombres debían “sentirse iguales no por los derechos, sino por las circunstancias y la educación”, ayudando a establecer en los países donde fue aplicado “el concepto de origen divino de un pueblo en contraste con todos los demás, cubriendo así el producto temporal y cambiante del esfuerzo humano con una nube seudomística de eternidad y de finalidades divinas”.²² Lo que permitiría a implantar, seguir continuando un modelo de racismo y exclusión hacia el otro –ya ancestral en el caso argentino, como pudimos anteriormente comprobar- que ayudaría a que la sima que separaba a los distintos componentes del país argentino como a Argentina del resto de Hispanoamérica aún se agrandara más. Porque, como la pensadora judía observara con claridad, el imponer maquievílicamente por parte de los gobernantes a toda una sociedad, un pueblo, “el origen divino del propio pueblo contra la creencia judeo-cristiana en el origen divino del propio hombre”, permitía que este mismo pueblo se transformara “en una masa “elegida” y uniforme de arrogantes robots”²³ y esto era, en realidad, en lo que necesitaban transformar al nuevo Caín emigrante los dirigentes argentinos para sentirse seguros de sus posesiones y, además, controlarlo a su antojo sin tener que escuchar de nuevo sus disidentes quejas al estatuto legal impuesto por la divinidad. Una divinidad que sancionaba y apoyaba desde un tiempo mítico, oculto y olvidado el que ellos reinaran por decreto en un país transformado, desde finales del siglo XIX a principios del

²² Arendt, Hannah, **Los orígenes del Totalitarismo. 2. Imperialismo.** Traducción de Guillermo Solana. Alianza Editorial.S.A. Madrid. Primera edición en “Ensayo”: 2002, pág., 349.

²³ *Ibíd.*, pág., 348.

siglo XX, de cuna de anti-héroes, fatalidad y muerte en sedimento y semilla de invencibles guerreros, inteligentes estrategas y caudillos y héroes excelsos, imbatibles. Y que, al mismo tiempo decidía callar, mantenerse neutral, cuando uno de los emergentes nacionalismos en los que se había inspirado para construir la ideología dominante de la Argentina moderna, el alemán, intentara expansionarse consiguiendo gracias a su lenguaje colérico iniciar el primer conflicto bélico a nivel mundial. Lo que llevaría a Leopoldo Lugones, sobre el que más tarde volveremos, a comparar a su patria en exacta metáfora, tan cara a Sábato, con un cóndor ciego, reconociendo en las clases dirigentes del país, los mismos defectos que en los antiguos conquistadores hispánicos: “el egoísmo y el miedo nos cegaron”.²⁴

Es por ello que, por ejemplo, gestos como la implantación de la Ley de Residencia que dotaron de un cariz supuestamente progresista al régimen de Roca, permitiendo a muchos de los emigrantes prosperar, acceder a viviendas y derechos que afirmarían a muchos de ellos en la realidad del sueño de la Tierra Prometida argentina, aparecen determinados, constreñidos (si se los mira con el cristal tantas veces esclarecedor del paso del tiempo) por la privilegiada posición que gozaba el país argentino en aquella época. Pues, en realidad, el miedo perpetuo, ancestral hacia el emigrante, Caín, era el factor predominante a través del que se estaban dinamitando las estructuras económico-políticas del país argentino en el siglo XX. De esta manera, como nos informa Félix Luna, al menor atisbo, movimiento, por parte de los nuevos visitantes, que adviertiera a los dirigentes argentinos de una posible rebaja de su poder, éstos no dudaban en volver a unirse para golpear al emigrante, eliminar los derechos o leyes que ellos mismos habían intentado implantar: “este sistema, (...) empezó a adquirir carácter represivo y sancionó la Ley de Residencia. Algunos hombres del Régimen estaban asustados de que pudieran producirse trastornos cuya etapa final fuese el derrocamiento o el derrumbamiento del orden de cosas que se había creado”.²⁵

²⁴ Lugones, Leopoldo. **El cóndor ciego** dentro de **La hora de la espada y otros escritos**. Libros Perfil.S.A. Buenos Aires. 1998, pág., 46.

²⁵ Luna, Félix. **Breve historia de los argentinos**. op.cit, pág., 137.

Continuando con el tiránico dominio de clase oligárquica argentina sobre el país, la llegada de Irigoyen en 1916 al poder de la Argentina en las primeras elecciones democráticas del país (aunque el voto a las mujeres no estuviera permitido) al frente de la Unión Cívica Radical no va a cambiar²⁶ en demasía ese panorama, a pesar de las ilusiones que suscitara la promoción de su candidatura. Acaso, como quisiera concebirlo el conde de Keysserling²⁷ va a servir para hacer revivir los antiguos enemigos y fantasmas del progresismo, amparados en el populismo con el que Irigoyen propende a la dirección de las masas y se aprovecha de las reformas de los gobiernos previos para continuar el antiguo estado de cosas, siguiendo la famosa lección de Lampedusa, tan adecuada a los vericuetos políticos de Sudamérica: “Irigoyen fue la más típica encarnación del caudillo suramericano, por su extraordinaria pasividad y por su inflexibilidad en la negativa”.²⁸

En efecto, como señala Marcos Arguinis: “El radicalismo como partido popular opuesto a la oligarquía es una fantasía de los ideólogos populistas. La dirigencia del radicalismo -no menos que la del conservadurismo- pertenecía a la clase alta y más específicamente a los terratenientes ganaderos. A veces (...) eran los patronos de estancia quienes arrastraban a los peones a votar por el radicalismo. El núcleo original del partido pertenecía a familias patricias de Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba que, por su antigua filiación federal, no pudieron integrarse en la élite dirigente liberal. También adherían algunos ganaderos del interior”.²⁹ Por tanto, Irigoyen se revelaba como un hábil oteador de la necesidad que tenían los

²⁶ Aun y precisamente por el mar de fondo redentor en que se envuelve el nuevo presidente periclitando la renovada manía mesiánica de los distintos presidentes argentinos que le continuarán. Señala al respecto Juan José Sebrelí: “El radicalismo yrigoyenista dejó una huella indeleble no tanto por su actuación gubernamental, que fue anodina e ineficiente, sino por haber creado los principales lineamientos de una cultura política que sobrevivió a la caída de Yrigoyen, retomada luego por otros sectores, aun antagónicos. Se trataba de los esbozos del nacionalismo populista, con su prédica aislacionista de tinte imperialista y su visión mesiánica y patética de la política, luego llevado hasta la exacerbación por el peronismo”, en Sebrelí, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Quinta edición. Febrero de 2003, pág., 138.

²⁷ Señala el conde de Keisserling que la negativa de Yrigoyen “a participar en la guerra mundial y (su) actitud defensiva frente a los Estados Unidos consolidaron definitivamente la obra de Rosas”, Keisserling, Conde de, **Meditaciones Suramericanas**. op.cit, pág., 196.

²⁸ *Ibíd*, pág., 194.

²⁹ Sebrelí, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. op.cit, pág., 109.

emigrantes de comparecer unidos bajo la sombra de un padre regio que esta vez no decretase su expulsión y que pudiera asegurar sus esforzadas conquistas,³⁰ y a la vez un sagaz estadista, en una situación muy propicia a Argentina, cuyo arraigo en el poder consolidaba los intereses de las clases dominantes, dando lugar a una especie de régimen bonapartista, en palabras de Sebreli, o fascista, en las de Manuel Galvez: “El Partido Radical aspira, como el fascismo italiano, a hacer obra para el pueblo dentro de un marco de orden, respetando las tradiciones religiosas, familiares y sociales”.³¹

Exactamente, la agresividad de su policía y ejército ante las peticiones huelguistas, la voracidad de su comportamiento antisemita que dará lugar al primer pogrom de judíos en los sangrientos hechos que dieron lugar a la Semana Trágica en 1919 o la mirada indiferente con la que contemplara el infausto asesinato cometido contra los huelguistas de Santa Cruz en los hechos conocidos históricamente como “la Patagonia trágica” acaecidos a principio de la década del 20, no dejarán lugar a demasiadas dudas: “No sólo la lucha de clases, sino ni siquiera el concepto mismo de clases sociales, concordaban con la unidad orgánica de la doctrina radical. (...) El desinterés del radicalismo por los sectores obreros estaba en proporción directa al origen inmigratorio de éstos y su consiguiente exclusión del voto”,³² ratifica Sebreli.

En la medida en que la emigración se mostraba pasiva y propensa a la domesticación, alejada de cualquier negligente movimiento contestatario, el caudillo velaba por la misma en cuanto su propagación e integración en Argentina favorecía los intereses económicos de la clase dirigente, pero en el momento en que se producía cualquier disidencia en contra de los propietarios de la tierra, sus dirigentes no dudaban en desenvainar el arma del cinto y proclamar, como aquel Leopoldo Lugones, asido a su delirio de caballero cristiano de lo único que había llegado “otra

³⁰ Nos dice de Yrigoyen, Marcos Aguinis “La personalidad de Hipólito Yrigoyen sintetiza al político de la civilización y el caudillo del país profundo. Su magnetismo reactiva la figura del padre protector y omnipotente que las multitudes sin padre necesitan, (...) A partir de Yrigoyen el paternalismo feudal de los estancieros se transforma en paternalismo político”, en Aguinis, Marcos, **Un país de novela. Viaje hacia la mentalidad de los argentinos**. op.cit., pág., 128.

³¹ En Sebreli, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. op.cit, pág., 139.

vez, para el bien del mundo, la hora de la espada”.³³ El momento de volver a demostrar que estas tierras pertenecían únicamente a Abel y que la civilización judeo-cristiana no sólo estaba emparentada con la voz compasiva de Jesucristo sino ante todo a la colérica de Yahvé.

³² *Ibíd.*, pág., 136.

³³ Lugones, Leopoldo. **La hora de la espada y otros escritos**. Libros Perfil.S.A. Buenos Aires. 1998, pág., 77.

Pocas figuras como la de Lugones se prestan con tal fortaleza a que veamos reflejadas en ellas, las paradojas y contradicciones que habían forjado el discurso mediático de la sociedad argentina del siglo XX -contrapartida de su revuelta y moviediza historia- hasta el punto que sería necesario todo otro libro o un capítulo exclusivo dedicado a él para intentar vertebrar los simbolismos de las distintas etapas que atravesó en su vida y cómo éstas se vieron influenciados por la vida política del país. Así, por ejemplo, basta recordar el discurso que pronunciase en el primero de mayo de 1986 y en el que, desde su posición de burgués acomodado, parecía hacerse uno con el pueblo, optando por reconocer la estatura cainita de la patria, y compararlo con su más famoso y polémico discurso **La hora de la espada** –del que las distintas dictaduras no dudarían en hacer propaganda– pronunciado en 1924 en Lima y que aparecerá igualmente publicado en **La patria fuerte**, publicado, precisamente, por el Círculo Militar en 1930. Así, podemos leer en el discurso que Lugones dedicara a los trabajadores en el primero de mayo de 1896: “¡Nosotros somos los rehenes del destino!“, (...) “¿ (...) qué es lo que nos representa esa sociedad burguesa cuyo desdén nos muda el rostro desde lo alto de los carruajes en que pasa, sudando por todos los poros el tocino de su engorde robado? (...) Entre el pueblo y ella, hay esta diferencia que ella muere de indigestión y el pueblo, de hambre; que ella se aburre en los palcos de sus operas y el pueblo comprende al payaso; (...) Es que el pueblo cree y ella está viviendo en el convencionalismo y la mentira, concluye por dudar de todo excepto de su superioridad sobre la canalla. Yo vengo de ahí y sé bien lo que digo”. “He aquí que es el ladrón quien hace la ley que regirá a la víctima. He aquí que son necesarios la humillación, la prostitución, la esclavitud, el tributo, la resignación, o sea, el disfraz de la cobardía, el harapo, la mugre, la ignorancia, la caridad, la estupidez, todo ese enorme total de miserias para conseguir el derecho a la vida, que tiene conquistado a las víboras”, *Ibíd.*, págs., 11, 12 y 14. Y, por contraste, en **La hora de la espada**, anunciando y poniéndose de parte de las fuerzas que generarán el golpe de Estado de 1930 en la Argentina dirá: “En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquella. En esto consisten su deber y su sacrificio. El sistema constitucional del siglo XIX está caduco. El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica. Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza”, *Ibíd.*, pág., 78.

Y es que, como bien explicara David Viñas y, como pone de manifiesto más que ningún acto su suicidio final, Lugones es, en una sociedad de hombres cegados y solitarios, que dijera Sábato, la síntesis de la misma. El artista asolado por su propia sombra y el peso contradictorio de la historia argentina que, finalmente, ha de cumplir con el destino mortal que forjó a la nación para poder reintegrarse con la misma, lavar su culpa, y que viene a certificar, como dejara escrito Muica Láñez en su **Misteriosa Buenos Aires** que desde el primer poeta argentino hasta su último consorte –al menos en el momento en que Lugones decide suicidarse- la más estricta indiferencia, el anonimato son los compañeros de viaje del escritor, poeta argentino. Nos dice David Viñas: “La “manera de ser” de Lugones no podía desprenderse de la “manera de ver” de los otros; frente a esa “masa ciega” él no existía. Y si su escepticismo involucra a los demás, por qué iba a excluirlo cuando en su soledad –como nunca– comprueba el mito lamentable de su excepcional condición de “elegido” y de Poeta

Y fue así en medio del rencor, del miedo, de la violencia sutil encubierta bajo los gestos más amables, en el cortante silencio que puede provocar el estallido violento de la causa del poder o decretar su perdón que aquellos emigrantes procedentes de los más diversos parajes, fueron desprendiéndose de su antigua personalidad y, arremolinados bajo el temporal de orgullo con el que los sacerdotes de Yahvé regían el país, fueron unificándose, olvidándose de sus diferencias, con la intención de ajustarse al corsé necesario que les permitiera auspiciar un futuro en la tantas veces deseada Tierra Prometida. Fueron ahuyentando la pluralidad de sus voces desiguales que conformaban un posible paraje inédito en aquel nuevo país y fueron dejándose asistir bajo el control de un poder³⁴ que, independientemente de quien lo regentara, siempre hablaba en un único tono y una sola lengua: religión monoteísta a través de la que asomababa velado el rostro de Yahvé pidiendo a sus súbditos arrodillarse ante su omnipotente poder.

De esta manera, y siguiendo la tradicional ruta de Caín –la que lo lleva de la comunión con la tierra gracias a la agricultura al anonimato despiadado de las ciudades– los emigrantes argentinos fueron, progresivamente, repitiendo en la nueva tierra añorada el castigo ya sufrido en la tierra original, despoblando el país y acumulándose, la mayoría de las veces hacinados como ganado, en las inmediaciones, alrededores de Buenos Aires. Soñando con volver a montar en el barco que los trajese un día al país argentino o recoger algunas de las migajas, el maná dorado que las clases burguesas, acomodadas de la ciudad, quisieran concederles. Intentando eludir bajo la sombra fantasmagórica de los edificios que gobiernan Buenos Aires la mirada siempre vigilante de aquel Dios que los condenase inexplicablemente por una falta que ninguno de ellos recordaban haber cometido. Y

(...) “estoy solo”, nadie me va a ver ni me oye”, en Viñas, David. **Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar**. op.cit., pág., 79.

³⁴ Así analizará la situación Lisardo Pibida: “La crisis argentina como fenómeno de la cultura se debe más a los grupos conductores que a los grupos conducidos y se produjo por la sistemática voluntad de aquellos a no identificarse con el país, con la parte humana, con el hombre, con el pueblo extenso, hasta que ese mal público creciera en su desmesura como un mal sin remedio, dando lugar a que prevalecieran esas formas, reducidas, aniquilando las formas de la virtud, del heroísmo, del desinterés, de la justicia”, en Pibida, Lisardo. **Mallea: la Argentina como destino**. Ediciones Corregidor.S.A. Buenos Aires. 2000, pág., 56.

para cuando el conflicto bursátil norteamericano del 1929 provoque una crisis de dimensiones incalculables en las estructuras y bases de la Argentina, este éxodo tomará dimensiones monumentales, terminando de dotar a Buenos Aires del rostro gigantesco de urbe babilónica que portará durante todo el siglo XX.

Será este el contexto, por tanto, desde el que las fuerzas militares y las más reaccionarias familias patricias de la Argentina aliadas con el poder burgués (que verá fuertemente amenazado, invadido su territorio y hábitat natural, Buenos Aires, por la entrada masiva de emigrantes) firmarán un pacto de sangre de funestas consecuencias para la vida moderna de la Argentina, concibiendo el primer golpe de Estado del país, que llevará al poder al General Uriburu. Efectivamente, tras el triunfo de Irigoyen en las elecciones nacionales de 1928 y el despoblamiento progresivo del interior del país, una buena parte de las fuerzas tradicionalistas bastante maltrechas tras el crack del 29 (atendiendo acaso a la manipulación que Irigoyen pudiera hacer de las masas de emigrantes llegadas a Buenos Aires para sostenerse en el poder y temiendo que sus posesiones y su economía decreciera por la necesidad que tenía éste de ganarse el favor de las clases más desfavorecidas) no dudarán en imponerse por la fuerza en el gobierno argentino. Lo que, por otra parte, no hacía sino ratificar el poder y control real que tenían sobre el país, mostrar el verdadero cariz y rostro de quienes manejaban Argentina.

De nuevo volvía a resurgir el brazo cegado de Baistos revolcándose en el cadáver de su hermano, y aparecía a la luz la verdadera realidad que durante los años de prosperidad argentina y guerras europeas se había intentado negar: el discurso violento, único y monovolante de unos hombres dispuestos a todo con tal de mantener su poder económico, engendrado durante años de guerras y violencia continuas. Si el pueblo necesitaba un padre, ellos se lo darían. Un padre tiránico como Yahvé que no se dignase a mirarlos nada más que para advertirles con la ley de su voz lo necesario que era que trabajasen la tierra o que se apartasen de todo vicio que no fuera el del trabajo en Buenos Aires. Pues de no ser así, habrían de ver inundados sus cuerpos con el diluvio de balas surgidos de su rostro de fuego, del brazo de los sacerdotes y ejército a los que había entregado la Tierra Prometida de la

Argentina, como referían los textos canónicos del país o subrayaban los libros de historia leídos en la escuela. Dice Jauretche: “La revolución de 1930 viene a consolidar definitivamente la política tradicional: (...) las multitudes argentinas no pesarán más en las soluciones del Estado y se inmobilizarán los ascensos de las clases porque una sociedad estática es la correspondiente a la economía estática cuyos resortes van a cristalizarse. (...) Es la infamia del fraude y el vejamen al ciudadano”.³⁵

Es este golpe de Estado –al que continuarán otros en una dinámica inagotable que se sucederá durante décadas en el país argentino- que inaugura la tristemente célebre década de los 30 en Argentina, conocida con el nombre de Década Infame, el hecho decisivo que termina de establecer la dinámica del miedo y el terror que reinará en el seno de la sociedad argentina durante buena parte del siglo XX. Y es de las circunstancias que hacen posible su aparición y que arrastran a buena parte de los individuos que pueblan Buenos Aires, el país argentino, a la mediocridad, al hastío, a la necesidad de asemejarse –como manadas de ovejas conducidas al matadero- al resto de sus congéneres si no quieren ser señalados por el dedo todopoderoso del poder, donde se origina, en gran medida, la noción apocalíptica que de su patria nos ofrecerá Ernesto Sábato en sus novelas. Nos dice el escritor argentino: “En 1930 se produjo el primer golpe militar, terrible y sanguinario, y que fue la consecuencia del peligro que significaban, para los militares y los capitalistas, los movimientos sociales”,³⁶ y “empezaron a sentirse los primeros crujidos del derrumbamiento. Los poetas, que oyen más que los otros esos indicios casi imperceptibles, lo dijeron hasta en las canciones populares: *Herida por un sable sin remaches/ Ves llorar la Biblia contra un calefón*”.³⁷

Por tanto, la real dimensión de este decisivo hecho histórico –donde la ideología totalitaria que había construido Argentina no tiene miedo de mostrar su

³⁵ Jauretche, Arturo. **El medio pelo en la sociedad argentina. Obras Completas. Volumen 3.** op.cit, págs., 174 y 175.

³⁶ Sábato, Ernesto. **Antes del fin.** op.cit, pág., 54.

³⁷ En *Apologías y rechazos* dentro de Sábato, Ernesto. **Obra Completa. Ensayos.** op.cit, pág., 464.

monstruoso rostro consumido por el deseo, ansia de poder- y la división casi esquizofrénica que se producirá en los individuos que pueblan la nación argentina debido al horror de este acto, terminó de corroer las esperanzas de una vida social auténtica entre los mismos al tiempo que ahondó el foso de su soledad, ya de por sí, y debido a las circunstancias migratorias, feroz. Y en este sentido, se terminaron de trazar las facciones del rostro hundido, solitario, dividido en una síntesis sin solución entre la realidad y sus pasiones internas, ajeno a la sociedad, sus costumbres y leyes pero obligado a vivir en ella que ya anunciara Roberto Arlt, delimitará Scalabrini Ortiz y que inspirará –en cuanto su ubicación en la ciudad es fruto de una expulsión anterior, ya sea más cercana o lejana, de una zona agraria- muchos de los frescos rurales de Mallea. El solitario hombre cainita únicamente abrazado a su rencor y sin un cielo en el que fijar su mirada desesperanzada de donde Sábado extraerá el primer referente real para construir su trágica, desesperanzadora obra redentora.

Hombre enfrentado a unos próceres ciegos para sus necesidades que no van a dudar en construir en Buenos Aires la famosa avenida del 9 de julio, a la que arrogantemente le atribuirán el calificativo de la más ancha del mundo, y uno de los símbolos más significativos y relevantes del país: el Obelisco.³⁸

Y si hemos de detenernos en el mismo (construido simbólicamente en el año en que el padre hispánico se desangra en la fraternal guerra civil y en mitad de la Década Infame) es, en suma, porque con sus ineludibles resonancias fálicas, sus rasgos de tótem libidinoso que indica que quien lo posea no tendrá ningún tabú, ley a la que someterse salvo la de su propio ego, muestra -como una vara simbólica que delimita el territorio de la ciudad- a los miles de caínes perdidos en Buenos Aires, al mundo entero, quién es el verdadero señor de estos territorios: Abel.

Pues la construcción del obelisco –levantado a modo de aquellos antiguos monolitos egipcios que venían a simbolizar la grandeza y fertilidad de sus monarcas-

³⁸ El Obelisco se levantó como homenaje de Buenos Aires al Cuarto Centenario de su Primera Fundación y fue emplazado en el sitio exacto donde flameó por primera vez en la ciudad la Bandera Nacional (la torre de la iglesia de San Nicolás, el 23 de agosto de 1812), y se inauguró formalmente el 23 de mayo de 1936 a las 3 de la tarde.

decreta el inviolable poder de los padres de la patria y ratifica la necesidad de que los ciudadanos plieguen y olviden sus deseos frente a aquellos que les ha sido concedido germinar, disponer de la patria a su antojo.³⁹ Así lo contemplaría Martínez Estrada: “El Obelisco es un pedestal de su personal ambición y un mástil de su egoísmo de próceres, sin programa de acción” para quien, en realidad, hablaba “de un futuro absurdo más bien que de un pasado glorioso”,⁴⁰ en el sentido en que su alzamiento, lejos de ser un signo que aúne la colectividad en torno a un centro, era una barrera, un icono vertical y centrífugo que les indicaba a donde no podrían llegar jamás: ser los elegidos por Yahvé para dominar y fecundar esta tierra como quisieran disponer.

Porque, en realidad, este descomunal Tótem -falo cósmico que no concibe interrogación, duda alguna- desplegado hacia las alturas, revelaba la implacable ley carnal en torno a la que se había construido y se seguiría construyendo el país. Negaba la posibilidad de resguardo espiritual alguno a todos los que no se arrodillaran ante su salvaje, indómita ley, además de intentar abolir el débil resguardo que la maternidad, el nombre de María, debía conceder a los cientos de naufragos perdidos en las filosas calles de Buenos Aires, recordándoles que estaban en territorio de lo único, bajo los dictados feroces de un monoteísmo que no aceptaba ni a los débiles ni a los diversos.⁴¹ “Representa (...) la ciudad de todos y de nadie, la

³⁹ Exactamente, si observamos los cuatro elementos que se conmemoran en sus cuatro caras (la iza de la primera bandera argentina, la fundación de Buenos Aires por Mendoza, la definitivamente realizada por Garay y la Constitución de 1880 que hacía de Buenos Aires, la Capital Federal de la República Argentina) el Obelisco parecía levantarse como emblema y festejo de la argentinidad. Al mismo tiempo, sugería que, al fin, el territorio había sido enteramente conquistado y adjudicado a sus verdaderos dueños. A quienes, descendientes de los primeros conquistadores y colonizadores, hicieron esfuerzos sin tregua por sostener la bandera argentina en el aire y heroicamente fundar la patria. En este sentido, no deja de llamar la atención que -y por una especie de suerte de alusivo azar objetivo que parece responder al tantas veces mencionado ciclo fatal de muerte y destrucción que originó al país argentino y que obligó, por ejemplo, a fundar Buenos Aires en dos ocasiones- el mismo día de inauguración de este Obelisco que pretendía erigirse como símbolo mágico, majestuoso de la laureada nación argentina de comienzos del siglo XX, el mismo tuvo auténticos problemas para llegar a poder sostenerse en pie, tal y como nos refiere Martínez Estrada: “Las lajas del revestimiento desprendieronse apenas terminado, las trepidaciones del suelo y del subsuelo conspiraron contra su estabilidad (...) como si hubiera sido engendrado por viles propósitos y sin un designio apoyado firmemente en la tierra”, en Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliath**. op.cit., pág., 65.

⁴⁰ *Ibíd*, pág., 67.

⁴¹ Siguiendo con este razonamiento en el que, progresivamente, nos hemos ido introduciendo durante el transcurso de este libro, resulta de mucha utilidad leer las opiniones de Rodolfo Kuch sobre

juventud sin ideales concretos (...) marca la ruptura casi definitiva de la nacionalidad”,⁴² volverá a indicar de él Martínez Estrada, atento a contemplar cómo, finalmente, Argentina no había conseguido liberarse de Occidente, ni siquiera ayudado a Occidente a repensarse a sí mismo, sino que había caído en los mismos errores que el viejo continente a la máxima potencia, y que la vieja historia de Caín y Abel volvía a repetirse en su patria.

Por tanto, “la década infame”, con las múltiples dictaduras y luchas entre distintas familias patricias de la Argentina por acceder a ese imaginario trono de poder sexual y fáctico -que el Obelisco refleja claramente- va lentamente creando el territorio adecuado que permitirá que la sombra de un general, buen estadista y con ínfulas humanitarias, Juan Domingo Perón, llegue, desde su origen modesto a disfrutar, ganándose el favor del pueblo.

Pues, durante toda esta década, el pueblo real, ajeno a estas luchas e imposibilitado para hacer oír su voz, sería ignorado, menospreciado, humillado en innumerables ocasiones por los distintos presidentes y gobiernos que se presentarán, sucesivamente, como su salvador y usurparán al poder gracias a los supuestos derechos adquiridos durante años sobre la tierra, ayudados por el poder militar. Y, de esta manera, sumergiendo al ciudadano considerado como individuo, vagabundo, hombre sin rostro y sin rumbo, Caín, en torno al miedo, velando porque el orden rija en las ciudades y no se repitan los hechos que permitieron engendrar en un tiempo lejano, remoto, perdido en la memoria de la humanidad a las ciudades de Sodoma y Gomorra, se llegará a construir, como sugería Mallea, el antipaís: “Así se ha llegado a convertir el país no en la vasta sinfonía de oposiciones conjugadas que define una voluntad de combate o historia, sino en la metodología misma de la

el trasfondo real, la lucha metafísica que se puede entrever tras la construcción de las ciudades americanas, el contenido virtual y simbólico que es donado a sus objetos y las consecuencia, al ser fundadas muchas de ellas por comerciantes europeos necesitados de oro y de escapar a las ferreas leyes occidentales, que se pueden extraer de estos hechos: “Sólo aquí se advierte, que la historia de Occidente, es la historia de la sustitución de las cosas de la vida por la de los objetos y el triunfo de la ciudad como forma exclusiva”, (...) “que se ha reemplazado a la ira de dios por la ira del hombre”.⁴¹ Kusch, Rodolfo. **América profunda**.op.cit, pág., 175.

⁴² Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliath**. op.cit., pág., 65

homogeneización, del apareamiento, en el arte de no querer diferir, mas ansiar parecerse -desde las ideas hasta el indumento-, con lo cual se viene lisa y llanamente al planteo del antipaís”.⁴³ O, como resaltará Tomás Eloy Martínez, se terminará de perfilar el sueño contrautópico del país argentino y se perfilará su visión pesadillesca, ténébre, real: “A ese país utópico, las sucesivas dictaduras fueron convirtiéndolo en una repetición infinita de sí mismo, en una línea recta donde cada uno de nosotros, para saberse argentino, siente que debe actuar como los demás. (...) Esa falta de diversidad es, tal vez, la verdadera cifra de nuestra naturaleza”.⁴⁴

Desde este punto de vista, no ha de resultarnos extraño, entonces, que los personajes de Sábato como ese mismo pueblo (repleto de hombres sin nombre, deprimidos y desesperanzados) del que siente parte, ama y retrata caminen habitualmente abrazados al miedo sin aparente lugar en el que poder reposar. Y así, por ejemplo, como Castel, sean incapaces de comprender, ponerse en el lugar de los “otros” o como Fernando Vidal Olmos, se vean atenazados constantemente por el terror a que una terrible conjuración de hombres “cegados” acabe con su vida. Porque el terror absoluto que implantarán las distintas dictaduras argentinas, forjará definitivamente el tejido psicólogo del caído hombre de Buenos Aires, “pecador solitario”⁴⁵ como lo definirá Martínez Estrada, consciente de estar habitando una vida castrada y que únicamente tendrá (como más tarde pondrá de manifiesto el desafortado monólogo de Castel) la palabra para defenderse ante la siniestra realidad que lo rodea y lo obliga de nuevo a desenterrar el arma cainita y matar a su hermano o aquel que lo enfrente y pretenda robarle aquello único que posee: la esperanza.

Y de ahí los escasos silencios, el intenso fluir de las conversaciones del hombre porteño, el lenguaje pleno de metáforas y cosido infinitamente, interminablemente a la boca de los personajes de José Bianco, el monólogo abrupto y ruidoso con la nada de las almas en tránsito que recorren las obras de Sábato o el incesante flujo de sonidos indecibles y que, según Scalabrini Ortiz o Jorge Luis

⁴³ Mallea, Eduardo. **La vida blanca**. op.cit, pág., 67.

⁴⁴ En Martínez Eloy, Tomás. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, págs., 409 y 410.

⁴⁵ Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliath**. op.cit, pág., 213.

Borges, apenas transmiten significado alguno que envuelven Buenos Aires, las ciudades argentinas. Porque, como bien sabemos, el exilio del hombre cainita incapaz de implantarse sobre tierra alguna o de hacerse uno con el mundo –oportunidad concedida al pueblo judío gracias a la diáspora- impone dispersión, desarraigo, proscripción y fragmentación. Y es esa incapacidad de hacerse uno con la tierra y en la acción (Tikun Olam be maljut Shadai) –menos aún si como en el caso argentino ha de enfrentarse solo y sin recursos al reflejo del ojo intolerante de Yahvé en las distintas dictaduras– lo que le encadena a la palabra infinita, al verso, al resabiado tintineo eufónico, canto elidido que lo caracteriza (nostalgia del tiempo en que era verso, música amorosa regando el vientre natural de su madre, Eva, con amor). Y lo que no le permite llegar al estado óptimo desde donde poder alcanzar el silencio total que alaba y da gracias a Dios por la creación (Dumia Tehila), ese silencio que es reparación y enmienda (TIKUN) y que, según el judaísmo, es lo único que puede enmendar su falta y devolverlo a su origen. Lo que obliga al hombre argentino a ahondar, aún más, en el foso de su caída sin fin, observando desesperado, tal y como mostrara, por ejemplo, Sábato a Martín, que diga lo que diga, exprese lo que exprese, se camufle en un silencio que no puede evitar transmitir sus dudas e inquietudes, hablar, en suma, o tras la cortina bien hilvanada de risas y palabras que formula con su inteligencia, el muro de la realidad en la que se encuentra insertado es más poderoso que él.

Porque sí, efectivamente, la única ley del silencio implantada en Argentina era la de las armas que escoltaban a cada investidura de un nuevo presidente. Y vano era entonces reclamar como hiciera José Ingenieros -en ese libro que leído entre líneas no puede sino remitirnos a la situación real de la ciudadanía Argentina desde principios del siglo XX que es **El hombre mediocre**- porque un gesto heroico viniera a disolver esta situación que, precisamente, la misma clase a la que él o Lugones pertenecían, había ayudado a implantar.⁴⁶

⁴⁶ Así lo supo visualizar Lugones de su propia clase, antes de que el miedo y el terror a disolverse con ella y su pueblo sin dejar memoria, le hicieran clamar, como vimos anteriormente, por la suerte de las armas para resolver las conflictivas situaciones de los países americanos: “nos hallamos aislados o en compañía de otras sombras tan neutras como nosotros y aquejadas de igual insignificancia”. Lugones, Leopoldo. **La hora de la espada y otros textos**. op.cit, pág., 46.

Muy otro había de ser el intento realizado por Sábato que, lejos de pedir, solicitar un gesto sobrehumano a su pueblo, únicamente le pediría reconocer su condición ayudándolo a esto a través de sus creaciones, lejos de gestos altaneros, imperativos, avasalladores o indiferentes de quienes cegados por su propia indisioncracia, no eran capaces de ver el verdadero drama, la situación real angustiada del hombre cainita que componía el país. Un hombre que, haciendo honor a los primeros habitantes de la ciudad, únicamente podía encontrar en la ruptura evasiva contra la ley absoluta que le imponía un código de comportamiento específico sin conceder ejemplo alguno,⁴⁷ una senda verdadera que le permitiera vislumbrar la supervivencia y que, como observamos, únicamente gracias al diálogo o monólogo constantes era capaz de olvidarse de sí mismo y de su angustia. Y cuyas características -su liviandad, tristeza, soledad y ceguera, aun contra su voluntad, para entender las tareas de la vida en común- a su vez, tampoco le permitían observar, viciado como estaba para respetar a la “otredad”,⁴⁸ a los que como él necesitan asilo o salvación en esa especie de purgatorio en que se había convertido el país argentino y que será el caldo de cultivo de toda la obra de Sábato.

Porque, como ya adelantamos anteriormente, ese hombre asolado en el escudo de su propio caparazón es, en última instancia, el héroe sin nombre sin el cual no podemos entender en su referente más inmediato la obra de Sábato. Sin el cual no puede entenderse el silencio asesino que invoca su nombre y comienza a hacerlo

⁴⁷ Dirá Graciela Scheines: “Y en la Argentina moderna están las ideologías. El nuestro es un país de ideologías. Cada argentino se escuda en una porque el discurso ideológico acumula respuesta y no deja resquicios a la duda, porque cada ideología pauta el vacío con certezas y dogmas, legaliza violencias y atropellos, da forma a lo informe. Como los códigos de la Real Audiencia de Cádiz, las ideologías son sistemas contruidos palabra sobre palabra para evitar el desamparo. Habitamos una geografía literaria (ficcional) que encubre la geografía real”, en Scheines, Graciela. **Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?** op.cit, pág., 122.

⁴⁸ Apunta con sutileza Rodolfo Kusch a las trampas últimas de este individualismo: “La gente no es más que un fantasma que flota en torno nuestro y que nos asedia, o nos ayuda, o de la cual prescindimos cuando nada nos importa. (...) Si allá los otros o la gente usa algo, nosotros no lo usamos; si allá se cree, nosotros no creemos, y si allá se afirma algo, nosotros lo negamos. ¿No es esto crear un juego que consiste en invertir las cosas, a fin de que podamos asumir la libertad de pensar que lo nuestro es siempre sagrado pa mí y afuera todo es profano? (...) Si yo no creo en lo que la gente cree, al fin y al cabo, me justifico mi vida. Y si yo creo en algo

caminar, desde su conciencia hastiada y desprendida de sí mismo y de todo referente al que poder asirse. Desde su descreimiento y desconfianza, fruto de su errancia cainita que le llevarán como a aquel ser poseído por la desesperación que dibujase Jean Paul Sartre en **El diablo y Dios**, a clamar hacia aquel injusto Dios que lo separó para siempre de su tierra y lo enterró en la piedra sepulcral de la noche eterna: “Señor; lo creo, quiero creerlo; permitiste que el mundo me expulsara porque me quieres todo para ti. (...) Dime: ¿la noche eres tú, verdad? ¡La noche, la ausencia desgarradora de todo! Pues tú eres aquel que está presente en la universal ausencia, aquel a quien se oye cuando todo es silencio, aquel a quien se ve cuando ya no se ve nada. Vieja noche, gran noche anterior a los seres, noche del no-saber, noche de la desgracia y el dolor, escóndeme, devora mi cuerpo inmundo, deslízate entre mi alma y yo y róeme. Quiero la desnudez, la vergüenza y la soledad del desprecio, pues el hombre está hecho para destruir al hombre en sí mismo y para abrirse como una hembra al gran cuerpo tenebroso de la noche.”⁴⁹

que no cree la gente, ocurre lo mismo”,⁴⁸ en Kusch, Rodolfo. **De la mala vida porteña en Obras completas. Tomo I.** op. cit, págs., 362 y 363.

⁴⁹ Sartre, Jean Paul. **El diablo y Dios.** Traducción de Jorge Zalamea. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 1981, pág., 202.

II.4. LA PATRIA DE CAÍN.

“Míranos hoy a nosotros esclavos, y en el país que habías dado a nuestros padres para gozar de sus frutos y bienes, mira que aquí en servidumbre nos sumimos. Sus muchos frutos son para los reyes, que por nuestros pecados tú nos impusiste, y que a capricho dominan nuestras personas, cuerpos y ganados. ¡En gran angustia nos hallamos!”.

Nehemías 9, 35-37.

Una vez visitados, aun breve y simbólicamente, los antecedentes que contribuyeron a encauzar definitivamente hacia su incierto destino a la Argentina de principios del siglo XX y las motivaciones últimas que propiciasen que el Dios hebraico después de favorecer con su abrazo a Abel condenase a la errancia a Caín, ha de comprenderse mejor el arraigo que el emigrante argentino sintió hacia el arte como refugio y reducto salvador y, en concreto, a la forma artística más popular y autóctona de la Argentina: el tango. Ha de entenderse aún mejor la estructura simbólica última que rige los cimientos y los destinos de las vidas de muchos de los protagonistas de las novelas de Sábato, entregados a un recuerdo e intento inasible por capturar los secretos de una maternidad añorada y acaso perdida para siempre (Eva, la tierra occidental).

Y, en este sentido, volver la vista hacia ese hermoso, sincero cántico, no sólo ha de ayudarnos a seguir explorando los últimos recovecos que dan luz a la obra de Sábato,¹ sino a la vez a continuar entretejiendo la misma con la de la historia de su

¹ No está de más recordar que, gracias a sus particulares circunstancias biográficas, Sábato pudo ser testigo de la progresiva migración que va a ir poco a poco abandonando el interior del país al tiempo que convirtiendo a Buenos Aires en un rincón superpoblado, inestable por definición y en el que la familiaridad de la vida cotidiana en el terruño se pierde por una despersonalización irrespetuosa para con los valores de la persona, lo que le llevará a profundizar aún más en la suerte de desgracia de signos melancólicos y evanescentes que llevan, en muchos casos, a hombres sin historia y sin rostro a habitar la quimérica ciudad. En este sentido, la relativa novedad y emergencia de la ciudad de Buenos Aires (en comparación ya no sólo con ciudades europeas como Roma o Atenas o los cónclaves americanos, incaicos o aztecas, sino a la vez con otras ciudades como Lima o Potosí, fundadas por el Imperio español y que habían conocido un próspero desarrollo mucho antes que esta), le va a permitir asistir en primera persona a los motivos ocultos a través de los que la ciudad se construye, el “daimon” espiritual que le concede su carácter babilónico y las fuerzas contradictorias que la engendran, luchando mutuamente entre sí por apoderarse de un hombre, ante todo solitario y expuesto a la duda y el rencor como pocos, que es el argentino.

país, sin la cual no podría entenderse en su sentido último. Pues, en efecto, como Sábato afirmase, el tango reflejaba desde su engendramiento y posterior desarrollo, los procesos y realidades que hubiera de sufrir el país argentino desde comienzos del siglo XX y la masiva llegada de emigrantes: “El crecimiento violento y tumultuoso de Buenos Aires, la llegada de millones de seres humanos esperanzados y su casi invariable frustración, la nostalgia de la patria lejana, el resentimiento de los nativos contra la invasión, la sensación de inseguridad y de fragilidad en un mundo que se transformaba vertiginosamente, el no encontrar un sentido seguro a la existencia, la falta de jerarquías absolutas, todo eso se manifiesta en la metafísica tanguística”.²

Por este motivo, y entendiendo el tango como una síntesis aglutinadora de la situación vivida por el emigrante cainita en la Argentina del siglo XX, resulta imposible dejarlo de lado a la hora de seguir trazando la ruta primera del Caín argentino. De hecho, si recordamos que no fue sino uno de los nietos de Caín, Yubal, quien, según el mito bíblico, pudiera extraer el primer sonido y acorde musical en el interior de una de aquellas ciudades que fundara su castigado abuelo, se entenderá aún mejor que transitar por las motivaciones últimas que engendraron esta música que tan bien identifica a la Argentina es obligatorio para comprender aún mejor la constitución cainita de este país.

De esta manera, no debe extrañarnos, (a raíz del referente bíblico precedentemente estudiado)³ que en ese canto lastimero, desdichado, a través del que libera todo su pesar y que identifica como ningún otro al hombre argentino que es el tango, como nos señale Graciela Scheines, la figura del padre se encuentre totalmente elidida: “en contraste con la devoción por la figura materna, exaltada y adorada como a una virgen el padre (será) el gran ausente”. Lo cual es lógico, si como vimos anteriormente, entendemos que aquellos que originaron el tango y lo forjaron como un letánico grito alejado de todo conformismo –el pueblo, los ciudadanos sometidos a su ingrata situación en la nueva patria- llegarían a Argentina traumatizados por el

² Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. op.cit, pág., 21.

recuerdo imborrable de la madre patria, como nos dijera Sábato, y se vieron abocados a ello por la terrible situación en que habían dejado sus respectiva situación los gobernantes y supuestos padres de su país: “En su mayoría, esos hombres encontraron otro tipo de pobreza, causada por la soledad y la nostalgia, porque mientras el barco se alejaba del puerto, con el rostro surcado por lágrimas, veían cómo sus madres, hijos, hermanos, se desvanecían hacia la muerte, ya que nunca los volverían a ver”.⁴

Y en este sentido, siendo la música, el tango, el retrato más eficaz de su alma, era lógico que la madre tierra que nunca quisiera abandonarlos y donde vivieron sus primeros amores, sobre la que dieron sus primeros pasos y acunaron sus años y sueños de la infancia, estuviera soberanamente presente en este cántico nostálgico de recuerdo. Como, a la vez, es normal que la despiadada presencia paterna no apareciese jamás entre sus estrofas cubiertas de vicio, tristeza, rencor y perdidos sueños. Al fin y al cabo, esta era la única posible esperanza, y al mismo tiempo, la única posible venganza de los nietos de Caín contra aquel Dios que condenase a su errante abuelo y sus descendientes al infierno: olvidarlo, suprimirlo para siempre de su recuerdo, de su vida.

El tango, por tanto, no puede ser entendido sin las corrientes de tristeza creadas, originadas en el flujo migratorio y en la necesidad que tiene Caín de borrar para siempre de su memoria a su injusto padre. Por ello poco a poco, y conforme la cantidad de emigrantes que llega a Argentina continúa incrementándose, no tendrá problemas en imponerse como el canto preferido de los argentinos, la poesía y patria que los identifica y los hace uno, cuerpo y alma, con el destierro.

Además, es importante recordar para comprobar aún más cómo la necesidad de olvidar de Caín es el sustento de todo su ser, que el tango -nacido gracias a la emigración masiva que recorre Argentina transversalmente desde principios de siglo-

³ Y de haber contemplado, asimismo, el sepulcral rostro de los distintos próceres y presidentes de la nación argentina que encontraron los emigrantes al llegar Argentina y observar cómo la lacerante paternidad hispánica había sido abolida en el país.

vino a sustituir, lógicamente, a las concertinas donde, por contraste, el temible padre punitivo sí que se encontraba presente.

Eran estas concertinas, “bálsamo para los tristes y afligidos”, como nos sugiere Martínez Estrada en su monumental **La cabeza de Goliat**, conciertos protagonizados por los oficiales, apóstoles y soldados del Ejército de salvación que solían celebrarse los domingos o días de fiesta y que estaban muy extendidos en Buenos Aires hasta que, finalmente, el tango terminó de desterrarlos para siempre de la conciencia colectiva. Según parece, eran celebradas en las plazas públicas donde un público abúlico, con la mirada desértica solía seguirlos, asistir a ellos como si asistiera a un funeral. Lo que lejos de ser sorprendente, deberíamos entender como normal si penetramos en su contenido al que, en muchas ocasiones, se referían y que el tango -forjado como un arma vengativa contra el padre oscuro e inmisericorde que forjó la desgracia de Caín- desterrará de su metafísica particular. Así, en un esclarecedor texto extraído por Martínez Estrada, podemos observar, por ejemplo, el contenido de la letra de una de ellas: “Jehová, consuelo de las almas, arráncame esta tristeza, aunque te lleves mi corazón. Líbrame de esta angustia infinita de mi vida; haz que vuelva a mí sus ojos o dame una muerte conforme, antes de que beba más de tu cáliz de insondable amargor”.⁵

Pero si bien en estas concertinas –originadas en un momento en que las primeras remesas de emigrantes llegados a Argentina como el primer Caín tienen todavía muy presente la expulsión, no han podido reelaborar un discurso propio y además todavía tienen la esperanza de que Argentina puede ser la deseada Tierra Prometida– la presencia de Yahvé era abrasadora, en el tango, como hemos visto, no será así. En Sodoma y Gomorra si alguien no está, no podía estar presente era el Dios que había decidido separar al padre fundador de la ciudad, Caín, y a sus descendientes de la madre tierra original (Eva). El Dios que había obligado a los hijos de Caín a construir un escondite donde el vicio y la lujuria, el alcohol y el robo serían ahora los únicos fortuitos compañeros donde reposar con el objeto de olvidar su

⁴ Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. op.cit, pág 26.

⁵ Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliat**. op.cit, pág., 112.

antiguo emplazamiento en el vientre armonioso de la madre tierra original (Eva), y que, finalmente, había llevado desesperado a Yubal a fundir los gritos y lamentos de su pueblo en una nostálgica melodía redentora.

Por ello, como quieren subrayar las apócrifas leyendas que refieren su nacimiento, el tango nació en la calle, en los senderos iluminados de oscuridad donde los hombres cainitas se reunían, hacían fila para esperar a la única mujer que no les engañaba con falsas promesas y donde, al fin, se encontraban cara a cara con la verdad de su destino, aunque éste fuera aterrador: la prostituta. Así fue y así debía ser si comprendemos que ni Sodoma ni Gomorra eran consideradas la patria, una ciudad acogedora para ninguno de sus habitantes y el desprecio que sentían hacía ella permitían que la prostitución reinase en sus calles, en sus tugurios repletos de mujeres vejadas, olvidadas de sí y dispuestas por el pago de unas monedas a hacer olvidar el recuerdo infatigable que los hijos de Caín sentían por su inicial morada.

En este sentido, es necesario recordar que, según parece, el lastimoso lamento que acompaña en el destierro al Caín argentino, nació, en principio, como un baile únicamente interpretado por hombres solitarios como un medio de aligerar, hacer más grata la espera en la nutrida y anónima fila de hombres que se agolpaban ante las puertas de las prostitutas o las buscaban en el perfil más recóndito de las calles, entre las brumas y reflejos nocturnos del puerto.

Así, el baile era un ritual a través del cual cada uno de ellos podía, por una vez, encontrar a un “otro” al que abrazarse o desafiar con hirientes versos y con el que aligerar la carga soberana de tristeza que lo envolvía mediante el desparpajo con que este lascivo vals del arrabal se engendraba en las entrañas profundas de la noche. A la vez, permitía que, con la luna como único testigo, reflejo de lo que allí acontecía, y al tiempo que la noche arremetía salvaje e impura sobre sus almas -asegurándoles que nadie más que el diablo podía escucharles y, por tanto, no había que temer la intempestiva llegada de alguno de los resortes, brazos del poder que Yahvé y sus sacerdotes poseía- pudieran atestiguar, por una vez, el descontento real que el contacto con la nueva tierra les había producido. Porque, en esa conversación -

baile entre hermanos, lucha de cuchillos, desafíos con las que cada uno de los hijos de Caín muestra a su hermano la posibilidad de herirle con el único arma que les quedó tras el asesinato de Abel: la palabra- que mantenían los representantes de ese cortejo fúnebre, además, podían desatar, luchar contra la frustración, la pena producida porque, en realidad, el contacto mantenido con la prostituta lejos de haber podido enjugar su tristeza, la hubiera aumentado. De que no hubiera otra mujer (Eva, la tierra occidental, Penélope) esperándoles en su hogar o a la que acogerse que aquella que pudieran comprar con las escasas monedas que guardaban en sus bolsillos y que, según les habían prometido, habían de multiplicarse hasta el infinito en la tierra argentina.

Porque, sin duda, como debió de suceder a los descendientes de Caín en Sodoma y Gomorra y hubiera asimismo de acontecer a los emigrantes llegados a la Argentina en trance de forjar el canto célebre, espúrio, callejero –prohibido y perseguido por una gran parte de las dictaduras- que la haría célebre en el mundo entero, el contacto con el sucio barro de las camas de las prostitutas⁶ (remedo del contacto con la nueva patria) habría de ahondar más en su soledad. Habría de profundizar aún más en la llaga producida por no poder estar en contacto, volver a pisar la patria original, siendo éste el motor y el vértice fundamental a través del que el grito desgarrado y frustrado de la canción se componía. Nos dice Sábato: “El prostíbulo es el sexo al estado de (siniestra) pureza. Y el inmigrante solitario que entraba en él resolvía, como dice Tulio Carella, fácilmente su problema sexual: con la trágica facilidad con que ese problema se resuelve en ese sombrío establecimiento. No era, pues, eso lo que al solitario hombre de Buenos Aires podía preocuparle; ni lo que en su nostálgica, aunque muchas veces canallesca, canción evocara. Era

⁶ Señala Horacio Arturo Ferrer en Sábato, Ernesto. **Tango. Discusión y clave**. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. Tercera edición. 1968, pág., 53: “El fenómeno creativo acunado al margen de la vida ciudadana comportó a sus costados verdaderos horrores humanos. Muchos lugares que la leyenda y los observadores han transformado eufemísticamente en “pintorescos clubes”, no fueron otra cosa que deleznable empórios de la prostitución. Muchas desdichadas provincianas o hijas de inmigrantes eran reclutadas merced a fabulosos engaños de ventura, y sometidas más tarde a los más condenables trasiegos de compra-venta, para explotarlas –hasta el hartazgo- expuestas a la prepotencia sexual del orillero”.

precisamente lo contrario: la nostalgia de la comunión y del amor, la añoranza de la mujer, no la presencia de un instrumento de su lujuria”.⁷

Y es desde este lugar, desde donde hay que seguir profundizando en la filiación cainita de la obra de Sábato y la visión tempestuosa, contradictoria, furiosa y deslavazada que sus personajes poseen sobre la patria argentina que como un fantasma espectral forja el pesadillesco escenario de sus tropelías. Porque las cuitas y penas que componen el tango se engendran en la relación metonímica que existe entre los millares de emigrantes argentinos que, como vagabundos, viven su clásica noche de amor impuro dirigiéndose al burdel y la nueva tierra a la que llegaron a la que –no siendo la suya propia, la original y habiendo caído en la misma por mor de una expulsión– no podrán respetar, considerarán como un objeto con el que traficar y comerciar, como si fuera otra prostituta. Lo que, derogando aún más el posible renacimiento espiritual que el nuevo Continente podía solicitar, les vinculará aún más a su conciencia de caídos, rebeldes ángeles atrapados en la materialidad de la vida, ciegos hombres avarientos necesitados de carne incapacitados para mantener, como Juan Pablo Castel, una relación personal con ese “Otro”, promesa, esta sí, real de renacimiento, que era América. Ya lo decía Sábato: cuando “el cuerpo del Otro es un simple objeto, (...) el solo contacto con la materia no permite trascender los límites de la soledad”. Motivo por el cual el puro acto sexual (la estancia de Caín en su nueva tierra) es doblemente triste, ya que no sólo deja al hombre en su soledad inicial, sino que la agrava y ensombrece con la frustración del intento”.⁸

De todas maneras, y en la medida que el tango no sólo atestigua esta harapienta realidad sino que intenta trascenderla haciéndola música, verso, en definitiva, arte, su valor se antoja mucho mayor.

⁷ *Ibíd.*, pág., 14.

⁸ *Ibíd.*, pág., 15. Lo que, a su vez, permitiría entender el porqué el hombre de Buenos Aires siempre quisiera mantenerse apartado del resto de sus hermanos en el Continente americano e incluso de sus compatriotas ubicados en otras zonas del país argentino, volcado como se encontraba al recuerdo de su origen y ante el rencor sufrido ante el frustrante contacto vital, sexual con la nueva patria sentida como prostituta que sólo podía aumentar su tristeza.

En primer lugar, porque se revela como espacio aglutinador que permite disponer de un rincón espiritual puro, sano, a la desarraigada colectividad de hombres argentinos, que se encuentre a salvo de los absurdos discursos repletos de retruécanos lingüísticos que los distintos presidentes de la patria argentina quisieran imponerles. Y, por tanto, ayuda a construir una identidad basada en la necesidad de reconocer la verdadera condición caída que sustenta al hombre que lo engendra.⁹

Y en segundo y último lugar, porque siendo un texto artístico, destinado a perdurar desde la temporalidad limitada y el espacio concreto en que es emitido, se dirige a la conciencia de todo hombre independientemente de la época y el lugar en que se encuentre. Es decir, intenta contar una historia inmortal y que a ninguna persona debería serle ajena: cómo un extranjero se ve abocado a vivir una intempestiva realidad en otro país por una falta desconocida y que, en suma, en última instancia, refiere a la culpa que ha llevado al hombre, en el sentido universal, a errar sin solución en un mundo extraño y desconocido: el tema gnóstico. Lo que, a la vez, permite comenzar la investigación que, más tarde finalizará Sábado en **Abaddón el exterminador**, y que nos llevará a observar, partiendo del necesario reconocimiento de la condición cainita de su pueblo -que el tango realiza- a, progresivamente, recordar cómo esta situación pudo llegar a suceder, siempre según el mito gnóstico.

⁹ Además, el tango canalizaba aquella necesidad que se sentía por imaginar, soñar un destino diferente al real, al vivido, al auténtico, que hiciera afirmar a un siempre prudente y observador Ortega y Gasset en **Meditaciones del pueblo joven y otros ensayos sobre América**. op.cit, pág., 137.: “El argentino, no resolviéndose a (...) sumergirse en alguna misión, es un hombre que no acepta el destino. Sabe sufrirlo con entereza -el hombre del Plata es muy bravo ante el destino-, pero no lo asume”. Esto es, el tango representaba un primer intento por asumirlo, reconocerlo, aún y a pesar del dolor traumático que esto representara.

Véase, por ejemplo, la actitud de aquellos vagabundos protagonistas de **Las fieras** de Roberto Arlt para comprender las estructuras vacías, los rituales desamparados, vinculaciones delincuentes de la realidad que se vivían y gestaban en Argentina y de cuya realidad va a dar cuenta el tango, generando un espacio común que permita cohesionar positivamente, en un esfuerzo común, artístico, a los deslabazados miembros de la sociedad. A su vez, y como índice de la realidad cegada de la época, de la necesidad y, a la vez, la imposibilidad de olvidar el origen perdido -que el tango ubicará como fundamento último de toda su cosmogonía- baste un diálogo de aquella descarnada narración donde, como en todas las obras de Arlt, lo mitológico y lo popular se confunden de una manera mágica, desorbitada, para constatar este hecho: “Cada uno de nosotros está sumergido en un pasado oscuro, donde los ojos, de tanto haberse fijado, se han inmovilizado como los de cretinos que miran absurdamente un rincón sucio. ¿Qué miramos? No te lo podría decir” Arlt, Roberto. **Novelas completas y cuentos**. Tomo III. Editorial Fabril. Buenos Aires. 1963, pág., 284.

Es acaso por estas razones que, a primera vista, pueden escapársenos que Waldo Frank pudiera decir al escucharlo: “Es la única fuerza real, la única victoria humana posible sobre la tristeza”,¹⁰ y que Jorge Luis Borges, al fin, reconociendo su verdadera valía nos dejara esta hermosa reflexión sobre el mismo: “Diríase que sin atardeceres y noches de Buenos Aires no puede hacerse un tango y que en el cielo nos espera a los argentinos la idea platónica del tango, su forma universal (...), y que esa especie venturosa tiene, aunque humilde, su lugar en el universo”.¹¹ Porque es ahí donde radica la pasión, la auténtica locura de la obra de Sábato, de tantos escritores y artistas argentinos¹² y que el contestatario carácter del tango pone de manifiesto: conseguir crear, precisamente, a través de la palabra exiliada, del más lastimero sentimiento, un flujo comunicativo con un otro, no importa donde se encuentre, que permita ir creando el silencio absoluto entre autor y receptor de la obra, comprobando ambos cómo desde el sometimiento y la esclavitud en el mundo material se ha conseguido, finalmente, construir belleza.

¹⁰ Sábato, Ernesto. **Tango. Discusión y clave.** cit, pág., 28.

¹¹ Borges, Jorge Luis. **Evaristo Carriego.** Emecé editores. Buenos Aires. 1969, pág., 163.

Hemos de abrir aquí un pequeño paréntesis necesario para dar voz aquí a las opiniones de Jorge Luis Borges -quien tampoco pudo librarse de las contradicciones que se encuentra implícitas en el destino argentino- sobre el tango y la milonga. Sobre todo, porque Jorge Luis Borges, como él mismo nos indica, nunca consideró el tango la verdadera música autóctona, portadora de la identidad argentina: “en lo que se refiere a la música, tampoco el tango es el natural sonido de los barrios: lo fue de los burdeles nomás. Lo significativo de veras es la milonga. El tango está en el tiempo, en los desaires y contrariedades del tiempo, el chacareo aparente de la milonga es ya eterno”. *Ibíd.*, pág., 80. Opinión ésta de Borges que no deja de ser normal, en un hijo de antiguos militares, héroes de las guerras civiles y que entendería la conversación entre la voz y la guitarra del cantor de la milonga que se producía en los patios cerrados de Buenos Aires, sería la ideal para mantener una conversación con el pasado oculto, legendario y tantas veces apócrifo de la Argentina. Que entendería, en un principio -y cuando todavía la emigración no había transformado absolutamente esa Buenos Aires por la que declaraba sentir fervor y el tango aún no se había oficilizado del todo-, que sería la forma ideal para poetizar el pasado, para volverlo legendario como para entroncarlo misteriosa, épica, hermosamente con el presente de una patria con la que hasta su muerte final, su lúcido y pensado enterramiento de su cadáver en Ginebra (Suiza), mantuvo una relación de amor-odio habitual, como hemos visto anteriormente, en tantos escritores argentinos.

¹² Referirá Sábato acerca de la relación entre los artistas argentinos y la realidad de su patria: “Entre nosotros son los artistas los que revelan (la) catástasis del drama nacional, y creo que lejos de ser causa de un pesimismo absoluto es más bien motivo de pesimismo relativo que debe acompañar a las reales construcciones humanas, cuando se ha comprendido y aceptado la amarga dualidad de los hombres”, en el ensayo **Apologías y rechazos.** op.cit, págs., 464 y 465.

Por tanto, el tango fue, en principio, conformándose, como lo quisiera Julio Cortázar, a la manera de una “obra abierta”,¹³ como un tapiz o alfombra mágica descubierta en medio de la calle donde cada uno de los exiliados hijos de Buenos Aires pudiera dibujar su sensación, pudiera hacer oír su voz, tantas veces cercenada, ocluída por los distintos gobiernos argentinos. Se originó como una singular sinfonía que permitía observar el drama particular de cada uno de los emigrantes argentinos y, al mismo tiempo, gracias a sus eternos y repetitivos temas, consiguió crear la síntesis que permitió redefinir, instituir cuál era la problemática fundamental que, a nivel colectivo, les embargaba.

Además, a través del tango el emigrante podía decirles de manera sutil y descarnada a los patriarcas de la nueva Argentina que el sueño de grandeza de su país, la construcción de esa nueva y majestuosa Europa que pretendían levantar en América era imposible. Les recordaba que los delirios de grandeza a través de los que las clases dirigentes se preciaban de ir a Europa a desperdigar la abundante plata sobrante, ganada en el país argentino, en verdad, no representaban más que la quimera evanescente de aquellos que nunca quisieron ni pudieron aceptar su verdadera condición: el exilio. Porque, buceando en las raíces del suelo de la nación argentina, el tango comprendía, sin excesivos retruécanos, la naturaleza lastimosa que su engendramiento invoca, el porqué del seguro fracaso del hombre arrojado a esta tierra gracias a su talante contestatario y lejano a todo acomodo. Insistía en el trauma que antes o después habría que afrontar para contemplar el nacimiento verdadero de una nación que se atreviese a mirar de frente a su constitución real. Y como rezo masoquista por el que se recuerda el calvario de la vida actual y se entroniza a la madre original ausente (Eva) y la pureza eterna de la madre occidental (Virgen María), el emigrante creaba un espacio espiritual que le permitía liberarse de las estrechas ataduras materiales que le encadenaban a esta nueva tierra. Se declaraba

¹³ Señala Carella, destacando el carácter espontáneo y participativo que caracterizó al tango en sus comienzos: “El tango no se escribe en sus comienzos. Acaso muy pocos supieran caligrafía musical. Improvisan una melodía, la ensayan, la tocan. Si gusta, la repiten. Si gusta mucho, queda. Algún comedido ingenioso inventa unos versos con temas de actualidad o con alusiones desfachatadas a los presentes, o a conocidos personajes. Música y letra, repetidas por los asistentes, llegan al centro. Son cantadas a hurtadillas entre hombres solos”, en Sábato, Ernesto. **Tango. Discusión y clave**. Op.cit, págs., 95 y 96.

capaz de enfrentar a los dirigentes de un país en que sus dirigentes y sacerdotes gracias a su demónico carácter los hubieran condenado a un destierro similar al sufrido por el pueblo judío en Babilonia. Porque, en definitiva, a través del tango, el emigrante afirmaba ser hijo de una pureza y belleza inmarchitables, que nadie podría borrar ni sesgar jamás, más allá de lo alienado de su condición actual que le aliaba con los dos atributos más característicos del hombre cainita, según Sábato: el resentimiento y la tristeza.¹⁴

Y como canto que intentaba obrar el milagro espiritual de una redención a su pena, enfrentado al terror de las furibundas fuerzas materiales que componían este nuevo mundo, significaba un grito, un llanto gnóstico, tan caro a Sábato, centrado en la necesidad de retirarse de las costas de esta vida nueva y alienada, en la que se terminaba de cerrar el círculo errante del alma de los seres humanos, del cristianismo, sobre sí mismo y comenzaba a convertirse en exilio.

Y si esto es así, es porque en el lamento del tango, patria última en la que Caín encuentra un vínculo que le permita resistir a su exiliada condición, se conjugaban los dos lamentos más enconados de la civilización judeo-cristiana en crisis.

En primer lugar, la voz de un judío condenado a emigrar constantemente sin poder revelar jamás su nombre arrojado a las distintas potencialidades de las nuevas tierras y desencantado con aquel Dios omnipotente que le persigue recordándole la necesidad de ajustarse a sus inhóspitos mandamientos que podemos escuchar, por ejemplo, en aquel tango, justamente anónimo, en el que el errático cantante expresara ansiosamente su más íntimo deseo y que Sábato introduciría en **Sobre héroes y tumbas**: “*Yo quiero morir conmigo,/ sin confesión y sin Dios,/ crucificado en mi*

¹⁴ Nos dice Sábato del hombre argentino retratado en el tango -en una definición que no lo diferencia en demasiado de aquellos primeros habitantes hispánicos de la Argentina que se vieron obligados a luchar contra su hermano en la desgracia para sobrevivir-: “El resentimiento contra los otros es el aspecto externo del rencor contra su propio yo. Tiene, en suma, ese descontento, ese malhumor, esa vaga acritud, esa indefinida y latente bronca contra todo y contra todos que es casi la quintaesencia del argentino medio”, *Ibíd*, pág., 16.

pena,/ como abrazado a un rencor".¹⁵ O, como puede observarse en la letra del tema de de García Jiménez y Aieta, **Tus besos fueron míos**, la tragedia de un hijo de Caín que no puede encontrar aposento alguno donde residir tras haber sido expulsado del contacto placentero, hermoso, con su amorosa madre patria (Eva): "*Tu imagen se hará pálida, tu amor estará lejos y yo erraré por todas las playas del dolor...*".¹⁶

Y en segundo lugar, la voz quebrada y traumatizada de un cristiano, mancillada por el recuerdo del primer pecado original, que no desea contemplar eternamente en el cielo de su vida otro rostro que el de la eterna madre inmaculada y sin mancillar que le acunó en su infancia (la virgen María o la tierra de la patria) ante los distintos sinsabores que le concede la nueva madre impostora (Argentina, Santa María de Buenos Aires), los detentadores de la misma y su furtiva realidad material. Se nos dice en aquellas dos canciones clásicas del folklore argentino, **Nostalgias de tu ausencia** y **Memoria de un tiempo vivo**: "*Las penas que llevo dentro/ no puede curar mi olvido/ cuando vuelven los recuerdos/ también vuelve el bien perdido*"; "*Memoria de un tiempo vivo en que mi alma huyendo va/ (...) porque tuve que perderte y no he de hallarte jamás/ Maldigo tener memoria y no poderte olvidar*".

Por estos motivos, como nos señala Marcos Aguinis, en la temática del tango "jamás será la madre quien abandone al hijo –que es lo que se teme-, sino que será la nueva mujer (nueva patria) a la que el hombre se acerca "quien lo abandona a él", lo que le hace retornar imbuído de remordimiento judeo-cristiano "al cálido seno rogando que le perdone su pecado y jurándole el amor más puro e indestructible. Que es lo que necesita y reclama desde su más tierna edad".¹⁷ Desde que Yahvé decretara sin compasión y sin conceder la posibilidad futura de una redención la separación definitiva de Caín de su adorada madre tierra y amante original. Desde que los hombres mordieran una manzana paradisiaca y cayeran abatidos al centro de la tierra

¹⁵ *Ibíd*, pág., 23.

¹⁶ *Ibíd*, pág., 74.

¹⁷ Aguinis, Marcos. **Un país de novela. Viaje hacia la mentalidad de los argentinos**. op.cit, págs., 142 y 143.

por haber transgredido la ley no escrita impuesta por Yahvé en aquel espacio que muchos, siglos más tarde, quisieron imaginar que pudiera ser América.

Anhelo este, el de retornar a la madre o al país de origen (paraíso original) que siempre va a ser denegado, pues supondría abolir la caída y la eterna frustración que genera un canto, que en una de sus acepciones (“lugar cerrado, círculo”) ya traza la imposibilidad de derogar el círculo del destierro, el tiempo circular y repetitivo, incapacitado para fluir, que es el del exilio, identificable desde esta perspectiva con el del infierno.¹⁸ O, a la vez, en una comparación en que más tarde abundaremos, con el de la caverna platónica, donde los hombres cegados por la sombra no son capaces de identificarse entre sí o de observar una luz que pueda alumbrar el recuerdo de quien fueron un día.¹⁹ Cuando residían como partículas abiertas en el lugar sin centro ni límite alguno de la divinidad: el pleroma gnóstico.

Por ello, como nos indica Rodolfo Kusch, y atendiendo a la imposibilidad del hombre argentino de volver a su particular Itaca: “las letras de tango siempre nos hablan de una frustración, (...) como si se tratara siempre de un ciclo imposible de cerrar, siempre con las puertas abiertas, siempre ante otra muerte, y siempre sin transfiguración como si nunca hubiera vuelta”. Razón por la cual, como señala el mismo autor, esté “aún (...) en todas partes, (...) y se lo viv(a) en el fondo de la calle como un episodio personal” al poner de manifiesto esa necesidad acreciente que asaltó a tantos emigrantes nada más llegar a Argentina de encontrar “por sí mismo(s) la vuelta que nos falta a todos, (...) la verdadera”:²⁰ el regreso a la patria original de todo hombre (Occidente – Eva – paraíso original).

¹⁸ Sábato, Ernesto. **Tango. Discusión y clave**. op.cit, pág., 138.

¹⁹ Una caverna, un lugar oscuro que, en esa excelente diatriba sobre el componente trágico que había terminado de verificar la desgracia, la asfixia hispana y de otros pueblos que es **Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos**, Unamuno identificaba con la incapacidad para el diálogo, para el acceso a otras realidades diferentes de la suya propia que tenían muchos de los países que habían terminado finalmente por adentrarse en la caverna o el reverso de lo que un día fue esplendoroso presente, pensamiento abierto y movedizo. Según Unamuno, en una reflexión esencial para seguir profundizando en la obra de Sábato, dentro de esa “oscuridad” que caracteriza a estos pueblos, “el animal que no perece, acaba por volverse ciego”.¹⁹ Unamuno, Miguel de. **Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos**. Espasa-Calpe. S.A. Madrid. 1976, pág., 44.

²⁰ Kusch, Rodolfo. **De la mala vida porteña**. op.cit, pág., 401.

Lo que permitiría que Jorge Luis Borges, ratificando el destino errante que el tango invoca, nos dijera -cuando el mismo fuera la más popular expresión artística de la Argentina-: “Antes era una orgiástica diablura; hoy es una manera de caminar”.²¹ Una señal, todo un símbolo en definitiva, gracias al que el emigrante argentino podría orientarse, intuir cuál era su destino y origen en ese laberinto cartesiano-racional, abstracto, fantasmagórico que Borges nos legara como afortunada metáfora de Buenos Aires y la desorientación de sus habitantes en tantas narraciones.

Pues, como dijimos anteriormente, a pesar de la intensa tristeza que consume al tango, es el haber conseguido sublimar esa misma tristeza, haberla retratado y presentado sinceramente, lo que, a pesar del pasadizo oscuro al que parece conducirnos, permite considerarlo como un canto de esperanza. Una vía espiritual que señala el camino, la cuerda de seda hábilmente trazada por Ariadna para comenzar a (una vez que se ha reconocido la falta y constitución cainitas) enfrentarse al minotauro, al monstruo usual de la vida cotidiana –los diferentes sostenes de la voz de Yahvé que amenazan devorar la escasa fe de los ciudadanos argentinos- con orgullo y valentía y vencerle sin necesidad de arma alguna.²² Todo lo contrario: con un bello y nostálgico cántico, un signo de paz, deseo de armonía que, lejos por una vez de la mentira de tantas formas implantadas en la Argentina,²³ únicamente aspira a decir la verdad. Esa verdad inobjetable que para Sábato expone el tango sin disfraces

²¹ Borges, Jorge Luis. **Evaristo Carriego**. op.cit, pág., 146.

²² Nos dice Borges en una hermosa reflexión: “En un diálogo de Oscar Wilde se lee que la música nos revela un pasado personal que hasta ese momento ignorábamos y nos mueve a lamentar desventuras que no nos ocurrieron y culpas que no cometimos (...) Tal vez la misión del tango sea ésta: dar a los argentinos la certidumbre de haber sido valientes, de haber cumplido ya con las exigencias del valor y el honor”, en Borges, Jorge Luis. **Evaristo Carriego**. op.cit, pág., 149.

²³ Fijémonos, y sin necesidad de ubicar alguno de los múltiples ejemplos que podríamos encontrar para referirnos a la realidad impostada y habitual de la Argentina, por ejemplo, en ese ritual ficticio pero sumamente esclarecedor de las bases con las que está construido el país y en las que se sostiene la vida de todos los días, que es su más popular juego de cartas: el truco. Nos dice, por ejemplo Borges, del truco al cual –en otra de sus polémicas declaraciones vistas desde un lugar en el que no se advierta la ironía que gravitaba en muchas de sus reflexiones y escritos o en el que no se comprenda a qué última realidad el autor se estaba refiriendo– consideraba como la milonga por encima del tango a la hora de transcribir los fundamentos de la argentinidad: “El truco es buen cantor, máxime cuando gana o finge ganar (...) La

y de donde extraerá la ciega fuerza que le llevará desesperado a internarse en la misma y forjar los cimientos de una obra bajo la cual concebir una respuesta redentora al acabado túnel nihilista en que fue convirtiéndose su patria: “El desajuste, la nostalgia, la tristeza, la frustración, la dramaticidad, el descontento, el rencor y la problematicidad”.²⁴

Porque es precisamente de esta soledad casi proverbial del emigrante -ya omnipresente en el folklore argentino-²⁵ y que el tango refleja con claridad, de donde Sábato extraerá la poderosa imagen de ese Caín perdido y desesperado que recorre todas sus novelas. Es en ese hombre desenraizado de todo y ante todo, de sí mismo, su patria original y la culpa sin marchitar de su falta, que camina sobre sus bolsillos pegado a un cigarrillo y las pocas monedas que le restan para tomar un trago o gastarlas en la prostituta que hará a Raúl Scalabrini componer su famoso **El hombre que está solo y espera**, y a Roberto Arlt gran parte de su extemporánea obra novelística, donde hay que buscar la gestación primera de sus personajes. Pues en él encontrará el referente primero, la realidad y metáfora exactas para -comprendiendo la formación de Argentina como un reflejo condicional y condicionante de Europa- extrapolar el símbolo errante del Caín perdido que compone a su patria al resto del mundo occidental.

Un continente en el que –al tiempo que la realidad argentina se recubría de los matices ya entrevistados- los rugidos del monstruo racional, Leviatán voraz y ballena grasienta de Job, anunciaban que el Dios impuro de todas las guerras, el sempiterno Dios de lo único necesitado de ser adorado como señor de lo terrestre, estaba engrasando sus fauces antes de acometer otro nuevo intento por imponer su ley: la segunda guerra mundial. Donde los distintos escritores que vivían en él componían símbolos tan preclaros de la soledad de lo humano, del camino sin desembocadura a la que habían llegado los distintos reinos de lo único como, por ejemplo, aquel

habitualidad del truco es mentir (...) es oración de voz mentirosa, de rostro que se juzga semblanteado y se defiende, de tramposa y desatinada palabrería”. *Ibíd*, págs., 107 y 108.

²⁴ Sábato, Ernesto. **Tango. Discusión y clave**. op.cit, pág., 19.

²⁵ Canta por ejemplo, la **Milonga del solitario** de Atahualpa Yupanqui: “*Soy como el león de las sierras/ vivo y muero en soledad*”.

angustiado Ulrich gracias al cual Robert Musil retratase al hombre sin atributos occidental, alejado de todo afluente vital, o aquel Hans Capstor encerrado en un sanatorio sin salida que crease Thomas Mann. Y en el cual, uno de los escritores más preclaros de todo el siglo XX, tal vez su mayor visionario, Franz Kafka, daba luz a aquel enigmático personaje, K gracias al cual nos concediese una exacta, cruel, bella metáfora de la suerte que iban a sufrir tantos y tantos judíos en Occidente condenados como su protagonista a una errancia sin fin por los pasadizos de un castillo que nunca les abriría sus puertas y cuyo guardián -como su rostro nunca entrevisto hacía anunciar- sólo podía ser Yahvé.

Porque, en efecto, Sábato, aun sin aparentemente pretenderlo (amparado por el proceso de inconsciencia que dice preceder a sus creaciones,²⁶ heredero de sus incipientes contactos con el movimiento surrealista y su atenta lectura de la obra aquel irredento parricida que fuera Lautreamont o de aquel poeta errante y nostálgico deseoso de reposar su cabeza sobre el regazo de un padre, un Dios benigno que fuera Hölderlin), ha mostrado en sus obras una silenciosa historia de amor que promete y pretende promover, en último término, la reconciliación y el definitivo perdón a Caín como signo necesario para instituir una vida social plena y sin rencores en su país. Como primer acto de un proceso -entendiendo que perdonar a Caín significa recomenzar la historia de nuevo- que permita comenzar a comprender, sin justificarlo, el juicio cometido por Yahvé, entender la ceguera desmedida de Abel, fruto de su arcano miedo, e ir en busca de la verdadera divinidad, del rostro verdadero de Dios que un día, según el mito gnóstico, Yaldabaot quisiera suplantar.

En parte porque, como bien sabe, su familia, sus padres, todos los emigrantes que llegaron a Argentina a principios de siglo llevan tamizada la pena de Caín sobre sus corazones, en parte porque donde habita una injusticia siempre se escucha el lejano eco del lamento de aquel que antaño fuera humilde y feliz agricultor sin saber qué hacer por poder ser escuchado, comprendido, perdonado y es tarea del arte

²⁶ Señala Ernesto Sábato sobre sus obras en **Antes del fin**: “En la mayor parte de los casos, (...) me es imposible explicar a los que me interrogan qué quise decir, o qué representan”, en Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. op.cit, pág., 68.

conceder un refugio momentáneo, transitorio pero eterno a las lágrimas sin regar de la incomprendida condición humana, que dijera André Malraux.

Y porque, si como el mismo Sábato ha señalado: “Una de las misiones de la (...) literatura” es “despertar al hombre que viaja hacia el patíbulo”,²⁷ su literatura no podía menos que ayudar a deshacer la tiniebla de esas míseras circunstancias que arrojadas sobre las vidas de aquellos hombres sin nombre, sin atributos que componían el país, habían poseído sus miradas entumeciéndolos en un túnel de ceguera y olvido. Su literatura debía intentar dar testimonio de esta crisis, para -constatando la inevitable degradación del hombre argentino, del hombre contemporáneo- conseguir, en el medio de la insondable tiniebla, de su terrible muro de soledad, abrir una concavidad, por muy leve que fuera ésta, a partir de la cual vislumbrar la posibilidad de regeneración, la esperanza que puede integrar y formar parte de la existencia de los hombres por el mero hecho de estar vivos: el mayor acto de fe y el más sincero e irracional acto que puede realizar el ser humano para probar y demostrar la confianza, siempre puesta en duda, sobre sus posibilidades.

Al fin y al cabo, restaurar, volcar la atención sobre Caín era continuar el camino que Proust ya habría mostrado volcando su atención sobre las dos ciudades exterminadas por la ira de Yahvé, **Sodoma y Gomorra**: recuperar el tiempo de la eternidad, el tiempo perdido.

En la tragedia que hizo desaparecer para siempre las ciudades de Sodoma y Gomorra, no murieron solamente unos hombres avarientos, lujuriosos y dúctilmente libidinosos, sino ante todo, lo únicos héroes anónimos capaces de denunciar con su sola presencia, su existencia, la dictadura totalitaria que Yahvé pretendía instaurar sobre toda la realidad. Y con su asesinato, aquel furioso Dios se aseguraba que no quedase ningún testigo vivo de sus arbitrarios juicios y sus temibles intenciones que permitirían que siglos, milenios después, un nieto de Noé pudiera continuar, retomar sus dictados implantando a la fuerza un reino único, solitario y violento en Occidente y su reverso especular: América. Exactamente, sólo la mujer de Loth se atrevió a

mirar la terrible matanza y ya sabemos cuál fue su destino. Según nos remiten distintas tradiciones culturales, su transformación en sal debía servir para ahuyentar a los demonios pues este ingrediente era un medio simbólico de establecer una alianza entre Dios y su pueblo. Y si bien esto puede ser cierto, no debemos de pecar de impacientes y cometer el lacerante error de considerar que estos demonios pudieran ser los furtivos habitantes de Sodoma y Gomorra. Cristo lo anunciaría mucho más tarde. El pueblo, aquellos que no tienen miedo de mirar y enfrentarse al verdadero demonio, la mujer de Loth que corre y corre desesperada y no puede evitar volver la vista hacia sus hermanos aún a riesgo de perder su vida, son la verdadera sal de la tierra, los que podrían comenzar a instaurar el tiempo de una rebelión creativa y espiritual. Ellos son los apóstoles capaces de negar a Cristo hasta tres veces, pero son también el barro con el que poder construir el nuevo hombre de una vez. Los hombres capaces de generar en la peor de las situaciones y mientras la sombra de un celoso Dios se cierne sobre ellos un cántico que como el de Orfeo y como seguramente fuera el de Yubal pudiera frenar el paso del tiempo y permitir al hombre traspasar los umbrales de la muerte para ir en busca de aquella rosa situada en el centro justo del paraíso, cuyo perfume inmortal segregado por toda la tierra gracias al gesto de tanto artistas pudiera instaurar durante un segundo eterno la dulce primavera en los corazones de los hombres de buena voluntad.

²⁷ En **El escritor y sus fantasmas**. op.cit, pág., 272.

II.5. SÁBATO: EL PAÍS AJENO.

“Y os introduje en tierra de abundancia, para que comieseis su fruto y su bien; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad.

Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová? y los que tenían la ley no me conocieron; y los pastores se rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron en nombre de Baal, y anduvieron tras lo que no aprovecha”

Jeremías 2, 7-8.

“¿Es Israel siervo? ¿es esclavo? ¿Por qué ha venido a ser presa?”.

Jeremías 2,14.

Profundizar en las circunstancias que forjaron la Argentina en el siglo XX, sin duda, habría de servirnos para comprender mejor los continuados desgarros vitales que llevaron a Sábato a componer una obra inseparable de las circunstancias autobiográficas del autor.

Exactamente, como observamos, la Argentina estaba abocada a vivir en un dualismo contradictorio y sin solución que no permitía realizar una síntesis necesaria y eficaz de los errores y aciertos cometidos al forjar el país, no permitía vislumbrar qué fuerzas, en realidad, estaban imponiéndose en el seno de una sociedad ciega para observar qué batallas se estaban librando en el seno de la misma. Sin embargo, Sábato pudo intuir, comprender tras el final de un largo proceso de búsqueda de sí mismo y del “ser” de los habitantes de su país, de los argentinos, los motivos últimos de esta dualidad que ya, desde su infancia y juventud, lo sumergieron en crisis profundas en las que, inevitablemente, se forjaría su, por entonces, impensable, lejana obra.

Como comprobamos anteriormente, Sábato tendría acceso a los problemas de su país que luego obsesionarían a tantos de sus personajes y sostendrían su investigación literaria, desnuda de su patria, desde su infancia. Exactamente, sus padres compartían con Caín la profesión de agricultor y el haber abandonado a la fuerza su patria de origen y Sábato, desde muy pequeño, tuvo la oportunidad de familiarizarse con sus traumas. Como, asimismo, en su juventud y una vez que tuvo

que abandonar su pequeño pueblo natal tuvo que sufrir el tremendo contraste entre la vida colectiva, familiar, ritual, construida en las aldeas y el ritmo anónimo, ritual vacío de espiritualidad, construido a través de un imaginario cruento que caracteriza a las ciudades modernas.¹ De esta manera, y teniendo en cuenta que tanto La Plata como Buenos Aires estaban en trance de expansión en la época en que Sábato las visita, pudo observar con claridad cuál era la ideología, el “daimon” espiritual que subyacía en la construcción de las ciudades argentinas. De este modo, no sólo pudo comprobar el cómo la ciudad americana se construiría en torno a una lógica de poder que formenta las desigualdades, el desarraigo y la soledad del individuo como leyes necesarias para que la diabólica dinámica comercial, antihumana, hobbesiana que las sustenta pueda seguir funcionando, sino, ante todo, pudo mirar de frente al país real que la mediática educación concedida por el Estado intentaba ocultar bajo una nebulosa sombra de heroísmo y un nacionalismo casi marcial

Y es en esta primera impresión traumática que recibe al comprobar la fragmentación, sentidos opuestos que se ocultan y esconden tras cada una de las circunstancias sociales que van componiendo su país, donde comienza a gestarse su necesidad de indagar en el ser nacional, en el drama histórico de una Argentina dividida, cuya única posibilidad de subsistir es la reconciliación de sus planos profundos, de sus distintos estratos, de sus elementos antagónicos: civilización y barbarie, razón y mito, europeísmo y tradición, metrópoli-provincia. Y donde comienza a nacer en él -horrorizado ante el vértigo de la modernidad que subyugase a Baudelaire o hiciera exprimir versos de noche, sangre y muerte a García Lorca– su necesidad de encontrar una síntesis, acaso imposible, que pueda integrar los contrarios, esas continuas oposiciones que partirán su alma en dos y amenazaban agrandar aún más en el futuro el foso que separaba a Abel de Caín, las clases ricas y las desfavorecidas en su país.

¹ Así, por ejemplo, según nos refiere Carlos Catania, para Sábato su traslado de su pueblo natal a la ciudad de la Plata para ingresar en la Universidad, cobró “proporciones monstruosas. Enfermo del alma, los ruidos de la ciudad, la impersonalidad del hormiguero, acentuaron su desdicha hasta un punto insufrible”, en Catania, Carlos. **Genio y figura de Ernesto Sábato**. Editorial Universitaria de Buenos Aires. Segunda edición actualizada: abril. 1997, pág., 37.

No sólo esto, sino que es en aquella cruenta e irresoluble historia del país argentino, en su contradictoria realidad, donde se gestará su primer amor por la física como una manera de encontrar en la racionalidad de las fórmulas matemáticas una vía de escape a las circunstancias sociales por las que atraviesa el país y, a las cuales, en principio, no puede encontrar solución.

Asimismo, es en la necesidad de buscar un asidero ético que le ayude a confrontar esta realidad, donde deberíamos comenzar a buscar las causas que le conducirán a una visión maniquea del mundo que luego le será muy útil para poder interpretar los acontecimientos que permitirán que las dos guerras mundiales tengan lugar y que serán esenciales en el desarrollo de su obra narrativa. Y a la vez, no resulta extraño concebir que ya desde su infancia (vivida bajo los dictados de una ideología que había ayudado a configurar los hechos que desembocaron en la “Semana Trágica” o la “Patagonia trágica” y cuya beligerancia se va ir extendiendo progresivamente más) iría poco a poco familiarizándose con la violenta historia real que, en verdad, había construido su patria y que propiciarían su abrazo desde sus años de adolescencia a distintos grupos libertarios: “Hacia los dieciséis años empecé a vincularme con grupos anarquistas y comunistas, porque nunca soporté la injusticia social, y porque algunos estudiantes eran hijos de obreros, de inmigrantes socialistas”.²

Como consecuencia de esta realidad, se ha de entender que, exactamente, el héroe frustrado, castrado e impotente que encontraremos en la obra de Sábato, se comienza a originar desde las características específicas a través de las que el país argentino reedita, vive desde su particular condición, las circunstancias que generarían el Apocalipse de fe que condujo a Occidente a las dos guerras mundiales. Y se comprenderá mejor que será el profundizar en esta situación, la única manera de formular un retrato veraz, fuera de los abalorios del poder interesado, del rostro de una nación, que en nombre de los más exaltados valores patrióticos “asesinó a obreros en los campos de quebrachos de La Forestal y en las estancias laneras de la Patagonia entre 1917 y 1921”, o produjo el “arreglo” de los resultados en todas las

elecciones que hubo en la Argentina entre 1931 y 1943”,³ que, como nos refiere Tomás Eloy Martínez, recibiera el nombre por parte de los supuestos civilizadores de “fraude patriótico”. Pues el desgarró inicial, original, que, más tarde, tendría como consecuencia la construcción de la obra narrativa sabatiana, habría que buscarlo en los gritos cainitas con que los emigrantes lloran su destierro, en su desesperación y mezcla sin sentido que los unificará y hacinará en el gran Buenos Aires, ajenos a un país que los margina, constreñidos por la lacerante política airada con que los distintos partidos políticos los someten a sus dictados.

Porque es, en la medida en que la aristocracia y la oligarquía adheridas al poder argentino no van a tener reparos en imponer su ley de hierro para defender sus intereses como Sábato comienza a identificarse con la estirpe cainita del pueblo argentino, con los desfavorecidos, los maltratados por la cruel e inamovible llama de su gobierno y comienza a sentir que ese dolor y lucha es también el suyo. Nos dice Sábato: “A los obreros se les hablaba de libertad pero eran encarcelados por participar en las huelgas; se les hablaba de justicia pero eran reprimidos y bárbaramente torturados; el hábeas corpus y otros recursos constitucionales se burlaban cínicamente en la práctica de todos los días”.⁴

Y teniendo en cuenta que esta oligarquía, este poder devorado por sus ínfulas nacionalistas, comienza a comportarse e incluso anticipa los hechos que se producirán en Occidente bajo el diabólico imperio implantado por Hitler como Sábato comenzará –en la medida en que su patria había sido construida y pensada como un reflejo de Occidente– a buscar las razones de su desasosiego continuo, la angustia que rodeaba a tantos ciudadanos de su patria, en Europa. Pero no a la inversa, como tantas veces se ha querido destacar, sin comprender que la obra de Sábato no nos habla de Occidente directamente sino de lo que realizó Occidente en América, en su patria; los actos que realizara en ella y que permitieran que la misma tuviera el contorno, la faz que descubriera desde su infancia.

² Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. op.cit, pág., 51.

³ Martínez, Tomás Eloy. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 62.

⁴ Sábato, Ernesto. **Antes del fin**. op.cit, pág., 55.

Pues, en realidad, el viaje de Sábato a Europa no fue una búsqueda de su lugar natal, la tierra de sus padres y abuelos perdida para siempre –debido a que él ya nació en Argentina y siempre consideró que ésta era la patria donde debía vivir, morir- sino que fue un viaje en busca del origen de las causas que pudieron generar en América, en su patria una desazón y una situación como la que se vivía desde principios de la década de los 30.⁵

De hecho, hemos de sospechar que en los irracionales progsoms cometidos en Argentina contra los judíos en 1919 o en aquel comportamiento de la Legión Cívica que, tal y como nos refiere Eloy Martínez, “en los tiempos de José Félix Uriburu desfilaba por las calles de Buenos Aires con los brazos extendidos al compás del estribillo “Haga patria, mate un judío”,⁶ Sábato debió vislumbrar -al contemplar cara a cara, de frente, el rostro diabólico de Abel- con meridiana claridad en qué podía degenerar el reino único construido en su patria. Que tuvo que ser (mientras los aullidos de apuestos y musculosos militares clamaban por la muerte de los judíos residentes en Argentina) en estas circunstancias, cuando debió comenzar a plantearse quién era el verdadero Dios que reinaba en su patria argentina, en Occidente. Donde comenzaría una inmersión profunda a través de las heridas sufridas en tantas batallas perdidas por los ciudadanos anónimos de su patria, por intentar reconstuir en un puzzle exacto -casi un algoritmo físico pero humano, tremendamente humano- las

⁵ Respecto a lo que significó este año para el país y para la generación de Sábato, nos señala Joaquín Neyra: “Año crucial para la libertad y para la generación de Sábato fue el de 1930. (...) Los contingentes revolucionarios los formaron ante todo los inmigrantes, los que hicieron su siembra de ideas socialistas. (...) empezó a levantarse un mundo de ex hombres, largas filas esperaban las ollas populares; empleaduchos sin empleo oían estáticamente en el Marzotto amargos y descreídos tantos de Discépolo. (...) La miseria y el descreimiento se apoderaban de la ciudad babilónica”,⁵ en Neyra, Joaquín. **Ernesto Sábato**. Ediciones Culturales Argentinas, Bs Aires, 1973, pág., 26. Y María Angélica Correa, ahondando aún más en las circunstancias sociales vividas por el país argentino en aquella década nos señala: “Los argentinos, jactanciosamente, confiados hasta entonces en la riqueza del país, asisten con una especie de estupor, primero, a la caída vertical del peso, luego al avance incontenido de la ocupación. En el campo los precios son tan bajos que no se levantan las cosechas; en las ciudades, cierres, despidos, paros forzosos son para los obreros distintos nombres de la miseria; la cesantía en masa (...) crean en la clase media una nueva categoría social, sin medios de vida fijos, pero angustiosamente aferrada a su situación anterior”,⁵ en Correa, María Angélica. **Genio y figura de Ernesto Sábato**. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1971, pág., 37.

⁶ Martínez, Tomás Eloy. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 246.

razones que habían llevado a Occidente a su necesidad de expansión, de fustigar con su visión única del mundo a diversos pueblos y razas del mundo y que amenazaban con acabar con la vida y dejar sin territorio a todos aquellos cuyo rostro no fuera de un solo y único color.

Y si en un primer momento esta búsqueda, lucha, resistencia –como la llamará más tarde en uno de sus últimos y hermosos ensayos– fue realizada gracias a su ingreso en el partido comunista, pronto el mismo mecanismo diabólico interno que obraba en el partido le llevará a proseguir solo una batalla demente, ciega y sin más armas que la fe por encontrar una causa a la inmensa desolación vivida en su patria y al estéril desierto, abrumado por las llamas de fuego del Apocalipsis, en que se estaba convirtiendo Occidente.

Porque sería, exactamente, al comprobar cómo el utópico mensaje libertario del comunismo leninista, troskista, habría ido corrompiéndose, convirtiéndose en la dictadura totalitaria que sería luego el stalinismo, cuando Sábato debió llegar al conocimiento de varias realidades esenciales para comprender su obra. Conocimientos a los que arribaría no sólo al observar cómo tantos de sus compañeros de lucha eran vejados, fulminados en las purgas realizadas por el partido comunista sino, sobre todo, al comprobar desangelado, que muchos de ellos –presuntos adalides de la libertad y de los derechos básicos del hombre- mantenían una actitud semejante en todo al rostro del fascismo o la encubierta democracia contra la que decían luchar.

Esto es, la imposibilidad de aspirar a la paz, una reenconciliación entre los distintos poderes que se disputan el dominio sobre la tierra si Caín, al verse otra vez con un arma entre las manos, utiliza la misma para golpear sin piedad al poder que lo fustiga, igualándose por tanto a aquello que odiaba. Y la necesidad de poner de manifiesto, dado la profunda levedad de la condición humana, el dominio de las fuerzas carnales sobre las del espíritu en un mundo sumergido en la tiniebla que no permite un momento de reflexión para comenzar a releer la historia de nuevo y que, en el caso occidental, asimila a opresores y oprimidos hasta convertirlos en dos demonios servidores de un único Dios que disfruta con su matanza mutua: Yahvé.

Pues no sería muy arriesgado decir que es a partir de su frustrante experiencia con el partido comunista y viendo a sus hermanos de sangre luchar con las mismas armas que su enemigo y contrario irreconciliable por la libertad que Sábato –siempre a ciegas y sin un plan previo establecido- comenzara a trazar, a seguir –como aquel hombre del mito de la caverna platónico atrapado en la sombra como sus hermanos pero aún así dispuesto a seguir el rastro de una difusa luz- una senda que lo condujera de sus clásicas lecturas marxistas hasta la Biblia y al mito gnóstico, como una historia que permitiría revelar el sentido escondido en los libros sagrados de las religiones y culturas monoteístas y su necesidad de implantar su culto único a la humanidad. Porque, de esta manera –y atendiendo a la lectura que ya observamos que realiza el mito gnóstico de la historia de Caín y Abel– no sólo podría comprender los procesos que estaban ocurriendo en Occidente sino también releer los acontecimientos sucedidos en su patria desde la historia fundadora de Baistos y su hermano como una consecuencia del odio implantado por Yahvé a Caín para que matase a su hermano provocando una guerra infinita, eterna e inacabable entre ambos. Como, a la vez, podría acercarse a comprender, a leer en la figura de los distintos fascismos que destrozaban Europa y corrompían la tierra prometida de la Argentina, amenazaban con hacer de América una tierra bastarda, el plan secreto compuesto por Luzbel, el príncipe de las tinieblas, -y que, según el mito gnóstico, como ya dijimos, habría de corresponderse con Yalbadaoth, más tarde Yahvé en la escritura bíblica- para apoderarse de este mundo envolviendo a los hombres en la ceguera.

Por ello, no resulta extraño que en sus distintos viajes a Europa en la década fundamental de los años 30, su sensibilidad conectara enseguida con la de muchos de los miembros todavía activos del movimiento surrealista. Al fin y al cabo, como ya dijera Octavio Paz, el movimiento surrealista había sido el último movimiento espiritual, realmente religioso –en su sentido de intentar religar al hombre con su origen sin desdeñar ninguno de sus contrarios y partes que lo componen– que había dado Occidente en el siglo XX. Y, dentro de las coordenadas implícitas que generaba el movimiento como la obra de Magritte, Man Ray o Buñuel explicitan perfectamente existía una necesidad de poner en cuestionamiento el lenguaje supuestamente estancado, fijado de los textos artísticos o religiosos durante siglos, los mensajes

mediáticos que producía la incipiente sociedad de consumo y los distintos estados totalitarios, para conseguir desvanecer la ceguera original del ser humano. Para intentar que abriera sus ojos a otra realidad que, poniéndole en contacto con ese aspecto de su ser que el cartesianismo había intentado desterrar -su raíz mítica, nocturna, simbólica-, le permitiera entender que la verdadera aventura del ser humano radica en ir en busca del origen. Que, por tanto, lo que había que repensar era nuestro pasado, esa presunta “sacralidad” de los textos escritos que nos hablan de él y lo tornan inamovible permitiendo que los distintos poderes puedan utilizarlos a su antojo para doblegar a los ciudadanos con sus mensajes. Y que la experiencia real de la vida consiste en, desde un pasado absolutamente incierto y redescubierto en cada acto de la vida presente, arriesgarse a construir un futuro abierto y confiado en que es desde el corazón de los hombres –allí donde Jesucristo dijera que, una vez muerto, habrían de encontrarle quienes quisieran buscarle- donde hay que construir la nueva Jerusalén: la ciudad de todos los hombres y cultos.

Es por ello por lo que Sábado no tendría problemas para conectar con el surrealismo. Porque, desde el principio, el movimiento replanteaba la posibilidad de que la línea recta y ascendente del progreso técnico y ¿humano? fijado por la modernidad, pudiera desdoblarse, hacerse curva, espiral, ayudando a construir un signo abierto, mítico, vivo que permitiera -como lo quisiera Deleuze, lo soñase Artaud y lo desease Octavio Paz- volver a repensar Occidente desde sus cimientos, que abriese las puertas para la llegada de un hombre nuevo que pudiera realizar la obra espiritual prometida por Cristo en este mundo gracias al acto de su resurrección. Intentaba acabar de una vez con el ciclo de muerte, violencia y odio que lleva consigo la lucha circular y eternamente repetida entre las fuerzas tantas veces cegadas del bien y del mal por hacerse con ese trono de poder que los pueblos que pretenden conocer el nombre de Dios, sus secretos designios y su historia sagrada han querido siempre usurpar.⁷

⁷ Ayudando, por tanto, a los hombres, -como el ciclo épico de Tolkien realizara en medio del mundo existencialista surgido de las dos guerras mundiales- a desprenderse de su encarnadura mortal, de su egoísmo y afán de posesividad, enseñándole como Camus que incluso en el eterno círculo de su castigo aún puede sonreír, pues sólo una sonrisa debería reflejar el semblante de todos los hombres por, al menos, tener la posibilidad de vivir esta vida. De, al menos, tener, como lo sintiera Bertold Brecht, una oportunidad única y que no debería

Y, al mismo tiempo, siendo oriundo Sábato de un país donde la imposibilidad para conectar con el compañero, con el “otro”, era un ritual establecido, cotidiano hasta permitir que de Buenos Aires se pudiera decir que era la ciudad donde más difícil era observar a un grupo de hombres caminando unido por la calle, resulta claro que para él leer la obra de Sartre, Ionesco o Beckett, significaría entrar en un espacio familiar. Tan familiar como contemplar aquel hombre abstraído, solo y en constante conversación insustancial consigo mismo o con los otros que poblaba su país. Como, a la vez, no resulta extraño que Sábato simpatizara rápidamente con la obra de Camus, pues en la misma encontraría ese humanismo irredento capaz todavía de -aun en las peores circunstancias, como ponía de manifiesto su **Carta a un amigo alemán**- encontrar una mirada que pudiera romper el absurdo ciclo de violencia en el que la humanidad hubiera caído, y del que, más tarde, se alimentaría en tantas situaciones críticas para intentar conceder un sustento espiritual a los ciudadanos de su patria. Unos hombres ansiosos por encontrar -al tiempo que andaban en círculo sobre sí mismos como el pueblo errante judío- aquel Godot que como un padre bíblico y benefactor viniera a sacarlos de su ataraxia y del que, cegados como estaban por las circunstancias de su vida presente, el mundo material, no podían entender que nunca llegaría si antes no se detenían a reflexionar sobre sí mismos, su propia constitución y las razones que les habían llevado a su actual estado.

Tarea esta que será la primera que realice Sábato cuando, con el corazón destrozado tras los sucesos que se produjeron en el transcurso de la segunda guerra mundial pero aún esperanzado en el hombre tras comprobar que el mundo aún seguía en pie, decida abandonar para siempre su relación con la física y dedicarse a la escritura plenamente.

En definitiva, la tarea ética que cumplir se le debió imponer como necesaria tras observar que en su país y, dadas las exageradas diferencias sociales, la aristocracia y las clases dirigentes podían llegar a realizar el ejemplo de los

desperdiciar de luchar por la libertad suya y de sus congéneres y paralizar por un instante el eterno retorno de lo mismo que dijera Nietzsche: el retorno del terror, la mentira y del nuevo sacerdote dispuesto a establecer por la fuerza en la nueva Jerusalén su diabólico reino único.

régimenes fascistas europeos y acabar con gran parte de la población que se consideraba indeseable. Al fin y al cabo, en Argentina ya existían esa especie de campos de concentración que eran las villas donde millares de personas vivían hacinadas en condiciones infrahumanas. Y, efectivamente, la neutralidad de los gobiernos argentinos (silencio de Abel) durante el transcurso de las dos guerras mundiales, para Sábato significó una ayuda implícita a los regímenes totalitarios.⁸

De esta manera, Sábato pronto se lanzará a realizar una investigación de carácter desgarrado por toda su obra narrativa con el fin de empezar a construir un asidero en el que pueda refugiarse tanto él como el hombre solitario y sin defensas ante la inhóspita realidad de su patria. Lo que lo llevará a intentar responder la pregunta obsesionante sobre la naturaleza de su país que conformará y dará pie a su obra narrativa y lo conducirá, como indicara Caleb Bach “a la búsqueda incesante de una nueva voz que pudiera expresar adecuadamente el problema de la identidad de la Argentina, tanto en el plano individual como nacional”,⁹ partiendo de una complejidad enmarañada, fruto de la real diversidad que la patria argentina conllevaba que atormentaría a tantos y tantos artistas y ciudadanos de su patria. Dirá Sábato: “Todos estamos (...) obsesionados (y con razón) por el problema nacional (...) Somos una nación en estado fluído, vivimos atormentados por nuestra esencia”.¹⁰

Pues lo que Sábato se planteará crear, desde un principio, es un rincón espiritual que permita un cobijo a sus ciudadanos. Hacerles comprender que ellos también tienen voz y voto en la construcción de la patria. Es decir, como él mismo señalará en uno de sus muchos diálogos con la prensa de la época, hacerles entender que “la patria la hacemos todos, no la hacen solamente los militares”, vislumbrar que

⁸ Opinión que se vería, más tarde, ratificada cuando millares de generales y antiguos jefes del antiguo ejército nazi vinieron a buscar en Argentina un refugio, un lugar que les permitiera impunemente vivir el resto de su vida, sin tener que pagar sus cuentas con la justicia, siendo, por tanto, implícitamente consentidos y alabados en su comportamiento criminal.

⁹ Bach, Caleb. *Ernesto Sábato, palabras de la conciencia. Un existencialista argentino sondea la tenebrosidad de la naturaleza humana*, en Revista Iberoamericana. Homenaje a Ernesto Sábato de sus colegas y amigos dirigido por Alfredo A. Roggiano. University of Pittsburgh. Vol. LVIII. Enero-marzo 1992. Núm. 158, pág., 48.

“la Patria (...) es un conjunto de valores espirituales” y que el problema de su nación es básicamente “un problema espiritual”.¹¹ En definitiva, como destacara Jorge Montes, sacudir “las almas de los argentinos para que de una vez por todas despierten y traten de alcanzar la grandeza que nuestra tierra nos permite poseer”.¹² Conseguir, en la medida en que sus ciudadanos integren –como él hiciera desde su nacimiento– un rincón de aquella patria en sus corazones, trascender su propia desgracia, aventurándose a vivir perpetuamente en aquella tierra, desterrando aquella incomodidad descrita por Eloy Martínez ante ella, aquel “perpetuo” deseo de “regresar y marcharse”,¹³ que jamás puede permitir que el hombre se religue con la tierra, como apuntase Murena, y sea uno con ella.

Y para ello, Sábato no miraría, no podría echar la vista atrás a la real composición de su patria como reino único. Todo lo contrario. Una de sus misiones sería denunciar el exacto parecido que la ideología dominante de Argentina tenía con los regímenes fascistas europeos que había llevado a permitir que el país se aislara absurdamente y, por tanto, ahondando en su desgracia, del resto de sus hermanos americanos: “Hay en nosotros un racismo que a veces es oculto, pero suele llegar a ser descaradamente abierto. “Aquí no hay negros ni indios”, decimos a menudo, dando por entendido que ser negro o indio es una inferioridad. ¿Cómo en un continente casi dominado por esas dos razas, y con los habituales sentimientos de inferioridad que nuestra cultura occidental produce, pueden mirarnos con simpatía?”¹⁴

Porque, desde el momento en que Sábato se decidió a escribir, se decidió a hablar, no dudó en denunciar cuáles eran los mayores males del país, de esa rancia ideología que lo había construido. Y como su maestro en La Plata, Ezequiel Martínez Estrada o aquel joven solitario, rebelde que transitara la revista “Sur” alejado en parte

¹⁰ En *El argentino angustiado* dentro de *Medio siglo con Sábato. Entrevistas*. op.cit, pág., 43.

¹¹ En *Una histórica charla para argentinos*. Ibíd, págs, 182 y 183.

¹² En *Sábato ¿Premio Nobel?*. Ibíd, pág., 239.

¹³ Martínez, Tomás Eloy. *Réquiem por un país perdido*. op.cit, pág., 57.

¹⁴ En *Defectos y virtudes de los argentinos* en *Medio siglo con Sábato. Entrevistas*. cit, pág., 155.

de la ideología de sus directores, Héctor A. Murena, no dudó en afirmar en qué consistía el pecado original argentino. Es decir, en declarar sin miedos que una vez que en su país se había extirpado la raíz indígena, se habían eliminado las bases que podrían posibilitar toda convivencia grupal o entre razas. Y, por lo tanto, se había creado un país ajeno a sí mismo en que la mayoría de sus habitantes procedentes de Europa, al no haber nacido en él, se sentirían incapaces de concebirlo como propio: “En nuestra tierra se masacró a los habitantes originarios, lo que de por sí es trágico; gran cantidad de su población vino de afuera, y hacia fuera sostuvieron su mirada hasta su muerte”.¹⁵ Se habían sentado las bases, las tristes piedras que levantarían un país, con unas características y una problemática muy definidas, que le acercan y le alejan de Europa, de sus hermanos americanos, hasta hacerlo único, dotarlo de su radical especificidad, abocada a la melancolía¹⁶ y tantas veces condenada al acontecimiento trágico, como él mismo nos referirá: “No somos ni Europa propiamente dicha ni América latina propiamente dicha. Millones de hombres provenientes de Europa o descendientes de europeos dan el tono de esta nueva cultura. Para bien o para mal somos fundamentalmente europeos. Pero lo grave es que si racialmente lo somos, geográfica e históricamente pertenecemos a un nuevo continente”.¹⁷

Además, observando que a pesar de la matanza racial cometida en Argentina, aún quedaban rasgos autóctonos de indigenismo, tanto en el norte como en el sur y que la emigración variada podía, debía ayudar a enriquecer su patria, Sábato, como ya hicieran anteriormente Alberdi, José Hernández, no podría más que preguntarse ante el intento de construir el reino único y total en Argentina: “¿Es fatal esta

¹⁵ Sábato, Ernesto. **España en los diarios de mi vejez**. cit, pág., 36.

¹⁶ Señala Ernesto Sábato en **El escritor y sus fantasmas**. op.cit, pág., 347: “Pocos países en el mundo debe haber en que el sentimiento de nostalgia se haya reiterado tantas veces: en los primeros españoles, porque añoraban su patria lejana; luego en los indios, porque añoraban su libertad perdida y su propio sentido de la existencia; más tarde, en los gauchos desplazados por la civilización gringa, exiliados en su propia tierra, rememorando la edad de oro de su salvaje independencia; simultáneamente, en los viejos patriarcas criollos, porque sentían que aquel hermoso tiempo de la generosidad y de la cortesía era suplantado por el más crudo materialismo; y, en fin, en los inmigrantes porque extrañaban su terruño europeo, sus costumbres milenarias, sus navidades de nieve junto al hogar, las leyendas de sus lares”.

¹⁷ **Defectos y Virtudes de los argentinos** en **Medio siglo con Sábato. Entrevistas**. op.cit, pág., 157.

diversidad para la nación? ¿Es cierto que impide o complica nuestra unidad y la formación de un carácter nacional bien definido?”.¹⁸

Y ante la imposibilidad de concebir la necesaria pluralidad de las voces en la Argentina, para fundar, crear el verdadero país, ante la falta de referentes que, en el presente continuo de su patria, pudieran explicar este hecho, Sábato se decidirá a acometer su obra ensayística como un tejido lógico que permita explicar al hombre de su país el porqué de su condición actual.¹⁹ Por ello, y teniendo en cuenta que la búsqueda intelectual de Occidente que acomete Sábato, se produce a partir de la “siempre cuestionada” situación vital argentina, el pensamiento ensayístico del autor, lejos de profundizar en las ariscas regiones que desnudan los cimientos de la matriz occidental -como sí lo harán, por citar algunos nombres, Michel Foucault o Jacques Derridá- se va a contentar con rozar, con apuntar modestamente las razones de la perplejidad, las fuentes paradójales del pensamiento occidental, sin necesidad de realizar un estudio pormenorizado, un carnívoro festival deconstructivo sobre el pensamiento occidental.²⁰

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Porque (y esto debería quedar claro para comprender con la mayor exactitud los márgenes de amplitud que configuran las narraciones de Sábato) si su obra ensayística y, más aún, su obra narrativa se forman y se engendran a partir de una realidad, ésta no es otra que la del país argentino. Y es, en la medida en que la extemporánea construcción de este país refleja muchos de los mayores defectos de la civilización occidental y alguna de sus virtudes, que fue construido y pensado por occidentales, que han de poder ser extrapolados algunas de las actitudes o personajes de las novelas de Sábato a Occidente. Pero esta extrapolación ha de realizarse siempre teniendo en cuenta que esta comparación jamás será exacta, al no ser iguales las características que dieron forma a Argentina que las europeas y ha de alejarse irremediabilmente del punto central a partir del que se compone la narrativa de Sábato: su patria y sus particulares características. Como bien advirtiera José Saramago en la conferencia ofrecida a causa de la recepción del Honoris Causa concedido por la Universidad Carlos III a Ernesto Sábato: “Sábato habla del pueblo de los argentinos. Éste no es como el pueblo portugués, como el pueblo español, dotados de una identidad inalterable que se mantiene. En la Argentina, el pueblo son las sucesivas generaciones de un pueblo”. En Sábato, Ernesto. **España en los diarios de mi vejez**. op.cit, pág., 236. El mismo Sábato ratificará que “dada la formación étnica y cultural del Río de la Plata, es inevitable el injerto de temas y técnicas europeas”, afrontando sin temor la radical construcción de su país y su progresivo alejamiento de sus ineludibles conexiones y vinculaciones con la narrativa americana, en **Apologías y Rechazos**. op.cit, págs., 479 y 480.

²⁰ Señala María Angélica Correa sobre el quehacer ensayístico de Sábato: “Sábato no es, ni pretende ser, un filósofo ni un sociólogo, al menos en el sentido estricto; (...) Su aproximación a los problemas ni siquiera es, en rigor, la de un “intelectual puro”, pues en su entender entra tanto el amor como la sensibilidad, el simple sentido común como la inteligencia. En esa especie de

Pues esta tarea acaso corresponda a los escritores europeos hacerla con el rigor y la profundidad que sean necesarios. Y para Sábato, el ensayo que, profundizando en su visión maniqueísta del mundo, corresponde a una visión ordenada y lumínica es en realidad un puente, una explicación, que pueda ayudarle a comprender las causas que engendran las raíces del Apocalipsis de su patria desde su juventud, partiendo de las condiciones que lo generan en Occidente. Que pueda disponerle de una lúcida actitud de cuerdo a la hora de enfrentar sus narraciones, donde él sí que depositará, como muchos de sus compatriotas americanos, todas las heridas, fragmentos que han conmovido su alma y en las que sin necesidad de argumento teórico alguno, penetra de raíz en las motivaciones últimas del mal, del sufrimiento de su país, desde el que se atreve a sugerir al mundo contemporáneo, su equivocado rumbo, como ha querido destacar en alguna ocasión.²¹

De esta manera, no ha de extrañarnos que -aun pudiéndose remontarse más allá en el tiempo- Sábato vuelva su mirada al Renacimiento para comenzar a ofrecer didácticamente al ciudadano de su patria el porqué de su soledad ante el universo.²²

sondeo, más cercano a la intuición que al análisis”.Correa, Maria Angélica. **Genio y figura de Ernesto Sábato**. op.cit, págs., 129 y 130.

²¹ Nos dice Sábato: “Un crítico europeo me preguntó una vez cómo era posible que América Latina hubiese dado grandes poetas y novelistas, y en cambio, no hubiera producido un solo gran pensador en el sentido europeo de la palabra. Le respondí que, por suerte, nuestra realidad no había alcanzado la catastrófica ruptura que reina en los países más avanzados y que nuestra Weltanschauung había que buscarla en las obras novelísticas, no en los tratados de pensamiento puro; vastos poemas metafísicos, síntesis del pensamiento mágico y el pensamiento lógico, grandioso rescate de aquella primigenia unidad que hoy, para su desdicha, el ser humano ha malogrado en los lugares en que más lejos se llevó a cabo la racionalización de la realidad”.Observación recogida en una carta de Ernesto Sábato que prologa el libro **Ernesto Sábato en la Crisis de la modernidad**. Fernando García Cambeiro Editores. Buenos Aires. 1985, pág., 12.

²² Hemos de referir aquí un hecho decisivo que se produce a partir de la época renacentista y que comenzará a producir esa imagen de Caín, vagabundo moderno que poblará tantas obras de la picaresca española y comenzará a introducirse como un objeto alógeno y cuyo recorrido es necesario escrutar para comprender los mecanismos a través de los que se forja la modernidad en las literaturas europeas.

Hemos de tener en cuenta que durante la época medieval y debido a la necesidad de los distintos occidentales de conseguir aunar todas las corrientes diversas que se integraban dentro del círculo de la cristiandad para poder luchar contra el peligro musulmán, judío, tanto los peregrinos como los vagabundos habían sido necesarios en muchos casos para poblar las ciudades, concediéndoseles un grado de distinción acorde con aquello que se necesitaba de ellos.

Porque es ahí donde ha de comenzar a cifrarse, como de todos es sabido, la historia del país argentino, la historización y des-mitificación de América acometida por Occidente. Y porque es en la necesidad expansionista del Renacimiento y en las razones que originan la misma,²³ en su radical evolución técnica y cultura, logocéntrica, donde Sábato encuentra el ejemplo más preclaro para comenzar a hablar al ciudadano de su patria del pacto fáustico que Occidente realizara con las fuerzas terrenas, diabólicas. Señala Sábato: “A partir del descubrimiento de América, la acción combinada del capitalismo y la ciencia empieza a abarcar el mundo entero. Con velocidad creciente, al cabo de cuatro siglos se convertirá en un gigantesco vórtice que arrastrará a los seres humanos”.²⁴

Es en esa voluntad de dominar a los diversos, en la necesidad de construir objetos, máquinas que conciban al hombre occidental como señor del mundo, donde Sábato quiere que sus compatriotas comiencen a observar el feroz rostro de la civilización occidental, burguesa, apartada del tiempo mítico que los desterró a la tierra anónima de la Argentina, para terminar de comprender la terrible ideología que formó y que gobernó el país. Donde, gracias al pensamiento lógico, pausado que configura los mismos, va explicando las causas de su tremendo desamparo, les

Sin embargo, como nos indica M.Cataluccio en su prólogo al libro de Geremek, Bronislaw. **Les fils de Caïn: l'image des pauvres et des vagabonds dans la littérature européenne du XV au XVIIe siècle**. Ed. Flammarion. Paris. 1991, págs., 14 y 15 (la traducción al español es mía): “Con las crisis del comienzo de la época moderna, los pobres devienen (...) numéricamente demasiado pesados para la capacidad de asistencia de las ciudades europeas y la imagen del vagabundo deviene como la de un personaje subversivo y criminal. El aparece como el marginal por excelencia, al mismo tiempo que se deshace la identificación no desprovista de ambigüedad que, sea en el Occidente cristiano, sea en el mundo islámico, se había establecido entre el mendigo y el peregrino”. De esta manera, “Los pobres y los vagabundos comienzan a dar miedo como jamás lo habían hecho en la Edad Media”. Y así “Los grandes aparatos del orden establecido -las instituciones de la religión, de la ideología o del poder político- se entregan a actos de exclusión, de condenación o de violencia con respecto a individuos o grupos marginales, cuya existencia parece poner este orden en peligro, o simplemente debido a que la lucha contra estos individuos y estos grupos puede ser el instrumento de un reforzamiento de la cohesión interna de poder, o de su dominación sobre el cuerpo social. La represión del vagabundo al comienzo de la edad moderna, está bajo el signo de la inquietud social de la época y de las exigencias del mercado de trabajo, pero ella exprime al mismo tiempo las preocupaciones del estado moderno, deseoso de afirmar concretamente su propia influencia sobre la vida social”.

²³ Una vez que, gracias a la Reconquista, se habían echado de los diferentes reinos únicos que lo componían una gran cantidad de elementos alógenos, se había acabado con la amenaza musulmana.

²⁴ En **Hombres y engranajes**, op.cit., pág., 119.

adentra progresivamente en una de sus tesis fundamentales: cómo el hombre occidental fue olvidándose de su ser, fue construyendo una civilización basada en el temor y en la necesidad de sentirse superior al Dios que, según la cultura judeo-cristiana, los condenase a esta vida de sufrimiento. La manera en que, radicalmente, y gracias a su prometeico dominio de la ciencia, finalmente, no sólo se igualó al temido y respetado Dios contra el que luchaba sino que llegó, como muestra el ejemplo de la bomba atómica estallada en Hiroshima, a superarlo en crueldad.²⁵ Es decir, levanta los fundamentos teóricos de lo que será su incursión narrativa en esta realidad -esta ya basada en el mito- que lo llevarán a encontrar una respuesta gracias a la simbología gnóstica de los -en verdad, y aunque, paradójicamente, sean presentados de manera lógica y casual- irracionales motivos que llevaron a Occidente a embarcarse en las dos guerras mundiales. Expone, sin necesidad de profundizar, detenerse demasiado en aquello que nos refiere -dado que Sábato concibe el ensayo pedagógicamente, casi mayéuticamente- los hechos escuetos, concisos que hicieron de los reinos cristianos occidentales unos reinos demónicos. Los cónclaves precisos que les llevarían, allí donde desembarcaran, a sembrar la muerte y tristeza y cuyo totalitario reinado condicionaba la vida cotidiana tanto del desterrado hombre argentino, el americano como del hombre africano esclavizado en América o en su propio continente.²⁶

²⁵ Hemos de resaltar que, aun considerando lo acertado de algunas de las premisas a través de las que el premiado libro de Juan Isidro Jiménez Grullón condena la obra ensayística de Sábato, si tenemos en cuenta que la misma surge en un país argentino donde la gran mayoría de la población es de origen europeo, con la problematicidad que ello conlleva, y que esta obra ha sido compuesta en los albores de lo que pudo ser el fin verdadero de la humanidad, la segunda guerra mundial, el estallido de la bomba atómica, no podemos estar de acuerdo con afirmaciones como las que siguen con las que Juan Isidro finaliza su libro: “Partiendo de algo inexistente -o sea la supuesta crisis o el caos de todo el mundo occidental-, llega a la fantástica conclusión de que este caos nos envuelve también a nosotros, latinoamericanos, y que lo vivimos con mayor intensidad que el mundo europeo. (...) Se trata, en el fondo, de una total desamericanización de nuestra literatura, con la agravante de que cuanto ésta ha tenido de vigoroso y esperanzador, de protesta orientadora y fecunda, es substituido por la exaltación de un individualismo irracionalista que desemboca en la negación de toda posibilidad de superación humana. Al propósito -indudablemente no intencional- de desamericanización se agrega, pues, el de la deshumanización o, para decirlo mejor, el de la aniquilación del hombre americano”, en Jiménez Grullón, Juan Isidro. **Anti-Sábato o Ernesto Sábato: un escritor dominado por los fantasmas**. Maracaibo: Universidad del Zulia. Facultad de Humanidades y Educación. 1968, pág., 103.

²⁶ Es por esta razón que a la hora de considerar la obra ensayística de Ernesto Sábato, si es cierto que hemos de considerar que la misma ha llevado a cabo un análisis más o menos elaborado y sistematizado sobre los epígonos fundamentales de la historia del pensamiento moderno

Pues Sábato, en realidad, desea fervientemente que el hombre cainita que compone su patria comprenda que el pecado original argentino, americano, es en realidad pecado occidental. Es decir, segundo pecado original occidental. Que entienda que las circunstancias en las que vive son, en realidad, causadas por aquel reino que abandonaran, Occidente, con las lágrimas en los ojos. Y que las consecuencias del exterminio de la raíz indígena de América proceden, en último término, del talante autodestructivo, dictatorial que llevó a Occidente a una posibilidad, todavía tristemente real, de poder llegar a destruir el mundo entero. Que lo condujeron al riesgo de acabar, como un colérico Dios que pusiera de manifiesto, en realidad, por medio de estos actos, su impotencia, con la creación maravillosa que como un regalo y nunca jamás como un castigo, esa divinidad cuyo nombre es imposible de descifrar y que el hombre sólo atisba a ver, según los místicos, en la comunión amorosa, quisiera conceder a su más querida criatura: el hombre.

Porque, efectivamente, Sábato lee la historia de Occidente para componer una obra que, con el cariz de una profecía, va sentenciando, escrutando y prediciendo de manera simbólica los sucesos de la Argentina contemporánea. Y si la lectura que hace de la realidad de su país es válida, es porque su obra se conforma como un espejo sin vidrio por el que se puede, a su vez, contemplar su particular visión sobre el Occidente contemporáneo. Por ello, esta mirada que recoge la sustancia íntima de los mitos constructores del actual Occidente se vuelca sobre sus narraciones como un tejido silencioso, opaco que la recorre y permite componer una historia secreta y

occidental -las raíces de su logocentrismo- no lo es menos que este análisis habría de declararse estéril o infructuoso si, en verdad, no hubiese sido realizado con el motivo de explicar y comprender los sucesos acaecidos en su país, si no fuesen válidos para comprender el porqué la cultura occidental devino en arma totalitaria de exterminación de lo “diverso” y “diferente”, la ideología que fue gestando las grietas y heridas del país argentino al que dedicará toda su obra narrativa, pues es allí donde encuentran todo su sentido y viceversa. Por ello, es normal, pero sólo concebible partiendo de las premisas anteriores, que Alba Omil nos sugiera del movimiento pendular que configura sus novelas: “El destino del hombre sobre la tierra y nuestro destino nacional son dos temas que recurren en la obra de Sábato, donde el primero implica al segundo”,²⁶ Omil, Alba. **Sábato. Pensamiento y creación**. Ediciones del Gabinete Secretaría de Post-grado. U.N.T. 1992, pág., 98. O Juan Carlos Botero, asimismo refiera: “Sábato llega a la cima de lo universal siguiendo las trochas de su propio corazón, y descubre en las calles y esquinas de Buenos Aires, los dilemas, conflictos e interrogantes que acosan al hombre moderno”.²⁶ Botero, Juan Carlos. *La lucidez salvadora de Ernesto Sábato*, en Revista Iberoamericana., nº 158, op.cit, pág., 62.

verdadera, real, de Argentina,²⁷ sin teorías acabadas ni concluyentes, con toda la dificultad que ello implica. Pues nace del intento de conjugar dos discursos, el europeo y el americano, que son, en algún sentido, ajenos y que pudiendo ser complementarios, debieron finalmente ser antitéticos sistemas de valores: enfrentados a extinguirse bajo la voz única del más poderoso de ellos, aquel que, como cantaran sus profetas, hubiera realizado la síntesis perfecta entre espíritu y ciencia, pudiendo llegar al definitivo exterminio de todo el planeta bajo su rumbo aparentemente seguro y confiado.²⁸

Y Sábato sabe que sólo ayudando a volver la vista al exiliado hombre que compone su país hacia ese paraíso perdido que para los hombres de su patria era Europa, y enseñándole el tiránico rostro del Dios -en realidad, un demonio que reinaba en él-, podrá ayudarles a deconstruir, como a través de sus novelas, los textos canónicos que cifraron una historia sagrada y sangrienta que silenció la voz de tantos de ellos. Pues para Sábato, y en esto radica el tremendo inconformismo y el demente

²⁷ Así, por ejemplo, Fermín Fèvre ha entendido que la verdad del país argentino hay que buscarla en sus artistas incluso antes que en sus historiadores, sociólogos, etc.: “los escritores, los artistas plásticos, en mayor o menor grado, con mayor o menor fortuna, poniendo más el acento en lo individual o en lo social, han sido mejores captadores de una realidad más esencial, más permanente, más estable”, en Lóizaga, Patricio. **La contradicción argentina. Conversaciones con Marcos Aguinis, Hebe Clementi, Marco Denevi, José Luis de Imaz, Fermín Fèvre, Víctor Massuh y Juan José Sebreli.** Editorial Emece. Buenos Aires. Primera edición. 1995, pág., 113.

²⁸ Exactamente, como señala Joaquín Neyra, en Neyra, Joaquín. **Ernesto Sábato.** op.cit., pág., 17, al fin, el influjo de la cultura occidental fue tan amplio que aquellos sueños que pudieran tener algunos de los integrantes de la Argentina, “que se fecundaran los campos y se iniciaran las industrias, se mezclaran las sangres y con el tiempo se diera una raza nueva, una resultante de la estirpe latina mejorando lo europeo, viejo, y lo americano nuevo, en una concreción superior como la que soñó Ricardo Rojas, al llamar Eurindia a este destino americano”, terminaron configurando un país cuya primacía caería sobre su conceptualización occidental. Lo que llevaría a Sábato, buscando en París los valores fraternales del reino occidental, enfrentado a la diáspora constante de emigrantes que llegaban caídos y sin luz en sus ojos a su país abatidos bajo el ritmo de la maquinaria occidental a considerar que el fin de la Modernidad, tal y como la conocíamos, se estaba gestando, propiciando un tipo de hombre, el angustiado existencialista, que en su patria habría de expandirse irremediablemente, por ser la misma un embrión experimental de la sociedad occidental: “Un terremoto universal sacude los cimientos de la civilización, esa civilización que fue edificada sobre los principios y valores de los llamados Tiempos Modernos, que, aunque originados en Europa, no sólo promovieron un nuevo tipo de coexistencia en su región de surgimiento, sino en el mundo entero; tales fueron sus poderes físicos e intelectuales. La crisis de esta tabla de valores afecta por lo tanto a la inmensa mayoría de los pueblos, y si el hombre europeo tiene motivos de angustia, los argentinos los tenemos en mayor grado, ya que no habíamos terminado de definir nuestra nación cuando el mundo en que surgió se viene abajo”, en **Apologías y rechazos**.op.cit., pág., 463.

gesto de su obra, no hay tarea más urgente para evitar el suicidio en masa de su pueblo, su atracción por la autodestrucción, muerte y tristeza que configuran su patria, que escuchar la voz del Caín que habita en su país, el hombre casi inexistente, para permitirle gozar aquello que nunca le permitió el tiránico Dios Padre occidental: su posibilidad de justificarse, de decirse a sí mismo, de narrar su tragedia y, por tanto, comenzar a jugar la carta frenética de vencer a los dados muertos de la vida con que se le condenó casi desde su nacimiento. Ya que siendo estas voces, como indica Julia Constela -insistiendo insistiendo en la heredad que del concepto de la diáspora judía recibe Occidente a partir de la expulsión de los mismos de su seno y su encuentro con América- las de “los pobres, los marginales, los que quedan al costado”, “los desamparados” que “son, tal vez, los que no pudieron subir al Arca, los que quedaron a merced del Diluvio durante cuarenta días con sus noches”, permitirles hablar suponía comenzar a leer un reverso oculto de la historia escrita. Empezar a establecer los flecos de una historia rebelde, acaso impura, que pudiera establecer una relación dialógica con la presuntamente histórica, real de la Biblia y, por tanto, permitir acceder a quienes la quisieran leer a un nuevo estado de conocimiento que consintiera en construir una mirada crítica desde la que mirar ahora, de manera diferente, el supuestamente bendecido reino único construido en Occidente, Europa, y, al mismo tiempo, Argentina. Significaría, comenzar a revelar la historia escondida “tras la cortina de agua” de ese particular Diluvio que tuvieron que sufrir, que fue el cruce del océano y donde “se fueron perdiendo” entrando “de este modo en el cono de sombras que opaca un pasado del que ya, definitivamente, dejaron de hacer parte”, como señala Julia Constela.²⁹ Empezar a escribir los particulares Evangelios Apócrifos de la historia americana para empezar a señalar los errores cometidos en la escritura oficial donada por tantos textos canónicos de Occidente a sus fieles.

Por tanto, es en este intento de rescatar los eslabones perdidos, los escombros caídos bajo los omnipotentes dictados de la civilización occidental que había creído descubrir el nombre secreto de los dioses de la tierra, gracias al poder que le concediera su investigación científica, en donde Sábado vuelca el auténtico poder regenerador de su obra: conjugar un discurso que permita hablar a la anónima voz de

²⁹ Constela, Julia. **Sábado, el hombre. Una biografía.** op.cit, pág., 75.

su pueblo y regar con la luz de las palabras las tinieblas de su vida cotidiana.³⁰ En donde Sábato, enfrentado a la contradicción artística por excelencia (corroer las palabras en un parto impuro aun sabiendo que ninguna pueda retratar con eficacia al ser humano si no se quiere atentar contra él y su misterio), se vincula a aquella

³⁰ Considero que es interesante tratar, aunque sea con un mínimo detenimiento, la relación de la obra con la modernidad y el rechazo que gran parte de la crítica posmoderna ha podido hacer de ella, tal vez por no haber sabido ubicarla en su verdadero contexto, haber sabido visualizar desde dónde y porqué Sábato nos habla y en qué medida su obra es un reflejo de su tiempo y país. Porque hemos de tener en cuenta que la obra de Sábato, nacida bajo el influjo del horror que supusieron la existencia de dos realidades como Auschwitz o Hiroshima y el peso de las distintas dictaduras argentinas, no intenta –como luego hará el posmodernismo al volver a pensar la modernidad y el porqué su proyecto fracasó– interrogar de ninguna manera a su tiempo, no busca jugar con un lector y hombre abatido por estas dolorosas circunstancias sino que está concebida con el fin de otorgar fe a los hombres ciudadanos del siglo XX. Y esto significa, desde el programa trazado por la modernidad, intentar dar respuestas a los problemas y dudas planteados.

Intentar explicar. No interrogar. Es decir, mitificar, gnosticizar, huir del lúcido juego que establece el posmodernismo entre los significantes y los significados para acudir rápidamente a intentar responder o solucionar el problema moral, ético planteado. Y, en este aspecto, el mayor cuestionamiento que puede hacerse el lector es si Sábato consigue finalmente dar una respuesta lúcida a este problema y si, exactamente, la forma empleada ha sido la más adecuada, lo que nos llevaría a valorar la obra de Sábato desde el punto de vista estético.

En mi opinión, Sábato, como más tarde veremos, sí consigue solucionar el problema central de su obra y el motivo por el que ésta se compone: dar una respuesta, conseguir dotar de fe al perdido ciudadano del siglo XX desde la particular realidad y circunstancias argentinas. Sin embargo, y creo que esta es la parte más débil de la obra de Sábato, es cierto que su estilo puede resultar en ocasiones andrajoso, sucio, enrevesado o excesivamente denso. Es decir, Sábato no es un escritor pulcro, exacto y tanto **Abaddón el exterminador**, sobre todo, como **Sobre héroes y tumbas** se resienten en diversas partes de su lectura de, acaso, no haber sido construidas con un tacto más frágil, condensado. Pero, en realidad, la obra de Sábato se muestra tan ambiciosa en sus intenciones, tan suicida en su necesidad de mirar hacia delante y buscar motivos para seguir creyendo en el ser humano, en su fe, que, en mi opinión, son posibles defectos que no invalidan el valor de una obra que prima lo humano por encima de toda característica. Al contrario, puede que esta circunstancia como en la obra de Arlt o la de Dostoievsky o en la de Faulkner ayude a penetrar, comprender mejor –y precisamente por aquellos defectos que aquel lector fama contra el que se rebelase Julio Cortázar puede destacar en la obra de estos escritores- los retruécanos y pliegues que forman el alma del escritor y del país que se nos retrata, ayudar a sentirnos partícipes en una realidad de la que no somos excluidos pero en la que sólo podemos vincularnos si olvidamos la razón y nos sumergimos en esa ficción entendiendo que vamos a penetrar en el bosque, en ese corazón de las tinieblas a través del que surge la verdad de los hombres, de su arte y del creador que los une y vincula con nuestras vidas íntimamente. Y que, en el corazón del bosque, de la selva, es inútil buscar un acomodo en un espúreo utensilio u objeto para sobrevivir a sus rigores. Basta la intuición, el deseo de supervivencia y el comprender que es, traspasando, atravesando el líndero de las tinieblas que más terror nos produce cómo podremos seguir dejando testimonio de nuestro paso por esta vida. Y, para ello, esto es claro, no es necesario retruécano alguno. Basta la intención, la necesidad de querer ser verdadero. En la selva, en el corazón de la verdad hay agua y alimentos para todos. E importa menos el cómo se los come, que el hecho en sí de alimentarse y aplacar la sed. Ningún hombre angustiado, asolado por la idea del suicidio ha dicho jamás que no a la vida si en el instante de la muerte ha sentido que la mano que se le ofrecía era la de la verdad.

mirada posible, “esa mirada apocalíptica que hace estremecer los escritos de los cronistas de la Antigüedad”, en la que Murena concibiera el sentido último del arte. Lo que no deja de ser lógico si se entiende que es la transitoriedad del destino vital del emigrante, su absoluta indefesión abocado a un viaje en que, como a Job, se le pide una fe ciega en el poder de lo invisible, y en un mundo conmocionado por el estallido de los conflictos mundiales, Sábato encontraría la realidad adecuada para preñarse a la exigencia solicitada con pasión por Murena a los artistas de su país, de su época, tal vez de todos los tiempos: *“tener siempre presente la idea de que la creación entera puede terminar en el próximo instante”*.³¹

Es por ello que la obra de Sábato intenta despejar interrogantes, ofrecer respuestas. Porque no quiere dejar aún más solo al hombre que lo rodea. Considera -y en este aspecto se encuentra cercano a los parámatros a través de los que Sloterdijk ha mostrado cuál ha de ser la función de los intelectuales en el mundo contemporáneo-³² que es la tarea del arte acompañarle en su camino de destierro para que no perezca ahogado en su propia pena. Y para que a la vez, pueda alumbrar mirándose en el espejo mágico, eterno, salvador del arte, un testimonio último al que aferrarse y a través del que poder -lejos de mirarse cual Narciso únicamente a sí mismo- conectar con las tragedias de sus hermanos, comprender que ha de responsabilizarse, cuidar de sí y del mundo, si no quiere, en última instancia, ser otro resorte más gracias al cual la humanidad camina lentamente pero sin pausa a la destrucción.

Pues esta es la lucha sin descanso de la obra de Sábato o de la que realizara José Donoso en Chile: dejar hablar libremente, sin temor, al horror. A la espantada voz de sus congéneres atrapados en el semillero de caos, dudas congénitas y violencia con que se construyó la historia del cono sur del continente hispanoamericano. Permitir que entre el vacío legado por la cultura occidental tras el

³¹ Murena, H.A. **El pecado original de América**. op.cit, pág., 173.

³² Nos dice Peter Sloterdijk en **Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira**. Traducción Germán Cano. Editorial Pre-textos. Valencia. Primera edición: noviembre 2003, pág., 16: El nuevo intelectual sensor no debe ya, a riesgo de resultar estéril,

asesinato de la cultura indígena y la necesidad de resurrección de ésta, desde su foso poroso en que como un obscuro pájaro de la noche se revuelve desde su tumba para atacar a sus asesinos, pueda ir forjándose una conversación extrañificada pero veraz que permita aventurar cuáles son los signos de la americanidad real, de vida auténtica que quedan en sus respectivos países, a pesar de la violencia con que el tentáculo occidental se implantara en los mismos. Y de esta manera conseguir ofertar un repertorio cabal, lúcido, a partir de su recorrido trasnochado, nocturno, de las distintas voces (unas en extinción y otras emergentes, unas asfixiadas y otras dominantes), que han venido a cruzarse, conformando un país donde, como en el caso argentino, la voracidad congénita que lo engendró y el talante orgulloso y airado de sus gobernantes, no le permite disfrutar aquella ansiada libertad de su independencia (esclavizándole a sí mismo con una actitud intensamente nihilista). Y, por tanto, mostrándose tan cercano en sus actitudes a aquella trepidante figura espiritual que visualizase Nietzsche,³³ siempre dispuesto a rebelarse y soltar su rugido ahuyentador, cuando se le quiere apresar: el león.

Porque recogiendo esta metáfora nietzscheana, que Elias Canetti utilizó como símbolo de los regímenes totalitarios y que podría vincularse sin problemas a la realidad de las oligarquías aristocráticas argentinas, sus diferentes dictaduras, en la

enclaustrarse o blindarse en la autenticidad sino tornarse epidérmicamente vigilante de los movimientos sísmicos del presente para crear espacios de inmunidad”.

³³ Hemos de recordar que en una célebre parábola, contenida en **Así habló Zaratustra**, Nietzsche describirá las tres metamorfosis que, según su parecer, ha seguido el espíritu occidental moderno, las cuales coincidirán con los diferentes estados que el hombre ha adoptado en cada uno de sus ciclos históricos. Y si la primera etapa en la que el espíritu se torna camello, una bestia de carga fijada al suelo para llevar su pesada carga, podría asimilarse en el caso de Hispanoamérica, usando una comparación acaso arriesgada, con la etapa colonial hispanoamericana, y en este caso argentina, al ser su espíritu doblegado bajo el dragón que le obliga a obedecer sus mandatos, a regirse bajo la regla del deber de la obediencia, la segunda etapa (asimilable con el estado actual de la Argentina), se correspondería con el espíritu del león, que crea las condiciones de su liberación definitiva del yugo del deber. Pues frente al “debes” del gran dragón, el león impondría su “quiero”, rebelándose contra las viejas normas que perduraban y en las que ya no puede creer, representadas por el gran dragón (religión, ética, moral, etc). Sin embargo, este león que es capaz de destruir los valores antiguos y cuya actitud correspondería a la actitud nihilista, es incapaz de crear valores nuevos al perderse en su propia libertad, atrapado en su propio rugido que no le permite crear valores nuevos que permitan sostener desde otro ángulo ético, creativo su bien ganada y luchada independencia, cuyo valor debería corresponder a la figura del niño, consciente de lo que significa el esfuerzo de esta libertad y capaz de otear con inocencia la realidad para sin despreciar el esfuerzo del león, construir una nueva síntesis espiritual que permita canalizar positivamente, vitalmente los intensos esfuerzos realizados por la figura anterior.

manera, en que como nos señalara el pensador húngaro, el león rechazaría toda transformación, “para” así poder “alcanzar a su presa” con más facilidad ya que “en su esencia y culminación desprecia las transformaciones”, pues “se basta a sí mismo; se quiere sólo a sí”, comprenderemos aún mejor el sentido del intento artístico, salto casi suicida de Sábato, Mallea, Arlt o Marechal.

Así ya lo dejaba fijado Canetti. El león, una vez alzado con el cetro del poder, y ejerciendo con sus rugidos la rabia y reivindicación de su poder absoluto, enfecido en su latido poderoso “absoluto e irresponsable”, que “no obra a favor de nada ni de nadie”, “y sólo por eso aumenta el terror que infunde”, permitiéndose aquella “grandiosa impresión de agarrar” aquello que desea y que le permite “no dejarse agarrar”,³⁴ no permitiría que los procesos necesarios que generan los cambios en la sociedad que gobierna se produzcan.

Por tanto, vendría a ser una figura emblemática, uno de los disfraces a través de los que el diablo pretendería engañar a los pueblos bajo su dominio, prometiéndoles una libertad basada en la fuerza de su pasión, sus gritos y su lucha que, en realidad, sería irreal pues estaría sustentada detrás del rugido carnívoro, bestial y temible, con los que los obligaría a buscar la libertad, asustados, por el camino equivocado. Esto es, por un lado, a través del miedo a ser devorados por él que llevaría a estos pueblos a intentar derrocar al poder por la fuerza y, por tanto, igualándose a él, cayendo en la trama tendida por el diablo, al convertirse en el segundo demonio que Sábato quisiera observar en la lucha comunista o en la de los grupos terroristas peronistas. Y, por otro lado, conduciendo a los pueblos a dejarse gobernar por la barbarie con que el león impone con sus rugidos continuos, con su figura monstruosa gracias a la que muestra cuál es el camino para llegar al poder, la constitución real de los ciudadanos que domina, obligándolos a buscar la libertad a través de un neopaganismo que implanta en la sociedad que domina la impiedad, la ley del más fuerte o, en la pasión circense, que en el caso argentino vendría representada por el cariz mítico-simbólico que cobra en esta sociedad el sano ejercicio

³⁴ Canetti, Elias. **Masa y poder**. Traducción de Horst Vogel. Alianza Editorial, S.A. Madrid. Tercera reimpresión en “El libro de Bolsillo”: 1997, págs., 202 y 203.

futbolístico. Pues el león -diablo camuflado, nuevo disfraz de Yahvé- sabe cuál es el punto sensible de los pueblos gobernados bajo sus garras. Conoce que el miedo que su figura engendra y el deseo de ocupar el trono de su poder, lleva a los hombres a un ejercicio desatado de la palabra y las pasiones que devienen en ejercicio inane en el sentido en que permiten espolear aún más su porte de egregio animal que ruge contento cuando observa a su pueblo consumirse en gritos estériles que no permiten que nada cambie y que le permiten acrecentar su poder, ayudan a consodilar el estado tiránico establecido aparentemente a perpetuidad.

Y, si como Nietzsche quisiera señalar, la conciencia plena de su libertad no llegaría a los hombres gobernados, regidos bajo el estigma o la figura del león hasta que no alcanzaran la conciencia y mutabilidad de esta libertad concertada en la figura del niño, no serían sino los artistas de la Argentina, aquellos seres que buceando en la conciencia y las heridas de su país pudieran extraer una luz del rugir airado de las bestias, pudieran conceder un sentido ético a la tremenda fuerza desatada de pasión sin freno del león.

Y es en este sentido en el que Sábato ha querido afrontar toda su obra, mostrando a cada uno de los hombres de su país, del mundo, el cónclave ético, existencial a través del cual mirar la verdad espiritual de la libertad, comprendiendo el justo precio que hay que pagar por ella. Que en el momento en que la misma se pervierte, se realiza una ofensa contra los hombres y la divinidad que pudiera engendrarlos, y que como aquel artista ruso, Andrei Tarkovski quisiera dejar expresado en su testamento fílmico, **Sacrificio**, cuando el hombre olvida que tiene un nombre y un destino y se piensa como señor del mundo, Fausto imparable sin responsabilidades para los demás, es porque el fin está cerca. O, al menos, es tarea del arte hacer un ejercicio de memoria para esta posibilidad no caiga en el olvido, como señalará Murena: “Los hombres deberían recordar esta probabilidad a fin de que su sentir y su pensar acerca de la creación estén a la altura de lo que como criaturas les ha sido dado”.³⁵

Probabilidad que será, aun a pesar de sus errores, el fundamento de toda la obra de Sábato, unida a los destinos inciertos de su patria y a su loable intento por encontrar los arpeggios de ternura suficiente para conceder un gesto de amor a los hijos de Caín, perdonar su falta sin negarla y atisbar un alejado futuro para sus vidas. Por convencer al ser humano de su patria que, exactamente, continuar lamentando la caída del ser humano, llorando el exilio, es un ejercicio estéril que únicamente puede conducir a negar las inmensas posibilidades que se esconden en la vida de cada uno de nuestros días. Por conseguir invertir las palabras que aquel escéptico y apocalíptico Endorsain dibujado por Arlt afirmase desesperado: “lo más terrible es que para nosotros ha pasado ya el tiempo de adquirir una creencia, una fe”,³⁶ y para, a pesar de las terribles circunstancias que pueblan su vida, hacerle comprender como a Martín en **Sobre héroes y tumbas**, que es el camino de la vida el único que podría cambiar estas mismas circunstancias, haciéndole volver a restituir la fe perdida en la existencia.

Pues si algo tiene absolutamente claro Sábato –y más aún debido a que él también sintió esa tentación de suicidio que, más tarde, asaltaría a Martín– es que profundizar en los visos apocalípticos de aquella mirada que solicitaba Murena no significa sino comprender que, más allá de aquella condena errante de la que su pueblo participara, la lucha verdadera no es sino contra las palabras, los símbolos, las doctrinas de las distintas religiones.³⁷ En definitiva, contra los hombres que, sedientos por poseer el nombre secreto de Dios, no han permitido entender con claridad que “Dios” –esa divinidad real que hubieran intentado suplantar los distintos monoteísmos y fascismos europeos– “es absolutamente libre”. Y en la medida en que el hombre es su hijo, ha de “contemplarse como ser sobrenatural y ha de cumplir el

³⁵ Murena, H.A. **El pecado original de América**. op.cit, págs., 173 y 174.

³⁶ Arlt, Roberto. **Los siete locos**. Ediciones Losada.S.A. Buenos Aires. 2001, pág., 74.

³⁷ Nos dice Sábato testificando el miedo del hombre a buscarse y encontrarse a sí mismo en este mundo, a encontrar a la divinidad, lo “abierto” que es según Heidegger aquello que, en realidad, nos determina y permite que el viaje de la raza humana, a pesar de todo, todavía no se haya detenido, continúe hacia un rumbo más o menos exacto: “Nos refugiamos en los Sistemas, en las Iglesias, en los Partidos, en las Ortodoxias, como chicos en las faldas de la madre. Son, en suma, manifestaciones de la cobardía.

sobrenatural destino que en su alma lleva misteriosamente inscripto”.³⁸ Y comprender que todo individuo, todo país que se rebele ante este hecho, está condenado a la perdición. A perderse en el rugido fiero, poderoso y mortal del león que no le permite tomar conciencia ni de la fragilidad ni de la hermosura y la belleza del mundo que le rodea, cegado como está por su necesidad de mostrar su fuerza, su poder juvenil al mundo.

Ya la Biblia nos ilustra con claridad esta posibilidad con dos ejemplos que brillan indistintamente ubicados en el tiempo pero que vienen ineludiblemente a confundirse. Daniel ha de salvar a los leones, ofrecer su mano al pueblo o al enemigo si quiere encontrar un sentido a su vida y Sansón que no tiene otro remedio que derrotarlos, matarlos, mostrándose tan fiero como ellos tendrá más tarde que –una vez que se le ha cortado la cabellera que lo identifica con el animal muerto– pasar por un proceso de redención, expiación y sacrificio para poder aspirar a un lugar sagrado en el libro de los héroes justos de su pueblo. Y asimismo, está ya trazado en los perdidos confines de la mitología greco-romana. Hércules, el futuro Cristo, el Prometeo–Caín redimido no tiene otra opción que vencer a las fuerzas animales que le sujetan a este mundo y que son tanto las suyas como las de los otros, si quiere que el espíritu de su pueblo, del hombre, trascienda mucho más allá de su encadenamiento terrenal.

Verdaderamente, el águila que en la heráldica recibe un valor simbólico muy similar al león, no debería estar muy lejana en su morfología de aquellos buitres que devorarán el cuerpo de Prometeo una y otra vez por haberse atrevido a desafiar una prohibición que apartaba a su pueblo y al hombre de la luz, del conocimiento. Siglos más tarde, Cristo o San Sebastián deberán aceptar gustosamente las flechas, las picaduras de los clavos que los hombres como leones rabiosos arrojan hacia ellos para encontrar la paz. Para Sábato, Murena o Estrada, el fin del tiempo de los mártires debería acercarse de una vez. Y el país argentino debería tomar conciencia

El hombre libre, el herético, el solitario, tiene que estar poseído de un valor casi demencial”. Sábato, Ernesto, **Heterodoxia**. op.cit, pág., 214.

³⁸ Murena, H. **El pecado original de América**. op.cit, pág., 174.

de que la fuerza descontrolada que lleva a Caín a matar a su hermano es la misma que empuja a Judas y al conquistador hispano por unos doblones de oro a traicionar a Cristo. Es la del león. Un ser que se consume en sí mismo, su propia ira y que se enajena. Y en la medida en que su país continúe respondiendo a este signo nunca será el país de todos sino el de nadie. Será el país ajeno. Donde nada pertenece, en verdad, a nadie y Goliath se impone a David.

II.6. EL BAUTISMO DEL OLVIDO.

Ella salió y le dijo a su madre: ¿Qué pediré?
Y ella contestó: La cabeza de Juan el Bautista.
Marcos 6,24.

Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.
Lleváronse tus hadas
el lino de tus sueños.
Está la fuente muda,
y está marchito el huerto.
Hoy sólo quedan lágrimas
para llorar.
Antonio Machado

En medio de las tensiones generadas en su país debido a la proscripción y la búsqueda de los miembros del partido comunista, anarquista o la ilegalización del partido radical¹ por parte de las distintas dictaduras que se suceden en la Argentina, Sábato llega a París en 1934 forjando los apuntes de una primera obra, **La fuente muda**² (que permanecerá inacabada y jamás será reconocida por el autor aun y a

¹ Lo que ayudará a dotar a este partido de un carácter y connotaciones libertarias que, en principio, como pudimos observar, no poseía.

² Si bien, podríamos comenzar este estudio por **El túnel**, bien es cierto que en **La fuente muda**, Sábato ofrece a sus lectores no sólo las primeras claves que permiten reinterpretar bajo sus páginas la historia singular del emigrante argentino que recorre el país desde principios del siglo XX, sino que permite, una vez que este personaje está bien definido y codificado, comprender que **El túnel**, y la singularidad del proyecto que lo origina, viene conformado por una evolución interna no únicamente del escritor sino del país en que se forja su obra y, sin el cual, la misma estaría dotada por rasgos muy diversos.

En efecto, a la hora de preguntarnos de dónde procede la atormentada voz de Juan Pablo Castel pugnando por ser comprendido por alguien y aferrado a la imagen de la maternidad como último atisbo que pueda concederle un rincón de cordura en su desolado mundo, no está de más estudiar con la pausa mínima pero suficiente una obra como **La fuente muda**, en la que se atisban ya los obsesionantes temas que circundan la mayoría de la obra de Sábato. Donde podemos vislumbrar el aliento desgarrado que origina la naturaleza cainita de la sociedad argentina, su lacerante situación que conduce a tantos ciudadanos a sumergirse en el anonimato incoloro de los sistemas políticos totalitarios o en la soledad más exigente, intentando enfrentar el afilado cuchillo de la nada que todos los días pende por sus gargantas.

Pues si acaso **El túnel** como primer componente de la trilogía de la redención que Sábato nos quisiera legar podía forjar un debate que **Sobre héroes y tumbas** y **Abaddón el exterminador** se encargarían de aclarar, sobre el incierto origen de las sombras fantasmales que, como en un

pesar de su posterior publicación en la revista “Sur” y en su apéndice a su **Obra completa. Narrativa**)³ intentando ofrecer un testimonio sobre esta realidad.

Y aunque esta obra (retazo autobiográfico que busca transitar las costas del recuerdo y abolir el desierto sin agua, reino del olvido en el que se construyó su patria) parece centrarse, en primera instancia, en denunciar la realidad pesadillesca en que devino aquel sueño utópico y fraternal bajo el que se anunciaba el comunismo, en realidad es un retrato de la íntima tragedia vivida por aquellos emigrantes que llegaron a Argentina dejándolo todo en sus países de origen, del polvo y las doloridas semillas que van a componer su país y las consecuencias del fracaso de los postulados cristianos en Occidente. O lo que es lo mismo, es su primer asalto y confrontación con Caín, su primer personaje tipologizado y posteriormente evolucionado en su obra. Es el primer ensayo realizado de Sábato de gnosticizar la historia de su país, intentar reconocer dónde se encuentra el pecado original cometido en su patria y, desde ese lugar, intentar que Caín abandone las armas y comprenda que la única posibilidad de redimirse es gracias al sacrificio, como lo enseñara Cristo y prefigura la marca que Caín lleva grabada sobre su frente.

Pues, en efecto, el camino realizado por la narrativa de Sábato se encuentra condensado en el recorrido temporal y la transformación interior que permiten que Caín arroje el puñal lejos de sí al contemplar a Abel, deje de lamentarse y acepte su

teatro de marionetas, se desplazasen por los raíles de ese escenario apagado que retrata Sábato en su primera novela, permitiendo hacer confluír el mismo con el retratado por Ionesco, Sartre o Celine, **La fuente muda** no deja lugar a dudas desde el principio: el errático y errabundo Caín perdido que recorre las obras de Sábato nace de las circunstancias concretas que propiciaron que el país argentino pudiera construirse como una solitaria torre de hombres blancos apartados tanto de la raíz americana como de la europea, aun por más intentos que se hicieran por reconstruir las características y situaciones del viejo Continente en el país americano y, precisamente, por la frustración escondida que este intento extemporáneo refleja.

³ Para realizar la crítica de **La fuente muda**, hemos de decir que seguimos la antigua edición publicada en la revista “Sur” (nº 157, noviembre 1947), debido a que la edición que aparece en la **Obras completa. Narrativa** de Sábato, si bien aporta variantes a esta novela inacabada que, aun así, no son significativas del todo, no transcribe la segunda parte de la obra –la de la infancia de Carlos– sin la cual sería imposible acercarse con un mínimo de objetividad a este primer intento narrativo de Sábato. Hemos de recordar, a su vez, que en su edición dentro de la **Obra Completa. Narrativa** este relato pasa a llamarse **La muerte en el barro** y en él se nos transcriben los momentos anteriores al asesinato cometido por Carlos y sus compañeros del partido comunista.

caída, su exilio, como consecuencia de un plan último de la divinidad, que encuentra su sentido total en el gesto de Cristo viviendo su condena como una prueba de resistencia y amor a la vida, a los otros seres humanos. Así, por ejemplo, lo advertirían ese autor no muy lejano de la sensibilidad que domina la narrativa sabatiana, Herman Hesse,⁴ o Gilles Deleuze, encargado de advertirnos que “el signo con que está marcado Caín es el signo de la cruz”.⁵ Pues como nos refiere con perspicacia el filósofo francés, tanto Cristo como Caín están abocados a vivir su vida como una prueba y entienden su suplicio final, continuo como una consecuencia del abandono inmisericordioso que su padre realizara de ellos en su existencia terrena y que llevarían, según nos refieren los evangelios canónicos, a Cristo a gritar solo y desamparado en la cruz, unas palabras no muy lejanas de las que Caín pudiera decir tras ser expulsado de su reino: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”.

En este sentido, si bien Cristo, al ser hijo de Dios, debe descender al lugar donde se cometió la primera ofensa y matanza en nombre de un Dios único, Jerusalén, para morir en nombre de todos los hombres y de todos los Dioses cuyo culto no engendre violencia, Caín ha de habitar una tierra extranjera y anónima ya que su misión no es otra que llegar a ser quien su marca en la frente indica que

⁴ Así, por ejemplo en la obra de Herman Hesse, **Demián**, se lleva a cabo una búsqueda metafórica de la madre original, Eva, que permita acunar en su seno a los que llevan grabada en su frente el signo de Caín, y a la vez se teoriza mínimamente sobre el origen de aquella señal, rebatiendo la versión oficial que nos ha sido narrada y poniendo el acento en la excepcionalidad de Caín y sus hijos que no está muy lejos de poder ser emparentada con la de Cristo y sus posteriores acólitos. Refiere, de esta manera, Demián al protagonista de la obra: “Esta historia de Caín y de la señal impuesta sobre su frente no puede nunca satisfacernos tal y como se nos explica. (...) que su cobardía sea recompensada especialmente con una distinción que le protege e inspira miedo a todos los demás, eso es ya muy raro. (...) Aquel hombre era poderoso e infundía temor. Tenía una “señal”. Uno podía explicarse aquello como quisiera. Y “uno” quiere siempre lo que le es más cómodo y le da la razón. Se tenía miedo a los hijos de Caín, marcados con una “señal”, y se explicó aquella señal, no como lo que realmente era, como una distinción, sino como todo lo contrario. Se dijo que los hombres marcados con aquella señal eran sospechosos e inquietantes, y así sucedía, en efecto. Los hombres valerosos y de carácter han inquietado siempre a las demás gentes. Resultaba, pues, hartamente incómodo que existiese una raza de hombres sin miedo e inquietantes, y se le colgó un sobrenombre y una fábula para vengarse de ella y para justificarse un poco del miedo sufrido”. Hesse, Herman. **Demián**. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Editores Mexicanos Unidos, S.A. Quinta reimpresión. Septiembre de 1991, págs., 46 y 47.

⁵ En Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. op.cit, pág., 85.

podiera ser a través del sacrificio: Cristo.⁶ Pues el camino de Caín es volver a recordar quién puede ser y volver -gracias a su lucha, esta vez sin armas contra la injusta condena de Yahvé, sus sacerdotes y contra sí mismo- a edificar en esta nueva oportunidad que se le concede aún y a pesar de su irredento exilio, de las burlas que recibe allí donde se dirige, una ciudad en que el libertinaje y vicio de Sodoma y Gomorra se transformen en libertad responsable, amor: Jerusalén.

Desde este punto de vista y teniendo en cuenta que tanto Cristo como Caín son dos expulsados del reino del padre, del lugar preciso que ocupaban en el vientre original de la tierra antes de encarnarse en seres humanos, que son dos ángeles caídos, es necesario conceptualizar, aunque sea muy brevemente, cómo entiende la experiencia del exilio, la expulsión del paraíso original a partir de su noción de mal, el cristianismo. De esta manera, y entendiendo que la gran parte de los emigrantes argentinos que caían arrojados como Caín a Argentina eran, en su mayoría, cristianos, se comprenderá mejor el gesto trascendente, gnóstico que encuentra Sábato en la transición que pide para su pueblo, la de Caín-Cristo. Más aún cuando se evidencia que la civilización judeo -cristiana que se introdujera en América en principio se dejara cegar y mecer en las corrientes del olvido para cometer una matanza y que como señala señala Jean Guitton: “El gnosticismo” nos obliga a replantearnos constantemente “el problema constante de saber cuál es la relación

⁶ No podemos dejar de referirnos aquí -dado las constantes relaciones culpabilizadoras que el cristianismo estableció entre el judío errante y Caín- el rescate que de la figura del judío errante hará el romanticismo que entenderá que su viaje no tiene otro sentido que la noción sacrificial que lo iguala a Cristo. Así, nos señala Edgar Knecht que, tal y como lo quisiera concebir A. L. Constant en **La ciencia de los espíritus**, el judío errante, Ahasverus, sería el “Caín humanitario”, sus sufrimientos son aquellos del pueblo crucificado por los cristianos y su muerte -o su perdón- marca el fin de la era de la expiación y el comienzo de la comunidad universal de los hombres. (...) Representa la parte desheredada, víctima del orgullo y la crueldad de aquellos que no saben que la persecución ejecutada por los cristianos es la renegación de los mártires y la rehabilitación de sus verdugos. El sacrificio del judío (errante) es promesa: la renovación de la sociedad por la doctrina de la libertad llevará naturalmente al fin de los tiempos, la redención de Satán, y la conclusión de la historia, esa historia que no es sino la larga lucha del hombre por reencontrar la armonía perdida”. Knecht, Edgar. **Le mythe du juif errant. Essai de mythologie littéraire et de sociologie religieuse**. op.cit, pág., 268.

entre cristianismo y judaísmo”.⁷ Distinción fundamental si se quiere penetrar con paso firme en el interior de la obra de Sábato.⁸

Ciertamente, el significado que la cristiandad confería al exilio, su particular concepción del pecado original, es distinta de la judaica.⁹ Si atendemos a las palabras de Evelyne Pewzner, la interpretación que hacía el cristianismo del primer pecado de Adán, ponía todo su acento en destacar la culpabilidad del hombre en la introducción del mal en el mundo, como el avergonzado Adán de Milton pusiera de manifiesto: “¡Cielos! En qué angustiosa situación/ Me hallo ante mi Juez en este día;/ (...) acepto para mí toda la culpa/ “. ¹⁰

Esta culpabilidad sufrida por haber desobecido la ley de Dios, por tanto, incita al hombre a despreciarse, a sentir esta vida, en principio, como una senda de espinas por la que tiene que transitar como muestran los pies desnudos y heridos de Adán

⁷ Guitton, Jean. **Las crisis en la iglesia**. Traducción Zoraida J. Valcárcel. Emecé Editores S.A. Buenos Aires. 1984, pág., 22.

⁸ De hecho, Sábato en la dimensión y movimiento ascendente que conforma sus obras irá haciendo, mismamente, evolucionar al original Caín de sus primeras obras hasta expandirlo en diversas fuerzas centrífugas que nos proporcionarán una imagen cabal de la importancia de las fuerzas sacrificiales, inspiradas en el modelo de Cristo Y si sería un tanto más difícil entender a su Caín sin que su figura pasara por el modelo cristiano, tampoco podría comprenderse sin el influjo gnóstico que invade sus obras y termina de proporcionarles una identidad simbólico-mística, en la cual Sábato no sólo se vinculará a la redención de su patria, del hombre sino a su inmensa posibilidad creativa como metáfora real que haga concordar al hombre con su iniciático y lumínico origen como con el destino divino que pudiera encontrar en esta vida.

⁹ Señala G.Lanteri en Laura Pewzner, Evelyne. **El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente**. Traducción de Sergio J. Villa señor Bayardo. Fondo de Cultura Económica. México. Primera edición en español, 1999, pág., 31 que “si bien el pensamiento cristiano encontró en el judaísmo una cierta formulación del pecado y una interrogación permanente tocante a este último, las divergencias sobre la naturaleza del pecado forman, en lo esencial, la línea de separación entre el judaísmo y el cristianismo (...) Aunque el pecado toma sus raíces de la cultura grecorromana, por una parte, y de la tradición judía, por la otra, el pecado original constituye una formación completamente original con respecto a sus elementos fundadores. Ni el judaísmo ni las religiones helénicas comprenden esta interioridad acabada implícita en la noción cristiana de pecado”. Y Evelyne Pewzner caracterizará de esta manera la significación del pecado original concedida por el cristianismo: “la falta esencial, más importante que ninguna otra y verdaderamente incomparable, es el pecado original, del que se derivan las miserias de la condición humana, con las enfermedades, el mal y la muerte; resulta de una curiosidad maldita, se convierte en parte integrante de la humanidad, se transmite inevitablemente a aquellos que nada tienen que ver y prepara a priori una condena, excepto en el caso de la redención hecha mediante un sacrificio inimaginable, el del Hijo de Dios encarnado”. *Ibíd*, págs., 10 y 11.

salpicados por el pasto, las piedrecillas de la tierra que pisa y su gesto curvado, casi animalesco, en señal de abatimiento, con que recoge los instrumentos con que deberá luchar, trabajar por ese don, regalo que hasta entonces había sido la vida. De esta manera, Adán que en el paraíso era dador de nombres deviene en sujeto pasivo, nombrado y atacado por la naturaleza que puede dañarlo y lo atemoriza, llegando a sentirse esclavizado en su encarnación corporal que deviene en objeto al que odiar, sobre el que, como contemplase agudamente el psicoanálisis, transfiere todo su desasosiego; la gran frustración que siente al contemplar que ya no puede emigrar sobre sí mismo, no puede ser uno con las cosas y la representación de las mismas que concede el nombre como hasta entonces, pues ha perdido su talante volátil, etéreo que -gracias al soplo divino con que se lo engendrara- lo constituía. De este modo, su verdadera constitución, su alma, según el cristianismo se encuentra atrapado en un cuerpo que, como destaca Evelyne Pewzner, viene a ser considerado como “a un enemigo, pues se opone al acceso a la pura espiritualidad, es el lugar de la impureza y del pecado”.¹¹ Es decir, es la manifestación más evidente de este pecado original, de su falta y el destierro eterno al que está condenado. Y a diferencia del gnóstico que se considera encerrado en el cuerpo, tal vez injustamente, que se considera prisionero por algún extraño motivo y causa que busca conocer gracias al recuerdo, el cristianismo pone el acento en la culpabilidad del propio hombre y en el pecado cometido anteriormente por él. Aspecto este que, en la línea de Murena y Sábado, según Octavio Paz, se agrandará aún más en el espacio americano, hasta límites insospechados: “Estamos solos. La soledad, fondo de donde brota la angustia, empezó el día en que nos desprendimos del ámbito materno y caímos en un mundo extraño y hostil. Hemos caído; y esta caída, este sabernos caídos, nos vuelve culpables. ¿De qué? De un delito sin nombre: el haber nacido”.¹²

De esta manera, desde el punto de vista cristiano, por tanto, la vida real no deja de ser un trasunto del exilio, siendo consecuencia misma e inevitable de la caída

¹⁰ Milton, John. **El paraíso perdido**. Traducción de Esteban Pujals. Ediciones Cátedra. Madrid. Quinta edición. 2003, pág., 405.

¹¹ Pewzner, Evelyne. **El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente**. op.cit, pág., 249.

¹² Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad**. op.cit, pág., 88.

y del mal inscrito en el hombre por haber mordido el fruto prohibido, desobedecido la ley divina. Es justo castigo merecido por aquel acto que realizara contra Dios y toda la humanidad y que Caín, precisamente, ayudará a ahondar.

Porque, frente a Adán, Caín se niega a despreciar su cuerpo. Al contrario, se consume en él. Caín es el gran voluptuoso, el que no niega su cuerpo, no lo esconde ni se avergüenza de él, pues ha encontrado gracias a la agricultura un medio de estar en contacto con el origen perdido (su madre Eva) y burlar la presencia del ojo siempre vigilante de Dios. Por ello, Caín es el hombre genital, quien descubre a la humanidad la sexualidad y además le enseña la manera en que valerse de ella para disfrutar, para gozar y burlar así esa injusta ley divina que obliga inconscientemente a transitar la existencia como si la misma fuera un valle de lágrimas.

Y cuando Yahvé lo vuelve a condenar, el cristianismo entiende, inconscientemente, que es expulsado de su particular paraíso no sólo por el crimen cometido sino por el rastro de sangre dejado en el mismo a través del que se deducen un aspecto esencial de su pecado, que el clero hábilmente olvida referir: su crimen es una falta sexual en cuanto que la sangre no pertenece únicamente a Abel sino también a la virginidad de la madre tierra fecundada innumerables veces por Caín hasta llamar la atención de Yahvé que lo castiga. Por ello, el cristianismo entiende que Sodoma y Gomorra son demolidas ante todo por la ostentación sexual, el vicio que habitaba en ellas, por el pecado de la lujuria que no permite tomar conciencia de la caída condición del hombre, su verdadera desgracia, y porque entre el tumulto que habitaba en sus calles no se escuchaba la voz de ningún hombre lamentándose del pecado, de la falta de Adán. No. Al contrario. Sólo se oía un jadeo furioso, incontrolable e incontrolado de placer.

Y por esta razón, el cristianismo –que es una cultura basada en la eminente verdad del texto escrito, sagrado y no admite sospecha alguna sobre la mano que fijó ese texto- hace hincapié constantemente en la necesidad de que antes del previo contacto con una mujer o un hombre, la unión ha de ser bendecida por un sacerdote en nombre de Dios. Porque se entiende desde la caída de Adán y más aún desde el

gesto desafiante de Caín que el sexo, el cuerpo, es templo de traición, lugar donde está depositada la falta y que aquel que lo ejerza libremente ha de ser castigado transmitiendo miméticamente su falta y condena a la comunidad en donde se inscribe. Y, por ello, siendo el cuerpo y el sexo implantado en él la representación más exacta de la caída, el dato más constatable, el cristianismo intentará negarlo para prestar, ante todo, atención en el lado espiritual, anímico del hombre. Radicando ahí una gran parte de las razones esgrimidas para explicar cómo el dogma de la moral cristiana y católica llegó a realizar una síntesis que consideró, en muchos casos, definitiva, propia y que, como de todos es sabido, no deja de ser una refundición, una explicación canónica del recurrente “tema neoplatónico del alma exiliada en un cuerpo originariamente malo” que “conducir(á)”, como explica Pewzner “a un concepto antropológico francamente dualista” de la existencia “que sitúa al mal y al pecado del lado de la carne y de la sexualidad, y para el cual el alma, de naturaleza divina, es la única asociada con el bien”.¹³

Desde este punto de vista, y como una consecuencia lógica de la lectura cronológica que el cristianismo realiza de los hechos narrados en la Biblia la llegada de Cristo, es tan importante para su pueblo, ante todo por un motivo: concede sentido a la vida considerada como exilio al marcar un camino, una vía de redención, de posible vuelta al paraíso más allá de la muerte. Enseña que la vida no se acaba con su muerte, que “la verdadera vida comienza después de la muerte, en un más-allá donde el alma reencuentra su naturaleza divina, donde la fusión con la divinidad se vuelve posible”.¹⁴ Es decir, esconde el arma cainita, se atreve a bajar a esta tierra y enfrentarse a un castigo que haría enmudecer a Caín y pide a gritos en nombre de la libertad de los hombres ser sacrificado, morir, para poner de manifiesto cuál es la terrible divinidad que gobierna el mundo de los hombres cegados sin tener que nombrarla ni siquiera enfrentarla.

¹³ Pewzner, Evelyne. **El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente.** op.cit, págs., 340 y 341.

¹⁴ *Ibíd*, pág., 336.

Cristo muestra el camino. Y lo indica sufriendo,¹⁵ muriendo por los seres humanos, prometiendo que este desamparo y sufrimiento que sienten por su caída, al estar encerrados en su cuerpo desaparecerá en la otra vida que comienza con la muerte. Pero para ello deben primero ganarse el reino de los cielos en esta vida. Y, si bien este mensaje dicho por un hebreo en la antigua Jerusalén dominada por el ejército romano pretende la comunión definitiva entre los hermanos de distintas razas, intenta conseguir que ese cielo deseado ya se halle en la tierra, la cristiandad olvidará conscientemente o inconscientemente la parte festiva, dignamente jocosa, alegre del mensaje, hará hincapié, ante todo, en el “debes”, en el pulcro sentido de la “virtus”, y ahondará más en la necesidad de la castidad, en la obediencia estricta al texto bíblico y la negación del cuerpo, entendido como pozo y puerta de los infiernos. En definitiva, continuará cegada para leer el mensaje sin dobleces de Cristo y viviendo esta vida como un exilio.

Y es aquí, en esta cegada mirada del cristianismo, del catolicismo al mensaje de Cristo, a la naturaleza humana, desde donde comienza a forjarse lo que, más tarde, será el genocidio cometido contra el mundo indígena, aborígen, en Argentina, en América, para Sábato. Porque en esa irremediable, esa diabólica división, fragmentación a la que queda condenado el ser humano escondida en el límite infranqueable que separa cuerpo y alma, como ha enseñado la cábala, la gnosis, y Sábato sostiene, se produce la segregación definitiva entre el Árbol del conocimiento y el árbol de la vida, que llevará al hombre occidental a sumergirse en la ciencia exacta y a separar el conocimiento abstracto de la realidad de su raíz pura, vital más esencial: el amor.¹⁶ A sumergirse en un territorio diabólico donde, precisamente,

¹⁵ Nos indica Pewzner: “fueron necesarios el sufrimiento y la muerte de un Dios que se sacrificó por la redención de la humanidad entera para que el pecado pudiera seguirle la gracia”. *Ibíd*, pág., 336.

¹⁶ Sobre este salto producido por el hombre desde su constitución cristiana hasta su apego a la ciencia, nos dice Gianni Vattimo que “no es fácil, aunque es posible siguiendo vías abiertas precisamente por Weber, mostrar en qué medida el mensaje cristiano ha contribuido a promover el desarrollo de la ciencia moderna, de donde proviene, como conclusión, el final de la metafísica de la presencia. Weberianamente se puede remitir con facilidad a la importancia del monoteísmo para el desarrollo de una visión científica del mundo, pero también a ideas como la de la tarea, que, según la Escritura, Dios ha confiado al hombre, de dominar la tierra. Es más fácil, por el contrario, mostrar que la conclusión del proceso –la disolución de la metafísica de la presencia y la reducción del objeto en poder del sujeto–,

llegará intentando huir del mal que aparece su propia existencia producto de la falta cometida contra la ley de Dios y por el supuesto engaño del diablo, y en el que se recluirá buscando robar el fuego que ya robara Prometeo a los dioses hasta convertirse en un ser cegado por la intensa luz única que desprende el conocimiento.

Esto es, comenzará a recluirse en un monólogo oclusivo consigo mismo, fuente de todo olvido y de la consabida neurosis que arrastrará a los países occidentales, incapacitados de concebir, de un gesto creativo, vital, a desangrarse mutuamente en distintas guerras durante siglos.¹⁷ Pues optando por el “logos” frente al “mitos”, en realidad, estaba olvidando lo incierto de su origen, configurando un ciudadano con un yo escindido, castrado y aniquilado, imposibilitado para forjar un gesto humano, vital con el que imponerse sobre sí mismo y las circunstancias. Estaba construyendo la teleología de la desesperación, que diría Kierkegaard.¹⁸

significa en general la liberación del campo para el reconocimiento del carácter de anuncio e interpretación que es constitutivo de toda verdad, también de la verdad de las ciencias duras, experimentales”. (...) La ontología hermenéutica (...) y el final de la metafísica de la presencia como resultado de la ciencia-técnica moderna son consecuencias de la acción del mensaje cristiano en la historia de la civilización occidental; son interpretaciones secularizadoras de este mensaje, pero en el sentido positivo-constructivo del término”. En Vattimo, Gianni. **Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso**. Traducción de Carmen Revilla. Editorial Paidós.S.A. Primera edición. Buenos Aires. 2004, págs., 84 y 85.

¹⁷ Proceso que lo llevará, por ejemplo, a aquel sanatorio mental donde Hans Capstor se recluyera para no salir jamás en **La montaña mágica**, donde asistirá agotado a la decadencia del sueño occidental y el comienzo de la confrontación mundial. No creo que sea necesario volver a insistir en la relación entre la escisión entre cuerpo y alma que irá poco a poco ensoñeciendo al nostálgico, aún inocente Capstor en aquel sanatorio y el conflicto bélico, airado que se gesta durante sus años en él. Acaso esta tarea ya la realizase por nosotros Settembrini, decretando sin piedad hasta dónde había llegado el hombre occidental en su necesidad de luchar contra su propia caída, negarla: “Hay un poder, un principio hacia el cual va mi más alta aprobación, mi homenaje supremo y último y mi amor, y esta potencia, este principio, es el espíritu. Por repugnancia que experimente al ver que se opone al cuerpo no sé qué especie de tejido, qué fantasma de luz de luna al cual se llama “alma”, considero que en esa antítesis entre el espíritu y el cuerpo, el cuerpo significa el principio malo y diabólico, pues el cuerpo es naturaleza, y la naturaleza, opuesta como usted lo hace al espíritu de la razón, es mala; mística y mala”. Mann, Thomas. **La montaña mágica. Volumen I**. Traducción de Mario Verdaguer. Círculo de Lectores, S.A. julio 1969. pág., 364.

¹⁸ Así, Kierkegaard, quien siempre observó con claridad el lindero vacío que entre la ley y los hombres había dejado Dios y que el logos no podía cubrir como tampoco una fe que estuviera basada en razón u explicación alguna, no dudó en decretar que la llama abierta por la modernidad no podía más que ahondar más el abismo que separaba al hombre de sí mismo, de su propio yo y, por tanto, como dijera Martin Buber, del tú de su hermano, del tú de Dios: “El hombre es una síntesis de infinito y finito, de temporal y eterno, de libertad y necesidad, en resumen, una síntesis. Una síntesis es la relación de dos términos. Desde este punto de vista el yo todavía

Observando estas razones, por tanto, no resulta extraño que aquel oriundo de la cartesiana ciudad de Poitiers -allí donde fue juzgada Juana de Arco y el país galo comenzara a vencer la batalla frente a la amenaza musulmana- Michel Foucault, siglos después de que Descartes hubiera desarrollado aquella famosa, cruenta metáfora sobre el conocimiento que erigiera al árbol de la Ciencia como Universal,¹⁹ dictara un diagnóstico unánime en **Las palabras y las cosas**, señalando que el hombre, lo humano, estaba erradicado del aparato científico. Es decir, que la ciencia era otro refugio a través del que el ser humano intentaba negar su caída, arrastrándole al olvido y desvinculándole de su necesidad de conocer, penetrar su origen, ya que, para la misma el hombre jamás ha existido, como muestran las precisas palabras de Foucault denunciando este hecho: “el hombre es el ser sin origen”, aquel “que no tiene patria ni fecha, aquel cuyo nacimiento jamás es accesible porque nunca ha tenido lugar”.²⁰

Y es de esta manera como ha de entenderse que la partida de millares de ciudadanos occidentales a América no alarmase a nadie, que cuando miles de hijos de Occidente comenzaron a vivir la suerte del exilio, los mismos al no tener origen al que referirse, haber perdido el espacio en que habitaban y sin una capacidad de sostener simbólicamente en torno a unos referentes vitales claramente prefijados por su cultura, no sólo perdieran su nombre sino que, en realidad, perdieran la vida. Pues al no ser ya medibles ni cuantificables para los estados occidentales de los que huían, en realidad su no presencia decretaba su muerte absoluta, total. Como su existencia anterior en el antiguo continente no dejaba de ser, desde este punto de vista, una anomalía del sistema explicable en cuanto todo ser vivo tiene la posibilidad de vivir largos años, desplazarse por el mundo, servirse de este y reproducirse hasta, finalmente, morir o caer derrotado, como explicaba el darwinismo, por las circunstancias del sistema en que se encontraba o la presencia de otro ser más

no existe”, en Kierkegaard, Sören, **Tratado de la desesperación**. Traducción de Juan Enrique Holstein. Edicomunicación, S.A. Barcelona. 1994. pág., 23.

¹⁹ Árbol, para Descartes, cuyo tronco sería la física, donde cada una de las ramas se corresponderían con las ciencias particulares y cuyas raíces vendrían a equivaler a la metafísica.

poderoso a él que lo obliga a huir a otro lugar bajo el signo del extravío. Un signo este en el que se condensa el temible destino del exilio cristiano, la pena a purgar por la falta cometida en el paraíso o por Caín y que, según Blanchot, al negar incluso la tragedia del individuo, su partida y su pena es “un andar que no abre ningún camino y no responde a ninguna abertura”, que camina “sin camino” y “desarraiga el paisaje, devasta el desierto, abisma al lugar”,²¹ al que se llega.

Noción del exilio cristiana que ha de quedar diferenciada de la hebrea en cuanto para el pueblo judío, como nos indica Shmuel Trigano: “la historia de Caín y Abel, como toda la aventura del jardín del Edén (...) no se han producido jamás en la historia, es decir, en el universo de la acción y de la consciencia del hombre. Ellos pertenecen al tiempo de la creación y no al tiempo de la criatura”. Lo que, en gran parte, explica la “comprensión resueltamente optimista del judaísmo trabajada para la esperanza”,²² una vez que no es necesario borrar ninguna falta sino aprender de una historia ejemplar nunca jamás ocurrida. Desde este punto de vista, como la historia de Caín y Adán pone de manifiesto, el exilio sólo puede llegar a los hombres si éstos se rebelan contra la ley del Elohim –el nombre utilizado para nombrar a Yahvé cuando éste profiere sus juicios-. Y, por tanto, como indica Blanchot el exilio llega al pueblo judío como pena de olvido, como “el castigo ligado a la ruptura de un contrato en el que el recuerdo de la alianza y el rechazo de toda forma de idolatría garantizan precisamente la elección”.²³ Lo que permite que, por ejemplo, Abraham, como resaltara Sören Kierkegaard, sea el primer héroe de su pueblo, su primer gran patriarca, en cuanto su amor a Dios es tan ciego, su obediencia a su ley y palabras es tanta que es capaz incluso de llegar a sacrificar a su hijo Isaac por su amor a Él, en un acto que no deja de ser paradójico. Debido a que si recordamos que el pueblo judío no admitía el sacrificio humano, Abraham se encontraría con un problema esencial: transgredir la ley –aún, en aquel tiempo, no escrita– de su pueblo o la voz del Dios

²⁰ Foucault, Michel **Las palabras y las cosas**. Traducción de Elsa Cecilia Frost. Siglo veintiuno editores Argentina. Primera reimpresión. 2002, pág., 322.

²¹ Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. op.cit, pág., 62.

²² En el artículo de Shmuel Trigano, *Caïn et Abel*, en **Caïn**. op.cit, págs., 83 y 85.

²³ Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. op.cit, pág., 336.

que la impondrá y que le pide desacatarla en su nombre. Se encontraría ante un dilema sin solución que él resolverá eligiendo la palabra al texto escrito y, por tanto, certificando el triunfo del “mitos” sobre el “logos”, de la fe en el destino sobre lo que la razón dicta hacer. Certificando, por tanto, que la existencia del hombre es palabra fundadora de Dios en movimiento, es verso, como el movimiento circular de llamado pueblo elegido, hebreo, sin un ancla en la que detenerse en el mundo atestigua. Como más tarde Cristo, quien fundamentó sus legados en la palabra oral y no dejó texto escrito de su mano ratificará: la cultura, el hombre ha de ser palabra divina haciéndose en presente continuo. Y no ha de permitir que, a pesar de tener que atravesar las prosaicas condiciones que supone su trasvase en el mundo material, su vida sea condicionada, enajenada por los textos escritos que, como él mismo puso de manifiesto, con su repulsa a la actitud farisaica de tantos sacerdotes que encontrara en su camino, podían ser vilmente manipulados por los hombres.

De esta manera, y retomando ahora la noción cristiana de la vida como exilio, se ha de observar mejor, distinguir con claridad el valiente, generoso intento de Sábato por rescatar del olvido a esos troncos perdidos, pedazos caídos sin alma que eran los millares de emigrantes que componían su patria. Pues ya no sólo es que estos hombres vivieran la tragedia de separarse de sus patrias de origen sino que la misma se agrandaba más en cuanto eran proscritos vagabundos de la ley judeo-cristiana que, en realidad, no existían, no importaba eliminar en la medida en que representaban simbólicamente la semilla maldita de este mundo. Sí. Pues la salida de estos emigrantes de la patria para los ciudadanos que se quedaban en la misma, acostumbrados a vivir su soliloquio racional habitual, no había de sugerirles nada malo del mundo occidental en el que residían sino, más bien, resaltar la culpabilidad de aquellos hombres que huían de Occidente incapaces de soportar el peso de esta vida, sostenerse con dignidad -como lo quisiera el cristianismo- entre la falta, culpa y precio a pagar por el pecado original inicial. Por tanto, desde este punto de vista, su huida sólo podía deberse a un delito, a su incapacidad, imposibilidad para seguir como Adán o Caín, los dictados de la ley judeo-cristiana. A esto hay que añadir que, además, estos emigrantes, llevando consigo la mácula del pecado, la sospecha del crimen, serían recibidos como ingratos habitantes en la nueva tierra, donde volverían

a repetir, incrementar y vivenciar con mayor furor, como con tanta ironía y lucidez muestra la **América** de Kafka,²⁴ su culpabilidad. Porque, además, y como se ha encargado de mostrar Berdiaev, esa “disociación eterna del mundo caído y culpable” producida en el seno del cristianismo y a través de la que concibe la existencia, en realidad, sería, para el ensayista ruso, la generadora de “la reunión artificial en el seno de la especie”, de cualquier sociedad como la argentina, construida amplificadamente en torno a estas nociones. Daría testimonio de la “disociación humana”, y, a la vez, propiciaría que “la naturaleza propia del hombre” se encontrara “esclavizada y sofocada”, allá donde estuviera,²⁵ terminando por abatir, apalear el ya desangrado espíritu del emigrante judeo-cristiano, cainita, que llegase a Argentina durante el siglo XX, y que será protagonista esencial de la obra de Sábato y, en este caso, de **La fuente muda**.

Un emigrante, necesitado de amparo y que no dudará en intentar refugiarse en torno a las calles de Santa María de Buenos Aires, acaso esperando que esta ciudad y el nombre mariano que invoca (al sugerir la posibilidad de una hipotética existencia sin culpa y la posibilidad de ser acunados en su regazo pues, según el cristianismo, la madre de Cristo no hubo de ser fecundada para engendrar al hijo que acompañara hasta la cruz, en la peor de las situaciones) pudiera borrar la intensa culpabilidad, la tristeza vivida por verse abocado a estas circunstancias. Pero, ante todo, necesitado de olvidar. Lo cual ha de ser más que lógico si entendemos la situación en la que se encontraba y que le obligaba, quisiera o no y como acto reflejo de supervivencia, a olvidarse de su origen, de sí mismo, del presente, de todo: vivir en el mundo como un

²⁴ Obra esta de Kafka que, de entre todas las que el escritor checo realizase, es su homenaje secreto a Caín más desatado e íntimo. Recordemos que el protagonista de esta obra es un joven expulsado de su país por un celoso padre que no admite sus romances con una joven adolescente, remitiéndole a América bajo el amparo de un remoto tío cuyo oficio son las leyes. Efectivamente, el perdido protagonista de la novela de Kafka sería igualmente expulsado de la casa del tío por haber infringido las reglas, las leyes absurdas, onerosas, bajo las que ha impuesto la convivencia en su hogar y caminará como un vagabundo, como un pobre hombre sin rumbo a partir de entonces por los caminos sin fin del nuevo continente que, efectivamente, no le conducen a ninguna parte sino a constantes humillaciones y experiencias frustrantes.

²⁵ Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación**. Traducción de Ramón Alcalde. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires. Argentina. Primera edición, marzo de 1978, pág., 235.

hombre sin pasado ni futuro y en trance de enloquecer al ver como su rostro y su nombre podían cambiar, mudar, en cada instante del presente.

Es por ello que la noción de olvido es tan importante en la obra Sabatiana y la de tantos escritores argentinos y que a través de ella podemos extraer una mirada del país como reino del olvido.²⁶ Porque entendiendo la suerte del emigrante europeo

²⁶ Refiriéndonos al olvido es inexcusable hacer referencia a la obra de José Bianco que, como pocas, ha intentado escarbar en los pasadizos de la memoria perdida, el tiempo perdido, aquel que se quedó para él y muchos de sus compatriotas en el otro lado de la orilla, Occidente, cuando sus padres, abuelos o ellos mismos se vieron abocados, tantas veces contra su voluntad, a vivir la experiencia americana. De esta manera, es necesario hacer referencia a su sabia, precisa construcción de aquel Caín amnésico, Julio, que protagonizara **Las ratas**, necesitado de olvidar su condena y fabricarse un nuevo nacimiento, un nuevo rostro y madre en América para no recordar, vivir implícitamente con la conciencia del destierro. O, por citar otros aspectos que nos remitan a la necesidad de olvidar su destierro de sus personajes, recordaremos los conciertos de piano, violín, en suma, su relación con el arte, los modos y modales europeos a través de los que intentan construir un reino olvidado del lugar donde se encuentran y su real indefensión ante el hecho de sólo poder habitar la antigua tierra (Occidente, Eva) a través de un recuerdo que se cierne sobre ellos fantasmagóricamente, como, en este caso, pone de manifiesto **Sombras suele vestir**.

Aunque, sin duda, pocas obras entre las de Bianco como **La pérdida del reino**, nos remiten a las características que, como continuaremos observando, ayudarán a pensar el país argentino como región inescrutable del olvido. Es, por ello, que aunque sea brevemente parece necesario revisitarla para entender, además, el punto de vista sobre el destierro cainita que ofrece Bianco.

Justamente, desde el comienzo se nos presenta con claridad la cuestión y cómo el protagonista del relato, en realidad, buscará a través de la serie de uniones carnales a las se entrega, en la juventud de la nueva tierra americana a la que no dudará metafóricamente en penetrar fálidamente las veces que haga falta, suplir inconscientemente la única unión que ha deseado siempre: Eva. A la vez, asistiremos a cómo Rufino, Caín deseoso de volver al territorio que lo vio gozar y necesitado de amparo en el nuevo territorio, se abrazará a las figuras cristianas con el fin de recibir el gran premio esperado, el perdón mayor de Yahvé que, en definitiva, significa poder recordar el tiempo eterno que gozó en otro lugar y tiempo en compañía de Eva, Occidente, la posibilidad de volver a recuperar ese tiempo y espacio.

Pero pocos momentos más esclarecedores en el libro que aquel en el que Rufino decide volver a Europa por segunda vez y cobra conciencia del verdadero castigo que sobre sus espaldas, sobre su vida ha caído, para comenzar a familiarizarnos con el particular punto de vista de Bianco sobre esta cuestión. Porque, en verdad, a través de Rufino -como muestra su muerte, su llegada a Argentina desde Europa entre bastones que le imposibilitan para seguir andando, vagando, yendo y viniendo a uno y otro lugar, residir en Occidente y, por tanto, negarse a reconocer quién es, la caída y expulsión- José Bianco lo señala con claridad: sólo la muerte puede librarnos del recuerdo de aquel lugar que habitamos, en que estuvimos. Pero sólo podemos morir cuando aceptamos que nunca podremos habitar en él sino a través del olvido, gracias al recuerdo constante que acepte al fin la imposibilidad de habitar, volver al vientre de la primera madre tierra únicamente gracias a la muerte. Porque la muerte -que todo lo iguala, al fin,- le pondrá de manifiesto a Rufino que aquella madre impostora, la tierra americana, a la que despreciaba e intentaba evitar no era sino una bifurcación, un pliegue más de la matriz femenina que engendra al hombre. Y que cuanto más se huya, se intente abolir el abrazo de ese nuevo brazo o vientre al que no estábamos acostumbrados, más estará el hombre, Caín, condenado a recordar visceralmente, cruelmente aquello que creyó poseer un día y que, en

llegado a Argentina como un hombre doblemente caído (del paraíso original y de Occidente), este hombre recibe sobre sí la herencia adánica y cainita de una manera doblemente traumática, fortuita. Pues si nos fijamos, el olvido fue la primera tentación que asaltó tanto a Caín como a Adán al ser expulsados de sus respectivos reinos. Uno y otro, al tiempo que el sufrimiento y el terror se agolpaba en su cuerpo al observarse, incrédulos, viviendo un destino tan feroz y, en principio, inesperado, no tuvieron otro recurso para adaptarse a la nueva situación que vivían, para intentar construir una nueva vida y no perecer ahogados en sus propios lamentos que olvidar quienes habían sido, lo felices que habían llegado a ser. Y por fuerza de la terrible circunstancia en la que se encontraban, este olvido debió de originarse desde las más profundas capas de su ser con tal violencia y fortaleza que ni ellos mismos pudieron concebir, golpeados todavía por la expulsión, en qué medida este deseo de ocultar su pasado, lejos de ser inconsciente fue, en realidad, un proceso necesario originado desde lo más hondo de su conciencia para enfrentar el shock de la caída.

Pero si este olvido fue salvador, pues les permitió seguir caminando, también mostró otra faz: la pérdida de su identidad, no poder recordar quiénes eran con exactitud y poder ser doblegados con más facilidad por aquellos que encontrarán en su camino. En el caso de Adán, la posibilidad de ser gobernado por el demonio, de ser tentado y vencido y en el de Caín, la de ser esclavizado en el nuevo territorio al que llegara al no tener rumbo fijo al que dirigirse y, al mismo tiempo, no tener noción ya clara de su origen.

Por lo tanto, el olvido, en verdad, haría al hombre más débil, mucho más fácil de ser manipulado al apartarle de su matriz central, de un origen del que, una vez que se ha desprendido por una terrible falta cometida por él, tal como lo entiende el cristianismo, no quiere, se niega a recordar introduciéndose, por tanto, sibilinamente, poco a poco, reptando como la terrible serpiente del paraíso, descrita por el texto bíblico, en un túnel de oscuridad al perder la referencia primera de su vida. Lo que

realidad, sólo volverá a gozar una vez muerto. En suma, la lección que nos legara Proust del que Bianco fuera un hábil e inteligente lector y estudioso. Sólo existe una manera de ser uno con el tiempo y el recuerdo: morir. Ir allí donde el lenguaje no puede llegar. E intentar huir de este hecho es condenarse a vivir en el olvido in aeternitas.

explica, en parte, el terrible gesto asesino cometido por Carlos en **La fuente muda**, o el de Castel en **El túnel** y el cómo, siendo Sábato un gnóstico irredento, su primer intento narrativo ensayará la manera de explicar el crimen de Carlos por su necesidad, como emigrante sometido a una situación aterradora, de olvidar su infancia. Como, asimismo, explica que la gnosis se desarrollara como respuesta a ese progresivo hermetismo del cristianismo que va a desembocar en la cerrada tríada cifrada por San Agustín y más tarde, matizada, reformada por Santo Tomás Aquino en una vía que preanuncia el futuro protestantismo. Pues aquel hecho que tanto sorprendía a San Agustín –la posibilidad de recordar que se ha olvidado algo- en realidad, muestra como bien ha comprendido Weinrich, que pecado y olvido van unidos en una dicotomía tan estrecha, unida, dentro del cristianismo que muchos de sus sacerdotes, fieles o exegetas no van a ser capaces de cifrar con exactitud hasta la aparición de Nietzsche o la difusión masiva de la obra de Freud, la medida real de este olvido. Un olvido que refiere, sobre todo, no a la supuesta falta cometida por Adán y Caín que todo hombre hereda sino ante todo al consciente olvido, silencio, que sobre las posibles, variadas, distintas interpretaciones de estos hechos la iglesia católica va a comenzar a realizar de una manera brutal y que, en el peor de los casos, degenerarán en la creación de la tristemente famosa Orden de la Inquisición española que tantos estragos cometiera en América.

Pues, en verdad, el gnosticismo nos informa que esa serpiente maldita que los cristianos y tantas otras culturas identifican con el mal, el diablo, no es sino el propio creador animando al hombre, su criatura más preciada, a emprender la tarea de la vida, vivir sin su amparo y comenzar a disfrutar de la libertad que se le concede, y su capacidad de amar igual al profundo cariño con que se le engendrara. Y así, desde este punto de vista, tal y como lo concibe Sábato, el gnosticismo, recordar no ha de ser una experiencia sometida a sufrimiento alguno sino la manera de reintegrarse con el verdadero origen, la luz que originara a todo hombre.²⁷ Un centro puro y alejado de

²⁷ Si se trata de ofrecer una definición mínima de gnosticismo, Ignacio Gómez de Liaño en **Filósofos griegos, videntes judíos**. op.cit, pág., 11, señalará que “Podemos ver el gnosticismo como filosofía y como teosofía; como enciclopedia del saber y como escuela de interpretación de mitos. (...) El objetivo era especificar la polimorfa constitución del Hombre. Éste es, en definitiva, el asunto central de todas las variedades gnósticas: determinar qué clase de ser es el hombre, cuál es su origen, cuál es su constitución, cuál su destino”. Y en cuanto a las bases

maldad que Yaldabaot o todos aquellos dioses que dicen ser el único creador y están dispuestos a matar a quien dude de sus palabras han ensombrecido con su porte feroz. Pues esta historia de miedo, de terror con que necesitan, desean que sea interpretado el texto bíblico, el Corán u el Nuevo Testamento es una astuta manera, como con meridiana claridad distinguiera Nietzsche, de poder someter al hombre, a los pueblos bajo su poder: el poder del diablo.

Y es, precisamente, esa historia de horror, faltas y culpa inextinguibles la que ha marcado a Occidente desde tiempos remotos y, en definitiva, la que heredarán todos los personajes de Sábato, todos sus emigrantes cainitas venidos a América, en principio, -tal y como hicieran los conquistadores hispánicos- como demonios, sacerdotes de Yahvé y, más tarde, -como los padres del mismo Sábato o el Carlos de **La fuente muda**- como vagabundos, hombres sin nombre, hijos de nadie, escoria, polvo que barrer.

Teniendo en cuenta, por tanto, la concepción cristiana del exilio y la manera en que es vislumbrado Caín en la misma, se comprende que el olvido es, en realidad, la falta más temible. La más despiadada. Porque, en realidad, y debido al bucle asido a ninguna parte que lo configura, en primer lugar, no permite una reconstrucción serena y reposada, que permita repensar el porqué de la expulsión del paraíso, del juicio terrible de Yahvé a Caín, y en segundo lugar, no consiente acceder al recuerdo de nuestro lumínico y divino origen, según el gnosticismo.

Es así, y considerando que Caín, el emigrante argentino, encuentra en él un rincón interior donde guarecerse que, en su constitución externa, vendría representado por la ciudad, Sodoma y Gomorra, Buenos Aires o tantas otras ciudades

del gnosticismo, y las cualidades que lo diferencian del cristianismo, Jean Guitton nos ofrece esta explicación: “Para estar unido a Dios no tendré que convertirme, puesto que no estoy pervertido, ni aún deberé regresar a Él, porque no me he separado; sólo necesitaré recordar, acordarme nuevamente de mi condición eterna. Siempre estoy en la luz. Esta salvación hacia la que tiendo y que los cristianos comunes imaginan lejana, hipotética, aleatoria y lograda gracias a los méritos personales, está dentro de mí mismo, está en mí. No corro el riesgo de perderla, puesto que la poseo. Me basta tomar conciencia de esta acción eterna. Sustituyo el esfuerzo de la esperanza por un reposo en el recuerdo, el esfuerzo de la fe por un conocimiento claro, por una gnosis. En esto consiste el gnosticismo”, en Guitton, Jean. **La crisis de la iglesia**. op.cit, pág., 54.

argentinas y americanas. Pues esta es la función principal del olvido, según Blanchot, servir de escondite, preservar al individuo del terror a sí mismo que siente al comprobar que es acusado de un crimen del que no tiene memoria alguna –el tema kafkiano por excelencia-: “El olvido es la vigilancia misma de la memoria, la potencia tutelar mediante la que se preserva lo oculto de las cosas y mediante la cual los hombres mortales, (...) preservados de lo que son, reposan en lo oculto de sí mismos”.²⁸

Pero, al mismo tiempo, como ya visualizase con claridad Freud quien como todo judío sabía lo importante que era la memoria y la importancia de rescatar su influjo salvador, su capacidad de regenerar, curar y no dudó en situarla en primer plano dentro del mundo occidental que estaba a punto de decretar la exterminación masiva del pueblo hebreo, al ser el olvido un escondite, al no ser morada real del ser humano “nos deja en relación con lo que nos olvidamos”,²⁹ como sugiere Blanchot. Esto es, acrecienta aún hasta el paroxismo la noción de culpabilidad en el individuo en cuanto a que el esfuerzo incesante, inmenso, realizado por olvidar advierte que lo olvidado se encuentra ahí, agazapado y preparándose para inundar la conciencia del hombre en el momento más inesperado y susurrarle al oído que no se ha ido. Para señalarle que, acaso haya sido parcialmente enmudecido pero que su voz como la de Yahvé ha de resonar grandiosa por toda la conciencia del individuo recordándole que antes y después ha de pagar su falta, su crimen impiadoso.

Además, el olvido al estar cifrado en la elisión de una historia anterior aterrizadora, culpabilizadora -con el agravante en el caso occidental de haber sido escrita- es una característica, una vieja historia que ha de pertenecer a cada individuo

²⁸ Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. op.cit, pág., 490.

²⁹ *Ibíd*, pág., 491. Nos indica respecto a esta cuestión Sigmund Freud: “El olvido de impresiones, escenas y sucesos se reduce casi siempre a una “retención” de los mismos. Cuando el paciente habla de este material “olvidado”, rara vez deja de añadir: “En realidad, siempre he sabido perfectamente todas estas cosas; lo que pasa es que nunca me he detenido a pensar en ellas”, y muchas veces se manifiesta defraudado porque no se le ocurren suficientes cosas que pueda reconocer como “olvidadas” y en las que no ha vuelto a pensar desde que sucedieron” (...) El “olvido” queda nuevamente restringido por la existencia de recuerdos encubridores”, en **Recuerdo, repetición, reelaboración**, dentro de Freud, Sigmund. **Obras Completas. Tomo V**. Traducción de Luis López-Ballesteros. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. España.págs, 1683 y 1684.

en particular pero, al mismo tiempo, como visualizaran con claridad Jung, a toda la comunidad en la que se encuentra inscrito. Así, por ejemplo, lo dejaría escrito Walter Benjamín: “El olvido no es nada más que las cosas olvidadas, y, sin embargo, por un poder de olvidar que nos rebasa” (...) “lo olvidado no es nunca algo exclusivamente individual”.³⁰ Y es por esta última característica, que las épocas de olvido suelen acaecer al mismo tiempo en pueblos que comparten un tronco cultural común y no es de extrañar que Harald Weinrich, haciéndose eco de una tesis cara a Sábato y todos los humanistas apocalípticos que ha dado el siglo XX, considerase las dos guerras mundiales como guerras del olvido.³¹

Pues el olvido es la noción básica a través de la que los estados totalitarios intentan implantar su poder, siendo sustitutos, en unos casos del padre tiránico, Yahvé, que viene a reestablecer la ley o la justicias perdidas o forjando una ilusión paradisiaca, falsa, en su seno, gracias su promesa ficticia de igualitaria libertad, como Sábato, Berdiaev o tantos hombres frustrados por la experiencia comunista nos dijeran.

³⁰Benjamín, Walter. Benjamín, Walter. **Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV.** Traducción de Roberto Blatt. Editorial Taurus. Madrid. 1988, pág., 154.

³¹ Nos dice Weinrich en una enjundiosa reflexión que -como pocas- concede una explicación válida al porqué Hitler hizo hincapié en la exterminación del pueblo judío y que, asimismo, permite valorar con más precisión el intento de Sábato por abolir el olvido, ubicar el recuerdo gnóstico como emblema central que recorre toda su obra y considerarlo el arma mayor que sus ciudadanos podrían tener para vencer a su inhóspita realidad: “puede considerarse el genocidio de los judíos europeos y el intento de Hitler de exterminar por completo al pueblo judío, al menos en Europa, como un incomparable atentado, sin precedentes, contra la memoria cultural de la humanidad, como millonario memoricidio, si esta expresión es adecuada. Porque en ningún lugar del mundo la memoria, como fuerza religiosa y cultural, se ha encarnado tan plenamente en una colectividad humana como en el pueblo judío, desde Moisés hasta Moses Mendelssohn y más allá. Hitler y su séquito sabían exactamente que la fuerza inaudita con la que el judaísmo se ha afirmado en el mundo a través de siglos de diáspora, desprecio y persecución sólo es comprensible como fuerza extraída de la memoria. Y como igualmente sabían que ningún proceso de olvido, ni siquiera la asimilación, podía consumir por entero ese potencial de memoria, se movilizaron bajo el estandarte de la palabra “raza”, la única memoria que conocían, la obtusa y ciega contramemoria de la sangre (sea ello lo que fuere), para acabar de una vez por todas con la memoria judía. Y por fin convirtieron a la muerte, millones de veces, en esbirro de lucha contra la memoria. Su voluntad era que se tratara de una muerte -en la fosa común, en la cámara de gas o al borde de una marcha de la muerte- que no dejara el menor rastro de memoria sobre la tierra” en Weinrich, Harald. **Leteo. Arte y crítica del olvido.** op.cit, págs., 306 y 307.

Partiendo de estas premisas, se comprenderá que en el país argentino la tentación de olvidar no procediera únicamente del emigrante cainita ansioso por huir de la desconocida falta, del terrible recuerdo de su país de origen sino que, a la vez, el olvido fuera la noción básica implantada por las distintas dictaduras argentinas que enfrentara Sábato antes y después de escribir **La fuente muda**.

Pues todos los hijos de Abel, los distintos gobernantes de la Argentina conocían interiormente, de una manera u otra, aquello que supieran Hitler, Mussolini, Stalin y que Mouravieff, la gnosis, nos dijese, con tanto acierto: el olvido lleva consigo “la pérdida de la noción del nombre y”, por tanto, “de todo el conjunto”³² de adscripciones sociales, comunitarias, existenciales gracias a las que el individuo puede llegar a alcanzar un destino, un lugar en la sociedad y en el mundo. Por lo que, lejos de ayudar al emigrante a llevar su carga sobre sus hombros, los gobiernos argentinos entendieron el trauma que portaba en su apenado rostro como una oportunidad para mostrar, acrecentar su poder sobre él, obligándole a crear una historia falsa de un país argentino enorme, maravilloso, construido por hombres sobrehumanos con el fin de que olvidara su origen, y por tanto, fuera más fácilmente manipulable. Con el objeto de que su soledad se agrandara aún más y pudiera ser adocenado, conducido con más facilidad por su incapacidad en su indefensión de obrar una respuesta activa al poder fáctico, sobrehumano desde el que se le cortaba el agua de un posible diálogo social y se le obligaba a mantener un monólogo a perpetuidad consigo mismo.

De esta manera, -y volviendo al concepto explicado anteriormente y que la obra de Freud explicita perfectamente– teniendo en cuenta además la imperiosa necesidad del emigrante por olvidar que, en realidad, encubría su temor de que el hecho reprimido, la falta cometida y el castigo recibido, puedan reaparecer en cualquier momento, los gobiernos argentinos devinieron dictaduras como manera de enmudecer al individuo para siempre. Pues a través de la ostentación de su poder y de las armas con que se imponían en el gobierno, el emigrante quedaba paralizado al

³² Mouravieff, Boris. **Gnosis. Cristianismo esotérico**. Traducción de Osvaldo García. C.S. Ediciones. Buenos Aires.1989, pág., 53.

observar su más temido recuerdo elidido haciéndose realidad: el retorno, el eterno retorno del padre, del Dios judaico con su vara de la ley dispuesto de nuevo a ejecutar su ira sobre o él o expulsarlo de la nueva tierra si no se plegaba a sus dictados. Y es gracias a este recuerdo –nacido del olvido, del silencio a través del que los sacerdotes de las distintas religiones alimentan la culpa del individuo no permitiéndole acceder a una historia plural, otro punto de vista sobre sus mitos fundadores– como las dictaduras conseguían imponer el terror, un miedo paralizante en la ciudadanía argentina (aumentado en el emigrante lógicamente por su culpable conciencia de vivir en un territorio prestado, ajeno, de ser un extranjero).³³ Miedo que, en última instancia, procedía de la conciencia de la vida como exilio, tal y como la concibiera la cristiandad, y que en Argentina iba a desarrollarse grandiosamente -precisamente por el exilio real de tantos individuos- consiguiendo crear una ciudadanía melancólica, estéril, incapaz de forjar una rebelión eficaz, como le interesase a las distintas dictaduras. Y como hábilmente visualizase Mallea, al comprender, tal y como lo hiciera Berdiaev que “quien vive en el terror perpetuo de su propia falta está sin fuerza para actuar y edificar nada, sea lo que fuere, en el mundo”.³⁴

Partiendo de estas premisas, del reino absoluto del olvido, torre única de saber construida en Argentina, se comprenderá que el psicoanálisis³⁵ hiciera gran fortuna

³³ De hecho, como ha puesto de manifiesto Jean- Jacques Marie en su artículo *Le père des arts, des armes et des lois*, el comportamiento del Dios del mito cainita, su desafío y manera de jugar con él, es uno de los fundamentos básicos a través de los que las distintas dictaduras se han ayudado para ejecutar sus dictados e intentar construir un ciudadano miedoso, humillado, presto para ser totalmente devorado, dominado por las mismas. Nos dice Jean-Jacques Marie, remitiéndose al pasaje en que Yahvé rechaza la ofrenda que le donara Caín: “Puede que Dios ponga aquí a prueba a Caín como el hará un poco más tarde con Abraham ordenándole de ofrecerle en sacrificio a su hijo Isaac, sin darle la menor explicación de esta exigencia bárbara, puro capricho destinado a verificar que el sujeto obedece sus ordenes hasta la ceguera; (...) Al contrario, El eterno persiste en su juego con Caín, riéndose abiertamente de él, (...) el le pregunta: ¿ Por qué estás irritado y tu rostro se encuentra abatido?. Nueva marca significativa del dictador: el transforma a su subordinado en juguete”, en **Caïn**. op.cit, pág., 60. (La traducción es mía).

³⁴ Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación**. op.cit, pág., 312.

³⁵ Lo que explica, asimismo, en lo que nos concierne, gran parte del impulso gnóstico de la obra de Sábato, en la medida en que, como ha puesto de manifiesto Jean Guilton, la práctica psicoanalítica no se encuentra demasiado lejana de la gnóstica: “el gnóstico lleva en sí la alucinación de la mácula, ahora bien, esta alucinación es diametralmente opuesta a la conciencia del pecado porque, en esencia, es algo tan exterior a mi ser como la mancha que ensucia una prenda, en tanto que el pecado está en mi interior a causa de mi conciencia, es decir, de mi sentimiento de que debo responder a mis actos. Digamos de paso que el éxito

en este país donde todavía hoy se pueden encontrar los mejores especialistas y que la memoria mítica –que todo lo revela implícitamente- nos haya dejado el legado, una postal de esta época en la que gran parte de las clases acomodadas, de la incipiente burguesía y clase media de aquel país no tuviera reparos en salir a pasear con la obra de Freud bajo el brazo. Pues si es cierto que muchos de los afortunados que vivían una situación acomodada en la Argentina aún podían jactarse de volver a Europa cuando lo desearan, en realidad, el estar disfrutando de una tierra que no era en principio suya sino de los indígenas, y el haber ayudado, indirectamente, por medio de su pasividad, a que las dictaduras se implantaran en el país como al maltrato de los emigrantes, no podía dejar impune el inconsciente -el recuerdo de la realidad reprimida, abolida- de esta clase. Además de que, en verdad, en muchos casos, después del viaje soñado, anhelado y envidiado a Europa, muchos de ellos se encontraban con una realidad paralizante, castrante que, en gran parte, explica el porqué -teñidos a su conciencia de culpa y desarraigo a pesar de estar bendecidos por la fortuna y los bienes económicos- no pudieron reaccionar ni hacer frente a las distintas dictaduras y que Victoria Ocampo no tuvo problemas en describir con rotunda claridad: “Así somos nosotros, él, yo, algunos más: desterrados de América en Europa, desterrados de Europa en América”.³⁶

logrado por el psicoanálisis obedece a que éste tiende a transformar el pecado en mácula, la confesión en un retorno a la conciencia de lo reprimido, el examen de conciencia en análisis de su contenido, el confesor en médico; en suma, gnosticiza. Vomito mi falta y no la reconozco. Esto puede ayudar a una persona moderna a comprender el interés que encierra el hecho de transformar un pecado en mancha por un procedimiento cualquiera: cuanto más insisto en la naturaleza externa, compulsiva, pegajosa y viscosa de la falta, tanto más hago sobresalir mi independencia con respecto de la mácula, mi pureza inatacable. ¡Estar preso es muy distinto de ser culpable! El gnóstico puede estar sucio, manchado, sin ser por ello impuro ni estar en falta” en Guilton, Jean. **Las crisis en la iglesia**. op.cit, pág., 65.

³⁶ Ocampo, Victoria. **Testimonios. Segunda serie**. Editorial Sur.S.A. Buenos Aires. 1941, pág., 319. Así, por ejemplo, ese inolvidable Adán Buenosyares creado con desbordante clarividencia por Marechal, de vuelta a su país tras el clásico viaje europeo sentirá que, lejos de conectar anímicamente con su patria, ha llegado a él “la noche verdadera”. Es decir, la de comprobar que se es un desterrado en los dos espacios, el europeo y el americano. Y de esta manera, llegará a él la noción de olvido, comprenderá que es el olvido lo que ha configurado a su país. Se nos dice en la novela de Marechal: “pero las imágenes huyen, se pierden en la lejanía, regresan a sus borrosos cementerios. Lo pasado es ya una rama seca, nada le anuncia lo presente, y lo porvenir no tiene color delante de sus ojos”, en Marechal, Leopoldo. **Adán Buenosayres**. Editorial Agea. S.A.Buenos Aires. 2000, pág., 328.

Y es a través de ese olvido como comenzará a tomar conciencia de su caída, de quién es, volverá a realizar una nueva reconstrucción por los mitos y fábulas de la argentinidad hasta transustancializarse irónica, espiritualmente con la materialidad de este país, hasta vincularse

Por tanto, y una vez visitada desde un nuevo punto de vista la realidad argentina, podremos observar con más claridad desde dónde y porqué Sábato comienza a narrarnos los hechos acaecidos en **La fuente muda** (inspirada en un lánguido verso de aquel Machado pleno de nostalgia ante el constante monólogo decadente de su patria). Cómo llega, finalmente, a construir esa realidad estéril que caracteriza esta obra. A introducirnos en un ámbito y espacios lastrados por la ausencia de aquella fuente que pudiera haber hecho brotar el agua alegre de la asociación y el diálogo y que acaso tantos emigrantes pudieran soñar al cruzar el océano, confiando que este salto les permitiera una regeneración, consintiera en lavar con la nueva agua emanada de América su culpa de caídos y su conciencia castrada occidental.

Pues es en esa necesidad nunca satisfecha de purificar su culpa, en el contraste entre la necesidad de olvidar quiénes eran, alcanzar un nuevo destino y, auspiciados por las olas del mar, borrar para siempre su nombre antiguo y su infatigable recuerdo del perdido origen, donde Sábato encuentra una de las principales razones por las que aquella sociedad que construirían habría de ser estéril y no podría, en principio, encontrar un destino, un nombre y una voz con la que imponerse al poder. Donde se apoya para construir los cimientos gnósticos de una obra que utilizará el olvido de sus compatriotas como resorte para ayudarles a recordar su origen y que bajará a las tinieblas profundas del ser, de la creación de su país para devolver, finalmente, el reflejo de una bella luz.

Precisamente lo que intentará Sábato interesado en el trasvase Caín-Cristo es establecer una simbología –esclarecida desde el mismo título de la obra- entre la situación de indefesión y esclavitud interna de la gran mayoría de los emigrantes caídos en el país argentino y aquellos hombres sin nombre y esclavizados que gracias a la llegada de Cristo van a iniciar una rebelión imprevista y de consecuencias incalculables en aquella provincia sometida por el imperio romano, para que su

-a fuerza de comprender que ésta es la única manera de trascender sus circunstancias- con la madre tierra americana.

pueblo, su país reaccione, tome conciencia de sus posibilidades. Para ello construye una simbología última gracias a la que permite establecer una comparación entre el funcionamiento de los poderes totalitarios de su país, empeñados en insitir sobre el monólogo unitario de su propia voz y la acción acometida por Herodias, descendiente de Esaú, en Jerusalén, al decidir la muerte de Juan Bautista. Porque, si algo deseaba Herodias no era la cabeza de Juan Bautista, sino sustraerle su verdadero poder, su simbólico manejo del agua, es decir, su capacidad mediante el bautismo de regenerar las vías muertas de su pueblo, hasta entonces condenado a la esclavitud. Secar las fuentes del agua que hace brotar la vida y dejar seco de esperanza y sin destino, enmudecido, condenado al destierro del desierto, a la huida, al pueblo cristiano que dominaban. Lo que, en este caso, se correspondería con el deseo último de las dictaduras argentinas.

Pues, exactamente, era gracias a la inmersión bautismal, al contacto con el agua que las primeras sectas cristianas, desvalidas y sin organizar, borraban de sus almas, de sus cuerpos la culpabilidad producida por el primer pecado original lo que les permitía asumir las consecuencias de la caída y recibir un nombre bendecido por Dios que les otorgaría un destino en este mundo rebelde a los dictados de los poderes terrenales. O lo que es lo mismo, una razón para luchar, para resistir, gracias a que al borrar la falta originaria de la humanidad de sus cuerpos, renacían a este mundo siendo capaces de asumir la responsabilidad que ser hombre llevaba consigo, como entendiera aquel esclavo de la obra de Herman Broch, postrado ante un asombrado Virgilio, en trance de componer la obra que otorgase visos de eternidad a su pueblo: “Quien elige por sí mismo el nombre, se rebela contra el destino”.³⁷

Y en el acto simbólico recogido por el ritual bautismal, el agua era el signo mayor de aquella renovación, rebelión espiritual. Porque el agua que riega la mayor

³⁷ Broch, Herman. **La muerte de Virgilio**. Versión de J.M. Ripada sobre la traducción de A. Gregori. Alianza Editorial.S.A. Madrid. Octava reimpression. 1997, pág., 265. Así, por ejemplo, y continuando con esta idea, en Pangels, Elen, **Los evangelios gnósticos**, op.cit., pág., 16, podemos leer un texto de coaligación gnóstica, llamado **Truena, mente perfecta**, en que el argumento de la nominalización de la persona deviene atributo sin el cual es imposible

parte del cuerpo humano y a través del que florece la vida en este mundo no sólo permitía liberar al hombre de la mancha del pecado permitiéndole olvidar la falta original, sino que, al acunarlo en sus corrientes líquidas, lo devolvía por un instante a la placenta materna, al vientre de la madre tierra que el hombre, desde la falta de Caín, nunca había vuelto a entrever, recordar, mostrándole su verdadero origen, que “no es lo inicial, sino lo de todos los tiempos, que es genuino y eterno”, como quisiera intuirlo Kart Jaspers, quien no dudaría en afirmar que en aquel retorno “a lo originario”, radica “la verdadera transformación”.³⁸

Pues gracias a este contacto con el agua bautismal, original, el hombre, al simbólicamente nacer de nuevo, podía religarse con la tierra donde quisiera que estuviese. Era capaz de sentir la fatal temporalidad de la vida humana, no ya como un tránsito hacia la muerte, sino como una oportunidad única de expandir el flujo de su vida en un eterno presente borrando el dolor de su ego castigado, como una vez que el cristianismo se desviase de su original revelación, comprendiera el gnosticismo en su intento de no desvincular al hombre de su origen, el centro de sí mismo: “El tiempo es como la eternidad y la eternidad como el tiempo, a no ser que tú mismo hagas la diferencia”,³⁹ nos dice **Angelus Silesius**.

Y así, de esta manera, el hombre se acercaba a aquella mirada total, sin fragmentar, tan buscada por la poética moderna,⁴⁰ y que hiciese pedir a gritos a Cristo

entender el “ser”: “Porque yo soy el principio y el fin./ (...) Soy el silencio que es incomprensible.../ Soy la pronunciación de mi nombre”.

³⁸ Jaspers, Karl. **La fe filosófica**. Traducción de J.Rovira Armengol. Editorial Losada. Buenos Aires. Primera edición en Biblioteca de Obras Maestras del Pensamiento: septiembre 2003, pág., 102.

³⁹ Extraído de Blumentberg, Hans. **Trabajo sobre el mito**. op.cit, pág., 245.

⁴⁰ Pocos hombres, poetas como Rainer Maria Rilke han sabido observar con claridad el espíritu, el ánimo y mitos que recorre el corazón del logos y que hiciera a Aristóteles asombrarse ante la imposibilidad de separar estos dos conceptos que con tanto afán la modernidad cartesiana quisiera distanciar eternamente.

Sería interesante visitar para todo lector avezado **El diario de Malte Laurids Bridge** para comprender la radical violencia a través de la que el signo, la ley del signicante, el logos, el Padre furioso necesitado de encerrar a sus hijos en un castillo, se impuso de tal manera en la Europa anterior a las dos guerras mundiales que sólo quedó a la poesía utilizar la misma violencia, el horror y el pánico que este hecho produjera para construir belleza. En pocos poemarios, sin necesidad de recurrir a sus famosas **Elegías del Duino**, Rilke ha mostrado la manera de

(mientras un grupo de escribas lo contemplaban sin poder comprender el porqué se rodeaba de niños en el sanedrín) que los hombres no se desligaran de su inocencia y aprendieran a vivir y comprender el eterno presente, milagro del tiempo creativo que la vida responsable en libertad puede traer consigo, que comenzaría en ese regreso al origen que sería el bautismo. O así lo manifestaría ante las preguntas esenciales que le hiciera Nicodemo: “¿Cómo renacerá el hombre ya viejo? ¿Quién volverá al seno de su madre para nacer de nuevo?”, ante las que no podría más que contestar “En verdad te digo: El que no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios”.⁴¹

Exactamente, gracias al recurso de la justicia poética, **La fuente muda** (aquella que bañase con un agua sangrienta la Argentina desde los tiempos de Solís, que no respetase la “otredad” aborígen y que fundase una ciudad alejada de aquella Jerusalén plural, ofreciendo en su sequedad un monólogo silencioso para los exiliados en la babilónica Buenos Aires) comenzará con la muerte de un camarada del partido comunista asesinado por Carlos, cuyo cuerpo ensuciará de sangre el “agua barroza” de un charco cercano al río de la Plata que, finalmente se llevará su cadáver. Y continuará con el lavado silencioso que los asesinos hagan de los restos sangrientos del muerto depositados en sus ropas en el río, afrontando la imposibilidad de regeneración de aquella sociedad, las venas sangrientas que la han construido, aquella antigua pero siempre presente historia en que Baistos, cegado por su incontinencia, mordiese el cuerpo de su hermano ya muerto.

Símbolo este de la sociedad ensangrentada, removida desde sus cimientos que entumece al agua hasta decolorarla, mostrarla hastiada y herida, enmudecida de oprobio que, cuando gracias a los recuerdos de Carlos retomemos los hechos de su infancia, comprobaremos que ya se encontraba fijada en la ausencia de diálogo y de

combatir el apático mundo moderno, imponerse a él, con tanta justeza como en sus **Sonetos a Orfeo** del que aquí dejamos citados unos versos cuyas semejanzas con muchos de los mensajes pronunciados por Cristo en los Evangelios no han de escaparse a nadie: “Entra y sal en la transformación./ ¿Qué es tu experiencia más doliente?/ Si el beber te es amargo, hazte vino”,⁴⁰ en Rilke, Rainer Maria. **Elegías de Duino; Los sonetos a Orfeo**. Traducción de Eustaquio Barjau. Editorial Catedra. Madrid. Quinta edición. 2001, pág., 209.

⁴¹ En el Evangelio de San Juan. 3, 3-5.

posibilidades de regeneración que encontró su familia de emigrantes al llegar a la sociedad argentina. Un país que bajo el yugo de sus dominadores cuya presencia es elíptica (pero subyace bajo el discurso interno de toda la obra) condena a sus individuos a un soliloquio continuo y mortificante consigo mismos. Donde ni su tristeza ni su soledad imperativas, su sed de absoluto, podrán encontrar apoyo en una “otredad” que siempre se encontrará elidida, evadida, tan despreciativa como despreciable, imposible de asir para conseguir alcanzar esa agua vertida en ese pozo profundo siempre lleno de vida llamado amistad, que nos permite hacernos cargo de nuestro destino, vivenciar el presente y afrontar la caída sin culpa, como una posibilidad inédita de esta vida.

Al fin y al cabo, eso es lo que intenta toda dictadura: eliminar el flujo comunicativo entre los miembros de la sociedad, que cada persona considere a su hermano más que como un prójimo como un hombre susceptible de ser su enemigo, a quien espiar o con quien competir pero bajo cuya presencia amenazadora no se pueda estar totalmente a resguardo, a salvo. Pues si algo teme el poder, el diablo, es el sano ejercicio de la experiencia de la otredad, en cuanto como sugería Blanchot, la misma “allí donde éste”, donde se produzca, “pone en jaque a la idea de origen” implantada por todo reino que quiera considerarse único, pues “al rebasar todo lo positivo y todo lo negativo” –al ser una experiencia total de comunión y unificar cuerpo y alma en el abrazo y risa común de los amigos- “es la “presencia” que no remite a lo Uno, y también la exigencia de una relación de discontinuidad donde la unidad no está implicada”.⁴² Y por ello Sábato, para quien “el hombre” ha de captarse irremediamente “a sí mismo en el Otro”,⁴³ entiende que esta ausencia de respeto a la “otredad” producida en el reino único argentino no permitiría la presencia de una vida plena en el mismo. Como, asimismo, se entenderá mejor el porqué Sábato, viviendo en el seno de una sociedad que considera al “otro” como un peligro, teniendo en cuenta que como indicase Sartre “el prójimo no es solamente aquel que

⁴² Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. op.cit., pág., 128.

⁴³ Sobre esta cuestión nos indica Ernesto Sábato: “El descubrimiento de la intimidad de uno es el descubrimiento de la otra intimidad, del que convive con uno, sufre y habla con uno, comulga con uno a través del lenguaje, de los gestos, del odio o del amor, del arte o del sentimiento religioso”, dentro de Sabato. Ernesto. **El escritor y sus fantasmas**. op.cit, pág., 386.

veo, sino aquel que me ve”⁴⁴ y, por tanto, puede hacerme su objeto, apresarme, devorarme dentro de sí, haya construido una obra repleta de seres con los ojos vueltos únicamente hacia sí mismos: ciegos. Ciegos para comprender que, con ese mismo acto y gesto, están labrando su propia condena, se están esclavizando aún más siendo más fáciles de manipular al perder su única arma real para levantar el reino del amor y la convivencia plural: el otro, el hermano, el diverso que, en última instancia, únicamente refiere a uno mismo. A lo mejor que podría habitar dentro de cada uno de nosotros.

Y es por esta razón por la que Sábato -entendiendo que este gesto es una condena que hundi6 aún más a su pueblo en aquel río sangriento del olvido en el que se vieron, quisieranlo o no obligados a sumergirse- se vincula al mito gn6stico. Porque por este desprecio de la otredad, esta ceguera sin nombre, los ciudadanos de su patria, en realidad, estaban bebiendo el agua de la fuente más peligrosa, la fuente de Narciso, que como todos sabemos, es un agua ensangrentada por el suicidio y ataque cometido contra sí mismo por el individuo al ser incapaz de distinguir al otro ser que hay dentro de sí, al otro ser que habita más allá de él. Es un agua que hace olvidar y ahoga al individuo en su “propia imaginación”, apartándolo de los confines inéditos de la vida, tal y como visualizara al hombre argentino, Ortega y Gasset, a principios del siglo XX.⁴⁵

Pero no sólo por esto sino, sobre todo, y teniendo en cuenta lo imposible, lo difícil de bautizar con un nuevo nombre a los hijos de Caín llegados al país argentino a partir del agua sucia, ensangrentada del riachuelo que hubiera visto morir a tantos hombres, a los habitantes originales de América, los indígenas, y las fatales muertes y ejemplos de Gandía, Baistos o el ejército de Pedro de Mendoza, Sábato entiende que sólo el conocimiento, una gnosis que mostrara a sus compatriotas quiénes eran, de dónde venían, podría ayudarles. Pues, como aquel gn6stico clementino, Teodoro, dijera –en palabras que extienden la salvación a toda la humanidad y no únicamente a

⁴⁴ Sartre, Jean Paul. **El ser y la nada**. Traducción de Juan Valmar. Alianza Editorial S.A. Madrid. 1984, pág., 158.

⁴⁵ En Ortega y Gasset, José. **Meditación sobre el pueblo joven**. op.cit, pág., 141.

aquellos privilegiados que puedan ganarse el favor de la iglesia por sus actos o la compra de la gracia: “no es sólo la inmersión bautismal lo que salva, sino el conocimiento: quiénes éramos, qué hemos devenido; dónde estábamos, dónde hemos sido arrojados; hacia dónde nos apresuramos, de dónde somos redimidos; qué es la generación, qué la regeneración”.⁴⁶ Porque Sábato sabe, conoce que el arte puede llegar a salvar, curar, regenerar y en la medida en que sea verdadero, puede ayudar a que aquellos hijos del exilio que son los hombres de su patria encuentren una tabla de salvación, un sentido a su errancia. Ya que escribir no deja de ser un trabajo hecho desde la resistencia; es decir, una bella y misteriosa manera de imponer un rostro y un nombre a la realidad, cruzar las aguas del olvido a las que conduce el río Leteo para aprender quién somos: recordar, caminar ampliamente por los pasadizos de la memoria, “la función directa del ser del individuo”,⁴⁷ según la gnosis.

Decía Harald Weinrich -interesado como todos los alemanes en comprender los mecanismos del olvido que pueden conducir a los pueblos, a los hombres a olvidar quien son, a devenir en demonios enmascarados– en su bello, nostálgico **Leteo. Arte y crítica del olvido**, que junto al río Leteo, Dante asimismo había ubicado otro río más desconocido, que injustamente no ha sido puesto de relieve en las lecturas que durante tanto siglos se realizaron de **La divina comedia** dantesca. Este río se llama Éunoe y, según nos dice Weinrich: “tiene el poder de contrarrestar con sus aguas curativas el olvido del Leteo en aquellas almas bienaventuradas que ascienden del paraíso terrenal al celestial, y de reforzar en ellas el recuerdo de las buenas acciones que llevaron a cabo en su vida terrena, de tal modo que puedan entrar al cielo con una buena memoria en todos los sentidos”.⁴⁸ No se nos ocurre una metáfora mejor para describir el río de recuerdo y consciencia por el que intenta llevar Sábato a sus lectores, personajes, a su sentido, amado pueblo argentino para

⁴⁶ Palabras propiciadas por el gnosticismo valentiniano, en la versión proporcionada por Clemente, que son citadas por Hans Blumemberg en **Trabajo sobre el mito**. op.cit, pág., 204. Respecto a la materia que compone el mismo hacerse de esta promesa, el mismo Blumemberg, señalará; “La promesa gnóstica no consiste en la transmisión de verdades del más allá o de una oferta de garantías de la gracia divina, sino en la revitalización del recuerdo de una historia caída ya en el olvido y cuyo conocimiento hace ver el mundo bajo otra luz”. *Ibíd*, pág., 204.

⁴⁷ Mouravieff, Boris, **Gnosis. Cristianismo esotérico**. op.cit, pág., 53

⁴⁸ Weinrich, Harald. **Leteo. Arte y crítica del olvido**. op.cit, pág.,61.

animarles -una vez que han tomado conciencia de su naturaleza cainita- a realizar el trasvase, el largo camino que lleva hacia Cristo y que ha de desembocar en el Éunoe. Allí donde las aguas límpidas del paraíso sanan las llagas y heridas recibidas por Cristo en la cruz y los cánticos venidos del cielo hacen saltar lágrimas de emoción a quien se ha atrevido a recorrer tan largo, duro viaje. De la vagancia a la errancia y de allí al extasis, a la comunión. Cuando todos los Dioses son el mismo Dios y cada ser humano todos los hombres. En el Aleph. Y el Omega. En el cielo de todos los cielos. En el interior del pleroma gnóstico.

II.7. LA MADRE AUSENTE.

Espantaos, cielos, sobre esto, y horrorizaos; desolaos en gran manera,
dijo Jehová.
Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua
viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua.

Jeremías 2, 12-13.

Es significativo que el primer intento narrativo de Sábato, **La fuente muda**, se produjera en París, en el extranjero, si comprendemos que es desde el exterior donde mejor se puede observar el alma de la patria, la nuestra. Se la siente, se la extraña y la conoce desde una perspectiva que hasta entonces, al estar implicados como personajes en sus avatares, no podíamos alcanzar. Y es desde aquella distancia desde la que contemplara su patria, como un tango de ida y vuelta, que Sábato comienza a tejer y elaborar un fúnebre diagnóstico (desarrollado en su trilogía narrativa con más amplitud y sin el aparente rechazo que siente a esta primera y escondida narración) que intenta mostrar sin necesidad de señalar enfáticamente las causas, los cónclaves ocultos que propiciaron las grandes frustraciones de la sociedad argentina. Lo que no deja de ser lógico, si entendemos que en Francia podría asistir, vivir en persona las consecuencias de la consabida racionalización del mundo, la separación radical entre los individuos y su entorno en que había degenerado el cartesianismo, auscultaría de cerca los motivos que llevarían a desangrarse al padre hispánico en una lucha fraternal que enmudecería su voz durante décadas y, a su vez, comenzaría a sentir los ecos, los ruidos sin fin que precedieron a la formación del diablo nazi, lo que le llevaría ineludiblemente a dirigir la mirada a su patria y al desvalido hombre que llegaba a ella sometido a circunstancias que, en principio, habían de escapar a su entendimiento. Además, la intempestiva y cruenta política colonial del país francés que contradijera los tres mandamientos preclaros –libertad, igualdad, fraternidad– que validarán la famosa revolución de 1789 intentando labrar una vía de luz al hombre occidental, y su contradictoria política con los judíos que habitaban en su interior, habrían de ponerle en guardia e informarle aún más de las múltiples sombras que yacían entremezcladas en el fondo cultural, político y económico que sostenía el bello porte de los países occidentales.

La fuente muda se construirá, entonces, como un testimonio sincero, puzzle de un solo ojo, que afrontará directamente, a través de su mecanismo narrativo heredado del tronco faulkneriano (ecos de **El ruido y la furia** resuenan en la parte que se ocupa de la infancia de Carlos), la rabia desvencijada, el rencor siniestro escondido en un emigrante, un hijo de Caín, ante su insostenible situación de la que no recibe explicación alguna. Y en la misma, Sábato radiografiará con precisión de cirujano los motivos que pueden conducir a un hijo del exilio a olvidar su situación victimaria, su congénita queja y concebir la tentadora suerte del frío y cruel asesinato como revancha última de su injusta situación, concibiendo una suerte de personaje cuya consecuencia y evolución lógica años más tarde será Juan Pablo Castel.

Para llevar a cabo sus propósitos, Sábato, que comenzará a filtrar sus comunes guiños autobiográficos y literarios en esta obra,¹ (que más adelante observaremos la función vital–teleológica que ocupan en su obra) nos presentará a Carlos,² un impasible y despiadado joven afiliado al partido comunista, sobre quien se interrogará Bruno en **Sobre héroes y tumbas**: “Carlos era un espíritu religioso y puro. ¿Cómo podía aceptar y comprender a comunistas como Cráter? ¿Cómo podía aceptar y comprender a los hombres en general? La encarnación, el mal original, la caída, ¿cómo aquel ser purísimo podía admitir esa contaminada condición del hombre?”.³

Pregunta que **La fuente muda** intentará responder desde el momento en que ahondemos en su personaje, Carlos, escindido en el olvido de su íntimo ser, quien un día después de haber matado a un joven compañero del partido comunista por delator, comenzará a atisbar algo inconcebible para él: el recuerdo de su infancia, su

¹ Así, podemos advertir que Carlos llevará el mismo nombre de un antiguo hermano muerto como va a suceder en la vida real de Sábato, el origen italiano de la familia de Carlos o la complacencia con la que establece dentro de la novela a una familia adinerada que se corresponde exactamente con su apellido: “los Sábato”.

² Y que según confiesa Joaquín Neyra, “de ningún modo es su retrato sino el de un joven obrero que realmente existió”. En Neyra, Joaquín. **Ernesto Sábato**. op.cit. pág., 27.

³ En **Sobre Héroes y tumbas** dentro de Sábato, Ernesto. **Obras Completas. Narrativa**. op.cit.pág., 472.

origen.⁴ Memoria recobrada que, como un sortilegio que le ayude a comprender el porqué de su absurdo crimen, llegará a su persona con la misma dificultad traumática con la que, gracias al rizomático bucle que Sábato propone, podremos comprobar que su infancia hubo de desarrollarse: “Y volvió a pensar en su infancia. Pero la infancia, los recuerdos de la infancia, se le aparecían siempre aislados, desvinculados entre sí, y por lo tanto, estáticos, como un mundo de fotografías, un mundo de seres instantáneos, petrificados, mirando melancólicamente desde la eternidad”.⁵

De esta manera, será bajo el estigma del recuerdo⁶ como empezaremos a visitar la mirada particular de Sábato hacia aquella Argentina que encontraran los emigrantes, donde la confrontación dialógica, plural con la nueva tierra fue negada de raíz.⁷ Como será la memoria la que permita rescatar la experiencia de los héroes sabatianos y finalmente, encontrar un asidero por el que puedan respirar en esa simbólica bajada a los infiernos dantescos de la Argentina que propone Sábato desde su primera obra.

⁴ Término bajo el que Sábato comienza a conjugar el par Memoria-Inmortalidad, haciendo realidad la ecuación Olvido-Muerte propuesta por el pitagorismo.

⁵ Sábato, Ernesto. **La fuente muda**. op. cit, pág., 41.

⁶ Como en **El túnel** o **Sobre héroes y tumbas**, Sábato comienza su relato anunciando el final de la trama que se encierra en la obra, porque a Sábato, como a su admirado Dostoievsky, no le interesan ni la traición ni el porqué del asesinato como hecho fáctico sino el cómo se ha llegado hasta este hecho, quién se esconde detrás de ese aparente rostro vacío de humanidad capaz de matar a una persona sin mostrar un atisbo de piedad, cómo ha podido canalizar a través del comunismo la rabia y soledad que le conducen a matar. A Sábato le interesa que comprendamos que todos estamos encadenados como guardianes del tiempo a nuestro pasado y que en él ya estará contenido nuestro futuro, que es comprendiendo la raíz del libro de la vida de las personas y de los pueblos como podemos alcanzar a comprenderlos. Que ningún acto es libérrimo hasta sus últimas consecuencias sino que viene arrastrado por una serie de, en ocasiones, ínfimos detalles a través de los cuales se puede llegar a entender el sentido de nuestras vidas. Que aquellos que recuerdan de donde proceden mantienen un rincón de intimidad inviolable que les guarece contra toda agresión o domesticación y que aun siendo todos asesinos posibles en potencia pues el hombre fue creado para obrar en libertad y poder elegir, son aquellos que voluntariamente o no, olvidan de donde proceden quienes están más cercanos de dejar de lado, apartar de sí “el ser” y atentar contra otros seres humanos o contra sí mismos.

⁷ Mirada que, jugando en dos en dos planos diversos y complementarios, conseguirá aunar en un plano frontal las motivaciones primarias que llevarán a Carlos a sublevarse contra su condición social buscando en el hipotético sueño utópico comunista la igualdad y fraternidad imposibles de encontrar en su país y en un plano más opacado, telón de fondo de la vida de Carlos, la historia de la forja de su país.

Como ha expuesto con claridad Rozitchner, en toda sociedad -como era el caso de la Argentina de aquella época, acaso la de siempre- donde “la experiencia política y social de su modelo productivo y cultural fracasa, y se incrementa el despotismo cruel del Imperio- allí donde colectivamente no se ha concebido ni creado otra salida, se produce en los hombres del pueblo el retorno a la matriz materna para protegerse de estos tiempos de decadencia social, económica y política”.⁸ Esto es, se impone una búsqueda del origen, la necesidad de recogerse sobre la tierra y buscar el abrazo de la madre que ampara al comprobar que el padre que vela por sus hijos puede devenir asesino, labrar su desgracia. Sin embargo, como observamos en el caso argentino, este repliegue, en realidad, sólo puede provocar la frustración del individuo en cuanto al no ser la tierra sentida como suya se siente que se es abrazado por una madre impostora. Por ello, este abrazo fue tantas veces rechazado por el hombre occidental llegado a Argentina que no tuvo piedad en destrozarse las raíces indígenas de la tierra americana sin comprender que se encadenaba a su propio infortunio al rechazar el bondadoso vientre maternal que lo acogiera. Pues, en definitiva, cuando rogase por ser salvado por la madre no habría ningún brazo de la tierra dispuesto a ayudarlo, habría de encontrarse absolutamente solo. Y, en último caso, habría de tomar conciencia de su desgracia que Sábato -centrando el pecado original del olvido argentino en este hecho decisivo- aprovechará para, ante la desolación y la falta de referentes del hombre de su patria, propiciar la llegada del recuerdo, reconocimiento de la falta y, mucho más tarde, la salvación.

De esta manera, las últimas palabras que refiera el compañero asesinado impunemente por Carlos entre el más feroz anonimato, la más radical soledad e impiedad tendrán como referente principal a la madre: “-¡Mamá! ¡Mamita mía!”.⁹ Y, es gracias a la presencia elidida de la madre, de la mujer que no viene a ayudar a su hijo desangrado en tierra de nadie cuando Carlos comience a interrogarse por quién pudiera ser esta desconocida mujer (madre argentina–madre occidental perdida), que

⁸ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, págs, 328 y 329.

⁹ Sábato, Ernesto. **La fuente muda**. op.cit, pág., 37.

hubiera podido acaso ser su madre y desde donde comenzará a recordar por primera vez tras años de olvido su infancia.

Es así que Sábato nos introduce lenta, casi inconscientemente, en el conflicto entre hombres, hermanos cegados que, tantas veces, desangrara la Argentina. Porque la metástasis producida gracias al poderoso recuerdo e interrogante sobre la madre del compañero asesinado igualan íntimamente al delator (Judas) al servicio del poder (Abel) y su asesino (Caín). Y es, desde este punto de vista, que toda la lucha que a través del comunismo (hipotético reino prometido cristiano) que Carlos ha establecido contra aquellos que bajo el resorte del poder (Abel) no permiten que llegue al fin el reino igualitario, prometido en la Argentina comienza a rebelarse como espúria, banal. Pues, en realidad, la duda que se halla oculta como un cerrojo con llave bajo la pregunta acerca de la identidad de la madre, no es sino si aquel hombre no pudiera ser, como él, un emigrante, no debería compartir su pena y origen, su misma condición desterrada. Y de ser así, si en realidad no había matado una parte suya en él, ¿quién era entonces el bueno y el malo y qué ciega fuerza de la razón los unió de nuevo para repetir su sangrante historia? Con lo que se nos refiere, inevitablemente, a la incapacidad de distinguir los rasgos del bien y el mal, Caín y Abel, en una historia argentina enraizada en la barbarie que caracterizaría a los distintos bandos antitéticos forjados en la misma, y se nos remite a la historia fundadora de Baistos y su hermano. Al primer origen y madre occidental perdida de aquellos viajeros, emigrantes condenados por su codicia a probar el sabor amargo del hambre, de la sangre y carnes humanas confundidos en el recuerdo con animales, diablos sin nombre imposibles de diferenciar de aquellos salvajes, indios, sobre los que querían imponer el reino espiritual de Cristo.

Pues es esta duda sobre el origen del compañero muerto, sobre su madre que, en realidad, refiere en última instancia al origen de ambos (¿quién es la madre bajo la que pueden ampararse en Argentina si la mujer que nombra Buenos Aires no viene a recoger a sus hijos caídos aún a pesar de la falta cometida?), la que le arrastrará como un torbellino sin freno a pensar en su madre, su infancia, el origen de su destierro: “Carlos sentía la misma angustia de otras veces, pero ahora era más grande, porque

estaba esa muerte en el barro. ¿Por qué pensaba en su madre?”.¹⁰ La que le conducirá a recordar desde el silencio rencoroso con el que continúe su conversación ininterrumpida, inextinguible, infinita con sus compañeros.

Exactamente, la parte que abre los recuerdos de la infancia, comenzará en la habitación de su madre real,¹¹ donde Carlos se complacerá de gozo contemplando el retrato de la madre que habría de ampararle en Buenos Aires (Virgen María) su hijo, Jesucristo, (gracias a cuyo sacrificio habría de erradicarse el sufrimiento, la injusticia del mundo y el pecado del hombre habría de ser lavado para siempre) y distintos ángeles (caballeros cristianos, heraldos de Cristo, conquistadores de América que habrían de imponer el reino del espíritu cristiano, del bien, allí donde fueran): “A Carlitos le gustaba recostarse con su madre en la pieza donde estaba el hermoso retrato de la Virgen (...) Era tan lindo acostarse en la sombrita del cuarto, boca arriba, y pensar en los hermosos retratos de colores; la Virgen o Madre de Jesucristo, rodeada de angelitos”.¹²

Por tanto, nos encontramos en el centro de una triada asexual que correspondiéndose asimismo con la inocencia del infante Carlos, deviene en matriz maternal, espiritual, huevo de mariposa, a través del que se nos informa sobre los elementos que componen la tela de protección del emigrante argentino para intentar soportar, enfrentar la caída en el mundo americano que no se puede, no se desea aceptar. Cuáles son los signos que el cristianismo ha trazado con radical inteligencia como barrera de resistencia para intentar negar la falta y expulsión cainitas y el rastro del Dios padre feroz que persigue a su hijo asesino allá donde esté y abandona en un mundo arisco, extraño, a su hijo Cristo en la cruz. Cómo estos signos enfrentados a la verdad de la caída, tal y como han sido utilizados o interpretados por el cristianismo, no podían degenerar más que en frustración, desacomodo a la vida, indefensión y,

¹⁰ *Ibíd*, pág., 40.

¹¹ Escena en la que ya se siente el calor de las descripciones de aquellas habitaciones desvencijadas que más tarde desvelarán a Martín, aquella conseguida sensación sepulcral dentro de un ambiente de pura cotidianeidad que caracterizará tantos de los espacios vacíos de la obra sabatiana apenas iluminados por la fe, la, tantas veces, pobre esperanza de los seres humanos que los pueblan.

antes o después, tendrían que comenzar a quebrarse para mostrar la realidad que ocultan y que se intenta olvidar: la consabida sexualidad de Yahvé y del hombre que ha de cuestionar la pureza de María al engendrar a su hijo y la virginidad de éste y la demoníaca facilidad con que los hombres, los caballeros cristianos acabaron convertidos en diablos al servicio del Dios único. En definitiva, la realidad, la innegable carnalidad del mundo humano que pone de manifiesto que aquello que intenta ocultar y contra lo que lucha desesperadamente el cristianismo, el emigrante argentino -la falta, el pecado y el castigo que éste trae inevitablemente consigo- han de reaparecer como síntomas, signos que indiquen que la deseada unión con la madre-amante sexuada y ahora ausente (Eva), y las realidades a las que la misma remite (Occidente, paraíso original) es ahora imposible.¹³

Por tanto, desde el principio Sábado lo muestra sin tapujos. Nos ofrece todas las señales necesarias para que podamos observar la neurótica construcción individual que su personaje, el país argentino en su totalidad, ha erigido como sostén defensivo para negar la condición cainita, la expulsión y la falta que ésta implícitamente lleva consigo, que la rutilante aparición de Cristo en el mundo había aparentemente ya redimido.¹⁴

¹² Sábado, Ernesto. **La fuente muda**. op.cit, pág., 42.

¹³ Así por ejemplo lo ha comprendido Ewelyne Pewzner quien ha distinguido que en estas escenas de maternidad cristianas, en la “relación estrecha y exclusiva” del niño con la madre existe “un poderoso factor de culpabilidad” pues a través de esa aparente relación asexuada, en realidad, se intenta ocultar y esconder un ulterior “deseo incestuoso (d)el hombre”: el deseo de volver a ser carne y espíritu con la madre-amante Eva. Además de que las mismas son forjadas -como indica Pewzner en palabras que con tanta justeza se adaptan a las circunstancias vividas por el emigrante argentino- como lógica barrera defensiva a la inhóspita realidad encontrada donde “el sujeto se reencuentra consigo mismo, confrontado a experiencias que lo perturban y que no puede compartir con sus pares”. Y en el que “la ausencia real o simbólica del padre jamás había sido llenada por la intervención de otra figura paterna”, de talante positivo, que pueda reconducir, reconvertir la angustia del individuo enfrentado a su arisca situación, permitiéndole engendrar en él la vital necesidad de contruir, trabajar, vivir íntegramente en una sociedad en la que se siente aceptado. En Pewzner, Evelyne. **El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente**. op.cit, pág., 211.

¹⁴ Redención que, en suma, fue, asimismo, mal comprendida y utilizada por muchos de sus seguidores en cuanto Cristo concedía un ejemplo, mostraba el camino a seguir por cada uno de ellos para conseguir la gracia pero no daba pie a que, gracias a su sacrificio y la promesa de erradicar la falta que llevaba consigo, ésta fuese entendida, comprendida como un regalo donado a Dios por sus hijos que les excusaría de poder desvincularse de la vía fraternal señalado por él.

De esta manera, en verdad, esta primera escena mostrará las claves de la búsqueda de la madre argentina y ausente en la que se sumergirá la sociedad argentina años más tarde. Porque a partir del abrazo que desde la habitación materna realiza Carlos (Caín) a la Virgen, éste extiende su brazo y su deseo a la real madre buscada por tantos emigrantes (Eva) y que sería la única que les permitiría un amparo real en una tierra extranjera dominada -aún, todavía y a pesar de los esfuerzos realizados por eliminarla- por la maternidad ambivalente indígena, la Pachamama, en la que no podrían, en principio, reconocerse, y los furiosos brazos de los sacerdotes de Yahvé (Abel), empeñados en cortar cualquier vía de conexión que pudiera reconducirlos a su origen europeo u conectarlos con el mundo americano.

En este sentido, es a través del terrible, necesario deseo de Caín de vincularse a su original madre, como Carlos comenzará desde su inconsciente, inocente olvido infantil, a realizar una investigación que más tarde realizará a ciegas Castel, para la que es esencial el trasvase esencial -vía espiritual abierta e hilo de Ariadna que conduce a enfrentar al minotauro- abierto por las dos madres presentes en aquella habitación primera que nos muestra Sábato. Así, la madre real de Carlos refirá ineludiblemente al país italiano del que se procede (Occidente) y donde se erige el mayor castillo, edificio jamás consruido por la cristiandad, el Vaticano, justificando, aparentemente, con su sola presencia el secreto nombre amoroso, primaveral que alberga a la ciudad de Roma. Y, por tanto, la Virgen con que juega ensimismado Carlos ha de remitirnos al centro de aquel majestuoso edificio de la cristiandad situado en Occidente, al templo de los templos cristianos donde se vela por la pureza y virginidad de la madre de Cristo, por su inmaculado sexo que no habría de ser fecundado por hombre o Dios alguno, pues su destino es ser abrazado únicamente por el vuelo imaginario del Espíritu Santo, “amor-comprensión hipostasiado”¹⁵ del Padre, según Vattimo. Y es ahí donde radica la perplejidad y la disensión que durante siglos ha separado al judaísmo y al cristianismo, donde comienza el héroe sabatiano a tomar conciencia de la caída en el tiempo americano y desde el lugar en que es necesario una deconstrucción gnóstica de los mitos bíblicos que pueda intentar explicar ese imposible que, poco a poco, hará que el deseo sexual de Carlos-Caín se expanda

buscando a su madre y amante ansiada (Eva): cómo una mujer ha podido engendrar un hijo sin hacer uso de los dones dados por el Creador a todos los hombres para continuar su obra.

Pues como sabemos, para el judaísmo, Yahvé necesitaba encarnarse en forma mortal para poder fecundar un hijo, engendrar a la mujer. Y, sin embargo, el cristianismo deniega esta posibilidad, edificando un templo a favor del hijo y la madre unidos por el espíritu, en definitiva, por la palabra espiritual, el soplo divino a través del que el Génesis informa que debía haber nacido el primer hombre: Adán. Es decir, el cristianismo intenta borrar todo rastro del semen del padre depositado sobre la madre de Cristo consiguiendo transustanciarlo, transformarlo en blanca paloma venida de algún ignoto lugar, como Jesucristo para traer la definitiva paz a Jerusalén: la ciudad símbolo universal de toda la humanidad. Y es ahí donde el gnosticismo advirtió clarivamente y a medida que el mensaje de ese antiguo guerrero al servicio de Roma, San Pablo, se extendía cada vez más, el error que podía cometerse en el ámbito de la incipiente cristiandad y que podría degenerar en traición inconfesa al original mensaje de Cristo y que, más tarde, como observamos, pudo degenerar de tal manera que se pudiera proceder a la formación de los tribunales de la Inquisición, a la idea de reino único y que las guerras entre los distintos reinos cristianos fueran una constante durante siglos.

Es por ello que el gnosticismo invita a repensar la historia y el nacimiento de Cristo desde otro punto de vista, y en la medida en que considera -en un concepto en que insistiremos al estudiar **El túnel**- que el mundo está sometido fatalmente a los dictados del reino material, no intentará negar la sexualidad que lo engendrara pero tampoco la posibilidad real y que el gnóstico celebra de que Jesucristo sea el hijo de Dios. Efectivamente, el gnóstico piensa que para ser hijo de Dios y poderse igualar a los hombres, Cristo debe compartir con ellos todas sus características y la primera de ellas no es otra que estar atado, preso como los hombres a este mundo material. Y es en este sentido que el gnóstico no niega ni que María haya sido fecundada por un Dios ni que Cristo haya nacido del abrazo entre ambos, pues éste no es, en realidad,

¹⁵ Vattimo, Gianni. **Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso.** op.cit, pág., 78

un problema de interés –como sí lo es para el judaísmo y el cristianismo– para el gnosticismo. Porque, en realidad, aquello que es motivo de atención para el gnóstico es la llegada de un hombre que ha conseguido trascender, otorgar un sentido -el cual ya había sido donado implícitamente por el creador- a la caída adánica. Un ser humano que, a través de la constrictión que supone estar encerrado en un cuerpo, logra otorgar un mensaje y un ejemplo oral, vivo, presente de cómo el hombre puede perdurar, ser eterno, precisa y únicamente gracias a la lucha contra aquello que se niega a ser, que sabe y recuerda que en realidad no es: las tinieblas del mundo material. Y que es capaz de mostrar el inmenso amor del creador al ser humano y cómo el ser humano no puede y ha de diferenciarse de Él, en la medida en que es capaz de realizar un sacrificio, donar su vida, -lo mejor y lo único que tiene- mediante un ejercicio de suprema libertad, que permite a los hombres recordar, reintegrarse con aquella luz divina primera de la que proceden.

Pues es claro que para el gnóstico todos llevamos la luz del primer creador, como Cristo abrazada en nuestro seno y corazón. Y, por tanto, el gnóstico -que no puede leer sino entre líneas el Antiguo Testamento judío para observar en qué medida el pueblo hebreo cayó bajo la tentación de apropiarse de la palabra de Dios y pudo, sutilmente, reformarla en un proceso que, más tarde, seguirá el cristianismo– sólo puede ver en la presunción judía de que su Dios es el único y verdadero Dios un testimonio preclaro de cómo el mundo de las tinieblas es capaz de enraizarse en el corazón de los hombres, dominarlo. Porque ese Dios que nadie puede ver y cuyo ojo está sutilmente dispuesto en forma de bóveda en las iglesias cristianas, señalando la imposibilidad que sus fieles tienen de escapar de él y que los vigila incluso en el momento de la confesión o del más íntimo rezo, en la medida que necesita ser considerado único Dios ha de ser tomado, como ya hemos dicho, un impostor: el terrible Yaldabaot. Sin embargo, en la medida en que el texto bíblico pueda ser reconstruido, pueda ser leído apócrifamente y verificado con otros testimonios, el gnóstico no tiene problemas en reconocer que esa voz diabólica que habla a su pueblo bajo el nombre de Yahvé, en muchos momentos, refleja un testimonio esencial para comprender los misterios de la divinidad y cómo la misma va grabando sus mensajes en las páginas abiertas de los libros que los hombres califican como

sagrados. Y por estos motivos, se comprenderá que el gnóstico, que repite el mismo procedimiento realizado con la cultura judía para leer los evangelios de los Apóstoles, busque en los evangelios apócrifos aquellas verdades relevantes dichas por Dios a los hombres y que, sutilmente, pudieran los sacerdotes de la religión cristiana haber eliminado o transformado en sus discursos. Porque el gnóstico no se rebela contra Cristo sino que observa que, a través de la versión evangélica de la pasión y muerte de Cristo y la negación radical de la sexualidad de María, en realidad, el hecho emitido, elidido -¿quién engendró a Cristo?- permite al cristianismo tomar venganza contra el judaísmo, separarse de éste (cuando, en realidad, implícitamente lo continúa) y, de esta manera, conseguir instituirse como nueva religión de lo único. Es decir, el gnóstico es un ferviente admirador y creyente en Cristo. Pero lo que denuncia es la conjura realizada por los sacerdotes, fieles y regentados de la religión cristiana, su versión interesada de la pasión de Cristo que busca -como más tarde harán sus iglesias y catedrales- acabar con el imperio de Yahvé, del culto judío en Jerusalén, lo que tiene como último fin eliminar a este Dios -en la medida de lo posible para siempre- para presentarse como única y verdadera religión y poder no sólo llegar a gobernar esa Jerusalén en la que se encontraban atrapados por el Imperio romano, sino el mundo. Y es por ello que el cristianismo deviene religión del diablo pues al final acaba respondiendo a los dictados del reino de Yahvé o de cualquier Dios material instaurado como único. Y lo hace construyendo la insólita metáfora del espíritu santo que niega -lo que en el libro bíblico sería una continuación lógica de la historia- la posible paternidad de Yahvé sobre Cristo. Con lo que, inconscientemente, no sólo da razón a los judíos para quienes su Dios había de encarnarse en materia para fecundar a Cristo propiciando que el judío -más tarde errante- se niegue a dar agua a aquel que se considera hijo de un Dios que no ha mostrado ni su cuerpo ni rostro a nadie, sino que, a la vez, está ayudando a construir, a edificar la cultura del libro de la que tanto desconfiaba Platón en cuanto podía ayudar a acabar con la memoria de la humanidad. Es decir, estaba comenzando a justificar el genocidio judío realizado por tantos hombres llamados cristianos y, al mismo tiempo, estaba ayudando a configurar la tipología de un ciudadano olvidadizo, incapaz de recordar quién fue y que -confiado en la verdad de la palabra de sus sacerdotes- no será capaz de contrastar la oralidad de las historias

que recibe a través del tiempo con el texto escrito, en cuanto éste es sagrado, es palabra de Dios y quien lo traicione ha de morir. Irremisiblemente. Ya lo decía San Pablo: Sin remisión no hay sangre. O, como ha dejado expresado magníficamente Girard en nuestro siglo, la violencia y lo sagrado van ineludiblemente unidos desde los primeros testimonios escritos y religiosos que un culto, una religión nos legara.

Continuando con la cuestión gnóstica que, como más tarde veremos, ya nos dejará perfectamente abierto el camino para penetrar en la obra de Sábato sin vacilaciones, es necesario, a la vez, entender –lo que, por otra parte, debe haber quedado ya claro- que el gnóstico no considera casual el nacimiento de Cristo. Todo lo contrario. Lo considera como parte de un plan divino y secreto del verdadero creador de esta existencia, que designa un elegido, un hombre entre todos los hombres, para realizar su misión. Y es en este sentido que el gnóstico entiende que no hace falta que Cristo sea engendrado por Dios alguno. Pues al ser el hombre una criatura cuyo espíritu es divino su simiente ha de extenderse por las distintas generaciones. En este sentido, el padre real de Cristo sólo puede ser José. Él es quien fecunda a María con la semilla que el creador quisiera a través de su soplo divino imponer al primer hombre y que habita en el corazón de los hombres y sopla como nunca cuando se reúnen en abrazo amoroso. Y esta revelación llega a los hombres gracias al recuerdo. Porque Cristo es quien recuerda, como pone de manifiesto que no necesite jamás escribir una sola palabra de lo que dice. Y aquello que recuerda es el amor, la libertad con el que fue creado la más querida criatura de Dios: el hombre.¹⁶

Y es por ello que, a pesar de sus semejanzas en cuanto a su doctrina, el gnóstico y el protestante se encuentran muy alejados en cuanto a que el segundo necesita hacer constantes pruebas de valía a través de sus negocios, profesión y comportamiento para demostrar que es digno merecedor de retomar el mensaje de

¹⁶ Idea fundadora del cristianismo que, como pone de manifiesto Elen Pangels, el gnosticismo lleva a su último fin y ulterior significado: “Los cristianos no iniciados adoraban equivocadamente al creador, como si fuera Dios; creían en Cristo como aquel que los salvaría del pecado y que había resucitado corporalmente de entre los muertos: lo aceptaban como acto de fe, pero sin comprender el misterio de su naturaleza... ni de la suya propia. Pero aquellos que habían recibido la gnosis reconocían a Cristo como aquel que había sido enviado por el Padre de la Verdad, cuya venida les revelaba que su propia naturaleza era idéntica a la suya y a la de Dios”, en Pangels, Elen. **Los evangelios gnósticos**. op.cit, pág., 167.

Cristo, mientras que el primero -en una práctica de inevitables resonancias orientales, budistas o que puede remitir a algunas de las actividades que realizaban algunos de los fieles creyentes de los cultos aztecas- sólo necesita meditar, replegarse sobre él mismo para llegar a recordar. Lo que explica, a su vez, que Sábato utilice el gnosticismo como una manera de conectar con el ojo interno del hombre que es donde ha de encontrarse su espíritu, el ojo divino real, y no en la mirada que pueda realizar al mundo de las apariencias, la realidad material en que se encuentra atrapado el hombre y que, en verdad, no puede hacer otra cosa -en la medida en que considere que este es el verdadero mundo y realidad- que cegarle. Pues esta y no otra, es la manera, la forma utilizada por Sábato para identificarse, construir un canal de comunicación con el hombre del “mitos” que despierta y vive una vida pacífica, sagrada, en compañía de todos sus hermanos en cualquier ciudad del mundo, sin necesidad que ésta se llame Jerusalén. Aunque la misma se llame Buenos Aires, Córdoba, Rosario, etc... Y para, a su vez, conseguir proteger espiritualmente al ciudadano de su patria del ataque feroz, indómito del ojo demoníaco de Yahvé en forma de dictaduras político-económicas o militares, o cualquier otra onerosa circunstancia.

Así se entenderá, y gracias a esta mirada interna, lumínica que nos saca del agujero sin fondo del olvido y nos mece en las benditas aguas del recuerdo, que Cristo no fue único porque todos los hombres son el Cristo. Y no resultará difícil desde el punto de vista de un emigrante argentino, identificarse entonces con aquella historia que lleva a José y María a realizar un recorrido por caminos extraños para conseguir que su hijo nazca al fin en un mundo en que Herodes decreta el fin de la existencia de los inocentes. No lo puede ser, si observamos que el Cristo -el inocente consciente- nace en un lugar humilde, rodeado por terneros, ovejas, una vaca y que el poder omnímodo de la Argentina, -decretando el eterno retorno de lo mismo, del horror- no dudó en sacrificar cuando fue necesario para sus intereses a seres humanos como aquellas vacas y terneros de cuyo comercio, de cuya muerte y sacrificio hiciera negocio, levantando su enorme Imperio económico basado en el comercio de la carne, de lo material. Pues, efectivamente, como ya apuntamos anteriormente, Cristo es el perseguido como Caín pero, si bien Caín, aún empujado a su asesinato por

Yahvé había traicionado la ley del hombre y de Dios, la pregunta y el rezo que se eleva por toda la obra de Sábato no es otra que la siguiente: ¿a quién había matado Carlos o el padre de Carlos, por qué injusta ley se encontraban ellos perseguidos por la estulticia y la pobreza en una tierra extraña entre extensos campos, cientos de vacas y corderos como Cristos condenados a morir en el matadero argentino sin haberlo merecido?¹⁷

Por tanto, es a partir de estas reflexiones como hemos de adentrarnos en el héroe sabatiano, en aquel indefenso y anónimo hombre perdido que transita su tierra, en aquel Carlos que, contra su voluntad, tendrá que tomar conciencia del tiempo y la caída en la tierra americana y acabará transformado en Caín sangriento. Pues es desde el cainita Carlos desde donde debemos comenzar a trazar una línea progresiva y ascendente en el trasvase Caín–Cristo que nos conducirá irremisiblemente al sí, iluminado pero también ciego hombre cainita que es Castel y de ahí, al hombre en busca de la verdad, Martín, y las víctimas sacrificiales de **Abaddón el exterminador** como contrarréplica de Fernando Vidal Olmos y los distintos antihéroes, hombres pertenecientes a la secta de los ciegos, del mal y la materia que intentarán que este camino (Caín–Cristo) no pueda ser realizado en la nueva tierra y país que poseen: Argentina, América.

Y es a partir de aquí como comenzamos a introducirnos en el momento en que Carlos sale de su habitación, del castillo y templo del Vaticano construido en relación a su madre y origen, y comienza a sumergirse en la realidad del otro castillo construido en América por el cristianismo, la realidad de esa Buenos Aires que recibe el nombre de aquella virgen, mujer (María), en que se soñase amparado y donde pensase olvidar por unos instantes su condición. Es desde este lugar, como empezamos a recorrer la mirada de esa tierra -vivenciada como una prostituta que no

¹⁷ Y, en este sentido, lo que realmente interesa a Sábato de Caín es su rol fundador esencial para marcar la travesía de lo humano, como ha destacado Edith Wolf, en *Les figures de l'ambigüité* en *Caín*, op.cit, pág., 42, pues su gesto terrible y despiadado y su rebelión ante su tremenda indefesión sin embargo “permite(...) a los humanos saber sobre qué territorio residen y dónde comienza el dominio de el Otro”, el límite que no se ha de cruzar jamás si no se quiere desembocar en una espiral mortífera. Es decir, muestra el lugar mental donde jamás hay que arribar y desde el que comenzar a construir una civilización, una cultura o un hombre que pueda evitar la falta y hacerse y construirse a partir del don, del presente.

concede el amor añorado de la madre original- que será Argentina y bajo la que los sacerdotes de Yahvé han extendido sus dominios, como Carlos comprenderá progresivamente.

De esta manera, Carlos irá introduciéndose poco a poco en los recovecos ocultos de la historia argentina y descubrirá inocentemente, casi sin pretenderlo, que de la misma han sido exterminada sus verdaderos hijos, la raíz indígena. Y, por tanto, que quienes habitan esta tierra ahora -como él y su familia- son unos impostores, unos extranjeros, celebrantes de una vida construida a partir de la muerte y la ausencia que, una vez ausentes, asesinados, sus habitantes originales, no ofrece las condiciones necesarias para que la vida pueda ofrecer el necesario magma plural que lo convoca. Le dirá Carlos a su madre: “¿ahora no hay indios? –No (...) –Entonces los indios eran gente mala. (...) –Así parece, hijo mío”.¹⁸ Asistirá al parto de una historia parcial, demonizadora y denigrante para el aborigen bajo la cual, sordamente, irá empezando a entrever la mirada airada y la espada sangrienta de Abel matando a las madres, las diosas de aquel perdido rincón de América, injustamente presentado como un héroe descomunal: “Dicen que venían y mataban a todos los que encontraban a su paso, (..) o se llevaban presos para hacerlos trabajar como esclavos. -¿Así que ese señor era más fuerte que los indios? Debía tener una fuerza bárbara”,¹⁹ escuchará casi sin querer en sus paseos infantiles por el barrio, la población que habita.

A su vez, y debido a que los trabajos forzados de la emigración²⁰ propician que su padre esté continuamente ocupado en su trabajo, eternamente ausente (como el sempiterno padre del tango o aquella España cegada en lucha fraternal), comenzará la búsqueda de un signo, un símbolo paterno que le permita encontrar una orientación, un rumbo, le ofrezca un destino y una heroica identificación, que pronto encontrará en San Martín, en la exaltación que de esta figura se realizará en la escuela: “A Carlos le gustaba mucho una figura del libro de Tonio, donde estaba San

¹⁸ Sábato, Ernesto. **La fuente muda**. op.cit, pág., 48.

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Que intuimos pudo comenzar a producirse bajo la sombra del padre borracho de su madre

Martín viejito, pensando y pensando en su patria, con la cabeza apoyada sobre un puño, mientras de su cabeza salía una especie de humo”.²¹

Sin embargo, en contra de su voluntad, deberá aprender la desmitificación, la triste suerte del héroe del país. Deberá observar cruentamente el hueco vacío que su muerte dejó a un país necesitado de símbolos y en el que su rincón fue ocupado por apóstatas que jamás pusieron en riesgo sus vidas, lo que le irá educando en el culto a la desconfianza de los grandes relatos de la historia y le irán transmitiendo una sensación de país deshecho, falso, en el que son las familias de apellido anglosajón quienes, en realidad, extrajeron el beneficio de los héroes de la independencia argentina.²² Al mismo tiempo, se verá obligado a aprender que Bolívar (cuya empresa como la de otros héroes sudamericanos sus educadores querrán separarla de la de San Martín, ahondando en el aislamiento de las luchas de la Independencia de Argentina respecto a las que se desarrollaban al mismo tiempo en Hispanoamérica) sí pudo ganar un premio a sus esfuerzos al contrario que San Martín, quien, como todo aquel que obra por un destino común a la patria argentina, no tuvo otro premio que la soledad: “Bolívar no era un antepasado sino un general malo, porque Tonio decía que le había quitado el mando a San Martín y entonces San Martín se había ido a tierras lejanas y murió pobre y abandonado”.²³

Y es así, pobre y abandonado, sin encontrar una referencia o símbolo paterno bajo el que poder ubicarse, acunado bajo su proverbial soledad, desconfiado de sí mismo, como Carlos aprenderá a rehuir de la ética del trabajo, auscultando los motivos reales a través de los que, por ejemplo, sus vecinos pudieron hacer fortuna. Irá comprendiendo, como en los tangos de Goyeneche, que la vida es un oscuro transitar hacia ninguna parte en el que sólo los fuertes y los seres capaces de

²¹ *Ibíd*, pág., 49.

²² Así, por ejemplo, para el viejo Sullivan “fuera de la guerra de la independencia, no había que creer en ninguna”, asunto que va a hablar a la vez del solipsismo intelectual y vital del nuevo país al que debe enfrentarse, mirando eternamente hacia las patrias de origen como en el caso de los emigrantes o como, en este caso, hacia aquella idealizada batalla de la Independencia que, en realidad terminó con muchos de sus más nobles baluartes en el destierro, sometidos a la voracidad económica que, en realidad, las luchas despertaban, en *Ibíd*, pág., 65

²³ *Ibíd*, pág., 49.

imponerse a las circunstancias de la vida a través de una ética de poder (el rostro de Abel) pueden prosperar en un país en el que su destierro les invita a vivir una insostenible situación, túnel de insondables dimensiones.

Más aún, cuando no le será posible encontrar el amor. No podrá vincularse de ninguna forma –ni con la mujer indígena inexistente ni la occidental- con aquella tierra nueva que venía a sustituir el abrazo de la madre tierra original: Eva. Como comprenderá cuando -escondido y observando a su adinerada vecina de la que está enamorado- realice un dibujo de ella, feo, taimado, en el que no habrá un solo trazo firme (signo de la ausencia de dirección paterna) bajo el que comience a atisbar asustado, indignado, a la ruptura del sueño maternal de pureza que unía a la Virgen y su madre. Comenzando, por tanto, a revelársele la verdadera historia vivida por su familia, una historia de expulsión, de hombres caídos como Adán del paraíso. En definitiva, comience a profundizar en el signo del destierro cainita que él, como toda su familia, lleva grabado metafóricamente sobre su rostro: “Y el dibujo era tan feo, tan feo como todo lo de ellos, como sus alpargatitas, como el patio de tierra de su casa, como la mesa donde comían y (...) pensó también en su madre y se quedó espantado, casi sin respirar”.²⁴

Como consecuencia lógica de este acto, será en contacto con su madre –a quien se dirige cuando esta realidad amenaza asolarle eternamente– que deberá finalmente abandonar sus sueños de purezas, salir del útero de ideal pureza con que los signos cristianos habían guarecido su tierna cabeza de infante. De hecho, la profesión de su madre será significativamente lavandera²⁵ –ocupación con la que parece querer borrar la mancha inextinguible de la culpa, la caída, el exilio familiar, obtener la gracia a través del esfuerzo y el trabajo que le permita volver a obtener un nuevo nombre en la Argentina- y bajo el signo de esta forzada ocupación, le referirá a Carlos su pena por haber sido desterrada para siempre de la edad de oro, paraíso irreal del espacio europeo: “porque este mundo es tan feo y tan duro y también por

²⁴ *Ibíd.*, pág. 52.

eso se debe haber muerto mi madre (...) ella que había vivido entre sedas y de pronto tener que trabajar y vivir pobremente”.²⁶ Lo que provocará en Carlos el trauma definitivo que le lleve a tomar conciencia definitiva de su vida castrada: “Oía cómo su madre lavaba y lavaba a un costado, oía el ruido que conocía tan bien, el ruido del agua al caer sobre la ropa y el ruido del fregado (...) Y sintió que las lágrimas le caían por la cara”.²⁷ Es decir, que en realidad, no siendo hijo del espíritu ni habitando reino alguno original, sometido como tantos emigrantes argentinos no sólo a la primera caída que sufriera el padre Adán sino a la más terrible segunda caída americana, su signo no era el de Cristo sino el de Caín.

Y es, de esta manera, como se enfrentará, al fin, a quien no podrá menos que considerar el único culpable de su destierro, el odioso e inmiserecorde Dios cuyas preferencias inalterables no sólo le robaron la primera madre simbólica buscada sino la nueva tierra deseada, en manos de los oligarcas argentinos, aquel Dios que su madre le confiesa que “puede ver todo, aunque no esté a la vista”:²⁸ Yahvé. Aquel Dios que, desde su infancia, Carlos intuye que “nos está castigando por algo”²⁹ y contra él que se rebelará, repitiendo la conducta ya tenida por su padre anteriormente (de todos los hijos de Caín), e incluso por el paciente Job dispuesto a dejarse morir entre lágrimas y sufrimientos sin fin por elevar su nombre. De este modo, igual que el padre ante la pérdida de uno de sus escasos y esclavizantes trabajos dijera “que Dios era una basura y que era injusto con los pobres y que estaba siempre de parte de (...) los ricos”,³⁰ Carlos repetirá el exabrupto tradicional, el grito más socorrido y necesitado de auxilio de todos los hombres cainitas: “Dios (...) es malo e injusto”.³¹ Comenzará a cegarse, a dejarse dominar por la rabia y al tiempo que se identifica con

²⁵ Exactamente, nos dice Jung que “El “lavar” está vinculado con la purificatio, con el bautismo y también con el lavado del cadáver”, en Jung, C. G. **Psicología y simbólica del arquetipo**. Traducción de Miguel Muráis. Editorial Paidós. 1982. Barcelona, pág., 114.

²⁶ Sábato, Ernesto. **La fuente muda**.cit, pág., 54.

²⁷ *Ibíd*, pág., 53.

²⁸ *Ibíd*, pág., 56.

²⁹ *Ibíd*,pág., 57

³⁰ *Ibíd*, pág., 59.

³¹ *Ibíd*, pág., 59

el padre humillado quien no dudara en insultar “a Dios y a la Virgen y también a Jesús. A todos (...) a todos”,³² comenzará a ser devorado por las tinieblas, al tiempo que planea su venganza contra aquellos hombres que, en nombre de Dios, han propiciado su posible injusticia.

Y serán las palabras vengativas y aparentemente sin resonancia de Carlos en aquella tierra baldía que diría T.S. Eliot -donde comienzan a llegar sordamente noticias del primer y apocalíptico conflicto mundial entre los países de Occidente de los cuales él y su familia fueron desterrados- la última expresión que resuena en la corta e inacabada obra de Sábato antes de sumergirnos en el sueño último de Carlos, que lo despertará abrazado al recuerdo de los cánticos de esa infancia, aquel tiempo de pureza, que ya no volverá más.

Sueño que le acometerá, intentando penetrar en aquel oropel de riqueza y belleza del caserón de sus vecinos (Abel) y contemplar a su enamorada henchida de luz y, bajo el quedará certificado, cerrado su destierro y entrada en el mundo del exilio. No es extraño entonces que -dado la simbología negativa con la que no sólo el cristianismo sino tantas otras culturas han mostrado a la serpiente y debido a la interpretación que del Génesis realiza la iglesia católica ortodoxa- Carlos comience a visualizar su caída, su entrada en la vida americana como una verdadera pesadilla entre la que se abre paso a través de tinieblas -signos del mundo material cegado para los gnósticos- y serpientes.³³

³² *Ibíd.*, pág., 58.

³³ Teniendo en cuenta algunas de las acepciones que de la simbología de la serpiente recoge María Rosa Lojo en su estudio de la obra de Sábato, en concreto, la que nos interesa para este apartado de **La fuente muda**, sería el que la “relaciona con las aguas, materia original donde laten los gérmenes de la vida y de la disolución” y “la importante relación de la serpiente con la sexualidad, que le hace atributo de las grandes diosas madres, símbolo y causa de fertilidad”, que en el sueño de Carlos van a desplegar su poder metonímico en relación a la falta que la va su madre, su pecado original, que le desengaña de la pureza de su madre y le muestra los atributos de la sexualidad, del mal; su profundización en la materia tan temida por el maniqueísmo, una vez que no se ha podido disolver en las aguas originales que ofrece la primera conjunción maternal como deseada. En Lojo, María Rosa. *La mujer simbólica en Abaddón el exterminador* en Revista Iberoamericana. Núm. 158. (enero-marzo 1992), pág., 187. Siguiendo con esta idea, como ha destacado Edith Wolf en su artículo *Les figures de l'ambiguïté en Caïn*, op. cit, pág., 36, en un razonamiento muy interesante, es inevitable referirse a las distintas lecturas mitológicas que se han realizado del engendramiento de Caïn en la medida en que no podemos dejar de asociarlas con el porqué de este sueño y el

De esta manera –y una vez que entiende el habitar la tierra argentina desde la condición cainita como desgracia– es normal que se nos refiera en la narración del sueño que Carlos “no sentía ninguna alegría por estar en esa tierra tan bella y al contrario sentía una especie de tristeza y un dolor en la garganta”. Todavía más, si se comprende la actitud que en el sueño “los señores que manejaban la ley” (Abel) tendrán hacia él, “hablando y riéndose como si no existiera”, lo que no les permitirá escuchar “su gritito de pájaro herido”,³⁴ enfrascados como están en el recuento codicioso de sus posesiones disfrutadas: “los señores que tenían el mando” únicamente “conversaban y reían”.

Pues este sueño, pesadilla hecha realidad, le llevará a comprender definitivamente la imposibilidad e importancia que sentirá su madre al no poder borrar la falta y le conducirá finalmente, como anteriormente hubiera sucedido en la realidad, a vincularse a la furia, a su condición cainita para poder resistir a esta realidad: “Había visto que su madre estaba lavando sin levantar la cabeza ni miraba hacia donde él estaba, él sabía que estaba llorando silenciosamente porque él era malo, pero lo que más pena le daba era que su madre no lo miraba ni le echaba en cara su maldad, sino que seguía lavando para que a él no le faltase de comer y lo más horrible fue que él pasó delante de ella y siguió y se internó en el bosque sin volver la cabeza, para no ver a su madre lavando, y entonces sintió rabia contra ella porque no se quejaba ni lo llamaba”.³⁵

alumbramiento de la condición cainita del héroe sabatiano. Según estas lecturas, el nacimiento del mismo se produciría así: “Eva, todavía virgen, es seducida por la serpiente y se ofrece a ella. Ellos conciben un niño que ella llama Caín. Pero la serpiente es un amante brutal, y el acoplamiento, tan violento como una picadura. Eva sangra porque ha perdido su virginidad pero, al mismo tiempo, la picadura de la serpiente ha desencadenado sus primeras reglas. Como esta prohibido concebir durante las reglas de la mujer, el niño portará unas señales infamantes: el será leproso y pelirrojo, características que, según los prejuicios unidos a esta tradición, son propios de los judíos.” Y como todo leproso y sus supuestos descendientes, tendrá que vivir al margen de la sociedad, marcado y excluido, como un verdadero muerto viviente.

³⁴ Aspecto este de su sueño, su transformación en pájaro, que volveremos a encontrar de manera similar en **El túnel** con connotaciones similares aun en una situación distinta que le conferirá otro significado dentro del desarrollo evolutivo de la obra de Sabato.

³⁵ Sabato, Ernesto. **La fuente muda**. op.cit, pág., 62.

Rabia y desasosiego que, únicamente, se soliviantarán en el momento en que su vecina (un último sustituto ideal de la madre oral-ausente, Eva) lo encuentre dormido y “horrorizada ante la idea de que el niño se desesperase (..) en casa extraña, en brazos desconocidos”, lo lleve a casa de su madre real, permitiéndole a Carlos encontrar “una esperanza a su pena” (...) “como cuando la madre lo dormía antes, con su canto”.³⁶

Canto contra el olvido -preludio del tango que bien seguro bailará solitario en compañía de otros tantos hombres desengañados como él frente a los burdeles- que es el último sortilegio a través del que Carlos puede enfrentar una mirada valiente a la vida. Y que, como dijimos antes del tango, -por ese poder, resorte oculto que tiene la vibración musical- es la definitiva constatación de la caída pero, a la vez, un signo último que le advierte de un remoto origen hacia el que si tuviera el valor suficiente podría llegar. Pues este es el profundo y remoto confín que esconde el hilo y el sonido musical: mostrar sin recoveco alguno nuestro desamparo para, a partir de él, comenzar a gnosticizar, recordar, intentar alcanzar el lugar original de donde procede esa voz, esa nota musical que -por más belleza que contenga en la tierra- nunca jamás podrá igualarse con la nota original. Aquella que Dante quisiera entrever sin poder llegar jamás a expresar entre los labios de Beatriz al pronunciar su nombre.

Sin embargo, Carlos, la nación argentina, aún no se encontrará en disposición de terminar ese viaje. Al contrario. Pues, tal y como lo muestra Sábato, él está en el principio del mismo. Comenzando a ser un asesino cainita incapaz de conceder un gesto de piedad a su hermano. Por tanto, penetrando en el interior de uno de aquellos círculos infernales en que Dante pudiera observar compungido cómo los hombres se animalizaban, perdían la conciencia de sí, debido a los castigos que deberían sufrir para purgar sus asesinatos.

Y es así que comprenderemos, sin necesidad de asistir a este momento, que Carlos ingresó en el comunismo (falso, irreal reino de Cristo) en la medida que este movimiento prometía acabar con la injusta situación vivida en su infancia, la

³⁶ *Ibíd.*, pág., 65.

igualdad entre los hombres, abolir las diferencias de clases que, como observamos, en el país argentino eran enormes. Que ha sido en el comunismo donde quisiera encontrar aquella tierra prometida que un día pudieron asegurarle a sus padres que encontrarían en Argentina y que ha sido en este espúrio sueño donde ha sublimado su frustración de arraigarse en esta nueva tierra y su deseo de unirse sexualmente con ella. Una frustración que lejos de aplacarse se va a agrandar más porque en la medida en que el comunismo no respetaba la diferencia individual que cada hombre por ser hijo de Dios porta dentro de sí, en realidad estaba ayudando a profundizar más en esa grieta abierta por Occidente, la sociedad burguesa, las distintas dictaduras argentinas que buscarían, ayudarían a construir lo que Sábato llamaría en uno de sus ensayos, el “hombre masa”. Por tanto ayudaba a esclavizar al hombre, a robotizarlo y deshumanizarlo (recordemos los regímenes de Mao, Stalin, de Corea), como, por ejemplo observara con claridad Berdiaev, en la medida en que el socialismo era una “sociedad fundada (...) sobre la disociación, la dispersión, el alejamiento de los seres”,³⁷ sobre las necesidades materiales y terminaba por enfrentar al hombre con aquello de lo que huía, contra lo que, aparentemente, luchaba.

Pues, como ha expresado con claridad Joao de Scatimburgo, el radical ateísmo³⁸ del comunismo se funda, a partir de la falta enojosa y jamás pronunciada que, precisamente, intentara lavar la madre de Carlos en el trabajo y contra la que éste se rebelara impiadosamente. Nos dirá Berdiaev: “El socialismo marxista define hasta el final la naturaleza social como sometida a las condiciones de pecado y adaptada a las necesidades del reino del César”.³⁹

³⁷ Berdiaev, Nicolás. **El sentido de la creación**. op.cit, pág., 348.

³⁸ Señalará Joao de Scatimburgo en su férrea crítica al comunismo: “Desterrando a Dios de las conciencias, transformando las iglesias en garajes, oficinas o museos, los comunistas sumergieron las naciones por ellos dominadas en la tenebrosa noche del abandono de las leyes naturales, que rigen el comportamiento social del ser humano. Para Marx es imaginaria la protección de lo alto, de la religión. Dios pasa a ser una ficción en ese temporalismo exacerbado, que se empeñó en la crítica de la religión, esa vía que, en el marxismo, conduce al ateísmo. Aventuraba la doctrina, perversamente destructora, que en el mundo moderno no hay lugar para un Creador o un Ordenador”, en Scatimburgo, Joao de. **El mal en la historia. Los totalitarismos del siglo XX**. Traducción de José Pinto Montanillo. Editorial Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 2003, pág., 89.

³⁹ Berdiaev, Nicolás. **El sentido de la creación**. op. cit, pág., 349.

Por tanto, el comunismo socialista -como pudiera observar un Sábato que creyó como tantos hombres poder luchar desde él contra el tremendo poder totalitario de Abel en su país- es un movimiento que ahonda aún más en la caída y no permite el trasvase Caín-Cristo anunciado en toda teleología de la redención. Al contrario. Es la imagen de la caída misma. Utiliza el lamento de Cristo en la cruz, su desgracia, para sobornar, tentar a Caín con el fin de que éste levante su brazo acusador al cielo por un presunto amor a los seres humanos y ánimo de justicia contra todos los que él sienta protegidos por aquel que todo lo ve: los acumuladores de materia que es, el fondo, lo que realmente se ansía desesperadamente poseer.

Y en la medida en que la vinculación de Carlos -que siguiendo con el determinismo de la teoría nominalista recibe el nombre del fundador de este movimiento, Karl Mark- y otros expatriados, desfavorecidos del país, del mundo, a este movimiento se ha forjado a partir del resentimiento, es un instrumento de cólera, de odio, que va convirtiéndose en un “demonio” (otro de los integrantes del segundo demonio que lucha al primero, el poder armado, dictatorial, para Sábato). Demonio cainita que se iguala al demonio abélico y que ahonda en la honda llama del caos pues unifica en una masa difusa a los regentadores del poder y las masas de individuos oprimidas por su totalitario poder económico y político. Lo que demuestra, por tanto, que, en realidad, lejos de poder derrotar al Dios odiado que desterrarse al hombre a su condición de exiliado, se continúa estando bajo los dominios de Yahvé, como supiera observar Berdiaev:⁴⁰ “Si el socialismo no experimenta más que desprecio y odio para con la burguesía existente, es porque querría reemplazarla por una especie de burguesía universal” al “est(ar) sometido también al código del Antiguo Testamento, a ser abrumado por el pecado no recatado en la misma medida que todas las sociedad antiguas”.⁴¹ Porque, en definitiva, acaba actuando con las mismas armas y medios a través de los que injustamente el poder abélico se erigió en señor terrorífico de las vidas de los hombres, llegó a considerarlos sus siervos, lo que

⁴⁰ Señala Ernesto Sábato sobre el movimiento comparándolo con su opuesto y enemigo durante gran parte del siglo XX: “Ni el individualismo capitalista ni el colectivismo soviético son soluciones verdaderamente humanas, puesto que el hombre no es un yo aislado ni un engranaje, sino un ser en comunidad con sus semejantes”, en **Heterodoxia** dentro de Sábato, Ernesto. **Obra Completa. Ensayos.** cit., pág., 181.

producirá una contradicción sin fin que, por ejemplo, conducirá a Carlos a un asesinato justificado por motivos difusos;⁴² es decir, se unifica con el demonio contra el que luchaba, se muestra tan furioso como éste, intenta derrotar al león a través de los rugidos de sus bombas terroristas, permitiendo inexorablemente que el diablo, el león e injusto Dios contra el que se luchaba posea ahora una justificación para su conducta que le permita seguir ejecutando su alienante gobierno y mandato tiránicos.⁴³

Por lo tanto –y esto ha sido observado con clarividencia extrema por Sábato siguiendo las lecciones donadas por Camus sobre los contenidos últimos de toda rebelión, revolución en **El hombre rebelde**– el comunismo es el lugar donde el resentimiento cainita puede obrar, al fin, su sueño, imponer su venganza al mundo que, tal y como Deleuze visualizara a este personaje, Caín, significa imponer su máximo deseo, “su prodigiosa visión”: “Dios ha muerto”.⁴⁴ Lo que no significa otra cosa que matar a Dios en el hombre. Mostrarle que él también puede morir. Que si el hombre es hecho a su imagen y semejanza siempre habrá una posibilidad de acabar con él, ya sea a través de la muerte de un hermano, nuestro propio suicidio o gracias a un combate perenne –como Jacob y el ángel- de ciento y una noches que detenga sus embestidas para poder demostrarle, decirle directamente, tal y como entendiese

⁴¹ Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación**. op.cit, pág., 343.

⁴² Dirá Carlos, antes de enfrentar la muerte de su compañero, poniendo de manifiesto todas las contradicciones de su enfebrecida lucha: “No es una venganza: los comunistas no se vengan. Tampoco es un acto de terrorismo ni de intimidación: los comunistas no preconizan el terrorismo. Es un simple acto de autodefensa proletaria”, en Sábato, Ernesto. **La fuente muda**. op.cit, pág., 34.

⁴³ Así, por ejemplo, el propio Marx en **El capital** ya señalaría el peligro que la actitud cainita, el acto criminal, provocaría para aquellos hombres que quisieran construir la revolución material preconizada por él. Así, nos dirá, en lúcidas sentencias que permiten comprender en qué medida el acto cainita ayuda a reforzar los mecanismos de poder de las sociedades donde habita el hombre revolucionario: “El criminal no produce más que crímenes: es él quien produce el derecho penal (...) El criminal produce todo el aparato policial y judicial: gendarmes, jueces, oficinistas, jurados, etc... y todas estas diversas profesiones (...) desarrollan diferentes facultades del espíritu humano y crean al mismo tiempo nuevas necesidades y nuevos medios de satisfacerlas. (...) Encontrando sin cesar nuevos medios de atacar a la propiedad, el crimen hace nacer sin cesar nuevos medios de defenderla. (...) ¿ (...)el mercado mundial habría nacido sin crímenes nacionales? ¿Y las mismas naciones?, recogido del artículo de Jean- Jacques Marie. **Le père des arts, des armes et des lois** en **Caín**, op.cit, pág., 62.

⁴⁴ Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. op.cit., pág., 115

Deleuze a Caín: "Esto por lo que pretendes superarme, tu dimensión de ser infinito y absolutamente exterior, esto que te pone fuera de mi alcance, absolutamente exterior, esto que te pone fuera de mi alcance, te mostraré que lo domino como hombre de poder que soy, puesto que también soy dueño de lo absoluto, e hice de la muerte mi posibilidad".⁴⁵

Porque Caín no es solamente un signo afín a Sábato por los sufrimientos que soporta sino por el crimen que comete y el último fin que los vincula: esa necesidad de poseer con tanta avidez de nuevo a la madre, Eva, de cuyo contacto fuera alejado que no pueden más que viciarle, encadenarle a la tierra, cegarle como al ciudadano de su patria aún más a su condición exiliada permitiéndole –como para Sábato la llegada de Perón pondrá de manifiesto- que pueda ser manipulado con más facilidad. Pues lo que, implícitamente, más teme Sábato y por lo que su primer personaje pensado, construido y trazado antes de Castel no fue otro que Carlos, un asesino cainita, no es sino que su pueblo se encuentre ya tan cegado que no sea capaz de recordar aquella historia que con tanta claridad podría retratarlo que, efectivamente, hubo de desarrollarse en el monte Calvario. Esto es, la historia de Barrabas y Jesús de Nazareth, Jesucristo.

En ella, como sabemos, Pilatos, el rostro del poder, sin atreverse a condenar a Jesucristo decide lavarse las manos, limpiárselas de rastro de sangre alguna, decidiendo adoptar una decisión salomónica: que sea el pueblo quien decida a quien se ha de crucificar y a quien se ha salvar, a ese judío anónimo, vagabundo y que había cometido un asesinato, Barrabas, o a un hombre que, en principio, no había cometido falta alguna más que la de plocramarse "hijo de Dios", Cristo.

De esta manera, ante el asentimiento y sonrisa cómplice de aquellos sacerdotes de Yahvé, Ainás y Caifás, el pueblo elige salvar a aquel cuyo nombre, Barrabás, ("hijo del padre", "hijo de nuestro maestro") ya expresa con claridad el trasfondo de la cuestión que, para Sábato, podría repetir, ha continuado tantas veces el pueblo argentino con su amor por aquellos hombres que, sin formar parte del poder

⁴⁵ Ibíd, pág, 42.

establecido acaban por burlar las débiles leyes argentinas, transformándose en ídolos, líderes y gobernantes de su pueblo.

Pues, en realidad, el pueblo judío, el país argentino al salvar a Barrabás–Caín, al elegir a aquel en quien pueden reconocerse y despreciar al Cristo, cuya inocencia únicamente puede producirles extrañeza, risa, en verdad están siguiendo los dictados, el plan secreto que los sacerdotes de Yahvé deseaban, y están demostrando que, en realidad, se reconocen no como hijos de Dios, sino como hijos del aquel “maestro” y “padre”, Yahvé, a través de los que el culto judío estableció aquella mítica matanza en la Jerusalén de Melquisedec. Matanza que, a través del tiempo que siempre retorna que es el del diablo, pues el del paraíso no vuelve jamás, volverán a cometer eligiendo la muerte de aquel hombre que blasfemaba en contra de su culto y que decía venía a prometerles, a traerles el reino de los cielos: la tierra original, paraíso perdido, abrazo de la madre Eva que Occidente perdió a causa del asesinato de Caín. Y Sábato ya temía o podía observar con agudeza que por contradecir al poder, por querer luchar contra su supuesto derecho divino, el ciudadano cainita de su patria acabara cometiendo la más terrible falta que desembocó en la muerte de Cristo: ubicar a uno de los suyos –sea quien fuera este– en el trono de la libertad, en el lugar del César, para así poder “enfrentar el poder arbitrario, que se dice de derecho divino, que se queda con lo nuestro, individual y colectivo, y nos impide gozarlo.”⁴⁶ que son los parámetros a través de los que Rozitchner concibe la lucha desesperada cainita. Es decir, temía la llegada de alguien como Juan Domingo Perón a la presidencia del país argentino.

Terminando ya con **La fuente muda**, y esta introducción al gnosticismo que propicia la obra de Sábato sabedor de que, al fin y al cabo, toda verdadera obra artística –ya sea la de Rimbaud, Sófocles o Valle Inclán– es una invitación a recordar, hemos de detenernos nuevamente en la escena primera que terminaba con la muerte del compañero de Carlos gritando desesperadamente el nombre de su madre antes de morir, lo que no ha de ser casual.

⁴⁶ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág., 412.

En realidad, como sugiere León Rozitchner en su enjundioso ensayo tantas veces mentado en nuestro libro sobre el agustinismo, en una interpretación que tiene mucho de gnóstica: “Todo hombre cuando muere desnuda la trampa en la que el pobre Cristo ha caído: “Madre mía, madre mía, ¿por qué me has abandonado? Serían las verdaderas palabras”.⁴⁷ Y si esto es en verdad así, que lo que se echa de menos es la tierra, el lugar donde se nace sin importar el padre, el gobernador que tuvimos, Cristo en la cruz no está pronunciando ni clamando por el abandono del padre, el colérico gesto con que Yahvé le cose a latigazos el cuerpo: está recordando. Recordando su antiguo romance con la madre tierra en un tiempo eterno y primero que eran luz y de la que poco a poco y conforme la caída se prolongaba en este mundo se ha ido apartando más. Morir, por tanto, no es perderla para siempre sino volver a recuperarla porque la madre tierra no pertenece a nadie sino a todos. Y si sólo muriendo es como recuperamos a la madre original que, en realidad, nunca se ha ido, es matando como, en realidad, nos continuamos apartando de ella. Pues todo asesinato –el de Carlos y el de Caín– como sugiere Frédéric Boyer es un festín de olvido, un baño de irrealidad en la que nos sumergimos a través de la sangre de la víctima para olvidar “lo que ha tenido lugar y que está delante de nosotros”:⁴⁸ la caída en el tiempo. Pues todo asesino –desde Caín– es un hombre lunar que intenta demostrar a través de su gesto que el tiempo de la palabra, de la historia no ha llegado todavía, nunca se ha producido y para ello se deja remover por la furia y la ira aboliendo todo signo solar, gesto racional, intentando conseguir su gran objetivo final: el advenimiento de un origen en que no estaban separados los elementos, cayendo irremisiblemente en la confusión, en lo oscuro.

⁴⁷ Dice León Rozitchner para justificar esta aserción: “La madre está marcada en cada latido suyo que circula animando nuestro cuerpo: nuestro corazón seguirá siempre latiendo al ritmo del que lo puso en marcha. Por eso la muerte de la madre es imposible y contradictoria, aun en lo imaginario más radical; si la matamos nos morimos con ella. A la madre no se la llora, porque siempre sigue viva; es la siempre viva. Al padre-nuestro primer semejante con el que nos identificamos-se lo llora siempre, porque en la suya lloramos nuestra propia muerte anticipada. Tal vez por eso para Freud la muerte, como anuncio anticipado de la propia, es un muerto, no una muerta. Es uno mismo el que me muere como el padre, porque somos hombres y no engendramos desde el cuerpo más que palabras, libros y promesas, penas y poemas de amor en prosa, para que ella nos quiera”. (...) Nunca nadie dice ante la muerte, de profundis, en serio: Dios mío, Dios mío, Dios-Padre allí no resuena como acogimiento postrero. Hay que luchar contra todos los poderes de dominio para reconciliarnos con lo que tenemos cada hombre, de materno. (...) la madre no muere nunca” en *Ibíd.*, págs., 55, 56 y 57.

⁴⁸ Boyer, Frédéric. *De Caïn á Dieu. “au bout d’un certain temps”*, en *Caïn*. op.cit, pág., 104.

Y, en este sentido, Carlos estaría absolutamente ciego. Sería el primer personaje cegado de Sábato. Nunca habría salido de la caverna de sombras fabricada en la habitación de su infancia y a través de la que, en realidad, intentando buscar a la madre robada, Eva, se negaría a observar a la madre donada: América. Estaría como, con tanta precisión definiría al hombre de Buenos Aires, Scalabrini Ortiz, “encerrado en sí mismo, como en una cueva”. Situado en el interior de un negro túnel, vientre de tinieblas de la ballena de Job, donde se encontrará como aquel Carlos pálido y abatido mirando a Buenos Aires con gesto apático, “solo, con su deseo ya tan confederado a otros que la ciudad entera se testimonia ante él”,⁴⁹ como muy bien pudiera haber añadido de él, otra vez, Scalabrini Ortiz. Negado a advertir que tras cada una de las víctimas de este mundo siempre se encuentra la esperanza marchita de Cristo llorando para que la Jerusalén prometida se haga realidad algún día, las matanzas en sus calles finalicen y el espíritu que lo engendró vuele con forma de paloma por sus calles indicando que ha llegado el momento del perdón, de la paz. Sin comprender, como señalara Foucault, que aquel origen buscado, reino perdido del que el hombre se aleja, pues parece “estar está preso en el interior de un poder que lo dispersa, lo retira lejos de su propio origen, (...) no le es extraño; no se asienta lejos de él en la serenidad de los orígenes eternos y recomenzados sin cesar, pues entonces el origen sería efectivamente dado” sino que “este poder es aquel de su propio ser”,⁵⁰ como indicara la gnosis.

Sin embargo, Carlos recordará. La última mirada que tengamos del Carlos adulto sea la de su soledad entre compañeros pero también la de su recuerdo, en busca de tiempo perdido, que se fue.⁵¹ En busca de la madre que se perdió. Y es este

⁴⁹ Scalabrini Ortiz, Raúl, **El hombre que está solo y espera**. Librerías Anaconda. Quinta edición. Buenos Aires. 1931. págs 45 y 47.

⁵⁰ Foucault, Michel. **Las palabras y las cosas**. op.cit, pág., 325.

⁵¹ Pues Caín para Sábato, muy en la línea de lo que ha pensado Frédéric Boyer, no es sólo “ la presencia–ausencia de Dios en el mundo humano, el mundo del trabajo, la presencia–ausencia de Dios en el mundo de la deuda y de la explotación del mundo, el mundo de la explotación del hombre por el hombre, las manos sucias, llenas de tierra y de barro”, ni tampoco únicamente “la presencia–ausencia de Dios en la falta de los hombres, en el miedo y la vergüenza, (...) la presencia–ausencia de Dios en el yo no sé de los hombres, en el pecado de los hombres, en el instante de la envidia y de la fractura, la división, entre los hombres”, sino ante todo “La presencia de Dios en las fronteras invisibles que guardan el lugar del amor y de la responsabilidad por el otro. Es la inesperada presencia de Dios entre el hombre y el

recuerdo de Carlos gracias al que Sábato, en una novela de desolación, ofrece una íntima esperanza y comienza a formular su retorno a la esencia de su patria, el encuentro con la luz caída del hombre, que habrá de proseguir lentamente, desde el desfiladero más angosto de un oscuro túnel, en el resto de sus obras. Un recuerdo que nace del grito de un moribundo pidiendo asilo a su madre. Y de la interrogación de Carlos sobre su propia madre. Sí. ¿Quién poseyó a la madre? ¿Qué falta lava la madre? ¿A quién lava la madre?. Preguntas todas ellas que Sábato intentará formular narrativamente en su siguiente obra, siempre en busca de la respuesta mayor: ¿dónde está la madre?, ¿cuál es la madre real, la de Argentina?

Acaso no casualmente, años después que Sábato forjara esta obra, la gran mayoría de los emigrantes, desheredados, que componían la Argentina encontrarán al fin, su ideal de madre buscada, María Eva Duarte Perón y el hombre que la germina, Juan Domingo Perón, que se ofrecerá al fin como el padre benigno que todos deseaban. Será entonces, bajo los auspicios con que Eva promete enmendar la orfandad de tantos hombres mostrándoles que esta tierra es suya bajo la mirada atenta de un Perón que promete perdonar la falta cainita a todos los oprimidos bajo el yugo de tantas dictaduras feroces, cuando Sábato comience a dibujar un personaje, Juan Pablo Castel, en trance de exponer un cuadro llamado *Maternidad* en una concurrida exposición, mostrando con el latir furioso de su corazón y sin, conscientemente, quererlo, el verdadero rostro oculto tras aquellas intenciones.

hombre”, que le conduce inevitablemente, según la gnosis, y una vez que con su gesto asesino ha querido imponerse, romper el yugo de Yahvé sobre su persona, a recordar quién es, de dónde viene y porqué acabó matando a su hermano Abel, siendo ambos hijos de la vida, de la divinidad, frescos frutos donados por la tierra para engendrarla. En Boyer, Frédéric. *De Caïn à Dieu. “au bout d’un certain temps”*, en *Caïn*, op.cit., pág., 107.

TERCERA
PARTE

LA

VOZ

DE YAHVÉ

III.1. EL ROSTRO DE YAHVÉ.

¿Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad fiel?

Tu plata se ha convertido en escorias, tu vino está mezclado con agua. Tus príncipes, prevaricadores y compañeros de ladrones; todos aman el soborno, y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda.

Por tanto, dice el Señor, Jehová de los ejércitos, el Fuerte de Israel: Ea, tomaré satisfacción de mis enemigos, me vengaré de mis adversarios; y volveré mi mano contra ti, y limpiaré hasta lo más puro tus escorias, y quitaré toda tu impureza.

Restauraré tus jueces como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel.

Isaías 1, 21-26.

Decía Octavio Paz en perspicaces palabras que “toda sociedad moribunda o en trance de esterilidad tiende a salvarse creando un mito de redención, que es también un mito de fertilidad, de creación. Soledad y pecado se resuelven en comunión y fertilidad”. Según el lúcido poeta y ensayista mexicano, esta necesidad del nuevo mito nace como respuesta a la “conciencia del pecado” en el que la sociedad vive y que se manifiesta en “el desamparo y abandono” en que gran parte de sus habitantes se encuentran que hace surgir “la necesidad de la redención”, al tiempo que “ésta engendra la del redentor”. Lo que provoca, inevitablemente, la aparición de “una nueva mitología y una nueva religión” y de una nueva sociedad que a “diferencia de la antigua” (...) “es abierta y fluida, pues está constituida por desterrados”.¹

Precisamente, como hemos ido progresivamente observando, estas palabras venían a ceñirse exactamente al estado de la decaída sociedad argentina de los años cuarenta del siglo XX y si de algo estaban necesitadas las masas fragmentadas que

¹ Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad.** op.cit, págs., 224, 225. De esta manera, “ya el solo nacimiento dentro del grupo no otorga al hombre su filiación”. Es decir, no basta con haber nacido dentro de una determinada clase como anteriormente para sentirse confortable y razonablemente seguro del rol a instituir en la sociedad y de que el posible dominio sobre los miembros de la misma sea, por tanto, convalidado. No. Ahora, supuestamente, su adscripción es un don de lo alto y debe merecerlo”, y en muchos de los casos le será adjudicado por la figura redentora. *Ibíd*, pág., 230.

componían este país era precisamente de una figura femenina de talante redentor a la que pudieran donar los atributos fundamentales de madre de la patria, que pudiera concederles una concavidad segura en la que resguardarse, habitar y vivir la Argentina. Se necesitaba una mujer carnal, forjada en el sufrimiento que había embargado a las clases desfavorecidas pero cuya presencia, a la vez, ofreciese el milagro de descubrir el velo de la santidad, engalanada con una espiritualidad telúrico-mágica que permitiera acrecentar la fe perdida en el destino sobrenatural del país.

Más aún, cuando las gastadas postales y los antiguos reliquarios a la Virgen María parecían más retales desprendidos de un mundo perdido para siempre (el país de origen), que no podían otorgar consuelo real frente al asedio salvaje de la dura vida cotidiana, que presencias y representaciones vivas a través de las que alumbrar las vidas en su continuo fluir.

Por ello, Argentina necesitaba a una madre que supiese amalgamar a las dos mujeres cuya semilla eterna había penetrado a la humanidad, Eva y María; las dos mujeres más importantes de las dos culturas de las que la mayoría del país descendían: la judía y la cristiana. Una virgen de pureza que no perdiese ni dejase de lado la sexualidad presupuesta a la primera mujer y que conjugase a ambas, sin denegar a ninguna de las dos, adaptándose al nivel de realidad, de deseo que solicitaba la libido imaginaria del país. Y, al mismo tiempo, se necesitaba un referente paternal cuya apariencia fuera benigna, cuyo abrazo alcanzase a todas los solitarios habitantes de Argentina necesitados de ser redimidos por el guiño cómplice de un padre juguetón, cariñoso y que, por una vez, estuviese de parte de ellos sin necesidad de fustigarlos, golpearlos con el látigo de su voz y sus gestos. Pues, en verdad, los hijos de Caín sentían hambre de ser gobernados, dirigidos, al fin por un padre que sin olvidar la severidad que se le presuponía pudiera resarcirles de su fracaso, absolverles su falta y noción de caídos, permitiéndoles mirar a Abel en condiciones de igualdad.

De esta manera, se estaba abriendo la puerta al advenimiento de aquella pareja que formarían Eva Duarte y Juan Domingo Perón que, en un principio, parecerían capaces de hacer realidad el ensueño de tantos hombres de la Argentina por encontrar unos bondadosos padres y una nueva religión viva que supiese plegarse a su realidad: el justicialismo.²

Ambos, Eva y Perón, consiguieron realizar -gracias a los simbolismos de su unión- una sorprendente síntesis de las antítesis y contradicciones de la cultura judeocristiana, forjando una inédita unión entre aquellas dos concepciones diferentes del ser humano que permitiría que pudiesen operar a la vez sin estorbarse mutuamente, y, por tanto, consiguiendo obrar un mensaje de dimensiones universalistas sin dejar de ser localista. Forjaron el sueño plural, el delirio antes nunca entrevisto del acceso de todos los hombres al resguardo del manto de la divinidad. Un ensueño donde todo era posible. Y en el que Yahvé limpiaba a las ciudades de su maldición y regalaba maná a todo el mundo. La fuerza del poder y la más desinteresada pasión del amor en una fórmula que no podía fracasar. Y después de siglos de dispersión, de cientos de años de represiones e imposibilitados para volver a la tierra de la que un día salieron para no regresar, los hijos de Caín parecían haber encontrado a su padre y madre y llantos y gozos se escuchaban en la Nueva Jerusalén. La esperada liberación de Babilonia y el nuevo pacto de Yahvé con su pueblo había de recomenzar.

Sin embargo, frente a los gritos victoriosos de su pueblo, al enjambre de aullidos lanzados al viento que siguieron a la liberación del encierro al que se vio

² Y es que en un país, como señala Sábato, donde un inmenso “descreimiento se producía (...) en las masas trabajadoras. Se les hablaba de libertad, pero eran encarcelados cuando iban a la huelga; se les hablaba de Justicia, pero eran encerrados sin proceso y torturados bárbaramente”, nada podían desear con más fervor sus habitantes que la llegada conjunta de aquel padre deseado que pareciera posibilitar al fin el amparo tutelar y disciplinar sobre la vida de los desheredados que fuera Perón y de aquella mujer que recogiera las cabezas preñadas de sufrimiento y las desnutridas manos de miles de emigrantes concediéndoles, gracias a su abrazo, un rincón espiritual y real, un albergue seguro en la memoria del país, que fuera Evita. Sábato, Ernesto. **El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo.** s.n. Buenos Aires. Segunda edición. 1956, pág., 12.

sometido Perón por las fuerzas político–militares de su país pronto se alzaron voces disidentes a su fulgurante toma de poder y dominio de la sociedad civil argentina.

Así, por ejemplo, Sábato no dudaría en considerar a aquel padre de la nación que se presentaba risueño y cosido a su sonrisa de comedor, masticador satisfecho del hambre vital o espiritual de la nación ante sus exiliados hijos, un impostado redentor, un hábil estadista que, amparado por el don de la oportunidad, supo aprovecharse de las circunstancias de guerra en medio mundo y las contradicciones internas del poder en la Argentina, para rodear su figura con un hálito de salvador que no era tal. Pues para Sábato, si bien un movimiento como el peronismo que consiguiera aglutinar a los desclasados en su entorno y al fin prometiera repartir la riqueza sobrante del país a sus integrantes era necesario, en verdad, lejos de permitir hacer evolucionar al pueblo en la dirección adecuada -la compasión y la comunión- ahondaba y se aprovecha de su herida cainita, profundizaba en la misma, en la sed de venganza del ciudadano oprimido y sometido a sus pasiones, para alzarse en el poder.³ Es decir, en realidad estaba jugando con el pueblo herido y justificando la necesidad cainita del crimen o el robo de tantos ciudadanos desorientados que, como el Carlos de **La fuente muda**, poblaban Buenos Aires.

Por esta razón, la postura de Sábato hacia este movimiento “paternalista y populista”,⁴ como lo califica Juan José Saer, siempre fue crítica. Pues lo que para unos fue una posibilidad concedida a las masas, a los excluidos de disfrutar el oropel de riqueza argentina siempre negado, él, como tantos otros, lo entendió, en el fondo, como una manera de usurpar el poder vacante en tiempos revueltos gracias al resentimiento de las masas a las que, en realidad, únicamente se las manipulaba.⁵ Así

³ Como pronto la rígida censura implantada por Perón hacia toda voz contraria a su política y la publicidad constante que de su figura –siguiendo las más preclaras enseñanzas de los regímenes dictatoriales– demostrarían.

⁴ Saer, Juan José. **El río sin orillas. Tratado imaginario**. op.cit, pág., 180

⁵ Esta actitud no significa que Sábato, estuviera en contra del peronismo como movimiento social que pudiera permitir a miles de hombres desterrados de su país y sin oficio, integrarse en una manera productiva en la sociedad, aspirando a muchas de las mejoras sociales, ofertadas y logradas por el peronismo, como ha dejado claro el mismo Sábato en muchas entrevistas: “ (...) Decir que se puede hacer el país sin el peronismo es lo mismo que decir que se puede hacer sin clase obrera, y eso es un disparate. (...) Y tiene que co-gobernar el país. (...)”

lo señalaría en su carta magna contra el peronismo, **El otro rostro del peronismo**, en donde no dudaría en indicar cómo Perón supo aprovechar la situación de Argentina antes de su llegada en la que “había un cargo vacante de líder, (...) había una total desorientación de los partidos”,⁶ permitiendo al “desconocido coronel observar con claridad “que había llegado para el país la era de las masas”. Y donde afirmaría sin ambages del nuevo salvador de la patria que “tanto su aprendizaje en Italia, su natural tendencia al fascismo, su infalible olfato para la demagogia, su idoneidad para intuir y despertar las peores pasiones de la multitud, su propia experiencia de resentido social –hijo natural como era- y por lo tanto su comprensión y valoración del resentimiento⁷ como resorte primordial de un gran movimiento de masas, y finalmente su absoluta falta de escrúpulos”,⁸ le permitieron llegar a un poder en el que “sus aliados naturales tenían que ser al final (...) los ladrones y los asesinos. En otras palabras: los jerarcas y los aliancistas”.⁹

Por tanto, para Sábato Perón no habría sido sino otro de aquellos jerarcas cuya palabra vendría aún más a encadenar al pueblo al código del pecado, a la materia y a

Ignorar a la clase obrera es un acto de locura. Además, criminal en este momento”, en *Una histórica charla para argentinos. Diálogo Fangio-Sábato*. en **Medio siglo con Sábato. Entrevistas**.op.cit, pág.,186. Simplemente atestigua que lo que él y muchos de los acérrimos opositores al régimen de Perón no estaban dispuestos a transigir, era con la manipulación que de las masas para su beneficio hizo Perón, con su actitud de político benigno que no podía esconder su verdadero rostro aterrador dispuesto a desterrar al ostracismo a todo aquel que se opusiera a sus consignas. Asimismo, también es justo reconocer que Sábato, siempre atento a observar las contradicciones del ser humano y que constituyeron la sociedad argentina, incluso en esa diatriba anti-peronista que **El otro rostro del Peronismo**, no va a dudar en reconocer que en lo extremista de su postura de rechazo a Perón, en realidad, estaban cayendo en el error de parecerse a su enemigo, ayudaban a contribuir a forjar la teoría de los dos demonios argentinos y, en muchas ocasiones, ayudaban a que la división de la sociedad argentina más que aminorarse, continuara acrecentándose.: “Si es cierto que Perón despertó en el pueblo el rencor que estaba latente, también es cierto que los antiperonistas hicimos todo lo posible por justificarlo y multiplicarlo, con nuestras burlas y nuestros insultos”, en Sábato, Ernesto. **El otro rostro del peronismo**. op.cit, pág., 41.

⁶ *Ibíd*, pág., 24.

⁷ Así, nos indica Sembrelí: “La apariencia revolucionaria del peronismo -como la del fascismo- se debía, en parte, al distanciamiento de las clases altas tradicionales y a la formación de una nueva élite del poder, de una antiélite compuesta por sectores de todas las clases sociales, por tráfugas de todos los partidos políticos y, en gran parte, por marginales. Evita era un ejemplo paradigmático de antiélite”, en Sembrelí, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. op.cit, pág., 235.

⁸ Sábato, Ernesto. **El otro rostro del peronismo**. op.cit. págs 18 y 19.

⁹ *Ibíd*, pág., 26.

la falta que ésta invoca generando una sinfonía de salmos y cánticos a su alrededor que hundirían aún más a su pueblo en el olvido. Porque, en realidad, la palabra embelesada de Perón que escondía la promesa de sufragar la falta de su pueblo nacía de un taimado engaño y surcaba la distancia que la separaba de los ciudadanos que la miraban atónitos por su belleza y contundencia como un oculto látigo presto a dispararse ante cualquier voz disidente. De este modo, es comprensible que Sábato visualizara a Perón cercano a un emperador a Rosas o a aquel Dios omnipotente del Antiguo Testamento, más allá del bien y del mal, de cualquier ley o poder de este mundo, dispuesto a cortar todo diálogo con quien no siguiera las leyes que con potencia divina decretaba y derogaba, y para quien, en el fondo, el pueblo no dejaba de ser una enorme masa sometida a sus intereses, tal y como lo ha querido comprender Sembrelí: “Perón fluctuaba entre el bonapartismo y el fascismo, era la cabeza bifronte de Jano; de un lado el caudillo militar, que ante las Fuerzas Armadas o los capitalistas se presentaba frenando el peligroso avance de las masas; del otro, el líder que delante de la clase trabajadora se mostraba defendiéndolas de los capitalistas. (...) Sin embargo, había una imperceptible diferencia en su actuación según se tratara de unos y otros. Con la clase obrera, (...) las relaciones eran entre un sujeto -Perón- y un objeto -los obreros-, en tanto que con los empresarios y los militares actuaba como un sujeto frente a un sujeto”.¹⁰

Y en este sentido, Sábato no estaría muy lejano de la visión que del peronismo tuviera Borges. Aunque, bien es cierto, que si, en verdad, Sábato sí que consideraba que la llegada de Evita era necesaria para la constitución una identidad real en la Argentina, para Borges, esta mujer -actriz de segunda fila y poseedora de una cultura forjada en retales de novelas rosa y culebrones sentimentales-, era, en verdad, indigna

¹⁰ *Ibíd.*, págs., 233 y 234. O, como entre otros, más tarde, lo ha contemplado Marcelo A. Moreno: “el culto de la fuerza es parte constituyente del peronismo y –emparentado con la mitología del conductor– siempre ha logrado una unánime popularidad. Creo que sus orígenes se sitúan en el fascismo y el totalitarismo, y en la práctica devienen en el militarismo y la delincuencia. Al jefe no se lo discute y eso es todo; a lo sumo se lo asesina, pero hasta entonces se le obedece con adoración. A Perón se lo idolatraba como en la burocracia sindical peronista se reverenciaba a los secretarios generales y en las organizaciones de izquierda se obedecía a la jefatura de la “orga”. Con la misma ceguera, con el mismo miedo al castigo, una especie de terror socializado en el que toda forma del pensamiento crítico resulta vecino a la traición”. Moreno, Marcelo A. **Contra los argentinos y otros ensayos**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Primera edición. 2002, pág., 184.

de manejar los destinos de una nación. Además, es necesario concebir en qué medida –como pone de manifiesto las vejaciones que sufrieran entre otros Mújica Lainez y el propio Borges– el dominio ejercido sobre las masas de desheredados argentinos que hiciera Perón, en realidad, ayudó a crear un clima, a la vez, de disensión y de crispación en una sociedad en la que los estratos sociales cada vez se separaban más.

De este modo, el hombre de la clase media, el artista, el heterodoxo, paralizado entre la necesidad de tomar partido por estas reformas, enfrentarlas o aislarse en un radical mutismo, quedó atrapado entre dos bandos, las oligarquías y las clases proletarias, entre las que no sabía cómo reaccionar, propiciando que las distintas capas de rencor aislaran aún más a los individuos libres en sus recintos cerrados. Y es por esta terrible situación que permitió que tantos de los artistas argentinos durante el peronismo se vieran abocados a vivir en recintos cerrados, atrapados en la soledad más atroz, mientras un sinfín de discursos voraces se sucedían en la sociedad argentina que se ha podido entender el siguiente personaje que Sábato compusiera, Juan Pablo Castel, no sin acierto, como una crítica velada al régimen de Perón.¹¹ Pues ese hombre, Castel, encerrado en sí mismo e incapaz de relacionarse con los “otros” a no ser a través de un discurso tiránico y preñado de palabras huecas, vacías, podría, sin dudas, remitir en primera instancia al fracaso y verdadero rostro del sueño imposible del discurso justicialista argentino.

Porque el discurso mass-mediático argentino, en contra de lo que pretendía parecer, es para Sábato semilla y fruto de una palabra cerrada, aislada. Y, desde esta perspectiva, el fondo retórico de los discursos de Perón, por tanto, no podía más que ser un artificio pomposo que intentaba ocultar lo evidente, según el cristal de la mirada de Sábato: Argentina no dejaba de ser una tierra perdida, sin ley, donde la concepción darwinista de la existencia imponía un discurso monolítico sin espacio a

¹¹ Nos dice Daniel Castillo Durante en **Ernesto Sábato. La littérature et les abattoirs de la modernité**. Editorial Vervuert. Iberoamericana. Buenos Aires. 1995, págs.,11 y 20 (la traducción es mía) : “**El túnel** tiene un trasfondosociopolítico (no explicitado por la novela) donde el lugar del artista no puede ser que más y más problemático. (...) Aunque esta primera novela de Sábato no haga explícitamente alusión al clima de engaño demagógico característico del discurso peronista de la época, el posicionamiento del narrador de cara a la atrocidad del mundo es abiertamente crítico”.

la protesta, disidencia o la libertad, creando una irreal burbuja de progreso que antes o después estallaría ante los atónitos hijos de aquellos que hubieran creído en Perón como su salvador.

Pues, como hemos ido observando, en realidad, esa ilusión de que, al fin, con el advenimiento del peronismo, Argentina pudiera, al fin, representar, como señala Ricardo Campa, “la progresión porvenirista”¹² de América Latina, habría de ser imposible en la medida en que Perón sólo fue un accidente necesario en una sociedad dominada por “la esclerosis maníaca de arcaicas concepciones sociales”, y necesitada de hacer frente, de realizar un pacto taimado con las masas de emigrantes crecidas en su seno para frenar su posible movilización, revolución. Una revolución que Perón, “ese apóstol de la materia pura, ese profeta de la víscera”, como lo nombrase Sábato, lejos de ayudar a constituir, en realidad, ayudó a apaciguar, comiéndose los deseos de tantos hombres desvalidos de la Argentina -aquel alma y espíritu auténtico y reales que diría Mallea fueran invisibles en la Argentina- con cada uno de sus interesados gestos, como pone de manifiesto aquella famosa frase suya que horrorizase a Sábato: “en última instancia todo es cuestión de estómago”.¹³ O, como muestran, algunos de sus célebres discursos, donde, precisamente, el respeto a la pluralidad de cultos e ideas brilla por su ausencia: “El adoctrinamiento nacional representa para nosotros el punto de partida de una Nueva Argentina que piensa de una misma manera, siente de un mismo modo y obrará unánimemente en una misma forma”.¹⁴

De este modo, se comenzaba a cifrar de nuevo en la sociedad argentina una polaridad de opuestos irreconciliables que imposibilitaría la unión total de esa excelente generación de intelectuales nacidos en su seno durante el siglo XX y que permitiría, una vez más que la misma se encontrara de nuevo escindida desde su raíz siendo fiel a sus cruentos orígenes. Porque si bien el peronismo actuó, en su rama masculina, como un Dios orgulloso y guerrero, capaz para mantener su poder de

¹² En Campa, Ricardo. *La comprensión como ficción*, en Cuadernos hispanoamericanos. op.cit, pág., 31.

¹³ Sábato, Ernesto. *El otro rostro del peronismo*. op.cit., pág., 58.

¹⁴ Sembrelí, Juan José. Págs., *Crítica de las ideas políticas argentinas*. op.cit., págs., 262 y 263 y 266.

realizar depuraciones a gran escala y censuras, lo cierto –y es aquí donde radica todo su carácter paradójico y ambiguo del que se nutre y aprovecha para ejercer su irremediable fascinación contradictoria– es que también ayudó a muchos hijos de Caín a conseguir alojamiento en el país, alzar su voz y comenzar a creer por una vez en la patria Argentina.

Y no es de extrañar que -a pesar de su carácter tantas veces intolerante- dada la inédita posibilidad que se le ofrecía a la ciudadanía cainita de mirar el cielo del país argentino, americano y considerarlo como suyo, Marechal se sintiera irremediablemente atraído por él. Pues en él y, sobre todo gracias la presencia en su rama femenina de aquella mujer, Evita, dispuesta a morir y sacrificarse como Cristo por todos sus hijos, Marechal observó la oportunidad de concebir una auténtica revolución espiritual. Una revolución no muy lejana de la marxista pero con unos matices distintos en cuanto estaría fundamentada en la comunión ontológica desde la desgracia de la caída en el tiempo inmisericorde americano de los distintos pueblos y ciudadanos de América. Porque Marechal -que intentó hilar una vía de ascensión purificadora para el ciudadano argentino a través de un camino que, fundándose en la irremediable materialidad de la constitución americana, trabajase por y a partir de ella para conseguir una verdadera liberación de la misma- no vio en Evita, al contrario de Borges, sino una llamada del destino, una posibilidad que éste ofrecía para hacerse uno con la telúrica naturaleza espiritual de América.

Sin embargo, -como Marechal y a diferencia de Borges- Sábato sí que alabaría y encontraría un sentido muy justo a la llegada de Evita: “La que creía verdaderamente en la revolución, la auténtica revolucionaria, fue Evita Duarte”,¹⁵ nos dirá. De hecho, en realidad, hubiera sido inconcebible que el legado de Perón hubiera calado tan hondo en la sociedad argentina si no hubiera sido por ella.

Exactamente, el partido peronista, justicialista, en su rama femenina –a diferencia de su temible vertiente masculina- sería juez de amor y de compasión a los

¹⁵ En *Una histórica charla para argentinos. Diálogo Fangio-Sábato*. en *Medio siglo con Sábato. Entrevistas*.op.cit, pág.,186

humildes, un partido profundamente convencido de sus valores cristianos, pero que debido a las características que exigía la sociedad argentina al nuevo mito redentor, como sugiriera Octavio Paz, habría de superponerse a éste. Por tanto, su objetivo sería cumplir aquello que los sacerdotes de la ley cristiana habrían dejado a medio hacer en América y que tanto en el mundo americano como en el europeo permitió que Caín no pudiera redimir su falta. Pues no otra había sido la promesa lanzada y traicionada por el cristianismo al proclamarse religión de los pobres y exaltar la pobreza hasta llegar a considerarla un verdadero valor espiritual ganándose, por tanto, el favor del pueblo llano: “esperar tanto bien viviendo en la opulencia como en la miseria”,¹⁶ gracias a la identificación realizada entre la “paupertas” y la “humilitas”, como nos sugiere M. Cataluccio

Consecuentemente con estos hechos, Evita, por ejemplo, no dudaría en gritar a su pueblo de viva voz: “Lo que ha fracasado no es el cristianismo. Son los hombres los que han fallado aplicándolo mal”, o “El cristianismo será verdad cuando reine el amor entre los hombres y entre los pueblos, pero el amor llegará solamente cuando los hombres y los pueblos sean justicialistas”.¹⁷

Y es que, Evita, siguiendo con el mito gnóstico, se aparecía por fin a sus fieles, a todos los perdidos hijos cainitas –y, por ello, todavía hoy sigue siendo considerada una figura más mítica que real con unas dimensiones universales aún por explorar en su totalidad- como una reencarnación, una aparición y transmutación real de la primera madre con la que cohabitaban todos en el mundo occidental: Eva.

No sólo esto, sino que como su mismo nombre indica, Eva María Duarte Perón obraría el misterioso hecho de aunar a las dos madres deseadas por el pueblo argentino, Eva y María, eligiendo, sin vacilaciones ni dudas pues las circunstancias lo pedían así, tomar cuerpo y hacerse una con la primera, Eva, sin que esto implicase desdeñar a la segunda, María, a la que consiguiera revitalizar y resucitar de su papel de símbolo estéril y hueco. Es decir, Eva Perón supo jugar ambivalentemente con las

¹⁶ En Geremek, Bronislaw. **Le fils de Caïn**. op.cit, pág., 12.

¹⁷ Moreno, Marcelo A. **Contra los argentinos y otros ensayos**. op.cit, pág.,188.

facetas de una sexualidad no negada y de una pureza infatigable digna de una Virgen con la que abrazaba a los descamisados.

Así, por ejemplo, nos dice María Esther Díaz de Evita: “Contenía a la bruja y en otra a la santa; de un lado a la hechicera, del otro la virgen; una cara idealizada y cortés, la otra despreciada y plebeya”,¹⁸ “supo anudar en su imagen a la Eva originaria (madre de la humanidad) y a la María redentora (madre de Jesús). Además, algo que parece casualidad, pero tal vez sea determinismo onomástico. Se llamaba María, también se llamaba Eva”.¹⁹ Nombre que lejos de ser causal, como hemos visto, por mor otra vez del azar objetivo, habríamos de considerar, en verdad, necesario. Pues este nombre que la vinculaba a un pasado remoto y mítico en que estuviera unida con sus hijos allende las fronteras de la tierra prometida argentina le permitiría exactamente ser nombrada en un desierto nacional poblado de sangre y héroes malditos, la primera madre de la nación argentina.

Ser aquella mujer que, unida a su nombre de mito bíblico, llegara a la Argentina para instaurar el reino matriarcal de las diosas²⁰ y amparar bajo sus

¹⁸ Esther Díaz, María. **Buenos Aires. Una mirada filosófica.** op.cit, pág., 184.

¹⁹ Señala María Esther Díaz: “Entre la trama de motivaciones materiales y simbólicas que constituyeron la imagen de Eva (independientemente de su realidad histórica) no pesa poco, por cierto, su nombre. En la vertiente judeocristiana de nuestros mitos fundantes, Eva es la primera mujer. En la Argentina también lo fue. Las dos fueron consideradas –por muchos hombres y por demasiadas mujeres- grandes pecadoras. Pero nadie puede quitarles el mérito, a una, de ser la madre de todos lo humanos; y a la otra, de los excluidos sociales de una época de la historia argentina. A la primera Eva nadie le dedica altares. A la segunda nunca le falta alguno.”. *Ibíd*, pág., 185.

²⁰ De hecho, resulta muy difícil imaginar, en una sociedad como la argentina –heredera de la hispana y de la idea de Dios único y, por tanto, basada en el dominio del principio masculino sobre el femenino- entender el papel del que, actualmente, goza y disfruta la mujer en su seno si se la compara con otros países de Hispanoamérica, sin la llegada de Evita al poder de la Argentina junto a Juan Domingo Perón.

Efectivamente, no es que Evita consiguiese instituir la definitiva igualdad de derechos y oportunidades entre los dos sexos en Argentina. Algo, por otra parte, prácticamente imposible. Pero sí que consiguió por primera vez conceder voto y fuerza a la mujer a la Argentina, integrando en el suelo de la nación la fusión cósmica de los dos sexos, que hicieran realidad su divino padre y su madre redentora. Y, es en este sentido, y a pesar de lo contradictorio y estudiado de su discurso de apego excesivo a Perón, que Evita sí que vino a redimir una historia continuada en el tiempo de humillación y desprecio a la mujer en el suelo argentino que se encuentra cifrada desde sus orígenes y, que ha sido estudiada con más o menos fortuna, por diversos exegetas de la cuestión. Al fin, Evita consiguió que el pueblo entendiera que la nueva tierra, Argentina, y con ella sus mujeres, no era únicamente un objeto a utilizar y contra el que

maternales senos a su hijo favorito, Caín, acabando con los absurdos privilegios de los que, hasta entonces, había gozado Abel:²¹ “Yo sé que Dios está con nosotros porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía, y por eso la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga”,²² dirá en uno de sus discursos a través de los que dejaba claras sus intenciones, de parte de quién estaba y a quiénes había venido a redimir.

Y al mismo tiempo, unida a su nombre mariano, se permitía la posibilidad de resucitar la figura de la Virgen que, inevitablemente, al hacer referencia a Cristo, indicaba, con sus actos, –y esto lo supo ver con clarividencia Sábato– a todos sus hijos el camino de sacrificio que debían seguir si querían terminar de transformar la faz de la Argentina, y si querían hacerse unos con aquella tierra que no les debía estar negada.”²³

luchar, una prostituta que ponía de manifiesto su condición sino que también podía ser complemento ideal para éstos, poseía voz y tenía un alma con cuya sinfonía de sentidos y sentimientos había que, irremediablemente, ponerse de acuerdo, para construir una patria de todos y para todos. La verdadera Argentina prometida y, tantas veces negada, en el transcurso de los siglos.

²¹ Refiere María Esther Díaz: “La “mitad” maldita de Eva Perón era reivindicada por los oligarcas que la llamaban “desclasada”, por los neovictorianos que la consideraban una mujer de “mala vida” y por los políticos tradicionales (militares incluidos) que la declaraban intolerable. Ésta era la parte odiada, despreciada, innombrable”, en Díaz, María Esther. Buenos Aires. **Una mirada filosófica**. op. cit, pág., 184.

²² Moreno, Marcelo A. **Contra los argentinos y otros ensayos**. op.cit, pág., 89.

²³ Así, por ejemplo, nos dice Sembrelí que Evita jugaría “en esta nueva religión, un papel doble: sacerdotisa oficiante del rito y, a la vez, figura sagrada de adoración. (...)Las analogías marianas de “Madonna de los Humildes”, que recordaban el sacrificio virginal, se combinaban con otras que la equiparaban a la imagen del propio Jesucristo, cuando besaba a los leprosos o atacaba a los ricos y arrojaba a los mercaderes del templo. Sembrelí, Juan José. **Historia de las ideas políticas argentinas**. op. cit, pág., 264. Además, si es cierto como indica Murena, que la sociedad argentina, la americana, estaba marcada ineludiblemente por su índole acentuadamente matriarcal, pues como explicara el escritor argentino ante el ámbito desconocido y amenazador por el que el hombre occidental a su llegada a América se vio de pronto asediado, sintió como única seguridad, origen y amparo, el vientre materno, no es menos cierto que al ser un vientre al que no se estaba acostumbrado, la identificación con él mismo jamás se produjo lógicamente con la misma radicalidad que en Occidente. Todo lo contrario. Poco podía decir al conquistador o emigrante europeo aquella deidad maternal con la que los indígenas pretendieran nombrar y simbolizar a la tierra americana: la Pachamama. Y, es por esto, que no fue hasta la aparición fulgurante de Evita como madre al rescate de sus hijos y dispuesta a morir por ellos, que los hijos de Caín y tantos ciudadanos del país argentino no llegaron a identificarse con su posición virtual, real en las entrañas del continente americano y que no podemos comprender el gran impacto del peronismo en Argentina si no revisamos cómo concibió e inteligentemente construyó su relación con Perón.

Porque Evita, siguiendo el mito bíblico, concedió, gracias a su apoyo, rango divino a Perón. Así, si volvemos a dirigirnos a la historia narrada en la Biblia, hemos de dejar constancia que Eva, en verdad, no había concebido a su hijo Caín, a diferencia de Abel, con Adán. Lo había engendrado con la ayuda de Yahvé, como confirma una lectura atenta del texto bíblico y, entre otros muchos exégetas, ha destacado León Rozitchner: “Ella infanta al infante Caín, su preferido, no con su esposo sino con su padre Jehová; Dios le dio el hijo, y es posesión suya: “lo he adquirido con el favor de Jehová”, no de Adán, dice Eva de su primer hijo en la Biblia. El hombre-esposo quedó desplazado y en lo imaginario Dios-Padre prevalece en ella como primero”.²⁴

Lo que permite visualizar con claridad cuál fue el papel simbólico que Perón pudo desempeñar para el ciudadano cainita de Argentina y qué mecanismo psicológico e internos motivó su presencia, una vez que Evita había asumido el rol de la Eva bíblica y lo había designado como su compañero: él sería el mismísimo Yahvé que, por una vez, había decidido volver el rostro a sus hijos y reconocerlos al fin como hijos legítimos suyos dándoles en propiedad la Tierra Prometida. A lo que, sin duda, ayudó el que Evita fuese mucho más joven que Perón, pudiendo concebirse su relación afectiva como la de Yahvé y Eva, como la resultante del encuentro furtivo pero legalizado entre un padre- amante (Dios) y una hija (Eva, madre de la vida). Y por ello, lejos de extrañarnos ante los constantes signos de sumisión y de desmedido respeto casi divino con los que Eva Perón concebía su relación con su marido, desde este punto de vista, hemos de considerarlos como lógicos resultados del trasfondo simbólico que forjó esta unión. Dirá en varios discursos Evita: “Nada de lo que tengo, nada de lo que soy, ni nada de lo que pienso es mío: es de Perón”, “él ha sabido conciliar en mí la “esclavitud” con la libertad. Como mujer le pertenezco

²⁴ Continúa explicando Rozitchner: “Eva –que es simultáneamente la diosa “madre de todo lo viviente”- mientras acuna al hijo sabe lo que Adán ignora. Sabe que Adán dormía cuando ella nació de su costilla: era con su sueño de hijo que Adán soñaba a la mujer que así paría. Pero Eva también sabe que Jehová, su Padre, produjo a ese hombre que sueña, en su ser hombre, con la madre que, ahora como mujer, ella llena. Ella es la esposa pero también es la madre de de Adán- como todo hombre desea que su mujer lo sea-, pues Jehová es el padre: un cuerpo de padre realmente todopoderoso y vivo por el deseo de ella. El verdadero Dios padre de Eva no es el mismo Dios- padre de Adán: es el Dios-esposo de ella”, en Rozitchner, León. **La**

totalmente, soy en cierto modo su “esclava”, pero nunca como ahora me he sentido tan libre”. (..) “él (es) enorme, y yo, pequeña”.²⁵

Por tanto, Evita fue el escudo sabiamente utilizado por Perón para seguir continuando los dictados despóticos a través de los que se había forjando el país argentino. Porque, precisamente el ser poseedor del falo a través del que podría adentrarse en las cavidades uterinas de Evita, le permitiría seguir imponiendo en el reino del olvido en Argentina.

Precisamente, como ha dicho Kristeva en aquel excelente capítulo dedicado al **Cantar de los Cantares** -que con tanto cuidado podría ser revisado por algún exegeta para establecer una sutil conexión entre la historia de amor narrada en el texto bíblico y la relación de Perón y Eva- de su **Histories d’amour**: “en hebreo “memoria” y “falo” aparecen unidos a la misma raíz”.²⁶ Lo que permitiría entender que aquel que poseyera el falo –anteriormente, como vimos, representado por el Obelisco-, la capacidad de fecundar a esa madre de todos los vivientes que simbolizara Evita, sería el encargado de guardar la memoria de la nación argentina, el hombre a quien se le encomendase la misión, por tanto, de construir y reconstruir su historia a su antojo y quien –si hiciera un mal uso de esta capacidad– podría enterrar aún más a su pueblo en las corrientes del olvido. Además, falo, vida y memoria van unidos tan estrechamente que la ausencia del primero –al fin, el propulsor que hace nacer la vida en el vientre de la mujer, en la tierra– degenera, ineludiblemente, en muerte y olvido. Y, por ello, no sería extraño, por ejemplo, que en un texto, como el **Cantar de los Cantares**, donde el amor se declara –como en aquella recreación fílmica, **L’amour à mort**, que realizara Alain Resnais de esta idea que es imposible no ligar con el mito de Orfeo y Eurídice- tan fuerte como la muerte, muchos investigadores hayan encontrado una fuerte conexión con “las celebraciones

cosa y la cruz. **Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín).** op.cit., pág., 126.

²⁵ Moreno, Marcelo A. **Contra los argentinos y otros ensayos.** op.cit., pág., 90

²⁶ Kristeva, Julia. **Histories d’amour.** Éditions Denoël. Paris. 1983. pág., 111. La traducción es mía.

orgiásticas de los cultos funerarios babilonios y griegos (...)” e incluso “ugaritas”,²⁷ como nos dice Kristeva o que Marvin H. Pope, no tuviera dudas en considerarlo como descendiente de orgías funerarias.

Pues, en realidad, este canto dirigido, como excepcionalmente explica la escritora búlgara, dirigido a Yahvé -que nos habla inconscientemente del poder de resurrección generado a través del acto sexual, amoroso gracias a la posesión del instrumento, el falo, que otorga el éxtasis, el goce que permite al hombre igualarse al creador- es un intento de luchar contra la inevitable muerte de todas las cosas, de asemejarnos a Dios. Y es lógico que, en las ceremonias rituales, en los enterramientos que las culturas mitológicas, como la egipcia, realizaran, siempre se pueda rastrear detrás de los signos que las rodean, un falo escondido, más o menos explícito, a través del que los familiares o amigos del muerto mostraban su deseo no sólo de que su compañero cayese en el olvido de la muerte sino la posibilidad de su resurrección. Como asimismo, en muchos de los grabados a través de los que se nos han presentado ceremonias desarrolladas a partir de, como así se ha querido llamar, el satanismo o en tantas representaciones, el demonio o el diablo, haya sido representado con un tremendo falo que, lejos de ocultar, se precia de enseñar.

De esta manera, no resulta extraño, y una vez visitado el poder simbólico otorgado al falo de Perón -en realidad, el verdadero rostro oculto de Yahvé jamás mostrado y enseñado a nadie salvo a su mujer- que el pueblo argentino, no tomara conciencia de algo que, por ejemplo, años después y con la perspectiva que otorga el paso del tiempo, Germán Arciniegas observó con claridad y ya vislumbrara sabiamente Borges. Esto es, que el antecedente de Evita no era aquella primera madre de todos los vivientes, sino, Encarnación Ezcurra, la mujer de Rosas.²⁸

²⁷ *Ibíd.*

²⁸ Lo que permitiría al escritor colombiano -una vez despejado el bosque nutrido de ramas que rodeaba a su estatura mítica- afirmar, con claridad, que “En su esencia, el peronismo es la fórmula mágica que Evita ha enunciado siempre con claridad perfecta y que penetra hoy en toda la vida argentina: las instituciones son pobres inventos de la democracia: lo único seguro es el dictador”. Es decir, el reino del diablo, de Yaldabaot. Aquel Dios que pudiese un día germinar a Eva y cuyo espíritu se deslizase levemente por el vientre de María que, con tanto acierto, supiese encarnar Perón, en Germán Arciniegas. **Entre la libertad y el miedo**. Editorial Planeta.S.A. Colombiana. 1996, pág., 68.

De hecho, el título de aquel catecismo, de aquel testamento, **La fuerza es el derecho de las bestias**, que con el carácter de una buena nueva promulgado por toda la Argentina, legase al pueblo argentino los mandamientos del justicialismo, los deseos y voluntades expresas de Perón, no dejaría lugar a dudas de quién era el nuevo señor de la Argentina. No sólo de Argentina sino de las naciones –España e Italia, indistintamente padre y madre del país argentino– que siendo la base a través de las que se había fundado la identidad argentina en el siglo XX y estando todavía bajo la influencia de aquellos dos hombres, Mussolini y Franco, tan afines a Perón, se jactaba ahora y, gracias a los sacrosantos, desmesurados esfuerzos de Evita, de ayudar.²⁹

Sin embargo, y al tiempo que el pueblo argentino se regodeaba de estar entre los brazos de protectores de esta madre, de manera exacta, concisa, como por fuerza de un azar objetivo que en Argentina siempre se desarrollaría cruelmente, Eva Perón moriría en la plenitud de su vida. Como si tuviera que pagar una deuda con la vida por haber querido cambiar el destino de su pueblo. Por haber querido ser madre de una tierra que, en principio, ya tenía siglos antes de su aparición a sus propias madres indígenas, sus deidades. Y si su muerte temprana permitirá su canonización, su santificación eterna en la conciencia de millones de argentinos que, desde su

²⁹ Pues Perón no dudó nunca en utilizar el talante mariano de Evita, su tremendo deseo de borrar el pecado original de la Argentina –que, en realidad, no hacía más que ponerlo de manifiesto, conseguir resaltarlo aún más– hasta el punto de llegar a caer enferma en su empeño, para mostrar al mundo que, de una vez, Argentina estaba ubicada en el lugar que la había soñado y concebida su legendaria historia de tierra elegida. Asegurándose, en un mundo destrozado debilitado y destrozado a causa de la segunda guerra mundial, que nadie -y, en esta categoría, entran desde nazis a renombrados artistas necesitados en tiempos estériles de ofrendar recitales a quien pudiera pagarlos- pudiera ignorarla más. No es difícil interpretar aquellos admirables envíos de ayuda de Argentina a una España y una Italia, sometidas a unas circunstancias lacerantes, desde la teoría freudiana y, en concreto, a partir de la necesidad de salvar al padre que, para Freud, constituye uno de los puntos ineludibles para la independencia de los hijos respecto a sus padres. Nos dice Freud: “Cuando el niño oye decir que debe su vida a sus padres o que su madre le ha dado la vida, surgen en él impulsos cariñosos unidos a otros antagónicos de afirmación personal independiente, impulsos que dan origen al deseo de corresponder a sus padres con un don análogo, pagando así la deuda con ellos contraída. Sucede como si el sujeto se dijera, movido por un sentimiento de rebeldía: “No necesito nada de mi padre y quiero devolverle todo lo que le he costado”. Bajo el dominio de estos sentimientos, construye entonces la fantasía de salvar a su padre de un peligro de muerte, quedando así en paz con él”, en Freud, Sigmund. **Ensayos sobre la vida**

presencia, sintieron que este país era el suyo o que la madre a la que llorar y pedir ya no se encontraba lejana, también permitió que el peronismo fuese degenerando cada vez más hasta construir otro mito cruento en la historia de Argentina y a dejar un poco más sola a la Argentina, (a lo que ayudaría su esterilidad, el que no dejara descendiente alguno)³⁰ a la hora de luchar contra sus eternos demonios. Permitted que la mancha borrada con su presencia y actitudes marianas volviera a resucitar con su muerte.

Y lo cierto es que, si intentamos leer el porqué de su muerte a través de los hilos ocultos de la historia argentina, a través de los tejidos míticos que forjaron la leyenda de las dos madres que intentara suplantar, la misma no debería sorprendernos. En realidad, según la cultura judía e incluso, más tarde, la católica, la esterilidad de la mujer era un signo deshonoroso que habría de, en ciertos casos, separarla de la comunidad donde habitaba o, al menos la obligaba a separarse del marido. Y si, el marido o la esposa no se separaban voluntariamente, la ley de Yahvé y de sus sacerdotes debería alzarse sobre ellos, pudiendo ser lapidados, expulsados de la comunidad. En este sentido, Evita no estuvo muy lejos de transgredir el tiempo fijado para donar hijos a su esposo, según marca la ley judía, y bajo estas circunstancias, no tenía otra vía, otra salida que desaparecer, pues era indigna de querer llamarse o ser hija directa y amante de Yahvé. Había finalmente demostrado que aquellos jerarcas, sacerdotes de Yahvé –la clase agropecuaria argentina- que se opusieran a su llegada al poder, finalmente, tenían razón: Evita nunca había merecido

sexual y la teoría de la neurosis. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 2003. primera edición en “Biblioteca de autor”. 2003, pág., 69. Sigmund Freud.

³⁰ Y en ese ensamblaje perfecto, religión de todos los cultos que forjase con su mujer, Evita, mientras tanto, se ocupaba simbólicamente de lavar -gracias a su estado espiritual mariano- el pecado original y la neurosis huérfana, desterrada de las masas y de las mujeres en la nueva tierra. Ya que -al tiempo que su sexualidad no negada y consentida ayudaba a lavar la culpa del pecado original argentino, construyendo una idea de patria viva y con una inmensa potencialidad- el que no se le conociera hijo alguno santificaba y consagraba sus derechos de madre a todo el pueblo argentino.

Mostraba, por tanto, las cualidades espirituales de su ser que, sin necesidad de acto sexual alguno, había engendrado una multitud fervorosa de hombres y mujeres que se reconocían como hijos de aquella mujer, dispuesta a morir por su causa: “Si este pueblo me pidiese la vida, se la daría cantando, porque la felicidad de un solo descamisado vale más que mi vida”, llegaría a exclamar.

gobernar los designios de la nación argentina. Precisamente, había demostrado todo lo contrario. Que ella era una usurpadora del trono únicamente concedido a los elegidos y a los más sabios profetas del pueblo hebreo. Y, que en realidad, toda su bondad estaba construida a partir del rencor, su deseo de huir del pecado, pues si ella lo hubiera merecido, si ella hubiera sido lo suficientemente buena, como lo fuera la mujer de Isaac, Rebeca, el mismo Yahvé le hubiera permitido engendrar a aquel hijo, Jacob, que concediera tras su lucha con el ángel, el nombre definitivo, al pueblo hebreo.

De hecho, que Perón se opusiera años más tarde al culto católico, justificaría por último la nueva revuelta de los sacerdotes judeo-cristianos contra el peronismo y su posterior caída y daría la razón implícitamente a quienes se oponían al culto Eva-Perón en la Argentina. Lo que sucede es que los nuevos gobernantes que proscribieron el peronismo al no considerarlo digno de regir los destinos de la Argentina, olvidaron una de las verdades más sangrantes de la historia argentina: no era Sarmiento (Jacob) quien había nombrado definitivamente a su país sino el animalesco y cruento –tantas veces comparado con Perón- Rosas (Esaú). Por lo que, en realidad, y volviendo a caer en la contradicción de tantos gobiernos dictatoriales que quisieron ser los baluartes de la verdadera Argentina, seguían estando ciegos para reconocer en sí mismos el mal y la falta que intentarían que purgase la parte del pueblo argentino opuesta a ellos. Es decir, ellos eran también unos impostores, unos cristianos que habían renegado de las enseñanzas del Dios de quien vinieron a traer, no otra buena nueva que la del amor a esa tierra pre-mítica y paradisiaca que fuera América. En realidad, unos pecadores, como siempre había sabido Evita.

Sí, porque Evita, aun acaso desde su inconsciencia, lo supo desde el principio: entre el nombre de Eva o el de María, ella había optado por el de Eva. La mujer que nos encadena a la vida, querámoslo o no. Pero también a la muerte y al pecado, según el cristianismo. Y, por tanto, al denegar en ella, al poner en segundo plano a la mujer mariana frente a Eva en su deseo de fundirse en su vientre con su hijo más querido, Caín, había optado por encadenarse al pecado, a la falta, al código del Antiguo Testamento, a la irrefrenable espiral de revanchas continuas a través de la que se

construye la violencia original desde los tiempos de Caín y Abel. Lo que no permitió, una vez que María, como señala Berdiaev dejaba “fuera de la feminidad antigua (el) mal y la esclavitud” -que es lo que anuncia, según el ensayista ruso, “el culto del eterno femenino, en (...) épocas de(..) rescate, (...) ligado con la Virgen María”-³¹ que aquel mito redentor cifrado por Octavio Paz y que citamos al principio de este capítulo, pudiera hacerse realidad en su totalidad.

Lo que propiciaría que, y una vez que su figura se había hecho una, indisoluble e inquebrantable con el pueblo argentino, fuera el mismo pueblo quien la rescatase. Y que fueran los sufrientes habitantes de Argentina quienes (determinados a que su esencia jamás desapareciera de sus vidas), le hicieran decir, una vez muerta y por fuerza de ese amor que debió sentir por su pueblo tan o más fuerte que la muerte, como el del **Cantar de los Cantares**, aquella apócrifa frase escrita en las calles de Buenos Aires: “Volveré y seré millones”. Y lo que daría pie, igualmente, a que más tarde, cientos de personas cegadas por poseer un hueso, un pedazo del cuerpo de aquella mujer casi sobrenatural, rozada por el velo de la santidad, y que debía haber estado en contacto con un Dios, se avalanzaran sobre la tumba de Evita, la profanasen. Y que las leyendas sobre las múltiples andanzas del cuerpo de la primera y única madre sentida como tal de la Argentina, se multiplicasen hasta el infinito, preludiando, inquiriendo sobre una esperada pero siempre denegada posible resurrección de Eva en Argentina.³² Pues el rastro de aquella mujer que había sido acariciada por el falo de Yahvé, debía conducir a sus perseguidores a enfrentarse con el verdadero Dios cara a cara y, poder robarle el secreto de la inmortalidad, del oro tantas veces buscado y jamás encontrado en la Argentina. Estaba, por tanto, forjándose definitivamente, la conjuración de ciegos sacerdotes que engendraría el *Informe sobre ciegos* sabatiano.

Pero antes, mucho antes de volcar la mirada a este punto de la historia esencial para entender la morfología de la obra sabatiana, es necesario que nos acerquemos de la mano del escritor argentino, a buscar el nombre real de aquella

³¹ Berdiaev, Nicolás. **El sentido de la creación**. op.cit, pág., 245.

³² Como inteligentemente dejara constancia de este hecho Tomás Eloy Martínez en **Santa Evita**.

mujer que se escondía bajo el cuadro *Maternidad*. Ese foso en las tinieblas en que nos adentraremos a través del asesinato cometido por Castel contra una mujer cuyo nombre, María, no puede dejar a dudas de contra quien se realiza.

III.2. EL REINO DE LA NOCHE: LA BATALLA DE LAS LUNAS.

“Cuando no se cree más que en la vida de la carne, se camina a la muerte”

Miguel de Unamuno

“Entonces interrogué a Rafael, el ángel que estaba conmigo y le dije: “¿De quién es este espíritu cuya voz llega así hasta el cielo y se queja?”

Me respondió y me habló en estos términos: “Ese espíritu es el que salió de Abel cuyo hermano Caín ha matado, y él le acusa hasta que su raza sea eliminada de la faz de la tierra y que su raza desaparezca de la raza de los hombres”.

El libro de Henoch

Si hasta ahora hemos trazado las líneas de cruce que vinculan la obra de Sábato con la situación tanto de Argentina como del mundo occidental, es necesario seguir dibujando paralelas que nos lleven a ajustar todavía más la naturaleza del crimen que cometerá Castel en **El túnel** y cómo el peso de la historia de Caín y Abel, a través ahora del ejemplo histórico del país hispánico, actuó de manera decisiva a la hora de configurar la Argentina moderna y la metáfora urdida por Sábato. Para ello resulta esencial transitar aquella obra todavía inexplicablemente semi oculta y desconocida pero espléndida, en su talante verdaderamente profético, furioso, sobre la España dividida, partida en dos partes diametralmente opuestas que luego se verá sacudida por la guerra civil que es el **Abel Sánchez** de Unamuno,¹ o su famoso prólogo a **En torno al casticismo**.

Unamuno comprendió con radical hondura, a partir de los variados ejemplos de la

¹ En verdad, bastaría esta única obra para volver a releer la obra de Unamuno desde un ángulo que permita distinguirla como una obra clarividente sobre el destino que había de acoger a España en un futuro si no conseguía salvar sus contradicciones internas y enraizarse en un concepto de nación que sin dejar de lado sus ancestrales y -aun no esclarecidos del todo- orígenes supiera abrirse a las corrientes que considerara válidas de la modernidad europea. No sólo esto, sino que sería necesario una relectura de su **En torno al casticismo**, su **Del sentimiento trágico de la vida y los pueblos en España** o su famoso artículo *La envidia hispánica* dedicado a comentar el libro de Arguedas, **Pueblo enfermo**, para realizar una relectura de la Argentina –que ya en buena parte realizara Estrada– a partir de los conceptos trazados por el pensador hispano, no por casualidad condenado al exilio durante una parte del transcurso de su vida.

vida del Cid, el sano juicio de Sancho Panza, los sueños de gloria de don Quijote y las luchas constantes que se desencadenaban en la sociedad española y no le permitían remontar el vuelo, la obligaban a revolcarse en la ciénaga de la tierra y a repetir constantemente el error del crimen cainita –representado en el **Abel Sánchez** por el crimen realizado por Joaquín Monegro (Caín) contra su envidiado amigo Abel– que el país hispánico estaba radicalmente dominado por la envidia (la ceguera)² y su conciencia de vivir enredado entre las costras del pecado original. “Aquí se cumple el misterio de siempre, el verdadero misterio del pecado original, la condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle muchas veces si no sabe redimirse”,³ nos dirá el escritor vasco, acaso ya concienciado de la manifiesta imposibilidad de esta redención hispánica, dadas las condiciones que habían facilitado su eclosión descollante a finales del siglo XV y su ruinosa decadencia a principios del siglo XX.

De hecho, Unamuno se animó a leer gran parte de la historia del país hispánico y el desencanto que surgiría del mismo a partir de la necesidad originada porque la tierra habitada, deseada y que llevaría a los españoles a desangrarse por poseerla por entero (España, Eva) no diera un fruto rentable y sus pastores, los futuros ganaderos, se vieran obligados constantemente a la errancia trashumante. Asunto que en realidad habría de resultar fatigoso a los herederos de los privilegios de Abel. Porque la contradicción hispánica, castellana, bien entendida por Unamuno

² Nos dice Unamuno en su prólogo a la segunda edición de su **Abel Sánchez**: “¡qué trágica mi experiencia de la vida española! Salvador de Madariaga, comparando ingleses, franceses y españoles, dice que en el reparto de los vicios capitales de que todos padecemos, al inglés le tocó más hipocresía que a los otros dos, al francés más avaricia y al español más envidia. Y esta terrible envidia, phthonos de los griegos, pueblo democrático y más bien demagógico como el español, ha sido el fermento de la vida social española. Lo supo acaso mejor que nadie Quevedo; lo supo Fray Luis de León. Acaso la soberbia de Felipe II no fue más que envidia. “La envidia nació en Cataluña”, me decía una vez Cambó en la plaza Mayor de Salamanca. ¿Por qué no en España? Toda esa apestosa enemiga de los neutros, de los hombres de sus casas, contra los políticos, ¿qué es sino envidia? ¿De dónde nació la vieja Inquisición, hoy rediviva?”, en Unamuno, Miguel de, **Abel Sánchez**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 2004. Cuarta Reimpresión en “Biblioteca de Autor”, pág., 63.

³ Unamuno, Miguel de. **En torno al casticismo**. Alianza Editorial, S.A. Madrid. 2002. Primera reimpresión en “Biblioteca de Autor”, pág., 35.

a través de su estudio de la siempre recurrente historia de Caín y Abel,⁴ no era otra que la necesidad del ciudadano de Castilla, una vez reconquistada España de ejercer de señor de la tierra y la dificultad –especie de castigo divino decretado contra aquellos que ejecutan las ordenes de Yahvé- que tuvieron en extraer los frutos necesarios de la misma. Así nos señala Unamuno que en la psicología del castellano “su espíritu” (...) era “de ganadero más que de labrador”. Pero, que por el contrario, como explicaba Salinas en su **Hampa**, para explicar la etiología del picarismo, “la pobreza” del “suelo” obliga(ba) a la vagabundez”. Lo que, ineludiblemente, hubo de crear una necesidad en los reconquistadores de España de salir de su condición de nómadas, su lucha continua contra la miseria y el hambre, “que (los) obligó durante siglos a mantener (se) dedicado(s), en las mesetas centrales, a pastos y montes más que a tierras labrantías y de pan a llevar”,⁵ de hacerse con los frutos dorados de aquella tierra de la que se contaban legendarias historias sobre sus pastos fértiles que no deberían trabajar: América.

Y desde este punto de vista -que influenciará de manera decisiva a Murena, Arciniegas, Sábato y, por supuesto, a Martínez Estrada, entre otros,- Unamuno lee la conquista americana al igual que la reconquista hispánica en clave abélica. Además de advertir que es el odio, el miedo del hombre hispánico a verse reconocido en Caín, a vivir su desventura (el humillante trabajo de recolector de frutos) lo que lo inclinará en nombre de Cristo, Yahvé o cualquier nombre a través del que pueda ocultar sus verdaderas ambiciones a devenir conquistador”.⁶

⁴ Inquiérese Unamuno sobre su lectura del mito judío de Caín y Abel, la diferencia entre el pastor y el agricultor y su influencia en el país hispánico: “El pueblo judío, pueblo de pastoreo, se percató tan a fondo del alcance de semejante diferencia, que en la leyenda que encarnó su concepción de la historia humana hace arrancar ésta de la enemistad entre pastores y agricultores”. (...) “En este relato hay que admitir dos cosas, y son: la una, el poner en el comienzo ya de la historia la disensión entre los sedentarios labradores y los pastores errantes y peregrinos, y la otra, el cargar el primer homicidio que en la tierra se cometió, no a la lucha por la subsistencia, sino a la envidia, pues al ver Caín que el Señor miraba con agrado a su hermano y no a él “ensañóse en gran manera y decayó su semblante” (Génesis, IV, 5) Ambos (sic) vislumbres del ingenio judaico se corroboran en nuestra historia y psicología españolas., en *Ibíd.* págs., 16 y 17.

⁵ *Ibíd.*, pág., 17.

⁶ Vuelve a señalarnos Unamuno: “Muy bien caracteriza Martin S.A. Hume al español cuando dice de él, en el capítulo VII de su libro **The spanish people**, que el español neto continuó siendo, como ha sido siempre, agricultor por necesidad y pastor por vocación, cuando no era soldado.

Y si hasta ahora hemos ido viendo con mayor o menor claridad, cómo el odio de Abel, sustentado en sus derechos divinos iría configurando el país argentino, el continente americano, resulta esclarecedor, asimismo, el observar cómo Unamuno supo observar y delimitar en su **Abel Sánchez** las razones de esta ceguera perpetua hispánica en una metáfora de gran valía.⁷ Porque gracias a ella, podemos constatar no sólo los últimos motivos que darían lugar a la guerra civil española sino entender mejor el porqué se engendrarían las guerras entre los argentinos, el gesto de Lavalle (al que haremos referencia al ocuparnos de **Sobre héroes y tumbas**) y el porqué Castel se empeñará en **El túnel** en recubrirse de palabras para no querer observar su verdadera realidad. Pues si atendemos a las razones que nos sugiere la escalofriante obra de Unamuno, el talante hispánico estaba configurado desde raíz por la imposibilidad de aceptar, reconocer lo que se es. Lo que irremediamente habría de generar esa necesidad de ser reconocido, envidiado –en realidad, una necesidad de ser aniquilado, de ser vencido precozmente en una batalla sin principio ni final– que caracterizará al Caín dibujado por Unamuno: Joaquín Monegros. Como, a su vez, esta actitud generaría en el Abel de Unamuno, un gesto narcisístico de enaltecimiento que, en realidad, es anhelo de evasión de la responsabilidad que se tiene sobre el porqué del manejo y el sustento de la tierra, de sumirse únicamente en su goce y que da lugar a su talante de víctima propiciatoria en manos de Monegros que, cegado por

(...) Y es que el pastor por vocación, por tradición y por herencia, es cosa sabida, antes que encorvarse a la estepa, se mete a buhonero, a merchante andariego, a aventurero, o a conquistador. Si se buscara la filiación de nuestros conquistadores en América estoy seguro aue se hallaría que los más de ellos eran, como Hernán Cortés y Pizarro, de tierras de dehesas y montañas, y no de las pingües y mollares huertas; que eran pastores y no huertanos. El odio mismo del castellano al morisco no creo arrancara de otra razón; era el odio de los hijos de Abel a los de Caín, porque también los abelinos odian y envidian”, en *Ibíd.*, pág., 18.

⁷ Una ceguera que Unamuno extendería al de la mística hispánica y que, como observamos en esta reflexión, no pudo menos que influir en la conquista americana. “No construyeron filosofía propia inductiva ni abrieron los ojos al mundo para ser por él llevados a su motivo sinfónico; quisieron cerrarlos al exterior para abrirlos a la contemplación de las “verdades desnudas”, en noche oscura de fe, vacíos de aprehensiones, buscando en el hondón del alma, en su centro e íntimo ser, en el castillo interior, la “sustancia de los secretos”, la ley viva del Universo”. En *Ibíd.*, pág., 111. O lo que es lo mismo, volcaron su mirada hacia el interior pero no fueron capaces -acto bendecido por la ley de Cristo que es la del amor- de retirarla del mismo para ir conformándola a los cambios que la misma vida les sugería, otra de los hechos en que Martínez Estrada hizo más hincapie, como hemos ido observando, para destacar la proverbial ceguera del conquistador hispánico.

su envidia, comete el acto asesino que justificará la posterior revancha ancestral contra Caín por parte de los partidarios de Abel.

Pues si algo observó con clarividencia Unamuno es que -pese a su amor íntimo y no escondido por el personaje de Caín- la imposibilidad de diferenciar su lucha y derecho solicitados de los de Abel, es lo que habría de generar un conflicto indiferenciado entre hermanos que llevaría a España a plegarse a la ley de la falta, del pecado que sustentara el Antiguo Testamento.

De hecho, toda la voz y lamentos de Unamuno ya está predicha en aquella frase de Joaquín Monegros en las que se cifra toda la tragedia hispánica: “¿Por qué nací en tierra de odios? En tierra en que el precepto parece ser: “Odia a tu prójimo como a ti mismo” Porque he vivido odiándole, porque aquí todos vivimos odiándonos”.⁸ Y no resulta extraño entender que tras el halago que Joaquín Monegros realiza sobre el retrato pictórico que de Caín consumara Abel Sánchez, se esconde un sórdido secreto escondido y jamás revelado a nadie y del que, con seguridad, aprendiera Sábato: no hay ni puede haber diferencia entre Caín y Abel mientras el hombre siga siendo esclavo de la materia, siga estando sometido al juicio todopoderoso de Yahvé.⁹

⁸ Unamuno, Miguel de. **Abel Sánchez**. Op. cit., págs., 176 y 177.

⁹ Así, en verdad, lo pone de manifiesto esa aparentemente inocente historia que Joaquín Monegros cuenta a Abel Sánchez y que, resuena capciosamente desde la franqueza y virulencia con que Unamuno retrata a la España de antes de la guerra presta a caer bajo los lazos del gobierno del Reino Unico implantado por el General Franco y que más tarde, se hará realidad en la Argentina bajo la ya mentada historia de los desaparecidos o su tormentosa historia de continuas dictaduras: “¿No has oído nunca una especie de broma que gastan con los niños que aprenden de memoria la Historia Sagrada cuando les preguntan: “¿Quién mató a Caín? - ¡No! - Pues sí, les preguntan eso, y los niños confundiéndose, suelen decir: ¡Su hermano Abel!”. *Ibíd*, pág., 101. Aunque, en verdad, si un pasaje de **Abel Sánchez** hemos de rescatar para validar su significación alusiva sobre el país argentino y las consecuencias que de este examen de conciencia realizado en nombre del padre hispánico se pueden extraer para volcarlas sobre su historia, no es sino aquella en la que Joaquín Monegros revela las verdaderas intenciones que le llevaron a perpetrar, cual siniestra Celestina, el matrimonio entre su hija y el hijo de Abel Sánchez. Nos dice en esta confesión Monegros: “Pensaba que acaso un día tus hijos, mis nietos, los hijos de su hijo, sus nietos, al heredar nuestra sangres, se encontraran con la guerra dentro, con el odio en sí mismos. ¿Pero no es acaso el odio a sí mismo, a la propia sangre, el único remedio contra el odio a los demás? La Escritura dice que en el seno de Rebeca se peleaban ya Esaú y Jacob. ¡Quién sabe si un día no concebirás tú dos mellizos, el uno con mi sangre y el otro con la suya, y se pelearán y se odiarán ya desde tu seno y antes de salir al aire y a la conciencia! Porque ésta es la tragedia humana y todo hombre es, como Job, hijo de la

Un odio que, en el afán por disfrutar de la madre original que había de pertenecer al Caín o al Abel hispánico, les llevaría ineludiblemente a pelear en una innombrable guerra de la que todavía no se ha recuperado la memoria colectiva del pueblo hispánico y que, únicamente el lento del paso del tiempo o la mirada objetiva de tantos estudiosos extranjeros ha ayudado a sacar a luz del olvido al que ha sido sometido por lo traumático de su recuerdo.

Es decir, Unamuno ya lo pone claro desde un principio. Es en España, es su ancestral ceguera y reconocimiento del otro, donde habríamos de buscar los motivos que pudieran hacernos entender a los españoles el porqué de nuestra progresiva decadencia durante siglos y es, a la vez allí, donde la ciudadanía argentina, heredera e hija de aquel odio que ya germinase en el vientre de Rebeca la rivalidad entre Jacob (Sarmiento) y Esaú (Rosas) habría de comenzar por comprender las razones de su exilio y de su estado actual. Y, desde este punto de vista, se entenderá que la historia de Baistos y su hermano no es sino el reflejo degradado y degradante que ya anunciaba la futura autodestrucción del reino hispánico como, a su vez, un reflejo sin dobleces de la lucha interna que se comenzó a generar en la propia España una vez se expulsó a los moriscos y a los judíos y que no estalló en la misma anteriormente gracias a las continuas guerras con los reinos extranjeros y su progresiva expansión y conquista de América.

Acaso por ello, cuando Joaquín Monegros se avalance sobre la Biblia y la abra exactamente por el pasaje en que Jehová pregunta a Abel dónde se encuentra su hermano, éste exprese desangelado: “¿Dónde estoy yo?”.¹⁰ Pues en su alma partida, dividida y sin paz ni consuelo alguno, sentirá la imposibilidad de separarse -debido a su inveterado odio- de todo aquello que posee Abel Sánchez, de aquel que dice detestar y con quien rivaliza, a quien intenta imitar y, al mismo tiempo mostrará de manera inconsciente pero esclarecedera cómo su simiente cainita y envenenada,

contradicción. Y he temblado al pensar que acaso os junté, no para unir, sin para separar aún más vuestras sangres, para perpetuar un odio”. *Ibíd*, pág., 111.

¹⁰ *Ibíd*, pág., 129.

fusionada con la de Abel se ha extendido por todos aquellos parajes, confines a los que llegara la cultura judeo-cristiana. Entre ellos, por supuesto, Argentina.

De hecho, el gran amigo de Unamuno, Enrique Larreta, en **La gloria de don Ramiro** hubo de sumergirse en las razones y raíces que llevaron a España a formar un reino único, con el fin de comprender mejor la estructura de pensamiento, las motivaciones últimas que habían configurado el país argentino como una suerte de nuevo Israel. Y es desde este punto de vista, como la novela de Larreta, con su héroe sacudido y enfrentado al tormentoso reinado de lo oscuro –el destierro del mestizaje y la pluralidad– permite, en diálogo fecundo con la de Unamuno, no sólo entender el porqué de la decadencia hispánica sino la ideología que formara el país argentino y que, ineludiblemente, podemos encontrar en, por ejemplo, uno de los variados y repetitivos discursos que el canónigo que adoctrina a Ramiro le repite insistentemente: “porque hay otra ley, hijo mío (...) otra ley más anciana, ley de los pueblos; hay otro testamento donde Dios mismo, con su propia palabra, dicta la sentencia a los impíos, diciendo a Moisés: “Pondrás con mi favor el cuchillo a la garganta del Amorreo, del Cananeo, del Ferezeo, del Heteo, del Heveo, del Jesubeo, hasta quitalles la vida”; agregando “y no tengas con ellos misericordia”, nec misereberis earum. Y asimismo, por boca del profeta Samuel mandóle decir a Saúl que destruyera a los Amalecitas, sin perdonar a hombres, ni mujeres, ni niños aunque fuesen de leche, a fin de no dejar rastro ninguno de ellos ni de sus haciendas. Nosotros debemos también, como un acto expiatorio, despepar de cuajo de nuestro suelo esta planta ponzoñosa. No echemos en olvido que somos en los modernos tiempos, el pueblo de Dios, como lo fue Israel en los antiguos”. (...) El miedo a la sangre (...) es un bajo instinto del hombre. Jehová se espanta del vicio, de la impiedad de un solo pecado, pero no de la sangre vertida justicieramente”.¹¹

¹¹ Larreta, Enrique. **La gloria de don Ramiro**. Centro Editor de América Latina S.A. Buenos Aires. 1968, pág., 56. Siguiendo con la obra de Larreta, habríamos de destacar, continuando la idea ya fijada anteriormente por Unamuno, del hombre castellano como continuador de Abel, del dominio ganadero y, por tanto, apocado más al descanso, a cuidar su fortuna más que al trabajo a la lucha, ese excelente retrato que nos ofrece del mismo Larreta a partir de la progresiva ruina –ante la que no ejerce acción positiva alguna– que sufrirá el abuelo de Ramiro, apocado a la venta de sus posesiones antes que al trabajo. Por otra parte, sería muy interesante, realizar un trabajo que intentara volcar la mirada a la novela morisca española tan extendida en su Renacimiento y Barroco, como una novela de reconocimiento que pretende,

Y en este sentido, Sábato rescata el gnosticismo en cuanto el mismo es, en verdad, rebelde a los estatutos clásicos que conforman los textos canónicos que manejan los sacerdotes o emperadores de las mismas, con lo cual ha de poder ser visto como una doctrina que disuelve las fuerzas ocultas en que se apoyan los tres monoteísmos para consolidar su poder absoluto. No sólo esto, sino que al poner a Dios y el conocimiento del mismo a través de una identidad divina que nos es común a todos en primer plano, ayuda a romper las diferencias y las erradas percepciones de visión que los hombres sometidos al poder de los arcontes, de las sombras poseemos de nosotros mismos. Es decir, ayuda a entender desde el primer momento -en una metáfora cara a Sábato, y que ya podemos extraer de Plotino y la particular síntesis que éste hace de la obra de Heráclito y la de Platón, de las enseñanzas de Cristo- que todo es Uno, en un sentido que permite entender que la lucha constante de Caín y de Abel por diferenciarse y enfrentarse mutuamente, de los hombres por proseguir con su particular batalla material no es sino una manera de no enfrentarse a la verdad. La tierra es de todos y no ha sido donada a nadie en exclusiva.

Y en el sentido en que Plotino, los barbelognósticos, los cabalistas o los mandeos consideran, cada uno de manera diferenciada pero con sus ineludibles semejanzas, que este mismo mundo está errado y hay que buscar detrás su

sutilmente, mediante los encuentros, pérdidas y anagnórisis varias que la recorren y utilizando una forma narrativa en boga y, aparentemente permitida, mostrar en el inconsciente hispánico, lo decisivo e importante que es para su destino que reconozca su herencia y mixtura árabe. En realidad, no otro intento realizara la obra de Larreta en años que presagian la guerra civil española y las diversas dictaduras argentinas: mostrar gracias al ejemplo de Ramiro y su padre árabe que viene a salvarle la vida que el Padre, el Dios no sólo tiene un rostro oculto y nunca visto o de un solo perfil sino que su esencia está en cada una de las razas que componen la humanidad.

Terminando esta cita, no hemos de privarnos, por otra parte, de acotar un extracto de la novela de Larreta para terminar de completar aunque sea mínimamente la mirada que el escritor argentino realiza de la realidad hispánica que, ineludiblemente, influyó en la formación de su país.

Así, por ejemplo, el narrador omnisciente de la novela, nos dirá que para Vargas Orozco, otro de los adoctrinadores de Ramiro: “La responsabilidad de España ante el Señor era mucho más grave que la de cualquier nación de la tierra, pues todo la señalaba como al pueblo elegido, como al moderno Israel. El Altísimo manifestaba su elección, no sólo en los triunfos que le acordaba, sino también en las plagas y desastres con que castigaba sus desfacellicimientos. El hambre y la bancarrota que la afligían al presente, así como la pérdida de la Invencible Armada, ¿qué eran sino los azotes provocados por su tolerancia con los moriscos y los herejes?”. *Ibíd.*, pág., 43.

configuración material, la verdad inaugural que, en realidad, lo configura, se entenderá que la menor lucha en pos de la posesión de la tierra, el encadenamiento posesivo del hombre a la misma no es sino un deseo impostado por el demonio en él. Es decir, una falta o ausencia de visión verdadera de la verdadera batalla que debe librar el hombre: religarse con lo originario, como pudiera decir Unamuno¹² indignado al observar que el pueblo hispánico era incapaz de destrozar y romper la dicotomía diabólica que escinde a Caín y Abel en dos, los unifica sin poder observar lo esencial de sus contradicciones cayendo arrojado, por tanto, bajo las sombras violentas de este mundo. Pues es esta sujeción a los poderes y flujos de la tierra –en definitiva, un deseo incontrolado por sumergirse en el pecado, en el anhelo inveterado de ser único amante de la madre tierra Eva– si algo pone de manifiesto es que el hombre se encuentra sujeto a aquella dialéctica de amo-esclavo (el poseedor de los bienes y leyes de la tierra y su arrendatario) que definió Hegel con tanta exactitud y que, posteriormente, cobraría visos nunca jamás visto hasta entonces con la llegada del nazismo: la primera “mística fuera de toda moral” o la “primera iglesia edificada desde la nada”,¹³ tal y como la definió Albert Camus.

Es decir, la primera revolución que hizo del hombre un Dios omnipotente, sometido al dominio de su furia y libertad sin control que terminó obviamente con su propia aniquilización. Porque en el fondo del nazismo, la lucha de Monegros por imponerse a sí mismo y a Abel Sánchez o el gesto de Castel se labra el seno de una rebelión de signo negativo que intenta levantar, edificar el reinado de Caín sobre el ya levantado por Satán. Se ubica la caída en primer plano, la mirada del ser humano se prende de las alas caídas del Satán de Milton y forja una batalla furibunda por destrozar a Yahvé, por hacerse dueño del reino que solamente él posee para levantar

¹² Dice Unamuno en explícita aclaración: “El hombre, esto es lo que hemos de buscar en nuestra alma. Y hay, sin embargo, un verdadero furor por buscar en sí lo menos humano; llega la ceguera a tal punto, que llamamos original a lo menos original. Porque lo original no es la mueca, ni el gesto, ni la distinción, ni lo original; lo verdaderamente original es lo originario, la humanidad en nosotros. ¡Gran locura la de querer despojarnos del fondo común a todos, de la masa idéntica sobre que se moldean las formas diferenciales de lo que se nos asemeja y une, de lo que hace que seamos prójimos, de la madre del amor, en fin, del hombre, del verdadero hombre, del legado de la especie!”, Unamuno, Miguel de. **En torno al casticismo**. op.cit, pág., 44.

¹³ Camus, Albert. **El hombre rebelde**. op. cit, pág., 217.

una ciudad levantada a partir del fuego, de las llamas que salen de la tensión no resuelta entre los hombres que alcanzan este trono y la realidad a la que imponen sus dictados sin importar quiénes caen ante sus tiránicas ordenes. Donde únicamente importan aquellos quienes mandan y los que obedecen en la medida en que someten sus actos a una nada, una sombra tiránica disuelta en la realidad y con ojos dorados que, sin embargo, puede llevarles a la muerte si desacatan sus dictados. Pues éste es el reino labrado por Caín cuando se ciega en su obsesión, el castillo donde el hombre se consume a sí mismo y sus pecados cuando decide atacar con las mismas armas con las que fue humillado por Abel y sus legiones de tiránico e hieráticos dictadores, políticos o sacerdotes encadenados como estatuas inertes al poder bendecido por la ley.

Y no otro es el reino que intentará imponer y bajo el que quedará subyugado, esclavizado Juan Pablo Castel en **El túnel**, derrotado por la furia con que castiga, golpea las palabras para imponer el reino de su ego destronado sobre el de todos sus compatriotas, todos su congéneres. Porque el peligro del ego es el riesgo, la tentación mayor de Caín y cuando éste decide disparar –al igual que Abel– sus balas no son de fogeo sino que se extienden como una llamarada incontenible sobre el árbol de la vida, en el que, como nos han enseñado la cábala, la gnosis, todos los contrarios se encontraban reunidos.

En un famoso cuadro y bajo una simple metáfora, el árbol de Guernica, Picasso ha sabido explicarlo. Cuando Abel mata, mueren los inocentes. Cuando Caín lo hace muere el mito. Mueren el caballo, el minotauro y los centrípetos carneros que guiaran el carro de Zeus. Morimos todos. Porque Caín somos todos. Como Prometeo. Y Abel sólo unos pocos. Aquellos que, circunstancialmente, tienen la ley y el poder de su parte, que poseen la tierra y viven de sus frutos sin trabajo alguno y contra los que la potencia imaginaria del ser humano, su sacrificio inaudito y su fuerza y corajes, sus garantías de lucha han de quedar demostrados día y día. El César es Abel en la medida en que reconozca el poder del Dios por encima de él. Y, en la medida, en que es el ojo divino o el rayo de Júpiter quien lo guía, el vicio y la noche quedan prohibidos. Es el reino del sol, del día. Son los tiempos de Luis XVI. Cuando jamás

se pone el sol en Roma y Carlos V o Felipe II claman porque los rayos del astro solar se junten en los dos continentes para mirar desde su trono el inaudito confín de sus dominios. Lo apolíneo y lo ilustrado. Cuando Sócrates no cede a los secretos de la cicuta y descifra un acertijo. El imposible momento en que Teseo evade la muerte de su padre tras su salida del laberinto. Por ejemplo, gran parte del texto bíblico - revísense los bellos cantos de Isaías- es abélica. San Pablo lo es.

Por el contrario, tanto Pedro como Judas proceden de Caín. Y es imposible comprender el exigente sacrificio y transformación que puede seguirse ocultamente en la Biblia que nos lleva de Caín a Cristo sin observar el sufrimiento, la sempiterna fe y sacrificio de Job. Como es imposible entender la raíz sangrienta de muchos de los héroes del pueblo judío sin el primer mitema asesino que nos donan las Santas Escrituras. Sin embargo –y este es el estadio en el que nos encontramos actualmente confrontando de manera leve, las figuras de Monegros y Castel- en el momento en que el hombre es el Dios deviene el Führer, Calígula o Nerón, Lope de Aguirre. Se hace el reino de la noche. Se demanda que el cielo baje a la tierra para servir a los hombres. Se exige poseer la luna pues la misma, a través de su resplandor, no es sólo complice de los crímenes sino, sobre todo, posible delatora de los asesinatos, los rituales orgiásticos y la sangre vertida en los mismos. Se vive en lo dionisiaco sin freno. Son los tiempos del **Satiricón**. Cuando los imperios se derrumban y sólo queda sano en el centro de la mirada del hombre la risa carnavalesca. El disfraz. La máscara. El dominio del inconsciente. Los gritos exaltados de los seguidores de Zoroastro.

Y es la figura del andrógino, el Cristo transfigurado, según la gnosis, -y por ello Sábado disuelve su figura elidida por toda su narrativa- la única que viene en su rescate en la medida en que gracias a su ambigüedad, su carácter escurridizo, sugerente y unificador ofrece una síntesis de noche y día, de fidelidad y traición, pasión y nobleza al mismo tiempo que puede convocar en tiempos de mascarada y crimen, una mirada que permita recomponer lo originario humano. Esto es, sin dejar de separar noche y día, hombre y mujer o la parte cainita y abelita del hombre, el andrógino los une en su exterioridad a la vez que en su interioridad velada y oculta a

la mirada del hombre, permitiendo entender al hombre rebelde de todos los tiempos que esa pasión sin freno que lo lleva a la aniquilación, se sustenta en una falla ilógica, en una equivocación de la búsqueda y un apresuramiento a la hora de enfrentarse a su verdadero problema.

Y no resulta descabellado pensar –dadas las características bajo las que distintos exégetas, desde Boehme a Swedenborg han mostrado su figura deshaciendo, disgregando en varias partes lo que Santo Tomás de Aquino intentara unificar– que fueran precisamente estos los rasgos del ángel que enfrentara a Jacob quien una vez resistido a su empuje, observara claramente que ya nada podría frenar a su pueblo a ser amo y señor del mundo.¹⁴ A ser el mesías y el cordero del mundo que podría quitar los pecados del mundo con la fuerza de la espada y la voz siempre oculta, sibilina, reptante, como la de una serpiente, pero atronadora como únicamente lo puede ser el grito de la furia, de Yahvé. El único ángel permitido.

Aunque tampoco podemos dejar pasar la sugerencia de Harold Bloom en **Presagios del milenio**, sobre la verdadera identidad del ángel que enfrentó a Jacob. Pues bien podría haber sido –rumor esparcido como la espuma entre el pueblo judío– el ángel de la muerte, Samael, el ángel de la guarda de su agraviado hermano Esau que quedaría para siempre vencido, apartado de la batalla por el poder del reino judío por Jacob como, siglos más tarde, Sarmiento pudiera hacer con Rosas y su particular Samael, Facundo. Como, a la vez, tampoco podemos dejar de lado la hipótesis de que este ángel –curiosamente lejano de la potencia propia de los de su especie, de la belleza del arcángel Miguel de la cristiandad quien no tenía reparos en espolpear su espada sobre las tropas rebeldes y herejes del Islam– no fuera otro que Metratón. Quien para Elisha Ben Abuya –condenado a la herejía por el Talmud por gnóstico–

¹⁴ Nos refiere Harold Bloom en su, en verdad, apasionante y divertida reflexión sobre lo angélico, la gnosis y la posibilidad de la salvación **Presagios del milenio. La gnosis de los ángeles, los sueños y la resurrección** Traducción de Damián Alou. Editorial Anagrama. Barcelona. S.A. Segunda edición, marzo 2001, pág., 77 un midrash anónimo que, en verdad, permite contemplar desde otro ángulo la historia de Jacob, relativizarla y realizar una sana y enjundiosa lectura de la misma “en el que Jacob le dice a Moisés: “Soy más grande que tú; me encontré con un ángel y le conquisté”, a lo que Moisés replica: “Te encontraste con el ángel de tus dominios, pero yo ascendí hasta los ángeles principales en sus dominios, y tuvieron miedo de mí...”

venía a ser una potencia, en verdad, andrógina y unificadora de los contrarios y que, tal y como lo representa Bloom, sería “el eslabón esotérico angeológico entre lo divino y lo humano, fusionando las dos esferas a la manera del Hombre de Luz iranio, ya sea zoroastra o suffi”.¹⁵ Es decir, una imagen prematura y evanescente de lo que luego sería el Cristo en la cruz, inmaculado y virgen y, por tanto, castrado pero, asimismo, carnal, humano y fálico -lo que el agustinismo intenta ocultar, esconder de todas las maneras posibles- preparado para repartir sus bienes, la memoria, la luz, a todos aquellos que quisieran escucharle.

Pues es la promesa, la visión de un ángel andrógino, futura utopía de una cultura mestiza, lo que permite a los judíos soportar su sufrimiento frente a las hordas de demonios nazis, quien ofrece y labra los misterios de la cábala y deshace los entresijos ocultos de las tropas de Sión. Como, a su vez, el sincretismo que generó el gnosticismo o gran parte de los movimientos artísticos generados en América del Sur, una vez que el indígena pudo asumir el tremendo choque que significó la llegada del catolicismo, no dejan de ser muestras de ese deseo de unificación sin confusión que el andrógino, la gnosis o bien la filosofía china o tibetana, como bien entendiera Octavio Paz, muestran que ha de esconderse y sustentar toda cultura viva. A todo hombre vivo. Más allá de su particular separación en Caín y Abel, cuya separación imposible o su unión inmeditada sólo puede degenerar en muerte y lucha fraternal, en pervivencia del rencor y el odio y la lucha eterna entre las distintas partes del hombre como ha mostrado tantas veces, por ejemplo, la división eterna que rodea a la sociedad argentina ya no sólo entre los conceptos de barbarie o civilización, unitarismo o federalismo o mismamente, peronismo y antiperonismo, sino -como saben bien los que sufren y disfrutan de aquella tierra- sobre cualquier tema sobre el que se plantee una discursión o debate civil.

Exactamente, hay una escena en el **Abel Sánchez** de Unamuno que ha de permitirnos comprender mejor el crimen que, más tarde, realizará Castel contra María, su vía lumínica a una posible salvación y el opuesto virginal al pecado original que lo encadena a la tierra -a él y a todo al pueblo argentino- y sólo permite

¹⁵ *Ibíd*, pág., 55.

entender el asesinato o el crimen como salida a su onerosa realidad. Se trata de aquella en que Monegros muestra su sorpresa porque Abel Sanchez se haya dedicado a pintar vírgenes y que su único modelo haya sido su mujer, Helena. El momento en que una duda dogmática interroga contradictoriamente la mente de Monegros que pretende refutar el arte de Abel por su impostura religiosa y su odiado camarada le responde con seguridad ante sus demandas: “toda madre es virgen en cuanto es madre”.¹⁶ Porque es esta la verdad –la fertilidad de la tierra, la ruptura del contrato de fidelidad única a su hijo que María frente a la pecadora Eva viene a instituir sobre la tierra– que no podrán soportar Monegros ni Castel en la medida en que, como caínes que se enorgullecen de su falta pero al mismo tiempo la aborrecen, la maternidad mariana inteligentemente construida por el agustinismo, les hacía olvidarse de su problema y terror fundamental: ¿De quién son realmente hijos? ¿Quién fecundó a su bendita madre, María, a su añorada madre Eva, les dio la vida y luego les apartó de ella brutalmente? ¿Quién es ese Dios terrible que habla a través de ellos y esconde su presencia en el seno de la mujer que más aman o amaron para hacerles ver con claridad que, en realidad, están atados a la vida de la carne, del pecado y que nada de lo que hagan –un crimen o un meritorio acto– podrá salvarles del castigo que merecen por haber transgredido la ley? ¿O es que acaso un hijo puede amar a su madre, devorarse en su abrazo y confundirse con ella sin ser crucificado, sin ser devorado por la ley?

Si volvemos a entender la obra de Unamuno como una metáfora de una España dividida, como la imposible resolución y ensamblaje de los contrarios en que degenera todo reino de lo único –que es, en el fondo un reino de rebeldía forjado por el hombre contra el propio hombre- terminando por autodestruirse, podemos extraer unas conclusiones exactas que nos han de servir mejor para comprender el camino que inicia Sábato con Castel.

Abel Sánchez es artista mientras que Monegros es médico, científico; el uno es envidioso, el otro admirado; uno evasivo y genial y otro trabajador y esforzado, y la tragedia surge de la imposibilidad de reconciliar estos dos contrarios en uno. Esas

¹⁶ Unamuno, Miguel de. **Ábel Sánchez**. op.cit, pág., 117.

son las exactas consecuencias que ha rastreado Unamuno en la efervescencia del catolicismo en la España, donde hemos de situar las causas de su no tan antigua desgracia y a las que se vuelve Sábato para comprender la escisión irreconciliable de opuestos que han degenerado en la esclerótica cultura occidental contemporánea en la que nos encontramos inmersos y que degeneraran y se bifurcaran hasta desembocar en esa, aparentemente incomprensible, rabiosa y revuelta Argentina en la que habita.

Al fin y al cabo, no deja de ser normal este hecho. Exactamente, nuestra cultura influenciada irremisiblemente por lectura canónica de la Biblia determina ya esta realidad. La Torah comienza por la segunda letra del alfabeto hebraico, Beth, que determina el mundo de la dualidad donde vivimos desde el comienzo (Berechit). Y la unidad es ocupada en el mito judío por el Elohim, cuya radical ambigüedad y poder todopoderoso que el hombre no puede alcanzar, sus juicios insospechados, lo conducen más a la sospecha y al respeto temeroso de la divinidad que a un diálogo o un deseo de fusión con el absoluto, el origen.

Y es a partir de la imposibilidad de reconciliar los opuestos –la luna y el sol, la tierra y el cielo, la sangrante separación del inicio (Berechit)– que llevarán más tarde a Martín como a Ramiro a buscar la paz en los confines de otro mundo y que no permitirán que Ábel Sánchez y Monegros –en el diálogo de sordos que los caracteriza– puedan firmar un pacto de no agresión, de paz, donde debemos seguir cifrando el porqué de la narrativa sabatina y su apego a la gnosis. Es desde aquí que, podemos entender, el maniqueísmo –al fin, una gnosis de los persas- que caracteriza la obra de Sábato y que no permite reconciliar los contrarios, como él mismo ha indicado con su procelosa biografía, sino es a través del valor de enfrentarse a la vida con la fe que es el atributo que legó Cristo a todos los oprimidos y la llama que aún en tiempos de discordia ha sostenido la lucha, toda la obra de Sábato.

Porque es contra la imposibilidad de unificar, de romper con el evasivo gesto que religa lo material y lo espiritual y nos hace uno con todo lo pre-existente sin necesidad de desligarnos de esta vida, contra lo que la obra de Sábato como la de Bataille, Artaud o Michaux o, mismamente, la producida por la beat generation -con

Burroughs y sus manifiestos apocalípticos, lúcidos y visionarios sobre el estado del hombre actual a la cabeza– han intentado luchar, mostrando cuál ha de ser uno de las posibles vías del hombre para enfrentar esta sórdida realidad. Adentrarse en las entrañas de la vida sin miedo a ella, gozarla y exprimirla al máximo sin que esto suponga un acto evasivo sino la realización plena de los poderes que la creación otorgó al hombre y, aunque para ello haya, como enseña Dostoievsky, que traspasar los umbrales del conocimiento, los límites del hombre, para afrontar el dolor.¹⁷ Porque este dolor no es sino el duro camino que la conciencia ha de recorrer para reintegrarse con su opuesto –su particular Caín o Abel- perdido y desubicado desde que el hombre tomara del fruto del árbol acaso todavía no maduro, como inteligentemente lo vislumbrara Schiller, del conocimiento, desintegrando la armonía que integraba perfectamente al bien y al mal en el mismo. Y es en la medida en que el hombre entienda que ha de realizar esta operación a través, precisamente, de la aceptación de esta caída, de su lucha con las fuerzas materiales y de su condición esclava en el mundo que podrá, como señalara William Blake, en metáfora cara a Rilke, traspasar las puertas de la percepción y asistir a su verdadero estatuto y don divino donado por el creador. Podrá construir un Nuevo Edén que es la promesa que

¹⁷ Así lo ha mostrado la obra de Dostoievsky, según Berdiaev. “Para terminar (...) con la pesadilla del diablo”, el infierno, es necesario elegir definitivamente, elegir el verdadero camino del hombre, elegir la verdad”. Y este es el mismo trasvase que realiza la obra de Sábato y lo que la hermana con la obra de su amado Dostoievsky que tantas vocaciones literarias, entre ellas la de Paul Auster, despertara y no dejara mecerse en las sombras para siempre. Y es que Dostoievsky, como hará la obra de Sábato, mostró según Berdiaev que “El camino hacia la luz debía pasar por las tinieblas”, intentando mostrar “cómo surge esta luz de las tinieblas”. Enfrentar a los ciudadanos de Argentina a la luz de esta verdad. Aunque esta verdad sea difícil de aceptar. Mostrar a los hombres de su patria, asolados por la privación, el goce de la nueva tierra, emparedados entre las paredes de un castillo de leyes y morales prejuiciosas, deseosas de decapitar la primera voz que se alce frente a ella que “al paraíso perdido no se vuelve más. El hombre debe ir al encuentro de un nuevo paraíso”. Y debe intentar buscarlo incluso en esta ignominiosa situación, como su amado Dostoievsky ya señalara. Comprendiendo como dijera que un “país exterminado no es un país muerto. Es, ni más ni menos, un país en travesía”. Apartando la melancolía, abrazándose al calor del compromiso, del sacrificio. Convertir la cruz del destierro de Caín en cruz de Cristo. Transformar el culposo exilio al que conduce todo crimen en lucha rebelde, inmisericorde por un espacio de libertad, de convivencia entre los hombres en el que el signo de Caín únicamente señale el esfuerzo ingobernable que se ha forjado por construir al fin una ciudad, una nueva Jerusalén, donde los deseos, cultos y formas de ser de todos, sean respetados. Concienciarse, como sugiere Berdiaeff de que “para el hombre que ha seguido el camino de la arbitrariedad y la rebelión, no hay vuelta posible a la naturaleza y a la tierra”, y “sólo a través de Cristo y de Caná se puede retornar”, volver “a la tierra mística, que es su patria, en el Edén de la divina naturaleza”. ¹⁷ en Berdiaev, Nicolas. **El espíritu de Dostoievsky**. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires. 1978, págs., 172, 184

siempre aparece tras la tarea donada al hombre de hacer preservar, perdurar, construir y reconstruir tantas veces como haga falta la antigua Jerusalén que es siempre ofrecimiento de que cualquier ciudad o comunidad podrá realizar el tránsito exigido a su primer fundador, Caín. Esto es, de ser Sodoma o Gomorra a devenir Jerusalén. De Caín a Cristo. Y de Cristo al mundo, al resto de las ciudades, a los eones, al pleroma, a través de la creación. Nunca de la destrucción.

El Zohar ya lo indica con claridad. Como nos ha sugerido Ester Cohen en su intrigante *El laberinto*: “Para la mística del **Zohar**, Bereshit es la clave secreta que abre y que cierra las puertas del palacio; en esta primera palabra de la Creación se encuentra el verdadero misterio de las puertas cerradas: cerraduras herméticas del sentido”.¹⁸ Y quien disuelva vitalmente el acertijo, quien atraviese las muchas pruebas, puertas y palacios que oculta en su interior podrá llegar a la “Sabiduría suprema”. A la gnosis. Para lo cual, como indica Cohen “es necesario pasar por el temor de Dios, que es la puerta que da acceso”. Esto es, superar el miedo a la vida. Afrontarla. Para lo que, como ha indicado Sábato, es necesario ser prácticamente un demente. O, dicho de otro modo, un ciego que no tiene miedo a la muerte porque sabe que esta existencia es sólo un mero espejismo y que la verdadera visión es la del corazón, la del interior, nuestras convicciones.

Porque la letra Beth no es sólo disensión sino también “la posibilidad de comunicación entre el cielo y la tierra, Dios y el hombre”.¹⁹ Puerta que ha de ser traspasada para caminar hacia el Aleph. Y todas las religiones, todos los poderes que se oponen a este hecho, este trasvase son, en realidad, como muestra la obra de Sábato, sectas. Sectas cegadas, conjuradas a través del nombre de Satán que en **Abaddón el exterminador**, a través de la esmerada lección final que el profesor Alberto J. Galfundo ofrece como compendio de la obra sabatiana, recibe el exacto nombre de Yahvé. Y que puede ser suplantada, como hemos ido viendo, por cualquier hombre o poder que se crea en posesión de la verdad.

¹⁸ En Cohen, Esther. *El laberinto* dentro de Bloom, Harold, Scholem, Gershow, Idel, Moshe y otros. **Cábala y deconstrucción**. op.cit, pág., 70.

¹⁹ Ibid, pág., 71.

Hacia otro camino apunta la obra de Sábato, cercano en esto a Levinas, para quien el misterio y la verdad de la religión se instituían a partir de la interrogación del ser, del Otro, de la palabra misma. No en su aceptación. Interrogar a Yahvé es el camino que puede llevar al pueblo al judío a la salvación, es el verdadero misterio que ha permitido que siga subsistiendo a pesar de los avatares del tiempo. Es el diálogo infinito.²⁰ La posibilidad inacabada de la vida. Y aceptar su palabra sin un porqué, sin una reflexión que invite a una conversación entre el hombre y Dios, el hacerse del ser, su guarida (el lenguaje), y su manifestación en curso (el hombre) es disolver al hombre en el mundo del Cosmos. Significa arrojarlo al mundo de las bestias. Condenarlo a la barbarie. Dejarlo como tantos textos gnósticos enseñan y como tantos ciudadanos argentinos han vivenciado, arrojado a las entrañas de la tierra, a las fuerzas de un mundo material extraño sin un verdadero apoyo en el que sustentarse, sometido a la voracidad de los distintos poderes y monstruos que intentan apoderarse de él, a partir del primer pecado original cometido en Occidente y el

²⁰ Fue precisamente, como en sus hermosos estudios nos ha mostrado Gershom G. Scholem, un judío enraizado en España, José Gikatilla de Medinacelli, quien frente al sentido único que las lecturas canónicas querían ofrecer de la Torah, ya indicó que “la Torah no es el nombre mismo de Dios, sino la explicación de este nombre”. Lo que quiere significar que, frente a los hombres que pensaban haber atrapado el nombre de Dios por el mero hecho de poseer el texto divino, se alzaban en la futuramente unificada España, voces calificadas de apócrifas como las de José Gikatilla que animaban a la búsqueda, al tránsito infatigable por la misma con el fin de revelar una verdad que, sin duda, habría de herir a los futuros sacerdotes judeo-cristianos que gobernasen por entero este país. Pues, como indica Scholem, de las reflexiones cabalísticas de Gikatilla sobre el texto bíblico se podía extraer la conclusión de que “La Torah es por lo tanto un ropaje viviente y un tejido, un textus en el sentido más exacto del término, en el que, como una especie de motivo básico y como un leitmotiv, el Tetragrama se teje de un modo oculto y a veces hasta en un modo directo y, en cualquier caso, el Tetragrama se refiere a la Torah en toda clase posible de metamorfosis y de Lourdes González. Dentro de de Bloom, Harold, Scholem, Gershow, Idel, Moshe y otros. **Cábala y deconstrucción**. op.cit., págs.,30 y 31. Es decir que “el papel de la Torah no tiene, en sus varios principios, un sentido individual y único; puede ser expandido de varias maneras”. Siendo, por lo tanto, en el más amplio sentido de la palabra, un texto abierto, que es, precisamente, la más terrible herejía que el culto enfurecido de cristianos que decretaron la abolición de la cultura judía –acaso sospechando ya como Hitler o como Herodes en tiempos de Jesucristo el poder de transformación oculto para sus reinos que pudiera surgir de un mensaje que hiciera participar a todos los hombres y seres de los misterios de la creación, su participación en el pneuma divino- podía soportar. Continúa señalando Scholem en hermosa reflexión: “en estos millones de mundos en los que los seres creados escuchan la manifestación (revelación) y lenguaje de Dios, la Torah puede ser interpretada en una infinita plenitud de significado. En otras palabras, la palabra de Dios, que se extiende a todos los mundos, está de hecho infinitamente cargada de significado, pero no tiene una interpretación fija. (...) La palabra de Dios es pura y simplemente aquello que es interpretable”. *Ibíd*, pág., 31.

segundo cometido contra América. Significa, por tanto, sumergirlo en el “tohou-bohou” que es el estado oscuro, la materia inerte, tenebrosa a partir de la cual, según el Génesis, fue creado el mundo. Es el estado de abandono y de falsía al que llegó el hombre occidental en su conquista americana dispuesto a matar a otros hombres (la cultura indígena o el propio hermano conquistador que podía compartir el oro ansiado) y que, como más tarde señala la historia de los desaparecidos argentinos, llegó hasta el punto de matar a los propios integrantes de aquel pueblo que quisiera compararse al judío perdido ahora en el desierto de la esclavitud americana.

Y esta será, en parte, una de las intenciones de la lucha y la obra de Sábato. Trascender el “tohou-bohou”. Enfrentarlo. Resistirlo, sin que esto signifique consumirse en él. Pues, para Sábato, es ahí –en la resistencia- donde radica la prodigiosa misión que se le ha encomendado al hombre: enfrentarse a su abismo material, a la parte material si quiere, en verdad, sobrevivir. Lo que únicamente podrá hacer si reconoce su parte cainita, asesina, como ya lo hiciera Rimbaud en sus épicos poemas que se vuelven como una rosa sobre nosotros para mostrarnos que la más bella espada, la más fresca y, al mismo tiempo, la más perdurable, es la que el hombre decide clavar en sus entrañas para rendir un sacrificio a los demás. A los pobres. A los desheredados de este mundo. Aquellos hombres que llegaban encadenados desde su Africa natal hacia América para labrar la fortuna del continente europeo. Quienes con sus vidas edificaron los templos de las deidades egipcias. Aquellos esclavos, gladiadores destinados a morir heridos entre las risas, burlas y escarnios del circo romano, bañados de costras de sudor y heridas a los que Espartaco animara a levantarse. Todos aquellos hombres oprimidos, en suma, por los que lucha la teleología de la liberación. En nombre de quienes –presuntamente– se hace toda revuelta. Y, en verdad, el objeto último de todo arte que se precie de ser verdadero, que desee perdurar. Pues enfrentar el “tohou-bohou” no significa, para Sábato, acabar con el goce como intentara hacer la máquina cristiano-capitalista. Significa, simplemente, conocerse. Reconocerse en esta materia. Aceptarse. Y rendir un sacrificio voluntario a los otros a partir del reconocimiento de nuestra ceguera primordial, original.

En definitiva, es así como entiendo el gnosticismo de Sábato. Y su batalla en pos de los desfavorecidos y de los hijos desnutridos de la simiente abundante que riega el fruto de la tierra argentina y que llevaron a Berni a dejar unos retratos para la posteridad que –como los retratos de Kosochka o Ensor con la Berlín de entreguerras- supieron inmortalizar el terror que inundaba las calles de Buenos Aires en tiempos en que los distintos gobiernos anunciaban bonanza, ha de comprenderse, de esta manera, mejor aún. Es la lucha de todo arte. Poder meditar en torno a aquel claro (Lichtung),²¹ descrito por Heidegger, más allá de leyendas blancas o negras, que pudo y todavía puede ser América, como cónclave de encuentro entre dos culturas diversas que, aún a pesar de la amenaza de exterminio de una ellas, pudieran dialogar fecundamente, intentando encontrar la necesaria conciliación entre la luz artificiosa de la razón occidental y la natural propia de la forma de estar de América en el mundo. Expandir la conciencia del hombre, romper los cielos y rasgar el velo de Maya para que comience a brotar de las palabras el maná que falta a tantos honrados hombres que se vieron castigados por el infortunio, el exilio o la desgracia. Niños, mujeres y ancianos que se vieron asolados por las guerras y viajaron hacinados en barcos hacia un lugar extraño donde unos hombres con afilados colmillos los esperaban contando sus cabezas como reses de ganado a las que explotar. Como así pudo ocurrir en un país imaginario o tal vez real. Como así pudo ocurrir en Argentina. Un país donde Caín volvería a encontrar el libro de la vida -que es el que permite abrir todos los textos y dejar el camino libre al encuentro de la vida- cerrado bajo siete llaves. Las siete llaves que parecen tener un solo poseedor: Yahvé. Y un solo sufridor: Caín. Castel y sus sueños de grandeza jamás cumplidos.

²¹ Sobre el controvertido tema del Lichtung en Heidegger, uno de sus mayores exegetas contemporáneos, Peter Sloterdijk, en **El sol y la muerte**, nos ofrece una explicación concisa y enigmática, como el mismo concepto, que ayuda a conciliar mejor el significado último e inaprensible de aquella apertura del ser solicitada por Rilke o Heidegger para contemplar la realidad, tan válida para poder aprehender la realidad multifacético, contrapuesta y contradictoria americana. Nos dice Sloterdijk que Heidegger “No sólo invita a que se contemple lo que se revela a la luz, sino a que se reflexione sobre lo que se concita entre la luz y las cosas, o, dicho de otra manera, invita a meditar en torno al claro (Lichtung) como tal. El claro es, por así decirlo, un rayo forjador de mundo, en él es donde realmente debemos parar mientes ahora. Pero quien lo mira directamente se queda ciego”. Peter Sloterdijk Hans-Jürgen Heinrichs. **El sol y la muerte**. Traducción de Germán Cano. Biblioteca de ensayo. Ediciones Siruela. Madrid. 2004, pág., 115.

De todos es conocido como San Pablo en su famosa **Primera Epístola a los Corintios** destacó de su famosa triada, fe, esperanza y amor, a este último por encima de todas las virtudes. Pero desterró el conocimiento. La Sophia. Olvidó que es a través del conocimiento lento, gradual de alguien que aprendemos amarlos. Tanto el adolescente como el niño están llenos de amor pero, en muchas ocasiones, no pueden canalizarlos. Este es el trasvase que enseña a hacer la gnosis. Que enseña todo arte. Y que sólo trae la experiencia. El escollo donde tantas veces se ha encallado el país argentino. La impaciencia que, sin embargo, cuando aprenda a madurar puede ofrecerle un bello destino. Es aquí donde se anclará Castel. Y donde se paralizan muchos de los hermosos sueños nacidos en América del Sur. Europa, desfondada en su crisis de fe, sin embargo, ya ha aprendido a tener paciencia. Seguramente las crisis que la azotarán en los próximos años no podrán destruir su idea de unión. La unión hace la fuerza, dice el refrán. Y la unificación y el respeto a la diversidad de los países europeos nació, en principio, como una manera de frenar toda guerra entre las mismas. De detener el mal. Es ahí donde puede mirarse el destino de toda Hispanoamérica. De donde puede levantar las heridas que suturan su soledad. Que introducen a Castel en el mal.

Una alegoría gnóstica, extraída de la poesía mandeana, y que toma como centro la expresión de San Pablo para ampliarla y retirar el dogma puede servir como ejemplo del camino que un día tuvo que recorrer el Occidente –que todavía ha de seguir recorriendo– y que se cierne como la cuchilla de una horca, diabólicamente sobre el continente americano o el país argentino sino decide aceptar su destino sudamericano. Unirse a todos aquellos que comparten su habitar y transitar por la madre tierra americana. Dice la misma: “Desde el día en que me enamoré de la vida, desde el día en que mi corazón se enamoró de la Verdad. No tengo más confianza en nada, ni en el mundo ni en padre ni en madre. No tengo en confianza ni en el mundo ni en hermanos ni hermanas (...) mi alma es lo único que yo voy buscando (...) la Verdad que se encuentra en el lindero de los mundos”.²² Con razón, María le dirá a ese hombre sordo y ciego de todos los oídos, Castel, menos de la boca que es el fuego

²² Texto extraído de Jonas, Hans. **La religion gnostique**. Ed. Flammarion.France. Paris. 1978. pág., 125. La traducción es mía.

de discordia entregado por el diablo para tentarnos: “La verdad. Lo que importa es la verdad”.²³ Vamos ahora a intentar investigar, rastrear en qué consiste esa verdad para Sábato. A adentrarnos en uno de los linderos apartados del mundo, Argentina, en busca de su alma y la verdad de su pecado original americano. Es tiempo de volver a dejar hablar el mal. De escucharlo. Al fin, es lógico. Esta es la única vía que permite comprenderlo y, por tanto, destruirlo. Como hemos dicho antes, lo enseña toda gnosis, todo arte. Lo muestra, clarívidentemente, **El túnel**.

²³ Sábato, Ernesto. **El túnel** dentro de **Obra Completa Narrativa**. Editorial Planeta Argentina/ Seix Barral. Buenos Aires. 1996, pág., 46.

III.3. EL SIGNO SIN LEY: LA HUMILLACIÓN DEL PADRE.

"Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que arrojándolos al infierno los entregó a prisiones de oscuridad."

(2 Pedro 2:4)

“Las propias palabras que digo, no son más que parte/ de mi mirada, de mi cuerpo./ Aunque el dolor y la vergüenza/ nos hayan hecho un poco más expertos en nosotros/ y en la atroz desnaturalidad del mundo,/ seguimos siendo como todos los demás/ que usan estas palabras como sonámbulos/ (o como larvas salidas de la tumba y aturcidas por el sol)./ Nuestra carne es un enigma que como enigma se expresa./ Pero nuestras palabras, ahora, son pobres sonidos/ que no dicen nada más que la vida vuelve a comenzar/ Y ASÍ NOS HERMANA CON AQUELLOS QUE ODIAMOS”.

Pier Paolo Passolini.

Hay un gesto de Castel que siempre me ha llamado la atención en **El túnel**. Por encima de todos los demás. Su complacencia en narrarnos sin ápice de compasión su desgracia. Acaso sea esta actitud suya la que haya atrapado a tantos lectores en el círculo nocturno sin, aparentemente, vías de escape que se atreve a narrarnos. Escuchar hablar al mal es, en sí, un privilegio. Como dijimos anteriormente, un acto que prueba la total libertad con la que fue creado el hombre. Pero también sus límites. Que es, en mi opinión, el gran tema de **El túnel** y de toda la obra de Dostoievsky. Cual es el límite de dolor, el límite de la libertad y dónde empieza la inquietante frontera de lo permisible, de la ley ética que rige al hombre y que, aparentemente, él gobierna que una vez traspasada ha de, inmisericordemente, golpearle, castigarle. Donde se forja y nace el crimen y porqué el mismo ha de recibir su correspondiente castigo. Y en el que encuentro también la sana ironía que envuelve toda obra de arte, la carcajada feroz que siempre nos devuelve todo libro cuando queremos acceder a él rigurosa, seriamente. Cuando queremos desentrañar hasta las heces un recorrido que siempre ha de ser plurívoco, expansivo y tan volátil como nuestras vidas y jamás atomizado bajo un único sentido, como ya observase Foucault en su famosa abertura de **Las palabras y las cosas** al enfrentarse a la sabia heterogeneidad de aquella narración de Borges, **El idioma analítico de J.Wilkins**.

En gran parte, hemos ido trazando ya las coordenadas que podrían explicar este hecho. Pero lo que interesa ahora es comprobar cómo el mismo, porqué y según qué coordenadas se muestra en la novela de Sábato y, en el particular caso del país argentino. Y, sobre todo, importa alumbrar hipótesis, terminar de cerrar círculos y abrir, asimismo, otros que puedan ofrecer una explicación cabal del porqué de la confesión de Castel, por qué la necesidad de confesar sin piedad su crimen y qué razones últimas podríamos encontrar que justificasen su encono e ira hacia sí mismo. O, a la vez -y en esto iremos progresivamente penetrando- cuál es, según el hilo del discurso que estamos siguiendo, los motivos que le llevan a elegir la pintura como vía de expiación y canal artístico que desvele el verdadero anhelo de su subconsciente. ¿Qué resortes ocultos le llevan a dibujar esa maternidad solitaria y con la mirada perdida al infinito que lo vincula fatalmente a María Iribarne y que aún sigue fascinando a tantos lectores de **El túnel**?

Sin duda, una primera explicación y gracias al mismo hecho de su escritura y su lacerante deseo de ser leído “aunque solo sea por una persona” la encontraríamos en su necesidad manifiesta de vincularse con algún otro, romper su radical soledad. Al fin y al cabo, Castel como podemos observar en todo su cegado recorrido por las calles de Buenos Aires se encuentra rodeado de “otros” a los que ni atisba a escuchar y con los tampoco puede llegar a establecer una conversación cabal. Lo que no debería extrañarnos después de haber hecho un recorrido por la sociedad argentina de su tiempo. Así, por ejemplo, caracterizaba Rodolfo Kusch las relaciones con el “otro” en la Argentina sometida a continuas dictaduras y donde el hombre cainita siempre amenazado y amenazante, temeroso de encontrar en su hermano en el destierro el brazo salvaje que le robase el pan que con tanto esfuerzo había ganado terminaba, lógicamente, por considerarlo como “un fantasma (...) que nos asedia, o nos ayuda (...) de cual prescindimos cuando nada nos importa”.¹ Porque toda sociedad como la argentina donde no hay una cohesión central, un estado de derecho, una ley o un estado constitucional que se esté dispuesto a respetar, termina por ser el ámbito del individuo, de la máscara y la palabra frente a la persona, el rostro y el silencio que religa y concede paz, capacidad de autodeterminación.

De esta manera, el individuo para poder hacerse oír en el espacio social, descreído de todo después no sólo de su destierro sino de los golpes recibidos en la tierra infernal a la que considera que ha llegado, termina por replegarse sobre sí mismo y no hacer caso más que a su yo, como Castel. Lo cual es lógico si entendemos que frente ante la sensación de indefensión que se encuentra, el ego termina por ser el mayor escondite del emigrante incapaz de forjar un yo integral. Y, por ello, Castel, siguiendo las pautas de comportamiento del régimen de comportamiento habitual en Argentina, realiza ese peligroso juego contradictorio, doble discurso trabado de su yo en contacto con los otros que realiza durante toda la novela, que tan bien ha sabido definir Rodolfo Kusch: “un juego que consiste en invertir las cosas, a fin de que podamos asumir la libertad de pensar que lo nuestro es siempre sagrado pa´ mí y afuera todo es profano”.² “si allá los otros o la gente usa algo, nosotros no lo usamos; si allá se cree, nosotros no creemos, y si allá se afirma algo, nosotros lo negamos”.³

Y es de esta manera, como el hombre, condenado a vivir en soledad y, por tanto, bajo una subjetividad extrema, se ciega, se comienza a sumergir, como dijera Martin Buber, en la “irrealidad”, en “una existencia subterránea y escondida y, en cierto modo, ilegítima”.⁴ Es decir, un túnel. O una caverna. O lo que es lo mismo, se adentra dentro del infierno⁵, en el reino donde Satán puede hacer con él aquello que desee. El terreno donde se empieza a forjar el crimen y donde late la ignorancia pues toda vida con un continente de felicidad y desafío real en su seno ha de ser vivida en necesario contacto con el “otro”, con la comunidad, como muy bien entendiera la

¹Kusch, Rodolfo. **De la mala vida porteña**. op.cit, pág., 362.

² Ibídem.

³ Ibíd, pág., 363.

⁴ Buber, Martin. **Yo y tú**. No indica traductor. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 2001, pág., 53.

⁵ Que es un término análogo de “cueva (caverna) y “vacío”, cuyo sustantivo se encuentra formado de las palabras anglosajonas *helan* o *behelian*, “esconder”, y cuyo verbo precedente del latín *occulere* y *celare* y el griego *kalyptein*, y que denota, lógicamente, un lugar oscuro y escondido. Mismamente, un túnel.

Grecia antigua, tal y como nos pone de manifiesto Hannah Arendt⁶: “En el sentimiento antiguo, el rasgo privativo de lo privado, indicado en el propio mundo, era muy importante; literalmente significaba el estado de hallarse desprovisto de algo, incluso de las más elevadas y humanas capacidades. Un hombre que sólo viviera su vida privada, a quien, al igual que al esclavo, no se le permitiera entrar en la esfera pública, o que, a semejanza del bárbaro, no hubiera elegido establecer tal esfera, no era plenamente humano”.⁷

Y es aquí desde donde deberíamos seguir rastreando el porqué del discurso casi inhumano de Castel. Su monólogo sordo a todo discurso y centrado únicamente en sí mismo. En el rugir de tantas dictaduras argentinas o en el brazo engañoso que tendió Perón a los desclasados de su país dispuesto a golpearles en el momento en que no se plegaran a sus dictados, que obligaría, lógicamente, a tantos hombres como Castel a una progresiva animalización de sus formas, ya ancestral en el país argentino, donde tantos ciudadanos sometidos al rugido del poder abélico “se ha(bían) convertido en completamente privados, (...) ha (bían) sido desposeídos de ver y oír a los demás, de ser vistos y oídos por ellos. (...) Est(aban) encerrados en la subjetividad de su propia experiencia singular, que” como sugiere Hannah Arendt al tipificar las dictaduras, “no deja de ser singular” sino norma cuando, como en el país argentino “la misma experiencia se multiplica innumerables veces”.⁸

⁶ Es interesante continuar explorando el contenido del trabajo de Hannah Arendt, en cuanto el mismo aclara conceptualizaciones que pueden ser de mucha ayuda para seguir configurando los diagnósticos de los procesos sufridos por la, tantas veces descompuesta sociedad argentina, al tiempo que nos sirven para caracterizar e indagar aún más en el porqué del comportamiento de los héroes sabatianos: “Bajo las condiciones de un mundo común, la realidad no está garantizada principalmente por la “naturaleza común” de todos los hombres que la constituyen, sino más bien por el hecho de que, a pesar de las diferencias de posición y la resultante variedad de perspectivas, todos están interesados por el mismo objeto. Si la identidad del objeto deja de discernirse, ninguna naturaleza común de los hombres, y menos aún el no natural conformismo de una sociedad de masas, puede evitar la destrucción del mundo común, precedida por lo general de la destrucción de los muchos aspectos en que se presenta a la pluralidad humana. Esto puede ocurrir bajo condiciones de radical aislamiento, donde nadie está de acuerdo con nadie, como suele darse en las tiranías”, nos dice en Arendt, Hannah. **La condición humana**. cit, págs., 66 y 67.

⁷ *Ibíd*, pág., 49.

⁸ *Ibíd*em.

Y por ello, Castel, estancado en aquella procelosa soledad de la que hablase Murena y sometido al juego contradictorio, descrito por Kusch, que irrita y a la vez enaltece su ego no dudará en confesarnos en el transcurso de la narración: “Generalmente, esa sensación de estar solo en el mundo aparece mezclada a un orgulloso sentimiento de superioridad: desprecio a los hombres, los veo sucios, feos, incapaces, ávidos, groseros, mezquinos: mi soledad no me asusta, es casi olímpica”.⁹ Es la soledad del hombre cainita que no quiere reconocer la verdad de su destierro y que, con tanta claridad, percibe en los hombres que se cruza y ante los que cierra los ojos para no verse a sí mismo retratado en ellos.

Y ahí radica una de las diferencias básicas y la evolución realizada desde Carlos a Castel, como a su vez varias de las semejanzas que los unen. En que Carlos, debido a su humilde extracción social, se ciega bajo el rostro de un asesino para huir de su condición e imponer él ahora las reglas de la injusta sociedad en que se encuentra mientras que Castel, en cambio, cuya faceta de artista le introduce en un ámbito ontológico mayor y nos permite vislumbrarlo con una economía mucho más desahogada, en cambio, se encuentra cegado en la vida real para reconocer y aceptar su naturaleza cainita, las últimas causas y consecuencias de su exilio en Argentina.

Sin embargo, como hemos ido observando, centrar únicamente las razones de la ira y ceguera de Castel en este aspecto -aunque válido y útil para acercarnos más a su comprensión- no nos ha de ser suficiente. Precisamente, y para seguir delimitando las pautas que configuran el carácter y el porqué del comportamiento de Juan Pablo Castel,¹⁰ no es vano recordar cómo Martin Buber, en la línea de Arendt, Murena o Sábato, entendía la soledad como fruto inequívoco de una falta de diálogo con las

⁹ Sábato, Ernesto. **El túnel**. op.cit, 30.

¹⁰ Cuyo apellido –arcaísmo de castillo– muchos críticos han querido observar como homenaje velado de Sábato a Kafka y que yo sin negar esta afirmación entendería como un topónimo descendiente de Castilla, “la tierra de los castillos” de la que tantos hombres como Juan Pablo procedían y cuya cegada ideología ayudó a configurar el país argentino.

raíces de la tierra que se habita, su espíritu que había sido postergado por la necesidad material, el deseo voraz que se tiene de la misma.¹¹

De esta manera, según nos informa Martin Buber, –y una vez transferida esta reflexión a la particular toma de posesión de los patriarcas argentinos de la tierra y su consabida matanza del indio- “el destino sabio y soberano que reinaba en armonía con la riqueza de sentido en el cosmos, sobre toda causalidad” deviene “ahora en un demonismo adverso al sentido” propio y original de aquella tierra. Se vuelve en contra de los ocupadores, pues esta raíz indígena cercenada, este rastro de muerte, este “Karma”, como señala Martin Buber “en quien los antepasados reconocían una dispensa caritativa –pues todo lo que hacemos en esta vida nos eleva, en una existencia ulterior, a una esfera de vida más alta-,” habría de revelárseles “en el presente como una tiranía. Pues el Karma de una vida anterior, de la que no” tendrían “conciencia”, los habría “encerrado en una prisión de la cual no” podrían evadirse “en la vida presente”.¹²

Un Karma uniforme, diabólico, vacío de sentido, que atrapa a Castel, a la sociedad argentina en las rejas de su propio discurso, en un estéril miedo a abrirse a la “alteridad” que ya venía prefigurado por la actitud de aquellos primeros conquistadores que crearan, como sugiere Marínez Estrada, “el infierno mental”, enfrentados al silencio, a esa “noche poblada de ruidos lejanos y sobrenaturales, en que el salvaje y la bestia formaban un homogéneo macizo de amenazas”¹³ que no

¹¹ Así lo entiende Buber en una maravillosa reflexión que nos informa de las consecuencias para la Argentina del genocidio cometida contra la cultura aborigen o de la actitud inicial de los conquistadores bajo cuyo peso el futuro del país no puede surgir con naturalidad, no puede erigirse, levantarse, en Buber, Martin, **Tú y yo**. op.cit, pág 44: “Toda gran cultura que abarca a un conjunto de pueblos reposa sobre un originario fenómeno de relación, sobre una respuesta al Tú dada en su fuente, sobre un acto esencial del espíritu. Este acto, reforzado por la energía de generaciones sucesivas que siguen la misma dirección, crea en el espíritu una concepción particular sobre el cosmos. Sólo merced a este acto es el cosmos un mundo aprehendido, un mundo hogar, morada cósmica del hombre. (...) Si una cultura deja de tener como centro un fenómeno de relación viviente y sin cesar renovado, se congela, se torna un mundo del Ello, penetrando sólo de cuando en cuando por los actos eruptivos y fulgurantes de espíritus aislados”. Espíritus aislados pero refulgentes como Sábato, Murena, Arlt o tantos otros escritores, pensadores, artistas argentinos.

¹² *Ibíd*, pág., 45.

¹³ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la pampa**. op.cit, pág., 284.

podieron, no supieron o quisieron comprender. Y que llevó a tantos desheredados fuera de su tierra, en un paradójico camino de ida y vuelta, a optar por el destierro (América) prefiriéndolo a la cárcel (Europa), para, finalmente, enceguídos por la ambición, encontrar en esta tierra cuyos misterios y libertad no supieron entender, la cárcel más angosta, estrecha y amplia: ellos mismos. Una tierra absolutamente blanca, como dijera Mallea. Sin color y, por tanto, sin diálogo ni mezcla fértil. Como el blanco de la piel de Castel que pesa como una arista invencible sobre las pesadas alforjas de su destino, de su discurso. O como el rostro del furibundo enamorado protagonista de **El amor brujo** de Roberto Arlt, Adler, expiando todo su desengaño en color de piel de su amante sin atreverse a emitir un juicio sobre sí mismo que le conduzca a bucear sobre sí para encontrar las razones del mismo: “miente porque lleva sangre de negros en las venas y los negros mienten siempre. Así los acostumbró el látigo del blanco”.¹⁴ Donde nadie puede comprender el porqué de la profunda culpa que se siente que se ha de purgar. Nadie se hace responsable de la misma. Ni de las consecuencias de formar parte de un pueblo sin historia. Como Castel. Viviendo un desdoblamiento continuo que incapacita para diferenciar cuáles son las responsabilidades que se debe asumir. Si acaso hay alguna. Y que implica una segunda expulsión del paraíso y una vida privada de sustancia en la nueva tierra habitada. Viviendo, por tanto, en el imperio del olvido, debido al temor de que las circunstancias que forjaron su exilio vuelvan a repetirse y, paradójicamente, como señala María Zambrano, encadenándose a ella, pues “lo pasado condenado –condenado a no pasar, a desvanecerse como si no hubiera existido- se convierte en

¹⁴ Es de destacar las abundantes concomitancias entre **El amor brujo** y **El túnel** a la hora de presentar el tema del mal y en la función que ambos autores, siguiendo los parámetros vivos, las estrías repletas de calle y verdad, escondidas en la metafísica del tango, realizan de la mujer, identificada como tierra americana que, al no responder o plegarse a sus deseos de quienes la poseen, aún todavía con el recuerdo de la antigua madre occidental apegado a ellos, es tratada de prostituta. Véase, por ejemplo, esta arenga de Adler y anótese el supuesto secreto de la amante de Adler que, más tarde, intentaremos desentrañar en el hipotético secreto guardado por María Iribarne, la amante de Castel: “Estoy humillado, ofendido tan profundamente como nadie lo estará nunca más sobre la tierra. Coloqué los más puros sueños de mi vida en una mujer a quien cualquier hombre podrá manosear impunemente. (...) Le ha mentado a usted, le ha mentado a la madre, le ha mentado a Zulema... me ha mentado a mí... Le ha mentado a todos. Miente porque tiene un secreto, (...) ¡Qué sé yo en quién se puede creer! En nadie, en nada”, en Arlt, Roberto, **El amor brujo**. Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. Tercera edición: octubre 2001, pág., 206.

fantasma. Y los fantasmas, ya se sabe, vuelven”.¹⁵ Ya sea en forma de distintos dictadores o presidentes que usurpen el lugar de la ley, condenando a una gran mayoría de los ciudadanos al ostracismo o bajo el comportamiento de estos mismos ciudadanos, incapacitados para forjar una red de espacio público que los defiendan de los mismos, temerosos como se encuentran los unos de los otros.

De hecho, hemos de cifrar las causas de gran parte del murmullo anhelante de tantos argentinos, de Castel, caminando una y otra vez pronunciando palabras sin consistencia en este hecho. En el rechazo visceral que sintieron de la madre tierra americana que los acogió y que no permite consagrar la bendita armonía que debe haber entre los hombres y la raíz espiritual de la tierra que habitan. No haber podido ni sabido arraigarse a través del espíritu en la tierra argentina y, por tanto, haber fundado la palabra del hombre en América sobre un vacío, una elipse de sentido y significado.

Lo ha dicho de manera distinta pero igualmente certera que Martín Buber, Paul Ricoeur, “un simbolismo de la subjetividad ya marca la ruptura de la totalidad simbólica. El símbolo comienza a estropearse cuando deja de actuar en varios registros: cósmico y existencial”.¹⁶ Lo que permitirá sin duda que el significante, el signo-hombre o al menos su referencia, su discurso, no pueda realizar su más querida promesa, que es –como sugerían Delleuze y Guattari en su **Anti-Edipo**–: “la de permitirnos el acceso a una comprensión moderna y funcional de la lengua”.¹⁷ O dicho de otra forma, que no permiten que la palabra del hombre pueda enraizarse cabalmente dentro de la realidad que vive, una vez que se desprecia –como en el caso de tantos argentinos, Castel y su frenético discurso a la cabeza- el cuerpo de la nueva tierra americana que se habita. Es decir, no se respeta el cuerpo, espíritu, los márgenes del folio ni los renglones que el cuerpo y vientre de la madre tierra dispuso

¹⁵ María Zambrano. **La razón en la sombra. Antología del Pensamiento de María Zambrano.** op.cit, pág., 389.

¹⁶ Palabras de Paul Ricoeur extraídas de Pewzner, Evelyne. **El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente.** op.cit, pág., 58.

para que sus hijos pudieran seguir enraizándose en esta vida, escribiendo su discurso sin temor sobre la misma. Lo que conduce inequívocamente a que en esa sociedad irrespetuosa para realizar sus posibles discursos sobre uno de los pliegues del cuerpo de la tierra madre Eva –a la que cegados los hombres cainitas no pueden reconocer en América creyendo que han sido desposeídos para siempre de la misma una vez expulsados o huidos de Europa– la realidad, como el discurso de Castel, se disuelva en una mezcla antitética que termina por generar la revuelta, revolución del hombre en contra de sí mismo. Su ceguera. Y que permite asistir a ese espectáculo al que tan habituados, desgraciadamente, están tantos ciudadanos argentinos. Esa fiesta carnívora que es la vida cotidiana de todos los días y las furibundas conversaciones que, muchas veces, las sostienen donde el significado se confunde con el significante y el significante con el significado, dado que es palabra de un hombre que no quiere poner sus pies sobre la tierra americana, que no quiere fijarse sobre la misma por más que esté condenado a hacerlo, a entenderse con ella o a perecer fatalmente. Así lo han entendido también Deleuze y Guattari. Cuando el hombre no está bien asentado sobre la tierra, no lo está sobre el lenguaje y viceversa. Y, de esta manera, no se puede llegar a pedir al lenguaje que sea operativo –pues nada en aquella sociedad lo será–, no podemos hacerle la pregunta básica que justifica todo el engranaje que lo hace funcionar en una sociedad: “¿qué quiere decir esto?”. Pues la actitud del hombre hacia la tierra y, por tanto, al lenguaje, en verdad, “hace(...) insuficientes todas las repuestas” vitales que la realidad plantea “al remitirlas al rango de un simple significado”,¹⁸ desprovisto de todo simbolismo, más allá de la propia materialidad del propio signo engendra ya desprovisto de cosmicidad o poeticidad.

Y así Castel, como aquel argentino desconfiado de todo sistema, apátrida, que vive en el aire de las palabras y sufre al ver que ninguna de ellas es capaz de asomarse a formular un significado coherente sobre sí mismo, un reflejo real, social en un mundo que quiere aprehender de la manera que sea pero al que esquivo sin cesar, sin querer reconocer su falta, siente que es lo mismo decirlo que no decirlo.

¹⁷Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. **El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia**. Traducción de Francisco Monge. Ediciones Paidós Ibérica. S. A. Segunda reimpresión. 1998, pág., 215.

Las concibe sustitutos negativos de la relación con el otro que convalidan su yo herido y no le permiten tomar conciencia de sí mismo. Y, por lo tanto, no tiene ningún pudor en atacar a los demás hombres que lo rodean, a la sociedad psicoanalítica, a la sociedad de los artistas o cualquiera que se presente ante sus ojos heridos.

Lo que, por otra parte, como veremos, en verdad, puede corresponder más a un deseo de venganza y de definitivo parricidio del ciudadano argentino, del hombre cainita respecto al padre occidental bajo cuya sola mención siempre aparece reflejado o transmutado el rostro tiránico de Yahvé que ordenaba que lenguaje y realidad -las palabras y las cosas que diría Foucault- se ajustasen casi matemáticamente a sus mandatos para construir el Estado omnipotente de Israel en América. Y lo que justifica –una vez que ya transitamos por las características de la temible expulsión sufrida por el emigrante cainita y su recuerdo omnipresente del juicio del Dios judío– que Castel nos refiera que para él, “todo tiempo pasado fue peor”.¹⁹ Lo que pone de manifiesto su necesidad de olvidar.²⁰

De hecho, Castel como el hombre del tango no nos habla en ningún momento de su padre, no nos refiere ninguna historia de aquel padre que pudo engendrarlo, como sí lo hará de su madre real en la novela,²¹ lo que ha de tener unas

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ Sábato, Ernesto. **El túnel**. op.cit,pág., 25.

²⁰ En otra de sus memorables reflexiones, nos indica María Zambrano, respecto a esta experiencia consustancial a la experiencia del olvido que supone apartarse del pasado, camuflarse en el olvido, en la vivencia del presente único que nos aleja, a la vez del futuro: “Ser memoria es ser pasado; mas de muy diferente manera que ser un pasado que se desvanezca sin más, condenado a desvanecerse simplemente. Es lo contrario. Pues nos ven así por identificar nuestra quieta imagen con la de un pasado inasimilable. Mientras que si somos pasado, en verdad es por ser memoria. (...) Pero la memoria suscita pavor. Se teme de la memoria el que se presente para que se reproduzca lo pasado, es decir, algo de lo pasado que no ha de volver a suceder. Y para que no suceda, se piensa que hay que olvidarlo. Hay que condenar lo pasado para que no vuelva a pasar. La verdad es todo lo contrario”.²⁰ Zambrano. **La razón en la sombra**. op.cit, pág., 63.

²¹ No en vano en su relato, los detalles que nos ofrece sobre la muerte de su madre en Argentina que lo deja para siempre solo y desamparado en América se corresponden inmediatamente con la narración de la exposición en que muestra a la mirada de su congéneres su cuadro *Maternidad*, donde su lado inconsciente, sano, comienza a mostrarle la verdad: su soledad de huérfano, su deseo oculto y escondido de volver al deseado origen, la primera Eva,

consecuencias exactas para el funcionamiento y desarrollo de la sociedad argentina y el discurso de Castel.²² Pues una vez que una nación o un individuo lucha contra el padre que lo engendró y no lo reconoce -lo cual es muy legítimo si se entiende el comportamiento dictatorial del padre hispánico- se separa inevitablemente de su ley, por más terrible que sea esta, y de la historia.²³ Lo que no permite, sin embargo, como nos indica Enrique Kozicky -y esto se puede verificar perfectamente rastreando la necesidad que Castel tiene que María devenga madre- “la separación” definitiva “de la madre” sin la “que no hay construcción posible de la persona-sujeto”, de un país, “ni dialéctica intersubjetiva”, diálogo con un “otro” en torno a un ágora público y bajo una ley acorde a ambos que permita que distintas opiniones puedan conjugarse

Occidente, que la presencia de su madre real aún podía atenuar y que él intentará olvidar de todas las maneras posibles.

²² Porque si la ausencia dramática del padre ya supone introducirse en la vida traumáticamente, ante todo determina (y de ahí las consecuencias de esa ausencia de vida pública en Argentina y de la arbitrariedad en el manejo de las leyes por parte de los distintos presidentes, rostros suplantadores de Yahvé que se sienten como Abel tocados por su vara regia que los declara sus favoritos y consortes en la tierra de nadie), como ha puesto de manifiesto Jacques Lacan, que el sujeto, Castel, Caín, el pueblo argentino, haya de perderse, mantenerse en el dominio de lo imaginario llegando al delirio ante la imposibilidad de establecer unas pautas adecuadas para sostenerse en la realidad. Nos dice, por ejemplo, Jean Laplanche en Laplanche, Jean. **Hölderlin y el problema del padre**. Traducción de Victor Fischman. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. Argentina. Primera edición. 1975, pág., 62: “La carencia del Nombre-del-Padre es la que, a través del agujero que abre en el significado, bosqueja la oleada de reestructuraciones del significante que da lugar al desastre creciente de lo imaginario, hasta que se alcan(za) el nivel en el que el significante y el significado se estabilizan en la metáfora delirante”.²² Lo que se pone de manifiesto en **El túnel**, provocando “la incapacidad del protagonista”, del país “por identificarse con el significante primero, el “nombre del padre” y su respectiva “Ley”, por tanto, ayudando a configurar el particular lenguaje de Castel, en una obra en la que se demuestra las consecuencias de buscar algo imposible: suplantar al padre negando su papel esencial en el nacimiento y constitución de sus hijos. Así lo pone de manifiesto Enrique Kozicki, en su **Hamlet, el padre y la ley**, en una definición válida para permitirnos semantizar el lugar simbólico que ocupa el padre como garante de la ley: “Somos hijos de la Ley, incluso cuando somos padres. Ningún individuo, en tanto tal, puede disolver esos vínculos dado que no es soberano sino dependiente, inexorablemente, de la Ley que le ha dado “vida”, primero como sujeto y luego como función. La idea de Padre es tributaria de legitimidad y no de la causalidad biológica. En nuestra cultura, la confusión de estos registros oscureció la noción de Padre. (...) El padre representa una representación; representa la noción jurídica misma de padre, es decir, el principio de diferenciación”, en Kozicki, Enrique, **Hamlet. El padre y la ley**. Editorial Gorla, Buenos Aires, primera edición, 2004, pág., 105.

²³ Así expresaba Murena: “Ése es nuestro secreto de americanos, la herida por la que gotea lenta y dolorosamente, por la que se nos va, nuestra vida: no tenemos historia, no tenemos padre.”. “Porque en los mundos antiguos hay un padre que guía en estos primeros pasos graves, que protege contra la crudeza del mundo, que mitiga esa sensación de desposeimiento. Ese padre es la historia. Los mundos antiguos están encubiertos por un manto de sentido que generaciones y generaciones de seres humanos les han ido inculcando, son menos mundo en el sentido en que el mundo es hostil, en que le falta al hombre para ser”. En Murena, Héctor. **El pecado original de América**. op. cit, pág., 116.

para formar la idea de sujeto o país plural. Porque si, como nos indica Kozicki, “la separación de la madre supone la presencia del Padre, de un padre que cuente para la madre y, sobre todo, que cuente para el hijo en los ojos de su madre”,²⁴ lo que nunca estaría dispuesto a admitir Caín– Castel es que es hijo del Padre que lo expulsó de vieja y amada tierra occidental, Yahvé.

Y será esta radical negación la que lo cegará y aislará aún más y lo llevará a buscar en María Iribarne a la madre espiritual del cristianismo, la mujer que no goza con otros hombres pero que, al mismo tiempo, es fértil y deja su fruto de bondad y pureza en este mundo. Y la que, a la vez, le conducirá a observar en todos aquellos “otros” –Allende, Hunter- que se acerquen a ella, la sombra amenazante del Padre, Yahvé, que le quiere robar el último reducto de pureza verdadera que ha podido encontrar en el centro de su exilio americano. Como es en su necesidad de posesión absoluta de María donde ha de rastrearse que, en realidad, el deseo oculto de Castel es de encontrar en la nueva amante la vieja y seductora madre Eva que le fue robada. Lo que explica que, como en una memorable frase nos refiera, que no soporte a las hermanas de aquellas mujeres a las que ama pues al ser rostros que expanden a la madre Eva que busca en toda mujer, su multiplicación no puede hacer más que ponerle de manifiesto su errado camino y su destino que no quiere comenzar a recorrer, reconocer: fundirse a partir de la separación definitiva de la madre en la vida exterior que es la vida compartida y que implica un sacrificio mutuo, una elaboración generosa del amor, pues si no degenera en violencia, guerra, crimen.

Y, de esta manera, Caín–Castel, siguiendo los parametros que forjan las raíces de la perversión, según Kristeva, “por un lado construido por el deseo incestuoso de la madre” (vieja tierra occidental) y, “por otro, por una separación demasiado brutal de aquélla”, debido a su ubicación en el exilio americano, crea una fortaleza, un muro de palabras o silencio tras el que esconderse que, en realidad es un caparazón hueco, “un castillo vacío”.²⁵ Se cubre de palabras y se baña en el sucio charco de un lenguaje

²⁴ Enrique Kozicki. Hamlet, **el padre y la ley**. op.cit, pág., 105.

²⁵ En verdad, como hemos ido viendo, este hecho venía provocado, en parte, por el deseo que los hijos del exilio cainita encubrían, a través del olvido de su origen, de su lacerante pasado por

manchado, hijo de la primera caída, que asola al individuo y no le deja dormir. Un habla que le persigue inconscientemente en sueños, en pesadillas, en su girar sobre sí mismo buscando desesperadamente una verdad sin poder encontrarla, revelándosela al mismo tiempo por medio de signos cifrados que indican que los otros son siempre la risa del lenguaje divino creyendo que habíamos llegado a atrapar su nombre. Que los otros son el oculto padre que mueve ahora una ley inasible. Son el miedo.

Pues el sujeto, Caín, Castel, el inmigrante argentino “se lanza a la carrera de las identificaciones” en este nuevo paraje que siendo tan distintas del original ha de experimentar, siguiendo la tesis apuntada anteriormente por Kristeva, como “vacías”, “nulas”, “desvitalizadas”, como “marionetas”. Experimentándose a sí mismo como “una fortaleza acosada por fantasmas nada graciosos “impotente” afuera, “imposible” adentro”.²⁶ Y por ello, se ve abocado -ante el miedo de sentirse apresado por los “fantasmas” del nuevo territorio o la nueva madre tierra que no conoce, que no le engendró- a un acto de agresión. Lo que le llevará finalmente al asesinato y le conducirá a un comportamiento brutal ante todos aquellos que le rodean e incluso con sus lectores. A construir, como consecuencia de ese miedo que le lleva a agredir al “otro”, un discurso compuesto por un “significante ultra-protegido” que “no deja de fragmentarse”, hasta ser únicamente “puro significante”, asegurando “la disociación entre signos verbales de un lado, y las representaciones pulsionales del otro”, que no permite forjar un espacio abierto para el afecto, para las representaciones

vengarse de aquel padre que los había condenado y el cómo al llegar a América, encontraron en ella el terreno apropiado para instaurar ellos su propia ley, demostrando que podían ser los padres del nuevo territorio capaz de mirar de frente al origen del que fueran desterrados y declararse superiores a él. Pero, lo que es cierto, es que al tiempo que instauraban la nueva ley violando la nueva tierra, sin un padre que pudiera guiarles, huérfanos como eran, y dispuestos a ocupar la plaza de aquel Dios o padre hispánico que los hubiera castigado, no pudieron más que ser, como indica Martínez Estrada, rabiosamente injustos, (venganza ritual contra el padre y la nueva madre tierra que no amaban), quisieron someter la ley a sus deseos para, finalmente, plegarse al miedo y al azar caótico del ritmo de la nueva aventura: “La ley podía forzarse y el código quedaba resquebrajado de brechas por donde el despojo y la monstruosidad jurídica podían entrar más fácilmente que el camello por el ojo de la aguja. Nada tenía forma estable, fija o, por lo menos, de una oscilación previsible. Lo que ayer merecía premio hoy se castigaba con el patíbulo; lo que ahora se ganaba se perdía mañana. Un gran azar había nacido de un gran caos y lo que iba a quedar en pie era el miedo”.²⁵ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. op.cit, pág., 285

²⁶ Kristeva, Julia. **Poderes de la perversión**. Traducción de Nicolás Rosa y Viviana Ackerman. Catálogos Editora, en coedición con Siglo XXI Editores S.A. México. 1988, pág., 68

benefactoras de la “otredad”.²⁷ Y, que por tanto, determina la imposibilidad de la construcción de un yo sano, situado sobre las zonas en que las raíces lingüísticas de ámbitos diferentes pueden conjugarse en un ámbito concreto que les permita entrecruzarse, dialogar y concretar, lo apuntado por los significantes de sus discursos, en significado; es decir, en realidad, vida, diálogo, amor, en última instancia.

Lo que ejemplifica lo afortunado de la metáfora lingüística creada por Sábato, construyendo un personaje que ante la imposibilidad de retornar al origen, de volver a poseer un nuevo nombre, no es más que palabras, vive de ellas, come de ellas, se entrega a ellas, como sustitutas que son de la madre ansiada y del terror paralizante al Padre Antiguo y sus dobles situados en la antiguamente pensada Tierra Prometida. Lo exacto de contemplar el ansia insatisfecho sexual de Castel por María sublimado en el flujo de un discurso (medida del progreso y la razón) que no puede parar, que no puede cesar.

Y en este sentido –y dejando de lado que tanto Sábato como Castel se han dedicado a la pintura lo que, por otra parte, ha de ser tenido en cuenta si se quiere realizar una radiografía espiritual y biográfica del recorrido existencial del propio Sábato transustancializado en todos sus personajes, desde Carlos a Castel pasando por Bruno o Fernando Vidal Olmos- no es casual que Castel investigue la radical soledad de su destino americano e intente llegar a la verdad a través de la pintura. Pues es a través de esta actividad como trataría de vincularse a la tierra americana que lo habita y además comenzar a derrotar al padre occidental o al temible Yahvé que lo encadenó como un preso en América.

De hecho, si consideramos que el trazo pictórico fue el único legado cultural que las tribus aborígenes dejaron como herencia en Argentina tras su exterminación, que la pintura fue su gramática y su literatura, su cántico de recuerdo y la última noción que aún se guarda de ellos antes de su desvanecimiento en el olvido, no otro medio podía utilizar Sábato por medio de Castel para comenzar a vertebrar una mirada salvadora sobre su país. Además, el acto de pintar, como todo arte y como ha

²⁷ *Ibidem.*

subrayado, entre otros, Derridá, lleva implícito una radical ceguera de la mirada racional, del logos, bajo el que el hombre intenta ajustarse a los parametros que la sociedad le impone para la convivencia o, dicho de otra manera, de la ley que le obliga a mirar únicamente en una dirección y no le permite escarbar en donde tantas filosofías, desde el Tao a la gnosis, nos han señalado que se encuentra la verdad, el ojo que lo unifica todo y disuelve los opuestos, el ying y el yang: su corazón, que es donde radica toda su capacidad de amar.

Por ello, y teniendo en cuenta que los signos pictóricos lo religan con la cultura aborígen desaparecida, lo llevan a fundirse cósmicamente con América –lo que no deja de ser la búsqueda y la intención subyacente a gran parte de la obra de Wilfredo Lam o Roberto Matta- Castel puede llegar a mostrar la verdad del desamparo del destino del hombre americano, su pecado original y trazar una vía espiritual que permita proseguir su búsqueda, que no la detenga. Pues la *Maternidad* de Castel, refiere directamente al anhelo imposible de los emigrantes asolados en América por encontrar el vientre maternal y espiritual de la Virgen María bajo la que se refugian y, a la vez, señala que es a través de los signos maternales originales de América, sus trazos pictóricos y, por tanto, su raíz indígena, donde hay que volcar la mirada ahora.

Así lo señalaba, por ejemplo, Ricardo Rojas para quien el origen y la continuidad de” la “historia” argentina; el espacio verdadero de “la tierra argentina”,²⁸ había que buscarlo en el signo y referente perdido del aborígen. Pues este hecho supondría aceptar la caída en el tiempo y espacios americanos, y sin olvidar el concepto de madre occidental, conseguir la fusión de culturas y tiempos distintos característicos de todo sincretismo y que decretó el apogeo de toda gran civilización que ha recorrido nuestro tiempo. Terminaría por crear una cultural integral sin opuestos gracias a la capacidad de fusionar la dimensión femenina y virginal de la cristiandad con la dimensión telúrica de esa Pachamama colérica y vengativa que es madre de los indígenas. Permitiendo, por lo tanto, concebir la idea de un país vivo y

²⁸ Dentro de Arias Saravia, Leonor. **La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo.** Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 2000, pág., 391.

que sin perder su identidad occidental pudiera, finalmente, agradecer a la tierra madre americana –en definitiva, otro pliegue más de la Diosa madre Eva que irracionalmente no puede observar el hombre cainita cegado por su ansia de posesión– que abriera generosamente su vientre para recoger a tantos occidentales despojados de todo afecto y sometidos al peor y más doloroso de los castigos por su padre: Yahvé. Permitiría, como más tarde enseñará el viaje iniciático de Martín a la Patagonia en **Sobre héroes y tumbas** y que concluirá Nacho Guevara, el “Che”, en **Abaddón el exterminador** que Argentina aceptara su destino americano, la necesidad de vincularse al fin con sus “abiertos” parajes y crear un hombre nuevo, hijo de dos realidades, pero apegado a su nuevo destino, afirmándolo por entero con su alma, sabiendo que la vuelta al origen no sólo es imposible sino resulta insatisfactoria para un hombre que tiene todo un continente por descubrir, para descubrirse y renacer.

Y de esta manera, conseguir forjar, al fin, el verdadero parricidio. La verdadera independencia libre y sin olvido, por voluntad propia, de América del continente europeo. El acto último que dota de sentido al crimen cainita y que, para Murena “sólo se puede cumplir inconscientemente, con fuerza vital y no con decisión intelectual, (...) no tiene sentido más que cuando abre paso a una nueva vida, cuando se pronuncia la negación porque se lleva otra afirmación dentro”.²⁹ Y que, en este caso, ha de pronunciarse, como podemos extraer de la lectura de la obra de Sábato, clavando la estaca de Caín no contra nuestro hermano sino contra el Dios oculto que lo tienta, Yahvé, Satanás, para declararnos finalmente, únicamente, hijos de Dios. Un Dios que abrió los brazos de la tierra para recibir al hombre, darle la vida, y no lo encadenó a paraje alguno sino, al contrario, le mostró que hasta los últimos confines del planeta podían ser suyos y saborearlos en armonía si aprendía a respetar y convivir con los “otros”, las distintas culturas que son, sí, distintos rostros y nombres a través de los que podemos llegar a él.

Y es por ello que la rebeldía fraternal y verdadera de Castel es la pintura y por lo que María, observando reflejado en la tela construida por Juan Pablo no sólo su

fatal destino sino el de todo su pueblo, puede conectar con él, puede soñar con una vía de fusión a partir de la que trascender su también denigrante soledad burguesa, sometida a la ley impiadosa que reina en Buenos Aires, Argentina. Porque la pintura que no exige palabras le concede a Castel la oportunidad ansiada por tantos ciudadanos de la Argentina: fundirse en un silencio fecundo, mistificador que sin combatir al diablo con sus mismas armas -la violencia o la protesta estéril- y sin negar al padre occidental, no resta autonomía a su hijo perdido en las tinieblas americanas. Le permite mirarse de frente y a los demás en un tapiz que silenciosa pero verazmente establece un diálogo con el resto de los ciudadanos argentinos. Porque enfrentar la maternidad supone para Castel, enfrentar la etapa antes del destete y el silabeo y ahuyentar la palabra, el baile eterno con la tierra original anhelada antes de la expulsión. Evitar la necesidad de volver a poseer a la madre (Eva) que habita en toda palabra cainita deseosa de volver a regodearse en su inicial concupiscencia con ella y, por tanto, devenir igual a su vanidoso hermano Abel (los distintos dictadores, sacerdotes judeo-cristianos argentinos). Significa volver al lugar en que no existían palabras, el recuerdo y el origen estaban unidos y el nombre todavía estaba por elegir. Momentos antes de la matanza del indígena y del levantamiento de Santa María de Buenos Aires. Trascender su exilio y tender un puente desde su situación con la otra orilla. Porque también supone permitir hablar a esta tierra, cuya presencia sintiera Mallea como algo corpóreo, como una mujer de increíble hermosura secreta, y por tanto, supone poder al fin conocer el secreto escondido tras las palabras que, nunca podrá ni querrá escuchar Castel de María, en la realidad.

Y es así, a través de una pintura que busca, interroga aún más de lo que afirma, que promete tanto como niega que Sábato comienza a introducirnos en un hábitat, en un cuerpo o caverna de signos que nos informa de la imposibilidad de habitar Argentina, la nueva tierra, si no se asume el pecado original cometido contra ella. Si se sigue perpetuando la idea de desligarse de la sombra paterna, a través de aquella “fría reiteración” realizada en la política argentina que Murena dijera “incurre

²⁹ Murena, Héctor A. **El pecado original de América**. op.cit, págs., 34 y 35.

en lo solamente culpable, (...) no difunde más que muerte”.³⁰ Si no se acepta, al fin, el destierro eterno del cuerpo original materno de Occidente como su desesperada llamada a vincularse con la maternidad americana, pone de manifiesto.

Pero si esta última explicación, en verdad, nos habría de permitir proseguir la línea de redención que ya preanuncia Castel que nos llevará del Caín entero (Carlos) al Caín dividido (Castel) -que ya ha vislumbrado un reflejo de la luz pleromática como indica el cuidado con el que hemos de imaginar que mira la mujer de su *Maternidad* a la luz que proviene a través de la ventana- hasta Martín, el Che y las víctimas sacrificiales de **Abaddón el exterminador**, realmente, todavía no ha de dejarnos satisfechos si queremos responder la pregunta inicial que se ha propuesto este capítulo. El porqué de la complacencia fatal del discurso del mal de Castel, el porqué de su regodeo en su fracaso, que, como veremos, en realidad, es un agudo mecanismo utilizado por Sábato para mostrarnos cómo el mal siempre termina por autodestruirse y generar un mecanismo positivo que afirma la creación que es donde radica su misterio y, como hemos ido observando, la mayor manifestación de la libertad del hombre, “una de las elecciones positivas de Dios”, como dijera Murena con extrema agudeza.

Y si he de ser sincero, en verdad, no se me ha ocurrido explicación mejor que entroncar esta actitud de Castel con el masoquismo, la complacencia en el dolor y en el fracaso que, para entre otros autores, Tomás Eloy Martínez, caracterizaba al pueblo argentino. Pues esto es, entre otras muchas cosas, **El túnel**. La confesión desnuda y despiadada de un rotundo fracaso, de una vida errada y mutilada casi viciada, masoquistamente por su propio protagonista, a veces, según se nos aparece, deseoso de arrastrarse en el fango y de que lo contemplemos humillado, ciego y solo como si con ello obtuviera alguna satisfacción inédita y, cuya última significación, en principio, escapara al lector. No le concerniera. Y no es ésta una actitud muy lejana -como hemos ido comprobando- de tantos momentos históricos terribles que compusieron la historia de Argentina y de la actitud de sus protagonistas siempre volcando sus lágrimas y dolor hacia el cielo, hacia la exterioridad como, si por algún

³⁰ *Ibíd*, pág., 72.

oscuro resorte, su sufrimiento debiera, en última instancia, afectar a algún “otro” escondido o perdido, debiera fustigarle comprobando el estado trágico y cruento de aquellos hijos de nadie que componen el país argentino.

En este sentido, de nuevo el lúcido e incisivo en tantos de sus análisis, Deleuze, viene otra vez a rescatarnos. Viene a dotarnos de una ajustada interpretación de lo que, para sus ojos, supone una actitud masoquista, de complacencia en el dolor y que suele surgir en el seno de los individuos o países que no han logrado aún trascender su propio destino, crearse una identidad fuerte que sea capaz de soportar con entereza los avatares de la vida. Aunque no es ésta –aun pudiendo ser muy válida para el tema que tratamos- en realidad, la interpretación que nos interesa del masoquismo, sino una diferente, más sutil y que, en verdad, cierra, concluye –aun pudiendo abrirlo a nuevas y requeridas interpretaciones– el tema del Caín perdido en el exilio. Nos muestra cuál es el arma que una vez que se siente impotente e inválido ante su situación ha construido y levantado inteligentemente para alzar su grito y voz, su sangrienta espada contra su padre, el creador que no puede ni quiere reconocer si no quiere quedar eternamente traumatizado: Yahvé.

Así, y volviendo a Deleuze, hemos de destacar como el pensador francés en su riguroso **Sacher Masoch y Sade** sugería que el instinto masoquista del hombre, su deseo de ser golpeado una y otra vez por la mujer y, en el caso del país argentino, por su romance frustrado y frustante con la nueva tierra que habita es, en realidad, deseo de castigar al padre que lo engendró, que lleva dentro de sí y ante el cual –muchas veces por su omnipotencia, otras por su rigidez y dureza y otras por su ausencia– no pudo jamás alzar la voz, sintiéndose impotente. De esta manera, Deleuze se pregunta sobre el masoquista y su acto, si su lucha “no es precisamente” contra “la imagen de padre que en él se encuentra minituarizada, castigada, ridiculizada y humillada”. “Lo que expía ¿no es su semejanza con el padre, la semejanza del padre?” ¿No sería “el padre” contenido en el hijo “el castigado más que el que castiga?”.³¹

³¹ Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. op. cit, pág, 54.

Y de esta forma, podríamos entender que la exactitud con la que narra Castel su dolorosa derrota, su crueldad y sinceridad al narrarla, es el último camino -al fin una vía positiva que se encuentra recogida en el mal- que ha encontrado y el más directo y terrible para enfrentarse al padre que lo expulsara de Europa (Yahvé). Es, por tanto, un medio de vencer al mal -aun y a pesar de que ya se está consumido por él- con sus mismas armas -el engaño de la palabra, la mentira, y un discurso que más parece un homenaje al mal que una lucha contra éste- pero sin ya utilizar violencia alguna. Una manera sutil de mostrarle a España y Europa dónde quedó el sueño racional y la forja de aquella regeneración espiritual que pretendían crear en América. De atacarlos a través de la imagen del hijo aprisionado en una cárcel y manchado de sangre como un demonio incapaz de levantarse de su tumba de soledad y humillado. Enseñarles esa figura, el animal rabioso revuelto en su tumba, el salvaje, el bárbaro, el gaucho en que ha devenido el símbolo crístico occidental que trajeran a América. Además, humillar a Satanás que debe reconocer el fracaso de su imperio cuando ve a uno de sus hijos más queridos y con tanto esfuerzo llevado a su redil, Castel, contar desnudamente una historia que previene contra el mal al mostrarlo descarnadamente y que se encuentra en desvalida situación.

En definitiva, una manera de tomar conciencia de la decadencia paterna, de su injusto juicio primero que, a partir de la desobediencia realizada sobre el quinto mandamiento donado por Yahvé a su pueblo, “No matarás”, permite vislumbrar una posible independencia de él, su futura muerte.³² Pues, en verdad, y aunque por mor

³² Exactamente, decirle no al padre significa decir sí a uno mismo, y por ello, en cuanto Sábado entiende **El túnel** como primer acto de liberación del padre, asesinato edípico a partir del cual se forja la primera autonomía de Argentina en el espacio americano, ante las preguntas que se hiciera Angela B. Dellpiane en su clásico estudio sobre la obra del escritor argentino, acerca del porqué del tuteo en esta obra y no en las siguientes, (donde comienza a usar el voseo), la respuesta sólo puede ser una: en **El túnel**, se purgan, como hemos ido viendo, los pecados del padre lo que significa que todavía se está bajo su influjo. Que aún no se ha aceptado ni definido el estatuto posible de Argentina en América. Se está en su búsqueda. Y, que esta búsqueda sólo es posible matando al padre contenido en nosotros bajo el asesinato exacto de una mujer que, pone de manifiesto, que no es posible la vuelta a Occidente, al origen, que se ha caído en América, se es un desterrado, hijo del castigo cainita, y hay que empezar a responsabilizarse, tomar conciencia de este hecho, de las faltas cometidas en América y empezar a integrarse con ella, llegar a forjar una personalidad propia. Y, para llegar a completar este proceso, hay que advertir sin temor, la fatalidad que la tragedia de Castel implica. Visitar el lenguaje utilizado por Castel en **El túnel** cuya estructura contraria a la de **Sobre héroes y tumbas**, (cifrada en un amplio dialogismo empeñado en buscar a través de las conversaciones de los personajes la esencia de su patria), está concebido como un

del olvido y de una especie de resorte inconsciente que obliga a no pensar, en la transgresión habitual que tantos ciudadanos argentinos hacen de la ley, en la sonrisa que posterga a las tantas veces que la quiebran a lo largo del día, se repite la batalla entre Caín y su Dios punitivo y se revela claramente el porqué es el rebelde, muchas veces, el ladrón, el asesino, el modelo a seguir que encuentra la masa. Porque es esa actitud tan reconocible del argentino en su vida cotidiana –su falsificación del dinero, su no detenerse ante signo alguno de autoridad o, mismamente, la facilidad con que se adhieren sin leer programa político alguno a los cantos de sirena del nuevo candidato a presidente que promete poner a Argentina en el primer plano de la actualidad humillando a las potencias europeas y norteamericana- donde con más claridad se refleja sin espejos el destino y el origen exiliado, cainita del país y la lucha –explícita o no– que sus habitantes –muchas veces heroica y otras antiheroica– sostienen contra Yahvé y sus consortes en el país, Abel, los distintos presidentes y, por tanto, quienes rigen las leyes que los ciudadanos se complacen y deleitan en transgredir.

Y en este sentido, en una sociedad de cientos de inmigrantes maltratados por tiranos que, como indica Deleuze del hombre sometido ante el absoluto de la ley, no hablan más que “el lenguaje de las leyes”, (...) “no” tienen “otro lenguaje”, tienen “la necesidad de la “sombra de las leyes”,³³ condenarse aún más en el calabozo de la vida como hace Castel, bucear en el pozo de la desgracia como tantas veces ha hecho el pueblo argentino, significa crear un contra-lenguaje gracias al cual, y una vez que somos nosotros mismos o, al menos así lo creemos, los creadores de nuestra propia desgracia, se deniegue el todopoderoso poder de la sombra paterna y sus continuadores y se pueda intentar hacer renacer el yo. No a otra cosa, en verdad, parece apuntar esa necesidad de arraigarse en el vínculo maternal inconscientemente

monólogo. Como un furioso torbellino de palabras a través de las que un heredero de Lautreamont continuara su legado dejando pistas sembradas de palabras a sus lectores para confundirlos y no permitirles saber qué es lo que esconde, el porqué y ante qué se rebela. Pero también revisitar su final, con un Castel necesitado de comunicar su testimonio, de reconocer su falta en el diálogo con el otro y, por tanto, comenzar a investigar el proceso que hasta entonces se había negado a aceptar. Comenzar a forjar un vínculo de exilio entre los desterrados en América que pueda servir de vínculo para definir, construir el país argentino en una diálogo interminable que será, lógicamente, continuado en **Sobre héroes y tumbas**.

³³ Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. op.cit, pág., 78.

retratada por Castel en su *Maternidad* que, leído de este punto de vista, como sugiere Deleuze, y entendiendo que tras ella se encuentran la primera madre (Eva), la tierra de Occidente –remedo del paraíso original pristino (María)- y, por último la búsqueda a ciegas de la madre americana donde se asienta ahora, ha de acabar con el asfixiante juicio del padre castigador. Nos dice el teórico francés: “En la fantasía de las tres madres, aparece un punto importante: las des-triplicación de la madre tiene como objeto transferir simbólicamente todas las funciones paternas a imágenes de mujer; el padre es excluído, anulado”,³⁴ que es, en verdad, lo que desea Castel que ni siquiera lo nombra y el deseo último del tango. Del hombre argentino de todos los días. Acabar con Dios. O si no con Dios con Yahvé y, por tanto, crear la fantasía onírica, casi delirante de Castel y el oculto deseo transcrito en tantas canciones del folklore argentino: “renacer de la mujer sola, ser el objeto de un segundo nacimiento”,³⁵ para así borrar todo rastro de expulsión, sepultarse en el olvido y crear un país construido a partir de la fantasía, de la ficción. No del trabajo ni de la lucha día a día por imponerse a las circunstancias que lo azotan. Alejado de la Argentina invisible que amara Mallea. Sepultado en una falsa idea paradisiaca una vez que se ha negado para siempre toda sombra de exilio y se ha querido conjugar –asunto sobre el que habla a las claras el comportamiento de Castel con María- “una unión incestuosa con la madre, asimilada a un segundo nacimiento autónomo, partenogenético”,³⁶ que, sin embargo, al estar sustentado como la leyenda de la ciudad del oro o de la plata que inundaba el río que lleva el nombre de este metal en la ilusión, finaliza, lógicamente, en el fracaso. En la nada. En el ritual masoquista y de dolor en que, de nuevo, se volverá a sumergir, antes o después, esa misma sociedad y en el que se interna Castel. Una sociedad incapaz, tal y como lo muestra Sábato, de emitir un signo

³⁴ *Ibíd*, pág., 54

³⁵ *Ibíd*em.

³⁶ Nos dice Gilles Deleuze para terminar de completar sus interesantes reflexiones sobre la manera en que el ingenio masoquista desplaza al padre y se impone sobre él, para, finalmente, gozar aun incestuosamente de la madre, de la tierra que le fue negada un día, de la que tuvo que apartarse en contra de su voluntad: “Cuando el suplicio es sufrido por el hijo o el enamorado, o por el niño, debemos entender que lo que es castigado, lo que es abjurado y sacrificado, lo que es expiado ritualmente, es la semejanza con el padre, es la sexualidad genital heredera del padre; una padre minituarizado, pero padre al fin. Esto constituye la “Apostasía”. (...) Es por eso que la castración, y el “amor interrumpido” que la configura, dejan de ser un obstáculo o un castigo para el incesto para convertirse en la condición que lo posibilita”, *Ibíd*, pág., 88.

positivo y de vida más allá de la negación paterna y que, por tanto, se quiere y se desea a sí misma infante, como si nunca hubiera salido del vientre materno de Eva y que mereciera todos los halagos y mimos de la madre, del resto del mundo, al mostrarse indefensa, necesitada de cariño y gentil y generosa como sólo un niño puede serlo. Detenida en el estadio del espejo,³⁷ en un estado narcisístico, como la vislumbrara Ortega y Gasset. Trabajando, por tanto, como nos muestra Castel y Lipotevsky ha querido proferir de las sociedades plegadas al símbolo de Narciso “para la liberación del Yo, para su gran destino de autonomía de independencia: renunciar al amor”,³⁸ y preparada únicamente para recibir cariño, recibir del cielo los alimentos que no tiene porqué trabajar. Deseo con el que jugó implícita y explícitamente Perón para convertirse en el señor y Dios de su pueblo y que, en cierto sentido, aunque de una manera sui generis, consigue Castel, una vez que sabe que durante el resto de su vida no tendrá que preocuparse por trabajar para comer. Los alimentos y el agua que necesita ya le serán servidos por sus carceleros en el solitario manicomio donde se encuentra, su particular prisión de fe, que es, en el fondo, como entiende Sábato la vida en el país argentino, al menos en esta novela. Como una cárcel donde nadie se ocupa de su hermano sino es para encerrarlo en un túnel de soledad donde no moleste y donde al ciudadano se le da, en un principio, lo que necesita para que siga formentando la idea –con la que, sin duda, jugaría y

³⁷ En este sentido, y para describir, la fase exacta del sujeto que se corresponde con el estadio narcisístico o fase del espejo, principio de ceguera que, en este caso, nos sirve para dirigirnos al individuo Castel y de allí al país y sociedad argentinos, y para corroborar qué queremos significar cuando nos referimos, en este caso, a su entrada al orden simbólico, es interesante leer la explicación que nos concede Ana Paula Ferreiro de la obra de Lacan, en su muy esclarecedor artículo sobre la obra de Sábato: “La primera (etapa) y de mayor importancia para el desarrollo mental del individuo, es el “estadio del espejo”. Frente al reflejo de sí mismo, el bebé reacciona como si la imagen presentada por el espejo fuese la de otra persona. Poco a poco, el niño reconoce que esa imagen no pertenece al mundo real y termina con sus intentos de apoderarse de ella. Finalmente, el bebé ve en el reflejo su propia imagen. Es aquí donde registra la segunda etapa de la formación del “Yo”. Lacan la califica de “imaginaria” porque el niño se confunde con su imagen, con sus semejantes y con su madre. La intervención del padre, de la “Ley”, como le llama Lacan, es inevitable y necesaria en esta etapa. Si el niño, ayudado por la madre, reconoce que no es su falo y se aparta de ella, identificándose con el padre, su entrada en la tercera etapa del desarrollo psíquico queda superada. Entra entonces en el orden Pág., 91. 92 simbólico –el mundo del lenguaje, de la cultura y de la civilización-.”, Ferreira, Ana Paula. *El túnel de Ernesto Sábato, en busca del origen*, en Revista Iberoamericana. op. cit, págs., 91 y 92.

³⁸Lipovetsky, Gilles, **La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo**. Traducción, Joan Vinyoli y Michèle Pendanx. Editorial Anagrama. S. A. Barcelona. 2002, pág., 54.

manipularía el presidente Menem a su pueblo durante la famosa década prodigiosa de los años 90 en Argentina- de que está en el mejor de los mundos, el paraíso y un país estructuralmente igual de capacitado o más que los del primer mundo.

Y es por ello que, en verdad, la derrota de Castel es tan total. Pues, al fin, se muestra como querida y deseada e hija única de su responsabilidad ya que únicamente él ejecutó el gesto que terminó de matar a María. Y, por lo que, y teniendo en cuenta que el gesto masoquista no funda ni instaura un reino nuevo u ontológico sino que únicamente niega al padre a partir a la vez de la negación del propio individuo y su inmersión en el mundo de las tinieblas, de la ceguera y de lo materno-material, en este caso, ya inexistente y, aparentemente, perdido para siempre, es tan necesaria una gnosis que rescate al individuo del fango en que se encuentra. Una gnosis que, deshilvanando las tramas complejas del cristianismo, pueda volver a hacerle retomar la fe en su existencia, en la vida. Para lo cual, ya lo hemos visto, es necesario hacer hablar al mal. Radiografiarlo y observarlo tal y como es. Al desnudo. Sólo así podremos saber cuál es el terrible dragón y enemigo que ha de enfrentar Martín en **Sobre héroes y tumbas** para continuar la redención, levemente anunciada, es cierto, pero, al fin, iniciada por Castel en **El túnel**. Novela en la que debemos seguir deteniéndonos, profundizando para terminar de diagramar algunos de los parámetros de esta obra que puedan ayudarnos a comprender mejor la visión de Sábato sobre la sociedad argentina. La necesidad, en último caso, que tenemos los hombres que habitamos esta época de ponernos una venda sobre los ojos para ver o escuchar sólo aquello que queremos ver. Acaso porque confiamos que la vida es un preciso relojero que como el padre de Guillermo Tell siempre acertará en el centro de la manzana y jamás apuntará a nuestro corazón. Porque vivimos una época donde la muerte, allá donde miremos, es negada por todas partes que es, en suma, como decir que vivimos en una cultura y época muertas, tal y como nos indica Sábato.³⁹

³⁹ Señala Sábato en **La resistencia**: “cuando todo está desacralizado, el mundo es un caos y la existencia es ensombrecida por un amargo sentimiento de absurdo. De ahí uno de los motivos por los cuales hoy se tiene tanto terror a la muerte; se ha convertido en un tabú. Ya casi no hay velatorios y llorar en un entierro es prácticamente un acto de mal gusto, inadecuado. En cuanto nos descuidemos, habremos dejado de compartir ese misterioso momento en que el alma se retira del cuerpo, en que éste queda tan muerto como queda una casa cuando se

Sólo donde la muerte está en primer plano hay, en verdad, vida y cultura. Y arte verdadero. Acaso sea esto, en definitiva, lo que provoca mi carcajada al leer **El túnel**. Observar qué cerca estamos de morir si no depositamos la muerte en primer plano y en el centro de nuestras sociedades. Parece un juego lingüístico pero no lo es. Es cierto y lo iremos comprobando. Mientras seguimos riendo. Riendo de espanto al comprobar el mundo que estamos construyendo y de alegría porque, finalmente, aún no se haya destruido. Toda literatura es humorística en sus giros y referentes últimos, mantenía Cabrera Infante. Yo más bien diría que lo es en cuanto a que gracias a la existencia de la obra de arte, los seres humanos todavía podemos tener confianza en nosotros mismos. Y esto es lo que provoca la risa. El saber o querer creer que en las páginas de un libro, la composición de un cuadro o de una melodía musical se derimen los destinos de la humanidad. Concebir que **El túnel** –obra de violencia y asesinos– es, en fin, acto de amor y entrega donado en sacrificio. Pero, al fin, puede no sea la obra de arte sino la risa la que nos salve. Puede que por ello el famoso protagonista de **El proceso** de Joseph K, termine pidiendo ser tratado como un perro y casi gateando a cuatro patas en la novela de Kafka. Para que nos riamos de él y de nosotros mismos y, aunque sea por un instante, nos olvidemos de la ley. Es la única manera de considerar **El túnel**. Irónicamente. En broma. Como gran parte de la obra de Sartre. Es lo único que puede permitirnos, tras leerla, seguir confiando en la ley sin destruirla. Y no repetir, por tanto, los mismos errores que Castel.

No se trata de burlar la ley sino de entregarse a ella. Lo enseña Cristo. Toda la obra de Kafka. La gnosis. Sólo así podemos confundirnos con la misma para decirle que, aunque tenga poder para modificar nuestros destinos, jamás lo tendrá para controlar nuestra alma. Esto es lo que da risa. Saber esto con certeza y, sin embargo, tener que enfrentarla una y otra vez. Es lo que muestra Cristo sometándose a la ley de los hombres. Nadie puede vulnerarnos si somos capaces de aceptar la ley por más

retiran para siempre los seres que la habitan y, sobre todo, que sufrieron y amaron en ella. (...) Negar la muerte, no ir a los cementerios, no llevar luto, todo eso pareció una afirmación de la vida, y lo fue, en alguna medida. Pero, paradójicamente, se ha convertido en una trampa, una de las tantas que la sociedad actual ha fabricado para que el hombre no llegue a percibir las situaciones límite, aquellas en las que se nos desploma nuestro mundo, las únicas que nos

injusta que esta sea. En el fondo cegado de Castel, como vemos, todavía habita un resplandor. Al fin, está preso y sometido a la ley de los hombres y no de Dios. Pero preso, al fin y al cabo. Eso es lo que da risa. Que, según la gnosis, podría liberarse recordando, concentrándose en sí mismo. Pero para ello habrá de probar si encuentra algún otro que pueda comprenderle. Es tiempo de ver si somos nosotros capaces de comprenderlo y terminar de quitarnos la venda de los ojos para comprobar que él podríamos ser, en suma, todos nosotros. Si quisiéramos atarnos a la risa, vivir en la carcajada continua que no dejaba de ser el deseo de Castel. Cosificar la ley, hacerla suya, vencer sobre Satanás y el tiempo y volver a besar los pechos de la primera madre. En suma, negar la muerte. Andar hacia atrás. Como si quisiéramos forzar una sonrisa. O esa risa de la que sólo disponemos cuando comprendemos que el pasaje del hombre es temporal, fugaz y que esta es la única ley que no nos está permitida negar. Todos vamos a morir. Y no aprovechar esta vida, sumirse en el deseo de posesión o esclavizarse al ego es, en realidad, lo que debería darnos risa. Lo que provoca Gregorio Samsa en nosotros confiando que, por una vez, hoy, aquí o mañana vayamos con una sonrisa al trabajo. Nos imponemos a la ley. Al castigo. Seamos nosotros mismos donde quiera que estemos. Sin importar el país, la lengua o la ocupación que desempeñemos. En suma, que sepamos, que sólo tenemos una vida. Y no es cuestión de pasarla entera en el centro de un oscuro túnel sin final. O en el agujero de una habitación como un insecto. Ya lo dijo Cristo. A nadie le será negado el reino de los cielos ni el fruto de esta tierra. Y no importa que no fuera así. Importa saberlo. Recordarlo. Y reír. Gnosticizar. Seguir recordando. Aunque sea desde el centro mismo donde se origina el olvido de Castel.

pueden sacudir de esta inercia en que avanzamos” en Sabato, Ernesto. **La resistencia**. Editorial Planeta Booket. S.A. Buenos Aires. 2002, pág., 55.

III.4. EL PECADO ORIGINAL ARGENTINO.

“Lo que llamamos Pecado Original no puede jamás pasar de moda”

Vladimir Nabokov.

“¡Cuáles quedan los pobres aposentos del castillo! ¡Qué turbados andan los sentidos, que es la gente que vive en ellos! Y las potencias, que son los alcaides y mayordomos y maestresalas, ¡con qué ceguera, con qué mal gobierno! En fin, como a donde está plantado el árbol, que es el demonio, ¿qué fruto puede dar?”.

Sor Juana Inés de la Cruz.

“Y Yahvé Elohim le dijo a Adán:

“De todo árbol del jardín del que quieras comer, tú comerás pero del árbol del conocimiento del bien y del mal tú no comeras porque el día que comas de él, morirás”.

Génesis 2,17.

Lo dice Castel casi al final de su narración: “Mi madre no preguntaba nunca si habíamos comido una manzana, porque habríamos negado; preguntaba cuántas, dando astutamente por averiguado lo que quería averiguar: si habíamos comido o no la fruta; y nosotros, arrastrados sutilmente por ese acento cuantitativo respondíamos que sólo habíamos comido una manzana”.¹ Y de esto nos habla **El túnel**. De las consecuencias de haber probado una manzana del árbol del conocimiento e incluso varias hasta haber dejado el árbol vacío, el jardín del paraíso desierto y haber levantado un muro artificioso en sus entrañas. En suma, del pecado original cometido contra América.

Y pocas escenas como la primera escena crucial que confronta a Castel y a María en el parque San Martín describen con tanta sutileza pero sin recodos la caída en el tiempo americano,² nos hacen una descripción tan precisa del pecado original

¹Sábato, Ernesto., **El túnel**. op. cit, pág., 101.

² Como hermosamente intentó demostrar Joseph Campbell en su ya clásico libro sobre los héroes: “el paso de la superconsciencia al estado de inconsciencia es precisamente el significado de la imagen bíblica de la Caída”. Un concepto éste omnipresente -partiendo de la inconsciencia de Castel de su propia falta y el porqué último de sus actos- en **El túnel**, o mismamente en **La**

argentino. Y, por ello, debemos ocuparnos de la misma para seguir comprendiendo los últimos resortes y engranajes, choques de fuerzas, que apuntalan esta narración.

Si recordamos, esta escena se desarrolla justamente tras el pasaje narrativo que apuntala la entrada de María en un edificio administrativo.³ El signo es eminentemente claro. Castel ha visto una luz que aún no comprende pero esta luz (María) está cercada, rodeada y enclavada en un escenario cruel. En uno de aquellos monumentos a la vanidad del ego humano nacidos a partir de la eclosión de la Segunda Revolución Industrial donde el hombre ha terminado por confundirse con la máquina y el frío tapiz de su decoración hasta devenir prácticamente inhumano. Con el agravante de que este edificio se encuentra situado en América, en Argentina y

fuentes muda. Exactamente, nos dice Campbell es desde esta caída que se realiza todo recorrido heroico que tiene como objetivo “el regreso a la superconsciencia y, por lo tanto, a la disolución del mundo”. Lo que Sabato intentará lograr utilizando diversos procesos de anagnórisis, dejando fluir la memoria en torno a su concepción gnóstica de la existencia, como ya hemos dicho antes. Campbell, Joseph, **El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito.** Traducción de Luis Josefina Hernández. Fondo de Cultura Económica. México. Séptima reimpresión. 1999, pág., 236.

³ Es curioso observar cómo el encuentro de Castel y María se puede entroncar y caracterizar sin dificultad desde el punto de vista a través del que observó el amor del hombre porteño, Scalabrini Ortiz. Nos dice Scalabrini Ortiz que “no fue un tacto que se exarcebó, no fue una erección de sus ojos hechizados; no fue una enajenación de los oídos enternecidos por la fragancia de una promesa, no fue tampoco, el reconocimiento de dos destinos que hallaban en el apareamiento de sus cuerpos la expresión de una voluntad más alta”, lo que arrastró a vivir su primer amor como tampoco, podemos deducir, lo que condujo a Castel a perseguir anónimamente por las calles de Buenos Aires. Sino más bien “un egoísta estremecimiento de su fantasía atenaceada por un incipiente apetito cerril; (...) una delirante, aunque borrosa fábula, una imagen brutalmente desarraigada de la vida, y no una criatura real, con sus inherencias, sus virtudes, sus pecados. Fue una creación y no una conquista, la primera conquista del adolescente porteño”. En Scalabrini Ortiz, Raúl. **El hombre que está solo y espera.** op. cit., pág., 59

Al mismo tiempo, hemos de resaltar que el primer encuentro entre Castel y María en un ascensor, preñado de silencio y culpa lejos de ser un silencio unitivo, paradisíaco es un silencio obstruido, un silencio parlante que no permite doblegar el ruido de las conciencias, un silencio que sugiere todo aquello que fue perdido un día más que prometer un posible reencuentro entre los dos seres separados. Y, a este respecto, resulta interesante citar unas palabras de Rodolfo Kusch en que caracterizará el silencio típico de los ciudadanos de su pueblo para cotejarlo con el de Castel y María. Así, nos dice Rodolfo Kusch que este silencio es el “que hay aun cuando se habla: el silencio que consiste en no decir cosas esenciales. Se trata de un silencio que impide la entrega al prójimo”, al ser “una solución, una respuesta para evitar la inseguridad y hostilidad del mundo”. Kusch, Rodolfo. **América profunda.** op.cit, págs., 232 y 233. Lo que, como observamos, no está muy lejos del sentir de Castel hacia María y la primera mudez que lo caracteriza en el seno de ese tortuoso edificio que se cierra ahora sobre la pareja aún acaso con más virulencia que lo hacía el desierto sobre los protagonistas de **La cautiva**, al ser éste un edificio creado por esta misma cultura y, más incomprensible, por tanto el yugo ferreo, la soga que ata sobre los que se internan en él.

prefigura una falsificación, nos habla del atentado cometido contra su naturaleza. La vanidad del hombre empeñado en ser señor del mundo

Sin embargo, la plaza donde se reúnen Castel y María supone su opuesto y, lo que no deja de llamar la atención, frente a la multitud que se agolpaba frente al edificio, la misma se encuentra desierta. Y es así, con esta simple metáfora y trasvase de lugares como comenzamos a adentrarnos en el pecado original americano. Frente a la plaza que lleva el nombre del padre de la Argentina, un hombre que, errado o no, golpeó sus entrañas y batalló hasta arriesgar su vida por conseguir la independencia de esta región del mundo, se extiende el vacío. En el templo del dinero –templo de Jerusalén reconstruido una y mil veces si hiciera falta para el goce de los sacerdotes y regentes del Dios verdadero a partir del cual fue fundada Argentina, el oro, la plata se agolpa la multitud. El jardín paradisiaco que hubiera podido ser América simbolizado en el parque San Martín se nutre solamente ahora de parejas furtivas que se reúnen a ciegas y escondidas a buscarse para finalmente, encontrar o ratificar únicamente su soledad, “se ha convertido”, se ha reducido “apenas” a ser “un espejo de la ciudad” que sirve “sólo para evadir la estrechez de las calles, y para sustraerlo a uno de la lobreguez de los pequeños departamentos”,⁴ como nos indica Rodolfo Kusch.

El padre de la rebelión, San Martín, que elevó como Moisés la voz de su pueblo hasta el cielo para que Caín y sus hijos encontraran su camino en América es ahora un referente perdido entre la utilización onomotapoyética de su vida que realizaron para su interés los distintos gobiernos de la Argentina y el desprecio e indiferencia de aquellos que entienden que con él se cerraron para siempre las compuertas de Europa, se certificó su exilio y destierro para siempre. Él es ahora otro de los muertos fantasmas que recorren la sociedad argentina, otro de aquellos hombres que creyeron que el orden constitucional generado a partir de 1810 y ratificado en 1816, marcaría una nueva época en el país argentino, cuando, en verdad, sólo ayudó –piensan tantos ciudadanos de aquel país mientras caminan solitarios por esta plaza sin prestar atención ni apercebirse de la presencia de María y Castel- a

ratificar su condena. Sólo hay un poder vivo y éste es el de las tinieblas, el olvido, el mundo del dinero. Es un reflejo del mundo moderno. De donde acaban los sueños de independencia y emancipación de Dios: la pesadilla. Y es el mejor símbolo que se nos puede ocurrir para profundizar en el pecado original argentino.

Lo ha dicho, de nuevo, Rodolfo Kusch, en la antigüedad la plaza pública era mística, foco de reunión plural de visiones plurales, puede que discordantes pero ensambladas en armonía, “recibían toda la comunidad y eran igual que el Edén, la huerta del Señor, de la cual refiere la Biblia que había sido constituida poco después de la creación”. Puede que así fueran las plazas de la mítica Jerusalén de Mequilsedecq. Antes que reinara el odio en sus entrañas, antes de “la expulsión de una pareja original”⁵ cometida por un Dios punitivo. O mismamente, que así fueran las plazas de la cultura indígena americana antes de, como pudiera apuntar Abel Posse, la llegada de los bogavantes y emisarios occidentales, dispuestos a probar el fruto americano y restar “santidad a la plaza”, hacerle “perder su categoría de ombligo del mundo” que “estaba en el puro estar”.⁶ Por ello mismo, nos continúa diciendo Kusch, “la plaza pública de hoy en día, sin otro misterio que el arbusto para hacer el amor” es un signo de que “la comunidad ha perdido su centro”.⁷ Seguramente también es, en su condición solitaria, una muestra de cómo todos los miembros de la sociedad, al final se vieron afectados miméticamente por el individualismo de quien probó la primera manzana que ha cegado definitivamente a toda la comunidad. Lo vuelve a decir Kusch, en la antigüedad quien probaba la manzana, “el goloso culpable era segregado, como lo fue Adán, porque la comunidad lo sometía al escarnio en la plaza pública, ante la mirada de todos, porque ella no

⁴ Kusch, Rodolfo. **De la mala vida porteña**. op.cit, pág., 439.

⁵ *Ibíd*, pág., 440.

⁶.Ampliando esta cuestión que viene a advertir de la ruptura con el tiempo natural americano producido por la llegada de Occidente que acabó con el “estar en el mundo” de sus habitantes, nos dice Rodolfo Kusch: “Cuando la comunidad echa al que prueba la manzana, hace bien: porque mordisquear el árbol del bien y del mal era destruir la comunidad, precisamente el centro del grupo humano, ese que hacía de ombligo del mundo, y, a través del cual, todos se comunicaban con la divinidad; era disgregarlo todo en un sinnúmero de pequeños individuos egoístas y pretenciosos que querían ser alguien. Y la comunidad está antes del bien y del mal, está en el puro amor, en los que sólo se dejan estar”. *Ibíd*, pág., 441.

⁷ *Ibíd*em.

podía permitir que alguien intentara disgregar la grey, al rebaño reunido en torno al mercado y la iglesia”.⁸ Pero una sociedad ya no puede dirigir su mirada hacia ninguna parte ni a ningún culpable cuando, en realidad, todos han probado ese fruto. Ya son todos individuos cegados por su propio ego. Con miedo a mirarse, a penetrar en los ojos del “otro” que son el reflejo del alma, con un temor inaudito al amor. Y así, Castel nos dirá que María “me escuchó siempre sin mirarme”, al tiempo que intuya estar “caminando a tientas”,⁹ en un encuentro lastrado por las sombras de un pecado cometido en otro tiempo y donde ambos, bajo la sombra de San Martín, parecen ser dos fugitivos avergonzados de sí mismos y atemorizados por la llegada de algún Dios que pueda castigar a una pareja de enamorados que se acaban de conocer, de reconocer.

Pero no sólo San Martín se eleva como vigilante para observar los tímidos acercamientos entre María y Castel, también está un árbol aparentemente oculto durante toda la escena pero que la preside desde su aparente desvalía. Un sucinto árbol desgarrado y solitario rodeado de asfalto al que María mira, por una especie de resorte inconsciente, una y otra vez y bajo cuya influencia Castel refiere una de las pocas expresiones de ternura hacia María en todo el libro: “Recordé la mirada de María fija en el árbol de la plaza, mientras oía mis opiniones; recordé su timidez, su primera huida. Y una desbordante ternura hacia ella comenzó a invadirme. Me pareció que era una frágil criatura en medio de un mundo cruel, lleno de fealdad y miseria. Sentí lo que muchas veces había sentido desde aquel momento del salón: que era un ser semejante a mí”.¹⁰

Y así este árbol –tronco partido y perdido de lo que antes fuera el frondoso árbol del bien y el mal– es silueta muda que obliga a recordar a Castel quien, a pesar de declarar al principio de su relato tener una memoria sorprendente, debe reconocer bajo su presencia tener “de pronto, lagunas inexplicables”, olvidos momentáneos donde el diablo y el pecado se esconden para encadenarle. Por lo que, y una vez que

⁸ *Ibíd.*, págs., 441 y 442.

⁹ Sábato, Ernesto. **El túnel**. *op.cit.*, pág., 45

¹⁰ *Ibíd.*, pág., 56.

se encuentra tan lejano de unificar los dos opuestos de aquel árbol paradisiáco, no puede hacer menos que agarrar una ramita que se encuentra drásticamente arrojada, quebrada, en el suelo, dedicándose a dibujar formas en el aire que, en verdad, no pueden significar más que su radical impotencia por reconstituir su memoria de un tiempo perdido que únicamente quiere olvidar. Lo pesadas que son las palabras para él y la imposibilidad, a la vez, de volver a ese paraíso.

Pues estando fracturado el árbol, caído en medio de una tormenta de edificios, no permite realizar lo que para Z'evben Simón Halevi es la función simbólica del árbol. Canalizar el amor a través del recuerdo: ayudar “a la fusión de dos identidades gemelas que por un momento se sueltan, a través de sus cuerpos de las ataduras de la existencia terrena”, o de permitir que Castel se reencuentre con su añorada Eva, volviendo a vislumbrar el Paraíso “a través de las puertas del Edén”,¹¹ de forjar una unión mística que el árbol de la vida santifica al celebrarse en el Cielo y que, en este caso, ha de permanecer petrificada. Como la mirada de María al salir del edificio burocrático, ante “la sensación de que casi se había convertido en piedra”,¹² severa, triste y condenada como la de una Medusa siempre encadenada a un pasado del que no puede escapar ni compartir en un presente benigno con ningún compañero. Sumergida en el foso de cemento de uno de aquellos edificios que para Bachelard mostraban que no se “está dentro de la naturaleza” y que, por consiguiente, la “vida íntima huye por todas partes”, debido a que “la casa ya no conoce no conoce los secretos del universo”, entre “ascensores” que “destruyen los heroísmos de la escalera” y su altura que es únicamente “exterior” y que resta “mérito” al “vivir cerca del cielo” terminando por configurar una idea de nuestra morada, de nuestra casa sin “raíces”.¹³ Es decir, un árbol podado, talado y sin fruto alguno que pone de manifiesto al absurdo gesto asesino de Occidente contra sí mismo y contra América

¹¹Shimón Halevi., Z'ev ben **El árbol de la vida. Introducción a la Cábala.** Traducción de Juan Valmard. Ediciones Lidium. Buenos Aires. Primera edición. 1994, pág., 128.

¹²Sábato, Ernesto. **El túnel.** op.cit, pág., 42.

¹³Bachelard, Gaston. **Poética del espacio.** Traducción de Ernestina de Champourcín. Fondo de Cultura Económica. México. Segunda edición, pág., 58.

por el libérrimo uso del ego,¹⁴ de esa razón que –simbolizada a través de la oscura conciencia de Castel– habría ido despejando de hojas vivas los parajes de aquel parque, los frondosos jardines naturales del continente americano. Nos dirá Castel, cuando sus dudas y sospechas sobre María entenebrezcan su conciencia a tono con la espectral Buenos Aires que le rodea: “Mis dudas y mis interrogatorios fueron envolviendo todo, como una liana que fuera enredando y ahogando los árboles de un parque en una monstruosa trama”.¹⁵

Sin embargo, como nos indica Jung, el árbol es el opus y el proceso de la transformación “moral y físicamente” y está “considerado símbolo de la gnosis y de la sabiduría”,¹⁶ por lo que su presencia en el comienzo de la obra de Sábato, si algo quiere indicar es que hay que comenzar el proceso de desvelamiento de lo que está oculto, hay que realizar un viaje a la semilla, un camino al revés de como hasta ahora lo ha andado el hombre para reintegrarnos con el origen. Y esto es lo que se va a producir en **El túnel**, una vez que asistimos al encuentro avergonzado de María y Castel bajo la sombra del árbol americano que ya no tiene fruto alguno. Del que todos sus ciudadanos, como sospechaba la madre de Castel de sus hijos, no han comido una sino repetidas veces hasta dejar marchito el fruto de la tierra que no es ahora más que tierra estéril, polvo, piedra o roca de Sísifo que está obligado a transportar el hombre para sobrevivir. Pero para llevar a cabo ese camino hay que exprimir la noción del mal hasta el máximo y hay que asistir a la consecuencia final y lógica de la narración sabatiana –prácticamente una parodia contra-utópica del mito paradisiáco– del pecado original argentino.

¹⁴ Pues, lo repetimos otra vez, aquel edificio en que se introduce Castel buscando a María, esa construcción de metal forjada con el hierro por el que Prometeo quisiera poseer el secreto de los Dioses, no deja de ser un eslabón de una vigorosa cadena, prepucio del pene, espada de metal asesina, enlazada en Occidente sobre la tierra americana “madre común-tálamo y crisol de raza” de Argentina, para Ricardo Rojas, hasta esterilizar sus significados y contenidos. Es el rastro saliente del homicidio cometido contra las raíces del árbol de la vida americano, la extracción de sus raíces y su sustitución por el flujo de vida anti-natural producido por la conceptualización artificial implantada por Occidente en América. Contra “esa tradición indiana, ligada sustancialmente al nombre argentino” que para Ricardo Rojas, llegaba a su nación “desde lo viviente de la tierra y lo hondo de los siglos”, pudiendo dotar a sus ciudadanos de “la conciencia de su unidad espiritual”. Arias Saravia, Leonor. **La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo**. op.cit, págs., 389 y 391.

¹⁵ Sábato, Ernesto., **El túnel**. op. cit., pág., 65.

¹⁶ Jung, C.J. **Psicología y simbólica del arquetipo**. op.cit, pág., 201.

Y de esta manera, será en el transcurso de una conversación telefónica, lejos de la presencia de aquel perdido árbol que miraban una y otra vez, donde a través de los débiles pero resistentes hilos que permiten la conexión telefónica y sin que ni el uno ni el otro puedan mirarse a los ojos, contemplarse, y su separación sea aún más recurrente que termine de aparecer el último actor de la narración del pecado: el ego. Un ego que ya no desaparecerá más del seno de la narración y que se manifestará por primera vez de manera altisonante, instaurando ya para siempre el tiempo del demonio en la relación amorosa, cuando Castel, enojado y casi a gritos le diga a María: “Usted no dice que haya pensado en mí”,¹⁷ antes de dirigirse enfurecido al único rincón donde puede encontrar refugio, un café de tangos, el café Marzotto. Un lugar donde, como señala, “la gente va (...) a oír tangos, pero a oírlos como un creyente en Dios oye La pasión según San Mateo”.¹⁸ Y donde se reunirá con una multitud de hijos de Caín a escuchar una melodía que les haga soñar con el antiguo abrazo de la madre Eva, les haga expiar su falta y pena y de la que, paradójicamente, Castel no sentirá que forma parte. Lo que, lejos de extrañarnos, hemos de considerar lógico, teniendo en cuenta que Castel –como puede que los compañeros con que comparte la velada– no está dispuesto a reconocer su condición de exiliado y la negará durante toda la novela hasta que una vez que haya matado a María, no tenga más remedio que afirmarla.

De hecho, resulta esclarecedor hacer un recuento de los distintos lugares que enmarcarán los posteriores encuentros de María y Castel después de la narración de la escena anti-paradisíaca que finaliza con Castel sumergido en la corriente masoquista del tango para seguir observando las dimensiones del pecado original cometido contra América. Pues Sábato nos mostrará, sutilmente, una ciudad, Buenos Aires, repleta de habitantes cegados hacia el porqué de su exilio y las consecuencias de su pecado lo que, en el fondo, configura y constituye su desgracia. Su no aceptación de la verdad que, con tanta crudeza, mostraba la *Maternidad* de Castel. Y para mostrar esta realidad y su significación última, la inmersión en un túnel de

¹⁷ Sábato, Ernesto., *El túnel*. op.cit, pág., 45.

¹⁸ *Ibíd*, pág., 48.

soledad, Sábato enmarcará a Castel y María en torno a muchas de esas edificaciones arquitectónicas que hicieran decir virulentamente a Martínez Estrada de las mismas que eran “apáticas” (...) sin vida tras las persianas, donde los inquilinos viven su propia conformidad sin mirar afuera” y en las que “entramos y salimos como de un túnel, casas y calles aletargadas de bienestar y de hartazgo”.¹⁹ Pues las mismas se han construido como un reflejo de la Europa, el origen que se fue, como un escondite para huir de las distintas intemperancias del clima americano, para no mirar la horrible verdad: el destierro y la alargada sombra de Yahvé.²⁰

Y por ello, acaso, tras la narración sutil, oculta, pero exacta de la expulsión del jardín de las delicias de América –aunque, en realidad, sería más justo decir que es más bien una narración y retrato de la decadencia de ese mismo jardín- llevada a cabo por Sábato en la plaza San Martín, el siguiente encuentro de Castel y María será en la Recoleta: el barrio burgués, por excelencia, de Buenos Aires, donde el artificio sin raíces de la nueva construcción ahonda aún más en la separación del paisaje natural americano, donde la repetición y la reconstrucción del barrio europeo llega a ser exuberante y el ardid del pecado no puede ser negado. Donde la falsificación y el reflejo, el intento de reconstrucción de Europa en Argentina se hace más exorbitante, se reproduce más vertiginosamente. Lo ha expresado con precisión Daniel Durante: una vez que el hombre argentino rechazó “la relación dialógica con el Otro”, al considerarlo un Dios enemigo o un peligroso compañero “se enferm(ó) en la lógica de la copia”. Y una vez que el reflejo de Europa que esperaba no podía ser más que un reflejo de la Argentina, intentó buscarlo o reproducirlo “hasta el punto de devenir”

¹⁹. Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliath**. op.cit, pág., 73

²⁰ De hecho, para María Zambrano, es el “temor de ser visto” por Yahvé, lo que provoca que el hombre se resguarde en un ámbito protegido, el de la razón, para negar esa misma posibilidad de ser capturado por una divinidad, cuya creencia se contempla ahora irracional, imposible, en el interior del nuevo “ámbito” construido para el dios de la visión y la inteligencia”, “el dios de la visión intelectual, el descubierto por la filosofía”, que “es el dios que corresponde a la necesidad de ver más que al temor de ser visto.”. Como, a su vez, es la necesidad de huir de la mirada de este vigilante Dios lo que obliga a sumergirse en construcciones de cemento. A su vez, esa necesidad de mirar a través de la razón cuando, como en Argentina, se encuentra con “la visión en un espejo que no nos devuelve la imagen que nuestra vida necesita” que, en este caso, sería América, se convierte en “envidia”. O lo que es lo mismo, in-videre, imposibilidad de ver: ceguera. No sólo para mirar lo que se tiene alrededor sino, por supuesto, aquello de lo que se huía, aquello que nos miraba desde el confín de los tiempos: el ojo

más europeo que el original. Lo que es una forma sutil de cegarse, de esconder una verdad: “El original no se encuentra (...) en Argentina”.²¹

Y siendo La Recoleta uno de los barrios más celebres de Buenos Aires, si lo es, en realidad, es por poseer una personalidad que, en el fondo, es una denegación de los atributos del ser, del “ente” americanos y donde la espada de la razón occidental clava su daga con más fuerza sobre la naturaleza de América. Uno de los lugares en que –a pesar de su frágil y calculada belleza– la necesidad de apartar la mirada de la realidad, el destierro, que trae como consecuencia la ceguera llega a su punto más elevado y el pecado original cometido contra América se muestra con más evidencia.²² Precisamente, porque es allí donde este pecado más se quiere negar. Donde el aparente vacío de la falta, su elipsis, la hace aún más omnipresente en torno a un caparazón de edificios resplandecientes, sonrisas vacías, huecas, de la multitud, y la vida se muestra discontinua, sin historia, en torno a los reflejos incoloros de los vidrios de las casas. Casas construidas como símiles de un refugio que, sin embargo, la cercanía del mar, o la extensa tela de chavolas destruidas que se ciernen sobre el mapa del barrio amenaza, cuestiona.

De esta manera, los nombres de las calles por los que transitan sus protagonistas les envuelven en una tela inconsciente de significados y sentidos forjados por la razón y que llevará en muchos momentos a Castel a rugir de rabia por la incapacidad de poder unificar sentimientos y razón.²³ Nos remiten a una historia

implacable y castigador del Dios de los judíos. Zambrano, María. **El hombre y lo divino**. Fondo de cultura Económica. México. Segunda edición. 1986. págs. 129,130 y 287.

²¹ Durante Castillo, Daniel. **Sabato et les abbatoirs de la modernité**. op.cit, pág., 54.

²² Pecado o drama que para Rodolfo Kusch consiste en “la participación simultánea del ser europeo y del presentimiento de una onticidad americana” en un ensamblaje no sedimentado que trae como consecuencia que “la participación del ente del ser, por la que el ente toma conciencia de su onticidad, no pueda lograrse.” Que, por lo tanto, “la existencia” no logre ser auténtica”, sea “falsa, adquirida, propiamente existente porque se bifurca y flota entre verdades parciales y sólo se completa por exceso adoptando un extremo por vez”, como en la sobrepujanza del “ser” masculino, conquistador, poseedor de Occidente sobre la raíz americana de la tierra argentina. Kusch., Rodolfo en **La seducción de la barbarie en Obras completas. Tomo I**. op. cit, pág., 103.

²³ “¡Cuántas veces esta maldita división de mi conciencia ha sido la culpable de hechos atroces! Mientras una parte me lleva a tomar una hermosa actitud, la otra denuncia el fraude, la hipocresía y la falsa generosidad; mientras una me lleva a insultar a un ser humano, la otra se

espúria de la conquista de la tierra argentina que absorbe y enjuga los recuerdos de Castel y María al ser cómplices inconscientes de una narración en la que ejercen como marionetas desplazadas por los hilos de algún oscuro demiurgo para su triunfo final.

Así, desde la Plaza Francia (con sus reminiscencias al influjo malévolo de la razón cartesiana en toda América, el estallido de la Revolución en el siglo XVIII y sus consecuencias para la Independencia de América, el flujo discontinuo que invoca otra más de las disímiles influencias que ayudaron a construir Argentina), el Parque Avenida Centenario (donde asoma como la sombra de un testigo histórico y acusador la fecha de la Independencia de Argentina), o Puerto Nuevo (indicando un nuevo confín situado en tierra en el que los navegantes podrían encontrar auxilio a su exilio), todas las calles transitadas por María y Castel, nos remiten a la conquista, al trasplante del reflejo, el ser “europeo” en América, creando un ámbito fantasmagórico, irreal, mortuorio. Un hábitat afín a la razón acuartelada detrás del paredón de palabras, edificios de sílabas y huérfanos deseos del pensamiento de Castel, incapaz, como nos referirá, de vislumbrar vida auténtica a su alrededor, encontrar un signo de vida: “acá y allá, con gran esfuerzo, lograba vislumbrar vagas siluetas de hombres y cosas, indecisos perfiles de peligros y abismos”.

Pero esta actitud de Castel no habría de sorprendernos. Lo hemos repetido muchas veces. Lo indican las más altas filosofías y religiones que ha creado el hombre. Lo dijo Cristo. Cuando el hombre se encuentra frente a las nieblas y el ruido de la materia, ha de volverse hacia su interior. Hacia su corazón. Exactamente, esto es lo que hacían Adán y Eva en el paraíso. Mirar hacia su interior desde donde podían ver los signos angélicos de los arcontes que preanunciaban la luz divina, el pleroma gnóstico. Sin embargo, como nos ha dicho Martínez Estrada, -en una reflexión geográfica pero que podemos entender, asimismo, simbólicamente- “para el porteño, mira al interior es mirar hacia fuera; al exterior. Interior es para él Europa”. Pues para

condule de él y me acusa a mí mismo de lo que denunció en los otros”, exclamará Juan Pablo en una de las más descarnadas, esclarecedoras y recurrentes confesiones (tantas veces citada por los exegetas y críticos de **El túnel**) que nos refiera. Sábato, Ernesto. **El túnel**. op.cit, pág., 71.

el ciudadano que puebla Buenos Aires, internarse en el fondo de su país, su verdadero corazón, como indica Estrada, “es dislocar su persona del conjunto de que forma parte”, tener “que luchar con hechos distintos, no con la aventura sino con la ceniza de una aventura que se ha quemado hasta el fin”.²⁴

En verdad, más tarde, Martín mostrará lo errado de este razonamiento. Pero Castel aún no podrá hacerlo. Mirar hacia dentro significaría reconocer que está perdido en América, que no se encuentra en Europa (el paraíso original de tantos ciudadanos argentinos) y asistir a un desvalimiento del que huye como la peste. Por ello sólo ve niebla, porque únicamente mira al exterior. Mira un reflejo. El intento de reconstrucción de Europa en América. Y el espejo está empañado, sucio. Observa la sombra de lo que fue un día. Una sombra perdida en un contorno de sombras. Aquellos que habitaron en un paraíso (Europa) al que llegaron siendo expulsado de otro anterior (paraíso original) al que, quién sabe, si también fueron condenados Eva y Adán, por ser creaciones concupiscentes de la Sophia inferior. Y, por ello, en el fondo de él late la ira. Porque como Castel entiende de aquella María que le traía la promesa del posible retorno a un lejano paraíso perdido, ella no había sido sino alguien ubicado “detrás de un impenetrable muro de vidrio, a quien yo podía ver, pero no oír ni tocar; y así, separados por el muro de vidrio, habíamos vivido ansiosamente, melancólicamente”.²⁵ Lo cual no debía, no tenía porqué ser así. Él era el señor de este mundo y tenía derecho como se le prometió a hacer lo que quisiera con él. Y por esto, el hombre occidental después de una expulsión tras otra hizo de América, un verdadero paraíso, lo que es para Castel y tantos hombres que la sufren: un infierno. Un resto maloliente y sin alma del continente europeo. O, al menos esto es lo que sabe, en el fondo de sí, Castel y no puede ni quiere reconocer. Lo que saben muchos ciudadanos de su patria. Por ello se roba, se mata y se odia.

Cuando los primeros occidentales llegaron a América y levantaron las primeras madrigueras que luego serían ciudades, levantaron un grandioso espejo e intentaron, mientras el sol, iluminaba calcar el reflejo de aquellas ciudades europeas

²⁴ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la pampa**. op.cit, pág.,223

²⁵ Sábato, Ernesto., **El túnel**. op.cit, pág., 107.

cuyo reflejo veían iluminarse en sus conciencias. Únicamente que no se apercibieron de un hecho. El gigantesco espejo que levantaron sólo les reflejaba a ellos y detrás de ellos a América, la naturaleza. Mirar hacia el corazón de aquella tierra era mirar el destierro y sus rostros fatigados y hastiados. Y, finalmente, decidieron aposentarse en el puerto. El lugar donde la distancia con la tierra perdida era menor. Pero también la angustia por la impotencia de la vuelta era más acuciante. No es extraño entonces que, jurando venganza contra el posible Dios que los desterrara, se comieran todas las manzanas de los árboles que los rodeaban. En verdad, esto debía ser un acto justo. Y debía permitirles tener mayor poder que Dios. Lo mostrará Castel matando a María. O Fernando Vidal Olmos intentando engañar al diablo para alcanzar el conocimiento de Dios. Ya lo habría hecho Endorsain clamando desde su soledad a todo aquel que quisiera escucharle: “sólo el crimen puede afirmar mi existencia, como sólo el mal afirma la presencia del hombre sobre la tierra”.²⁶ Es consecuencia del pecado original de América. Es consecuencia del pecado original de Occidente. Es consecuencia de una mujer, Eva, que comió una manzana. La vida es fruto del diablo. Y esto es inobjetable. Fueron sus labios quienes fundaron Santa María de Buenos Aires. Aunque Castel todavía no lo sepa. Pero este conocimiento no deba estar vedado a nosotros.

Decía Vicente Risco que siendo las ciudades ensamblajes arquitectónicos levantados a partir del asesinato de Caín, a todo aquel que quisiera fundar una nueva, el diablo se le aparecía para reclamarle una víctima humana o animal para permitir su alzamiento. Según parece, para rescatar a esta víctima no había más remedio que hacer un intercambio de la misma por dinero y, por ello, “cuando se levanta hoy mismo, la fábrica de un templo, de un palacio, de un edificio público cualquiera”, “se depositan unas monedas”,²⁷ señal de que el diablo todavía se sigue cobrando simbólicamente el gesto solícito por el que permitió al hombre esconderse en los muros de una ciudad e intentar desafiar a Dios. Es ése, en el fondo, el dinero, como fuimos observando, el verdadero motivo que engendró las ciudades argentinas, americanas. Y bajo todas ellas parece pesar una maldición. Una sentencia de muerte

²⁶ Arlt, Robert. **Los siete locos**. Editorial Losada.S.A. Buenos aires. 1973, pág., 71.

²⁷ Risco, Vicente. **Satanás. Historia del diablo**. op.cit, pág., 114.

cercana, un deseo de autodestrucción. Judas vendió a Cristo por 40 denarios y, después, se vio abocado al suicidio. Y éste es, entonces, el problema que plantea **El túnel**. ¿Cómo encontrar la esperanza en una situación así, hacia dónde caminar, ir, para encontrar la salvación?

Lo hemos sugerido anteriormente. En principio, aceptando esta vida, sumergiéndose en el mal si hace falta. Revolcándose en el lodazal. Sólo así se lo puede comprender y, más tarde, destruir.

Vamos a seguir observando, entonces, a través de la celosía de Castel a María, cómo una vez que se nos ha sido presentado el pecado original argentino y, en un mundo inmerso en tinieblas, Castel mata su esperanza de redención: por qué y cómo lo hace, y qué tretas y engaños le tiende el diablo para que cometa este acto desesperado. Vamos, en esta ocasión, a intentar deducir quién maneja, para Castel, las llaves que abren las puertas de María: las puertas del paraíso. Quién es el oculto Dios que obliga a tantos Ulises solitarios a vagar en círculos ensimismados sin tener una Itaca a la que volver pero tampoco de la que partir.²⁸ A seguir rastreando ese, aparentemente, incomprensible cruce de caminos que es el país argentino que obliga a tantos de sus habitantes a devenir minotauros, librar una batalla feroz para salir de ese “laberinto oscuro” que es su realidad donde únicamente “a veces hay como relámpagos que iluminan algunos corredores”,²⁹ como nos refiere Castel. Corredores angostos, pasadizos oscuros donde parece confundirse el rostro de Penélope abrazada a alguno de los amantes que la cortejaron mientras esperaba pacientemente a Ulises. Una Penélope que parece reír y sonreír aunque no se sepa a quién y que, cuando

²⁸ Exactamente, esta concepción de América como revés oculto de Europa, reflejo invertido, permite sugerir que sin negar el Edipo que se encuentra latente en Castel, la ubicación de naufrago final, la presencia del mar, permita pensarlo, como a tantos emigrantes argentinos, hijos de nadie, -tal y como ya hemos ido observando- más cercano a la problemática de Ulises que la de Edipo. En el sentido en que su identidad cuestionada le procede de la madre, la que nunca muere y siempre le acompaña, lo que provoca que a quien tenga que matar simbólicamente Telémaco es a Penélope, que teje y desteje a solas el lienzo del linaje materno-filial, para saber quién es. O que, jugando con la perspectiva de reflejos que permite el espacio americano, su historia al revés y, que pone de manifiesto **El túnel**, en realidad, la muerta sea Penélope quien ha debido buscar a Ulises, huérfano de amor y desdichado a la isla donde yacía, creyéndose inmortal, casi un Dios, víctima de las mentiras de la embaucadora Calypso, de su propia ambición.

comienza a carcajearse, hace despertar a Castel de su sueño diurno, dispuesto a asesinarle por su cruel infidelidad. Aunque las sombras que cierran sus ojos no le permitan distinguir fielmente quién es aquella mujer que ríe y bajo la mirada sombría de quien fuera su amante, pueda distinguirse ahora la sombra de un Dios que lo mira desde la eternidad, deseando que se decida, al fin, a matar a su mujer para hacerlo su esclavo.

²⁹ Sábato, Ernesto., **El túnel**. op.cit, pág., 40

III.5. LA SEÑORA DE YAHVÉ: LA PUERTA CERRADA.

"Esta puerta ha de estar cerrada, no se abrirá ni entrará por ella hombre alguno porque ha entrado por ella Yahvé, Dios de Israel".

Ezequiel 44,2

El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.

Lucas 1, 30-33.

Comprender el rol simbólico que ocupa María para Castel no es difícil. Más difícil, sin embargo es saber porqué la llega a matar, donde se esconde el último motivo que lleva a Castel a ver en su consorte en el amor una peligrosa embustera.

Desde el plano positivo, podríamos decir algo que ya se ha dicho en muchas ocasiones. María, en principio, es promesa de luz, compañía que libera del exilio y que advierte de la posibilidad de una salida al exilio, al túnel en el que se encuentra sumergido Castel. Una vez que su presencia es promesa de amor parece claro que María trae consigo una oportunidad única: disolver los contrarios, los polos opuestos que retuercen la cabeza de Castel hasta disolverlos, unificarlos en una síntesis que permita revitalizar la existencia, ascender a un lugar del paraíso que hasta ahora le ha sido vedado a todos lo que están condenados como Caín a vivir al este del Edén.

El problema, sin embargo, acude a la mente de Castel en cuanto él necesita que esa luz sea pura y no carnal, pues en cuanto esté forjada en la materia, inevitablemente, va a mostrarle de nuevo los brazos del pecado en que está atrapado. Castel, por tanto, desea una virgen, una madre tierra aún no contaminada por la presencia infecta del hombre. Como el cuadro que dibujara, *Maternidad*, había indicado y como lo muestra el nombre de la ciudad que enmarca su recorrido, Santa María de Buenos Aires, Castel busca en María una madre y mujer, la madre del cristianismo, a través del que pueda redimir su concupiscencia y bajo la que pueda liberarse de las cadenas que lo atan al mundo material mediante su abrazo espiritual.

Como sabemos, con María, la mujer consigue elevarse de la posición de dependencia, de esclavitud que mantenía hacia el varón en el judaísmo, a la de libre estandarte de la vida, capaz de mantener su virginidad y, por tanto, su libertad, al no estar sometida a ningún hombre más que a su hijo donado maternalmente sin esclavitud al mundo para que libere a la humanidad de la celda del pecado. Pero, a la vez, también se comienza a penalizar de manera indiscriminada a la sexualidad de la mujer al tiempo que se le hurta el supuesto goce que debió haber tenido con el esposo o el Dios, ahora transustanciado en el espíritu santo, que decidió fecundarla. Con María, la mujer, la tierra y el ser humano pueden huir del monológico dictado de lo sexual, lo material y el pecado representado en Eva, pero, a cambio, en muchas ocasiones, de la negación de esta misma vida que, de momento, es lo único que pertenece al hombre y que es, asimismo, el significado etimológico de Eva, procedente del hebreo, y relacionado con los terminos *jaim* y *jai* (“vida”).

Y acaso, por estas razones, los occidentales que llegaron a América volvieron la vista a sus parajes silvestres, vivos, para entronizar la fuerza de un espíritu necesitado de tanta luz y pureza que terminó por penalizar todo aquello que se encontraba delante de ellos. Caminando en busca del paraíso bajo el nombre y albergue de la madre que anuncia su posibilidad (María) terminaron por hacer del real y vivo paraíso americano (pliegue del cuerpo de la madre Eva extendido para recogerles) un purgatorio, terminaron ellos mismos por formular el pecado que negaban. Negaron la vida, Eva, que, con tanto afán, buscaron más tarde.

Volver a María, a la luz y de ahí al pleroma, sin embargo, sólo se puede hacer a partir de la vida, desde el pecado. Y, por ello, toda intención de esterilizar el cuerpo del hombre y cerrarle las puertas del mal, lo encadena aún más a la vida (Eva), de la que pretende huir para no tomar conciencia de su exilio, indefensión. A María sólo se puede llegar desde la libertad. Y la imposibilidad de no poder alcanzarla, como ha expresado magníficamente Berdiaev: “la tiene únicamente el hombre. Es él quien se ha arrancado del principio femenino, quien ha renunciado a la tierra madre y a su propia virginidad, es decir, a su pureza e integridad, y de esta manera ha tomado por

la senda del error y del desdoblamiento”.¹ A ello condujo el que Caín, sin tiempo a reflexionar y unido sin freno a los frutos de la madre tierra Eva, cometiera su asesinato. Si hubiera meditado, si hubiera perdonado, hubiera acabado por imponerse al Dios que lo desterraría para siempre de su madre terrenal para encadenarlo aún más al recuerdo de ésta. Hubiera mostrado su faz espiritual, hubiera habitado en el perdón, en María, que es luz que sin negar la carne –al contrario de como la concibe el agustinismo– ni quitar la vida, recuerda al hombre que su misión en este mundo ha de estar fundada en el amor.

Si hiciéramos una interpretación gnóstica y, acaso arriesgada, de la función simbólica de María, el papel que la madre de Cristo realizara, sería el de catalizar el recuerdo del hombre para que vislumbrara su verdadera dimensión pura y prístina en el seno del pleroma. María sería una luz no errada que se desprendería de uno de los arcontes para traer la revelación y la verdad, la auténtica sophia, sabiduría, a los seres humanos, representada en el Cristo. Sin embargo, el problema mariano, radica, en mi opinión, en la interpretación cristiana de la que es hijo Castel y la necesidad de forjar el signo del espíritu santo para que María dé a luz. Lo hemos dicho antes. Querer negar el pecado, la vida, significa afirmarla. Querer negar la existencia del mal es afirmar su presencia. Esto es lo que enseña la gnosis. O, mismamente, la vida de Cristo. Al mal ha de vencerse a través del sacrificio. Del amor.

En este sentido, el cristianismo oculta. Pretende borrar toda mancha del cuerpo. Forja un imaginario, madre, hijo y espíritu santo, del que falta el padre.² El

¹ Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación**. op.cit, pág., 97.

² Nos dice Kristeva en **Histoires d’amour**, op.cit, págs., 185 y 296 en dos reflexiones que permiten entender la reclusión sobre el cuerpo de la madre del cristianismo y el valor simbólico que se le concede al cuerpo: “El cristianismo es sin duda la construcción simbólica más refinada en la cual la feminidad (...) se reserva en lo maternal. Llamamos maternal el principio ambivalente que por un lado regenta la especie y del otro, una catástrofe de identidad que hace bascular el nombre propio en ese innombrable que se se imagina como la feminidad, del no- lenguaje o del cuerpo. Así, el Cristo, ese hijo de hombre, no es del todo hecho hombre sino por su madre: como si el humanismo crístico o cristiano no pudiera ser más que un maternalismo”. “El amor cristiano es una idea que transforma mi cuerpo en Nombre adorado. La matanza del cuerpo será la vía de acceso de Mi cuerpo al Nombre del Otro que me ama y que hace de mí un Sujeto inmerso (bautizado) en el Nombre del Otro. Triunfo de la idealización, por una elaboración sublime del sufrimiento y de la destrucción del cuerpo propio”.

catalizador de la memoria, el que da impulso a la vida. Pero ahí, es justo reconocerlo, radica la fuerza de su mensaje y el ardid que le permite imponerse al judaísmo como siguiente monoteísmo único y única religión verdadera.

Y, ¿por qué ese interés del cristianismo en borrar el goce del cuerpo de la mujer, mariano?. Un rastreo por la etimología del nombre mariano puede concedernos algún indicio. Porque, aun y a pesar de las casi setenta etimologías que se han propuesto sobre el nombre de María, acaso la más difundida y acertada sea la que resalta su origen hebreo, cuya forma Miryam o Maryam, considerándose procedente del verbo *Marah* (dominar), nos daría un primer significado de "Señora". Significado que quedaría reforzado por la afinidad de María con el sustantivo arameo *Marya*, que significa "señor". Pero si atendemos al probable origen egipcio (y no es vano recordar de nuevo lo dicho por Freud sobre el origen del monoteísmo judío) de este nombre que en su acepción hebrea, no nos permite saber de qué o quién es señora el nombre que se invoca, según se nos refiere, en este caso, procedería de la palabra *Mari-Yam*, que significa "amada de Yahvé".³ Significado que no estaría muy lejano al que posee en el arameo, *Marya*, que muchos han pensado como *Luz de Yahvé* o un más eufónico *Yahvé ilumina*.⁴

Es lógico. La profecía ya se encontraba en Ezequiel y se lo anunciaba, según los nuevos testamentos, un ángel a María. La luz de un Dios fecundaría al rey de los judíos, el verdadero hijo de Dios. Y este Dios debería ser Yahvé. Lo que los cristianos, necesitados de establecer su culto único, negarían, transmutándolo por la simbología del Espíritu Santo.⁵ Y por ello, acaso, es que todo intento del cristianismo

³ Como se nos indica en la página web <http://www.elalmanaque.com/julio/1-7-san.htm>, "la raíz *MR* significa "amar", y *Yam* sería una equivalencia válida de *Yah*, la abreviación de Yahvé, muy frecuente en la composición de nombres".

⁴En la misma página anteriormente citada, se nos refiere que "en arameo *Marya* significa señor, por lo que los padres de la Virgen entenderían que el significado de este nombre sería "Señora". O quizás mejor, considerando la palabra *Mir-yam* como compuesta de *Mir*, contracción de *Me'ir*, el que ilumina, del verbo 'or, brillar, y de *Yam* en vez de *Yah*, contracción de Yahvé, pudieron pensar que María significaba *La luz de Yahvé*.

⁵ A este respecto, nos dice Rozitchner que, ante el temor de que la mujer-madre engendrara el hijo anhelado desde la infancia con su propio padre y el mismo fuese el hijo de un incesto espiritual, el cristianismo fuerza la aparición de Espíritu Santo e impone un tupido velo sobre el rostro de Yahvé y el gozo de la madre: "Ese es el lugar adonde va el cristiano Pablo a

por liberar a la mujer del pecado, hacer de ella María que rechaza a Eva, ha fracasado habitualmente. Porque, sin la capacidad de lectura simbólica que el gnosticismo permite realizar de la historia evangélica, hay un acto elidido: el acto sexual entre un Dios y una mujer que se desea olvidar pero contra el que la conciencia deberá arrastrarse una y otra vez. En suma, es el verdadero rastro y signo de que Yahvé es el señor del mundo. Y todos los hombres de este mundo han de enfrentarse con este hecho antes o después: la naturaleza virginal de sus madres ha sido fecundada por sus padres para crearlo a él. Y si el cristianismo permite gracias a la construcción del Espíritu Santo formular una idea del amor generosa, basada en la idea del perdón y una alta naturaleza espiritual que traen consigo el gesto mariano, también es cierto que, por su necesidad e imposibilidad de leer la historia evangélica en clave simbólica y, por tanto, instaurar el dogma, acaba por negar la realidad. Termina por obstruirla de niebla, negar la libertad a la mujer y al hombre y disolverla en medio del torbellino de humo creado para no mirar al lugar donde el Dios Yahvé pudiera estar arrastrando a María. Lo que supone que, exactamente, por querer obviar el rastro de Yahvé, querer olvidarlo, al final, sin querer y por mor del recuerdo que vuelve a sacar a la luz lo encubierto por el olvido, acaba ubicándolo en primer plano.

Así, finalmente, como nos refiere Rozitchner, -y lo que quedará bien representado con la actitud de Castel hacia María-, el cristianismo penetra aún más en ese “engaño absurdo del racionalismo extremo, que desconoce las diferentes substancias humanas”. Pues, siguiendo con el razonamiento de Rozitchner, exactamente, el cristianismo nunca pudo comprender que “las fantasías encarnadas que producen el Dios-Padre de los hombres, y también su imagen, no corresponden a las fantasías encarnadas que tiene el Dios-Padre para las mujeres y la Diosa-madre para los hombres,”⁶ una vez que entiende que ese “Padre femenino, el de las mujeres, (...) el que le hace guiños a la hija, que transgrede la ley y no la castra; (...) el Padre

buscar la negación de la ley judía externa, en uno mismo, es decir en el lugar que en lo más profundo de ella abrió la madre para su propio padre”. (...) lo hace en el lugar mismo donde está inscrita la huella de la madre: esto es lo importante del modelo subjetivo cristiano. El padre genitor no tiene lugar propio en su cuerpo; la identificación, fundamento de su masculinidad, se convierte en una impresión débil y superficial de su persona”. En Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, págs., 113 y 114.

⁶ *Ibíd*, págs., 135 y 136.

que elige a las hijas contra las madres y viola la ley del incesto, esa ley que, sin embargo, le impone con saña asesina al hijo”,⁷ no es otro que el Dios judío, Yahvé, al que intenta elidir de todas las maneras de la historia evangélica.

Por esta razón, por ejemplo, Castel, devorado por la ley de ese padre que le ha condenado al exilio, ha de sospechar de todo gesto de María, se ha de rebelar contra cualquier acto que denote una mínima por parte libertad de la misma.⁸ Porque Castel-Caín tiene miedo de encontrarse a su más feroz enemigo fecundando, abriendo la puerta de su amada, en cualquier momento. A este respecto, es digno visitar los pensamientos previos de Castel antes de estallar de rabia hacia María por haber detectado una mínima sonrisa en su semblante: “Tuve una rara intuición: (...) Tal como lo había intuido, el rostro de María sonreía. Es decir, ya no sonreía, pero había estado sonriendo un décimo de segundo antes. Me ha sucedido a veces darme vuelta de pronto con la sensación de que me espiaban, no encontrar a nadie y sin embargo

⁷ *Ibíd.*, pág., 136.

⁸ Nos señala León Rozitchner en una sentencia que explica el último sentido de la afirmación y, aunada al compás de la obra de Sábato, aclara aún más el significado interno, las luchas ocultas que libran inconscientemente, en un plano paralelo sumergido en la realidad condicionándola pero distinta a ella, Castel y María: “Antes había diosas (primero diosas) y dioses (posteriormente). (...) El contenido abigarrado de figuras amadas y temidas, de todos los anhelos y fantasmas, queda simplificado hasta el extremo cuando aparece el Dios único: todo lo imaginario debe ser reorganizado, unificado por la jerarquía masculina y abstracta. El monoteísmo masculino pretende ser el emblema del triunfo de un combate milenar entre las fantasías de hombres y mujeres que las diosas y los Dioses expresaban. Bajo la ley del Padre único es el Dios persecutorio y racional el que se impone: el Dios-Padre masculino de los hombres. Sirve para ocultar a las Diosas destronadas, bajo la apariencia de haber conquistado el pensamiento abstracto y verdadero. Como si su figura contuviera un Padre Único: Padre de mujeres y de hombres.

Como si no hubiera un Dios-Padre para las mujeres y otro Dios-Padre para los hombres. En la función-Padre del Dios del patriarado monoteísta desaparece la función-Madre de las diosas vencidas. El padre de la madre queda subsumido sólo en el Padre del hombre, y éste Padre Unificado los castra a ambos. Todas las mujeres tienen a partir de aquí que hacer lo mismo que hacen los “primitivos” evangelizados; sobre el nuevo Dios impuesto, el Único, hacen revivir sus propios Dioses negados pero persistentes, ahora clandestinos. Todas las mujeres tienen sus Dioses inconfesados, que los hombres ignoramos. Por eso no sabemos qué quieren las mujeres, por qué son tan extrañas. Porque lo que los hombres piensan que saben – o lo sabrán cuando se animen- consiste en creer que el deseo de ellas tiene casi siempre figura de hombre. Pero no la de nosotros: es la del Hombre-Padre, no la nuestra en quienes ellas ven y viven sólo un remedo del Otro verdaderamente amado. Mujeres y hombres tienen cada uno su propio otro: oficial el Uno; escondido -Deus absconditus- el Otro”. *Ibíd.*, pág., 94.

sentir que la soledad que me rodeaba era reciente y que algo fugaz había desaparecido, como si un leve temblor quedara vibrando en el ambiente”.⁹

Y en este sentido, no resulta extraño entonces que el recurrente motivo de Otelo que igualmente obsesionara fantasmagóricamente al Carlos de **La fuente muda**, aparezca también sugerido obsesivamente en el discurso del olvidadizo Castel-Caín al que sus recuerdos traicionan una y otra vez: “Siempre recuerdo cómo el padre de Desdémona advirtió a Otelo que una mujer que había engañado al padre podía engañar a otro hombre”.¹⁰ O que, incluso, como nos relata al principio de su relato pudiera notar una sombra de vanidad –sonrisa dedicada a algún incierto Dios– en su propia madre: “recuerdo, en sus últimos años, cuando yo era un hombre, cómo al comienzo me dolía descubrir debajo de sus mejores acciones un sutilísimo ingrediente de vanidad o de orgullo”.¹¹

Exactamente, la escena de la conversación telefónica que provocaría la primera irritación de Castel, el surgimiento o nacimiento del “ego”, ya nos advierte del trasfondo de esta cuestión. Pues si recordamos en la misma cobrará conocimiento del apellido de María gracias a su mucama, lo que no podrá hacer más que enojar a Castel y remitirle al revuelto y oscuro mundo de la duda.¹² De hecho, el apellido es el nombre social que inscribe y, al mismo tiempo, encadena a las personas en el mundo social, del derecho y la ley, regido y construido por los hombres, lo vincula al mundo del trabajo y al orden político. Le remite a un origen histórico del que no puede escapar, recuerda indirectamente la caída en el tiempo y, le acompaña durante generaciones aunque se encontremos en los más diversos lugares, inquiriendo en su

⁹ Sábato, Ernesto., **El túnel**. op.cit., pág., 60.

¹⁰ *Ibíd*, pág., 71.

¹¹ *Ibíd*, págs., 26 y 27.

¹² Dice Castel en esta escena: “¡”Señorita Iribarne”! Ahora caía en la cuenta de la vacilación que había tenido la mucama la primera vez que hablé por teléfono. ¡Qué grotesco! Pensándolo bien, era una prueba más de que ese tipo de llamado no era totalmente novedoso: evidentemente, la primera vez que alguien preguntó por la “Señorita Iribarne” la mucama, extrañada, debió forzosamente haber corregido, recalcando lo de señora”. *Ibíd*, pág., 32.

antigua adscripción a una comunidad, a un país, a determinada región o profesión.¹³ Aún más en el caso de la mujer, si tenemos en cuenta que el apellido suele proceder de origen paterno, señala la adscripción y sometimiento familiar de la hija al padre y, en muchas ocasiones, ha sido utilizado para designar asimismo la pertenencia de la esposa al hombre por el vínculo del matrimonio por el que le promete entrega eterna. Declara, en otros términos, quién es su dueño.¹⁴ Lo que en el caso de María, quien en vez de hacerse llamar señora de Allende, recibe el sobrenombre de Iribarne, preanuncia una búsqueda feroz por parte de Castel por conocer el velado nombre del primer poseedor de su amante: “¿por qué se hacía llamar “señorita Iribarne”, en vez de “señora de Allende?””,¹⁵ nos dirá. Es decir, Castel busca inconscientemente enfrentarse al primer señor, al primer hombre que selló un pacto con su hija y la hizo suya pues sabe, dentro de su ceguera, que enfrentarse a él supone liberar las cadenas que le atan a María y a él a este mundo. Pero no puede comprender que esa lucha no la podrá vencer jamás a través de la violencia que es el arma que el diablo necesita que utilice para hacerlo suyo y, en suma, la treta utilizada para enfrentar a Allende y Castel, desheradándolos a ambos de su bien más preciado, apartándolos para siempre de la senda del espíritu, el consuelo que ambos encuentran en María. Nos dirá Castel:

¹³ Así, por ejemplo, Juan Pablo rugirá de rabia, ante la escucha de su apellido de los labios de María: “¡No me diga Castel!” y, días después, dirá con satisfacción cuando reciba una carta de María: “me emocionó muchísimo la firma: María. Simplemente María”. Porque, frente al apellido, el nombre, (al ser una continuación y bifurcación del primer nombre de Dios, de su primera palabra que hubo de nombrar al mundo para su existencia), lo conecta con su ser íntimo, con el primer recuerdo del nombre que aquella persona tuviera en el paraíso original. Permite que las personas que los enuncien alcancen un íntimo claro de conexión simbólica que el apellido con su carga social no puede concebir. *Ibíd*, págs., 47 y 54.

¹⁴ Nos dice respecto a esta cuestión José Ingenieros en **Tratado del amor**. Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. Sexta edición. Junio 2003, pág., 144, que será esencial para luego comprender la rebelión de Alejandra: “La moral doméstica de la familia patriarcal sancionó la “inmoralidad” de todo amor que implicara un desconocimiento de la propiedad de los hombres sobre las mujeres. Para los hombres el derecho de amar quedó limitado por el deber de la domesticidad; para las mujeres ese derecho fue anulado totalmente cuando el matrimonio las colocó en situaciones de esclavitud.

Las solteras fueron propiedad de sus padres; las casadas, de sus maridos. Propiedad sin limitaciones, como un cuchillo o una cabra. Los hombres podían vender, alquilar, prestar o ceder sus mujeres, sin que ello afectara la moral. La honra y la deshonra fueron valores estrictamente relacionados con la propiedad privada masculina”.

¹⁵ Sábato, Ernesto. **El túnel** dentro de **Obra Completa Narrativa**. cit, pág., 65.

“era inevitable una conclusión: María deseaba que yo fuera a la casa y me enfrentase con el marido”.¹⁶

Asimismo, la escena del primer sueño de Castel es muy reveladora sobre esta cuestión.¹⁷ María es una casa en este sueño, según nos dice: “la casa del sueño era María”. Una casa “en cierto modo conocida e infinitamente ansiada por” él desde la infancia, de manera que al entrar en ella” le “guiaban algunos recuerdos” y “donde renacían en” él “los antiguos amores de la adolescencia, con los mismos temblores y esa sensación de suave locura, de temor y de alegría”,¹⁸ tal y como nos refiere. Así, María es la puerta espiritual que le llevaría de su exilio argentino hacia el paraíso perdido europeo de donde tanto él como ella descienden y de allí al ansiado palacio espiritual de la cristiandad, donde madre e hijo como amantes (como antes lo estuvieron Caín y Eva) están unidos sin sombra de padre alguno.

Sin embargo, entre él y su madre aparecen los “otros”, los rivales: “tenía la impresión de enemigos escondidos que podían asaltarme por detrás o de gentes que cuchicheaban y se burlaban de mí, de mi ingenuidad. ¿Quiénes eran esas gentes y que querían?”, dirá Castel en su sueño. Esos “otros” que invaden la puerta que, en

¹⁶ *Ibíd*, pág., 55.

¹⁷ Sobre este primer sueño, existe una interesante interpretación de Agustín F. Seguí, siguiendo la interpretación que Ferenczi hace de los mitos bíblicos del nacimiento y del renacimiento del género humano. En este sentido, “El primer mito contiene el simbólico jardín del Edén; el otro, la casa (“el arca”). Noé habita en ésta durante un lapso que corresponde exactamente a la gestación humana”, en Seguí, Agustín F. *Los cuatros sueños de Castel en El túnel* en Revista Iberoamericana.op.cit, pág., 74. Lo que llevado a este sueño introduzca aún más la sensación de paroxismo, debido a la inclusión de unos otros que advierten a Castel que en este arca de la alianza que depositar a los occidentales aquí, él no es el único elegido, la necesidad de compartirla con los “otros” y la lucha de facciones desarrolladas en la Argentina para hacerse con la tierra.

Respecto al significado onírico de la casa, es también muy interesante la explicación que nos ofrece de la misma Gaston Bachelard en *La poética del espacio*. cit, pág., 47: “Habitar oníricamente la casa natal, es más que habitarla por el recuerdo, es vivir en la casa desaparecida como lo habíamos soñado”. “en la casa natal se establecen valores de sueño, últimos valores que permanecen cuando la casa ya no existe. Centros de tedio, centros de soledad, centros de ensueño que se agrupan para constituir la casa onírica, más duradera que los recuerdos dispersos en la casa natal”. Lo que no deja de seguir informándonos del valor simbólico de vuelta al origen, Occidente, paraíso perdido, que cobra María para Castel y la peligrosa intrusión de esos “otros” que no permiten la vuelta y que acaban concediendo al sueño el valor de una auténtica pesadilla.

¹⁸ Sábato, Ernesto., *El túnel*. op.cit, pág., 57.

principio, debería estar cerrada de María, únicamente destinada a él y que la invaden cuando no se encuentra con él, como deduce Castel cuando María le afirma en conversación telefónica: “Cuando cierro la puerta saben que no deben molestarme”.¹⁹ Lo que Castel no puede ni quiere admitir, en el momento en que la promesa que había querido intuir en la maternidad cristiana que desea fundir y reflejar en María es la de formar un todo único con la madre sin rastro de carne, o de otro ser masculino cerca.

Y son esas sombras, manchas que traslucen el pecado mariano sin duda alguna para Castel, los que lo obligan de una manera a otra a reaccionar para que no le vedan su posible retorno al paraíso pero tampoco su goce de la tierra americana. Los que lo obligan -una vez que entiende que la única manera de imponerse a los rivales, de vencer su lucha perpetua con Yahvé, es poseer físicamente a María- a zambullirse desesperadamente en noches de sexo continuo con María -ahora y desde este punto de vista, una representación evanescente de la tierra americana- que, sin embargo, no le ofrecen satisfacción alguna ni calman su turbia alma.²⁰ Pues Castel entiende como Caín unido posesivamente a Eva, que realizando el acto sexual con María podrá vedar la entrada a su puerta a quienes ya la han mancillado, alejará a Yahvé de la luz de esperanza que María trae a su vida sin comprender que esta luz es la del recuerdo que le abre la puerta del amor y que le habla de la necesidad que tiene de realizar un camino. De su soledad a la compañía, del egoísmo al altruísmo, del egocentrismo al sacrificio.

De hecho, la parte artística de Castel lo había mostrado con sinceridad. Había retratado la verdad del exilio de tantos hombres de su patria, de su dimensión espiritual encadenada a la materia, irresimiblemente buscando una difusa luz que

¹⁹ *Ibíd*, pág., 56.

²⁰ Nos dice Castel: “yo la forzaba, en la desesperación de consolidar de algún modo esa fusión, a uniros corporalmente; sólo lográbamos confirmar la imposibilidad de prolongarla o consolidarla mediante un acto material”. (...) y todo era tan atroz que cuando ella intuía que nos acercábamos al amor físico, trataba de rehuirlo. Al final había llegado a un completo escepticismo y trataba de hacerme comprender que no solamente era inútil para nuestro amor sino hasta pernicioso” (...) “lejos de tranquilizarme, el amor físico me perturbó más, trajo nuevas y torturantes dudas, dolorosas escenas de incompreensión, crueles experimentos con María”. *Ibíd*, págs., 63 y 64.

parece que nunca llegará, como le sugerirá María en la hermosa escena del acantilado: “¿Has adivinado y pintado este recuerdo mío o has pintado el recuerdo de muchos seres como yo?”.²¹

Pero, sin embargo, y vista la presencia de esos otros amenazantes que se ciernen sobre María y le arrancan su velado rasgo de pureza, Castel mismo mudará el sentido de su *Maternidad*. Y así, en realidad, la mujer que mira anhelante la ventana, en realidad, no miraría una luz lejana que devuelve la paz a todos los que la contemplan sino, en realidad, su ansiosa espera estaría justificada en cuanto a quien espera es a su amado y querido prometido, Yahvé, que, envuelto en luz infernal, le libraría de todos los seres como él, Castel, condenados al destierro.²² De todos “aquellos presos condenados a perpetuidad que” construyeran “barquitos dentro de una botella, o lapiceras de colores”²³-como diría Sábato en una memorable frase de **Heterodoxia**- que fueran los hombres de su patria soñando con regresar al puerto antiguo del que un día partieron. Aquellos hombres que la Virgen, la mujer que ampara simbólica, maternalmente a Buenos Aires, Santa María de Buenos Aires, no puede alcanza a arropar, a consolar, con su abrazo espiritual, estando doblegada bajo el signo del demonio.

Lo que no deja de tener su lógica, porque en la medida en que es madre espúria de una tierra que no le pertenecía en principio, y teniendo en cuenta los crímenes cometidos por sus hijos en la nueva tierra, aceptarla como madre de este nuevo territorio supone aceptar su carnalidad, su cariz sexual forjado por el pecado -la historia velada que el cristianismo desea ocultar- que llevará a Castel a comparar a María Iribarne con una prostituta. Supone nombrarle madre de un territorio sin ley, en el que el reino de la carne ha derrotado al del espíritu y, por tanto, admitir que la Babilonia moderna construida en Buenos Aires es nacida del vientre de la madre de

²¹ *Ibíd*, pág., 58.

²² Nos dice Castel en monólogos plenos de rabia y furor intentado descifrar el rastro de su antiguo enemigo en María: “me echaba sobre ella, le agarraba los brazos con tenazas, se los retorció y le clavaba la mirada en sus ojos, tratando de forzarle garantías de amor, de verdadero amor”, “Le retorció los brazos y la miraba fijamente en los ojos, por si podía advertir algún indicio, algún brillo sospechoso, algún fugaz destello de ironía”, *Ibíd*, pág, 49.

Cristo que se intuía inviolable, que se suponía puro, pero que ahora muestra que no lo es. Y al que, por tanto, hay que exterminar, asesinar –como el cristianismo hará con el goce del cuerpo– para que vuelva a habitar el bien en la tierra. Pues para Castel, él es el engañado. Él es el violado. Razonamiento que es, en última instancia, -aunque ahondaremos más en esto-, lo que le conduce a matar a María. Sin comprender que matar a María es doblegarse en el seno de lo animal, como matar a Eva por ser la responsable de llevar al hombre de comer la manzana, es matar la vida. La diferencia. La pluralidad. Es instaurar el reino único. Construir un país que será hijo bastardo del lenguaje único. Edificarlo en torno a las raíces violentas de un monólogo –como el de Castel– que daña, hiere, en cuanto no puede entender la diferenciación y termina por ser hijo y esclavo del Dios contra el que pretendía luchar. Termina por ser la voz de Yahvé dialogando con el hombre en un monólogo oclusivo que lo lleva a matar a todo aquello que no pueda poseer. “El diálogo, más bien mi monólogo, fue creciendo en violencia y cuanto más violento era, más dolorida parecía ella y más eso me exasperaba”,²⁴ nos refiere de su actuación Castel en una secuencia narrativa de **El túnel**.

Sin embargo, María, cuya voz apenas alcanza a Castel en escasos momentos de la novela, sí que parece ser más consciente de lo que hay en juego. De la verdad exiliada que muestra el cuadro de Castel del que puede enamorarse en cuanto ha sabido surcar el velo oculto de la realidad de su patria y mostrarla descarnada. Incluso, en determinados momentos, y por mor de una mirada translúcida a la realidad que le conecta con un pasado perdido, llegará a expresar –asumiendo el papel mediador conferido a la mujer para que el hombre mordiera la manzana– ante otro de los enojos habituales e injustificados de Castel, su posible responsabilidad ante la situación existencial vivida. “No. Quizás ha sido culpa mía”,²⁵ nos dice, por

²³ Sábato, Ernesto, en **Heterodoxia**. op.cit, pág., 187.

²⁴ Sábato, Ernesto. **El túnel**. op.cit, pág., 97.

²⁵ *Ibidem*. Precisamente, es después de que María, casi inconscientemente haya reconocido su culpa, realmente escasa en la discusión con Castel cuando ambos se consultarán su respectiva edad como un significativo ejemplo del trasfondo de lo que hay ocultamente en juego. Esto es, reconocer la caída, la vuelta al tiempo de los hombres, la marcha hacia delante que, vuelve a insistir, en el camino errado cometido para resucitar el paraíso, la verdadera historia oculta de

ejemplo, en una escena en que la irritación de Castel comienza a llegar a cotas muy altas.

Y en el transcurso de sus conversaciones con Castel, irá demostrando saber, conocer, de una manera u otra, la verdad que Juan Pablo intenta negar de todas las maneras posibles: su exilio que la ata a la tierra americana como una pasajera en trance de desaparición encadenada a esos recuerdos de otros parajes, “que alguna vez (...) traerán la melancolía y la desesperanza”, como nos dice, arrastrándole sin misericordia a un “llanto (...) inútil (...)”. Mostrará no ignorar el tiempo en que la tierra y ella eran una sola y en el que el mar que la trajo a la Argentina como a tantos inmigrantes y al que María no podrá menos que concebir como un ser “permanente y rabioso” por ser vía de exilio, aún no le había conducido a vivir en la nostalgia de mirar hacia el pasado para encontrarse a sí misma, como nos dirá: “el mar, la playa, los caminos me fueron trayendo recuerdos de otros tiempos. No sólo imágenes: también voces, gritos y largos silencios de otros días”.²⁶

Sabrán de aquel tiempo en que el recorrido del mar no le había condenado a la esclavitud de habitar en una tierra que no le pertenece y de la que tampoco se siente parte, confiando en la llegada, en el transcurso de sus “esperas en la playa solitaria, mirando tenazmente al mar”,²⁷ una mano, un príncipe, un héroe que vuelva a llevarla a su lugar, al reino de donde nunca debió salir. Soñando eternamente, queriendo recordar un tiempo sin medida que pudiera disponer el regreso a una historia inmemorial, paradisíaca, en la que entre Juan Pablo y ella no se hubiera ubicado el ojo vigilante de Yahvé, no existieran apellidos –esos incómodos Castel e Iribarne que los lastran y encadenan- y se pudiera borrar el recuerdo oneroso de haber mordido la manzana: “En verdad, ¿cómo podía no tutearme si nos conocíamos desde siempre, desde mil años atrás?”,²⁸ dirá. Donde únicamente existiese la unidad. En el vientre de la madre, cuando entre el hijo y la madre aún no existiera un padre dispuesto a

El túnel, cuál es el verdadero final y comienzo de la partida de cartas que ambos juegan: el pecado original.

²⁶ *Ibíd.*, pág., 58.

²⁷ *Ibíd.*

separarlos y Caín pudiera dormirse tranquilo y confiado en los brazos de su madre, “estás entre el mar y yo”; allí no existía otro, estábamos solos nosotros dos” le susurrará a Castel.

Tal vez, en el tiempo de los eones. Antes de la terrible caída en el foso de la materialidad, en la cárcel de la vida, según la gnosis: “Dios mí... muchas cosas en esta eternidad que estamos juntos... cosas horribles.. no sólo somos este paisaje, sino pequeños seres de carne y huesos, llenos de fealdad, de insignificancia...”.²⁹

Pues todo esto es María. Todo esto promete y desvela. La vuelta al camino de la espiritualidad, al origen de la luz perdida para siempre desde la caída del hombre europeo en el tiempo americano. O al antiguo vientre de la madre tierra donde Caín retozara tranquilamente en sus años de la infancia, cerca de los misterios contenidos en la tierra, de aquel útero materno donde Caín viviera sus años felices y donde el lenguaje, al fin, era desterrado.

Y, por ello, incluso Castel, durante unos instantes –en la famosa escena del acantilado- llegará a olvidarse del parloteo chirriante de su ego y descanse en paz junto a ella: “Yo no podía hablar. Como con mi madre cuando chico, puse la cabeza sobre su regazo y así quedamos un tiempo quieto, sin transcurso, hecho de infancia y muerte”.³⁰ Instantes breves pero aparentemente eternos de los que deberá despertar cuando observe a ese mar que lo trajese a América “transformado en un oscuro monstruo”,³¹ unido a la llegada de una infinita noche y las esquivas carcajadas de las olas del mar que parecen responder a los designios de un Dios que bajo los rostros de los diversos amantes de María, le hubiera encadenado para siempre en su solitaria isla: “la oscuridad fue total y el rumor de las olas allá abajo adquirió sombría atracción”.³²

²⁸ *Ibíd.*

²⁹ *Ibíd.*, pág., 59.

³⁰ *Ibíd.*, pág., 88.

³¹ *Ibíd.*, pág., 87.

³² *Ibíd.*, pág., 59.

Lo que Castel no podrá soportar. Pues María, como el mar y la vida, debería estar obligada a reducirse en un castillo que no la obligase a pecar. Donde Castel no tuviera que formular la pregunta que, inevitablemente, cuestiona la virginidad mariana una vez que ésta viene a dar a luz “¿dónde? ¿cómo? ¿quiénes? ¿cuándo?”,³³ ¿quién será de todos los amantes de María el primero que entre por la vía de su sexo y engendre un hijo impuro de un alma tan bella, bajo cuál de ellos, Hunter, Allende, acaso el ya muerto Ricard, se esconde el enviado de Yahvé para fecundarla, encadenarla a esta tierra americana y dejarme más solo y perdido que antes?

Y es ahí –representado en la inconsciencia de Castel- donde radica el pecado capital argentino, porque lo que se viola no es el carácter puro de una amada ideal. A María no se la pervierte en América. Pues en realidad el crimen cometido es contra lo ajeno, la otra “madre”, la verdadera de América, la “pacha-mama”. Por lo que pretender que la nueva tierra se albergue bajo el conjuro de la madre occidental, María, supone un error máximo de ceguera. Implica ser sometido a un juicio sobre las responsabilidades de los hechos acaecidos en esta tierra cuando el acusado pensaba que su papel no era otro que el de juez. Vivir bajo la vara del pecado cuando se creía que nuestra presencia iba a lavar la nueva tierra de toda mancha o indicio de su rastro. En definitiva, ser sometidos al tormentoso papel que obra la conciencia sobre el “ego” del hombre, cuando éste, sin querer admitir sus responsabilidades con el género humano, vuelca la mirada hacia dentro y se deja llevar en el universo de sombras del desdoblamiento. El último engaño al que el recorrido sibilino de la razón lleva al hombre para, cegándolo con su luz, sumergirle en el mundo contradictorio de la caverna de sombras de su indecisión. Un lugar donde todo ha de parecer por fuerza, como a Castel “fugaz, transitorio, inútil, impreciso”,³⁴ como aquel país argentino construido con “la precisión y violencia” de esos pensamientos exactos que asaltan a Juan Pablo Castel, para no permitirle insistir en esa verdad “incierta y melancólica” que se escondía detrás de María.

³³ *Ibíd*, pag. 63.

³⁴ *Ibíd*, pág., 91.

Y que lo llevarán, por ejemplo, en un recorrido clásico de todo hombre cainita a visitar a las prostitutas que son las amigas que le esperan para decirle quién es y a quienes, cegado para su condición, no duda en despreciar hasta el puerto.³⁵ Donde –no muy lejos de donde debió ser arrojado el compañero muerto por Carlos– observará el agua sucia, estancada del río comparándola, inevitablemente, con las manchas, signos del pecado, que le horrorizan de María, las sombras que se ciernen sobre la luz de María y la muestran como un sol nocturno; humana, en todo caso, con sus lógicas contradicciones y no virgen ideal. Experimentando, por una vez –al tiempo que se deja tentar por el vértigo del suicidio– que no es “mejor que los sucios monstruos que me rodean”.³⁶ Que él es uno más de la caterva de sombras que forman Buenos Aires. De aquellos hombres que han utilizado y se han servido de la tierra vilmente, que han utilizado a América como un medio de potenciar sus “egos”: un candidato a integrar la secta de los ciegos.

³⁵ A este respecto, pocas escenas más convincentes que la que continúa su noctámbulo caminar en el puerto a entregarse a otra prostituta, gracias a la que Sábado consigue –dada, precisamente, su extracción de extranjera, rumana– enfrentar a Castel con una mujer que, sin dudarlo, le muestra cara a cara, frente a su rostro, la condición del exilio. Le enseña, a pesar de la ceguera de Castel, que ella y él son dos pasajeros fortuitos de la misma extracción. Le permite, a través de la verdad de esta mirada sin espejo que le concede la prostituta, comprobar la verdad del exilio de ambos. Y, por fuerza de las sonrisas que cree observar en la prostituta rumana y viendo reflejado la sombra de su mayor enemigo y presunto amante de María en las misma, entender que María y su amante pasajera tienen, en verdad, el mismo amante. “*María y la prostituta han tenido una expresión semejante; la prostituta simulaba placer; María, pues, simulaba placer; María es una prostituta*”. Al mismo tiempo, es interesante señalar que cuando Castel llega a esta reflexión se encuentra en el baño, limpiándose el cuerpo de manchas, para a continuación gritar como un sacerdote purificado del agua sucia del puerto y de su contacto con la prostituta: “¡puta, puta! –grité saltando de la bañera”, en *Ibíd*, pág., 99. De esta manera, bajo el signo del diablo y la traición, Castel incapaz de concebir que es un instrumento en manos de un Dios poderoso que lo controla para, finalmente, ejercer su dominio sobre esta tierra, negándose a ver la realidad, arrojará unas monedas a la prostituta tras declararle su desprecio, mostrándose aún altivo, superior, desde su telar roto de santidad manchada por el vicio, el pecado. Un pecado, un mal, que vendrá en forma de mordisco viperino a través de aquella prostituta rechazada que le contagia para siempre el veneno del mal de América: “la rumana se incorporó como una víbora y me mordió el brazo hasta hacerlo sangrar”. Una mujer que viéndose rechazada por Castel, muda en serpiente y le concede el mordisco de la perdición. Le arrastra definitivamente a la caída en el tiempo americano a la que ha llegado por su propia inclinación. Lo que únicamente comprenderá cuando mate a María, acaso acusándole inconscientemente de ser la responsable, la verdadera culpable de haber mordido la manzana prohibida del árbol americano.

³⁶ *Ibíd*, pág., 73.

Porque ahí radica el gran error de Castel. El haber imaginado, como los primeros fundadores de Buenos Aires que María, madre de otra tierra, debía protegerles en su útero limpio de pecado en su aventura americana. Y, desde este punto de vista, como destacado la crítica sabatiana es revelador que Castel, en el momento de matar a María le diga: “Me has dejado solo”.³⁷ Solo ante América. Solo en Argentina. Ante el resto de sus compatriotas que intuye nunca harán nada por él como él tampoco lo hará por ellos, forjando su propio fracaso. Desdicha ya labrada desde que el cuerpo asexuado, castrado, de los hombres “caídos” de Occidente, encomendándose con sus rezos a una mujer pura y casta, pero alejada del sexuado flujo vital del nuevo paraíso americano, intentaran negar el pecado, la caída, más que aceptarla. No pudieran comprender la salvaje naturalidad con la que se expresaba en América.

Naturaleza que sólo comenzará a atisbar a lo lejos Castel cuando una vez encarcelado y sin esperanza alguna, deba reconocer su condición de náufrago o polizón de un barco, de una tierra usurpada y desconocida, asomada desde la primera llegada del hombre occidental al tiempo de la desgracia. Cuando descubra, finalmente, que lo que se trataba era de encontrar la “vida”. La vida negada y que no quería ver. Es decir, América. Que el crimen que se había cometido era, en realidad, contra América. Forjando, por tanto, su pecado original.

Y si el crimen de Castel tiene algún sentido positivo es éste. Recordarle al hombre argentino que ha de hacerse responsable de sus actos. Ha de reconocer su asesinato. Saber que esta tierra que mató en Argentina sin dejar raíz alguna indígena en su suelo es ahora la suya. Su única tierra. La que tiene que vivir y habitar. Y que sólo tiene una posibilidad para derribar la cárcel de soledad construída a su alrededor: confesar punto por punto, coma a coma, todas sus atrocidades cometidas contra la misma con absoluta sinceridad en espera de que la tierra o el Creador se pronuncien. En suma, decir la verdad, establecer una gnosis.

³⁷ Ibíd, pág., 98.

Confiar en la posibilidad de que la historia pueda ser conocida, leída por algún hermano, comprendida, aceptada, se observe el mal que se hizo y se comience a repararlo, sabiendo, tristemente, sin embargo que ya no es posible el regreso a ese idealizado continente, tierra, mujer, que encontraron los primeros occidentales cuando llegaron a ella. Como Castel comprenderá cuando ya sin oscuros anteojos que le deformen la mirada, una vez roto el espejo del vidrio que lo unía y separaba de María y cortado para siempre el hilo del vientre materno (ombbligo del mundo, de Eva), entienda que él no es el único ego, yo, nacido de la madre. Cuando sepa que la expulsión del paraíso original, occidental, es ya un hecho y deba admitir vivir en este nuevo puerto o cónclave de la existencia simbolizado en Buenos Aires sin nadie, en principio, al que asirse. Bajo el signo de esa “infinita soledad” inaudita de náufrago que, al fin observa con claridad la situación, vislumbrando desde su muro de sombras la figura de una virgen encendiendo la vida de una embarcación comandada por Pedro de Mendoza y sus compañeros encallando en el puerto que él habita para luego partir, sintiendo que “el último barco que podía rescatarme de mi isla desierta pasara a lo lejos sin advertir mis señales de desamparo”.³⁸

Como si, al fin, debiera de enfrentarse a que la nieve “que veía en (su) pueblo del sur, en (su) pieza de enfermo, con la cara pegada al vidrio de la ventana, mirando la nieve con ojos también alucinados”,³⁹ hubiera de entrar en su cuarto, blanca y pura como la inocencia de una virgen bañada ahora en el cascarón de las hojas, filamentos de piedra y demás sinuosidades terrestres de la naturaleza americana que habrían de traerle el fresco sabor de la vida y, al mismo tiempo, el helado manto de la muerte que ésta lleva consigo. Aceptando, al fin, dejar de ser niño, de estar recluido en el amparo de la habitación, del manto de la madre y nacer como tantos hijos de su patria lo hacían en ese momento aún huérfanos y de la mano de una madre impostada, a la “vida”. A todo lo que Evita quiso dar por su pueblo para que comenzara a salir de la gruta escondida de sus habitaciones, de sus casas sin ventanas para el vecino y hermano en el destierro con el fin de que empezaran a hablar, a comunicarse, descubriendo que en todos ellos habitaba la misma falta. Que el pecado original de

³⁸ *Ibíd*, pág., 107.

³⁹ *Ibíd*, pág., 105.

nacer o verse abocado a vivir en América, en Argentina no era responsabilidad únicamente de Castel. Sino de todos. Caminando hacia el país dialógico, hacia la novela coral. Lo que será luego **Sobre héroes y tumbas**.

Aunque, antes de introducirnos en ella, es cierto que debemos observar las maquiavélicas tretas tendidas por el diablo para engañar a Castel, observar a esos “otros” que él no podía soportar, no muy lejanos a su persona, y buscar un motivo último que explique el porqué decide matar a María Castel cuando observa la sombra de un cazador, “Hunter”, cerniendo sobre esa mujer, María, y esa tierra de destierro, Argentina, que, en principio, sólo le había sido prometida a él.

III.6. LAS TRETAS, LOS SUEÑOS DEL DIABLO: LA CONDENA.

“Aparta los ojos de una mujer hermosa, /no te fijas en belleza ajena.
/Muchos se perdieron por la belleza de la mujer, /a su lado el amor se
inflama como el fuego/Jamás te sientes junto a una mujer casada, /ni
bebas vino con ella en la mesa, / no sea que tu corazón se enamore de
ella,/ y tu pasión te lleve a la ruina.

Eclesiastés 9, 8-13

“Soy el hombre que ha visto la aflicción/ bajo el látigo de su furor./ Me
ha llevado y me ha hecho caminar/ en tinieblas y sin luz./ Contra mí
vuelve y revuelve/ su mano todo el día./ Mi carne y mi piel ha
consumido,/ ha quebrado mis huesos./ Ha levantado contra mí en asedio/
tortura y amargura./ Me ha hecho morar en tinieblas,/ como a los muertos
de antaño./ Me ha tapiado, no puedo salir;/ me ha echado pesadas
cadenas./”.

Lamentaciones. 3. 1-9.

Es curioso cómo Castel no puede llegar a reconocer su condición cainita durante toda la narración. Tiene todos los signos delante, claros, explícitos. Pero él no los ve. O no los quiere ver. Ese el peligro de la conciencia, de censurar el recuerdo. El peligro de todo racionalismo que es, en última instancia, un monoteísmo. Y así, Castel se muestra -como dijera María Zambrano de aquel que únicamente confía en su razón- como un “ciego menesteroso que sólo a ratos ve y parcialmente, a quien sólo se le dan limosnas de visiones, dejándole intacta, y cada vez más de manifiesto, la oscuridad, la imposibilidad de ver ese algo, justo lo que más le importa”.¹

De hecho, poco tiempo antes de que asesine a María, Hunter le contará una historia policíaca (que muchos críticos han querido entender como una parodia de la obra borgeana) en la que como un oráculo se le predice su destino. Se le habla de él mismo y del acto que va a cometer, aunque Castel no sea capaz de descifrar su último sentido perdido, tal y como se encontrará en el laberinto sin salida al que le conduce su razón.

¹ Zambrano, María. **El hombre y lo divino**. op.cit, pág., 129.

La historia es la siguiente: “un hombre tiene madre, mujer y un chico. Una noche matan misteriosamente a la madre. Las investigaciones de la policía no llegan a ningún resultado. Un tiempo después matan a la mujer; la misma cosa. Finalmente matan al chico. (...) La conclusión es horrorosa: el asesino debe estar ya en el lugar. En otras palabras: el asesino es él mismo, que ha cometido los otros crímenes en estado de inconsciencia. El detective y el asesino son la misma persona”.²

Efectivamente, poco después Castel destrozará su cuadro *Maternidad* (madre occidental) para a continuación asesinar a María (mujer occidental en América) y el posible hijo contenido en ella (vida fecunda en el espacio americano entre al ámbito occidental y el americano) como final de una investigación, la búsqueda del amante secreto de María que, en verdad, acaso era únicamente él, como únicamente entenderá cuando ya su decisión de matar a María esté tomada: “¿Y no sería yo el imbécil, el ridículo hombre del túnel y de los mensajes secretos?”.³

En verdad, es lógico. Pues cuando Castel, por ejemplo, destruya sus cuadros renunciando a su parte creativa, intuitiva –al mostrarle su verdad sin segundas intenciones– y opte por su lado diurno y lógico, realizará la misma operación realizada por tantos occidentales al llegar a América condenados a ser atrapados en un pasado incierto, sin rastro de un futuro posible.

Así, por ejemplo, Ricard⁴ -ese antiguo amante de María de quien la misma nos refiere que “era un hombre incapaz de crear nada, era destructivo, tenía una

² Sábato, Ernesto. op.cit, pág., 82.

³ Ibíd, pág., 107.

⁴ Precisamente, Ricard es un nombre que nos refiere directamente a aquel Ricardo Corazón de León que encabezase la tercera cruzada haciendo la Guerra Santa, intentando imponer el reino de lo único en Palestina y, por tanto, puede ser utilizado como símil del héroe conquistador occidental llegado, más tarde a América. Además, como la antigua raíz germánica de su nombre indica, Richard, el significado de su nombre "poderoso, fuerte como soberano", de rich, rik, "jefe, poderoso" y de hard, "fuerte audaz", permite ahondar aún más en las teorías esbozadas por Sábato sobre la conquista de América a partir de **El túnel**. Aún más, si entendemos que el poder, la fuerza, la presunta soberanía del reino occidental basada en el poder sobre la materia, las tinieblas a las que nos refiere el mito gnóstico, no fue capaz de integrarse espiritualmente con la nueva tierra, forjar un ámbito y espacios renovados en su seno, (como la relación de Ricard con María que finaliza con el suicidio del primero) lo que conllevaría refrendar el fracaso del mensaje de liberación de Cristo: establecer un reino libre

inteligencia mortal, era un nihilista”- se enraizaría dentro de esta categoría de hombres que, como los conquistadores, serán incapaces de hacer germinar otra llama en América que no sea la de la posesividad. Lo que explica el rechazo final de María hacia él como, asimismo, su atracción por la faz inconsciente, el mundo oculto pero meridianamente claro en la realidad, que desvela Castel en sus retratos.

Frente a Ricard, (trasunto del conquistador cegado para encontrar o buscar la real riqueza y corazón de América), Allende, como el significado de su mismo nombre indica, (“a lo lejos”), es una figura cuya simbolización es, en efecto, más misteriosa, alejada, altiva, semejante a la enorme silueta de un pájaro deslizándose siempre hacia otro lugar en el sendero escarpado del cielo. Pero eso no significa que, y a pesar de su condición real de ciego que no permite conocer hacia qué cónclave oculto se dirigen sus pupilas, esos ojos que se abren y cierran causando un tremendo malestar en Castel, no podamos intuir cuál es el lugar “lejano”, situado “a lo lejos”, en un pasado remoto, hacia el que mira.

Realmente, si algo caracteriza a Allende, lo diferencia radicalmente de Castel y otros personajes de la novela, no es sino su sereno ánimo, su sobriedad y aparente tranquilidad, caracteres significativos de que aquel hombre ciego parece saber muy bien adonde mira y, que en efecto, le garantizan una fidelidad filial, aun sin pasión de María. Características que parecen sugerir que Allende no sólo ha aceptado la caída en el tiempo americano sino que saben bien los motivos por la que se produjo. Le hacen sereno portador de un secreto (identificado por Castel con una hipotética llave que abra el cerrojo, los misterios, del sexo, el cuerpo de María, la tierra americana, que se empeña en no querer ver) gritado a voces por todo Buenos Aires, soberano señor encargado de cerrar la puerta de la tierra americana encerrado en un silencio de resonancias abelinas.

Ya lo observamos antes. Un rasgo típico del primer demonio, Abel, es su silencio. Silencio que sella el pacto no escrito con el demonio para ser el garante de la

y plural donde el hombre trasciende al primer Adán gracias a su poder de crear, basado en un sacrificio voluntario al resto de la humanidad.

tierra y que, como nos ha indicado Elias Canetti, es signo de que la persona que se camufla en él “propone un conocimiento exacto de aquello que se calla” y que, a la vez, “le atribuye el poder de la singularidad. Él es el guardián de un tesoro y el tesoro está dentro de él”.⁵ De hecho, según algunas interpretaciones del mito de Caín y Abel, Caín mata a Abel en la medida en que es incapaz de formular palabra alguna ante el desmedido silencio que sella los labios de su hermano. Si hubiera podido expresar su desconsuelo, si hubiera podido comunicar por medio de la palabra la ira que le embargaba, acaso hubiera podido reflexionar antes de matar encolerizado a su hermano. Pues la palabra religa al hombre con la realidad en la medida en que es una manera de poder comprender al ser del “otro” y nos separa de nosotros mismos en cuanto no seamos capaces de comprendernos a nosotros mismos sin ella. Arma de exilio y, a la vez, de comunión.

En este sentido, el silencio de Allende es encubridor y prelude una futura agresión de Castel. Él es el primer personaje que puede ser identificado aun de una manera ambivalente –y ahí radica su secreto poder– como un oculto mandatario de la secta de los ciegos. El estandarte y garante de una clase, la burguesía argentina (Abel), encargada de sostener la ley del padre (Yahvé, Yaldabaot) sobre la materia, la tierra y su espíritu (María) que distintos hombres se disputarán y que cuida con los ojos vueltos del revés porque sus designios sean cumplidos. Allende siempre mira hacia otro lugar y escucha una única voz: la de Aquel que no permite la diferencia y ruge airado cuando escucha las risas inocentes de los hombres. Quien les prometiera cobrarse absoluta venganza contra el antiguo crimen de Caín en Occidente. Quien les dijera al oído cuando nadie le escuchara que aquí podrían darle caza a su gusto, como a los cientos de animales y frutos de ese nuevo paraíso donado por el diablo a sus hijos para profundizar en su desgracia, en su perdición, en su olvido. Y María, encerrada y constreñida en su hogar, comprendiendo que se encuentra atrapada en un mundo fundamentado en lo material como América y que su alma quedará encerrada, antes o después en las tinieblas de la misma, sólo puede mirar como la *Maternidad* de Castel- desde la ventana la llegada de una luz, un hombre que la salve.

⁵Canetti, Elías. **Masa y poder**. op.cit, pág., 290.

Precisamente, en un sueño de Castel, Allende se aparecerá como un mago (signo del diablo) que ante la mirada de unos “otros” indecibles, transformará a Castel en pájaro en una simbología viva y de variadas interpretaciones.

Continuando con la historia cainita, hemos encontrado una leyenda forjada por los rabinos que nos remite Vicente Risco en su **Satanás** y en donde se nos indica precisamente que Caín aprendió a asesinar gracias a la muerte que realizara de un pájaro inducido por el diablo. Nos dice Vicente Risco: “Caín no sabía matar, pues ni conocía la muerte, ni por lo tanto, el modo de causarla. Entonces acudió el diablo en su auxilio, y le dio una lección práctica de asesinato: cogió un pájaro, lo puso sobre una piedra y con otra piedra le aplastó la cabeza”.⁶

El mismo Sábado, según parece, se descubrió un día realizando el mismo gesto cainita sobre un desvalido pájaro, adentrándose en el conocimiento del mal. Ya, en verdad, el mismo Carlos se había visto convertido en pájaro en el sueño de su infancia y si hemos de atender a la interpretación que María Rosa Lojo -refiriéndose a la lectura psicoanalítica que de la figura del pájaro concede Otto Rank- concede de la incursión del pájaro en el sueño podríamos llegar a una interesante conclusión. Nos dice María Rosa que el pájaro sería “el doble rechazado por la personalidad narcisista, el “otro” que lo persigue”, que pone de manifiesto que ahora “el principal perseguidor es el propio yo, esto es, la persona antes más amada contra la que se dirige ahora la defensa”.⁷ Y si bien esta interpretación permitiría concebir que Castel está en trance de caer abatido bajo su parte asesina, también nos sirve para seguir comprobando cuáles son las tretas del diablo para cumplir sus objetivos. Porque es, precisamente, de la fragilidad del pájaro, su simbología relacionada tantas veces con la libertad y la inocencia y que lleva a Castel como anteriormente a Carlos a sentirse una marioneta absorbida en un universo que no entiende, donde el diablo sabe que debe tentar a Castel para que, una vez que acabe con esta parte de sí mismo, se vea

⁶ Risco, Vicente. **Satanás. Historia del diablo.** op.cit, pág., 111.

⁷ Lojo, María Rosa. **Sábado: en busca del original perdido.** Editorial Corregidor. Buenos Aires. 1997, pág., 76.

empujado definitivamente al crimen intentando descubrir el secreto que sellan los labios de Allende, a quien dirige sus sonrisas María. Pues parece que esta es la única vía –el asesinato– de que Castel reconozca al fin su constitución cainita. Además de ser un proceloso canal utilizado por el mal para enfrentar a los abelinos y cainitas en una irracional lucha que no permita la regeneración, la paz.

Y si Castel todavía tiene problemas para reconocer todavía su constitución y es atrapado en un tela de araña por el diablo que lo muestra pájaro indefenso para que, renegando de su debilidad, comience a entrar en el dominio de la oscuridad, Fernando Vidal Olmos -quien ya no duda sobre sus intenciones- no tendrá problemas, al contrario que Castel, en destrozarse a un pájaro con sus manos para entrar en esa misteriosa secta cegada que, sin embargo, encontrará la manera de burlarlo. Pues no hay promesa que el diablo pronuncie que no sea real, aunque la misma finalice con el hombre encadenado a su propio deseo, como no hay promesa preanunciada por la divinidad que pueda liberar al hombre de su pesada carga si éste no es capaz de olvidarse antes de sí mismo, si no es capaz de vencer su propio deseo, su “ego”.

Y es que toda la historia de Castel remite a otro tiempo, al tiempo del “Allende” donde ya se produjo con anterioridad esta historia: la conversión de un hombre, en principio, inocente, Caín, en asesino para mayor goce de un Dios lascivo. Y no ha de extrañarnos que el proceso final que lleve a Castel a matar a María se realice en la estancia de los Ombúes (los árboles que no permiten ver el bosque y bajo los que confundidos se encuentra el ejército que labrará la muerte final de Macbeth) a donde llega Castel a través de la parada en la estación de tren Allende. Nombre que como el del presunto poseedor de María indica que, en realidad, la historia, los hechos, sin duda, remite a un pasado que, iluminado y oculto, al mismo tiempo, como la personalidad de María, está influyendo de manera decisiva e inconsciente en Castel, moviendo los últimos resortes de su alma.

De hecho, justo antes de que se le cuente la historia que prefigura su posterior asesinato y que no es capaz de descifrar, hay todavía algún signo predispuesto

azarosamente en su recorrido pero en el que Castel, cegado para observar lo que en realidad está sucediendo, no puede reconocerse.

Así, por ejemplo, y al tiempo que Castel se encuentra desguarnecido entre las risas apócrifas y las artificiosas actitudes de Mimí que reflejan con exactitud las peores características de la clase acomodada argentina, observará, como él mismo nos relata, a uno de aquellos “emigrados que llegaban con la humildad de quien ha escapado a los campos de concentración, aceptar cualquier cosa para vivir y alegremente desempeñar los trabajos más humillantes”,⁸ que se le aparece como un signo último, anónimo para que comprenda quién es él también. Proceso que no podrá realizar entregado como está al odio, a la repugnancia que Mimí, -con su impostado acento parisino y “su aire de insolencia e hipocresía”,⁹ tal y como nos refiere- le produce y su deseo de conocer el nombre del amante de María: él mismo. Y que, por supuesto, Mimí como sus ojos semicerrados, casi ciegos (acaso todavía abiertos en la medida en que volver a Occidente ha podido despertar su conciencia respecto al origen de su fortuna, a la situación vivida en su pueblo) indican, una vez que ha retirado sus enormes anteojos de los mismos (signos de su mirada deformada, ansiosa de devorar a la realidad que le rodea), no tendrá interés en realizar.

Es indudable que Castel tiene todos los signos delante de sí mismo. No sólo los signos. Su terrible malestar y angustia enfrentado a los consortes del reino abélico, su irritación y terrible disposición en terrenos que atentan y despiertan su recuerdo elidido, su inconsciente, indican que se encuentra en terreno enemigo.

Porque, parece casual, pero acaso no lo sea en una historia como **El túnel**, repleta de signos elididos y ambivalentes, pero el nombre de, quien según Castel puede ser el amante de María, Hunter, se corresponde, exactamente, con la profesión de quien dicen que fue asesino de Caín en su perpetuo destierro a otras tierras lejanas de las que le vieron nacer.

⁸Sábato, Ernesto. **El túnel**. op.cit, pág., 84.

⁹ *Ibíd.*

Nos dice Vicente Risco: “La Sagrada escritura no nos lo explica pero nos dice que Caín fue muerto por Lamech, el cual, yendo de caza, lo tomó por una fiera”.¹⁰ Es decir que el primer Caín fue muerto y abatido por un cazador. Por un “hunter”. Un “hunter” que, podría ser nieto suyo, Lamech, al que se le atribuye la invención de la poesía y, que tal vez cegado por las condiciones terribles del destierro, no fue capaz de vislumbrar en el animal que corría delante a un hombre y, para más inri, su abuelo. Aunque no resultaría extraño que pudiera haber historias apócrifas que remitan a que, realmente, Lamech matara a Caín por instigación de algún Dios velado –y de ahí el silencio del texto bíblico- para huir de su maldición cainita y hacerse con el poder de la nueva tierra habitada. Y que fuera, precisamente, allí, en ese asesinato anónimo, el momento en que la poesía comenzara a realizar un proceso que de lo dionisiaco y lo oculto -de esa naturaleza cainita y salvaje que lleva consigo y que, con tanto esmero, mostraran Rimbaud, Lautreamont o Breton- la condujeran al riesgo de poder convertirse en arma dócil y juguetona al servicio del poder; un arte como todos los artes capaz de ser pervertido. Y es que, en verdad, muchas veces es difícil no acordarse del gesto de Lamech cuando se escuchan versos en los palacios sin rostro de nuestro mundo contemporáneo o se hace un repaso por la música de tantos poemas y poetas que vivieron la fiebre del éxito en otros siglos, donde aquel cuchillo defensivo y resistente contra el orden imperante que debió ser la poesía, en un principio, aparece doblado sobre sí mismo sin rastro de sangre, dolor y amor, por tanto, en sus contornos. Como asimismo es difícil no evocar detrás del combate de Lamech y el animalizado Caín, el proceloso descuido que cometió la burguesía agropecuaria argentina confundiendo al gaucho con un animal. Mucho más si comprendemos que el nombre del padre de Noé -aquel que construyó un arca secretamente donde ninguno de sus congéneres salvo los de su rama familiar sería incluido- era precisamente Lamech. Y si, finalmente, confirmamos, según una gran cantidad de exegetas bíblicos, que el asesino de Caín estaba, en realidad, ciego.

Por ello, no resulta descabellado pensar que Castel-Caín, viviendo en una tierra extraña, bajo la mirada cegada de tantos servidores abélicos en el rancho “Allende”, llegue a la conclusión feroz de que Hunter es el amante de María y se

¹⁰ Risco, Vicente. **Satanás. Historia del diablo.** op.cit, pág., 114.

desplace a la habitación de María entre las tinieblas de la noche –como la mayoría de los asesinos– para permitirse su más ansiada venganza y, al mismo tiempo, realizar un acto de justicia que ha soñado durante siglos: no permitir que ninguno de los emisarios de Yahvé sigan disfrutando y mancillando el espíritu de la tierra y salvar, al mismo tiempo, la pureza de María, dejarla intachable para siempre en su recuerdo, creyendo que la ha arrancado de las fuerzas del mal. Pensando que le ha dejado solo en una lucha que él deberá librar sin su ayuda ahora contra los poderes del mal, sin concebir que, finalmente, él, el artista, ha devenido asesino, ha devenido esclavo del mal y de un Dios que ahora ríe sin cesar observando cómo se cierran los muros de su prisión, entendiéndolo que ha vuelto a ganar una batalla al bien. Cristo no resucitará y Castel jamás será capaz de hacerse perdonar su asesinato.

Así, Castel cae aquí en una absurda dictonomía que ha sabido explicar con sutileza Luis Wainerman: la dinámica del cazador cazado. Para no morir de amor celoso por María a manos de Hunter que puede llegar a poseerla, Castel como Caín, dispara primero para descubrir, tiempo después, que se le había tendido una trampa. De hecho, en principio, Hunter no debía tener deseo alguno de retener a María, teniendo en cuenta que es un alma que ya le pertenecía, estaba enraizada en su sangre pues era su prima-hermana. Pero si se trataba de que Castel entrara a formar parte del círculo diabólico del infierno, no había mejor manera de tentarlo, como subrayaba ya aquella pesadilla que asaltara a Castel, cuyos protagonistas fueran unos diabólicos y sonrientes Hunter y María.¹¹ Efectivamente, al formar parte de la familia de María, Hunter es quien está más cerca del padre de la misma y es la figura ideal para continuar jugando con los recuerdos y olvidos continuos de un tiempo “allende” el presente de Castel.

El cazador apartaba a Castel de la vida del espíritu (María) llevándose como ofrenda su cuerpo y arrastrándola consigo al pecado. Así, todo lo que habría recibido Castel por parte de María sería falso. Una suplantación. Tras su tristeza se encontraba

¹¹ La pesadilla es la siguiente: “espiondo desde un escondite me veía a mí mismo, sentado en una silla en el medio de una habitación sombría, sin muebles ni decorados, y detrás de mí, a dos personas que se miraban con expresiones de diabólica ironía: una era María; la otra era Hunter”. ¹¹ Sábato, Ernesto., **El túnel**. op.cit, pág., 97.

la sonrisa de una pecadora, Eva, ofreciendo su cuerpo en principio destinado únicamente a Caín, a todo aquel que quisiera poseerlo. Vendiéndolo. Como una prostituta. Un animal. O una serpiente. Como ya hiciera Salomé para ajustar aún más los pesados grilletes del destierro sobre el pueblo judío, para no permitir regeneración espiritual alguna. Y la única manera de que nadie gozase más de su cuerpo era matarla. En fin, aquello dio que más tristeza a Caín cuando se vio condenado al destierro, fue observar cómo la sombra de su padre se cernía gigantesca y amenazadora sobre toda la tierra (Eva), para hacerla suya por entero, poseerla y disfrutarla por siempre jamás.

Y es esta escena la que nos omite la Biblia y **El túnel**: la escena de la risa. La risa del diablo. De Yahvé. Del que no puedo recordar un pasaje bíblico en que se nos refiera que riese.

Riendo porque Castel es suyo para siempre, como toda la tierra y, por supuesto, el país argentino, inmerso en un tiempo “sombrío y helado, en un mundo desprovisto de sentido indiferente”.¹² Como ha sido siempre desde el primer paso de los occidentales en sus costas. Desde la historia fundadora de Baistos y su hermano que no permitió sino que de manera inversa a la prevista y bajo el signo de una violación se pudiera cumplir el mandamiento más querido de Cristo: amar al prójimo como a uno mismo. Como sólo podía ocurrir en el mundo al revés americano. En Argentina. Cuando el infierno no son los otros, como indicaba uno de los más lúcidos y, a la vez, desesperanzados pensadores del Occidente, Jean Paul Sartre, vinculado de manera ineludible al tiempo de las dos guerras mundiales: el tiempo del diablo. Cuando se descubre que el infierno podemos llegar a ser nosotros mismos. En Argentina. En ese país altivo como una torre solitaria frente a su destino americano, donde la aniquilación de la “otredad” ya prefigurara, en parte, el genocidio cometido en Austwich, y del que Castel ya no podrá escapar más. Condenado a no olvidar ya jamás. A reconocer el mal. A mostrarlo. A enseñar por medio de su gesto asesinato la verdadera compostura, metales vidriados y cemento que compusiera aquel torreón único empeñado en mostrarse como paraíso prometido al emigrante; sus “columnas

en pedazos”, “estatuas mutiladas”, “ruinas humeantes”, “escaleras infernales”, en verdad semejantes a “un museo de pesadillas petrificadas”, “un Museo de la Desesperanza y la Vergüenza”,¹³ como expresará finalmente un Castel destrozado de sus clarividentes cuadros.

Porque ésta es –y lo hemos señalado en muchas ocasiones– la fuerza del diablo. Convertir al hombre en demonio. Destruir el arte y formentar el olvido de la verdad que con tanta lucidez Castel retratará. Pues el demonio se encuentra siempre tras la destrucción, igual que es la mano cegada del hombre buscando a Dios a tientas la que aparece tras la construcción de toda obra arte.

Y en este sentido no resulta extraño que sea tras la destrucción de su arte, de la verdad mostrada en sus cuadros como Castel enceguezca de odio para siempre. En realidad, esto ya le había sucedido a Barbieri, el protagonista de aquel interesante cuento que Sábato escribiera en 1938, **El pintor**,¹⁴ y que ya prefigurará **El túnel**. Tras haber recibido una crítica por parte de un extraño y misterioso personaje que por medio de su palabra, consigue desestabilizarlo, Barbieri volverá a su casa y frente a su mujer que lo observa impávida, destruirá la obra de toda una vida.

Ese es el poder de la palabra. Capaz de concitar amor o desprecio. El poder de los “otros” en nosotros y el poder de “nosotros” sobre ellos y, en la medida en que seamos capaces de formentar un diálogo fecundo o resistir la voz del diablo que siempre incita a la destrucción del arte -los cuadros de Barbieri o Castel– el ser humano podrá perdurar. Y en la medida en que esto no sea posible, será el poder de las tinieblas quien triunfará. Será la rabia suscitada en nosotros por reconocernos menos poderosos que Dios y sujetos tantas veces a destinos incontrolables, la que implantará el reino del odio y la ceguera en este mundo.

¹² *Ibíd*, pág., 107.

¹³ *Ibíd*, pág., 98.

¹⁴ En Sábato, Ernesto dentro de **Obra Completa. Narrativa**. op.cit.

Por ello, no es de extrañar que antes de finalizar su relato, Sábato todavía encuentre un hueco en **El túnel** para seguir el recorrido de Castel y mostrar a los dos diablos frente a frente. Mostrar un yo y un tú agredidos y agresores para deleite de la secta de los ciegos. Nos referimos, claro, al enfrentamiento final entre Allende y Castel, donde Sábato simboliza de manera sobresaliente el fuego abrasivo de la violencia original argentina y donde se elevan sombras que nos remitirán a la lucha entre unitarios y federales referida en **Sobre héroes y tumbas** y, por supuesto, a la historia de Baistos y su hermano.

Precisamente, Mujica Laínez –gran conocedor de la mitología que compuso su patria- ya nos indicaba en su relato *El hambre* que la acción realizada por Baistos contra su hermano “fue un abalanzarse de acorralado cazador”.¹⁵ Es decir, un movimiento de autodefensa de un conquistador abelino que se veía sometido al fuego de la desolación, de la intemperie, al castigo de Caín. Y, tal y como nos refiere Mújica Laínez, Baistos confundió a su hermano con un animal al que llegó a matar con sus ojos cegados, volcados “hacia adentro, camino del corazón” para saborear mejor “la carne de ese animal que está cazando y que ha logrado por fin”.¹⁶

Lo que, exactamente, nos ha de remitir al equívoco sufrido por aquel cazador que matara a Caín confundiénolo con un animal. Una historia animalesca, de equívocos sugeridos por la razón que es sugerida, contenida en muchas de las formas estéticas, vacías de humanidad, que rodean a la vida argentina desde aquella primera escena y que el recorrido del Caín-Castel representa como pocas. La lucha desaforada entre quienes venían a dominar América en nombre de Yahvé, de un furioso Cristo y se vieron sometidos al tormentoso destino de Caín, obligados a matar a su hermano para habitar la nueva tierra conquistada para, finalmente, ser halagados por su Dios favorito, el diablo.

Porque ese orgullo con el que se dirige a ver a Allende -el dueño de una casa donde Castel quisiera estar- para indicarle como una nueva buena nueva -tal un

¹⁵ Mújica Lainez, Manuel. **Misteriosa Buenos Aires**. op. cit, pág., 10.

¹⁶ *Ibíd.*

arcángel de la fe anunciando que, al fin, ha llegado el imperio del odio a toda la Argentina, a toda América– que se ha vengado, ha matado simbólicamente a través de María a Hunter, lo muestra poseso y ciego de una trama oculta de la que es tanto víctima como culpable. Pues haber utilizado la violencia para enfrentarse con el Dios enemigo o el cazador que corrompían la vida americana y no permitían que la tierra fuera transitada libremente por los hijos de Caín, en realidad, significa confundirse para siempre con el rostro abélico, forjando su rostro de verdadero demonio. Ayudar a que la voz de Yahvé sea la única escuchada en el territorio argentino.¹⁷

Y así, Castel, repitiendo el crimen cainita (como más tarde hará Juan Lavalle) acabará por confundir su rostro con el de Abel precipitando las luchas civiles, sociales, políticas entre dos adversarios ya totalmente indistinguibles entre sí, Caín y Abel al mismo tiempo, como refleja la voz de Allende exclamando “Insesato” y persiguiendo a un Castel, cada vez más enceguecido, “con los ojos inútiles muy abiertos (...) con una voz de fiera ” dispuesto a estrangularlo con “unas manos que parecían garras”.¹⁸

Garras no muy distintas de las que persiguieran a aquel Baistos, con sus ojos salidos de sus órbitas, perseguido, como relata Mujica Laínez, por “la mano trunca de su hermano” como si éste le estuviera “apretando la garganta más y más”,¹⁹ y que, en último instancia remiten a la venganza de aquel hermano muerto que la burguesía terrateniente argentina volverá a realizar, justificando este acto en cuanto se atribuirá el papel de defensora de los derechos humanos de la víctima (Abel).

De hecho -si se entiende la historia de Castel, como la historia de un hombre que, al fin, ha sido seducido y llevado a la violencia gracias al poder de la secta de los ciegos y su dios Yahvé- no ha de resultar extraño que el fuego de la palabra que selle para siempre la condena de Castel sea aquel “insensato”, pronunciado por Allende.

¹⁷ Y no es vano recordar la prohibición que del tango suburbial hicieron gran parte de las dictaduras argentinas.

¹⁸ Sábato, Ernesto. **El túnel**. op.cit, pág., 106.

¹⁹ Mujica Láinez, Manuel. **Misteriosa Buenos Aires**. cit, Págs., 10 y 11.

Pues insensato, recurriendo al significado último que nos refiere esta palabra, quiere indicar de la persona que recibe este adjetivo, que es un hombre sin sentido. En este caso, sin el sentido de la vista, que es, al fin, lo que le grita Allende al rostro iracundo de Castel: ciego.

De esta manera, Sábato nos indica lúcidamente que con el gesto de Castel, el asesinato producido por este segundo demonio ya se ofrecen todos los medios que pueden justificar que el primer demonio abélico (representado aquí por Allende) pueda alargar sus garras²⁰ sobre los hijos del exilio y extender su poder de sombras en la Argentina. Propicia que se amplíe más la desunión entre las fuerzas civiles de la Argentina y que las garras animales, ciegas, como las de una ave rapaz, del poder puedan extenderse hasta el infinito y depredar, hacer desaparecer a todos aquellos que piensen que pueden (asesinando a María, destruyendo la tierra americana) ocupar una tierra que sólo ha de pertenecer a uno de los dos hermanos a los que nos refería el tan citado mito bíblico: Caín y Abel. Abel y Caín, la sombra del hermano muerto de Baistos y Baistos, Allende y Castel, que son ahora la misma persona, indistinguibles, cazadores apresados en el semillero de tumbas argentinos y que deberán buscar diferenciarse para volver a encontrar el camino del origen perdido tras la muerte de María a Occidente, desdoblarse para intentar unificarse en ese nuevo avanzar hacia los signos del Apocalipsis, la nueva revelación donada por Sábato al pueblo argentino

²⁰ Ahondando en lo que ya sostenimos en un capítulo anterior sobre el porqué y el cómo el poder argentino se ocultaba y metamorfoseaba en la forma de un león para imponer su poder y el porqué del tan usado término agarrar en este país, es necesario citar una excelente reflexión de Elias Canetti, sobre esta cuestión para refrendar el discurso principal que estamos sosteniendo. Nos dice Canetti: “Es curioso el gran respeto del que goza el agarrar. (...) Es natural encontrar el acto decisivo del poder allí donde desde siempre es más notorio, tanto entre los animales como entre los hombres: precisamente en el agarrar. El supersticioso prestigio que entre los hombres gozan los animales de presa felinos, tanto el tigre como el león, descansa en ello. Ellos son los grandes agarradores; se encargan sólo de agarrar. El acecho, el salto, el hundir las zarpas, el lacerar, en ellos todo está reunido en un punto. El ímpetu de este obrar, su implacabilidad, la seguridad con que es ejecutado, la indudable superioridad del ejecutante, el hecho de que todo, lo más variado, puede convertirse en presa: todo contribuye a su violento prestigio. Desde cualquier punto de vista, en ellos se manifiesta el poder en su máxima concentración. (...)”

En esta forma han dejado una impresión imborrable en el hombre; todos los reyes de buen grado habrían sido leones. Era el mismo acto de agarrar el que admiraban y elogiaban, su éxito. Por doquier se calificó de valentía y grandeza lo que se basaba en una fuerza ampliamente superior”, en Canetti, Elias. **Masa y poder**. op.cit, pág., 232.

en el destierro y su posible y futuro destino en América que será **Sobre héroes y tumbas**.

Porque el camino no se acaba aquí. No se detiene en una confrontación. Al contrario. Era tiempo de ir en busca de las raíces constructoras de la patria argentina y su americanidad, por un lado, y por el otro, seguir profundizando en el dolor sufrido por el destierro y volcar el mismo con todo furor y ceguera contra la tierra que nos acogiera. Caminar hasta el indeciso perfil de Martín y el siniestro rostro de Fernando Vidal Olmos, al tiempo que se escuchan las voces desoladas, raíces perdidas de los hombres que habitaron la Argentina. Lejos del cielo y el infierno. Entre los héroes y las tumbas. El territorio siempre inquietante del purgatorio. En busca de una difusa luz.

III.7. LA VÍA DE LA REDENCIÓN: UNA DÉBIL Y DIFUSA LUZ.

“Sin efusión de sangre no hay remisión”

Hebreos 9, 22.

Decía María Zambrano que “la vida humana necesita ver para ser vida. “Vivir para ver” y ver para vivir. (...) Somos pues, por otro y con él”.¹ Y en este sentido, observar, ver la tragedia de Castel, contemplar su corazón cegado (sin necesidad de atravesar el filtro de sus ojos ya para siempre cerrados) debía servir para comenzar, reconociéndose en él, fabricar las vías de comunicación que pudieran reestructurar los lazos perdidos con el ser central de los individuos en Argentina, sus espacios públicos. Era el tiempo de pasar del monólogo de Castel al diálogo continuo de **Sobre héroes y tumbas**. Comprender que el presente de una nación no se construye en el momento único e irrepetible del ahora sino en su pasado lejano que dialoga constantemente con el futuro que vendrá. Y para ello había servido el testimonio de Castel. Para buscar ese tú, “la palabra primordial”, como dijera Martín Buber en toda ontología que pretenda un restablecimiento de la Vida con mayúsculas en este mundo, al envolver “coherentemente una afirmación del ser a quien se dirige”,² el “otro”, la persona amada. Era el tiempo de renunciar a ese “yo” infatigable y necesitado de amor y, por tanto, incapacitado para concederlo, que tan bien representaba Castel: un ego que cortaba en trizas la realidad a través de sus palabras y no permitía a los demás ser, y, por tanto, no dejaba fluir el amor.

Y para el posible advenimiento de este tiempo, Sábato había permitido hablar a Castel. Un Castel que había deseado hablar y que en el yo del autor había encontrado, al fin, un tú real que sin juzgarlo, lo había escuchado para, más tarde, dialogar con su pueblo. Lo que significaba que doliese a quien doliese, al menos el crimen de Castel había servido para algo. Para empezar a dialogar y crear un espacio entre un tú y un yo íntimo que intentase desbrozar un posible yo y tú plurales, un

¹ Zambrano, María. **El hombre y lo divino**. op. cit, pág., 288.

² Buber, Martín. **Tú y yo**. cit, pág., 82.

posible “nosotros”, un espacio maduro y de reflexión a través del que la sociedad argentina pudiera contemplarse ya no en un espejo de vidrio que le remitiera a Europa, sino en el espejo del tú que eran los demás exiliados pudiendo construir un nuevo país en torno a un proyecto común. Porque, paradójicamente, esa palabra venenosa de Castel que lo separaba, lo distanciaba de los demás y del mundo y no le permitía concitarse en un silencio respetuoso para su destino, sería lo que le uniría al resto de la humanidad una vez que habría decidido confesar toda la voluntad, una vez que se había decidido a buscar un tú. Un tú en singular pero siempre plural que, a partir de sus rasgos diversos de los de Castel, pudiera prefigurar la medida de su verdadero crimen y, al mismo tiempo, ofrecerle una posibilidad última de redención. Le permitiera confesar su pecado antes de quedar para siempre mudo y congelado en la caverna de lamentos como una parte de la ciudadanía argentina todavía no dispuesta a entablar la emocional aventura de construir una verdadera patria para todos.

Porque sí, no toda la Argentina estaba perdida. Podía haber alguien que escuchase a Castel y lo entendiese, lo perdonase. Podía haber algún querido y remoto muchacho que no mostrase rápidamente su desgana hacia su patria y su vida cotidiana y que aún pudiera comenzar a reconstruirla.

Este era el mal de la Argentina. Pensar que no había remedio. La de muchos de sus ciudadanos. Mirarse embelesados una y otra vez en la melodía de “Cambalache”, para retornar al ritual del fracaso. Y esta actitud debía cesar ya que no era más que una arcaizante manera de descargar responsabilidades, sujetarse al latido de muerte, permitir que el diablo dominara las voluntades del pueblo. Lo había sugerido Sábato y lo diría Víctor Massuh en voz alta. “La idea de una sociedad enferma parece obviar todo reconocimiento, toda responsabilidad. (...) La idea es fácilmente incorporable porque nadie individualmente se reconoce como sociedad, sino como un individuo que está, en frente a, con la sociedad. Aceptar entonces la hipótesis de una sociedad enferma implica casi suponer simétricamente que cada individuo está sano, o por lo menos no necesariamente enfermo. La sociedad es lo

otro, ni siquiera el otro, sino otros”.³ Y un paso necesario para la reconstitución de la energía vital de la ciudadanía era, al menos, que cada uno individualmente, como Castel, reconociera sus faltas. Olvidasen de alguna manera Occidente y comenzaran a mirarse los unos a los otros.⁴

Y si bien es cierto que estas ideas o concepciones autodestructivas siguieron manteniéndose y creciendo durante los años posteriores a la muerte de María Iribarne a manos de Castel, la confesión de su crimen cruda, verdadera y sin acicate alguno que realizara –sí, en la ficción pero volcada como un abismo a la realidad de su época- ante una sociedad intrigada por su caso, debía permitir repensar a ésta el porqué de este asesinato, confrontar en base a un diálogo frente a los motivos del mal, la posibilidad de trascenderlo. Trascender su propio exilio y ceguera.

Pero, a pesar de los intentos de Sábato por construir abiertos flujos de comunicación entre los ciudadanos de su patria, el exilio y el fracaso eran una constante en la Argentina. Más aún, después de la muerte de Evita Perón que vio a millones de ciudadanos llorar porque, finalmente, aquella mujer que había intentado comprenderlos y que traía el rostro de la madre original transparentemente inscrito en su nombre, hubiera debido caer también derrotada en el lecho de muerte por la enfermedad y el dolor que llevan inscritos la vida desde su creación. En concreto, por un infortunado cáncer. La misma enfermedad que también se llevase la vida de la madre de Juan Pablo Castel, dejándolo solo como millones de argentinos se sintieron tras la muerte de su única madre en el exilio.

Una muerte que pudo concitar que toda la sociedad se uniera por una causa común: despedir a Eva el día de su funeral. Acto que como pocos se aviene con los

³ En Arias Saravia, Leonor. **La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo.** op. cit., pág., 557.

⁴Lo había dicho también Hanna Harendt: las sociedades que mantienen esta actitud acaban configurando una vida privada de todo valor. Ayudan a que el nuevo poder hobbesiano se arraigue en el pueblo en el momento en que cada uno de los integrantes de la sociedad concibe la vida como “un asunto temporal y limitado que esencialmente no cambia el carácter solitario y privado del individuo (que no experimenta placer, sino, al contrario, una considerable aflicción al hallarse en compañía, cuando carece de poder para aterrar a todos)”⁴ Harendt, Hanna. **Los orígenes del Totalitarismo. 2. Imperialismo.** op.cit, pág., 227.

destinos de Argentina de su comienzo. Porque el país, sus gentes, sólo atendieron a mirarse las caras unos a otros el día de un entierro. Convalidando un destino repetido que hiciera a todos ellos saberse vinculados únicamente por la desgracia, el lamento y la elegía. Motivaciones –el deseo de fracaso, la indefesión o la desesperación- que acaso se escondieran tras el robo del cadáver, la profanación de la tumba que de Evita se hiciera para poseer, robar su cuerpo. Para comer sus entrañas y su corazón y el polvo de los huesos en un crimen ritual colectivo que hablaba de la necesidad de muerte,⁵ la inmensa hambre espiritual, material, sentida por esa sociedad capaz de llegar a devorar ahora a su madre y volver a instaurar el ciclo de dolor y sangre cíclicamente repetidos en la Argentina y ya anunciado por Castel.

Porque no respetar un cadáver como el de Eva Perón, la madre simbólica de todo el pueblo, ponía de manifiesto la imposibilidad en todo el país argentino de conciliar un acto sacrificial colectivo que restableciese a la vida a sus coordenadas normales. La necesidad de fundirse entre los restos de cadáveres, profanando las tumbas de héroes proscritos y madres desgraciadas, muertas en la cima de sus vidas, para negarse a sí mismos lo sagrado escondido en toda vida, que tenían los ciudadanos de la Argentina.

Lo que, sin duda, hacía preluir que el próximo gesto narrativo de Sábato estaría destinado a rescatar qué es aquello que se encontraba detrás del cadáver de Evita Perón, de esa necesidad de fundirse entre el polvo y la muerte para no dejar altar de héroe en pie, que se encontraba oculto en la psique profunda de la sociedad argentina preluirando su futuro siempre trágico. Sí. Pues aquel cadáver revuelto y vivo entre las manos de sus seguidores que, como un culto diabólico pretendieran comer su alma para apresar así el poder que Evita tuvo sobre Argentina, su prestigio en el mundo, y al que Tomás Eloy Martínez dedicara una inteligente narración,

⁵ Se pregunta Tomás Eloy Martínez en **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 120, finalizando una interesante reflexión sobre la que luego volveremos: “¿Cuál puede ser el sentido de tanta pasión hipnótica por la muerte? “Toda manifestación de necrofilia es una señal de autodestrucción”, me ha dicho un psicoanalista. “En esas pulsiones de muerte que van y vienen por la historia argentina como un estribillo, puede leerse la voluntad de no ser: no ser persona, no ser país, no abandonarse a la felicidad”. Un país que no sabe qué hacer con su pasado corre el peligro de no saber qué hacer con su porvenir”.

permitía distinguir con claridad una enorme conjuración detrás del terreno de sombras vislumbrado por Castel.

Allende la oscuridad podían ocultarse fuerzas poderosas, deseosas, aún más tras la muerte de Evita, de María Iribarne, por hacerse con el control absoluto, total de la vida americana, exterminando hasta la última raíz con su aliento voraz.

La secta de los ciegos, lejana a contentarse por contar a Castel entre los suyos y aun inquieta porque su testimonio pudiera encontrar ese tú tan ansiado, había de empezar a demostrar cuál era su verdadero poder, constitución sobre la tierra argentina. Fernando Vidal Olmos podía ser su nueva víctima elegida y la muerte de Evita que ya no amparaba a sus hijos, la señal decisiva para que realizaran esta abducción. La secta de los ciegos estaba en marcha. Y ni tan siquiera esconderse bajo la tierra, o detrás de una sepultura podría impedir que su poder profano siguiera empujando a Argentina a su cíclico ritual catártico de desaparición.

Ajeno a toda esta realidad, un muchacho llamado Martín, desencantado con su vida, con su país empieza a transitar las inmediaciones del Parque Lezama. Fue allí donde se produjo la primera fundación de Buenos Aires. Él es inocente. Sábado nos los dibuja inocente. Pero el mundo que lo rodea no. Entre periódicos de otras épocas y rastros de letras dibujados en círculos sobre la arena, una página de un diario muestra una noticia que pasa desapercibida para él. Según parece, tras la vuelta del pueblo judío a Jerusalén, las hostilidades entre árabes y judíos no han cesado. Yahvé ha vuelto a su territorio original y su pueblo busca vengar ahora su original expulsión. Su ira es inacabable y la lucha contra los seguidores de un Dios distinto a él serán incesantes. Al fin, árabes y judíos, los expulsados del reino español, batallan frente a frente por imponer su culto en Jerusalén.

Mientras tanto, aparentemente cegado a todas estas luchas, el reino español convertido en un absoluto reino único tras las guerras civiles y la victoria de uno de los bandos, duerme sin vida, con letanía, recluido en su mismo y asfixiado su derrota

fraguada durante siglos. Desde los siglos de la expulsión de judíos y moriscos y su llegada a América.

Y en el parque Lezama, uno de los descendientes de los actos cometidos durante siglos por el reino único español, occidental en América, Martín, arroja el diario al suelo tras leer la noticia de la publicación del relato del famoso pintor Juan Pablo Castel. Durante un instante se pregunta el porqué de ese asesinato y sobre el contenido de aquel relato. Él podría ser aquel tú buscado por Castel. Y, por un instante, una difusa, débil luz ilumina su rostro. Pero Martín busca a su vez otro tú. Se repliega sobre sus rodillas y, desesperado, golpea con sus manos su rostro intentando superar su abatimiento. Se levanta. Y vuelve a caminar. Ese parece ser su destino. Errar.

Es entonces cuando Sábado comienza a decirnos aquello de “Un sábado de mayo de 1953, dos años antes de los acontecimientos de Barracas, un muchacho alto y encorvado caminaba por uno de los senderos del parque Lezama”,⁶ que comienza **Sobre héroes y tumbas**, el siguiente libro que comenzaremos a estudiar.

⁶ Sábado, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 117.

CUARTA

PARTE

LOS

BUSCADORES

DE ORO

IV.1. DE LA BOCA A LA PATAGONIA: EL CAMINO AMERICANO.

“La serpiente les dijo: “¿no ha decretado Dios que no comereis de todos los frutos del árbol? ¿Si no es por comerlos por qué han sido ellos creados?”.

Midrach Haggadol

“Pero Elohim sabe que el día que comáis del fruto, vuestros ojos se abrirán”

Génesis 3, 4.

No creo que sea casual que Sábado sitúe y emplace a Martín en el barrio de la Boca. Ni que gran parte de las conversaciones que mantiene con los entrañables Martín D´Arcangelo, Tito o Bucich se desarrollen en este barrio o en torno a loas y nostalgias sin fin por los goles del famoso y gran equipo de fútbol nacido en este barrio: Boca Juniors. Por supuesto, no lo es que **Sobre héroes y tumbas** comience en el parque Lezama. Según se cree, fue en este paraje donde Pedro de Mendoza y sus compañeros arribaron a Argentina, y su estatua se cierne amenazante para todos aquellos que decidan pasear por el parque. Es aquí donde supuestamente fue fundada Buenos Aires y donde el hombre occidental llegado a este territorio se encadenó para siempre a su destino americano. Y es desde aquí desde donde habría de partir a descubrir el oro inexistente de la Patagonia, aquella ciudad de los Césares de la que le hablará Alejandra a Martín. Es también el lugar donde lo americano comenzó a descubrir a lo occidental a través de un diálogo cegado a dos frentes que terminaron, finalmente, con la raíz indígena de América en Argentina. Es el término que enmarca el inicio del destierro, del descubrimiento de lo americano y de la implantación del pecado original argentino. Y, es por tanto, desde este emplazamiento simbólico, el parque Lezama, desde donde habría que comenzar el camino de redención del hombre argentino. Desde la raíz misma de su destino solitario semejante a la de aquel joven muchacho, Martín, que se pregunta por el sentido de la vida al tiempo que mira la estatua romana de Ceres, la gran madre de la fertilidad, tan rígida ahora como todo su cuerpo de adolescente.

Como su apellido indica, Martín del Castillo es una bifurcación de Juan Pablo Castel. Pero una bifurcación positiva. Su trayecto habrá de ser un recorrido espiritual cercano a la vida y alejado de la tentación malévola de la posesión que le permite comenzar a realizar el trasvase Caín-Cristo y terminar de forjar el círculo de redención que se cierra con Marcelo, el Ché Guevara y que encuentra su último sentido en la actuación y mensaje final de Sábato como personaje integrado en **Abaddón el exterminador**. Por ello, si **El túnel** o **La fuente muda** e incluso **El pintor** eran retratos del infierno en los que no se atisbaba más que una débil esperanza final, **Sobre héroes y tumbas** representa un tránsito hacia el purgatorio que es el territorio donde se juega habitualmente la vida del hombre, siendo una novela donde los “otros” aparecen más humanizados. Este purgatorio y posible ascenso a un futuro paraíso o promesa de una Argentina unida a su destino americano, se realiza exactamente, se ve posibilitada, como ya hemos dicho, desde la Boca, forjando una simbología de reminiscencias claras.

Como sabemos, es la Boca un espacio que el hombre occidental en el destierro americano consiguió robarle a la naturaleza americana. Efectivamente, en el siglo XVIII, la Boca del Riachuelo era una extensión desolada, ya que las características de su terreno en ese entonces era pantanoso (predominaban los zanjales y los juncales). Y no fue hasta 1807, justo antes de que la nación argentina librase la lucha por su independencia que el barrio nacería en los márgenes del Riachuelo, instalándose en el mismo un pequeño astillero y una pulpería. Así, desde 1860 y la llegada masiva de inmigrantes a la Argentina, se produjo el primer parcelamiento de los terrenos de este barrio que a partir de 1890 se convirtió en emblema, casa y albergue de los millares de europeos (en su mayoría genoveses –italianos) que vinieron a erradicarse definitivamente en Argentina.

Por tanto, si algo hemos de destacar de la construcción de este barrio es que es tal vez el único espacio real contruido positivamente por el hombre occidental en Argentina. El europeo venido de América se encontraba en las faldas de la tierra preparadas para construir la ciudad o el campamento, como dijo Martínez Estrada. La ciudad se fundaba transitoriamente confiando en el retorno a Europa con los bolsillos repletos

de oro. Y cuando la vuelta se hacía imposible, la ciudad comenzaba a cerrarse sobre sí misma para huir del peligro indígena, la terrible sensación del destierro y el ojo vigilante del Dios occidental del que se pretendía huir para negar la terrible verdad: el destierro cainita.

Sin embargo, en la barriada de la Boca y gracias a los esfuerzos de los desterrados por encontrar una nueva salida al puerto y un espacio habitables, se consigue forjar un espacio real con una dirección y sentidos diferentes a la de la mayoría de las construcciones de Buenos Aires y otras ciudades de la Argentina. En la Boca el hombre no niega su condición cainita. Al contrario, la afirma. No se recuesta ciego sobre sí mismo, el exterior de la vida y su destino exiliado como en tantos barrios de Buenos Aires o aquella artificiosa y afrancesada Recoleta por donde paseaban Castel y María. Se encuentra orgulloso de la misma. Y si, en su sentido negativo, esta afirmación amenaza fundar la tierra argentina a partir de la violencia y predice ya la posterior lucha con las armas o a través del balón (gracias al famoso duelo Boca–River) con el sempiterno enemigo abélico, en su sentido positivo, indica que el hombre argentino al fin reconoce su destierro. Y es gracias a este reconocimiento del destierro como ha sido capaz de forjar un espacio que no existía antes y que ni siquiera era transitado por los indígenas, pues estaba sumergido en el lodazal, para construir una edificación, una barriada abierta a cualquier emigrante y no excluyente construida con el esfuerzo de toda la comunidad. Se construye una edificación para habitarla siempre. Se concede un sí al exilio. Se funda la verdadera Henoc y se plantan los cimientos de una ciudad en la que el extranjero sea siempre bienvenido, nunca sospechoso. Pues en la Boca se sabe que el hombre está obligado a errar pero también necesitado de vivir en sociedad para encontrar un sentido a su vagar sin descanso.

Por ello, no resulta extraño que haya sido en los parajes de este barrio, donde se suponga que empezaran a escucharse las primeras cantinelas de lo que luego sería el tango. Y que la célebre calle que lo corona, Caminito, –en verdad, decepcionante, para todo aquel que no pueda entender el sentido simbólico que encierra– como su mismo nombre indica, refiera que la errancia de tantos emigrantes puede labrarse al

fin un camino en Argentina. Un camino que siempre habrá de contruir andando, caminando, a través del canto, de este lastimero y furtivo tango que recuerda las penas del destierro occidental. Pero que, a la vez, y una vez que los hijos de Caín han entendido el sentido de su caída, no la han negado, permite empezar la vida de nuevo. Reconstruirla y levantarla desde el fango.

Pues esto es la Boca y por lo que sospecho que, conscientemente o no, Sábato situaría gran parte de las noches, vida y adolescencia de Martín en uno de aquellos cuartuchos de este barrio: un barrio que ha surgido desde el barro, el lodo y el agua borrosa y encharcada por los residuos de los barcos, para acoger a los errantes, a los caídos, a los que no niegan su culpa, los caínes y olvidados de medio mundo. Una parte del cuerpo de la madre tierra Eva que sus hijos pacientemente han liberado del mar y las cadenas de piedras, para habitarla en paz.

Y frente a la Boca que construye una comunidad solidaria –en la medida de lo difícil y de lo dudosa que pueda pensarse esta afirmación en el país argentino- a partir de la nada absoluta y que es un barrio donde el tamaño de las casas se encuentra cercano a la medida del hombre, se eleva, efectivamente, el otro mundo que conocerá Martín a través de Alejandra: el representado por Molinari o Bordenave, unido al artificio de los rascacielos insolidarios que encierran al hombre en su interior y que se ciernen como torres babélicas desprovistas de sentido amenazando a Dios. O, tal vez, honrando al diablo. Pues si, como hemos dicho, en la Boca se construyó un espacio para el hombre desde las entrañas de las cloacas, los ciegos habitan estas mismas cloacas y si algo están interesados es en construir espacios donde el hombre se encuentre encerrado y el emigrante asfixiado o humillado como Martín ante Molinari

Por tanto, es la Boca un lugar en que se demuestra que a pesar de todos los pesares, el hombre cainita podría llegar a entroncarse y ensamblarse con el nuevo destino que le ha tocado vivir. Puede llegar a ser uno con América. Es ahí donde habita la esperanza. Donde duerme Martín. Donde las raíces del árbol castrado americano, como indica María Zambrano, “negadas a la función de soportar peso” desde la muerte de los indígenas, comienzan a “enredarse” con el cuerpo de los

emigrantes hasta crear “un cuerpo nuevo, cuerpo prometido que se alza sostenido por la docilidad de su raíz”,¹ permitiendo a América ser madre de un hombre redimido.

De hecho, el barrio de la Boca ha de significar para Martín –y para cientos de emigrantes más– un centro maternal desde donde comenzar a forjar vitalmente una resistencia positiva y espiritual contra el poder del mal, de la materia, sin que la misma sea negada sino trascendida gracias a la construcción a partir de la misma materia de una casa o barrio desde donde poder resguardarse de su desamparo.

Sin embargo, hay un aspecto en el comportamiento de Martín que no ha de pasarnos desapercibido y es su rechazo desmedido a la materia o a lo materno. Lo cual es lógico si entendemos que la madre de Martín quiso expulsarlo de su vientre, abortar, matar al hijo que contenía en su interior y que su desahuciado padre vive resignado a su maligna suerte de pintor fracasado y es incapaz de ejercer una acción positiva que otorgue vitalidad a su hijo. El mismo Martín referirá de su madre en muchos momentos de la novela: “Mi madre es una cloaca”. Y, por ejemplo, encontraremos múltiples pasajes que nos ofrecen una explicación de su desmedido anhelo de espiritualidad que tanto atrae a Alejandra a partir del rechazo a esa madre: “Su madre (pensaba), su madre carne y suciedad, baño caliente y húmedo, oscura masa de pelo y olores, repugnante estiércol de piel y labios calientes. (...) pero él había dividido el amor en carne sucia y en purísimo sentimiento; en purísimo sentimiento y en repugnante, sórdido, sexo que debía rechazar, aunque (o porque) tantas veces sus instintos se rebelaban, horrorizándose por esa misma rebelión con el mismo horror con que descubría, de pronto, rasgos de su madrecama en su propia cara. Como si su madrecama, pérfida y reptante, lograra salvar los grandes fosos que él desesperadamente cavaba cada día para defender su torre, y ella como víbora implacable, volviese cada noche a aparecer en la torre como fétido fantasma, donde él se defendía con su espada filosa y limpia”.²

¹ Zambrano, María. **La razón en la sombra**. op.cit, pág., 62

² Sábato, Ernesto., **Sobre héroes y tumbas**.op.cit, pág., 210

Lo que significa que en Martín se libra una batalla fundamental: la aceptación o no de la realidad, de la condición cainita y la caída en aquella madre tierra americana repleta de lodazales, barro y sangre y que, siendo albergue de tantos occidentales, se mostró, al mismo tiempo furiosa, cuando éstos le mostraron su desprecio, cuando la entendieron y ursufructaron el fruto de su vientre como si fuera una prostituta que jamás podría regalarles el calor sentido en el seno de su madre occidental. Por ello es Martín –sometido a sus dos madres, la real y la americana– un hombre espiritual pero, sin embargo, al principio del libro, incapaz de ejercer acción positiva alguna. Porque Martín vive en su seno una culpa todavía no transcendida. La culpa que todo cristiano siente al comprobar que la madre tierra, la madre nuestra no es espiritual y pura como la entendiera el agustinismo, sino que está bañada por el pecado, es real, emite flujos libidinales. Esto es, Martín se encuentra, utilizando palabras de Rozitchner, repleto de culpa “ante la ley sentida de la madre”. Lo que para Rozitchner se produce en el cristianismo –en una sentencia que debemos entender para comprender el proceso sufrido por muchos emigrantes llegados a América-: “cuando el hijo, yendo a su encuentro cobijante para guarecerse y al mismo tiempo despertar las fuerzas adormecidas de sus pulsiones corporales sometidas en el patriarcado, experimenta al mismo tiempo la angustia de ser devorado ante la Magna Madre, y entonces pretende huir de ella y distanciarla”.³

Por esta razón, hemos de entender que Martín acaso no haya tenido relaciones sexuales hasta la llegada de Alejandra a su vida y, desde luego, no haya penetrado en la historia de su país pues esto supone aceptar que la madre tierra que le habita es América, mezclarse con el lodo americano y fango a partir del que se construyó el barrio de la Boca, cuyos sentidos últimos han de escapársele a Martín al principio del libro. Pero como nos ha enseñado la gnosis, este desconocimiento sólo puede terminar en futura paralización, esclerosis, únicamente puede permitir que Martín como muchos de sus compatriotas sigan siendo manejados y vivan como aquellos seres que observa Bruno en los parques, totalmente separados, sin comunicación alguna entre los mismos, débiles. Aquellos “millones de habitantes que parecían

³ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág., 329.

ambular por Buenos Aires como en un caos, sin que nadie supiera donde estaba la verdad, sin que nadie creyese firmemente en nada”.⁴

De hecho, como nos comenta lúcidamente Rozitchner, “El emperador Constantino” percibió “astutamente” en la época romana “que la nueva religión”, el cristianismo, podía “aparecer cumpliendo subjetivamente esa tarea de protección imaginaria en cada súbdito, transformando la huida ante la madre en la que se buscó refugio en un encierro más absoluto todavía, al transformar a los dioses externos en un Dios interno que, bajo el complemento del modelo del crucificado, los” controlaba “desde adentro”.⁵ Pues eran los propios individuos, como Martín en **Sobre héroes y tumbas**, quienes censuraban sus propios actos y, en su necesidad de mantenerse puros y castos tal y como querían imaginar a la madre ideal fecundada únicamente por el espíritu, no eran capaces de emitir acción positiva contra el Imperio romano, de penetrar en los misterios que habían desembocado en la llegada al poder del César pues esto suponía introducirse, ser partícipes y testigos de una historia de sangre.⁶ César que, en el caso de la sociedad argentina, no era otro que Perón quien, sin embargo, olvidando la lección de Constantino, se cegó en su lucha final, una vez muerta Evita, contra los privilegios y derechos de la iglesia católica lo que, sin duda, como sabemos, precipitó su caída del gobierno argentino.⁷

⁴Sábato, Ernesto., **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 270

⁵ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág., 329.

⁶ Nos dice León Rozitchner en una reflexión que ha de servirnos para profundizar más en el cisma producido en Martín y su carácter que deberá aprender a trascender: “Con el cristianismo, se dice, la moral se profundiza: debemos ser buenos no por la amenaza externa, sino por elección interna. Y entonces se acude a una muerte que amenaza ahora desde adentro, a una amenaza más profunda: a la ley interna del corazón circuncidado. La muerte debe encontrar un asiento vivo, siempre presente como amenaza interna, en nuestro propio cuerpo. Nos construye como sujetos aterrorizados desde el surgimiento de la pulsión primaria y nuclear reprimida. Ni siquiera nos tienta ya la posibilidad de enfrentar la ley: matamos voluntariamente la pulsión misma”. *Ibíd*, pág., 412

⁷ Nos indican Floria y Belsunce de las medidas que el gobierno peronista antes de su caída tomó sobre la iglesia católica: “El 27 de septiembre de 1954 una ley sobre asociaciones retira la personería jurídica “a las asociaciones constituidas sobre la base de una religión, de una creencia, de una nacionalidad, de una raza o de un sexo”. El 2 de diciembre se suprime la Dirección General de Enseñanza Religiosa. (...) El 29 se reforma la ley de profilaxis social permitiendo el ejercicio de la prostitución. La iglesia que había gozado de los favores oficiales del régimen desde el 43, comienza a conocer desde entonces el asedio y la hostilidad. El régimen “sacraliza” el culto a Evita y el 13 de mayo de 1955 es abrogada la ley

Por esta razón, y siendo Martín un personaje que ha de permitir entender cómo se puede llegar a construir una verdadera patria unida en Argentina, ha de penetrar en los misterios ocultos y la historia velada que construyó Argentina. Esa será la única acción positiva realizable para que la historia pueda llegar a cambiar y que Martín comience –como muchos de sus compatriotas– a entender el porqué de su situación y aceptar el destino americano. Y, de esta manera, al tiempo que Martín comienza a introducirse en la historia de sangre, mentiras y luchas ocultas que forjaron el país argentino que hasta ahora le había sido velada, deberá asistir también a los últimos suspiros del gobierno de Perón y, por supuesto, a la lucha sin piedad entre los peronistas y anti-peronistas por hacerse con el control de la Casa Rosada.

Por otra parte, es claro que el recuerdo de cómo se forjó esta prisión en donde Martín se encuentra y, por tanto, el aprendizaje de cómo salir de la misma, la llave que abre las puertas de la realidad será para el joven muchacho, Alejandra.⁸

Alejandra le muestra el camino. Le enseña el mal sin ambages. Le da a beber el cuerpo de su patria y, ofreciéndose a Martín como perverso demonio que lleva implantada la semilla del mal en su seno, le muestra asimismo cuál es el camino que ha de seguir para salvarse. El camino contrario a su estirpe, donde late la sangre de aquellos conquistadores judeo-cristianos, hijos de la nueva Israel, que como Hernandarias, tal y como le relatará a Martín, se encuentra presente en la raíz de su familia: Hernandarias fue el “antepasado de los Acevedo” y en “1550 hizo la expedición en busca de la Ciudad Encantada”.⁹

de enseñanza religiosa”. En Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos I I**. Ediciones Larousse. Argentina. 1992, pág., 427.

⁸ A modo de ejemplo, se nos dice en **Sobre héroes y tumbas**: “y todo giraba vertiginosamente en torno de la figura de Alejandra, hasta cuando pensaba en Perón y en Rosas, pues en aquella muchacha descendiente de unitarios y sin embargo partidaria de los federales, en aquella contradictoria viviente conclusión de la historia argentina, parecía sintetizarse, ante sus ojos, todo lo que había de caótico y de encontrado, de endemoniado y desgarrado”. En Sabato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 270.

⁹ *Ibíd*, pág., 204.

Es así. Diciéndole la verdad a Martín, obligándolo a recordar, ofreciéndose como contra-ejemplo y, al mismo tiempo, como jugo tentador que es necesario desterrar, que Alejandra comenzará a expiar su falta, intentará vencer al dragón sobre el que luego profundizaremos. Es también la manera que utiliza Sábato para empezar a desvelar la historia apócrifa de la Argentina y mostrarla a sus compatriotas. Es ella quien le introduce en los secretos de la carne, la violencia, el misterio de todo sacrificio y le señala hacia dónde debe conducir su destino. Hacia la ciudad encantada del alma, hacia el Toboso y la gloriosa Dulcinea pero también y, sobre todo, al frío mortal de la Patagonia, sus volcanes y tierras, la carnal América donde el oro que ha de encontrar es el más valioso y capaz de transformar todas las cosas: el espíritu real de América, la madre y la mujer que ha de aceptar, comprender y por la que ha de luchar. La antigua prostituta cuyo rédito se guardaba con celo entre los muros de los torreones de Castilla y que se ha de aprender a amar. Con sus grandes defectos pero también sus grandes virtudes. Desde sus caminos destrozados, vías sin rumbo y salvajes fronteras que amenazaron a los primeros hombres que la visitaron y todavía parecen volverse vigilantes a contemplar el paso de los nuevos visitantes hasta los parajes envueltos en tergal, las bellas cascadas y los paisajes verdaderamente paradisíacos que los cegados hombres de Buenos Aires con la vista vuelta hacia atrás, Europa, son incapaces de descubrir.

Efectivamente, para comprender por qué la madre de Martín intentó matarlo antes de que naciera, hay que saber qué es lo que hicieron antes los hombres con ella. Como es necesario intuir cuáles pudieron ser los crímenes del padre de Hamlet para que fuera asesinado. Hay que conocer la historia de Argentina. La gran prostituta. La gran Babilonia, como dirá Bruno, y la pecadora sin freno que pudiera gritar el loco Barragán. Hay que bañarse una y otra vez en su vientre, revolcarse en el polvo de la Boca para, al fin, mezclarse, restregarse con la semilla violada de América. Como dijimos antes, conocer su pecado original implantado que es lo que no pudo realizar Castel. Conocer el túnel, adentrarse en el infierno. Mirar en sí mismo.

Según nos informa el Génesis, tanto Adán como Eva se encontraban ciegos antes de probar el árbol del fruto del conocimiento. Es ahí donde va a tentar la

serpiente a Eva. Ella promete abrirle los ojos que es lo mismo que mostrarle el camino de la libertad. Una libertad que le puede hacer caer en la tentación del mal pero, a la vez, le abre al hombre las puertas de la vida, porque a través del ojo de la sexualidad hasta entonces no entrevisto, podrán, a su vez, crear otro ser, un hijo de su vientre. Por ello, la serpiente no es en sí mala, sino ambigua. Como la noción del mal y del bien cuando ésta se encuentra regida por la subjetividad del individuo. Y sólo la ley divina, según la cultura judía, puede forjarle como individuo social, separarle de sí mismo para acceder a otro nivel de conocimiento. El problema para el hombre aparece en el momento en que debe regirse por esta misma ley pero depositada ahora sobre las manos de otros hombres. Es entonces cuando la serpiente deviene diablo, pues ella ha permitido que el hombre pueda separarse de Dios para siempre, forjar un futuro ateísmo o nihilismo. Es en ese momento cuando se levanta el sacerdote en el templo y señala el “debes” a la población. Sin embargo, el gnóstico, para quien el ver y el saber están íntimamente unidos, no puede entender el acto de morder la manzana sino como un fruto mismo de la libertad y asimismo de la responsabilidad que se le ha concedido al hombre para con sus semejantes en esta vida. Morder la manzana es entrar en el tiempo de la muerte. Pero esto en sí no es malo para el gnóstico sino el combatir o negar esta misma muerte y el tráfico de almas con que juegan las distintas religiones ubicando a sus sacerdotes y soldados en las puertas del paraíso para dejarles entrar o condenarlos al infierno. Aceptar la vida es aceptar la muerte y aceptar la muerte es respetar al hombre y su destino transitorio pero, al mismo tiempo, el pneuma divino y eterno que habita en su interior. Por ello, todo mandamiento o ley que se encuentre en manos de los hombres, ha de ser sospechoso. La meta no es volver al paraíso. Es forjar una vida espiritual gracias y a pesar del mundo material al que nos encontramos encadenados con su cadena de nacimientos, muertes y maldades. Reconocer en nosotros el Adán pero llegar a él a través del Cristo para más tarde trascenderlo.

Y es por ello, por lo que Castel asesina. Porque él quebranta la ley para matar al Dios que le dicta sin misericordia lo que debe hacer. Come todos los frutos del árbol y afirma su independencia del Creador y desobedece los mandamientos de la Torah para ser juez de Dios y de los hombres que velan por su nombre. Pero cuando

la transgrede, la ley le golpea con más fuerza. Le encierra. Le vela un conocimiento. Castel es el anti-Adán. El hombre que, regido por su propia ley subjetiva, todavía no ha comprendido el secreto de la creación. El hombre que mira únicamente hacia su interior y no quiere comprender que ha salido para siempre del paraíso. Quiere y cree encontrarse todavía en él.

Esto es lo que nunca hará el gnóstico. Transgredir la ley. Se puede apartar de ella, iniciar un juego con la misma, puede liberar a la ley de su mismo yugo o mostrar sus rendijas cancerosas en la utilización que le otorgan los hombres, pero nunca transgredirla porque esto supone juzgarse a sí mismo por encima de los demás hombres que están prisioneros como él en este mundo. Supone seguir el juego de la ley. Ser dominado por el poder de este mundo. Y lo que desea el gnóstico es conocer. Conocer el camino a través del que esta vida fue forjada. Cómo y porqué fue arrojado a este mundo. Y la pregunta que constantemente realiza es, ¿qué injusto Dios prohibió comer de un fruto del paraíso a Adán y Eva con el fin de no permitirles conocer la verdad, engeguercerlos y, por tanto, no permitirles tomar conciencia de que estaban viviendo un engaño y estaban presos en el embellecido jardín en que los había encerrado desterrando a la más querida creación del creador de la gnosis, del conocimiento?

Y, en este sentido, Alejandra -sobre la que, como en el seno de toda mujer, está depositado el papel de engendradora y, por tanto, del misterio de la vida, del conocimiento- es la reveladora de la composición de este mundo de tinieblas en que el gnóstico se encuentra atrapado, de la construcción del país argentino donde Martín sufre su destino. Ella le muestra el camino de la libertad y, como la serpiente a Adán y Eva, a través de su sexo le muestra el camino para alumbrar la vida pero, asimismo, la muerte; es quien le abre los ojos para que compruebe en qué degenera la vida del hombre cuando éste se aparta de la ley divina o se cree merecido portador de la misma.

Desde este punto de vista, nada más adecuado que conocer la historia de la familia Olmos. Según nos informa Lilia Dapaz-Strout,¹⁰ el olmo fue el árbol que Virgilio situó en el dominio subterráneo e infernal de Plutón y es un signo preclaro que permite entender qué es lo que sucede al hombre cuando decide imponer su voluntad por encima de la ley. El mismo nombre anglosajón del iniciador de la línea de los Olmos, Patrick y más tarde Patricio, se relaciona etimológicamente con pater y patria. Pues son ellos, los hombres occidentales, esta familia que basó su antigua y externa fortuna económica en el dominio de la tierra, los padres de este infierno en que ha degenerado Argentina. Quienes elevaron su voz por encima del creador y decidieron imponer la ley rapaz del oro.

Es así como Martín entra en el tiempo de la historia. Pues la historia aparece en la vida del hombre gracias a la caída pero, sobre todo, a la reproducción. El nacimiento de Caín y Abel. Aunque, en realidad, para la cultura judía no será hasta la llegada de Abraham y, sobre todo, las tablas de la ley concedidas a Moisés, cuando esta vida histórica comienza a forjarse trascendientemente. Y si el génesis de la Argentina fue el tiempo del oro, de la mentira y del paraíso que jamás existió y por cuya promesa tantos hombres se vieron encerrados en América, el tiempo histórico nació con la Independencia. Lo que debe aprender a ser Martín: independiente. Forjar una personalidad propia como así lo intentara el país argentino en los míticos tiempos de las luchas entre unitarios y federales, a cuyo conocimiento llega gracias a Alejandra. Una guerra sin ley alguna entre dos bandos que como los partidarios Saúl y David lucharían, tal y como lo muestra Sábato en la novela, por hacerse finalmente con los destinos del pueblo judeo-cristiano en el destierro americano.

Si recordamos, tal y como se nos relata en el libro de Samuel, no fue hasta que David consiguió doblegar a los filisteos, gracias a su lucha a muerte contra Goliath, cuando el rey Saúl comenzó a observar amenazado su reinado. Hasta entonces él era el único rey de Israel, pero cuando David derribó a Goliath comenzó a sospechar que su reinado podía acabarse o debía compartirlo con aquel joven de

¹⁰ En Dapaz-Strout, Lilia, *Símbolos primordiales, mito e historia en Sobre héroes y tumbas* dentro de *Épica dadora de eternidad. Sábato en la crítica americana y europea*. Selección y edición

quien, entre murmullos, se decía que era la exacta prefiguración del Mesías que rescataría para siempre a Israel de su éxodo.

Es en el momento en que la piedra de David golpea en la cabeza de Goliath y éste cae desmayado al suelo, inerte, sin vida y sus ojos se cierran, cuando Israel comprende que la tierra por la que lucha puede llegar a ser enteramente suya.

En el tiempo de las guerras de independencia argentina, el ejército filisteo había caído derrotado por entero. Las tropas inglesas debían volver a su vieja isla y el padre hispánico no gozaría más su prostituta favorita. Quedaban, por tanto, dos ejércitos frente a frente para hacerse con la tierra argentina. Pero sólo podría hacerlo quien, simbólicamente, demostrase que había vencido a Goliath. Los federales como Dorrego sabían que era importante manejar el cuerpo del gigante americano pero que, en realidad, lo importante era la cabeza. Lo importante era controlar Buenos Aires. Los unitarios, más concisos, no tenían duda alguna. Había que apuntar directamente al gobierno de Buenos Aires. Quien gobernara la cabeza del país sería, sin duda, su rey.

Por ello es tan importante la cabeza en la obra de Sábato. La cabeza de Lavalle que el general Oribe quiere colgar a la vista de todos. La cabeza inerte de Dorrego a quien un cegado Lavalle hace ejecutar. O la cabeza envuelta en paños y prácticamente disecada, momificada, del tatarabuelo de Alejandra, Bonifacio Acevedo que guardó con tanta pasión su hija Escolástica, y cuya traumática llegada envuelta en sangre a la casa de los Olmos supuso su definitiva decadencia, su incursión en los territorios de la derrota y la locura. Porque, como aprenderá Martín, quien pudiera cortar la cabeza del enemigo habría demostrado que su estirpe descendía directamente del rey David al que, más tarde, continuarían Salomón y, después Jacob, y se le habría concedido por decreto divino gobernar la tierra argentina. Por el contrario, quien perdiera aquellas guerras podría continuar viviendo en el país pero jamás controlar sus tierras, pues habría demostrado que su estirpe se fusionaban los rastros asalvajados, a veces cobardes, de Saúl o Esaú. Y si

revisamos, por ejemplo, las primeras narraciones engendradas por los escritores del Río de la Plata, la cabeza cortada es un signo esencial y que, de una manera u otra, se encuentra presente en muchas de ellas.

De hecho, **Amalia**, como tantas historias que dieron cuenta de la cruenta realidad del país argentino, finalizaba con una imagen ya mítica: la caída de la cabeza de Eduardo cortada por los partidarios de Rosas sobre el seno de su esposa, Amalia, tendida en un charco de sangre. Y, más allá del azar objetivo, creo que la influencia de este final no sólo pesa por toda la narrativa argentina sino, sobre todo, por la obra de Sábato, quien no dudaría en situar la mansión de los Olmos en Barracas, que es el mismo barrio donde se sitúa la quinta donde se produce el sangriento y trágico final de la obra de Mármol. Una mansión, la de los Olmos que, por otra parte, hemos de suponer que se encuentra prácticamente decorada de la misma manera o al estilo de la descrita en Amalia, pues no ha podido crecer con los tiempos ni superar el trauma de aquella cabeza que violentamente entrara por la ventana. Donde –como si Argentina se encontrara aún enterrada en el círculo sangriento que describen la obra de Mármol o la de Echeverría– se habla de Rosas con mayor insistencia que de Perón.

Además, no hay mejor signo metafórico que aquella cabeza guardada durante años por Escolástica, para expresar el desequilibrio radical -sin duda, uno de los mayores problemas del país argentino-, que nació de la capitalización del poder de toda su gigantesca extensión sobre esa cabeza de su cuerpo que es Buenos Aires. Para denunciar el oneroso olvido de las provincias argentinas, de los pueblos unidos del sur, como reza el himno argentino.

Es ahí donde terminó el sueño unitario, el sueño de Lavalle y el de un gran país argentino. Mismamente el sueño de los federales. De los Olmos y los Acevedo. De Caín y Abel. De Baistos y su hermano, Castel y Allende. En la forja de un país desequilibrado. Un monstruo semejante a aquel Goliath, tal y como lo pensase en afortunada metáfora Martínez Estrada, cuya cabeza separada del cuerpo (Buenos Aires del resto del país) es la única parte cuidada, amasada durante años de penumbra

y que ha sobrevivido el paso del tiempo y el desgaste, lo cual no podría prefigurar nada venturoso. Se lo dice Alejandra a Martín con claridad en una expresión cuyas últimas resonancias para la historia de la Argentina no tendría que escapársenos: “Comprenderás que con la cabeza no podía pasar nada normal, aparte de que nada de lo que pase con una cabeza sin el cuerpo correspondiente puede ser normal”.¹¹

Y es que, en realidad, como pone de manifiesto Sábato, la guerra es la mayor ceguera. El ámbito donde nadie mira, ni conoce, donde nadie ve y reina la oscuridad. Y, por ello, no resulta extraño concebir que el país argentino deviniera –si hemos comprendido la metáfora de Estrada- reino filisteo, deviniera Goliath que ha sido vencido por su propia mano y no por la de ningún enemigo. Pues si seguimos escarbando en la historia bíblica y leyendo ciertos de sus pasajes al revés para intentar contemplar la historia de Argentina, de América, podremos apereibir otras nuevas significaciones en la historia que llevan a enfrentar a los reyes Saúl y David por el reinado de Israel.

Precisamente, como nos han explicado Josy Eisenberg y Armand Abécassis, “en la época de Samuel, los hebreos querían concederse un rey”. Sin embargo, Samuel se oponía “vanamente a este proyecto, en el cual él “observaba “una ofensa al reino divino”.¹² Pero si, finalmente, accedió a uncir Saúl como rey fue a causa de un episodio singular. La ciudad de Jabech de Galaad –en la actual Jordania– fue sitiada y conquistada por el rey de Admón. –comunidad de Jordania– quien se llamaba Na’hach; es decir, serpiente. Precisamente, el rey serpiente, una de las primeras amenazas que esgrimió sobre esta ciudad no fue sino la de reventar a todos sus ciudadanos el ojo derecho, imponer este oprobio a todo Israel (I Samuel, 11, 2). Y fue gracias a la liberación que Saúl hizo de esta ciudad, al enfrentamiento que tuvo con el rey serpiente como Saúl llegó a ser rey. El primer rey de Israel. Lo que para Samuel no podía más que conducir a su pueblo y a los hombres al estado de melagomanía, puede que a la guerra civil y, asimismo, a una posible emancipación de Dios similar a

¹¹ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas** dentro de **Obra Completa Narrativa**. cit, pág., 148.

¹² Abécassis, Armand y Eisenberg, Josy. **À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l’homme**. Éditions Albin Michel, S.A. Paris. 2004. cit, pág., 442.

la que se había producido en el intento de levantamiento de la torre babélica. Por lo tanto, como Eisenber y Abécassis, expresaban fue “por oposición al rey serpiente” que nació “la monarquía en Israel”.¹³ Otra vez, a causa de una serpiente, el hombre volvió a separarse de la ley divina y enroscarse en una lucha a muerte entre dos bandos que únicamente sería resuelta por un pastor como Abel, David, el futuro ganadero de su pueblo y dueño de los destinos del mundo por su sentido de justicia y paz.

Pero, sin embargo, ¿no es cierto que David llega a ser reconocido matando?, ¿no es verdad que del texto bíblico no conocemos en realidad más que una parte de su vida y que, a pesar de su sentido de justicia, para llegar al poder y mando de Israel debe recorrer un camino, en verdad, repleto de sangre y sombras parecido al de un personaje shakesperiano?

Por otra parte, es curioso que el rey serpiente sea presentado de manera tan malévolas por la Biblia. Y además que sus palabras refieran a la necesidad de acabar con el ojo derecho de los israelíes. Como sabemos, es el ojo derecho, el dominio de lo consciente, de la fuerza, y el desarrollo y dominio de la razón y lo masculino, precisamente, el ojo predominante en las sociedades occidentales de hoy en día. El ojo castigador contra el que se rebelara el surrealismo premiando la instauración del inconsciente, ojo izquierdo, que permite conceder una raíz mítica e integrarlas en un conjunto cosmogónico los distintos estratos de la vida del hombre. El ojo que premia la intuición, el sueño, hacia donde miraba la mujer retratada por Castel en *Maternidad*, el rincón del espíritu. Si se nos permite mirar de nuevo la historia bíblica en clave simbólica, en realidad, sería de nuevo la serpiente, ese terrible rey serpiente descrito por Samuel, quien conduciría al hombre al pecado de la melagomanía. Pero, si leemos entre líneas, gnóticamente, ¿no es aquel rey serpiente excesivamente maquiavélico quien señala a los hombres donde pueden acabar si persisten por la línea trazada por el imperio de lo demónico que es siempre lo derecho, lo unitario y el camino que ha continuado Occidente hasta hacer de la razón y la ciencia unos instrumentos a través de los que controlar el mundo?

¹³ *Ibidem*.

En realidad, el mismo nombre del ejército al que se adscribía Lavalle, los unitarios, expresaba ya toda una contradicción. No se podía unir a todo un país, primando únicamente una de sus partes. Y, precisamente, las palabras que pronunciara tras la muerte de Dorrego, así lo dejaron claro: “El coronel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden... la historia dirá si el coronel Dorrego ha debido o no morir... su muerte es el mayor sacrificio que puedo hacer en obsequio del pueblo de Buenos Aires”.¹⁴ Matar a Dorrego era matar por Buenos Aires, por la cabeza de un monstruo, del nuevo pueblo de Israel dispuesto -una vez que habían decidido uncir una corona sobre la cabeza de uno de los suyos- a desafiar a Dios para extender el mandato del diablo. No era matar por Argentina por mucho que, más tarde, el mismo Lavalle hubiera reconocido que el sacrificio realizado con el asesinato de Lavalle era a favor de todo su país.

Verdaderamente, resulta muy seductora la manera a través de la que nos presenta Sábato, a su vez, el último estertor del sueño de Dorrego, el país que no pudo ser, unido y equilibrado en todas sus partes y forjador de la mano de San Martín, Belgrano o Lavalle del utópico sueño de independencia y la liberación tantas veces postergada de la amenaza del padre hispánico. No puedo evitar observar el sueño de Dorrego, a quien Lavalle llamaba “el loco”,¹⁵ tasmutado en pesadilla tras su muerte en ese otro personaje de 40 años (prácticamente la misma edad que tenía Dorrego (1787–1828) el día de su asesinato), a quien encuentra Martín en la casa de los Olmos: El loco.

Un loco portador de una cabeza “enorme y alargada como un dirigible”,¹⁶ a través de la que parece todavía no desistir en el sueño irreal de una Argentina unida y no disgregada por Buenos Aires y asistido por las notas musicales que extrae del

¹⁴ En Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos I**, cit., pág., 483.

¹⁵ Nos señalan Floria y Belsunce, que en aquellos momentos, Lavalle, “El jefe revolucionario se debatió entre los impulsos de su conciencia y su lealtad hacia quienes le habían entregado el mando de la resolución. Carecía de ideas políticas claras y era (...) Se dejó cegar por una fidelidad secundaria y por el resentimiento hacia el prisionero a quien llamaba desde tiempo atrás “el loco”. *Ibíd*, pág., 482.

clarinete a través de la cual me lo imagino componiendo un chirriente y asfixiante himno argentino a las estelas de la noche. A los brujos y a los demonios o a lo que queda de cuerdo en su persona unida en la visita de Martín a su casa a la de Justina, la vieja india, lavando en una pileta acaso el pecado cometido contra América por los Hernandarias, los Olmos, los Acevedo. Como si únicamente ella pudiera sostener aquella casa, fuese la raíz oculta que no ha permitido que se desmorone y, en realidad, la única componente de la misma que no irá al infierno cuando Alejandra extermine para siempre el oneroso sello de los Olmos para siempre de Argentina, de América.

Un sello maldito que está inscrito por todo **Sobre héroes y tumbas**, donde aquella mentira a la que miraba Castel en su recorrido por Buenos Aires, pasa a ser suplantada, ahora sí, por la historia verdadera, la de los “enfermos y muertos”,¹⁷ los muertos anónimos y perdidos en el inconsciente colectivo de la Argentina, sobre los que no cesa de hablar la tía de Alejandra, Teresa. Y así, lejos de la Recoleta, Martín camina entre calles que traen lejanas historias de muerte como la de Martín García -que debe atravesar para ir hacia la casa de los Olmos-, Pedro Mendoza o el almirante Brown o la sempiterna y anhelada Independencia, al tiempo que visita lugares como el Moscota donde encuentra los estertores del espíritu occidental partido y digregado siempre –más aún después del fracaso del comunismo– donde sus propietarios ya no tienen esperanza de encontrar a tío Vania alguno.

Pues esta es la Argentina que Martín comenzará a ver. A Reconocer. Y donde se familiarizará ya del todo con la historia oculta que hay detrás de aquel poster colgado en su habitación: “Belgrano haciendo jurar la bandera azul y blanca a sus soldados, en el cruce del río Salado”.¹⁸ Sí. Belgrano también moriría en la miseria y ante la indiferencia de las autoridades de su tiempo, pero es que él también, como se encarga de mostrarle Alejandra con su desprecio radical a su país, era otro hombre cegado. Otro más. Otro hombre manchado con sangre de América, de sus propios

¹⁶ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 187.

¹⁷ *Ibíd*, pág., 163.

¹⁸ *Ibíd*, pág., 135.

hermanos por el iluso sueño de ser señor de este mundo. Uncido con una corona envuelta en crímenes.¹⁹

Mirar el cuerpo de la Argentina, por tanto, para Martín significará observar el cadáver de Goliath abrasado en su propia codicia. Observar cara a cara un monstruo, la lucha entre dos hermanos por el cuerpo de un muerto. Vislumbrar la imposible llegada del reino mesiánico, de la reconstrucción del templo de Jerusalén y los crímenes y muertes que debieron ocurrir para que David llegara a proclamarse rey de Israel. Profundizar en la historia de los hombres cegados y cuya tristeza y fatal destino determina de manera unívoca el sentimiento de Martín y la lucha cerrada a la que asiste en la sociedad argentina. Saber, en definitiva, que “había dos naciones en el mismo país, y esas naciones eran mortales enemigas, se observaban torvamente, estaban resentidas entre sí”.²⁰ Llegar al mismo conocimiento que comunicó San Martín a Lavalle, antes de partir para siempre al extranjero, dejando solos a Castel y María en una plaza de su nombre: “los partidos eran irreconciliables y sólo un gobierno fuerte que exterminara al partido contrario sería capaz de dominar la situación”.²¹

Pero Martín debe hacer el recorrido inverso a San Martín. Debe dejar de ser santo, estatua y figura cegada que mira a sus hijos liberados desde su verdadero país, Occidente, para entremezclarse con America. Debe ser río, vegetación, fuente y sueño de América y para ello ha de conocer la sangre, la raíz. Esta es la verdadera

¹⁹ Así lo indica Pacho O'Donnell: “Es el mismo Belgrano quien, con Moreno, redactase el terrible *Plan revolucionario de operaciones*, pero que nuestra historia falsificadora decide “proteger” haciéndolo aparecer como ingenuo perdonador de enemigos y pacato chupacirios, destacando su voz aflautada y generando discriminatorias sospechas de homosexualidad. Lo cierto es que don Manuel supo, de acuerdo con lo que su patria le exigía, jugar a la guerra y sus horrores siempre que fue necesario. Como cuando ante los once prisioneros tomados por Aráoz de Lamadrid en la corajuda acción de Tambo Nuevo descubre que dos de ellos estaban entre quienes luego de la batalla de Salta habían jurado no volver a empuñar las armas en contra de los ejércitos revolucionarios. Don Manuel ordenó que fueran fusilados por la espalda, con la prevención de que la descarga no les dañase sus cabezas, las que fueron luego seccionadas y transportadas sigilosamente lo más cerca posible del campamento enemigo, donde fueron izadas al extremo de altos maderos, de los que pendían rotulos de grandes y visibles letras: “Por perjuros e ingratos a la generosidad con que fueron tratados en Salta”, en O'Donnell, Pacho. **Los héroes malditos**. op.cit, pág., 98.

²⁰ Sábato, Ernesto., **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 269.

santidad, para Sábato. Y para ello, debe salir para siempre del caparazón. Comenzar a vivir en la historia. Ser independiente de verdad. A ello obliga la serpiente. Morder el fruto del conocimiento. Por lo que no resulta extraño que la cita anterior a su último encuentro con Alejandra –cuando comience a atisbar lejanamente el terrible secreto de los ciegos, la historia de incesto– sea en el bar Adam, a las seis de la tarde. Según el relato de la creación que es el único que el profesor Alberto Gandulfo tendrá por verdadero, el sexto día fue creado el hombre. El Adán. Y es tiempo de que Martín conozca de una vez la verdad, antes de cerrarse en un paraíso –en realidad, una cárcel– creada por el demonio para tenerlo sujeto y gobernado a sus deseos. La mayor ínfula de todos los estados totalitarios empeñados en que el hombre nunca muerda la manzana del conocimiento y descubra el terrible infierno en el que estaba viviendo. Alejandra ya le ha dado a probar la manzana, ahora está obligado a conocer la verdad, la gnosis, al tiempo que ella va a enfrentarse definitivamente con su padre. A purificar mediante el fuego el diabólico seno de su stirpe.

Para extraer la verdad que se encuentra tras las piedras de la locura, como comprendiera Alejandra Pizarnik, es necesario no ceder. Sacrificar nuestra vida, si hace falta. Hacia allí se dirige Alejandra una vez que ha conocido un alma pura, Martín. A dar su vida como sólo unos pocos hombres y artistas, Rimbaud, Artaud o Van Gogh, han llegado a hacer, poniendo de manifiesto de una vez lo que, rigurosamente, comprendiera don Quijote: no hay mayor loco que los cuerdos. No hay mayor loco que los asesinos, los hombres que intentan esclavizar a los demás hombres, que pelean por el dinero, que pasan sus vidas luchando por poseer un cuerpo o una vida que es transitoria y fugaz, que es lo que entiende ese cuerdo sano a quien llaman el loco. El loco Barragán. Loco como Dorrego que, durante unos instantes, pensó que podía ser realidad la paz en su país, la realización de una elecciones democráticas que no fueran fraudulentas. Porque el loco es el hombre de paz, quien no desea luchar ni matar pero aún no tiene la necesaria fuerza de la conciencia para dar un sentido a esta lucha. Sobre todo, es loco porque no sabe contra quien la dirigir su encarnizada batalla que es lo que –como luego veremos– sabrá perfectamente Alejandra quien expiará como aquel Domenico que retratara Andrei

²¹ En Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos I**.cit, pág., 484.

Tarkovsky en su bellísima **Nostalgia**, sus faltas y las de sus contemporáneos en el fuego para ofrecer un sentido a su luchar, dar luz a la esperanza, mostrar que el mal siempre acaba autodestruyéndose.

Por ello, será tras su desencuentro con Alejandra en el Adam y la terrible despedida, cuando Martín entrará de golpe en la historia de su país. Se introduce para siempre e irremediabilmente en su historia como si traspasara un espejo. Ya puede comenzar su travesía solo.

Precisamente –y otra vez por fuerza de un azar objetivo siempre riguroso en el caso del país argentino– fue el mismo día que Baistos mordió la carne de su hermano, el día del Corpus Christi, cuando la rivalidad y la lucha entre peronistas y antiperonistas se mostró de una manera clara y precisa. Pues fue éste el día elegido por el antiperonismo para desafiar al régimen desfilando por las calles de Buenos Aires. Y sería esta fecha la detonante, una vez que el gobierno peronista envió al exilio al obispo auxiliar de Buenos Aires, monseñor Manuel Tato, de la consiguiente excomunión de Perón que la Santa Sede realizaría el 15 de junio.

De esta manera, una escuadrilla anti-peronista provocará el asalto de la plaza de mayo motivando que esa misma noche los partidarios del general Perón se lancen a la quema de templos católicos. Ese día fue el el 16 de junio. Y es también el día que Martín comienza a realizar su travesía histórica en el presente real de la Argentina. Y resulta muy curioso que la escuadra que inundara de fuego, como predijera Barragán, la plaza de la nueva Babilonia, estuviera destinada, en principio, a homenajear a Eva Perón. Pues este hecho pone aún más de relieve la importancia de que Martín y un peronista se animen en la escena que relata los sucesos de aquella noche de odio magníficamente descrita por Sábato, a salvar a la Virgen de los Desamparados. Es ella la madre espiritual, la luz que trae consigo el recuerdo del pleroma y es la estatua que no está empantanada en flujo vaginal alguno y donde encuentra Martín la pureza ansiada que su madre no ofrece. Sin ser cuerpo, sin ser labios, sin ser carne, está alejada de todo mal. Ella no puede corromper ni ser corrompida. No es María Iribarne quien estaba atada de manera fatal como Alejandra a la materialidad

corporal. No es América. Es el recuerdo de Europa. De los barcos que se fueron para no volver. No tiene culpa ni pecado. No tiene la huella del padre en su interior. Se lo dice un peronista, un cabecita negra, a una señora indignada ante el salvaje comportamiento de las hordas de Perón y que abrazará los pies retorcidos en sangre de un Cristo: “¿Y qué culpa tiene la Virgen de todo esto?”²²

Al contrario, Evita fue mortal. Murió. Era el pecado. El lacerante recuerdo de la mortalidad. La madre que dejó a sus hijos perdidos en el destierro. De nuevo, desamparados. Divididos. La mujer de baja extracción. La prostituta. América. La mujer que rompió la ley y amó al padre y al marido. Quien provocó la ruptura inicial del primer *anthropos* andrógino que fuera el Adán. La primera división. Las dos fuerzas, Caín y Abel que pugnan por imponer el reino de lo materno o de lo paterno. Y, por ello, resulta muy ajustado que fuera el día dedicado a homenajearla, cuando las potencias peronista y anti-peronista enfrentadas por la posesión de la tierra y, en verdad, siendo esclavizadas de nuevo por un solo Dios, colisionasen de nuevo sobre el sangriento suelo argentino.

En este sentido, será fundamental para la futura transformación de un Martín ya para siempre separado de Alejandra y atisbando la terrible potencia que esconde el mal, encontrar el signo de lo mariano en el mundo material. Pues este gesto significará unir a Eva y María, que es el trasvase que todo hombre ha de hacer para atisbar el camino de la confianza, la fe en este mundo. Significa completar una figura que a Martín sólo le será dada atisbar y unificar definitivamente cuando decida abandonar para siempre la idea de su suicidio gracias a la aparición de Hortensia: María Magdalena. La mujer que, según algunas versiones apócrifas, llegó a conseguir que el Cristo se abrazara a la materia. Pecase. Se abrazara a la madre tierra en un abrazo terrenal. Aquella peligrosa María Magdalena, quien como supo comprender Proust mientras mecía sus labios en su leche, en verdad, recuerda que el nuevo hombre, el Cristo redimido o el Caín creador, sólo podrá llegar cuando pueda trascender la materia a través de lo espiritual y viceversa. En verdad, la mujer que complementa la simbólica escena de la muerte de Cristo. La figura que viene a

²² Sábato, Ernesto., **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 317.

integrar la pura luz de la Virgen y le otorga la oscuridad necesaria para que ésta brille, la luna que viene a relevar al sol en su duelo y cuidado del Cristo muerto en la cruz, la sombra que cuida que el cuerpo de María no se desvanezca de dolor y el cuerpo de su hijo muerto, ensangrentado, caiga en sus brazos para emitir una resplandeciente luz: la luz del conocimiento, la gnosis.

En suma, la mujer que ayuda a comprender el pecado. Quien enseña que sin pecado no hay vida como sin el mal no podría existir la posibilidad de acceder al bien, al verdadero conocimiento. A ese misterio de la creación que recostaría aún más a un anciano Proust –mientras la peste de la guerra hacía sus estragos a principios del siglo XX– sobre su lecho para terminar de hilvanar la perdida y escondida historia de su origen y recobrar el tiempo perdido para siempre. Pues es esta la mujer, la humilde, la pecadora, la que le regalará Dios a Martín cuando le reclame su presencia antes de decidir suicidarse o no.

Es María, la Virgen, la que reza por el Cristo, pero es María Magdalena la que canta por él. Porque la Virgen recoge al niño que nunca se fue. El niño que estuvo prisionero en el mundo material pero ha vuelto a su estado puro, al pleroma. Únicamente reza para que el tránsito mortal pueda ser efectuado. Pero Magdalena canta para que Caín vuelva en sí. Canta para que siga viviendo, efectuando el tránsito vital. Aunque duela. Pero la vida es travesía y si ha decidido vencer al diablo, no arrojarse en la Garganta del Diablo a la que se precipitara Lavallo con su gesto asesino, condenando al mismo tiempo a la nación argentina, es mejor vivir cantando. La música paraliza al demonio. Es la mejor compañera de Caín. Quien le anima a seguir luchando sin armas por revelar la verdad de su historia, el engaño que sufriera por aquel terrible Dios.

La madre hecha únicamente de espíritu y sin rastro de cuerpo del padre en su seno vela por el muerto, por el retorno del hijo pródigo a su lecho que es siempre vuelta al seno materno hecho de espíritu en el cristianismo y disuelto en luz de sabiduría por la gnosis. En realidad, nunca había salido de la madre. Pero la Magdalena canta porque ella intenta reanimar al vivo, es la que cree en la

resurrección porque es la que está más cerca de la vida. Cristo no ha muerto. Está durmiendo, con los ojos cerrados, aparentemente ciego como Martín, quien gracias al canto de Hortensia, a los llantos del niño, la visión del Cristo y su búsqueda de la verdad, sabrá cuál es el camino que ha de realizar ahora. El camino al revés del que realizara Hernandarias. Ir en busca del corazón de América. Así se lo señalará aquel Cristo que “tenía el pecho abierto como en una lámina Testut y mostraba su corazón con un dedo, en colores”.²³ Esto es lo que debe hacer. Mezclarse con ella para siempre y renacer en alma nueva, reconocer a América, la tierra argentina, el sucio barrio de la Boca y los labios carnosos de su madre, “pues”, como indicara María Zambrano “sólo hay propiamente madre cuando nace un cuerpo nuevo”, un hombre nuevo que no tiene miedo de vivir, de la materia o el espíritu. Y esto será Martín al final de la novela. “Un cuerpo hacia la luz que cumple su promesa” y se atreve a mirar heroicamente al ciclo vida-muerte de este continente a la cara, historizando y des-historizándolo para engendrar la vida nueva que permita la existencia de una tierra fértil, de una verdadera madre que, como bien supiera la pensadora española, “sólo” existe “en el cumplimiento de una promesa de la vida a la luz”.²⁴

Es allí donde se encuentra el verdadero oro y no en La ciudad de los Césares que el padre del camionero que lo acompaña en su búsqueda, Bucich, fue a buscar aún en el siglo XIX. Donde se encuentra ese “país inexistente pero posible”,²⁵ que dibujaba Martín en forma de periódico en el parque Lezama. Y para hacerlo posible es necesario romper para siempre con el círculo del eterno retorno de los mismo que siempre vuelve. El ciclo burgués del trabajo diabólico al que se encuentra encadenado al hombre y del que sale, simbólicamente, para siempre Martín regalando el anillo de poder que sella en su mano el dominio del orden imperante, a Hortensia.

Es entonces cuando, inconscientemente, Martín lo comprenderá todo. Aunque necesite de Bruno para poder terminar de reconstruir la historia infernal que le ha llevado al intento de suicidio y ha llevado a su país a una paupérrima situación.

²³ *Ibíd.*, pág., 509.

²⁴ Zambrano, María. **La razón en la sombra**. op.cit, págs., 62 y 63.

²⁵ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 118.

Observa una foto de Evita y Gardel, escucha las preguntas de Hortensia, “¿no le parece hermoso Madreselvas en flor? ¿Y Caminito? (...) Después están las flores, los pájaros, los perros, qué sé yo”,²⁶ y las dudas que le asaltaban sobre la posible emigración del alma tras la muerte, se resuelven por sí solas.

Puede que el hombre no sepa hacia dónde camine. Puede que Argentina no tenga un camino trazado. Pero este no debería ser motivo de desesperanza. Si bien no sabemos donde va nuestra alma tras la muerte, al menos tenemos las piernas, este cuerpo y nuestro alma para moverla a través del mundo. Viajar no tendría por qué representar exilio. Podría ser también descubrimiento. Camino hacia el pleroma y la identidad americana. Caminito hacia Dios. Desde la Boca hasta la Patagonia pasando por Jujuy.

Al fin y al cabo, esto es lo que ya intentara el padre de Martín o los propietarios del Moscota: caminar a ciegas antes de dibujar una forma sobre el tapiz, buscar el origen. Incluso Castel o Carlos, a pesar del fracaso del dibujo de su enamorada que realizara este último Y alguien debería darle sentido a su lucha. O, al menos, alguien debe realizar a ciegas en la vida el mismo camino que ellos realizaron a ciegas a través de la pintura. Buscar a Dios, su identidad, a través de los signos de lo americano. Ese es el camino que empieza a realizar Martín una vez que no levanta las armas, se niega a quitarse la vida y acepta como madre a la prostituta americana que hasta entonces despreciaba o le causaba pavor: el camino de Caín a Cristo que puede dar sentido al fracaso de su padre, de tantos hombres, ofrecerles valor sin necesidad de desempeñar el puñal de Fierro. Aquel cegado culto del coraje.

Decía Martin Campbell que el frágil héroe de nuestro tiempo y de todas las épocas está obligado a adquirir la suficiente “madurez para entender cómo las enfermas y enloquecidas tragedias de este vasto mundo sin escrúpulos adquieren plena validez en la majestad del Ser”. Sólo así podrá trascender “la vida y su peculiar punto ciego”,²⁷ elevarse a contemplar el agua cristalina pre-bautismal del primer

²⁶ *Ibíd.*, pág., 510.

²⁷ Campbell, Joseph. **El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito.** op. cit, pág., 214.

tiempo donde poder reconciliarse definitivamente con su padre. En suma, esto es lo que hace Martín una vez que ha merecido el amor de la mujer que, para Campbell, era esencial para llegar a disfrutar esta vida como estuche que promete la eternidad. Martín se reconcilia con su padre y con sus antepasados y con un Dios desconocido que sabe que nunca podrá nombrar que se le apareció en forma de mujer, mostrándole la justa bendita a través de la que compuso la creación. Así, Martín –siguiendo en esto a Campbell– trasciende su pasado y olvida al fin su ego, siendo canal que posibilita la futura llegada de Cristo en los hombres, pues al “disolver totalmente todas sus ambiciones personales, ya no trata de vivir, sino que se entrega voluntariamente a lo que haya de pasarle; o sea que se convierte en anónimo. La Ley vive en él con su consentimiento sin reservas”.²⁸ Ha podido trascender su Caín interior.

Lo que también significa que está abriendo una nueva vía para el destino de su pueblo, su país. Pues Martín, como todo héroe mitológico, según Campbell, “es el campeón no de las cosas hechas sino de las cosas por hacer” y por ello, “el dragón que debe ser muerto por él, es precisamente el monstruo del status quo: (...) el guardián del pasado”.²⁹ El hombre que no tiene miedo de enfrentarse desnudo a los hielos de la Patagonia para que su corazón se derrita con la visión absoluta de la realidad que cobija de nuevo a los hombres al albergue de los mares. Un paso más allá de quienes necesitaron empantanar con su cegada imaginación los parajes patagónicos. Como sabía el pueblo israelí, entre el exilio y el éxodo hay una gran diferencia. La que hay entre recibir un nombre ya dado sin posibilidad de réplica y buscar el nombre que, en realidad, habría de pertenecernos.

²⁸ *Ibíd.*, pág., 217.

²⁹ *Ibíd.*

IV.2. LA SOMBRA DE LILITH.

“¿Quién te ha dicho que tú estabas desnudo? ¿Es que tú has comido del árbol del cuál te había prohibido comer? Adán dijo: La mujer que Tú me has dado, es ella quien me ha dado a comer del árbol y yo he comido”

Génesis 3, 11-13.

“Es la mujer que Tú me has dado quien me ha desviado de Tu palabra”

Pirké de Rabbi Eliécer, XIV.

Adán y Lilith comenzaron a luchar. (...)

Y él dijo: “Yo no me acostaré debajo de ti sino solamente sobre ti. Porque tú has sido hecha únicamente para estar en la posición sumisa, porque yo soy tu superior.

Lilith respondió: « nosotros somos iguales porque hemos sido creados de la misma tierra.

El alfabeto de Ben Sirah.

“Señor del Universo, la mujer que me has dado ha partido”.

El alfabeto de Ben Sirah.

Frente a María que era la mujer entre las sombras buscando un refugio de veracidad en un mundo de hombres, controlado por sus ínfulas y deseos y donde únicamente podía escucharse el dictado de su voz, aparece la feroz Alejandra. Se vuelve diabólicamente hacia los mismos y amenaza con devorarlos tras el oprobio al que la han sometido durante siglos.

María buscaba en la concupiscencia la libertad negada por el aparato opresivo y dominante del monoteísmo masculino, y su relación oculta entre tinieblas con Hunter hacía presuponer en ella la necesidad de transgredir la ley para alcanzar un espacio libérrimo donde encontrarse a sí misma e interrogar a un mundo que, como Castel, no deseaba escucharla. Como la hermana de Ulrich, el inquietante personaje compuesto por Robert Musil en **El hombre sin atributos**, parecía querer doblarse, recogerse en la simiente de su propia familia para no dotar fruto alguno a un mundo sometido a una ley que doblegaba a los individuos bajo sus dictados y los hacía esclavos de un mundo y una tierra que les había sido prometida: Argentina.

Asimismo, Alejandra será rebelde contra la ley. Pero si la rebeldía de María estaba sutilmente entretejida por un deseo de desafiar al padre, a la ley, hábilmente escondido y frenado en sus relaciones con los “otros”, la revuelta de Alejandra es absolutamente explícita. Es la rebelión de la mujer judía contra el dictado maternal de la cultura cristiana que la ha retirado del templo. Y, en última instancia, es la lucha de la hija contra el padre que quiso ser Dios. La batalla de uno de aquellos demonios engendrados por Satanás para tentar a Adán, cegarlo, conducirlo al deseo de la posesión y no permitirle mirar en su interior y reconocer a su creador: Lilith. Alejandra misma se lo dirá a Martín sin recato alguno: “Quizá sea la encarnación de alguno de esos demonios menores que son sirvientes de Satanás”.¹ Y, desde este punto de vista, es lógico que su lucha termine con la muerte del padre en el famoso incendio de Barracas. Acabar con el padre para Alejandra supone acabar con el dictado del monoteísmo, el padre que ríe oculto, utiliza a las mujeres y no las castra. Pero, al mismo tiempo, el padre que les impone su deseo sin límites, más allá del bien y del mal, hasta permitirse convertirlas en solo sexo, llama o materia que les niega la posibilidad de su independencia, les roba el alma y las condena al olvido a cambio del regalo que supone la entrada en ellas de su falo imbuido del poder cruento a través del que domina el mundo.

En cuanto a su lucha contra el reino maternal que niega el embrión mujer y la sexualidad femenina, en el cristianismo, su nombre ya nos lo indica todo. Alejandra que es un derivativo femenino del griego Alejandro ya indica que su revuelta es contra el “andros”, o va dirigida hacia el aspecto femenino que debería haber en el “andros” para que éste integre su opuesto femenino, oscuro e irracional. Pero, además, Alejandra era el segundo nombre de la reina Salomé concedido en memoria de Alejandro el Grande, quien fue favorable a los judíos como nos informa el Talmud. Y es que en el Oriente y el Occidente que unificara Alejandro, la mujer y las diosas ocupaban un rol fundamental. Desde su papel fecundador -ser portadoras y receptoras del misterio de la vida- hasta un papel simbólico preclaro y pre-consciente –puentes entre el mundo divino y terrenal– a las mujeres se les otorgaba un valor esencial que complementaba el dominio heroico de lo masculino. Desde luego, no se

¹ Sábato, Ernesto., **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 207.

las negaba. Tampoco se las igualaba al varón como indiscriminadamente empieza poco a poco a realizarse en Occidente tras el estallido de la Segunda Revolución Industrial y el cada vez más vertiginoso proceso de racionalización del mundo. Ni se las humillaba, como se hizo desde tiempos pretéritos en Argentina, tal y como nos indica Daniel Castillo Durante: “Negativizada, la imagen de la mujer” recicló “las frustraciones del argentino medio presa de una sociedad muy jerarquizada”, donde los problemas económicos y la falta de perspectiva de cara al futuro engendraban la necesidad de un chivo expiatorio que, tantas veces, fue la mujer, debido a una lógica clara. Esto es, “la satanización de la mujer” permitía “al sistema patriarcal ocultar sus relaciones problemáticas con los grupos hegemónicos de la sociedad machista argentina”.²

Exactamente, si comprendemos que el cristianismo intentaría, a través del mensaje invertido de amor que se resuelve en el Cristo travestido, sangrante en la cruz y hecho ya únicamente de madre no sexuada que le recoge en sus brazos, desmaterializar la vida y, por tanto, negar el atributo sexual de la mujer asimilado con el de la pecadora Eva, habríamos de comprender mejor el gesto que realizara Herodias matando a Juan Bautista. Como alguno de los significados del baile de Salomé. Exactamente, recurriendo de nuevo a Rozitchner, hemos de recordar que “los judíos mantenían el tránsito y la permanencia de la madre arcaica, infigurable en la madre real y las mujeres; tenían cuerpo a tierra en la materialidad terrestre.” Lo que significa que, a pesar de tener que enfrentar el poderío del “padre genitor terrible”, Yahvé, sus atributos sexuales no se habían disuelto en el lívido espíritu como lo harán con la llegada del cristianismo. La madre era madre pero, sobre todo, era mujer.³ Sin embargo, con el cristianismo –y sospecho que esta es una de las

² Castillo Durante, Daniel. **Ernesto Sábato. La littérature et les abattoirs de la modernité.** cit. op. pág., 18.

³ Nos dice Rozitchner explicitando esta cuestión: “Los judíos han concebido a Dios como infigurable, pero la madre, prohibida en los ídolos, no existía como diosa de palabras. Mucho menos pura. No la habían negado y convertido en Espíritu Santo; sólo estaba disfrazada en otra forma de hembra, ubérrima: como fantasma, Diosa del Cielo o Becerra de Oro. En el Templo hasta había prostitutas sagradas al comienzo; con una de ellas el profeta Oseas tuvo un hijo. No habían imaginado una madre virgen (como cuando interpreta cristianamente Mateo las palabras de Isaías, 7, 14), como tampoco han concebido la resurrección de los muertos. En cambio, los cristianos, al venerarla sólo como virgen y pura, han idealizado la generación sexual despojándola a la madre de su materialidad viviente. El pecado de prostitución y de

grandes amenazas que advierte Herodias en la prédica de Juan el Bautista– “el cuerpo de la madre” muere “en el interior del hijo como ninguna religión lo había hecho hasta entonces”⁴ y tanto el hombre como la mujer ofrecen su don más íntimo y personal, su sexo, a la infecunda, castrante virginidad. Los dos son ahora –y un buen ejemplo es Martín– un alma sin cuerpo que niegan sus instintos y se mortifican, alargando el tiempo del disfrute del placer, que sólo llegará en la vida eterna, tal y como lo prefiguraría San Pablo. Y, por ello, no hay venganza más viperina ni acto simbólicamente más calculado para la mujer judía, la “mater” romanas que busca ante todo en el hombre el semen que la fecunda y el falo que la hace gozar, que observar cómo la cabeza del Bautista es cortada al tiempo que el cuerpo de la bailarina, de Salomé, se exhibe exuberantemente y muestra el poder innegable de la femineidad, del cuerpo y el goce.

Como para Alejandra no puede haber castigo más terrible que el que deseen apartarle de ese goce. Ya sea el falo del Dios- padre, Yahvé, al que Castel quería ver sonriendo una y otra vez a María y que en Alejandra es sublimado en su padre, Fernando, ya sea el falo de sus posibles amantes como aquel joven, Marcos, con nombre de evagelista y vocación de misionero católico.

Pero es que esta tortura del placer que siempre se aleja y no llega, a partir de la rigidez de una ley inamovible, como en el judaísmo, sino en torno a la ley subjetiva del individuo, es esencial en el catolicismo: sufrir para no sufrir, ese es el incremento del goce. Y es lo que explica que en una sociedad paganizada, casi nihilista y apegada al culto del compadreo y el coraje –ahora refundido en culto del balón- como la argentina, el catolicismo se encuentre tan implantado y, de hecho, mantuviera un poder político real tantas veces aunado con el de las fuerzas armadas. Si el individuo se aplica a sí mismo una ley que rige imperiosa en el trono del César,

desborde, que era lo temido en la mujer para los judíos, en los cristianos se ha convertido en exclusión lisa y llana de la relación sexual de la madre con el esposo, (...) pero para que el sistema cierre tienen que introducir otro elemento fantástico que proviene de lo más arcaico: la ausencia de tiempo que se traduzca como vida eterna. Y eso viene de la impronta arcaica materna solamente”. En Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, págs., 179 y 180

⁴ *Ibíd*, pág., 180

no sólo será más mansamente dominado sino que el poder habrá conseguido que este mismo ciudadano se encuentre contento por el mero hecho de estar vivo, aunque haya perdido sus ahorros o esté gobernado por una dictadura. Pues, en el fondo, estará feliz de no haber sido penalizado cuantas veces desobedeció la ley en sí mismo o de cara a los demás o de no haber sido sometido a ningún acto de tortura o castigo por el poder entrante. Estará feliz de haber transgredido la ley sin multa alguna pero, al mismo tiempo, bajará la cabeza cuando se trate de ejercer una acción positiva o rebelde contra un poder al que debe la vida pues le ha perdonado la falta innumerables veces. No le ha excomulgado y tiene la oportunidad de ir a la iglesia los domingos y tomar el cuerpo de Cristo a través del que bebe el recuerdo de la madre occidental, mariana, perdida para siempre entre la degeneración juvenil que reina en Argentina y la sonrisa pícaro de las mujeres a las que hay que penalizar, someter. Todavía está con vida y además con la posibilidad intacta de vivir la vida eterna. De no morir jamás.⁵

De hecho, es esa escisión terrible producida en la sociedad argentina marcada por una terrible bipolaridad que degenera en las luchas entre peronistas y anti-peronistas y que es asimilable a la de no católicos y católicos y, en última instancia, judíos y cristianos, marcará no sólo la vida social y política de la Argentina sino, asimismo, la adolescencia de Alejandra. Y no es extraño que sin encontrar un joven que sea capaz de unirse sexual y anímico a la vorágine de su libido cada vez más furiosa y excitada conforme más se la intenta negar que Alejandra se dirija a buscar el sexo y, a través de él, a Dios en el único hombre del que está absolutamente segura que lo posee y lo utilizó, pues gracia a él nació: su padre. Como tampoco lo es que sea frente a la calle Isabel la Católica –otro de los múltiples signos que Sábado

⁵ Nos señala, otra vez con lucidez absoluta, Rozitchner explicitando el concepto de vida eterna y resurrección, tal como lo concibió el agustinismo: “La resurrección es la esperanza de vivir eternamente en las entrañas maternas salvadoras. (...) Son los hombres mismos que, en tanto hijos, deben formar ahora parejas como esclavos con la propia madre. Para lograrlo cada uno debe transformar su último refugio sensible y encarnado y transmutar lo materno en paterno. El poder del Imperio invade entonces todo, hasta las entrañas subjetivas más sensibles y tiernas del hombre aterrado y perseguido por el poder absoluto del Emperador romano. La madre Iglesia, no es la esposa de Dios sino del Déspota tenebroso que la domina: del César. De institución a institución, pues es la Iglesia de los hombres aterrados de la decadencia del Imperio”. *Ibíd.*, pág., 174.

conscientemente o no ubica en su narración para que comprendamos el trasfondo del asunto- donde Alejandra se vea sometida a toda esa purga y procesos de lucha.

Así lo explica también Rozitchner. Con el advenimiento del cristianismo “son los hombres adultos los que matan en sí mismos lo que tienen de niños; se imponen el hiato, el corte, la escisión castradora. Y entonces la madre”, la mujer negada, “vuelve al engendramiento sin hombres: sin sexo, sola con su Padre espiritual que la insemina por el oído con palabras seductoras en su oreja histérica. Vuelve a oír las palabras paternas escuchadas desde niña, habilita al conducto auditivo como lugar donde el Espíritu Santo al penetrarla con su Palabra la insemina, y realiza por fin el deseo de engendrar desde sí misma, con las palabras que su padre le hablaba, al hijo masculino que no la abundará ya más nunca”.⁶ Con la diferencia de que Alejandra, cuyo germen es judío, no se conforma con palabras. Quiere el hijo espúrio fruto de la relación con su padre que muestre a la sociedad monstruosa donde habita cuál es su verdadero rostro o acabar para siempre con el ser que la engendró y que como todos su cegados amigos, Molinari, Bordenave o Wanda, reflejan a la perfección el monstruoso mundo y país que han llegado a construir y en el que ella, María Iribarne y tantas mujeres han de habitar. O, más bien, sobrevivir. Sorteando la llama del varón que desea atraparlas y cazarlas como un animal deseoso de cobrarse una pieza o enfrentándose a jóvenes castrados e incapaces de acción positiva alguna sometidos rigurosamente a una moral de castidad que supuso la muerte y exterminio de la semilla vital de todo un continente.

Y esa semilla, en principio, nace de la mujer que es la que da fruto y es por ello que, entre Adán y Eva, es a la mujer a quien se dirige la serpiente para hacerle comprender el sentido de la vida. La mujer es quien da el fruto que concede la inmortalidad a la especie humana, pero a través de la muerte. Porque el nacimiento ya invoca la futura muerte de ese fruto engendrado. Así, en el judaísmo esta terrible dicotomía es disuelta en el mandato de la ley divina y la necesidad de su obediencia para llegar al futuro tiempo prometido en que el hombre comprenderá el porqué de este hecho, al fin, la verdad de su destino le será revelada, según anuncia el

posible advenimiento del tiempo mesiánico. Pero en el catolicismo encuentra su sentido a través del sufrimiento que termina por negarle al cuerpo su goce –pues es fuente que da muerte– a no ser por la reproducción. Lo que explica el porqué fuera Occidente el ámbito preciso para la explosión del capitalismo y la mecánica racionalista y consumista. Sólo se goza para dar muerte, para producir otro ser. El resto, la sobra, el goce ha de ser repudiado. Y, en este sentido, las fantasías de Alejandra no nos han de resultar insólitas. Le relata, por ejemplo, a Martín: “Me imaginaba cómo los salvajes nos agarraban, cómo me desnudaban y me ataban a un árbol con sogas y cómo luego, en medio de alaridos y danzas, se acercaban con un cuchillo de piedra afilada, me abrían el pecho y me arrancaban el corazón sangrante”.⁷ Además de que es la fantasía de la muerte por indígenas, los “otros”, la más adecuada para describir la culpa sangrante que lega el atentado cometido contra América en el individuo y que, inconscientemente u ocultamente, se encuentra todavía muy presente en los ciudadanos del país argentino. Es la fantasía perfecta para intentar expiar una culpa sin solución: ser portador como Alejandra -que, como vimos, tiene sangre de grandes conquistadores occidentales y familias políticas y agropecuarias argentinas- de la llama y raíz que instalaron en América el tiempo del pecado. El pecado original americano.

Un pecado que late por todo el cuerpo de Alejandra doblegado por siglos de negación, por historias ocultas de sus ascendentes-mujeres en España o Argentina, entregadas al sufrimiento, al sometimiento de su voluntad y respuestas vejatorias a sus inocentes preguntas del porqué de este trato, porqué de esta injusticia. Porque Dios lo quiere, debieron decirle a sus antepasados. Porque Dios lo quiere venimos a apoderarnos de América como entramos en el cuerpo de las mujeres con el puñal debajo de los labios y clavando una estaca en su cuerpo mancillado y que debería ser prohibido como el tuyo, Alejandra, que estás obligada a entrar en el Reformatorio por introducirte allí. Que deberías someterte a los designios del cruficicado o disponerte a entrar en una torre y no salir jamás de allí, loca como esa mujer, Juana, que llevaba el demonio dentro de sí. Ese dragón que parece que tampoco te deja vivir a ti y con el

⁶ *Ibíd*, págs, 143 y 144.

⁷ Sábato, Ernesto. *Sobre héroes y tumbas*.op.cit, pág., 157.

que has de acabar si no quieres que antes acabemos contigo. El dragón de tu cuerpo. El dragón de la sexualidad y de la posesividad. El dragón del mal. Satanás que permite que las mujeres gocen con su cuerpo y conduzca a inocentes muchachos como Marcos a la perdición.

Y es por discursos como éstos, por la educación recibida, por las voces de su tía Juana o las viejas Carrasco, como Alejandra debió observar la última esperanza de sublimar su angustia, salvar su vida en su padre. Más aún, cuando Alejandra se sintió rechazada, abandonada por la madre al encontrar otro rival en ella que no le permitió desarrollarse como mujer. Era ella quien le hurtaba el cariño del padre y era ella quien recibía imaginariamente en su seno a sus posibles amantes que llegaban a ella castrados, envueltos en amor mariano, tras haberse envuelto en pecaminosos abrazos con la mujer que no los rechazaba y les mostraba las secretas maravillas del fruto prohibido, Eva. Lo dice de nuevo Rozitchner –cuyas enjundiosas reflexiones, sin duda, nos están permitido recorrer firmemente las trazos y signos de Alejandra-: para quien se ha criado en el catolicismo, “la amenaza de volverse loco de terror y de angustia por el abandono de la madre, de ese terror sólo Dios padre puede protegerlo. (...) Pero tiene que salir desde el mismo lugar donde reside ella. El cuerpo forma ahora una unidad de palabras con el padre, confirma la unidad de su poderío al someterme”.⁸

Pero si nos fijamos, esto supone entrar en el terreno del tabú, romper la prohibición de la ley divina que es, en el fondo, lo que busca Alejandra. Enfrentarse a su Dios. Gozar de la ruptura de la ley. Su padre consumido por su deseo de poseer los poderes de lo oculto, cegado a cualquier asunto que no se sea su propia ínfula de convertirse en Dios. Supone enfrentarse a un hombre, Fernando Vidal Olmos, que quiere ocupar el lugar de la divinidad que es lo que quiso hacer Satán. De hecho, así queda expresado en la reflexión que de la escena del encuentro entre Alejandra y Fernando hace Martín y donde aquel hombre, ese “otro” que se acerca a ella y que todavía el muchacho no sabe que es el padre de Alejandra es descrito en mayúsculas:

⁸ En Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág., 383.

“Y ella y ese Otro cuya cara no podía imaginar andarían juntos por las mismas calles y lugares que había recorrido con Martín mientras él ya no existiría para Alejandra”.⁹

Es, por tanto, amando a Fernando como Alejandra sublima el poder y el deseo latente de ser amada por un Dios, de poder dar rienda suelta al poder sexual que habita en ella y de la que emana toda su fuerza y misterio regaladas y bañadas por el semen de lo oscuro, la terrible fuerza que se opuso al Dios de la creación. Y es por este acto por el que también se enfrenta a su peor enemigo. Al ser que trajo al mundo a muchachos como Martín, que engendró a Caín mientras Adán lloraba su destierro que lo llevaba perdido a la tierra de Nod e intentaba curar las heridas que le produjo su primer contacto con la naturaleza salvaje. Y que también la trajo al mundo a ella para que Adán, el hombre, se viera obligado a conocer el mal, se sintiera atraído por él y pecase, asesinase, violase los mandamientos, que es la función que Alejandra ha de cumplir con Martín, pero que no termina de realizar porque, finalmente, comprende que lo ama o que es un inocente que no ha de pagar por los pecados de sus antepasados. Es un adolescente al que ha de adiestrar mostrándole el rostro verdadero del paraíso argentino –un gran infierno y túnel de desdichas– para conseguir hacer de él un hombre, un héroe capaz de superar las pruebas a las que le abocará la vida. Exactamente, el sincero consorte amoroso que buscaba María Iribarne en Castel. Un príncipe valiente como aquella estatua del relato de Wilde capaz de despertar una lágrima a escondidas, y omitida de la novela de Sábato, a Alejandra. Una persona que vale por todo un país y por la que Alejandra no dudará en realizar su sacrificio expiatorio final. A quien mostrar que esa ley interna que rige su conducta sólo puede servirle si se atreve a ponerla en contacto con los brazos de la tierra americana de cuyo abrazo siente miedo, repugnancia, sometido al encuentro con lo abyecto que diría Kristeva, al encontrar en ella la mortalidad, la herida de la vulva femenina mestruando en sangre continua día tras otro, enseñándole con claridad la mortalidad y carnalidad que no desea aceptar y que el cristianismo sublima gracias a la idea de vida eterna.

⁹ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**.op.cit, pág., 248.

Y si es cierto que Alejandra no sospecha cuando junta sus manos con las de su padre que Martín la espía, no me resultaría extraño que este hecho –al menos en el proceso ontológico de conocimiento que para el personaje prepara Sábato– fuera casual. Pues es en este mismo instante, y cuando Martín comprenda que ese Otro era el padre de Alejandra, cuando se pone en contacto con la transgresión no de la ley interna sino de la ley externa. La ley judía transgredida que, en verdad, es la que enmarca toda la historia de su país y lo que, si es verdad que España era el nuevo “pueblo elegido” y Argentina su tierra prometida, al no ser cumplida, lo llevó a su fracaso. Al enfrentamiento individual y colectivo entre pobres, ricos, amos y esclavos y poderosos y sometidos que degeneraron en las guerras entre unitarios y federales, y peronistas y anti-peronistas o las diversas dictaduras y diversos estados democráticos que las continuaron y no ya a la ley igualatoria, misericorde, anti–instintiva y auto-reguladora del catolicismo empeñado aún en la bondad congénita de la raza humana e ilusionado con una idea que, en verdad, es suficientemente seductora como para hacer matar y castrar a quienes la cuestionen. Es en ese simple roce de manos entre Alejandra y su padre que Martín descubre –aun y a pesar de que no pueda ser consciente de este hecho– el porqué del goce de tantos ciudadanos argentinos al enfrentar al poder arbitrario, que se dice de derecho divino, quedándose con los ahorros y esperanzas de los ciudadanos sin permitirles gozar del país. El porqué del olvido y el porqué de la necesidad de conocer. De saber. De recordar como hará junto a Bruno.

Martín comprenderá que la lucha entre peronistas y anti-peronistas es la lucha de quienes quieren imponer el terror en el cuerpo, en el propio individuo –las dictaduras unidas, como dijimos anteriormente, al culto eclesiástico– y quienes implantan el terror en el exterior del individuo, en la ley flexible que se somete a los dictados del César y que es totalmente moldeable –peronistas-. La misma lucha en definitiva que llevó a los hispanos a arrojar a los judíos de su territorio y que enfrenta a judíos y musulmanes, actualmente, en Oriente Medio. La guerra, por ejemplo, también de serbios contra croatas o bosnios o de chiítas y seítas. La de la ley flexible que puede trasgredirse de cara a los deseos del general, el Emperador o el sacerdote y la de la ley inamovible que resta vinculada a los propios hombres en el seno de su

alma y que los obliga a reaccionar unívocamente ante una llamada a la lucha sin posibilidad de plantearse un desacato a la misma, a fuerza de ser excluidos de la comunidad o enraizados en la locura no por el resto de los miembros de esta sociedad, sino por ellos mismos.

Siguiendo con las implicaciones ontológicas de Alejandra, las reminiscencias míticas que su figura y estela recubren, me parece muy interesante seguir estudiando las posibles reminiscencias que de la comparación de Lilith y la joven protagonista de la obra de Sábato pueden extraerse de cara a seguir profundizando en el proceso deconstructivo realizado en **Sobre héroes y tumbas**. No es vano recordar que, por ejemplo, como G.G.Scholem nos recuerda, “el verdadero domicilio de Lilith se encuentra en las profundidades del mar”,¹⁰ y que es precisamente en la famosa escena en que Alejandra se introduce en el agua, una vez que se siente rechazada, comience a familiarizarse con su naturaleza asesina: “Me sentía a la vez poderosa y solitaria, desgraciada y poseída por los demonios. Nadé. Nadé hasta que sentí que las fuerzas se me acababan” (...) “llena de ideas criminales”.¹¹

En realidad, la leyenda de Lilith como la de Alejandra es una historia brumosa, oculta, velada y perdida en los confines del mito. Y rescatarla, como hace Sábato, significa volver a repensar el origen, cuestionar el sentido unívoco de los textos sagrados lo que únicamente puede ahondar en la libertad humana. Precisamente, como nos informa Jacques Bril en su **Lilith où la Mère obscure**, tanto en el Talmud como en el Zohar, Lilith es considerada negativamente, sin rastro de comprensión alguna, pues para estos dos textos sería básicamente “un agente demoniaco de calamidades”, “una criatura esencialmente nocturna”. Un espíritu errante en la noche y a través del mundo y que “presentándose bajo decenas de nombres, visita a las mujeres durante el parto (...) se esfuerza de estrangular sus niños recién nacidos”.¹² Y en la demonología cabalística, como nos informa Paloma

¹⁰ Scholem, Gershom G. **La kabbale et sa symbolique**. Petite Bibliothèque Payon. Paris. 2003, pág., 173

¹¹ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 160.

¹² Bril, Jacques. **Lilith ou la Mère obscure**. Éditions Payot. Paris. 1991, pág., 63. (La traducción es mía.) Nos continúa diciendo Jacques Bril que “El Zohar trata este monstruo seductor de

de Miguel, “se la designa como uno de los siete demonios tradicionales, en concreto el adversario del genio de Venus, siendo ambos regentes del viernes”.¹³ Lo que, a su vez, explicaría por qué el día favorito de Alejandra es el martes. Exactamente, el día del sabbath, el séptimo día que Dios descansó de su creación, para los cabalistas no ha de ser situado al fin de la semana, pues para los mismos el cuarto día de esta creación es un comienzo paralelo al primer día. Así, para la cábala, como nos informa Abecassis “el comienzo de la semana es, en realidad, el miércoles”.¹⁴ Pues el sabbath, el día de reposo y descanso del creador y el hombre, al ser el Templo del tiempo debe estar en el centro de la semana como el Templo de Jerusalén. Y si tenemos que hacer cuenta de la historia elidida del relato genésico que nos relata **El alfabeto de ben sirah**,¹⁵ la primera mujer que se le ofreció a Adán el sexto día de la creación, fue Lilith, cuyo verdadero nacimiento, por tanto, habríamos de situarlo, siguiendo a los cabalistas, el martes que es también el día de Marte, el Dios de la guerra.

Si volvemos a repasar la historia de esta mujer primera tal y como nos la relata **El alfabeto de ben Sirah**, resulta entendible observar la demonización que se hace de Lilith. En verdad, la misma no creo que se produzca por su lucha con el varón Adán por ocupar la posición de mando, aunque bien es cierto que este solo hecho ya bastaría para hacerla merecedora de todo escarnio por los distintos monoteísmos, engendrados a partir de una lógica eminentemente masculina, como hemos ido observando. Más bien entiendo que el karma que envuelve a Lilith en un manto de respeto y, a la vez, de temor, procede de haber sido capaz de pronunciar el nombre secreto del Inefable para poder huir de la presencia de Adán, del jardín paradisiaco. Esto es lo que la hace peligrosa, conocer el nombre secreto de Dios y, en

Prostituta, de Maldita, de Falsa, de Negra. No satisfecha con provocar al hombre” para realizar “prácticas sexuales ilícitas, Lilith se esfuerza por tomar la plaza de la esposa legítima”. *Ibíd*, pág., 66.

¹³ En el artículo de Miguel, Paloma. *Lilith, la sombra de Eva* dentro de la página web www.nueva-acropolis.es

¹⁴ Abécassis, Armand y Eisenberg, Josy. *À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l’homme*. op.cit, pág., 179

¹⁵ Extraída del libro de Bril. *Lilith ou la Mère obscure*. op.cit.

realidad, por lo que Lilith –la gran engañada como Caín, en mi opinión, de esta historia– ha de ser penalizada.¹⁶

En realidad, y atendiéndonos a una visión gnóstica de la historia de Lilith, se pueden extraer dos interpretaciones de su invocación al Inefable. La primera –que, en realidad, no me parece suficientemente convincente, pero ayuda a comprender la siguiente interpretación otorgada– es que Lilith gracias a esta invocación y su huida del paraíso, hubiera tomado conciencia del verdadero infierno que era el primer paraíso. De esta manera, Lilith habría sabido que el mundo estaba gobernado por Satanás, Yahvé, quien, rápidamente, como la cultura canónica, habría luchado por hacerla desaparecer del mundo, del relato genésico, para que no pudiera relatar esta verdad y, además, con su maléfico poder la habría condenado a sufrir el terrible castigo que esta mujer ha de soportar: saber que la mayoría de los los hijos que traiga al mundo deberán morir cada día. Y ante tal tremendo correctivo, Litith como Caín habría jurado venganza contra esta vida y levantando el arma asesina, habría atentado contra la onerosa creación, llegando a nuestra cultura con la vampírica forma y la terrible misión, a través de la que la podemos reconocer en los tratados de satanismo al uso o en su mutación como consorte del conde Drácula en la novela de Bram Stoker: tener poder para quitar la vida de los recién nacidos varones durante 8 horas después de su nacimiento y 20 horas en el caso de las mujeres que son sus rivales y poseedoras del Adán, en cuanto éstas, en la mayoría de los casos, sí que aceptaron como Eva, mostrarse sumisas frente al varón.

Así, Lilith como Caín, Carlos o Castel, habría quedado esclavizada en este mundo material por el demonio que le impuso un castigo y una prueba que no pudo soportar, al contrario que el bueno de Job cuyas imprecaciones y lucha interior contra

¹⁶ Sobre esta cuestión, nos continuá sugiriendo Paloma de Miguel: “Está feo, desde este contexto, tener la osadía de querer asemejarse al varón reclamando paridad con el mismo, discutir el rol a tomar respecto a éste, desobedecer las órdenes del Hacedor con tanto atrevimiento, abandonar el Paraíso... Pero lo más terrible de todo es el hecho de invocar el Nombre de Dios, innombrable en toda la tradición judía, por considerar que el Nombre verdadero de cualquier ser contiene las características de lo nombrado, y por lo tanto es posible conocer su esencia y adquirir poder sobre ello. Pronunciar el nombre de Dios se convierte, pues, en una osadía suprema, un acto de soberbia mucho mayor que el de hacer directamente oídos sordos ante sus mandatos; algo, en fin, demasiado grave”.

la voz que le obligaba al mal, todavía resuenan esperanzadoras en la lucha interna y las pruebas que tantos hombres desamparados, castigados de este mundo han debido superar para afirmar la fe en el hombre, en Dios y la vida que les fue donada.¹⁷

Pero, en verdad, la interpretación que más nos interesa y que se ajusta con más claridad a la historia de Alejandra, aunque no muy alejada de esta primera, introduce una variación que nos es muy válida para dotar a la historia de Lilith el sentido justo. Lilith, como Caín, es engendrada de la fusión de Yahvé con la tierra, en este caso, para regalársela al Adán. Es hija, por tanto, de Yahvé que la crea de la materia con lo que, por tanto, está abocada al deseo de posesión. Poseer al Adán. Es ella quien le revela al Adán la necesidad de llegar a un acuerdo entre el hombre y la mujer para un buen funcionamiento de esta vida y, al mismo tiempo, le muestra el problema al que puede conducir al hombre encadenarse al ego. El creerse superior a la mujer o incluso a Dios. Como sucede con Alejandra, quien cita a Martín en el bar Adán en la hora sexta -día de la creación del hombre y signo numérico de la bestia, Jehová, que para los gnósticos usurpó los derechos de la creación- preparando la visión que el muchacho tendrá de Fernando Vidal, el mortífero ángel que persigue desesperadamente al creador de la cegada realidad en que se adentrará Martín.

¹⁷ Resulta muy recomendable leer el emotivo libro de Antonio Negri. **Job: la fuerza del esclavo** para seguir ahondando más en esta cuestión. Baste aquí, a modo de ejemplo, citar únicamente unas reflexiones de Negri sobre la pertinencia del libro de Job dentro de las sociedades construidas por Occidente y la dimensión heroica y antológicamente positiva del gesto de Job. Nos dice Negri: “el libro de Job no es sólo una provocación contra la seducción de la razón, sino también el descubrimiento fenomenológico y la declaración metafísica del desastre al que conduce la coherencia de la razón instrumental. La tragedia sitúa al Ser y el dolor se introduce en sus fibras más íntimas. Lo desmesurado no puede nombrarse, y si uno intenta hacerlo, la razón, encerrándose sobre sí misma, se confunde y enloquece. (...) El problema del mal no se ha superado, la teodicea no aparece una doctrina obsoleta; es más: el valor ancestral de aquellos tiempos y de aquellos problemas no impide que hoy conserve su vigor” (...) “El mal puede ser negación o privación del Ser, pero la potencia de sufrirlo es, a pesar de todo, positiva. Ciertamente, Job no puede negar la experiencia de la desappropriación o la del empobrecimiento absoluto; pero, en este reconocimiento de la miseria y de la pobreza, él ve una determinación del Ser –precisamente algo que se deja ir– y eso es lo que provoca el sufrimiento, pues es un sufrimiento que no puede negarse, sólo puede gritarse. (...) En Job, la potencia –incluso la potencia del no Ser– es una determinación ontológica positiva. (...) Cuando se alcance el límite extremo de la negación del Ser, Job logrará salir, no mediante una dialéctica que convierta lo negativo en positivo, sino a través de la “visión”, a través de la nueva afirmación de la totalidad concreta del Ser”, en Negri, Antonio. **Job: la fuerza del esclavo**. Traducción de Alcira Bixio. Editorial Paidós. Buenos Aires. primera edición, 2003. págs., 33 y 164.

De esta manera, inconscientemente, Lilith otorga una lección de sabiduría al primer Adán y ejemplifica cómo, finalmente, el mal es descubierto o acaba respondiendo a los indescrifables designios de la verdadera divinidad. Sin embargo, previniendo la posible libertad de su criatura, el diablo, cuya fuerza y capacidad de engaño jamás desisten, le ha revelado antes de entrar en su terreno su nombre, que Lilith y tantas culturas vinculadas a sus deseos absolutistas han querido confundir con el verdadero nombre de Dios, cuando éste, en verdad, ha de quedar velado eternamente. Entonces, Lilith se encuentra frente a frente a su creador, el demonio, el texto fijado y entendido como sagrado o el texto con borrones, versos elididos y sentidos cambiados que solamente los más altos sacerdotes y guardianes de la cultura judeo-cristiana pueden visitar: el texto oculto al vulgo.

Los guardianes de este templo presuntamente divino, serán los ángeles Snwy, Snsnwy, Snglf, quienes le conceden una última oportunidad: volver con el Adán o recibir el castigo divino. Pero Lilith que ya sabe la verdad de su nacimiento, el papel de sumisa que está obligada a aceptar y se niega a reconocer a Satán como dueño de la creación, prefiere sufrir la condena que volver al túnel de artificiosa luz, ese paraíso irreal, en el que debía vivir con Adán. No le importa que mueran los hijos que dé a luz porque son, en última instancia, nietos del demonio que engendrarán el mal. Pero, haciendo esto, Lilith –y ésta es la tretra maldita que le tiende el diablo– mata su fruto, aquello que más quiere, mata su parte mujer, su parte de tierra, de materia, de Eva. No únicamente al padre. Y es así como labra su condena y su leyenda negra. Porque no es capaz de sacrificar su vida y su lucha contra Yahvé, se establece a través de la destrucción, condenando no sólo al padre sino también a la madre tierra, Eva, a la que desea privar de una gran parte de sus hijos por haberse prestado –forzada o no– a ofrecer su cuerpo al diablo y darle a luz, entregarle a este desgraciado mundo de tinieblas.

Así, los gnósticos entienden que el hombre está preso en este mundo. Cualquiera de las opciones que hubiera realizado Lilith le hubieran obligado a transgredir la ley. Si se hubiera suicidado se hubiera situado por encima del verdadero creador del mundo. Si hubiera luchado contra Yahvé, se hubiera

transformado en una guerrillera similar a sus ángeles y esclavos. Pero ella acepta el castigo antes de formar parte del juego. Y este castigo es el más terrible. La enloquece y la obliga a sufrir un tormento insoportable que, finalmente, la muestra real hechicera del mal. Y, sin embargo, en la aceptación de Lilith de castigo, en su negación a volver al paraíso, hemos de encontrar pureza, búsqueda de verdad que, transmutada por el dolor de la inmisericorde muerte de sus hijos, se transforma, lógicamente, en crueldad. Y puede que por esta razón, en el tiempo del mito que se retroalimenta a sí mismo y no cesa de evolucionar para retornar idéntico pero diverso, Cristo se guardara en mucho de engendrar hijo con mujer alguna. Es bien claro que su hijo más querido era toda la humanidad pero, asimismo, lo es que siendo hombre y materia, de haber concebido un niño, acaso, finalmente, hubiera quedado encadenado al destino de Lilith. No se hubiera atrevido a tener los arrestos y el valor definitivo de completar su sacrificio.

Como no es de extrañar que una Lilith enloquecida y descompuesta y, absolutamente, incomprendida e indefensa, como aquellas mujeres quemadas por brujas en los tiempos de la Inquisición o Alejandra durante sus revueltos años adolescentes, acabe siendo portadora del mal. Un mal y dragón que la habita y contra el que se muestra tan indefensa como rebelde pero del que, al mismo tiempo, no puede huir. Está en sus venas. En la sombra del primer conquistador judeo-cristiano que apareció en América. En el mismo odio contra el que se rebela Lilith pero contra el que no puede hacer nada pues es fruto del padre que la engendró, la constituye, la parte y la obliga, quiéralo o no, por más que se resista o muerda con sus uñas como Alejandra a todos quienes la observan asustados sin poder comprenderla.

Desde este punto de vista, resulta comprensible que a Lilith, según el judaísmo, le haya sido concedido el poder para acabar con los nacidos fuera de las relaciones maritales. Ella ha devenido instrumento del mal, sin quererlo. Y creo que es, desde la lucha sin esperanza alguna de redención de Lilith contra el mal que la habita, como hemos de comprender aún mucho mejor los gestos y reacciones de Alejandra. Como, asimismo, se entenderá mejor el porqué decide incendiar la tenebrosa casa de los Olmos y condenar para siempre al infierno a su estirpe. El

porqué su suicidio no es sólo un gesto maligno y cegado, como ha querido entenderse en muchas ocasiones, sino también el último recurso que la conciencia benigna -la antigua alma libre e inocente de Lilith- de este propio mal que habita en toda Alejandra, puede efectuar para librar al mundo de la presencia demoniaca. Pues, tal y como yo lo entiendo, en realidad, es un gesto de sacrificio por los nuevos infantes, Martín y los futuros jóvenes que pueblen la Argentina. Un sacrificio, un autocastigo inflingido para luchar contra la vena asesina y destructiva de los Olmos. Una manifestación flagrante de que el mal acaba siempre autodestruyéndose aunque se lleve consigo la última esperanza de redención que todavía podía habitar en el alma de las víctimas. Una invitación al advenimiento del Cristo y una señal de que es el tiempo de escuchar a aquellos marginados y excluidos a los que dedicara Foucault un hermoso libro **Historia de la locura**, y que, como en el caso de Van Gogh o Artaud, si son rechazados de manera tan intensa por los poderes -psiquiátrico, social, político- de este mundo, es porque no están dispuestos a consagrar su vida a obtener dinero o poder alguno. Porque no están dispuestos a ensuciar sus bocas con el lenguaje de la mentira o manchar sus manos con sangre -sin que esto signifique lavárselas como hiciera Pilatos- sino a hablar el lenguaje y las formas que les dicte su corazón para intentar construir belleza: arte. El remedio que disipa todos los males. La vida eterna del hombre. El alimento, apio y ajo, que disipa los poderes malignos del mal, sus mordeduras y que obliga al demonio a retroceder cuando va a clavar sus afilados colmillos en los cuellos de sus víctimas. Una invitación, en suma, a escuchar las palabras del Loco Barragán: “El fuego tendrá que purificar esta ciudad maldita, esta nueva Babilonia, porque todos somos pecadores (...) Por eso yo les digo, muchachos, que la felicidad hay que buscarla dentro del corazón. Pero para eso se necesita que venga el Cristo de nuevo. Lo hemos olvidado, hemos olvidado sus enseñanzas, hemos olvidado que sufrió el martirio por nuestra culpa y por nuestra salvación. Somos una manga de desagradecidos y unos canallas. Y si viene de nuevo, capaz que no lo conocemos y hasta le tomamos el pelo. (...) Todos estamos tristes, muchachos. No nos engañemos. ¿Y por qué estamos todos tristes? Porque nuestro corazón está insatisfecho, porque sabemos que somos unos miserables, unos canallas. Porque somos injustos, ladrones, porque tenemos el alma llena de odio. Y todos corren. ¿Para qué, les digo yo? ¿Adónde? Todos luchan por tener unos mangos, ¿para

qué? ¿Acaso no nos vamos a morir todos? ¿Y para qué queremos la vida si no creemos en Dios?”¹⁸

Quiero pensar, en verdad, que Alejandra muere para matar el mal y para que Martín pueda ir en busca de Dios, pueda cambiar el triste destino de su pueblo, alcanzar a dibujar una sonrisa en sus labios como aquella del niño Jesús en el pesebre con la que iluminar el semblante demacrado de quienes observan a Barragán, todo el rostro del país argentino. Y, en este sentido, Martín podría adquirir el conocimiento y la experiencia que le llevara a ser el guía o el hombre que, en sucesivas manifestaciones, podría llegar a encarnar al ángel Métraton -del que ya hablamos anteriormente- y que fue encargado de guiar al pueblo de Israel tras la historia del becerro de oro y que recibiera, entre otros nombres, el calificativo de “El adolescente”. Es así como podemos entender que un libro como **El Zohar** que con tanta fuerza ha golpeado la memoria de Lilith, la rescate y le conceda, al menos, un cariz positivo, un talante heroico que la lleva a sacrificar su vida para intentar liberar al pueblo judío en el destierro, el pueblo argentino. Porque, a pesar de la poca simpatía que **El Zohar** otorga a la figura de Lilith, el mismo le concede al menos un rol importante en su escatología: el poder femenino y demoníaco que conseguirá al fin de los tiempos la destrucción de Roma, la ciudad símbolo de la enemistad de las naciones cristianas hacia Israel y de su más largo y más amargo exilio. Aunque, bien es cierto que esta lectura también puede ser entendida de manera contraria e incide, por ejemplo, en el asalto que las dictaduras aliadas con la iglesia y enfrentados al regimen peronista realizaron en la Argentina. Y, de esta manera, el sacrificio de Alejandra o de Lilith sería el signo esperado y deseado por aquellos que velan el texto sagrado para destaparlo y lanzar las llamas de fuego envueltas en bombas sobre los paganos seguidores de Perón.

De hecho, es curioso que tanto Alejandra y Fernando no sean unitarios sino federales y si este hecho ha de indicarnos algo, es precisamente su necesidad de rebelarse contra el poder tenebroso que erigió Argentina. Ambos entienden que llevan sangre maldita en sus venas y que están condenados a hacer perecer a quien

¹⁸ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, págs., 277 y 278.

encuentren en su camino pero intentan buscar la otra vía, igualmente maldita, de oponerse al poder de la ley -el del mesianista Sarmiento o el cegado Lavalle- que ha regido sus destinos. La fuerza de Yahvé que es lo suficientemente astuto siempre para saber a quién debe vampirizar: Lilith, Esaú o Caín y a quién debe donar el poder de su ejército.

Teniendo en cuenta esto, podríamos identificar a Fernando con uno de aquellos ángeles malditos descritos por el judaísmo, Samael, y cuya presencia en la historia de Lilith narrada en **El alfabeto de Ben Sirah** es, sin duda, decisiva. De la descripción que nos hace de él Bruno, podemos sacar esta conclusión: “Alguna vez le oí decir, justamente, que en el infierno, como en el cielo, hay muchas jerarquías, desde los pobres y mediocres pecadores (los pequeños burgueses del infierno, decía) hasta los grandes perversos y desesperados, los negros monstruos que tenían el derecho a sentarse a la derecha de Satanás; y es posible que sin decirlo explícitamente estuviera confesando en aquel momento un juicio sobre su propia condición”.¹⁹

De hecho, para los cabalistas, Samael y Lilith eran la pareja demoniaca principal, la contrapartida negra a la pareja luminosa formada por la sefira Tiferet y la sefira Malkhout. Y sabiéndose excluidos de la luz regia y fiera de Yahvé, totalmente demonizados, sin posibilidad ya –al formar parte de una familia en completa decadencia– de formar parte del poder político argentino, hemos de concebir que Alejandra y Fernando habrán abominado para siempre la adhesión unitaria de su familia y se abran abrazado a la línea federalista. Un camino igualmente cegado pero que, al menos, no sigue el juego del poder, de Satán, al que, por otra parte, han de rendir pleitesía de una u otra manera. Pues la única manera de sobrevivir y mantener el antiguo hogar decrepito, de salvar el mismo en muchas ocasiones, no ha sido, como es sugerido en la obra de Sábato, sino gracias a los oscuros tratos y negocios que mantienen con Bordenave o Molinari, consortes del reino del capital, fabricantes del becerro de oro y la torre de Babel que busca desafiar a Yahvé pero que, en el

¹⁹ Ibíd, pág., 445.

fondo, le honra. Le permite seguir controlando el mundo de manera sutil, como vimos en el ejemplo del castigo con que tortura a la rebelde Lilith.

Sin embargo, la asimilación de Samael y Lilith, exactamente, con Fernando y Alejandra no me satisface del todo. O puede que sí, pero sólo en la medida en que podamos otorgar un rol simbólico satisfactorio a la madre de Alejandra, aquella Georgina a la que continuará anhelando el resto de su vida Bruno. Sólo en cuanto podamos concebir que acaso una gran parte femenina de la familia de Alejandra está marcada por el signo de Lilith y que Alejandra, como hija y descendiente suya, sería depositaria de muchas de sus cualidades y, a la vez, de sus poderes y castigos que se le irían revelando, en el transcurso de su vida y que irá narrando a Martín, creo que podremos ajustar y entender mejor la historia oculta narrada en **Sobre héroes y tumbas**. Pues concebir que Alejandra recibe toda la herencia de aquella madre oscura del alma que es Lilith al ser su hija y, por tanto, uno de los escasos demonios que sobrevivieron al terrible castigo que le encomendaron a esta mujer, la muerte de sus infantes, creo que aclara aún más este asunto. Alejandra sería participe de la herencia de Lilith-Georgina y de Fernando Vidal-Samael al ser su hija. En ella estaría contenida toda la tragedia de esta unión impura en cuanto no acepta la ley divina y acepta el amor concupiscente no entregado únicamente a la reproducción que, con tanto fervor, condenan el Zohar o el Talmud. Alejandra sería un demonio nacido del pacto entre Samael y Lilith. Y su revancha por haber nacido de una unión impura que la condena a la perdición inevitablemente -como, a su vez, Lilith estaba condenada por haber sido engendrada del roce del diablo con la materia- sería terminar de una vez con esta estirpe que lleva en su sangre y que le obligan a continuar llevando sobre sí el peso de todas las Lilith de este mundo, por fuerza del amor sentido a la única alma pura que conoció, Martín.

Si bien es verdad que sobre Georgina volveremos más adelante, creo -y más ahora que vamos a ir abandonando a Alejandra para adentrarnos en Fernando Vidal Olmos- que es conveniente recordar que el ángel Samael, el conocido “ángel de la muerte” del Zohar, con quien he querido asimilarlo, es quien le concede el poder de igualdad a Lilith. Quien le restituye sus valores en cuanto está de acuerdo con la

igualdad de sexos, lo que le lleva a convertirse en uno de los grandes opositores al reino satánico. Y es que Samael, como ha sido entendido por un buen número de teorías gnósticas, puede representar las potencias del bien en cuanto su gesto marca un camino igualatorio, rescata a la víctima Lilith de las manos de su juez y le ofrece su amor, donando a la pareja humana (Adán y Lilith rivalizando por quien ocupa la posición dominante en el amor) una tercera vía similar a la que ofrece Seth ante el par Caín y Abel. Sin embargo, aquí la ecuación gnóstica no puede realizarse o apenas vislumbrarse. Porque, tal y como entiende Sábato al país argentino, representado por dos fuerzas cegadas que luchan por ocupar el poder y, en un plano metafísico, ocupar el trono de Dios, Samael sería el opuesto a Satán pero, desde el punto de vista negativo. Desde un punto de vista tan viciado y equivocado que no es extraño que las teorías judías encontrarán en él como en Caín o Esaú, el chivo expiatorio necesario para poder imponer sus teorías y dictados de la misma manera que la presencia de Rosas o Facundo fue la mejor excusa para que Sarmiento acelerara su mandato y comenzase a forjar el rostro de la Argentina moderna tal y como lo conocemos hoy en día. Como, asimismo, el propio Lavalle, -David matando al gigante equivocado, a su propio hermano, Saul- habría justificado la posterior llegada de Rosas, Esaú al trono de poder de la Argentina. Del reino de Israel en el destierro.

De esta manera, Samael sería el cegado por el resplandor del gran cegado. O, en otras palabras, Samael sería el gran envidioso del más grande envidioso, Satán, el ojo ciego del mundo que quiere hurtar el don de la creación a Dios. Es decir, que Samael como más tarde va a hacer Fernando Vidal Olmos, en realidad querría tener el poder del mayor de los ángeles esquivos a la creación, su mayor oponente y, al mismo tiempo, quien más deseaba su realización para extender sus brazos sobre la misma, Satán. Desearía ser capaz de dominar y manejar a los hombres como lo hace el diablo camuflándose detrás de un maldito tetragrama cuya secreta pronunciación le revela a Lilith, para así ser el señor de esta tierra. De este mundo. Que es lo que, cegados por el demonio, intentan ser todos los asesinos y el fruto más gozoso ganado por el diablo al creador el día que Caín mató a Abel.

Y es en la medida en que Samael ha llegado a ser fuerte, ha protegido a Lilith y ha sido capaz de dar vida -aunque ésta sea demoníaca para así intentar superar a Satán- que Alejandra busca abrazarse a él por el poder oculto que la secta de los ciegos le dona y que le permite salir de su terrible condición humana, mortal, sus pésimas circunstancias vitales y luchar contra todos aquellos que no le permiten ser libre, ella misma. Pero en cuanto este acercamiento se repite una y otra vez, el dragón que habita en ella se alimenta cada vez más, el mal amenaza con devorarla de tal manera que no tiene más remedio, por amor incluso a la vida que desprecia pero que intensamente adora, que suicidarse y llevarse a Samael y su simiente para siempre. Con ello, Alejandra permite que comencemos a vislumbrar el verdadero culpable de toda esta ténebre historia, Yahvé y sus más directos intermediarios, al que ya enfrentaremos cara a cara -sea dicho esto metafóricamente, pues es bien claro que el diablo, como muestra la Biblia, es tan hábil para esconder su rostro como para manejar la palabra- en **Abaddón el exterminador**. Porque Alejandra, cuyo color favorito es el negro de luto y tinieblas que sólo puede iluminarse con el fuego, la luz o la memoria, gracias a su acto asesino permite la renovación de las energías disecadas, paralizadas de lo viviente cuando la muerte, como en el ámbito de los Olmos, es denegada. El Tarot, a su vez, nos hace saber que la muerte no es una carta puramente negativa sino el signo necesario para que comience un nuevo ciclo en la vida que sólo podrá construirse despidiéndose para siempre de una parte de nosotros mismos. Es la carta, el signo angélico de la muerte, que augura un futuro nacimiento a partir, en este caso, de su destrucción y oposición a las potencias malignas, el arcano diablo, Samael o las energías sexuales y ocultas sin control: Fernando Vidal. La carta del martes -si hemos de hacer caso a los cabalistas- que sin consumirse del todo no puede dejar paso al nuevo ciclo creativo, el círculo semanal que comienza el miércoles: el día del sabath, como dijimos, que habría de ser destinado a la paz, al reposo.

Comenzamos este capítulo hablando, entre otros asuntos, del baile de Salomé frente a la cabeza de Juan el Bautista. Creo que no hay metáfora mejor, una vez que observamos la función que la cabeza poseía en la obra de Sábado -la de Dorrego, la de Goliath o la de Patricio Olmos- para describir la tortura interior vivida en el seno

de Alejandra que volver a recordar la función que a Lilith o, mismamente, a los demonios engendrados en su seno le concedía el judaísmo. Lo dijimos hace escasos momentos. Ser quien precipitara la caída de Roma, la división entre los cristianos y los paganos que encadenaban a los judíos a su mísero destierro. Permitir que la errancia del pueblo judío hacia su Tierra Prometida en espera de la llegada del tiempo mesiánico pudiera propiciarse. Sin embargo, a Lilith también se la asimila con la reina de Saba que intentó tentar y destruir el sabio dominio de Salomón sobre la Jerusalén judía. Como, a su vez, se sospecha que una de las dos madres que se presentaron ante el sabio dirigente del pueblo judío en el templo solicitando ser madres verdaderas de un recién nacido, pudiera ser Lilith. Algunos textos, como los de la escuela de Saba, incluso se animan a decir que una de estas mujeres pudiera ser Lilith y la otra Ingrat, aquella reina demoníaca que forjara un forzado acoplamiento con el rey David mientras éste dormía y engendrara a Ashmodai, el demonio que llegaría a privar a Salomón de su reinado.

Es, por tanto, una figura que aparece unida a toda catástrofe. Pero es, sin embargo, como Alejandra, una mujer que ayuda a desentrañar la verdad de los hechos, que precipita los acontecimientos. Como la existencia del mal ayuda a desarrollar la capacidad del bien a un nivel hasta entonces nunca conocido. Baste recordar, por ejemplo, aquella famosa novela de Conrad, **El Duelo**, en que su personaje principal, perseguido durante largos años por un ofendido duelista, declaraba haber encontrado su verdadero valor gracias a la presencia de su enfurecido y celoso enemigo.²⁰ O el valor heroico desarrollado por el pueblo judío durante años de persecuciones. En verdad, me es grato pensar –y en estoy mucho más de acuerdo

²⁰ Le dirá el personaje de la novela de Conrad a su mujer al final de la narración tras leer el fragmento de una carta que transcribimos a continuación: “Durante todo el tiempo que duró nuestra deplorable disputa -escribió el general barón D’Hubert- nunca deseé su muerte. Permítame -proseguía- devolverle por completo su enajenada vida. Lo correcto es que los dos, que tanta gloria militar hemos compartido, mostremos en público un afecto mutuo”. (...) Querida, tenía derecho a volarle la tapa de los sesos; pero, puesto que no lo hice, no podemos dejarlo morir de hambre. Ha perdido su pensión y es completamente incapaz de hacer nada en la vida para sí mismo. Debemos ocuparnos de él, en secreto, hasta el fin de sus días. ¿Acaso no le debo el momento de mayor éxtasis de mi vida...? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Campo a través, dos millas, corriendo sin parar...! De no ser por su estúpida ferocidad, me hubiera llevado años descubrirlo. Es extraordinaria la manera en que, de un modo u otro, ese hombre ha logrado aferrarse a mis sentimientos más profundos”, en Conrad, Joseph. **El duelo**. Traducción José Manuel de Prada. Ediciones Destino.S.A. Barcelona. 1998, pág., 149.

con Sábato que con Borges para el que la existencia de la milonga era la constatación evidente de que los argentinos ya habían cumplido con su destino heroico— que las terribles circunstancias tantas veces vividas por el pueblo argentino deberían mostrarnos, antes o después, que sus verdaderos héroes todavía están por nacer. Tal vez, allí, en los tugurios del hambre o perdidos en el desierto o la sierra de Córdoba como Nacho Guevara. Éstos serán los hombres que sin temor a morir ahogados en el fuego no permitan que las mujeres vayan solas a los templos. Quienes se presenten con la madre del hijo ante Salomón y decidan morir ellos por sus hijos antes de que el juez emita un juicio. Puede que entonces Lilith no tenga por qué dirigirse frente a los estrados para intentar verificar si la sabiduría de Salomón es tal. Si, en verdad, puede haber un rey de Israel que sea justo. Verdaderamente, no debería ser necesario amenazar con despedazar el cuerpo de un niño en dos mitades para saber de quién es hijo. Tampoco debería ser necesario, parece decirnos Sábato, que rodaran más cabezas en el país argentino para que comprendiéramos que aquel niño, como bien hubiera podido decir Cristo, era de Dios. Y pertenecía, por tanto, a toda la humanidad.

Cuando Lilith mata o tienta y Salomón juzga, son dos seres sobrepasados por su propio poder. Saber esto habría debido bastar para que el pueblo argentino se alejase de la lucha armada. Como hemos observado, una verdadera danza mortuoria en la que la cabeza de los inocentes o aquellos que abogan por una lucha espiritual, Juan Bautista, siempre perecen bajo los designios de quienes quieren para sí únicamente toda la ciudad de Jerusalén o, mismamente, todo Buenos Aires, mientras las víctimas esperan a un Mesías que acaso ya no vendrá nunca más. Si antes no lo descubren en ellos mismos. No es necesario para luchar contra el fuego utilizar este mismo elemento para que el mal se acabe consumiendo.

IV.3. EL CADÁVER DE EVA: EL ORO INMORTAL.

Y dijo Satanás: “Seréis como dioses”

Giovanni Papini.

“Yo soy el primero y el último;
excepto yo, no hay dioses”

Isaías 44, 6.

Como hemos ido observando, Occidente, una vez que las palabras y las cosas estaban absolutamente separadas y disgregadas en la multiplicidad y confiando en el patronazgo divino de Yahvé sobre los designios de este mundo, no supo, no pudo o no quiso interpretar su propia mitología. Precisamente, la Midrach nos enseña que antes de la caída, Adán y Eva tenían unas túnicas de luz (kotnot ´or). La palabra ´or estaba escrita con una inicial aleph que venía a significar unidad absoluta. Adán y Eva eran transparentes el uno al otro; su comunicación se apoyaba sobre lo que ellos eran esencialmente. La luz divina les envolvía justo hasta su cuerpo. Después de la caída, estas túnicas se transformaron en Kotnot “or y el aleph inicial de ´or –luz– se cambió en ´´ayin (letra gutural). La letra ´´ayin equivalía a 70 y, por tanto, a la disgregación del hombre y su pluralidad contra la que había que luchar para volver a estar en el aleph.

Exactamente, Yahvé había anunciado que siete veces sería castigado aquel que asesinara a su hijo Caín. Las razones de esta maldición, las intentaremos observar más tarde. Pero, lo que ha de servirnos ahora es visualizar cómo para los occidentales llegados a América, el oro sublimaría su necesidad de reintegrarse a la unidad que, desgraciadamente, como hemos ido observando había degenerado en monoteísmo exclusivo y excluyente, para intentar aclarar mejor el porqué del recorrido realizado por Fernando Vidal Olmos en su *Informe sobre ciegos*.

El oro, en casi todas las civilizaciones estaba asociado al sol y para los alquimistas era un signo del más elevado estado de la evolución espiritual. Por tanto, quien lo poseyera podría ver, luchar contra la contradictoria condición humana, y

poseer rango divino. Volver al Adán, al primer paraíso, al estado de Kotnot ´or, dominio de la luz total. Y, por ello, Dante, como nos informa Weinrich, “no hizo siquiera el intento de describir en sus versos, con palabras terrenas, lo que había visto realmente en su paisaje celestial al paraíso. (...) Tanto ver, (tanto veder) habría de superar la capacidad de un ser humano”,¹ podría cegarlo enfrentado a la luz total del sol, su descomunal fuerza sin sombra de oscuridad. Por estas razones, hemos de suponer que como en la historia de Midas o la leyenda del Rhin, el oro que permite vislumbrar la divinidad, el estado pre-paradisiaco y la inmortalidad del alma, fuera guardado por los dragones y sus hijas y, más tarde, echado al río. En realidad, el diablo tendría miedo de que a través de la visión del oro, el hombre recordase su antigua condición en el interior del pleroma, en el aleph e intentase llegar a sublimar espiritualmente la materia, arrojándole para siempre al olvido.

Precisamente, la historia del venado de oro al que los israelíes adoran mientras Moisés se dirigía a recibir los mandamientos de la tabla de ley, podría ser leída de otra manera a como tradicionalmente lo ha sido. Es Yahvé quien les recuerda a los hombres que están en falta, están en Kotnot ´or y, por tanto, han de regirse por sus mandamientos. Sin embargo, el pueblo hebreo ha observado en el oro un reflejo divino al que adorar, inconscientemente ha recordado una antigua y lejana condición de la que debe apartarse por la ley. Yahvé les concede una ley a las que deben someterse. Les prohíbe adorar ídolos falsos y el incesto, pero la existencia de algunas de las ovejas negras del rebaño de Israel hace sospechar que el mismo hecho de estas prohibiciones revelan una verdad que el Dios desea ocultar. Los gnósticos lo intuyen. El Dios tiene miedo de que gracias al reflejo del oro, los hombres recuerden su origen y comiencen a realizar un camino al revés que ha de incluir la existencia del incesto para enfrentarse con un estado previo y original al de su previa pertenencia en el paraíso. Pero como la ley es omnipotente y aparece regulada para permitir la supervivencia y transmisión del legado del hombre a través del tiempo y el oro, al ser materia y no espíritu, renueva los deseos de posesividad cainitas del ser humano, finalmente el hombre se sume en el olvido de aquel reflejo que lo embelesara en el desierto y decide continuar su andadura errante y guerrera para auspiciar los

¹Weinrich, Harald. **Leteo. Arte y crítica del olvido.** op.cit, pág., 75

mandatos de su Dios. Es Yahvé, por tanto, como nos ha indicado Rozitchner² en una ecuación ya descubierta por el judío Marx,³ quien ha de mandar sobre el oro y el hombre y el uso que hacen los mismos de éste que siempre ha de ir en su beneficio y su ley donada al hombre. Es él, luego transmutado en estado moderno en Occidente, quien se encarga de regular el acceso al oro y quien muestra el poder material que otorga al poseerlo, pero la ley donada a su pueblo muestra que únicamente será poseído por los hombres que lo veneren a él, el diablo. De la misma manera que sólo aquel que sea capaz de establecer un pacto con el demonio podrá alcanzar la inmortalidad.

En realidad, el Dios judío sabía que cuanto más prohibiera el oro, más lo desearían los hombres y para ello sería necesario volcar su atención únicamente sobre su faz material, no espiritual. Así, el oro sería pensado como medio y forma de comprar almas, traficar con productos o personas y alcanzar un poder a partir del cual poder desafiar a Dios, pero nadie podría sospechar en él su faceta espiritual. Él, que sería quien lo poseyera y lo guardase en las profundidades de la tierra, se encargaría de rodearlo de una mitología seductora que no permitiera a los hombres recordar su estado anterior a la falta, reunidos junto al aleph.

De hecho, es curioso que el Dios judío insista en presentarse oculto a los hombres y con el rostro siempre velado. Como nos ha recordado Octavio Paz, esta

² Nos señala Rozitchner: “Es desde el Dios único, racional, patrón de toda equivalencia, de donde se desprende luego el patrón oro y el dinero, equivalente general para el intercambio de las cosas. Jehová las regula (...) a través del préstamo de dinero: la compra y venta de las cosas. Dios distribuye la riqueza de la tierra como si le fuera propia, como madre atesorada. Legaliza el intercambio de mujeres –de la Cosa– con la ley del incesto transgredida, y el intercambio de las cosas con el valor del cambio amonedado”. En Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. op.cit, pág.,

³ Paz, Octavio. **Conjunciones y disyunciones**. Joaquín Mortiz, S. A. Primera edición. diciembre 1969. Pág., 31. Afirma Octavio Paz en una enjundiosa reflexión que permite esclarecer aquellos aspectos que deseamos destacar: “Antes que Freud y sus continuadores, Marx había ya advertido el carácter mágico del oro en la civilización antigua. En cuanto a su relación con el excremento dijo que la sociedad capitalista es “la dominación de hombres vivos por materia muerta”. Debería añadirse: la dominación por materia muerta abstracta, pues no es el oro material el que nos asfixia sino el tejido de sus signos. (...) la agresividad del excremento viene probablemente de su identificación infantil con el falo. Así, habría que estudiar la conexión escondida entre esa agresividad anal y la violencia abstracta de las burocracias”.

característica también la posee el sexo: “El sexo es subversivo no sólo por ser espontáneo y anárquico sino por ser igualitario: carece de nombre y de clase. Sobre todo: no tiene cara”, está oculto y velado siempre por la ropa. Lo que, para el pensador mejicano es, sin duda, “el origen de nuestra desdicha” porque una vez que “el sexo y el rostro están separados, uno abajo y otro arriba,” “nos recuerdan que hubo un tiempo en que la cara estuvo cerca del suelo y de los órganos genitales. No había individuos y todos eran parte del todo”. “El sexo nos dice que hubo una edad de oro”,⁴ nos continúa señalando Paz, y el soportarlo siniestramente oculto bajo las tinieblas de los vestidos nos señala, al igual que el rostro oculto de los dioses, que existe una historia, un origen que ha de ocultarse a los hombres. Y, por ello, el falo que es fuente de memoria y el rostro del Dios judío que es reflejo del poder espiritual que todos podemos llegar a tener si nos atrevemos a velarlo, han de estar ocultos. Los hombres han de seguir transitando a través de la oscuridad y el olvido que es a donde conduce la negación de sexo y rostro que puede también extenderse a la de ojos y cuerpo. Como, a su vez, es lógico que la risa o el vómito del hombre, tal y como sugiere Octavio Paz, sea producto de lo insoportable que es para el ser humano recordar aquella antigua unión de rostro y sexo y observar su separación actual que todo Dios sin rostro ni risa está siempre interesado en fomentar. Separación que todo ciego, para quien no existen caras ni cuerpos, pone de manifiesto de manera explícita, lo que explicaría el porqué tanto Castel como Vidal Olmos o Alejandra sintieran una repugnancia o un temor inaudito al mencionárseles su existencia.⁵

⁴ Ibíd, pág., 28.

⁵ No sólo los personajes de Sábato pues en la novela de Lérmontof , **Un héroe de nuestro tiempo**, que abre con una cita **Abaddón el exterminador**, podemos leer cómo su personaje utiliza una expresión similar a la de las creaciones del escritor argentino. Lo que continuaría ahondando –trabajo todavía a realizar- en las relaciones que entre la literatura de los novelistas rusos del siglo XIX y Sábato existe y que el mismo autor se ha encargado de comentar más de una vez, resaltando los parecidos entre una cultura ajena a todo centralismo como la rusa y la procedente del país argentino. Nos dice el narrador-protagonista de la novela de Lérmontof: “Confieso que tengo un prejuicio contra todos los ciegos, cojos, sordos, mudos, jorobados, mancos y demás lisiados. He observado que siempre hay una cierta relación extraña entre el aspecto exterior del hombre y su alma, como si con la pérdida de un miembro el alma perdiese también algún sentimiento. Me puese, pues, a estudiar el rostro del mozo; pero ¿qué queréis observar en una fisonomía que carece de ojos?... Durante largo rato estuve mirándole lleno de compasión, cuando, de repente, sus finos labios dibujaron una sonrisa, apenas perceptible, que me produjo desagradable impresión. Llegó a pasarme por la cabeza la sospecha de aquel ciego no lo era tanto como parecía. En vano traté de persuadirme de que no existen cataratas artificiales, ni servirían para nada; pero ¿qué queréis?... el prejuicio...”, en

Los ciegos, en verdad, en la obra de Sábato son quienes advierten de la transformación terrible del oro, del sol, en excremento, en hedor, de la antigua vida paradisiaca en infierno. De hecho, el ciego al no poder mirar, ver luz alguna, niega toda posibilidad a la existencia del rostro, es el hombre al que sólo le hablan las voces y esto, tan sólo de cuando en cuando, como es, a la vez, el hombre que cuando habla –sinónimo de rezar, en este caso– no sabe, debido a su invalidez, si recibirá respuesta pues no tiene la capacidad de saber con certeza si el otro, los otros u el Otro se encuentra ante él. Por tanto, es un símbolo preclaro para representar no sólo la fragilidad del hombre sometido a las condiciones inhóspitas de la materialidad o la búsqueda siempre alocada, a ciegas y sin rumbo de los hombres con Dios sino, sobre todo, de la relación particular que estableció con su particular Dios el pueblo de Israel. Precisamente, como recordara Gómez Liaño haciendo hincapié sobre la simbología del libro de Henoch etiópico, “para significar que los israelitas están en buena relación con Dios se dice que “tenían los ojos abiertos”; en caso contrario, “se cegaban”.⁶Y en este sentido, el ciego es signo conjetural de las relaciones de la cultura judaica o el comportamiento del mundo judeo-cristiano con Dios. Dios es quien no tiene rostro, no tiene cabeza y, por tanto, no tiene sexo ni unidad como los hombres disgregados y separados que buscan, como los unitarios y federales, cortar la cabeza de los rivales o contrarios, para mostrar que son capaces de ser los dioses del nuevo territorio. Y aquel de los cegados pobladores de Argentina que posea la cabeza del contrario, habría mostrado que es capaz de poseer el rostro, la cabeza de los hombres y enceguecerlos, como antes realizara el diablo con los hombres. Porque éste es el problema de la ceguera y de Argentina, edificar un país y una vida a partir de una cabeza cortada que ahonda más en la separación de sexo y boca, cuerpo y alma. La cabeza ya no habla y sus ojos se hunden hacia dentro hasta desaparecer. Es la cabeza de un ciego. Y quienes la poseen creen tener la cabeza de Satanás que es el rival enemigo, o el ejercito unitario y federalista demonizado, cuando, en realidad, poseen un recuerdo putrefacto, un excremento que muestra que ellos son, en realidad,

Lérmontof, **Un héroe de nuestro tiempo**. No señala traductor. Espasa-Calpe,S.A. Madrid. Cuarta edición.1962. págs., 58 y 59.

los cegados, los separados, los desposeídos del sentido de la vista para observar en el enemigo un posible hermano.

Al contrario, Cristo en los evangelios ofrenda la vista a un ciego. Frente a la ceguera, Cristo ofrece la visión. Está interesado en que el ciego observe los rostros. Todos los rostros son distintos y plurales y ansían el sexo aunque se camuflen en el templo. Mirarlos a cada uno de ellos y respetarlos es respetar la posibilidad de la llegada de la luz, del primer oro espiritual que desvela el engaño de la materia y permite que todos los rostros sin dejar de ser diversos y, sobre todo, sin ocultarse, se sublimen en uno: el rostro de la humanidad que es el verdadero rostro de Dios nunca velado y por lo que se sugiere que matar aunque sólo sea a un hombre, supone atentar para siempre contra toda la humanidad y el “daimon” divino de la criatura humana. Así, el ciego liberado de las tinieblas voraces por Cristo se dirige corriendo hacia las aguas y se baña en sus corrientes profiriendo alaridos de júbilo. Ha vuelto a nacer. Está en el océano del mundo. En su parte-agua. En la mirada cristalina que observa la creación del mundo, los animales, peces marinos y distintas culturas a través de un solo prisma, el del amor. El reflejo de las aguas unido al de la vista le hace gritar de alegría. Ve y toca con suavidad y curiosidad el rostro ahora velado de un hombre. Él es su hermano y cuidar por él significa unir dos miradas que podrían llegar a reintegrarse espiritualmente en los océanos acuáticos del cielo pleromático. Ya no hay una voz sin rostro ni un cuerpo sin sexo. Existe un ojo que mira otro ojo y que puede amar, encontrar en el sexo de la persona que ame el todo al que no puede llegar por sí mismo.

De la misma manera, el niño hace esfuerzos por abrazar con sus labios su sexo pero el tronco del cuerpo no le deja. Esa es la indicación. Su sexo, su parte perdida, ha de buscarla en otro ser. En el amor. Es entonces cuando cabeza y cuerpo vuelven a unirse y la palabra vuelve a ser pre-genital, pro-creativa, se vive el tiempo del juego y el sexo no tiene como última meta la eyaculación, el orgasmo. Sexo y

⁶ Gómez de Liaño, Ignacio. **Filósofos griegos, videntes judíos**. op.cit, pág., 354.

rostro están de nuevo juntos y se vuelve a la ansiada Edad de Oro.⁷ La procreación será reintegrar al hombre en el tiempo de la muerte que es la Edad de Plata, pero mientras el hombre pueda seguir buscando el sexo, mirando entre los escondites velados al ojo humano por los vestidos y que sólo a un Dios omnipotente y de mirada castigadora, según dicen, le son accesibles, podrá soñar en restablecer la antigua unidad o evadir la prisión actual en que se encuentra atrapado.

Así, por ejemplo, el masoquista en su afán por humillar al padre castigador pide de la Diosa-mujer o del Dios-hombre los orines y el excremento que conceden vida y abono a las plantas, al animal, para beber y comer oro, mirada primera que niega al diablo y recuerda que esta materia cenagosa en que nos hundimos, fue anteriormente y puede volver a ser Kotnot 'or: es decir, unidad, jugo que alimenta como el sexo a la vida y a la muerte pero que un día podrá volver a ser estado impoluto, sin falta, totalidad plural que no necesite materia alguna para encarnarse. Y el sádico o los estados totalitarios –para lo que basta revisitar la escalofriante **Saló** de Passolini y la obra de Sade- es quien se atribuye la capacidad de dar o quitar esta vida. Quien por medio de la tortura recuerda a los hombres que, deseen aceptarlo o no, son materia y es quien domina este mundo, quien posee el oro, la plata -luego lanzados a la ciudadanía como excremento sobrante para que se revuelquen por el suelo a beberlo o comerlo– el hombre al que han de adorar como un Dios pues es él, con un movimiento de manos, una firma en un documento, quien permite que la vida pueda continuar. Es él quien retiene todo el oro del paraíso que consiente a Adán y Eva seguir mirando alrededor, concibiendo la posibilidad de una vida paradisíaca en un estado totalitario y, por tanto, la mano que puede tanto darles vida como desterrarles, expulsarles para siempre de la misma. De la misma manera que el Dios judío es capaz de atizar temporales, levantar cascadas o realizar castigos inconmensurables según se obedezcan sus mandamientos o no, o que la naturaleza parece frenética entre vendavales e incendios cuando los ciudadanos de Grecia no

⁷ En suma, quiero entender que esta es la intención del **Ferdidurke** de Witold Gombrowicz, -obra a la que Sábato dedicara una succulenta y jugosa reflexión- de gran parte de los postulados de este exiliado polaco en Argentina, que aún pudo comprender cómo en en el chapoteo de significantes que marcaban el ritmo de la vida argentina, esta posibilidad –anunciada por el Adán de Marechal– aún podía entreverse, ser posible, al contrario que en la fagocitante vida europea.

llegan a realizar el ritual obligatorio, necesario, frente a los templos y, en muchas ocasiones, aunque lo efectúen con rigor y prontitud.

Por esta razón, los ciegos que son los seres que habitan en la noche, son la creación metafórica elegida por Sábato para representar a los veladores y guardianes del secreto del Dios sin rostro, el Dios cegado o Dios judeo-cristiano tan diverso del Buda, el Shiva, los dioses del Oriente o incluso de los Dioses griegos y romanos. Porque los ciegos son guardianes de olvido, quienes poseen la llave que desvela el rostro del diablo y el ojo de la tierra con la que se engendró el mundo y habrían de revelar al ser humano la historia velada que intenta descifrar, mejor o peor, con más errores o menos, el gnóstico. Son los encargados de que el hombre no salga jamás de su estado de falta y pecado. De que Caín no pueda recordar o Edipo pueda llegar a descifrar con precisión el oráculo. Los ciegos son quienes desean que el hombre no conozca, que Adán y Eva piensen que habitan el paraíso y son los encargados de extraer del excremento, la sustancia aurífera con la que encadenan a los hombres en esta vida, entre edificios por donde deben caminar anónimos para encontrar la firma, el cheque que les garantice el existir, el maná venido del cielo o del sillón presidencial. Ciegos, por ejemplo, eran los secuaces de Menem, Videla, Viola o Galtieri durante su mandato en la Argentina, encargados de vender excremento, naturaleza, terrenos verdes de la Argentina, de la Patagonia o el oro negro del petróleo para luego dar vida a los ciudadanos de su pueblo e intentar que creyeran en el verdadero estado paradisiaco del país durante la pasada década de los 90. Y, una vez que de manera más o menos clara hemos intentado explicitar la necesidad que el pueblo argentino en el destierro tuvo de encontrar desde sus primeros balbuceos históricos a su particular Mesías, aunque fuera de manera diabólica, se comprenderá mejor el porqué uno de los jefes de la campaña electoral de Menem antes de su primera elección le recomendara ávidamente al mismo: “No te calentés por los contenidos de los discursos. Vos ponete el poncho, besá a los chicos y tocá los ojos de los ciegos. Después saludá y andate”.⁸ O que, por ejemplo, frente a la insistencia de Sábato u de otros artistas de la Argentina por repensar el pasado de la patria, Carlos Menem, como gran discípulo de Perón, hiciera hincapié en que la Gran Culpa

que corroía su patria era la memoria, el rencor, la resistencia a olvidar: “Ya el pasado nos ha enseñado todo lo que podía enseñar”, (...) “Ahora debemos mirar hacia adelante, con los ojos fijos. Si no aprendemos a olvidar, nos convertiremos en una estatua de sal”,⁹ diría en algunos de sus nutridos discursos en público, de cuyas últimas resonancias y significaciones simbólicas no creo que haya que realizar comentario alguno.

En fin, lo cierto es que si en verdad es el ciego una metáfora universal que labra los destinos de todo Occidente desde el gesto de Edipo o el milagro que realizara Cristo con uno de los mismos, como hemos ido observando, era la metáfora perfecta para construir e indagar en una tipología del hombre americano, argentino. Como, a su vez, del país hispánico que le había conferido su paternidad por lo que es normal, asimismo, encontrar entre las ruinas en trance de reconstrucción del reino único español tras su guerra civil, una obra tan afín a las conjuras de la ceguera como **En la ardiente oscuridad** de Buelo Vallejo.

Es el ciego tal y como lo observó Derrida en sus **Mémoires d’aveugle, L’autoportrait et autres ruines**¹⁰ y en sus comentarios a la famosa exposición realizada por el museo del Louvre sobre la ceguera en 1992, un ser con miedo al espacio. En su caminar, el siguiente paso andado, le puede hacer deslizarse al vacío. Caer al suelo. No sabe qué es lo que encontrará en su próximo movimiento. Sus manos tientan el espacio, lo reconocen y lo intentan auscultar sabiendo que la tierra que debía ser su mayor amiga, se ha convertido en su mayor enemigo. Cualquier desliz del terreno, una silla mal ubicada, una piedra en el camino, puede hacer que se desvanezca en la tierra, permitir que sea devorado en sus entrañas. Es un hombre desconfiado de todo pero que, sin embargo, por el mero hecho de seguir con vida, demuestra un poder casi demoníaco basado en la fe. Fe en llegar al destino propuesto. Fe en poder encontrar una silla donde sentarse aunque no pueda observarla. Fe en que

⁸ Eloy Martínez, Tomás. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 49.

⁹ *Ibíd*, pág., 35.

¹⁰ Derrida, Jacques. **Mémoires d’aveugle : l’autoportrait et autres ruines : Exposition, Paris, Musée du Louvre, Hall Napoléon, du 26 octobre 1990 au 21 janvier 1991**. Editions de la Réunion des musées nationaux, 1990. Paris.

el camino que ha emprendido podrá ser terminado. Y una experiencia igual es la de todo exiliado, la de cualquier heredero de Caín, para quien la tierra ha comenzado a ser extraña y pasó de amante a enemiga hostil.

Precisamente –y no creo necesario insistir en lo necesario que es para el ser humano compartir gran parte de las cualidades del objeto estudiado para describirlo con agudeza– Fernando Vidal Olmos nos donará una afortunada descripción sobre el estado de ceguera al que, como tantos ciudadanos de su patria y, por otra parte, la mayoría de los seres humanos nos vemos abocados ontológica, metafísicamente antes o después en nuestra vida: “para un ciego, un silencio total a su alrededor es como para nosotros un abismo tenebroso que nos separa del resto del universo. No sabe a qué atenerse, todos sus vínculos con el mundo exterior han sido abolidos en esas tinieblas de los ciegos que es el silencio absoluto. Tienen que estar atentos al más mínimo rumor, el peligro los acecha por todos los costados. (...) En esos momentos son solitarios e impotentes”.¹¹

Y no encuentro para nada casual que una de las grandes obras de la ceguera del siglo anterior se desarrollara en Argentina, donde los emigrantes que llegaban o los antiguos conquistadores tenían que enfrentar a la naturaleza como enemiga y debían sentirse caminando entre sombras en torno a un medio ambiente hostil cuyo subterfugio diabólico podía derribarles sin piedad en escasos momentos. Como tampoco ha de serlo que los soldados que se dirijan a enterrar el cuerpo de Lavalle realicen, a su vez, un recorrido difícil y en el que cualquier escollo puede surgir, guiados -como los ciegos- tantas veces, solamente por la fe. Únicamente que la ceguera del escuadrón de Lavalle es deseo de ver, de recordar, de honrar a los muertos y que haya un monumento al recuerdo a la altura de los seres humanos, estuvieran más o menos acertados en sus decisiones. Intentar que la cabeza, el rostro de Lavalle, no caiga en manos de sus enemigos, no sea separada del cuerpo, es un gesto que puede ayudar a forjar una futura patria argentina. Significa no ahondar aún más en la partición entre rostro y sexo o, mismamente, vida y muerte, que fue el par

¹¹ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 343.

binario que mostraba inevitablemente la mortalidad del ser humano, contra el que los conquistadores judeo-cristianos intentaron luchar en su deseo de acaparar oro.

Y, desde este punto de vista, y una vez que hemos ido observando la dificultad de construir el país argentino, el ciego con sus ojos vueltos hacia dentro es el primer signo que indica cómo el oro o la luz primera buscada en América han degenerado en tinieblas y muestra la imposibilidad o dificultad, desde el mundo terrenal, material, de poder reintegrarse al primero oro paradisiaco. Es más, el ciego advierte que ese paraíso era, en realidad, infierno y que el oro que observaban Adán y Eva en el mismo era un reflejo desvirtuado del pleroma, la primera unión, que el diablo situó ante sus miradas para tentarles, engañarles. El oro era un espejo dorado con el que los deslumbraba y no les permitía tomar conciencia de su verdadera condición que la serpiente les mostrará sin ambages. Y es inevitable no realizar una comparación entre ese beso en la cara que habitualmente se conceden los ciudadanos argentinos como saludo previo a toda conversación y la historia secreta a la que parece apuntar. No ya porque remita al clásico beso gracias al que Judás vendió a Cristo por unas monedas sino, ante todo, porque es un beso que sella un pacto tácito entre dos hombres que se saben ciegos o copartícipes de una realidad a la que no quieren mirar, a la que desean negar o falsificar. Dos personas que no pueden mirarse a los ojos como en el saludo tradicional realizado en Occidente de ofrecer la mano al contrario y que, en el momento de besarse, miran hacia un “afuera”, un “oro” o estado aurífero lejano (el Adán americano) que tantos conquistadores abrazados a su codicia desterraron para siempre de Argentina abrazados a su deseo del otro oro, el excremental, que sepultó a Judas en la nada.

Pues, sin duda, el deseo del hombre de rodearse de oro –engaño manifiesto del diablo– motivado o no por un deseo de reintegrarse con la naturaleza primera del Adán, no podía tener final feliz. El oro pasa de ser signo, materia a través de la que ver el primer resplandor pleromático, a producto que da o quita la vida y ciega al hombre. Así, por ejemplo, lo entenderían los judíos o los aztecas, una vez que habían comprendido, como señalara Octavio Paz, que “guardar oro (era) atesorar vida

(sol)”,¹² puesto que el oro concedía poder para crear vida y para quitarla a voluntad. De hecho, un exceso de oro como de sol podía conducir a la muerte a los hombres por su deseo impuro de ver más que Dios, lo que sólo podía conducir a cegarlos como a Satanás. Y esto es lo que en parte sucedió con la llegada del conquistador judeo-cristiano a América. El conquistador se dejó cegar por su deseo de inmortalidad, poder, de sol, de saber que podía quitar y dar la vida del indígena a su voluntad, y cuando se vino a dar cuenta estaba en una situación opuesta a la deseada: mortal, pobre y sin poder alguna. Estaba en el mundo de la letrina. De la sombra. Que es al lugar donde debió ir el conquistador hispánico llegado a Argentina cuando observó que ni la la consabida plata de aquella zona ni la Ciudad de los Césares eran reales. Al fondo de la tierra. Pues si el oro no estaba sobre la tierra debía estar bajo la misma, en los putrefactos rincones del infierno,¹³ bajo las aguas del río de la Plata. Un metal –la plata- que, significativamente, para los aztecas, era llamado “el excremento blanco de los dioses” que, para los alquimistas, estaba generalmente asociado al poder de lo lunar, de lo nocturno y que, a su vez, venía a representar el estado de la caída o el poder disuelto de la palabra que, con tanta exactitud, se aviniese con el signo vital del país argentino frente al silencio que es de oro, luminoso y unificador, solar.

De esta manera, el oro había devenido excremento, que es para Octavio Paz el proceso oculto que constituye a la modernidad tras el Descubrimiento de América: “las metamorfosis del oro y el excremento, sus uniones y separaciones, constituyen la historia secreta de la sociedad moderna”.¹⁴ Y es esta metamorfosis del sol en

¹² Paz, Octavio. **Conjunciones y disyunciones**. op.cit, pág., 29.

¹³ De hecho, como indicaba Jacques Bril, recordando la analogía entre el vientre de la ballena de Jonás y el de la tierra: “el vientre digestivo es por otro lado el lugar privilegiado de las transformaciones vitales que la metáfora alquímica usará abundantemente para hablar de las operaciones metabólicas que se propone por objeto”. En Bril, Jacques. **Lilith ou la Mère obscure**. op.cit,pág., 136

¹⁴ En Paz, Octavio. **Conjunciones y disyunciones**. op.cit, pág., 30. Continúa diciéndonos Octavio Paz: “La analogía contradictoria y complementaria entre el sol y el excremento es de tal modo evidente que casi dispensa la demostración. Es una pareja de signos que se funden y disocian alternativamente regidos por la misma sintaxis simbolizante de otros signos: el agua y el fuego, lo abierto y lo cerrado, lo puntiagudo y lo redondo, lo seco y lo húmedo, la luz y la sombra”. (...) “Por lo que toca a las imágenes míticas, señalo que si el sol es vida y muerte, el excremento es muerte y vida. El primero nos da luz y calor, pero un exceso de sol nos mata; por tanto, es vida que da muerte. El segundo es un desecho que es también abono natural;

tinieblas, del oro en excremento, del día en luna semejante a la del estado humano del Kotnot 'or en Kotnot 'or. Significa pasar del estado de pureza a pasar al de falta, culpa y pecado, del silencio a la palabra o, mismamente, de Occidente a América. Lo que permitiría demonizar tanto el oro que viene de los confines de la tierra como el cuerpo humano o el propio sexo del hombre que, sin vergüenza alguna, mostraban los indígenas.

Por estas razones, como nos ha indicado Octavio Paz, cuando “España extrae el oro de las Indias, primero de los altares del demonio (o sea: de los templos precolombinos) y después de las entrañas de la tierra, (...) en ambos casos, se trata de un producto del mundo inferior, dominio de los bárbaros, los cíclopes y el cuerpo”,¹⁵ y no ha de sorprendernos –vista la concepción logística que Occidente hizo del mismo- que su extracción de esa letrina fabulosa en que se ha convertido América, degenera y se desparrame “sobre los campos de Europa en guerras insensatas y en empresas delirantes. Un soberbio desperdicio excremental de oro, sangre y pasión: descomunal y metódica orgía que recuerda las destrucciones rituales de los indios americanos aunque mucho más costosa”.¹⁶ El oro que era el antiguo sol que nos daba vida ha degenerado en excremento que alimenta a las más bajas pasiones, producto de los mundos inferiores que extiende la muerte a su alrededor.

Y es verdaderamente curioso observar cómo una materia que generaba memoria, capacidad de si se llegaba a vislumbrar su secreto oculto establecer una gnosis, va poco a poco generando olvido, ceguera a su alrededor. Octavio Paz ha dedicado paginas excelentes a esta aserción: “La transformación del sol primordial – oro que era de todos, todo que era de oro– es tan impresionante, como la transformación del excremento en billetes de banco”.¹⁷ Precisamente, para Octavio Paz, “la condenación del excremento por la Reforma, como encarnación o

muerte que da vida. Por otra parte, el excremento es el doble del falo como el falo lo es del sol. El excremento es el otro falo, el otro sol. (...) En el transcurso de la historia todas estas imágenes se volvieron más y más abstractas, a medida que aumentaba la sublimación de los instintos. Más y más sublimes: más represivas”. *Ibíd*, pág., 29.

¹⁵ *Ibíd*, pág., 32.

¹⁶ *Ibíd*, pág., 33.

manifestación del demonio, fue el antecedente y la causa inmediata de la sublimación capitalista: el oro (el excremento) convertido en billetes de banco y acciones. (...) La conexión entre retención anal y economía racional, que mide los gastos, es clara. Entre atesoramiento y desperdicio no quedó otro recurso que la sublimación. El segundo paso consistió en transformar en producto esa retención: ocultación y asepsia de la letrina y, simultáneamente, metamorfosis del sótano donde se guardan oro y riquezas en institución bancaria”.¹⁸

De hecho –y esto se puede observar con claridad en **Sobre héroes y tumbas** gracias a los ejemplos de Molinari y Bordenave– el oro excremental surgido de las cavernas de América, fue poco a poco limpiado, pulido, por el capitalismo surgido en Occidente al tiempo que el cristianismo se desvinculaba de la idea de la mujer sexuada, ansiaba la pureza virginal y castraba a los hombres. Fue siendo cada vez más abstracto y racional al tiempo que en el lenguaje cotidiano se prohibían las palabras obscenas o el proceso evolutivo del cientifismo intentaba negar las Furias, no daba crédito a sueños y pesadillas e intentaba mantener los ojos de los hombres siempre abiertos a todo descubrimiento, intentaba prohibirles la ceguera o ir en busca del misterio que los ciegos sugieren. Así el excremento y el abono-oro era ahora billete, cheque puro e impoluto como el alma de quienes regentaban las iglesias y asistían una y otra vez a la confusión o los telares y los vidrios de iglesias y catedrales. Como el cuerpo virginal de los ángeles o de los muchachos y muchachas cuyo sexo no era contaminado hasta el matrimonio. Octavio Paz nos continúa aclarando con sus magníficas reflexiones esta cuestión: “La economía racional capitalista es limpia, útil y moral: es el sacrificio de omisión -lo contrario del sacrificio por gasto y de la hecatombe- que hacen los buenos ante la voluntad divina. La recompensa de la divinidad no se manifiesta en bienes materiales sino en signos: moneda abstracta. En el mismo instante en que el oro desaparece de los vestidos de hombres y mujeres tanto como de los altares y de los palacios, se transforma en la sangre invisible de la sociedad mercantil y circula, inodoro e incoloro, por todos los

¹⁷ *Ibíd*, pág., 32.

¹⁸ *Ibíd*, pág., 30.

países. Es la salud de las naciones cristianas”.¹⁹ Salud de rostro apolíneo que no ha de ser cuestionada y que hoy en día todavía resuena –en forma de pequeña sanción en metálico– cada vez que nos acercamos a un cajero automático a intentar convertir el oro en vida, el dinero en bien que asegura una posible charla o conversación con un “otro”. Cuando nos atrevemos a ser nosotros quien usamos el excremento para dar vida a quienes nos rodean asestando un golpe al avaro recaudo de la materia que hacen los estados modernos, pues, como bien supiera Octavio Paz: “gastar el oro acumulado es esparcir vida, transformar la muerte en vida”.²⁰

Vistas estas reflexiones, creo que ha de comenzar a entenderse mejor el porqué de la fascinación de Fernando Vidal Olmos por el mundo de los ciegos, unida de manera indisoluble, como señala Bruno, a la del oro: “Por alguna razón que no alcanzo a comprender, le apasionaba el dinero, pero creo que veía en él algo más que simple dinero de la gente normal. Veía algo mágico y demoníaco, y le gustaba referirse a él como al “oro”. Tal vez a esa extraña inclinación se debiera su pasión por la alquimia y por la magia”.²¹

Toda la familia de Fernando se encuentra arruinada, podrida, es excrementicia y no es capaz de generar vida. Únicamente gracias a los préstamos de Molinari y Bordevane puede llegar a solventar sus ya pretéritas crisis. Son entonces tanto Bordenave como Molinari quienes retienen el gasto vital de una familia ya muerta o cuyo abono apenas genera vida, sol, oro y resplandor. Ellos son quienes manejan los destinos del país al ser los encargados de controlar el sol, el oro que es ahora dinero y, en última instancia, la sangre, los intestinos muertos, tripas vacías y revueltas por el suelo de los indígenas, cabeza sin tronco de Patricio Olmos, sudor de Lavalle y sueños perdidos de los héroes que –aún por motivos egoístas o de una manera cegada– dieron la vida por fundar la patria argentina. Son los ciegos videntes a quienes el poder abélico, demoníaco, concede la misión de encegucen con el reflejo del oro paradisíaco a los aún videntes pero ya prácticamente ciegos habitantes de la

¹⁹ *Ibíd*, pág., 31.

²⁰ *Ibíd*, pág., 29.

²¹ En Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 470.

Argentina. Y resulta comprensible, desde esta perspectiva, que Fernando profiera toda una serie de imprecaciones sin fin contra el manejo que del dinero realizan los bancos y empresarios: los encargados de limpiar la sangre, la suciedad de la tierra, la sangre y el barro putrefacto en que viene envuelto el oro. Más aún, cuando su sangre de antiguos luchadores por la patria y buscadores de oro se ve mancillada una y otra vez por el malgasto del dinero que los distintos gobiernos argentinos realizaran y que su recorrido ficcional por la Argentina está fechado justo en el momento en que Perón estaba comenzando a dilapidar los miles de lingotes de oro que, gracias a tantas muertes infaustas o el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial, formaban parte del Tesoro Nacional argentino. Como, a su vez, es perfectamente entendible que Fernando vincule el par amor y excremento en ciertos momentos de su discurso o que realice una reflexión sobre la cacografía y las penas que habrían de pagar los impíos, los malvados, por sus actos impuros.²²

En resumidas cuentas, son los ciegos quienes finalmente y, siguiendo una cadena lógica y cruel, se han aprovechado de la ceguera de los antiguos conquistadores. De aquellos hombres que creyeron haber visto u oído hablar de El Dorado o la Ciudad de los Césares sin comprender que el oro entrevisto no era sino el del primer bostezo paradisiaco de lo americano que con sus selvas vírgenes todavía no mancilladas por la bárbara civilización permitía entrever el primer telar de oro paradisiaco. Por esto no es nada extraño que Fernando haya terminado –en un modelor, profesión o rol que, con tanto acierto, será tipificado por tantos films y libros como una recreación de un tipo y forma de vida de lo argentino y basta recordar la reciente película de Fabian Bielinsky **Nueve reinas**– falsificador de dinero. No es esta profesión una manera únicamente de ganarse la vida para Fernando sino, asimismo, una forma de jugar con el sistema manejado diabólicamente por los ciegos, de engañarlo con las mismas armas que él utiliza para

²² Así, Fernando nos referirá, parodiando el sistema capitalista y mostrando su raíz excrementicia “La necesidad de inventar previamente algún sistema que permita detectar la canallería en personajes respetables y medirla con exactitud para descontarle a cada individuo la cantidad que merece que se le le descuenta.(...) Y después de realizada la medición exacta en cada individuo, el inmenso ejército deberá ponerse en marcha hacia sus establos, donde cada uno de los integrantes consumirá su propia y exacta basura. Operación infinita, como se comprende (y ahí estaría la verdadera broma), porque al defecar, en virtud del Principio de Conservación de los Excrementos, expulsarían la misma cantidad ingerida”. *Ibíd.*, pág., 361

controlar a los hombres. Como, a la vez, una manera de simbolizar su propio fracaso y la construcción artificial de la Argentina, al fin y al cabo, una irreal reconstrucción de Occidente, un sueño oscuro como la Ciudad de los Césares y un espejismo como el falso dinero que él maneja. Y es lógico que el personaje y, asimismo, falsificador de dinero, gracias al que se introduzca en la vaginal gruta de la ciega secta se llame Iglesias. Y si es cierto que del rol político de Iglesias o, mismamente, de su nombre, podríamos extraer muchas conclusiones, baste ahora señalar que es inevitable, de nuevo, referirnos a la quema de las iglesias –en el ámbito diurno de la novela que podríamos extrapolar a la entrada en la ceguera por el accidente de este personaje– por el régimen peronista, como proceso dinamizador y central de la novela de Sábato.

Son las iglesias –estatuto que no puede comprender ningún comunismo y que puede respetar pero no llegar a reconocer en su integridad total estado laico alguno– ámbitos contruídos, originalmente, como espacios de paz, un lugar de reposo y donde –incluso en tiempos de guerra– no debería levantarse arma alguna. Son o deberían ser, como las bibliotecas, oasis, remansos de paz y agua para los viajeros asidos al destino del judío errante y habrían de aspirar a ser la casa de Dios y, por tanto, de todos los hombres: una representación acogedora del corazón que, como indicará Fernando desesperadamente en su infome, ha de ser la casa de cada uno de nosotros. Y un país –y basta repasar los actos cometidos por el nazismo contra las sinagogas judías o del ejército serbio contra la biblioteca de Saravejo– que no respete estos ámbitos, está condenado a la perdición. Ha de ser un reino cegado y regido por los designios del diablo. Como mostrará ser la Argentina que, como hemos de recordar, tras los funestos sucesos de 1955 que terminaron con el exilio de Perón, se vio abocada en 1956 a un nuevo estallido militar promovido por los generales Valle y Tanco que propiciara la matanza de inocentes –como denunciara Rodolfo Walsh en su **Operación masacre**– y una lapidación pública y expiatoria de los culpables por el gobierno de Aramburu.²³

²³ Hechos que también fueron denunciados por Sábato que no dudó en manifestar su rechazo a las torturas que estaba cometiendo el nuevo Régimen. Así, como nos indica Ricardo Rodríguez Molas en **Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina**. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1984, pág., 128: “Ernesto Sábato denuncia desde las páginas de Mundo Argentino, publicación periódica cuya dirección ejerce, la puesta en vigencia de la tortura. “Para que termine la interminable historia de las torturas” titula el artículo. Llamado

Y es lógico conectar dentro de la estructura interna de la novela, tanto la tenebrosa historia que llevó a Víctor Brauner –el pintor de los ciegos– a la ceguera como el que sea con la quema de la iglesias y el accidente furtivo que enceguece a Iglesias, que se abran los siete sellos apocalípticos predichos por Barragán que hacen vomitar fuego a los tiempos. Se abra para siempre la puerta que llevará a Fernando-Caín, o el Edipo al revés americano, a buscar el reencuentro con su madre Eva y desafiar a Jehová. Porque Fernando, al contrario de Castel, ya tiene claro contra quién es su lucha. Contra quienes como la Secta ciega tienen “el dominio sobre la tierra y sobre la carne”,²⁴ que es el ámbito del diablo. Y sus muchas hipótesis tienen una respuesta clara: “Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso”.²⁵ (...) “Veamos el mecanismo: según los gnósticos, el mundo sensible fue creado por un demonio llamado Jehová.

seriamente al orden por la intervención de la Editorial Haynes, renuncia al cargo. Así los hechos, reitera la acusación en el transcurso de una mesa redonda organizada por ASCUA (Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo), derivando intencionalmente los organizadores el tratamiento del tema a otros problemas menos urticantes. Días más tarde Sábato es expulsado de ASCUA”.

Reproducimos a continuación el inicio y el epílogo de este artículo, significativamente llamado *Para que termine la interminable historia de las torturas la bestia debe morir* (1956), para que se comprenda aún mejor cómo los hechos políticos de la Argentina desembocan de una manera directa en la obra de Sábato y cómo la idea de la bestia y el dragón apocalíptico que presentaría en *Abaddón el exterminador* ya venía desde muchos años forjándose en su cabeza. Señalará Sábato: “lamentablemente, nuestro país ya puede presentar una tradición propia en materia de actos violamente represivos y de policías bravas; y su tradición como todo folklore legítimo, ha superado los marcos de lo nacional. (...) La Revolución de septiembre de 1955 anunció su disposición de quebrar el tremendo aparato. Sin embargo, las comisiones investigadoras de las torturas no se detuvieron, no se quemaron los prontuarios, no se “desmontó la máquina”. Luego el rumor popular dijo confusa y claramente: continúan los apremios y las torturas. (...)”

“Nicholas Blake, emergía de la geométrica ingenuidad de una novela policial con una cita, bellamente patética: “La bestia debe morir, el hombre también muere; ambos deben morir.” Emergiremos de nuestra nota cuando hagamos real, verídica, la primera oración de la frase: cuando clausuremos de raíz las raíces sobre las que se levanta el terror argentino”, en Rodríguez Molas, Ricardo (Compilador). *Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina. II* Editorial Universtaria de Buenos Aires. 1985, págs, 193 y 199.

²⁴ Sábato, Ernesto. *Sobre héroes y tumbas*. op.cit, pág., 328.

²⁵ *Ibíd*, pág., 329.

(...) Mi conclusión es obvia: sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la Secta Sagrada de los ciegos”.²⁶

Se comprende, asimismo, que descubrir el secreto de los ciegos significa, en suma, para Fernando, comprender el porqué de la decadencia de su familia y dirigirse a un lugar, el centro de la tierra, donde dadas la inexistencia de oro y plata en Argentina, ninguno de los conquistadores se aventuraron jamás como sí lo hicieran, por ejemplo, en las famosas minas del Potosí en la actual Bolivia: ese inmenso vertedero compuesto para reverenciar al diablo de donde surgió gran parte del oro que financiaran las guerras del Estado español durante siglos y donde murieron millares de hombres obligados a golpe de látigo a descender ciegos y sin vista a las cavernas para extraerlo. Gracias a su incursión en las entrañas de la tierra, Fernando no sólo puede revitalizar la venas ya moribundas de su familia, pues su paseo por el excremento significa volver a dar vida a la leyenda, al momento del mito y construcción histórica de la Argentina, sino mostrar que su presunta rebeldía hacia los postulados político-ideológicos de la misma está más justificada, en cuanto él es capaz de donarle otra lectura, una nueva vuelta de tuerca y una nueva identidad a su realidad.

Y, desde luego, me parece esencial, para seguir cifrando las últimas razones del engendramiento de la metáfora sabatiana o, al menos, realmente curioso y, para nada casual, que la búsqueda de Fernando Vidal Olmos se realizara una vez que Evita Perón había muerto. De todos es sabido –y basta citar la interesante narración e investigación que dedicara a este tema Tomás Eloy Martínez– el destino errante que tuvieron que afrontar los restos del cuerpo de Evita depositados en el cementerio de La Recoleta. Como nos ha indicado el escritor argentino: “Si bien el último ruego de Evita fue que nadie viera su cuerpo degradado por la enfermedad, deformado por las medicinas, enrarecido por el dolor, la muerte la privó de toda defensa. El cuerpo fue convertido en trofeo. Dejó de ser cuerpo, de ser persona, para ser sólo el objeto

²⁶ *Ibíd.*, pág., 330. A la vez, resulta realmente curioso observar cómo y a medida que la ceguera inunda toda la vida de Iglesias, éste va cobrando poco a poco los respetuosos gestos de un hacendado o consorte abélico del poder. Nos dirá Fernando de Iglesias: “Había acentuado esa cortesía

oscuro (o luminoso) de un deseo que estaba en todos, pero que no era, en todos el mismo deseo”.²⁷ Lo cual no debería extrañarnos, una vez que ya revisitamos la simbología que Evita recibiera en el inconsciente colectivo de la Argentina que pudiera representársela, simbolizarla como la primera madre que todos sus perdidos hijos tuvieran en una vida anterior, el vientre en el que se bañaron en un remoto pasado. Por lo que se comprenderá que, como nos siga indicando Eloy Martínez, “en ese cuerpo cupier(an) muchas de las fantasías argentinas: el delirio de grandeza, las quejas del tango, la nostalgia de haber sido lo que nunca fuimos, el encono de clases”,²⁸ hasta tal punto que, no cabe duda, que en la conciencia de muchos ciudadanos argentinos se observaría con claridad que quien poseyera sus restos, huesos y corazón marchito (y quién sabe si todavía vivos, sublimados en polvo espiritual que da derecho a la resurrección), podría acceder a conocer los designios de la creación. Es decir, poseer el cuerpo de Evita por un acto último de sublimación erótico-simbólica de componentes arcaico-míticos, significaría poseer un grano de la primera madre de la humanidad. La mujer que nunca debió separarse de Caín.

Y no me parece demasiado extraño pensar que todas aquellas sombras que se dedicaron a abrir los fosos de la tierra para buscar el cadáver, en realidad buscasen en este cuerpo el secreto material de la vida que, inevitablemente, condena al hombre a la muerte que sólo puede dar la madre tierra –identificada siempre con la primera madre pecadora Eva-. Al fin y al cabo, es una hipótesis que también permite explicar el porqué el 1 de julio de 1987 se descubriera que al cadáver del antiguamente Todopoderoso Dios que fuera Perón se le habían descuartizado las manos. Los ciegos ciudadanos de la Argentina que realizaran este acto estarían seguros, supongo, de alcanzar gracias a la posesión de las mismas, el poder del presidente-Dios, aquella mano que con sólo firmar un documento o decreto y bendiciendo a su pueblo desde el estrado, era capaz de hacerles ver la luz, obrar el milagro de la repartición de los penes y los peces y cobrar venganza contra los omnipotentes jerarcas abélicos. Como, a su vez, recoger el polvo excrementicio del cadáver de Evita, ateniéndonos a

que es frecuente en los naturales de ciertas regiones de España, esa cortesía distante que hace parecer señores a simples campesinos en ásperas mesetas de Castilla”. *Ibíd*, pág., 366.

²⁷ Eloy Martínez, Tomás. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 356.

las teorías ya comentadas con anterioridad de Octavio Paz, debería permitir disponer a su poseedor del poder que ésta tuvo en vida.

Creo, sinceramente, que en una novela como **Sobre héroes y tumbas** donde el recorrido de sus personajes está unido de manera tan indisoluble a la de su país, esta explicación –que lejos de querer contraponerse a las de anteriores críticos únicamente pretende completarlas según el plan trazado de nuestro trabajo– permitiría seguir uniendo cabos perdidos. Y creo que, de esta manera, el gesto cainita de Fernando tendría no sólo un sentido universal sino, a la vez, un sentido específico, dentro de la realidad argentina narrada por Sábato. Aun y a pesar de esta afirmación –y permitiéndome seguir trazando hipótesis posibles que no dejan de ser artificios a través de las cuales seguir interrogando la sana dimensión plurívoca de toda creación, de todo mito– también encuentro posible pensar que una vez que la muerte de Evita la declaró mortal al contrario de toda madre simbólica, Fernando emprende el camino hacia el infierno decidido a encontrar la verdadera Eva, la madre arquetípica. Al fin y al cabo, como señalamos anteriormente, Fernando falsifica dinero, lo que no deja de ser una manera consciente o no de jugar con las apariencias de la misma manera que Evita, conscientemente o no, había iniciado un peligroso juego de disfraces con la Eva bíblica, y caminar hacia los infiernos es ir en busca del oro y el dinero y la madre reales. Ir en busca del señor de este mundo una vez que, según confiesa el mismo Fernando, Dios reina en el cielo, un inaccesible paraíso donde las formas son puras y no falaces como en América desde la llegada del hombre blanco.

Por tanto, realizar el descenso a las tinieblas significa para Fernando-Caín fusionarse al fin con el origen, con la madre Eva, realizar una inconsciente unión incestuosa edípica gracias a la que volver a unirse con el vientre maternal del que, como Castel, nunca debió salir. El vientre del lodo, la sangre y las vísceras y no el espiritual mariano. Enfrentar a Yahvé y su ley que es el último responsable de esta separación y que, con la materia tierra transmutada en oro, domina el mundo, esclaviza a los hombres condenados a vivir con su vista hacia el suelo y ha dado el poder en Argentina a sus obedientes hijos contra los que –a través de su comunismo y

²⁸ *Ibíd.*, pág., 357.

vinculaciones anarquistas- Fernando lucha. Sin embargo, en la medida en que Fernando necesita del ardid, del engaño para llegar a esta unión con la madre y que no puede sublimar su unión por medio de espiritualidad alguna, es cegado por las condiciones de la materia. Y ahí es donde equivoca su lucha y búsqueda Fernando. Lo hemos dicho muchas veces: el ángel Samael jamás será capaz de vencer a Satanás si decide enfrentarlo con sus mismas armas, como a Caín abrazar el arma sólo le puede servir para transformarse en su prisionero. En ambos casos, la ceguera ha de extenderse por su persona.²⁹ Pues, en la medida en que esta búsqueda, se realiza más allá de toda ley, intenta engañar a Satanás absorbiendo su poder material sobre la tierra y vincula aún más al hombre a sus deseos de extraer los jugos gástricos, vitales de la Madre, la misma ha de fracasar. Tanto Samael como Caín han de ser hijos de Yahvé, quien dio origen a su vida a través de su relación incestuosa con la tierra y es lógico que Fernando desee realizar el camino al revés, -más aún a partir de su ubicación espacial americana- a través del incesto, el edípico, amar a la madre o la madre contenida en la hija para reintegrarse con su origen perdido. Pero como nos enseña el gnosticismo, esta lucha es infructuosa. Frente al dominio de la materia, sólo ha de restar al hombre la lucha y resistencia a través del mito que le recuerda su naturaleza virginal, prístina. El intento de vencer, doblegar a la materia por la materia y al incesto con más incesto, conduce al hombre al peligro de la paranoia, la psicosis, el lugar donde se deshacen los límites y se aloja la locura. Es el camino del libertinaje que, como Berdiaev se ha encargado de recordarnos, es totalmente infructuoso³⁰ y

²⁹ Hay una enjundiosa reflexión sobre la progresiva transformación en ciego de Fernando que expresa con claridad cómo enfrentar al poder material con sus mismas armas, degenera en la construcción del segundo demonio, que no podemos evitar citar: “Y, hecho significativo, ¡golpeando las paredes con mi bastón blanco, como un auténtico ciego! No había reflexionado hasta ahora en ese inquietante signo, aunque siempre pensé que no se puede luchar durante años contra un poderoso enemigo sin terminar por parecerse a él; ya que si el enemigo inventa la ametralladora, tarde o temprano, si no queremos desaparecer, también hay que inventarla y utilizarla”. (...) “Poco a poco yo había ido adquiriendo muchos de los defectos y virtudes de la raza maldita. Y, como casi siempre sucede, la exploración de su universo había sido, también lo empiezo a vislumbrar ahora, la exploración de mi propio y tenebroso mundo”. *Ibíd*, pág., 381.

³⁰ Significativamente, Berdiaev, de cuyas reflexiones tanto aprendiera el joven Sábado de tal manera que es, sin duda, una de las más fuertes influencias rescatables en **Sobre héroes y tumbas**, nos ofrece una reflexión definitiva para comprender y diferenciar ontológicamente tanto el recorrido cainita, edípico de Fernando Vidal Olmos hacia el vientre de la madre sexuada, Eva, como la búsqueda de la faz virginal, espiritual de la madre tierra que emprende Martín que considero esencial exponer aquí. Nos dice Berdiaev: “Eva es la feminidad generalizada. La formación de Eva llevó al viejo Adán al poder de la sexualidad y de la especie, lo dejó

como en el caso del Edipo, lleva al hombre a pincharse los ojos, como nos ha sugerido Blanchot, “para intentar reconciliar claridad y oscuridad, saber e ignorancia, visible e invisible”,³¹ en su incapacidad de responder a las preguntas esenciales del hombre o abrirse a una tercera vía que la filosofía oriental intenta conjugar, más interesada en preguntar quién habla, como quisiera Nietzsche, que en enfrentar o aceptar la voz que habla a través las historias. Tercera vía, por otra parte, que fuera la expresión que Perón utilizara para intentar explicar la opción, más allá de todo comunismo o fascismo, que su gobierno representaba y que, finalmente, se mostraría sentencia estéril y vacía por la imposibilidad que todo sistema político genera, en su último confín, de unir el tiempo de Dios con el de los hombres, el de la vida y los muertos y llevarlo a transitar en libertad hacia su origen que es la función de todo arte verdadero. En efecto, volver a vestir la túnica de oro del primer Adán tras la caída es, en realidad, construirse super-hombre sin instintos sin ética, querer negar la propia existencia y pensar al hombre superior no ya a sus semejantes sino a sí mismo. A su raíz y destino sagrados.

Frente al Edipo o al Caín, el Cristo es quien mira, observa a los hombres ciegos que lo han depositado en la cruz. Es la mirada de la víctima ante los vergudos y el poder, como señalaría Camus, del hombre sobre las potencias de este mundo. Mirar. Ser testigo. Quien observa y mira obliga a los demás hombres a abrir los ojos,

doblado al mundo de la naturaleza, a “este mundo”. El “mundo” conquistó a Adán por la ley del sexo, lo encadenó a la necesidad. El poder de Eva sobre Adán era el poder de la naturaleza entera sobre él. Ligado a la Eva generadora, se convertía en esclavo de la naturaleza. (...) Por medio de la Eva se había instituido la potencia pecadora de la naturaleza femenina sobre el hombre caído. Por medio de la Virgen tiene que comenzar la liberación del hombre de esta potencia natural, la tierra tiene que acoger en su seno al Logos, el nuevo Adán”, en Berdiaev, Nicolás. **El sentido de la creación**. op. cit, pág 230. Un concepto parecido al de Berdiaev ha observado Campbell en una reflexión sobre el héroe edípico que nos sirve de mucha ayuda para seguir comprendiendo a Fernando y a su antagonista positivo, Martín. Pues Fernando en su retozar en el vientre sexual materno de la madre-tierra no está lejos de vivenciar “el inocente deleite de Edipo después de haber poseído a la reina por primera vez” que después “se convierte en agonía de espíritu cuando descubre quién es ella” Y “como a Hamlet, lo persigue la imagen moral de su padre. Como Hamlet, se vuelve de las bellas formas del mundo para buscar la oscuridad de un reino más alto que éste poblado por el incesto y el adulterio de la madre lujuriosa e incorregible”. Y frente a este gesto, como nos indica Campbell, -en palabras afines al recorrido de Martín-: “El que busca la vida detrás de la vida debe ir más allá de ella, sobrepasar las tentaciones de su llamada y tender al éter immaculado que ella esconde”. En Campbell, Joseph. **El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito**. op. cit, pág., 231.

³¹ Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. op.cit, pág., 48.

recordar. A realizar al revés el camino de Edipo y Caín sin necesidad de volcarse en la materia.

Cuando Fernando realiza el recorrido por el vientre maternal de la tierra adonde ha llegado gracias a su entrada en el ojo vaginal, es guiado a través de las aguas del olvido hacia el centro del sol nocturno, el reino de la plata y del asesinato en nombre de quienes fue fundada Argentina. Asimismo, nos narrará la historia de un hombre y mujer encerrados en un ascensor que devorarán su cuerpo, observará las garras de la ciega y se se sabrá pez-espada o vampiro vengativo, al tiempo que escucha del marchito rostro de las tinieblas que allí se encuentra contenido su comienzo y su fin. En toda materia y vientre vaginal, como radiografiase con precisión Bataille en sus parricidas **Historia del ojo** o **Mi madre**, ha de hallarse el fin y el principio del hombre. Y Yahvé siempre intentó ocupar el espacio y la vista entera del hombre. No es extraño, entonces, que Fernando acepte ser quemado por su hija resignadamente. Es la única manera, a través de la expiación masoquista y el sacrificio del cuerpo, de vencer al diablo. Al fin, éste fue asimismo el círculo sin salida en que el cristianismo, al separarse del fluir vital, encerró al hombre, sometiéndolo a las letanías del claustro, las iglesias que los peronistas incendiaran.

Significativamente –y a fuerza de intentar cerrar un nuevo círculo– Octavio Paz sugería que el oro extraído de los confines en las Indias sirvió “también para cubrir el interior de las iglesias, como una ofrenda solar”. El sacerdote, el poder eclesiástico se atribuyó el poder divino, dar y quitar vida, matar o expurgar a herejes. Pero al ser este hecho una manifestación pagana que se contradecía con el mensaje crístico, este poder aurífero, divino, prácticamente diabólico se disolvió “en las naves oscuras” de las iglesias barrocas donde “arden los altares y su dorada vegetación de santos, mártires, vírgenes y ángeles. Arden y agonizan”.³² El oro y poder acumulados eran ganancia que debía inmolarse, madre mariana muerta, separada de la vida e hijo lapidado y castigado por sí mismo. Fue la manera como el cristianismo y el emergente capitalismo intentaron purificar el excremento recogido del mundo. Así, como nos indica el escritor mejicano, incluso el “incendio se vuelve goce. El martirio

no extingue sino que aviva el placer. El retorcese de los miembros abrasados alude a sensaciones que entretejen delicias y tormentos”.³³ También fue una recurrente y procelosa manera de expiar la falta y culpa sentidas por las matanzas cometidas en América. “El martirio de la carne” como indica Paz, fue “en cierto modo la contrapartida de los autos de fe y las quemas de herejes”.³⁴ El cuerpo, el árbol, había de ser cruz.

Contra todos estos actos e interpretaciones se rebela el gnóstico, para quien no es necesario mortificar el cuerpo para imponer el reino del espíritu. Hubiera bastado comprender que la cruz no es símbolo de muerte sino de vida, forjar en América un reino inviolable dedicado a recordar nuestra ideal primera naturaleza pero también nuestra ineludible configuración material, para poseer el lingote de oro máspreciado. Aquel que nunca deviene en excremento: el recuerdo de quién fuimos y seremos. No hay ninguna voz que pueda indicarnos dónde está el principio y fin de la existencia. Nosotros somos ya ese principio y fin. Y cualquier ser humano como cualquier institución como la iglesia que acapare dinero, en realidad, no es capaz de obrar el milagro crístico: ofrendar vida a través de la muerte, la tierra, la materia, el excremento. Lo que no significa para el gnóstico tener que incendiar las iglesias que es un acto cegado, cainita y que sólo puede realizar una ideología incapaz de ontología metafísica alguna. Ellas mismas son el flagelo de sus fieles y sacerdotes en cuanto no son capaces de huir del tormentoso recuerdo de haber negado la libertad de la vida a favor de la obediencia o la ley que libra al hombre del pecado. Se recuestan en rezos, lamentos y tristes cantos como el que inicia la madre de Fernando en uno de sus sueños, al haber ubicado la vida lejos de donde, realmente, ha de estar: en el corazón de los hombres, a pesar, más allá y gracias del encadenamiento material de los hombres a este mundo. En los claustros se consumen las hazañas de los viejos conquistadores. El oro se transforma en fuego porque ningún hombre es capaz de poseer el mismo poder de un Dios, a fuerza de perecer castigado por su propio ego, entre latigazos que intentan anular su yo y negar su cuerpo que es lo mismo que

³² Paz, Octavio. **Conjunciones y disyunciones**. op.cit, pág., 32

³³ *Ibíd*, pág., 35.

³⁴ *Ibíd*, pág., 34.

negar la vida. Ni Samael ni Yahvé pueden igualarse, para el gnóstico, al creador. Basta levantarse una mañana observar la creación, mirar hacia el cielo y el sol a los ojos y sin necesidad de imaginar, soñar o recordar un origen, poder constatarlo.

Realmente, después de todo lo dicho en este capítulo, si algo no puedo comprender del *Informe sobre ciegos*, es cómo Fernando podría aún querer evitar la presencia de la ceguera a su alrededor. Finalmente, es cierto, reconocerá que es imposible huir de su embrujo pero durante muchos momentos aún piensa poder despistar a esta secta, lo cual es realmente imposible. Antes o después, el hijo quiere saber de dónde viene. Y si se ha elegido el camino de la doblez, la falsificación o la lucha armada, se ha elegido ser el hijo del diablo. No creo, verdaderamente, que el padre de Caín pueda evitar reconocer a su hijo a pesar del destierro y el tiempo. Para ello ubicó una marca en su frente. Es una señal que cuando no logra estirarse y hacerse cruz, vida o amor, cuando Caín comete un nuevo acto asesino, deviene signo rojo e iluminado que incluso los ciegos pueden distinguir. Ellos la observan como un sol nocturno que, rápidamente, se recuesta de nuevo en las tinieblas. Es la señal. La señal de que todavía no ha llegado el Cristo o el Buda y que el castigo con que el martirizó a su hijo sigue otorgando resultados. Los hijos de Caín siguen reproduciéndose y matando, y Satanás sonríe porque piensa que, al fin, el mal será el único dueño sobre la tierra. Es trabajo de los ciegos ahora no permitir que los huesos de la nueva víctima y mártir descansen bendecidos bajo tierra. De recoger los restos de Alejandra y Fernanda del suelo como antes intentaron hacerlo con lo de Lavalle. Mientras los mismos no sean santificados, ellos tendrán poder sobre su alma. O, mismamente, mientras los mismos individuos como los ciudadanos argentinos se piensen superiores a la muerte, no la respeten y mancillen las tumbas de los muertos. Lo señalaba Tomás Eloy Martínez: seguir la pista de los rastros y signos del cuerpo de Evita por Argentina, significa reconocer que la patria no está aún fundada, es “un país nómada, sin lugar, sin rumbo fijo: alguien que fue desaparecido, vejado, enterrado en el anonimato, sometido, oprimido, negado”.³⁵ Significa seguir habitando el tiempo del exilio y corriendo los vientos como el comandante Acevedo Olmos para intentar ya sin esperanza alguna que los huesos del general Lavalle descansen en paz

y no sean engullidos por la garganta del diablo en el desierto de Huamaca. Rendirse a la historia y no poder fabricar el tiempo del mito. Realizar el suicidio que, finalmente, no decidió hacer Martín. Reconocer que se es Judas. Un hombre que no puede mirar a los ojos de su hermano a fuerza de ser apuñalado por el brillo dorado que late en los mismos y que todavía parece hablar de una inexistente Ciudad de los Césares por la que murieron miles de personas.

³⁵ Tomás Martínez, Eloy. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 373.

IV.4. LOS HUESOS DE LOS HÉROES: LOS HIJOS SIN LEY.

Dijo David a Saúl: ¿Por qué das oído a la gente que dice: “David busca tu ruina”? Hoy mismo has visto con tus propios ojos cómo Yahvé te puso en mis manos en la gruta y no he querido matarte. Te he perdonado diciéndome: No pondré mi mano sobre mi señor porque es el ungido de Yahvé. Mira, padre mío, mira la orla de tu manto en mi mano. Puesto que he cortado la orla de tu manto y no te he matado, reconoce claramente que no hay en mí maldad ni rebeldía. Yo no he pecado contra ti; tú, por el contrario, pones insidia en mi vida para quitármela”.

1 Samuel 24, 10-12.

¿Y quién lo enterró?

(...)

“Son los pajaros del cielos
y las bestias puras quienes lo han enterrado”

Midrach Rabbah, Génesis, XXII, 22

“Mi aliento se agota, mis días se apagan sólo me queda el cementerio”.

Job 17, 1.

De todos es sabido que en Argentina, al contrario que en Occidente, se suele festejar el día de la muerte de sus próceres. Supongo que esto debe ser una costumbre instalada en el inconsciente colectivo del país desde su nacimiento a partir de una matanza. Y es muy significativo el que el tradicionalmente reconocido como el primer cuento de la zona del Río de la Plata, **El matadero** de Esteban Echeverría, nos refiera un enfrentamiento a muerte y bañado en sangre de los unitarios y federales, y se ocupe de demonizar con saña asesina a las tropas federales y a Rosas. No sólo el primer cuento sino, asimismo, la primera novela, **Amalia**, de José Mármol, cuyo autor también se vio obligado a vivir el exilio y enfrentaría con las armas narrativas de las que dispuso la figura del Restaurador, Rosas, con el fin de borrarlo para siempre de su memoria. Algo imposible, por otra parte, no sólo para Eduardo, Daniel o Pedro, los mártires de **Amalia**, sino, por supuesto, para la familia Olmos.

En este sentido, si la literatura y el ensayo, -véase el caso de Sarmiento-, no utilizaban el tiempo del mito o la ficción más que para entronizar a una de las partes

de la sociedad en conflicto y entregar una visión maquiavélica de la realidad, esto significa que el odio entre los integrantes de la sociedad es ancestral, copartícipe de la misma y prácticamente imposible de extirpar para que esta sociedad siga respondiendo a los rasgos de identidad a través de los que se reconoce en la realidad. Exactamente, la violencia en Argentina es interna y externa y nace tanto del desamparo y el vacío sentido por la colectividad al tener que desprenderse de los mitos, raíces y cultura occidentales como de la fusión de éstos con los rasgos vacíos de la cultura americana desaparecida, lo que produce una elipse de significados y un absoluto temor a una realidad sin soporte mítico que sólo puede ser llenado por estallidos continuos y explosivos de violencia sin freno posible de la colectividad o las fuerzas que ocupan el poder. Son las crisis o las dictaduras. Son las humillaciones y los castigos públicos a los derrotados, rebeldes o disidentes y son los llantos, las quejas y las manifestaciones airadas a través de las que, según sospecho, inconscientemente se eleva la voz contra el pasado y el porqué del destierro más que contra la nueva y cíclica injusticia sufrida por los ciudadanos a causa del nuevo desliz del gobierno en curso.

Estas espirales conjugan a la ciudadanía en un caos de sentidos y direcciones en torno a las cuales resulta imposible vislumbrar un asidero en el que resguardarse. Hay un orden repetido de sinsentidos, una estrecha lógica que no responde a regla alguna y un orden contrapuesto repleto de elisiones donde reina la enemistad, lo fantasmagórico y se entiende como reglado y positivo, la espera de un nuevo golpe, afrenta o falta sea de quien sea. Se desconfía del gesto amigo y se sabe que, antes o después, las murallas sin cemento con las que construimos la casa, la familia o el país se destruirán. El cielo es un desafío y la tierra un nido de demonios. El mundo es de los ciegos. Y en Argentina se observa con más claridad si atendemos a su historia o a la lectura de la misma que podemos extraer de la obra de Sábato. Ya el mismo D'Arcangelo le diría sin vacilar a Martín: “sacrificáte por la humanidad, sudá la gota gorda y va a ver cómo te crucifican y cómo lo otro se enllenan de guita. ¿No sabé, acaso, que lo prócere siempre terminan pobre y olvidado?”¹ para luego afirmar

¹Sábato, Ernesto., **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 194.

resignado “Siempre eso milico dicen que vienen a limpiar, pero al final coima y robo”.²

En su interesante explicación y comparación entre la historia del Saúl y David bíblicos y la de Rosas y Lavalle –de la que, sin embargo, nos separaremos en distintos matices- Luis Wainerman nos ha marcado el camino en gran parte para intentar explicar el cómo Sábato en **Sobre héroes y tumbas** concibe e integra la lucha por el trono de la Israel americana, una vez que Argentina había alcanzado su Independencia. Wainerman nos refiere la famosa entrevista que mantuvieron Rosas y Lavalle en Cañuelas y se imagina los deseos que tendría Rosas de matar a su gran enemigo, pero cómo llegó a contenerse en pos ya no del beneficio del país sino de la estrategia y los pasos que debía seguir para controlarlos.³ Así, Rosas –más lúcido, contenido, astuto y clarividente en esta cuestión que Lavalle- no dudaría, por ejemplo en escribirle: “Horroriza a mi amigo, el cuadro que presenta nuestra patria si la fe en los pactos se destruye y la confianza se pierde. Todo será desolación y muerte”.⁴

Frente a Rosas que era el monstruo carnívoro al que ni Echeverría, Marmol o Sarmiento concedían tregua, cuya mujer, Encarnación Ezcurra, será utilizada para realizar comparaciones humillantes hacia Evita Perón y al que se acusó de intentar mantener al país en un tiempo ascencial, de olvido, se alzaba Lavalle que fue el gran general apreciado por San Martín y que había puesto en riesgo su vida en múltiples batallas que sirvieron para delimitar los territorios de un país, Argentina, conducido de su mano y otros héroes a su único destino posible: el éxito. Lavalle era el hombre del diálogo, el guerrero heroico, un Quijano capaz, esta vez sí, de hacer realidad sus

² *Ibíd*, pág., 193.

³ Nos dice Wainerman que cuando Lavalle entró en la tienda de Rosas, al no encontrarlo, se sentó a dormir una siesta hasta que Rosas apareció, para luego elucidar que “don Juan Manuel tuvo un impulso criminal, es cosa que nadie duda. Cualquiera de nosotros lo hubiera tenido y lo hubiera reprimido al instante. Si no lo hizo, podemos figurarnos al menos lo que habría pensado. Con toda seguridad que escuchó la voz de Lavalle que decía: “He aquí que soy capaz de dormirme, de dormirme realmente. Soy el primero en bajar el arma. Puedes degollarme o quitarme la espada como haría David con Saúl. Nada de eso tendrá el significado bíblico”, en Wainerman, Luis. **Sábato y el misterio de los ciegos**. Ediciones Castañeda. Buenos Aires. Segunda edición. 1978, pág., 55

⁴ Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos I**.op.cit, pág., 485.

sueños, un soldado de quien no se dudaba su intenso amor y adhesión a la patria y a cuyo nombre y gesto, como si se tratara de un rebelde pero omnipotente Cid, los soldados españoles temblaban o huían. Lavalle, sin duda, era el signo y gesto de la nación que habría de llegar algún día, como Rosas lo era de la nación que habría de morir o exterminar para siempre para que, al fin, los sabios profetas encargados de guardar las leyes y velar por su pueblo, obrasen un reinado justo en la Argentina.

Sin embargo, y por mor de la desnuda ideología y el caos rebelde y deconstructivo que enmarca la mítica realidad desnuda de la Argentina hasta mostrar de manera lúcida y clarivente, los recovecos más inhóspitos y elididos y posibles de la historia de Occidente, en un momento cumbre para la historia de su país, Lavalle mostró otra faz: la del guerrero salvaje, sangriento, tan parecida a la del gaucho asesino descrito por Sarmiento, capaz de matar sin piedad a sus oponentes si con ello se aseguraba para los unitarios el trono de la Argentina. Como hemos dicho anteriormente, Lavalle no dudó en matar a Dorrego, justificando, por tanto, la saña y la persecución de Rosas y el que, finalmente, las tropas federales pudieran hacerse con los destinos de su país durante décadas.

Por tanto, si se trataba de que la Argentina se asentase con la llegada de un rey justo capaz de perdonar cuantas veces fuera necesario la vida a su enemigo, como realizara David con Saúl, a pesar de la saña y deseos celosos de venganza que éste tuviera consigo, esto no sería posible. Si David hubiera matado a Saúl, toda la historia de su pueblo hubiera cambiado y Salomón no habría llegado a reconstruir el templo de Jerusalén. Sin embargo, Lavalle mató a Dorrego y, en este gesto –de similares consecuencias que el de Baistos y su hermano- se encuentra contenida toda la sinrazón de su país y la imposibilidad de acordar una historia paralela en torno a los hechos que ayudaron a configurar el Occidente moderno, más allá de la posible manipulación de los mismos. Porque, de esta manera, Lavalle que no supo contener su ira como si lo hiciera el rey David, precipitó la llegada de Saúl y la rama perdida de Israel, Caín o Esaú, al gobierno de la Argentina. Lo que, de todas maneras, habría de ser lógico en un país que estaba construyendo su historia al tiempo que construía su ficción. Asunto este que considero que sería básico para que Sábato nos

concediera su particular visión de la historia argentina que, en cierto modo, ayuda a rellenar los huecos vacíos que los textos bíblicos nos han legado y que la educación patriótica impuesta por José María Ramos Mejía desde 1908, las paternalistas páginas de **En viaje** de Miguel Cané o incluso algunas de las **Causeries** de Lucio V. Mansilla, como nos informa Tomás Eloy Martínez, ayudaran a consolidar.⁵

Creo que ésta es la lectura que podemos extraer, en primer lugar, de la narración histórica referida por Sábato. Todo sucedió al revés de cómo, en principio, estaba pensado en Argentina porque la misma existencia de América no estaba prevista ni en el más insólito de los sueños occidentales. Dorrego dialogaba, intentaba unir diversos puntos de vista, Rosas perdonaba la vida de Lavalle, y Lavalle que era el gran héroe de la Independencia, el hombre del honor y la palabra, cometía un acto asesino contra un dirigente del mismo pueblo al que pertenecía y había ayudado a guarecerse durante un tiempo en la leyenda. Con lo que Lavalle, en suma, habría ayudado a ahondar en la barbarie y, además, mostraba tras su gesto, clarivamente, cómo toda guerra y aún más la guerra entre hijos y padres -España y América- y hasta el momento de la Independencia, hermanos, por saborear el vientre de la nueva madre conquistada, es una guerra incestuosa. De hecho, como nos informa Patricia Pasquali, “como si fuera el temprano presagio de su sino trágico, la sangre que por primera vez tiñó el sable de Lavalle no fue la de los realistas, sino la de los patriotas orientales que, con Artigas a la cabeza, sostenían la disidencia federal porteña contra las pretensiones hegemónicas de Buenos Aires”.⁶

⁵ En Eloy Martínez, Tomás. **Réquiem por un país perdido**. op.cit, pág., 110.

⁶ Pasquali, Patricia. **Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura**. Editorial Planeta Argentina. Buenos Aires. Quinta edición: 1998, pág., 35. Además, las palabras que Lavalle le dedicara a Artigas nos informan con meridiana claridad de cómo la lucha de Lavalle estaba marcada por el sino demonizador de toda la historia argentina y la cegada lucha fraternal por hacerse con la nueva amante, la tierra, por la que ninguno de los dos hermanos estaba dispuesto a ceder un ápice: “Este Artigas es igual a los caciques de las pampas de nuestro país y estoy seguro que no sólo será éste sino que se levantarán otros y tendremos que hacerlos desaparecer y es esta ocasión que sentiré manchar mi espada; este será un nuevo sacrificio para nosotros”. *Ibid.*, pág., 36.

Y si, como ya observamos en un capítulo anterior, estudiáramos con cuidado la trama que lleva a David a ser rey de su pueblo, podríamos comprobar toda una serie de intrigas y luchas en las cuales, para que David llegue a ser premiado por Yahvé, reinan todo tipo de situaciones, excepto la inocencia. El libro de Samuel es un relato de una historia astuta, ambiciosa y de una perspicacia política inmensa repleto de astucia e incluso crueldad. Una representación shakesperiana. Baste recordar aquella boda de David con la hija de Saúl o la coronación de David en Judea tras el suicidio de Saúl y la muerte de tres de sus hijos derrotados por los filisteos. Pero, sobre todo, es necesario recordar de nuevo la historia de la otra cabeza. La cabeza de Ish-Boshet, el único hijo vivo de Saúl y a quien correspondía heredar el reino de Israel que moriría a manos de los partidarios del rey David, y que le fue llevada como prenda mortuoria a David en su estancia en el Hebrón. O, igualmente, recordar la muerte de Avner, el jefe del Estado Mayor de Saúl, asesinado por Iovav, un joven y ambicioso oficial que se había convertido en la mano derecha de David, para seguir forjando un insidioso silencio que cuestione la supuesta inocencia que el texto bíblico otorga a David. Bastan estos hechos, entre otros muchos, para seguir dotando de significación la persecución que el General Oribe hará de un Lavalle ya perdido y derrotado y su querencia por la cabeza. Es la cabeza del hermano el sacrificio que, en realidad, deseaba Yahvé de Caín, como es, primero, la cabeza del enemigo filisteo, diabólico, Goliath, y, más tarde, la cabeza del hijo de Saúl, Ish-Boshet, lo que necesita Yahvé para coronar a uno de sus hijos en el centro del gobierno de Israel. Yahvé desea que los hombres sean reyes y todos los reinos se construyen, en suma, para desafiar a Dios como toda democracia, a pesar de sus defectos, intenta encontrar una salida, una vía para que el ser humano realice un ensayo de gobernarse sin necesidad de desafiar ni a Dios ni al resto de hombres que componen el país, sea cual sea su condición social. Por ello, es normal que quienes fusilaran a Dorrego apuntaran hacia su cráneo o que el mismo Lavalle en una misiva escrita al general Brown, explicase el asesinato de Dorrego y su intento de controlar en el país haciendo hincapié en esta metáfora y se rijan por el arma del demonio, la cabeza, que es, al mismo tiempo, la maestra de la mentira, para negar su propio corazón: “Desde

que emprendí esta obra, tomé la resolución de cortar la cabeza de la hidra” (...) Yo, mi respetado general, en la posición en que estoy colocado, *no debo tener corazón.*”⁷

Observando estas condiciones, entendiendo que, tantas veces, para establecer la Independencia los mismos argentinos, hasta entonces en su mayoría españoles, tendrían que luchar contra las tropas de la hispanidad y, más tarde, contra los restos de las mismas que habían en ellos y en sus hermanos, para establecer un gobierno y reinado sobre la tierra argentina, se comprenderá mejor por qué, en el fondo, en Argentina no se celebran los nacimientos de los próceres. Algunos de ellos nacieron en el extranjero pero incluso los que nacieron en América y se vieron obligados a vivir, finalmente, el exilio –lo cual podría ser considerado lógico si se entiende que la patria argentina se funda en una lucha parricida, casi suicida contra la misma sangre que la había engendrado– tenían teñidas sus manos de sangre de sus hermanos, padres y mujeres. La sangre que se deposita sobre el suelo de Argentina no es sólo sangre americana, es también sangre familiar: sangre occidental. Y este hecho, más allá de toda educación que intente sobresaltar el heroísmo patrio, pesa sobre el inconsciente de sus habitantes. No se puede festejar el nacimiento de Lavalle –ni de tantos cientos de hombres– pues éste fue un héroe que luchó contra España que es la madre patria -el reino del que nunca se quiso salir y a pesar del crimen y la revuelta se añora- y que mató a su hermano, Dorrego, en el destierro para ser rey de un cegado reino. Sería inaudito e impensable festejar –como si del nacimiento de Cristo se tratara– la natividad de héroes que fundaron una revuelta, certificaron el destierro y se encumbraron al gobierno de la tierra gracias al asesinato. Mataron y fueron muertos, es cierto, pero ante todo prefirieron enfundar el arma y golpear primero que ceder, pactar con el fin de construir un reino en paz. Y resulta muy significativo que, de entre todos los actores de aquel importante episodio político para la historia de Argentina, aquel que supiera perdonar y forjar una mirada piadosa y clarividente, honrosa para su situación y la de sus enemigos fuera la víctima, el muerto, Dorrego, como lo muestra su famosa carta a la mujer antes de su muerte: “En este momento me intiman que dentro de una hora debo morir; ignoro por qué; (...)Perdono a todos

⁷ *Ibíd*, pág., 186.

mis enemigos y suplico a mis amigos que no den paso alguno en desagravio de lo recibido por mí”.⁸

En verdad, la Biblia puede como el gobierno de la Argentina intentar disimular u ocultar los renglones torcidos de la historia de Israel, pero si los hechos que acontecieron a Abraham y sus descendientes se encontraban lejanos en el tiempo y el espacio, los acontecimientos que precipitaron la Independencia y las llamadas guerras civiles de la Argentina se encuentran aún demasiado recientes. Las injusticias que corroen y desangran las distintas partes del cuerpo del país argentino han de reflejar, en alguna parte del inconsciente herido de sus ciudadanos, que esta Independencia fue la definitiva entrada en un matadero y la certificación de su muerte que un foso de esperanza. La pregunta que escucho latir tras esa manía por ubicar la muerte del prócer en primer plano es: ¿no es mejor ser dominados por un padre tiránico pero experto que por unos adolescentes furiosos y sin control a los que únicamente les movía el deseo de venganza y el afán por devorar todo el territorio?, ¿quiénes son nuestros padres sino unos asesinos, unos parricidas, a los que hay que conmemorar el día de su muerte, pues lejanos estamos de sentirnos orgullosos del nacimiento de quienes pudieron llegar a fundar un país como el que tenemos y en el que nos sentimos aún amedrados y humillados por los ricos descendientes de estos primeros soldados ciegos?

Es, en realidad, gran parte de la pregunta y del contenido último de las dudas y reflexiones de Pedernera, asombrado como actor protagonista de la Independencia del desarrollo progresivo de los hechos: “Pero en aquel tiempo sí sabíamos por lo que luchábamos. Luchábamos por la libertad del continente, por la Patria Grande. Pero ahora... Ha corrido tanta sangre por el suelo de América, hemos visto tantos atardeceres desesperados, hemos oído tantos alaridos de luchas entre hermanos... Ahí mismo viene Oribe, dispuesto a degollarnos, a lancearnos, a exterminarnos, ¿no luchó conmigo en el Ejército de los Andes? El bravo, el duro general Oribe. ¿Dónde está la verdad”.⁹

⁸ Sosa de Newton, Lily **Dorrego**. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1967, pág., 225.

⁹ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**.op.cit, pág., 180.

Pero así es la historia de Argentina, como la muestra Sábato: contradictoria, ajena a todo orden, caótica y donde los signos de toda historia oficial siempre aparecen removidos o situados en un lugar lejano al que juzgaríamos conveniente para conseguir forjar una imagen ideal, consistente o resistente del país que se quiso alcanzar, se soñó ser. Rosas, al contrario que Saúl, no intenta matar a Lavalle cuando lo encuentra durmiendo en su tienda. Lavalle duerme en el albergue de Rosas al contrario de David, que es quien despierta a Saúl. Y Lavalle, al fin, se cobra la prenda de la muerte de Dorrego facilitando la llegada de Rosas al poder al contrario del ideal David, que quiere dibujar la Biblia siempre apartado de los hechos cruentos que lo encumbran al reinado. Rosas se muestra como hábil estadista y Lavalle, que había peleado al enemigo extranjero como fiero salvaje. Saúl era denigrado cuando daría su vida en su lucha contra los filisteos eligiendo el suicidio antes de observar a su pueblo y a su rey humillados en brazos del enemigo y David, tan noble guerrero como hábil oteador de la situación, alcanza el trono. David es el hombre del desierto –forjador de todo monoteísmo- y quien observa las dimensiones extensas de la patria como Rosas entremece su figura entre las llanuras de la Pampa. Y, sin embargo, es Sarmiento quien aúlla histérico por la necesidad de construir un reino único y Rosas, necesitado de los peones, negros, indios, dehereados y emigrantes recién llegados, para fortalecer su mandato, forja la posibilidad de entender una Argentina plural no muy lejana a la que quisiera formar el peronismo. Como observamos, un verdadero maremagnum contradictorio, del que, siguiendo a Sábato, no podemos extraer más que esta lección: no importa qué gobernante, David o Saúl, Jacob o Esaú, Baistos o su hermano o Caín y Abel, hubiera llegado al trono de la Argentina.¹⁰ Las

¹⁰ Siento en esto disentir de David Viñas para el que, precisamente, Sábato intenta en **Sobre héroes y tumbas** unir las partes discordantes y siempre en conflicto de la sociedad argentina, de lo que no tengo ninguna duda, pero si lo hace es para mostrar, en mi opinión, la contradicción de cada una de las posturas de la sociedad de su país, teniendo en cuenta, como hemos ido observando, el origen de su patria. Refiere David Viñas en una reflexión que comienza haciendo referencia al año en que se escribió **Sobre héroes y tumbas** y su significación política: “1961 es años frondicista de fisuras pero de empecinado esfuerzo por conformar a todos, de empeñoso y forzado equilibrio entre las clases ya que aún parecía repetible el momento clave de Perón en el gobierno: una figura central, equidistante de ambos extremos operando con cierto aguge favorable donde las tensiones se apaciguan y las fisuras parecen disolverse. Sobre esas ilusiones opera Sábato”. En Viñas, David. **Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar**. op.cit., pág., 117. Más bien creo que si Sábato consiguiera operar con cierta soltura en la sociedad de su patria entre distintos agentes sociales

consecuencias hubieran sido las mismas porque el país –lo hemos dicho innumerables veces– estaba fundado en torno al deseo de la posesión, del oro y sólo poseía un rey, el diablo.¹¹ Y por esta razón, los héroes de la Argentina habrían de ser anti-héroes, ignorado su nacimiento y festejado entre lágrimas y alborozos su muerte. Son las lágrimas de quienes intentan comprender a los próceres -teoría en la que ahonda la novelística de Sábato– como hombres que entre el caótico maremagnum de lo americano, al menos intentaron actuar, dar su vida –y ya no importan sus motivos más o menos egoístas– por la patria y, ciegos o no, forjaron los límites y la extensión del país argentino tal y como lo conocemos hoy en día. Pero es también la alegría de pensar que su ejemplo no ha de ser inmortal. Si aquellos hombres levantados como dioses en el destierro murieron, también lo harán todos aquellos dictadores que intenten fundar un reino humano sobre el divino aplastando a su pueblo. Como es también el gozo de quienes sienten que a través de las vidas, sí, manchadas y oscuras de aquellos anti-héroes se libró una batalla con el reino tiránico paterno y se venció pero también las lágrimas de quienes saben que este gesto se les dejó solos para siempre. Y, al final, como supo Murena y los personajes de Sábato repetirán una y otra vez en sus arengas contra el país en el que viven, donde sólo triunfan las canallas y el fracaso es el proyecto común mayoritario de la ciudadanía, pesa y vence, en esta batalla, la soledad. La muerte se impone a la vida y los cadáveres de

es por la necesidad de referentes paternos benignos que posee la sociedad argentina. Y, en este caso, el que Sábato asumiera esta tarea –aunque pueda ser considerado una forma de oportunismo o de atraer notoriedad a su persona– en realidad, creo que refleja con claridad –a pesar de todas sus equivocaciones– su compromiso con su pueblo y de que por una vez el mismo pueda encontrar un mínimo referente más o menos estable gracias al que intentar orientarse. Lo que, en un país donde tantos políticos y ciudadanos han derogado de sus obligaciones con el resto de sus congéneres, no creo que tenga que ser recriminable más allá que la gran presencia de Sábato en los mass-media de su país durante décadas no aporta nada a su obra escrita y que como todo personaje público su figura evidenciara un progresivo desgaste que no le haría ningún bien.

¹¹ Nos dice Jaime Alazraki reafirmando esta cuestión: “Lavallo fue el primero en sentir el enorme peso de su acto. Dos años antes de su propio asesinato, les dijo a sus hombres que se preparaban para enfrentarse con Rosas: “Si algún día volvemos a Buenos Aires, juro sobre mi espada y por mi honor de soldado que haré un acto de expiación por Dorrego como nunca se ha visto; sí, de suprema y verdadera expiación...”. Lavallo no pudo volver a Buenos Aires y el acto expiatorio no se hizo. ¿Hubiera cambiado algo? Seguramente, no”, en Alazraki, Jaime. *Significación de Juan Lavallo en Sobre héroes y tumbas en De los romances-villancico a la poesía de Claudio Rodríguez. 22 ensayos sobre las literaturas española e hispanoamericana* en homenaje a Gustav Siebenmann. José Esteban Editor. Madrid. 1984, pág., 46.

los héroes sumergidos en tumbas derruidas, mal construidas se imponen sobre los proyectos vitales, siempre a renovar y empezar de cero, por renovar al país argentino.

No creo que sea vano recordar aquel hecho que se le atribuye a Caín en el Corán: la invención de la inhumación, la creación de ritos funerarios. Este hecho vendría motivado por el miedo de Caín a que su hermano, Abel, cuyo espíritu no ha sido guardado bajo tierra, adquiriera un poder temible y vengativo. Nos dice Edith Wolf –concitando asimismo otra de las significaciones que se le han dado a la marca de Caín– que “Caín está aterrorizado por la venganza que podría ejercer contra él este fantasma. Contra un enemigo de tal constitución no se puede batir y es mucho mejor huir. La protección que el asesino pide a Dios constituye un disfraz que engañara al espíritu del difunto. Abel no reconocerá a Caín transformado por una marca”.¹² Pero sí lo reconocerán tanto Yahvé como los ciegos.

¹² En Wolf, Edith, **Les figures de l'ambigüité en Caïn**. op.cit, pág., 44. Precisamente, Wolf nos informa de que éste es “el acto civilizador que el Corán atribuye a Caín: primer hombre en ver un cadáver, él debe encontrar un medio de ocultarlo”. Y profundizando en el misterio de la marca nos dice que gracias al entierro de su hermano, Caín “se preserva de un peligro. Pero parece que esta inhumación no es suficiente para ponerle a resguardo, porque él pide a Dios protegerle con un signo. ¿De qué puede tener él miedo una vez que sus padres son los únicos humanos vivos sobre la tierra? ¿De qué tiene miedo una vez que su víctima ha muerto? (...) la función del signo de Caín: el representará una marca de luto”. Ibíd, pág., 44.

En cuanto a la interpretación del mito cainita que el Corán hace del mismo, existe una interpretación rigurosa del mismo realizado por Abdu Rashíd Solare y aparecido en el número 204 de la revista Pensamiento que recogemos aquí de la página web www.webislam.com. Baste ahora destacar que, por supuesto, la religión islámica condena el asesinato de Caín y lo equipara con el gobernante o el sacerdote o el gremialista o el simple padre de familia que abusa de su ascendiente. Frente a Abel toma una postura benévola pues el víctima que representa a todos aquellos oprimidos por las épocas que siguen las leyes morales y son víctimas de los poderosos injustos. Sin embargo, como nos indica Abdu Rashíd, Abel no es el modelo a seguir pues es “un alma ingenua, ejemplo del hombre que hace el bien espontáneamente. Se halla en la *"fitrah"* (condición primordial humana, en la cual sus cualidades existen en potencia) y mantiene una conducta moral primaria, pero no ha desarrollado un conocimiento metafísico. Sin embargo, no es éticamente ignorante: como leemos en el Sagrado Corán, él sabe que Caín actúa bajamente, y condena su accionar, advirtiéndole las consecuencias nefastas de su proceder. Pero se desentiende de la conducta de su hermano, no le enseña con el ejemplo, resistiéndose; no reacciona dándole lo justo, que sería *"impedirle oprimir al oprimido"*, como indica Muhammad Y ésta no es la conducta de los profetas”. Así, frente a Caín y Abel, el Corán ante todo hace hincapie en el tercer hermano, Set, que “es el modelo del sabio, perseguido como lo fueron los demás profetas” que “debe callar y ocultarse para su protección, pues está amenazado de muerte por Caín, real o virtualmente”. Así, en el contexto interpretativo de los hadices como nos indica Abdu Rashíd: “Caín está personificado en el *Dayyal* o Falso Mesías, también conocido como Anticristo, en las fuerzas que le obedecen y en las que preparan su camino. Abel representa a todas aquellas personas rectas que padecerán al Anticristo, y (...) Set está personificado en la persona del Mahdí, el Restaurador de la justicia y del conocimiento”.

Por tanto, no enterrar a los muertos significa, en primera instancia, dejarlos libres para que éstos puedan realizar su venganza contra el asesino. Caín entierra y agasaja el cuerpo de su hermano muerto para librarse de su recuerdo mortificador, protegerse de su espíritu. Desenterrar el cuerpo de los muertos es condenarse porque significa desenterrar el asesinato cometido y el ciclo de violencia ritual que lo constituye. Así, por ejemplo, también se entendía el antiguo Egipto, donde se creía que la muerte era el comienzo de una nueva vida en otro mundo y que todo hombre además de su cuerpo poseía un alma (*ba*) y un doble espiritual (*ka*). Al morir la persona, el *ba* seguía viviendo en la tierra y de noche descansaba en su cuerpo. El *ka*, iba y venía entre la tierra y el otro mundo. Tanto *ba* como *ka* debían reconocer su propio cuerpo y por ello lo momificaban. Y, como nos informa Essenberg, el judaísmo al considerar al cuerpo como el “antiguo combatiente” del alma, exige que este sea “tratado con respeto” por lo que “la ley judía se opone a toda profanación de cadáveres, como la autopsia y la incineración”.¹³ Lo que nos lleva plantearnos una pregunta mayor que a mi entender recorre todo **Sobre héroes y tumbas** sin ser proferida ni una sola vez pero parcelando y determinando toda la estructura de la novela: ¿dónde se encuentran enterrados los muertos de los indígenas?, ¿dónde se encuentran esas tumbas?

Exactamente, puede que gracias al enterramiento de su hermano, como nos indica el Corán, Caín pudiera librarse del castigo de su reaparición y huir hacia la tierra de Nod, aun como un fugitivo, pero en un país donde el polvo y el germen de la raíz indígena yace al descubierto y a la intemperie como el cuerpo de muchos de los conquistadores a los que no se les concedió sepultura, ¿cómo huir del castigo?

El judaísmo, en este caso, dota de una significación muy clara el hecho de que la sangre de Abel sea absorbida por la tierra en que ha sido derramada una vez que ha sido cometido el asesinato. El asesino, inconscientemente, obliga a la tierra a ser cómplice de la muerte, la cual después de un tiempo de rebeldía y rechazo en la que

¹³ Abécassis, Armand y Eisenberg, Josy. *À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme*. cit, pág.,800.

la sangre yace al descubierto, termina por recubrirla.¹⁴ Así, Caín “asociando el primer entierro al mundo animal, ha situado la inhumación de Abel en el contexto de un orden natural en el que participan todos los vivos”.¹⁵ Es decir, Caín obliga a Eva a enjugar la sangre de Abel y se comienza a entrar en un orden cultural ambiguo que tiene sus riesgos. Frente a la ley natural –como nos indican Abbecassis y Essemberg– que nos dice que si introducimos la mano entre el fuego, la misma se quemará, Caín recibe el abrazo cómplice de la madre naturaleza con lo que nace el tiempo del olvido pues si nadie puede reconocer la sangre, los hombres cerrarán los ojos y continuarán su vida de una u otra manera. Una vida basada en un asesinato que no se quiere recordar.

Ante esto, el judaísmo insiste en la imperiosa obligación de Caín de cubrir la sangre del muerto de una u otra manera. Es la única manera de tomar conciencia del feroz asesinato que ha cometido y que no vuelva a repetirlo. Y, por ello, en una tierra como la Argentina, en las guerras sin ley que se establecieron durante el siglo XIX, la no existencia de tumbas donde se encuentre el alma de los indios, es un hecho que certifica que las matanzas seguirían cometiéndose y, al mismo tiempo, la futura venganza que, antes o después, el alma de éstos en libertad se tomará contra sus opresores. Precisamente, **el Zohar** que, lógicamente, no es nada condescendiente con Caín, nos indica que “cuando Caín” asesinó “a Abel” al no saber “de donde hacer salir su alma”, le” mordió “con los dientes como una serpiente”.¹⁶ Lo que supuso condenarse a ser perseguido por el alma de su hermano de por vida. Donarle sepultura, como indica el Corán, podía aún augurarle una futura redención pues la piedra que es la tumba es un signo que permite contrarrestar aunque no negar la otra piedra con la que Caín asesinara a su hermano. Pero permitir que la sangre del

¹⁴ Nos dice Armand Abécassis: “La tierra, después de un tiempo de rebeldía y rechazo, se resigna a recubrir la sangre de la víctima. Y este retraso es elocuente. La tierra tarda en ser cómplice de la muerte, pero finaliza siempre por hacer desaparecer el cadáver. Así como la conciencia se revuelve y se llena de remordimientos tras la falta y después, el olvido y la costumbre, ella finaliza por absorber el crimen”. *Ibíd*, pág., 801.

¹⁵ *Ibíd*, pág., 802.

¹⁶ **Le Zohar. Tome I. Préliminaires. Beréshit. Noah. Lekh Lekha.** Traduction, annotation et avant-propos par Charles Mopsik suivi du Midrach Ha Néélam. Traduit et annoté par Bernard Maruani. Éditions Verdier. Paris. 1981, pág., 279. La traducción al español es mía.

hermano caiga sobre la tierra y el alma del hermano muerto camine sin ataduras clamando venganza es condenarse a vivir violentamente en esta vida y en la otra. Vivir una vida constantemente amenazada por la muerte y una muerte que los vivos no respetarán. Un imposible descanso en tumbas que ya no son resguardo de nadie y donde libran batalla vivos y muertos sin reposo alguno.

Creo que éste es el último tema que late en **Sobre héroes y tumbas** y que ha dado pie a muchas de las más sucintas investigaciones para resolver el porqué del olvido de los primeros héroes y la atracción mortal y autodestructiva de los habitantes de Buenos Aires: la historia no escrita de las tumbas de los indios, la sangre de sus hijos que tuvo que resignarse a ocultar la madre tierra americana. En suma, creo que es ahí desde donde hay que cifrar el porqué los cadáveres de los próceres y de tantos símbolos del país argentino, nunca pueden descansar en paz, son profanadas antes o después.

En un bello libro titulado significativamente **El común olvido**, Silvia Molloy daba cuenta de esta cuestión que llevaba a un académico a regresar a Buenos Aires y hacer un viaje perdido a los orígenes atávicos del país argentino, una vez que se le informaba que el cofre con las cenizas de su madre había desaparecido de la bóveda de la Recoleta. No hay mejor muestra de un pasado todavía no vivenciado ni sabiamente filtrado en la conciencia moral de los ciudadanos de un país que la profanación de sus tumbas. Abrir una tumba, no respetar a los muertos, permite intuir una conciencia traumatizada que no puede reconciliarse con su pasado. Una conciencia asesina como la de Caín que sin poder olvidar su acto mortal necesitara matar el alma del muerto para existir, para certificar su propia existencia que no puede ser sin la muerte del “otro” que, en última instancia, como comprendiera Borges, siempre es uno mismo. Abrir una lápida es enceguecerse. Las tumbas son mediadoras entre el mundo de la vida y la muerte, del más allá y el más acá. Son habitáculos que aseguran que puede haber un reposo para el alma y el hombre incluso en las más terribles circunstancias. No es vano recordar el entierro final que cierra la Iliada homérica para comprender el valor simbólico que el descanso de los muertos

significaba para los vivos. Cuando éstos descansan, lo hacen los vivos. Pues dar sepultura significa para el hombre, al igual que la construcción de una iglesia o un templo divino, respetar un límite sagrado, admitir la existencia de un espacio desconocido –la muerte o Dios– del que no puede conocer su secreto –más aún en el caso de las tumbas que son ámbitos donde habita lo desconocido-. Si la vida es la imposibilidad hecha realidad, la muerte es la aceptación de esta realidad. Es la aceptación de la vida. Respetar a los muertos es, por tanto, respetar la vida. Por tanto, dar sepultura significa, en suma, instaurar el reino de la cultura. Respetar la libertad del creador, su voluntad. Decirle a los muertos que mientras haya un ser humano su recuerdo es eterno y dar descanso al alma para que en otro ámbito acceda a su legítimo anhelo de eternidad, inmortalidad.

Cada país como cada cultura tiene el rostro que poseen sus muertos, los hombres que habitaron en aquellas tierras. Sólo hace falta revisar los testimonios funerarios del Islam, la cristiandad o el Oriente, para comprender de un solo vistazo las diferentes concepciones a partir de las cuales estas concepciones fueron levantadas. Las tumbas habrían de ser un recinto sagrado intocable por medio del cual el hombre reconoce, al fin, su fugacidad, su mortalidad y descansa en paz. Las tumbas son ámbitos de perdón. Perdón al hombre que murió hiciera lo que hiciera en esta cegada vida material, recuerdo de su alma y ajuste definitivo de cuentas de su persona con el mundo de los vivos. Y por ello, no respetarlas es abrir la caja de los truenos, querer olvidar nuestra fugacidad e instaurar el tiempo del recuerdo. El recuerdo del odio, la ira y el asesinato y el olvido del amor y la libertad que le fue concedido al hombre para pecar o realizarse en este mundo como él lo deseara.

Las tumbas muestran la vanidad que esconde todo sueño humano de suplantar a Dios y el mayor deseo de quienes las profanan es imponerse ellos mismos como dioses. El diablo nunca está tranquilo cuando los hombres descansan en paz. Porque esta paz permite intuir un reino anterior o futuro inmortal. La reintegración del alma con su verdadera encarnación en el seno del pleroma. Y, por ello, todo reino diabólico o que no desea reconocerse a sí mismo no respeta a los muertos. Los fustiga, los mueve de sus habitáculos y no permite ni quiere que encuentren la paz.

Los condena al infierno, los hace vagar por el purgatorio y desea quemarlos con los bramidos del dragón que reina en sus territorios. Quemar el alma de los muertos no es un acto que aleccione a los hombres a realizar el bien. Esto lo sabe bien el diablo. El castigo de los pecadores es, al contrario de cómo quisiera darlo a entender el catolicismo, certificar la posible inexistencia de Dios. Dar razones al ateísmo. Prender la llama del libertinaje. Y creo que los suplicios de ese terrible infierno dibujado por las religiones y hecho real por tantos seres humanos y gobiernos en esta vida, son los que originan el famoso grito y denuncia de Dimitri Karamazov. Si no existe Dios, todo está permitido. Los que hacen posible la obra de Sade. Profanar las tumbas, adentrarse en el terreno de la muerte, jugar con los cadáveres a un sucio juego es repetir el acto del asesinato cainita multiplicado por dos. Y todo país que se permite este tipo de frívolos actos juega con fuego. Se arriesga a desaparecer. Es un país esclavo del diablo incapaz de generar vida auténtica a su alrededor, pues no es capaz de respetar a la vida que permite que los vivos continúen caminando: la muerte y su promesa de inmortalidad. Esa es la aspiración del hombre diabólico. La inmortalidad en vida. Como la del hombre santo habría de ser la mortalidad. Desprenderse de las ataduras, del cuerpo, de las vestiduras. Entregarse desnudo a la cópula santa con su destino, la muerte, pues afrontarla es enfrentarse a la verdad. Como pretender evitarla es vivir en la mentira.

Pienso que, vistas estas reflexiones, se comprenderá todavía mejor el porqué el gesto del ejército fantasma de Lavalle empeñado en dar sepultura a su cuerpo aparece –dentro de un territorio infernal– como un acto heroico que da sentido a los actos cegados o la lucha errónea de tantos hombres. Enterrar a Lavalle significa distinguir que el tiempo de la paz podría llegar algún día a Argentina. Enterrarlo es aventurarse en la esperanza que es el de la posible existencia de la caridad y prefigura un futuro país sin olvido, pero el tiempo de la confianza que es el tiempo de la vida y la memoria sólo podrá llegar cuando se respeten las tumbas de los héroes. Así, por ejemplo, Yves Bonnefay en su excelente reflexión sobre las tumbas de Ravena, no dudaba en afirmar que frente a la voracidad real de la muerte se establecía la tumba que prometía una futura inmortalidad del alma que, a su vez, anunciaba la

prosperidad de la vida en el país que las respetaba: “Hacer votos de inmortalidad es nuestra regla posible. Hay mucho que fundar sobre ese suelo”.¹⁷

De hecho, como creo que ya hemos dejado sobreentendido, profanar una tumba refleja que aún no se ha fundado la patria, el paraje espiritual. O, al menos que Argentina no ha salido de su época arcaica. Buscando remover las tumbas de los muertos se busca todavía el oro inmortal que da el poder absoluto de la tierra pero únicamente se encuentra el excremento ante cuyo contacto los hombres vomitan. Cuando se profana una tumba el rostro y el sexo se separan aún más. No hay palabra que los distancie ni los una y, por tanto, no hay ley, que es lo recriminaba Dorrego a Lavalle antes de su muerte. Se resucita el canibalismo de Baistos y se vuelve al tiempo en que Pedro Mendoza y su ejército de aventureros fueron devorados por los indígenas. Lo que vomita la tierra es ese cadáver. Cadáver del indio o del hermano o prócer muerto del que se está celoso. Se tiene envidia del muerto porque el muerto es tierra, se encuentra unido a la madre y la posee aunque sea espiritualmente. Se quiere, se desea, en lo más íntimo del alma, ser muerto. No vivir. Y entonces el nacimiento como la primera fundación de Buenos Aires viene augurado y precedido por el llanto y la muerte por salvos honoríficos y de celebración. El muerto, la muerte es la que vence. Pero vence en cuanto sublima por entero la noción de vida. La muerte se impone como sustituto de la vida. Y se entiende que es mejor morir o estar muerto que estar vivo. Cuando no hay frontera entre lo humano y lo divino, no existe noción sacra y la vida pierde todo su valor. Se impone la muerte. Una muerte vivida día a día y casi con satisfacción. Es el ritual cotidiano de la Argentina. Sonreír sólo sonríen los muertos. Estar vivo es peor que estar muerto. Lo que permite entender la anécdota que nos transcribe Tomás Eloy Martínez sobre la mortal sonrisa que dedicó Lavalle cuando su escuadra intentaba que su cabeza no fuera cortada, violada: “Condujeron el cuerpo a través de socavones y lechos de ríos muertos, con la esperanza de llegar a Potosí, en el Alto Perú. Era verano. Cuanto más avanzaban, más intolerable se les tornaba la compañía de aquel general marchito, en cuyo cuerpo la muerte hacía estragos. Resolvieron entonces detenerse a orillas de un arroyo y descarnar los

¹⁷ En Bonnefoy, Yves. **Lo improbable**. Traducción de Silvio Matón. Alción Editora, Córdoba. Argentina. 1998. pág., 15.

despojos. Uno de los cincuenta y siete oficiales del cortejo saludó al esqueleto con esta frase inolvidable: “¡Al fin lo vemos sonreír, mi general, después de tanto llanto!”.¹⁸

Como se ha de comprender el porqué San Martín no volviera sino después de dos siglos a Buenos Aires, el interés de Menem en hacer traer el cadáver de Rosas desde Southampton o el incómodo peregrinaje del feretro de Alberdi desde la Recoleta a Tucumán en 1991. O que en la novela de Sylvia Molloy su protagonista asista compungido al recorrido movedizo por el olvido de los habitantes de su patria, desde su experiencia personal hasta la colectiva, sin poder evitar un suspiro de terror al leer la noticia de que los restos del cuerpo de Lugones iban a ser transportados desde la Recoleta hacia Córdoba: “Otro ejemplo de la macabra imaginación nacional, los muertos que viajan, nadie queda enterrado tranquilo en el lugar donde murió”,¹⁹ dirá.²⁰

Y se entenderá mejor el afán de Sarmiento en demonizar a Facundo o el aspecto ténébre, fúnebre y desangelado –todo un canto enamorado a la muerte y a la desgracia– del poema “Avellaneda” de Esteban Echeverría, en donde el asesinato del jefe de la conjura de la Liga del Norte contra la tiranía de Rosas, es saludado así: “Se vio entonces a una especie de esqueleto/ de tez de azufre y lívida mirada,/ soltar estrepitosa carcajada;/ y aflojando la rienda a su caballo/ de aquel sitio alejarse como

¹⁸ Eloy Martínez, Tomás. **Réquiem por un país perdido**. op.cit., pág., 116.

¹⁹ Molloy, Sylvia. **El común olvido**. Grupo Editorial Norma..Argentina. Buenos Aires. Tercera impresión. abril 2004, pág., 353.

²⁰ Continuando con lo azaroso de todo acto funerario o institucional en Argentina, no nos resistimos a dar testimonio de la famosa anécdota del verdadero destino al que fueron llevados los restos de Lugones tal y como nos la refiere Tomás Eloy Martínez: “A fines de febrero de 1994, los despojos del poeta nacional Leopoldo Lugones fueron trasladados, con pompa y circunstancia, a la ciudad de Villa María, situada ciento cincuenta kilómetros al sur de Córdoba, pensando que se trataba de su pueblo natal. A última hora, alguien advirtió que Lugones había nacido en la casi homónima Villa de María, que está cuatrocientos kilómetros al norte de la anterior, sobre la misma ruta, pero ya no quedaba tiempo para hacer el cambio, de modo que el poeta yace ahora en un lugar equivocado”. En Eloy Martínez, Tomás. **Réquiem por un país perdido**. op.cit., pág., 119.

un rayo,/ con voz ronca y preñada de rencores:/ “Mueran”, gritando, “mueran los traidores”;/ y millares de bocas repitiendo/ aquel grito feroz, suena estupendo”.²¹

Las tumbas argentinas, en su mayoría, o al menos las motivadas por las guerras de independencia o civiles, son cainitas. Son tan accesorias como las ciudades. Sirven para esconder el cadáver del muerto. Son un altar erigido en nombre del olvido. Una especie de mármol o cofre de madera olvidada en medio de la selva. Y parecen muchas de ellas construidas como las ciudades a partir de la prisa y el miedo. Su misma estructura descuidada al no tener ornamento alguno hace prevalecer en ellas la idea de la mortalidad más que la idea de reposo o paz a fundarse en su suelo. Son un canto a la muerte en esta vida y en la otra más que una promesa de inmortalidad o futuro reposo. De hecho, para Yves Bonnefoy, el cuidado con el que se esculpían muchas de las tumbas occidentales, sus ornamentos estaban cuidadosamente trenzados con una idea: “endulza(r) y desnaturaliza(r) la proximidad de la muerte”²² para permitir que el trasvase de la vida se siga produciendo. Así, el ornamento, las rosetas y follajes de las tumbas, tendría un poder de apaciguamiento sobre la sed mortal del individuo pues indica no sólo que el muerto a quien se honra habita ahora en otro hospitalario hogar sino que los que seguimos todavía caminando por la vida podemos hacerlo sin obstáculo. Podemos seguir teniendo fe, esperanza. Al contrario, las tumbas argentinas certifican un pavor, una anomalía y parecen volcarse sobre el rostro de los vivos para reír francamente sobre su ilusa sensación de seguridad. Son más una amenaza que un saludo a la otra vida y su frágil composición sin detalles nos informa que la actitud de muchos de los hombres que las levantaron no ha de estar muy lejos de la que hemos de suponer que tuviera Caín, según el Corán, en el momento de enterrar el cuerpo de su hermano. Parecen construidas

²¹ *Ibíd*, págs., 115-116

²² Nos dice Yves Bonnefoy en su hermosa reflexión: “Hay en el ornamento, al menos en las redes de trenzas y de lazos, las rosetas y los follajes de las tumbas de Ravena, una virtud que a primera vista no se explica. Poder de apaciguamiento, dije, y de vértigo, que llama y retiene los ojos en los huecos o relieves del mármol que vive una vida sutil formada allí por estremecimiento. Conjunción de la pueza del agua y de la fluidez de un adorno, de una inmovilidad solemne y de secretos movimiento, inexplicablemente la peor angustia se calma. (...) “el ornamento protege a Lázaro de sufrir ese cuerpo percedero. Red de mallas amplias que deja pasar la muerte”. He creído que el ornamento pretendía erigir nuestra morada sin la muerte, y hacer que finalmente ya no esté aquí”. En Bonnefoy, Yves. **Lo improbable**. op.cit, págs., 18 y 19.

rápida y concisamente, cumpliendo los rituales obligatorios y huyendo del lugar santificado como de la peste. Son tumbas que hablan, que se levantan solitarias en yermos de tierra olvidada y que con su sola presencia parecen buscar al culpable de su construcción. Son tumbas acusatorias que buscan al culpable del asesinato. Son un juicio a los vivos y es normal que los argentinos no se encuentren cómodos entre ellas. Las tumbas americanas, aún más que las occidentales, claman una única verdad: todos somos hijos de Caín, puesto que nadie pudo haber nacido de la simiente del muerto Abel. Todos somos asesinos. Y la única manera de borrar este recuerdo es honrar a los muertos porque, de lo contrario, los muertos se revuelven en su tumba y acaban inundando la conciencia tortura y desprevenida de los ciudadanos.

Enterrar a Lavalle es enterrar a una víctima pero también a un culpable. Un asesino y un asesinado. A Caín y Abel a la vez. Y lo que intenta Sábato de manera desesperada, a través del mito, es –y una vez que los actos cometidos por Occidente en América ya no tienen marcha atrás– intentar que el alma del antiguo conquistador pueda fundirse con América. Dar sepultura a Lavalle, pese a quien pese, es robarle una nueva presa al diablo y certificar la americanidad instintiva, salvaje y desmedida de todo lo argentino. Arfirmar el destino americano en el que ha de reconocerse y buscarse el país argentino desde la Patagonía hasta la Quebrada de Huamaca, justo en la frontera con Bolivia. Poner de manifiesto su orfandad pero también su posibilidad de construir una nueva vida a través de la muerte, pues como con precisión indicara Yves Bonnefoy: “que se confíe al sueño de una resurrección arroja simplemente sobre el suelo, como los primeros cristianos, la huella de un tránsito”, ya que gracias a las tumbas la muerte que se afirmó encuentra una barrera que “expresa” su “ausencia y mantiene allí una vida. Dice que la presencia es indestructible, eterna”.²³

Pues las tumba, las piedras que las componen son “una libertad que se levanta”, frente a la piedra con la que mata Caín a su hermano que es la libertad caída bajo el foso de la alineación. De esta manera, la piedra de las tumbas es la piedra “servidora, sin la cual todo hubiera perecido en la miseria y el horror”. Es “la vida” afirmando “que no se espanta de la muerte” sugiriendo que es posible reconquistar la

vida “en la misma muerte”.²⁴ Es Caín diciéndole a Samael y al diablo que le pudieron engañar una vez en esta vida, pero ya no en la otra, como es, asimismo, respeto de la tierra americana que ya no deberá absorber más sangre y promesa futura de que un día el alma de sus hijos, los aborígenes, será coronada, respetada y honrada como se merece. Será extraída del olvido por las futuras generaciones que venerarán su recuerdo comprendiendo que allí, en lo que se fue, en aquello que no fue respetado, la tierra y sangre americanas, han de mirarse para comprenderse a sí mismos y mirar, por una vez, con claridad y sin mentiras aquello que podrían llegar a ser.²⁵

Por ello, la imagen final de Lavalle que ofrece la obra de Sábato –además de ser epopéyica, mítica y heroica– nos es narrada por un indígena.²⁶ Porque en el momento en que Martín corre a la Patagonia a buscar el oro espiritual y Lavalle es enterrado en la garganta del diablo, el hombre occidental ha vencido al demonio por una vez. La batalla continúa, pero por una noche y por un tiempo breve, como en la

²³ *Ibíd.*, pág., 23.

²⁴ *Ibíd.*, pág., 28.

²⁵ Nos dice Weinrich en una reflexión de alto valor para que comprendamos el significado último del intento narrativo de Sábato y profundicemos aún más en el signo tumba como corona depositada por el hombre para vencer al olvido, surcar el tiempo de la memoria: “La muerte es el más poderoso agente del olvido. Pero no es omnipotente. Porque, desde siempre, contra el olvido en la muerte los hombres han levantado las murallas del recuerdo, de tal modo que las huellas que permiten seguir la memoria de los muertos pasan por ser, entre prehistoriadores y arqueólogos, los signos más seguros de la existencia de una cultura humana. Los rituales del culto a los muertos, con sus intercesiones, sacrificios y prendas funerarias, sirven sin duda en muchos casos, ante todo, para asegurar al fallecido un cierto bienestar en el más allá. Pero los monolitos funerarios siempre actúan también como “monumento”, advirtiendo a los vivos que no deben olvidar a sus muertos... o que deben olvidarlos progresivamente, porque “la vida sigue”. De este modo, el tiempo se alía más con el olvido que con el recuerdo. La sabiduría de nuestros antepasados ha sacado de ello la conclusión práctica de fijar a la memoria privada de los muertos un marco ritual en el culto público que, en la sucesión habitual de las conmemoraciones, refuerza la memoria más allá de la tumba y al mismo tiempo la limita mediante su habitualidad social. Así, se pone cada vez más tiempo de por medio entre el acontecimiento de la muerte y el decreciente número de motivos habituales para una *commemoratio mortuorum*. Pero cuando los poetas, con el poder de su pluma, aere perennius, hacen suyo el recuerdo de los muertos, el olvido ya no puede practicar su habitual juego con la memoria de los hombres”, en: Weinrich, Harald. **Leteo. Arte y crítica del olvido.** op.cit, págs., 54 y 55.

²⁶ Se refiere la historia de esta manera en **Sobre héroes y tumbas**: “En las noches de luna –cuenta un viejo indio– yo también los he visto. Se oyen primero las nazarenas y el relincho de un caballo. Luego aparece, es un caballo muy brioso y lo muenta el general, un blanco como la

Iliada, la paz ha triunfado. Desafiar al diablo y enterrar a un muerto frente a su boca es conseguir sublimar las tentaciones gracias a las que hasta ahora había conseguido dominar al pueblo israelita en el desierto americano. Es, de una manera humana, contradictoria pero al fin heroica, repetir el gesto de Cristo negando al diablo una y otra vez frente al desierto. Comenzar a establecer el tiempo de una oración que sin separarse de la vida cabalga a lomos de lo indiano y lo occidental para buscar las nuevas vías todavía no abiertas y por explorar de lo americano. Puede llegar a representar incluso el descanso mutuo de indígenas y occidentales muertos por su ceguera, pero unidos al fin en su tarea heroica de luchar por esta tierra una vez muertos.

Y en medio de la batalla, de la derrota y ante el avistamiento de la nada, Sábato no puede hacer exclamar al cadáver de Lavalle dirigiéndose a sus soldados más que la verdad. La tierra que está ante ellos, la prostituta que dicen despreciar, forma parte para siempre de su memoria y de su vida, les pertenece de una forma espiritual por el mero hecho de su presencia en la misma, quieran aceptar este hecho o no: “sos esta tierra, esta quebrada milenaria, esta soledad americana, esta desesperación anónima que nos atormenta en medio de este caos, en esta lucha entre hermanos”.²⁷ Como anteriormente Sábato intentara reconciliar internamente y para siempre dentro del tiempo del mito en que todo es posible y también verdad, a Lavalle con Dorrego, para fundir sus dos rostros en uno: “Sí, camaradas, esos doctores que me hicieron cometer un crimen porque yo era muy joven entonces, y creí de veras que hacía un servicio a mi patria, y aunque me dolía terriblemente, porque yo amaba a Manuel, porque le había tenido inclinación, firmé aquella sentencia que tanta sangre ha traído en estos once años. Y aquella muerte fue un cáncer que me devoró en el exilio y después en esta estúpida campaña.”²⁸

Recuerdo ahora **La intrusa** de Borges. Los Nilsen practicaban el culto del coraje y se dejaban mecer los cabellos alargados al tiempo que cabalgaban sus

nieve (así ve el indio al caballo del general). El lleva un gran sable de caballería y un morrión alto de granadero.” En Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**. op.cit, pág., 520.

²⁷ *Ibíd*, pág., 518.

caballos, afilaban sus dagas y empozoñaban sus tardes en alcohol. Eran dos hermanos como los del mito bíblico y durante un tiempo sobrevoló el fantasma de Caín entre ellos. Justo con la llegada de la mujer, de Juliana. Al fin, ambos deciden sacrificarla y sellan un vínculo que los obliga a olvidarse eternamente de la amada pero les permite vivir. Creo que no hay metáfora más simple para realizar una comparación que permita seguir entendiendo la obra sabatiana.

Es la mujer, la usada y la vejada, la tierra apresada que no supieron sacrificar ni honrar ni Allende ni Castel ni Dorrego ni Lavalle al fin, quien se apodera del alma de los Nilsen. Quien los condena a olvidar. La tierra nueva exige un hombre sin ley. Es el vínculo que continúa uniendo a través de los tiempos a los hombres en Argentina. El mandamiento jamás escrito que une los rostros de Dorrego y de Lavalle tanto en la realidad como en la ficción. Y pretender doblegar la impía tierra a los extraños mandatos de una lengua extranjera y ajena a sus costas, a los parámetros de la ley es arriesgarse a morir crucificado. Cualquiera de los Nilsen hubiera podido matar a su hermano si el uno u el otro hubieran tomado a Juliana por esposa. Y Baltasar Espinosa, el protagonista de **El evangelio según San Marcos** de Borges muere empalado en una cruz tras haber regado con la lectura de unos versos evangélicos la estancia que visita en Junín. Tanto Dorrego como Lavalle morirán de forma cruenta en cuanto ambos habían creído de una manera ilusa o no en la justicia o creyeron poder casarse con la tierra conquistada y liberada en nuevas nupcias. Ambos, como Castel o Allende, pelean por una mujer. Una mujer que cuando poseen arrojan al suelo y no quieren reconocer como suya pues al besarla no pueden evitar recordar una antigua amante. La prostituta les aparta de la batalla pero su lucha y su vida, como la de Caín, no puede tener sentido si no la vislumbran en su horizonte. Al fin, quien puede hablar sin temores el lenguaje sin entrañas de la tierra, es quien la habita. No vence quien se une a la tierra sino quien se desprende de ella. Quien no da valor a su rédito. Vencen los Nilsen. Vencen quienes piden la cabeza del contrario, no les importa la tierra que pisan y continúan abrazados al culto del cuchillo. No importa la tierra, la mujer o el hogar. No importan las tumbas ni si Juliana fue enterrada o no. Tampoco importa dónde yace María Iribarne. Lo prioritario es

²⁸ *Ibíd*, pág., 517.

disfrutar de la tierra. No importa dónde morir. En el exilio o en el rancho. En un mundo donde no hay Dioses o los mismos se encuentran lejanos, sólo el mito permite caminar abrazados a los hombres hacia un mismo destino. Significativamente –como en el caso de la novela de Sábato– sólo una vez muertos. Mientras viven están condenados a luchar. Porque ya la misma posibilidad de la muerte se ha convertido en un acto heroico. Frente a esa última voz del indio que, como todo lo americano, todavía vivía y se nutría del mito para subsistir, se alza una contrarréplica que explicita sin tapujos cuál es el destino gauchesco, rabioso, casi inexistente de Lavalle: “¡Pobre indio, si el general era un roto paisano, con un chambergo de paja sucia y un pocho que ya había olvidado el color simbólico! ¡Si aquel desdichado no tenía ni uniforme de grandero ni morrión, ni nada! ¡Si era un miserable entre miserables!”²⁹

Esta es la Argentina de Sábato. Una Argentina sin dioses y que sólo encuentra su estatuto mítico, un tamaño gigantesco, cuando se alarga su cabeza porteña y se la extiende hacia norte y sur, cuando comprende que en el enemigo indígena están contenidas las verdaderas leyes del coraje que sustentaron América y los fundamentos últimos de todo posible evangelio, apócrifo o no, que haya de escribirse en sus márgenes.

En la ya clásica interpretación de Reinhardt sobre la **Antígona** de Sófocles, se nos sugería que al enterrar a su hermano, contra la ley de los hombres, dentro de ese cielo ya desprovisto de la presencia cercana de los dioses que es el círculo sofocleo frente al de Esquilo, Antígona afirma la plenitud y el todo que obligan a los hombres a regirse por las leyes de lo “abierto”, lo desconocido pero también lo total que habita en todo ser humano. Cerca está la cabalgata de los hombres de Lavalle de forjarse en un marco parecido al sofocleo. Por un instante, los seguidores de Lavalle afirman la pasión, lo emoción y lo desconocido, quieren creer en la existencia de un “daimon” divino que religa al hombre frente al todo y que lo unificará con los cielos americanos que se presencian extraños, alejados del tamaño de los hombres alejados de la casa natal. Esa es la ceguera que salva. Como la del padre de Martín, a pesar de su desgracia. La del hombre que caminando entre tinieblas se atreve a dar un nuevo

²⁹ *Ibíd.*, pág., 520.

paso y no busca ningún abrazo o una voz que lo afirme y le asegure que lo que está realizando será premiado. Es la ceguera bendita que ilumina las tinieblas. La que permite que Edipo llegue anciano a contemplar la totalidad del cielo resquebrajarse ante sus perdidos pasos en Coloma. Y es la visión que alumbra, desde la obra de Sábato por un instante, el cadáver de Lavalle y lo salva. Como la mirada ciega de la Diosa fortuna que no se detiene que aún sigue fascinando en Antígona. Que nos fascinará eternamente. Frente a Antígona se alza la voz de Creonte que, como nos indicaba Reinhardt, “para autoafirmarse (...) necesita que la rebelión quede humillada, reducida a las dimensiones de su propio mundo, castigada con los medios que tiene a su alcance”. Es la ceguera de Oribe persiguiendo el cuerpo de un muerto como Creonte no cede en el castigo del hermano de Antígona. Creo que lo que intenta expresarnos Sábato está muy cerca de esta idea. A pesar de lo dicho con anterioridad, y aún considerando a Lavalle culpable de los cargos imputados, una vez que éste ha muerto no existe una justicia que se oponga a otra justicia, ni una idea enfrentada a otra idea, sino, tal y como nos sugiere Reinhard en sus comentarios a **Antígona**, “lo divino como aquello que todo lo envuelve y con lo que” los soldados unitarios debieron sentirse en armonía en aquella huida, “frente a lo humano que, en su limitación, en su ceguera, finge, se da caza y se falsea a sí mismo”.³⁰

Este poder falso, esta ceguera, sin embargo, se extendería por Argentina. Es la común de los mortales. El hombre es un mendigo cuando piensa y un dios cuando sueña, había dicho Hölderlin. Años después de estos hechos, como de todos es conocido, la dictadura del General Videla se atribuiría el poder sobre el cuerpo, huesos, cabeza y tronco del cuerpo cadavérico de cientos de jóvenes de la Argentina. Frente a Videla y sus secuaces, se levantaron cientos de palomas llegadas de ninguna parte a reclamar el cuerpo de sus hijos, hermanos o nietos. Eran las madres de mayo. Era, de nuevo, el grito de Antígona siendo, en principio, silenciado por Creonte. Como también era observar otra vez a Lavalle corriendo hacia la quebrada de Huamaca pero, esta vez, sin tener la suerte de poder ser incinerado.

³⁰ Reinhardt, Karl, **Sófocles**. Traducción de M. Fernández-Villanueva. Editorial Destino. Barcelona. 1991, págs., 110-113.

Como hemos dicho anteriormente, en Argentina, antes o después acaban por levantarse las tumbas y moverse los cadáveres. Pueden llegar a desaparecer partes del cuerpo entero como tan sólo un detalle del muerto, pero hay un irrefrenable deseo por tocar a los muertos. No permitir que descansen en paz. Antes o después hay que cobrar venganza contra el caído. Y la cabeza de Lavalle antes o después habría de desfilar entre la plaza de mayo aunque fuera desde su ausencia y entre gritos de cientos de mujeres que ya hubieran llorado a Evita como anteriormente se hubiera llorado a Encarnación Ezcurra, por pedir que apareciera. Pero, con el tiempo, los métodos de toda guerra habrían cambiado. Son los métodos de toda dictadura que sabe que no necesita mostrar cabeza alguna de las víctimas para sentir que es dueña para siempre de los destinos del pueblo de Israel en el destierro.

Al fin, supongo que hasta aquí podremos haber observado la lógica interna de la historia argentina y, por tanto, estos hechos no nos sorprenderán. La muerte de María Iribarne ya lo preanunciaba. Donde no hay tierra espiritual, no hay virgen, existe el canibalismo. El ágape entre hermanos que se persiguen incluso muertos. Las palabras no tienen una falda, un monte o paraje familiar a las que acogerse. Caminan solas y se pierden. Hasta que los hombres se acaban comiendo incluso su cadáver o perecen en el fuego. De nada sirven los mitos ni las historias. Son estatuas rígidas, como aquella que recogiera Martín, que no otorgan vida. No hay falda de mujer en que depositar el libro ni los hombres pueden encontrar un reposo a su errancia. Y Antígona tiene que asistir asustada a la lapidación de su hermano. Tanto Creonte como Saúl reinaron durante décadas en Argentina. Las lápidas abiertas de los muertos lo certifican.

IV.5. LOS RASTROS DE SODOMA: LA PROPIEDAD Y EL INCESTO.

“Rabbi Yehoudah, hijo de Ami, decía:

Ellos luchaban por la primera Eva.

Rabbi Eivo dice:

La primera Eva retornó al polvo, ¿por qué habrían entonces de luchar?

Rav ‘Houna dice: “una gemela suplementaria había nacido con Abel”.

Midrach Rabbah, Génesis, 22.

“Aquel que dice: “Lo que es mío es para ti y lo que es tuyo es para ti”, es un ignorante. Aquel que dice: “aquello que es mío es para ti” se encuentra en la vía media. Algunos dicen que es el camino de Sodoma.

Aquel que dice: “lo que es mío es para ti, y lo que es tuyo es para ti”, es el hombre piadoso. Y aquel que dice: “aquello que es mío es para ti y aquello que es tuyo es para mí, es el injusto”

Tratado de padres, 5, 14

“Como un hombre joven posee a una joven muchacha,
tus hijos te poseerán”.

Isaías 42, 5.

Sin duda, el punto más conflictivo –o, al menos, el que más debates y teorías ha suscitado- en lo que concierne al relato genésico de Caín y Abel es, sin duda, la posibilidad del nacimiento de unas hermanas gemelas junto a los famosos hermanos del relato bíblico. Se habla de dos hermanas de Caín y de Abel con las que se labraría la descendencia de la estirpe judía e, incluso, de la posibilidad de la existencia de una tercera mujer. Para el Talmud, estas primeras mujeres serían hijas naturales de Adán y Eva e incluso algunos Midrachs han sugerido que la lucha entre Caín y Abel se produce por el amor de una de ellas. Asunto este que, sin duda, ayudaría a seguir cifrando, desde el pecado de Eva, la consabida demonización de la mujer, responsable oculto y en sombra de gran parte de los problemas de la humanidad, que tanto éxito logró en Argentina

En realidad, tal y como está narrada la historia bíblica, no se nos deja otra salida que pensar que las primeras relaciones de los seres humanos entre sí fueron

incestuosas. Y podemos imaginar que una vez que Caín se viera apartado de la madre por el padre y, una vez crecido, su deseo debería volverse hacia sus hermanas. El incesto es lo primero y prohibirlo provoca una inevitable lucha entre el ser y uno mismo. Entre la parte animal del ser humano y su parte social y humana que se verá obligado a seguir contra su voluntad, en el momento en que comience el tiempo de la ley. El Levítico dedica todo un capítulo a mostrar las penurias y agrias consecuencias del incesto y lo prohíbe con una furia inusitada. Aceptar la ley es para el sujeto aceptar su caída en el tiempo, conformarse como ser histórico y, al mismo tiempo, preparar el advenimiento de la época mesiánica.

Lo que sucede es que si hubiéramos de tomar la historia bíblica al pie de la letra, la humanidad habría sido forjada en el incesto y, por tanto, la legitimidad que se intenta donar al matrimonio descansaría bajo un hecho falso. En realidad, la mujer o el hombre unidos en matrimonio pertenecerían a esa primera antigua familia separada y destinada a errar a través del tiempo y, por tanto, aunque hombre y mujer creyeran estar contrayendo matrimonio con un ser no perteneciente a su familia, estarían haciéndolo con un hermano o hermana anterior. Esta es la consecuencia última que podemos extraer del relato genésico. La familia tendría como base el crimen y el incesto. Y no sería descabellado pensar entonces que Caín se acostara con Eva para procrear a su hermano Seth.

Este es, sin duda, uno de los grandes problemas planteados por el relato bíblico. Un problema que, por supuesto, perece y agota su sentido en el momento en que nos planteamos la existencia de otras razas y culturas o afrontamos el problema del “otro”, el enemigo con el que tantas veces habría de luchar para establecer el culto único. Es entonces cuando surge la duda de si el clan familiar distinto al judaico también tendría su origen en un incesto, ante lo que, por ejemplo, Josy Eisenberg no duda en afirmar que en la antigüedad, los seres humanos debían casarse “en el seno de su familia próxima, con todo lo que esto comporta de tranquilizante para el

individuo y el clan: una especie de autarquía afectiva y socio-económica unida a la procreación en un ciclo cerrado”.¹

De esta manera, y si hemos de seguir estos argumentos, el incesto sería constitutivo de todo pueblo y sólo podría romperse el mismo en la constución de un hombre, pueblo, raza o clan al mezclarse con un pueblo extranjero, un “otro” que, lógicamente, y debido al desconocimiento y al miedo, debería sentirse al principio como enemigo invalidando la posible unión carnal y manteniendo la situación incestuosa durante un tiempo indefinido. Y es ahí donde radica, sin duda, otra de las contradicciones del establecimiento de la ley y el porqué toda dictadura monoteísta al estar basada sobre una ilusión que se niega a observar la vida desde un punto de vista plural, termina por disolver a sus miembros en una decadencia radical, anula todo ánimo de vida y frena los estímulos creativos. La ley prohíbe lo que más desean los individuos, lo que los constituye o determina y finaliza –si queremos seguir el relato bíblico– por contradecirse a sí misma. Frena en el individuo aquel impulso que le concedió la existencia y prohíbe lo que ha debido ser permitido para construir la fuerza del clan. Aplaca el impulso autoritario por la cual ella misma se ha levantado para poder realizar el trasvase de ley particular (exclusivamente dedicada a un solo pueblo) a ley universal y que, por tanto, ha de ser respetada, a la fuerza o no, por todos los pueblos y habitantes del planeta.

Creo que, sin duda, esta noción del incesto es fundamental para comprender los últimos sentidos del actuar de la familia Olmos. Una familia bajo cuyos mandatos se doblegaron los enemigos indígenas, fue dominada la salvaje naturaleza americana y que, en la línea Acevedo, llegó a participar de los más altos estadios de la vida del país argentino, un clan que durante un tiempo fue uno con la ley y, por tanto, conoce sus entresijos, habría de forjar una batalla rebelde contra la misma, en el momento en que ésta no le fuera favorable. Además, el incesto es una manera de luchar contra el origen o descubrirlo aunque sea a través de la materia. Es una forma de desnudarlo y renegar contra él pues la ley que está en el origen de la conquista americana ha

¹ Abécassis, Armand y Eisenberg, Josy. *À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme*. op.cit, pág., 652.

terminado por ser partícipe y propiciar la autodestrucción de sus más fieles partidarios y antiguos ejecutores. Es la ley que justifica el nacimiento del reino único la que no puede reconocer la presencia del “otro” en su total alteridad o, lo que es lo mismo, se niega a validar las leyes de los “otros” y, por tanto, crea un radical corte entre deseo, realidad y deber que antes o después hace estallar a sus seguidores en dos bandos. La ley no justifica guerra alguna pero la propicia. Y, sin embargo, atentar contra la ley -el principio de realidad y el dominio que propicia la introducción en el estadio de lo simbólico al ser humano– significa deshacerse en una anarquía que sin autorregulación y bajo el dominio de lo imaginario puede llevar al hombre a la soledad y cegueras totales y la autodestrucción. El padre puede morir al contrario que la madre, pero no se puede asesinar al padre sin que éste siga latiendo en nuestro interior. Asesinar al padre o a la ley es afirmar precisamente la radical superioridad del objeto contra el que deseábamos luchar.² Como construir una patria sin ley cuando la ausencia de la ley es su mayor característica significa, en suma, reconocer la necesidad absoluta de esa ley que no existe pero que reaparecerá como el fantasma del padre de Hamlet y que, de una y otra manera, está condicionando nuestros actos.

En suma, todo el trasvase de la realidad de Fernando Vidal Olmos observado a través de Bruno ha de informarnos de esta cuestión. Y de una manera sutil la misma nos es expuesta desde las circunstancias particulares de la familia Olmos para poder luego asistir a su desarrollo en la historia del país argentino. La lucha cegada de Fernando o, mismamente, de los anarquistas y asaltadores de los que se rodea, es la lucha contra el mismo poder que les ayudó en un pasado a forjar su vetusto reinado que degeneró en la situación paupérrima que viven actualmente.

² Precisamente, la relación de Fernando con su padre, como nos informa la narración de Bruno es más la de una rivalidad que la de una amistad: “Fernando no pertenecía del todo a la familia, pues poseía, aunque por golpes, por furiosos accesos, una frenética energía, bien que esa energía fuese empleada siempre para la negación o para la destrucción, rasgo éste que sin duda heredó de su padre, espíritu inferior pero dotado de una fuerza violenta y tenebrosa, fuerza que pasó a su hijo, aunque éste lo odiase y se negase a reconocerlo y hasta es posible que lo odiase y se negase a reconocerlo por lo mismo que descubría en sí mismo los atributos del hombre que tanto aborrecía y que, siendo chico, intentó envenenar”. En Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**.op.cit, pág., 446.

No es casualidad que se encuentre un gran número de personalidades judías detrás de todas las grandes revoluciones de nuestro tiempo. Uno de los cerebros de mayo de 68, Herbert Marcuse,³ intentó conciliar los pensamientos de dos judíos disidentes –Freud y Marx– para hacer estallar los cimientos de la sociedad burguesa y creo que es vano mencionar el nombre de Trosky y su decisiva importancia en los hechos que propiciaron la Revolución Rusa. Es lógico. Quien se ha sentido portador de la ley, quien ha recibido los derechos -legítimos o no- para formar parte del pueblo elegido por Dios para llevar su mensaje al mundo, es el primer esclavizado a la ley, quien siente su yugo estrecho más cercano a su ser y, por tanto, en el momento de disentir de esa misma ley o alzar una contrarrevolución contra los todopoderosos estados modernos que ocupan el lugar de Dios sabe, con más precisión que el resto de los componentes de la sociedad a la que pertenece, los puntos débiles de la misma. Las estructuras a través de las que se ha forjado. Y no ha de haber mayor liberación y anhelo para un hombre que se ha visto sometido a la ley más radical desde su infancia que ayudar a destruirla. Y no creo que importe tanto la sociedad que se piensa construir tanto como el placer sádico-anal que encuentra el niño en vencer edípicamente al padre que lo ha abandonado o lo fustiga sin piedad en la realidad cotidiana día a día. Nos dirá Bruno de Fernando: “Lo que yo vi de él siempre fue desagradable. Se consideraba por encima de la sociedad y de la ley. “La ley está hecha para los pobres diablos”, afirmaba”.⁴

³ Resulta, por cierto, esencial repasar el libro de Marcuse, **Razón y revolución**, para comprender mejor cuáles fueron los contenidos de su crítica y posicionamiento al sistema capitalista a partir del estudio de la obra de Hegel y Marx. Baste ahora una reflexión de Marcuse que explique desde donde formuló su teoría de la revolución y el porqué él mismo, en parte, predecir su fracaso a partir de su lectura de Marx: “El incremento en el aparato de producción y distribución sobrepasó el control individual o de grupo y originó una jerarquía de burocracias públicas y privadas, con un alto grado de neutralización de las responsabilidades. Aun en la cima de la jerarquía, donde la responsabilidad es identificable y definitiva, los intereses específicos de individuos o grupos sólo pueden afirmarse supeditándose al interés de la preservación y expansión del aparato tomado como totalidad. Este último es, en efecto, la encarancación de la voluntad general, de la necesidad colectiva. Y como este interés, al menos en los países industriales avanzados, mantiene a la sociedad en funcionamiento, en condiciones cada vez mejores y con una mejor satisfacción de las necesidades, la racionalidad de la oposición aparece aún más espuria, si no carente de sentido”, en Marcuse, Herbert. **Razón y revolución**. Traducción de Julieta Fombona de Sucre, con la colaboración de Francisco Rubio Llorente. Alianza Editorial.S.A. Madrid. Primera edición en “Área de conocimiento:Humanidades”. 2003, pág., 420.

⁴ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**.op.cit, pág., 470.

Por eso pienso que toda revolución está siempre por llegar y la verdadera nunca llegará, aunque su promesa continúe acrecentando la ilusión de tantos hombres. Porque hasta ahora la revolución ha sido rebelión contra la ley para instaurar otra nueva ley que no puede ni ha de poder vencer lógicamente a la “ley” abstracta y en potencia, pues en el momento en que el hombre rebelde alcanza el poder debe, lo quiera o no, construir su gobierno en torno a esa misma ley que ha derrocado. La puede modificar, cambiar en aspectos accesorios pero no puede luchar contra la esencia de esa misma ley que ha de encargarse ahora de que sea respetada debido a que, quiera aceptarlo o no, las reglas de la misma le son fundamentales para poder llevar a cabo, fabricar esa revolución que, en el momento que alcanza el poder, muestra su verdadero rostro. Son esenciales en su “ser” y, en gran parte, le han ayudado a triunfar aunque sea a través de la destrucción.

Así, en la cuarta parte de **Sobre héroes y tumbas**, Sábato, de manera más o menos descubierta, muestra con sutileza e intenta desnudar a través de la mirada de Bruno el recorrido de Vidal Olmos, la ya mentada presencia del Carlos de **La fuente muda** y personajes como Max Steinberg o los terribles Podestá o Cráter, el rostro impostado de los intentos de revolución contruidos en Argentina y cómo la misma lógica interna de estos movimientos favorecería la definitiva llegada de los tiempos de la ley absoluta, la dictadura, en Argentina a partir de 1930. La lucha de Fernando contra el estado burgués y sus asaltos con grupos anarquistas a bancos son, en realidad, venganzas personales contra la negra historia de su familia. Atentados contra el poder del que su familia dispuso un día. La batalla de Fernando es, por tanto, individualista y preñada de un egoísmo similar a la del conquistador hispánico que ha degenerado, por mor de las circunstancias, de conquistador abelita a rebelde y expatriado cainita. Y esto es lo que nos señala Sábato. La impostura sufrida y surgida en una tierra como la Argentina del hecho que sean quienes dispusieran la diabólica ley sobre un territorio virgen quienes luchan ahora –y una vez que la situación se ha vuelto contra ellos– contra esa misma ley. Y cómo fue un defecto de ceguera de tantos revolucionarios que habitaron en Argentina, pensar que las condiciones que propiciaban el decrepito caos de lo argentino estaban ligadas íntimamente a las circunstancias que propiciarían el estallido de la Revolución Rusa. No. Argentina era

consecuencia y causa de la ideología de Occidente pero existía en ella toda una historia espúria negada –la historia del oro y el conquistador impío, la historia de la cegada ley– y un rencor latente en todo el país gracias a la cantidad de cabezas e ilusiones cercenadas por la desilusión que no podían permitir el nacimiento de una revolución pura. La lucha era por el oro y por el manejo de la ley total. No era por la liberación del alma profunda de América que siempre había sido negada y, en este sentido, la lucha generada por los nuevos caídos había de encontrar el rotundo vacío y fracaso de sus esperanzas o la contrarréplica indiscriminada de quien manejara el poder. Argentina había sido, desde siempre, el reino de las armas y así debería seguir siéndolo, como aprendiera el ya mentado Carlos desde su traumática infancia: “¿la patria de quién?, se preguntaba Carlos. (...) No había patria, ¿no lo sabía yo? Había el mundo de los amos y el mundo de los esclavos. ¡Pan y libertad!, gritaban obreros venidos de cualquier parte, mientras los señores, aterrorizados y furiosos, lanzaban la policía y el ejército sobre aquella turbamulta”.⁵

Y por ello Bruno, al contar su juventud a Martín y la decisiva importancia que para tantos jóvenes emigrantes poseyera la Revolución Rusa, no puede más que, lúcidamente, constatar esta equivocada concepción del país que habría de hacer perecer toda lucha, estuviera más o menos justificada sobre conceptos legítimos de igualdad: “He aquí una de las grandes contradicciones de nuestra formación y uno de los hechos que durante tanto tiempo cavó abismos entre nosotros y nuestra propia patria; por tomar contacto con una realidad fuimos enajenados de otra. Pero ¿qué es nuestra patria sino una serie de enajenaciones?”.⁶ Y es que, en realidad, y lo que de una manera clarividente queda explicitado con radicalidad en la obra de Sábato, los emigrantes también se encontraron cegados como el antiguo conquistador para observar en el espejo europeo de la Argentina su verdadera realidad americana. Argentina había de ser como para los antiguos bandidos y pícaros de España su salvación, el Dorado inacabable donde bañarse en oro por el que mereciera la pena construir como ya hiciera Lope de Aguirre una rebelión, más aún cuando ese oro se encontraba ahora guardado y acumulado en los bancos que Fernando y su banda se

⁵ *Ibíd.*, pág., 472.

⁶ *Ibíd.*, pág., 476.

dedicara a asaltar. Nos dirá Bruno: “¡La patria! ¿La patria de quién? ¡Habían llegado por millones de las cuevas de España, de las miserables aldeas de Italia, de los Pirineos. Parias de todos los confines del mundo, hacinados en las bodegas pero soñando; allá les espera la libertad, ahora no serían más bestias de carga. ¡América! El país mítico donde el dinero se encontraba tirado en las calles”.⁷

De hecho, resulta curioso observar las diferencias entre el hijo desposeído de los derechos de la ley, Fernando, y el hijo eternamente castigado por la ley, Carlos, pues esto ayuda a entender el porqué de la introducción en el comunismo de Carlos a partir de su conocimiento de Fernando. El hijo castigado, Carlos, lucha contra una afrenta, un golpe recibido, un castigo inmerecido y continuado en el tiempo. No sabe lo que es el poder porque nunca su mano pudo guiarlo y su relación con la ley es la del castigado a sorber siempre los latigazos de la fusta. Se le ofrece un arma, como Cramer hará, y él la aceptará. La cruz y redención, para Carlos, han de nacer gracias a la muerte y asesinato del Imperio romano. Su lucha es contra el hombre que dicta la ley pero no posee una visión clara del porqué de la existencia de esa misma ley. Cuando mata es víctima y cuando muere –como le sucederá a él en un tanque en España- no es mártir. Es rebelde defenestrado que no había podido construir un sí en su interior sino por oposición a ese no que le niega las mínimas condiciones para el disfrute de la vida. Carlos vive del no porque es hijo del engaño y, frente a las apariencias, comprende en su soledad que el asesinato o su muerte son rostros de la nada y de ese no que le pertenece y del que hará su emblema en Argentina, España o cualquier lugar donde la lucha revolucionaria se establezca. Y al ser su lucha construida a partir de una negación su vida se consume cegada bajo un ciclo de repeticiones que llevan a la destrucción. Cualquier lugar, cualquier país y cualquier hombre puede ser vejado y se ha de luchar contra esa vejación en nombre de los oprimidos que, sin embargo, no pueden comprender la radical contradicción de esta lucha: liberarse de la muerte construyendo más muerte. Vislumbrar un reino igualitario de pureza a través de la sangre que, sin embargo, no ha de ser nunca el mismo, no sólo dependiendo de cada país, como en el caso argentino, sino teniendo en cuenta las especificidades de cada individuo. Edificar un mundo liberado a través

⁷ *Ibíd.*, pág., 472.

de las armas para cada hombre sin tener en cuenta los deseos ulteriores de cada uno de los hombres. Un sueño justo pero, al mismo tiempo, incapacitado para responder a la injusticia sino con más injusticia. Es decir, un mundo que lucha contra la ley para construir más ley y que, en el fondo, la legítima, le da la razón gracias a un procedimiento inverso. Si Caín mata a Abel a causa de su madre o su hermana, la ley ha de ser implantada antes o después. El incesto ha de ser prohibido y los depositarios del poder han de regular para que éste no se produzca.

Al contrario, Fernando, como hemos podido ya observar, es el hombre que conoce la arbitrariedad de la ley. Su familia la sostuvo y la ejecutó tanto como la sufrió. Es quien conoce la doblez y el revés de cada mandamiento y observa con mirada perdida y alocada la prohibición. La prohibición regula el germen mismo de la vida en que tuvo que apoyarse para erigirse en norma, en ley. El padre ha de negar al niño aquello que cuando jugaba más le hacía disfrutar. Y ahora a él, a Fernando, a los Olmos, le prohíben todo aquello gracias a lo cual se engendró el país argentino, la fortuna de las burocracias, de los estados europeos y de los Acevedo. A sus hermanos, los Acevedo, Abel, les permiten seguir jugando la aventura de América, pero a él no. Él ha de ser entonces el ángel exterminador que se levante contra la injusticia de la ley para crear un mundo sin ley. Donde no importen las últimas consecuencias de los actos ni las muertes. Es el mundo sin Dios. Pues para matar a Satanás, al mal que domina el mundo, -y este es el error de la lucha anarquista como pone de manifiesto Sábato- es necesario también matar a Dios en los hombres, la libertad que funda toda rebelión y también todo poder. Y así, Bruno -en una reflexión que determinaba la construcción de **Los justos** de Albert Camus- por ejemplo expresará consternado ante estas contradicciones: “El Estado Bugués defendía implacablemente sus privilegios, armado hasta los dientes, no perdonaba vida ni libertad, la justicia y el honor no existían para esos déspotas que sólo perseguían el mantenimiento de sus privilegios. Pero ¿y los inocentes que se mataban a veces con las bombas anarquistas? Y además ¿podría alcanzarse una sociedad mejor mediante la violencia y la venganza? ¿No eran los anarquistas los verdaderos

depositarios de los mejores valores humanos: de la justicia y la libertad, de la hermandad y el respeto al ser viviente?”⁸

Sin embargo, y ahí radica la fascinación que ejerce Fernando, él es un disidente del reino de la justicia y la libertad y no tiene remordimiento alguno por ello. Quien fue la ley sabe que la ley es injusticia, arbitrariedad y no puede medir rigurosamente el amplio espacio en el que se desenvuelve la naturaleza humana. Quien mató para construir un reino único es hijo de la ley nacida de actos como el asesinato de Abel y del beneficio que de la misma se puede extraer y quien está mejor preparado para destruirla. Es quien la ha cumplido rigurosamente y se siente engañado por ella quien la violenta con más facilidad. Si la ley obligaba –de manera implícita– a matar, y así se fundamentó la construcción de la Argentina, volver a poseer la ley para quitarle su poder, luchar contra ella para mostrar su faz asesina y mentirosa, ha de justificar no importa cuantas muertes. La lucha es de los hombres por la libertad, es la de Caín por disfrutar de cuantas mujeres de su familia quiera, pues la prohibición del incesto lejos de frenar la guerra o el acto asesino, la ha acrecentado. No importan cuántas víctimas inocentes mueran para liberar al hombre de la ley, pues lo que no puede haber en un mundo sometido a la ley es la inocencia.⁹ ¿Cuál es la la ley que se puede construir a partir de la destrucción de la ley?, ¿cuál es el reino que se puede validar cuando los hombres ocupan el lugar que hasta ahora estaba destinado al hacedor del mal, a Satanás? “¿Un mundo sin leyes es mundo libre” Tal es la pregunta que plantea toda revuelta”,¹⁰ venía a expresar, por otra parte, Albert Camus.

⁸ *Ibíd*, págs., 483 y 484.

⁹ Nos indica a este respecto Albert Camus, ahondando en el sentido último fatal de la lucha anarquista que, justamente, “después de haber alabado la Unidad Absoluta, Bakunin se lanzó al maniqueísmo más elemental. (...) La historia está regida por dos únicos principios, el Estado y la revolución socila, la revolución y la contrarrevolución, que no se trata de conciliar, sino que están empeñados en una lucha a muerte.El Estado es el crimen. (...) La revolución es, pues, el bien. Esta lucha, que rebasa la política, es también la lucha de los principios luciferinos contra el principio divino. (...) Bakunin deja entrever inmediatamente la profundidad de una revuelta aparentemente política. “El Mal es la revuelta satánica contra la autoridad divina, revuelta en la que nosotros vemos al contrario el germen fecudndo de todas las emancipaciones humanas”. (...) La lucha contra la creación será, pues, sin cuartel y sin moral; la única salvación está en el exterminio” en Camus, Albert. **El hombre rebelde**. op.cit, págs 187 y 188.

¹⁰ *Ibíd*, pág., 189.

Esta es la cegada pregunta sobre la que se levanta el no de Fernando a la vida. Su afirmación es negación radical de la vida en cuanto no puede reconocer el bien, no puede aceptarlo ni verlo. El bien es, para Fernando, en última instancia, producto del mal. Cuando Caín mata a Abel hace bien, piensa Fernando. Él ocupa el lugar en la tierra que deseaba ocupar Satanás. El reino es ahora de los hombres. Pero hay un vacío que es la ausencia de Dios. Y este vacío sólo puede ser llenado afirmando el mal. Si Cristo demostró ser hijo de Dios no fue sino gracias al mal. Si la muerte de Cristo certifica la verdad radical del advenimiento del reino de lo divino hay que golpear a Cristo una y otra vez hasta matarlo de nuevo. Y el mayor santo es quien con más crudeza aprieta los clavos contra su piel. El santo es Caín a pesar de ser un asesino. El héroe es quien roba y asesina, quien atenta contra la propiedad. Ninguna mujer u hombre puede ser propiedad nuestra pues lo que se demuestra cuando no existe la ley, es que todos somos hermanos incestuosos, hijos del incesto entre Yahvé y la madre, a quienes va a buscar Fernando inconscientemente a los confines de la tierra para asesinarlos de una vez y ocupar su puesto o morir para siempre.

En suma, Fernando es el judío sin ley. El judío antes del Sinai. El hombre ante quien, como expresara Gabriel Albiac, “la ley se anonada” y al fin lo reconoce su dueño. Pues si la ley mató al hijo de Dios, el nuevo Mesías, debe, “antes que nada, ser violador sistemático e implacable de ese residuo muerto de los tiempos periclitados que es la Torá. Porque sólo en la violación de la Torá es cumplida la Torá”. Y así, el Cristo deviene Anti-Cristo que aniquila todo pasado y memoria, siguiendo una regla bien aprendida por todo hijo maldito: “No hay pureza sino en la trasgresión del abismo”,¹¹ como indica Albiac. De esta manera, para Fernando establecer el mundo originario no significa pensar a partir de la muerte de Cristo. Significa ir quemando etapas hacia atrás. De Cristo hacia la ley y del tiempo de la ley al tiempo ahistórico, al tiempo del incesto y del hombre sin historia, cuando el oro es excremento natural que no puede ser poseído por nadie. Cuando el excremento y el

¹¹ Gabriel Albiac. **La sinagoga vacía. Las fuentes marranas del espinosismo**. Hiparión. Madrid. 1987, págs., 40 y 41.

alimento está al alcance de todos los hombres como de las bestias. Significa volver a recuperar la oportunidad de partir hacia América y mezclarse sin ley alguna con el territorio para comer ya no el libro, como los judíos ortodoxos, sino la tierra sin importarle si ésta ha de ser compartida con los indígenas o no. La tierra, el excremento que no es oro, es de todos y sólo gracias a la ley se establecen los poseedores. El recorrido anarquista de Fernando es una lucha a ciegas por intentar cambiar la historia de su familia e instaurar un tiempo salvaje en América –ya que, de todas maneras, la instauración de la ley no ha frenado ni la animalidad, ni la bestialidad– para que reine el instinto sin freno. El incesto primero quiere significar, en definitiva, que todos somos hijos del mismo clan y no importa entonces quién pueda tener más o menos. La historia de los Acevedo como la de los abelitas es la historia escrita. La historia de los Olmos debería ser primera, incestuosa y, por tanto, una historia que no distinguiera entre poseedores y desposeídos, pues si la familia y la hermana y la mujer y hermanos e hijos son todos de la misma sangre no hay ni puede haber guerra ni necesidad sin satisfacer. Todos deben satisfacerse en una orgía revuelta y donde los rostros se confunden para construir ensamblados el rostro de un Dios desconocido que es el de la humanidad reconociendo para siempre su naturaleza animal. Lo que es sin duda uno de los grandes errores de toda esta cegada lucha que se sustenta en el olvido del espíritu. Pero es ahí adonde conduce la envidia que siente el ángel Samael porque Jehová, de todos los ángeles rebeldes al creador, haya sido quien se haya atribuido todo el poder sobre este mundo. Y sería un error, por nuestra parte, no intentar comprender a Samael.

Precisamente, según **el Zohar**, en realidad, Yahvé no habría aceptado los sacrificios que le donara Caín pues estos estaban dirigidos, en principio, a Samael, el ángel de la muerte. Así, por ejemplo, el rabí Siméon piensa que el sacrificio realizado por Caín al fin de los días, “es el final de (...) la carne“. Y este final ha de corresponderse con la llegada del “ángel de la muerte“. De hecho, para **el Zohar**, alejado de toda posible interpretación gnóstica: “Caín era hijo del soplo de la

impureza, representado por la serpiente maligna, y como él emanaba del Ángel de la muerte”,¹² Caín habría asesinado a su hermano.

De esta manera, si nos guiamos por la interpretación judía, podemos imaginar que el Caín anarquista, el incestuoso y que sufre en sus carnes el terror de compartir su hermana con Abel, habría realizado un pacto con quien, necesitado de usurpar el poder de Satanás para establecer su imperio igualmente maligno, le permitirá fecundar a las mujeres que desee frente a Jehová, el gran tentador. Caín se plegaría frente a Samael porque él es el rebelde contra Satanás pero al ser envidioso de su poder no puede prometer más que un reino sin ley que es, a su vez, contrario al Verdadero Creador. Pero frente a la ley injusta, Caín elige el mundo sin ley. Él no quiere ni puede reconocer a ese terrible padre. Prefiere pensarse hijo de Samael, cuya sangre también ha de estar en sus venas, pues toda existencia y realidad y, sobre todo, la de los ángeles rebeldes, es incestuosa. Así, ante la dictadura del diablo, se alía con otro demonio menor pero, realmente poderoso, Samael, para vencerlo. Caín mata a Abel y piensa poder disfrutar de sus hermanas y madre para siempre, pero como su acto es maligno y cegado y el poder del mal ha recaído en Satanás, finalmente, Samael y él perecen ante la treta que el diablo ha inventado. Caín no morirá. Será exiliado. Por tanto, no podrá entrar en el dominio de Samael, en los terrenos de la muerte donde el ángel chupará su sangre y se la mostrará orgulloso a una Lilith ya descompuesta declarándose el más grande señor del mal y de la tierra. Y, de esta manera, Yahvé –dejando vivir a su hijo y una vez muerta la inocencia de Abel– habrá vencido dos veces. Sobre los vivos y sobre su terrible oponente, Samael, que no podrá jamás disfrutar de esta pieza rendida a su terreno y que para siempre vagará por los mundos debiendo aprender a regirse por los designios de la ley si quiere conservar su vida o llegar a redimir su falta. A partir de ahora los hombres tendrán que sojuzgarse a sí mismos, huir del incesto y serán más fáciles de controlar y dominar. Bastará encontrar una raza dispuesta a ser la elegida para que los dominios del mal se extiendan sobre el mundo y el único alabado sea el demonio verdadero. Además, nadie sabrá o sospechará que el gobierno del mundo como el de la familia está basado en el incesto y el crimen excepto cuando las consecuencias sean irreparables o

¹² **Le Zohar**. op.cit, pág., 277

se escuche la expresión de los hombres que recuerdan y vuelven a repensar la primera historia: los artistas, los inconscientes gnósticos que extraerán la más bella revelación del mensaje de Cristo y la historia de Caín sobre la que ya profundizaremos en la última parte de este trabajo.

Es difícil no imaginarnos las consecuencias de esta narración cuando revisamos la historia de la familia Olmos. Y es en verdad muy significativo que la presencia de los judíos en la vida de Fernando tenga un papel verdaderamente decisivo como asimismo en los actos de la vida social argentina que contemplara Bruno y que desembocarán -una vez que Fernando inicia su rebelión anarquista y engendra a Alejandra con su prima carnal, Georgina- en el golpe de Estado ya mentado de Aramburu en 1930. Ahí finaliza la rebelión del mal contra el mal, de Samael contra Satán: en el fortalecimiento de este último.¹³

Y sería muy interesante descifrar el recorrido oculto que Bruno solamente entreve, y que lleva a Fernando a realizar su infausta rebelión y su ulterior investigación a través de los mundos de la ceguera. Precisamente, según le cuenta Bruno a Martín, Fernando se habría perdido en uno de sus muchos viajes en la isla de Juan Fernández, la misma en la que emplazó Defoe a su Crusoe, rodeado de hechiceros y magos con los que comenzar su conjura contra el reino de Jehová. En esta isla, Crusoe encontraría a Viernes que es el “otro” sin máscaras y no es vano recordar que el viernes fue el día anterior a la creación del hombre por el relato genésico. Es el día de antes del encierro del hombre en el paraíso y de toda la narración que Sábato intenta deconstruir en sus novelas y contra la que lucha Fernando, aun a pesar de que no posea una explicación coherente para oponerse al primer relato y en su lucha final quede devorado en las mismas tinieblas de un secreto y revelación –el de la creación– que ha de quedar vedado al hombre

¹³ Así lo visualizaba igualmente Camus observando el oscuro rincón en que desembocarían la lucha de Pisarev o de Bakunin, en torno a su cegado razonamiento: “Destruirlo todo es condenarse a construir sin fundaciones; (...) Quien rechaza todo el pasado, sin conservar nada de lo que puede servir para vivificar la revolución, se condena a no encontrar justificación sino en el futuro y, mientras tanto, encarga a la política justificar lo provisional. Bakunin anunciaba la dictadura, no contra su deseo de destrucción, sino en conformidad con él. Nada podía detenerlo, en efecto, en este camino, puesto que en la hoguera de la negación total se habían fundido también los valores éticos”. En Camus, Albert. **El hombre rebelde**. op.cit, pág., 190.

destrutivo. A los hombres que se encadenaron al castigo del judío errante y no pudieron respetar la pluralidad del mundo, quisieron someterlo a su ley y observaron la creación como un misterio gracias a cuyo conocimiento –por la magia o la ciencia– podrían dominar el mundo. Ser los dioses del planeta como antes lo habían sido de América y como habría de serlo toda raza elegida por Dios para implantar sus designios en el mismo, como supieran los jefes nazis. Además, el viernes es el día consagrado a los animales, a las bestias y en una isla desierta este es el nombre elegido por Robinsón para humanizar al “indígena” y huir de la dictadura de lo único. Como asimismo certificará en el caso de Fernando su necesidad de profundizar en la bestialización y animalización del hombre para borrar el sello cegado que desde el nacimiento del Adán encadena a los hombres a la voz de la ley.

Asimismo, la figura de ese judío heterodoxo llamado Max Steinberg y que aparece unida a Bruno y a Fernando no es nada fortuita, si tenemos en cuenta lo referido anteriormente sobre la importancia de los judíos en toda revolución. Steinberg es todo lo contrario a un judío ortodoxo. No acapara el oro, lo gasta y, básicamente, no sabe qué hacer con él. Se regodea en el Colón contemplando la excelsa obra de Honneger, **El rey David**, tal vez para volver a recordar una historia de la que es partícipe con el fin de reconstruir sus orígenes semitas y forja una estrecha alianza con Fernando contra el poder terrestre de todos los gobiernos de los que, hemos de suponer, es incansable luchador desde los terribles sucesos que llevaron a su madre, Nadia, a ser hacinada en uno de los innumerables programas de los judíos en Rusia.

Así, son los judíos insumisos. Rebeldes a todo poder, sabedores del hiato vacío entre el pueblo y ellos gracias al que fundamentan su gobierno. Y si Yahvé no los ha dominado, su furiosa voz no los ha aplacado, menos habrá de hacerlo la palabra de cualquier Estado, como el zarista, que asuma su realeza y mandato directamente de la divinidad. Saben cuál es el punto flaco de todo poder unívoco. Y recuerdan los puntos elididos de los textos bíblicos, constitucionales o regios como nadie para forjar en el medio revolucionario la imposible hermandad entre seres de

distintos estratos.¹⁴ Ese el judío renegado. El hombre que conoce y sabe del incesto y que busca en los “otros” las partículas de su ser original perdido para iniciar la revuelta contra quien condenó al pueblo judío a errar sin descanso y contra quienes escriben ahora los apartados de la ley. Quien despilfarra el oro y lo falsifica, gozando porque, por fin, se ha desprendido del excremento que no le permite gozar del cuerpo, de la vida, sometido continuamente a su digestión alimenticia con la que el ávaro o el estado burgués lo cuida, lo guarda. El hombre que descifra intuitivamente el texto cerrado, lo abre a su dimensión plurívoca y conoce el porqué del secreto y receloso miedo que tienen los sacerdotes del templo a que los hombres lo recorran con libertad o puedan acceder a las páginas guardadas con siete candados del primer texto. Realizar el incesto y el crimen es adentrarse en lo “primero”. En lo “otro” que está prohibido al hombre, pero que se encuentra unido a él por fuerzas primigenias,

¹⁴ No es vano añadir aquí sobre esta problemática -la del judío enfrentado a su propia ley-, unas agudas reflexiones de Ricardo Forster en torno a la obra de Scholem y la doctrina shabataísta que, sin duda, está omnipresente en toda la realidad narrada por Bruno a Martín y en el porqué de la importancia de los distintos judíos conectados a toda una sociedad a punto de ser traumatizada y paralizada por el mentado golpe de Estado de Aramburu. A la vez, es necesario apuntar las conexiones entre el nombre del judío fundador de este movimiento, Sabbetai y las del escritor argentino, Sábato, con cuya doctrina su obra tanto tiene en común. Nos dice Forster que “la transgresión de la ley como corolario del advenimiento de los tiempos mesiánicos constituyó uno de los motivos centrales”, por ejemplo de la escritura de Natán de Gaza y que fue esencial a la hora de fundamentar el anarquismo teocrático de Scholem. Para Scholem “La innovación de la versión shabataísta es que no basta con extraer las chispas de santidad del dominio de la impureza. Con el fin de completar su misión, el poder de la santidad -tal como se encarna en el Mesías- debe descender a la impureza, y el bien debe asumir la forma del mal. (...) (La) liquidación dialéctica del mal exige no sólo el travestimiento del bien bajo la forma del mal, sino su total identificación con este último. El Mesías (ha de descender) al dominio de la quelipá para destruirla desde el interior”. Nos señala Forster que en judaísmo, lógicamente, vivió la experiencia shabataísta de manera traumática, pues “junto a esta dialéctica de bien y de mal, de catástrofe y esperanza, también aparece ese otro rasgo nihilista ligado directamente con el anonadamiento de la ley y con la pérdida de todo principio de autoridad fundado en la tradición”. “La Torá -nos continúa señalando Forster- tal como repetían una y otra vez los shabetaicos más extremos, es “la simiente de la Salvación y, así como la simiente tiene que pudrirse en la tierra a fin de florecer y dar frutos, la Torá debe ser subvertida a fin de aparecer en su verdadera gloria mesiánica”. De esta manera -y esto puede observarse en la novela de Sábato- “entrar en la modernidad, volverse revolucionarios y anarquistas, significó para muchos judíos hacerse cargo de este antiguo mandato antinomista. Quebrar el imperio de la ley para realizar, en el seno de la historia, el reino de los justos constituyó el giro radical hacia un mesianismo secularizado que atravesará con la fuerza de un huracán a la generación de la que formaron parte Benjamín, Kafka, Scholem, Trotsky, Buber (...). En sus experiencias particulares esta transgresión tuvo que ser contra los ideales burgueses de sus padres que asumían los rasgos de un mandato legislativo al que había que desestructurar. Y en ese conflicto sería de suma importancia la recuperación de aquellos legados que, en el seno del judaísmo, les ofrecían un claro ejemplo de heterodoxia y rebeldía herética como sin duda lo fue el de los shabetaístas”. En Forster, Ricardo. **Walter Benjamín y el problema del mal**. Grupo Editor Altamira. 2003. págs., 99 y 100.

míticas y telúricas que, precisamente, el mismo texto bíblico justifica y muestra veladamente gracias a su necesidad de condenarlo por fuerza de la autoridad posteriormente. Y, sin embargo, abrir o desvelar el texto oculto, romper la prohibición y disentir de la ley de la fuerza a través del asesinato o el incesto, es permitir que los siete jinetes del Apocalipsis se desplieguen en toda la extensión mayor de su fuerza por la tierra. Y por ello, sabiamente, Bruno entiende en el gesto de Fernando, en su unión con Max, sus tropelías con las bandas de asaltantes de Avellaneda, sus excursiones a lo oculto y su relación con Georgina, un conjunto de signos individuales pero de dimensiones colectivas que propiciarían la pérdida definitiva de la inocencia del país argentino. Su enterramiento en la fosa dictatorial. El dragón que Fernando y sus compinches han ayudado a despertar y que Barragán observará años después alzarse por Buenos Aires. El dragón que ruge violentamente en el fondo de Alejandra obligándole a devorar a sus amantes y cuyo fuego sólo puede vencer el héroe inocente, Martín, desnudo de toda vestidura, sin armadura y asiendo como única arma la espada de la fe.

Le dirá Bruno a Martín: “Pienso en aquel tiempo tan remoto” como un “momento precisamente vinculado a la presencia de Fernando, como si él fuese un símbolo oscuro de aquella época de mi vida y a la vez la causa más poderosa de mis cambios. Porque en aquel año 30 mi existencia entró en uno de sus momentos de crisis, es decir, de enjuiciamiento, y todo empezó a vacilar bajo mis pies: el sentido de mi vida, el sentido de mi país y el sentido de la raza humana en general”.¹⁵

Comprendiendo esto, podemos entender que Fernando se case con una judía de 16 años y disfrute dilapidando la fortuna del señor Szenfeld quien, curiosamente, es el propietario de una tienda de textiles. Contra la ropa, contra la vergüenza de Adán y el pudor es la batalla de Fernando tan parecido en esto al Heliogábalo destructor que creara Artaud. Esta es su batalla: erigirse en máquina de sexo, falo sin freno, bestial, sin ropa que lo contenga y desnudo para mostrar a los hombres su ceguera. Afirmar la memoria natural (el falo), verdadero y sin mentiras, incapaz de actuar o mentir ante los “otros”, frente a la memoria cultural (el libro), artificio

contrario a la verdad en cuanto responde a una separación radical entre el hombre y la naturaleza y siempre –por fuerza de su constitución– es manipulado ya sea de una u otra forma. Sin embargo, un exceso de memoria, de falo y de sexo es arriesgarse, a su vez, a recibir un ciego castigo, una vez que sin ética y ley, el hombre no genera, no puede conceder amor como muestra el clásico ejemplo de las bacanales y orgías de los romanos, donde este sentimiento se encontraba elidido, no existía ni podía ser considerado.

Dionisos se afirma en Fernando para mostrar el sexo de Adán orgulloso y furioso reclamando su derecho inalienable al goce, y el exceso le muestra las puertas de la sabiduría pero también de la locura. Lo dionisiaco eternamente sostenido en el tiempo disuelve las fronteras entre los ciegos y los vivos para inundar el mundo en un sueño de lágrimas, de niebla. La voluntad de poder parece sin el poder de la voluntad para ponerle freno pues el hombre no es una bestia. No es únicamente naturaleza y, por mucho que se rebele ante este hecho, ha de haber una ley que regule sus actos. Querer recordarlo todo, como enseñara Borges en su **Funes el memorioso**, es arriesgarse a olvidarlo todo. Querer hacer a los demás recordar su fin y su principio es condenarse a uno mismo a salirse de las vías del tiempo para, finalmente, no recordar quiénes somos. En suma, lo que pretendía Fernando. Huir de sí mismo. Como tantos hombres llegados a Argentina. Huir de su pasado sin comprender que esto significa arriesgarse a no tener futuro como vivir únicamente en el pasado –que es el estado melancólico y, por tanto, el diabólico– significa privarse del presente. De ese presente de la patria siempre negado a los ciudadanos argentinos asustados y entumecidos a los que observaría Bruno años después de los sucesos que encumbraría a Aramburu en el poder, entendiéndolo asombrado que “en aquellas plazas y hasta en aquellos negocios y oficinas de Buenos Aires había miles de personas que pensaban o sentían más o menos lo que yo sentía en ese momento: gente angustiada y solitaria, gente que pensaba sobre el sentido y el sin sentido de la vida, gente que tenía la sensación de ver un mundo dormido a su alrededor, un mundo de personas hipnotizadas o convertidas en autómatas”.¹⁶

¹⁵ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas**.op.cit. pág., 471.

¹⁶ *Ibíd*, pág., 491

En esa huida de sí mismo para encontrar los reversos de su sombra, Fernando, como Jekyll y Hyde, y la luz y las tinieblas, certifica el pozo abierto del nihilismo por el que se desangra la sociedad argentina. Seguramente, Ana María, su madre y hermana de Patricio Olmos habría muerto -de entre las varias hipótesis barajadas- entre pastillas para dormir certificando el suicidio completo de una raza, de una sociedad. Los famosos compases de Cambalache no son, en realidad, más que una firma, un signo que certifica el fin de la inocencia de una sociedad. Cambalache es fin definitivo de un ciclo, de un sueño y rito iniciático a través del que toda una sociedad toma conciencia de su vuelta a los tiempos de la caverna, su entrada en las tinieblas que Bruno y Sábado ejemplifican con la búsqueda vital de Fernando

Ana María también pintaba guiando su mano entre las tinieblas de la vida para dar forma a una idea, encontrar alguna luz. Pero la luz de América fue cercenada por su familia. La pintura únicamente puede mostrar un vacío, un signo -lo indiano- que jamás se ve y se encuentra oculto. Supongo que para reintegrarse con este mundo, Ana María -la única mujer amada por Fernando- decide matarse. Y cuando la madre muere definitivamente, cuando la madre se mata, sus hijos están obligados a seguir su camino. Si la madre muere -lo que es imposible- como si no existe Dios, todo ha de estar permitido. Pero si la madre se mata no hay ni puede haber principio de realidad afectivo. La vida es una lucha y todos los hombres unos gladiadores dispuestos a demostrar el sinsentido de la existencia. La mujer, entonces, no existe como gustaba de decir Lacan, lo que permite vislumbrar el porqué Fernando maltrata a todas las mujeres que encuentra en su camino.

En realidad, el suicidio de una madre es el mayor imposible. Es matar a los hijos doblemente. Retojar en la nada hechizados entre los revueltos cabellos de Medea. Una especie de aborto realizado una vez que los mismos ya han nacido. Significa reconocer que no se puede luchar contra el mal. Es, de nuevo, luchar contra la ley que nos ofreció la vida pero no dio permiso para quitarla. Es el mayor incesto. Unirse a los hijos y los padres a través de la muerte, besar la cabeza sin cuerpo de Patricio Olmos y pasar de perseguido a perseguidor de una ley que ahora será

quebrada en la otra vida si es que la misma existe. Es el acto que pensó en realizar Eva cuando comprobó que Caín debía separarse para siempre de su vientre y el mayor deseo de Lilith, obligada a ver morir a sus infantes cada día. Como, a su vez, es también el ritual que obliga a Caín, ya separado para siempre de su madre, a buscar el amor en sus hermanas, el gesto que certifica la apertura de las tumbas para comer el corazón de la madre ya perdido para siempre, la entrada en las tinieblas del mundo cegado. De nuevo, una pregunta se cierne ante el suicidio de Ana María: ¿en nombre de quién mataron a mi marido y mis padres dejaron la vida?, ¿quién me obliga a respetar la vida de mi hijo, Fernando, pero no me permite unirme a él para siempre y así poseer a todos los hombres que me abandonaron?

Al contrario, la pregunta que subyace en Georgina, hija de Patricio Olmos y hermana del Bebe, es ¿por qué no hacer revivir a mi padre en Fernando gracias al hijo que perpetuará para siempre nuestro pasado cruento? Es, desde otro orden, la pregunta de Lilith: ¿cómo salvar a uno solo de mis hijos condenados a la muerte? Y la respuesta es siempre la misma. A través del incesto. El desafío a la ley. Gracias a un parto impuro con Samael que, únicamente, puede hacernos desgraciados al comprobar que el hijo nacido –en este caso, Alejandra- está destinado a la fatalidad y a la transmisión de la muerte. Por lo que es entendible que Georgina desaparezca para siempre de la casa de los Olmos poco después de dar a luz a Alejandra y la deje en recaudo de sus abuelos. Vivir con Alejandra más tiempo podría conducir a matarla. En todo incesto, la madre, inconscientemente, busca un varón y el padre, una hembra. Cada uno de los dos sexos busca continuar la tradición familiar con otro miembro de sexo diferente. En definitiva, como Caín y Abel y sus hermanas gemelas, cada uno de ambos busca desesperadamente otro gemelo u otra gemela sobre los que continuarse. El más fuerte de ellos la poseerá. Y salir, no formar parte o no ser incluido en este círculo de procreación significa morir en vida como, prácticamente, le sucederá a Georgina. El duelo a muerte por la vida ha de ser ejecutado ahora por el padre -Fernando- y la hija -Alejandra-. Lilith sigue sin tener derecho al goce y disfrute de sus hijos y, clarividentemente, ha de comprender que antes o después se autodestruirán. Es lo que sugiere la cabeza de Patricio Olmos con la que se

complacen en jugar una y otra vez Georgina y Fernando. Jugar con los muertos es una llamada a la muerte.

Por tanto, esta es la vía de Sodoma o la ruta del desdoblamiento según nos la presenta Sábato, como, asimismo, la metáfora más concisa para representar la historia del país argentino. Un extranjero, Patrick Elmees se introduce en Argentina, su nombre cambia y también su destino. Elmees, luego Olmos, perecerá asesinado en una lucha fratricida por hacerse con los controles de una tierra y una ingrata mujer a la que nadie quiso respetar pues los rasgos de su rostro la mostraban mucho menos digna de respeto que su gemela occidental con la que constantemente gozaba el padre. Había una sola mujer para dos hijos, para dos ejércitos que celosamente se miraban sin soportar el disfrute del uno o del otro con aquel cuerpo que únicamente le estaba destinado a uno de ellos. Los Nilsen del cuento de Borges la mataron y se encomendaron al olvido. Eran gauchos. Los enaltecidos ejércitos unitarios y federales, sin embargo, no quisieron compartirla. El que posee una prostituta y la guarda en recaudo puede hacerse de oro, ursufructándola. Pero también morir de codicia.

De hecho, tal y como nos refieren Armand Abecassis y Jossy Essenberg, existe un Midrach judío donde se nos relata una curiosa historia: “cuando un pobre llegaba a Sodoma, todo el mundo le daba caridad de tal manera que cuando había atravesado la ciudad, podía abandonarla muy rico. Sus manos estaban repletas de oro. Sin embargo, nadie había querido venderle un pan. De esta manera, el día después aquel extranjero fue encontrado muerto a la salidad de la ciudad entre toneladas de oro”.¹⁷

Creo que este ejemplo, leído al revés, ilustra con claridad la historia del país argentino y ha de servirnos para irnos alejando progresivamente de la incestuosa casa de los Olmos. Cuando un emigrante llegaba a Buenos Aires, nadie le ofrecía una sola moneda de tal manera que cuando había atravesado la ciudad, se preguntaba donde

¹⁷ Abécassis, Armand y Eisenberg, Josy. *À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme*. op.cit, pág., 812.

estaban los lingotes de oro que decían las leyendas que los porteños esparcían por toda Europa en fiestas descontroladas. Sus manos estaban vacías. En su afán de oro había llegado a rechazar el pan que alguien le ofreció. De esta manera, el día después aquel emigrante sería encontrado a las afueras de la ciudad entre restos de basura. Había venido a buscar el paraíso pero había encontrado el infierno. Estaba de nuevo en Sodoma y Gomorra. En realidad, nunca había salido de ella.

Sin lugar a dudas, lo que más sorprende de la famosa destrucción de Sodoma y Gomorra es que sólo un hombre pueda salvarse. Sólo uno. Un elegido. Como asimismo únicamente un hombre pudiera salvar la vida en los tiempos del Diluvio Universal: Noé. El hombre que conducirá a su pueblo a heredar la tierra como Colón condujo a los hombres occidentales a conquistar el paraíso. Toda la tierra habría de estar entonces libre de pecado. Los incestuosos, los usurpadores de la propiedad ajena y los asesinos yacían bajo las aguas. Lo había dicho Yahvé. Sólo para uno toda la tierra. Sólo un lenguaje, sólo un hombre y sólo una raza. Y lo volvería a recordar Tolkien en su ciclo narrativo siglos después: sólo uno puede poseer el anillo. El anillo para poseerlos a todos.

Significativamente, del incendio de la vetusta mansión de la familia Olmos saldrán con vida Justina, la india y el Bebe, el loco, unido a su instrumento y que intenta aún de manera discordante hablar la música de las estrellas, de otro mundo. Creo con este significativo hecho unido a la escapada de Martín hacia la Patagonia tras regalar su anillo a Hortensia y la tentativa de recuerdo y diálogo de Bruno, Sábado expresa con claridad desde dónde se ha de construir la nación argentina. En el sentido inverso a como esta torre incendiaria de soledad fue levantada. Desde el respeto a la pluralidad de todas las voces que forman parte de su suelo. La de los asesinos como Castel, los inocentes como Martín y, sobre todo, las de esa gran mayoría de la población que se encuentra sometida al desgarró y la contradicción constantes. Desde la Boca –la sonrisa todavía viva de un Goliath aún no golpeado por David– hasta Jujuy y Usuahia, pasando por la Pampa, Rosario, Córdoba y Mendoza.

Será entonces que los visitantes se acercarán a la Sodoma americana comprendiendo que es allí donde habita la verdadera vida y donde se encuentra el lugar que puede inyectar de vida a los hieráticos y salados rostros de las ciudades europeas. En el Evangelio de San Lucas (10, 5, 20) justo antes de la famosa metáfora de la caída de Satán que titularía un famoso libro de Girard,¹⁸ Cristo lo señalaba. Mucho peor que la ciudad pecadora y cainita, Sodoma, ha de ser considerada, al fin de los tiempos, aquella en que sus habitantes replegados sobre sí mismos no sean capaces de acoger a los extranjeros, dedicarles una sonrisa. El reino de Cristo no es grato para los corteses y educados. Lo es mucho más para quienes no se esconden, dan la mano al desconocido y no niegan estar en falta.

De todas maneras, concluyendo, cabe afirmar que si somos hijos del incesto y el crimen, este hecho no tiene porqué justificar ni el uno ni el otro. Puede significar, asimismo, tomar conciencia de cuáles son las virtudes que se deben retomar para evitar la destrucción, comenzar a caminar la ruta de la creación. En realidad, es la única manera de evitar que los lamentos y la tristeza embarguen de nuevo las ciudades construidas por Caín y sus hijos, y un Dios sin piedad vuelva a vencer una batalla sin final. Sería el más deseable sendero para evitar la sombra de un ángel que viene poco a poco a cruzarse en nuestro camino. Su nombre es Abaddón y es conocido como el exterminador. Y viene a recordarle a los hombres que si su justificada rebeldía contra el Dios dictador que se apodera de sus vidas sigue sustentándose en la queja, el lamento y la lucha armada, acabarán por perecer. Todo hijo de Caín tiene un poder que descubrir. Lo lleva inscrito en su frente. Pero también en su nombre. Y mientras no sea capaz de reconocerlo ni encontrarlo no podrá preguntar al Creador por qué lo ha abandonado.

Tendrá que seguir bajando la vista hacia el suelo mientras camina en una triste y solitaria ciudad entre sombras, maldiciendo su destino. Deseando que llegue el fin

¹⁸ Nos referimos, claro, a **Veo a Satán caer como un relámpago**. Traducción de Francisco Díez del Corral. Editorial Anagrama.S.A. Barcelona. 2002.

de los tiempos, los cielos se abran y caiga fuego del cielo para destruir a quienes no son capaces de sentarse a una mesa sin más objetivo que compartir el pan y el vino.

QUINTA

PARTE

EL HOMBRE

NUEVO:

EL CAÍN

CREATIVO

V.1. EL APOCALIPSIS DE LOS DESAPARECIDOS: EL DRAGÓN DE LOS HUÉRFANOS.

“Vi otra bestia que subía de la Tierra. Tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero pero hablaba como un dragón.

(...)

Se le otorgó el poder de infundir vida a la estatua de la bestia, hasta el punto de lograr que la estatua hablara y que hiciera morir a cuantos no se postraran ante la estatua de la bestia.

También hizo que a todos, tanto a pequeños como a grandes, a ricos y a pobres, a libres, a manumitidos y a esclavos, se les imprimiese una marca en su mano derecha o en la frente;

y que nadie pudiese comprar ni vender, sino el que tuviera la marca o el nombre de la bestia, o la cifra que daba su nombre.

Apocalipsis de San Juan 13, 11-17.

“Habrá siempre almas justas, constantes en su fe; pero habrá también profetas de la mentira (...) estos espíritus impíos se exapenderán por toda la tierra, para dominar y engañar a los hombres. Entonces se verá levantarse un lugar contra otro lugar; una ciudad declarar la guerra a otra ciudad; la sangre fluirá a grandes oleadas”.

El libro de Adán.

Si algo me parece fascinante de **Abaddón el exterminador** (1974) no es sino la perplejidad que causa el que una novela que se propone dar testimonio sobre la crisis de fe del hombre contemporáneo e intenta desbrozar la misma a través de una profunda exploración sobre las fuerzas mágicas, telúricas que configuran la conciencia moderna intentando demostrar las raíces míticas del actual cientifismo, haya podido, según la lectura que realizo de la misma, llegar a vislumbrar, profetizar el futuro reciente de la Argentina. De hecho, considero que una novela como **Abaddón** que quiso ser “total” y contener en la misma –en verdad muchas veces de manera desequilibrada– literatura epistolar, retazos periodísticos, incursiones por la conciencia a lo Joyce o ensayo y que no duda en combinar ficción y realidad de una manera desacomplejada, no podría cerrarse del todo sin asistir a los acontecimientos que acaecieran en la Argentina después de su publicación y la lectura del texto que Sábato escribiera en el Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, **Nunca más** (1984).

Con este breve texto introductorio al Informe sobre los desaparecidos considero que la literatura de Sábato se cierra sobre sí misma y concluye –al tiempo que Sábato continúa adentrándose poco a poco en la ceguera– el extenso marco de su obra. Todo lo que vendrá después –su discurso el día que recibiera el Premio Cervantes, algunos artículos periodísticos o sufridas y nutridas reflexiones como **Antes del Fin** (1998), **La Resistencia** (2000) y **España en los diarios de mi vejez** (2004)- son, en parte, acotaciones a su obra. Serenas miradas a los albores de la vida, los orígenes y la necesidad radical de encontrar una salida y un futuro a los problemas de este mundo y su patria que vendrán a encarnarse como un epílogo sereno pero aún activo a los problemas y enfrentamientos de los que su obra se hubiera ocupado.

Una obra que consigue en **Abaddón el exterminador** unir su flujo narrativo a la realidad de tal manera que ante la misma es ya inevitable que tanto el lector como el autor y los ciudadanos de la Argentina se vean reflejados en la misma y los personajes en la realidad, finalizando una tarea que ya se venía configurando desde los primeros pasos narrativos de Sábato pero que, sólo en este exacto momento, se verá completada.¹

Y si alguna de las muchas conclusiones que se pueden extraer de la inclusión de Sábato en la realidad de su obra, indagando en el ya clásico recurso cervantino y que con tanta fortuna fuera tratado por André Gide en **Los monederos falsos**, la que me interesa en principio, debido al objeto de mi trabajo, no es sino la que tiene que ver con la búsqueda sin freno que realiza Sábato a lo largo de toda su obra

¹ Y por ello, creo que son innecesarias las muchas voces que, desde distintas partes, se levantaron para criticar a Sábato, teniendo en cuenta que hay bastantes fragmentos de sus ensayos que aparecen transcritos sin aparente modificación tanto en **Sobre héroes y tumbas** como en **Abaddón el exterminador**. A partir de esta última novela y la inclusión de Sábato en la misma -aun con modificaciones lógicas respecto a las circunstancias de su yo real y la desaparición del acento en su nombre- las consignas están claras: es imposible pedir una separación absoluta entre los tiempos distintos de la realidad y la ficción, lo nocturno y lo diurno, el mito y el logos o, como indica **El Zohar**, entre el mundo espiritual y su representación terrestre. Por tanto, igual que resulta imposible que no repitamos ideas o expresiones en diversos ámbitos de nuestra vida o ante diferentes personas, es imposible pedirselo a un autor que, lejos de estar alejado de esta realidad, se encuentra circunscrito en la misma.

interrogándose sin pausa alguna por el carácter de la nación argentina. De hecho, es en esa pregunta a la que he consagrado mi trabajo, donde –aún y a pesar de que soy consciente de que el mismo tema que motiva mi estudio ya puede deformar mi mirada– encuentro la motivación primera que lleva a Sábato a dar testimonio de sus anhelos, dudas y ensueños en **Abaddón el exterminador**.

En los años que van de la publicación de **Sobre héroes y tumbas** (1961) a **Abaddón el exterminador** (1974), los problemas de la sociedad argentina lejos de atenuarse se continuaban agrandando y aguaraban un futuro apocalíptico y trágico. Como nos indican Floria y Belsunce: “El periodo 1955-66 implica una profundización de la crisis que venía padeciéndose desde 1930 y que alcanzaría su expresión culminante en la Argentina violenta de los años 1966 a 1983”.² Y ni las presidencias de Arturo Frondizi o José María Guido ni de Arturo Illia pudieron realizar un esfuerzo eficaz por frenar la llama violenta que enfrentaba radicalmente a distintos bandos de la sociedad argentina por el poder, el advenimiento del nuevo golpe de Estado de 1966 y la llegada de una época que, significativamente, fue conocida como la de “los años ciegos”.

En realidad, creo que es difícil comprender el estado de inseguridad y fragilidad que transmiten la mayoría de personajes de **Abaddón el exterminador** sin atender a comprender esta realidad que desplazó la lucha precedente entre peronistas y antiperonistas por el enfrentamiento entre “una Argentina militar que coexistió con otra Argentina “militante” (...) para atrapar entre sus tenazas a una sociedad civil impotente en medio del “estado de naturaleza” en el sentido de la clásica descripción de Thomas Hobbes en el Leviatán”.³ La ceguera de los mismos golpistas que entroncaron en la presidencia al teniente general Juan Carlos Onganía fue, exactamente, reconocida años más tarde por el general retirado y futuro presidente de la nación argentina, Alejandro Agustín Lanusse, pero ya el mismo nombre con el que los mismos militares bautizaran su acto, Revolución Argentina, reflejaba ya por sí lo

² Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos II**.cit., Pág., 431.

³ *Ibíd*, pág., 450.

cegado de su actuar.⁴ El Reino de las tinieblas venía a instalarse de nuevo en la Argentina, amenazando quedarse para siempre y sumirla en un pozo de autodestrucción definitiva. La intervención policial en la Universidad argentina en la famosa “noche de los bastones largos” o la violenta represión militar que siguió a las revueltas estudiantiles en 1969, en el denominado “Cordobazo” lo atestiguan. Y, desde luego, facilitaron la aparición del grupo guerrillero de Los Montoneros quienes hicieron su acto de presentación pública secuestrando al ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, lo que, a su vez, aceleró la caída de Onganía y la radicalización violenta del gobierno y las tropas militares que, en una decisión, en principio incompresible, colocaran en la presidencia al general Roberto Marcelo Levingston. Un presidente que, en principio, no pudo hacer nada por luchar contra un sistema político radicalmente violento que su misma presencia refrendaba y que justificaría el crecimiento progresivo de Los Montoneros y la creación, ya con Lanusse en el poder, del ERP –Ejército Revolucionario del Pueblo-. En esta situación, como nos señala Michèle Soriano: “Perón”, desde su exilio, “proyecta la amenaza de una guerra civil (“después del Cordobazo, el Argentinazo”) para capitalizar su poder al animar el ala izquierda del peronismo (juventud y grupos guerrilleros); mientras que las fracciones más poderosas de la clase dominante se niegan a compartir una solución política que pudiera disminuir su hegemonía y prefieren el recurso a la represión, que les permitiría “profundizar” la política económica de la Revolución Argentina. A la vez, ciertas fracciones de las Fuerzas Armadas (sobre todo la Marina) desean “limpiar” el país antes de entregarlo a la democracia”.⁵

⁴ Precisamente, como nos indica José Luis Romero en su **Breve historia de la Argentina**. Fondo de Cultura Económica.S.A. Buenos Aires. Primera Reimpresión, 2005, pág., 174, la situación era tan caótica que incluso el mismo ejército se dividió en dos facciones y peleó entre sí en las calles de Buenos Aires para alzar al poder a respectivo su candidato: “En septiembre de 1962 la situación hizo crisis en el ejército, y los dos bandos, conocidos como *colorados* y *azules* (colores que identificaban a los contendientes en los juegos de guerra académicos) llegaron a un choque armado que tuvo por escenario las calles de la capital. Triunfó el grupo azul, legalista, cuyo jefe, el general Onganía, fue designado comandante en jefe del Ejército. Todavía hubo un nuevo episodio de este enfrentamiento cuando la Marina, simpatizante con el grupo colorado, pero voluntariamente marginada de los incidentes anteriores, se rebeló en abril de 1963. El enfrentamiento fue entonces mucho más violento y la victoria de los azules, concluyente”.

⁵ Soriano, Michèle. **Ernesto Sábat, gnosís y apocalipsis: Estudio sociocrítico de Abbadón el exterminador**. Editorial Pliegos. Marid. 1994, pág., 181

Si atendemos a reconocer estos hechos, me parece lógico que **Abaddón** dé comienzo -luego de los acontecimientos primeros fechados el 5 y el 6 de enero de 1973 y que ya prefiguran como fuera habitual en la narrativa de Sábato el desenlace de la novela- con unas reflexiones -más bien un rezo, una plegaria- de Bruno en las que no puede menos que confesar su deseo último de detener el tiempo para, o bien no tener que asistir al nacimiento de esa violenta Argentina por la que camina o forjar en su memoria únicamente la historia mítica y falsa que un día todos los ciudadanos de la Argentina quisieran creer sobre su patria: “¡Dentente, oh tiempo! (...) Paraliza aquí mismo la vida. Deja que para siempre substistan las líneas punteadas de la Expedición al Alto Perú. Que jamás deje de ser immaculado, con su uniforme de parada, señalando con su índice enérgico hacia Chile, el general José de San Martín. Que nunca sepan que en aquel momento marchaba enfermo sobre una mula y no sobre un hermoso caballo blanco, cubierto con un simple poncho, encorvado y cabiloso, enfermo. Permanezca para siempre aquel pueblo de 1810 frente al Cabildo, esperando bajo la llovizna la Libertad de los Pueblos. Sea aquella revolución pura y perfecta, sean eternos y sin manchas sus jefes, no haya jamás debilidades ni traiciones, no muera abandonado e insultado el general Belgrano, no fusile Lavalle a su antiguo camarada de armas ni reciba ayuda de extranjeros. No muera pobre y desilusionado en una remota ciudad de Europa, mirando hacia América, apoyado en su bastón de enfermo, el general José de San Martín”.⁶

Y es desde el punto de vista de las circunstancias terribles que asolaron al pueblo argentino durante las décadas de los 60 y los 70, como entiendo que Sábato,⁷ el personaje, profundiza aún más en la conjuración de la secta de los ciegos. Las circunstancias vividas en la Argentina se lo piden, se lo reclaman y debe volver a dejar testimonio -aun acaso contra su voluntad- de esta realidad para investigar el conflicto irresoluble en que él y todos los ciudadanos de su país se encuentran inmersos. El problema es que él tampoco tiene una respuesta clara o, al menos, una solución más allá de su convicente lucha e inmersión en las tinieblas de este mundo a

⁶ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**, en **Obra Completa Narrativa**.op. cit, págs., 535 y 536.

⁷ Indicar que, a partir de ahora, cuando escribamos el nombre de Sábato sin acento ha de entenderse que nos estamos refiriendo al personaje de **Abaddón**.

través de la creación y, por ello, considero que Sábato decidió desdoblarse en personaje en su último libro. Para mostrar a todos los ciudadanos de su patria –y más en un momento en que Sábato estaba sometido a una presión mass-mediática excesiva y al insistente reclamo de muchos de sus ciudadanos de encontrar en él al benigno y sabio patriarca que jamás gobernara la Argentina– que él se encuentra sometido a la misma situación de indefesión que ellos. Esta es una de las intenciones primeras de Sábato: reconocerse él mismo huérfano, hijo de Caín. Y, por ello, cuando Martín lo encuentre en la realidad novelada, él mismo deberá reconocerse huérfano: “soy un huérfano, se dijo Martín, con tristeza, y sin saber porqué”.⁸ El mismo creador que lo retratara no tiene respuesta a las preguntas que a él o a Castel lo martirizaran y lo angustiaron. Es un ciudadano más angustiado de una patria compuesta de hijos sin nombre y condenada al olvido e incluso llega a manifestar, en su impotencia por encontrar una salida constructiva a su desesperada situación, la vía violenta: “Aquí lo único que podía habernos salvado era una buena y saludable guerra nacional, digamos hace unos cincuenta años”.⁹ Lo que le viene a recordar a Martín una dolorosa verdad que, acaso, todavía no está en condiciones de comprender en su totalidad, pero en cuya aceptación está su futuro crecimiento como persona y personaje ya lejos de la mirada de Sabato y de Bruno: todos los ciudadanos de la nación argentina son huérfanos de padre y madre. Los perdieron en el momento de llegar a América y por voluntad propia en las guerras de la Independencia. De hecho, no a otro asunto apunta su última conversación con Bruno. A la necesidad de crecer, a pesar de las dudas y las incertidumbres, el mal que los emplazó en aquella tierra y el misterio sin resolver de la existencia de Alejandra o Georgina. Y es natural que esta conversación finalice punteada con el sordo recuerdo del sonido de la sirena de un barco lejano del que bajarán los ascendentes de Bruno, Alejandra, Sábato y Martín: “Y tal vez (seguramente) volvió a oír la sorda sirena de un barco lejano, como en aquel no creíble tiempo de su primer encuentro. Y tal vez (seguramente) sus ojos la buscaron absurda y dolorosamente entre las sombras”.¹⁰

⁸ *Ibíd.*, pág., 660.

⁹ *Ibíd.*, pág., 664

¹⁰ *Ibíd.*, pág., 678. Y es lógico, desde este punto de vista, que antes del encuentro de Martín con Sabato en un café, éste se encuentre paseando en el Parque Lezama al que se dirige, de nuevo, más tarde para reflexionar sobre el nacimiento y constitución de la nación argentina, junto a la

De esta manera, la novedad que presenta **Abaddón** respecto a las anteriores novelas es precisamente el reconocimiento total y absoluto de esta orfandad que muchos de los personajes de la misma hacen, ayudados por un Sábato que, ubicado en el interior de la novela, es el primero que la reconoce. Y en este sentido, **Abaddón**, a pesar de sus tonos sombríos, ofrece luz y claridad a su situación. No la luz de una pretendida y artificial paternidad sino la luz gnóstica del conocimiento que permite, de una vez, asumir a los protagonistas de su obra, su situación real: la orfandad, la indefesión y su enajenada ubicación más como extranjeros que como habitantes reales de una tierra que no les pertenecía. Proceso este, en definitiva, que, como hemos ido observando, Sábato realiza para que comprendan que su exilio no radica en su ubicación en la tierra argentina sino en el mero hecho, como lo entiende la gnosis, de estar constreñidos a un cuerpo y, por tanto, indefectiblemente a una existencia terrena donde el espíritu está encadenado. A esto apuntan, por ejemplo esas hermosísimas palabras de Bruno al final de **Abaddón**, gracias a las que su tan querido personaje— testigo de la historia del país, manifiesta sin ámbages su orfandad en palabras dedicadas a Georgina: “Entre los despojos de tu cuerpo/ entre gusanos hambrientos y febriles,/ aun allí estará mi alma,/ como un antiguo habitante de la tierra devastada,/ ya sin hogar y patria,/ como un huérfano que busca a los seres queridos,/ entre gritos anónimos/ y escombros”.¹¹

Y teniendo en cuenta las circunstancias violentas anteriormente relatadas acaecidas en la Argentina de la década en la década de los 60 y 70 cuyo eco resuena constantemente por **Abaddón** y la suerte fatal que sufrieran tantos escritores de la

estatua de don Pedro de Mendoza, enlazando una discusión sobre el porqué último de toda su aventura narrativa y vital con una joven de ascendencia napolitana, Silvia. Precisamente, Sabato no puede evitar en el transcurso de esta misma conversación, legar una frase preñada de ironía pero también de condolencia -si comprendemos el rigor dictatorial al que conducen a los pueblos su tentación monoteísta- sobre un deseo último y jamás cumplido en Argentina: forjarse como nueva Jerusalén donde pudieran convivir “italianos, españoles, moros, judíos. Mi teoría sobre la nueva Argentina”. *Ibíd.*, pág., 664. A la vez, resulta interesante visitar la escéptica opinión del personaje sobre las tres mayores fuerzas que integraron el país argentino: “Resultante de tres grandes fuerzas, tres grandes pueblos: españoles, italianos y judíos. (...) Tres grandes pueblos, pero con unos defectos que bueno bueno. (...) ¿Te imaginas, Silvia, dos millones de judíos sin una guerra? (...) ¿Y el individualismo español? ¿Y el cinismo italiano? Sí, tres pueblos grandes. Pero ¡qué combinación!, *Ibidem*.

¹¹ *Ibíd.*, pág., 888.

sociedad argentina –véase la triste muerte de Rodolfo Walsh años después de la aparición del libro de Sábato- me resulta, en verdad, muy plausible considerar que además, de por las razones apuntadas anteriormente, Sábato decide desdoblarse en personaje dentro de su libro por motivaciones muy concretas: expresar como Job la angustia que le supone el pensar que puede ser nueva víctima de este estado de cosas, consiguiendo dejar un testimonio alucinado a través de la creación del destino violento en el que habría de sumergirse el país argentino años más tarde y que, indefectiblemente, siente que puede afectarle a él.

Exactamente, yo también creo, como lo piensa Girard de Job en su excelente reflexión en **La ruta de los hombres perversos**, que Sábato deja testimonio de sus pensamientos porque tiene miedo de ser el nuevo chivo expiatorio de la comunidad.¹² Verdaderamente, **Abaddón** es la novela del miedo, miedo al mal y a lo oculto. Miedo del intelectual Sábato de ser atrapado definitivamente y engullido entre las dos facciones irreconciliables de la sociedad argentina. Miedo del escritor al exilio y la soledad en su propia patria, miedo del artista que, lo quiera o no, está condenado a mostrar la verdad o, al menos, su verdad sin ambages, el peligro de ser defenestrado por la misma sociedad que lo encumbrara, más allá de su voluntad, como guía de su pueblo. Miedo de tantos artistas argentinos a perecer confundidos entre la voracidad de una masa que necesita fagocitar a quienes sueñan con levantar la bandera blanca de la paz o que animan a los dos bandos a reflexionar sobre los motivos de su irracional comportamiento. Miedo de perecer como uno de sus personajes más queridos, Marcelo Carranza, por negarse a traicionarse a sí mismo y a sus propias convicciones. Miedo de ser el suicidado por su sociedad como observara Artaud de Van Gogh, antes de correr el mismo destino que éste. Miedo de quienes, como Edipo, Job o Cristo, fuesen encumbrados como reyes de su pueblo, saludados con salves a su paso y, más tarde, fueran expulsados de la comunidad, ajusticiados como víctimas en

¹² Nos dice René Girard en **La route antique des hommes pervers**. Éditions Grasset & Fasquelle. 1985. Paris, págs., 19 y 20. (La traducción es mía): “El chivo expiatorio es un ídolo fracaso. La ascensión y la caída están unidas. (...) Job es la víctima (...) de una opinión pública visiblemente inestable, caprichosa, extraña a toda moderación. Él no parece más responsable de este cambio que Jesús lo es (...) entre el domingo de Ramos y el viernes de la Pasión. Para que exista esta unanimidad en los dos sentidos, un mimetismo de la multitud debe actuar cada vez. Los miembros de la comunidad se influyen mutuamente, se imitan los unos a los otros en la adulación fanática y después en la hostilidad más fanática todavía”.

el momento en que, consciente o inconscientemente, revelaron con un gesto, su caída o unas palabras, los mecanismos violentos e incestuosos a través de la que los justos de la sociedad habían establecido su mandato sobre la misma. Miedo de Cristo a revelar las mentiras del templo de los abelitas y ser nombrado víctima propiciatoria por éstos para que el furioso pueblo cainita tome revancha sobre la indefensa persona de aquel que quisiera ser su portavoz. Y, por supuesto, miedo de quien ha desvelado las mentiras del texto oculto guardado con celo por los sacerdotes judeo-cristianos de la Argentina y siente que el fuego de las balas, el dragón del Apocalipsis y su ángel, Abaddón, pueden caer sobre él. Desde todos los ángulos y desde todas partes, si tenemos en cuenta que a través del relato de Fernando Vidal Olmos no sólo desvelaba el mal de la Argentina sino que se atrevía a penetrar en el dominio del mal absoluto y revelar uno de los nombres a través de los que se había camuflado el demonio: Jehová. Así, por ejemplo, se lo advertirá con pánico Madame Normand que escribirá desde París, una vez leída la traducción de **Sobre héroes y tumbas** diciéndole: “Que vous avez touché un sujet dangereux! J’espère pour vous, que vous n’y toucherez jamais”.¹³ O, asimismo, se lo indicará el trabajo de Lilia Strout sobre el Mal en **Sobre héroes y tumbas** cuya cita inicial, extraída del Eclesiastés, 3, 22, es más que explícita sobre el riesgo tomado por Sabato: “Lo que es demasiado maravilloso para ti, no lo indagues; y lo que está más allá de tus fuerzas, no lo investigues”.¹⁴

Sin embargo, y ahí está la grandeza de **Abaddón** a la que considero más una obra de testimonio, de indagación, un ensayo real en diferentes tiempos sobre el mal que un texto o novela que haya de ser medido únicamente a partir de sus cualidades estéticas, Sabato lo investigará. Y es en ese acto de valentía que resuena por un texto que parece crujir y temblar de pánico conforme intentamos descifrarlo -mucho más allá de las intenciones desmesuradas, desmedidas y sin freno de Sábato por llegar a componer una novela total a tono con el hombre nuevo que exige que se levante sobre esta tierra- donde encuentro el gran mérito de **Abaddón**. Un libro -y esto está mucho más claro, en esta ocasión, que en **Sobre héroes y tumbas** o la precisa,

¹³ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 531.

¹⁴ *Ibíd*, pág., 711.

escueta y casi matemática **El túnel**– que llega a acertar, a mi entender, el futuro de la Argentina de una manera precisa, por y gracias a los errores que lastran su, muchas veces, difícil lectura. El mismo Sábato, como personaje de su libro o como ensayista, lo ha repetido en muchas ocasiones. Las ficciones no son sino una manifestación y consecuencia de las luchas que se producen en la realidad y pretender que Tolstoi, Dostoievsky o Arlt intenten aguzar el estilo, cuidar el adjetivo, cuando está en juego la vida o el destino de sus personajes es un oximoron. Es imposible si entendemos, como lo han hecho gran parte de los autores apocalípticos de nuestra época, de los que Sábato se siente parte, frente a los integrados -siguiendo aquí la ya clásica definición de Umberto Eco-¹⁵ que la creación es una investigación a ciegas, profunda, por la psique del ser humano que desvela las franjas abiertas a partir de las que se resquebraja la sociedad de la que forman parte. Son ellos quienes perciben de manera inaudita el nuevo movimiento sísmico que quebrará la sociedad de la que forman parte lo que les castiga al tormento y, tantas veces, a la soledad pero es también gracias a su acto inaudito y su deseo de dar testimonio de esta verdad, como el mal es derrotado. Porque la cuestión que, según Sábato, se encuentra en el fondo de la existencia del arte y, por lo que aún merece la pena seguir escribiendo, no es tanto pensar que, a pesar de la existencia del arte se siguen y continuarán produciéndose guerras, muertes y conflictos sino, sobre todo, cuántas más muertes y guerras no habrían desangrado a la humanidad si la posibilidad de construir un libro no existiera. Es tomar conciencia de que si a pesar de la existencia de la obra de arte, el hombre fue capaz de crear la bomba atómica, sin esta posibilidad, esa misma bomba y su poder se hubieran multiplicado al infinito hasta acabar finalmente con el ser humano.

Y creo que si en **Abaddón**, Sábato extiende los dominios de su narración hacia Occidente es por un hecho concreto que, en este caso, lo emparenta con otros escritores de su patria como Abel Posse: es desde el dominio oculto pero aún presente en Argentina de lo mágico-telúrico americano, desde la constatación de una América que se mecía en el no-ser y no-estar antes de la llegada de Occidente y que únicamente pudo tener noción del mal tecnológico o la existencia del diablo –al

¹⁵ En Eco, Umberto. **Apocalípticos e integrados**. traducción de Andrés Boglar. Barcelona. Editorial Lumen. Barcelona. 1990

menos en Argentina- a partir de este primer contacto, desde donde se puede pensar mejor la crisis de fe occidental. No sólo esto, América es, en realidad, el lugar ideal a partir del cual gnosticizar Occidente, comprender sus mitos, su “fetichismo” científico y volver a reinventarlo y, por ello, en **Abaddón**, como le sucederá al mismo Sabato en el transcurso de su desarrollo narrativo siguiendo el camino ya inaugurado por Fernando Vidal, pienso que la atención del narrador se desdobra y se dirige -aun teniendo siempre en primer plano la realidad americana, argentina en la que se circunscribe- a Occidente. Ya no sólo por el hecho de que Jehová y su dictadura maligna sea el amo de los dos espacios, sino también para “animizar” la racionalista filosofía de Occidente que, de la mano de Sábato observaremos imbuida de misticismo, de un soterrado esoterismo en su fondo más oculto y encerrada en una caverna de sombras, tal y como pudiera concebirla Moravia, más amplia que el continente americano. Precisamente, por haber querido sustraerse a la procelosa duda que desequilibrase a Descartes y le condujese al intento de crear todo un sistema cerrado, es allí donde la conciencia total del ser humano se ha separado aún más de la noción de origen por temor a enfrentarse con las tinieblas del “tohou-bohou” originario.

En realidad, como lo observaran con precisión Nietzsche, Heidegger o Foucault, -en una vía a la que Sabato se enfrentará desde su propia experiencia en sus diversas visiones, encuentros y peripecias con diversos integrantes de la secta de ciegos en París- el proyecto Ilustrado, educativo y racional francés que se encuentra en el germen de buena parte de los procesos internos que desembocarían en la Revolución de 1789, el ascenso de Napoleón y la Independencia Americana, no se ocupó jamás del hombre. Todo lo contrario. Lo negó.¹⁶ La Idea del “buen salvaje” de

¹⁶ Dice Jean Jacques Rousseau en una reflexión que puede servir de ejemplo del porqué de la lucha establecida por Nietzsche o Sábato contra el progreso racional y lumínico de la Ilustración: “Es la razón la que engendra el amor propio, y es la reflexión la que lo fortifica; es ella la que repliega al hombre sobre sí mismo; es ella la que lo separa de cuanto le molesta y aflige; es la filosofía la que lo aísla; por ella es por lo que dice en secreto, ante la visión de un hombre que sufre: perece si quieres, yo estoy a salvo. Sólo los peligros de la sociedad entera truban el sueño tranquilo del filósofo y le arrancan de su lecho. Se puede degollar impunemente a un semejante bajo su ventana; no tiene más que taparse los oídos y argumentar un poco para impedir a la naturaleza, que se revuelve en él, identificarle con quien se asesina. El hombre salvaje no tiene ese admirable talento; y falto de sabiduría y de razón, se le ve siempre entregarse atolondradamente al sentimiento primero de la humanidad. En las revueltas, en las

Rosseau es una de las mayores puñaladas que se pudieran conceder al incomprendido Caín, es una de las más retorcidas mentiras gracias a las que los abelitas pudieron hacerse con el control de la tierra –y no es vano recordar aquí que las guerras de Napoleón, más allá de su ideología, lo son de ocupación de otros territorios frente a las americanas que lo son, en principio, de liberación- y late, en el fondo, de la imagen canibalesca que Europa se forja de los “salvajes” indígenas y, por supuesto, en buena parte de la ideología y obra de Sarmiento. Es, en el fondo, un camino abierto para instaurar el siguiente monoteísmo, el científico, de un poder más vasto y peligroso que el religioso en cuanto a que instaura una verdad ya no basada en haber pensado poseer el nombre de Dios. No. La ciencia se presenta ya como ese mismo Dios. Absoluto y excluyente a quien quiera discutir sus dictados basados en su verdad verificable y demostrable.¹⁷ Y el proceso, en verdad, vasto e inabarcable que dio lugar a la creación de la bomba atómica –momento descrito sin asperezas por Sábato en el libro- debió ser muy parecido a aquel en que los distintos escribas y sacerdotes del pueblo judío, según el gnosticismo, decidieron cambiar, modificar renglones del texto santo o bíblico y concederle la definitiva versión que conocemos. En realidad, es la mano del diablo la que debía de estar en ambos hechos –asunto que ha de escaparse por entero a un Occidente enceguecido por la luz de la razón e incapaz ya de encontrar sentido alguno, como muestra la obra de Sartre, a Dios o el diablo– y, es por ello, que América, la olvidada América, puede representar una vía de salvación y futuro para Occidente y por lo que Sábato no duda en dirigir su mirada perdida hacia este continente.

De hecho, y profundizando un poco más en el problema que plantea la autonomía científica al hombre, como lo trata de explicar Nemo a partir de su

peleas callejeras, el populacho se agolpa, el hombre prudente se aleja”. En Rosseau, Jean Jacques. **Discurso sobre el origen y los fundamentos sobre la desigualdad entre los hombres**, en **Obras Selectas**. Traducción de Francisco Márquez Cabrera. Edimat Libros, S.A. Madrid. 2000, págs., 297 y 298.

¹⁷ Ya señalaba Ernesto Sábato en su lejano **Uno y el Universo** en **Obras Completas. Ensayos**. op.cit, pág., 30: “el mundo se ha ido transformando paulatinamente de un conjunto de piedras, pájaros, árboles, sonetos de Petrarca, cacerías de zorro y luchas electorales, en un conglomerado de sinusoides, logaritmos, letras griegas, triángulos y ondas de probabilidad. Y lo que es peor: nada más que en eso. Cualquier científico se negará a hacer consideraciones sobre lo que podría estar más allá de la mera estructura matemática. (...) La ciencia estricta

reflexión sobre **El libro de Job**, lo que éste descubre al ser castigado inmisericordamente por la ley, es la no neutralidad de la ley y del evento científico que se funda a partir de la misma: “Job encuentra un mal no neutro, que no se contenta con asesinarle, que no quiere asesinarle y le prohíbe incluso morir: un mal que le tortura, eterniza su dolor y hace del mismo un infierno”.¹⁸ Y, en este sentido, la ciencia se establece como un dominio que impone su ley a partir “del olvido mismo de la ley”.¹⁹ De esta manera, como afirma Nemo, “Job se encuentra por tanto confrontado con un “Dios” que (...) no es seguramente el de la ley, (...) que es el Otro del mundo como ley (...) una “nada”.²⁰ Un innombrable que puede ser la masa cegada de los ciudadanos volcando su necesidad de venganza sobre el individuo Job, la presencia fortuita de la divinidad diabólica, según el gnosticismo, cualquiera que sea su nombre, que se arroga el poder sobre el hombre una vez que lo enfrenta al existir y la ley o la ciencia que, realizando un engaño diabólico, le prohíben desestructurar los principios de una realidad que han debido violentar para imponerse. Lo que viene a ser el anatema ante el que se enfrenta Caín sin poder soportar su radicalidad excesiva forjada en la arbitrariedad como, asimismo, lo hará Sábato, mostrando en **Abaddón** aquel momento decisivo para la historia de la humanidad en que se produjo la fisión del átomo, germen de la futura bomba atómica. De hecho, lo que intenta Sábato que comprendamos es que la actual dictadura científica y la raíz ideológica que daría lugar, por ejemplo, a la creación de la bomba atómica sólo es comprensible para Job y el hombre común en el momento en que puede realizar una mirada que traspasa los límites cegados de la realidad, gnosticiza y como lo entiende Nemo, toma conciencia que “el derecho de compartir la herencia de Dios” supone “heredar su combate contra el mal”.²¹ Esto es, que si entendemos el hombre como heredero de lo divino, su sufrimiento no es sino una manifestación de la misma lucha que sostiene Dios contra el mal y es en su capacidad

-es decir, la ciencia matemizable- es ajena a todo lo que es más valioso para un ser humano: sus emociones, sus sentimientos de arte o de justicia, su angustia frente a la muerte”.

¹⁸ Nemo, Philippe. **Job et l'excès du mal**. Éditions Grasset & Fasquelle. Paris. 1978. pág., 162. (La traducción al español es mía).

¹⁹ *Ibíd*, pág., 153.

²⁰ *Ibíd*, pág., 151.

²¹ *Ibíd*, pág., 234.

de sostenerse en pie frente a la adversidad como el hombre le ayuda a cumplir sus inescrutables designios.

Por ello, **Abaddón** es, en el fondo, y desde el mismo hecho que implica su existencia, no un mensaje apocalíptico sino de fe en el ser humano, aun y a pesar de todas los horrores que muestra en su seno y permite gracias a la mistificación que hace de la realidad que, más allá de **Sobre héroes y tumbas** y **El túnel**, cada uno de sus lectores pueda iniciar o continuar una investigación profunda sobre las raíces y sucesivas encarnaciones de la lucha entre el bien y el mal. En realidad, lo que aprendemos con **Abaddón** es que gnosticizar o mistificar no significa simplificar, pues no hay nada más complejo que un mito. En todo caso, significa abrir una vía de comprensión que sólo puede ser sobre-natural y, de ninguna manera, científica –que es, como observamos, otra de las vías del diablo– para poder visualizar con claridad esos dos opuestos absolutos que exigirá integrar para construir el hombre nuevo que son el bien y el mal.

Y como hemos ido manteniendo, siguiendo la ruta trazada por Sábato, es desde el animismo americano, desde el extravío del ser y del lenguaje americano y desde la realidad exiliada de sus habitantes “sin asiento” sobre la nueva tierra pero, paradójicamente, mucho más volcados -puede que aun a su pesar- sobre la naturaleza y separados, por tanto, de la técnica y la “civilización”, desde donde se percibe con más claridad la ideología diabólica, regida por un proceso mítico, que hay detrás de la construcción de las torres de saber europeas. Como es América, a la vez, el mejor emplazamiento desde el que Caín, esta vez ya sin armas ni rencor y dispuesto a dialogar, puede advertir al Abel occidental que, en realidad, esa discreción, pulcra educación de la que hace gala, su vetusta hipocresía y sus elegantes vestiduras son fruto y consecuencia, en muchos casos, del crimen y el asesinato, de la ideología que implantara en los continentes hacia donde fuera y que su silencio no puede ocultar. De hecho, es una sutil manera de hacer percibir a los ciudadanos de Occidente que los mismos, aun y a pesar de disfrutar una privilegiada situación sostenida, como supiera Goethe, gracias a su pacto faústico con el diablo, son también “extranjeros” en su propia tierra, alienados y deberían comenzar a volver a mirar al cielo e

interrogarlo, para descubrir, asimismo, su condición exiliada como habitantes de este mundo, que no pueden, cegados por la luz de la razón y la ciencia, alcanzar a ver.

En suma, el proyecto que pretendiera llevar a cabo Albert Camus, quien no hemos de olvidar que dedicara su Tesis de Licenciatura al gnosticismo, y el verdadero hecho por el que, podemos suponer, -siguiendo las peripecias vitales y los tormentos sufridos por Sabato en su novela ansioso por revelarnos la verdad gnóstica-, actualmente, ha sido defenestrado del primer lugar de la cultura oficial del país galo, empeñado en negar sus orígenes bárbaros, al Caín que con tanta destreza retratará y encarnará François Villon.

Y es que, aun a fuerza de presentarse como una novela moderna, **Abaddón el exterminador**, es una obra a contracorriente. No ya porque sea una investigación por el inconsciente negado por la cultura occidental, por las aristas de la duda que corroyera el espíritu de Descartes y que, con tanto afán, el teórico francés intentara derrotar construyendo su sistema filosófico sino, sobre todo, en cuanto es un intento casi suicida por refutar a Marx y a gran parte de los teóricos que durante todo el siglo XX estuvieron a la cabeza de la sociedad intelectual de su tiempo perdiendo de vista, una vez que la cabeza de Dios había sido ya cortada, la raíz evanescente, ontológica, proteica y creativa del ser humano. Su raíz absolutamente irracional que no podía ser medida por capital alguno. Contra ellos se rebela Sábato continuando la lucha ya emprendida por de Louis Pauwels y Jacques Bergier o el incomprendido y tantas veces mal leído Julio Evola de quien es necesario visitar su extraordinario **Révolte contre le monde moderne**²² para profundizar aún más en la filosofía defendida de

²² Precisamente, Evola, siguiendo a Nietzsche, en unas reflexiones que laten, por ejemplo, en el excelente análisis que del problema del mal realizara Philippe Nemo en su **Job et l'excès du mal** nos indica que es la ciencia moderna la que "ha degradado y democratizado la noción misma de saber, instalando el criterio nivelador de lo verdadero y lo cierto fundado sobre el mundo sin alma de los nombres y sobre la superstición del método positivo, indiferente a todo lo que presenta (...) un carácter cualitativo y que tenga valor de símbolo. Es la ciencia la que, huyendo de las tinieblas de la "superstición" y de la "religión", expandiendo la imagen de la necesidad natural, ha destruido progresivamente y objetivamente toda posibilidad de comparación sutil con la fuerza secreta de las cosas -es ella la que ha alejado al hombre de la voz de la tierra, de los mares y de los cielos (...) Es la ciencia la que (...) ha hecho nacer la más peligrosa tentación a la que el hombre puede ser sometido: (...) confundir poder y fantasma de poder". En Evola, Julius. **Révolte contre le monde moderne**. Traduit de l'italien par Philippe Baillet. Éditions L'Age d'Homme. Paris. 1991. (La traducción al español es

Sábato y apuntar con precisión a las razones, el cómo y porqué a través del triunfo del racionalismo y el individualismo consecuente, el hombre fue apartándose del mundo supra-mundano, lo que, en el fondo, suponía esclavizarse.

En realidad, Sábato no descubre nada nuevo. Simplemente se ayuda del corpus gnóstico que, por fuerza de una especie de milagro divino, fuera rescatado en su mayor parte, precisamente en el siglo XX como una especie de tesoro oculto donde los hombres pudieran alzar la vista a las razones de la autodestrucción, la bomba atómica, la guerra. Y es por ello -entendiendo, como creo que hemos ido demostrando en este trabajo, que Sábato se apoya en la gnosis, desde la condición exiliada de su emplazamiento en América, la cainita- que me parece lógico que utilice, entre otras, la vía de la videncia -véase aquella reunión en **Abaddón** en que varios espiritistas se reúnen intentando enfrentarse a la fuerza que le hace imposible y se rebela ante los esfuerzos creativos de Sabato por atraparla, denunciarla- para llegar a enfrentarse al señor de los dos ámbitos: el demonio.

Precisamente, como ha destacado Élisabeth Laborde-Nottale en su intrigante **Le voyage et l'inconscient**, el manejo, arte e instrumento de “la videncia podría aparecer” en la mayoría de los casos, en los individuos “como el efecto de una depresión de la infancia, depresión ligada a una separación, a un luto o a un sentimiento de exclusión y de soledad”.²³ Por lo que es lógico que sea esta vía la tomada por el Caín americano, en trance de superar su falta y comenzar a despojarse de sus vestiduras, sus ansias posesivas de madre o carne que representa Sabato o la elegida -véase la obra de Isabel Allende o analízese en profundidad el término realismo mágico- por tantos escritores hispanoamericanos para devolver al mundo occidental el reflejo real del mundo espiritual que han intentado negar y donde se libra una batalla tan procelosa como en la tierra entre los demonios y los ángeles por, en este caso, el alma del ser humano.

mía). pág., 377. De hecho, la teoría de Evola, mucho más rica y aguda desde el punto de vista, precisamente, científico, en verdad, que la de Sábato, coincide en tantos puntos con la de Sábato que es imposible negarle un referente sobre muchas de las más caras ideas del autor argentino.

²³ Laborde-Nottale, Élisabeth. **La voyance et l'inconscient**. Éditions du Seuil. Paris. novembre 1990, pág., 175. La traducción es mía.

Es esta vía, la anímica y espiritual, en suma, la única que puede abrir una vía de comunicación entre dos hermanos opuestos pero que deberían ser complementarios, Occidente y América, el día y la razón, la noche y la rabia y llevarlos a encontrar una tercera vía, acaso la oriental, o la que marca el destino de Seth, ni víctima ni asesino, y es, en muchos de los sentidos, la vía sugerida por Cristo o el Buda. Además es también una manera de bifurcar la palabra perdida del Caín americano, despojarla de su poder de significación tantas veces cuestionado y marchito y llevar a esta lengua que es un cuerpo en que el hombre se pierde y se arraiga hasta perderse en él, a disolverse en un camino espiritual. Una manera de permitir al alma regresar al lugar donde partió, tierra occidental, para luego retornar al cuerpo tomando conciencia que la batalla cainita no ha de cernirse al deseo de regreso al cuerpo materno porque la madre es universal, inclusiva y jamás excluyente sino de ser capaces de trascendernos a nosotros mismos, sea cual sea nuestra ubicación en el mundo. Esto es, intentar afirmar el espíritu a través de la carne que es la más enjundiosa lección que nos ha donado **El libro del buen amor**. De hecho, pienso que esta es la gran posibilidad planteada, como bien supiera el surrealismo, por el advenimiento de Cristo y creo que esta es una de las últimas lecciones y la más dificultosa tarea con la que en la interpretación de muchos de los rituales gnósticos, se ha encontrado la crítica. Nos dice, por ejemplo, María Rosa Lojo en su esclarecedor artículo *Elaboración del mito gnóstico en Abaddón el exterminador* que muchos de “los adeptos al gnosticismo y del catarismo” (...) en (su) convicción de que el espíritu pertenecía al mundo de la Luz, y el cuerpo al de las Tinieblas”, llegaron a realizar orgías dotadas de un sentido ritual, en que se adoraba “el semen (y aun (...) la secreción genital femenina) donde se suponía que se hallaba cautiva la Luz”.²⁴ Y si bien, en este signo se ha querido leer muchas veces como un signo absoluto de rechazo al cuerpo, yo, en realidad, lo entiendo como una manera incestuosa pero gozosa de transgredir la ley mosaica e incitar a descubrir el ánima sexual, trascenderlo. No importa tanto la ley que obliga a únicamente a procrear y dejar descendencia, sino importa que el acto en sí se vea dotado de un sentido supra-

²⁴ De Beuter, María Rosa Lojo. *Elaboración del mito gnóstico en Abaddón el exterminador*, en Revista Universitaria de Letras. Argentina. Volumen III. Oct-nov 1981. Número 2. pág., 311.

mundano y evanescente por el que, el hombre, como el Cristo, afirma la resurrección de la carne, la verdad transformadora del amor, a partir de su posibilidad de dotar de una dirección espiritual al acto sexual. Porque lo que se encarga de recordarnos Sábato es que al Cristo o al conocimiento no podemos llegar a través de texto o razón alguna sino a través del inconsciente que es el dominio del sueño, del mito frente a la ley que lo es del principio de realidad. Y en este sentido, Sábato está mucho más cerca de Jung que de Freud que no pudo evitar en su aproximamiento a los sueños –dada su extracción judía– intentar regular una interpretación de los mismos en torno a una ley que, más tarde fue ciencia, y que en la obra de Jung, al contrario, se forjan como realidad arquetípica que invade al individuo y cuya presencia no puede eludir si quiere aprehender la realidad en su totalidad, libérrima y plurívoca, más allá de toda ley. En realidad, está es la lucha y el debate que enfrenta a Sabato y Beba con el doctor Arrambide y, en ciertas ocasiones, entre ellos mismos en **Abaddón**.²⁵ La realidad basada en una ley inmovible u otra ley que se mueve constatemente acorde con el ciclo planetario, la mítica, que deja siempre abierta una puerta abierta al hombre para poder reinventarse, una puerta de salida por la que interrogar su origen y esencia en el sentido en que no le impone comportamiento alguno sino que le abre a la posibilidad de “un descubrimiento” y, a partir del mismo, le propone un conocimiento: una gnosis. Lo que es un problema de radical importancia en el país argentino en cuanto aceptar esta segunda vía –que ya en parte representa América con su mero existir– significa atestiguar el pneuma divino y el temperamento y capacidad proféticas que permitirían liberarse de la esclavitud material a la mayoría de sus habitantes, consiguiendo imponer, al fin, su voluntad al poder. Desde luego, era un tema de radical importancia en un momento crucial para el país argentino como el momento de la escritura de **Abaddón** donde las dictaduras se sucedían al

²⁵ Le dirá Beba a Arrambide en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**.op.cit, págs., 625 y 626:

“- Lo único que falta -le gritó a Arrambide- es que negué la videncia. A lo que el doctor Arrambide, ajustándose la corbata y estirando las mangas de su camisa azul, con su cara de permanente sorpresa, respondió que él quería hechos, no generalidades. *Hechos*, mis amigos. Además, todo dependía de lo que se entendiera por videncia: un radiólogo que descubre un tumor con rayos X, por ejemplo, ve cosas que otros no ven. Los ojitos de Beba fulguraron con ácida ironía: -Sos de las personas que eyaculan con sólo ver una foto de los hermanos Wright. Y ahora me venís con esa antigüedad de los rayos X. (...) Pero él no creía más que en tibias, peronés y metacarpios, que era lo que llamaba hechos y todo lo demás era macaneo. Y además, tenía esa costumbre de negar lo que él Personalmente (dijo la palabra a gritos, casi encima de la cara del doctor) no hubiese visto”.

tiempo que la lucha ciega –en cuanto esta vía prefiguraba el contraataque feroz y sin piedad de las potencias abelinas- de los rebeldes para derrocarlas se radicalizaba.

En realidad, y como he intentado demostrar, es a través de ese camino, como Sábato llega de una manera alucinada, demente, prácticamente inaudita a pronosticar, en mi opinión, los sucesos de terrible recuerdo para sus habitantes que degenerarían en la historia de los desaparecidos. De hecho –y esta es una de las tesis e hipótesis fundamentales, por supuesto refutables, que quiero defender en mi lectura de **Abaddón**-, en aquella fascinante escena que abre la novela en que Barragán observa el dragón de siete cabezas apocalíptico levantarse sobre el cielo de Buenos Aires, ya se encuentran predichos estos sucesos. Es decir, cuando Sábato muestra el dragón cernirse en un rojizo amanecer sobre el rostro de Barragán y el mismo pronuncia sus famosas palabras –ya más avanzada la novela– para decirnos aquellas escalofriantes palabras: “Porque el tiempo está cerca, y este Dragón anuncia sangre y no quedará piedra sobre piedra. Luego, el Dragón será encadenado”,²⁶ yo no puedo evitar leer en ellas no una profecía sobre el mundo, sino sobre el futuro porvenir de Argentina. Es decir, yo veo allí representados los hechos trágicos ocurridos en la matanza de Ezeiza el día del frustrado retorno de Perón a la Argentina,²⁷ la transición sangrienta y luchas continuas entre tropas revolucionarias y el gobierno de Isabel Perón, la llegada de Videla a la presidencia argentina, el posterior advenimiento de Galtieri y, finalmente, el encadenamiento del dragón: la instauración de la democracia en Argentina en el año 1983 y el advenimiento al poder de Raúl Alfonsín. Y creo que se me podrá discutir esta interpretación, pero si leemos –en clave simbólica y argentina– toda la obra de Sábato, nos daremos cuenta que, en realidad, Barragán apunta a esto. Y que ahí radica la gran genialidad, la absoluta locura y maravilla de **Abaddón** a la que pocos han podido encontrar el sentido exacto que la premiaría como una de las obras más reveladoras, apocalípticas y verdaderas que se han escrito en este siglo. Y no estamos hablando, en este caso, de literatura. Estamos hablando del mal en su dimensión más ontológica y la capacidad que tiene el hombre por medio del arte de

²⁶ *Ibíd*, pág., 869.

²⁷ Hechos magníficamente descritos por Tomás Eloy Martínez en **La novela de Perón**. Editorial Planeta. Buenos Aires.1996.

adelantarse a él, vencerlo y predecirlo.²⁸ Exactamente, la misma que tienen los sueños sobre nuestra vida y que un judío como Freud, como denunciara Deleuze en su **Anti-Edipo**, necesitó regular de alguna manera para intentar que el hombre siguiera midiéndose en torno a una ciencia que, como hemos visto, es una ley sin mandamientos pero ley, al fin al cabo, con sus reglas precisas que obligan al hombre a adaptarse a sus dictados.

El cómo y porqué llega Barragán a predecir esto y qué sentido habría de tener además en el proceso interno de los sucesos desarrollados en la novela, es tarea que nos ocupará en los próximos capítulos. Simplemente, seguir sugiriendo aquí que es este hecho, la visión absoluta que tiene Sábato de la realidad de su país y los hechos de la dictadura, un hecho que no me explico como no ha sido resaltado en su crudeza y exactitud mítica exacerbantes. Aunque, en realidad, no me extraña puesto que indagar en el símbolo y en el mito sólo se puede hacer a través de un pensamiento desestructurante, deconstructivo, como lo pensase Derrida, o contra-lógico sin que esto signifique que deje de tener un rigor exacto. Y, de hecho, el mismo Sábato, desde su lado racional y no desde su lado oscuro, irracional y mítico desde el que compuso sus ficciones, cometió la mayor equivocación de su vida pública en aquella famosa entrevista con Videla una vez que éste hubiera subido al poder. Y no veo para

²⁸ Y, en este sentido, Ernesto Sábato entronca absolutamente con la teoría del papel del artista defendida por Andrei Tarkovski en **Esculpir en el tiempo** y que no nos resistimos a dejar de citar aquí dadas las coordenadas que la asemejan a la de Sábato y que en **Abaddón el exterminador** toman cuerpo de manera absolutamente cristalina, mágica, casi cuenta: “no entiendo cómo un artista puede hablar de absoluta libertad creativa. En mi opinión, se da todo lo contrario: quien se adentra por el camino de un quehacer creativo cae en los lazos de interminables ataduras que le sujetan a sus propias tareas, a su destino como artista. (...) Dostoievski escribió en cierta ocasión: “Se dice que la creación artística debe reproducir la vida, etc. Tonterías: el escritor/poeta crea la propia vida. Una vida que, además, no ha existido en esas dimensiones...”. La idea de un artista surge en las dimensiones más profundas y más ocultas de su ser. No puede serle dictada por ninguna idea “exterior”, objetiva, sino que necesariamente se halla unida a la psique y a la conciencia del artista, es un resultado de su completa actitud vital. En caso contrario, su empeño está condenado desde el principio a ser, en lo artístico, vacío e improductivo. (...) Una idea realmente artística es siempre para el artista algo atormentador, algo casi peligroso para su vida. Su realización sólo se puede comparar a un paso decisivo en la vida de una persona. (...) Me sorprende una y otra vez cuando los artistas expresan la opinión de que ellos se van creando en libertad. El artista tendría indefectiblemente que convencerse de que él es una criatura de su época y de las personas que le rodean. Ya Pasternak lo decía: “No duermas, artista, no duermas/ y al sueño, artista, no te entregases,/ Eres el azote de la eternidad,/ prisionero del tiempo...”, en Tarkovski, Andrei. **Esculpir en el tiempo**. Traducida del alemán de Enrique Banús Hirsuta y

nada casual que este gesto lo realizara una vez que había dejado de realizar ficciones, se había apartado para siempre de su lado mítico, oscuro e irracional y que decidiera enmendar este error de manera justa y afortunada con su participación como director, como ya hemos dicho, de la Junta que se dedicara a estudiar la historia de los desaparecidos. Un error, por cierto, que le hicieron pagar con sangre tantos y tantos ciudadanos de su país que, en su fuero interno, y visto el terror infundido por las bandas terroristas, deseaban el fin del caos y guerra civil perpetua, cíclica y mítica de una vez en el país argentino.²⁹

Y si es cierto que Sábato se dio la mano con un asesino, en verdad, también lo es que, cuando realizara este acto, aún no se sabía de la muerte de ningún desaparecido y, al menos, intentó pacíficamente dialogar con un dictador, transmitirle un mensaje de paz en un momento en que tanto Sábato como muchos de sus compatriotas –los que abandonaron el país y los que se quedaron- se encontraban totalmente impotentes ante la lucha que las dos imponentes fuerzas del país, sus dos demonios, Caín y Abel, libraban sin freno.

supervisada por J.M.Gorostidi Murguía. Ediciones Rialp.S.A. Madrid. Segunda edición: mayo 1996, págs., 207, 208, 209, 214 y 215.

²⁹ Efectivamente, no deja de ser paradójal que fuera, precisamente, cuando ya había dado por terminada, por sentenciada su obra narrativa y, ya sin nada que perder pues ya lo había dicho todo, su mano se juntara con la de Satanás (Videla), incapaz de comprender lo que este acto significaría para muchos de los ciegos hombres de su patria años después o que él, que con tanta lucidez visualizara al país argentino, no tomase conciencia de lo que podía significar la llegada de los militares al poder. Pero mucho más contradictoria aparece la figura de tantos ciudadanos que festejando el Mundial del 78 o gracias a la paridad del dólar con el peso y que, durante años se negaron a creer en la historia de los desaparecidos, lo sigan atacando y denigrando cuando, en realidad, ellos ni siquiera intentaron dialogar con el mal. Simplemente lo aceptaron. Y volvieron la mirada a otra parte. A otro lugar. Como hemos dicho, al recorrido aereo y fugaz del balón o los objetos por duplicado que compraban en sus viajes al extranjero. Y se dedicaron a lanzar piedras contra la figura del anciano escritor como si el acto de la palabra no conllevara responsabilidad alguna y, por tanto, estuvieran libres de todo pecado, de toda falta. Como si bastara un solo acto inconsciente y no malintencionado para derrumbar toda una vida entera dedicada a comprender las razones del mal y, por tanto, luchar contra él. Y como si la presidencia que el escritor argentino realizara de la comisión formada para investigar el paradero o el nombre de las personas desaparecidas de la Argentina, **Nunca Más**, no fuera sino un acto consecuente con su manera de enfrentarse y posicionarse ante la vida sino un gesto redentor del que necesitaba para liberarse de su mala conciencia.

Y es por ello que considero que su texto definitivo, en este caso ensayístico, que cierra su narrativa es su prólogo a **Nunca Más**. Es ahí donde toda la obra de Sábato se repliega sobre sí misma y toma un sentido escalofriante, pocas veces visto antes en la literatura y se vuelca definitivamente ya para siempre hacia la realidad, de una manera tal que le prohibió de forma definitiva al escritor argentino aventurarse otra vez por los terrenos de la ficción.

El recuento escrupuloso, estadístico, la narración cuidada –en este caso, no realizada por Sábato– de tantas historias de jóvenes desaparecidos forjan el libro más célebre y más real de toda la literatura argentina. Es el acta de defunción definitiva de la Argentina yahveísta pensada por Sarmiento, de toda una idea de civilización y creo que, con el tiempo será leído de esta manera. Como el primer sello cerrado del Apocalipsis. La verdadera guerra civil oculta de la Argentina producida bajo el consentimiento de la mayoría de la ciudadanía con los ojos cegados y vueltos a otra parte. El primer gran precio pagado por haber defenestrado la posibilidad de la vía americana, por haber destrozado la raíz indígena. El primer signo del Apocalipsis y de que es imposible construir un país a través de dos fuerzas opresoras y opresivas que responden únicamente a la idea de reino único: el salario de todos los monoteísmos.³⁰

³⁰ Precisamente, como nos refiere Juan José Saer, los torturadores y asesinos de tantos desaparecidos no dudaron en hacer gala de la vanidad característica de Abel, creyeron ser enviados mesiánicos y bajo los nombres de Ángel o el cura llegaron a decir a sus víctimas, mientras las torturaban: “¡No sos nada! ¡Somos Dios!”. Pero –continuando con la historia de Baistos y su hermano y la lucha de los dos demonios- hemos subrayar que no todos los nombres de los siniestros torturadores de la dictadura de Videla eran de carácter abélico. Al contrario. En muchos de ellos se puede rastrear, como ha hecho magníficamente Juan José Saer, el rastro de la animalidad y de la barbarie que siempre se elevó como una sombra que no dejó brotar la concordia, la paz, en la sociedad argentina, como ya mostrara Estebán Echeverría en **El matadero**. Nos dice Saer: “El tiburón, la Víbora, el Tigre, el Puma, el Yará, el Pingüino, la pantera, eran, entre otros, los seudónimos que utilizaban, y la conciencia de chapalearse en la animalidad, (...) El nombre de animales feroces era también una manera de ostentar el terror para hacerlo más eficaz, pero esos hombres no ignoraban que, al actuar como lo hacían, se emparentaban con el yacaré, con la víbora o con la pantera. Y del mismo modo que en la llanura del siglo XIX la familiaridad con los animales, a los que degollaban, vaciaban de sus vísceras y desollaban en masa, hacía considerar la violencia humana con cierta ligereza, a finales del siglo XX, la canalización de la muerte humana rebajó a sus ejecutores y a sus víctimas al rango de animales”. Nos dice asimismo Saer que lo que pretendieron, en realidad, no era sino “lograr que, gracias a la tortura, se confirmase, para todos, la pertenencia a lo inhumano. No es casualidad si una humillación bastante corriente que le infligían a los prisioneros era desplazarse en cuatro patas imitando los maullidos de un gato o los ladridos de

Más tarde observaremos cómo inteligentemente bifurca Sábato en su novela la llegada del dragón maligno y sin piedad que generara **Nunca Más** a través de los signos eminentes del mal, no sólo del Anti-Cristo, Hitler, sino de la tentación alquímica de la que ya nos ocupamos al tratar el *Informe sobre ciegos*. Pero ahora, y por fuerza de sentir la necesidad de apuntar más coordenadas de pensamiento que puedan ratificar el porqué de mi identificación dragón-Videla, me gustaría apuntar algunos últimos de esta cuestión que me ayuden a cerrar este capítulo.

Como sabemos en el Apocalipsis de San Juan, se nos dice que la bestia de la Tierra a la que llama el dragón demoníaco celeste para inundar su fuego de perdición para la tierra es representado por la cifra seiscientos sesenta y seis. Como han indicado muchos exégetas del Apocalipsis, tomando como base el alfabeto hebreo una vez que ni en el hebreo ni en el griego existen signos gráficos especiales para indicar los números, se cree que este número viene a designar un nombre: César Nerón. Un hombre, a quien todos recordaremos, que se le atribuye haber perseguido enconadamente a los cristianos.

Creo que no hace falta de nuevo recordar el encono de Perón hacia el culto católico que motivaron, como únicamente lo sabe el loco Barragán de una manera inconsciente y translúcida, la quema de las iglesias a las que asistimos en **Sobre héroes y tumbas** y ayudaron a destapar uno de los sellos del Apocalipsis. Y, desde luego, volver a llamar la atención sobre la figura Cesarea, yahveica de Perón, tal y como la visualiza Sábato en su narrativa, parece innecesario. Ahora bien, lo que sí debemos resaltar es que dos meses después del advenimiento de la visión de Barragán, el peronismo, como sabemos tras ser liberado de su proscripción, triunfó de nuevo en Argentina, gracias a Cámpora lo que significó el cauce perfecto para hacer retornar de nuevo a Perón desde su exilio desde la España fascista de Franco a Argentina. De esta manera, el 20 de junio de 1973 –prácticamente 20 años después, exactamente, de aquella quema de iglesias acaecida el día 16 de junio de y la

un perro”, en Saer, Juan José. **El río sin orillas. Tratado imaginario**. op.cit, págs., 196 y 197.

excomuni3n de Per3n por la iglesia cat3lica- se produjo su vuelta frustrada que acabaría desencadenando la famosa mataza de Ezeiza³¹ que anunciaría de una manera ya inevitable y una vez muerto Per3n el advenimiento del más terrible drag3n: la dictadura de Videla de la que, por ejemplo, aquellos sucesos acaecidos en el famoso motín de Trelew en el a3o 1972 –a los que también dedicase Tomás Eloy Martínez un libro-³² y su posterior represión por las fuerzas armadas argentinas habían sido solo un presagio.

No es vano, si volvemos a leer el prólogo a **Nunca Más**, se entenderá todavía más en su justa medida todo el sentido del hacer narrativo de Sábato, recordar, de nuevo, el justo sentido de toda la obra narrativa sabatiana. Una ofrenda a la memoria en contra del olvido que es la única posibilidad de instaurar el perd3n en una tierra, el a3o jubileo o el shabbat de toda una sociedad consagrado a la paz y que permitiría comenzar a vislumbrar el reino crístico.³³ Precisamente, el Apocalipsis de San Juan

³¹ Donde murieron entre 15 y 100 personas y se demostró que el peronismo se había dividido en dos facciones irreconciliables –la rama violenta y legítima- que debilitaron al gobierno de Cámpora, Raúl Lastiri y, finalmente, el de Per3n, posibilitando la llegada de las fuerzas armadas para restablecer una situación social insostenible en el que las fuerzas terroristas –el Caín inconsciente- se habían convertido, prácticamente, en el mayor vocero y poder de la sociedad argentina.

³² Eloy Martínez, Tomás. **La pasi3n según Trelew**. Editorial Planeta Alfaguara. Buenos Aires. 1997. Nos relata Juan Carlos Christensen los hechos de Trelew de la siguiente manera: “El 15 de agosto se produjo la fuga de 25 izquierdistas del penal de Rawson. Seis de ellos (...) consiguieron huir en avi3n a Chile, donde el presidente Allende les di3 salvoconducto para seguir viaje a Cuba. Los restantes fueron apresados y reclusos en la Base Naval Almirante Zar, de Trelew. Según la versi3n oficial el 22 de Agosto uno de los detenidos le di3 un golpe de karate a un oficial, se apoder3 de su arma e inst3 a sus compa3eros a tomar una ametralladora. Los guardias abrieron fuego matando a 16 de los detenidos en la refriega subsiguiente. En cambio los tres sobrevivientes declararon que había sido un asesinato planeado y ejecutado por fuerzaas de la marina. Dada la ingénita facilidad humana para ocultar hechos, o para mentir en defensa de sus propias ideologías, qued3 siempre flotando la duda acerca de lo ocurrido. Pero esas muertes, capitalizadas por los extremistas bajo el nombre de “la masacre de Trelew”, fueron también utilizadas por Per3n. Con la vista puesta en las elecciones que se avecinaban, Per3n declar3 que ning3n partido “es nuestro enemigo, el enemigo es la dictadura militar”, en **Historia argentina sin mitos. De Col3n a Per3n**. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires. 1990, págs., 652, 653.

³³ Nos dice en este prólogo Sábato: “En el curso de nuestras indagaciones fuimos insultados y amenazados por los que cometieron los crímenes, quienes lejos de arrepentirse, vuelven a repetir las consabidas razones de “la guerra sucia”, de la salvaci3n de la patria y de sus valores occidentales y cristianos, valores que precisamente fueron arrastrados por ellos entre los muros sangrientos de los antros de represión. Y nos acusan de no propiciar la reconciliaci3n nacional, de activar los odios y resentimientos, de impedir el olvido”. Además, en el mismo vuelve a reiterar el c3mo a estos desaparecidos les fue negado el nombre, el recuerdo y fueron tratados como seres prácticamente inexistentes: “Desde el momento del

apunta que para poder descifrar y llegar a conocer el nombre de la bestia, se necesita sabiduría, una gnosis. Y no creo, como hemos podido ir observando, que esa gnosis sea necesaria para realizar una mera identificación formalista entre aquella bestia del Apocalipsis y el César, Perón o, más tarde, Videla sino en cuanto nos permite recordar que todo aquel país o individuo que se sume en el olvido, el camino de la ignorancia según la gnosis, acaba por ser esclavo del diablo, cuya realidad queda así atestiguada. Como, en parte, hemos ido observando en **Abaddón**, reconocerse, entonces, huérfano, lejos de hacernos más débiles, nos introduce en esa gnosis planteada por el Apocalipsis de San Juan para que pueda ser instaurada la vía del perdón, vencida la bestia y el dragón primordial del mal y llegue replandeciente la luz del cordero a los hombres al tiempo que el diablo cae como un relámpago a la tierra vencido por la reminiscente luz del conocimiento, la sabiduría, la gnosis.

Más de veinte años después de la aparición del libro **Nunca Más**, si de algo debe estar satisfecho el país argentino es de, a pesar de todos los males, desgracias y pesares, haber dejado abierta la vía democrática, la del diálogo y no haberse dejado sumir de nuevo en la vía dictatorial. Creo que, en suma, esta realidad y no ya mito alguno, es suficiente para seguir demostrando el poder valioso de todo arte cuya gnosis, considerada irracional por los parámetros cartesiano-rationales científicos, no deja lugar a dudas a partir de qué factores debe comenzar a construirse una sociedad.

El primero de ellos, la memoria, el segundo, la aceptación de quiénes somos y el tercero, la aceptación del hermano, sea este de la raza o credo que sea o disponga más o menos posesiones que nosotros pues, en suma, a lo que enseña toda gnosis al Caín que todos somos es a ir poco a poco ir desposeyendo de su deseos y “ego”, ir poco a poco apartándose de la madre tierra Eva para comenzar a percibir aquella vida que fuimos y podemos volver a llegar a ser en el seno del pleroma. Una vida

secuestro, la víctima perdía todos los derechos; privada de toda comunicación con el mundo exterior, confinada en lugares desconocidos, sometida a suplicos infernales, ignorante de su destino mediano o inmediato, susceptible de ser arrojada al río o al mar, con bloques de cemento a sus pies, o reducida a cenizas; seres que sin embargo no eran cosas, sino que conservaban atributos de la criatura humana: la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público”, **Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Nunca Más.**

instaurable y posible en el seno de las sociedades, como mostró la venida de Cristo, si Caín decide olvidarse de vengar su afrenta diabólica y se decide a profundizar en la llama que late en su corazón; la pesadilla de toda razón, como comprendiera Goya, novelase Malraux y atestiguara Sábato en una obra que debemos seguir investigando si queremos comprender cuál es la fuerza última y definitiva que instauro el tiempo de la paz: la vía del recuerdo total.

V.2. LA ERA DE ACUARIO: LA NUEVA BATALLA.

“Todo aquí abajo sucede como en lo alto”.

El Zohar

“Y Jesús dijo a sus discípulos: Cuando la esfera gire y sea mudada, de manera que Cronos y Aries lleguen junto a la virgen de la luz, y Zeus y Afrodita lleguen a la virgen, girando en sus órbitas, éste será un día de gozo, al ver estas dos estrellas de luz ante ella.

(...)

Y se convertirán en los misterios de la luz, hasta que sean enviadas otra vez a descubrir los misterios de la luz.

Y si Aries y Cronos llegan a la virgen, dejando tras ella a Júpiter y Afrodita, para que no los vea, las almas que en este momento sean lanzadas a las esfera serán propensas a la cólera, y perversas, y no descubrirán los misterios de la luz”.

El Evangelio de Valentino, 5,5-8.

En verdad, sería muy fatigoso –y no es el objeto de este trabajo pero no podemos dejarlo de lado a la hora de seguir desbrozando los signos más eminentes de la obra sabatiana– realizar la carta astral completa de **Abaddón** en base a las interpretaciones que esta obra hace de los flujos planetarios. Realmente, sería imposible en cuanto los mismos profesionales –y suena raro utilizar este calificativo para nombrarlos– de lo astral deben basar sus predicciones en torno a cálculos de lo inconsciente mediante el estudio de la carta y movimiento giratorio de los planetas y sus consecuencias naturales.

Pero si hemos de mencionar la ciencia astrológica es porque la presencia de este elemento en relación con lo esotérico, lejos de ser anecdótica en la obra de Sábato, es definitivo para delimitar la concepción maniquea que el autor argentino tiene de la lucha del bien y del mal, no únicamente como una rivalidad librada en la tierra sino, por supuesto, en los cielos. Y si en realidad esto parece apartarse del objetivo de nuestro trabajo, no puede serlo si tenemos en cuenta que muchos astrólogos, tal vez influenciados por la gnosis, interpretasen los Evangelios en este

clave¹ o que -como pusiera de manifiesto aquel bellissimo libro de Pauwels y Bergier, **Le matin des magiciens**- el mayor imperio nihilista levantado jamás sobre la tierra, el ejército nazi, implantó su fuerza, poder e ideología en este mundo gracias al apoyo de varias sectas y logias ocultas como la famosa mano izquierda.² En realidad ya existe un excelente artículo de Salvador Bacarisse ocupándose de la influencia de **Le matin des magiciens**³ en la obra de Sábato y no creemos, por tanto, conveniente desarrollar ahora aquí este apartado. Lo que sí me parece conveniente tratar es porqué esta cuestión le interesa tanto a Sábato dentro del contexto de la vida agitada social de su país -en sintonía con la del mundo- durante los años 60 y 70. Pues, de nuevo, y a fuerza de que se puedan considerar mis interpretaciones de erróneas, yo encuentro otro de esos alucinantes signos proféticos e intuiciones radicales de la obra de Sábato sobre el destino próximo de la Argentina, en la esencia de esos personajes, hijos de la secta cegada del maligno Satanás, que son aquellos Schneider y Hedwig que, de manera capciosa, persiguen a Sabato.

Como inteligentemente descifrara Bacarisse en su artículo, tanto el uno como el otro se pueden conectar con un famoso médium de los años veinte y treinta, Rudi Schneider, nacido en “Braunau-am-Inn, Salzburger Vorstadt, precisamente donde nació Hitler” y con Alfred Rosenberg, que “fue una figura muy destacada en la Alemania nazi y es el autor de **El mito del siglo veinte**, cuya filosofía matizada de ocultismo, sirvió de base a la mitología nazi”.⁴ Lo que, en realidad, no dejaría de ser el mero resultado de un trasvase lógico- mítico que hemos ido observando a lo largo

¹ Nos indica, por ejemplo, Jean-Paul Corsetti que para Guido Bonatti (muerto a fines del siglo XII), “la astrología” estaba “ligada (...) a la teleogía” y por ello, se esforzó “por volver a encontrar las fuentes en el Evangelio. (...) Bonatti practica una ciencia esclarecida y vive su fe. Dios envía al hombre la ciencia gracias a los cuerpos celestes. El cielo está constituido por un cuerpo y un alma, como todas las cosas. De hecho, existen correspondencias entre el cielo y el hombre”, en Corsetti, Jean-Paul. **Historia del esoterismo y de las ciencias ocultas**. Traducción de Eduardo Gudiño Kieffer. Ediciones Larousse Argentina. 1993, pág., 135.

² En Pauwels, Louis/ Bergier, Jacques. **Le matin des magiciens**. Éditions Gallimard. Paris. 2005, segunda parte, capítulo quinto.

³ Nos referimos a Barcarisse, Salvador. **La cosmología gnóstica de Sábato: una interpretación de Abaddón el exterminador**, en **Epicada dadora de eternidad. Sábato en la crítica americana y europea**, cit, págs., 193-219.

⁴ *Ibíd*, págs., 201 y 202.

de todas las novelas de Sábato, gracias al cual se simbolan las potencias demoníacas del mal en su esencia arcaica y real, la ley y su portador.

Desde luego, me parece sumamente interesante el hecho de seguir rastreando en la presencia de estos dos misteriosos e interesantes personajes, el rastro de la historia oculta y borrada de la Argentina. Como de todos es sábido, una vez vencido Hitler, los jerifaltes del mal, del ejército nazi, fueron poco a poco desplazándose en Sudamérica, buscando escondidos rincones donde guarecerse de la justicia de nuevo humanizada, siguieron extendiendo el mal por América y, en muchos casos, llegaron incluso a promover y reproducir, a pequeña escala, en pequeñas poblaciones, condiciones de gobierno iguales a las que les condujeran a querer dominar el mundo en función de su melagómano deseo de ser dioses. No veo, y en esto sí que estaremos todos de acuerdo, por supuesto, ajeno a la entrada de Videla en la Casa Rosada de la Argentina, la presencia misteriosa, inquietante y procelosa que poco a poco se produjo en el continente americano –con Argentina y el mutismo silencioso de Perón como máximo aliado– de estos hombres vencidos del ejército de Satanás y dispuestos a seguir, desde la oscuridad, intentando dominar el mundo.⁵ Sin duda, me parece fascinante cómo Sábato consigue engarzar los relatos mítico-arcaicos y las concepciones yahveístas del mal, de una manera sutil, sin descuidar el referente ficción. Pero lo que realmente me produce escalofríos –como así lo hacía la visión ya comentada que del dragón tenía Barragán– es pensar en cómo a través de ese par Schneider-Hedwig que persigue a un Sabato que puede llegar a denunciar la verdad que su presencia pone de manifiesto y las relaciones de videncia que se producen entre ambos, no ya solo, como apuntaba Salvador Barcarisse, se observa transmutada

⁵ Se nos refiere a modo de ejemplo en **Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Nunca Más**, op.cit, págs., 69 y 71, que los prisioneros de origen judío fueron tratados con especial rencor por parte de los torturadores del gobierno de Videla. Así, por ejemplo, “Alejandra Húngaro (...) relata que luego de ser golpeada, sobre todo en la espalda y en la cabeza “me pintaron el cuerpo con esvásticas en marcador muy fuerte”. Entre otros testimonios, Jorge Reyes declarararía “Cuando nos golpeaban nos decían ¡somos la Gestapo!” y Elena Alfaro diría lo siguiente: “Si la ida en el campo era pesadilla para cualquier detenido, la situación se agravaba para los judíos, que eran objeto de palizas permanentes y otras agresiones, a tal punto que muchos preferían ocultar su origen, diciendo por ejemplo que eran polacos católicos”.

la relación que tuvieran Rudolf Hess, Haushofer y Hitler,⁶ sino, ante todo, la llegada de López Rega escondido tras la sombra de Perón, como un proceloso mago que moviera los destinos de la Argentina. Es ahí donde encuentro la absoluta genialidad de la obra de Sábato, más aún que en su lenguaje o los contenidos de su crítica al mundo moderno. Es en la locura absoluta de la misma existencia de la obra de Sábato como en el canto de Yubal donde hay que encontrar su gran indagación y descubrimiento, su gran hallazgo dentro de la literatura hispanoamericana, al desvelar gnóticamente una realidad que estaba oculta. La posibilidad de encontrar un sentido más apropiado al nombre de Caín. Y si de este tema trataremos más tarde, sí podemos decir ahora que, en esto Sábato, ha sido prácticamente el único, dentro de la literatura argentina, que se ha unido a una corriente que, con escritores del relieve de Alejo Carpentier o Miguel Ángel Asturias, hicieron un viaje a la semilla primera, interior del hombre americano, comenzaron a dar un sentido, más allá del mítico e histórico o religioso, a su vida.

Lo cierto es, que sacamos a colación este tema, para destacar que la imbricación profunda de la obra de Sábato en **Abaddón el exterminador**, llega a una

⁶ Nos sugiere Salvador Bacarisse, apoyándose en **Le matin des magiciens** que “la persecución de Schneider está relacionada con Alemania por vínculos mayores que los nombres. La presencia en Buenos Aires de Schneider y Hedwig y el recuerdo de las palabras de Molinelli sobre Hitler llevaron a “Sabato” a investigar “lo que pudiera encontrarse sobre logias y sectas secretas bajo el régimen nazi (...)”. Ese estudio lo llevó de nuevo a **Le matin des magiciens**, aunque no lo diga en la novela. La curiosa historia de Hitler en **Abaddón** es la que se lee en **Le matin des magiciens**. Según sus autores, Kart Haushofer, el geopolítico e íntimo amigo de Rodolfo Hess, estaba dotado de poderes satánicos (...). El fue quien, por intermedio de Hess, reclutó a Hitler “cuando todavía era un insignificante cabito”, y lo convirtió en el Hitler que la historia recuerda. “Me inclino a creer” añade “Sabato” que Haushofer era de verdad un instrumento del Demonio y que Hitler era su médium”. Este es el tipo de relación que existe entre Schneider y Hedwig, lo que aumenta el peligro”, en Bacarisse, Salvador. **La cosmología gnóstica de Sábato: una interpretación de Abaddón el el exterminador**, en **Epicada dadora de eternidad. Sábato en la crítica americana y europea**, op. cit, pág., 202. Se sigue inquiriendo sobre esta cuestión en Sábato, que nos ayuda a vislumbrar cómo el mal absoluto que encarnó el nazismo fue disolviéndose y llegando a América y, en concreto, a Argentina o Chile, en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, págs., 573 y 574: “¿Fue Hitler el médium de esa secta tenebrosa? Si el general Haushofer no era un Mago Negro, ¿por qué valerse de semejante personaje como médium? (...) Una vez el poder hitlerista en colpaso, los miembros de esta sociedad secreta se dispersaron por el mundo. No sólo la secta de Haushofer sino otra como la que encabezaba el coronel Sieves. Órdenes vinculadas entre sí por alguna superjerarquía secreta, aunque también es posible que hayan librado luchas entre sí. ¿Por qué el poder maligno ha de ser monista? Dispersados después de la guerra, muchos de ellos llegaron en submarinos a las costas patagónicas, como en el caso de Eichmann y Ménagüele; pero no conocemos el de personas más misteriosas. Bien puede ser, pues, que Schneider sea uno de éstos”.

complejidad inaudita y resulta muy difícil, como comentador de textos, interpretar cómo Sábato llega a través del mito, el símbolo y su incursión cegada en el arte, a dar luz y relieve a la historia de Argentina. Más aún, si tenemos en cuenta que hace falta seguir con delicadeza extrema cada una de las partes, signos y símbolos de las otras novelas para poder finalmente, enlazar con **Abaddón** y que el texto nos revele su mensaje para el pueblo argentino.

Y, de hecho, a veces, si nos fijamos, pareciera que mi pensamiento va dejando costas hiladas y flujos sin cerrar en su discurso. Consideré adecuado a la manera gnóstico-sabatiana comenzar mi primer análisis por el final, a donde conduce la visión del dragón sabatiana. Y ahora, después de haber hecho una pequeño incursión en la historia esotérico-mitológica que hay detrás de la aparición de Schneider y Hedwig y conectarla, con la inaudita posibilidad de la llegada de López Rega a la presidencia argentina, me gustaría lanzarme, deleuzianamente, a realizar un bucle rizomático que nos conduzca de nuevo a la ya estudiada historia de Fernando Vidal Olmos. ¿Por qué? Porque así se comprenderá mejor cómo se construye la realidad histórica y simbólica que da pie a esos cegados, demoniacos signos verdaderos y ya soñados, apuntados y predichos por Sábato que vincularan a López Rega con Perón y su esposa Isabel y desembocaran en la llegada de Videla a la presidencia argentina.⁷

Si recordarnos, cuando hablamos del *Informe sobre ciegos* nos referimos al signo oro como esencial para penetrar en la historia del engaño paradisíaco y las dictaduras. El venado de oro no sólo era símbolo idólatra sino también advertencia de

⁷ Nos dice, por ejemplo, Juan Carlos Christensen para que comprendamos hasta qué punto fue nociva y definitiva la presencia de López Rega en el gobierno argentino y cómo su actitud favoreció la llegada de la dictadura de Videla que “debe recordarse que el peronismo de derecha dirigido por López Rega, participó en la “guerra sucia” contra la izquierda antes de que Isabel Perón fuera depuesta por las fuerzas armadas. En esa guerra contra la izquierda violenta, empeñada en destruir nuestra sociedad e impedir el retorno a la democracia, las fuerzas armadas hubieran podido utilizar los medios que les daba la ley militar ya que ésta les permitía juzgar y ejecutar a los subversivos. Pero en vez de ello se recurrió a la tortura y al asesinato secreto de guerrilleros e ideólogos de izquierda”, en Christensen, Juan Carlos. **Historia argentina sin mitos. De Colón a Perón.** cit, pág., 662. Por otra parte, Sábato se manifestó de esta manera sobre este personaje –mandatario irredento de la Triple A, Alianza Anticomunista Argentina- en **Apologías y rechazos.** op.cit, pág., 466: “Mezcla de delirante y de brujo de conventillo, de estafador y de sensiblero comediante, de hipócrita y de jefe de mafia, nos legó los cimientos de un Altar de la Patria, echados sobre la cloaca máxima de Buenos Aires, como exacta alegoría de su alma”.

que la ley también lo puede ser, al no estar manejada por Dios sino por los hombres. Quien manejara la ley, como el pueblo judío, podía dominar el mundo. Quien manejara la ciencia como Occidente podría también hacerlo. Una gran parte del África negra, buena parte del oriente marxista y los indígenas de Australia y América han sufrido las consecuencias de este poder que amenazó autodestruir al mundo en el estallido de Hiroshima y las dos guerras mundiales porque, como hemos ido viendo, es el poder del diablo. E intentar negarlo, tal y como hace Occidente es, en suma, afirmarlo en el trono del poder. Como negar las fuerzas astrales o el influjo de la luna sobre el comportamiento de los seres humanos. Esto lo saben bien los pocos hombres que, aún hoy en día, en Occidente se dedican a la agricultura y la ganadería: el mundo natural, arcaico y mítico. El hombre se ha separado de una manera verdaderamente enajenada de la madre tierra. Del cuerpo de la tierra. Ya no late en él el salvaje y el problema es que, a causa del mal uso de las religiones de los símbolos crísticos, tampoco encontramos en él, el rasgo mariano. Queda, por tanto, el hombre-máquina, excelentemente descrito por Da Vinci: el demonio hecho ángel pero demonio, al fin y al cabo, como entiende Sábato.

Quién mueve la mano de la máquina es una pregunta que nos lleva a formularnos el problema del mal y que conduce, sin duda, a la historia del Golem. El mismo hombre necesitado de protegerse de la naturaleza y que inventa la cultura, se refugia en la tecnología para hacerse una casa. Y esta casa, como la *Maternidad* dibujada por Castel, le recuerda que hubo un día en que fue oro y fue cielo y ahora está condenado a ser excremento encadenado a la tierra. Asunto que, sin duda, le separa, lo desdibuja y lo constriñe a una forma y a un cuerpo que será luego dibujado geoméricamente por los estetas de la ciencia. Los nuevos dibujantes. Kandisky, Mondrian o, mismamente, Malevithch. Pues, una vez que el hombre se niega a admitir que es tierra, excremento, tanto culo como sexo, como dijera Octavio Paz y radiografiase con precisión Foucault, está sumergido únicamente en el mundo de las ideas y es esclavo de su “daimon”, no puede llegar a poseerlo. Lo que significa que el diablo es capaz de hacer lo que quiera con él, pues si el hombre no es capaz de escuchar su voz, desvanecerse en Cristo y mirar hacia detrás para sumergirse en su presente, es encadenado ya sea por las fuerzas de la aceleración, de la técnica, que lo

conducen a mirar únicamente al futuro y no le permiten volver su rostro hacia los demás o por las fuerzas del pasado, la nostálgica mirada al paraíso o al lugar de desarraigo. Centrarse únicamente en las formas como la hace la peor pintura contemporánea es diluirse en el escondite, es centrar la mirada donde lo quiere el diablo, el mundo de las ideas, el mundo de las opiniones, donde cada uno escucha únicamente la voz de su “daimon”, de su ego, de su Caín. Y, en este sentido, hacen bien los que la critican pero, al mismo tiempo, pierden un detalle esencial, lo que esa misma pintura, por ser arte y no palabra, forma e idea está denunciando es la dictadura de la opinión, de la forma y de la pérdida del rebelde en el angelico mundo contemporáneo para afirmar al mal en potencia: la uniformidad, el vacío, el sinsentido del mundo construido en Occidente, el reino satánico de las torres que denuncia Sábato y donde se encierran los carceleros del conocimientos; muchas de las actuales Universidades Modernas, por ejemplo, tal y como las está concibiendo hoy en día Occidente. Porque el Caín, el rebelde, es fundamental para construir el nuevo mundo, tal y como lo entiende Sábato. Sin Caín no hay Cristo -y ésta es una ecuación a la que en los capítulos finales intentaremos dotarle de sentido- porque sin rebeldía no hay conocimiento. Pues es el rebelde a este paradisiaco mundo que ha querido construir el Occidente, el único que puede denunciar la mentira, el radical miedo a través del que se ha construido la civilización. Miedo al mal, a Yahvé. Y es en este sentido como debemos comenzar a encontrar un sentido valioso incluso a la búsqueda de Fernando Vidal Olmos que ya está prefigurando, tras el camino de Castel, la ruta marcada por Sabato con su autodestrucción final en la novela de unas resonancias incalculables. De hecho, retomando ahora el hilo astrológico, Fernando Vidal acaba transformado en una especie de pez espada, lo que ya nos indica la posibilidad de una transformación que, más tarde, será únicamente atestiguada por el Sabato novelesco. Es decir, si Castel era, tal y como lo visualizo, siguiendo sus impulsos nocturnos y sus deseos lunares, el hombre escorpión, el hombre cainita del Satiricón que busca morder a su hermano para, más tarde, quedarse constreñido a su deseo solitario, Fernando Vidal Olmos ya marca el tránsito definitivo hacia Piscis porque es el pescado que muerde, el nuevo Lautreamont airado contra Yahvé que, finalmente, sin embargo, deviene Anti-Cristo. Lo que no debería extrañarnos, si entendemos que la era que se nos fue, según esta verdadera ciencia en movimiento

denostada por los carceleros de las torres, es la de Piscis. La del signo Cristo con decanatos mordientes en Escorpión que obligan a llegar al Cristo a través de la muerte y la destrucción, a través del acto y signo cainita.⁸ De hecho, como hemos ido explicando, ese es el sentido equivocado de la revuelta de todo hombre cainita, mezclar el Cristo con el escorpión. O lo que es lo mismo, mezclar la rebeldía lógica al demonio, a la ley impuesta por Yahvé, con las armas, lo que es el problema, sin duda, de Caín, Castel y Fernando-Vidal Olmos y el signo contra el que luchará contra toda su voluntad el personaje Sabato. Pero es que Sabato ya anuncia la era de Acuario por venir, al contrario que Fernando Vidal que es quien deja entrever el final de la era de Piscis, de las relaciones humanas a través del amor y el sacrificio, tal y como fueron entendidas hasta día de hoy.

Como vislumbra Sábato, es necesario un cambio en la manera de entender nuestras relaciones con la ley, la vida y la naturaleza, el arte mismo debe cambiar. Precisamente, siguiendo toda la teoría esotérica contenida en **Abaddón**, podemos llegar a concluir que el advenimiento de Hitler al mundo como figura representativa del Anti-Cristo en el giro último de la era Piscis no es sino una consecuencia lógica de que al signo Cristo, tal como lo entienden los gnósticos y Sábato, todavía no se le había encontrado su radical y verdadero sentido.⁹ Por ejemplo, el mismo Nietzsche, a

⁸ Le indicará Molinella a Sabato en **Abaddón** fundamentando la teoría esotérico-mítica que recorre toda la novela de Sábato y que explica tanto los actos que dieron lugar a la segunda guerra mundial como a la actual situación argentina y del continente americano, la era Piscis y la era Acuario: “Urano primero, luego Plutón, eran los mensajeros de los Nuevos Tiempos. Actuarían como volcanes en erupción, señalarían el límite entre las dos eras, la gran encrucijada. –Plutón (...) regirá la renovación por la destrucción. (...) –Plutón rige el mundo interior del hombre. Revelará los más graves secretos del alma y los abismos del mar, los mundos misteriosos y subterráneos que están bajo su jurisdicción. (...) –Por el momento, atravesamos el tercer y último decanato de Piscis, bajo el dominio de Escorpio, donde Urano se halla exaltada. ¡Sexo, destrucción y muerte!”, en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 756.

⁹ De hecho, esto es lo que pone de manifiesto que casi todas las revoluciones, en verdad, desde la de Zapata hasta la de la comuna de París a finales del siglo XIX, lleven inscrito el sello cainita sobre sí y que a todas ellas les siguiera una larga decepción, una vez que debieron volver a confrontarse, de nuevo, -en parte porque el instinto asesino y vengativo que las construye se ciega en sus propias sombras- a un gobierno opaco que ha reconstruido el poder perdido. No es vano recordar la emergencia de un Napoleón tras 1789. Ni como acabaron muchos de los sueños de los muchachos que apedrearon las ventanas de tantos edificados y que no dudaron en quemar con fuego muchos de aquellos vehículos que, en verdad, únicamente les servían para ir con más celeridad al trabajo y a su lugar de descanso vacacional, en mayo del 68. Donde fue a parar el sueño que aquellos muchachos que durante días de vino y rosas

quien no podríamos dudar de calificar con Berdiaev, como uno de los más grandes humanistas –en el sentido más radical del término– que hayan existido jamás, cometió la cegada equivocación que hemos ido observando de tantos rebeldes: no comprender al Cristo fuera de la doctrina bíblica y evangélica, levantando su mano airada no ya hacia el Cristo real a quien admiraba, sino hacia los sacerdotes encargados de velar su mensaje de una manera tal que su propia ira debió volverse contra sí mismo. Nietzsche ayudó a construir la libertad total pero aún no pudo liberarse de la ley y su lucha terminó, inconscientemente, y sin que sus intenciones apuntaran hacia este lugar, a permitir la llegada del reino del mal. No hace falta recordar la utilización que hiciera el nazismo de su teoría del super-hombre como, a la vez, el que, precisamente, gracias a la lucha desahogada de Fernando Vidal Olmos por luchar contra el mal en potencia, instaurar un reino sin ley, el demonio de las tinieblas rugió con más poder sobre Argentina.

Sin embargo, la nueva época y el hombre nuevo, el héroe de la era de Acuario que pre-anuncia Martín, tal y como lo concibe Sábato en **Abaddón**, desdoblado en su personaje Sabato, no ha de prefigurar gesto violento alguno contra estas mismas potencias que lo quieren doblegar. Tampoco autodestruirse y luchar contra su parte material, en el sentido más lato del término. Más bien, aquello que debe hacer es desbrozar las capas de sí mismo, de su cuerpo y de su “yo” que aún lo encadenen al ego “cainita” para abrirse a otra dimensión más acorde con los tiempos que vendrán: el Acuario juguetón, radiante, creativo e imprevisible que deberá comenzar a regir la existencia de los hombres en torno a una ley distinta, evolucionada más allá de los 10 mandamientos de la ley mosaica.

encendieron la llama de Dionisos y se dedicaron a festejar prematuramente la futura llegada de la era de Acuario a nuestro planeta en Woodstock o cualquier rincón de la tierra donde Yubal y las huestes de Sodoma y Gomorra volvieran a sentirse liberados, al fin, del ojo peligroso, satánico, de tantas sectas religiosas, políticas, que decían cuidar por ellos. No lo es, porque en la inocencia y la santa rebeldía que precedió a estos actos, nuestra época todavía puede reconocerse. Pero, asimismo, como nos indica Sabato en **Abaddón**, también puede verse reflejada en las matanzas realizadas por Charles Manson que finiquitaron para siempre este movimiento y en las que Sharon Tate -la famosa compañera del director de cine, Roman Polanski, que, por entonces venía de realizar esa procelosa exploración al mundo de las tinieblas que es **La semilla del diablo**- se viera involucrada.

Y es muy ilustrativo y, desde luego, bastante sugestivo seguir las transformaciones progresivas del Caín al Cristo a través de todos los personajes de **Abaddón**. Porque, si bien es cierto que es el Anti-Cristo el personaje que ha de nacer en la última estela del decanato de Piscis, a Acuario sólo se puede llegar completando, al fin, la figura de Cristo. Y, por ello, todos los personajes de Sábato se unen, a través de un bucle rizomático, para, a partir de su rebeldía contra el mal que puede degenerar en anti-crística como la de Castel o Fernando Vidal Olmos o prefiguradora de lo crístico como la de Martín, forjar la figura del Cristo llegado y encarnado al fin, en la Argentina, en el espacio americano: un Cristo real que se encarnará en Marcelo y que, prácticamente, anuncia el Che Guevara que, a la vez, debe dejar de paso a la siguiente era, la era de Acuario, anunciada por el personaje Sabato y asimismo prefigurada en esa excursión por los movedizos tiempos que vendrían que es **El libro de Manuel** de Julio Cortázar.

Deberíamos remontarnos, de nuevo, a las teorías de Julius Evola, los barbelognósticos¹⁰ o incluso acercarnos a la obra hesiódica o **El libro de Enoch** y, por supuesto, **El Satiricón** o **El asno de oro** y la obra de Horbiger¹¹ para seguir remontándonos a distintas teorías y mitos que nos dan cuenta de la ascensión y caída desde la época de los gigantes, los titanes, el mundo de los arcontes celestes, casi

¹⁰ Recordemos que para los barbelognósticos –siguiendo con el análisis esotérico que nos es de mucha ayuda para interpretar mejor el sacrificio de Marcelo y el encadenamiento futuro del dragón que realizará el héroe gnóstico–: “las tinieblas exteriores son un gran Dragón, y su cola está dentro de su boca, y está fuera del Cosmos y rodea todo el Cosmos. Y contiene muchos lugares de tortura, que constituyen Doce Cámaras destinadas a duros castigos”. De esta manera –y una vez interpretadas las Doce cámaras como los 12 meses del año– tenemos, pues, como nos indica Gómez de Liaño una Dodécada zodiacal y una Hebdómada horoscópica que se encajará en la Docécada colmando sus 365 días simbolizando una batalla celeste que se ha de continuar en la tierra como muestra todo **Abaddón**. En Gómez de Liaño, Ignacio. **El círculo de la sabiduría**. cit, págs., 178 y 181.

¹¹ Como nos indican Pauwels y Bergier, para Horbiger en cuyas reflexiones encontraría Sábato fuentes y apoyos para construir y edificar su teoría sobre el bien y el mal astrológico-esotéricos en **Abaddón**: “Todo reposa sobre la idea de la lucha perpetua, en los espacio infinitos, entre el hielo y el fuego, y entre la fuerza de repulsión y la fuerza de atracción. Esta lucha, esta tensión cambiante entre estos principios opuestos, esta guerra eterna en el cielo, que es la ley de los planetas, rige también la tierra y la materia viviente y determina la historia humana. (...) Unos hombres-Dioses, unos gigantes, unas civilizaciones fabulosas nos habrían precedido. (...) Las leyes del cielo son las mismas que las leyes de la tierra, y el universo entero participa del mismo movimiento, es un organismo viviente (...). La aventura de los hombres está relacionada con la aventura de los astros, lo que pasa en la tierra pasa en el

divinos, hasta la nueva época de la humanidad de la que se ocupa Sábato: la era de Acuario o el hombre que, finalmente, aprende el secreto revelado en la ascensión de Cristo a la tierra y que éste jamás se animó a transmitirle porque era el hombre, como nos indicara Berdiaev, quien debía descubrir sobre sí mismo el secreto que el diablo –el encargado de velar por la sacralidad de los textos– quería hurtarle. Y, desde luego, si algo nos parece interesante de **Abaddón** es que sigue conjugando una trama oculta que permite vislumbrar cómo la secta conjurada de los ciegos pudo llegar a hacerse con el dominio total de la realidad, desde un pasado remoto que se bifurca de manera definitiva en el país argentino y cómo los conquistadores entendieron allí su lucha y pasión por el oro que nunca allí hubiera existido. Por ello, pienso -además de por las resonancias míticas, históricas y de una importancia extraordinaria para la historia occidental pero, sobre todo, por las consecuencias de estos hechos dentro del país argentino– que Sábato hace tanto hincapié en el tema alquímico en **Abaddón**.

Hay en la alquimia, como en toda ciencia humana, una ambigüedad radicalmente peligrosa. Un sentido ajustado y ceñido a la realidad sin ambages del texto y un sentido oculto que puede permitir al hombre liberarse de esa misma ciencia, sus prejuicios y afrontar la vida en su sentido más amplio. La posibilidad de transformar la materia en oro es una posibilidad que nos remonta de nuevo a la necesidad del hombre de conocer el nombre secreto de Dios para dominar el principio de realidad. Un retorno al paraíso sin atreverse a terminar de caminar la ruta humana hacia delante. De hecho, como observamos, esta es la promesa de la ciencia y de los estados totalitarios: la vuelta a la Edad de Oro o, en su defecto, de Plata de la humanidad. Y en cuanto Occidente no ha podido dotar de un sentido simbólico a la existencia, esta vuelta queda eternamente postergada y sellada por el poseedor del oro y la plata, el secreto de la ciencia o el nombre oculto de Dios. Es decir, por los distintos poderes encargados de encerrar al hombre dentro del mundo material. Y es, de nuevo, esa incapacidad de volver la vista hacia el inconsciente profundo de la humanidad sellado por la “ratio occidentalis”, lo que no permite dotar de sentido a la existencia del hombre. Por ejemplo, una experiencia terrorífica como Hiroshima o

cosmos, y recíprocamente”, en Pauwels, Louis/ Bergier, Jacques. **Le matin des magiciens**. Op.cit, pág., 356. (La traducción al español es mía).

Auswicht, el horror en grado sumo, no puede llegar a ser comprendida en su radical profundidad si no se le entiende unida a una lucha que, en parte, hemos ido siguiendo entre el bien y el mal, del diablo, por querer guardar el secreto desvelado de la existencia que Cristo revela a sus fieles y, por supuesto, de los arcontes y rotaciones míticas de los planetas a través de los cuales los astrólogos perciben las fuerzas invisibles del Universo pugnando entre sí por imponer su ley. Cada símbolo celeste, como comprendiera Jung y muchas de las más influyentes sectas de influencia gnóstica y relacionadas con el proceso alquímico como la de los Rosa Cruz, ha de tener su correlato en la tierra.¹² Y no es, por supuesto, nada casual que un científico como Isaac Newton, en cuyo repertorio de conocimientos se encontraba la alquimia, pusiera en primer plano en los círculos científicos de su tiempo la importancia de la rotación de los planetas. De hecho, fue en torno a ideas, más o menos acertadas, relacionadas con lo esotérico, la quiromancia y la forja de un mapa astral de la mano y el cuerpo del hombre que tenga su correlato con el hombre, como se sospecha que Colón pudo llegar a América o que Marco Polo pudiera realizar muchos de sus más preciados viajes. Ya no es que cualquier símbolo, personaje o arquetipo novelesco o real tenga su correlato astral sino que, es la ecuación mítico-esotérica la que permite entender la existencia y el hombre como un todo absoluto, no disgregado en sus partes. Es, asimismo, la que permite concebir la vida como un cuerpo absoluto (la existencia terrena) unido a un alma (la existencia celeste) en la que el hombre puede sucumbir creyendo en la única realidad objetiva, de la materia (encierro en el infierno) o alzarse hasta observar y unirse a la luz verdadera del pleroma (ascenso al cielo que el Corán o el cristianismo, una vez forjados como reinos de lo único, conciben como paraíso destinado únicamente a sus fieles y que, por tanto, puede llegar a ser la contraparte del infierno, otro de los agujeros a través de los que el

¹² Nos indica Jean-Paul Corsetti, que “los caballeros rosacruces, a imitación de su maestro legendario (Christian Rosenkreutz) debían ser los eslabones de la cadena esotérica que, desde los magos del Renacimiento hasta los teósofos y Naturphilophen de los siglos XVIII y XIX, asegurarían la perennidad del Arte real. Y como indicara A.Faivre, la alquimia sería “una Weltanschauung a la vez cosmogónica, cosmológica y escatológica, desprovista de todo dualismo –pero no de toda dualidad-, acompañada de una práctica espiritual tendiente a recuperar la unidad original y gloriosa –pero perdida- de la materia y el espíritu, pudiendo esta práctica no obstante ejercerse, en la ocasión, sobre un elemento material cuya “Manipulación” supone la fusión íntima del sujeto y el objeto”, en en Corsetti, Jean-Paul. **Historia del esoterismo y de las ciencias ocultas.** cit, págs., 226 y 276.

demonio encierra en sus grutas-túneles al hombre y le aparta del reflejo primero de la luz del conocimiento).

Precisamente, el que el paraíso sea una idea velada y prácticamente inexistente en el judaísmo mostraría con claridad –y nada más tenemos que leer entre líneas o volver a repasar las afirmaciones del profesor Alberto Gandulfo que vienen a condensar toda la lucha realizada por Sábato por desvelar el terrible secreto que los portadores del falo y la memoria, los sacerdotes judeo-cristianos de la religión, ciencia o la política no han querido ni querrán nunca reconocer: el Dios que han encumbrado en el seno de su cosmogonía, lejos de querer –como se puede entender de la historia de Abraham –relegarles en torno a una idea trascendente de conocimiento, está únicamente interesado en que forjen la mirada sobre las condiciones del mundo material.¹³ Lo que vendría a ejemplificar de nuevo el porqué

¹³ Nos dice un Midrach judío que el tohou es el Adam, el bohou Cáin y las tinieblas Henoch, el abismo Noe y la luz Abraham. Lo cual, en su sentido positivo, muestra que es la fe –más allá del pacto escrito de Yahvé con su pueblo gracias a las tablas de la ley– lo que, en verdad, religa al hombre con la divinidad o con este mundo. Y es, en este sentido, que toda la historia del pueblo judío como la de todo monoteísmo puede ser leída como una historia vivida al revés. Pues en su deseo de instaurar el reino de la ley, de ser el pueblo portador de la ley divina y escrita y haberse apartado de la que es, en verdad, su primera vocación, la de Abraham, la fe, el pueblo judío –sobre todo en su dimensión sionista que ha llevado a crear el nuevo estado de Israel– comete, como ha sido observado con lucidez por muchos exégetas una contradicción manifiesta. Exactamente, pretender a partir del dominio de lo simbólico y de lo imaginario – la fe- que jamás puede devenir en violencia alguna ya que el mismo resulta de la búsqueda por penetrar en lo imposible (la palabra de Dios) a través del camino de la vida , llegar a traer lo imposible a la realidad (la instauración jerárquica de la ley gracias a una palabra que resuena a través del tiempo pero que es, en verdad, inaudible, inimaginable), manifiesta que es el hombre el que deviene por ser esclavo de la palabra. Que es la palabra vertida sobre un papel por la mano del hombre –firma del diablo– y no su fe, su amor lo que termina de configurar su religión. Autenticar lo imposible, hacerlo real. Esto es lo que intentan todas las sectas. El dispositivo interno que origina la construcción del dinero, el desplazamiento simbólico que existe detrás del valor que se le concede a un mero trozo de papel y que Sábato se encargará de manifestar en **Abaddón el exterminador**. Centrarse en aquello que verdaderamente deberíamos pensar que es imposible pero lo sentimos como posible, como real (el otro, nosotros mismos, nuestro hermano, la naturaleza que es en sí misma el mayor de los hermosos milagros y frutos concedidos por Dios al ser humano) es, por el contrario, lo que en suma hace toda gnosis, todo arte. El proceso interno que genera la epopeya impresionista en pleno siglo XIX y que lleva a Cezanne a mirar –más allá del rastro burgués de la ciudad- a la naturaleza. El inmenso pavor que sentía Van Gogh antes de realizar cada lienzo sabiendo que iba a enfrentarse cara a cara con el verdadero rostro de la creación, de Dios, girando en cada uno de sus alocadas, ciegas pinceladas sobre el lienzo. Es ahí. En la búsqueda, en la lucha de tantos hombres por encontrarse a sí mismos, exactamente, también en la persistencia con la que el pueblo judío ha seguido errando con el fin de encontrar un porqué a su destino, el caminar de Martín hacia la Patagonia lleno de incertidumbres como el de Bruno en **Abaddón** pero, ante todo, de fe, la resistencia vital del continente sudamericano

el marxismo que es, en suma, un mesianismo laico basado en las condiciones de vida que posibilitó el judaísmo y a las que el cristianismo –repetiendo el procedimiento mimético que iguala al judío errante y al cristiano errante– se encadenó, es un movimiento que está en la cuna y germen de los siglos más revueltos y violentos de la historia de la humanidad. Dirá el profesor Gandulfo: “el dinero es el instrumento típico del demonio. (...) Los católicos. La conducta de la mayoría de los católicos demuestra la negación absoluta de su doctrina. Curas y católicos desvirtúan la religión por medio de sus pasiones y de su egoísmo. Unos y otros están avidos de riqueza material y no retroceden ante ningún medio para obtenerla”.¹⁴

De hecho, es ahí donde radica una gran parte de las diferencias entre las doctrinas de Sábato y Jean Paul Sartre –que no están muy lejos de las que separaron al escritor de **La náusea** de Albert Camus y forjaron su famoso debate y enfrentamiento en los años 40- y, por ello, el recuento de noticias del mal que se hace en **Abaddón** –a través de la famosa caja de recortes de periódico de Nacho- no sólo carga las tintas sobre los procesos de depuración y masificación generados por el capitalismo sino también sobre los del comunismo para mostrar que el mal, como lo interpretara Dostoievsky, ha de entenderse en su sentido total, en potencia. Pues de no ser así, toda crítica al mal que refiramos, es parcelatoria, no permite reconocerlo en su profundidad y dimensiones escatológica y ontológica y termina, como las revoluciones occidentales, por sublimar su parte contraria. El mal ha de ser mistificado y mitificado pues de no ser así se corre el peligro de perderse en él.

En realidad, como hemos intentado demostrar, ésta es la intención de la obra de arte, según Sábato. Si, haciendo referencia a la famosa cuestión que planteaba la ciencia estructuralista, sobre la sujeción del sujeto, es decir, si el sujeto está sujeto por su lenguaje y no puede liberarse del mismo y denunciar el mal que lo habita, se trata, entonces, de ir hacia el ser. De volver al Abraham, cuyo sentido etimológico es, precisamente, éste. Pero se entiende que, desde el punto de vista mostrado por Sábato –no muy lejano en esto del heideggeriano- este camino al ser pasa lógicamente por

a su desgraciada posición económica, cultural, donde podríamos fijar la lucha del hombre por abrirse a la trascendencia, a lo divino y no en su imposición.

un cuestionamiento del lenguaje de la realidad y las leyes de la misma que es lo único que puede permitirle al pueblo judío y a la humanidad leer la historia de nuevo, al revés y poniendo atención, precisamente, en los lapsus, elipsis y silencios del lenguaje: el porqué del olvido. Operación que supone, en definitiva, como lo entendiera Levinas, interrogar al Ser que habla a través de los textos, al lenguaje que nos configura y hace, pero también el que nos pervierte y abusa de nosotros, el que nos ofrece un rincón espiritual en esta tierra, una patria, un padre común a cada raza de hombres más allá de las fronteras de cada país pero también el que nos separa de las demás razas y nos aleja de observar la realidad que se esconde más allá de los cielos y la tierra. Porque lo que Sábato pretende en esta aventura hacia los límites del ser, en su recorrido directo y sin ámbages hacia la palabra como garante del “ser”, el mal y la ley o el testigo, sacerdote, político o pueblo que la porta es permitir lo que Abraham no pudo hacer, al contrario que Cristo, cuando fue tentado por la voz de su Dios: rechazar la posibilidad de matar un niño porque un Dios por poderoso que sea, el diablo, lo solicite. Pues, en realidad, como el profesor Gandulfo sabrá, es ésta la forma que tiene el diablo de hacerse con el “ser” de Abraham, del pueblo judío que se quiere símbolo de toda la humanidad y realizar un pacto de funestas consecuencias dentro de la cultura occidental –como saben bien los americanos– que le llevaría a implantar su reino único: “eligió a uno de los representantes de” la raza judía “como portavoz terrenal. Jehová le dice a Abraham: haré de tu nación una nación grande, deslumbrándolo de ese modo y ganándose su voluntad. (...) ese engaño sirvió para establecer el vínculo entre Israel y Satanás, vínculo que se ha conservado a través de los siglos por medio del pacto de la circuncisión, de la liturgia y de otros mandatos luciferinos, como la pascua por los sucesos de Egipto”.¹⁵

Ésa es la tarea que, implícitamente, lleva encomendada toda la literatura de Sábato: interrogar la voz que habla al hombre antes de ser castrado por la ley de la realidad y le suplica que mate a sus hijos para adquirir todo el poder de este mundo y, sin levantar el arma asesina como Caín frente a ella, decirle no. La palabra del rebelde. No. De todo hombre libre y, según Lacan, la primera sílaba que hubo de

¹⁴ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 786.

¹⁵ *Ibíd*, pág., 781.

decir un hombre en el confín de los tiempos para comenzar a escribir la otra historia, la historia oculta y borrada de los textos canónicos: en definitiva, la lucha de la teleología de la liberación por la que Sábato toma partido de manera definitiva en **Abaddón**.

Por ello es que Sábato no abusa en toda su medida del género policiaco ni la idea de laberinto que forjan gran parte del conglomerado narrativo de la Argentina durante el siglo XX. En realidad, no lo necesita en cuanto su investigación a través de toda la realidad argentina queda despejada gracias a la confesión de Castel, la de Fernando Vidal Olmos y la explicación mayéutica, pedagógica final del profesor Gandulfo: el culpable de los asesinatos, del mal y el terror impartidos por el mundo que es lo que deben descubrir todos sus personajes y la humanidad para –en este caso– no poner un fin a la historia sino permitir que la misma continúe, es Jehová, Yahvé, Yaldabaot o cualquier hombre, estado o religión que considere conocer el verdadero nombre de Dios. Y es el mismo detective –lo que atestiguaban Castel o Fernando Vidal Olmos o el mismo Che Guevara– quien cae, finalmente, abatido por el culpable contra el que pretendía luchar cuando no es capaz de revertir la piedra cainita en piedra sabia, mansa, calma y de paz, pero sumamente hiriente, hasta el punto de hacer, al fin, caer a Satán de los cielos, sin disfraz ni treta alguna bajo las que camuflarse, que es la obra de arte. Y esto lo comprendió de manera clarividente Gandhi, a quien Sábato admirara expresamente,¹⁶ cuando construyó su revolución en la India, pues al poner el énfasis en el cuerpo como trampa, encierro u objeto de consumo y resaltar su innegable dimensión espiritual, permitió construir aquella obra de arte impensable hasta entonces que fue el alzamiento contra el Imperio británico al que le debemos sin duda la más diabólica reencarnación que el judío errante ha

¹⁶ Más allá de los signos de admiración que dedica el escritor argentino a Gandhi tanto en entrevistas como, por ejemplo, en **La resistencia**, lo que es cierto es que, como pone de manifiesto el mismo Gandhi, su filosofía y modo de actuar está muy cercano a la gnosis, en la medida en que ubicó la verdad y su búsqueda como requisito fundamental para construir un ser humano verdadero. Señala Gandhi en **La voie de la non-violence**. Traduit de l'anglais par Guy Vogelweith. Ed. Gallimard. Imprimé en Barcelona. 2004, pág., 103: “Por instinto, es la verdad y no la no-violencia lo que ha atraído. Como lo ha dicho justamente una vez un monje jaina, yo no soy tanto un seguidor de la no-violencia que de la verdad. Según él, yo ubicaba la verdad antes de la no-violencia porque yo era capaz de sacrificar las exigencias de una a las de otra. De hecho, es buscando la verdad que yo he descubierto la no-violencia. Según nuestras escrituras, no hay dharma más elevado que la verdad”.

conocido hasta ahora: el hombre de negocios que no conoce tierra alguno porque su patria está donde se encuentra su capital que está en todas partes y ninguno y que se extiende y propaga como las caídas y las subidas de la bolsa hasta configurar un lenguaje que se presupone neutro como el científico pero es, asimismo, diabólico, hijo de una ley a la que nadie puede ponerle freno, que va disponiendo el progresivo acomodo o nuevo desterramiento de los ciudadanos de este mundo.¹⁷ Pues, en suma, tanto el hombre de negocios como el judío y el cristiano errantes son hombres para los que no existe la eternidad sino el tiempo medible y cuantificable, el hecho científico positivo medido y regulado hasta sus últimas partes, y es lógico entonces que no dispongan de reposo alguno ni observen heroicidad en el hecho de detenerse a dar de beber al herido. Toda su lucha está, como la de los conquistadores judeo-cristianos llegados a la Argentina, sustentada en el deseo errado y torcido, lejano al verdadero deseo de los alquimistas, de conseguir que el tiempo sea oro. No sólo el tiempo sino el espacio y el bosque que es talado y luego reconvertido en otra forma o el agua que es dorada como la de la leyenda americana o es de plata excrementicia en Argentina a tono con el marfil o el metal de las torres arcaicas mesopotámicas. Es, por tanto, como vimos en el capítulo dedicado a Fernando Vidal Olmos, un deseo de vestir toda la realidad con la túnica aurífera del Adán, puesto que todo es objeto de cambio y uso e intercambiable, ya no por un sistema de trueque o de dones y almas que se entregan y se corresponden, sino por el objeto oro, dinero que es, en suma, el verdadero ídolo y ley implícita impuesta en el Sinaí:¹⁸ si cumples los 10

¹⁷ Nos dice Sábato a tono con las reflexiones sobre el desterramiento de Heidegger y Sloterdijk: “Cuando la cantidad de culturas relativiza los valores, y la “globalización” aplasta con su poder y les impone una uniformidad arrogante, el ser humano, en su desconcierto, pierde el sentido de los valores y de sí mismo y ya no sabe en quién o en qué creer. (...) En nuestro país son muchos los hombres y las mujeres que se avergüenzan, en la gran ciudad, de las costumbres de su tierra. Trágicamente, el mundo está perdiendo la originalidad de sus pueblos, la riqueza de sus diferencias, en su deseo infernal de “clonar” al ser humano para mejor dominarlo. Quien no ama su provincia, su *paese*, la aldea, el pequeño lugar, su propia casa por pobre que sea, mal puede respetar a los demás”, en Sábato, Ernesto. **La resistencia**. cit, págs., 52, 53 y 54.

¹⁸ No está de más volver a repasar una parte del extracto *Advertencia a los que quieren ser ricos* de Benjamín Franklin que observa Nacho en el despacho de Pérez Nassif para comprobar cuál es la ley del judío errante: “Piensa que el tiempo es dinero. Piensa que el crédito es dinero. Si alguien deja seguir en mis manos el dinero que le adeudo, me deja además su interés y todo cuanto puede ganar con él en ese tiempo. Se puede reunir así una suma considerable si un hombre tiene buen crédito y sabe hacer buen uso de él. Piensa que el dinero es fácil y reproductivo. El dinero puede producir dinero, su descendencia puede producir a su vez más dinero, y así sucesivamente. Cinco chelines bien invertidos se convierten en seis, éstos en

mandamientos de la ley tendrás oro, serás justo y premiado y recuperarás el becerro perdido, caído, que tanto deseas y tu “daimon” se mezclará y se confundirá con él, pero sólo cuando me adores a mí, al único Dios posible que atestigua su bondad y sus verdaderas ambiciones, de las que absolutamente nadie pueda dudar, pues te concedo estos mandamientos por los que debes velar día y noche aunque esto te lleve a matar por defenderlos y, por tanto, a traicionarlos.

Por ello, además de para rescatar la naturaleza indígena, era tan importante el signo pintura en la obra de Sábato, porque el hombre del lienzo, gracias a su mirada interior, es capaz de intuir y mostrar, (y sería muy válido para verificar esto, repasar ahora la lecciones estéticas sobre la visión espiritual del arte donadas por Benjamín,¹⁹ Baudelaire y que eclosionan de manera directa en la obra de Paul Klee y el famoso tratado de Kandinsky)²⁰ a sus contemporáneos, una otra dimensión de la realidad. El

siete, y así progresivamente hasta alcanzar las 100 libras”, en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 602.

¹⁹ Nos indica, por ejemplo, Benjamín en su artículo *Grandville o las exposiciones universales* caracterizando la ley del comercio propia del judío errante -descendiente directo de Yahvé enlazado con Saturno según las leyes de lo esotérico- en un texto válido para observar la fetichización que la sociedad contemporánea progresivamente fue haciendo del espíritu: “Las Exposiciones Universales edifican el cosmos de las mercancías. Las fantasías de Grandville transportan al universo el carácter de mercancía. El anillo de Saturno se convierte en un balcón de hierro colado en el que los habitantes del planeta toman el aire por la tarde. (...) La moda prescribe el ritual según el que el fetiche que es la mercancía quiere ser venerado. Grandville extiende esta pretensión a los objetos de uso cotidiano, igual que al cosmos. Al perseguirlos hasta sus extremos, destapa su naturaleza. Esta consiste en su oposición a lo orgánico. Acopla el cuerpo vivo al mundo inorgánico. En lo vivo verifica los derechos del cadáver. Su nervio vital es el fetichismo que está sometido al sex-appeal de lo inorgánico. El culto de la mercancía le pone a su servicio”, en Benjamín, Walter. **Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II**. Traducción de Jesús Aguirre. Grupo de Ediciones Santillana.S.A. Madrid. Tercera edición: mayo de 2001, págs., 180 y 181.

²⁰ Dice Kandinsky en reflexiones afines a Sábato en **Sobre lo espiritual en el arte**. Traducción de M.Trento. Ediciones Libertador.S.A. Buenos Aires. 2003, pág.,121: “En los períodos de ideas materialistas, y como consecuencia de ellas, de ateísmo y fines exclusivamente prácticos, que entumescen a un alma abandonada, emerge la postura acerca de que el arte en sí no fue dado a la humanidad con ningún objetivo preciso, sino que es gratuito; que el arte existe sólo por el arte(L’art pour L’art). El lazo existente entre el arte y el alma sobrevive como anestesiado. No obstante, pronto hay una revancha para esta situación: el artista y el espectador (que dialogaban espiritualmente) ya no se comprenden; éste último le da la espalda al primero o lo considera como a un hipnotizador de destreza e imaginación admirable. En primer término, el artista debe tratar de modificar la situación, asumiendo su obligación frente al arte y frente a sí, abandonar la postura hegemónica de la situación y subordinarse a designios más altos, teniendo importantes, precisos y sagrados deberes. El debe educarse y sumergirse en su propio espíritu, cuidándolo y alimentándolo de modo tal que su talento externo tenga qué vestir y no sea como el guante extraviado de una mano desconocida, una impostación de mano, vacía y sin significado”.

signo fuego y el color oro, el sintagma lluvia y su correspondiente agua, el cielo y el infierno, el paraíso y la tierra, quedan ilustrados en su radical impostura para poder dar cuenta de la otra realidad, la interna, que es la que habría de imponerse si el hombre no fuera esclavo de ley alguna. Es la realidad que se encuentra más allá de los colores con las que podemos representarla en este mundo y, tan cercana como lejana a los de la pintura, que son ya colores de verdad y de búsqueda y, por tanto, comienzan a abrir el círculo diamantino donde se recoge todo futuro divino que es el de la creación, y nuestra vida se hace presente con los “otros” prometiéndonos una inmortalidad que es la más valiosa, pues no se puede comprar con dinero alguno, no se puede expresar. Es el signo divino que es inconfesable, intransferible e inexpressable pero que, a la vez, puede hacerse cuerpo, pan y vino en la orgía dionisiaca que es el hombre que en lucha con la materia y trascendiéndola, finalmente, puede nombrar la realidad. Darle un nombre. Concederle un ser, despejar su ánimo, ensuciada por los colores a través de los que el ojo contempla la realidad y el lenguaje intenta aprehenderla y hacerla operativa, para llegar a sentir una “presencia”, un “ente” cercano a la idea de reminiscencia platónica que atestigua un presentimiento de la primera luz, de lo divino. Es el signo bisonte impreso sobre las cuevas de Altamira, el signo huella que persigue Robinson en la isla de Juan Fernández, el signo “otro” y es una prueba más del porqué Cristo no necesitó de escritura alguna para atestiguar su mensaje. Porque al Dios, al sexo y la muerte, los tres grandes misterios de la vida, se llega a través de la inconsciencia, son irrazonables, inexplicables, sensitivos e únicamente podemos llegar a ellos a ciegas. Sí. Hace falta ser un ciego para llegar al verdadero sentido de la revelación divina. Para pasar el signo material oro que confundió a los conquistadores y a tantos científicos, incapaces de comprender el verdadero renacimiento espiritual, que la obra alquímica atestiguaba.

Y ese es otro de los sentidos de la obra de Sábato concluida en **Abaddón**. Es necesario estar ciego para ver el reino verdadero de la luz, para conocer. Es necesario haber caído en el tiempo y estar en las tinieblas y aceptarlo para llegar a mirar las profundidades del tiempo eterno y la obra primigenia y sepulcral cuyo secreto conocían los alquimistas. Es el rebelde, el Edipo furioso observando al fin lo

equivocado de su percepción de la realidad y, en libertad, castrando su mirada, quien formula un tácito pacto entre la realidad y el deseo. Entre la realidad del hombre encadenado y el deseo de volver al origen. Un origen que, una vez que Edipo ha cerrado sus ojos por su propia voluntad o Caín ha dicho no a la ley de Yahvé, sabe que ha de buscar en otra parte, en otro lugar. Porque el destino de Caín, como el del pueblo argentino, puede ser anonimato, vagabundeo y exilio terrestre, pero, a la vez, representa una oportunidad única: atestiguar la verdad absoluta que rige la mentira, la voz que dicta la realidad y su ley para señalar que una vez que ni el cielo es oro ni la tierra excremento, al ser humano y no sólo al pueblo argentino, únicamente le queda la posibilidad de tender la mano al otro hermano, dar agua al Cristo o a quien nos lo pida pues, en suma, todos somos hijos de Dios, y comenzar el mundo desde sus cimientos; esto es, la creación.

Porque ésta es otra de las tentativas por las que sospecho que Sábato ubicaría el tema alquímico en **Abaddón**. Para mostrar a tantos personajes de su obra, a él mismo, acaso confundido por la valía de sus creaciones, a Bruno interrogándose por el destino del arte o aquel remoto y querido muchacho que son todos sus lectores -y no importa el espacio y el tiempo ni el lugar desde donde se lea su mensaje- que es a partir de la creación individual (el tiempo eterno de la obra de arte) y la creación colectiva (el tiempo presente del encuentro con el “otro”, del perdón, y la paz de las almas que gritan Aleluya en Jerusalén a la llegada del Cristo), desde donde se construye la verdadera vida. Desde donde se comienza a construir un país, alejado de la espiral violenta que conducirá a la muerte de Marcelo Carranza o las luchas capciosas que antes observamos, entre abelitas y cainitas en el fuego cruzado sin tregua alguna que caracterizó la vida de este país en la década de los 60 y los 70.

De hecho, la vía alquímica en su sentido iniciático-simbólico como la de Hermes Trismegisto o gnóstico como la de Arnaud de Villeneuve,²¹ la logia de los Rosa Cruz o el místico Fulcanelli –encarnado, como muchos críticos han destacado,

²¹ Como nos indica Jean-Paul Corsetin en **Historia del esoterismo y de las ciencias ocultas**. cit, pág., 137: “Arnaud es el primero en haber comparado la crisopeya (trasmutación de los metales en oro) con la vida, la pasión de Cristo y su resurrección”.

por Molinelli en **Abaddón** y cuya identidad verdadera se sospecha que se correspondería con la de uno de los autores de **Le matin des magiciens**, Jaques Bergier- en principio, debería alejarse, como todo arte o gnosis, de atestiguar el principio material o ponerlo en primer plano. El oro al que se llega a través de la rosa inmortal de la creación no es el oro que envolvía las túnicas de Adán y Eva en el paraíso a través de las que el diablo los embelesaba y enjaulaba. Al contrario, es la vida trascendente que surge en la realidad a partir de la creación y que muestra el otro oro: el que hay tras la existencia que no es la vida eterna sino la vida del aquí y ahora vivenciada como religación trascendente con otro tiempo que indica la posibilidad de leer los signos y símbolos del cielo, como de la tierra, a partir de la senda marcada por el corazón purificado y puro, portador del fuego que derrite todo hielo y puerta de entrada al conocimiento y que desvela los secretos ocultos de la creación sin necesidad de texto alguno. La cruz, por tanto, no es signo de dolor sino de liberación gracias a la aceptación de la caída y la responsabilidad asumida del hombre de ser portador de los destinos del mundo. La cruz es signo de integración de contrarios y la rosa, el fruto creativo que nace cuando el Caín en vez de arrojar la piedra asesina sobre su hermano Abel, la carga sobre sus hombros como Sísifo, como todo hombre consciente, para entregarse a su destino, a la ley del círculo planetario y cosmológico por el que rueda el Sísifo responsable, antes de detenerse para escribir con el sacrificio y el sudor con el que sostiene el mundo, su vida, la vida material y la espiritual, Eva y María unidas que es la vía de la creación. Pues, para el alquimista, que es un gnóstico sin escepticismo y, en el fondo, lo que –aún por más oscuras y ténebres que sean las obras producidas– es todo artista, Abel es luz y Caín es noche en la medida en que hay un sol y una luna que rigen el tiempo diurno y nocturno y el secreto de toda vida, consiste en la unión de ambas partes. Es afirmando el cielo en la tierra y la tierra en el cielo como el hombre puede superar las barreras de lo consciente y lo insciciente que anuncian el hombre nuevo por venir y que prefigura la era de Acuario: aquella en la que los mayores exiliados, parece sugerirnos Sábado, serán quienes se rijan únicamente por la ley, sus portadores, y no los hombres que se decidan a hacerla girar, modificarla, en suma, crearla de nuevo que serán los grandes beneficiados de la nueva era aún por construir. Esa es la vía de la alquimia. Y la del gnóstico Sábado. La del rescate. El rescate del ser humano aún y a pesar de la ley que

lleva a Caín, en un momento de desesperación y locura pero de lucidez a intentar lavar la falta cometida contra su hermano Abel, teniendo un hijo con su madre, Eva, Seth, que, hijo del incesto, de un asesino pero también de un arrepentido creativo dispuesto a pedir perdón, es capaz de construir una nueva vía por la que el deseo y lo imaginario, el tiempo de la locura, la pasión y la vida se imponen a la realidad antes de que el Padre tiránico de la ley aparte para siempre a los hombres de su deseo originario: hacerse uno con la luz original, el verdadero oro y vida eterna al que lleva la vida absoluta y total de la creación.

Y si se nos puede acusar de estar disgregando demasiado el discurso, y esta afirmación puede ser considerada como válida, en verdad, he de resaltar que si lo estoy haciendo es para que comprendamos hasta qué punto estas realidades, negadas más tarde por la ciencia, en Occidente, ayudaron a construir la morfología de América y ofrendar un carácter definitivo a los personajes de las novelas de Sábato. Además, está el hecho -y para ello basta, de nuevo, revisar **Le matin des magiciens**- de que, por ejemplo, la fisionomía del átomo está regida por su ascendente saturnal, el fuego explosivo que en su combinación con Marte, por ejemplo, da lugar a la realidad bomba atómica a partir del descubrimiento de las propiedades del neutrón. De hecho, el átomo tiene la misma forma física que el planeta Saturno a quien se ha identificado simbólicamente con el tetragrama que luego nombrará al Dios de los judíos y es, por tanto, desde aquí, desde el usurpador uso de la ciencia alquímica y las artes hechiceras o la magia utilizada por los distintos gobiernos y hombres por poseer el secreto de la vida que es afirmar la potencia maligna desde donde -lo hemos dicho anteriormente- el mal toma un sentido metafísico y real contra el que se puede combatir. Desde este punto de vista, el mal ya no angustia porque se lo comprende y se puede comenzar a construir la ética de la responsabilidad demandada por Sábato o, mismamente, Andrei Tarkovski, a los ciudadanos de este siglo para que este mundo no se autodestruya. El mal pasa a ser una barrera contra la que el hombre ha de enfrentarse de manera física y metafísica, casi epopéyica y heroica, una vez que el heroísmo recae en el ciudadano, o el hombre concreto: el verdadero héroe sabatiano.

Y siguiendo con el tema de la brujería o la alquimia, en su sentido negativo, se comprenderá ahora por qué tantos jefes de gobierno, Hitler y sus secuaces o, mismamente, Stalin, se rodearon de hechiceros a los que denostaban en la vida pública pero de cuyas peticiones y consejos no podían desembarazarse. Porque, en muchas ocasiones, gracias a la lectura de los signos astrales, podían o querían observar con mayor precisión cuál era el momento adecuado para consolidar su tiranía o la nueva jugada estratégica pensada con el fin de consolidar su poder. Basándose en un ciclo de tiempo mítico y una historia arcaica opacada, las potencias del mal despertaban los textos sellados por el tiempo y la historia para abrir el paso a sus fantasmas, dialogaban con los espíritus de las tumbas profanadas y les prometían la vida, para alcanzar el poder terrenal. Gracias a las astutas palabras de los consejeros, además, los estados políticos dictatoriales también creían hacerse con el dominio de los cielos, encerrando aún más a los ciudadanos en su caparazón.

Terminando, de una vez, el -confío- no demasiado farragoso bucle rizomático que hemos intentado trazar para dotar de sentido al tema astral en **Abaddón**, espero que ahora comprendamos mejor el porqué de mi afirmación primera. La presencia de Schneider y, Hedwig en **Abaddón**, -en la medida que nos habla de la asociación del mal y la magia astral o, al menos, el mal uso de la misma que es, como siempre, el uso egotista e interesado, y una vez que tantos desheredados del régimen nazi y stalinista pudieron llegar a Argentina-, me parece que preludia la llegada al poder de Perón acompañado de López Rega. Así, Schneider y Hedwig serían las fuerzas malignas que Sabato reconoce en su integridad, llegados a la Argentina para continuar y preparar el advenimiento del gran dragón, Perón, acompañado, obviamente, del hechicero y el mago que destapa ocultamente el sello del Apocalipsis desde el que se desliza Abaddón, el ángel de la muerte, que no tendrá piedad de una nación que permitió que hombres como éstos llegaran a presidirlos. Dragón que sólo podrá ser redimido con la fuerza de los inocentes, los infantes como Marcelo y los futuros desaparecidos de la historia argentina y tantos jóvenes muchachos muertos durante la guerra de las Malvinas.²²

²² Precisamente, es de destacar que el *Ouroboros*; el Leviatán, la pérfida serpiente del Edén, que identifica asimismo a Caín, se convirtiera en el emblema alquímico por antonomasia. Lo que

Creo que, efectivamente, se me podrá discutir la realidad de estas interpretaciones pero nadie podrá negar su posible pertinencia que es, por otra parte, afín en muchos puntos a la de Michèle Soriano.²³ En verdad, tanto López Rega como Perón habrían prometido volver a hacer brillar en el cielo del país argentino, de nuevo, el primer oro paradisíaco, ahora, en metálico y repartirlo entre todos los ciudadanos pero, como sabemos, los individuos que creen en un oro ganado sin sacrificio, que sueñan con el retorno al viejo Adán, terminan por apartarse de la serpiente del conocimiento, permaneciendo desnudos e ignorantes en una patria donde pueden ser manipulados y doblegados sin piedad. Lo intuyó Castel, lo supo Fernando Vidal Olmos y lo atestigua el Sabato personaje, refrendado por Gandulfo y ayudado por ese terrorista de la nueva era de Acuario que es Jorge Ledesma. Por ello es que escribe Sábado, para picar con su veneno veraz la curiosidad y el alma de los

no ha de extrañarnos. una vez revisitada la interpretación que la gnosis ofrece de este animal. Más tarde, el símbolo de la Serpiente se cambió por el del Dragón con un cuerpo hecho de luz y de oscuridad.

En el trabajo alquímico la primera fase es la putrefacción, (el cambio del color del mercurio), y se busca la muerte del dragón, pues sin este requisito no se puede llegar al estado de gracia buscado por el alquimista. Lo que atestigua de nuevo el porqué de la importancia del sacrificio de Alejandra y Marcelo o el propio Sabato en **Abaddón** o el signo dragón observado por Barragán en el cielo al que ya nos referimos en el anterior capítulo.

²³ Nos dice Michèle Soriano: “Schneider irrumpe, corta, provoca la crisis, el desdoblamiento, la vuelta de lo reprimido. Se manifiesta en tres momentos (históricos): después de la publicación de **El túnel**, después de la de **Sobre héroes y tumbas**, y durante la composición de **Abaddón**; es decir, está de vuelta en Buenos Aires en 72-73, después de una larga ausencia. (...) Las publicaciones de **El túnel** y de **Sobre héroes y tumbas** coinciden respectivamente con el primer gobierno de Perón y con la fase más violenta de la resistencia Peronista. Ya que se trata de descifrar y de buscar “signos”, no podemos descartar la “clave” de estos datos. Puesto que Schneider es uno de los nazis que “llegaron a las costas patagónicas, como en el caso de Eichmann y Mengele”, y que Perón “recibía alborozado a los jefes nazis que huían como ratas disfrazadas hacia nuestras playas encabezados por un asesino llamado Eichmann”, cómo dejar de cuestionar la tercera coincidencia... **Abaddón** se escribe, escribe su escritura, en el año 72 y a comienzos del 73, Perón ha vuelto a visitar el país en 72 y se prepara la campaña electoral que llevará primero al candidato peronista, Héctor Cámpora, a la presidencia, y luego al mismo Perón. Mientras crecen los conflictos sociales como los asesinatos de los aparatos paralelos de represión y las acciones de la guerrilla. (...) El cuerpo de Sabato, como el cuerpo de la nación (o el cuerpo de la civilización occidental que se refleja en el cuerpo de la novela) se desdobra (R., rata con alas) y lo invaden fuerzas oscuras, potencias malignas infiltradas. Esta metáfora es el único medio para mantener en el sujeto la no-contradicción orgánica, hasta en el más objetivo antagonismo. Funciona en el discurso liberal nacionalista, en la Doctrina de Seguridad Nacional, antes de transferirse en el seno del movimiento peronista: el cuerpo del Líder se desdobra, mediante el “brujo” López Rega, y a su enunciación “cifrada” responde la exterminación”. En Soriano, Michèle. **Ernesto Sábado, gnosis y apocalipsis: Estudio sociocrítico de Abbadón el exterminador**. op.cit, págs., 202 y 203.

ciudadanos de su patria para que, aunque duela, se animen a conocer la verdad: la única manera definitiva de poder plantar batalla y luchar contra el dragón furioso del mal, permitir que la era Piscis termine en tablas y comience a librarse una nueva batalla en Acuario.

Como sabemos, tanto el flujo de las estaciones como del día y la noche y los meses tiene un ritmo alterno y contrario en Occidente y América. Esto supone que la realidad americana, ha ser leída al revés de como se realiza la occidental. El significante está de una parte donde se encuentra el significado en la otra, lo que significa que mientras el carnero, o el aries es primaveral en Europa, en América se hace otoñal. O lo que es lo mismo lo solar se disuelve en nocturno y el fuego en agua. Como observamos, la interpretación astral da muchas de las claves por las que los argentinos, queriendo resucitar el Occidente en América, han fracasado como nación. Y construir un nuevo lenguaje que anteponga el mito al logos sin que el segundo deje de nombrar una realidad que ha de recrearse fantástica, como lo supieran Borges y Bioy Casares, para afirmar su realidad, es una tarea aún por hacer en la sociedad argentina. Asimismo, lo es conseguir y ensamblarse con el resto de Hispanoamérica y, creo que esto únicamente lo conseguirá, como pudiera afirmar Sábato, cuando acepte su destino exiliado. Cuando lo anteponga no como condición a partir de la cual lamentarse sino como una oportunidad de unir sus vías sanguíneas con el resto de hombres exiliados, la gran mayoría, que llegaron al continente americano en contra de su voluntad, para afirmar la proteica manera a través de la que la divinidad se ve reflejada en el tránsito y habitar de estos hombres por el continente americano.

Recuerdo un viaje que hice a Tucumán. Simbólicamente, en la capital donde se ratificara políticamente en 1816 la Independencia argentina, encontré un libro humilde, pero realizado con amor, sobre Sábato²⁴ y otro texto sobre el futuro astrológico de la Argentina. No puedo citar este último libro puesto que no lo compré dado que, en ese momento, no lo creí adecuado para el desarrollo de mi investigación. Pero sí recuerdo, y habré de citarlo de esta manera, al no tenerlo en mi

²⁴ Me refiero al libro de Alba Omil, **Sábato. Pensamiento y creación**. Ediciones del Gabinete. Secretaría de Post-grado. U.N.T. Tucumán. 1992.

poder, que en este libro ya se predecían bastantes de las catástrofes desestabilizadoras que habían sucedido en Argentina durante las últimas décadas. No sólo esto, el libro anunciaba un lustro de tranquilidad –que es el que actualmente está disfrutando Argentina después de su crisis y caída económica– para más tarde anunciar movimientos bruscos por venir a finales de esta década y, sobre todo, de la siguiente.

Como vemos, Argentina lejos de tener un futuro prometedor sigue, según su carta astral, unida al destino trágico de sus orígenes. Pero, si alguna lección positiva podemos extraer del recorrido astral que hemos hecho por la obra de Sábato, es la afirmación que cuando la era del Acuario revele su verdadero sentido, tal vez, estos bruscos cambios y accesos fortuitos que disuelven al individuo en el caos, tomarán otro sentido.

Todos lo sabemos. Lo anuncian los estudiosos de lo esotérico. Argentina puede aún y en el transcurso del tiempo ser el gran país que soñó ser, pero para ello debe construirse y pensarse a la inversa de como lo fue. En Argentina se encuentra Neuquén que se considera futura ciudad en la que, dentro de dos o tres siglos, se instalará una civilización poderosamente entretejida con lo americano y dispuesta al más amplio diálogo cultural. Existe Bariloche, la ciudad de los siete lagos. Y toda una naturaleza, no a la que doblar sino a la que comencar a conocer. No sólo existe Buenos Aires. Y mientras este futuro llega o se encuentra tan lejano que aún hoy es difícil imaginarlo, Sábato sólo encuentra una receta: la resistencia, la lucha. Es necesario que el hombre argentino comience a transitar esta vida con la mirada puesta en el otro cielo, el verdadero, sin importar lo duras que sean las condiciones de la realidad que nos ha tocado vivir. Para ello sirven los mitos, para ello sirven los sueños, para ello sirve la creación. El verdadero tiempo y país sin ley que afirma la vida. El país que podrá ser la Argentina cuando comprenda que es a partir de las crisis y la desgracia como puede forjar un cuerpo vivo y resistente a todo golpe a partir del cual afirmar esta vida desde su raíz. El camino que, a pesar de sus desgracias, está obligada a transitar. Que ya está transitando. Y es deber del padre occidental recordárselo. Un día el hijo será más grande que el padre, lo superará. Pero sólo porque él se habrá hecho carne con este mundo y el padre será ya un vetusto

anciano que sólo vivirá de recuerdos. Esos telares y museos que Castel quería destruir pero a los que hay que volver para atestiguar que no sólo los argentinos son extranjeros en Europa y América, como señalaba Victoria Ocampo. Todos los seres humanos lo somos, en la medida en que hemos sido arrojados a este mundo y la posibilidad que tienen los exiliados es la del nómada: el ser que habita dos lenguajes, el de la patria y el terreno visitado, sin llegar a ser ninguno de ellos y que, lejos de ser sujetados por ambos, es capaz de afirmar en su recorrido y por el mero hecho de su existencia, una voluntad superior a él.

Una voluntad que no es otra que la del lenguaje divino dispuesto a hacerse para y gracias a un hombre que para subsistir no tiene más remedio que abrirse al mundo y a su hermano para fabricar un lenguaje salvífico y de un oro más puro que el paradisiaco pues en él, -al no pertenecer a paisaje alguno- está implicado de manera mucho más radical, toda la existencia, toda la tierra y el signo espiritual grabado sobre ella. Una manera, como lo quisiera la alquimia, de transformar el tiempo del hombre en sagrado. Un acceso directo a lo sagrado y al tiempo que es oro que jamás podremos cuantificar ni calificar en su verdadero sentido y valor antológicamente trascendentes.

V.3. LOS LÍMITES DE LA LUCHA REBELDE: LOS REDENTORES.

“No atesoréis tesoros en este mundo, porque el óxido y la polilla los destruyen.
Cread vuestros tesoros en el cielo, donde no hay orín ni insecto que los demande.
Porque donde se encuentre tu tesoro, estará tu corazón.
Tus ojos son las lámparas de tu cuerpo. Si tus ojos son claros, todo tu cuerpo será brillante.
Mas si tus ojos fuesen oscuros, todo tu cuerpo será tenebroso.
Con que si lo que es luz en ti es tinieblas, ¿qué tinieblas no serán las que lo son?”.

El Evangelio de Taciano. 36,1-6.

No me parece pertinente dejar de lado un estudio, aunque sea mínimo, de la figura del Che, para comprender el cómo con él, la lucha de los rebeldes comienza a tener un sentido más ajustado y trascendente y su presencia en **Abaddón** permite que el mecanismo interno de la obra pueda seguir avanzando hacia su final. En realidad, tal y como yo observo la evolución de los personajes de Sábato, encuentro una correlación lógica entre la lucha cegada de Carlos y Castel, el camino que comienza a desbrozar Martín, más tarde la lucha más consciente del Che y, finalmente, la crítica figura de Marcelo. En el siguiente capítulo, intentaré demostrar por qué concibo que en el personaje Sabato se cierran todas las vías, diurnas y nocturnas, que se abrían en la narrativa de Sábato y nos conducen a enfrentar la posibilidad de la existencia del nuevo hombre. Pero esta tarea ahora debe centrarse en Nacho Guevara.

El caso es que, volviendo a insistir en esto, si seguimos leyendo **Abaddón** a ritmo de la historia argentina, debemos volver a centrar el advenimiento de ese dragón-dictadura de Videla que, de una manera simbólica, observa Barragán sobre el cielo de la cabeza defenestrada del gigantesco país argentino, además de en la tradicional división entre fuerzas abelistas y cainitas, en la manía neurótica de los ciudadanos argentinos por separarse del continente americano. En su no aceptarse como americanos. Por ello, me resulta muy esclarecedor que Sábato presente al Che Guevara y su lucha como un anticipo del nuevo tiempo que ha de llegar a Argentina que es el creativo y espiritual, y que sea, precisamente, el país argentino dentro de los americanos uno de los que más indiferencia haya mostrado a los actos de este argentino universalmente reconocido. Seguramente, porque de manera cegada, como hemos ido observando, el argentino no se siente americano y la lucha de este

argentino fue, primero, por la liberación del continente en su conjunto y, más tarde, del ser humano en su totalidad. Una lucha muy parecida a la de la teología de la liberación pero con las armas que es, realmente, el gran error cometido por el Che, la razón por la que murió joven y, por lo que seguramente, al contrario que la de Ghandi su lucha no ha cuajado universalmente como la de éste.

En realidad, es un error pensar que el Che tenía una intención crística. Él mismo se lo advertía a su madre, como nos señala Juan José Sembrelli: “El Che, que significativamente había escrito a su madre “No soy Cristo (...) soy todo lo contrario de Cristo”, terminó su vida como un Cristo, transformado en vedette de la muerte”.¹ Pero, en el sentido en que su lucha y rebeldía se basaban en la ley del corazón y, de hecho, lejos de desvincularse del continente americano al que tantos de sus compatriotas despreciaban, se desarrolló en muchos de los centros del corazón del continente americano, poniendo en riesgo su vida por los hermanos de otros países, sí que prefigura la figura crística o, al menos, le abre paso. Permite que el trasase Caín-Cristo pueda realizarse.

Así, tal y como lo podemos visualizar en la obra de Sábato, puede que el Che no sea el modelo final al que se haya de aspirar, pero desde luego, es una vía y un primer atisbo a través del que, clarivamente, se contempla cuál será la lucha, confiemos que sin arma alguna, que deberán antes o después con todas sus fuerzas realizar los ciudadanos argentinos por conseguir labrarse un destino feliz en América y encontrar un nombre propio. Además, el que el mismo Che supiera que su lucha era anti-crística ya permite vislumbrarlo como un ser humano, mucho más consciente de sus actos y posible ceguera, que otros antiguos revolucionarios o personajes de la obra de Sábato. En verdad, el Che da un paso adelante en el camino del anti-cristo enfrentado al demonio que era Fernando Vidal Olmos. Y si Fernando Vidal Olmos

¹ Sembrelli, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. op.cit, pág, 387. De hecho, como queda reflejado en la biografía de Paco Ignacio Taibo II, **Ernesto Guevara también conocido como el Che**. Editorial Planeta, S.A. Barcelona. Cuarta edición. 2000, pág., 52, al volver de su famoso viaje iniciático a América desde Argentina, Nacho Guevara escribirá en su diario: “Estaré por el pueblo y sé porque lo veo impreso en la noche que yo, el ecléctico director de doctrinas y psicoanálisis de dogmas, aullando como poseído, asaltaré las barricadas y trincheras, teñiré e sangre mis armas y, loco de furia, degollaré a cuanto vencido caiga entre mis manos”.

señalaba en su *Informe* la importancia que habría de tener, para los que desearan recorrer su peligrosa ruta, el seguir la vía del corazón pero aún no podía formularla en su totalidad o, al menos, únicamente atisbarla, si Fernando Vidal utilizaba la treta y el engaño para enfrentarse a la secta de los ciegos lo que lo hacía proclive a ser abducido por la misma, el Che Guevara que es capaz de desvelar socialmente cómo esta secta está arraigada en la sociedad y realiza su lucha de frente, en colectivo y de la manera más honesta posible viene ya a instaurar definitivamente la ley del corazón. De hecho, así es como lo caracteriza Juan José Sembrelli, siguiendo los dictados de la fenomenología hegeliana: “El Che configura un tipo humano ya analizado por Hegel en **Fenomenología del espíritu** en la figura de la “ley del corazón”, tal vez inspirada por Lord Byron. El hombre de la “ley del corazón” se apasiona por un ideal que sólo es valioso porque su corazón lo ha escogido como tal. Es el profeta de la humanidad; desde lo alto de la montaña o en el desierto desprecia al mundo vulgar porque no lo entiende o no es digno de él, incluso acepta inmolarsse para servir de modelo al mundo. Tampoco intenta demasiado para realizar su ideal, sino permanecer en la lucha porque sí, por azar, ese ideal triunfa, se convierte en simple acontecimiento común o en un orden tan corrupto como el que combatía. Por eso el hombre del corazón comienza, una y otra vez, la lucha, a veces contra el mismo sistema que contribuyó a formar. Sólo las causas perdidas importan a la ley del corazón, las causas triunfantes son “revoluciones traicionadas” que han profanado el ideal”. Así, continúa Sembrelli: “El hombre del corazón necesita un mundo hostil para luchar contra él, no soporta la realidad tal cual es, aun en el mundo revolucionado por él mismo. El hombre del corazón es el Che abandonando Cuba, cuyo curso ya no lo satisface, para empezar de nuevo, en el Congo, en Bolivia, siempre insatisfecho”.²

² Nos continúa diciendo en sus muy interesantes reflexiones sobre el hombre que impone la ley de su propio corazón, caracterizado, en este caso, en el Che, Juan José Sembrelli: “Al enfrentarse con el orden social, aun el predicado por él y contra todos los demás que intentan cambiarlo de manera distinta de la suya, el hombre del corazón cree ser mejor que todos, cae en el delirio de presunción. Aunque la realidad destroza permanentemente sus empresas, el corazón no admite su error y acusa a la misma realidad. La contradicción desgarrante del hombre del corazón es no poder vivir su ideal -que él mismo reconoce a veces como irrealizable- y tener que seguir viviendo en la sociedad que repudia. La utopía destinada a no realizarse no se

En realidad, creo que esto es lo que atrae a Sábato de la figura del Che Guevara, en primer lugar: la conciencia de su propia ceguera. Su sabia conciencia de la imposibilidad de huir de su “daimon” rebelde. El estar atrapado por el Caín asesino pero, al mismo tiempo, haber dotado de un sentido ético a esta lucha, haber buscado en lo más íntimo de sí las razones del levantamiento de las armas sin responder, en primera instancia, a través de la lucha violenta sino cuando la situación se lo demandase. Además, el hecho de haber llegado a levantarse contra los poderes dictatoriales, de haber hablado sin temor y haber denunciado el terror yahveísta norteamericano y occidental lo hace, lógicamente, valedor del afecto de Sábato en cuanto su lucha está fundamentada en unos parámetros teóricos fundamentales y esenciales para profundizar en el problema americano y el problema del mal y su ley, tal y como nos es presentado en toda su narrativa. Y, desde luego, su actitud fue bastante lejana a la de tantos ciudadanos con los brazos caídos y apáticos de su país, incapaces de emitir un lamento, entregados al miedo o, mismamente, de los grupos rebeldes, terroristas de la Argentina, tantas veces entregados a la lucha, por intereses económicos, mafiosos y egoístas y, absolutamente despreocupados, de una ciudadanía a la que pretendían representar y en la que sembraban el terror. Además, el mismo Che, en el momento en que pudo intuir que el mismo poder que ayudó a derrocar con su fuerza, como el de tantas revoluciones, podía degenerar y forjarse en los mismos defectos contra los que luchaba, no dudaría en huir, como lo hiciera en Cuba, de los entresijos del poder para continuar su lucha en otra parte, siempre con la mirada hacia delante y valerosa, con los ojos totalmente abiertos, precisamente, por la conciencia profunda que poseía de la ineludible contradicción humana debido a su constitución material. Y es esta actitud la que lo forja como el rebelde total, absoluto, cuya única batalla no vencida, como bien se podía deducir de las palabras de Sembrelli, es la realizada contra sí mismo y es la que, sin duda, lo ofrenda como símbolo, según Sábato, para toda la sociedad argentina. Porque el Che, al fin y al cabo, es un hombre que pone rostro y nombre a la lucha cainita y no pelea como Samael o Fernando Vidal, por imponer la dictadura de un nuevo “ego” igual o superior al de Yahvé sino, al contrario, por desbrozar e ir desgajando las capas del

diferencia al fin del delirio, porque vive de una ilusión en constante desacuerdo con la realidad”, Sembrelli, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. op.cit, 385.

“ego” hasta intentar formar una conciencia común de lo que supone una lucha auténtica por la libertad. Y en la medida en que es el hombre siempre en pie y alzado y denunciando el mal, y no es capaz de olvidar un instante la lucha y su deber para los oprimidos y la libertad, su figura es digna de la admiración de Sábato. Aunque bien es cierto que su figura está separada de la crística, en cuanto no es capaz de romper con la última capa de su ego violento, que lo igualaría a éste. Pero es que la misión del Che, y esto se encarga bien Sábato de que lo comprendamos, no podía ser ni fue ésta.³

Su misión era “despertar” la conciencia, volver a recordar la importancia de la lucha contra los poderes demoníacos exponiendo su conjura diabólica públicamente y recetar la imposibilidad moral de que Caín pueda reposar en paz, una vez que está obligado, a partir de su exilio, a denunciar una y otra vez la ley injusta de un Dios arbitrario del que ha de negarse, aunque esto le cueste la vida, a ser su esclavo. Y en esto desde luego, el Che avanza el camino a la definitiva transformación de Caín a Cristo, pues no está dispuesto a matar a sus hermanos para imponerse al Dios, o al menos a los partidarios de su lucha, como lo presenta Sábato en **Abaddón**, simbólicamente, a través de un tucumano, de rasgos indios que combatió junto a él, Palito. En realidad, no únicamente a sus partidarios sino a los seres indefensos del ejército contrario: “Cada vez que hacíamos un alto o cuando nos reuníamos a comer algo alrededor de una fogata, siempre nos hablaba, enseñaba cosas. (...) Un guerrillero no debía saquear jamás una población, no debía maltratar a su gente y mucho menos a las mujeres”.⁴

³ Nos indica el escritor argentino de las intenciones últimas de la lucha de Guevara: “En suma, pienso que combatió y murió por una convivencia en que los hombres sean verdaderos seres humanos, con la altísima dignidad que les corresponde, rescatados por fin no sólo de la alineación económica provocada por regímenes explotadores, sino también de esa otra alienación, más sutil y tremenda, porque es capaz de perdurar más allá de una equivocada revolución social que es la alineación científica, la que está conduciendo el mundo a una monstruosa maquinaria de robots”, en Sábato, Ernesto. *Homenaje a Ernesto Guevara* dentro de **Obra Completa. Ensayos**. op.cit, pág., 674.

⁴ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 693. A modo de ejemplo, ubicamos otra historia ejemplar sobre la vida del Che y su actitud frente a sus enemigos, tal y como nos es narrada por Palito en **Abaddón**: “-La emboscada de Ñancahuazú, la primera vez que tuvimos que combatir. Tomamos bastantes prisioneros, entre ellos a un mayor Plata. Daba vergüenza verlo acobardado. Sus propios soldados nos pedían que lo fusiláramos, porque era un hombre despiadado. Les sacamos la ropa a los soldados y les dimos ropas civiles. Curamos a los

Pero en el sentido en que debe usar las armas para imponerse al legado abélico de los poderes cegados terrestres, es cierto que el Che no puede terminar y completar el círculo crístico. Únicamente puede anunciarlo en el horizonte, en el sentido en el que el Che, como todo revolucionario armado, o como el mismo Nietzsche abrazado a la pistola de sus palabras, aún no pudieron atisbar el último horizonte legado por la figura de Cristo a los hombres y que toda gnosis revela con claridad. Es decir, el Che puede intuir la forja del hombre nuevo pero aún no puede encarnarlo, porque para llegar a este nuevo concepto del ser humano, primero ha de realizarse por completo la travesía crística, tal y como nos refiere de sus pensamientos Palito en **Abaddón**: “El hombre nuevo (...) Nos dijo muchas cosas sobre el hombre nuevo. (...) él hablaba como si se tratara de algo diferente, de algo grande que habría que encontrar un día, o construirlo”.⁵ Pero, a la vez, como hemos resaltado, gracias a lo honesto de su actitud, la imagen mítica de su figura que recibe Marcelo Carranza a través de los labios de Palito, permite que éste encuentre un referente último -dentro de una sociedad falto de las mismas como la argentina- que le concederá las fuerzas necesarias para ofrendar su vida en beneficio de sus compañeros, no delatarlos y llevar a cabo el sacrificio final que ofrenda, finalmente, en **Abaddón** para terminar de establecer la figura crística. La víctima expiatoria que salva a toda una comunidad como ya antes lo había hecho Martín con su inocencia y que da sentido a las dudas y preguntas constantes de Bruno sobre el porqué de la escritura y el arte. Nos dice Ernesto Sábato: “Ernesto Guevara no ha muerto por una simple elevación del nivel de vida material en los pueblos miserables. Para mí (...) murió por un ideal infinitamente más valioso, por el ideal de un Nuevo Hombre. Lo que supone, claro, la lucha contra la miseria de los pueblos oprimidos; pero que en última y hasta quizás en primera instancia implica una nueva forma de convivencia, una Comunidad en que no sólo los bienes materiales estén asegurados para todos los

heridos y el Inti les explicaba nuestros objetivos, porque el Che tenía que disimular su presencia en Bolivia. Y les explicamos que no matábamos enemigos prisioneros. Así que a aquel individuo lo tratamos como el Che nos había enseñado: como un ser humano, con dignidad y respeto”. *Ibíd*, pág., 695.

⁵ *Ibíd*, pág., 694.

seres humanos, sino una Comunidad que sea precisamente eso: una comunión, un entrañable vínculo de hombres libres, una colaboración de personas dignas”.⁶

De hecho, el Che Guevara hizo un rescate de la figura de Caín y de los chivos expiatorios de la sociedad, como pocas veces antes se había visto en América, y, en este sentido, es natural que gran parte de la izquierda argentina identificara su lucha, aun en contextos diferentes y por motivos diversos, con la de Evita, mujer de la que, como vimos, Sábato era si no ferviente admirador sí bastante respetuoso y comprensivo. Precisamente el Che, cuyo poder, respeto y voz pudieron haber sido utilizados para forjar depuraciones a gran escala o gestos terribles, si algo tuvo claro era la necesidad de -para forjar una América libre que Sábato quiere unida a Argentina- resaltar o poner en primer lugar de toda lucha la figura del agricultor, el campesino. Es decir, el Caín vejado una y otra vez por los poderes abélicos, no ya de la Argentina, sino, muy a tono con el sentido del mal universal que presenta Sábato en **Abaddón**, de América.

Así, por ejemplo, lo dejaría el Che transcrito en uno de sus múltiples textos, que ubicamos aquí, para comprender cómo toda la morfología de **Abaddón** está íntimamente relacionada: “La situación campesina en las zonas agrestes de la serranía era sencillamente espantosa. El colono, venido de lejanas regiones con afanes de liberación, había doblado las espaldas sobre las tumbas nuevas que arrancaba su sustento, con mil sacrificios, había hecho nacer las matas de café de las lomas empinadas donde es un sacrificio el tránsito a lo nuevo; todo con su sudor individual respondiendo al afán secular del hombre por ser dueño de su pedazo de tierra; trabajando con amor infinito ese risco hostil al que trataba como una parte de sí mismo. De pronto, cuando las matas de café empezaban a florecerse con el grano que era su esperanza, aparecía un nuevo dueño de esas tierras. Era una compañía extranjera; un geófago local o algún aprovechado especulador inventaba la deuda necesaria. Los caciques políticos, los jefes de puesto trabajaban como empleados de

⁶ Sábato, Ernesto. *Homenaje a Ernesto Guevara*.op.cit, pág., 674.

la compañía o el geófago apresando o asesinando cualquier campesino demasiado rebelde a las arbitrariedades”.⁷

Así, podemos comprender que si tanto la presencia de Schneider y Hedwig preludian de una manera simbólica, la llegada de quiromante López Rega que abre el camino al dragón cuyo fuego extiende sus rugidos por Ezeiza el día del regreso a Perón a Argentina, son estas mismas fuerzas, metamorfoseadas de distintas formas y bajo distintos vestidos diabólicos como las fuerzas del capital extranjero contra quienes realiza su lucha Guevara, las que, a su vez, atacan y se conjuran contra Sabato para que éste no pueda dejar testimonio de su presencia en **Abaddón**. Y, de hecho, si hemos de entender cómo concebía el Che –demonizado por la Cía- en el simbólico texto anteriormente transcrito, la llegada de los flujos del capital, se comprenderá aún mejor el porqué ubicamos, entre otras imágenes, para comprender el destino del pueblo argentino y el americano, la metáfora del judío errante. O el porqué la contrapusimos a la de Caín.

Porque, y ahora creo que estamos en condiciones de comprenderlo en toda su dimensión, el judío errante es penalizado no por el acto en sí –de dimensiones simbólicas innegables– de negar el agua y asiento al caído, a la víctima, obligando al expulsado y al herido de la sociedad, al humillado y antes entronizado como rey en la misma, Jesucristo, a cumplir hasta sus dimensiones últimas más dolorosas su rol de chivo expiatorio. Es penalizado, como lo fuera todo Occidente con la explosión de las dos guerras mundiales, los judíos perseguidos tras haber provocado la guerra en la primera Jerusalén, o el país argentino con su delirio totalitario, por haber clavado como una espada en el corazón la ley. Es castigado –y ésta es una pena que él mismo se provoca a sí mismo más que un castigo divino– por haber llevado hasta tal punto la interpretación del texto (en este caso, el bíblico) y su ley, que es incapaz de compadecerse de un caído. Es un hombre absolutamente ciego para reconocer la posibilidad plural de la existencia y de los diversos nombres de Dios hasta tal punto que cuando un hombre se reconoce hijo de Dios, y quiere hacer partícipe de este destino a todos los hombres, le niega su ayuda y lo condena al suplicio. Y por ello, tal

⁷ Del artículo *¿Qué es un “guerrillero”?* (1959) extraído de la página web www.marxists.org.

y como podemos extraer de la lectura de la obra de Sábato, de la lucha de tantos sus héroes por derrocar la ley, la cultura judía lo pensó símbolo positivo: porque la desgracia de este judío permitía justificar y poner de manifiesto asimismo, lo injusto de la nueva ley del corazón que pretendía implantar Cristo y supone una justificación implícita de la ley mosaica. Es, en realidad, una manera de eludir la visión simbólica que ofrenda la gnosis sobre la vida de Cristo y de continuar haciendo partícipe de su principio de la realidad, a través de la ley, al mundo. Procedimiento que, más tarde -como ya hemos resaltado en muchas ocasiones- cometiendo el mismo error, realizarán los cristianos, el catolicismo llevará hasta su paroxismo y el protestantismo utilizará astutamente para justificar la visión mercantilista de las sociedades en que nace y se desarrolla.

De hecho -y aunque parezca lo contrario, en primera instancia, y tras una lectura rápida de su figura- el judío errante es, ante todo, el hombre de la ley hasta tal punto que, incluso en su destierro, al contrario que Caín, la porta consigo e intenta imponerla o regirse por sus mandamientos en la medida de lo posible. Y es que el enfrentamiento que se produce entre el judío errante y Cristo es el que se produce entre el hombre que se niega a interpretar la ley, es incapaz de modificarla y acaba participando de la conjura demoníaca, y, por tanto, encadenándose a la tierra, a su viaje por la misma en la que no puede, asimismo, encontrar más apoyo que las fuerzas materiales y, por supuesto, está obligado a desconfiar, como el cristiano errante llegado a América, de cualquier compañero o brazo amigo luego que, en su visión de la realidad, se ha negado a interpretar el texto. Al contrario, lo ha convalidado sin preguntarse un porqué apartándose, por tanto, del milagro y alejando para siempre la posibilidad de llegada de un tiempo mesiánico que es, eternamente anhelado y deseado pero que, lógicamente, nunca puede llegar pues ha sido negado desde su misma raíz o posibilidad. O no, en la medida en que, equivocadamente, se entiendan las riquezas y la acumulación de capital como una prueba máxima de que ese tiempo mesiánico ha llegado, al fin, para los justos poseedores de la riqueza. Aquellos hombres, como lo entendiera la cultura protestante -a quien no en vano, se le ha asimilado, aun de manera a veces indiscriminada, simbólicamente, tantas veces, con la figura del errante judío- para quienes la posesión de la riqueza, no deja

de ser una consecuencia lógica de su recto actuar hacia la ley defendida. Mismamente, aunque esta misma ley -y recuérdese la famosa figura del pirata o corsario británico o el emblema-símbolo del barco o navío holandés retratados con sutileza por Van Dyck- haya justificado la tropelía o la fechoría, el pillaje, para luego implantar la virtud en el seno de la sociedad que la produjera, limpiando, de esta manera, de toda impureza el dorado metal. Una virtud, muy distinta de la “virtus” romana, cuyo trasfondo demónico es imposible no distinguir en las sociedades avanzadas occidentales, cuyo flujo natural y vital aparece totalmente extinguido, hasta el punto de concebirse más como sociedades carcelarias, aparatos y regímenes burocráticos encargados de guardar con celo los réditos del capital, que burgos o villas donde se produzca la “presencia” real de una vida ya muy alejada de las mismas.

Y es por ello, en un proceso que podemos observar desde Rembrandt hasta Watteau, al tiempo que la sociedad se construye y expande en tiempos múltiples a medida que goza del dinero robado y exige el comportamiento más afín a las normas y leyes del proceso económico-religioso, que el rostro en los retratos se va difuminado, se va haciendo taciturno y los ojos se cierran o contraen como el paisaje al tiempo que en los frescos dedicados a la realeza, sus participantes se muestran ténbres e inseguros de su propia condición. Porque el mundo invadido por la ley del libre-cambio económico, como sospecha Sábato que no duda en parodiarla en muchos momentos en **Abaddón**, mostrando su absurdo, es el mundo de la soledad y la nostalgia, el mundo demónico por excelencia, donde la mirada límpida de los artistas -véase el caso de Vermeer o, mismamente, el de Castel- solo puede mostrar la libertad y el bello hacerse de la vida, penetrando en el recodo solitario del hogar, la cámara o habitación como únicos espacios en los cuales, el individuo puede mostrarse libre y al desnudo.

Pues el mundo construido por el judío y el cristiano errantes es el mundo de ley exterior que no tiene compasión del sufrimiento, deseos y realidad de la persona que acometen, enfrentan. Es el orbe que ha desplazado el girar cósmico por el continuo girar de los hombres frente a la ley del trabajo y la utilidad imposibles de

cuestionar y que se presenta allí hacia donde va como una “buena nueva” apostólica donada por los sirvientes de un Cristo colérico a los hijos de Caín. Y contradictoria pero sutilmente, como toda treta diabólica, el nuevo orden se presenta como un intento de redención de la caída en el tiempo, de sobreponerse al primer pecado original, cuando, en realidad, es una onda expansiva que, lejos de cuestionar o luchar contra la falta y los motivos que la producen, asimila y expande la falta del judío errante a todos los pueblos de la tierra. Es el flujo y el orden que va poco a poco diagramando desde Occidente las rutas marinas de cónclaves y países lejanos, que va sellando la calzada romana sustituyéndola por el pavimento y que va abriendo las venas de la tierra, para facilitar el desplazamiento de los hombres hacia los centros auríferos y que, consolidado por los abelitas y despreciando a los cainitas, no tiene piedad alguna de aquellos pueblos “heterógenos” y marginales de la tierras, a los que intentaba defender el Che.

Y es por estas razones por las que la lucha del Che es heroica para Sábado, pues es la batalla de un cainita por mantener incólume y liberar a la madre tierra americana, a la que él, al contrario que los argentinos sí consideraba su madre, de las fuerzas del capital dispuestas a clavar su estaca en la misma, para robarle su memoria e imponerle el olvido y otra historia diferente. Es una lucha por remitificar y devolver a su primera dimensión a las diversas culturas heteróclitas de América y, permitir el disfrute y posibilidad de un tiempo cósmico regido por una ley natural nacida de la superación insintiva de la ley cultural y mosaica implantada al mundo por Occidente, considerada unívocamente como beneficiosa y, de cuyas malévolas y tantas veces, funestas consecuencias para el mundo, creemos vano el deber de hacer recuento.⁸

⁸ Señala Ernesto Guevara en palabras críticas a la antigua ley y sus legisladores y que serían muy aplicables a la lucha que sostiene Sabato durante todo **Abaddón** por escribir su obra: “La ley del valor no es ya un mero reflejo de las relaciones de producción; los capitalistas monopolistas la rodean de un complicado andamiaje que la convierte en una sierva dócil, aun cuando los métodos que emplean sean puramente empíricos. La superestructura impone un tipo de arte en el cual hay que educar a los artistas. Los rebeldes son dominados por la maquinaria y sólo los talentos excepcionales podrán crear su propia obra. Los restantes devienen asalariados vergonzantes o son triturados. Se inventa la investigación artística a la que se da como definitoria de la libertad, pero esta “investigación” tiene sus límites, imperceptibles hasta el momento de chocar con ellos, vale decir, de plantearse los reales problemas del hombre y su enajenación. La angustia sin sentido o el pasatiempo vulgar constituyen válvulas cómodas a la inquietud humana; se combate la idea de hacer del arte un arma de denuncia. Si se respetan las leyes del juego se consiguen todos los honores; los que

Nos dice Sábato: “su muerte tiene eso: el valor de un símbolo. Y en esta sociedad racionalizada que desechó, olvidó y menospreció los símbolos, en esta sociedad en que la eficacia y la técnica han pasado a ser más valiosas que el fervor y el sacrificio, puede achacarse a Guevara, en efecto, un romanticismo alocado. Pero es precisamente ese romanticismo, es justamente esa imagen heroica y solitaria la que despierta y el coraje y la fe en millones de jóvenes generosos en los cautros confines de la tierra”.⁹

Se comprenderá así por qué la figura del judío errante puede ser considerada como la abélica demoníaca, desde un punto de vista gnóstico. Porque el judío errante – como anteriormente mantuvimos– no rompe jamás con la ley externa. Al contrario, se reafirma en ella y en el castigo que sufre, encuentra la mayor justificación para proseguir su ruta por el mundo sin necesidad de un gesto de piedad a las víctimas o culturas desprotegidas que encuentra, lógicamente amenazantes hacia él y no dispuestos a dotarle de hospitalidad alguna, en cuanto su figura y su llegada a un nuevo territorio alguno no puede traer auspicio positivo alguno.

Es decir, el judío errante es el hombre encadenado a su “daimon” que no discute con él, que no dialoga con el mismo como hiciera Sócrates, pues esto supondría atentar contra las raíces íntimas de su persona, sus creencias y la voz del Dios que prometiera a Abraham que un día la tierra sería por entero suya que es, gnóticamente, la verdadera interpretación del término Tierra Prometida que tantos simbolismos e interpretaciones ha desatado. Y al ser incapaz de dialogar con su “daimon” es, por tanto, incapaz de escuchar las razones de los “otros” o abrirse al ser del mundo y, allí donde va, lleva la conciencia de destierro a un mundo que debe regirse por su ley única y no por la ley plural y consensuada por diversos cultos que

podría tener un mono al inventar piruetas. La condición es no tratar de escapar de la jaula invisible” en Guevara, Ernesto. **Obras completas**. Editorial Andrómeda. Buenos Aires. Primera edición. 2002, pág., 193. En este sentido, nos dice Sabato fundamentando su teoría sobre el arte y la novela a tono con el hombre nuevo dentro de Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 670: “La novela de hoy, al menos en sus más ambiciosas expresiones, debe intentar la descripción total del hombre, desde sus delirios hasta su lógica. ¿Qué ley mosaica lo prohíbe? ¿Quién tiene el Reglamento absoluto de lo que debe ser una novela? (...) En realidad sería necesario inventar un arte que mezclara las ideas puras con el baile, los alaridos con la geometría”.

un día alumbró la lejana Jerusalén de Melquisedec. Y de ahí su castigo. El judío errante estará obligado a viajar y continuar su errancia sin descanso hasta que no pueda confirmar la posibilidad de la existencia de otra ley, se abra a un “otro” a medida que continúa su camino sobre la tierra y pueda sublimar su actitud hacia la ley, una vez que los múltiples paisajes que deberá visitar, las circunstancias que deberá vivir, le obligarán a primar su decisión interna, su propia responsabilidad y, por tanto, la ley que únicamente le dicta su propio corazón, para encontrar, al fin, un sentido a su errancia y poder descansar.

Y no es excusa desentenderse de esta figura, cuando podemos observarla navegar, por ejemplo, hacia la sodomita Irak gobernada con mano dura por ese otro tiránico guardián del texto sagrado y legítimo, Sadam Houssein, dispuesto a implantar una ley exterior a una comunidad diversa, con el fin de apropiarse del oro negro demoniaco, el petróleo, escondido en las profundidades del país árabe. Como, por otra parte, ya hiciera equivocadamente, por ejemplo -asunto que conocen bien los argentinos y, por supuesto el Che Guevara- en Paraguay, provocando la famosa guerra del Chaco entre bolivianos y paraguayos que decretaría la muerte de tantos indígenas y la práctica ruina del país paraguayo, incapaz de levantarse desde la incursión en sus territorios de la nueva reencarnación del judío errante, nuevo representante de la secta de los ciegos e hijo directo de la dictadura de Jehová sobre el mundo terrestre: el ejército norteamericano.

Como comprenderemos, vistas estas reflexiones, podremos comprender mejor el porqué el Che es símbolo para Sábato y el cómo, puede que muy a su pesar, decidiera tras su famoso viaje iniciático en motocicleta por Sudamérica y sus frustradas incursiones en el medio burgués que le ofrecieron un conocimiento profundo de este medio, aliarse a las armas para realizar su lucha. No es la lucha del Che, en verdad, la lucha del egoísmo o una lucha desprendida de toda ontología, como la marxista. Es la lucha de la desesperación, del hombre que clama a los cielos observando la desgracia, consciente de la situación y que decide disparar al enemigo solo y en cuanto esto puede suponer salvar la vida de las víctimas a las que defiende.

⁹ Sábato, Ernesto. *Homenaje a Ernesto Guevara*. op.cit, pág., 675.

Porque el Che es el hombre que mata rezando y a pesar suyo, el hombre que no le importa condenarse si con ello sabe que su conciencia libre como hombre yace imperturbable sobre la tierra. Es el hombre que no desea la vejez si existe la injusticia o el llanto en la tierra y que se encuentra en una encrucijada que lo desangra y no le ofrece oportunidad alguna de liberarse de sí mismo sino es a través del movimiento constante y la lucha continua: ¿qué puedo hacer sino luchar, matar y levantar mi brazo contra aquellos ciegos hombres que vienen a implantar una ley sin piedad a los hombres de América?, ¿sería mejor que me encerrase en mi cuarto, ajeno a toda esta realidad viviendo una existencia anónima en el seno de mi familia practicando una profesión burguesa?

Y en este sentido, desde luego es lo contrario a Cristo, pero, al menos, comienza a enseñar las reglas internas de una ética y responsabilidad, surgidas desde lo más profundo de las convicciones humanas y sin ley o doctrina alguna que las haya impuesto en principio –aunque sé que esto es discutible– que prefiguran el advenimiento del hombre nuevo que él todavía no puede encarnar.¹⁰ Así, el Che, como todo hombre en tránsito y como la época que le tocó vivir, dispuesta a abandonar Piscis para entrar en Acuario, dota de un nuevo sentido al término sacrificio –mucho más cercano, al gnóstico que el cristiano o marxista– al comenzar a cuestionar la ley escrita y poner el énfasis en la del corazón, para comprender el sentido ontológico y de dimensiones trascendentes, casi astrológico-estotéricas, como vimos en el capítulo anterior de los actos de todo hombre: en realidad –hechas las salvedades que correspondan– un intento no muy distinto al del surrealismo o, mismamente, el existencialismo. Repasemos, por ejemplo, algunas de las doctrinas sobre la nueva ley dictadas a sus camaradas: “Un trabajador de vanguardia, un miembro del Partido dirigente de la Revolución, siente todos los trabajos que se llaman sacrificio con un interés nuevo, como una parte de su deber, pero no de su

¹⁰ Refiere Guevara en un epígrafe de sus esclarecedores discursos llamado, precisamente, *El hombre del siglo XXI*: “En nuestro país, el error del mecanicismo realista no se ha dado, pero sí otro de signo contrario. Y ha sido por no comprender la necesidad de la creación del hombre nuevo, que no sea el que represente las ideas del siglo XIX, pero tampoco las de nuestro siglo decadente y morbosos. El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. (...) La reacción contra el hombre del siglo XIX nos ha traído la reincidencia en el decadentismo del siglo XX. (...) Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original”, en Guevara, Ernesto. **Obras completas**. op.cit, pág., 195.

deber impuesto, sino de su deber interno y lo hace con interés. Y las cosas más banales y más aburridas se transforman, por imperio del interés del esfuerzo interior del individuo, de la profundización de su conciencia, en cosas importantes y sustanciales, en algo que no puede dejar de hacer sin sentirse mal: en lo que se llama sacrificio. Y se convierte entonces, no hacer el sacrificio en el verdadero sacrificio para un revolucionario. Es decir, que las categorías y los conceptos ya van variando. (...) No se trata de cuántos kilogramos de carne se come o de cuántas veces por año pueda ir alguien a pasearse por la playa, ni de cuántas bellezas que vienen del exterior puedan comprarse con los salarios actuales. Se trata, precisamente, de que el individuo se sienta más pleno, con mucha más riqueza interior y con mucha más responsabilidad”.¹¹

Y este es otro de los motivos que llevan a Sábato a admirarlo y ubicarlo en el foco central narrativo de **Abaddón**, sin caer en la tentativa de vislumbrar su lucha, desde el único punto de vista cerrado, oclusivo, cainita: el comprender que la lucha del Che no es únicamente la de los cainitas enfrentados tradicionalmente a los abelitas. Es la lucha entre quienes están dispuestos a comenzar a realizar un tránsito hacia una nueva concepción vital de la existencia, están en tránsito de dotar de un sentido ontológico y mítico a su sacrificio y, al revitalizar los conceptos canónicos de la ley del hombre y sin olvidar ni dejar de lado su parte material, proponen un nuevo salto espiritual hacia una dimensión más integradora del hombre, y quienes no están dispuestos a permitirlo. Es la batalla entre quienes buscan, están en trance de comenzar la travesía por descubrir el nombre oculto escondido en su raíz cainita y trascender su situación material y la de quienes desean encadenarles a la misma, precisamente, robándoles el goce y disfrute de la madre tierra americana y obligándoles, por tanto, a vivir la suerte traumática del olvido. Es decir, la de dos fuerzas en transformación. El Caín dispuesto a levantar la piedra para construir una nueva sociedad y civilización y, por tanto, alejado de la idea primera de arrojar la piedra sobre su hermano, si se le permite realizar su travesía y la de los judíos errantes, ahora autentificados como demonios o almas errantes incapaces de reintegrarse a la luz pleromática y, necesitados, ávidamente de fundirse con la luz

¹¹ *Ibíd*, págs., 196 y 197.

solar del oro para inmortalizar su vida, el dominio sobre la tierra y atestiguar que su pasaje es inmortal: la tentación demoníaca de toda secta cegada. De nuevo, volvemos a repetirlo, la lucha entre la ley interna del corazón que obliga a surcar la vía del conocimiento, la gnosis y la verdad, y la ley externa.¹² O, de otra parte, la batalla de Jehová contra Caín porque éste –idea en la que profundizaremos en el capítulo final y epílogo de este trabajo– no sea capaz de descubrir el significado oculto del signo grabado sobre su frente, su nombre secreto y, por tanto, pueda derrotarle al tiempo que mira hacia el cielo, levantando los brazos, para atestiguar el brillo de la luz pleromática sobre su rostro, al fin, purificado.

Y resulta muy curioso, desde este punto de vista, -sabiendo las concepciones que Sábato posee sobre nuestra era como el final de todo un ciclo y el principio de uno nuevo– que el mismo personaje Sabato, al igual que el autor en varias entrevistas, recalque en **Abaddón**, la importancia que para él tiene como símbolo y signo de la época que termine, la vuelta de los judíos a su antiguo emplazamiento en Jerusalén y el nacimiento del actual estado de Israel. Además, siguiendo con las coordenadas que nos marcamos al principio de este trabajo, esta cuestión planteada por Sábato debe servirnos para profundizar mejor el porqué del interés de tantos ciudadanos argentinos –en realidad, no sólo argentinos ni hispanos, sino de todo el mundo– por la actual lucha librada entre israelíes y palestinos. Pues la posibilidad de que se llegara a un acuerdo pacífico entre los dos bandos no es sólo difícil porque se enfrenten una fuerza invasora y otra ocupada sino, ante todo, porque los dos estados responden a leyes externas, basadas en un derecho divino que, muy dificultosamente, aceptaran dialogar o estrechar lazos de unión con la otra parte.

Y por ello, que esta batalla librada en Extremo Oriente, una vez que los estados occidentales han disuelto la tentación de lo único tras el mito escondido del judío errante que únicamente atiende a la ley del mercado, atrae tanto la atención del ciudadano medio y se ofrenda como un referente simbólico que hay que avistar

¹² Le dirá Sabato a Marcelo en palabras cercanas a la reivindicación del advenimiento de la ley interna que atisbara Guevara: “-Nuestra civilización está enferma. No sólo hay explotación y miseria: hay miseria espiritual, Marcelo. Y yo estoy seguro de que vos tenés que estar de acuerdo

continuamente para observar el desarrollo futuro del mundo moderno. Porque se comprende, intuitiva, internamente que si el Estado israelí y el palestino llegaran a resolver el conflicto que los opone, será gracias a que en ellos se ha impuesto la nueva ley, la ley que dicta el sacrificio, la concordia, la paz y el trabajo desde el seno mismo de la libre voluntad del individuo, la ley del corazón, y no la externa que, unívocamente, obliga a combatir y vencer al enemigo para probar el estatuo real y sagrado del Dios y la ley defendidos. A esto apuntan, sin duda, las palabras que dirige Molinelli a Sabato en **Abaddón** sobre el destino e historia del pueblo judío, una vez superada la prueba que supuso la segunda guerra mundial: “Cuando el Sol entra en Piscis aparece Cristo y los judíos inician su dispersión. Dura 2000 años. Ahora, cuando se acerca el fin del período, vuelven a su tierra. (...) Ahora entramos en el signo de Acuario, al cabo de los 2000 años. (...) Eso anuncia algo fundamental, porque el pueblo judío tiene un destino misterioso, sobrenatural” y (...) “porque todavía les queda (...) una gran misión que cumplir”.¹³

Y desde este punto de vista, y una vez vividos los experimentos salvajes de las guerras mundiales y demás catástrofes producidas por la obstinación obsesiva de los diferentes estados únicos por imponer su ley, el enraizarse de los judíos en su antiguo mítico emplazamiento y la posibilidad aún real que existe de que pudieran llegar a una entente pacífica con el “diferente”, el “otro” enemigo musulmán, podría ser el hecho que comenzara a señalar la posibilidad de abolir el exilio solitario real o metafórico que tantos ciudadanos –sea del primer o último mundo– están acostumbrados a vivir.¹⁴ Al menos, sería un gesto que autentificaría que la lucha de

conmigo. No se trata de conseguir heladeras eléctricas para todo el mundo. Se trata de crear un ser humano de verdad”, en Sabato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 718.

¹³ *Ibíd*, pág., 755.

¹⁴ Así lo planteaba Edward W. Saïd en sus **Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio**. Traducción de Francisco Ramos. Editorial Grijalbo Mondadori, S.A. Barcelona. 2001, págs., 214 y 215: “no veo otra vía que empezar a hablar de compartir la tierra que nos ha unido de una manera auténticamente democrática, con iguales derechos para todos los ciudadanos. No puede haber reconciliación a menos que ambos pueblos, dos comunidades de sufrimiento, decidan que su existencia constituye un hecho laico, y que se debe abordar como tal. Esto no significa mermar la vida judía ni renunciar a las aspiraciones y a la existencia política de los árabes palestinos; por el contrario, significa autodeterminación para ambos pueblos. Pero significa también estar dispuesto a suavizar, reducir y, finalmente, renunciar al estatuto especial para un pueblo a expensas del otro. La ley de Retorno para los judíos y el derecho de retorno para los refugiados palestinos se deben considerar y recortar

tantos hombres, de la gnosis, la teología de la liberación, las muchas lágrimas vertidas y, por supuesto, la obra de tantos y tantos artistas tuvo un sentido exacto y preciso: facilitar la convivencia entre hombres de cultos y razas diferentes atestiguando así que los hombres han reconstruido la Jerusalén celeste en la tierra. O lo que es lo mismo, que se ha comenzado un diálogo entre los jerarcas constructores de las torres babélicas y los ciudadanos vejados y perdidos en el vicio de Sodoma y Gomorra para comenzar a edificar, sin necesidad de la llegada de Mesías alguno, una ciudad, al fin de estatuto humano y que, por tanto, honre al creador y la creación, gracias a sus divergencias, pluralidad, vitalidad. Una ciudad que, sin negar el mal que la instaure o la funda, trascienda su dimensión material para intentar crear entre sus paredes un reflejo de la primera vida espiritual. En suma, la ciudad eternamente buscada por la humanidad y que con tanto ahinco se empeñara en radiografiar Italo Calvino en **Las ciudades invisibles** para llegar a una conclusión definitiva y exacta: esta ciudad no existe pero podría existir y el mero hecho de esta posibilidad obliga y recuerda a los hombres la importancia de que sigan realizando su camino por esta tierra, por más doloroso que pueda en ocasiones ser.

Pues el camino y el verdadero viaje -y esto lo saben bien los argentinos que vivieron el, tantas veces, traumático viaje de ida y vuelta Argentina- Europa o que continúan realizando la travesía- no comienza cuando se parte de Itaca sino cuando se regresa a ella. El viaje real no se inicia cuando se sale de la patria original sino cuando se retorna a ella lo que, en realidad, no sólo tiene una dimensión negativa sino

conjuntamente. La noción del Gran Israel como tierra del pueblo judío entregada por Dios y la de Palestina como un territorio árabe que no se puede enajenar de la patria árabe deben reducir su escala y exclusividad. (...) En primer lugar, Palestina es y ha sido siempre una tierra de muchas historias; constituye una radical simplificación pensar en ella como principalmente -o exclusivamente- judía o árabe, ya que, aunque desde muy antiguo ha habido una presencia judía, ésta no ha sido ni mucho menos la principal. No sólo los árabes, sino también los cananeos, moabitas, jebuseos y filisteos en tiempos antiguos, y los romanos, otomanos, bizantinos y cruzados en épocas más modernas, han vivido en este lugar, que de hecho es multicultural, multiétnico y multirreligioso. En realidad, pues, apenas hay justificación histórica para la homogeneidad, como tampoco para las ideas de una actual pureza nacional o étnica y religiosa. Palestina es un lugar irreductiblemente mixto. En segundo término, durante el período de entreguerras, un pequeño pero importante grupo de pensadores judíos (Judah Magnes, Buber, Ardent y otros) defendían y hacían campaña para un estado binacional. (...) La esencia de dicha visión es la coexistencia y la coparticipación de formas que requieren una voluntad innovadora, arriesgada y teórica para superar el árido punto muerto de la afirmación, el exclusivismo y el rechazo. Una vez realizado el inicial

una positiva, en cuanto permite al hombre que vive este exilio llegar a tener una conciencia y una percepción muy agudas de la existencia y del problema del hombre, tal y como lo presenta la gnosis. Todos estamos en tránsito en este mundo y, en realidad, como señala Shmuel Trigano, el exiliado y su experiencia tan extrema consigue liberarse “de la hipoteca de la mortalidad” y, por tanto, su experiencia es la más adecuada para el bienestar de la condición humana. Desde este punto de vista, el exilio es un aprendizaje de “la convivencia y el diálogo que confronta cara a cara a dos sujetos”. Porque el exiliado “practica la acogida de lo extranjero en sí y fuerza a los otros a acogerle como extranjero, el exilio es una experiencia de hospitalidad”, “es una modalidad de participación en el mundo”.¹⁵

De esta manera, el exilio puede mostrar, al indicar un límite y una línea que ya no se puede cruzar –los límites del ser y el lenguaje- que toda lucha violenta por hacerse con un territorio o recuperarlo no puede atestiguar sino la ausencia de Dios en el hombre que la realiza. Puede permitir disolver al “ego” del hombre disolverse en la sustancia tiempo y hacerse uno con todo el espacio terrestre y celeste para intentar efectuar un tránsito hacia un “otro lugar” al que no se puede llegar a través de las armas, pero que atestigua y da pie de la mayor osadía y rebeldía a los poderes cegados terrestres siempre deseosos de ser desafiados o golpeados, aun por hombres como el Che, para, -de nuevo y, como lo han hecho, tantas veces,- vengarse con más ansia. Es decir, el exilio puede llegar a atestiguar que toda lucha tiene un límite y, como dejó dicho Cristo, no se puede servir a dos potencias al mismo tiempo: se está en tránsito, de paso y en viaje hacia ese “otro lugar” y, por tanto, se elige el camino del corazón y el sacrificio, como forma de sublimar la materia y elevarla por encima de sus condiciones tenebrosas o se lucha por la riqueza, el oro y disponer de los frutos de la tierra y su rédito para descubrir, más tarde, que los mismos eran falsos condicionantes y puertas cerradas sin llave que incapacitan al hombre para descubrir la vida verdadera, lo sumen en la vida de las sombras y despejan el camino para que

reconocimiento del Otro como igual, creo que el camino hacia delante se hace no sólo posible, sino también atractivo”.

¹⁵ En Trigano, Shmuel. **Le Temps de l'exil**. Éditions Payot & Rivages. 2005, págs., 77, 83 y 84.

los ángeles de la muerte vuelen sueltos por la tierra y azoten con su fuego violento la vida de los seres humanos.

Supongo que, vistas estas reflexiones se comprenderá mejor el sentido final del gesto expiatorio de Marcelo Carranza –en el que profundizaremos en el próximo capítulo- torturado por las fuerzas abélicas, demoníacas instauradas en el poder argentino que ya preludian el ascenso de Videla al poder. En realidad, hemos también de encontrar un mejor sentido al gesto crístico narrado por los Nuevos Testamentos de los Apóstoles y a toda la obra de Sábato. Pues, en suma, las preguntas que laten en todo **Abaddón** y que Sábato intenta responder son: ¿de qué sirve a los hombres luchar por el poder, el dinero y las promesas de esta vida terrestre si, finalmente, antes o después se ha de encontrar la muerte y esta vida en tránsito camino hacia “otro lugar” no puede vivirse en plenitud sino que, además, debe arriesgarse a perecer antes de tiempo y llevarse consigo la existencia de tantos inocentes como Marcelo, acaso Martín y todos los nombres escritos con la sangre del Cordero en ese libro apocalíptico y horroroso, por su mera existencia, llamado **Nunca más?**, ¿por qué intentar forjar una lucha contra el poder a través de una lucha armada, mismamente si la misma es absolutamente justificada como la del Che, si, en fin, lo único que puede detener el dragón desatado del Apocalipsis es abrirnos de brazos y piernas frente a él, clamando por nuestra muerte, para atestiguar y convencernos de que jamás podrá llegar a ser nuestro dueño y que, si así lo desea, disfrute de este solitario mundo de terror únicamente para sí? ¿no es negando la materialidad del hombre la única manera en que podemos afirmar el destino sobrehumano que lleva inscrito en su corazón y que ningún anatema puede quebrar a no ser que, finalmente, el deseo de ser más que nuestros hermanos nos ciegue y conduzca a afirmarnos sobre ellos por la vía material?

Significativamente, los restos del Che yacen inhumados en Cuba y no en su villa natal rosarina o en la sierra de Córdoba donde pasó gran parte de su infancia. Lo que, se esté de acuerdo o no con su lucha, vuelve a referirnos la misma secuencia de hechos ya retratada al analizar la problemática de Lavalle. Si el cadáver de los muertos no descansa en paz en su tumba, ¿cómo esa misma sociedad que permite

estos hechos pretende tener una vida civil sosegada? Esto es, aunque el Che Guevara realizara una lucha por la liberación a través de las armas y el contenido de la misma se realizara, en su mayor parte, en otros confines de América, argentinos como él ejemplifican que, a pesar de la ceguera y la violencia originales que constituyeron Argentina y América, hay una posibilidad de realizar un tránsito, un cambio. Y seguramente, lo que intuye Sábato es que gracias a hombres como él, aun y a pesar de sus errores, un día ese utópico destino en paz de la Argentina se habrá cumplido. Y mientras no se reconozcan los valores de hombres como él o Argentina reclame sus derechos por su persona, anónimos muchachos como Marcelo tendrá que morir arrojados al suelo y sin tumba ni persona alguna donde realizar su duelo.

Exactamente, la muerte de Marcelo se producirá un día de reyes y a esto apunta con claridad Sábato. Es el día de la epifanía de Cristo, el día en que los reyes descienden al pueblo llano y se arrodillan ante la inocencia del niño, cuando tantos los pastores como los campesinos encuentran un refugio en el establo junto a las vacas y los carneros, el día en que, en Argentina, se mata a Cristo, al inocente, a Marcelo. Puede que por no haber abierto las puertas a que el mensaje de hombres como Guevara fuera, poco a poco, revelando su significado oculto, ayudando a construir un puente entre la lucha solitaria de los ciudadanos y, por tanto, permitiendo que una asunción colectiva y resistente pudiera disponerse a enfrentar al poder cegado.

Nos dice el Apocalipsis de San Juan que en la ciudad de Dios, no hay templo alguno porque es “el cordero” este templo, “ni sol ni luna” (22,23) –es decir, opuestos- “porque la gloria de Dios la alumbra y su lumbrera es el cordero”. Y, por ejemplo, se nos dice en San Mateo, XIII, 37, 41, que “El Hijo del hombre es el sembrador; el Hijo del hombre es el amo que ordena la cosecha”.

Es decir, que Él es, gracias a su sacrificio, quien permite que siga la recolección de frutos, prosiga la vida intrahistórica de los pueblos que dijera Unamuno –en un concepto no muy lejano al, más tarde, utilizado para Mallea para caracterizar la pureza de su Argentina invisible- o la vida anónima de la comunidad

que, por ejemplo ilumina con su ejemplo humilde desde **Los trabajos y los días** de Hesiodo la cara nocturna vibrante, guerrera que conduce a griegos y troyanos, a los héroes y Dioses a una guerra sin descanso por la posesión de la tierra. Él es quien quita pecado los mundos y permite que el fruto del que coma el hombre esté maduro y sano cuando llegue a sus labios. Quien muestra que, en realidad, con los frutos labrados de la tierra por Caín ya le es suficiente al hombre para alimentarse y que no es necesario sacrificio de hombre o animal alguno para realizar la cena y bañarse en jugoso vino. Para ello habrá servido la lucha de Guevara, el sacrificio de Marcelo y la escritura de Sábato: para que, a pesar de todos los horrores, la vida siga continuando y meciéndose en un ciclo nuevo aspirando a que, al fin, el tiempo continuo se detenga y los hombres aspiren a fundar una nueva vida basada ahora en el conocimiento; una gnosis más allá de toda ley que es la de la creación, acorde con el hombre nuevo, en la que profundizaremos en el siguiente y último capítulo.

Al fin, el héroe, el verdadero héroe de nuestro tiempo y de los que vendrán, es y será siempre la víctima o el irredento Caín que ha conseguido labrar desde su exilio y rebeldía una idea comunal y un sentido de sacrificio hacia los demás, hasta ser capaz de dar la vida por ellos.¹⁶ Ese es el verdadero Prometeo moderno a quien el poder rapaz del aguila de Zeus golpea una y otra vez sin que éste llegue a tener un porqué real para arrepentirse de sus actos. Haber llevado el fuego no sólo del conocimiento sino, ante todo, la llama dorada que ilumina el túnel de violenta oscuridad de la comunidad de hombres en la que vive. Quien porta el madero y enciende la mecha que dará luz a la última cena de Cristo y sus apóstoles. Quien permite que los doce meses del año sigan transcurriendo sin devorar al hombre. La verdadera simiente de la tierra y el último sentido por el que, a pesar de todo, del

¹⁶ Así, por ejemplo, lo observaba Romualdo Bruguetti, quien no dudaba en proferir el ejemplo de aquellos primeros cristianos que pudieron desatarse del yugo terrible del Imperio Romano para empezar a forjar el sueño de una Argentina, una América digna y libre: “Los hombres que aspiran a una América digna y libre, tendrán que comenzar en la soledad de nuestra tierra con alegría heroica y desafiante dignidad... Crear una élite de luchadores que con su integral sentimiento cristiano de servicio y sacrificio, heroísmo y santidad, vuelvan como al principio que fue el Verbo, como los profetas de las Escrituras, como los santos y mártires del Cristianismo. Un grupo de hombres que destruyendo, construyan. (...) Avanzar con los ojos cerrados por fuera, abiertos por dentro” en Dido, Juan Carlos. **Identikit de los argentinos**. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 1991, pág. 77.

malestar, la desesperación y el mal, merece la pena seguir viviendo y animar a que el taciturno Bruno –símbolo de todo el pueblo argentino en el destierro- siga caminando aunque no sepa bien hacia dónde para finalmente encontrar una respuesta a sus preguntas: “¿Es el alma un extraño en la tierra?, ¿Adónde dirige sus pasos?”.¹⁷

¹⁷ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**.op.cit, pág., 892.

V.4. EL SABATH: MÁS ALLÁ DE TODA REDENCIÓN.

"Pero el ángel les dijo: "No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. ¹¹Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor.

Lucas 2, 10-12.

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra habíanse desvanecido; y el mar ya no existía.

Y vi la ciudad santa de la nueva Jerusalén que descendía del Cielo del lado de Dios, atada como desposada que se adorna para recibir a su esposo.

(...) Allí no entrará cosa impura ni manchada, ni quien cometa abominación y mentira y sólo entrarán los inscritos en el Libro de la Vida del Cordero”.

Apocalipsis de San Juan. 21,1-2, 25.

Finalizamos el capítulo anterior hablando de Marcelo y su sacrificio. Pero creo que no terminamos –únicamente empezamos– a dotar de un sentido simbólico a su acto. Para ello, desde luego es necesario relacionarlo con la transformación final de Sabato en rata, la lucha que establece contra el sentido “dado” de su nombre y el que desea alcanzar y, desde luego, sus peripecias, luchas y descubrimientos vitales con Soledad o María Etchebarne. Además, es necesario mirar de costado a la relación que mantienen Nacho y Agustina y, por supuesto, al hecho de que el desenlace de la novela se produzca el día de la epifanía, el 6 de enero, y el último sentido de la aparición de la tumba de Sabato en el pueblo de Bruno, Capitán Olmos.

Para esto, es necesario seguir trazando diagramas y terminar, ya definitivamente, de finalizar de dotar de un sentido a distintas ideas que hemos desarrollado durante el transcurso de este trabajo y esta última parte. Sin duda, el que todos los actos, como ya hemos indicado, finalicen el 6 de enero es de una importancia definitiva, dada la simbología gnóstica que recorre toda la obra de Sábato.

El día de la epifanía es el día en que el hombre se abre al misterio de la divinidad y la divinidad se abre al hombre. Los diferentes reyes del mundo, de

diversos lugares y razas, se abrazan y unen con los pastores y los humildes componiendo una figura de innegables dimensiones simbólicas en la que no existe diferencia entre los hombres. Y, al mismo tiempo, ofrecen a la encarnación viva del verdadero Demiurgo o creador que puede enseñarles cómo liberarse de los poderes de este mundo y su ley, devolver a todos los hombres la reminiscencia de su primer origen, los más grandes tesoros: oro, incienso y mirra transustanciados y alejados de su dimensión material para enaltecer la luz pleromática y pura que el recién nacido trae consigo. Los poderes terrenos se postran ante los signos de la primera espiritualidad ofrecida por el Cristo recién nacido, ante un niño que no tiene las manos cubiertas de sangre y que, por tanto, encumbra al primer plano los valores de la inocencia y la verdad.

De esta manera, Cristo, como un bello reflejo de la luz pleromática que asume su misión de rescate de los hombres gobernados por Jehová, nace exiliado (asumiendo el destino de Caín) y entre pastores (signo de Abel) y reyes (la ley), vacas y bueyes, asumiendo la posibilidad de unir los contrarios y poniendo fin al reino de la sangre e instaurando el reino del perdón. Él es el niño nacido para, con su sacrificio, lavar la sangre de todos los inocentes que serán asesinados por Herodes (la sombra de Yahvé o el terrible padre portador de la ley que vuelve siempre para castigar a los hijos rebeldes) y los poderes abélicos al cabo de las edades y los tiempos, pero también la derramada por los hombres cainitas en el curso de los siglos.

Sin embargo, en **Abaddón**, sucede todo lo contrario, tal y como fuera habitual, tradicional en el país argentino. Este será el día que muera Marcelo Carranza, será el día en que, de nuevo, los inocentes como él son golpeados de nuevo por la mano terrible de Herodes y en el que los reyes de la tierra imponen de nuevo su terrible ley por la Argentina. Es el día en que Nacho descubre cómo su hermana Agustina se regodea bailando frente al poder de la ley y el dinero, se abraza al Sr. Rubén Pérez Nassif y danza un lascivo baile como Salomé que termina por finiquitar con las esperanzas de los nuevos infantes nacidos en la Argentina y en que

Barragán, lejos de enfrentarse a una visión prístina de la nueva asunción y venida del Mesías, se disuelve en profecías apocalípticas aterradoras.

Si nos fijamos, bastantes de los hechos históricos referidos a partir de la Natividad de Cristo se van a reproducir en **Abaddón**, aunque, esto es claro, dentro de un contexto diferente: el del país argentino. Como hemos apuntado con anterioridad, Marcelo permite finalizar la figura crística que con tanto esmero ha ido componiendo Sábato durante toda su narrativa. De hecho, el padre de Marcelo con quien Sabato entrará en contacto se llama Juan Bautista Carranza Paz y si bien este personaje aparece envuelto en un masma de niebla, su tío Florencio, abrazado a una guitarra y repleto de bondad, se encuentra unido a unos ideales libertarios, a salvo de toda violencia, ya prefiguran la posibilidad que su sobrino posee de bañarse en renovada agua pacífica que le permita imponer el nombre de la libertad humana por encima de toda violencia o acto sangriento.

Precisamente, es esta nueva dirección y orientación vital, la que permitirá que Marcelo aun y a pesar de sus conversaciones infantiles con Carluchos –a quien podríamos identificar, con una figura cercana en su personalidad e ideas a como debió ser el Carlos todavía inocente de **La fuente muda** después de los acontecimientos de su infancia narrados en esta novela inacabada– no abrace la vía armada. Como, al mismo tiempo, la que le permite recoger el extracto simbólico-espiritual de la lucha final del Che Guevara, sublimarla, trascenderla y dotarle de un sentido casi divino y redentor. Marcelo, que no está implicado en lucha terrorista alguna, se niega a decir a los sacerdotes y guardianes de la ley abélica, donde se encuentra Palito¹ y con este gesto, otorga sentido a la vida de toda la comunidad. Su acto concede un valor total a su lucha y eleva, al fin, la voz de un Cristo naciente que no reconoce más luz que la pleromática, poniendo de manifiesto la esclavitud y la ceguera de los hombres atrapados en las tinieblas de este mundo y sirviendo al Dios equivocado. Anuncia el futuro encadenamiento del dragón y la posibilidad de la llegada de un “otro” tiempo mesiánico, donde la nueva ley interna que ha de

constituir a la comunidad ayude a forjar un documento no escrito pero construido a partir de la vida cotidiana de todos los días, sobre el que nadie tiene poder alguno en cuanto pertenece a todos los miembros de la sociedad en exclusiva.

Sucede, sin embargo, aquí, que el hecho mismo del gesto de Marcelo como la muerte de Cristo, en realidad, si bien pueden redimir los pecados de la comunidad, todavía necesitan de un último atributo oculto para constituirse en arma pacífica y resistente gracias a la que el hombre nuevo se construye y la comunidad, al fin, consigue derrotar al dragón y atestiguar la potencia de la vida pleromática frente a la dimensión de la materia. Y esta arma, como lo supo bien Berdiaev, no es otra que la creación. Como nos ha indicado el sabio ensayista ruso: "Si los caminos de la creación hubieran estado señalados y justificados por la Escritura, la creación habría sido obediencia, no hubiera sido creación. Entender la creación como una obediencia a las consecuencias del pecado, como el cumplimiento de un dogma, es decir, según la revelación del Antiguo o Nuevo Testamento, significa renunciar al misterio de la creación y no conocer su sentido. Que el secreto de la creación y de sus caminos hayan estado ocultos en las Santas Escrituras, en esto consiste la sabiduría esotérica del cristianismo. (...) Sólo la ley y la redención son reveladas; la creación está oculta. (...) Dios espera del hombre el descubrimiento antropológico de la creación, habiéndole ocultado las vías que llevan allí en nombre, precisamente, de la libertad humana y de la semejanza del hombre con Dios".²

Y es, precisamente, desde esta revelación donada por Berdiaev, donde creo que debemos estar en condiciones de comprender mejor al personaje de Sabato para llegar al Sábado real, su intención al crear **Abaddón** y el porqué de su mensaje definitivo transcrito para ser descubierto por los ciudadanos de su patria en la novela, con el fin de comenzar a construir e intentar levantar una nueva vida en la Argentina. Pues tal y como yo visualizo **Abaddón** es Sabato, con la ayuda inestimable de Bruno,

¹ Quien, como dijimos anteriormente, aprendió a respetar la figura del Che, la resistencia y que, al contrario de Marcelo, sí se encuentra implicado en la guerra de guerrillas contra los estados totalitarios.

² Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación**. op.cit, pág., 111.

el personaje fundamental para atestiguar finalmente dónde se encuentra el camino y la posible victoria del nuevo Caín sobre las potencias cegadas de la tierra (el dinero, la tentación del Dios único, la ley abélica) cómo se vence toda dictadura totalitaria y cómo, al fin, el hombre puede liberarse de su condición exiliada,

En realidad, ya habíamos lógicamente profundizado sobre este tema, pero debemos terminar de aclararlo para permitirnos otorgar una mejor apreciación de nuestro punto de vista. Sabato no es sólo, según mi parecer, en **Abaddón** el escritor que tiene miedo de la comunidad; es, ante todo, el hombre que tiene miedo de sí mismo. El hombre que tiene miedo de su condición material y del destino que el nombre que le ha sido concedido y que no ha elegido por sí mismo, le puede hacer sufrir. Y en este sentido, desde luego, otra vez, esta interrogación sobre el nombre donado y no elegido, le atestigua de nuevo como un escritor hispanoamericano, aún más cuando, volvemos a recordar, el proceso de nominalización que toda América tuvo que sufrir por parte del continente europeo y que este cuestionamiento de la identidad es mucho más propio y acusado en este continente, por los exiliados hijos de Caín que los ciudadanos aposentados, aparentemente, con firmeza en el continente europeo. Pero, a la vez, como lo muestra toda la gnosis, esta interrogación es lúcida, salvífica y honorable, en el sentido de que al hace tomar conciencia al hombre exiliado de ser un extranjero en este mundo, le muestra la verdad absoluta que, antes o después, -aún en contra de su voluntad y las barreras racionales depositadas por los ciudadanos occidentales- todos estamos obligados a reconocer, si queremos realizarnos como seres trascendentes durante el transcurso de nuestra vida en este planeta. Así, siguiendo con el miedo de Sabato a su nombre y al destino que se le ha impuesto contra su voluntad antes de nacer y que no ha podido elegir, es como yo -y aun comprendiendo que hay muchas, buenas y diversas maneras de leer este hecho- leo las preocupaciones, enseñanzas, catarsis y aprendizajes de este personaje en la novela.

Si nos fijamos, Sabato es el condenado al mal, a la muerte y a la destrucción, y durante todo el libro intenta escapar a este destino. Así, no duda en referirnos su terror por no saber, exactamente, en qué fecha se produjo su nacimiento, que el

mismo se produjera la noche del 24 de junio³ con todas las implicaciones que este hecho lleva consigo, y, por supuesto, la raíz simbólico-demoníaca de su nombre: “derivado de Saturno, Ángel de la soledad en la Cábala, Espíritu del Mal para ciertos ocultistas, el Sabbath de los hechiceros”.⁴

Sabato es, por tanto, el personaje como Caín y gran parte de los ciudadanos del país argentino, encadenado –más allá de su voluntad- a un destino, un pasado y un nombre del que quiere huir, con el agravante de que cuanto más quiere eludirlo, más se vuelve el mismo, como la ley mosaica o la ley del azar objetivo que tantas veces persiguiera al país argentino para atraparlo, como a Fernando Vidal Olmos, en su cegada conjura. Sabato, como el Sábato auténtico, se camufla en la ciencia, se

³ Fecha, por otra parte, no muy lejana a aquella en que se produjera la quema de las iglesias por parte del ejército peronista y que, siguiendo con la interpretación esotérica de **Abaddón**, tiene, según Bernardo Chiesi, una relación interna definitiva para comprender los sentidos últimos de esta novela en relación con las otras. De esta manera, Chiesi nos indica en su artículo *El sueño como prefiguración de la muerte en el pensamiento de Ernesto Sábato* en **Ernesto Sábato en la crisis de la modernidad**. Colección estudios latinoamericanos. Ed. Fernando García Cambeiro. Buenos Aires. Argentina. 1985, págs., 154,155, 159 y 162: “En el cristianismo, las fiestas solsticiales de Jano se han convertido en las de los dos San Juan, éstas se celebran siempre en las mismas épocas, es decir, en el solsticio de invierno y en el de verano; el 24 de diciembre, corresponde a “Juan que ríe”, Juan el Evangelista que dirige alabanzas a Dios; el 24 de junio, en cambio, está representado por Juan el Bautista, “Juan que llora” e implora la misericordia de Dios. Si el nacimiento de Cristo ocurre en el solsticio de invierno, por las palabras de Juan el Bautista: “-Es preciso que El crezca y que yo disminuya”-, se entiende que su propio nacimiento coincide con el solsticio estival.

Los aspectos sobresalientes del drama Crístico tienen su correspondencia exacta con los efectos materiales del Sol en los cuatro signos cardinales; significativamente el simbolismo de los signos se manifiesta más profundamente por parejas de contarios; (...) El simbolismo de Cáncer subyace en el solsticio del 24 de diciembre, así como Capricornio en el solsticio del 24 de junio; uno y otro son el complemento indispensable. (...) En la medianoche del 24 de diciembre, en el hemisferio norte el signo de la Virgen (Virgo) está saliendo en el horizonte oriental, el Sol recién nacido es débil entonces y tiene que huir de los poderes de las tinieblas. (...) La visión del dragón de fuego ocurre (...) a la luz del día, en el día de la epifanía, es decir, doce días después del solsticio de Navidad; luego (Barragán) tiene la visión del Cristo durante la noche y en un cuarto oscuro. Sábato establece (...) una relación entre los dos solsticios al recordar nuevamente los sucesos de junio de 1955, transcurridos poco antes de “los fuegos de San Juan”. (...) Siendo que en las novelas de Sábato el simbolismo de la caverna o gruta oscura es agotado en sus analogías es adecuado pensar en una relación Cáncer-Gruta de Belén con la “Noche de San Juan”; el fuego renovador que se enciende en la noche conmemorativa purifica e ilumina. El fuego transforma el Arbol del conocimiento en Arbol de la Vida, por eso da frutos como soles”. Vistas estas reflexiones, se entenderá aún mejor el simbolismo que el nombre del padre, Juan Bautista, -un personaje, como dijimos, envuelto en una niebla que no permite distinguirlo con claridad- otorga a la lucha de Marcelo Carranza y su transformación definitiva en figura crística en un solsticio distinto al occidental.

⁴ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**.op.cit, pág., 533.

esconde como un Caín perdido bajo las torres de la geometría para, descubrir, en suma, que ni aún ahí –como observamos, tras realizar un pasaje sobre la ideología científica que diera lugar, por ejemplo, a la bomba atómica- puede refugiarse de las potencias oscuras, que no puede escapar de sí mismo, su destino ni de su implicación con el resto de la raza humana. Porque **Abaddón** es también el relato cruento del dolor de un hombre cainita abocado a encontrar su verdadero nombre en una realidad en la que sucumbirá si se niega a afrontar su destino y, al fin, reconocer quién es y podría ser. Y desde este punto de vista, el mal que asola a Sabato no tiene únicamente un sentido negativo: representa más bien la experiencia vital que se ha de atravesar repleta de imperfecciones, la imposibilidad de poseer una certeza absoluta sobre nuestro origen y el porqué de nuestro sufrimiento, si queremos atestiguar o afirmar radicalmente la bendita posibilidad de la existencia del ser humano. Pues **Abaddón** es tanto el retrato de la cobardía y el miedo del hombre a profundizar en el “ser” que realmente se es, como de la imposibilidad de huir a nuestro destino y construirnos un nuevo nombre y vida, si no profundizamos en nosotros mismos, las raíces de nuestro mal y el porqué de nuestra radical indefesión que nos lleva a intentar usurpar el nombre de Dios en vano. Como ya apuntamos en otro aparte de este trabajo, el camino señalado precisamente por la logia cabalista procedente de Shabbetai que diera lugar a las investigaciones profundas por el mal de Kafka, Buber o Benjamín.⁵

⁵ Fue, precisamente, Natan de Gaza, -influenciado irremediamente por Sabbetai- quien como nos indica Scholem, reunía en su persona los rasgos de “Juan el Bautista y el Pablo del Nuevo Mesías”, el que ofrendara dentro de la cabalística judía una visión de la existencia muy similar a la del culto gnóstico de los ofitas o naasenos al situar “el simbolismo místico de la serpiente en el centro de su gnosis”. De hecho –en una reflexión que es necesario anotar para fortificar los apartados últimos de este capítulo- para Natán de Gaza, el Mesías debía ser la “serpiente sagrada”, lo que hace necesario al menos exponer su teoría que también está opacada en el fondo de toda la obra de Sabato. Nos relata de la siguiente manera Scholem la teoría de Natan de Gaza: “Al comienzo del proceso cósmico, el En-sof replegó Su Luz a Su interior, y allí surgió el espacio primordial en el centro del En-sof del que nacen todos los mundos. Este espacio primordial está lleno de fuerzas amorfas, hílicas: las quelibpot. El desarrollo del mundo consiste en dar forma a estas fuerzas amorfas, en hacer algo a partir de ellas. Mientras esto no se haga, el espacio primordial, y especialmente su parte inferior, será el baluarte de las tinieblas y el mal. (...) Después de la Ruptura de los Vasos, cuando algunas chispas de luz divina, que irradia el En-sof a fin de crear formas y figuras en el espacio primordial, también cayó el alma del Mesías, que formaba parte de aquella luz divina original. (...) En el fondo del abismo, junto con esta alma absolutamente santa habitan las “serpientes” que la atormentan e intentan seducirla. Estas “serpientes” reciben a la “serpiente sagrada” que es el Mesías, pues ¿acaso no tiene la palabra hebrea serpiente –najash- el mismo valor numérico que la palabra –Mashíah- Mesías?” Sólo en la medida en que el proceso del ticún del mundo entero da lugar a la separación del bien y del mal en la profundidad del espacio primordial se liberará el alma del Mesías de su esclavitud”, en Scholem, Gershom.

Y es precisamente allí, desde donde creo que debemos y podemos entender aún mejor las diferentes experiencias casi sobre-naturales que se ve obligado a vivir el personaje no sólo cómo una iniciación al mal sino como una manera de aceptarlo, trascenderlo y vencerlo, a partir del reconocimiento de quiénes somos y de nuestra orfandad natural. Y como la misma únicamente puede trascenderse –como hemos visto que enseñara Berdiaev- a través de la creación y no de lucha armada o ley alguna, abolir el destino de escritor como intenta hacer Sabato, huir la lucha sin armas y el camino de paz que intenta construir a partir de sus creaciones –aunque este hecho le obligue a poner en riesgo su vida– significa sucumbir definitivamente como ser humano ante el dominio cegado de la ley que no acepta a los disidentes y necesita de su miedo para imponerse.

Por ello, yo entiendo la llegada, por ejemplo, de Alejandra en sueños a perseguir a su creador-personaje, como un signo desesperado de la misma porque Sabato autentifique su creación, llegue a cerrar su trilogía descubriendo el culpable del mal, ofreciendo la respuesta para vencerlo. Se atreva a certificar él mismo el valiente sacrificio que antes ella había realizado. Como asimismo, comprendo que las procelosas experiencias vividas por Sabato a las que les empuja R. no tienen únicamente una dimensión negativa o, al menos, juegan el papel que el mal en su dimensión más ontológica permite descubrir el ser humano. Esto es, ser portador en su seno de un valor heroico que puede dotar de sentido a su existencia: la creación, pues sin ella, estaríamos obligados a perecer asesinados en el dominio de la locura al estar incapacitados para abrirnos trascendentemente a otra visión del mismo, más allá de la material.

Una creación que es todo **Abaddón** y que una vez realizada permitirá atestiguar el martirio de Marcelo, sobreponerse al mismo y abrir una vía a partir de la cual los seres humanos pueden ser testigos, ya no sólo impotentes, sino participantes y activos en la construcción de un mundo que pueda derrotar el mal. Precisamente, el

que Agustina no sea capaz de reconocerse en la realidad retratada por Sabato y exclame despavorida ante su presencia lo horroroso de sus creaciones, atestigua el porqué de su entrada en la secta cegada del poder y el dinero. La incapacidad –miedo que siente Sabato más o menos explícito durante toda la obra– de mirar de frente a la realidad sin miedos y devolver a través de la excursión cegada sin balas de la obra artística el rostro real de la sociedad en que se vive, obliga a sus conciudadanos, como Agustina, a disolverse en el manto de la ley, el texto escrito fijado y el poder del dinero que les asegura a partir de la autenticación del hecho material, la realidad de los poderes satánicos a los que se acogen para atestiguar, al contrario que Martín, la presencia de un absoluto: el mal.⁶

Por esta razón, es de suma importancia que Sabato se enfrente al mal y lo conozca: porque sin esta ecuación el hombre no podría ofrendar respuesta alguna a la dictadura de lo real y, frente a la amenaza del Dragón, el hombre no podría más que realizar una huida o un asesinato y jamás podría afirmar el porqué de su existencia en este mundo.

De hecho –y siguiendo con el miedo de Sabato de aceptar su destino- es éste, ante todo, el significado que doy a hechos como el intento realizado por Sabato de extraerse simbólicamente el ojo izquierdo en público. Miedo a seguir penetrando en la naturaleza de los sueños, la creación, descubrir la verdad, lo incestuoso y la necesidad de seguir ahondando en la misma, únicamente desde el lado derecho. Miedo, en suma, a saberse hijo de la serpiente que hubiera condenado la ley judaica, ser un cainita, y, por tanto, ser excluido de la realidad. En realidad, si nos fijamos, todo el recorrido de Sabato por **Abaddón**, tampoco se encuentra muy lejano del de

⁶ Aunque sea para disolverse en ellos en una relación incestuosa como la que mantiene con su hermano, Nacho, gracias a la que realizar una introducción en el mal de parecidas consecuencias a las de Sabato bajo las que anular su propia concepción material y enfrentarse a la ley a la manera de Fernando o Alejandra.

Castel y en su problemática, si algo viene a afirmar es su radical orfandad que se muestra en el momento de su transformación en rata, y que incide, desde lo particular, en la visión animalizada, nocturna y oscura de un país sin una ley o una contra-ley efectivas que oponer al mal y que acabará con muchachos como Marcelo, entre la indiferencia de Agustina, el rostro vacío de Juan Pablo Castel una vez ya liberado de su manicomio-cárcel o las palabras desesperanzadas y sin asiento de D'Arcangelo.

De esta manera –y teniendo en cuenta que los hechos de **Abaddón** me interesan, según el plan de trabajo trazado, sobre todo, desde el punto de vista argentino- la aparición de María de Soledad, vinculada de una manera interna al cuadro de Rosas que preside la clase donde Sabato intenta refugiarse, prácticamente tiene una función litúrgica de iniciación para que el personaje comience a afirmar o, al menos no negar el lado oscuro, la parte negada de la nación argentina, la rama federal. Sin embargo, afirmar a Rosas, significa vincularse a la visión contra-legítima de la historia argentina o, al menos, conocerla, significa profundizar en las catacumbas y los túneles cavados por tantos hombres llegados a Argentina intentando encontrar en el fondo de la tierra el oro diabólico y el ojo sexual de la madre Eva fecundado por Yahvé. Significa, en definitiva, para el joven Sabato, descubrir que si desea abrirse a una nueva visión de su país y su realidad, no sólo debe aceptar que la cara se fue separando del culo, como dijera Octavio Paz, sino la nuca del sexo. Esto es, que tanto los ojos sanos de los videntes como los cerrados y débiles de los sexos, remiten a una ulterior separación y a una disgregación de los contrarios del ser humano de tal manera que es imposible mantener o llegar a convalidar una visión total o unitaria de la realidad. Por ello, Sabato siente miedo durante toda la novela. Porque ni a través de la ley ni de la contra-ley se puede afirmar una visión de una realidad que pueda detener la lucha entre Rosas y Sarmiento, Caín o Abel, o terroristas y fuerzas represoras del Estado argentino que terminan por decretar la muerte de Marcelo.

Sabato no puede ni en París huir del destino de la patria y los cegados ojos de su profesora María Etchebarne le persiguen hasta allí. Y es por ello me precio en

señalar la hipótesis que el horrible accidente sufrido por esta educadora oficial y pagada, por tanto, por el Estado argentino, tal vez fuera provocado por un hijo de las tinieblas que no quería que revelase la contra-historia argentina a los nuevos infantes nacidos o llegados a este país. Esa historia oculta que los sacerdotes yahveístas pretendieron guardar con celo y erradicaron prácticamente en su programa educativo, como ya observamos. De nuevo, la posible luz pleromática que esta profesora podía ofrecer a sus alumnos es cercenada y los cegados ojos de María se le aparecen como una advertencia y como una amenaza -más aún cuando en Francia se encuentra a punto de descubrir la cegada ideología que dio pie a la bomba atómica o el signo Anti-Cristo que da origen a la segunda guerra mundial y, por tanto, universalizar la experiencia vivida en su patria por tantos ciudadanos y señalar el culpable- de que no penetre en la misma. Le advierten, como de una manera velada pero desesperada realizaba María Iribarne con Castel, que no penetre en ella.

Desde este punto de vista, el encuentro entre Sabato, Soledad y R bajo la iglesia de Belgrano, como la acaecida anteriormente entre Alejandra y Fernando Vidal Olmos, ha de ser anagnórica y no debería ser entendida únicamente desde un punto de vista negativo. Más aún, si tenemos en cuenta que tanto María de la Soledad y R. -retomando el hilo de **Sobre héroes y tumbas**- podrían ser identificados con la pareja Lilith-Samael deseosos de mostrar a Sabato una verdad por muy horrible que ésta sea: el rostro velado del Dios que los controla a todos y que sólo podrá vencer conociéndolo, integrándolo en sí mismo por medio de una gnosis, la creación de su obra, que sin violencia alguna -al contrario que Lilith o Samael o los rebeldes peronistas opuestos en aquel momento al injusto gobierno que intentaba someterlos- llegue a imponerse sobre la terrible realidad material.

De esta manera, Sabato, como el Edipo americano o el Caín olvidadizo que se encuentra con lagunas constantes en su recorrido vital y manifestaciones sobrenaturales que le refieren un hecho elidido que ha o han intentado extirpar de su conciencia, al fin, sabe lo que debe saber, lo que necesita saber para comprender el porqué de su angustiada situación. El sexo de María de la Soledad se deshace en un ojo bajo un túnel cavado en Buenos Aires para extraer tal vez el oro demoniaco jamás

encontrado en Argentina o intentar extraer la potencia de la fuerza demoníaca terrestre que controla la tierra y Sabato asiste a una revelación.

María de la Soledad, en cuyo nombre se encierran los cónclaves más queridos por el agustinismo, la pureza mariana y el alma, viene a certificar, finalmente, todas las intuiciones de Castel y Fernando Vidal Olmos: el cristianismo, la logia oficial de la religión católica que invadiera América ha deformado la verdad. María es –y para ellos nos referimos al estudio etimológico ya realizado sobre su nombre– no sólo la señora de Yahvé sino que este Dios es el señor de su alma, en una ecuación que refiere a la posesión vigilante de ese ojo que mira a través de María de Soledad a Sabato y le vuelve a afirmar lo que ya sabía pero había olvidado: su madre es Eva y la tierra es fecundada y atravesada por el ojo vigilante del demonio.

Y es aquí donde Sabato ya se da de bruces con uno de los temas gnósticos por excelencia y que ya hemos ido apuntando durante todo nuestro trabajo: el dominio de este mundo por una divinidad ajena al primer demiurgo. El que ha unido su falo y cara al sexo a la madre tierra y la ha separado de todo principio espiritual. El que se encarga de vigilar el coste en la relación sexual, juzga los actos en torno a una dinámica utilitaria y vigila desde el centro del sexo de la madre arcaica, Isis o Eva, para que el hombre no pueda desvincularse del dominio excrementicio de la materia y no pueda ejecutar el gran poder que lleva inscrito en su seno.⁷

Desde luego, recordar de nuevo la relación sostenida entre Perón y Evita o el dragón apocalíptico y Perón ya tratada en este trabajo, parece a estas alturas banal.

⁷ Nos indica María Rosa Lojo, ahondando esta visión en su artículo *Simbolismo del ritual erótico en Abaddón el exterminador*, en Cuadernos Hispanoamericanos. op.cit, págs., 566 y 567: “la mirada (...) del ojo sexual de Soledad, en **Abaddón**, es también una mirada petrificante como la de la Gorgona, una mirada enjuiciadora que transforma cabalmente al individuo en objeto, que lo conoce hasta lo más profundo de su interioridad, que lo desnuda, revelándole su culpa –una culpa no tanto personal cuanto metafísica, ontológica-. (...) El simbólico ojo sexual de **Abaddón** (...) es un ojo maligno, enjuiciador, objetivante, que desnuda a quien mira, lo exhibe en su culpabilidad y destruye con esa mirada envidiosa lo bueno y lo puro que el individuo contemplado podía aún atesorar. Y esto es así en primer lugar, porque se trata del Ojo del universo de los Ciegos, y simboliza la capacidad de mirar sin ser mirado, de objetivar implacablemente sin dejar de ser sujeto. Y es así también porque representa la puerta hacia las Tinieblas, hacia la Madre, el Sexo, la Materia, la Carne, que en el mundo mítico del maniqueísmo y sectas afines constituyen centros de luminosidad demoníaca”.

Pero, por apuntar más datos, sí que me parece importante para comprender muchos de los símbolos ocultos escindidos por **Abaddón** y que se doblan sobre la realidad para dejarnos perplejos, el que, una vez que Perón se decidiera a volver a Argentina desde su exilio hispano en Puerta de Hierro (el signo del puñal del Martín Fierro, la Edad de Plata y de la civilización técnica y del hemisferio derecho) los ¿restos reales? de Evita Perón fueran repatriados a la Argentina.

Como a su vez, al menos, es interesante subrayar el hecho de que la presencia de Rosas en el habitáculo donde se enegece María Etchebarne, la sexualidad disuelta que Perón dispendase en Evita, el hecho de que el par Rosas-Perón se encuentre unido indisolublemente en la narrativa de Sabato o la revelación de la sexualidad omnipresente de María de la Soledad puede vincularse al signo-rata, murciélagos y oscuro del pueblo argentino: el segundo demonio sabatiano y la lucha terrorista. Como, a la vez, podemos realizar una relación entre una María de Soledad pura y casta en la realidad diurna y que más tarde mostrará su rostro demoníaco justo debajo de la iglesia de Belgrano con el rostro abélico y aparentemente casto y sin falta de tantos gobernantes y dictadores argentinos ayudados por la iglesia y educación a entronizar, sin embargo, el poder demoníaco: el primer demonio sabatiano, el abélico, asistido por las ley que proscriben el peronismo –como el racionalismo hará en Occidente con las furias- y entronizará a Sarmiento o Roca tras demonizar a Rosas y Facundo.⁸

Y por ello, Sabato no puede menos que hundirse en un pozo en la novela, por la imposibilidad de romper la contradictoria y trágica condición del ser humano de

⁸ Desde este punto de vista –aunque esta observación merecería un capítulo completo para desarrollarla con total pertinencia y su totalidad- resulta muy significativo el que Sabato haga referencia en la novela al misterioso Isaac “el ciego”. El hecho de que este místico judío desarrollara su actividad en Francia no muy lejos de donde se consiguió la fisión del átomo que dio lugar a la bomba atómica ya nos sugiere una secreta conexión esotérica entre hechos del pasado y los que vive Sabato en la novela y llegan hasta la Argentina. Pero, ante todo, me importa aquí señalar el hecho de que el Isaac bíblico muriera ciego y, apuntando a la realidad del país argentino, que –tal y como nos lo ha retratado el Giotto en un fresco situado en la Basílica Superior de Asís- su rechazo por Esaú y predilección por Jacob, lo certificase como un gran abelita, uno de los hijos predilectos de Yahvé que, como hemos visto, era el nombre de aquel misterioso cabalista del que nos habla Sabato en **Abaddón** entre el misterio, el respeto y el miedo a su figura.

ninguna de las formas.⁹ Y en este sentido no ha de resultarnos extraño que tras su contacto con María de la Soledad, el propio Sabato, cuando regrese a su hogar, encuentre una imagen de sí mismo desdoblada y llorando: es a la orfandad natural del hombre, al hecho de que el camino artístico sea una vía que conduce a este descubrimiento que se quiere evitar a donde conducen estas lágrimas. Un camino que se recorra por donde se recorra sólo puede atestiguar la presencia dictatorial del mal en todas las dimensiones de la realidad y que no va a poder evitar, tal y como entiende lúcidamente Bruno, que mueran inocentes como Marcelo y se repita de nuevo en Argentina la matanza decretada hace 20 siglos por Herodes en Jerusalén.

Como hemos de suponer que ahí se encuentra también el motivo, la imposibilidad de enfrentar el mal, resolver la contradicción humana, por el que Salvador Bacarisse y María Rosa Lojo¹⁰ nos recordaban que los actos de Agustina y la relación incestuosa con su hermano Nacho, también pueden ser entendidos como una manera de enfrentar de una manera desesperada, por otra parte, la realidad mostrada con crudeza por el sexo de María Soledad: la imposibilidad de regresar a ese origen donde el sexo y boca estaban unidos debido a la mirada vigilante de un Dios que nos encadena a esta realidad ya sea por la ley o a través de la ruptura de esta ley. Siempre somos sus esclavos.

El hecho, por ejemplo, de que Sabato acabe por transformarse en rata en **Abaddón** a la manera de Gregorio Samsa en **La metamorfosis**, creo que, a la vez, implica como el gesto de Castel en **El túnel**, un deseo de humillar al padre. Además,

⁹ Para Gemma Roberts, por ejemplo, ayudando a descifrar el porqué del llanto de Sabato: “el rito de Soledad invoca, al mismo tiempo, la soledad esencial y absoluta del artista. El nombre Soledad no es arbitrario ni casual, Sábado lo ha elegido por su profundo simbolismo. Cada vez, que el escritor en **Abaddón** huye de su soledad, su centro creador, en busca de la compañía tranquilizante de la sociedad mundana, se siente inauténtico y culpable; cada vez que, angustiado por el misterio del mal y las tinieblas, busca el refugio de las construcciones científicas, la claridad de los teoremas, siente también el complejo de culpa de quien ha traicionado su vocación, su destino, la realidad central de su existencia. La ceguera se convierte así en símbolo que une la obra artística a su origen incierto y misterioso, a la imposibilidad misma de su realización absoluta”, en Roberts, Gemma. **Análisis existencial de Abaddón el exterminador de Ernesto Sabato**. Publication of the society of spanish and spanish-american studies.1989, pág., 56.

significa atestiguar la ley animal e imposible de domesticar por fuerza alguna que reina en Argentina. Y, en este sentido, afirmar la realidad rata de su país, significa denunciar el experimento realizado por Occidente en este Nuevo mundo a tono con el realizado por Jehová en la realidad total o la historia paradisiaca. Si, de ninguna de las maneras, sirviendo a la ley o luchando contra ella puedo encontrar un salida a esta terrible encrucijada, me animalizo, vuelvo al tiempo en que no había ley pues no había hombre, atestigo mi imposibilidad de poder luchar contra los poderes de este mundo y me afirmo su esclavo, únicamente antes de ofertarles un certero golpe pues como animal ya no tendrán poder sobre mí y mi conciencia. Habrán vencido su batalla pero no me habrán exterminado del todo pues será entonces cuando podré caminar libre y sin yugo por la realidad para, desde la oscuridad, la noche y las tinieblas, descubrir, como todo ser humano libérrimo, el signo cuyo poder no está marcado por ley alguna, pero atestigua mi presencia en la vida, más allá de la realidad y la muerte misma: el acto creativo.

Porque creo que a esto apunta la transformación-rata a tono con la realidad vivida en el país argentino de Sabato: a conocer la presencia del olvido total, la vida animal que es la de la creación, imbuida de muerte, sexo y destrucción pero que, a la vez, busca afirmarse a pesar de todas estas realidades para asegurar que el signo-hombre no puede ser medido, cuantificado¹¹ y es un algo intangible e impensable ubicado más allá de la realidad o la ley: un creador que, por tanto, participa de los atributos de la luz pleromática que atestiguan que podrá reintegrarse a la misma

¹⁰ Bacarisse, Salvador. *La cosmología gnóstica de Sabato: una interpretación de Abaddón el exterminador*, op, cit, y Lojo, María Rosa, *Elaboración del mito gnóstico en Abaddón el exterminador*, op, cit.

¹¹ Al fin, el tema de **Hombres y engranajes** donde Sabato no dudaría en afirmar sentencias como ésta: “La reducción del Universo a Materia-en Movimiento dio origen a las doctrinas más peregrinas. Primero fue la tentativa de localizar el alma en una glándula. Luego, la investigación del alma a perímetros y compases; mientras algunos se dedicaban a medir con tales aparatos la inteligencia y la sensibilidad, otros, como Fechner, organizaban desfiles de señores delante de diversos rectángulos, para decidir estadísticamente la esencia de la belleza. (...) El hombre no es un simple objeto físico, desprovisto de alma; ni siquiera un simple animal: es un animal que no sólo tiene alma sino espíritu, y el primero de los animales que ha modificado su propio medio por obra de la cultura. (...) El hombre es el primer animal que ha creado su propio medio. Pero –irónicamente- es el primer animal que de esa manera se está destruyendo a sí mismo. Vista así, la mecanización de Occidente es la más vasta, espectacular y siniestra tentativa de exterminio de la raza humana. Con el agregado de que esa tentativa es

siempre y cuanto afirme su voluntad de vivir, aun y a pesar del mal y su batalla infinita por imponerse al mismo.¹²

Supone, en suma, como lo entendió Kafka, beber el veneno vertido por la serpiente, atragantarse con él y deslizarse a cuatro patas como un reptil por el mundo, para descubrir que la lucha heroica por la libertad del hombre comienza en el momento en que el mismo atestigua la posibilidad de ejemplificar, ser el veneno de la serpiente negado por la ley judaica. Debido a que si atendemos que este veneno es el fruto de todo conocimiento para la gnosis, una vez vomitado y expulsado por el hombre a la comunidad ha de enfrentarle a reconocerse en la verdad de la obra de arte que es la mayor arma que pueden utilizar los hijos de Caín para reconocerse, al fin, iguales al Cristo. En suma, el proceso que da sentido a la muerte de Marcelo Carranza para que, una vez que su gesto heroico es narrado, la comunidad pueda reconocerse en el horror de **Abaddón** pero, al tiempo, encuentre, en el mismo hecho de la existencia de la novela, el mayor ejemplo del camino a seguir para que Cristo no vuelva a morir: atestiguar la victoria de la creación, de la obra de arte, la auténtica vida espiritual pleromática compuesta de sangre, dolor y materia y que no necesita separar el cuerpo del alma para afirmar la presencia del soplo santo del espíritu en todos los hombres, libres para, si lo desean, imponerse a la ley sin realizar acto violento alguno ni falsificación alguna, una vez que la obra de arte representa, antes que nada, el dominio absoluto de la vida verdadera para Sábado. Pues, al fin, toda la obra de arte se compone a través de las tinieblas del olvido, de la prisión material en

obra de los mismos seres humanos”, en Sábado, Ernesto. **Hombres y engranajes**.op.cit, págs., 126 y 127.

¹² Nos dice Salvador Bacarisse de esta transformación de Sabato en rata y de su relación con Agustina en la novela: “Pudiera pues aparecer que el incesto en **Abaddón** es un simple sofisma, un juego de palabras. Sin embargo, creo que Sábado ha tratado por todos sus medios de evitar que fuera sólo eso, y lo ha conseguido convirtiéndose a sí mismo en personaje de su propia novela. Si su relación con Agustina tuviese como único propósito el expresar ese incesto literario, no pasaría de ser una mera innovación formal. No obstante, su propósito es desarrollar toda una cosmogonía en ella, que el origen de la vida se halla donde el sexo y el incesto, la paternidad y el parricidio mueven sus fantasmas. En este sentido, su innovación formal tiene un profundo sentido metafísico. Como el alquimista que pretende hallar la transmutación de los metales, su propósito verdadero es su propia transmutación. La horrible transformación de su doble en una rata con alas es la última etapa de esa progresión. Ha alcanzado, gracias a un pecado aun mayor que el incesto “natural” (...) el conocimiento supremo, la gnosis que buscaba”, en Bacarisse, Salvador. **La cosmología de Sábado: una interpretación de Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 214.

la que está encadenado el hombre, para extraer, finalmente, de las profundidades de la tierra y del conocimiento del mal, una verdad, una gnosis que permite a los seres humanos reconocerse en ella, volver a mirarse en el alma de uno de sus contemporáneos –pues, en este caso, no importa el tiempo en que fuera compuesta esta obra de arte que no puede tener edad y es inmortal– como la luz pleromática a la que remite.

Es ahí, en el reconocimiento que Sabato hace de su pueblo y el ser humano que se ha apartado del árbol de la vida pero, a la vez, en el reconocimiento de este hecho, donde se encuentra la verdad del veneno de la serpiente que todo culto único teme. Por esta razón, la obra de arte es lo contrario a una huida: es un reconocimiento y una comprensión de la realidad. Y en este sentido, atestigua, sí, la verdad de la situación del hombre, no se la esconde y le ayuda a enfrentarse a la misma. Es decir, huye de la tentación que el hombre posee de regresar a un antiguo paraíso, antigua tierra o vientre materno, como quisieran Castel o tantos ciudadanos de Argentina, tal vez, el mismo Sabato o incluso Bruno sometidos a esa realidad feroz que acaba con la vida de Marcelo Carranza (el nuevo Cristo). Le muestra la condena y la imposibilidad de regresar a reestablecer el cordón umbilical materno y le ofrece una posibilidad más dolorosa pero en la que se encuentra depositada la verdad del hombre para ir hacia un nuevo Edén, construido a partir de las condiciones esclavizantes de este mundo.

Así, a través de la obra de arte, el diálogo continuo entre los testimonios de los hombres que pasaron por este mundo desdichado, en el flujo del habla que no cesa y se extiende a otro confín eterno de esta obra, el testimonio final y el sufrimiento de Sabato que recoge Bruno, el lector que los lee, la búsqueda de Martín o la lucha de Aztor Piazzolla por crear belleza con su arte en Argentina, se va escribiendo un nuevo texto libérrimo y se va trazando una vía desde el corazón mismo del alma humana que reintegra al hombre con su origen. Porque –volvemos a repetirlo– la obra de arte no se compone a partir de una regla o ley únicas -y es así como creo que debemos entender los testimonios hilarantes de Quique contra los que pretenden crear reglas y leyes para construir arte y la voz agria de Sabato levantada

contra la manía objetivista de los teóricos del “nouveau roman”– y la verdad absoluta, desgarrada y total que muestra, su dimensión espiritual religante y trascendente y la libertad a partir de la cual la misma es creada, es ajena al celo de los textos religiosos guardados por los sacerdotes al pueblo o una ley que intenta liberar del pecado e intenta manipular la conciencia de los ciudadanos. Es todo lo contrario. Es una declaración de amor, como subrayaba Tarkovsky en **Esculpir en el tiempo** y una prueba de que, a pesar del mal, la vida merece la pena de ser vivida. Pues, en ella, como intenta demostrar Sabato, participan todos los ciudadanos que pueden llegar a comprender el porqué de su situación y encontrar una respuesta lúcida a la misma. Es, en suma, un diálogo infinito para el que no se necesita de aprobación o asentimiento alguno, y en el que dialogan en trasvase absoluto hacia otro lugar, las voces ocultas de los marginados pero también de los privilegiados, todos a una, para permitir, al fin, conocer cuál es el rostro de Dios: el de todos ellos unidos y vinculados a una voz a través de la creación, de la obra de arte que intenta establecer un silencio total que pueda atestiguar, en suma, y realizar el deseo escrito en la tumba, aún no profanada, del Ernesto Sabato muerto en la ficción, la paz.

Esto, al cabo, significa que, a través y, sobre todo, gracias a las disensiones entre Sábato y Cortázar sobre el compromiso de los exiliados con la patria, sus debates con Borges, los posicionamientos irreconciliables y el alarido de gritos de los dos demonios argentinos, hay un ámbito que es tanto y aun más sagrado que el signo tumba o el signo iglesia: la obra de arte. Pues en ella, se testimonia, al fin, la capacidad de resurrección del ser humano, de Lázaro sobre las condiciones que lo habían abocado indefectiblemente a la muerte y se forja un espacio libre donde todo el mundo puede caminar y dialogar entre las luces y sombras de esta vida y la otra, la nueva que promete toda obra de arte: la vida pleromática. De esta manera, a través de la brillante y proteica revolución espiritual de dimensiones incalculables de la obra de arte -y por ello no duda Sabato de observarse a sí mismo muerto en las páginas del libro y la ficción¹³ mientras un viejo Bruno continúa caminando hacia quién sabe

¹³ Es realmente simbólico que Sabato esté enterrado en Capitán Olmos y no en su pueblo verdadero, Rojas, como nos indica Bruno pero ahí se encuentra uno de los hechos significativos que permiten entrever la victoria final de Sabato, su treta final para imponerse a las potencias del mal. Exactamente, Sabato es enterrado en Capitán Olmos, el pueblo de los árboles infernales

dónde- los argentinos podrían, finalmente, llegar al estado descrito por la doctrina del Ticún (“la nueva personalidad del primer hombre”) aún y a pesar de su errancia.¹⁴

Precisamente, como Gershom G. Scholem lo ha explicado, poniendo de relieve unas ideas ya destacadas por Martin Buber, de esta manera, la espera de un indefectible Mesías que vienes a liberarles de su terrible condición quedaría destarrada. Pues lo que enseña la obra de arte y su proceso gnóstico es que al Mesías, al hombre nuevo, al Nuevo Edén que el hombre está obligado a buscar y crear en su vida en sociedad, la nueva Jerusalén, se llega a partir del esfuerzo conjunto y del diálogo, de la nueva ley creadora, más allá de toda obligación e interna a todos los seres humanos si desean descubrirla, que es la de la creación. Pues a esto ayuda el arte, en suma, y por lo que tan importante es la valor de rescate que el mismo viene a realizar del “narciso edipizante” construido por la modernidad y, en el caso concreto de Sábato, el Narciso argentino: mirarse, al fin, en el espejo de los otros y no de uno mismo.

Como ha indicado Gershom G.Scholem: la venida del Mesías no corresponde a “una persona cargada de la función particular de redentor, que sería el portador del Ticún, sino que es mi acción y la tuya la que aportan la redención”. De esta manera, “la redención no se produce más como una catástrofe en la que la historia misma desaparece y se termina, sino como una consecuencia lógica de un proceso donde todos participamos. La llegada del Mesías no significa (...) sino la firma de un documento que escribimos nosotros mismos”.¹⁵ Un proceso que el pueblo argentino puede todavía llegar a completar y en el que se encuentra su verdadera esperanza más que en la futura y siempre renovada creencia, más tarde frustrada, de que será el

afirmando la raíz maligna de su nombre que ha ido a buscar durante todo el libro pero, a la vez, como lo pone de manifiesto la palabra paz escrita con mayúsculas sobre la tumba es allí, en la ficción donde, finalmente, su alma encuentra descanso. Y donde, paradójicamente, teniendo en cuenta el consabido hecho del traslado de los cuerpos de los muertos en el país argentino, demuestra que es gracias al arte que será recordado, vencerá el olvido e impondrá su nombre conquistado a través de la creación. Es allí desde donde su alma y espíritu iluminarán al mundo tiempo después que su cuerpo sea devorado, acaso por las ratas o por los cegados habitantes de su patria que tampoco tuvieron respeto del cadáver de Evita o, más tarde, como vimos, del de Perón.

¹⁴ Scholem, Gershom G. **La kabbale et sa symbolique**. op.cit., págs., 180 y 181

¹⁵ *Ibíd.*

nuevo presidente mesiánico, portador de la nueva ley, el que lo hará por ellos mismos. De hecho, es ahí donde radica la esperanza de la humanidad y no únicamente del pueblo argentino o el judío y en donde el ser humano ha de mirar ya no para completar un proceso de redención, sino para comenzar a afirmar la creación y su consorte, la obra artística construida por todos, de una manera tal que le permita, al fin, liberarse de los pesados grilletes que la ley y el mal, su condición material, han depositado sobre él.

Esto, en suma, significa ir todos unidos de la mano a descubrir el nombre no escrito que ha de pertenecernos y que está escrito en los cielos, recordarlo todos unidos para, al fin, unir la primera letra del abecedario, el Aleph, a la última, la Omega y componer la figura de una piedra o rueda creativa que no se detenga en su camino al pleroma. Significa comprender que es a través de la vida interna y su reflejo amistoso en nuestro comportamiento con el “otro” en la vida externa, a partir de la dimensión total y renovada de la obra de arte, que el hombre vuelve a nombrar la realidad, vuelve a ser el Adán renovado que lleva al Cristo en su interior que nombra a las cosas pero, ante todo, comprende y delega en el Creador -en una primera luz cuyo nombre desconoce y no quiere poseer- la voluntad de nombrarle. Esto es, de atestiguar su dimensión trascendente por encima de la dimensión material que en la obra de arte permite que las palabras se formen solas y digan lo que deben y pueden decir: la presencia divina de la que, al ser el mismo hombre partícipe, no puede rehuir en su combate contra la realidad cegada del mal.

Presencia y tareas divinas, de las que Sabato no puede huir en todo **Abaddón** por más que lo intente, por más que le muestren la repugnante condición material de este mundo partido, fragmentado y vigilado por el diablo en el sexo de María de la Soledad o lo acorralen Schneider y los distintos representantes de la secta conjurada de los ciegos: aquellos hombres empeñados en que el hombre se aleje de su hermano, Caín, se descuide de su hermano Abel y perezca asolado en su melancolía sin poder jamás llegar a descubrir el secreto oculto que muestra su nombre.

Porque, seguramente, era allí donde quería llegar Jehová depositando su ley, luego más tarde hecha anatema y seguida con ceguera por sus guerreros siguiendo las órdenes ejecutadas con celo de sus sacerdotes: a la eterna discordia de los pueblos y los hombres.

En realidad, si recordamos –continuando con una mirada retrospectiva y reconstructiva que permita ir al fondo de la ideología que ha construido el trasfondo de la ley contra el que se enfrenta Sabato- por ejemplo, en el relato genésico, Eva advertía de la seducción que había obrado sobre ella la serpiente que le había conducido a comer del árbol. Y si nos remontamos a la raíz hebraica del verbo seducir, comprenderemos que seducir en el mito bíblico significa literalmente: ha depositado la semilla en mí. De esta forma, **El Zohar** toma a la letra esta respuesta y considera que la serpiente ha depositado su simiente en Eva. El padre de Caín sería entonces la serpiente y no Adán. Y la serpiente –como ya apuntamos- es el símbolo de Samaël, el ángel malo, el ángel de la muerte al que hay que matar o cercenar: el conocimiento o el lado izquierdo del cerebro del ser humano. De hecho, **El Zohar** afirma que Abel es hijo de Adán, pero Caín es un bastardo, el hijo de la serpiente. Y, en este mismo libro, a su vez, se nos indica que “Moisés es el primer nacido de Adán”, siendo, precisamente, “los hombres de la gran Mezcla (...) los hijos de la serpiente primordial que sedució a Eva”, y, por tanto, son ellos, los hombres que cruzan sus conocimientos con los de otras culturas y se unen sin importar la religión o la raza, a quienes habría que desterrar, pues como señala **El Zohar**, la raza de la gran Mezcla, el mestizaje, por tanto, es fruto del “veneno que” la “serpiente” inculcó “en Eva y de la cual fue engendrado Caín”.¹⁶ Es, de esta manera, borrando el conocimiento que ofrece la serpiente, el del lado izquierdo y, por tanto inconsciente del cerebro, como la ley puede imponerse sin temor y que nuestra actual civilización, según Sábato, llegó a construir su imperio dictatorial sobre la realidad: por miedo, como ya dijimos en otras ocasiones, a la vida, a aceptarla en todas sus dimensiones. Terror al verdadero conocimiento, a la gnosis.¹⁷

¹⁶ En **Le Zohar**.op.cit.pág., 161.

¹⁷ Véase a este respecto el encuentro entre el doctor Schnitzler y Sabato cargado de ambigüedad y tensión en el que el primero parece anunciarle esta clave al escritor al tiempo que parece

Es por ello que fustigando a Caín y condenando su parte-serpiente (el conocimiento real de quien es) y enviándolo a la tierra de Nod (la tierra de nadie), Yahvé podía estar seguro de que Caín no se atrevería a descubrir el secreto del veneno inoculado por la serpiente a Eva, a fuerza de ser castigado de nuevo por la ley. No sería capaz de ir a descubrir y realizar un viaje interior hacia sí mismo para descubrir, como lo quisiera Alejo Carpentier, el misterioso secreto contenido en la semilla. Además, si Caín continuaba con vida, Yahvé podía ejercer más facilidad el dominio y control de la realidad, justificaba la posibilidad de imponer, al fin, su ley donada a Moisés a quien, no por azar, **El Zohar** considera el primer hombre nacido ajeno a la gran Mezcla de la humanidad y, por tanto, el elegido para recibir los mandamientos con los que, los afines a los dictados de Abel controlarán la realidad. Y, por ello, quien matara a Caín habría de penar esta culpa siete veces. Matar al hijo que Yahvé engendrara con Eva -como se deducía de la lectura que del mito realizara Rozitchner y del relato bíblico-, al asesino que le sirviera para implantar su ley sobre este mundo, significaba atestiguar que el Dios que se quería único y todopoderoso podía ser vencido de una manera que vendría a ser revelada por Cristo. Lo que no deja de parecernos una nueva treta diabólica, si como ya tratamos en otra parte del trabajo, es precisamente un ciego, Lamech, quien acaba por matarlo aun contra su voluntad, pues este hecho le lleva, en un acto de desesperación, a matar a su propio hijo, continuando, de este modo, el ciclo de violencia y de repetidas y eternas maldiciones. Así, por ejemplo, pudo entenderlo Hans Jonas quien afirmara, siguiendo las más caras teorías gnósticas, que “en el macrocosmos el hombre se encuentra encerrado en siete esferas” y “en el microcosmos, el espíritu humano está encerrado en los siete vestidos del alma que dieron origen a a estas esferas”. Así, el espíritu que no ha conocido la verdad, el Caín que no sabe que, en verdad, no es hijo de aquel Dios que lo desterrara sino de la primera luz pleromática se encuentra “inconsciente

desear que se aparte de ella para no comunicar su secreto al mundo, construir la obra de arte que por una vez acabe con las potencias del mal. Dirá Schnitzler: “Una civilización racionalista y masculina. La mano derecha. El orden abstracto, las normas. El derecho (;significatia palabra, mi querido doctor Sabato). La objetividad. (...) lo siniestro tiene que ver con la desgracia, la perversidad, con lo funesto e injusto. Todo femenino. Se jura con la mano derecha, se hacen cuernos con la izquierda. (...) el cristianismo es una religión solar y masculina que ve en la izquierda algo demoníaco”, en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**.op.cit, págs., 775 y 776.

de sí mismo, (...) dormido, intoxicado por el veneno del mundo: en verdad es ignorante” y “el despertar y la liberación” únicamente podrá alcanzarlos gracias al “conocimiento”¹⁸ Y por ello, Fulcanelli no duda en sentenciar que “la edad de hierro no tiene más sello que el de la Muerte” afirmando como todos los hijos de Caín en su lucha contra el anatema y la maldición de Yahvé que “su jeroglífico es el esqueleto provisto de los atributos de Saturno¹⁹: el rejoj de arena vacío, imagen del tiempo cumplido, y la guadaña, reproducida en la cifra siete, que es el número de la transformación, de la destrucción, del aniquilamiento”.²⁰

De hecho, como nos revelan Abécassis y Eisenberg, según algunas interpretaciones, el signo trazado sobre el rostro de Caín tiene una función muy parecida a la del shabbath: “la circuncisión del corazón y del cuerpo”, con el fin de que el individuo y la sociedad terminen por reconocer “las leyes sin las cuales no puede existir”.²¹ Lo que significa absolutizar el dominio de la ley externa sobre el hombre, marcarlo y regirlo por sus dominios y las interpretaciones que la misma hace de la realidad. Así, la promesa que la ley le ofrece a Caín es la oportunidad de reparar su falta, de redimirla si, finalmente, -cosa que se negó a realizar en un principio- la reconoce, al fin, como verdadera, legítima.

Al mismo tiempo, siguiendo de nuevo a Abécassis y Eisenberg, para intentar elucidar el porqué del signo grabado en la frente de Caín, los mismos nos indican que esta letra puede ser el Tav, “que, en una celebre profecía, es el signo de la muerte: el fin del alfabeto” que es “también el fin de la vida”. Y, como nos advierten estos famosos exegetas: “la letra Tav, que es la última del alfabeto hebraico, tenía una grafía diferente de la que posee hoy. Se parecía un poco más a la letra “x”. Así,

¹⁸ Jonas, Hans. **La religion gnostique. Le message du Dieu Étranger et les débuts du christianisme.** Traduit de l'anglais par Louis Évrard. Flammarion. Paris.1978, pág., 67. (La traducción al español es mía).

¹⁹ Símbolo del signo dado del Shabbat inscrito en el nombre de Sábado y contra el que se revela durante toda la novela, como ya apuntamos.

²⁰ Fulcanelli. **El misterio de las catedrales.** Plaza & Janés Editores.S.A. Barcelona. Cuarta edición: julio 1999, págs., 197 y 198.

²¹ Eisenberg, Josy et Abécassis, Armand. **À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme.** op.cit, pág., 878.

cuando Dios dice a Ezequiel: “el signo tav será marcado sobre sus frentes”, quiere decir que todos los que estaban marcados por una cruz debían morir”.²² Suerte que le tocó vivir a Cristo y que ejemplifica, como vimos, Marcelo Carranza en **Abaddón**.

¿Y por qué, nos preguntamos nosotros? Porque, una vez que la letra x, como lo comprendieran los alquimistas, toma la forma de la cruz y el Cristo-Caín decide no disparar, no asesinar y morir afirmando los poderes de la otra vida frente a los poderes terrestres, una vez que se ha conseguido ir más allá de la letra tav, el hombre llega a un dominio atisbado por Nietzsche que, sin negar la ley, se encuentra más allá de su poder, el fin del alfabeto y la vida y la muerte que ella regula: la creación que, como observamos, le afirma el poder alquímico de llegar a la inmortalidad y el dominio solar lejano al paraíso a través del resurgimiento espiritual y el conocimiento absoluto que este hecho produce en un hombre, al fin, liberado de la ley externa.²³ Un hombre nuevo a quien ningún poder de la tierra puede juzgar o medir a fuerza de autodestruirse o poner en tela de juicio su fuerza todopoderosa, como le sucediera al Imperio Romano, el pueblo judío o el mismo católico pueblo hispano, incapacitados para comprender la verdad que la llegada de Cristo revelaba: el nombre secreto de

²² *Ibíd*, pág., 877.

²³ En realidad, creo que es a esto exactamente a lo que apuntaba Fulcanelli en **El misterio de las catedrales**. Nos dice allí –en unas reflexiones que permiten complementar nuestro pensamiento principal- en el capítulo dedicado a la cruz cíclica de Hendaya: “La letra S, que adopta la forma sinuosa de la serpiente, corresponde a la ji (x) de la lengua griega y toma de ella su significación esotérica. Es el rastro helicoidal del sol llegado al cenit de su curva a través del espacio, al producirse la catástrofe cíclica. Es una imagen teórica de la bestia del Apocalipsis, del dragón que vomita, en los días del Juicio Final, fuego y azufre sobre la creación microcósmica. (Sin embargo), gracias al valor simbólico de la letra S, desplazada adrede, comprendemos que la inscripción debe expresarse en lenguaje secreto, es decir, en la lengua de los Dioses o en la de los pájaros, y que hemos de descubrir su sentido sirviéndonos de las reglas de la Diplomática”. Así, nos dice Fulcanelli “nos enteramos de que existe una región donde la muerte no alcanzará al hombre, cuando llegue la época terrible del doble cataclismo”. Y esta región no puede ser otra, tal y como yo entiendo las palabras de Fulcanelli, que la de la creatividad pues mi lectura de las palabras de Fulcanelli refiere al descubrimiento de los hijos de Caín del verdadero sentido del signo grabado sobre su frente. Continúa Fulcanelli –en palabras que creo, hechas todas las salvedades que se quieran hacer- aseveran mi afirmación: “En cuanto al emplazamiento geográfico de esta tierra prometida (la verdadera), donde los elegidos presenciarán el retorno de la edad de oro, somos nosotros quienes debemos buscarlo. Pues los elegidos, hijos de Elías, se salvarán según las palabras de la Escritura. Porque su fe profunda, su incansable perseverancia en el esfuerzo, les harán merecedores de su elevación al rango de discípulos del Cristo-Luz. Llevarán su señal y recibirán de Él la misión de empalmar la Humanidad regenerada en la cadena de las tradiciones de la Humanidad desaparecida”, en Fulcanelli. **El misterio de las catedrales**. op. cit., págs., 194 y 195.

Caín que atrae la vida espiritual y eterna y permite leer la naturaleza y sus símbolos al hombre hasta conseguir hacerse uno con la vida del espíritu.

Pues, si nos fijamos, la raíz del nombre de Caín, (*qayin*)²⁴ está construida sobre un radical que significa envidia, el mal de ojo y la ceguera que caracterizan a todo asesino y justifican la revancha abélica. De la misma manera, si consideramos el nombre de Caín procedente de (*Qna*), su significación, ser o estar celoso, sigue ahondando en la imagen del Caín que hay que proscribir y contra el que la ley ha de luchar de una u otra manera. Y, por ejemplo, **El Zohar** nos indica la posibilidad de una tercera raíz del nombre Caín, (*qn*), verbo que ha dado la palabra (*nid*), y que, finalmente, se ha unido a la expresión nido de víboras para seguir ratificando la maldición sobre los hombres-serpiente, los hombres cainitas. Pero si consideramos el nombre Caín procedente del verbo (*qnh*), tal vez la revelación del signo cainita que revela cobre más sentido ya que si, en uno de sus significados, adquirir, el significado del nombre sigue mostrándose ambiguo, es en el segundo significado asociado al verbo (*qnh*), donde, al fin, encontramos el secreto que todos los hijos de Caín deben descubrir en su interior, pues esta segunda significación bien oculta por el enredo etimológico no es otra, como no podía ser de otra manera, que crear.

Crear. He ahí el porqué los artistas argentinos tuvieron que arriesgarse a vivir la suerte de la indiferencia o el desprecio, el porqué tanto José Mármol como Echeverría tuvieron que vivir la suerte del exilio y la desgraciada suerte sufrida por Sabato durante toda la novela. He ahí también, en el tremendo poder del acto creativo que hace latir de miedo a Yahvé, el porqué del miedo de todo poder a la oveja negra del rebaño o el furor que los portadores de la ley judeo-cristiana en Argentina, sintieron hacia el gaucho y su figura mestiza, aindiada, que atestiguaba un poder superior, el de los hombres-serpiente superior al de la ley de la codicia, el signo oro y la apropiación de la tierra. A ello, sin duda, -tal y como yo lo entiendo- apuntaban las famosas palabras de ese maestro gnóstico que fuera Hipólito de Roma. A la

²⁴ Etimología recogida en el artículo de Pascale Hassoun. **Au commencement était l'envie**, en **Caïn**, op.cit. y de Eisenberg, Josy et Abécassis, Armand. **À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme**. op. cit.

disolución definitiva –como lo pretende la obra de Sábato-²⁵ de la ceguera gracias al don de la creación: “Y si alguien posee “ojos bienaventurados”, cuando levante la mirada hacia el cielo verá la bella imagen de la Serpiente que está en el gran principio del cielo, convertida en principio de todo movimiento para todos los seres engendrados, y sabrá también que fuera de él (es decir, del Hijo del Hombre= Serpiente celeste) nada subsiste, ni los seres celestiales, ni los terrenos ni los infernales (...) Sobre él (el Hijo del Hombre) se halla “el gran signo” que se hace visible en el cielo para los que sean capaces de ver”.²⁶

Y he ahí, en las implicaciones de una ley que ubica una letra (tav) que quiere indicar un fin a la aventura cainita, rebelde, el porqué el shabath, ha sido regulado por la ley de tal modo que proscribiera al hombre la necesidad del reposo absoluto, y el mismo, -el domingo- ha devenido día de ocio regido por la ley del mercado o el eterno retorno a la iglesia al reencuentro con la figura del sacerdote, en las naciones cristianas regidas por la lógica consumista.²⁷ Porque lo que pone de manifiesto Sábato, adentrándose en las raíces de su nombre hasta sus últimas consecuencias, en el conocimiento serpentino que atestigüa el mal y no lo niega, llegando hasta a realizar un rito satánico con María de la Soledad, es que el día que el Creador

²⁵ Exactamente, como nos señala Scholem, en una reflexión que nos permite ahondar en la cuestión del ticún y aplicándola al significado oculto del nombre de Caín y su liberación final de Yahvé: “La Redención ya no es fundamentalmente una liberación del yugo de la servidumbre en el exilio, sino una transformación de la esencia de la Creación. (...) Implica un cambio radical en la estructura del universo. Significa no tanto el fin del exilio interior de todas las criaturas, que comenzó cuando el padre de la humanidad fue expulsado del paraíso”, en Scholem, Gershom. **Las grandes tendencias de la mística judía**. Cit. Op. pág., 331.

²⁶ En Gómez de Liaño. **El círculo de la sabiduría**. op.cit, pág., 48.

²⁷ Esto ha sido visualizado con exacta precisión por Weinrich quien afirma en una reflexión magnífica: “El año jubilar o jubileo es ante todo un período señalado en la vida de un judío o de la comunidad religiosa judía porque en este año, como cada séptimo año, se perdonan las deudas pendientes. Por eso se llama también “año de remisión” (Vulgata: agnus remissionis). Lo que ello significa es que “cada uno volverá a su posesión”. La “remisión” de deudas se aplica, por tanto, no sólo a las cosas prestadas sino también a las personas sometidas a servidumbre (por deudas) y, resumiendo, la fórmula de remisión reza, al final de otro pasaje de la Biblia: “Será para vosotros jubileo, y cada uno de vosotros recobrará su propiedad. Si el jubileo así descrito, es, como todas las fiestas judías, una fiesta del recuerdo y la memoria, unida por el simbolismo del número siete a la creación del mundo y la instauración del Sabbat como día de celebración y descanso, es al mismo tiempo, por su contenido, un año del olvido. Porque la “remisión” de las deudas y obligaciones es un acto de olvido ordenado por Dios y anunciado por Moisés a todo el pueblo. Toda “alienación”, si se puede emplear aquí un vocablo marxista, debe ser olvidada mientras dure este año: en verdad un motivo de celebración, en Weinrich, Harald. **Leteo. Arte y crítica del olvido**. op.cit, págs., 295-296.

descansó, su gesto no vino únicamente indicado para transmitirle al hombre, como quisiera Yaldabaot, su necesidad de reposar de una vida alienada más tarde por las consecuencias de la implantación de la ley, sino que el shabath fue el día elegido por Éste para cederle el testigo al hombre y testimoniar su semejanza con él, a través de la creación, más allá de toda ley.

Y es por ello que **Abaddón**, desde el mismo momento de su existencia, desde la posibilidad efectiva de su realización –a pesar del miedo de Sabato y los lamentos de Bruno porque la obra de arte no pudiera acabar con el mal en el mundo-²⁸ es un éxito, es un triunfo y, finalmente, se afirma como la existencia del sol o la luna, los ríos o los mares, los animales y los hombres como triunfo del hombre sobre sí mismo (otra de las grandes lecciones donadas por el ejemplo crístico) capaz, a través del sufrimiento y el dolor, de haber reintegrado los contrarios del árbol del bien y del mal y haber donado una visión de la realidad absoluta. Aquella a la que apuntaba el centro justo de la cruz, su corazón, solicitando la posibilidad real de unir los contrarios (Caín-Abel, serpiente y ley, hemisferio izquierdo y derecho, excremento y sol, noche y día) para comenzar a adentrarse en la vida interna de la creación, participar en ella y transformar la realidad, a partir de una mirada como la crística que ofrende luz a los ciegos, pobres y misérrimos habitantes del mundo encadenado a las tinieblas, como por otra parte ha conseguido la obra de Sábado y la de tantos otros artistas. Los verdaderos héroes de nuestro tiempo como sugería Campbell para quien, sin dudas, “el héroe es el campeón de la vida creadora”.²⁹

²⁸ Se nos refiere de Bruno en las memorables páginas iniciales de **Abaddón**: “El Universo era tan vasto. Catástrofes y tragedias, amores y desencuentros, esperanzas y muerte, le daban la apariencia de lo inconmensurable. ¿Sobre qué debería escribir? ¿Cuáles de esos infinitos acontecimientos eran esenciales? Alguna vez le había dicho a Martín que podía haber cataclismos en tierras remotas y sin embargo nada significarían para alguien: para ese chico, para Alejandra, para él mismo. (...) Ahora mismo se decía, niños inocentes mueren quemados en Vietnam por bombas de napalm: ¿no era una infame ligereza escribir sobre algunos pocos seres de un rincón del mundo? Descorazonado, volvía a observar las gaviotas en el cielo. Pero no, se rectificaba. Cualquier historia de las esperanzas y desdichas de un solo hombre, de un simple muchacho desconocido, podía abarcar a la humanidad entera, y podía servir para encontrarle un sentido a la existencia, y hasta para consolar de alguna manera a esa madre vietnamita. Claro, era lo bastante honesto para saber (para temer) que lo que él pudiese escribir no sería capaz de alcanzar semejante valor. Pero ese milagro era posible, y otros podían lograr lo que él no se sentía capaz de conseguir. O sí, quién nunca podía saberlo”, Sábado, Ernesto. **Abaddón el exterminador**.op.cit, pág., 528 y 529.

²⁹ Campbell, Joseph. **El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito**. op.cit, pág., 301

Además, si precisamente Sábato, que llevaba en su nombre escrito el nombre del hechicero del mal y que como nos narra en **Abaddón**, descendía, por parte materna, de un pueblo albanés, incapacitado como él mismo nos confiesa para la vida creativa,³⁰ ha sido capaz de invertir las tornas, luchar contra el anatema del nombre prescrito y creando, ir en busca de un nuevo nombre al tiempo que ofrenda un conocimiento a sus semejantes, ¿cómo y por qué no habrían de expresar las facultades creativas, sean cuales sean y en la medida de sus posibilidades, todos los seres humanos?, ¿no está allí el secreto filosofal que esconde toda piedra alquímica y que puede hacer revivir en el hombre los antiguos gozos sorbidos en su Edad de Oro?, ¿no es esa la verdadera Edad de Oro todavía por venir y no la antigua vivida en un paraíso celeste donde al hombre no le estaba permitido conocer la verdad, y que en el caso de los ciudadanos argentinos responde a la anteriormente vivida en el mitificado continente occidental que les proscribió al destierro?, ¿no es sino éste el secreto desvelado por la asunción mariana y la venida de Cristo?, ¿no es el vino bebido en la Última Cena, el sorbo rejuvenecedor de toda creación que anuncia que la sangre de las víctimas será trascendida y dará paz a los hombres en la actualización eterna de la obra de arte que detendrá las armas, el dominio tiránico de la realidad y denunciará aun simbólicamente al culpable?, ¿no es esto lo que hace **Abaddón** o la intención que mueve ese telar descubierto llamado **Nunca Más**, compuesto para intentar cerrar para siempre el sello apocalíptico que hizo surgir al ángel de las tinieblas sobre la realidad del país argentino?

¿Y no es allí, en la piedra filosofal del arte como única salida y verdadera respuesta a su situación, donde habrían de encontrar el refugio más verdadero los ciudadanos argentinos el día que la última crisis económica se desatara en Argentina y se comprobara que el cielo dorado bajo el que, supuestamente, dormían todos ellos se había evaporado y no les quedaba otra posibilidad que afrontar esta verdad –ya

³⁰ Señala Sabato a Bonasso en **Abaddón** sobre las características del pueblo albanés enraizadas en su origen: “Mi madre odia su origen albanés y a mí me apasiona. No han producido ni un solo inventor, ni un sabio, ni un gran artista. (...) un pueblo guerrero, que nadie nunca pudo esclavizar. (...) Mirá lo que dice Apollinaire de Canouris, ese amigo albanés que tenía. Vitalidad sobrehumana y propensión al suicidio. ¿Parece incompatible, no? Es, a mi juicio, un rasgo de la raza”, en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, págs., 751 y 753.

tristemente conocida por los conquistadores judeo-cristianos- para conseguir sobrevivir?

En realidad, en **Abaddón** –como, por otra parte, en la vida o los sueños- los símbolos son tan cruzados y fugaces que cuesta trabajo terminar de concluir un estudio que pueda revelar sus últimas significaciones. Pero sí que me gustaría terminar destacando que la estrella epifánica, la que seguían los Reyes desde Oriente, el lugar donde se eleva el sol y surge la luz, es la estrella del pastor, pero del pastor que viene a pelear por sus ideales sin levantar arma alguna: Cristo-Marcelo Carranza. Y que, por tanto, como ya hemos dicho, la misma afirma la ley de la creación que sólo podemos alcanzar una vez que hemos decidido bañarnos en las fuentes de la vida, como indica el bautismo del Cristo y explica el hecho de que el padre de Marcelo sea Juan Bautista, así como la extracción seguramente inmigrante de su familia y el rasgueo constante de la guitarra –signo de Yubal- escuchada en la infancia de su tío Florencio. Esta estrella es la encargada de recordar la luz primera que brillaba sobre el cielo de Jerusalén cuando ésta era una ciudad epifánica y todos sus Dioses y ciudadanos convivían en armonía. Es la estrella que muestra al hombre su dimensión trascendente, le recuerda al hombre la obligación de crear para dar testimonio del mal, e instaurar la paz gracias al fuego de la poesía donde terminan por quemarse para siempre todos los pecados del mundo.³¹

Y si su construcción figurativa es igual a la de David, no creo que sea tanto para resaltar las bondades del antiguo rey del pueblo de Israel sino para resaltar, en un camino de dimensiones simbólicas al cual se acercara muy posiblemente, como nos sugiere Sabato en **Abaddón** y Fulcanelli en **El misterio de las catedrales** que allí, en un pesebre, alejado de la sombra del padre tiránico, Herodes, y entre humildes se encuentra el verdadero rey de los judíos. Lo que quiere decir, en suma, que es allí

³¹ Así, para Fulcanelli, esta estrella sirve para designar “tanto la concepción como el nacimiento”, vendría a representar la naturaleza pura, pneumática del mundo más allá de la materia: el mundo Virginal, mariano al fin rescatado de las potencias materiales, de su parte Eva. O lo que es lo mismo, el refulgente mundo creativo que no necesita de materia ni sexo alguno– como lo quisieran los gnósticos- para que brille al fin sobre la tierra la luz pleromática de la primera y la verdadera creación, en Fulcanelli. **El misterio de las catedrales**. op. cit, pág., 66, 173 174.

–pero esto debe ser, como dijimos, descubierto por el hombre en libertad absoluta– donde se encuentra un niño que, como todos los infantes, dirá la verdad, no la complicará y, de manera pasmosa, con sus actos autentificará que hay una ley sin regla alguna que está por encima de la ley que lleva a David a hacerse con el trono de Israel. Como ya hemos repetido múltiples veces: la creación.³²

Puede que no a otro asunto –a la posibilidad del descubrimiento de la piedra filosofal alquímica, la creación, escondida tras la refulgente estrella de David y a la destrucción definitiva del anatema y maldición con el que selló Yahvé a Caín– se refieran estos versos del Apocalipsis de San Juan³³ (22,1-5): “Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. /En medio de la calle de la ciudad, y a uno y otro lado del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. / Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán, / y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. /No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán por los siglos de los siglos”. O estos otros, (22,12-17): “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra. / Yo soy Alpha y Omega, principio y fin, el primero y el último./ Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que su potencia sea en el árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad./ Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros y los disolutos, y los homicidas y los idólatras, y cualquiera que ama y practica el engaño./ Yo, Yeshúa, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente, y de la mañana./ Y el

³² De hecho, como indica Fulcanelli: “lo que indica el epígrafe INRI, traducido esotéricamente por Iesus Nazarenus Rex Iudeorum” es otra cosa muy distinta, “su significación secreta” es, en realidad: “Igne Natura Renovatur Integra”, *Ibíd*, pág., 195.

³³ Se nos dice en la visión del texto apocalíptico que ofrece el libro de Osmar Frea, Leonardo, Waintrop, Raúl Ricardo y Arregui, Fabián Ignacio. **La revelación del Apocalipsis por el hijo del hombre**. C.S. Editores. Buenos Aires. 1994, págs., 159: “El simbolismo que Dios no retrocede jamás está dado (...) en Sodoma. (...) De aquí en más, cada uno tendrá que sacar a Dios de sí mismo, no hay otro Dios más que el que está dentro de vosotros. Él es la vida, y como vida es la LUZ, y por esa LUZ sois, y por esa LUZ tenéis proyección”.

Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”.

Como he mantenido en muchas ocasiones, creo que éste es el último trasfondo del que da cuenta **Abaddón**. Como observamos en un capítulo anterior, el rey David (el gran pastor) debió llegar a su reinado por un camino totalmente opuesto al pacífico y, en suma, es la estrella de tres puntas judía, marcada por la ley como el sabbath en el corazón de su pueblo y aún no trascendida, la que brilla con fuerza tras el guante de los asesinos de Marcelo Carranza, los delirios mesiánicos de las dictaduras o los esfuerzos por acabar con la raíz indígena en Argentina.³⁴

Y frente a este Apocalipsis que regó de un culpabilizador silencio a la Argentina durante décadas, se alza la estrella epifánica que se opone a callar: la creación. Frente al movimiento continuo de las tumbas de los muertos en Argentina o la imposibilidad de descubrir dónde se encuentra el rastro de los desaparecidos, aparecen las tumbas que observa Bruno desde la ficción. No se mueven, y como las páginas de la obra de este autor o la gran obra alquímica, aunque puedan ser censuradas o se pueda vedar su conocimiento al gran público por parte de un nuevo

³⁴ Es, en suma, la que se cierne sobre la vida de Sabato durante todo **Abaddón**, con esa corriente de círculos y triángulos cabalísticos (R y María Soledad, Schneider y Hedwig) de los que quiere huir y se ve obligado a enfrentar. El mismo personaje Sabato señala en una parte de **Abaddón** el misterioso conjuro del número 3: “Símbolos, letras y cifras. Salen de la magia antigua, de los gnósticos y del Apocalipsis según San Juan. El número 3 en Dante. Hay 33 cantos. Hay 9 cielos, divididos en 3 categorías de 3”, en Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador**. op.cit, pág., 725. En este sentido, -siguiendo con la numerología simbólica presentada por Sábato en **Abaddón**,- debemos destacar –aun a fuerza de ser repetitivos- que, si consideramos el número 6 como el de la bestia y atendemos a las muchas referencias que Sábato ofrece por toda la novela sobre este número y su partición en 3 como signo de triángulo cabalístico o de la estrella de David, resulta aún más decisivo el porqué del día elegido, 6 de enero, por Sábato para desarrollar los hechos crueles en su novela. Pues, si atendemos como dijimos en este mismo capítulo, que el 6 de enero es el día que al fin Herodes o las potencias anti-crísticas de la tierra deben enfrentarse al redentor, al recién llegado Mesías, afirmar el epifánico 6 de enero como el día de la matanza en Argentina significa reconocerse hijo de la máxima indefensión, seguir apuntando las nociones de Argentina como tierra sin ley. Pero, precisamente, el que estos hechos puedan ser testimoniados, a su vez, anuncian y dan sentido a la vida de los ciudadanos argentinos pues es la creación de **Abaddón** a partir de la terrible realidad objetiva de la Argentina, lo que permite visualizar que la batalla no está perdida. Frente al 6 de enero -día simbólicamente elegido por el dragón argentino del mal para atacarse dispone el otro 6 de enero, el de la realidad transformada, denunciada y creada en **Abaddón** que fuerza inevitablemente a la bestia a retroceder y concede la confianza en que podrá ser derrotada.

gobierno, ya están escritas y, en el peor de los casos, podrían, como lo muestra la obra de Ray Bradbury **Fahrenheit 451**, ser memorizadas por sus ciudadanos para insuflarles vida de nuevo.

Hacia allí apunta la obra de Sábato y ésta es la lección que deja a los ciudadanos de su país. Hay una forma aún más mortífera de enfrentarse a la ley que el incesto, el robo o el pillaje y un camino más originario gracias al cual el hombre puede afirmarse a partir del no, la rebeldía y conocerse. Este lindero es el arte. Y a él sólo podemos llegar arrojando fuera los miedos y reconociéndonos ciegos, partes posibles del mal, revolcándonos en las cloacas de nuestra alma, como Fausto, Fernando Vidal Olmos o Sabato y afirmando nuestra orfandad. Nuestra raíz indudablemente cainita, incestuosa. Es ahí donde se encuentra la ceguera que salva, como la del amor y el camino clarividente que abre la posibilidad de un diálogo por una vía pocas veces transitada por el hombre occidental desde su llegada a los territorios que enmarcan el país argentino: escuchar a un hermano hablar, tenderle la mano y comprender que su Dios y el nuestro son el mismo.³⁵ Son dos dioses de la paz que vienen a celebrar la llegada del campeón de la vida creativa, el Cristo, a la nueva Jerusalén en la que, al fin, ningún Dios o culto, dígame el Buda, Jehová, Allah o cualquier Dios americano son prohibidos. La ciudad que aún está a tiempo de construir el país argentino y por la que es urgente que comience a reivindicar y

³⁵ A esta esperanza se referirá en su ya mentado artículo *Ni leyenda negra ni leyenda blanca*, donde continuará sugiriendo la vía del mestizaje como única posibilidad de repensar la cultura en su más alta dimensión que es la plurívoca: “Si retrocedemos en el tiempo, en cualquier parte del planeta, no sabríamos dónde detenernos en la búsqueda de (la) ilusoria “identidad”. Pensemos en los propios españoles (...): no sería, sin duda, en los reinos visigóticos (donde la encontraríamos), ya que no se habla en la península una lengua germánica; (...) los puristas querían entonces descender hasta los iberos, misterioso pueblo cuya lengua ignoramos, pero que, al parecer, algo tenía que ver con los africanos o –y, quizá– hasta con el vascuence; pero que, en todo caso, invalidarían automáticamente el derecho a la “verdadera” identidad hispánica en que surgieron y vivieron después dominaciones tan profundas y viscerales que pudieron producir un gran escritor latino como Séneca. Y todo se complica aun más si reflexionamos en los reinos moros de Al-Andalus donde quizá se dio el más grande y emocionante ejemplo de convivencia de árabes, judíos y cristianos. (...) Ni los olímpicos Dioses helénicos, que aparecen como arquetipos de la identidad griega, eran impolutos: estaban contaminados de deidades egipcias y asiáticas. (...) Aceptemos, pues la historia como es, siempre sucia y entreverada, y no corramos detrás de presuntas identidades”. En Sábato, Ernesto. **Ensayos. Obra Completa**. op.cit, pág., 747,748 y 749.

redescubrir su pasado indígena, y confirme, sin que esto signifique negar su herencia occidental, su americanidad.

Significativamente –y con la intención de cerrar en este capítulo y parte del trabajo un círculo que se vuelque sobre la primera parte del mismo- quiero referir aquí la historia del bautizo, desvelamiento del nombres de Offerus (el servidor o el viajero), tal y como nos la refiere Fulcanelli. “Offerus era una especie de gigante, y muy duro de mollera. Cuando tuvo uso de razón, emprendió viaje, diciendo que quería servir al rey más grande de la tierra”,³⁶ pero este rey manifestó temor del diablo y viendo Offerus que él no era Todopoderoso se alió con el diablo que vino en su busca. Pero –viendo cómo el diablo se santiguaba y demostraba miedo al ver una cruz- Offerus llegó a la conclusión de que Cristo era el Dios más poderoso. Una vez que consultara a un ermitaño sobre aquello que debía hacer para encontrar a este Dios y servirle, tras mucho ayuno, vigilia y oración, el Cristo se le apareció.

Una noche un niño llamó a su puerta tras llamarlo por tres veces. Offerus fue con él a un torrente pero pronto las aguas se desbordaron y se vio obligado a llevar al niño, que cada vez pesaba más y más, a hombros para salvar su vida. “Offerus, temiendo que se ahogara, levantó la cabeza hacia él y le dijo: “Niño, ¿por qué te haces tan pesado? Me parece como si transportase el mundo”. El niño le respondió: No solamente transportas al mundo, sino a Aquel que hizo el mundo. Yo soy Cristo, tu Dios y señor. En recompensa de tus buenos servicios, Yo te bautizo en el nombre de mi Padre, en el mío propio y en el del Espíritu Santo; en adelante, te llamarás Cristóbal”.³⁷

Según Fulcanelli, el cinturón de Offerus era de mercurio, “y los autores antiguos llamaron a este signo, Sello de Hermes, Sal de los Sabios (empleando Sal por Sello), (...) marca y huella del Todopoderoso, firma de Este, y también Estrella de los Magos”.³⁸

³⁶ Fulcanelli. **El misterio de las catedrales**. op.cit, pág., 170.

³⁷ *Ibíd*, pág., 172.

³⁸ *Ibíd*, pág., 173.

Creo sinceramente –aun a fuerza de lo arriesgado de la interpretación- que esta historia viene a concluir eficazmente este trabajo. Offerus, como todo viajero y hombre exiliado, como un eterno pero renovado Sísifo, debió cargar la piedra sin descanso –el cuerpo del niño- para llegar a contemplar una nueva estrella en su vida, observar una luz y ser bautizado. En su búsqueda del Dios más poderoso descubrió que en la inocencia y fragilidad de ese niño se encontraba la pureza que deseaba. Todo el poder de cambiar la realidad y la historia del mundo. La posibilidad de no arrojar la piedra al suelo ni hacia nadie y ser, al fin, el guardián de su hermano. Como sabemos, la posibilidad despreciada por Caín. Y así su búsqueda llegó a su fin. Offerus pasó a llamarse Cristóbal y todo su destino y el de su raza cambió.

No es vano recordar ahora de nuevo –dadas las semejanzas entre los nombres Tubal y Cristóbal- cómo Tubal, el nieto de Noé y fundador de la ancestral y mítica primera monarquía hispánica, fue el elegido por las doctrinas ibéricas para representar a su raza, capaz de desterrar a los carybes, los judíos y musulmanes de su territorio con un único golpe. Puede que, vista la historia narrada por Fulcanelli, podamos considerar a Tubal, entonces, como un ser que al contrario que Offerus optó por servir al rey más grande de la tierra, el diablo, y jamás sintiera por los “otros”, por los inocentes más sentimiento que el desprecio. Si esto es así, se entiende que uno de sus descendientes, –seguramente por su rama judaica- Cristóbal Colón, debiera pagar la falta de toda la genealogía de Tubal y regresar al estadio anterior a su soberbia: el estado del viajero, el exiliado o el buscador, “el Offerus”.

Pero, sin embargo, ya su nombre nos anunciaba, si hemos de hacer caso a la leyenda narrada por Fulcanelli, que en él habitaba el Cristo –por más que éste fuera el Cristo demoníaco que conocieran los indígenas-. Y fue tanto el poder donado a su nombre que llevó a su pueblo y a sus descendientes al descubrimiento de un nuevo mundo, a la famosa Tierra Prometida. Sucede que Cristóbal fue engañado por su visión y creyó que esa tierra era material. No era así. Seguramente, Offerus, como todo aprendiz de alquimista, ya lo había aprendido. La Gran Obra latía dentro de su corazón y el milagro y posibilidad de haber emprendido la aventura –contra toda

lógica y razón- daban fe de ello. Si, como señala Sábato en *Ni leyenda negra ni leyenda blanca*, Colón se equivocó no es tarea nuestra juzgarlo pues el acontecimiento fue de tal magnitud que aun hoy no podemos imaginarlo. Pero sí es cierto que a partir de su ejemplo podríamos aprender todo aquello que comprendió Offerus cuando rescató al Cristo o Colón cuando creyó en sí mismo. No hay mejor manera de construir una revolución espiritual, ir hacia un nuevo mundo y encontrar la Tierra Prometida y el Nuevo Edén que seguir el camino de esa estrella que siguieron los reyes magos de Oriente hasta un portal de Belén pues gracias a la misma los cuatro elementos -aire, agua, fuego y tierra- se unen para construir oro: la sonrisa feliz de un niño contento señalándole a todos los americanos, hijos tanto de Tubal como de Cristóbal, que aún están en el hoy, aquí y ahora de cada día, a tiempo de construir ese Nuevo Mundo y recibir un nuevo nombre para terminar de enfrentar y empalar al dragón. El dragón que habita en todos ellos siempre celoso y fiero de que el Cristo sea, al fin, reconocido, salvado de las aguas del olvido y todos unidos caminen hacia un nuevo sendero a la eterna búsqueda de la felicidad: el arte, la creación.

EPÍLOGO

No todo el que me dice `Señor, Señor` entrará en el reino de los cielos; sino solo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. En aquél día muchos me dirán: `Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre echamos demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?`. Entonces les diré: “¡Nunca os conocí!, ¡Apartense de mí, obradores de maldad!”.

San Mateo 7, 21-23.

Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que rechazaron los edificadores/ Ha venido a ser la piedra angular/ Es la obra del Señor/ Y es algo maravilloso a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios os será quitado, y será concedido a los hombres que produzcan frutos de él

San Mateo 21, 42-43.

El 20 de diciembre de 2001 es una fecha reciente que ha quedado marcada con fuego en la mente castigada del pueblo argentino. Las navidades de aquel año para los ciudadanos argentinos, como las respectivas vividas por los personajes de **Abaddón**, no serán recordadas con agrado, seguramente, por muchos de ellos. En realidad, diciembre y sus calores no es un mes que, tradicionalmente, traiga consigo demasiados gratos recuerdos a este país. Fue, asimismo, en un mañana de diciembre del año 1828, cuando la cabeza de Dorrego cayera sobre el suelo argentino confundándose con la tierra del suelo dando fe del fracaso definitivo, fin del sueño de un país construido a través de un diálogo entre todas las partes del mismo. Muchos emigrantes llegados con el paso del tiempo al país argentino y marcados como las reses del ganado que se dirigían a los mataderos con una señal como la inscrita sobre el rostro de Caín, debieron lamentar, sin duda, esta muerte. Pero aún más debieron gritar y sufrir cuando muchos de ellos se vieron obligados a callar, huir del país o sufrir una muerte anónima cuando vieron levantarse la mano arbitraria de la ley sobre ellos. Las depuraciones a gran escala de la dictadura de Videla o el experimento indecoroso realizado con ellos durante la guerra de las Malvinas –más allá de legitimidad o no de la misma– únicamente significaron el estallido final de un proceso violento de negación y exterminación de los mismos que se venía gestando durante décadas en la sociedad argentina.

El advenimiento de la democracia y la llegada al poder de Raúl Alfonsín –con el consentimiento más o menos completo de la sociedad argentina– pudo realizarse, por tanto, de una manera milagrosa gracias al terrible ejemplo que las víctimas ofrecieron como rostro real de un país fundado a partir de una violencia original tanto externa como interna que necesitó de su sangre vertida como escudo y resorte para hacer comprender a los distintos estratos de esta sociedad, la necesidad de una tregua fundada a través del diálogo.

Más tarde, los ciudadanos argentinos se vieron obligados a confiar en la ley que hasta entonces tanto los había castigado, para revertir por una vez sin violencia, la agresividad del demonio abélico. Y si la justicia muchas veces los defraudó y no obró con la rapidez y justeza precisas para castigar a los culpables -lo cual no debería ser extraño si nos remitimos de nuevo a la historia fundadora de Baistos y su hermano-, lo cierto es que si nos atenemos a los últimos sentidos de la obra sabatiana, este hecho tampoco habría debido ser entendido, únicamente, en un sentido negativo. Más aún, cuando tantos ciudadanos intentaron, a pesar del horror, proyectar una mirada compresiva al mal. Una mirada clarividente que sin olvidar sus actos lo escrutase, hasta entender su radical indefesión y proclamar el perdón de aquellos criminales que, como quienes crucificaron a Cristo, no sabían lo que hacían. Estaban cegados para observar la otra vida que late debajo de esta realidad.

En realidad, este perdón no suponía olvido de los crímenes. Suponía –y una vez que se conocía lo arbitrario de toda justicia– comprender que el hombre tiene para con sus hermanos unas responsabilidades de las que ha de dar cuenta. Permitir hablar a los culpables y defenderse, en realidad, era negar la vía maligna, ofrendar memoria y testimonio a la sociedad y, sobre todo, deshacer el silencio oprimente que se había creado entre la clase gobernante de la Argentina y su pueblo. Porque –y esto es lo terrible pero también el proceso de autoconciencia de toda redención y por lo que Sábato acaso observando el magnífico ejemplo de la transición democrática española repitió una y otra vez la necesidad de que fuera la justicia la que se ocupase de los culpables y no hubiera linchamientos– el hombre exiliado argentino había de

comprender que es por el asesinato de su primer antecedente (Caín) que la justicia cayó en manos de Abel. Que fue este gesto asesino quien privilegió que Abel se refugiara bajo el manto de la ley. Y que si quería recorrer el camino salvador de toda gnosis debía aprender a que fuera esa misma justicia –por muy imperfecta que pudiera ser pues es, en suma, justicia humana y no divina– la que debiera juzgar a Abel. Por ello, el pueblo no debía mancharse las manos de sangre si, en verdad, deseaba ser soberano, señor de sí mismo y merecedor de los frutos de esta tierra. Debía ser Caín quien guardara –a pesar de todo el daño producido– que Abel fuera juzgado por la misma ley que, hasta entonces, lo había sostenido. Y es así, como podría hacer valer su voz, descansar, reclamar y fundar su derecho a trabajar los frutos de la tierra y engendrar descendencia. Terrible pero cierto. Como el ángel de Klee muestra espantado. Pero esta es la verdadera dimensión de lo divino y donde únicamente se encuentra la esperanza para Sábato. Y ante todo, la confianza en que los hijos de Caín podrían, al fin, un día crear, construir y habitar un país hermoso del que los poderes demoníacos debieran, antes o después, huir, aunque fuera escoltados en helicópteros como, finalmente, debió hacerlo De la Rúa de la Casa Rosada en aquel trágico diciembre del 2001.

Porque años después, el presidente Menem intentó cortar de raíz, despiadadamente, el diálogo que prometía la recién estrenada democracia y el gobierno de Alfonsín promulgando el perdón absoluto de los jefes que habían llevado a cabo la matanza de los desaparecidos, disolviendo de nuevo el poder concreto de la ciudadanía en palabras vanas y pérdidas en el tiempo. Sin embargo, este perdón era solamente olvido.¹ Instauraba de nuevo el tiempo del silencio entre las capas de la

¹ Era el perdón del que nos hablase Vladimir Jankélevich en su hermoso libro dedicado a este tema, donde sabiamente estaría radiografiado aquel puro y absoluto perdón promulgado por Menem. Nos indicaría Jankélevich: “El puro amor sin arrobamiento y el puro perdón sin resentimiento no son perfecciones que podamos obtener a título inalienable y cuya posesión sería para su poseedor fuente de buena conciencia y de contenta complacencia. (...) muchos autómatas morales y papagayos virtuosos, en efecto, creen poseer un corazón habitualmente puro, se jactan de su pureza como de un hábito crónico, profesan el purismo, pretenden disfrutar de las rentas de su mérito. Pero una máquina de perdonar, un distribuidor automático de gracias e indulgencias tienen sin duda relaciones sólo muy remotas con el verdadero perdón. Muy al contrario, la gracia del desinteresamiento absoluto, semejante en eso al imposible puro amor feneloniano, es más bien un límite ideal y un horizonte inaccesible al que nos acercamos asintóticamente sin nunca alcanzarlo en realidad. (...) Este relajamiento del perdón se ha convertido hoy en un espectáculo prácticamente cotidiano”, en

sociedad y le permitió al nuevo presidente argentino –una vez que la moneda argentina fue revalorizada de manera artificial para crear la sensación de poder paradisiaco y poner a resguardo al país de las curiosas miradas de los visitantes extranjeros portadores muchas veces, de una mirada más crítica y objetiva sobre la realidad del país visitado– seguir realizando el proceso de desmantelización del país que ya había iniciado con éxito la dictadura.

En realidad, Videla y sus secuaces epilogaron e intentaron llevar a cabo el proyecto de una Argentina potencial que había quedado paralizado a comienzos del siglo XX por diversos motivos. Y, tal y como lo visualizo yo, a partir de mi lectura de la obra de Sábato, Menem, incapacitado para repetir esta acción por los resortes de la democracia, recurrió a levantar los resortes inconscientes de su pueblo volviendo -aun con diversos matices lógicos-, a levantar del agujero negro de la memoria la leyenda de la Ciudad de los Césares.

Es ahí a donde miraban tantos argentinos extasiados por el valor de su moneda en la década de los 90: a la autenticación de esta leyenda, a su definitiva validación a pesar del paso tiempo. Pues allí conduce el silencio cruel de todo olvido: a olvidar quiénes somos y de donde venimos. A volver a creer en la mentira de las leyendas paradisiacas que forjaron América y que no supieron ver en el mismo hecho de su existencia –en sus ríos, montes y selvas exaltados con tanta fruición por Neruda- el verdadero regalo divino. Y, tal vez, por ello Sábato fuera fustigado, con mayor o menor fruición por gran parte de la clase intelectual de su pueblo durante esta misma década. Porque su obra y sus palabras, tantas veces consideradas impertinentes y ajenas a las modas, no cesaban de repetir siempre las mismas consignas. Simples y sencillas y ajenas a la elaboración de teoría intelectual alguna.

Y supongo que cuando los argentinos se bañaban en el ruido acuoso de palabras y éxtasis gritados al viento durante toda aquella década, lo que menos les apetecía era escuchar aquello que sus voces sin freno y gestos desmedidos

mostraban: el silencio del olvido. Pues, al contrario, el recuerdo de quienes somos sólo puede generar en silencio unitivo que no deja de hablar, aun y a pesar de que no se transmita palabra alguna. Al fin y al cabo, ése ha sido el camino elegido por Sábato durante el transcurso de toda su obra creativa. Hablar únicamente cuando fuera necesario y el desgarrar no permita que el alma silenciosamente se desplace por nuestro semblante a iluminar una sonrisa que nos recuerde quiénes somos, de dónde venimos y quiénes podríamos llegar a ser, si decidiéramos caminar la vida a través de la vía del corazón, adonde ella elija llevarnos para donarnos el nombre secreto escrito en la vida del espíritu que autentificará lo que somos.

En verdad –como trágicamente se comprobaría más tarde pero testimonia de una u otra manera la obra de Sábato y tantos de sus personajes– los ciudadanos volvieron a caer en la trampa paradisiaca. Era de nuevo seguir el juego yahveico. Y, verdaderamente, no hay nada más ajeno al destino de Caín que asentir a este juego manipulador que le proponía el diabólico Dios –siempre con disfraz y rostro diferentes– que lo penalizó. Por ello, resulta curioso –aunque no tanto si echamos un vistazo a la historia argentina– el que pocas voces se levantaran y clamaran contra este nuevo engaño y que, de nuevo, todos aquellos empeñados en dictaminar el mal rumbo tomado por el país, necesitados de que los jefes de Videla se sentaran a testimoniar para intentar comprender el porqué ontológico de tanta violencia, fueran excomulgados de la procelosa vida mass-mediática argentina durante la década de los 90. De hecho, el silencioso olvido general que se promovió sobre la historia reciente fue tan grande que incluso se llegó a insinuar en muchas de aquellas mujeres que se negaban a olvidar a las víctimas, empeñadas en recordar el horror, que eran las madres de Mayo, un interés puramente monetario o mercantilista y se las quiso concebir como una mera atracción de interés turístico, cuando eran y son, radicalmente, todo lo contrario: ellas fueron las madres o abuelas de las figuras crísticas de la sociedad argentina. Pero hasta allí llegó la nueva alianza de la ley del mercado argentino ensamblada y ajustada a los nuevos disfraces y renovados signos vacíos a través de los que se revestía de nuevo la figura del judío errante.

Y, por ello, resulta tan funesto –y más aún después de la dictadura de Videla– lo que sucedió en Argentina durante la década de los 90, una vez que Raúl Alfonsín no fue capaz –atrapado de nuevo entre dos bandos y las eclosiones del mundo neoliberal emergente– de consolidar su proyecto. Porque durante toda aquella década, como hemos ido observando, los ciudadanos de este país aceptaron el nombre dado y no fueron en su busca. Fueron más que nunca los argentinos, “ los hombres de la plata”, del dinero y el falso oro paradisíaco y excremental, los propietarios de la mentira, los consumidores voraces de los réditos de la ciudad de los Césares. Y, en este caso, siendo cainitas –como todo ser humano pero aún más ellos por ser americanos y su destino exiliado de Occidente– se contentaron con bucear únicamente en las cortezas de su nombre. Es decir, fueron “envidiosos” y “celosos” – significados que ya observamos en el nombre cainita- de su poder y el de sus hermanos y, siguiendo con otra de las raíces de su nombre, se dedicaron a “adquirir”, como ya lo hubieran hecho durante la dictadura del General Videla, todo tipo de artículos y objetos sin encontrar en sí mismos un refugio para una posible vida espiritual. Lo que, y al tiempo que los enemigos máximos, los hombres cainitas del régimen, estaban entretenidos e incapacitados para una resistencia hábil y crítica permitió que Menem y sus jefes siguieran rastreando las grutas y los túneles infernales de la tierra americana para realizar un pacto diabólico con las potencias extranjeras que se cernieron sin piedad, más tarde, sobre una ciudadanía enajenada y desatenta a los logros e intentos del gobierno por extraer todo el rédito al país argentino e hipotecarlo.

Desde este punto de vista, si el 20 diciembre sorprendió a muchos, no creo que lo hiciera con Sábato. Creo que, en el estallido producido en aquellas fechas, al contrario, su figura intelectual tantas veces denostada salió reforzada, pues –y basta atreverse a realizar un recorrido crítico por todo su obra como el que hemos hecho– de una manera u otra, es a partir del conocimiento de la historia de su país y el flujo de fuerzas que ayudaron a forjarlo, como su obra se compuso hasta permitir comprender que, hechos como éstos, son irremediables en una sociedad que se niega a recordar y se escinde de manera más o menos disimulada en el silencio del olvido.

Pero esto no significa que la visión de Sábato sobre la existencia sea pesimista, pues no hubiera escrito jamás obra alguna o se hubiera diluido entre las capas del escepticismo racional que caracteriza actualmente a Occidente. De hecho, no creo que Sábato se alarmase –hechas las salvedades a esta afirmación que se le quieran hacer– excesivamente con los hechos sucedidos en Argentina en la navidad del 2001. Como tampoco creo que los considerara de una manera únicamente negativa. Al contrario.

En realidad –y siguiendo con las nociones aprehendidas a partir de nuestro estudio de la obra de Sábato– aquellos días, en el centro justo de la visión cegada de los componentes del país argentino, apareció el país real. El país que deseaban olvidar con todas sus fuerzas. El país milimétricamente descrito por Estrada, Murena, Kusch o Sábato. La serpiente replegó su cola sobre sí misma y volvió a picar al hombre. Le obligó, más allá de su propia voluntad, a conocer, a mirar al trasluz por una vez la realidad que se negaba a observar con sus ojos ubicados en el trabajo, el ocio o el próximo viaje a Europa que continuara desterritorizándolo, separando y disgregando su conciencia de la colectividad a la que pertenecía, quisiera aceptarlo o no.

Y creo que -vistas las reflexiones y conclusiones que hemos ido extrayendo de la obra de Sábato– en este hecho, en principio trágico, el pueblo argentino habría de encontrar, precisamente, una fuerza mayor de salvación y una posibilidad inédita: comenzar a reconstruir el país real que el delirio del oro y el afán de posesión, dominio y control de la tierra no permitió comenzar, dejándolo, apenas en sus inicios y partido como la cabeza de Dorrego doblada sobre Buenos Aires. Pensarlo desde sus raíces. Realizar la obra que no pudieron ni quisieron realizar sus antepasados. Si se comprende que ninguna de las maneras anteriores de construir una verdadera patria -todas ellas vinculadas a la ceguera, el odio y el afán de posesión– no condujeron más que el fracaso, de hecho, la caída de la falsa túnica de oro que se cernió sobre el país argentino durante la década de los 90, llevaba aparejada consigo un cambio de actitud y una concienciación de que es a través del trabajo común y el respeto al “otro” desde donde debería comenzarse a construir la Argentina soñada. Y

por ello, en aquellos años que prosiguieron a la catástrofe económica, latía la vida con una emergencia como nunca antes en el país argentino. Porque cuando se descubre que el mundo material en el que habíamos confiado no era sino una representación evanescente y tenebrosa de la vida, los hombres comprenden, de manera intuitiva, que esta vida es pasaje, tránsito, se vuelven sobre sí mismos y comienzan a buscar en los “otros” las respuestas y certezas que -lúcidamente, comprenden, al fin- ningún jefe o Estado podrá donarles. Se produce un repliegue del “ser” sobre sí mismo espantado de descubrir la horrible verdad que le encadena a un mundo que no ama pero al que, lentamente, y a través de la lucha de cada día, aprende a amar una vez que comprende que esta vida única, la del aquí y el ahora, es la verdadera posesión y el regalo más infinito que se le ha donado. Y es entonces cuando los hombres miran a los cielos una vez que la revuelta vida de todos los días les hace estar más cerca del suelo, la tierra, y les hace ser más conscientes de su encadenamiento material, para agradecer. No para demandar, exigir y pedir. Pues cuando se ha perdido todo, se comprende que el mayor regalo es la vida, que la misma es sagrada, y no hay mayor tesoro que honrarla a partir de los atributos positivos que le fueron concedidos al hombre para ennoblecerla: el amor y la creación. E incluso el trabajo ya no es una carga sino la misión última que une a todos los ciudadanos para demostrar que son capaces de sobreponerse a esta situación, que todos poseen un nombre secreto que los une y por el que pueden imponerse a la mentira que los derrotó. Se comienza a recordar, al fin, que es lo que hizo en conjunto la sociedad argentina -y de ello dan prueba los múltiples libros que desde todos los ámbitos del conocimiento cercaban las librerías argentinas intentando dar respuestas a estos hechos- durante esos años realizándose, al fin, la pregunta gnóstica que toda la obra de Sábato consideraba fundamental para comenzar a construir el país real y posible que un día puede ser la Argentina: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?, ¿cómo se produjo nuestra ignorancia?, ¿quién y qué somos?, ¿de dónde venimos y hacia dónde vamos?

Y, al fin, la vida del espíritu, la vida natural, reina sobre la materia una vez que se entiende que la fuerza viene de allí arriba, del sol, y no de su transformación excrementicia en dinero que vuela siempre a otra parte, siguiendo únicamente los

dictados de la ley. Esa ley que destrozara de arriba abajo el país argentino, sepultara a los indígenas en una tierra sin tumbas y fuera incapaz de imponer su poder con rapidez hacia los terribles sacerdotes judeo-cristianos (Videla y sus sicarios, Menem y tantos otros hombres) que no dudaron en someter a sus dictados al pueblo llano, emigrantes, librepensadores, músicos, escritores y universitarios de la Argentina que son, en suma, quienes conviven, sostienen y han de levantar el país: los hijos de Caín.

Y, por ello, -terminando de trazar los mapas radiografiados por la obra de Sábato- esta presunta catástrofe –aunque deban pasar siglos para ello– tal vez, sea vista como el pequeño inicio de un despegue lejano. La definitiva entrada de Argentina en la era Acuario. Donde el valor cifrado del precio de la vida no viene dictado por la ley sino por los ciudadanos mismos y el precio a pagar por ello es máximo, pero también la recompensa: haber construido, al fin, un ser humano resistente al mal, que sea capaz de afirmarse a partir de él, sin necesidad de recluirse en torno a torre alguna de saber.

Además, si entendemos las dificultades que tantos ciudadanos de la patria argentina tienen actualmente para viajar al continente europeo, en realidad, en la posibilidad que dejó abierta la catástrofe económica para el ciudadano se encuentra, como vislumbrara Sábato en tantas ocasiones, su futuro: descubrir, al fin, América o, en el caso del ciudadano de Buenos Aires, la verdadera Argentina, la “otra” que siempre se negó a descubrir desde su melancólica apatía. Es ahí donde puede empezar a labrarse la Edad de Oro futura del país argentino. Y el solo hecho de que esta posibilidad exista, ya autentifica y da valía al gesto de tantos artistas y ciudadanos argentinos que dieron su vida, tantas veces, sin comprender el porqué. Para ello habrán servido los tormentos de Caín. Para construir un país unido a un continente que, en un futuro, -como, en parte, lo hace ya– de lecciones de cómo vivir y autentificar la existencia a su padre y antiguo maestro, tantas veces intolerante: Occidente.

Y esto no está escrito. Ha de escribirse. Se está escribiendo. Y es en ese proceso de escritura en el que colaboramos todos donde sopla la vida del espíritu y se

atestigua al fin la vida mariana (la luz pleromática) que conduce al Cristo, (la vida creativa), que puede hacer a los hijos de Caín dejar de lamentar su separación de la Eva arcaica, ya que es allí donde se testimonia que no la han perdido, vive dentro de ellos y, a pesar de las torres construidas por el mundo de la ciencia, la religión o la filosofía, tienen la posibilidad de trascenderla. Aun y a pesar de su exilio, que no es tal, sino oportunidad de reverdecer la vida creadora en el continente americano.

Más ciegos aún que todos aquellos hombres que no disponen del sentido de la vista son aquellos que no quieren ver. Aquellos que se niegan a crear y descubrir el nombre secreto que late en los cielos desde la creación del tiempo esperando a que se atrevan a descubrirlo, reingresando así a la eternidad. En un mundo oscuro, ténebre y falto de “anima” como el actual Occidente o en las tinieblas animalescas de la Argentina que debieron enfrentar de nuevo sus ciudadanos tras la crisis económica, ésta es la auténtica buena nueva que la obra de Sábato ofrece. Pues es aquí donde se revela que es únicamente a partir del reconocimiento de su fracaso, de su no-saber, como el hombre atestigua y honra la mágica sabiduría de la creación. Más allá del bien y del mal, o de toda opinión o filosofía que no permita escuchar al hombre la voz de su “verdadero yo” y retirar para siempre el “ego” de su conciencia. Como, a su vez, el lugar exacto desde el que se comprende que, finalmente, aquellas navidades procelosas de la Argentina sí que trajeron, aunque de manera contraria a la esperada, el regalo de un Cristo renacido.

Hacia ese posible renacimiento caminaba toda la obra de Sábato. Hacia allí se dirigían aun a través de las tinieblas sus personajes. A escuchar las palabras del olvido y extraer de sus enseñanzas un signo que atestigüe que ellos no son hijos sin nombre. Son hombres en travesía en busca de un nombre, un sentido y destino a su vida que, como el de todos los seres, sólo será revelado el día que todos los hombres pronuncien sin temor la última letra de todas las lenguas. El día que el hombre se imponga a la ley y, al fin, comprenda la tarea que le fue encomendada: crear el mundo de nuevo y al revés de como le fue contado. Al fin, la tarea que realiza todo hombre cainita y la que está obligado a realizar Argentina en América para realizar su ansiado deseo de abrazarse un día con su hermano abélico occidental, afirmando

-como quisiera Plotino- que todo es uno pero plural y en movimiento. Como el nombre de Dios, cuyo secreto ha de quedar eternamente velado a los hombres que no sean capaces de dejar latir en ellos la vida santa del espíritu que engendrara a María: el pneuma creativo.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

1. OBRAS ESTUDIADAS DE ERNESTO SÁBATO.

1.1. Novelas.

El túnel en **Obra Completa. Narrativa.** Editorial Planeta Argentina.SA./ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000. (1ª edición: Sudamericana. Buenos Aires, 1945.)

La fuente muda en Revista Sur. Número Buenos Aires. 1947, noviembre, nº 157.

Sobre héroes y tumbas, en **Obra Completa. Narrativa.** Editorial Planeta Argentina.SA./ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000. (1ª edición: General Fabrile Editora. Buenos Aires, 1961.)

Abbadon el exterminador, en **Obra Completa. Narrativa.** Editorial Planeta Argentina.SA./ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000. (1ª edición: Sudamericana. Buenos Aires, 1974.)

1.2. Ensayos.

Uno y el universo, en **Ensayos. Obra Completa.** Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998. (1ª edición: Sudamericana. Buenos Aires, 1945.)

Hombres y engranajes, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998. (1ª edición: Emecé. Buenos Aires, 1951.)

Heterodoxia, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998. (1ª edición: Emecé. Buenos Aires, 1953.)

El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo. S.n. Buenos Aires. Segunda edición.1956. (1ª edición: Imprenta López. Buenos Aires, 1956.)

El escritor y sus fantasmas, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998. (1ª edición: Aguilar. Buenos Aires, 1963.)

Tango. Discusión y clave. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. Tercera edición.1968. (1ª edición: Losada. Buenos Aires, 1963.)

Apologías y rechazos en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998. (1ª edición: Seix Barral. Barcelona, 1979.)

Antes del fin. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona. 2002. (1ª edición: Seix Barral, Buenos Aires, 1998.)

La resistencia. Editorial Planeta Booket. S.A. Buenos Aires. 2002. (1ª edición: Seix Barral, Buenos Aires, 2000.)

España en los diarios de mi vejez. Seix Barral. S.A. Buenos Aires. 2004. (1ª edición.)

1.3. Otras obras y artículos de Ernesto Sábato.

Homenaje a Ernesto Guevara, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998.

La capitana, en **Obra Completa. Narrativa**. Editorial Planeta Argentina.SA./ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000.

La confesión de Hilda, en **Obra Completa. Narrativa**. Editorial Planeta Argentina.SA./ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000.

Las pretensiones de Robbe-Grillet, en *El escarabajo de oro* .año VIII. Número 33. Buenos Aires.marzo 1967.

Para que termine la interminable historia de las torturas la bestia debe morir, en Rodríguez Molas, Ricardo (Compilador). **Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina.II** Editorial Universtaria de Buenos Aires. 1985

Por una novela novelesca y metafísica, en **Los novelistas como críticos**. Compilación de Norma Klahn y Wilfrido H.Corral. Fondo de Cultura Económica. México. 1991.

Soberanía para carniceros, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998.

Sobre el drama de nuestra civilización, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998.

Sobre la existencia del infierno, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998.

Tango, canción de Buenos Aires, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998.

Un pintor, en **Obra Completa. Narrativa**. Editorial Planeta Argentina.SA./ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo 2000.

¡Viva Eichmann, mueran los judíos!, en **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral, tercera edición: febrero de 1998.

1.4. Ediciones consultadas.

Abaddón el exterminador. Con un prólogo especial del autor y un epílogo autobiográfico.

Ilustraciones y letras capitulares de José Hernández. Barcelona: Círculo de Lectores, 1991

Antología. Estudio preliminar por Z. Nelly Martínez. Barcelona: EDHASA, 1978.

El túnel. Edición de Ángel Leiva. Editorial Cátedra. Madrid. 1986.

El túnel. Edición de Diana París. Editorial Planeta. Buenos Aires. 2001.

El túnel. Introducción, por Silvia Sauter. Editorial Espasa Calpe.S.A. Buenos Aires. 1993.

Informe sobre ciegos. Liminar inédito del autor. Edición de Marina Gálvez Acero. Madrid: Anaya & M. Muchnik, 1994.

La robotización del hombre y otras páginas de ficción y reflexión. Selección y prólogo por Graciela Maturo. Buenos Aires (Argentina): Centro Editor de América Latina, 1981

Narrativa completa. Prólogo de Pere Gimferrer. Barcelona: Seix Barral, 1982.

Sobre héroes y tumbas. Prólogo de A.M. Vázquez Bigi; cronología y bibliografía, Horacio Jorge Becco. Caracas (Venezuela): Biblioteca Ayacucho, 1986

Sobre héroes y tumbas. Prólogo de Lorenzo Silva. Barcelona: Bibliotex, 2001.

2. BIBLIOGRAFÍA SOBRE ERNESTO SÁBATO.

2.1. Libros

Albarracín F, José. **Abbadón el exterminador. Análisis semiológico.** Consejo de Estudios de Postgrado. Consejo de Publicaciones-Ula. Universidad de los Andes Mérida, Venezuela. 1993.

Balkenende, Lidia. **Aproximación a la novelística de Sábato (poesía y vaticinio).** Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1983.

Barrera López, Trinidad. **La estructura de Abbadón el Exterminador.** Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. 1982.

Campa, Ricardo. **La Ruinosa destreza de la memoria. Ensayo sobre Ernesto Sábato.** Editorial Gedisa- Editorial Celtia, Buenos Aires. 1991

Castillo Durante, Daniel. **Ernesto Sábato. La littérature et les abattoirs de la modernité.** Editorial Vervuert. Iberoamericana. Buenos Aires.1995.

Catania, Carlos. **Genio y figura de Ernesto Sábato.** Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1997.

Cersósimo, Emilse. **Sobre héroes y tumbas: de los caracteres a la metafísica.** Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1972.

Cersósimo, Emilse. **Literatura y profecía: Arlt, Sábato, Marechal, Guiraldes.** Ed. Docencia. Buenos Aires. 1982.

Correa, Maria Angélica. **Genio y figura de Ernesto Sábato.** Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1971.

Constenla, Julia. **Sábato, el hombre. Una biografía.** Editorial Espasa Calpe Argentina S.A./ Seix Barral. Buenos Aires.1997.

Dellepiane, Ángela B. **Sábato. Un análisis de su narrativa.** Editorial Nova. Buenos Aires. 1970.

Hipólito Uzal, Francisco. **Nación, sionismo y masonería. Rectificaciones a Ernesto Sábato.** Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 1980.

Jiménez Grullón, Juan Isidro. **Anti-Sábato o Ernesto Sábato: un escritor dominado por los fantasmas.** Universidad del Zulia. Facultad de Humanidades y Educación. Maracaibo.1968.

Lojo, María Rosa. **Sábato: en busca del original perdido.** Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 1997.

Mayer, Marcos. **Ernesto Sábato: sobre héroes y tumbas.** Ed. Librería Hachette. S.A. Buenos Aires. 1998.

Mardoqueo Reyes, Sixto. **Ernesto Sábato y su compromiso con el hombre.** Edición Cuadernos de Arcien. Sante Fe. 1982.

Montiel, Luis. **Con los ojos de Perséfone (Una lectura de Ernesto Sábato).** Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid. 1989.

Morón, Guillermo. **Dos novelistas latinoamericanos : Arturo Uslar Pietri. Ernesto Sábato.** Publicaciones de la Embajada de Venezuela. Buenos Aires. 1979.

Neyra, Joaquín. **Ernesto Sábato.** Ediciones Culturales Argentinas. Ministerio de Cultura y Educación. Buenos Aires.1973.

Oberhelman, Harley D. **Ernesto Sábato.** John P. Dyson, Indiana University Editor. Twayne Publishers, Inc. New York. 1970.

Omil, Alba. **Sábato. Pensamiento y creación.** Ediciones del Gabinete Secretaría de Postgrado. U.N.T. Tucumán.1992.

Pageaux, Daniel H. **Ernesto Sábato, la littérature comme absolu.** Éditions Garibéennes. Paris. 1988.

Petersen, Fred. **Los personajes de Sábato.** Editorial Emecé. Buenos Aires. 1972.

Pía López, María y Korn, Guillermo, **Sábato o la moral de los argentinos.** Editorial Arma libre. Colección Armas de la Crítica. Buenos Aires.1997

Roberts, Gemma. **Análisis existencial de Abbadón, el exterminador de Ernesto Sábato.** Publication of the society of spanish and spanish-american studies.Colorado.1989.

Soriano, Michèle. **Ernesto Sábato, gnosis y apocalipsis: Estudio sociocrítico de Abbadón el exterminador.** Editorial Pliegos. Marid. 1994.

Urbina, Nicasio. **La significación del género. Estudio semiótico de las novelas y ensayos de Ernesto Sábato.** Ediciones Universal. Miami. Florida. 1992.

Wainerman, Luis. **Sábato y el misterio de los ciegos.** Ediciones Castañeda. Buenos Aires. 1978.

William Foster, David. **Currents in the Contemporary Argentine novel. Arlt, Mallea, Sábato and Cortázar.** University of Missouri Press. 1975.

2.2. Revistas y libros de autoría variada.

Borges, Jorge Luis, Sábato, Ernesto. **Diálogos.** Emecé Editores. S.A. Buenos Aires. 1976.

El pintor Ernesto Sábato. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid. 1991.

Épica dorada de eternidad. Sábato en la crítica americana y europea. Selección y edición de A. M. Vázquez Bigi. Editorial Sudamericana / Planeta (Editores) S.A Buenos Aires.1985.

Ernesto Sábato en la crisis de la modernidad. Colección estudios latinoamericanos. Ed. Fernando García Cambeiro. Buenos Aires. Argentina. 1985.

Ernesto Sábato, Premio Cervantes 1984. Revista Anthropos. Núm. 55-56, Extraordinario-8. Editorial Anthropos. Barcelona. 1985.

Ernesto Sábato. Collectif dirigé par Pageaux, Daniel-Henry. Éditions L'Harmattan. Paris. 1992.

Homenaje a Ernesto Sábato de sus colegas y amigos dirigido por Alfredo A. Roggiano en Revista Iberoamericana. University of Pitspurgh. Vol. LVIII. Núm. 158. Enero-marzo 1992.

Homenaje a Ernesto Sábato; variaciones interpretativas en torno a su obra. Ed. Las Américas-Anaya. New York. 1973.

Medio siglo con Sábato. Entrevistas. Prólogo, recopilación y notas de Julia Constenla. Ediciones B Argentina S.A. 2000.

2.3. Artículos sobre la obra de Sábato.

Acquaroni, J. L. *El concepto, mensaje artístico llevado a sus últimas consecuencias en la novela de la soledad y la destinación, Cuad. Hispanoamericanos* (Madrid), XX, n." 57, septiembre 1954.

Alazraki, Jaime. *Significación de Juan Lavallo en Sobre héroes y tumbas en De los romances-villancico a la poesía de Claudio Rodríguez. 22 ensayos sobre las literaturas española e hispanoamericana* en homenaje a Gustav Siebenmann. José Esteban Editor. Madrid. 1984.

- Baker, A. F. *Psychic integration and the search for meaning in Sabato's «El túnel»*, *Hispanic Journal*, vol. 5, n.º 2, Spring. 1984.
- Biancotti, H. y Lorenz, G. *Europa y el escritor hispanoamericano*, *El Escarabajo de Oro* (Buenos Aires), VIII, n.º 35, noviembre 1967.
- Caeiro, O. *Hesse ante Sábato*, en *Hermann Hesse, 1877-1977: Homenaje en su centenario*, La Plata, Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata, 1977, Dpto. de Letras, Col. Trabajos, comunicaciones y conferencias.
- Calabrese, E. *El problema de la identidad en los personajes de Sábato*, en J. Torres Roggero y otros, *Mitos populares y personajes literarios*, Buenos Aires, Castañeda, 1978.
- Coddou Pebles, M. *La estructura y la problemática existencial de «El túnel» de E.S.*, *Atenea* (Concepción, Chile), t. CLXII, n.º 412, abril-junio 1966.
- Díaz Sosa, C. *E. S. y sus nuevos fantasmas*, *Rev. Nacional de Cultura* (Caracas), XXX, n.º 184, abril-junio 1968.
- Díaz-Migoyo, G. *El optimismo de «El túnel» de E.S.*, *Cuad. Hispanoamericanos* (Madrid), vol. CXX, n.º 359, mayo 1980.
- Frankenthaler, M. R. **Abaddón: el claroscuro como ambiente totalizador**. *Texto Crítico* (México), n.º 15, oct-dic., 1979.
- Gálvez Acero, Marina. **Abaddón, el Exterminador, o la más alta función paradigmática en la narrativa de Ernesto Sábato**, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Vol. IV, N.º 5.
- Gálvez Acero, Marina. *Algunos elementos surrealistas del 'Informe sobre ciegos' de Ernesto Sábato*, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Vol. III, W 4.
- Gálvez Acero, Marina. *Sábato y la libertad*, *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, Vol. VIII, W 9, 1983.

- Giacoman, H. F. «*El túnel*» de E. S. *La correlación «sujeto-objeto» en la ontología de Jean-Paul Sartre y la dramatización fenomenológica en la novela*, *Rev. de Literatura Hispanoamericana*, año 1, n° 1, jul.-dic. 1971.
- González del Valle, Luis T., *"La ambigüedad ejemplificada en la narrativa hispanoamericana: una cala en el mundo novelístico de Ernesto Sábato"* en *El teatro de Federico García Larca y otros ensayos sobre literatura española e hispanoamericana*, Nebraska, Lincoln, Society of Spanish and Spanish-American Studies, University of Nebraska, 1980.
- Holzapfel, Tamara. *"El 'Informe sobre ciegos' o el optimismo de la voluntad"*, *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, N°78 (enero-marzo), 1972.
- Holzapfel, Tamara. *"Metaphysical Revolt in Ernesto Sabato's Sobre Héroes y tumbas"*, *Hispania* (Amherst), Vol. LII, W. 4 (diciembre), 1969.
- Holzapfel, Tamara. *Dostoievski's Notes from the underground and Sábato's El túnel*, en *Hispania*. Amherst. LI. Núm. 3. septiembre 1968.
- Kohut, K. *Una novela para defender la novela: Abaddón, de Ernesto Sábato*, *Ibero-Romania*, n." 5, 1976.
- Lacham. R. A. *Perspectivas de la literatura hispanoamericana contemporánea. La novela*, en J. Loveluck, *La novela hispanoamericana actual*, Santiago de Chile, Universitaria, 1963.
- Lojo, María Rosa. *Elaboración del mito gnóstico en Abbadon el exterminador*, en *Revista Universitaria de Letras*. Argentina. Volumen III. Núm. 2. Oct-nov 1981.
- Lojo, María Rosa. *Símbolo y experiencia de lo numinoso en Sobre héroes y tumbas*, en revista *Logos*. Núm. 16. Universidad de Buenos Aires.
- Lombarda, Lilia de. *Neurosis y soledad en El túnel de Ernesto Sábato*, en *Revista de Literatura Hispanoamericana*. Universidad del Zulia. Núm. 3. julio-diciembre 1972.

López-Baralt, M. *Jorge Luis Borges y E. S.: dos poetas de lo absoluto*, *La Torre* (Río Piedras, Puerto Rico), n.º 79-80, enero-junio 1975.

Matamoro, B. *Sábato y el caso del mandarín congelado*, *Rev. Latinoamericana* (Buenos Aires), n.º 4, agosto 1974.

Piazza, L.G. E.S. «*El escritor y sus fantasmas*», *Cuad. del Congreso por la Libertad de la Cultura* (París), n.º 86, julio 1964.

Rumazo, L. *La presencia del sadismo en Sábato*. *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, XC, n.º 270, dic. 1972.

Tacony, M. del C. *Niveles de lengua en la novela de Sábato*. **Primeras jornadas de dialectología de la Universidad Nacional de Tucumán**, Tucumán, 1977.

Yudicello, L. E. *El recurso de la melancolía*, *La Estafeta Literaria* (Madrid), n.º 608, marzo 1977.

3. BIBLIOGRAFÍA SOBRE HISTORIA Y CULTURA DE ARGENTINA.

3.1. Ensayo e historia.

Abadi, José Eduardo y Mileo, Diego. **No somos tan buena gente. Un retrato de la clase media argentina**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Tercera edición. 2000.

Aguinis, Marcos. **El atroz encanto de ser argentinos**. Ed. Planeta. Buenos Aires. 2002.

Aguinis, Marcos. **Un país de novela. Viaje a la mentalidad de los argentinos.**, Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. 2001.

Alberdi, Juan Bautista. **Bases**. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1997

Alberdi, Juan Bautista. **El crimen de la guerra**. Librería Histórica. Buenos Aires. 2003.

Arias Saravia, Leonor. **La Argentina en clave de metáfora. Un itinerario a través del ensayo**. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 2000.

Arlt, Roberto. **Aguafuertes porteñas**. Editorial Losada.S.A. 2003.

Baigorria, Manuel. **Memorias**. Ediciones Solar S.A., Venezuela y Librería Hachete S.A., Buenos Aires. 1975.

Bertoni, Lilia Ana. **Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX.** Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 2001.

Busaniche, José Luis. **Rosas visto por sus contemporáneos**. Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A. Buenos Aires. 1986.

Centenera, Martín del Barco. **Argentina y conquista del Río de la Plata**. Emecé Editores. S.A. Buenos Aires. 1998.

Cohen Imach, Victoria. **De utopías y desencantos. Campo intelectual y periferia en la Argentina de los sesenta**. Universidad Nacional de Tucumán. 1994.

Colomobres, Adolfo. **Seres mitológicos argentinos**. Emecé Editores.S.A. Buenos Aires. 2001.

Cortázar, Julio. **Argentina: años de alambradas culturales**. Muchnik Editores, S.A. Barcelona.1984.

Christensen, Juan Carlos. **Historia argentina sin mitos. De Colón a Perón**. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires. 1990.

Dido, Juan Carlos. **Identikit de los argentino**. Ed. Corregidor. Buenos Aires. 1991.

Díaz, María Esther. **Buenos Aires. Una mirada filosófica.** Editorial Biblos. Buenos Aires. 2001.

Eloy Martínez, Tomás. **Réquiem por un país perdido.** Editorial Aguilar, S.A. Buenos Aires. 2003.

Erro, Carlos Alberto. **Medida del Criollismo.** Buenos Aires: s.n.1929.

Etchepareborda, R, Bagú, S, Ortiz, R.M y Orona, J.V. **Crisis y revolución de 1930.** Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A. Buenos Aires. 1986.

Floria, Carlos Alberto y García Belsunce, A. García, **Historia de los Argentinos I y II.** Ediciones Larousse. Argentina. Buenos Aires.1992.

Floria, Carlos A, García Belsunce, César A. **Historia política de la Argentina contemporánea. 1880-1983.** Alianza Editorial. S.A. Buenos Aires. 1988.

Gálvez, Manuel. **El solar de la raza.** Ediciones Dictio. Buenos Aires. 1980.

Guzmán, Ruy Díaz de. **La Argentina.** Emecé Editores S. A. Buenos Aires.1998.

Ingenieros, José. **El hombre mediocre.** Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. 1992.

Ingenieros, José. **Las fuerzas morales.** Ediciones Fausto. S.A. Buenos Aires.1998.

Ingenieros, José. **Sociología argentina.** Hyspamérica Ediciones Argentina.S.A. Buenos Aires. 1988.

Ingenieros, José. **Tratado del amor.** Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. 2003.

Kossok, Manfred. **El virreinato del Río de la Plata.** Editorial La Pléyade. Buenos Aires. 1972.

Lugones, Leopoldo. **El Imperio Jesuítico.** Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., Buenos Aires. 1985.

- Lugones, Leopoldo. **La hora de la espada y otros escritos**. Libros Perfil.S.A. Buenos Aires. 1998.
- Jauretche, Arturo. **El medio pelo en la sociedad argentina. Obras Completas. Volumen 3**. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 2002
- Jauretche, Arturo. **Manual de zoncetas argentinas. Obras Completas. Volumen 2**. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 2002
- Jozami, Ángel. **Argentina: La destrucción de una nación**. Ed. Mondadori. Buenos Aires. 2003.
- Keyserling, Conde de, **Meditaciones Suramericanas**. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Espasa – Calpe, S.A. Madrid.1933.
- Kusch, Rodolfo. **De la mala vida porteña en Obras completas. Tomo I**. Editorial Fundación Ross. Rosario. 2000.
- Kusch, Rodolfo. **Indios, porteños y Dioses en Obras Completas. Tomo I**. Editorial Fundación Ross. Rosario. 2000.
- Kusch, Rodolfo. **La seducción de la barbarie en Obras Completas. Tomo II.** Editorial Fundación Ross. Rosario. 2000,
- Lanaburu, Jorge. **Argentina: el imperio de la decepción. Cultura y política para la mala praxis económica**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2001.
- Lanata, Jorge, **Argentinos.Volumen II**. Ediciones B. Argentina. S.A. Octubre 2002
- Lóizaga, Patricio. **La contradicción argentina. Conversaciones con Marcos Aguinis, Hebe Clementi, Marco Denevi, José Luis de Imaz, Fermín Fèvre, Víctor Massuh y Juan José Sebreli**. Editorial Emece. Buenos Aires. 1995.

- Lojo, María Rosa. **La “barbarie” en la narrativa argentina. Siglo XIX.** Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 1994.
- Loprete, Carlos A. **El ensueño argentino.** Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1985.
- Luna, Félix. **Breve historia de los argentinos.** Editorial Planeta. S.A. Buenos Aires. 2002.
- Luna, Félix. **Buenos Aires y el país.** Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2000.
- Mallea, Eduardo. **Historia de una pasión argentina.** Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. 2001.
- Mallea, Eduardo. **La vida blanca.** Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1983.
- Mármol, José. **Manuela Rosas y otros escritos políticos del exilio.** Editorial Taurus. S.A. Buenos Aires. 2001.
- Martínez Estrada, Ezequiel. **La cabeza de Goliat.** Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. 1983.
- Martínez Estrada, Ezequiel. **Las invariaciones históricas en el Facundo.** Casa Paidós. S.A. Buenos Aires. 1974.
- Martínez Estrada, Ezequiel. **Sarmiento. Meditaciones sarmientinas. Las invariantes históricas en el Facundo.** Beatriz Viterbo Editora. Rosario, Argentina. 2001
- Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa.** Editorial Losada. Buenos Aires. 1983.
- Masiello, Francine. **Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna.** Traducción de Martha Eguía. Beatriz Viterbo Editora. Rosario. 1997.
- Moreno, Marcelo A. **Contra los argentinos y otros ensayos.** Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Primera edición. 2002.

Muchnik, Daniel. **Tres países, tres destinos. Argentina frente a Australia y Canadá.** Grupo Editorial Norma. Buenos Aires. 2003.

Murena, H.A. **El pecado original de América.** Editorial Sur. Buenos Aires. 1954.

Murena, Héctor A. **Visiones de Babel.** Fondo de Cultura Económica. México. 2002.

Ocampo, Victoria. **Testimonios. Segunda serie.** Editorial Sur.S.A. Buenos Aires. 1941.

O'Donnel, Pacho. **Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial.** Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. Buenos Aires. 2003.

O'Donnel, Pacho. **Los héroes malditos. La historia argentina que no nos contaron.** Editorial Sudamericana.S.A. Buenos Aires. Primera edición. 2004.

Orgambide, Pedro. **Historias imaginarias de la Argentina.** Ediciones Atril. Buenos Aires. 2000.

Orgambide, Pedro, **Ser argentino.,** Temas Grupo Editorial. Buenos Aires. 1996.

Ortega y Gasset, José. **Estudios sobre el amor.** Revista de Occidente en Alianza Editorial S.A. Madrid. 1984.

Ortega y Gasset, José. **Meditaciones del pueblo joven y otros ensayos sobre América.** Revista de Occidente, S.A., Madrid. 1981.

Pasquali, Patricia. **Juan Lavalle. Un guerrero en tiempos de revolución y dictadura.** Editorial Planeta Argentina. Buenos Aires. 1998.

Peña, David. **Juan Facundo Quiroga.** Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1968.

Petit de Murat, Ulyses. **La noche de Buenos Aires.** Ed. Leviatán. Buenos Aires. 1999.

Posse, Abel. Argentina. **El gran viraje.** Emecé Editores.S.A.Buenos Aires. 2001.

- Rein, Raanan. **Argentina, Israel y los judíos. Encuentros y desencuentros, mitos y realidades.** Ediciones Lumière.S.A. Buenos Aires. 2001.
- Rodríguez Molas, Ricardo (Compilador). **Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina.I y II.** Editorial Eudeba. Buenos Aires. 1985.
- Rojas, Ricardo. **Eurindia.** Editorial Losada. S.A. Buenos Aires. 1951.
- Rojas, Ricardo. **La restauración nacionalista.** Editores Librería “La Facultad” de Juan Roldán Y C. Buenos Aires. 1922.
- Romero, José Luis. **Breve historia de la Argentina.** Fondo de Cultura Económica.S.A. Buenos Aires. 2005.
- Saer, Juan José, **El río sin orillas. Tratado imaginario.** Alianza Editorial. S.A. Madrid. 1994.
- Scalabrini Ortiz, Raúl, **El hombre que está solo y espera.** Librerías Anaconda. Buenos Aires. 1931.
- Sánchez Garrido, Amelia. **Indagación de lo argentino (lengua, literatura, expresión dramática).** Ediciones culturales argentinas. Buenos Aires. 1962.
- Sanz, Carlos. **La fundación de Buenos Aires por El Adelantado Don Pedro de Mendoza y de Luján. Hijo Insigne de Guadix.** Madrid. S.n. 1958.
- Schmidel, Ulrico. **Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay 1534-1554.** Alianza Editorial.S.A. Madrid. 1986.
- Sarmiento, Domingo F. **Facundo.** Grupo Editorial Altamira. Buenos Aires.2002.
- Sebreli, Juan José. **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación.** Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires. 1966.

Sebrelli, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2003.

Sosa de Newton, Lily. **Dorrego**. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1967.

Sosa de Newton, Lily. **Lavalle**. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. 1967.

Ulanovsky, Carlos. **Cómo somos. Trapitos argentinos al sol**. Ed. Sudamericana. Buenos Aires. 2003.

Viñas, David. **Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1995.

Viñas, David. **Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar**. Ediciones siglo veinte. Buenos Aires. 1971.

Warley, Jorge A. **Vida cultural e intelectuales en la década de 1930**. Centro Editor de América Latina.S.A. Buenos Aires. 1985.

3.2. Artículos, revistas y libros colectivos dedicados a Argentina.

Moyano, Marcel. *Los amores de Lavalle en su última gesta*. Todo es Historia. Buenos Aires. Núm. 399. octubre de 2000.

Quiroga Micheo, Ernesto. *La verdadera historia de la muerte de Lavalle*. En Todo es historia. Núm. 336 julio 1995.

Rubio, Luis, *Argentina: la promesa incumplida*, en Tiempos conservadores, América Latina en la derechización de occidente, Agustín Cueva y otros, Quito. El Conejo. 1987.

Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Nunca Más. Editorial Eudeba. Universidad de Buenos Aires. 2001.

Lo mejor de Todo es Historia. 3. Los grandes cambios Dirección de Félix Luna. Editorial Taurus. 2002

Lo mejor de Todo es Historia. 4. La Argentina próspera. Dirección Felix Luna. Editorial Taurus.S.A. Buenos Aires. 2002.

Lo mejor de todo es historia. 5. El país inestable. Editorial Taurus.S.A. Buenos Aires. 2002

Todo es Historia. La década del 30. Buenos Aires. número 108. mayo de 1976.

Todo es Historia. La década del 30 (II). Buenos Aires. número 154. marzo de 1980.

3.3. Novelas. Colecciones de cuentos. Poemarios.

Arlt, Roberto, **El amor brujo.** Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. 2001.

Arlt, Roberto. **Los lanzallamas.** Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. 2001.

Arlt, Roberto. **Los siete locos.** Ediciones Losada.S.A. Buenos Aires. 2001

Arlt, Roberto. **Novelas completas y cuentos. Tomo III.** Editorial Fabril. Buenos Aires 1963.

Belgrano Rawson, Eduardo. **Noticias secretas de América.** Ed. Seix Barral. Buenos Aires. 2002.

Bianco, José. **La pérdida del reino.** Ediciones Siglo XXI S.A. Buenos Aires. 1972.

Borges, Jorge Luis. **El informe de Brodie.** Alianza Editorial.S.A. Madrid. 1977.

Castillo, Abelardo. **El que tiene sed.** Ed.Planeta Argentina. Buenos Aires. 1999.

- Del Campo, Estalísnao. **Fausto**. Emecé Editores S.A., Buenos Aires. 2000.
- Echeverría, Esteban. **El matadero. La cautiva**. Editorial Cátedra. S.A. Madrid. 1993.
- Gerchunoff, Alberto. **Los gauchos judíos**. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires. 1968.
- Guido, Beatriz. **El incendio y las visperas**. Hyspamerica Ediciones Argentina S.A. Buenos Aires. 1967.
- Guiraldes, Ricardo. **Don Segundo Sombra**. Editorial Planeta DeAgostini S.A. Buenos Aires. 2000.
- Hernández, José. **Martín Fierro**. Ediciones Cátedra.S.A.Madrid. 1991.
- Larreta, Enrique. **La gloria de don Ramiro**. Centro Editor de América Latina S.A. Buenos Aires. 1968.
- Larreta, Enrique. **Tenía que suceder. Las dos fundaciones de Buenos Aires**. Espasa Calpe. S.A. Colección Austral. Buenos Aires. 1960.
- Larreta, Enrique. **Santa María del Buen Aire. Tiempos iluminados**. Espasa Calpe, S.A. Buenos Aires. 1941
- Lugones, Leopoldo. **La guerra gaucha**. Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. 1992.
- Mallea, Eduardo. **Chaves**. Editorial Losada.S.A. Buenos Aires. 1953.
- Mallea, Eduardo. **La bahía del silencio**. Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. 1987.
- Mallea, Eduardo. **Todo verdor perecerá**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1969.
- Mansilla, Lucio V. **Una excursión a los indios aranqueles. Tomos I y II**. Centro Editor de América Latina.S.A. Buenos Aires. 1967

- Marechal, Leopoldo. **Adán Buenosayres**. Editorial Agea. S.A. Buenos Aires. 2000.
- Mármol, José. **Amalia. Tomos I y II**. Ediciones El Elefante Blanco. Buenos Aires. 1997.
- Martel, Julián. **La bolsa**. Editorial de Belgrano. Buenos Aires. 1981
- Martínez, Tomás Eloy. **La novela de Perón**. Editorial Planeta. Buenos Aires. 1996.
- Martínez, Tomás Eloy. **La pasión según Trelew**. Editorial Planeta Alfaguara. Buenos Aires. 1997.
- Martínez Tomás, Eloy. **Santa Evita**. Editorial Seix Barral. Barcelona 1997
- Molloy, Sylvia. **El común olvido**. Grupo Editorial Norma. Buenos Aires. 2004.
- Mujica Lainez, Manuel. **Canto a Buenos Aires**, Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 1975.
- Mujica Lainez, Manuel. **Misteriosa Buenos Aires**. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona. 1988.
- Tizziani, Rubén. **Mar de olvido**. Emecé Editores. S.A. Buenos Aires. 1992.
- Viñas, David. **Los dueños de la tierra**. Editorial Galerna. Buenos Aires. 1970.

3.4. Ensayos dedicados a autores argentinos.

- Guerrero, Diana. Arlt. **El habitante solitario**. Catálogos Editora. Buenos Aires. 1986.
- Orgambide, Pedro. **Un puritano en el burdel. Ezequiel Estrada o el sueño de una Argentina moral**. Ameghino Editora S.A. Buenos Aires. 1997.
- Pastor, Beatriz. **Roberto Arlt y la rebelión alienada**. Ediciones Hispamérica. Usa. 1980.

Pibida, Lisardo. **Mallea: la Argentina como destino**. Ediciones Corregidor.S.A. Buenos Aires. 2000.

Retamar, R.Fernández, Cerruti Guldberg, H, Martín Real, J.C., Scheines, Graciela. **Ezequiel Martínez Estrada: la pampa de Goliath**. Centro editor de América Latina.S.A. Buenos Aires. 1994.

Zubieta, Ana María. **Humor, nación y diferencias. Arturo Cancela y Leopoldo Marechal**. Beatriz Viterbo Editora. Buenos Aires.1995.

4. BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL AMBITO HISPANOAMERICANO.

4.1. Ensayos. Crónicas. Novelas.

Arciniegas, Germán. **América, tierra firme**. Editorial Losada. Buenos Aires. 1944.

Arciniegas, Germán. **Páginas Escogidas (1932-1973)**. Editorial Gredos. S.A. Madrid. 1975.

Arciniegas, Germán. **En medio del camino de la vida**. Editorial La Oveja Negra. Bogotá. 1985.

Arciniegas, Germán. **Entre la libertad y el miedo**. Editorial Planeta.S.A. Colombiana. 1996.

Colón, Cristóbal. **Los cuatro viajes. Testamento**. Alianza Editorial, S.A. Madrid. 2000.

Frank, Waldo. **América Hispana. Un retrato y una perspectiva**. Traducción de León Felipe. Editorial Losada. Buenos Aires. 1950.

Galeano, Eduardo. **Las venas abiertas de América Latina**. Siglo XXI de España Editores. S.A. Buenos Aires.1998.

Guevara, Ernesto. **Obras completas**. Editorial Andrómeda. Buenos Aires. 2002.

Henríquez Ureña, Pedro. **Historia de la cultura en la América hispana**. Fondo de Cultura Económica. México. 1947.

Henríquez Ureña, Pedro, **Las Corrientes literarias en la América Hispánica**. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. Fondo de Cultura Económica de México. 1954.

Kusch, Rodolfo. **América Profunda. Obras Completas. Tomo I**. Editorial Fundación Ross. Rosario. 2000.

O'Gorman, Edmundo, **La invención de América**, Colección Tierra Firme. Fondo de Cultura Económica. Méjico. 2002.

Paz, Octavio. **El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad**. Fondo de Cultura Económica. México. 2002.

Scheines, Graciela. **Las metáforas del fracaso. Sudamérica ¿geografía del desencuentro?** Ediciones Casa de las Américas. La Habana. 1991.

Taibo II, Paco Ignacio. **Ernesto Guevara también conocido como el Che**. Editorial Planeta, S.A. Barcelona. 2000.

Todorov, Tvzetan, **La conquista de América. El problema del otro**. Traducción de Flora Botton Burlá. Siglo XXI Editores. Argentina S.A. 2003.

Uslar Pietri, Arturo. **Godos, insurgentes y visionarios**. Editorial Seix Barral, S.A. Barcelona. 1986.

Uslar Pietri, Arturo. **La otra América**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 1974.

5. BIBLIOGRAFÍA SOBRE GNOSIS, JUDAÍSMO, CRISTIANISMO, ESOTERISMO Y RELIGIÓN.

Abécassis, Armand. **La pensée juive. 2. De l'état politique à l'éclat prophétique.** Librairie Générale Française. Paris, 1987.

Albiac, Gabriel. **La sinagoga vacía. Las fuentes marranas del espinosismo.** Editorial Hiparión. Madrid. 1987

Arendt, Hannah. **Les origines du totalitarisme. Sur l'antisémitisme.** Traduit de l'anglais par Micheline Pouteau. Éditions Callmann-Lévy. Paris. France.1973.

Bierce, Ambrose. **Diccionario del diablo.** Traducción Cristina Pelizza. Ediciones Libertador. Buenos Aires. 2004.

Blavatsky, H.P, **La doctrina secreta. Síntesis de la ciencia, la religión y la filosofía.** Volumen IV. *El simbolismo Arcaico de las Religiones del Mundo y de la Ciencia.* Editorial Kier S.A. Buenos Aires, 1975.

Bloom, Harold, Scholem, Gershow, Idel, Moshe y otros. **Cábala y deconstrucción.** Traducción de Esther Cohen. Azul Editorial. Barcelona. 1999.

Bloom, Harold. **Presagios del milenio. La gnosis de los ángeles, los sueños y la resurrección** Traducción de Damián Alou. Editorial Anagrama. Barcelona. S.A. 2001.

Blumemberg, Hans. **Trabajo sobre el mito.** Traducción de Pedro Madrigal. Editorial Paidós Ibérica. Barcelona. 2003.

Bril, Jacques. **Lilith ou la Mère obscure.** Éditions Payot. Paris. 1991.

Buber, Martin. **Eclipse de Dios. Estudios sobre las relaciones entre la religión y la filosofía.** Traducción de Luis Fabricant. Fondo de Cultura Económica.S.A. México.1993.

- Buber, Martín. **Yo y tú**. No indica traductor. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 2001.
- Corsetti, Jean-Paul. **Historia del esoterismo y de las ciencias ocultas**. Traducción de Eduardo Gudiño Kieffer. Ediciones Larousse Argentina. Buenos Aires. 1993.
- Cousté, Alberto. **De los nombres del diablo**. Océano Grupo Editorial, S.A. Buenos Aires. 2001.
- Darmesteter, Arsène. **El Talmud**. Traducción de Jacques Algasi y Hugo Savino. Editorial Leviatán. Buenos Aires. 2000.
- Derisi, Octavio N, **Estudios de Metafísica y Gnoseología. I. Metafísica**. Editorial de la Universidad Católica Argentina. Buenos Aires. 1985.
- Eisenberg, Josy et Abécassis, Armand. **À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme**. Éditions Albin Michel, S.A. Paris. 2004
- Evola, Julius. **Révolte contre le monde moderne**. Traduit de l'italien par Philippe Baillet. Éditions L'Age d'Homme. Paris. 1991.
- Forster, Ricardo. **Walter Benjamín y el problema del mal**. Grupo Editor Altamira. Buenos Aires. Junio 2003.
- Freud, Sigmund, **Moisés y la religión monoteísta**, en **Obras Completas**. Tomo IX. (1934-1950). Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Editorial Biblioteca Nueva. S. A. España. Madrid. 1975.
- Freyman, Jean-Richard. **“Frères humains qui...” Essai sur la ferocité**. Éditions Ères Arcanes, Apertura. Paris. 2003.
- Fulcanelli. **El misterio de las catedrales**. Traducción de J.Ferrer Aleu. Plaza & Janés Editores. S.A. Barcelona. 1999.

- Gandhi. **La voie de la non-violence**. Traduit de l'anglais par Guy Vogelweith. Ed. Gallimard. Imprimé en Barcelona. 2004
- García Bazán, Francisco. **La gnosis eterna. Antología de textos gnósticos, griegos, latinos y coptos I**. Trotta. Edicions de la Universitat de Barcelona. 2003.
- García Bazán, Francisco. **Plotino y la gnosis**. Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Buenos Aires. 1981.
- Graves, Robert y Patai, Raphael, **Los mitos hebreos**. Traducción de Javier Sánchez García-Gutiérrez. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 2001.
- Girard, René. **El chivo expiatorio**. Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama S.A. Barcelona. 2002.
- Girard, René. **La route antique des hommes pervers**. Éditions Grasset & Fasquelle. Paris.1985.
- Girard, René., **La violencia y lo sagrado**. Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama.S.A. Barcelona. 1998.
- Girard, René. **Veo a Satán caer como un relámpago**. Traducción de Francisco Díez del Corral. Editorial Anagrama.S.A. Barcelona. 2002.
- Gómez de Liaño, Ignacio. **El círculo de la sabiduría. Diagramas del conocimiento en el mitraísmo, el gnosticismo, el cristianismo y el maniqueísmo**. Ediciones Siruela. S.A. Barcelona. 1998.
- Gómez de Liaño, Ignacio. **Filósofos griegos, videntes judíos**. Ediciones Siruela.S.A. Madrid. 2000.
- Gómez de Liaño, Ignacio. **El idioma de la imaginación. Ensayos sobre la memoria, la imaginación y el tiempo**. Ediciones Taurus.S.A. Buenos Aires. 1995.

- Guitton, Jean. **Las crisis en la iglesia**. Traducción Zoraida J. Valcárcel. Emecé Editores S.A. Buenos Aires. 1984.
- Hassoun, Jacques, **Caïn**. Éditions Autrement, Paris. 1997.
- Hegel, G.W.F. **El espíritu del cristianismo y su destino**. Traducción de Alfredo Llanos. Editorial Rescate. Buenos Aires. 1984.
- Hutin, Serge, **Los gnósticos**. Traducción de Thomas Moro Simpson. Editorial Universitaria de Buenos Aires. 1964.
- Jaspers, Karl. **La fe filosófica**. Traducción de J.Rovira Armengol. Editorial Losada. Buenos Aires. 2003.
- Jonas, Hans. **La religion gnostique. Le message du Dieu Étranger et les débuts du christianisme**. Traduit de l'anglais par Louis Évrard. Flammarion. Paris. 1978.
- Marx, Karl. **La cuestión judía**. Traducción de H.B.Delio. Quadrata Editor. Buenos Aires. Argentina. 2003.
- Mouravieff, Boris. **Gnosis. Cristianismo esotérico**. Traducción de Osvaldo García. C.S. Ediciones. Buenos Aires. 1989.
- Nemo, Philippe. **Job et l'excès du mal**. Éditions Grasset & Fasquelle. Paris. 1978.
- Osmar Frea, Leonardo, Waintrop, Raúl Ricardo y Arregui, Fabían Ignacio. **La revelación del Apocalipsis por el hijo del hombre**. C.S. Ediciones. Buenos Aires. 1994.
- Otto, Rudolf, **Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios**. Traducción del alemán de Fernando Vela. Alianza Editorial. S.A. 2001.
- Natanson, Jacques – J. **La mort de Dieu. Essai sur l'athéisme moderne**. Publications de L'Université de Rouen. Presses Universitaires de France. 1975.

Nietzsche, Friedrich. **El Anticristo**. Traducción de Percy Lemos. Quadrata Editor. Buenos Aires. 2002.

Pauwels, Louis/ Bergier, Jacques. **Le matin des magiciens**. Éditions Gallimard. Paris. 2005.

Puech, Henri-Charles. **En quête de la gnose. I. La gnose et le temps et autres essais**. Éditions Gallimard. Paris. 1978.

Risco, Vicente, **Satanás. Historia del diablo**. Editorial Nigratea, S.L. Colección Libros da Brétema.Vigo.2003.

Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. Editorial Losada S.A. Buenos Aires. 2001.

Rovira i Belloso, Joseph M. **Fe y cultura en nuestro tiempo**. Traducción del mismo autor. Editorial Sal Térrea. Santander. 1988.

Saïd, Edward Said. **Crónicas palestinas. Árabes e israelíes ante el nuevo milenio**. Traducción de Francisco Ramos. Editorial Grijalbo Mondadori, S.A. Barcelona. 2001.

Sartre, Jean Paul. **Réflexions sur la question juive**. Editorial Gallimard. Paris. 2005.

Schlegel, Jean-Louis. **La loi de Dieu contre le liberté des hommes**. Éditions du Seuil. Paris. Octubre 2003.

Scholem, Gershom G. **La kabbale et sa symbolique**. Traduit de l'allemand par Jean Boesse. Éditions Payot & Rivages. Paris. 2003.

Scholem, Gershom. **Las grandes tendencias de la mística judía**. Traducción de Beatriz Oberländer. Ediciones Siruela.S.A. Madrid. 2003.

Shimón Halevi., Z'ev ben **El árbol de la vida. Introducción a la Cábala**. Traducción de Juan Valmard. Ediciones Lidium. Buenos Aires.1994.

Sibony, Daniel. **Les tríos monothéismes. Juifs, Chrétiens, Musulmans entre leurs sources et leurs destins.** Éditions du Seuil. Paris. mars 1992.

Van der Leew, J.J. **La conquista de la ilusión.** C.S. Ediciones. Buenos Aires.1992.

Vattimo, Gianni. **Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso.** Traducción de Carmen Revilla. Editorial Paidós.S.A. Buenos Aires. 2004.

5.1. Libros anónimos o de autoría no reconocida.

El libro de Henoch. Traducido del etiope por François Martin. Ediciones Obelisco.Barcelona. 1996.

Evangelios apócrifos. Traducción Edmundo González-Blanco. Ediciones Libertador. Centro Editor de Cultura, Buenos Aires.2003.

La Santa Biblia. Traducción del Antiguo Testamento, y Notas, a cargo del Rvdo. P. Sebastián Bartina. Traducción del Nuevo Testamento y Notas, a cargo del Rvdo. Dr. Ramón Roquer. Editorial Ahr. Barcelona. 1967.

Le Zohar. Tome I. Préliminaires. Beréchit. Noah. Lekh Lekha. Traduction, annotation et avant-propos par Charles Mopsik suivi du Midrach Ha Néélam. Traduit et annoté par Bernard Maruani. Éditions Verdier. Paris. 1981

Los gnósticos. Tomos I yII. Traducción de José Monserrat Torrens revisada por Antonio Piñero Sáenz. Editorial Gredos, S.A. Madrid. 1983.

6. NOVELAS, POEMAS Y COLECCIONES DE CUENTOS DE LITERATURA UNIVERSAL UTILIZADOS.

Alighieri, Dante. **La divina comedia**. Traducción de Ángel Crespo. Colección Austral. Espasa Calpe. S.A. Madrid. 1994.

Bataille, Georges. **Historia del ojo**. No indica traductor. Éditions Ruedo Ibérico. Paris. 1977.

Broch, Herman. **La muerte de Virgilio**. Versión de J.M. Ripada sobre la traducción de A. Gregori. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 1997.

Bulgákov, Mijaíl. **El maestro y Margarita**. Traducción de Amaya Lacasa Sancha. Diario El País, D.L.Madrid. 2002

Calvino, Italo. **Las ciudades invisibles**. Traducción de Aurora Bernárdez. Ediciones Siruela.S.A. Madrid. 1998.

Conrad, Joseph. **El duelo**. Traducción José Manuel de Prada. Ediciones Destino.S.A. Barcelona. 1998.

Dostoevskii, Fiador Mijailovich. **Apuntes del subsuelo**. Traducción de Juan López-Morillas. Alianza Editorial. Madrid. 2000.

Dostoevskii, Fiodor Mijáilovich. **Crimen y castigo**. Traducción de Rafael Cansinos Sáenz. Editorial Planeta. Barcelona. 1993

Hesse, Herman. **Demián**. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Editores Mexicanos Unidos, S.A. 1991.

Homero. **Odisea**. Traducción de José Manuel Pabón. Editorial Planeta-DeAgostini. S.A. Madrid.

Kafka, Franz. **El desaparecido (América)**. Traducción de Luis Acosta.Ediciones Cátedra. Madrid. 2000.

Lérmontof, Mihail Iurevitch. **Un héroe de nuestro tiempo**. No señala traductor. Espasa-Calpe, S.A. Madrid. 1962.

Mann, Thomas. **La montaña mágica. Volumen I**. Traducción de Mario Verdaguer. Círculo de Lectores, S.A. julio 1969.

Pérez Galdós, Benito. **Obras Completas. Tomo I. Episodios Nacionales**. Ediciones Aguilar. S.A. Madrid, 1950.

Proust, Marcel. **En busca del tiempo perdido. 4. Sodoma y Gomorra**. Traducción de Consuelo Berges. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 1996.

Rilke, Rainer Maria. **Elegías de Duino; Los sonetos a Orfeo**. Traducción de Eustaquio Barjau. Editorial Catedra.S.A. Madrid. 1990.

Sartre, Jean Paul. **El diablo y Dios**. Traducción de Jorge Zalamea. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 1981.

Tolstoy, León. **El diablo**. Traducción de Mariano Orta. Editorial Juventud, S.A. Barcelona. 1984.

Tolstoy, León. **El poder de las tinieblas: drama en cinco actos**. Prensa Moderna. Madrid. 1931.

Unamuno, Miguel de, **Abel Sánchez**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 2004.

7. ENSAYOS O ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE FILOSOFÍA, ANTROPOLOGÍA, FENOMENOLOGÍA, PSICOANÁLISIS, ARTE Y LITERATURA.

Arendt, Hannah. **La condición humana.** Traducción de Ramón Gil Novales. Ediciones Paidós Ibérica, S.A., Barcelona. 1993.

Arendt, Hannah, **Los orígenes del Totalitarismo. 2. Imperialismo.** Traducción de Guillermo Solana. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 2002.

Argullol, Rafael. **El héroe y el Único. El espíritu trágico del romanticismo.** Grupo Santillana de Ediciones. S.A. Madrid.1999.

Assoun, Paul-Laurent, **El perverso y la mujer en la literatura.** Traducción de Andrés Belez. Ediciones Nueva Visión SAIC. Buenos Aires. 1995.

Bachelard, Gaston. **La poética del espacio.** Traducción de Ernestina de Campourcin. Breviarios. Fondo de Cultura Económica. México.1993.

Bachelard, Gaston. **La tierra y los ensueños de la voluntad.** Traducción de Beatriz Murillo Rosas. Fondo de Cultura Económica. Méjico. 1996.

Bataille, Georges, **La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1944-1961.** Traducción de Silvio Mattoni. Adriana Hidalgo editora S.A. Buenos Aires. 2001

Bataille, Georges. **La literatura y el mal.** Colección “Ser y Tiempo”. Versión española de Lourdes Ortiz, revisada por la Editorial. Editorial Taurus S.A. 1977.

Baudrillard, Jean. **El crimen perfecto.** Traducción de Joaquín Jordá. Editorial Anagrama..S.A. 2000.

Becker, Ernest. **La estructura del mal. Un ensayo sobre la unificación de la ciencia del hombre.** Traducción de Carlos Valdés. Fondo de Cultura Económica.S.A. México. 1993.

- Benjamin, Walter. **Discursos interrumpidos I**. Traducción de Jesús Aguirre. Editorial Taurus. Madrid. 1987.
- Benjamín, Walter. Benjamín, Walter. **Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV**. Traducción de Roberto Blatt. Editorial Taurus. Madrid. 1988.
- Benjamín, Walter. **Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II**. Traducción de Jesús Aguirre. Grupo de Ediciones Santillana.S.A. Madrid. 2001.
- Berdiaev, Nicolas. **El espíritu de Dostoievsky**. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires. 1978.
- Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación**. Traducción de Ramón Alcalde. Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires. Argentina. 1978.
- Blanchot, Maurice. **El diálogo inconcluso**. Traducción Pierre de Place. Monte Ávila Editores. Caracas.1996.
- Boecio. **La consolación de la filosofía**. Traducción de Pedro Rodríguez Santidrián. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 2002.
- Bonnefoy, Yves. **Lo improbable**. Traducción de Silvio Matón. Alción Editora. Córdoba. 1998.
- Brewer-Carías, Allan. **La ciudad ordenada**. Coedición de Universidad Carlos III de Madrid. Instituto Pascual Madoz. Boletín Oficial del Estado. Madrid. 1997.
- Campbell, Joseph. **El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito**. Traducción de Luis Josefina Hernández. Fondo de Cultura Económica. México. 1999.
- Camus, Albert. **El hombre rebelde**. Traducción de Josep Escué. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 2001.
- Camus, Albert. **El mito de Sísifo**. Traducción de Esther Benítez. Alianza Editorial S.A. Madrid. 2003.

Canetti, Elias. **Masa y poder**. Traducción de Horst Vogel. Alianza Editorial, S.A. Madrid. 1997.

Castro, Américo. **Aspectos del vivir hispánico**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. 1970.

Cioran, E.M. **Breviario de los vencidos**. Traducción de Joaquín Garrigós. Tusquets Editores. S.A. Barcelona. 2001.

Da Vinci, Leonardo. **Cuaderno de notas**. Traducción de José Luis Velaz. M.E. Editores.S.L. Madrid. 1995.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. **El Anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia**. Traducción de Francisco Monge. Ediciones Paidós Ibérica. S. A. 1998.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. **Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia**. Traducción de José Vázquez Pérez. Editorial Pre-Textos. Valencia. 1997.

Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. Traducción de María Teresa Poyrazián. Editorial Universitaria de Córdoba. 1969

Derrida, Jacques. **Mémoires d'aveugle : l'autoportrait et autres ruines : Exposition, Paris, Musée du Louvre, Hall Napoléon, du 26 octobre 1990 au 21 janvier 1991**. Editions de la Réunion des musées nationaux . Paris. 1990.

Duvignaud, Jean. **El lenguaje perdido. Ensayo sobre la diferencia antropológica**. Traducción Hugo Azcurra. Siglo Veintiuno Editores. S.A. México. 1977.

Eco, Umberto. **Apocalípticos e integrados**. Traducción de Andrés Boglar. Barcelona. Editorial Lumen. Barcelona. 1990.

Foucault, Michel **Las palabras y las cosas**. Traducción de Elsa Cecilia Frost. Siglo veintiuno editores Argentina. 2002.

Freud, Sigmund. **Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de la neurosis**. Traducción de Luis López Ballesteros y de Torres. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 2003.

Freud, Sigmund. **Recuerdo, repetición, reelaboración** en **Obras Completas. Tomo V.** Traducción de Luis López-Ballesteros. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid. 1975.

García Ponce, Juan. **La errancia sin fin: Musil, Borges, Klossowski.** Ed. Anagrama. S.A. Barcelona. 2001.

Geremek, Bronislaw. **Les fils de Caïn: l'image des pauvres et des vagabonds dans la littérature européenne du XV au XVIIe siècle.** Ed. Flammarion. Paris. 1991.

Heidegger, Martin. **Carta sobre el humanismo.** Traducción de Helena Cortés y Arturo Leite. Alianza Editorial.S.A. Madrid. Segunda reimpresión: 2001.

Heidegger, Martin, **Introducción a la Metafísica.** Traducción de Angela Ackerman Pilari. Editorial Gedisa. Barcelona. 1993.

Jankélévitch, Vladimir. **El perdón.** Traducción del francés de Núñez del Rincón. Editorial Seix Barral.S.A. Barcelona. 1999.

Jung, C. G. **Psicología y simbólica del arquetipo.** Traducción de Miguel Muráis. Editorial Paidós. 1982. Barcelona.

Kandinsky. **Sobre lo espiritual en el arte.** Traducción de M.Trento. Ediciones Libertador.S.A. Buenos Aires. 2003.

Kierkegaard, Sören, **Tratado de la desesperación.** Traducción de Juan Enrique Holstein. Edicomunicación. S.A. Barcelona. 1994.

Kozicki, Enrique, **Hamlet. El padre y la ley.** Editorial Gorla. Buenos Aires. 2004.

Kristeva, Julia. **Histories d'amour.** Éditions Denoël. Paris. 1983.

Kristeva, Julia. **Poderes de la perversión.** Traducción de Nicolás Rosa y Viviana Ackerman. Catálogos Editora, en coedición con Siglo XXI Editores S.A. México. 1988.

Laborde-Nottale, Élisabeth. **La voyance et l'inconscient**. Éditions du Seuil. Paris. 1990.

Laplanche, Jean. **Hölderlin y el problema del padre**. Traducción de Victor Fischman. Ediciones Corregidor. Buenos Aires. 1975.

Lipovetsky, Gilles, **La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo**. Traducción, Joan Vinyoli y Michèle Pendanx. Editorial Anagrama. S. A. Barcelona. 2002.

Marcuse, Herbert. **Razón y revolución**. Traducción de Julieta Fombona de Sucre, con la colaboración de Francisco Rubio Llorente. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 2003.

Medina y Ortega, Juan A., **Imagología del bueno y del mal salvaje**. Universidad Nacional Autónoma de México. 1987.

Morin, Edgar. **El hombre y la muerte**. Editorial Kairós. S.A. Barcelona. 2003.

Negri, Antonio. **Job: la fuerza del esclavo**. Traducción de Alcira Bixio. Editorial Paidós. Buenos Aires. 2003

Nietzsche, Friedrich. **Así habló Zaratrusta**. Traducción de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial.S.A. Madrid. 2003.

Paz, Octavio. **Conjunciones y disyunciones**. Joaquín Mortiz, S. A. 1969.

Pewzner, Evelyne. **El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente**. Traducción de Sergio J. Villa señor Bayardo. Fondo de Cultura Económica. México. 1999.

Reinhardt, Karl, **Sófocles**. Traducción de M. Fernández-Villanueva. Editorial Destino. Barcelona. 1991.

Rosenfield, Denis L. **Del mal. Ensayo para introducir en filosofía el concepto del mal**. Traducción de Hugo Martínez Moctezuma. Fondo de Cultura Económica. México. 1993.

- Rousseau, Jean Jacques. **Discurso sobre el origen y los fundamentos sobre la desigualdad entre los hombres**, en **Obras Selectas**. Traducción de Francisco Márquez Cabrera. Edimat Libros, S.A. Madrid. 2000.
- Sartre, Jean Paul. **El ser y la nada**. Traducción de Juan Valmar. Alianza Editorial S.A. Madrid. 1984.
- Scantimburgo, Joao de. **El mal en la historia. Los totalitarismos del siglo XX**. Traducción de José Pinto Montanillo. Editorial Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid. 2003
- Sloterdijk, Peter y Heinrichs, Hans-Jürgen. **El sol y la muerte**. Traducción de Germán Cano. Ediciones Siruela. Madrid. 2004.
- Sloterdijk, Peter. **Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira**. Traducción Germán Cano. Editorial Pre-textos. Valencia. 2003.
- Sloterdijk, Peter. **Normas para el parque humano. Una respuesta a la Carta sobre el humanismo de Heidegger**. Traducción de Teresa Rocha Barco. Ediciones Siruela. S.A. Madrid. 2000.
- Steiner, George. **Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción**. Traducción de Adolfo Castañón y de Aurelio Major. Fondo de Cultura Económica de España, S. L. 2001.
- Tarkovski, Andrei. **Esculpir en el tiempo**. Traducida del alemán de Enrique Banús Hirsuta y supervisada por J.M.Gorostidi Murguía. Ediciones Rialp.S.A. Madrid. 1996.
- Trigano, Shmuel. **Le Temps de l'exil**. Éditions Payot & Rivages. Paris. 2005.
- Unamuno, Miguel de. **Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y los pueblos**. Espasa-Calpe. S.A. Madrid. 1976.
- Unamuno, Miguel de. **En torno al casticismo**. Alianza Editorial, S.A. Madrid. 2002.

Weil, Simone, **Carta a un religioso**, Traducción de María Eugenia Valentí. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. 2000.

Weinrich, Harald. **Leteo. Arte y crítica del olvido**. Traducción de Carlos Fortea. Ediciones Siruela. S.A. Madrid. 1999.

Zambrano, María. **El hombre y lo divino**. Fondo de cultura Económica. México. 1986.

Zambrano, María. **La razón en la sombra. Antología del Pensamiento de María Zambrano**. Ediciones Siruela.S.A. Madrid.1993.

8. PÁGINAS WEBS UTILIZADAS.

<http://www.argiropolis.com.ar>

<http://www.comunidad.ciudad.com.ar>

<http://www.iglesiaviva.org>.

<http://www.historiadelpais.com.ar>

<http://www.lavision.com.ar>

<http://www.pardes.org.ar>

<http://www.padrebuela.com.ar>

<http://www.patagoniachallenge.com>

<http://www.webs.sinectis.com.ar>

<http://www.webislam.com>.



UNIVERSITE DE MURCIA

Thèse

Pour obtenir le diplôme de Docteur Européen
Spécialité Études Latino-américaines

LOS HIJOS SIN NOMBRE: EL SILENCIO DEL OLVIDO

SÁBATO Y EL CLAROSCURO GNÓSTICO ARGENTINO

LES FILS SANS NOM: LE SILENCE DE L'OUBLI

SABATO ET LE CLAIR-OBSCURE GNOSTIQUE ARGENTIN

Á présenter et soutenir publiquement par

Alejandro Hermosilla Sánchez

Le mars 2006

Directeur

M. Vicente Cervera Salinas, professeur à l'Université de Murcia.

RESUME

L'œuvre d'Ernesto Sábato s'interroge non seulement sur le problème de l'identité de l'Argentine mais aussi sur une question plus complexe : est-ce que la fin du notre monde contemporain est arrivée?

Sábato va nous donner la réponse à l'angoisse de son peuple et du monde en réalisant une recherche profonde, latente et occulte dans toute son œuvre sur les origines des religions monothéistes. Pour cette difficile opération, il va se servir du mythe gnostique et ainsi il essaiera de chercher une sortie à l'état apocalyptique de sa patrie et du monde pendant le vingtième siècle.

Pour cette raison, nous avons décidé de commencer la thèse en enquêtant sur la composition de l'Argentine moderne et sur ses mythes fondateurs jusqu'au début du vingtième siècle. Puisque la lecture que fait Sábato de l'Argentine moderne peut être comprise comme une évolution logique mais terrifiante de l'état et de l'idéologie de l'Occident moderne depuis le moment où les espagnols ont réussi à expulser les musulmans et les juifs de leur territoire. En fait, on pourrait commencer à étudier la conquête de l'Amérique du Sud par les espagnols à partir de l'idée du Dieu unique qu'ils vont adopter. Cette idée avait été déjà adoptée par le peuple juif et au moment de l'hériter, les chrétiens vont non seulement se considérer comme un peuple élu par Dieu mais aussi ils vont hériter des châtiments du peuple juif : l'exil déjà préfiguré par les mythes du juif errant et de Caïn.

C'est pourquoi les romans de Sábato deviennent un témoignage exemplaire et décisif pour comprendre cette décadence de l'Occident sur laquelle un grand nombre d'artistes contemporains (des cinéastes comme Tarkovsky ou Bergman, des peintres comme Magritte ou Gustave Moreau jusqu'aux écrivains comme Robert Musil ou Jean Paul Sartre) ont focalisé leur attention. Cependant, Sábato ne va pas se contenter de nous montrer son propre regard sur cette réalité mais il va essayer de trouver des solutions. C'est-à-dire qu'il va construire une œuvre qui va montrer aux citoyens de son pays comment on pourrait réaliser en Amérique du Sud le passage de Caïn au

Christ dont on a besoin pour construire la nouvelle Jérusalem, un monde de paix qui soit capable de regarder sans aucune honte la réalité.

Pour atteindre cet objectif, Sábato entend que le premier acte que doit réaliser son peuple est de reconnaître sa faute et sa condition caïnite, son péché inoubliable et incontestable: avoir tué les habitants autochtones d'Argentine et n'avoir pas su construire une culture de respect de l'autre.

Donc, il va composer d'abord un premier roman inachevé (**La fontaine muette**) à travers lequel il va nous introduire dans l'histoire d'un immigrant, un fils de Caïn, qui, dès son arrivée à la terre promise d'Argentine, va devenir un assassin parce qu'il n'a trouvé aucune explication à ses tristes, terribles conditions sociales. Ce premier roman va nous permettre d'aborder le personnage principal de l'œuvre de Sábato: Caïn. En fait, il est inévitable de comparer le sort de l'immigrant arrivé après son expulsion des royaumes occidentaux avec ce grand mythe biblique.

Ainsi, on peut observer une relation profonde entre l'assassinat commis par Carlos contre l'un de ses camarades du parti communiste avec celui de Caïn contre son frère Abel. Pourtant, grâce à cet assassinat, Sábato va nous introduire dans les racines et les origines sanglantes de la société argentine en établissant un jeu avec le lecteur complice afin de diriger notre regard vers une des histoires fondatrices de l'Argentine : l'histoire d'un soldat espagnol qui a été « dévoré » par son propre frère, Baistos. Centenera l'a relatée ainsi: “estaban dos hermanos,/ de hambre el uno muere y el rabioso/ que vivo está, le saca los livianos/ y bofes y asadura, y muy gozoso/ los cuece en una olla por sus manos/ y cómelos, y cuerpo se comiera,/ si la muerte del muerto se encubriera./”.¹

Par ailleurs, Sábato nous invitera à réfléchir sur le rôle joué dans le mythe de Caïn et Abel par un Dieu intolérant: Yahvé. De cette façon, Sábato va nous permettre de commencer à déconstruire l'histoire fautive que les différents présidents et

¹ Centenera, Martín del Barco. **Argentina y Conquista del Río de la Plata**. Emecé Editores. S.A. Buenos Aires. Primera edición, 1998, pág., 105.

écrivains argentins (depuis Centenera jusqu'aux auteurs des textes éducatifs) ont écrit sur l'Argentine en essayant de cacher la vérité de la conquête américaine afin de manipuler le peuple argentin et de le dominer.

Et progressivement, nous allons approfondir le thème gnostique qui va nous permettre de comprendre le rôle joué par les différents dictateurs argentins et même la structure psychologique profonde qui soutient les états totalitaires (du nazisme au communisme en passant par toutes les religions qui ont cru posséder la vérité sur la naissance de l'homme et connaître le nom véritable du créateur du monde). De cette façon, nous pourrions pénétrer dans la théologie de la rédemption et de la libération proposée par Ernesto Sábato.

Du point de vue de la gnose, l'homme est un prisonnier isolé dans un corps et dans un monde soumis aux terribles forces du monde matériel. L'unique manière de nous libérer de la prison de nos désirs et de nos émotions, de notre inhérente pulsion de mort est de se rappeler l'origine divine de l'homme. Il faut se remémorer notre premier contact avec la lumière de la création afin de reconnaître le mensonge que les prêtres de plusieurs religions ont utilisé afin de garder les hommes enchaînés dans le monde de la parole et de l'illusion. Hans Jonas affirme que « dans le macrocosme l'homme est enfermé dans sept sphères » et « dans le microcosme, l'esprit humain est enfermé dans les sept vêtements d'âme qui tirent origine de ces sphères. Quand il n'a pas connu le rachat, l'esprit, immergé dans l'âme et dans la chair, est inconscient de lui-même, engourdi, endormi, intoxiqué par le poison du monde : bref, il est « ignorant ». Le réveil et la libération lui viennent de la « connaissance ».²

Ainsi, Sábato utilisera le mythe gnostique dans ses romans parce que la métaphysique de celui-ci nous oblige à repenser l'histoire fixée dans les textes canoniques et à fuir le temps de l'oubli à travers lequel sa patrie s'est construite en finissant par enfermer ses citoyens (tous les hommes) dans une caverne comparable à celle décrite par Platon.

² Jonas, Hans. **La religion gnostique. Le message du Dieu Étranger et les débuts du christianisme.** Traduit de l'anglais par Louis Évrard. Ed. Flammarion. Paris. 1978, pág., 67.

De cette façon, pour Sábato l'artiste confronté au monde du vide, aux forces de la matière et à ceux qui veulent dominer le monde, doit jouer un rôle semblable à celui que Nietzsche a exposé dans **Ainsi parlait Zarathoustra** : l'enfant. Puisque l'enfant a les deux forces les plus importantes pour essayer de mettre en place une révolution spirituelle en Amérique du Sud pareille à celle que le Christ a réalisée en Occident ou Gandhi en Inde : l'innocence et la conscience. Conscience pour ne pas être soumis à la tentation du pouvoir et des armes et pour réfléchir sur les conséquences éthiques des actes humains, le sens caché derrière eux et derrière toute révolte.

Innocence pour jeter un regard lumineux sur la réalité et fuir la tentation caïnite : tuer son propre frère et ainsi justifier le pouvoir sur la réalité du terrible Dieu qui selon le mythe gnostique a occupé la véritable place de la divinité, Yalbadaoth.

Pourtant, le chemin de la Rédemption indiqué par Sábato à son peuple n'est que celui du Christ, du souvenir. Et c'est pourquoi l'auteur argentin confronte son peuple au mythe de Caïn. Puisqu'une fois qu'on comprend que le Christ n'est que l'évolution de Caïn, la compréhension de son acte mais aussi le besoin de ne pas le répéter pourrait arriver aux citoyens de sa patrie afin de construire un nouveau pays ainsi qu'un nouveau continent américain : la véritable terre promise, le renouveau de la Jérusalem américaine.

Mais, avant d'arriver à cette conclusion, de parcourir ce long chemin que Sábato exprimera grâce aux exemples héroïques donnés à son peuple par Che Guevara et les jeunes citoyens de sa patrie torturés par plusieurs dictatures, on a besoin d'abord de reconnaître le péché commis contre la culture aborigène américaine, contre les premiers habitants de l'Argentine et de l'Amérique : les indigènes.

Et c'est pourquoi Sábato commence par construire un personnage aussi obscur et enfermé dans le monde des ténèbres que Carlos. En effet, selon

l'Apocalypse, des ténèbres doit surgir la lumière et de l'ignorance et l'oubli, la connaissance de la mémoire et du destin sacré de l'homme.

C'est sous le gouvernement de Perón que Sábato va écrire **Le tunnel**³ (1948) et rapidement ce roman va devenir une arme subtile de résistance non seulement contre la dictature de masse que Perón allait imposer, selon Sábato, à sa patrie mais aussi contre n'importe quel pouvoir totalitaire au monde. En effet, à travers le personnage de Castel, son comportement et son aveuglement perpétuel, il va montrer un véritable exemple de ce qu'on peut appeler le danger de la conscience moderne, la fragmentation produite en sein de la religion chrétienne et son alliance avec la technique.

Ainsi, le deuxième personnage construit par Sábato sera Juan Pablo Castel qui à travers la peinture arrivera à une compréhension exacte de l'état d'exil que vit son peuple et de son inquiétante solitude. Et grâce à la connaissance de Maria Iribarne, il aura l'opportunité de trouver l'amour perdu et la régénération spirituelle si souvent abolie dans sa patrie.

Le fait que Juan Pablo Castel soit peintre ne devrait pas passer inaperçu à un lecteur intéressé par les secrets occultes de l'œuvre de Sábato. Cette expression artistique est l'unique héritage légué par les aborigènes de l'Argentine et sera le chemin utilisé inconsciemment par Castel pour se réintégrer dans le continent américain. En outre, elle sera la voie pour reconnaître la faute, le péché commis contre l'Amérique qui a provoqué, par exemple, le grand isolement des citoyens argentins comme Juan Pablo et María.

Pourtant, Castel est une voie grâce à laquelle Maria et son peuple pourraient arriver à voir la lumière, à trouver la direction exacte pour commencer à réintégrer son origine perdue. Cependant, Castel dont le côté artistique montre sans aucun doute et avec une profonde sincérité la racine exilée de son pays, la solitude sans défense de

³ Sábato, Ernesto, El túnel dentro de **Obra Completa. Narrativa**. Editorial Planeta Argentina/ Seix Barral. Buenos Aires. Segunda edición: mayo de 2000.

ses habitants et la cauchemar qu'est devenue la conquête chrétienne, est aussi esclave de cette situation et va se comporter dans la vie réelle comme un homme rationnel incapable de trouver un chemin de paix.

Il va se montrer pareil à tous les hommes qui ont construit en Argentine une véritable tour d'ivoire et contre qui, il inaugure sa révolte. Ainsi, Sábato nous enseignera quelles sont les contradictions et les risques inhérents à toute rébellion : devenir si totalitaire qu'on n'a pas la possibilité de différencier le visage de Caïn et d'Abel. Cette contradiction (déjà explicitée par Carlos et qui nous rappelle d'autres situations similaires qui se sont produites en Argentine comme l'assassinat de Dorrego par Lavalle, la haine impitoyable de Sarmiento contre Rosas) proviendra, selon Sábato, du besoin de fuir la réalité horrible que le tableau composé par Castel montrait symboliquement. Comme Murena le prophétisait: le peuple argentin n'est que fils de personne et il est condamné à vivre un second péché originel à cause d'abord de l'expulsion d'Occident et puis à cause de son incapacité à s'intégrer à la vie naturelle américaine. En d'autres termes, il n'a pas su profiter de l'opportunité de régénération spirituelle que le monde américain pouvait offrir.

Afin que le lecteur puisse reconnaître cette vérité que Castel refuse d'accepter, Sábato va définir les règles d'un jeu labyrinthique presque policier, si diabolique que son personnage et son lecteur resteront attirés par lui jusqu'à la fin du roman et la terrible certitude finale : la parole de l'homme n'est pas encore née en Argentine, un territoire ouvert et dominé par la bestialité, et où l'aveuglement face aux autres est la preuve la plus flagrante que la lumière du message du Christ n'y est jamais arrivée.

Ainsi, tous les personnages jouent un rôle symbolique que le lecteur doit déchiffrer. Au cas contraire, le lecteur deviendra prisonnier de la caverne d'obscurité où Castel reste à la fin du roman de Sábato. Malgré tous les efforts de Castel pour se situer hors de cette société qu'il déteste, il devient l'exemple le plus clair de la constitution caïnite de sa patrie. L'assassinat de Maria par Castel au moment où il pense qu'elle la maîtresse de Hunter (chasseur) en est la preuve.

En fait, selon plusieurs témoignages de l'antiquité, Caïn fut tué par un chasseur que l'a confondu avec un animal. Il est inévitable de comparer la haine de Castel pour Hunter avec l'histoire secrète que **Le tunnel** nous raconte : la reconnaissance par Castel de son exil, de son statut caïnite qu'il avait pourtant parfaitement exprimé sur le tableau qui le mètrera en contact avec María.

Le dénouement du roman est proche de l'arrêt du train qui s'appelle Allende. Le nom Allende nous ramène à une histoire qui a déjà eu lieu dans un autre temps. Un temps qu'il faut se remémorer si on ne veut pas tomber sur la terrible possibilité de l'oubli: le temps où habite Castel et son pays, incapables de reconnaître la faute commise contre l'Amérique. C'est-à-dire, l'expulsion des royaumes occidentaux et la vie fausse et stérile construite à partir de ces faits. Et il n'y a pas un signe plus significatif de cette stérilité que l'assassinat de María commis par Castel. Parce qu'à travers ce geste, Castel montre que la présomption de maternité que la vierge chrétienne avait donnée à ses enfants perdus dans le monde américain était une imposture.

En vérité, c'était une falsification qui essayait de cacher la véritable mère cherchée par les fils de Caïn de l'Argentine: Eve, la mère de Caïn. Mais Castel était incapable de voir cette réalité et, en fait, il ne voulait pas la constater pour ne pas basculer dans l'angoisse, la peine et la misère qui caractérisent le voyage vers l'exil de Caïn comme beaucoup d'auteurs l'ont montré.

Ainsi, par exemple, León Rozitchner expliquait que la haine de Caïn pour son frère Abel avait été implantée par Dieu, Yahvé, afin de faire de lui son esclave : "el odio de Caín contra su hermano Abel es un odio transitivo; odio puesto por el padre sobre el primogénito amado de la madre. Ese odio de muerte lo ejecuta Caín, inocente, sobre el hermano preferido en el amor del padre que lo dejaba solo a merced de ella. (...) Este es el círculo infernal del patriarcado. Dios-Hombre sabe que cargó una muerte indebida sobre el hijo. En realidad Caín, el hijo primogénito, con el

que la madre desplazó al marido, mata al hermano por no matar al Padre (que es Jehová para el caso)".⁴

Puisque le châtiment de Caïn n'a pas une autre cause que la séparation de sa femme, mère de Caïn, Eve, avec laquelle Caïn est en contact grâce à sa profession d'agriculteur, alors que son frère, Abel, éleveur, est chargé de garder les animaux et d'empêcher toute personne de s'approprier de la terre. Autrement dit : la terre (Eve) doit appartenir seulement à Yahvé et à ceux qu'il a choisi parmi ses enfants.⁵

À cause de cette situation, les fils élus par Yahvé, les prêtres de Yahvé seront ses témoins sur la terre (la classe agricole d'Argentine alliée à l'armée et à la classe politique) et ils pourront établir leur dictature fondée sur la domination de la nouvelle terre et des personnes qui la travaillent, sans aucun respect pour les immigrants européens ni pour les indigènes américains. C'est dans cette situation qu'il faut chercher les raisons qui ont opposé perpétuellement le peuple argentin à ses dirigeants. C'est à partir d'elles qu'on peut commencer à tracer une ligne qui nous conduit à la tragédie des disparus argentins qui a eu lieu pendant la dictature de Videla en Argentine.

En effet, comme nous avons tenté de l'expliquer dans la thèse, cette tragédie avait déjà été préfigurée par les massacres commis contre les indiens, les gauchos et ensuite par le mépris total auquel les immigrants furent soumis dès leur arrivée massive en Argentine en 1860 jusqu'en 1940.

Une fois qu'on comprend que ces conditions d'exclusion et de punition sont la cause et la conséquence de la mentalité occidentale, de sa rationalité cartésienne et

⁴ Rozitchner, León. **La Cosa y la Cruz. Cristianismo y Capitalismo. (En torno a las Confesiones de San Agustín)**. Editorial Losada S.A. Buenos Aires. Segunda edición: abril 2001, págs., 127 y 128.

⁵ Rozitchner ajoute que "Sobre el hijo, Caïn, cosa de la madre, que trabaja como agricultor sobre la tierra que prolonga su cuerpo, Jehová (...) hace caer el desprecio y el odio que siente el padre frente al primogénito. No quiere las ofrendas de ese hijo que lo suplanta en el corazón de la mujer que ama, porque en los bienes de la tierra que Caïn extrae al surcarla es el cuerpo amado de la mujer que él hizo madre lo que recibe de su hijo". *Ibíd*, pág., 127.

les contradictions que cette philosophie implique, il n'est pas vraiment étrange que Sábato ait pu diagnostiquer, à partir de son environnement, les raisons profondes qui ont engendré cet apocalypse de la foi dont les deux guerres mondiales constituent l'exemple le plus frappant.

Ainsi, on peut comprendre que Sábato s'obstine à chercher dans la gnose une sortie de cette situation. En effet, si on prend conscience des manipulations des gardiens des religions et des politiciens qui ont conduit à notre monde au bord de la destruction, il va falloir chercher une explication apocryphe qui n'est pas manipulée par l'homme et qui pourrait donner au monde contemporain une explication mythique de sa réalité.

C'est seulement de cette façon que l'homme pourrait arriver à comprendre que derrière le visage caché du Dieu des différents monothéismes se trouverait une fausse divinité au moyen de laquelle on pourrait manipuler les gens et les conduire à la guerre. Une guerre déclarée, en réalité, pour des motifs économiques et pour le contrôle absolu, total de la terre (identifié dans le mythe gnostique à la mère Eve). Cette terre originale de laquelle Castel avait été expulsé comme Adam du premier paradis et vers laquelle les yeux de la femme peinte dans le tableau intitulé «maternité» semblaient regarder nostalgiquement en constatant définitivement l'impossibilité de retourner au sein du ventre maternel: l'Occident.

En effet, la composition architecturale de l'Argentine comme un miroir déformé de l'Europe permet de valider cette affirmation: c'est la nostalgie, le besoin de se sentir proche de l'origine perdue, qui représente la triste motivation qui l'a construite. Mais, non seulement la tristesse mais surtout l'envie de l'or qui ont fait que les villes construites depuis le seizième siècle soient plutôt des cachettes que des maisons faites avec l'esprit de perdurer, comme disait Martínez Estrada: "Vino a poblarnos un pueblo de llanura, andariego; de caballeros, de peregrinos, de mendigos; venían solos y de paso. En ningún lugar dejaron huellas de su voluntad de quedarse. La estructura que dieron a las instituciones, a la población, a la orientación

de la vida es lineal y superficial, amplia y transitoria. Habría que levantarlas y hacerlas de nuevo”, “al establecer un fortín, al acampar, no tenían en cuenta que ese punto quedara como eslabón de una cadena, para servir de nudo a una red, (...) todo ello era una construcción casual, en que no habían colaborado los accidentes geográficos ni la fertilidad del suelo. (...) Según estos lugares fueran luego más o menos aptos para la ganadería y la agricultura, formaría sectores de relativa prosperidad, pero aislados. (...) Verdaderos oasis de ubicación caprichosa”, “Las ciudades nacieron de los fuertes y los pueblos de los fortines”.⁶ Par ailleurs, Germán Arciniegas nous indique que: “la ciudad hoy es y mañana no lo es; la funda un conquistador levantando unos bohíos de paja y bahareque, y la destruyen los indios de una rociada de flechas. Un día tiene el cuerpo y entidad de veinte casuchas y al siguiente es mantel de cenizas. El fuego y el viento lo acaban todo en un abrir y cerrar de ojos. Los dramas a que dan lugar el hambre, la codicia y los celos ocurren en este escenario infeliz”.⁷

Par ailleurs, si on examine les causes réelles de l'Indépendance, on trouvera aussi l'envie de l'or et de la possession de la terre. Díaz Vélez dans une lettre en réponse à San Martín a souligné que “Aquí no hay dos partidos, si no se quiere ennoblecer con este nombre a la chusma y las hordas salvajes”.⁸ De son côté, Manuela Gorriti nous a dit : “divididos por ruines intereses, volviéronse odio por odio, exterminio por exterminio. (...) pusieron muchas veces en sus manos el arma de Caín, que ellos ensangrentaron sin remordimiento, oscureciendo con días luctuosos la hermosa alborada de la libertad”.⁹

Ces faits nous permettent de considérer, selon Sábato, l'Argentine comme une terre et un pays forgé á travers une mentalité exclusivement individualiste et jamais

⁶ Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. Editorial Losada. Buenos Aires. Novena edición. 1983, págs., 66 y 67.

⁷ Arciniegas, Germán. **Páginas Escogidas (1932-1973)**. Editorial Gredos, S.A. Madrid. 1975, pág., 47.

⁸ O'Donnell, Pacho. **Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial**. Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. Buenos Aires. Primera edición. Pocket. 2003, pág., 55.

⁹ Masiello, Francine. **Entre civilización y barbarie. Mujeres, Nación y Cultura literaria en la Argentina moderna**. Traducción de Martha Eguía. Beatriz Viterbo Editora. Buenos Aires. Primera edición: julio 1997, pág., 65.

communautaire de l'existence. Comme un anti-pays comme le définit pertinemment Eduardo Mallea. Un pays "cruel que falta el respeto a los tesoros heredados por cada grupo étnico y plural",¹⁰ selon Marcos Aguinis

De plus, les personnes qui avaient la chance de rentrer en Europe plusieurs fois se sentaient, comme Victoria Ocampo disait, étrangers autant en Amérique qu'en Europe : "Así somos nosotros, él, yo, algunos más: desterrados de América en Europa, desterrados de Europa en América".¹¹

De cette façon, c'est le sentiment d'aliénation qui a créé le citoyen réel de l'Argentine duquel Sábato va extraire la matière première pour composer son œuvre, puisque le héros de Sábato naît des circonstances qui ont fait que sa patrie soit composée d'hommes sans nom, fils du destin de Caïn et disposés à tuer pour ne pas être tués. Ce sont des hommes qui vivent avec la peur de devenir asservis par les diverses dictatures de l'Argentine derrière lesquelles on entend toujours la voix jalouse du Dieu qui a puni Caïn il y a longtemps, dans le temps circulaire du mythe qui revient toujours.

Puisque l'œuvre de Sábato nous montre un homme plongé dans les ténèbres, le « tohou-bohou », incapable de lutter contre la dualité et de sortir de la loi du crime et du châtimeut qui émerge de l'Ancien Testament et qui a forgé l'œuvre de Dostoïevsky. Ainsi, la confrontation finale entre Castel et Allende ressuscite les fantômes de la nation argentine parce qu'elle met en relief la confrontation sans espoir entre deux hommes aveugles qui luttent pour la possession de la terre. En outre, elle nous permet de remonter à la première histoire tragique de la nation argentine: la confrontation de Baistos et son frère (dont on a déjà parlé).

¹⁰ Aguinis, Marcos. **Un país de novela. Viaje a la mentalidad de los argentinos.**, Editorial Sudamericana S.A. Buenos Aires. Segunda edición pocket, julio de 2001, pág., 120.

¹¹ Ocampo, Victoria. **Testimonios. Segunda serie.** Editorial Sur. Buenos Aires. 1941, pág., 319.

On peut conclure que tant pour Castel comme pour Allende, María était une représentation évanescence de la terre, de la matière dans laquelle tous les deux sont emprisonnés. La nature spirituelle de María qui n'était pour les deux qu'un chemin attirant pour la dominer, ne faisait qu'exciter son envie d'arriver à l'immortalité à travers la possession. Une façon comme une autre de nier la partie spirituelle de l'homme et de tomber sous le joug de diable, sous une négation qui ne permettra pas que la nation argentine arrive à trouver la paix et puisse affronter son destin latino-américain.

Malgré tout, on ne peut pas dire que le roman de Sábato ne montre pas une porte de sortie à la situation tragique de sa patrie. En effet, Castel laissera parler le mal qui l'habite, l'exprimera sincèrement et ce seul fait lui permettra de lutter contre lui et de le vaincre. Puisqu'à travers l'exposition du mal, l'homme peut arriver à le comprendre et ainsi à le détruire. De plus, le discours du mal est toujours un discours qui essaie de reconstruire une nouvelle image de l'homme et d'invoquer sa renaissance possible.

En effet, la sincérité montrée par Castel au moment de parler de son crime peut être comprise à la fois comme l'unique façon et l'arme la plus intelligente pour détruire le créateur du mal, Yahvé. Par ailleurs, il s'agit d'une façon plus intelligente d'humilier l'Occident. Il faut citer une expression de Gilles Deleuze extraite de son œuvre **Sacher Machoch & Sade** pour mieux comprendre ce raisonnement. Pour Deleuze, le sadomasochisme, le besoin qui oblige l'individu à se confronter toujours avec la déroute, la défaite, naît, en réalité, d'une profonde envie d'humilier le père. C'est-à-dire, le Dieu Yahvé qui a exilé son fils, Caïn, et l'Occident qui a permis ce fait, qui a fermé les yeux à cette réalité.

Deleuze se demande si la lutte d'une personne ou d'un pays masochiste: “¿No es precisamente” contra “la imagen de padre que en él se encuentra minituarizada, castigada, ridiculizada y humillada? Lo que expía ¿no es su semejanza con el padre,

la semejanza del padre?”, ¿No sería “El padre” contenido en el hijo “el castigado más que el que castiga?”.¹²

Si on partage l'interprétation de Deleuze, on pourra déduire que, dès notre perspective, en réalité, Castel essaie désespérément de lutter à la fin du roman contre le père des ténèbres et ses anges. Il a une véritable soif de retrouver Dieu comme le montre son grand désir que quelqu'un (ne serait-ce qu'une seule personne) arrive à le comprendre, à le lire. Grâce à cette recherche de l'autre, on peut trouver un dernier espoir dans le roman de Sábato : un chemin qui nous conduira du monologue de peuple argentin et de sa tristesse archaïque qui est une voie sans issue (la voie du diable) au dialogue avec l'autre qui est un symbole de foi en l'être humain. Il s'agit d'une lumière de confiance dans la possibilité de régénération de l'être humain, de l'Argentine.

Ce chemin sera continué plus tard par Martín dans **Sur héros et tombes**¹³ (1961), qui est le roman central de l'œuvre romanesque sabatienne dont on peut trouver le développement de tous les sujets déjà traités dans **La fontaine muette** et **Le tunnel**.

Martín jouera le rôle qui consiste à représenter la possibilité de transformation de l'Argentine. Il deviendra une représentation de l'apprentissage que doit réaliser l'Argentine pour construire une vie dans l'amour. Ce personnage sera une véritable âme en migration qui, à partir du désespoir et de sa terrible solitude, devra affronter le mal, l'horrible déchirement de la conscience entre le bien et le mal. Cette souffrance sera représentée dans le roman par les luttes entre peronistes et antiperonistes qui sont un miroir et une conséquence de la guerre qui a opposé dans le XIXième siècle les fédéralistes aux unionistes.

¹² Deleuze, Gilles. **Sacher Masoch & Sade**. Traducción de María Teresa Poyrazián. Editorial Universitaria de Córdoba. 1969. pág., 54.

¹³ Sábato, Ernesto. **Sobre héroes y tumbas** dans Sábato, Ernesto. **Obras Completas. Narrativa**. cit

Martín essaiera d'unir ces deux contraires (bien-mal, fédéralistes-unionistes, peronistes-antiperonistes) parce qu'il est l'homme chargé de prendre la lumière de la foi, de vaincre le Caïn qui est en lui et de regarder en face le destin américain de l'Argentine, comme l'indique son long voyage final en Patagonie.

Mais pour pouvoir y arriver, il devra traverser un long chemin. Il devra découvrir le véritable passé caché de son pays qu'il connaîtra grâce à Alejandra. Pour Martin, connaître la famille d'Alejandra signifiera aussi bien l'opportunité unique de s'introduire dans les racines tragiques qui ont construit l'Argentine qu'une façon de mieux comprendre d'où vient son angoisse.

Cela signifiera qu'il commencera à découvrir la vérité, la matérialité charnelle de la vie et à prendre conscience des conséquences de la construction d'un pays sans aucune spiritualité. Ainsi, il prendra conscience de la secte des aveugles (le pouvoir maudit qui gouverne le monde) adoreurs du Dieu Yahvé et de l'argent : les possesseurs des secrets qui conduisent à l'oeil vaginal du monde, celui de la mère de tous les vivants, selon la Bible, Eva.

Mais, Martín refusera le mal et le vaincra avec l'amour et la foi. Il ne se laissera pas attirer par la secte des aveugles et par ses tentations puisque Martin aura appris la leçon que le Christ a donnée au moment de lutter contre Satan dans le désert : ce monde, création manquée de la Sophia inférieure, selon la gnose, est une illusion, une métaphore et l'homme est obligé de résister au mal, (la tentation du diable) s'il veut être appelé fils de Dieu.

Cependant, le père d'Alejandra, Fernando Vidal Olmos, qui est une continuation de la dimension caïnite de Carlos et de Castel qui ne nous donnait aucune espoir, va plonger dans ce monde des ténèbres. Il va chercher le secret mystérieux et libidineux qui est dans la haine et il va suivre le chemin du nihilisme. Il est le continuateur de la voie ouverte par l'assassinat commis par Caïn contre Abel et suivi par Carlos, Castel et une partie du peuple argentin qui va choisir l'option terroriste pour lutter contre les dictatures (le visage d'Abel).

Du fait, sa relation incestueuse avec sa fille, Alejandra, montre quel est son véritable désir : devenir Dieu, devenir Yahvé capable de faire l'amour avec sa fille et amante, Eva, afin d'être considéré roi de la création et de dominer les hommes, tous les fils du Caïn qui ne pourront pas accéder à la connaissance de la vérité, c'est-à-dire, la gnose que le Christ leur apportera: ils ne sont pas fils de Yahvé mais d'un Dieu lumineux qui n'est pas guerrier. Ils sont fils du centre de la connaissance et de la lumière qui habite dans le plérôme gnostique.

En effet, c'est l'explication que le professeur, Alberto Gandulfo dans **Abaddón l'exterminateur**¹⁴ (1974) va donner à ses élèves dans sa relecture gnostique du récit de la création de l'homme, de l'histoire de Caïn et Abel. De cette façon, il explique pourquoi le monde est un monde matériel, dominé par les ténèbres où le crime, l'injustice et la haine sont dans toutes les parties de la réalité. Mais, comme on l'a dit précédemment, comprendre cette question permet de lutter contre le mal, le vaincre et trouver le véritable sens de la vie humaine à travers la connaissance: l'amour et le respect de l'autre qu'il soit riche ou pauvre. Puisque, en réalité, nous sommes tous étrangers, âmes errantes qui profitent de la vie grâce au miracle de la création, notre mission et destin doit être de poursuivre le but de l'amour.

Alberto Gandulfo dans **Abaddón l'exterminateur** dira: « Debo decirles que es necesario develar un secreto fundamental. El Antiguo Testamento no es la palabra divina, como sostienen casi todas las doctrinas religiosas, incluso la católica. Hay tan sólo una parte de verdad, que se refiere a las etapas de la Creación. El resto es obra de Satanás, que la impuso a los patriarcas semitas bajo su dominio, y que hacían de portavoces de sus pensamientos y de sus actos bajo la apariencia de Supremo Creador".¹⁵

¹⁴ Sábato, Ernesto. **Abaddón el exterminador** dans Sábato, Ernesto. **Obras Completas. Narrativa.** cit.

¹⁵ *Ibíd*, págs., 778 y 779.

Par ailleurs, comme on peut le déduire de l'histoire de Fernando Vidal Olmos, le chemin du mal ne conduit qu'à la destruction. Le regard final vide et plein de désespoir que Fernando jette vers la réalité à cause de son envie de connaître les mystères de la création, de toute science, est une conséquence logique du fait qu'il s'est démarqué de la mission donnée à l'homme par le créateur : garder cette planète sans la détruire et se comporter avec l'autre comme s'il était une partie de nous.

Mais Fernando est excité par son désir de possession et arrivera là où personne ne peut arriver sans recevoir le châtement de Dieu. Il arrivera à la caverne où le monde est fécondé constamment par le diable afin de l'obliger à être sous l'impulsion de la jalousie et du désir de possession et lui faire croire qu'il pourra découvrir le nom inconnu et mystérieux du Créateur.

Curieusement, la recherche de Fernando Vidal Olmos aura lieu après la mort d'Evita Perón dont le corps sera volé par beaucoup de citoyens argentins (aveugles comme ceux de la secte) en croyant qu'elle était la véritable réincarnation de la première mère de l'humanité, Eve, et qu'en mettant la main sur son cadavre ils pourraient arriver à trouver le secret de l'immortalité.

Ainsi, Sábato utilisera habilement l'idée d'Evita comme mère absolue du fils de Caïn qui est venue d'un autre monde pour sauver les citoyens argentins. De la même façon, Perón s'était présenté comme le patriarche bienfaiteur dont on a besoin, comme une incarnation de Dieu Yahvé. Cette idée nous rappelle une thématique développée par les sectes occultistes du roman de Sábato et par l'exégèse des textes bibliques: il existe probablement un lieu dans le monde où se trouve l'oeil vaginal de la terre, c'est à dire, de la mère, Eve, qui a engendré ce monde.

Mais, en tous cas, comme la gnose nous l'enseigne, si ce fait est réel le chemin choisi par Fernando serait incorrect parce que cet oeil vaginal pourrait représenter un signe de la Sophia mineur, de la concupiscence et devrait conduire à l'homme à l'autodestruction.

Hiroshima, Nagasaki, l'ombre volumineuse des deux guerres mondiales peuvent se suivre dans le chemin de la perversion choisi par Fernando Vidal. À mon avis, c'est ici qu'on doit chercher le génie de l'œuvre de Sábato. En effet, on peut constater dans la construction de l'Argentine l'idéologie qui a engendré les crimes nazis ou les bombes atomiques, l'idéologie (langue voluptueuse du diable) qui soutient la perpétuelle confrontation de deux factions antithétiques dans ce pays plusieurs fois, dans l'histoire d'une façon illogique, injustifiée.

Il y a une scène (longuement commentée par les exégètes de l'œuvre de Sábato) qui nous montre cette réalité d'une façon crue. C'est le bombardement de la Place de mai par les avions du nouveau dictateur qui voulait renverser le gouvernement de Perón. L'étourdissement du peuple qui ne sait pas comme réagir montre la terrible contradiction dont il est victime. Toute la scène est une manifestation cruelle et véritable du l'Apocalypse réel, la nuit de la fin des temps dont l'homme se submerge quand il fuit Dieu.

Mais au cours de ces événements, Martín sauve irrationnellement mais grâce à un acte de foi une statue de la Vierge qui allait être brûlée et doit finalement admettre cette vérité pour pouvoir la détruire. Une fois qu'il aura vaincu la tentation du suicide, la tentation de tomber finalement sous la malédiction de la famille Olmos (antique famille de conquérants judéo-chrétiens) il pourra fonder la nouvelle Argentine. L'Argentine qu'il va chercher à la fin du monde, à la Patagonie afin de trouver le sens sacré de l'existence, de rencontrer le beau visage de la création.

Par contre, Alejandra mourra dans les feux d'un incendie provoqué par elle-même pour exterminer les traces maudites de toute sa famille et pour en finir avec le péché et la culpabilité qui ne permettent pas de fonder une Argentine renouvelée et qui ont provoqué la massacre d'autant de personnes. Chez Alejandra on peut distinguer parfaitement les traits de l'autre mère de l'humanité selon les Kabbalistes ou même quelques versions gnostiques et hétérodoxes de la Bible juive : Lilith.

Selon ces versions, Lilith représente le désir de possession sexuelle qui enchaîne l'homme au monde matériel. Elle aurait fait l'amour avec Adam mais sans désir de procréation et sans apporter une direction spirituelle à la vie. Pourtant, Alejandra jouera un rôle incestueux (comme le montre sa relation sexuelle avec son père, Fernando Vidal Olmos) et elle devra s'autodétruire pour vaincre le mal qui l'habite.

De ce point du vue, on peut penser que Fernando Vidal Olmos a essayé de faire l'amour avec elle pour pouvoir accéder au pouvoir de la secte des aveugles. Il a fait ce que Yahvé a fait avec sa propre fille, Eve, pour avoir un enfant avec elle et pouvoir démontrer qu'il était le véritable Dieu du monde.

Cela veut dire, d'un autre point du vue, que la famille à laquelle il appartient méritait de dominer l'Argentine et le monde. Cependant comme Daniel Castillo Durante nous a dit : « La parole de Fernando V.O. en s'aveuglant sur les impasses de sa propre recherche, ne peut prévoir que sa fin. C'est une parole dépourvue de regard qui avance à tâtons dans l'obscurité d'une mémoire précaire. Une mémoire jonchée de ruines éblouie par les réverbérations éponymes du passé de son sang ».¹⁶

Si on comprend bien cette problématique, on pourra mieux constater que l'acte d'autodestruction d'Alejandra est vraiment un acte héroïque et chargé d'une dimension symbolique gnostique. Alejandra a choisi de se sacrifier elle-même et sa famille pour sauver la partie bénéfique du pays : ces braves gens comme Martín qui sont étrangers à cette situation et qui sont le futur de l'Argentine. C'est sont eux qui seront persécutés par la dictature argentine de général Videla quelques années plus tard.

Ainsi, Alejandra expie toutes les fautes de sa famille et se jette dans le feu de l'Apocalypse pour nous convaincre du besoin de fuir une vision matérialiste du monde, uniquement basé sur la vérité de la chair. Elle sait qu'elle a de la haine parce

¹⁶Castillo Durante, Daniel. **Ernesto Sábato. La littérature et les abattoirs de la modernité**. Editorial Vervuert. Iberoamericana. Buenos Aires.1995, pág., 71.

qu'elle vient de l'obscurité. Elle est une fille de Yahvé et elle est destinée à vivre la fatalité et à la faire vivre à toutes les personnes qu'elle trouve sur son chemin.

À la fin, Alejandra instaure une nouvelle dimension de la foi dans son pays et dans le monde parce qu'elle a voulu sacrifier sa vie pour sauver l'existence du monde. Elle a préférée s'appeler fille de Dieu que de Yahvé et en brûlant tout son corps, elle a affirmé la vie spirituelle. Elle a voulu réintégrer sa véritable origine dans le chemin de la lumière qui conduit au plérôme gnostique.¹⁷

Par ailleurs, María Iribarne avait déjà risqué sa vie et sa situation confortable dans la haute société argentine pour essayer de trouver la vérité que le tableau de Castel, Maternité, montrait. Sa mort dans les mains de Castel est la preuve la plus flagrante du fait que la force de l'esprit est supérieure à la force matérielle, comme Sábato nous a fait rappeler plusieurs fois.

L'homme peut chercher sa condamnation ou son salut à travers le questionnement moral et éthique de la réalité. C'est le sacrifice, la possibilité de donner la vie, l'apprentissage ou le don d'amour libre à un autre le seul fondement qui soutient le monde. C'est le signe que nous sommes amour et c'est le grand message du Christ, selon la gnose. Toute l'Argentine peut arriver à se sauver et à construire un chemin de paix si apprend que son exil est une possibilité unique de fonder un nouveau monde sur la base d'autres valeurs.

Pour montrer comment on peut y arriver, Sábato donne non seulement l'exemple de Martin mais aussi celui de l'anti-héros : Lavalle. Un homme d'un esprit quichotesque qui va lutter et mourir pour un idéal au nord de l'Argentine. Sábato ne va pas mettre l'accent sur la question de savoir si l'assassinat de Dorrego commis par

¹⁷ Il y a un beau film de Tarkovsky, **Sacrifice**, qui raconte une histoire similaire. C'est l'histoire d'un homme, Alexandre, qui en constatant le risque de la troisième guerre mondiale choisit de faire une promesse à Dieu : donner tous ses biens matériels pour éviter la destruction du monde. Par ailleurs, dans la filmographie de Tarkovsky, on peut trouver le noble exemple de Domenico dans **Nostalgie** qui décide de se brûler pour expier tous les péchés de l'humanité.

Lavalle a été un erreur. On doit le présupposer parce que dans cet assassinat on peut approfondir les racines de la haine et de la division ancestrale entre les deux forces qui ont dominé l'Argentine depuis son Indépendance. Ce qui intéresse Sábato c'est la lutte contre la nature et le geste idéaliste représenté par les membres de l'armée de Lavalle préoccupés par l'enterrement de son corps.

Comme on le sait grâce à l'Antigone de Sophocle et à de nombreux témoignages de l'antiquité donner sépulture aux morts permettait de relier l'homme à la sacralité de sa vie. Cela supposait de signer un traité de paix entre les dieux et les hommes afin de permettre que la vie puisse continuer. Respecter les morts c'est respecter la vie en lui donnant son véritable sens. Respecter le désir du créateur et aussi l'esprit des hommes qui, avec leurs actes bénéfiques ou maléfiques, ont vécu avec nous, ont fait partie de notre vie.

Pour cette raison, le parcours fantasmagorique de l'armée de Lavalle en direction des montagnes de Jujuy acquiert une dimension héroïque et surnaturelle qui la relie à l'esprit sacré et plusieurs fois blessé de l'Amérique. En effet, enterrer Lavalle (malgré les effort de l'armée fédéraliste pour mettre la main sur son corps) est un acte fondateur de la patrie. Il s'agit de créer (comme dans la scène final de **Illiade**) un espace de repos inaccessible aux hommes et où seuls les dieux peuvent retrouver l'esprit du mort. Il démontre qu'il y une loi (comme dans **Antigone**) au-dessus de la loi des hommes : la loi de Dieu, quel que soit le nom qu'on lui donne.

Cet acte permet que les esprits des morts et des vivants arrivent à établir un dialogue sans aucune agression tel que l'incendie provoqué par Alejandra pour exterminer le mal qui l'habitait ainsi que son père, peut aider à renouveler les forces négatives (énergies mortes) qui ne permettent pas la continuation normale de la vie.

Ainsi, malgré leurs efforts dénués de conscience pour établir un espace humain en Argentine, Alejandra aussi bien que Lavalle permettent que les prochaines générations d'argentins aient la possibilité de continuer la lutte contre le mal. Ils pourraient ainsi retrouver un chemin qui conduit à la paix et à la vérité.

Le combat de Alejandra est comme celui de Lilith contre l'ordre établi, l'ordre de la bourgeoisie où elle est née. En même temps, Alejandra lutte contre le pouvoir masculin qui n'a pas su trouver un équilibre entre les deux sexes. Donc, comme Jacques Bril nous a dit de cette énigmatique mère de l'humanité (Lilith), Alejandra: « incarne toutes les certitudes d'un système social qui ne peut que se maintenir ou disparaître ; non composer(...) et les convictions, les valeurs, les mœurs qu'elle représente sont absolues ». ¹⁸ Du fait, son dernier acte dans le roman implique une auto-condamnation mais aussi une condamnation du « culte sévère du dieu mâle, Yahwé, » qui « a relégué aux Enfers l'image à la fois imposante et touchante de la déesse primitive », de la femme argentine toujours condamnée comme Maria Iribarne a être assassinée par l'homme.

Ainsi, nous sommes partis de l'enfer absolu des assassins comme Carlos et Castel pour arriver au purgatoire qui annonce la possibilité d'un paradis lointain mais possible un jour en Argentine (une fois que Lavallo est enterré et que Martín décide de ne pas se suicider et de continuer la vie).

Par ailleurs, il faut remarquer que Lavallo sera enterré dans la frontière entre l'Argentine et la Bolivie, ce qui est la preuve la plus manifeste de la relation intime entre le destin du soldat argentin et l'Amérique. Pourtant, honorer le cadavre de Lavallo signifiera commencer à respecter la terre américaine.

Du cette façon, Sábato arrivera à construire un grand cercle qui englobe Lavallo et Martín : le cadavre de Lavallo en allant en direction du nord de l'Argentine et l'esprit vif de Martín en direction du sud de l'Argentine. Cela signifie que l'Argentine a un destin américain qu'elle ne peut pas nier et que ce sont les efforts des hommes ordinaires comme Martín et des anti-héros comme Lavallo qui ont aidé d'une manière décisive à créer la véritable Argentine: cette « Argentine invisible »

¹⁸ Bril, Jacques. **Lilith ou la Mère obscure**. Éditions Payot. Paris. 1991, pág., 125.

que Mallea évoquait dans un concept comparable à celui de « l'intrahistorie » forgé par Unamuno.

Hésiode montrait déjà la même idée dans son œuvre. Il avait écrit non seulement son fameux « catalogue » des héros, **La théogonie**, mais aussi cet hommage aux hommes ordinaires que représente **Les travaux et les jours**. De plus, l'idée d'immortaliser la vie de l'homme ordinaire, de l'agriculteur par opposition au héros (comme l'impressionnisme ou même Van Gogh le feraient), peut être comprise comme un humble hommage à Caïn.

En effet, Caïn était le pécheur favori du Christ et la transformation progressive qui va de Carlos (Caïn total) à Castel (Caïn illuminé) et ensuite à Martín (Caïn en train de devenir Christ) annonce déjà l'arrivée de Che Guevara et des autres anti-héros du dernier roman de Sábato qui finiront par exemplifier le chemin qui va de Caïn au Christ.

Le juif errant est obligé comme le chrétien errant de connaître la vérité : la gnose. À la fin, il doit chercher un lieu dans le monde où il peut habiter mais en comprenant que le monde est pour tous les hommes et non pas seulement pour une race d'hommes élus que ce soit par Yahvé ou par le Christ. Il doit se sentir (comme Martín ou Lavallo) étranger dans une terre perdue pour arriver à comprendre qu'un véritable pays se construit à partir du respect de l'autre. Puisqu'en fin de compte, nous sommes tous étrangers dans ce monde comme le montre notre condition de mortel, nous sommes obligés de vivre avec les êtres d'une autre culture pour faire de la terre un paradis, pour effacer le péché des hommes et pour faire du châtement de l'errance une véritable bénédiction.

Comme le montre le terrible destin de Castel ou de Fernando Vidal Olmos, les hommes dévorés par le désir de possession, qui veulent dominer la terre seront condamnés à cause de leur cécité à l'enfer du feu, de l'apocalypse. Ils vivront une vie stérile dans laquelle aucune de leurs possessions ne pourra leur venir en aide.

Le cheminement de l'être humain pour réintégrer l'arbre du bien et du mal à l'intérieur de soi ne peut être effectué qu'à partir du sacrifice, de la volonté d'amour et à travers une vie en liberté. C'est la dernière signification de la douleur : faire oublier à l'homme le chemin trompeur du nihilisme, de l'ego pour pouvoir arriver à reconstruire un moi intégral.

Ceci est la signification ultime de l'œuvre de Sábato comme de l'œuvre de Dostoïevsky. Nous pouvons tous être le Christ, accéder à la connaissance, (la gnose) dépasser les frontières du bien et du mal, de la perception, comme William Blake ou Artaud voulaient le faire. Mais pour y arriver il faut parcourir un long chemin. Un chemin écrit à travers de l'humilité, la foi, l'amour, la confiance et le respect de l'autre, c'est-à-dire, toutes les valeurs que les conquérants judéo-chrétiens ont oublié dès leur arrivé en Amérique. Par exemple, Arciniegas nous dira: "No es posible considerar como descubridores a quienes (...) se afanaron por esconder, por callar, por velar, por cubrir todo lo que pudiera ser una expresión del hombre americano".¹⁹

Donc, c'est dans les mains d'hommes comme Martín que réside l'espoir de l'Argentine. Martín est l'homme qui a lutté et a vaincu le dragon du mal, de la haine et de la jalousie avec la plus belle arme: son innocence. C'est le nouveau David d'un pays qui doit commencer à s'organiser sans violence et qui a vaincu Goliath sans avoir besoin de le tuer.

En effet, la tête de Goliath, comme l'a montré Martínez Estrada, était Buenos Aires, la tête de l'ancien nouvel empire d'Israël que l'état espagnol a essayé d'être. Dans cette tête habitait la raison, un organe qui, sans conscience, peut devenir très dangereux mais aussi la nostalgie et la peur de Dieu, la peur de ne pas être aussi fort que Dieu. Martín a dû aller aux pieds du corps de Goliath (en Patagonie) pour commencer à faire marcher le destin de l'Argentine depuis ses racines. Il y est allé afin de synthétiser les deux temps, l'européen et l'américain, et d'obtenir le

¹⁹ Arciniegas, Germán. **América, tierra firme**. Editorial Losada. Buenos Aires. 1944, págs., 54 y 55.

synchrétisme dont les argentins ont besoin pour construire un pays aussi fort qu'Israël mais fondé sur l'amour.

En même temps, grâce à l'effort de Bruno pour mémoriser et pour dialoguer avec Martín et les autres personnages du roman de Sábato, nous allons constater la possibilité de fonder le pays pluriel par rapport au pays monolithique (celui de Carlos, Castel ou Fernando Vidal Olmos). Ainsi, à travers Bruno (que beaucoup d'exégètes de l'œuvre de Sábato ont interprété comme une incarnation de l'auteur dans le roman) on pourrait reconstruire une véritable histoire de l'Argentine et de la famille Olmos.

Grâce à l'ouverture du discours de Bruno, nous pourrions écouter parler les victimes mais aussi les coupables de la situation de la société argentine et, de cette façon, Sábato donnera un exemple de résistance à ses compatriotes.

Par ailleurs, le discours de Bruno aidera Martín à comprendre tout ce qu'il a vécu avec Alejandra, les sources du mal et aussi à avoir une vision exacte des forces contradictoires qui ont construit son pays. Ainsi, le dialogue de Bruno avec Martín lui permettra de trouver une sortie du labyrinthe argentin et de commencer à avoir un point de vue propre sur le bombardement de la place de mai et sur les autres facteurs qui ont influencé sa vie indirectement.

Bruno représente l'équilibre, la sagesse de la vieillesse qui a su se confronter aux grands problèmes de la vie et les dépasser. Il a pu se forger un moi intégral au-delà de la lutte des contraires, le bien et le mal, le « tohou-bohou ». Le seul fait qu'il soit encore vivant et en train de lutter et de trouver la vérité est déjà le signe le plus frappant que Martín peut lire afin de traverser les risques occultes de la vie.

Mais il est curieux de constater que Martín recommencera symboliquement à avoir le désir de vivre, de sortir du chemin sans futur du suicide, quand il écoutera la voix d'une ménagère en train de chanter. Et c'est là, dans la vie quotidienne, dans la rencontre avec l'autre qui peut avoir une situation pire que nous et qui non seulement

ne s'arrête pas mais aussi chante et vit avec bonheur, que Martín trouvera la force nécessaire pour vivre. Il la trouvera dans la vie et non pas dans la philosophie ni dans aucune des théories de la vie. Il reviendra à la vie grâce au chant et non pas grâce à la parole.

Toutefois, cela ne doit pas nous paraître extraordinaire. C'est à travers le chant (le tango) que l'Argentine a consolidé son identité plutôt qu'à travers la politique ou n'importe quelle autre activité. Le chant est la patrie authentique de Caïn. Le lieu où les exilés du monde entier ont trouvé un refuge loin de leur douleur. C'est l'espace parfait pour transcender leur peines et essayer de parler entre eux. Il s'agit d'un art où tout le monde peut participer, presque une «œuvre ouverte» comme Julio Cortázar l'a préconisé.

Yubal, un neveu de Caïn, fut, en effet, l'inventeur de la musique, selon la Bible. Et à travers les chants, les citoyens argentins ont su survivre à tous les malheurs qui leurs sont arrivés. De plus, le tango c'est une arme pour vaincre la dictature du père. Puisque dans le tango, la figure du père est abolie et la mère exaltée jusqu'à la plus haute dimension symbolique, le tango exprime avec une certitude totale le plus grand désir et la plus grande douleur du peuple argentin dans son exil américain: retourner au ventre de la grande mère (Eve).

Mais le tango est aussi, une véritable manifestation du pouvoir qu'une communauté peut arriver à avoir si elle décide d'agir ensemble, de dire la vérité, de travailler et de vaincre ses souffrances à travers l'art, la liberté. Si le tango existe, cela signifie qu'il peut exister une Argentine libre qui soit capable de créer une espace communautaire. Il y a une opportunité réelle de fonder un pays libre et en paix.

Pour cette raison, Martín (presque un cadavre après tous les événements qui l'ont dépassé) prend des forces où il n'y a que néant, se lève et se dirige vers la Patagonie pour trouver l'esprit perdu de l'Amérique.

Les morts et les vivants doivent vivre en harmonie comme la poésie et la prose. Il est temps de trouver un espace pour l'espoir dans le terrible monde des ténèbres auquel nous avons pu assister jusqu'à maintenant. Il est temps de lutter contre ce monde apocalyptique fondé sur la science et la raison apollinienne qui est en train de nous conduire à une totale autodestruction, comme l'entend Barragán, un clochard qui écoute parler le temps et prophétise la confrontation entre péronistes et anti-péronistes à la Place de mai.

Le temps de Christ, de l'homme, de la véritable connaissance doit arriver. Il faut que l'homme lui-même soit capable de donner sa vie pour sauver la vie de planète, la vie des autres hommes. Pour arrêter la main perverse de la secte des aveugles, de tous les hommes liés à son désir de contrôler le monde matériel, il faut que le temps du sacrifice arrive.

En effet, dans **Abaddón l'exterminateur**, Sabato nous montrera l'exemple du héros américain qui rejoint en route les destins apparemment perdus de Martín et Lavalle: Che Guevara. Un homme qui n'est pas né par hasard en Argentine. Fils d'une famille bourgeoise, il a oublié ses biens matériels pour essayer de construire une Amérique spirituelle, libre. Un homme qui a risqué sa vie confortable pour la donner librement aux peuples opprimés d'Amérique et qui a montré à l'Argentine sa dimension américaine, sa véritable dimension universelle. Il a donné une direction positive à son exil.

Bien que les puissances du mal dominant le monde, cela ne doit pas démoraliser les hommes. Il faut résister et montrer que le mal est le fils du mensonge, du diable et que nous sommes tous fils de Dieu. C'est la lumière de Guevara en train de se répandre sur le visage de tous ceux qui le regardent dans sa sépulture, une lumière de confiance et de vérité. Une lumière qui indique que l'homme est surtout amour. Seulement, il doit se le rappeler, traverser la route que la gnose nous indique pour arriver à comprendre que nous sommes tous passagers dans ce monde et que nous devons essayer de lui donner sa plus grande dimension éthique.

Nous devons essayer de faire en sorte que Sodome et Gomorre deviennent Jérusalem : la ville où plusieurs dieux et religions cohabitaient au temps de Melquisedec en fondant une communauté de paix qui honorait la création. L'homme doit comprendre que l'unique façon de reconstruire la nouvelle Jérusalem ne peut être trouvée que grâce au sacrifice. Albert Camus l'avait déjà dit dans **Lettre à un ami allemand**: l'orgueil des victimes est de regarder dans les yeux leurs bourreaux en leur disant qu'il pourront mettre fin à notre vie mais ne pourront jamais dominer, contrôler ni posséder notre esprit. Cette leçon est la plus belle mais aussi elle représente l'apprentissage le plus dur : l'apprentissage de la connaissance, de la gnose.

Gandhi comme le Christ l'avaient déjà exprimé: il faut vaincre la violence par la non-violence ou, comme Sábato l'aurait dit dans un de ses derniers essais, à travers la résistance et la foi dans la dimension spirituelle de l'être humain, sa nature semblable à la nature du grand Créateur. Elle est l'unique possibilité d'abolir la dimension autodestructrice vers laquelle le monde contemporain se dirige.

L'homme est contradiction. Abel est le silence. Mais le silence qui cache le secret que Yahvé lui a promis : être roi du monde. C'est le silence coupable. Le silence qui rend le crime possible. Le silence qui cause la peur. La parole d'Abel est inexistante mais il doit la chercher pour retrouver sa part humaine pour ne pas devenir uniquement l'esclave du Dieu qui ne rit pas : Yahvé. Un dieu qui ne permet pas que le visage des hommes s'illumine avec le sourire sacré.

D'autre part, Caïn est la parole. Mais la parole qui ne peut pas trouver un refuge dans le sein maternel et se perd dans le domaine de l'inconscient. C'est la parole qui ne peut pas se relier à la transcendance. La parole qui frappe et frappe le vent sans trouver une terre où se reposer. C'est le bruit de la parole qui ne lui permet pas d'être prononcée. Caïn doit chercher le silence qui parle. Un silence parlant qui lui permet d'être en paix avec lui-même dans n'importe quelle circonstance de la vie.

Caïn a besoin d'un silence transcendant et d'une parole unificatrice. En vérité, Abel éprouve les mêmes besoins. Mais Caïn est le seul qui, grâce à sa révolte et sa conscience, peut instaurer le silence et la parole transcendante dans le monde : le silence et la parole au-delà de la lumière et de l'obscurité, au-delà du ciel et de la terre. La parole divine. La parole de la création. La parole que Nacho Guevara essaie d'introduire en Amérique du Sud, en Argentine. La parole du voyage. La parole séminale. La parole de la transcendance qui, à travers un long chemin, se joint à la parole de Dieu.

C'est l'exemple de la vie de Nacho Guevara. C'est le dernier message de l'œuvre de Sábato. L'homme peut relier sa parole à celle de Dieu à travers son errance sur la terre. L'exil est l'enfer, mais les citoyens argentins peuvent sortir de l'exil à travers le sacrifice. Leur errance peut trouver un sens, une transcendance dans l'art, la communication ou l'amour.

Il faut chercher la vérité. C'est un gros travail mais il faut la chercher. Personne ne peut la posséder mais nous pouvons tous la chercher. C'est l'aventure de l'homme. C'est la dernière signification de la vie et c'est le chemin où la gnose nous introduit. Il faut fuir le mensonge. Le mensonge est tentateur et il paraît puissant mais le désir de la vérité dans l'homme est le plus fort.

Caïn est fort pour se battre contre le diable. Mais puisqu'il est humain, il est faible. De cette façon, quand il choisit le chemin de la violence qui est une tentation diabolique, il reste prisonnier comme Carlos, Vidal Olmos et Castel dans les frontières de ce monde. Et comme nous l'avons déjà dit, d'après la gnose, le monde matériel est une prison. Par conséquent, penser dominer et habiter uniquement le monde matériel signifie s'enfermer dans une caverne, dans un tunnel : l'enfer véritable où l'homme s'est retrouvé à de nombreux moments de son histoire.

Il faut continuer la lutte mais à travers l'amour, la foi. C'est le temps où Caïn dépose les armes. C'est le temps du Christ. Le temps de la justice divine qui n'arrive aux hommes que quand ils sont prêts à installer le pardon dans leurs vies. Pardonner

aux hommes de mauvaise volonté signifie les vaincre parce qu'ils ne savent pas ce qu'ils font, comme le Christ l'a dit à son père sur la croix.

Selon Sábato, le mal est le mal et Sans aucun doute, il continuera sa lutte pour faire de l'homme un esclave de son propre désir. Mais le bien, s'il existe doit lui pardonner.

Satan est le plus grand jaloux de la force du Dieu. C'est pourquoi, il est condamné à ne jamais trouver la paix. Il est vraiment le plus grand perdant dans cette bataille. Le grand aveugle. Le père de la secte des aveugles. Il est celui qui a tenté l'homme et l'a pris au piège de la jalousie qui est la plus grande cécité. C'est une façon comme une autre de couper les ailes de l'homme, de l'empêcher de retrouver sa nature angélique, de prendre conscience d'elle. Comme nous a dit, Castillo Durante, en explicitant mieux la métaphore de la cécité dans les romans de Sábato : « la présence de l'aveugle se substitue à celle du Diable. Le mal y trouve sa légitimation ; ancré sur des bases extérieures au sujet, il est inféodé à la raison du stéréotype qui le fonde. Le refus de tout rapport dialogique à l'Autre paraît soutenir son énonciation ». ²⁰

L'homme doit diriger son regard vers lui-même. Il doit essayer de trouver un véritable frère parmi les personnes qui l'entourent. La jalousie est une incapacité à mieux nous connaître et à commencer le chemin que Dieu a écrit pour sa créature la plus aimée: l'homme. Il faut que l'homme parle avec Dieu sans peur parce que Dieu n'a pas un visage caché. Dieu c'est le visage de la prochaine personne que nous trouverons sur notre chemin de vie. Comme Catherine Chalier indique qu'Emmanuel Lévinas a essayé de le démontrer : il doit y avoir « un lien originaire du moi à la bonté qui précéderait les rapports de rivalité, d'hostilité ou d'indifférence où se tiennent ordinairement les hommes. Ce lien, le plus souvent recouvert par l'impitoyable épaisseur des sédimentations égoïstes qui font de chacun un être pour soi, se réveillerait en l'homme certain de son impossibilité éthique d'abandonner le

²⁰ Castillo Durante, Daniel. **Ernesto Sábato. La littérature et les abattoirs de la modernité.** cit., pág., 58.

prochain à son sort. (...) le bouleversement imparable face à la souffrance d'autrui et la responsabilité qui saisit alors, jusqu'à l'extrême du consentement à la substitution, constitueraient une mémoire présente de ce temps qui précède toute mémoire ».²¹

Caïn ne doit pas tuer Abel. C'est la justice des hommes qui doit juger Abel. Il sera condamné, en tout cas, dans cette vie à la plus grande cécité pour avoir cru la parole de diable et non pas celle de Dieu. Il possédera tout mais il ne sera jamais heureux. Il ne connaîtra jamais l'amour et il ne pourra trouver la paix dans la vie qui est vraiment le bien le plus difficile à obtenir. Mourir en paix c'est ce que Lavallo n'a pas pu faire parce qu'il n'a pas su s'inspirer de l'exemple du roi David qui épargné la vie de Saul, son plus fier ennemi. Donc, Lavallo est mort en luttant comme un signe qui préfigure le destin violent de l'Argentine.

Il existe une explication intéressante de Luis Wainerman²² sur l'histoire de David et Saül dans son livre **Sábato y el misterio de los ciegos**, pour approfondir les mécanismes complexes de l'œuvre de Sábato. Le message est clair. L'homme violent, vindicatif, Saül, finit par ne pas pouvoir dormir parce qu'il est poursuivi par sa propre ombre, par l'ombre qu'il voulait détruire, David, et en oubliant les véritables problèmes de son peuple. Par contre, David qui a pu vaincre Goliath, prouve qu'il est un grand maître pour son peuple qui doit vivre sous son règne des temps difficiles mais heureux.

L'homme de paix, l'homme qui sait pardonner sera le roi du peuple élu, sera le roi d'Israël et lui seul mérite d'être roi des hommes une fois qu'il sait qu'il n'est pas différent d'eux. Une fois qu'il a compris que nous sommes tous envoyés par Dieu pour accomplir une certaine mission dans ce monde, il est prêt pour gouverner son peuple.

²¹Chalier, Catherine. **Lévinas. L'utopie de l'humain**. Éditions Albin Michel. S.A. Paris, 1993., pág., 140.

²² Wainerman, Luis. **Sábato y el misterio de los ciegos**. Ediciones Castañeda. Buenos Aires. Segunda edición. 1978.

Sans aucune doute, nous pouvons parcourir les romans de Sábato pour vérifier les éléments qui forment le paysage du péché originel de l'Amérique. Ainsi, **Le tunnel**, qui montre le mal explicitement, nous oblige à traverser des endroits comme La Recoleta, où l'artifice de la construction et l'architecture prétend nier l'emplacement américain de l'Argentine.

L'entrée dans **Le tunnel** se fera dans la dynamique du double et de la reconstruction de l'original perdu : l'Europe. Cela nous fera tomber dans un espace falsifié, dans une ville où le mensonge règne et où il est impossible de maintenir le regard fixé sur les ombres des arbres des parcs américains comme celui du parc San Martín où Castel et María se rencontrent pour la première fois.

Par contre, dans **Sur héros et tombes**, nous nous situerons à La Boca qui est un espace que l'homme a volé à la mer et qu'il a construit avec ses propres mains et où on peut trouver l'Argentine véritable. L'Argentine des travailleurs, le peuple qui a édifié tout un quartier pour l'habiter sans nier le péché mais tout en l'acceptant. Dans La Boca nous pouvons trouver la violence dans un état pur mais canalisé par le besoin de construire un lieu pour survivre. Les boulangers, les bouchers, les épiciers (tous les européens qui sont venus) ont habité cet endroit en sachant qu'il était impossible pour eux de rentrer en Europe et ils ont accepté la chute dans l'espace américain en se forgeant une identité.

Martín habite dans les quartiers pauvres de la Boca et il est significatif de constater que pour pouvoir se construire une identité, pour pouvoir grandir et faire sa transformation spirituelle, il doit partir de la Boca. De la Boca à la Patagonie. C'est la route de Martín. C'est la route de l'Argentine. De la construction d'un lieu pour vivre en Amérique à la découverte de l'esprit réel de l'Amérique. Du mélange pittoresque entre le monde européen et américain jusqu'à la fusion complète avec l'âme de l'Amérique.

Cependant, dans **Abaddón l'exterminateur** nous ferons un détour par la totalité de Buenos Aires qui nous la montrera cosmopolite, diabolique mais aussi pleine de jeunes qui éprouvent encore le désir de résister, de trouver la vérité entre les gratte-ciels et les hauts buildings qui les observent d'un oeil maléfique. C'est pourquoi **Abaddón** est le roman qui expose de la façon la plus explicite les racines criminelles qui ont construit la ville.

Tout le roman est une déconstruction de la ville de Buenos Aires. Il montre comment les villes américaines, comme disait Rodolfo Kusch,²³ sont construites afin de se protéger des yeux du Dieu vigilant et d'essayer de le défier. Elles sont autant un refuge qu'une arme de combat de l'homme contre Dieu et même de l'homme contre lui-même. Elles sont une preuve réelle que le monde est dominé par le diable. Il est le roi de l'argent, de la séparation, le dieu qui prétend être unique est qui est derrière les motivations qui ne permettent pas aux citoyens argentins de voir une lumière d'espoir.

Il est la voix qui met fin aux rêves de libération de toute révolte. Il est l'oeil vigilant des états modernes. La bête qui oblige les hommes à être gouvernés par la terreur des dictatures et l'esclavage du travail. Il est le maître des cauchemars qui essaie de perturber les rêves de l'homme. De plus, nier le diable est tomber sous sa domination, comme Sábato a essayé de le montrer.

En réalité, toute la culture, l'idéologie rationaliste surgie à partir de la Renaissance est la preuve la plus flagrante de ce fait. Selon Sábato, la science et la raison ont de plus en plus réduit l'homme à l'esclavage dans sa tentative de lutter contre les forces de l'ombre, de les nier et, par conséquent, de mettre fin aux mythes que l'humanité a engendrés depuis les premiers textes littéraires conservés : « el mundo se ha ido transformando paulatinamente de un conjunto de piedras, pájaros, árboles, sonetos de Petrarca, cacerías de zorro y luchas electorales, en un

²³ Kusch, Rodolfo. **América profunda** en **Obras Completas. Tomo II**. Editorial Fundación Ross. Santa Fe. Febrero 2000.

conglomerado de sinusoides, logaritmos, letras griegas, triángulos y ondas de probabilidad. Y lo que es peor : *nada más que en eso* ».²⁴

Ainsi, la raison aussi bien que la science ont créé un nouveau diable aussi dangereux que le premier. Elles ont pris le visage du diable une fois qu'elles ont essayé de manipuler la réalité, de l'adapter à leur domaine d'action. Puisque le domaine de Dieu est toute la création, chaque tentative de l'homme pour établir une domination de la conscience sur l'inconscient ou l'inverse ne peut que l'assujettir plus à son désir d'absolu. Comme Henri-Charles Puech l'a indiqué: « En d'autres termes, l'univers de la science doit être en même temps le lieu de l'aventure spirituelle de chaque âme, la spéculation de la philosophie avoir un sens et un but religieux. Sapientia doit devenir religio ou tirer de la religio son origine et son achèvement. Il est donc inexact d'opposer les courants qui traversent » les siècles « sous de antihèses rigides : Foi contre Raison, Religion contre Philosophie, ou même : Oriente contre Occident, Mysticisme contre Intellectualisme ou Rationalisme ».²⁵

Nous l'avions déjà dit, l'homme est contradiction et le chemin que l'homme doit réaliser pour réintégrer son origine perdue est d'essayer d'unir les contraires : Caïn et Abel, inconscience et conscience, lune et soleil, ciel et terre.

Précisément, dans l'apocalypse de Saint Jean, la venue du Messie et du royaume du Christ est annoncée comme un état du monde où il n'y aurait ni soleil ni lune. C'est-à-dire un monde où il n'aurait pas des contraires. Par exemple, Nietzsche était un véritable admirateur des premiers scientifiques qui essayaient de découvrir le mystère du monde et qui concevaient la recherche scientifique comme une aventure. Mais, au moment où l'aventure et la révolte caïnite des scientifiques est devenue une dictature, une façon de manipuler la matière du monde et la conscience des hommes et d'imposer une dimension unique de la réalité, ils sont devenus les nouveaux

²⁴ Sábato, Ernesto, **Uno y el Universo en Obra completa. Ensayos**. Editorial Espasa Calpe Argentina S.A./ Seix Barral. Buenos Aires. Tercera edición: febrero de 1998, pág., 30

prêtres de la religion scientifique, comme Nietzsche l'a observé avec précision. Ils ont voulu cacher les trésors qu'ils ont découverts et ils ont créé un code inaccessible au public à travers lequel ils ont fait toutes sortes de manipulations mentales. Ils ont fini par faire de la science une religion. Une religion qui a prétendu dominer le monde et a fini (comme on peut l'observer dans l'occident moderne) par réduire les hommes à l'esclavage. Sabato nous indique que: « la ciencia se ha hecho crecientemente poderosa y abstracta, es decir, misteriosa : para el ciudadano se ha convertido en una especie de magia, que respeta tanto más cuanto menos la comprende. Este nuevo esoterismo tiene por dignidades el Miedo y el Poder ».²⁶

Ainsi, la science a essayé de dominer les pulsions de mort de l'homme, son caractère aventurier et a posé dans les mains d'un nombre réduit d'hommes une puissance gigantesque, presque démoniaque. Une puissance qui conduit les hommes à être dominés par les forces de la matière. Mais la matière sans esprit ne peut conduire qu'à l'abolition de l'éthique dans sa dimension la plus humaine et à la disparition de la pluralité. Elle est la cause directe du processus de déshumanisation produit dans les sociétés occidentales et un moyen de régénérer les vieux états bourgeois sous la forme d'empires dictatoriaux.

De plus, derrière la recherche scientifique, nous pouvons découvrir l'ancien désir de l'homme de connaître le nom sacré de Dieu pour dominer l'existence et ne pas permettre la liberté des cultes. En effet, l'histoire du Golem annonçait déjà sur quoi pouvait déboucher le désir humain primitif de savoir la vérité et de connaître les mystères de la création du monde. Vouloir savoir ce que Dieu seul sait, finit par éloigner l'homme de son destin sacré : se réaliser comme homme sur terre afin de pouvoir trouver son statut divin. De la fragilité de la condition humaine, sa légèreté, comme Milan Kundera pouvait le dire, jusqu'à la découverte de sa force divine donnée par le créateur. La croyance et le besoin d'être Dieu ne peuvent que mener l'homme à la destruction.

²⁵Puech, Henri-Charles. **En quête de la gnose. I. La gnose et le temps et autres essais.** Éditions Gallimard. Paris. 1978, Págs., 63 y 64.

²⁶ Sabato, Ernesto, **Uno y el Universo** dans **Obra completa. Ensayos.** cit, pág., 38.

Comme Jean-Louis Schelegel l'a observé: « Dieu est Dieu » (...) et la véritable irréligion de l'homme consiste à s'en faire des images qui le ramènent à son misérable petit point de vue à lui », qui il est important « de ne pas confondre avec celui de « Dieu ».²⁷

L'homme est l'homme et Dieu est Dieu et nous ne devons pas intervertir les rôles. L'homme n'a créé ni les cieux ni le soleil ni la lune mais il peut tout posséder s'il regarde au centre de son cœur, comme Henry Thoreau, ce grand génie de la littérature nord-américaine nous l'avait déjà dit. C'est le secret de la création. La révélation du Christ. C'est le lieu où l'Argentine doit regarder pour sortir de sa crise de foi perpétuelle

Le cœur est l'Adam potentiel et c'est le nom du bar où Martín et Alejandra se rejoignent pour la dernière foi. Mais il faut transcender l'Adam. Le retour à l'Adam est impossible sans le Christ. C'est pourquoi Alejandra décide d'expier le mal qui l'habite et Martín continue de vivre. Ils prennent cette décision pour permettre que le Christ arrive. C'est la lutte d'Artaud ou même de Rimbaud : lutter contre la dictature de la science qui sépare plus les hommes des choses (la parole de l'homme des choses comme pouvait dire Foucault) pour leur permettre de cohabiter.

C'est ce que le Christ nous a enseigné : l'arbre doit devenir croix. À travers la croix, l'homme peut revenir à l'arbre du bien et du mal. Tous les artifices que l'homme veut mettre en place entre l'arbre et la croix sont, en réalité, des manières de fuir son destin sacré. L'homme s'est séparé de sa nature virginale et s'est enchaîné au péché mais il est le responsable de l'oubli de cette séparation. Si l'arbre a des épines c'est à cause de l'égoïsme de l'homme. Le Christ vient pour nous montrer comment en finir avec ces épines grâce aux clous qui traversent ses mains et pieds dans la croix. Il faut se débarrasser des épines de l'arbre grâce au sacrifice, en oubliant l'ego, le grand mensonge.

²⁷ Schlegel, Jean-Louis. **La loi de Dieu contre la liberté des hommes. Intégrismes et fondamentalismes.** Éditions du Seuil. Paris. octobre 2003, pág., 128.

Tout au long de l'histoire de l'Argentine, nous pouvons observer un grand nombre de faits qui nous montrent le danger d'instaurer la dictature de l'ego dans une société. Par exemple, le peuple argentin n'a pas hésité à mettre Perón au pouvoir politique parce qu'il le considérait comme un homme de sa classe sociale. Cet événement est comparable à celui auquel fait référence le nouveau testament: le peuple d'Israël dans l'exil préfère sauver Barrabas et condamner le Christ en continuant dans le code du péché, de la faute et du châtement de l'Ancien Testament que le Christ voulait abolir. Et c'est la même loi que nos états modernes, selon Foucault,²⁸ ont continué à installer dans la société occidentale: surveiller et punir. Ils sont ainsi construits cet homme sans qualités que Robert Musil²⁹ nous décrivait.

Avec l'élection de Barrabas, le peuple d'Israël s'unissait avec Caïn. Le peuple juif voulait la révolte contre l'ennemi romain. Cependant, les sectes de nouveaux chrétiens et même la dimension paganiste de l'empire romain seront les facteurs qui précipiteront sa chute. En effet, ce n'est pas la main assassine de Barrabas-Caïn qui pourra vaincre l'empire romain mais la force de l'esprit. La force du Christ en mourant sur la croix par amour de l'humanité. Il s'agit de la même force qui a poussé Prométhée à monter au ciel des dieux et à prendre le feu qui illumine la connaissance, la gnose de l'homme et qui permet que l'agape puisse se produire malgré les châtements et les morsures de l'aigle de Zeus.

Pour cette raison, Sabato nous explique implicitement dans ses romans que faire arriver Perón à la présidence de l'Argentine, n'aiderait pas le peuple argentin à sortir de son esclavage américain et de son opprimante sensation d'exil mais tout le contraire. L'arrivée de Perón au pouvoir et la future mise hors-la-loi du péronisme qui feront les dictatures de l'Argentine aideront le second diable, Caïn, à se mettre au niveau du monstre dictatorial et par conséquent feront qu'il n'y ait pas un espace de paix en l'Argentine.

²⁸ Foucault, Michel. **Surveiller et punir : naissance de la prison**. Ed Gallimard. Paris. 1975.

²⁹ Musil, Robert. **L'homme sans qualités**. Ed. Seuil. Paris. 1982

Comme Unamuno l'avait déjà montré dans **Abel Sánchez**,³⁰ la confrontation civile est le temps du diable sont nés de l'incapacité d'ouvrir un véritable dialogue entre les deux parties opposées : la cainite et l'abélite. Quand la force cainite essaie de blesser son adversaire, la force abélite joue le rôle de la victime et promet le retour de la dictature, le temps de la vengeance. Pour cette raison, la violence n'est jamais une bonne option. En réalité, c'est la pire option.

Il faut choisir, selon Sábato, le chemin de Seth, ce savant frère de Caïn et Abel qui est à la fois nomade et sédentaire et qui permet à la race humaine penser à la postérité parce que comme Philippe Choulet nous a dit, il permet affronter « en toute lucidité ce dualisme assassin, cette alternative cruel et implosive, de devoir concilier quelque chose entre ces deux antagonismes mortels ».³¹

Par ailleurs, il est vraiment intéressant d'observer l'entrée en jeu de ces deux personnages diaboliques que Sábato introduit dans **Abaddón**, Schneider et Hedwig. Ils viennent d'Allemagne après les événements de la deuxième guerre mondiale et ils trouvent en Argentine, un cadre favorable au développement de leurs théories maléfiques.

Sans doute, pour créer le personnage de Schneider, Sábato a dû s'inspirer du **Matin des magiciens** afin de donner crédit à l'histoire caché qui le fait arriver en Argentine. Il s'agit d'un livre qui contient toute la théorie et l'histoire de l'occultisme que Sábato nous montre dans **Abaddón** sur l'arrivée au pouvoir du Hitler. Selon ce livre, Karl Haushofer, le grand ami du Rudolf Hess, était doté d'un pouvoir occulte et était membre de la secte dite de la main gauche. Il était chargé de chercher un individu comme Hitler dans les rangs du peuple allemand déprimé après la première guerre mondiale pour essayer de contrôler le monde à travers lui.

³⁰ Unamuno, Miguel de, **Abel Sánchez**. Alianza Editorial. S.A. Madrid. Cuarta Reimpresión en "Biblioteca de Autor", 2004.

³¹ Freymann, Jean-Richard. "**Frères humains qui...**" **Essai sur la ferocité**. Éditions Ères Arcanes, Apertura. Paris. 2003, pág., 18.

Grâce à la présence de Schneider et Hedwig, Sábato continue à offrir un regard sur le mal et les forces occultes qui ont pour but de dominer le monde. Tous les deux sont les aveugles voyants qui veulent contrôler le monde et il est étonnant de constater que leur présence dans le roman de Sábato aura une continuation dans la vie réelle de l'Argentine avec l'arrivée au pouvoir du général Videla. Puisque ce dictateur a utilisé beaucoup de moyens de torture et de mort pour faire disparaître un grand nombre d'opposants à son régime, il est inévitable de comparer Videla et ses camarades à Hitler qui était pour Sábato, l'Antéchrist.

De toutes façons, comme nous l'avons déjà vu, ce comportement du pouvoir abélique et démoniaque envers les citoyens argentins n'était pas étrange. Il faut se souvenir du gouvernement d'Aramburu qui, après son arrivée au pouvoir grâce à la chute de Perón (causée surtout par ses problèmes avec l'Eglise Catholique et son désir de canoniser Evita) n'a pas hésité à tuer dix huit militaires et neuf civils au motif de la tentative de coup d'état réalisé par les généraux Valle et Tanco le 9 juillet 1956. En réalité, comme Rodolfo Walsh a essayé de le démontrer, dans son livre intitulé **Opération Massacre**, le gouvernement d'Aramburu a tué des civils qui n'avaient rien à voir avec le putsch et il a commencé à les tuer avant même que celui-ci ne débute.

Donc, il est inévitable de trouver une relation logique entre les faits qui étaient en train de se produire en Argentine depuis des années (par exemple, la massacre du Trelew ou l'arrivée au pouvoir dans les années soixante-dix de Perón accompagné de ce mystérieux « magicien », López Rega) et l'arrivée au pouvoir de Videla. Tous ces faits sont annoncés d'une façon prophétique par la création fictionnelle de la secte des aveugles ou par les figures mystérieuses du Schneider et Hedwig, composées par Sábato.

Il est clair que l'Argentine fut un destin choisi par un grand nombre d'exilés et de fugitifs qui appartenaient au régime nazi et qui étaient disposés à jeter leur malédiction sur un pays divisé, sans défense et où les citoyens étaient incapables de

trouver une réponse efficace à leur situation angoissante. Un pays où les citoyens rencontraient beaucoup de difficultés dans la recherche d'un espace social unitaire.

Loin d'être étranges, ces difficultés devraient être considérées comme compréhensibles si on relit l'histoire de l'Argentine. Par exemple, les premiers conquérants occidentaux avaient peur de leurs frères parce qu'ils pensaient qu'ils pouvaient leur voler l'or ou l'argent (en réalité inexistant dans l'Argentine). Les guerres civiles entre unionistes et fédéralistes n'ont pas été des conflits motivés par une idée mais par le désir de s'approprier la terre, comme l'avait dit Martínez Estrada: "En nombre de la posesión del ganado, del parcelamiento de la tierra y del libre tráfico, entablaban guerra definitiva el litoral y el interior. Pudo más tarde verse un ideal democrático, republicano y federal en lo que era sólo consecuencia de un viejo rencor que se parapetó en dos máscaras: política y librecambio; por lo que llamamos guerras civiles a las guerras sociales".³²

De plus, le régime de Manuel Hipólito Irigoyen qui prétendait être un gouvernement ouvert au peuple, était, en réalité, comme Keisserling ou Sembrelí l'ont compris, un antécédent dangereux pour les futurs états totalitaires.

Keisserling nous a dit: « Irigoyen fue la más típica encarnación del caudillo suramericano, por su extraordinaria pasividad y por su inflexibilidad en la negativa ». ³³ De même, Juan José Sembrelí a affirmé: "El radicalismo como partido popular opuesto a la oligarquía es una fantasía de los ideólogos populistas. La dirigencia del radicalismo -no menos que la del conservadurismo- pertenecía a la clase alta y más específicamente a los terratenientes ganaderos. A veces (...) eran los patronos de estancia quienes arrastraban a los peones a votar por el radicalismo. El núcleo original del partido pertenecía a familias patricias de Buenos Aires, Entre

³² Martínez Estrada, Ezequiel. **Radiografía de la Pampa**. cit, pág., 41.

³³ Keisserling, Conde de, **Meditaciones Suramericanas**. Traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres. Espasa-Calpe, S.A. Madrid. Primera edición: 1933, pág., 194.

Ríos, Santa Fe y Córdoba que, por su antigua filiación federal, no pudieron integrarse en la élite dirigente liberal. También adherían algunos ganaderos del interior”.³⁴

En effet, les événements connus sous le nom de la Patagonie tragique (à partir desquels Osvaldo Bayer a fait un film) ou ceux de la Semaine tragique ne laissent planer aucun doute sur le véritable visage du pouvoir d'Irigoyen qui était presque pareil à tous les gouvernements caudillistes et dictatoriaux de l'Argentine. En réalité, comme **Sur héros et tombes**, essayait de le démontrer, il n'y avait pas une grande différence entre unionistes et fédéralistes et comme Sábato l'a rappelé plusieurs fois, il ne devait pas y avoir aussi une grande différence entre Sarmiento et Rosas ou Facundo Quiroga. Sarmiento désirait tuer les indiens en montrant qu'il était un homme haineux et qu'il n'était pas très différent de cet homme terrible qu'il détestait, Facundo Quiroga.

“Sarmiento llevaba a Quiroga bien dentro de sí: es al caudillo lo que el superyó al inconsciente. Lo insulta, lo escarnece, lo ridiculiza, ¡pero cuánto lo admira, qué secretamente lo comprende y lo siente!”³⁵ nous indique Sábato.

Par ailleurs, la relation entre Sabato et Agustina dans **Abaddón**, permet à l'auteur de continuer à développer sa théorie sur l'inceste, le besoin de transgresser la loi pour arriver au secret de la création. Agustina sait qu'elle est un personnage créé par Sabato et elle doit le chercher pour essayer de le détruire. Détruire Sabato signifie se débarrasser de l'écrivain qui dénonce le mal. Cela signifie mettre fin à la création.

Agustina est vraiment une conséquence d'Alejandra et elle doit essayer d'attaquer Sabato, de l'assassiner, parce qu'à la fin, il est devenu un demiurge dangereux qui est en train d'observer et de contrôler toute la réalité. Ainsi, la lutte d'Agustina peut parfaitement représenter la lutte de l'homme contre toute figure qui

³⁴ Sebrelí, Juan José. **Crítica de las ideas políticas argentinas**. Editorial Sudamericana. Buenos Aires. Quinta edición: febrero de 2003, pág., 109.

³⁵ Sábato, Ernesto. **Heterodoxia** dans **Ensayos. Obra Completa**. Espasa Calpe Argentina S.A. / Seix Barral. Buenos Aires. Tercera edición: febrero de 1998, pág., 185.

se présente comme le créateur du monde et qui prétend le dominer, même dans la fiction.

Ainsi, la relation entre Sabato et Agustina comme celle d'Alejandra avec Fernando est la relation d'un père avec sa fille mais dans ce cas, une fille spirituelle de l'auteur. Agustina devient ainsi comme Alejandra la nouvelle Lilith qui revendique la création sexuelle, la force de la matière. Lilith avait refusé de servir Adam comme Dieu l'avait destinée à le faire. Elle revendique que l'esprit sans incarnation matérielle devient impossible et montre que le démiurge a peur de ses propres créations parce que la plus grande liberté de l'homme est de vivre à partir de la matière en pouvant choisir de faire le bien ou le mal. La plus grande liberté de l'homme est d'arriver à être le Christ par sa propre volonté et non pas par obligation.

Pour cette raison, entre autres, Sabato s'intègre finalement dans la matière du monde. Agustina refusa d'être son esclave comme Alejandra avait refusé finalement d'être l'esclave de Fernando ou Lilith d'Adam. Du fait, la lutte d'Agustina n'est pas différente de celle de Sabato: trouver le véritable nom de Dieu. Un nom qui est plus proche de la femme que de l'homme parce qu'elle peut donner vie à un être humain. Selon le récit mythique, Lilith arriverait à échapper au domaine oppressant d'Adam en prononçant le nom magique de Dieu. Mais la connaissance de ce nom l'a rendue terriblement dangereuse et elle arrive, selon certaines versions, à dévorer des enfants. Par conséquent, elle doit être destituée au profit d'une Eve plus soumise et servile.

Mais, l'esprit de Lilith est libre de circuler dans le monde et peut être invoqué par les sectes occultistes intéressées par la connaissance du véritable nom de Dieu. Lilith peut être recherchée par la secte des aveugles et utilisée pour contrôler le monde. C'est pourquoi, Alejandra décidera de mourir dans un incendie comme sacrifice d'amour à Martín, l'âme la plus sincère qu'elle n'avait jamais connue: le prince charmant qui la libérera involontairement et inconsciemment du terrible dragon du mal qui cherche à la dévorer. Il s'agit de son dragon personnel mais aussi du dragon satanique de la secte des aveugles.

Cependant, l'erreur au sujet de Lilith est de penser qu'elle connaît le véritable nom de Dieu. Elle connaît le nom de Satan, elle sait comment l'invoquer pour qu'il la sauve. Elle sait qu'en vérité, elle est fille de Yahvé et sa mission était d'implanter dans le cœur de l'homme le désir de la possession pour ensuite le laisser démuné. C'est vraiment la dimension du pacte faustique. En observant qu'à la fin elle est devenue esclave de Yahvé, elle a besoin de le détruire mais cet acte signifie tuer son père. C'est ce que Alejandra fera avec Fernando et Agustina avec Sabato.

Le mal finit toujours par s'autodétruire, parce qu'il est lié à l'idée absurde de l'immortalité. Le mal veut survivre et il est rattaché à la matière et au désir. Sa relation avec la parole est pareille à celle de Tantale avec la faim. Plus le mal a de pouvoir sur la réalité, plus il a soif de pouvoir. Le mal est le royaume de l'incommunicabilité et il utilise la parole pour mentir et pour enchaîner l'homme au monde artificiel dont l'argent est le plus grand exemple. Le mal utilise la parole pour déposséder l'homme de son pouvoir de création et lui faire croire que les paroles qu'il utilise sont égales aux choses. Le mal utilise la parole pour séparer l'homme de la nature.

Dieu, selon la Torah, a créé l'homme, la vie, à partir de la parole. Et l'homme doit se trouver avec la parole, doit la faire sienne pour essayer de bâtir une vie heureuse sur cette planète. Faire de cette planète un lieu où l'homme remercie la vie. Une planète ouverte à la présence animale, divine et humaine et non pas un monde dominé par l'idée de la convoitise. Le signe de l'homme est la fugacité. Le Christ est ressuscité pour rentrer dans la mort à nouveau. Tout ce que nous avons dans cette vie est fugace. C'est à l'homme de savoir comment et à qui il veut dédier sa vie. Le bien et le mal sont des illusions, si on les regarde selon ce point de vue. Seuls existent le Tao, le Christ, le Bouddha, les symboles des plus grandes manifestations et constructions spirituelles que l'homme a pu créer.

Regarder la réalité à travers le cœur, est la composer symboliquement, la laisser être dans son propre temps. Le temps du non-être où l'Amérique vivait dans le bonheur avant l'arrivée des espagnols. Dans cet espace, il n'existait pas de perte et il

n'y avait pas de temps parce qu'il n'y avait pas de différences entre la vie et la mort. C'était le nirvana.

Par ailleurs, Sábato essaie de faire comprendre le besoin de l'arrivée du temps du sabbat en Argentine: le jour que Dieu a consacré à son repos et à celui des hommes. Un jour de fête qui peut faire arrêter la violence et grâce auquel l'homme prend conscience de sa responsabilité envers le monde. Il doit être le gardien non seulement de son frère mais aussi de la nature et des animaux. Il doit prouver qu'il est le gardien du paradis, le véritable maître de monde qui respecte et se fait respecter par Dieu qui de toutes façons ne l'a jamais quitté parce qu'il l'a créé avec tout son amour.

De plus, la possibilité d'instaurer le sabbat « annonce un temps où il n'y aura plus ni soir ni matin, ni jour ni nuit, selon (...) Zaccarie ». Mais pour y arriver, comme nous indique Armand Abécassis, l'homme doit apprendre dans ce monde aliénant « à préserver » une « oasis de paix et de liberté au coeur » de une vie marquée par la lutte et l'aliénation ». ³⁶ L'homme doit chercher Dieu en soi-même, apprendre à se libérer de sa condition d'exilé, comme ce qui est écrit dans l'Exode, 23, 12 : « six jours tu feras ton ouvrage, mais le septième jour tu chômeras afin que ton boeuf et ton âne se reposent, que le fils de ta servante et l'émigré soufflent ». ³⁷

Mais pour arriver à Dieu, l'homme doit s'introduire dans la chair du monde, ne pas la nier. Ainsi, Sábato (qui apparaît comme personnage dans **Abadon l'exterminateur** mais sans l'accent (Sabato) en mettant en place un jeu de dimension métaphysique entre la fiction et la réalité) finit par se métamorphoser en un rat. Il devient, pratiquement, un vampire ou une chauve-souris qui affirme le mal pour le détruire parce que c'est seulement en s'intégrant dans la matière que l'homme peut affirmer sa nature spirituelle.

³⁶ Eisenberg, Josy et Abécassis, Armand. **À bible ouverte. La Genèse ou le livre de l'homme**. Éditions Albin Michel, S.A. Paris. 2004, pág., 193.

En effet, Sabato se transformera en rat, le 6 janvier, le jour de l'épiphanie. Et le même jour, Marcelo mourra torturé et Nacho crachera dans le sexe d'Agustina, en affirmant la possibilité de l'arrivée du temps de l'Épiphanie : il s'agit du temps où l'homme s'ouvre au mystère de la divinité et la divinité s'ouvre à l'homme. C'est le jour de la naissance de Jésus, le temps où les bergers, les humiliés et les exilés trouvent une direction à leur vie et où les différents rois du monde lui donnent en offrande leurs plus grands trésors, l'embrassent et composent une figure symbolique où il n'y a pas de différences entre les hommes.

L'étoile du berger installe le temps de la paix bien que l'ombre voluptueuse de Hérode essaie de mettre fin à ce nouveau royaume. Il ne faut pas oublier que Hérode, d'un point de vue symbolique, est le terrible père qui revient toujours. Il est l'ombre de Yahvé ou l'ombre du père de Hamlet qui est devenu roi lui aussi grâce au sang.

Par contre, les rois mages sont ceux qui nous indiquent que le grand royaume est le royaume où tous les rois s'agenouillent devant l'innocence et la vérité : devant un enfant qui n'a pas les mains couvertes de sang. Un enfant qui est né pour racheter le sang de tous les innocents tués par Hérode et par tous les hommes caïnites au cours des siècles. C'est pourquoi, il naîtra exilé (en assumant le destin du Caïn) et parmi les bergers (le signe d'Abel), les vaches et les brebis pour essayer d'unir les contraires en mettant fin au sang et en instaurant le royaume du pardon.

Exceptionnellement, les rois descendent à la rue et se mélangent avec le peuple et les bergers comprennent que le temps où il ne faut pas avoir peur de son frère, Caïn, est arrivé, parce qu'une fois que Caïn devient le Christ, il jettera les armes par terre. De cette façon, nous pouvons découvrir une lecture salvatrice de la fin du roman de Sabato, parce qu'au moment où Sabato (le personnage) meurt, il laisse parler seulement son œuvre. C'est-à-dire qu'il laisse seulement parler la création qui est la lumière du salut. C'est la lumière de l'étoile qui brille sur le ciel de

³⁷ Extrait de Abécassis, Armand. **La pensée juive. 2. De l'état politique à l'éclat prophétique.** Librairie Générale Française. Paris, 1987, pág., 253.

Jérusalem et qui est fixé dans le ciel le jour de l'épiphanie. Pour l'alchimiste français Fulcanelli, cette étoile "rayonne sur la face du compost, c'est-à-dire au-dessus de la crèche de l'enfant Jésus " et elle " est le signe caractéristique de l'œuvre, la seule étoile ".³⁸

C'est l'étoile qui montre à l'homme sa dimension divine, transcendante et qui le pousse à créer, à témoigner du mal et à faire du monde qui lui a été donné un monde illuminé par le feu de la poésie et par la création qui rachètent les péchés du monde. C'est la même étoile qui a illuminé le chemin du roi David dans sa vie et qui lui a donné des forces pour vaincre la force aveugle de Goliath et la haine du roi Saül. C'est l'étoile que l'Argentine doit trouver afin que ses morts comme Lavallo ou Dorrego puissent reposer en paix.

Nommer le mal c'est le découvrir. Nommer le mal c'est l'exposer au feu de sa future autodestruction. Ne pas nier le mal qui réside dans l'homme permet d'affronter la possibilité de faire triompher le bien. Aucun de nous n'est un saint. Nous sommes tous à la fois Caïn et Abel, mais l'homme peut éviter la guerre des contraires s'il affirme le mal qui est en lui-même et l'accepte pour le détruire.

Ainsi, Sabato (le personnage) comme avant lui, Fernando Vidal Olmos l'avait déjà fait, s'introduit, comme Salvador Bacarisse nous a dit, dans " la cripta de (...) la madre incestuosa de todas las cosas ",³⁹ Isis ou Eve, pour sauver sa partie virginale, la partie immaculée du monde spirituel qui est la signification ultime de toute création. L'homme n'est pas seulement un corps mais il est surtout une âme en migration qui doit revenir au ciel pour trouver sa véritable incarnation.

C'est pour cela que Sábato finit par se transformer en un petit rat dans son roman. En montrant qu'il est aussi le mal et que sa parole est fille des ténèbres,

³⁸ Fulcanelli. **Le Mystère des cathédrales**. Ed. Jean-Jacques Pauvert. Paris. 1964. págs., 66 y 174.

³⁹ Bacarisse, Salvador. *La cosmología gnóstica de Sábato: una interpretación de Abbaddón el exterminador* dans *Épica dadora de eternidad. Sábato en la crítica americana y europea*.

Sábato finit par se montrer comme le plus grand aveugle. Puisque la façon la plus intelligente de lutter contre le mal est de reconnaître que nous lui sommes tous enchaînés, Sabato n'hésitera pas à faire cette transformation.

En effet, comme Derrida⁴⁰ a essayé de le prouver, le plus grand aveugle est l'artiste. C'est lui qui des ténèbres, d'un lieu où il n'y avait que l'obscurité, peut arriver à extraire une forme, un dessin, un roman, un symbole où toute l'humanité peut se reconnaître. L'artiste comme Sábato l'a démontré, fait ce chemin dans l'obscurité, dans la nuit obscure de l'âme comme Dante l'avait dit.

Précisément, il faut dire que le symbole de l'aveugle vient s'accorder parfaitement avec la vie de plusieurs citoyens argentins en exil. L'aveugle est toujours dans un territoire étrange, dans un espace hostile et il doit marcher avec la force de sa foi pour trouver un lieu de repos. La majorité des aveugles finissent par tomber par terre. Cette métaphore exprime parfaitement l'idée qu'une grande partie des citoyens argentins et du monde sont finalement séduits par la bouche du diable. Cette bouche que Martín contemplait avant de choisir entre la vie et la mort exprimait une parole qui est celle contre laquelle le Christ devait lutter dans le désert (l'espace où la majorité des monothéismes sont nés) pour essayer de faire parvenir la parole de l'amour au monde.

Ainsi, les citoyens argentins avec la peur de regarder autour d'eux, ont fini par oublier que cette terre américaine qu'ils méprisent fut leur salvatrice quand ils sont venus dans les bateaux en souffrant du châtement du terrible père occidental. Ils ont intronisé l'image fausse ou véritable de Baal et n'ont pas voulu continuer leur chemin à travers l'Amérique, en tombant dans le domaine de Diable comme des aveugles qui ont peur de tomber par terre au prochain pas. "**Abaddón** absorbe ainsi l'aveugle en tant que prison d'une voyance du mal. Or **Abbadón** -dans sa qualité de roman- ne

Selección y edición de A. M. Vázquez Bigi. Editorial Sudamericana / Planeta (Editores) S.A. Buenos Aires, pág., 214.

⁴⁰ Derrida, Jacques. **Mémoires d'aveugle : l'autoportrait et autres ruines : Exposition, Paris, Musée du Louvre, Hall Napoléon, du 26 octobre 1990 au 21 janvier 1991**. Editions de la Réunion des musées nationaux . Paris. 1990.

fonctionne que pour autant qu'il aveugle son lecteur sur la nature du mal qui corrompt l'Argentine »⁴¹ nous a dit Castillo Durante.

Pour cette raison, la création est la véritable étoile de la foi dans ce monde, la partie de l'humanité que le Christ vient de mettre au premier lieu des valeurs humaines et où l'homme se montre pareil à Dieu. Nicolas Berdiaev, par exemple, nous a laissé une grande réflexion sur la force qui n'arrive à l'homme qu'à travers la création et sur la manière avec laquelle, l'homme arrive à la transcendance grâce à sa découverte. Ainsi, il pourra réinterpréter les textes bibliques et fonder l'homme nouveau dont la nation argentine a besoin pour sortir de son angoissante situation: " Si los caminos de la creación hubieran estado señalados y justificados por la Escritura, la creación habría sido obediencia, no hubiera sido creación. Entender la creación como una obediencia a las consecuencias del pecado, como el cumplimiento de un dogma, es decir, según la revelación del Antiguo o Nuevo Testamento, significa renunciar al misterio de la creación y no conocer su sentido. Que el secreto de la creación y de sus caminos hayan estado ocultos en las Santas Escrituras, en esto consiste la sabiduría esotérica del cristianismo. (...) Sólo la ley y la redención son reveladas; la creación está oculta. (...) Dios espera del hombre el descubrimiento antropológico de la creación, habiéndole ocultado las vías que llevan allí en nombre, precisamente, de la libertad humana y de la semejanza del hombre con Dios".⁴²

Par ailleurs, il est intéressant de constater l'évolution des différents personnages des dernières œuvres de Sábato. Ainsi, Carlos deviendra Palito qui comme camarade de Nacho Guevara dans son aventure bolivienne, s'interrogera jusqu'au dernier moment sur la véritable signification de sa lutte. Palito symbolise les dernières conséquences de la lutte armée des guerriers. Tout comme Carlos, il finit par tuer, par utiliser les armes en essayant de s'opposer au pouvoir. Mais Palito ne tue

⁴¹ Castillo Durante, Daniel. **Ernesto Sábato. La littérature et les abattoirs de la modernité.** cit, pág., 94.

⁴² Berdiaev, Nicolas. **El sentido de la creación.** Ediciones Carlos Lohlé. Buenos Aires–Argentina., Primera edición: marzo de 1978, pág., 111.

pas Nacho Guevara et à la fin, beaucoup d'hommes perdus trouveront une lueur d'espoir grâce à Che Guevara dont le sacrifice rachète les péchés des guerriers aveugles.

Mais, puisque l'homme habite dans le monde matériel et puisqu'il est un corps, la Rédemption n'est jamais complète. C'est pourquoi la création qui est de d'offrir au monde un cadeau, une offrande et d'engendrer une idée et la faire parvenir au monde des choses devient le véritable chemin qui conduit à Dieu. En vérité, c'est grâce à la création que la mémoire des hommes peut extraire une forme, une idée ou une lumière au monde des ténèbres de l'oubli. La création est le monde du souvenir tandis que la destruction est le temps de l'oubli.

Se souvenir du nom que nous avons avant de naître est remémorer notre nature divine en nous unissant avec Dieu. Mais l'homme ne peut découvrir son nom divin que grâce à la création comme il ne peut fuir l'oubli que grâce au silence parlant de l'œuvre d'art. Si Caïn tue son frère, c'est parce qu'il a oublié sa nature divine comme celle de son frère. L'oubli est l'arme du diable alors que le souvenir est la force de l'amour, de Dieu.

Il arrive un moment où les paroles ne peuvent pas faire plus. Elles arrivent à nous séparer plus de la réalité plutôt que de nous unir à elle. La parole, alors, se fait fugitive, échappe à toute considération et attrape l'homme dans son cercle vicieux. C'est la parole de l'oubli. La parole qui ne donne aucune réponse à l'homme parce qu'elle est née pour l'oublier. Elle est née de la peur et de la souffrance et aspire à fuir ces deux réalités que l'homme doit affronter avec courage.

Ainsi, la parole ne nous permet pas de communiquer avec l'autre ni avec Dieu. C'est un moyen d'échapper à notre situation, sans l'affronter, de nous faire entrer dans un terrible labyrinthe de significations que nous ne pouvons pas comprendre. Elle est (il faut le répéter) la parole de l'oubli. Il s'agit du silence de l'oubli qui ne cesse jamais de parler et de parler et qui ne permet ni la paix ni le repos aux personnes qui l'énoncent. Cette parole n'instaure aucun silence et dévore les

hommes dans leur intérieur. Elle montre que les citoyens argentins sont fils sans nom et que, en s'emprisonnant dans leur cécité proverbiale, (la même cécité des premiers conquérants chrétiens) ils ne pourront jamais retrouver le nom spirituel qui existe pour chacun d'eux dans les cieux.

Mais cette parole montre par ailleurs, que cette arrivée au plérôme gnostique ne peut être réalisée qu'à travers la même matière rejetée par les gnostiques. C'est la condition humaine mais aussi le mystère du monde. Nous ne savons pas si Dieu existe mais la vie vaut la peine d'être vécue parce que cette possibilité peut être réelle.

Derrière la lumière, il y a les ténèbres. Qu'est-ce qu'il y aurait derrière les ténèbres ? C'est la question de l'œuvre sabatienne, sa dernière motivation. Chercher la possibilité de cette lumière signifie dire non au mal et démontrer que si l'homme est une impossibilité, cette impossibilité mérite encore d'être en vie, de continuer à vivre malgré la guerre, la maladie et la haine qui plusieurs fois l'ont dévoré. Cette recherche démontre que nous pouvons tous arriver à être amour. La seule possibilité de construire une œuvre d'art en est le plus grand exemple. Toute l'œuvre de Sábato, malgré les efforts de la secte des aveugles pour essayer de réfuter cette réalité, le démontre avec lucidité.

En conclusion, selon la lecture que nous avons élaborée de l'œuvre de Sábato, si le peuple argentin se rappelait de sa nature divine, il pourrait comprendre qu'il ne se trouve pas dans l'exil mais dans les mains de Dieu. Les citoyens argentins ne doivent pas regretter la chute dans l'espace américain mais profiter de cette nouvelle opportunité que Dieu a voulu leur offrir.

Malgré toutes les catastrophes du monde, l'homme peut trouver la sérénité dans l'art et donner sens à sa vie. Les argentins peuvent arriver à l'état décrit par la doctrine du Tikkum (« la nouvelle personnalité du premier homme »), à travers son errance. Comme Gershom G. Scholem l'a expliqué: « l'acte du Messie n'est pas celui d'une personne chargée de la fonction particulière de rédempteur, qui serait le porteur

du Tikkun, mais c'est mon action et la tienne qui apportent la rédemption ». Ainsi, « la rédemption ne se produit plus comme une catastrophe dans laquelle l'histoire elle-même disparaît et se termine, mais comme la conséquence logique d'un processus où nous sommes tous partenaires. L'arrivée du Messie ne signifie (...) que la signature d'un document que nous écrivons nous-mêmes ».⁴³ Un processus que le peuple argentin peut encore arriver à compléter.

⁴³ Scholem, Gershom G. **La kabbale et sa symbolique**. Petite Bibliothèque Payon. Paris. 2003, págs., 180 y 181.

INDICE

INDICE

Prólogo	4
Primera parte. La torre de la soledad	21
I.1. El reino único: el cristiano errante	22
I.2. Las raíces hambrientas	40
I.3. Las fundaciones herejes	59
I.4. Las alargadas garras del padre: los hijos de Saturno	81
I.5. La muerte de los padres vivientes	100
I.6. La construcción de la torre	120
I.7. Los gauchos judíos	141
Segunda parte. La ruta de Caín	153
II.1. Ernesto Sábato: los hijos de nadie	154
II.2. Los lamentos de Caín	161
II.3. El hijo predilecto de Yahvé	176
II.4. La patria de Caín	203
II.5. Sábato: el país ajeno	221
II.6. El bautismo del olvido	248
II.7. La madre ausente	279
Tercera parte. La voz de Yahve	308
III.1. El rostro de Yahvé	309
III.2. El reino de la noche: la batalla de las lunas	329
III.3. El signo sin ley: la humillación del Padre	351
III.4. El pecado original argentino	377
III.5. La señora de Yahvé: la puerta cerrada	392
III.6. Las tretas, los sueños del diablo: la condena	411
III.7. La vía de la redención: una débil y difusa luz	426

Cuarta parte. Los buscadores de oro	432
IV.1. De la Boca a la Patagonia: el camino americano	433
IV.2. La sombra de Lilith	459
IV.3. El cadáver de Eva: el oro inmortal	483
IV.4. Los huesos de los héroes: los hijos sin ley	510
IV.5. Los rastros de Sodoma: la propiedad y el incesto	536
Quinta parte. El Caín creativo	560
V.1. El Apocalipsis de los desaparecidos: el dragón de los huérfanos	561
V.2. La era de Acuario: la nueva batalla	587
V.3. Los límites de la lucha rebelde: los redentores	614
V.4. El Sabath: más allá de toda redención	637
Epílogo	672
Bibliografía	684
Anexo. Resumé.....	729